HISTORIA DE LOS MUSULMANES ESPAÑOLES HASTA LA CONQUISTA DE ANDALUCÍA POR LOS ALMORAVIDES.

(711-1110)

REINHART DOZY

Durante una larga sucesión de épocas, que abarcan desde los primeros momentos de la historia conocida hasta el siglo VII de la era cristiana, el Gran Quersoneso o península formada por el mar Rojo, el Éufrates, el golfo Pérsico y el océano Indico, y conocida con el nombre de Arabia, permaneció inalterada y casi ajena a los acontecimientos que perturbaron el resto de Asia y conmovieron a Europa y África hasta lo más profundo. Mientras caían y surgían reinos e imperios, mientras desaparecían antiguas dinastías, mientras cambiaban las fronteras y los nombres de los países y sus habitantes eran exterminados o conducidos a la cautividad, Arabia, a pesar de las vicisitudes experimentadas por sus provincias fronterizas, conservó en las profundidades de sus desiertos su independencia y carácter primitivo, y sus tribus nómadas no tuvieron que doblegar sus altivos cuellos ante el yugo de la esclavitud.

Los árabes remontan las tradiciones de su país hasta la más remota antigüedad. Fue poblado, dicen, poco después del Diluvio por los descendientes de Sem, hijo de Noé, que con el tiempo dieron lugar a varias tribus, las más famosas de las cuales son los saudíes y los tamudíes. Se dice que todas estas tribus primitivas fueron barridas de la superficie de la tierra en castigo de sus iniquidades o bien desaparecieron en las posteriores modificaciones de las razas, por lo que no nos quedan de ellas más que algunas tradiciones confusas y unos pocos pasajes del Corán. Algunas veces se les menciona en la historia oriental con el nombre de «árabes primitivos» o de «las tribus perdidas». La población permanente de la península fue obra, según las mismas fuentes, de Qahtán o Yaqtán, descendiente de la cuarta generación de Sem. Su posteridad se desparramó por la parte meridional de la península y a la orilla del mar Rojo. Yarub, uno de sus hijos, fundó el reino de Yemen, donde se puso su nombre al territorio de Araba, del que procede el nombre de los árabes y de su país. Churhum, otro hijo, fundó el reino de Hichaz, que sus descendientes dominaron durante muchas generaciones. Estos pueblos recibieron con afecto a Agar y a su hijo Ismael, cuando tuvieron que abandonar la casa del patriarca Abraham. Con el paso del tiempo Ismael se casó con la hija de Mudad, príncipe gobernante de la línea de Churhum; de esta manera, en el tronco original árabe se injertó un extranjero de raza hebrea. El injerto resultó muy vigoroso. La mujer de Ismael le dio doce hijos, que llegaron a dominar el país, y cuya prolífica descendencia, dividida en doce tribus, expulsó o dominó y borró a la primitiva estirpe de Yaqtán.

Así es como cuentan su origen los árabes de la península; los autores cristianos citan esta versión y ven en ella el cumplimiento de la alianza de Dios con Abraham, tal como aparece en las Sagradas Escrituras. «Y Abraham dijo a Dios: Me contento con que guardes vivo a Ismael." Y Dios replicó: "En cuanto a Ismael, escucho tu petición: lo bendeciré, lo haré fecundo, lo haré multiplicarse sin medida, engendrará doce príncipes y haré de él una gran nación." (Génesis 17, 18-20.)

Estos doce príncipes, con sus tribus, vuelven a aparecer en las Escrituras (Génesis 25, 18), ocupando el país que va «desde Jávila hasta Sur, junto a Egipto, según se va a Asur»; los geógrafos han identificado esta región con parte de Arabia. Su descripción coincide con la de

los árabes actuales. De algunos se dice que poseen ciudades y castillos, de otros que viven en tiendas o que tienen pueblos en el desierto. Nebayot y Quedar, los dos hijos mayores de Ismael, son los más destacados de entre los príncipes por su abundancia de ovejas y rebaños y por la fina lana de sus ovejas. De Nebayot descendieron los nabateos, que habitaron la Arabia Pétrea; por su parte, el nombre de Quedar se utiliza de vez en cuando en las Sagradas Escrituras para designar toda la nación árabe. «Pobre de mí —dice el salmista— que habito en Mesch, que moro en las tiendas de Quedar.» Ambos parecen ser los progenitores de los árabes errantes o pastores, que vagan en libertad por el desierto. «Las naciones poderosas —dice el profeta Jeremías— que viven sin preocupaciones; que no tienen ni puertas ni barras, que viven solas».

En los primeros tiempos se produjo una clara distinción entre los árabes que «poseían ciudades y castillos» y los que «vivían en tiendas». Algunos de los primeros ocuparon los valles fértiles, se desparramaron por allí entre las montañas, donde rodearon las ciudades y castillos con viñedos y huertas, plantaciones de palmeras, campos de trigo y pastos abundantes. Tenían hábitos muy arraigados, y se dedicaban al cultivo de la tierra y a la cría de ganado.

Otros miembros de esta clase se entregaron al comercio en los puertos y ciudades del mar Rojo, en las costas meridionales de la península y del golfo Pérsico; además transportaban mercancías a países lejanos en barcos y caravanas. Este era sobre todo el caso de los habitantes de Yemen, o Arabia Feliz, la tierra de las especias, los perfumes y el incienso; la Sabea de los poetas; la Saba de las Sagradas Escrituras. Figuraban entre los comerciantes marinos más activos de los mares orientales. Sus barcos traían a sus costas la mirra y los bálsamos de la costa de Berbería, junto con el oro, las especias y los artículos de lujo de la India y el África tropical. Estos, junto con los productos de su propio país, eran transportados por caravanas a través de los desiertos hasta los estados medio árabes de Amón, Moab y Edom o Idumea, a los puertos fenicios del Mediterráneo, desde donde se distribuían por todo el mundo occidental.

Se ha dicho del camello que es el barco del desierto. La caravana sería su flota. Las caravanas del Yemen solían organizarlas, dirigirlas, guiarlas y protegerlas de los árabes nómadas, los habitantes de las tiendas, que en este sentido podrían denominarse los «navegantes del desierto». Proporcionaban los innumerables camellos necesarios para el transporte y además colaboraban en las mercancías con los finos vellones de sus innumerables rebaños. Las obras de los profetas reflejan la importancia en aquella época de esta cadena interior gracias a la cual los países ricos del sur, India, Etiopía y Arabia Feliz, entraban en contacto con la antigua Siria.

Ezequiel, en sus lamentaciones por Tiro, exclama: «Arabia y todos los príncipes de Quedar negociaban contigo; en borregos, carneros y machos cabríos negociaban. Los mercaderes de Saba y Rama comerciaban contigo; te daban a cambio los mejores perfumes, piedras preciosas y oro. «Jarán, Kanné y Edén, asirios y medos comerciaban contigo.» E Isaías, dirigiéndose a Jerusalén, dice: «Te inundará una multitud de camellos, de dromedarios de Madián y de Efá. Vienen todos de Saba, trayendo incienso y oro... A los rebaños de Quedar los reunirán para tí y los carneros de Nebayot estarán a tu servicio.»

Sin embargo, los árabes agricultores y comerciantes, los habitantes de pueblos y ciudades no han constituido nunca el verdadero tipo representativo de la raza. Se fueron relajando tras

sus ocupaciones permanentes y pacíficas, y perdieron gran parte de su sello original al mezclarse con extranjeros. Además, el Yemen era más accesible que las demás partes de Arabia y constituía una mayor tentación para los invasores, que habían penetrado con frecuencia en sus tierras y la habían sometido.

Fue entre los otros árabes, los vagabundos del desierto, los que «vivían en tiendas», con mucha diferencia los más numerosos de los dos grupos, donde se conservó el carácter nacional con toda su primitiva fuerza y frescor. De costumbres nómadas, dedicados a tareas pastoriles, familiarizados por experiencia y tradición con los recursos secretos del desierto, llevaban vida errante, trasladándose de un lugar a otro en busca de pozos y manantiales utilizados por sus antepasados desde los días de los patriarcas; acampaban donde encontraban palmeras datileras que les brindan sombra y sustento y pasto para sus rebaños y camellos. Cuando se acababan las reservas, cambiaban de residencia.

Estos árabes nómadas se dividían y subdividían en innumerables tribus o familias, cada una con su jeque o emir, representante del patriarca de antaño, cuya lanza, clavada junto a su tienda, era el emblema de la autoridad. Sin embargo, aunque el puesto se mantenía durante muchas generaciones dentro de la misma familia, no era estrictamente hereditario; dependía de la buena disposición de la tribu. El jefe podía ser depuesto y sustituido por otro de una familia diferente. También su poder era limitado, y dependía de su mérito personal y de la confianza en él depositada. Su prerrogativa consistía en entablar las negociaciones de paz y de guerra; dirigir a la tribu contra el enemigo; elegir el lugar de acampada, y recibir y agasajar a los extranjeros importantes. Pero, hasta en estos y en otros privilegios semejantes, estaba controlado por las opiniones e inclinación de su pueblo.

Por muy numerosas y minúsculas que fueran las partes en que se dividía una tribu, se tenían muy presentes los vínculos de afinidad. Todos los jeques de la misma tribu reconocían a un jefe común llamado jeque de jeques, quien, oculto en un castillo rocoso o acampado entre sus rebaños en el desierto, podía reunir bajo su bandera a todas las ramas dispersas ante una emergencia que afectara al bien común.

La multiplicidad de estas tribus errantes, cada una con su pequeño territorio y príncipe, pero sin una autoridad nacional, producía frecuentes conflictos. La venganza era un principio casi religioso entre ellos. La venganza de un familiar asesinado constituía un deber para el resto de la familia, y muchas veces ponía en juego el honor de su tribu; estas deudas de sangre se mantenían pendientes, a veces, durante varias generaciones, ocasionando enfrentamientos a muerte.

La necesidad de estar en continua alerta para defender sus rebaños hacía que los árabes del desierto estuviesen familiarizados desde su infancia con el ejercicio de las armas. Nadie los superaba en el uso del arco, la lanza y la cimitarra, ni dominaba los caballos con tanta habilidad y elegancia. Eran también guerreros depredadores; aunque a veces se ponían al servicio de un mercader proporcionándole camellos, guías y conductores para el transporte de sus mercancías, en la mayoría de las ocasiones exigían tributos a las caravanas o sencillamente las saqueaban aprovechando su dificultad para avanzar por el desierto. Veían en todo ello una consecuencia del legítimo ejercicio de las armas; miraban con desprecio a los comerciantes

enriquecidos con el intercambio, y los consideraban una raza inferior, degradada por acciones y costumbres despreciables.

Así eran los árabes del desierto que vivían en tiendas. En ellos se cumplía el destino profético de su antepasado Ismael. «Será un potro salvaje: él contra todos y todos contra él.» La naturaleza les había preparado para su destino. Eran pequeños y delgados, pero vigorosos y ágiles, capaces de resistir la fatiga y las dificultades. Eran frugales y hasta abstemios, conformándose con una alimentación escasa y preparada sin refinamientos. También mentalmente eran despiertos y ágiles. Poseían ante todo los atributos intelectuales de la raza semita, su sagacidad penetrante y agudeza de ingenio, su riqueza de ideas y brillante imaginación. Eran de sensibilidad viva y aguda, pero sus reacciones no duraban mucho tiempo; su espíritu orgulloso y audaz quedaba reflejado en su rostro cetrino y resplandecía en sus ojos negros y brillantes. Se dejaban seducir fácilmente por los encantos de la elocuencia y los hechizos de la poesía. Con un lenguaje rico hasta el extremo, cuyas palabras se han comparado con piedras preciosas y flores, eran oradores por naturaleza; pero les encantaban los proverbios y apotegmas, más que las largas parrafadas declamatorias, y tenían gran inclinación a comunicar sus ideas al modo oriental, con apólogos y parábolas.

Estos guerreros inquietos y depredadores eran también generosos y hospitalarios. Disfrutaban haciendo regalos; sus puertas estaban siempre abiertas al caminante, con quien estaban dispuestos a compartir su último bocado; y hasta su más feroz enemigo una vez que había compartido su pan podía descansar sin peligro bajo el inviolable santuario de su tienda.

En cuestiones religiosas, los árabes de los Días de Ignorancia practicaban sobre todo las dos grandes tradiciones, la sabea y la magia, que por entonces predominaban en el mundo occidental. No obstante, eran más los que se inclinaban por la primera de ellas. Esta religión colocaba sus orígenes en Sabi, hijo de Set, que, con su padre y su hermano Enós, estarían enterrados en las pirámides. Otros derivan el nombre de la palabra hebrea Sabá, las estrellas, y remontan su origen a los pastores asirios. Estos, al vigilar su rebaño por la noche en extensas llanuras y bajo cielos sin nubes, captaron las formas y movimientos de los cuerpos celestes y elaboraron teorías sobre sus influencias, buenas y malas, en los asuntos humanos; vagos conceptos que los filósofos y sacerdotes caldeos transformaron en un sistema, al parecer más antiguo incluso que el de los egipcios. Hay quienes le buscan orígenes todavía más remotos: sería la religión del mundo antediluviano. Sobrevivió, según ellos, al Diluvio y tuvo continuidad en los patriarcas. Fue enseñada por Abraham, adoptada por sus descendientes, los hijos de Israel, y santificada y confirmada en las tablas de la ley entregadas a Moisés entre truenos y relámpagos en el monte Sinaí.

En su forma original la fe sabea era pura y espiritual; inculcaba la fe en la unidad de Dios, la doctrina de unas recompensas y castigos futuros y la necesidad de llevar una vida virtuosa y santa para lograr una inmortalidad feliz. Tan profunda era la reverencia de los sabeos hacia el Ser Supremo que nunca pronunciaban su nombre ni se atrevían a acercarse a él, a no ser a través de las inteligencias intermedias o ángeles. Estos habitaban y daban vida a los cuerpos celestes, de la misma manera que el cuerpo humano está habitado y animado por un alma. Estaban colocados en distintas esferas para vigilar y gobernar el Universo, siempre en dependencia del Altísimo. Por eso, cuando se dirigían a las estrellas y a las demás luminarias

celestiales, los sabeos no las adoraban como divinidades; sólo trataban de congraciarse con sus ocupantes angélicos como intercesores ante el Ser Supremo, dirigiéndose a Dios, el gran creador, a través de estos seres creados. Progresivamente, esta religión perdió su sencillez y pureza originarias. La aceptación de nuevos misterios y de idolatrías la fueron complicando y degradando. Los sabeos, en vez de ver en los cuerpos celestes la morada de agentes intermedios, acabaron adorándolos como dioses; construyeron ídolos en su honor, y los colocaron en grutas sagradas y en la penumbra de los bosques; con el tiempo, entronizaron dichos ídolos en templos y los adoraron como si estuvieran ocupados por la divinidad. La creencia sabea sufrió también cambios y modificaciones en los distintos países por donde se propagó. Se ha acusado muchas veces a Egipto de reducirla al nivel más abyecto de degradación; las estatuas, jeroglíficos y sepulcros pintados de este misterioso país los consideran algunos como testimonio del culto no sólo a las inteligencias celestiales, sino también al orden ínfimo de los seres creados y hasta de los objetos inanimados. No obstante, las investigaciones modernas están redimiendo de esta calumnia a la nación más intelectual de la Antigüedad; al levantar poco a poco el velo de misterio que recae sobre las tumbas de Egipto, se ha descubierto que todos aquellos aparentes objetos de adoración no fueron más que símbolos de los diversos atributos del único Ser Supremo, cuyo nombre era demasiado sagrado para ser pronunciado por los mortales. Entre los árabes, la creencia sabea se mezcló con supersticiones disparatadas y se degradó hasta devenir burdas idolatrías. Cada tribu adoraba a su estrella o planeta propio o erigía su propio ídolo. Los horrores del infanticidio se confundían con sus ritos religiosos.

Entre las tribus nómadas, el nacimiento de una hija se consideraba una desgracia, pues su sexo le hacía poco útil en una vida errante y depredadora y, por el contrario, podía atraer la desgracia a su familia si su conducta no era la adecuada o si caía cautiva. Por eso, estas actitudes antinaturales, mezcladas con sus sentimientos religiosos, dieron lugar a la costumbre de ofrecer a las niñas recién nacidas como sacrificio a sus ídolos o de enterrarlas vivas.

La secta rival de los magos o *guebres* (adoradores del fuego), que, como hemos dicho, tuvieron gran aceptación en el mundo oriental, surgió en Persia. Pasado algún tiempo sus doctrinas se plasmaron en las obras escritas del gran profeta y maestro Zoroastro, autor del Zend Avesta. Su credo, como el de los sabeos, era originariamente sencillo y espiritual y proclamaba la fe en un solo Dios, eterno y supremo, en quien —y por quien— tenía existencia el Universo; mediante su palabra creadora, Dios producía dos principios activos: Ormuz, el principio, o ángel de la luz, y el bien, y Ahrimán, el principio o ángel de la oscuridad y el mal; éstos habrían dado lugar al mundo, mezcla de sus elementos opuestos, y librarían en él una perpetua batalla. De ahí las vicisitudes del bien y el mal, según que predomine el ángel de la luz o el de las tinieblas: este enfrentamiento duraría hasta el fin del mundo, cuando habría una resurrección general y un día del juicio; entonces, el ángel de las tinieblas y sus seguidores quedarían condenados a un lugar lóbrego y siniestro, mientras que sus adversarios entrarían en el mundo dichoso de la luz sempiterna.

Los ritos primitivos de esta religión fueron de una sencillez extrema. Los magos no tuvieron ni templos ni altares ni símbolos religiosos de ninguna clase, sino que dirigían sus

plegarias e himnos directamente a la Divinidad, y a lo que consideraban como su morada, el Sol. Reverenciaban a esta luminaria porque era la residencia de Dios y por ser la fuente de la luz y del calor de que se componían los demás cuerpos celestes; encendían hogueras en las cumbres montañosas para que dieran luz en su ausencia. Fue Zoroastro el primero que levantó templos. En ellos se mantenía el fuego sagrado, procedente de los cielos. Esta misión se confiaba a los sacerdotes, que lo vigilaban noche y día. Con el paso del tiempo, esta secta, como la de los sabeos, olvidó el principio divino del símbolo y llegó a adorar la luz o el fuego como divinidad independiente, y a confundir la oscuridad con Satán o el mal. Llevados por el fanatismo, los magos condenaron a los no creyentes a las llamas, ofreciéndolos como víctimas para aplacar a su terrible divinidad.

Un bello texto de la Sabiduría de Salomón hace referencia a los principios de estas dos sectas: «Eran naturalmente vanos todos los hombres que ignoraban a Dios, y fueron incapaces de conocer al que es partiendo de las cosas buenas que están a la vista, y no reconocieron al artífice fijándose en sus obras, sino que tuvieron por dioses al fuego, al viento, al aire, a las órbitas astrales, al agua impetuosa, a las lumbreras celestes, regidoras del mundo.»

De estas dos religiones, la más extendida entre los árabes, como ya hemos observado, fue la de los sabeos, pero en una forma muy degradada, entremezclada con toda clase de abusos y con grandes diversidades de una tribu a otra. La religión de los magos predominaba en aquellas tribus que, por su situación fronteriza, tuvieron frecuentes contactos con Persia. Otras tribus compartieron las supersticiones e idolatrías de las naciones limítrofes.

El judaísmo había llegado a Arabia en época anterior en forma muy vaga e imperfecta. Con todo, muchos de sus ritos y ceremonias y de sus curiosas tradiciones arraigaron en el país. Más tarde, cuando los romanos asolaron Palestina y tomaron y saquearon la ciudad de Jerusalén, muchos de los judíos se refugiaron entre los árabes, se incorporaron a las tribus nativas, formaron comunidades propias, adquirieron fértiles tierras, levantaron castillos y fortalezas, alcanzando Poder e influencias considerables.

También la religión cristiana tuvo sus seguidores entre los árabes. El propio San Pablo afirma en su Epístola a los Gálatas que poco después de recibir la llamada para predicar el cristianismo entre los paganos fue a Arabia. Después, las disensiones que se produjeron en la iglesia oriental, a comienzos del siglo III, originaron sectas rivales que se persiguieron mutuamente. Muchos se vieron obligados a refugiarse en zonas remotas del Oriente: de esta forma, los desiertos de Arabia se llenaron de anacoretas y la fe cristiana se extendió por algunas de las tribus principales.

Las circunstancias mencionadas, de orden físico y moral, pueden dar una idea de las causas que mantuvieron inalterable la situación de los árabes durante mucho tiempo. Su aislamiento y sus grandes desiertos los protegieron de las conquistas exteriores, y sus divisiones internas y falta de lazos comunes, políticos o religiosos, les impidieron convertirse en grandes conquistadores. Fueron una inmensa acumulación de partes independientes, vigorosas, pero sin coherencia. Aunque su vida nómada los hacía audaces y emprendedores, aunque la mayor parte de ellos eran guerreros desde la infancia, sólo combatían entre sí — exceptuando algunas de las tribus fronterizas, que a veces participaban como mercenarios en

guerras exteriores. Otros pueblos nómadas del Asia Central, no tan bien preparados para la guerra, habían asolado y conquistado sucesivamente el mundo civilizado; en cambio, esta raza eminentemente guerrera, y sin embargo desconocedora de su fuerza, permaneció fragmentada e inofensiva en las profundidades de sus extensos desiertos.

Más adelante, llegó un momento en que sus tribus dispares se unirían en un solo credo y estarían animadas por una causa común; para ello tendría que nacer un genio excepcional, capaz de unir estos miembros dispersos, infundirles su propio entusiasmo y audacia, e impulsarles —como gigante del desierto— a quebrantar y a derribar los imperios de la Tierra.

Nacimiento e infancia de Mahoma

Mahoma, fundador de la fe del islam, nació en La Meca en abril del año 569 de la era cristiana. Fue miembro de la valiente e ilustre tribu de los Coraichitas, formada por las dos ramas descendientes de los hermanos Hashim y Abd Shams. Hashim, el antepasado de Mahoma, fue un gran benefactor de La Meca. Esta ciudad está situada en medio de una región pedregosa y desértica, y en tiempos pasados padecía muchas veces escasez de provisiones. A comienzos del siglo VI Hashim organizó dos caravanas anuales; una salía en invierno hacia Arabia del Sur o Yemen; la otra iba en verano a Siria. Gracias a ello aumentaron considerablemente los suministros de La Meca y llegó una gran variedad de mercancías. La ciudad se convirtió en un importante centro comercial, y la tribu Coraichita, que participó en gran medida en estas expediciones, se hizo rica y poderosa. En aquella época Hashim era el guardián de la Kaaba, el gran templo de peregrinación y culto de los árabes, cuya custodia se confiaba únicamente a las tribus y familias más prestigiosas (de la misma manera que, en épocas anteriores, el templo de Jerusalén sólo podían guardarlo los levitas). De hecho, la protección de la Kaaba iba unida a la posesión de dignidades civiles y privilegios y concedía a su titular el control de la ciudad sagrada.

A la muerte de Hashim, le sucedió en sus cargos y títulos su hijo Abd al-Muttalib, que también heredó su patriotismo. Liberó a la ciudad santa de un ejército invasor formado por soldados y elefantes, enviado por la princesa cristiana de Abisinia, que por entonces tenía sometido el Yemen. Tan señalados servicios del padre y el hijo contribuyeron a asociar más fuertemente la protección de la Kaaba a la descendencia de Hashim, con gran descontento y envidia de los sucesores de Abd Shams.

Abdal-Muttalib tuvo varios hijos e hijas. Los hijos que pasarán a la historia son Abu Talib, Abu Lahab, Abbás, Hamza y Abdallah. Este último fue el más pequeño y el más querido. Se casó con Amina, doncella de una rama lejana de la misma ilustre estirpe Coraichita. Tan notable era Abdallah por su belleza personal y por las cualidades que atraen el cariño de las mujeres, que, si creemos en las tradiciones musulmanas, la noche en que se casó con Amina murieron, con el corazón destrozado, doscientas vírgenes de la tribu Coraichita.

Mahoma fue el primer y único fruto de tan señalado matrimonio. Su nacimiento, según tradiciones del mismo origen que la que acabamos de citar, se vio acompañado de señales y

portentos que anunciaron la venida de un niño singular. Su madre no sufrió en lo más mínimo los dolores del parto. En el momento que se produjo la llegada del niño a este mundo una luz celestial iluminó la región circundante, y el recién nacido, elevando los ojos al cielo, exclamó: «¡Dios es grande! No hay más Dios que Dios, y yo soy su profeta.»

El cielo y la tierra se conmovieron con su llegada, cuentan las tradiciones. El lago Sawa vio cómo sus aguas regresaron a sus secretos manantiales dejando el lecho seco; en cambio el Tigris se salió de cauce e inundó las tierras próximas. El palacio de Cosroes, rey de Persia, tembló hasta sus cimientos y varias de sus torres cayeron por tierra. En aquella noche tan agitada, el Cadí, juez de Persia, vio en sueños cómo un corcel árabe dominaba a un camello feroz. Por la mañana contó su sueño al monarca persa y lo interpretó como una amenaza procedente de Arabia.

En tan memorable noche, el fuego sagrado de Zoroastro, que, bajo el cuidado de los magos, había ardido sin interrupción desde hacía más de mil años, se apagó de repente y cayeron por tierra todos los ídolos del mundo. Los demonios o genios malignos, escondidos en las estrellas y en los signos del zodíaco y que ejercen una influencia perversa sobre los hijos de los hombres, fueron arrojados por ángeles puros y enviados, con su jefe Iblis o Lucifer, a las profundidades del mar.

Los familiares del recién nacido, dicen las mismas fuentes, se llenaron de temor y admiración. El hermano de su madre, un astrólogo, predijo que el niño alcanzaría un poder enorme, fundaría un imperio y establecería una nueva fe entre los hombres. Su abuelo, Abdal-Muttalib, dio un banquete en honor de los principales coraichitas, al séptimo día de su nacimiento; en él les presentó al niño como la gloria futura de su pueblo y le puso el nombre de Mahoma (o Muhammad), como señal de su futuro prestigio.

Estos son los maravillosos relatos transmitidos por los escritores musulmanes sobre el nacimiento de Mahoma. Y sobre sus primeros años sólo disponemos de fábulas semejantes a las citadas. Tenía poco más de dos meses cuando murió su padre, que no le dejó más herencia que cinco camellos, unas pocas ovejas y una esclava de Etiopía llamada Barakat. Su madre, Amina, le había amamantado hasta entonces, pero las preocupaciones y el dolor habían secado las fuentes de sus pechos. Además, como el aire de La Meca era perjudicial para los niños, le buscó una nodriza de las tribus beduinas que vivían en los alrededores. Estas tenían la costumbre de venir a La Meca dos veces al año, en primavera y en otoño, a criar a los hijos de sus habitantes buscando las familias ricas, donde sabían que recibirían fuertes recompensas, y despreciaban a los nacidos en la pobreza. Por fin, Alima, la esposa de un pastor saudí, sintió compasión y se llevó consigo al niño indefenso. Alima vivía en uno de los valles ganaderos de las montañas.

Muchas fueron las maravillas relatadas por Alima sobre el bebé. En el viaje desde La Meca la mula que le transportaba comenzó milagrosamente a hablar y proclamó en voz alta que llevaba encima al mayor de los profetas, al jefe de los embajadores, al favorito del Todopoderoso. Las ovejas se inclinaban ante él al pasar; cuando el niño miró desde la cuna hacia la luna, ésta se inclinó también en señal de reverencia.

La bendición de los cielos, dicen los escritores árabes, recompensó la caridad de Alima. Mientras el niño estuvo bajo su techo, todo prosperó a su alrededor. Los pozos y manantiales no se secaron nunca; los pastos siempre estuvieron verdes; sus rebaños se multiplicaron por diez; los campos demostraron una abundancia maravillosa y la paz reinó en su casa.

Las leyendas árabes pasan luego a destacar los poderes corporales y mentales, casi sobrenaturales, manifestados por este niño a una edad tan temprana. Se mantenía en pie sin ayuda cuando sólo tenía tres meses; corría por su cuenta cuando tenía siete, y a los diez meses podía jugar con arcos y flechas en compañía de otros niños. A los ocho meses ya sabía hablar lo suficiente para que le entendieran, y un mes más tarde podía hacerlo con fluidez, manifestando una sabiduría que asombraba a cuantos le oían. A los tres años, mientras jugaba en el campo con su hermano de leche Masaud, aparecieron ante ellos dos ángeles con vestidos resplandecientes. Colocaron a Mahoma suavemente sobre el suelo, y Gabriel —uno de los ángeles— le abrió el pecho, pero sin hacerle el menor daño. Luego tomó su corazón, lo limpió de toda impureza y extraje las gotas negras y amargas del pecado original (heredado de nuestro padre Adán y que permanece en el corazón de todos sus sucesores incitándolos al mal). Después de purificarlo por completo, lo llenó de fe y de conocimiento y luz profética, y lo volvió a colocar en el pecho del niño. Entonces, nos dicen los mismos autores, comenzó a emanar de su rostro la misteriosa luz que procedía de Adán y a través de los profetas había llegado hasta la época de Isaac y de Ismael, pero que había permanecido dormida en los descendientes de este último, hasta que volvió a brillar con nuevo esplendor en los rasgos de Mahoma.

Tras aquella visita sobrenatural, nos siguen diciendo, quedó impreso entre los hombros del niño el sello de la profecía, que fue durante toda su vida el símbolo y credencial de su divina misión, aunque los no creyentes no veían en él más que un gran lunar, del tamaño de un huevo de paloma. Cuando Alima y su esposo tuvieron conocimiento de la maravillosa visita del ángel, sintieron temor de que pudiera ocurrirle alguna desgracia al niño o de que sus visitantes sobrenaturales fueran de la raza de los genios o espíritus malos, que habitan en la soledad del desierto y siembran el mal entre los hijos de los hombres. Por eso la doncella saudí lo llevó de nuevo a La Meca y lo entregó a su madre, Amina. Estuvo con su madre hasta cumplir los seis años. Entonces Amina le llevó a la ciudad de Medina con ocasión de una visita a sus familiares de la tribu de Aadi, pero falleció en el viaje de vuelta y fue enterrada en Abwá, pueblo entre Medina y La Meca. Su sepulcro sería un lugar de recogimiento y tiernos recuerdos para su hijo en el último periodo de su vida. Barakat, la fiel esclava abisinia, hizo entonces de madre del niño huérfano y lo llevó a su abuelo Abdal-Muttalib, en cuya casa estuvo dos años, rodeado de atenciones y cariño. Abdal-Muttalib era ya de edad muy avanzada; viendo que su fin se acercaba, llamó ante sí a su hijo primogénito, Abu Talib, y le confió la protección especial de Mahoma. El bueno de Abu Talib se llevó a su sobrino al pecho y a partir de entonces lo trató como a un hijo. Cuando, a la muerte de su padre, Abu Talib heredó su misión de proteger la Kaaba, Mahoma siguió durante años viviendo en una especie de hogar sacerdotal, donde se observaban rígidamente los ritos y ceremonias sagrados.

Antes de seguir, nos parece necesario dar alguna información sobre el supuesto origen de la Kaaba y sobre los ritos, tradiciones y supersticiones con ella relacionados, pues están en estrecho contacto con la fe islámica y con la vida de su fundador.

Tradiciones sobre La Meca y la Kaaba

Cuando Adán y Eva cayeron —dicen las tradiciones árabes— fueron arrojados del paraíso a diferentes partes de la tierra: Adán a una montaña de la isla de Sarandib, o Ceilán; Eva a Arabia, a las orillas del mar Rojo, donde se encuentra ahora el puerto de Yedda. Durante doscientos años deambularon por separado y en solitario hasta que, en consideración de su penitencia y abatimiento, pudieron reunirse de nuevo en el monte Arafat, no lejos de la ciudad de La Meca. En medio de su dolor y arrepentimiento, Adán levantó las manos y los ojos al cielo e imploró la clemencia de Dios, suplicando que le permitiera tener un templo semejante al que había contemplado en el paraíso, a cuyo alrededor los ángeles daban vueltas y le adoraban. La súplica de Adán fue escuchada. Los ángeles hicieron descender un tabernáculo o templo formado por nubes radiantes. Lo colocaron inmediatamente debajo de su prototipo en el paraíso celestial. A partir de entonces, Adán se volvía hacia el templo para orar y daba todos los días siete vueltas a su alrededor, a imitación de los ángeles.

A la muerte de Adán —dicen las mismas tradiciones—, el tabernáculo de nubes desapareció, o fue elevado de nuevo al cielo; pero Set, hijo de Adán, construyó otro de la misma forma y en el mismo lugar, hecho de piedra y barro. El Diluvio arrasó dicho templo. Muchas generaciones más tarde, en la época de los patriarcas, cuando Agar y su hijo Ismael estuvieron a punto de perecer de sed en el desierto, un ángel les mostró un manantial o pozo de agua, junto al antiguo emplazamiento del tabernáculo. Era el pozo de Zem Zem, considerado desde entonces como lugar sagrado. Poco después, dos individuos de la raza gigante de los amalecitas, que buscaban un camello extraviado de su campamento, descubrieron el pozo y, después de saciar su sed, llevaron a sus compañeros. Fundaron allí la ciudad de La Meca, colocando a Ismael y a su madre bajo su protección. Pronto fueron expulsados por los habitantes originarios de la región. Ismael se quedó entre ellos. Cuando se hizo hombre, se casó con la hija del príncipe gobernante, de quien tuvo numerosa descendencia: los antepasados del pueblo árabe. Pasado algún tiempo, por orden de Dios decidió reconstruir la Kaaba, en el mismo lugar donde se había encontrado el tabernáculo originario de nubes. En su piadosa obra recibió la ayuda de su padre Abraham. Una piedra milagrosa servía a éste de andamio; subía y bajaba con él según iba levantando las paredes del edificio sagrado. Todavía se conserva allí como reliquia de valor incalculable, y los verdaderos creyentes perciben en ella claramente la huella del pie del patriarca.

Mientras Abraham e Ismael se dedicaban a su trabajo, el ángel Gabriel les trajo una piedra, que ha dado lugar a tradiciones diferentes; según una versión, era una de las piedras preciosas del paraíso, que había caído a la tierra con Adán y luego se había perdido en el fango del Diluvio, hasta que la recuperó el ángel Gabriel. Pero la tradición más aceptada dice que en principio habría sido el ángel guardián nombrado para vigilar a Adán en el paraíso, convertido en piedra y arrojado de allí tras la caída de éste, en castigo por no haber estado más vigilante. Abraham e Ismael recibieron la piedra con la debida reverencia y la introdujeron en una esquina del muro exterior de la Kaaba, donde se conserva hasta hoy. Los fieles la besan

devotamente cada vez que dan una vuelta completa al templo. Cuando la introdujeron en la pared era, según los relatos, un solo jacinto de deslumbrante blancura, pero poco a poco se fue ennegreciendo con los besos de los pecadores mortales. Él día de la resurrección recuperará su forma angélica y constituirá ante Dios un testimonio en favor de los que han realizado fielmente los ritos de la peregrinación.

Estas son las tradiciones árabes, que hicieron de la Kaaba y del pozo de Zem Zem objeto de gran veneración desde la más remota antigüedad entre los pueblos del Oriente y en especial entre los descendientes de Ismael. La Meca, dentro de cuyos muros se encuentran estos sagrados objetos, era una ciudad santa mucho antes de la aparición del mahometismo, y fue un centro de peregrinación visitado por gentes de todas las partes de Arabia. Tan universal y profundo era el sentimiento religioso que rodeaba esta observancia, que cada año se dedicaban cuatro meses a los ritos de la peregrinación, durante los cuales no se podían cometer actos de violencia ni emprender guerras. Las tribus hostiles dejaban de lado las armas; quitaban la punta a las lanzas; atravesaban tranquilamente los desiertos poco antes intransitables por la guerra; daban siete vueltas a la Kaaba a imitación de las huestes angélicas; tocaban y besaban la misteriosa piedra negra; bebían y realizaban sus abluciones en el pozo de Zem Zem en memoria de su antepasado Ismael; y, tras haber realizado todos los demás ritos primitivos de la peregrinación, volvían a casa sin peligro, para inmediatamente tomar las armas y reanudar sus guerras.

Entre las observancias religiosas de los árabes en aquellos «los días de la ignorancia» —es decir, antes de la promulgación de las doctrinas musulmanas—, el ayuno y la oración ocuparon un lugar central. A lo largo del año había tres ayunos: uno de siete días, otro de nueve, y otro de treinta. Rezaban tres veces al día: al salir el sol, al mediodía, y al ponerse el sol; al hacerlo volvían el rostro hacia la Kaaba, que era su Qibla o punto de adoración. Tenían muchas tradiciones religiosas, algunas de ellas procedentes de sus contactos anteriores con los judíos. Al parecer nutrían sus sentimientos religiosos con la lectura del libro de los salmos y de un libro atribuido a Set, donde se recogían discursos morales.

Mahoma se crió en la casa del guardián de la Kaaba. Cabe pensar que las ceremonias y devociones relacionadas con el sagrado edificio influirían desde muy pronto en su espíritu y le inclinarían hacia las especulaciones religiosas que con el tiempo constituirían su principal preocupación. Aunque sus biógrafos musulmanes hayan querido convencernos de que su infancia estuvo marcada por signos y prodigios que presagiaban su destino, la verdad es que su educación fue tan poco esmerada como la de los demás niños árabes. Es más, sabemos que no le enseñaron ni a leer ni a escribir. No obstante, fue un muchacho de inteligencia despierta, con dotes de observación, dado a la meditación y dominado por una imaginación fecunda, audaz y comunicativa. La influencia anual de los peregrinos procedentes de los sitios más lejanos hacía de La Meca un receptáculo de todos los conocimientos existentes, que el muchacho debió de asimilar con avidez y conservar con su gran retentiva. Con el paso de los años dispuso de una esfera de observación cada vez más amplia.

Primer viaje de Mahoma

Mahoma había cumplido los doce años, pero, como hemos visto, tenía una inteligencia muy superior a la de un niño de su edad. Tenía un gran sentido de la observación, estimulado por el contacto con peregrinos de todas las partes de Arabia. Su tío Abu Talib, además de tener rango sacerdotal en cuanto guardián de la Kaaba, era uno de los mercaderes más emprendedores de la tribu Coraichita, y estaba en estrecha relación con las caravanas organizadas por su antepasado Hashim para establecer contactos con Siria y Yemen. La llegada y salida de dichas caravanas, que se apretujaban en las puertas de La Meca y llenaban sus calles de animación, eran acontecimientos apasionantes para un joven como Mahoma y le trasladaban en su imaginación a regiones remotas. No podía dominar por más tiempo su curiosidad. En una ocasión, cuando su tío estaba a punto de subir a su camello para partir rumbo a Siria con la caravana, se agarró a él y le suplicó que le permitiera acompañarle: «Tío, ¿quién va a cuidar de mí mientras estés fuera?»

Abu Talib no pudo hacer oídos sordos a su súplica. Debió pensar también en la conveniencia de que el joven tomara contacto con las actividades de la vida árabe, y que su gran capacidad le permitiría colaborar eficazmente en las faenas habituales de una caravana. Accedió a su petición y se lo llevó consigo a Siria. El camino atravesaba regiones ricas en leyendas y tradiciones, que los árabes gustaban repetir por las noches mientras descansaban del viaje. Las vastas soledades del desierto, donde este pueblo errante pasaba gran parte de su vida, se prestan a la aparición de leyendas y supersticiones; por eso, han poblado estos espacios vacíos de genios buenos y malos, los han hecho intervenir en relatos de encantamientos y participar en acontecimientos maravillosos ocurridos en tiempos ancestrales. En estos descansos de la caravana, la mente juvenil de Mahoma debió de empaparse de muchas de las supersticiones del desierto y conservarlas para siempre en su memoria. Es claro que ejercieron gran influencia en su imaginación. Podemos subrayar en especial dos tradiciones que debió de escuchar entonces y que él reprodujo años más tarde en el Corán. Una se relaciona con el distrito montañoso de Hachar. En él, mientras la caravana serpenteaba entre valles desiertos y silenciosos, iban apareciendo cuevas en las laderas de las montañas; en ellas habían habitado los hijos de Tamud, una de las «tribus perdidas» de Arabia; ésta era la tradición sobre ellos:

Pertenecían a una raza orgullosa y gigantesca, que existía desde antes de la época del patriarca Abraham. Habían caído en la más ciega idolatría y Dios les envió un profeta llamado Salih para volverlos al buen camino, no obstante, se negaron a escucharle hasta que no demostrase la divinidad de su misión haciendo que de las entrañas de una montaña saliera una camella embarazada. Salih se lo pidió a Dios y, ¡oh prodigio!, se abrió una roca de la que salió una camella, que pronto tuvo una cría. Algunos de los tamudeos se dejaron convencer por el milagro y renunciaron a su idolatría; sin embargo, la mayor parte se resistió. Salih dejó la camella allí como señal, advirtiéndoles que caería sobre ellos el juicio del cielo si le hacían el menor daño. Durante algún tiempo estuvo yendo a alimentarse en los pastizales, saliendo por la mañana y regresando por la tarde. Es cierto que cuando inclinaba la cabeza para beber de un arroyo o pozo, no la levantaba hasta acabar con la última gota de agua; pero, en cambio,

daba leche suficiente para alimentar a toda la tribu. Pero como asustaba a los demás camellos, los tamudeos la tomaron con ella, la inmovilizaron y la mataron. Entonces se oyó un grito terrible desde los cielos acompañado de grandes truenos, y por la mañana todos los culpables aparecieron tendidos en el suelo, muertos. De esta manera desapareció de la tierra aquella raza y su país tuvo que padecer desde entonces la maldición del cielo.

Este relato impresionó fuertemente a Mahoma, hasta el punto de que, años más tarde, no permitió que su pueblo acampara en aquella zona y lo alejó de la región maldita.

Otra tradición, escuchada en este viaje, hacía referencia a la ciudad de Ayla, situada junto al mar Rojo. Se decía que el lugar había sido habitado en tiempos remotos por una tribu de judíos, que cayeron en la idolatría y profanaron el sábado, pescando en el día sagrado; en castigo, los ancianos quedaron transformados en cerdos y los jóvenes en monos.

Hemos señalado de forma especial estas dos tradiciones porque ambas aparecen citadas por Mahoma como ejemplos del juicio divino contra la idolatría y reflejan la mentalidad que se iba formando sobre tema tan importante.

Como siempre, los escritores musulmanes nos relatan las maravillosas circunstancias que acompañaron al joven durante este viaje, como demostración de la ininterrumpida protección celestial. En una ocasión, mientras atravesaba las arenas ardientes del desierto, un ángel invisible revoloteaba sobre él, protegiéndole con sus alas; evidentemente es un milagro que no puede basarse en el testimonio de ningún testigo presencial. En otra ocasión, le protegió una nube suspendida sobre su cabeza durante el calor asfixiante del mediodía; más tarde, mientras intentaba protegerse en la escasa sombra de un árbol marchito, éste echó de repente hojas y flores.

Después de bordear los antiguos dominios de los moabitas y los amonitas, muchas veces mencionados en las Sagradas Escrituras, la caravana llegó a Bosra o Bostra, en los confines de Siria, en el país de la tribu de Manasés, al otro lado del Jordán. En los días de la Escritura había sido la ciudad de los levitas, pero entonces estaba habitada por cristianos nestorianos. Era un gran centro comercial, visitado anualmente por las caravanas. Nuestros caminantes se detuvieron allí y acamparon junto a un convento de monjes nestorianos.

Los miembros de esta hermandad recibieron a Abu Talib y a su sobrino con generosa hospitalidad. Uno de los monjes —que unos llaman Sergio y otros Bahira— entabló conversación con Mahoma y se sorprendió ante la precocidad de su inteligencia y su insaciable deseo de aprender, sobre todo en cuestiones religiosas. Hablaron muchas veces de estos temas y al parecer el monje debió de centrar sus esfuerzos en arremeter contra la idolatría en que se había educado hasta entonces el joven Mahoma, pues los cristianos nestorianos condenaban con energía no sólo el culto de las imágenes, sino la exhibición de las mismas. Sus escrúpulos al respecto llegaban hasta el punto de que incluían en esta prohibición la misma cruz, el emblema común del cristianismo.

Muchos han relacionado el conocimiento de los principios y tradiciones de la fe cristiana demostrado luego por Mahoma con estas conversaciones de juventud con el monje; sin

embargo, es probable que tuviera nuevos contactos con él en las visitas que realizó más tarde a Siria.

Los autores musulmanes afirman que el interés demostrado por el monje hacia el joven desconocido se debía a que éste había descubierto, por casualidad, el sello de la profecía que Mahoma tenía entre los hombros. Dicen también que, cuando estaban a punto de regresar hacia La Meca, advirtió a Abu Talib que tuviera cuidado de que su sobrino no cayera en manos de los judíos, anticipando así con su visión profética los problemas y enfrentamientos que tendría con ellos.

Pero no hacía falta ningún peligro para explicar el interés de un monje exaltado hacia un joven inteligente y curioso que además era sobrino del guardián de la Kaaba y podía depositar en La Meca la semilla de cristianismo; y era lógico que el monje procurara evitar que su posible converso, todavía indeciso en materia religiosa, se dejara atraer hacia la fe judía.

Cuando Mahoma regresó a La Meca, bullían en su imaginación increíbles relatos y tradiciones escuchados en el desierto, y estaba profundamente impresionado por las doctrinas aprendidas en el convento nestoriano. En adelante, debió de sentir una misteriosa reverencia hacia Siria, probablemente por las impresiones religiosas allí recibidas. Era la tierra adonde se había dirigido Abrahán desde Caldea, llevando con él el culto primitivo al único Dios verdadero.8 «Verdaderamente —solía decir años más tarde—, Dios ha mantenido siempre guardianes de su palabra en Siria; son cuarenta; cuando uno muere, otro viene a ocupar su lugar; y gracias a ellos es una tierra bendita.» O también: «¡Bendito el pueblo de Siria, pues los ángeles del buen Dios extienden sus alas sobre él!»

JADIYA

Mahoma se dedicó por completo a la vida activa, acompañando a sus tíos en varias expediciones. En una ocasión, cuando tenía dieciséis años, lo encontramos con su tío Zubair, marchando con la caravana rumbo a Yemen; en otra, llevando armas al servicio de su mismo tío, que dirigía una expedición militar de los coraichitas en ayuda de los kinaníes contra la tribu de Hawazin. Suele considerarse ésta la primera experiencia de Mahoma con las armas, aunque debió de limitarse a proporcionar flechas a su tío en los momentos de acción más intensa y a protegerle de los dardos del enemigo. Los autores árabes condenan esta guerra, conocida con el nombre de *Fachr*, o guerra impía, por haber tenido lugar durante los meses sagrados de la peregrinación.

Al ir avanzando en años, Mahoma fue empleado por diferentes personas como agente comercial o agente de ventas en los viajes de las caravanas a Siria, Yemen y otros lugares. Todo ello contribuyó a ampliar su esfera de observación y a permitirle conocer desde muy pronto el verdadero carácter de los asuntos humanos.

También acudió con frecuencia a ferias. En Arabia las ferias no eran meros lugares de intercambio, sino también escenario de competiciones poéticas entre diferentes tribus, donde

se premiaba a los triunfadores y los poemas vencedores se guardaban como tesoros en los archivos de los príncipes. Así ocurría de forma especial en la feria de Ukaz; siete de los poemas premiados en ella colgaban como trofeos en la Kaaba. Además, en estas ferias se recitaban también las tradiciones populares de los árabes y se inculcaban las diversas creencias religiosas que coexistían en Arabia. Gracias a estas fuentes orales, Mahoma fue adquiriendo poco a poco gran parte de la rica información sobre credos y doctrinas de que hizo gala más tarde.

Por entonces residía en La Meca una viuda llamada Jadiya, de la tribu de Coraix. Había estado casada dos veces. Su último esposo, un comerciante adinerado, acababa de morir y los importantes negocios familiares necesitaban alguien que los dirigiera. Un sobrino de la viuda, llamado Juzaina, había entrado en contacto con Mahoma durante las expediciones comerciales de éste, y había observado la habilidad e integridad de que el joven hacía gala en todas las ocasiones. Habló de él a su tía y alabó sus cualidades para organizar sus asuntos comerciales. El físico de Mahoma debió de contribuir también a dar más fuerza a esta recomendación; tenía entonces unos veinticinco años y los escritores árabes ponderan su belleza varonil y atractivos ademanes. Tan deseosa se mostró Jadiya de conseguir sus servicios, que le ofreció un salario doble del normal por encargarse de una caravana que estaba al punto de enviar hacia Siria. Mahoma consultó con su tío Abu Talib y por consejo de éste, aceptó la oferta. En la expedición contó con la compañía y la ayuda del sobrino de la viuda y la del esclavo de ésta, Maisara.

Jadiya quedó tan complacida de la manera en que Mahoma realizó su misión que, a la vuelta, le pagó el doble de la cantidad convenida. Después lo envió a las regiones meridionales de Arabia en expediciones semejantes, y en todas ellas los resultados fueron igualmente satisfactorios.

Jadiya tenía entonces cuarenta años y era una mujer inteligente y con experiencia. La capacidad mental de Mahoma le hizo cada vez más atractivo a sus ojos y pronto su corazón comenzó a suspirar por aquel hombre joven y atractivo. Según las leyendas árabes, se produjo un milagro que, de forma muy oportuna, confirmó y santificó sus inclinaciones. Un día estaba Jadiy con sus doncellas, a la hora del mediodía, en la terraza de su casa, viendo la llegada de una caravana dirigida por Mahoma. Mientras se acercaba, ella vio, con asombro, cómo dos ángeles le protegían con sus alas de los ardores del sol. Se volvió emocionada a las doncellas y exclamó: «¡Mirad al amado de Alá, que envía dos ángeles para que cuiden de él!»

La leyenda no aclara si las doncellas miraron con los mismos ojos de devoción que su señora ni si vieron o no a los ángeles. El caso es que la viuda quedó dominada por una fe ardiente en los méritos sobrehumanos de su fiel servidor y poco después envió a su fiel esclavo, Maisara, a ofrecerle su mano. El relato de la negociación es breve y sencillo. «Mahoma —preguntó Maisara—, ¿por qué no te casas?» «No tengo medios para ello», replicó Mahoma. «Sí, pero si una dama rica te ofreciera su mano... siendo además bella y de alto linaje...» «¿Quién es ella?» «¡Jadiya!» «¡No es posible!» «Déjalo en mis manos.» Maisara volvió a su señora y le contó lo que había ocurrido. Eligieron una hora para verse personalmente y el asunto se arregló satisfactoriamente con la rapidez y sagacidad que había distinguido a Mahoma en sus relaciones con la viuda. El padre de Jadiya presentó cierta oposición a la boda.

Mahoma era pobre, y la idea más extendida era que los ricos debían casarse también con ricos. Pero la viuda consideró, sabiamente, que sus riquezas no eran más que un medio que le permitía seguir los dictados de su corazón. Organizó un gran banquete, al que fueron invitados su padre y el resto de sus familiares, así como los tíos de Mahoma, Abul Talib y Hamza, además de algunos otros coraichitas. En este banquete se sirvió vino con generosidad y pronto todos estuvieron de buen humor. Se olvidaron las objeciones a la pobreza de Mahoma; hubo discursos de Abu Talib, por una parte, y de Waraka, de la familia de Jadia, y por la otra, ambos a favor de las nupcias propuestas; se fijó la dote y se realizó oficialmente el matrimonio.

Entonces Mahoma mandó matar un camello delante de su puerta y distribuyó la carne entre los pobres. La casa quedó abierta a todos. Las esclavas de Jadiay bailaron al son de las panderetas y por todas partes se respiraba jolgorio y alegría. Abu Talib, olvidándose de su edad y de su habitual melancolía, disfrutó mucho de la celebración. Había pagado de su propio bolsillo una dote de doce *uqqas* y media de oro, el equivalente a veinte camellos jóvenes. Halima, que había criado a Mahoma durante su infancia, fue invitada también a participar en la celebración de las nupcias y recibió como regalo un rebaño de cuarenta ovejas, con las que regresó, enriquecida y feliz, a su valle natal, en el desierto de los saudíes.

Mahoma, profeta de Dios

El matrimonio con Jadiya situó a Mahoma entre los hombres más ricos de su ciudad natal. Su categoría moral le daba también gran influencia en la comunidad. Alá, dice el historiador Abulfera, le había concedido todos los dones necesarios para hacer de él un hombre honrado: era tan puro y sincero, tan ajeno a los malos pensamientos, que todos lo llamaban con el nombre de Al Amín, o El Fiel.

La gran confianza que suscitaban su juicio y honradez le convirtió muchas veces en árbitro en las disputas de sus conciudadanos. Nos ha llegado una anécdota que ilustra su sagacidad en tales ocasiones. La Kaaba había sufrido daños por un incendio y la estaban reparando. Mientras duraban las obras, hubo que quitar la piedra negra sagrada. Entonces estalló una discusión entre los jefes de las diversas tribus, pues todos querían realizar tan honrosa misión. Decidieron someter la decisión a la primera persona que entrara por la puerta de al-Haram. Esa persona fue Mahoma. Al oír sus contrapuestas exigencias, mandó que pusieran un gran manto en el suelo y encima la piedra. Luego, un hombre de cada tribu cogería el borde del paño. De esta manera la piedra sagrada fue elevada en la misma medida y al mismo tiempo por todos ellos hasta una altura determinada, y entonces Mahoma la sujetó con sus propias manos.

Fruto de su matrimonio con Jadiya fueron cuatro hijas y un hijo. Este recibió el nombre de Qasim, y por eso Mahoma fue llamado a veces Abu Qasim, o padre de Qasim, según la nomenclatura árabe. Pero el niño murió al poco tiempo.

Durante varios años después de su matrimonio siguió dedicándose al comercio, visitando las grandes ferias árabes y realizando prolongados viajes con las caravanas. Sus expediciones

no fueron tan rentables como en los días anteriores a su boda, y en el curso de estas operaciones la riqueza recibida de su mujer, más que aumentar, fue disminuyendo. Pero lo importante es que gracias a la fortuna de su mujer ya no tenía necesidad de trabajar para mantenerse y podía disfrutar de tiempo libre para seguir las inclinaciones originarias de su espíritu, el ensueño y la especulación religiosa, que le habían atraído desde sus primeros años. Esta tendencia se había visto fortalecida a lo largo de sus viajes por el contacto con judíos y cristianos en un principio fugitivos de las persecuciones, pero ahora reunidos en tribus o confundidos con la población de las ciudades. También los desiertos árabes, llenos como estaban de fantásticas supersticiones, habían dado pábulo a sus ensueños entusiastas. Desde su matrimonio con Jadiya disponía también de un astrólogo. Su figura es importante, pues realizó la primera traducción al árabe de algunas partes del Antiguo y del Nuevo Testamento. Mahoma debió de recibir de él gran parte de su información sobre las Escrituras y sobre las tradiciones de la Mishná y del Talmud, reflejadas en el Corán.

Los conocimientos adquiridos y almacenados en su increíble memoria estaban en directa oposición con la tosca idolatría dominante en Arabia y practicada en la Kaaba. El sagrado edificio se había llenado progresivamente de ídolos, hasta un número de trescientos sesenta, uno por cada día del año árabe. Habían traído ídolos de distintas regiones, las divinidades de otras naciones. La principal de ellas era Hubai, de Siria que tenía el poder de enviar la lluvia. Entre los ídolos figuraban también Abraham e Ismael, reverenciados antiguamente como profetas y antepasados y ahora representados con flechas adivinatorias en las manos, en clara alusión a sus poderes mágicos.

Mahoma era cada vez más sensible a la tosquedad y absurdo de esta idolatría, pues en su espíritu la contraponía con las religiones espirituales que habían constituido el centro de sus investigaciones. Varios pasajes del Corán revelan la idea dominante que poco a poco fue aflorando en su mente, hasta obsesionar sus pensamientos y determinar sus acciones: la idea de la reforma religiosa. Después de tanto meditar y aprender, había llegado a la firme convicción de que la única religión verdadera era la revelada a Adán en el momento de su creación y promulgada y practicada en los días anteriores al pecado. Dicha religión proclamaba el culto directo y espiritual a un solo Dios verdadero. Además, estaba persuadido de que esta religión, tan elevada y sencilla, había sufrido numerosas corrupciones y degradaciones, la más grave de las cuales sería la idolatría; por eso, de vez en cuando había aparecido un profeta inspirado por una revelación del Altísimo para devolver a la religión su pureza original. Tal fue el caso de Noé, de Abraham, de Moisés y de Jesucristo. Cada uno de ellos había restablecido sobre el mundo la religión verdadera, pero sus seguidores la habían falseado a continuación. La fe, tal como la enseñó y practicó Abrahán al salir de la tierra de Caldea, debió de constituir el modelo religioso para su espíritu, dada su veneración hacia el patriarca en cuanto padre de Ismael, progenitor de su raza.

Mahoma creía que había llegado de nuevo el momento de hacer otra reforma. El mundo había caído una vez más en una ciega idolatría. Era necesaria la llegada de otro profeta, autorizado por un mandato de lo alto, para llevar al buen camino a los hombres extraviados, y para restaurar el culto de la Kaaba tal como había sido en los días de Abrahán y de los patriarcas. La probabilidad de esta llegada, con sus reformas consiguientes, debió de constituir

una obsesión para su mente y le inclinó al ensueño y a la meditación, actitudes incompatibles con las actividades cotidianas y con el bullicio del mundo. Se cuenta que poco a poco se fue alejando de la sociedad en busca de la soledad de una cueva en el monte Hira, unas tres leguas al norte de La Meca, donde, a imitación de los anacoretas cristianos del desierto, se pasaba días y noches enteras dedicado a la oración y a la mortificación. Así pasaba siempre el del Ramadán, el mes sagrado de los árabes. Esta concentración mental en un único tema, junto con su fervoroso entusiasmo espiritual, tenía que dejar profunda huella en él. Padecía sueños, éxtasis y trances meses seguidos —según uno de sus historiadores tuvo sueños constantes sobre lo que constituía su obsesión. Muchas veces perdía por completo la conciencia de los objetos circundantes y caía al suelo, al parecer totalmente insensible. Jadiya, que a veces le acompañaba fielmente en su soledad, observaba estos paroxismos con preocupación y nerviosismo y trató de averiguar la causa, pero Mahoma no contestaba a sus preguntas o le daba respuestas misteriosas. Algunos de sus adversarios han atribuido estos fenómenos a la epilepsia, pero los musulmanes devotos ven en ellos manifestaciones de su carácter profético, pues, según ellos, ya habían comenzado a llegar a su espíritu llamadas del Altísimo, aunque todavía en forma confusa; su mente tenía que hacer frente a concepciones demasiado grandiosas para un ser mortal. Con el tiempo —siguen diciendo—, lo que antes se había adivinado en sueños se fue manifestando en forma clara y precisa gracias a una aparición angélica y a una anunciación divina.

Tenía cuarenta años cuando se produjo esta famosa revelación. Nos han llegado relatos de autores musulmanes que escucharon sus propias palabras. Como tenía por costumbre, estaba pasando el mes del Ramadán en la cueva del monte Hira, tratando de llegar —mediante el ayuno, la oración y la meditación solitaria— a la contemplación de la divina verdad. Era la noche que los árabes llaman Al Qadr, o el Decreto Divino; una noche en que, según el Corán, los ángeles descienden a la tierra y Gabriel hace llegar los decretos de Dios. Durante esa noche hay paz en la tierra, una paz sagrada reina en la naturaleza entera hasta la llegada del alba.

En el silencio de la noche, Mahoma estaba acostado, envuelto en su manto, cuando oyó una voz que le llamaba; se descubrió la cabeza y descendió sobre él un rayo de luz tan fuerte, que le hizo perder el conocimiento. Cuando recuperó la conciencia, vio un ángel en forma humana que, aproximándose desde cierta distancia, le enseñaba un par de seda, cubierto con caracteres escritos.

«Lee», dijo el ángel.

«No sé leer», respondió Mahoma.

«Lee —repitió el ángel— en el nombre del Señor, que ha creado todas las cosas; que creó al hombre de un coágulo de sangre. Lee en nombre del Altísimo, que enseñó al hombre a utilizar la pluma; que envía a su alma la luz del conocimiento y le enseña lo que antes no sabía»

Al oír estas palabras, Mahoma sintió que una luz celestial iluminar su inteligencia y leyó las palabras escritas en el paño. En ellas se reproducían los decretos de Dios, tal como se promulgaron luego en el Corán. Al finalizar la lectura, el mensajero celeste anunció: «¡Oh, Mahoma en verdad tú eres el profeta de Dios y yo soy su ángel Gabriel!»

Mahoma llegó por la mañana a presencia de Jadiya temblando e inquieto; no sabía si lo que había oído y visto era cierto, en cuyo caso él era un profeta enviado a realizar la reforma soñada en sus meditaciones, o si todo había sido una apariencia, un engaño de los sentidos o, lo que era todavía peor, la aparición de un espíritu maligno. Sin embargo, Jadiya lo vio todo con la mirada de la fe y la credulidad de una mujer enamorada. Vio en ello el cumplimiento de los deseos de su esposo y el final de sus paroxismos y privaciones. «¡Qué buenas nuevas me traes! —exclamó ella—. Por aquel en cuya mano está el alma de Jadiya te reconoceré en adelante como el profeta de nuestra nación. Alégrate —siguió diciendo, al verle todavía deprimido—, Alá no dejará que te pase nada malo. ¿No has sido tú hombre amante de tus familiares, amable con tus vecinos, caritativo con los pobres, hospitalario para los desconocidos, fiel a tu palabra y defensor de la verdad?»

Jadiya corrió rápidamente a informar de lo que había oído a su primo Waraka, el traductor de las Escrituras, el cual, como hemos visto, había sido para Mahoma una especie de oráculo doméstico en materia de religión. Se entusiasmó enseguida ante tan milagroso anuncio. «Por aquel en cuya mano está el alma de Waraka —exclamó—, tú dices la verdad, ¡oh Jadiya! El ángel que se ha aparecido a tu esposo es el mismo que en la Antigüedad fue enviado a Moisés, el hijo de Amrán. El anuncio es verdadero. ¡Tu esposo es un profeta!»

La fervorosa colaboración del ilustrado Waraka debió de contribuir en gran medida a fortalecer el vacilante espíritu de Mahoma.

Predicar y glorificar a Dios

Durante algún tiempo. Mahoma sólo relató sus revelaciones a su propia familia. Uno de los primeros en confesarse creyente fue su siervo Zaid, árabe de la tribu de Kalb. Este joven había sido capturado en su niñez por una banda de salteadores coraichitas y había llegado por reparto a ser propiedad de Mahoma. Varios años después su padre tuvo conocimiento de que estaba en La Meca y fue hasta allí, ofreciendo una suma considerable por su rescate. «Si decide ir contigo, dijo Mahoma, se irá sin necesidad de rescate; pero si prefiere quedarse conmigo, ¿por qué voy a obligarle a que se vaya?». Zaid prefirió quedarse, pues, dijo él, le habían tratado siempre más como a un hijo que como a un esclavo. Entonces Mahoma le adoptó públicamente y desde entonces permaneció fielmente a su servicio. Ahora, al abrazar la nueva fe, quedó en completa libertad, pero a lo largo de toda su vida conservó la abnegada fidelidad que Mahoma debió de inspirar en muchos de sus seguidores y subordinados.

Los primeros pasos de Mahoma en su carrera profética fueron vacilantes, peligrosos y secretos. Tenía que enfrentarse con la posible enemistad de todos los que le rodeaban: de su familia más próxima, los coraichitas del linaje de Haxim, cuyo poder y prosperidad se identificaban con la idolatría; y todavía más del linaje rival de Abd Shams, que habían sentido desde siempre envidia y celos de los hachemitas y aprovecharía el cantado la acusación de herejía e impiedad para arrebatarle la protección de la Kaaba. Al frente de esta rama rival de los Coraichitas estaba Abu Sifián, hijo de Harb, nieto de Omeya y bisnieto de Abd Shams. Era

hombre capaz y ambicioso, de gran riqueza e influencia. Con el tiempo sería uno de los más tenaces y poderosos rivales de Mahoma.

En circunstancias tan adversas la nueva fe se propagó en secreto y con gran lentitud, hasta el punto de que durante los tres primeros años el número de conversos no pasó de cuarenta; éstos, en su mayor parte eran además jóvenes, extranjeros y esclavos. Cuando se reunían lo hacían en privado, bien en la casa de uno de los iniciados o en una cueva próxima a La Meca. Pero su secreto no les libró de sufrir ultrajes. Sus reuniones fueron descubiertas; una chusma entró en la cueva y produjo un enfrentamiento.

Uno de los atacantes fue herido en la cabeza por Saad, un armero que pasaría a la posteridad como el primero de los creyentes que derramó sangre por la causa del Islam. Uno de los principales oponentes de Mahoma fue su tío, Abu Lahab, hombre acaudalado, de espíritu orgulloso y temperamento irritable. Su hijo Utba se había casado con la tercera hija de Mahoma, Ruqaya, estableciendo así una doble relación. No obstante, Abu Lahab tenía también vínculos con el linaje rival de los Coraichitas, pues estaba casado con Umm Chamil, hermana de Abu Sufián, y estaba muy dominado por su esposa y su cuñado. Condenó lo que él llamaba herejía de su sobrino, pues consideraba que atraerían la desgracia a su descendencia inmediata y que merecían las hostilidades del resto de la tribu Coraichita. Mahoma sufrió mucho por la rencorosa oposición de su tío, que atribuía a las instigaciones de su esposa Umm Chamil. Lo deploraba muy en especial al ver que afectaba a la felicidad de su hija Ruqaya, cuya inclinación hacia sus doctrinas le había ganado los reproches de su esposo y de su familia.

El resultado de esta inquieta situación anímica y corporal fue otra visión, o revelación, en que recibió la orden de «levantarse, predicar y glorificar a Dios». Debía proclamar, pública y valientemente, sus doctrinas, empezando por los miembros de su familia y de su tribu. Así pues, el cuarto año de lo que se llama su misión, reunió a todos los coraichitas de la familia de Hashim en la colina de Safa, en las proximidades de la Meca, para explicarles algunos asuntos importantes para su bienestar. Acudieron a la convocatoria. También estaba presente el tío de Mahoma, Abu Lahab, y su esposa, Umm Chamil. Cuando el profeta acababa de comenzar su alocución, hablando de su misión y de sus revelaciones, Abu Lahab se levantó hecho una furia, le recriminó por reunirlos con una idea tan peregrina y, cogiendo una piedra, levantó la mano dispuesta a lanzarla contra él. Mahoma le dirigió una mirada fulminante; maldijo la mano que intentaba amenazarle y predijo su condenación a fuego de la Gehena, asegurando además que su esposa, Umm Chamil, llevaría el haz de espinas con que se encendería el fuego. La asamblea se disolvió en medio de una gran confusión. Abu Lahab y su esposa, indignados por la maldición pronunciada contra ellos, obligaron a su hijo, Utba, a repudiar a su esposa, Ruqaya, y la devolvieron a Mahoma. Al principio estaba desconsolada, pero pronto tuvo si recompensa y pudo casarse con un seguidor de la nueva fe.

Mahoma no se dejó desanimar por el fracaso de su primer intente y convocó una segunda reunión de los hachemitas en su propia casa. Trajo obsequiarles con la carne de un cordero y leche, se levantó y proclamó, con todo detalle, las revelaciones recibidas del cielo y el mandato divino de transmitirlas a su familia.

«¡Hijos de Abdal Muttalib, exclamó con entusiasmo, de entre todos los hombres Alá os ha elegido a vosotros como destinatarios de estos inapreciables dones! En su nombre os ofrezco las bendiciones de este mundo, y luego la alegría que no tiene fin ¿Quién de vosotros quiere recibir el peso de mi ofrecimiento? ¿Quién quiere ser mi hermano, mi lugarteniente, mi visir?»

Todos permanecieron en silencio, unos dudando, otros sonriendo en actitud de incredulidad y burla. Por fin, Alí, llevado por el entusiasmo juvenil, se ofreció a servir al Profeta, aunque reconociendo humildemente sus pocos años y su debilidad física. Mahoma abrazó al generoso joven y lo estrechó contra su pecho «Os presento a mi hermano, mi visir, mi representante —exclamó; que todos escuchen sus palabras y le obedezcan.»

La respuesta al arrebato de aquel mozalbete fue una estentórea carcajada de los coraichitas; luego comenzaron a gastar bromas a Abu Talib, que tendría que inclinarse ante su hijo y prestarle obediencia.

Mahoma, decidido a actuar sin reservas, o más bien inspirado por un entusiasmo creciente, se dedicó abiertamente a proclamar sus doctrinas y a presentarse como un profeta enviado por Dios para acabar con la idolatría y mitigar el rigor de la ley judía y cristiana. Los lugares favoritos de su predicación fueron las colinas de Safa y Kubeis, santificados por tradiciones sobre Agar e Ismael, y el monte Hira fue su Sinaí, adonde se retiraba de vez en cuando, lleno de fervor y entusiasmo, para regresar con nuevas revelaciones del Corán.

Los escritores cristianos antiguos, al tratar de la aparición de quien condenan como enemigo de la Iglesia, recogen supersticiosamente diversos prodigios ocurridos por entonces, que consideran como presagios de los males que iban a agitar el mundo. En Constantinopla, por entonces sede del imperio cristiano, nacieron varios monstruos y hubo apariciones prodigiosas que llenaron de consternación a los testigos. En algunas procesiones religiosas celebradas en la ciudad, las cruces comenzaron a moverse solas y a agitarse violentamente, causando asombro y terror. El Nilo, ancestral madre de prodigios, engendró dos formas espantosas, al parecer un hombre y una mujer, que salieron de sus aguas, miraron a su alrededor con aire terrible y volvieron a sumergirse entre las olas. Durante todo el día el sol quedó reducido a una tercera parte de su tamaño normal, arrojando rayos pálidos y tétricos. Durante la noche la luna se ocultó y apareció en los cielos una luz en medio de lanzas ensangrentadas.

Todas estas, y otras maravillas semejantes, se interpretaron como señales de los males que se avecinaban. Los antiguos servidores de Dios movían la cabeza tristemente, anticipando la inminencia del reino del anticristo, con la violenta persecución de la fe cristiana y gran desolación de las iglesias. Los hombres santos que han padecido persecuciones y pruebas por la fe, dice el venerable padre Jaime Bleda, pueden comprender y explicar estos misteriosos prodigios que anticipan desastres para la Iglesia, de la misma manera que los marineros experimentados ven en el aire, en los cielos y en las profundidades la amenaza de una tempestad que va a poner en peligro su barco.

Muchos de estos hombres santos fueron llamados a la gloria antes de que se cumplieran sus profecías. Desde allí, sentados a salvo en los cielos empíreos, habrán mirado con compasión los sufrimientos del mundo cristiano, como los hombres situados en las serenas

alturas de las montañas contemplan las tempestades que barren el mar y la tierra, hundiendo grandes barcos y derribando altas torres.

LIBRO I

LAS GUERRAS CIVILES.

CAPÍTULO I

Mientras Europa hace siglos que progresa y se desarrolla, la inmovilidad es el carácter distintivo de esas innumerables hordas que con sus tiendas y sus rebaños recorren los áridos y vastos desiertos de la Arabia. Hoy son lo que fueron ayer, y lo que serán mañana; en ellas nada cambia ni se modifica: los Beduinos de nuestros días conservan en toda su pureza el espíritu que animaba a sus abuelos en tiempo de Mahoma, y los mejores comentarios sobre la historia y la poesía de los árabes paganos, son las noticias que nos trasmiten los viajeros modernos acerca de las costumbres, los hábitos y la manera de pensar de los Beduinos entre quienes han habitado.

Y sin embargo este pueblo no carece ni de la inteligencia ni de la energía necesarias para conocer y mejorar sus condiciones, si quisiera. Si no progresa, si permanece extraño a toda idea de adelanto, es porque indiferente al bienestar y a los goces materiales que ofrece la civilización, no quiere cambiar su suerte por ninguna. El Beduino en su orgullo se considera como el tipo más perfecto de la creación, menosprecia a los otros pueblos, porque no se le parecen y se cree infinitamente más feliz que el hombre civilizado. Cada condición tiene sus inconvenientes y sus ventajas; pero la vanidad de los Beduinos se explica y se comprende sin esfuerzo. Guiados no por principios filosóficos, sino por una especie de instinto, han realizado de buenas a primeras la noble divisa de la revolución francesa: la libertad, la igualdad y la fraternidad.

El Beduino era el hombre más libre de la tierra: «Yo no reconozco, dice, más señor que el del Universo.» La libertad de que gozaba era tan grande, tan ilimitada que comparadas con ella nuestras más avanzadas doctrinas liberales parecen preceptos de despotismo. En nuestras sociedades un gobierno es un mal necesario, inevitable, un mal que es la condición del bien; los Beduinos no lo tenían. Había, verdad es, en cada tribu un jefe elegido por ella; pero este jefe no posee más que una cierta influencia; se le respeta, se escuchan sus consejos, sobre todo si tiene el don de la palabra, pero no se le concede en manera alguna el derecho de mandar. En lugar de cobrar sueldo, tiene, y aun está obligado por la opinión pública, a proveer a la subsistencia de los pobres, a distribuir entre los amigos los presentes que recibe y a ofrecer a los extranjeros una hospitalidad más suntuosa que cualquier otro miembro de la tribu. En todas ocasiones tiene que consultar el consejo de la tribu, que se compone de los jefes de las diferentes familias. Sin el consentimiento de esta asamblea no puede ni declarar la guerra ni concluir la paz, ni aun siquiera levantar el campo. Cuando una tribu concede el título de jeque a uno de sus miembros no es, la más veces, sino un homenaje sin consecuencia; le da con esto un testimonio público de estimación; reconoce solemnemente en él el más capaz, el más bravo, el más generoso, el más adicto a los intereses de la comunidad. «Nosotros, no concedemos a nadie esta dignidad, decía un árabe antiguo, a menos que no nos haya dado todo lo que posee, que nos haya permitido hollar todo lo que le es querido, y todo lo que quisiera ver honrado, y que no nos haya servido como esclavo»; la autoridad de este jeque de jeques es las más veces tan mínima que apenas se percibe. Habiendo preguntado uno a Araba, contemporáneo de

Mahoma, de qué manera había llegado a ser el jeque de su tribu, Araba negó al principio que lo fuera, e insistiendo el otro Araba le respondió: «Si las desgracias aquejaban a mis paisanos, yo les daba dinero, si alguno de ellos cometía alguna falta, yo pagaba la multa por él, y he establecido mi autoridad apoyándome en los hombres más dignos de la tribu. Aquél de mis compañeros que no puede hacer otro tanto, es menos considerado que yo, el que lo puede es mi igual, y el que me escoge es más estimado que yo.» En efecto, entonces como ahora se deponía al jeque, si no sabía mantener su rango, o si había en la tribu un hombre más generoso o valiente que él.

La igualdad, aunque no es completa en el desierto, era mayor que fuera del desierto. Los Beduinos no admitían ni la desigualdad de las relaciones sociales porque todos vivían de un mismo modo, usaban los mismos vestidos, y consumían los mismos alimentos; ni la aristocracia de fortuna porque la riqueza no era a sus ojos un título de pública estimación. Menospreciar el dinero y vivir al día del botín conquistado por su valor, después de haber repartido su patrimonio en regalos, era el ideal del caballero árabe. Este desdén de la riqueza era prueba de grandeza de alma y verdadera filosofía; preciso es, sin embargo, no perder de vista que la riqueza no podía tener para los Beduinos el mismo valor que para los otros pueblos, entre ellos es extremadamente precaria, y cambiaba de dueño con asombrosa facilidad. «La riqueza viene por la mañana y se va por la tarde» decía un poeta árabe, y en el desierto esto era estrictamente verdadero. Extraño a la agricultura, y no poseyendo una pulgada de tierra, el Beduino no poseía más bienes que sus camellos y sus caballos; pero era una posesión que podía perder en un instante. Cuando una tribu enemiga atacaba a la suya y le quitaba todo lo que poseía, como sucede todos los días, el que ayer era rico, se encontraba de pronto reducido a la miseria, pero mañana tomaría la revancha y volvería a ser rico.

Sin embargo, la igualdad completa no puede existir sino en el estado de la naturaleza, y el estado de la naturaleza no es más que una abstracción. Hasta cierto punto, los Beduinos eran iguales entre sí, pero en primer lugar sus principios igualitarios no se extendían a todo el género humano; ellos se estimaban muy superiores, no solo a sus esclavos y a los artesanos, que ganan el pan trabajando en sus campos, sino aun a todos los hombres de todas las otras razas; tenían la pretensión de haber sido amasados de un barro diferente al de todas las otras criaturas humanas. Las desigualdades naturales acarrean distinciones sociales, y si la riqueza no daba al Beduino consideración ni importancia alguna, tanto más se la daban la generosidad, la hospitalidad, la bravura, el talento poético y el don de la palabra. «Los hombres se dividen en dos clases, ha dicho Hatim: las almas bajas se complacen en amontonar dinero, las almas elevadas buscan la gloria que procura la generosidad.» Los nobles del desierto, los «reyes de los árabes» como decía el Califa Omar, eran los oradores, y los poetas, son aquellos que practican las virtudes beduinas; los plebeyos son los necios o malvados que no las practican. Por lo demás los Beduinos no han conocido nunca ni privilegios ni títulos, a menos que no se considere como tal el sobrenombre de «Perfecto» que se daba antiguamente al que juntaba al talento de la poesía la bravura, la liberalidad, el conocimiento de la escritura, la destreza en nadar y en tirar el arco.

La nobleza de nacimiento, que bien comprendida impone grandes deberes y hace las generaciones solidarias unas de otras, existía también entre los Beduinos. La multitud, llena

de veneración hacia la memoria de los grandes hombres a quienes rendían una especie de culto, rodeaba a sus descendientes de su estimación y afecto, con tal que, si estos no han recibido las mismas dotes que sus abuelos, conservasen al menos en su alma, el respeto y el amor a los hechos heroicos, al talento y a la virtud.

Antes del islamismo se consideraba nobilísimo el jeque de tribu cuyo padre, abuelo y bisabuelo le habían precedido sucesivamente en el mismo puesto. Nada más natural. Puesto que no se daba el título de jeque sino al más distinguido, se debía creer que las virtudes beduinas eran hereditarias en una familia que durante cuatro generaciones había estado a la cabeza de su tribu.

En una tribu todos los Beduinos son hermanos; este es el nombre que se dan entre sí cuando cuentan la misma edad; si es un anciano el que habla a un joven le llama: *hijo de mi hermano*. Si uno de sus «hermanos» se halla reducido a la mendicidad y viene a implorar su socorro el Beduino matará si es preciso hasta su última oveja para alimentarlo; si su «hermano» ha sufrido una afrenta de un hombre de otra tribu, sentirá esta afrenta como una injuria personal y no se dará punto de reposo hasta que no haya obtenido la venganza. Nada puede dar una idea bastante clara, bastante viva de esta «azabia» como él la llama, de esa adhesión profunda, ilimitada, inquebrantable que el Árabe siente hacia sus paisanos, de esa absoluta adhesión a los intereses, a la prosperidad a la gloria y al honor de la comunidad que lo ha visto nacer y que lo verá morir; no es un sentimiento parecido a nuestro patriotismo, que parecería al ardiente Beduino frío en extremo, era una pasión violenta y terrible y al mismo tiempo el primero, el más sagrado de los deberes, la verdadera religión del Desierto. Por su tribu, el árabe estaba siempre pronto a todos los sacrificios, por ella comprometería a cada instante su vida en esas empresas arriesgadas en que solo la fe y el entusiasmo pueden realizar portentos; por ella pelearía hasta que su cuerpo deshecho no tuviese figura humana... «Amad a vuestra tribu, ha dicho un poeta, porque estáis unidos a ella por lazos más fuertes que los que existen entre el marido y la mujer».

He aquí de qué manera comprendía el Beduino la libertad, la igualdad y la fraternidad. Estos bienes le bastaban, no imaginaba otros, estaba contento con su suerte. Europa no está jamás contenta con la suya, o no lo está más que durante un día. Nuestra febril actividad, nuestra sed de mejoras políticas y sociales, nuestros esfuerzos incesantes para llegar a un estado mejor ¿no son en el fondo los síntomas, la confesión implícita del tedio y malestar que entre nosotros corroen y devoran la sociedad? La idea del progreso preconizada hasta la saciedad en las cátedras y en la tribuna es la idea fundamental de las sociedades modernas; ¿pero habla sin cesar de cambios y mejoras el que se encuentra en una situación normal, el que se halla feliz? Buscando siempre la felicidad sin conseguirla, destruyendo hoy lo que edificamos ayer, caminando de ilusión en ilusión y de desengaño en desengaño, acabamos por desesperar de la tierra y decimos en nuestros momentos de abatimiento y debilidad que el hombre tiene otro destino que los Estados, y aspiramos a bienes desconocidos, en un mundo invisible.

Completamente tranquilo y fuerte el Beduino no conocía estas vagas y enfermizas aspiraciones a un porvenir mejor; su espíritu alegre, expansivo, indiferente, sereno como su cielo, no comprendería nuestros cuidados, nuestros dolores, ni nuestras confusas esperanzas.

A nosotros con nuestra ambición ilimitada en el pensamiento, en los deseos y en el movimiento de la imaginación, esta vida tranquila del desierto nos parecería insoportable por su monotonía y su uniformidad, y preferiríamos pronto nuestra sobreexcitación habitual, nuestras miserias, nuestros sufrimientos, nuestras sociedades conturbadas y nuestra civilización a todas las ventajas que poseían los Beduinos en su inmutable tranquilidad.

Entre ellos y nosotros existía una diferencia enorme, somos demasiado ricos de imaginación para gustar del reposo del espíritu; pero es también a la imaginación a la que debemos nuestro progreso, ella es la que nos ha dado nuestra superioridad relativa. Donde quiera que falta, el progreso es imposible; cuando se quiere perfeccionar la vida civil y desarrollar las relaciones de los hombres entre sí, es preciso tener presente en el espíritu la imagen de una sociedad más perfecta que la existente; ahora bien, los árabes a despecho de un prejuicio acreditado no tienen sino muy escasa imaginación. Tienen la sangre más impetuosa, más ardiente que nosotros y pasiones más fogosas; pero son al mismo tiempo el pueblo menos inventivo del mundo. Para convencerse de ello, basta examinar su religión y su literatura.

Antes que se hicieran musulmanes tenían sus Dioses, representantes de los cuerpos celestes; pero nunca tuvieron mitología, como los Indios, los Griegos y los Escandinavos; sus dioses no tenían pasado, no tenían historia y nadie intentó componerles una. En cuanto a la religión predicada por Mahoma, simple monoteísmo al que han venido a juntarse algunas instituciones y algunas ceremonias tomadas del judaísmo y del antiguo culto pagano, es sin disputa, de entre todas las religiones positivas la más simple y la más desnuda de misterio, la más razonable y la más depurada, dirían aquellos que excluyen lo sobrenatural en cuanto es posible y que destierran del culto las demostraciones exteriores y las artes plásticas.

En la literatura, la misma falta de invención, la misma predilección por lo real y positivo. Los demás pueblos han producido epopeya en que lo sobrenatural juega un gran papel. La literatura árabe no tiene epopeya, no tiene tampoco poesía narrativa; exclusivamente lírica y descriptiva, esta poesía no ha expresado nunca más que el lado práctico de la realidad. Los poetas árabes describen lo que ven y lo que experimentan; pero no inventan nada, y si alguna vez se permiten hacerlo, sus compatriotas en vez de complacerse en ello, los tratan secamente de embusteros.

La aspiración hacia lo infinito, hacia lo ideal, les es desconocida y lo que vale más a sus ojos, desde los tiempos más remotos, es lo preciso y lo elegante de la expresión, el lado técnico de la poesía.

La invención es tan rara en su literatura que cuando se encuentra en ella un poema o un cuento fantástico, se puede casi siempre asegurar desde luego, sin temor de equivocarse, que tal producción no es de origen árabe, que es una traducción. Así, en «Las mil y una Noches» todos los cuentos de hadas, esas graciosas producciones de una imaginación fresca y alegre que han encantado nuestra adolescencia son de origen persa o índico; en esta inmensa colección, las únicas narraciones verdaderamente árabes son los cuadros de costumbres, las anécdotas tomadas de la vida real.

En fin, cuando los árabes establecidos en inmensas provincias conquistadas con la punta de su espada se han ocupado de materias científicas han mostrado la misma falta de poder

creador. Han traducido y comentado las obras de los antiguos, han enriquecido ciertas especialidades con observaciones pacientes y minuciosas; pero no han inventado nada, no se les debe ninguna concepción grande y fecunda.

Existen, pues, entre los árabes y nosotros diferencias esenciales. Acaso tienen ellos más elevación de carácter, más grandeza de alma y un sentimiento más vivo de la dignidad humana; pero no llevan consigo el germen del desarrollo y del progreso y con su necesidad apasionada de independencia personal y con su carencia absoluta de espíritu político parecen incapaces de plegarse a las leyes sociales. Lo han ensayado con todo: arrancados por un profeta, de sus desiertos, y lanzados por él a la conquista del mundo, lo han llenado con la fama de sus hazañas; enriquecidos con los despojos de cien provincias, han aprendido a conocer los goces del lujo; puestos en contacto con los pueblos que habían vencido, han cultivado las ciencias y se han civilizado tanto como era posible. Sin embargo, aun después de Mahoma ha trascurrido un periodo bastante largo antes de que perdieran su carácter nacional. Cuando llegaron a España, eran todavía los verdaderos hijos del Desierto y era natural que a las orillas del Tajo o del Guadalquivir, no pensaran al principio sino en proseguir las luchas de tribu a tribu, de horda a horda comenzadas en la Arabia, en la Siria y en el África. De estas guerras es de lo que primero debemos ocuparnos y para comprenderlas bien es necesario subir hasta Mahoma.

CAPÍTULO II.

Una infinidad de tribus, algunas sedentarias, la mayor parte nómadas, sin comunidad de intereses, sin centro común, en guerra de ordinario las unas con las otras, he aquí lo que era la Arabia en tiempo de Mahoma.

Si la bravura bastara para hacer a un pueblo invencible, los árabes lo hubieran sido. En ninguna parte era más común el espíritu guerrero. Sin guerra no hay botín y es del botín de lo que principalmente vive el Beduino. Además, era para ellos un placer embriagador: manejar la lanza, negra y flexible, y la brillante espada; aplastar cráneos y cortarles el cuello a los contrarios; pulverizar la tribu enemiga como la «piedra pulveriza el trigo» e inmolar víctimas «de aquellas cuya ofrenda no agrada al cielo». La bravura en los combates era el mejor título a los elogios de los poetas y al amor de las mujeres. Estas habían tomado algo del espíritu marcial de sus hermanos y de sus esposos. Marchando a retaguardia cuidaban a los heridos y animaban a los guerreros recitando versos llenos de una salvaje energía. «Valor, les decían, valor, ¡defensores de las mujeres! ¡Herid con el filo de vuestras espadas! Nosotras somos las hijas del lucero de la mañana, nuestros pies huellan blandos cojines, nuestros cuellos están adornados de perlas, nuestros cabellos perfumados con almizcle. Nosotras estrechamos en nuestros brazos a los valientes que hacen frente al enemigo; a los cobardes que huyen los desdeñamos y les negamos nuestro amor»

Sin embargo, un observador atento, fácilmente hubiera podido apercibirse de la extrema debilidad de este país, debilidad que provenía de la falta absoluta de unidad y de la rivalidad permanente de las diversas tribus. Arabia hubiera sido infaliblemente subyugada por un conquistador extranjero si no hubiese sido demasiado pobre para merecer el trabajo de la conquista. «¿Qué tenéis vosotros?, decía el rey de Persia a un príncipe árabe que le pedía soldados y le ofrecía la posesión de una gran provincia... ¿Qué tenéis, ovejas y camellos? No quiero aventurar en vuestros desiertos un ejército persa por tan poco.» Arabia al fin fue conquistada; pero lo fue por un árabe, por un hombre extraordinario, por Mahoma.

Acaso el enviado de Dios como él se llamaba no era superior a sus contemporáneos, pero de seguro no se les parecía. De constitución delicada, impresionable y extremadamente nerviosa, que había heredado de su madre; dotado de una sensibilidad exagerada y enfermiza; melancólico, silencioso, amigo de paseos interminables y de prolongadas meditaciones nocturnas en los valles más solitarios, siempre atormentado por una vaga inquietud, llorando y gimiendo como una mujer cuando enfermaba, sujeto a ataques de epilepsia y falto de valor en los campos de batalla; su carácter formaba un extraño contraste con el de los Árabes, robustos, enérgicos y belicosos que no entendían de ensueños y miraban como una debilidad vergonzosa, que un hombre llorara aunque fuera por los objetos de su mayor cariño. Por otra parte, Mahoma tenía más imaginación que sus compatriotas y un alma profundamente religiosa. Antes que los sueños de la ambición mundana vinieran a alterar la pureza de su corazón, la religión era para él lo único, lo que absorbía todos sus pensamientos, todas sus facultades y esto era sobre todo lo que le distinguía de la multitud.

Sucede con los pueblos lo que con los individuos; unos son esencialmente religiosos, otros no. Para ciertas personas la religión constituye el fondo de su naturaleza, así que si su razón se revela contra las creencias en que han nacido se crean un sistema filosófico mucho más incompresible, mucho más misterioso que sus creencias mismas. Pueblos enteros viven así por la religión y para la religión, ella es su único consuelo y su única esperanza. El Árabe, por el contrario, no es religioso por naturaleza y hay desde este punto de vista entre él y los otros pueblos que han adoptado el Islamismo una diferencia enorme; no debemos admirarnos de ello. Considerada en su origen, la religión tiene más influencia sobre la imaginación que sobre el entendimiento, y en el árabe, como lo hemos notado ya, no es la imaginación lo que predomina. Ved a los actuales Beduinos. Aunque se llaman musulmanes apenas se cuidan de los preceptos del islamismo, deben orar cinco veces al día, no lo hacen jamás. El viajero europeo que mejor los ha conocido, atestigua que es el pueblo más tolerante del Asia. Su tolerancia data de antiguo porque pueblo tan celoso de su libertad, consiente difícilmente la tiranía en materia de creencias. En el siglo IV Martahd, rey del Yemen acostumbraba a decir: «Yo reino sobre los cuerpos, y no sobre las opiniones: yo exijo de mis súbditos que obedezcan a mi gobierno; en cuanto a sus doctrinas, Dios que los creó los juzgue». El Emperador Federico II no hubiera dicho más. Esta tolerancia tocaba muy de cerca a la indiferencia y al escepticismo. El hijo y sucesor de Martahd había profesado primero el judaísmo, después el cristianismo y acabó por fluctuar entre las dos religiones.

En tiempo de Mahoma tres religiones se dividían la Arabia: la de Moisés, la de Cristo y la politeísta. Las tribus judaicas eran acaso las únicas sinceramente adictas a su culto, las únicas también que eran intolerantes. Las persecuciones son raras en la antigua historia del país, pero de ordinario los culpables son judíos. El cristianismo no contaba muchos adeptos y los que lo profesaban no tenían de él sino un conocimiento muy superficial. El Califa Alí no exageraba demasiado cuando decía de una tribu que era sin embargo aquella en que había echado más raíces: «Los Taglib no son cristianos, ellos no han tomado del cristianismo sino la costumbre de beber vino». La verdad es que esta religión encerraba demasiados misterios y milagros para agradar a este pueblo burlón y positivo. Bien lo experimentaron los obispos que hacia el año 513 quisieron convertir a Mondhir III, rey de Hira. Cuando los hubo escuchado atentamente, uno de sus oficiales vino a decirle una palabra al oído, al punto Mondhir muestra una profunda tristeza y preguntándole los prelados respetuosamente la causa:

—¡Ay!, les dijo, ¡cuán funesta noticia! ¡Acabo de saber que el Arcángel San Miguel ha muerto!

—¡Pero príncipe no veis que os engañan! Los ángeles son inmortales.

—Y qué, ¿no queréis vosotros persuadirme de que el mismo Dios ha sufrido la muerte?

Los idólatras, en fin, que constituían la mayor parte de la nación, que tenían divinidades peculiares para cada tribu y casi para cada familia, y que admitían un Dios supremo, Alá, cerca del cual las otras divinidades eran intercesoras,—estos idólatras tenían algún respeto a sus adivinos y a sus ídolos y sin embargo degollaban a los adivinos si sus predicciones no se cumplían o cuando imaginaban que los delataban; engañaban a los ídolos sacrificándoles una gacela cuando les habían prometido un cordero, y los injuriaban si no respondían con arreglo

a sus deseos o a sus esperanzas. Yendo Amrulcais contra los Beni-Asad para vengar la muerte de su padre, se detuvo en el templo del ídolo Dhul-Kholosa a fin de consultar la suerte por medio de tres flechas llamadas «la orden, la prohibición y la espera». Habiendo salido la «prohibición» consultó de nuevo, pero la «prohibición» salió tres veces seguidas. Entonces rompiendo las flechas y tirando los pedazos a la cabeza del ídolo: «Miserable, le dijo, si fuera tu padre el muerto no me prohibirías ir a vengarlo»

En general, la religión, cualquiera que ella fuese, ocupaba poco lugar en la vida del árabe, embebido en los intereses de esta tierra, en los combates, el vino, el juego y el amor. «Gocemos de lo presente decían los poetas, que bien pronto la muerte nos alcanzará». Y tal era en verdad la divisa de los Beduinos. Estos hombres, que se entusiasmaban tan fácilmente con una noble acción o un bello poema, permanecían de ordinario indiferentes y fríos cuando se les hablaba de materias religiosas. Así sus poetas, fieles intérpretes de los sentimientos nacionales, no hablan de ellas casi nunca. Escuchemos a Tarafa:

—Por la mañana, cuando vengas, te ofreceré una copa llena de vino, y no te importe el beberte el licor de un solo trago; volverás a comenzar conmigo. Los compañeros de mis placeres son nobles jóvenes de rostros brillantes como luceros.

—Una cantadora, con su vestido de rayas y su túnica de color de azafrán, viene todas las noches a alegrarnos. Su túnica descotada deja que las manos amorosas se paseen libremente por su seno. Estoy entregado al vino y al placer; he vendido lo que poseía, he disipado los bienes adquiridos y los que había heredado. Censor que vituperas mi afición a los placeres y a los combates, dime: ¿tienes la receta para hacerme inmortal? Si tu sabiduría no puede alejar de mí el fatal momento, déjame que todo lo prodigue en los placeres, antes que me alcance la muerte. El hombre que tiene inclinaciones generosas bebe en ancha copa, durante su vida. Mañana censor rígido, cuando los dos muramos, veremos a cuál de nosotros consume sed más ardiente.

Un escaso número de hechos había demostrado que los árabes, sobre todo los árabes sedentarios, no eran inaccesibles al entusiasmo religioso. Veinte mil cristianos de la ciudad de Nejran, teniendo que elegir entre la hoguera y el judaísmo, prefirieron perecer entre las llamas a abjurar de su fe. Pero el celo era la excepción; la indiferencia, o por lo menos la tibieza, la regla general. La tarea que Mahoma se había impuesto declarándose Profeta iba a ser doblemente difícil. No podía limitarse a demostrar la verdad de las doctrinas que predicaba. Debía ante todo triunfar de la indolencia de sus compatriotas; despertar entre ellos el sentimiento religioso, y persuadirles de que la religión no es una cosa indiferente de la que en rigor pudiera prescindirse. Le era preciso, en una palabra, transformar, metamorfosear una nación sensual, escéptica y burlona. Empresa tan difícil hubiera desanimado a cualquiera otro menos convencido de la verdad de su misión.

Mahoma no recogía donde quiera más que burlas e insultos. Sus conciudadanos, los de la Meca, lo compadecían o lo zaherían, y se le consideraba ya como un poeta inspirado por un demonio, ya como un adivino, como un mago o un loco. “He aquí el hijo de Abdallab que viene a traernos noticias del cielo”, decían cuando le veían venir. Algunos le proponían con aparente buena fe traer a sus expensas médicos que lo curaran. Le arrojaban inmundicias, y cuando

salía de su casa, hallaba su camino cubierto de ramas espinosas. Se le prodigaban los epítetos de bribón y de impostor. Ni había sido más afortunado fuera de la Meca. En Taif expuso su doctrina delante de los jeques reunidos; también se burlaron de él. «¿No podía Dios hallar un apóstol mejor que tú?» le dijo uno. «Yo no quiero discutir contigo» añadió otro. «Si tú eres un profeta, eres demasiada grande para que yo me atreva a responderte; si un impostor, no mereces que te hable». Con la desesperación en el alma, Mahoma abandonó la reunión perseguido por las injurias y los insultos del populacho, que le tiraba piedras.

Mas de diez años se pasaron así. La secta era poco numerosa, y todo parecía indicar que la nueva religión acabaría por desaparecer sin dejar huella, cuando Mahoma halló un apoyo inesperado, entre los Aus y los Khazradj, dos tribus que hacia el fin del siglo V habían quitado la posesión de Medina a otras judías.

Los Mequeses y los Medineses se odiaban porque pertenecían a razas enemigas. Había dos tribus en Arabia; la de los Yemenitas y la de los Maadditas. Los Medineses pertenecían a la primera. Al odio, los de la Meca juntaban el desprecio. A los ojos de los árabes, que juzgaban la vida pastoral y el comercio como las solas ocupaciones dignas de un hombre libre, cultivar la tierra era una profesión envilecedora. Ahora bien, los Medineses eran agricultores y los Mequeses mercaderes. Y además había gran número de judíos en Medina; muchas familias de los Aus y de los Khazradj habían adoptado esta religión, que los antiguos señores de la ciudad, reducidos ahora a la condición de «clientes» habían conservado. Así, aunque la mayor parte de las dos tribus dominantes parece haber sido idólatra como los Mequeses, estos menospreciaban a toda la población como judía.

En cuanto a Mahoma, participaba de las prevenciones de sus conciudadanos contra los Yemenitas y los agricultores. Se cuenta que oyendo recitar a uno este verso: «Yo soy Himyarita, mis abuelos no eran ni de Rabia ni de Modhar». Mahoma le dijo: «Tanto peor para ti, este origen te aleja de Dios y de su Profeta.» Se dice también que, viendo la reja de un arado en la morada de un Medinés, dijo a este último: «Nunca semejante objeto entra en una casa sin que la deshonra no entre con él.» Pero desesperado de convertir a su doctrina a los mercaderes y a los nómadas de su propia raza, y creyendo su vida amenazada después de la muerte de su tío y su protector Abu Talib, se vio reducido a olvidar sus prejuicios y a aceptar apoyo de cualquiera parte que viniera. Recibió, pues, con alegría, las insinuaciones de los árabes de Medina, para los cuales, las malas pasadas y las persecuciones que había sufrido de los Mequeses, eran su mayor recomendación y su mejor título.

El gran «juramento de Acaba» unió para siempre la suerte de los Medineses a la de Mahoma. Rompiendo un lazo que los árabes respetan más que ningún otro, el Profeta se separó de su tribu, vino a establecerse en Medina con sus sectarios de la Meca que tomaron desde entonces el nombre de «Refugiados,» desencadenó contra sus partidarios la lengua mordaz de los poetas Medineses, y proclamó la guerra Santa. Animados por un celo entusiasta y menospreciando la muerte, porque estaban seguros de ir al Paraíso si morían a manos de los idólatras, los Ausy los Khazradj, confundidos entonces bajo el nombre de «Defensores,» hicieron prodigios de valor. La lucha entre ellos y los paganos de la Meca se prolongó durante ocho años. En este intervalo, el terror que las armas musulmanas difundieron por todas partes decidió a muchas tribus a adoptar la nueva creencia; pero las conversiones espontáneas,

sinceras y durables, fueron pocas. En fin, la conquista de la Meca vino a poner el sello al poder de Mahoma. Los Medineses se habían prometido hacer pagar caro en este día a los orgullosos mercaderes su insoportable menosprecio: «Hoy es el día de la matanza; el día en que nada será respetado», había dicho el jefe de los Karzradj. La esperanza de los Medineses fue burlada: Mahoma quitó el mando a aquel jefe, y ordenó a sus generales la mayor moderación. Los Mequeses asistieron silenciosos a la destrucción de los ídolos de su templo, verdadero panteón de la Arabia, 360 divinidades, adoradas por otras tantas tribus, y con la ira en el pecho, reconocieron en Mahoma al enviado de Dios; prometiéndose interiormente vengarse un día de aquellos rústicos, de aquellos judíos de Medina, que habían tenido la insolencia de vencerlos.

Después de la toma de la Meca, las tribus, aun idólatras, pronto conocieron que ya la resistencia era imposible, y la amenaza de una guerra de exterminio les hizo adoptar el islamismo, que los generales de Mahoma les predicaban con el Corán en una mano y la cimitarra en la otra. Una conversión bastante notable fue de los Thakif, tribu que habitaba en Taif, y que antes hablan arrojado a pedradas al Profeta. Por boca de sus enviados anunciaron que estaban dispuestos a hacerse musulmanes; pero a condición de conservar a su ídolo Lat durante tres años y de no orar. «Tres años de idolatría es demasiado, y ¿qué es una religión sin oraciones?» les dijo Mahoma. Entonces los enviados redujeron su demanda, se regateó mucho tiempo, en fin, las dos partes contratantes se fijaron en condiciones tales como estas: "los Thakif no pagarán diezmos, no tomarán parte en la guerra Santa, no se prosternarán durante la oración; conservarán a Lat un año, y pasado este término no serán obligados a destruir este ídolo con sus propias manos." Sin embargo, Mahoma conservaba algunos escrúpulos; temía el qué dirán «Que semejante consideración no os detenga» le dijeron entonces los enviados. «Si los árabes os preguntan porqué habéis hecho semejante tratado, no tenéis más que contestarles: Dios me lo ordenó.»

Habiendo parecido al Profeta este argumento perentorio, se puso en seguida a dictar un acta que comenzaba así: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso: por este acto ha sido convenido entre Mahoma el enviado de Dios y los Thakif, que estos no serán obligados ni a pagar diezmos ni a tomar parte en la guerra Santa...». Habiendo dictado estas palabras, la vergüenza y los remordimientos impidieron proseguir a Mahoma. «Ni a prosternarse durante la oración» dijo entonces uno de los enviados. Y como Mahoma persistiera en guardar silencio: «Escribe, es lo convenido» replicó el Thakifita, dirigiéndose al escribiente. Este miró al Profeta de quien esperaba la orden. En este momento el fogoso Omar, testigo hasta entonces mudo de esta escena, tan ofensiva para el honor del Profeta, se levantó, y tirando de su espada:

—Habéis mancillado el corazón del Profeta, dijo; que Dios abrase los vuestros con el fuego.

—No hablamos con vos, replicó el diputado Thakifita sin inmutarse, sino a Mahoma.

—Bien, dijo entonces el Profeta: no quiero semejante tratado. Tenéis que abrazar el islam, pura y simplemente, y observar todos sus preceptos sin excepción; de lo contrario preparaos a la guerra.

—Por lo menos permitidnos guardar a Lat todavía, durante seis meses, dijeron los Thakifitas, contrariados.

—No.

—Ni durante un mes siquiera.

—Ni durante una hora.

Y los enviados volvieron a su tribu acompañados de soldados musulmanes que destruyeron a Lat en medio de las lamentaciones y de los gritos de desesperación de las mujeres. Y, sin embargo, esta extraña conversión fue la más duradera de todas. Cuando más tarde la Arabia entera abjuró el islamismo, los Thakifitas le permanecieron fieles. ¿Qué debe, pensarse pues de las otras conversiones?

Para apostatar solo se esperaba la muerte de Mahoma. Muchas provincias no tuvieron paciencia para tanto; las nuevas de su enfermedad bastaron para hacer estallar la revolución, en el Nadjad, en el Yemana y en el Yemen. Cada una de estas tres provincias tuvo su pretendido profeta, émulo y rival de Mahoma, quien supo en su lecho de muerte, que el jefe de la insurrección del Yemen, Aihala el negro, señor que juntaba a inmensas riquezas una elocuencia arrebatadora, había arrojado a los empleados musulmanes y se había apoderado de Nadjran; de Sana, en fin, de todo el Yemen.

Así vacilaba ya el inmenso edificio cuando Mahoma lanzó el último suspiro (d.C. 632). Su muerte fue la señal de una insurrección formidable y casi universal. Los insurgentes se llevaron la mejor parte; todos los días se veía entrar en Medina empleados musulmanes, refugiados y defensores arrojados por los rebeldes de sus distritos, y las tribus más próximas se preparaban a sitiar Medina.

Digno sucesor de Mahoma, y lleno de confianza en los destinos del islamismo, en medio de la gravedad del peligro el Califa Abu-Bakr no vaciló un momento. No tenía ejército. Fiel a la voluntad de Mahoma, lo había enviado a la Siria, a pesar de las reclamaciones de los musulmanes, que previendo los riesgos que les amenazaban, le habían suplicado dilatara esa expedición. «No revocaré una orden dada por el Profeta, había contestado. Aunque Medina quedara expuesta a la invasión de las fieras, esas tropas han de cumplir la voluntad de Mahoma.» Si hubiera consentido en transigir, hubiese podido comprar con algunas concesiones la neutralidad o la alianza de muchas tribus del Nadjd, cuyos diputados vinieron a proponerle que, si quería eximirlos del impuesto, continuarían rezando las oraciones musulmanas. Los musulmanes principales eran de opinión de no disgustar a estos diputados. Solo Abu-Bakr rechazó toda clase de transacción, como indigna de la santa causa que iban a defender. «La ley del islam, dijo, es una e indivisible, y no admite distinción entre sus preceptos.» —«Tiene él solo más fe que todos nosotros juntos» dijo entonces Omar. Decía bien, el secreto de la fuerza y de la grandeza del primer Califa consistía en esto. Según el testimonio del mismo Mahoma, todos sus discípulos habían dudado un instante antes de reconocer su misión, excepto Abu-Bakr. Sin una originalidad bien caracterizada, sin ser un grande hombre, era el hombre de la situación, poseía lo que en otro tiempo había dado a Mahoma la victoria, lo que faltaba a sus enemigos: una convicción inquebrantable.

Hubo poca unión en el ataque de los insurgentes, que ya divididos entre sí se degollaban unos a otros. Abu-Bakr, que había hecho armar a todos los hombres que se hallaban en estado

de combatir, tuvo tiempo de rendir a las tribus más vecinas. Luego, cuando las tribus fieles del Hidjaz hubieron suministrado su contingente de hombres y caballos, y volvió del Norte el ejército principal, trayendo de su expedición un botín considerable, tomó atrevidamente la ofensiva y dividió sus tropas en muchas divisiones, que poca numerosas al partir engrosaron en el camino por la reunión de una multitud de árabes a que el miedo o la esperanza del despojo atrajeron a las banderas musulmanas. En el Nadjd, Khalid, tan sanguinario como intrépido, atacó las hordas de Tolaiha, que antes contaba por miles los hombres en su ejército, pero que esta vez, olvidando su deber de guerrero y no recordando más que su papel de profeta, esperaba lejos del campo de batalla, y envuelto en su manto, inspiraciones del cielo. Por mucho tiempo las esperó en vano; pero cuando sus tropas comenzaron a huir recibió la inspiración. «Haced lo que yo si podéis» gritó a sus compañeros, y saltando sobre su caballo escapó a rienda suelta. Aquel día los vencedores no hicieron prisioneros. «Destruid a los apóstatas sin piedad, con el hierro, con el fuego, con todo género de suplicios», he aquí las instrucciones que Abu-Bakr había dado a Khalid.

Precedido de la fama de sus victorias y de sus crueldades Khalid marchó contra Moselima, el Profeta del Yemen, que acababa de derrotar dos ejércitos musulmanes, uno tras otro. La pelea fue terrible. Al principio los insurrectos llevaron ventaja, penetrando hasta la misma tienda de Khalid. Sin embargo, este general logró rechazarlos a la llanura que separaba ambos campos. Después de muchas horas de tenaz resistencia los insurgentes fueron derrotados en todas partes. «¡Al campamento! ¡al campamento!» gritan, y se retiran a un vasto recinto ceñido de un grueso muro, y defendido por una puerta sólida. Los persiguen los musulmanes, sedientos de sangre. Con una audacia inaudita; dos de ellos escalan la muralla, y se dejan caer en el interior para abrir la puerta. El uno acribillado de heridas sucumbe al instante; más feliz el otro, coge la llave y la arroja por el muro a sus compañeros. Ábrese la puerta, y los musulmanes penetran como un torrente. Entonces comienza una horrible carnicería en esta palestra en que era imposible la fuga. En esta «Palestra de la muerte» los insurgentes en número de diez mil fueron degollados hasta el último hombre.

Mientras que el feroz Kalid ahogaba en torrentes de sangre la insurrección de la Arabia Central, otros generales hacían otro tanto en las provincias del Mediodía. En el Bahréin el campamento de los Bacritas fue sorprendido durante una orgía, y fueron pasados a cuchillo. Sin embargo, algunos que tuvieron tiempo de huir, alcanzaron la orilla del mar y se refugiaron en la isla de Daren. Pronto los musulmanes vinieron a sitiarlos y los degollaron a todos. Igual carnicería en el Omán y en el Mahra, en el Yemen y en el Hadhramaut. Aquí los restos de las bandas de Aihala-el-Negro después de haber pedido en vano cuartel al general musulmán, fueron exterminados; el comandante de una fortaleza no pudo obtener rindiéndose más que una promesa de amnistía para diez personas, el resto de la guarnición perdió la vida; en otra parte, un camino entero quedó por mucho tiempo infestado por las emanaciones pútridas que exhalaban los innumerables cadáveres de los insurgentes.

Si estos mares de sangre no convencieron a los árabes de la verdad de la religión predicada por Mahoma, les hicieron reconocer al menos en el Islam un poder irresistible, y en algún modo sobrenatural. Diezmados por la espada, llenos de terror y de asombro se resignaron a ser musulmanes, o al menos a parecerlo, y el Califa para no dejarles tiempo de volver del susto,

los lanzó contra el imperio bizantino y Persia, es decir, sobre dos Estados fáciles de conquistar, desde hacía tiempo desgarrados por la discordia, enervados por la servidumbre, o gangrenados por todos los refinamientos de la corrupción. Inmensas riquezas y vastos dominios indemnizaron a los árabes de su sumisión a la ley del Profeta de la Meca.

No se pensó ya en apostatar: —la apostasía era la muerte; sobre este punto la ley de Mahoma era inexorable—mas también se pensó rara vez en la piedad sincera, en el celo por la fe. Por los medios más horribles y atroces se había obtenido la conversión aparente de los Beduinos; era lo suficiente, era todo lo que se tenía derecho a esperar de parte de estos desgraciados, que habían visto perecer a sus padres, a sus hermanos y a sus hijos por la espada de Khalid o de otros piadosos verdugos émulos suyos. Por mucho tiempo las masas neutralizaron con su resistencia pasiva las medidas que tomaron los musulmanes fervientes para instruirlos; no conocían los preceptos de la religión, y no se cuidaban de conocerlos. Bajo el Califato de Omar un árabe anciano había convenido con un joven que le cedería su mujer cada dos noches y que el joven en cambio le guardaría su rebaño. Habiendo llegado a oídos del Califa este pacto singular, hizo comparecer a los dos y les preguntó si no sabían que el islamismo prohibía dividir su mujer con otro. Ellos juraron que no lo sabían. Otro se había casado con sus dos hermanas:

—¿No sabes, le preguntó el Califa, que la religión no permite hacer lo que has hecho?

—No, le respondió el otro: lo ignoraba completamente, y confieso que no veo nada de reprensible en el acto que condenáis.

—El texto de la ley es terminante. Repudia enseguida una de las dos hermanas, o te corto la cabeza.

—¿Habláis formalmente?

—Muy formalmente.

—Pues es una religión detestable la que prohíbe semejantes cosas, y yo jamás he sacado de ella provecho alguno.

El infeliz no presumía, tan grande era su ignorancia, que hablando así se exponía a ser decapitado como blasfemo o como apóstata. Un siglo después ninguna de las tribus árabes establecidas en Egipto sabía aun lo permitido ni lo prohibido por el Profeta: se hablaba con entusiasmo de los antiguos tiempos, de las guerras y de los héroes del paganismo, pero ninguno hablaba de religión. Hacia la misma época los árabes acantonados en el norte del África, estaban en el mismo caso, poco más o menos. Estas buenas gentes bebían vino sin sospechar siquiera que Mahoma lo hubiera prohibido. Lo extrañaron mucho cuando los misioneros enviados por el Califa Omar II fueron a decírselo. Había también musulmanes que no conocían del Corán más que las palabras: «En el nombre de Dios clemente y misericordioso.» ¿Hubiera sido mayor el celo si los medios empleados para la conversión hubieran sido menos execrables? Es posible, pero no seguro. En todos tiempos ha sido sumamente difícil vencer la tibieza religiosa de los Beduinos. En nuestros días los Wahabitas, secta rígida y austera que proscribe el lujo y las supersticiones con que el islamismo se ha manchado con el trascurso del tiempo, secta que ha tomado por divisa: el Corán y

nada más que el Corán, como Lutero había tomado por la suya «la «Biblia y nada más que la Biblia,»—en nuestros días los Wahabitas han ensayado, pero en vano, arrancar a los Beduinos de su indiferencia religiosa. Raras veces han apelado a la violencia, y si han encontrado devotos partidarios entre los árabes sedentarios, no así entre los Beduinos, que han conservado el carácter árabe en toda su pureza. Aunque convinieran en miras políticas con los novadores, aunque las tribus colocadas más inmediatamente bajo la inspección de los Wahabitas, se vieran obligadas a observar con más exactitud los deberes religiosos, y aunque algunos de ellos, por su interés aparentasen un celo próximo al fanatismo—los Beduinos no se hicieron por eso más religiosos en el fondo, y tan luego como el poder de los Wahabitas fue anonadado por Mohammed-Alí, se apresuraron a dejar unas ceremonias que los aburrían en extremo. «Hoy dice un viajero moderno, poca o ninguna religión se encuentra en el Desierto: allí nadie se cuida de las leyes del Corán»

Por lo demás, si los árabes aceptaron la revolución como un hecho consumado, del que era imposible retroceder, no perdonaron a los que la habían realizado, ni menos se conformaron con la jerarquía social que de ella derivaba. La oposición tomó, pues, otro carácter, de lucha de principios se trocó en querella personal.

Hasta cierto punto las familias nobles, es decir, aquellas que durante muchas generaciones habían estado a la cabeza de sus tribus, no sufrieron a consecuencia de la revolución. Cierto es que la opinión de Mahoma sobre la existencia de la nobleza había vacilado. Ya predicaba la igualdad completa, ya reconocía la aristocracia. Había dicho: «No más soberbia pagana, no más orgullo fundado en los abuelos. Todos los hombres son hijos de Adán, y Adán fue formado del polvo: el más estimable a los ojos de Dios es el que lo teme más». Había dicho también: «Los hombres son iguales como los dientes de un peine; la fuerza de la constitución produce solo la superioridad de los unos sobre los otros.» Pero en cambio también había dicho: «Los que eran nobles bajo el paganismo, quedan nobles bajo el islamismo si prestan homenaje a la verdadera sabiduría» (es decir, si se hacen musulmanes.) Así Mahoma tuvo alguna vez el capricho de abolir la nobleza, pero no se atrevió o no pudo hacerlo. Subsistió la nobleza, conservó sus prerrogativas y permaneció a la cabeza de las tribus; porque Mahoma lejos de pensar en hacer de los árabes una verdadera nación, lo que hubiera sido imposible, conservó aquella organización que hizo emanar de Dios mismo, y no viviendo más que para sí, cada una de estas pequeñas sociedades, solo de sí misma se ocupaba, no interesándose por otros negocios que los que les concernían. En la guerra formaban cuerpos separados, con bandera propia, que llevaba el jeque o el guerrero designado por él, en las ciudades, cada tribu tenía su barrio su caravanserrallo, y hasta su cementerio.

Verdad es que el derecho de nombrar jeque de tribu pertenecía al Califa; pero es necesario distinguir aquí entre el derecho y el hecho. En primer lugar, el Califa no podía dar el mando de una tribu más que a persona que formara parte de ella, porque les árabes obedecían a regañadientes a un «extranjero» o no le obedecían. Así Mahoma y Abu-Bakr, conformándose casi siempre a esta costumbre, investían con esta autoridad aquellos hombres cuya influencia personal era ya conocida, y bajo Omar se ve a los árabes exigir como derecho no tener por jeques más que paisanos. Pero de ordinario las tribus elegían por sí sus jeques, y el Califa se

limitaba a confirmar su elección, uso que en el siglo presente ha sido observado también por el príncipe Wahabita.

La antigua nobleza había conservado su posición; pero sobre ella se levantaba otra. Mahoma y sus dos inmediatos sucesores confiaron los puestos más importantes, tales como el mando de los ejércitos y el gobierno de las provincias, a los antiguos musulmanes, a los Emigrados y a los Defensores. Bien lo necesitaba, pues que eran casi los únicos musulmanes sinceros, los únicos, a los que pudieran confiarse el gobierno temporal y espiritual. ¿Qué confianza podía tenerse en jeques de tribus siempre poco ortodoxos y a veces ateos?; como aquel Oyena, jeque de los Fazara, que decía: «Si Dios existiera yo le juraría por su nombre que nunca he creído en él». La preferencia concedida a los Emigrados y Defensores era, pues, natural y legitima, pero no menos ofensiva para el orgullo de los jeques de tribu, que se veían postergados a ciudadanos, a agricultores, a hombres salidos de la nada. Sus paisanos, que identificaban siempre su honor con el de sus jeques, se indignaban igualmente esperando con impaciencia una ocasión favorable para apoyar con las armas las pretensiones de aquellos y acabar con esos devotos que habían degollado a sus parientes.

Iguales sentimientos de envidia y de odio implacable animaban a la aristocracia de la Meca, de que eran jefes los Omeyas. Arrogante y orgullosa veía con mal disimulado despecho que los antiguos musulmanes formaban exclusivamente el Consejo del Califa. Cierto que Abu-Bakr quiso hacerla tomar parte en las deliberaciones, pero Omar se opuso enérgicamente a este designio, y su opinión prevaleció. Veremos ahora cómo esta aristocracia trató primero de apoderarse del mando, sin recurrir a la fuerza, pero bien puede predecirse que, si su tentativa se frustrara, habrá de encontrar fácilmente aliados contra Emigrados y Medineses, entre los jeques de las tribus beduinas.

CAPÍTULO III.

El Califa Omar, herido de muerte por el puñal de un artesano cristiano de Cufa, había nombrado en sus últimos momentos candidatos al imperio a los seis compañeros más antiguos de Mahoma, entre los que se distinguía Alí, Otmán, Zobair y Talha. Cuando Omar hubo lanzado su último aliento esta especie de cónclave se prolongó durante dos días sin llegar a un acuerdo, pensando solo cada cual en hacer valer sus títulos y denigrar los de sus colegas.

Al tercer día se convino en que uno de los electores que había renunciado a sus pretensiones, nombrara Califa. Con gran disgusto de Alí, de Zobair y de Talha designó al Onmiada Otmán (año 644).

La personalidad da Othman no justificaba esta elección, verdad es, que rico y generoso había ayudado a Mahoma y a su secta con sacrificios pecuniarios; pero si a esto se añade que rezaba y ayunaba mucho, y que era la honradez y la modestia misma, se han enumerado casi todos sus méritos. Su inteligencia, que no tuvo nunca gran altura, se encontraba ya debilitada por la edad, tenía setenta años, y su timidez era tanta que cuando subió a la cátedra por primera vez, le faltó el valor para comenzar su plática, «Comenzar es muy difícil» murmuró suspirando, y se bajó.

Desgraciadamente, este viejo septuagenario tenía una gran debilidad por su familia, y su familia era la aristocracia de la Meca, que durante veinte años había insultado, combatido y perseguido a Mahoma. Bien pronto ella lo dominó completamente. Su tío Haquem, y sobre todo Merwan, hijo de este último, gobernaron de hecho, no dejando a Otomán más que el título de Califa y la responsabilidad de medidas comprometedoras que ignoraba la mayor parte de las veces. La ortodoxia de estos dos hombres, sobre todo la del padre, era bastante sospechosa. Haquem no se convirtió hasta el día en que fue tomada la Meca, y luego habiendo revelado secretos que Mahoma le confiara, éste lo maldijo y lo desterró. Abu-Bakr y Omar habían mantenido esta sentencia. Por el contrario, Otmán, después de haber levantado al réprobo su destierro, le dio cien monedas de plata y una tierra que no era suya, sino del Estado. Además, nombró a Merwan su secretario y su visir, lo casó con una de sus hijas y lo enriqueció con el botín de África. Prontos a aprovecharse de la ocasión, otros Onmiadas, jóvenes tan inteligentes como ambiciosos, pero hijos de los más encarnizados enemigos de Mahoma, se apoderaron de los empleos más lucrativos, con gran satisfacción de las masas, contentas con cambiar viejos devotos, severos, rígidos, desapacibles y tristes, por caballeros alegres y divertidos; pero con gran disgusto de los musulmanes sinceramente religiosos, que sentían hacia los nuevos gobernadores de las provincias una invencible aversión. ¿Quién entre ellos no recordarla con horror que Abu-Sofyán, padre de ese Muawiya que Otmán había elevado al gobierno de toda la Siria, mandaba el ejército que batió a Mahoma en Ohod y el que le había asediado en Medina? Jeque principal de los de la Meca, no se sometió sino cuando vio su causa perdida, cuando diez mil musulmanes iban a degollarlo a él y a los suyos, y aun entonces respondió a Mahoma que le intimaba lo reconociese como el enviado de Dios: «perdona mi sinceridad, sobre este punto yo conservo todavía alguna duda.

—Da testimonio del Profeta o tu cabeza va a rodar, se le dijo entonces, y solo bajo esta amenaza, Abu-Sofyán se hizo musulmán. Un momento después, tan corto era de memoria, había olvidado que lo era.... Y ¿quién no se acordaba de Hind, madre de Moawia, de aquella mujer atroz que se había hecho con las orejas y las narices de los musulmanes muertos en la batalla de Ohod, collar y brazaletes, que había abierto el vientre de Hamza, tío del Profeta arrancándole la hiel que había despedazado con sus dientes? El hijo de tal padre y de tal madre, el hijo de «la comedora de hígado», como se la llamaba, ¿podía ser un sincero musulmán? Sus enemigos negaban a voz en grito que lo fuera.

En cuanto al gobernador de Egipto, Abdallah ibn-Sad-ibn Abí-Sarh, hermano de leche de Othman, era peor todavía. Su bravura no era contestable, pues había batido al gobernador griego de la Numidia y obtenido una brillante victoria sobre la armada griega, muy superior a la suya; pero había sido secretario de Mahoma, y cuando el Profeta le dictaba sus revelaciones, cambiaba de palabras, desnaturalizando el sentido. Habiéndose descubierto este sacrilegio emprendió la fuga, y volvió a la idolatría. El día de la toma de la Meca, Mahoma había ordenado a los suyos matarle, aunque se hallare debajo de los velos que cubrían el templo. El apóstata se puso bajo la protección de Othman, quien lo llevó al Profeta, solicitando su perdón. Mahoma guardó un prolongado silencio.... «Le perdono, dijo al fin; pero cuando Othman se hubo retirado con su protegido, lanzando Mahoma a los que le rodeaban miradas de cólera, les dijo: «¿por qué se me comprende tan mal? guardaba silencio para que uno de vosotros se levantara y matara a ese hombre...» Y ahora era gobernador de una de las más hermosas provincias del imperio.

Walid, hermano uterino del anciano Califa, era gobernador de Cufa; domó la rebelión de Azerbaiyán, cuando esta provincia trató de recobrar su independencia; sus tropas, reunidas a las de Muawiya, tomaron Chipre y muchas ciudades del Asia menor: toda la provincia alababa la sabiduría de su gobierno, pero su padre Ocba había escupido en el rostro a Mahoma; en otra ocasión pretendió estrangularlo; luego, hecho prisionero por Mahoma, y condenado a muerte por él, había exclamado: «¿quién recogerá a mis hijos cuando muera? El Profeta le respondió: —«El fuego del infierno.» Y su hijo, «el niño del infierno», como se le llamaba, parecía haberse propuesto justificar esta predicción. Una vez, después de una cena, que, alegraba con el vino y la presencia de hermosas cantarinas, se había prolongado hasta el clarear del alba, oyó al muecín anunciar desde lo alto del minarete la hora de la oración matutina. Turbada aun la cabeza con los vapores del vino y sin otro vestido que su túnica, fue a la mezquita y recitó, mejor que pudiera esperarse, la oración acostumbrada, que por lo demás no dura más que tres o cuatro minutos; cuando la terminó, preguntó a la reunión, probablemente para demostrarle que no había bebido demasiado: «¿queréis otra?

—Por Dios, gritó entonces un piadoso musulmán que se hallaba detrás de él en primera fila: no esperaba otra cosa de un hombre como tú, pero no pensé que se nos enviara de Medina semejante gobernador»; y enseguida comenzó a desempedrar la Mezquita.

Su ejemplo fue seguido por los concurrentes, que participaban de su celo y Walid, para no ser apedreado, tuvo que volver precipitadamente a su palacio, donde entró con paso vacilante, recitando estos versos de un poeta pagano: «Podéis estar seguros de encontrarme donde haya vino y cantadoras, que no soy duro pedernal insensible a las cosas buenas.»

El gran poeta Hotaia parece haber encontrado la aventura muy graciosa. «El día del juicio, dice en sus versos, Hotaia podrá certificar que Walid no merece en ningún modo la censura con que se le abruma, ¿qué hizo después de todo? Terminada la oración, dijo, ¿queréis más?» Es que estaba un poco alegre y no sabía lo que se decía. ¡Afortunadamente te detuvieron, Walid! A no ser por eso hubieras estado rezando hasta la consumación de los siglos.» Verdad es que Hotaia, aunque poeta de primer orden, no era después de todo más que un impío, que abrazó y abjuró sucesivamente la fe musulmana. Hubo sin embargo en Cufa un pequeño número de personas que, pagadas acaso por los santos varones de Medina, no pensaron como él. Dos de ellos marcharon a la capital para acusar a Walid. Othman reusó al principio escuchar su denuncia, pero intervino Alí y Walid fue destituido de su gobierno con gran disgusto de los árabes de Cufa.

No era la elección de gobernadores lo único que el partido piadoso echaba en cara al anciano Califa: reprochábale además haber maltratado a muchos compañeros del Profeta, haber renovado una costumbre pagana abolida por Mahoma y pensar en trasladar su residencia a la Meca, pero lo que menos le perdonaba era la nueva redacción del Corán hecha por orden suya, no por los hombres más instruidos, (pues hasta aquél que Mahoma había designado como el mejor «lector» del Corán fue extraño a ella,) sino por los que le eran más adictos y pretender sin embargo, que esta redacción era la única buena, habiendo ordenado quemar todas las restantes.

Resueltos a no tolerar por más tiempo semejante estado de cosas, los antiguos competidores de Otmán, Alí, Zobair y Talha que gracias al dinero destinado a los pobres que se habían apropiado, se habían enriquecidos tanto que no se contaba sino por millones, sembraban oro a manos llenas a fin de suscitar revueltas en todas partes. Sin embargo, no lo consiguieron más que a medias, hubo aquí y allí algunos levantamientos parciales, pero las masas permanecieron fieles al Califa. En fin, contando con la voluntad de los Medineses, los conspiradores hicieron ir a la capital algunos centenares de osos Beduinos de estatura colosal y de rostro cetrino, que se hallaban siempre dispuestos a asesinar hasta a su padre por dinero.

Los que se apellidaban vengadores de la religión ultrajada, después de haber maltratado al Califa en el templo, llegaron a sitiarlo en su palacio que solo estaba defendido por quinientos hombres, esclavos la mayor parte, mandados por Merwan.

Se esperaba que Otmán renunciara voluntariamente al trono; esta esperanza fue defraudada: creyendo que no se atreverían a atentar contra su vida o contando con el socorro de Muawiya, el Califa desplegó una gran firmeza. Fue, pues, preciso recurrir a extremos medios.

Después de un asedio de muchas semanas, los bandidos penetraron en palacio por una casa contigua y degollaron al anciano octogenario que leía entonces piadosamente el Corán, y para coronar su obra saquearon el tesoro público. Merwan y los demás Onmiadas tuvieron tiempo de escaparse. (656)

Los Medineses, los Defensores (porque este título pasó de los compañeros de Mahoma a sus descendientes) dejaron hacer y la casa por donde los asesinos penetraron en palacio pertenecía a los Beni-Hazm, familia de los Defensores, que se señaló más adelante por su odio

contra los Omeyas. Esta neutralidad intempestiva bastante parecida a la complicidad, le fue duramente reprochada por su poeta Hassan-Ibn-Thabit, decidido partidario de Otmán, temeroso con razón de que los Onmiadas vengasen en sus paisanos la muerte de su pariente. «Cuando el venerable anciano vio levantarse a la muerte delante de sí, los Defensores no hicieron nada para salvarlo. ¡Ay! que bien pronto va a resonar en nuestras moradas el grito de: Dios es grande! ¡Venganza, venganza, Otmán!»

Elevado Alí al Califato por los Defensores, destituyó a todos los gobernadores de Othman, y los reemplazó con musulmanes de antigua estopa, con Defensores sobre todo. Triunfaban los ortodoxos, iban a recobrar el poder y a anonadar a los nobles de las tribus y a los Onmiadas, aquellos convertidos de ayer, que creían ser los pontífices y los doctores de mañana.

Poco duró su regocijo: la división estalló en el mismo cenáculo. Comprando a los asesinos de Othman, cada uno de los triunviros había contado con el califato. Engañados en sus esperanzas Talha y Zobair después de haber sido obligados, puñal al pecho, a prestar juramento a su feliz competidor, dejaron Medina para juntarse a la ambiciosa y pérfida Aixa, viuda del Profeta, que antes había conspirado contra Othman, pero que excitaba ahora al pueblo a vengarle y a levantarse contra Alí, a quien odiaba con toda la intensidad del orgullo herido, porque una vez en vida de su esposo se había atrevido a dudar de su virtud.

¿Cuál sería el resultado de la lucha que se iba a empeñar? Ninguna previsión bastaba para adivinarlo. Los confederados no tenían sino un escaso número de soldados; Alí no contaba bajo sus banderas más que a los asesinos de Othman y a los Defensores. Era la nación quien debía pronunciarse por uno de los dos partidos.

Y la nación permanecía neutral. A la noticia del asesinato del buen anciano, un grito de indignación resonó en todas las provincias del vasto imperio, y si hubiera sido menos conocida la complicidad de Zobair y de Talha, acaso estos hubieran podido contar con la simpatía de las masas, ya que pretendían castigar a Alí. Pero su participación en este crimen no era un misterio para nadie.

—¿Será pues preciso, respondieron los árabes a Talha, en la mezquita de Basora, será preciso enseñarte la carta en que nos excitabas a levantarnos contra Othman?

—Y tú, dijeron a Zobair, ¿no has inducido a la rebelión a los habitantes de Cufa?

Apenas hubo, pues, quien quisiera batirse por ninguno de estos dos hipócritas a quienes confundían en su común desprecio. Esperando, procuraban conservar cuanto fuera posible el estado de cosas establecido por Othman y los gobernadores nombrados por él. Cuando el oficial a quien Alí había dado el gobierno de Cufa, quiso presentarse en su destino, salieron a su encuentro los árabes de esta ciudad y le declararon sin rodeos que exigían el castigo de los asesinos de Othman, que pensaban conservar al gobernador que tenían, y que a él le romperían la cabeza si no se marchaba al momento. El Defensor que debía gobernar la Siria fue detenido por algunos caballeros en la frontera.

—¿A qué vienes aquí?, le preguntó el jefe.

—A ser tu emir.

—Si es otro que Otmán quien te envía, lo mejor que puedes hacer es volver para atrás.

—¿Acaso se ignora aquí lo que ha pasado en Medina?

—Lo sabemos perfectamente, y por eso te aconsejamos volverte por donde has venido.

El Defensor fue lo bastante prudente para aprovecharse del consejo.

En fin, Alí halló amigos de accidente, servidores de ocasión entre los árabes de Cufa que ganó a su causa no sin trabajo, prometiéndoles establecer en esta ciudad su residencia, elevándola así al rango de capital del imperio. Con su auxilio ganó «la batalla del camello» que le libró de sus competidores; Talha fue herido de muerte, Zobair asesinado en la fuga y Aixa solicitó y obtuvo su perdón. Fue principalmente a los Defensores que formaban la mayor parte de la caballería, a quienes se atribuyó el honor de esta victoria.

Desde entonces quedó Alí dueño de la Arabia, del Irak y del Egipto, lo que quiere decir que su autoridad no era declaradamente desobedecida en estas provincias; pero si se le servía era con una frialdad extrema y una evidente aversión. Los Árabes del Irak, cuyo concurso le importaba más, sabían siempre encontrar pretextos para no marchar cuando se les ordenaba: en invierno hacía demasiado frio, en verano demasiado calor.

Solo la Siria reusaba constantemente reconocerle. Aunque Moawia hubiera querido no hubiese podido hacerlo sin mancillar su honor. Aún hoy día el Felah egipcio tan degenerado y oprimido como está, venga la muerte de sus parientes, a sabiendas que ha de pagar con la cabeza su venganza. ¿Podía, pues, Muawiya dejar impune el asesinato de aquél cuyo abuelo era hermano del suyo? ¿Podía someterse al hombre que contaba entre sus generales los asesinos? Y sin embargo no le arrastraba la voz de la sangre, sino una ardiente ambición. De quererlo hubiera podido salvar acaso a Otmán, marchando con un ejército en su ayuda. ¿Pero de qué le hubiera servido esto? Salvado Otmán, hubiera quedado como estaba, gobernador de la Siria. El mismo lo ha confesado: desde que el Profeta le dijo: «si obtenéis el gobierno conduciros bien;» no había tenido más fin, más anhelo, ni más pensamientos que obtener el califato. Ahora le favorecían admirablemente las circunstancias; después de haberse jugado el todo por el todo podía atreverse. Su designio iba a cumplirse: no más temor, no más escrúpulo, tenía a su disposición una causa justa, y podía contar con los árabes de Siria, suyos en cuerpo y alma. Cortés, amable, generoso, conocedor del corazón humano, dulce o severo según las circunstancias, había sabido conciliarse su afecto y su respeto por sus cualidades personales. Había además entre ambos comunidad de miras, sentimientos e intereses. Entre los Sirios el Islamismo había quedado en letra muerta, una fórmula vaga y confusa, cuyo sentido en ningún modo trataban de profundizar; repugnaban los deberes y los ritos que impone esta religión, profesaban odio inveterado a los nuevos nobles que no tenían otros títulos para mandarlos, que el de haber sido compañeros de Mahoma, y echaban de menos la preponderancia de los jeques de tribu. Si los hubieran dejado, hubieran caído sobre las dos ciudades santas para saquearlas, incendiarlas y pasar sus habitantes a cuchillo. El hijo de Abu-Sofyan y de Hind, participaba de sus deseos, de sus aprensiones, de sus resentimientos y de sus esperanzas. He aquí la verdadera razón de la simpatía que reinaba entra súbditos y príncipe, simpatía que se mostró de una manera conmovedora cuando Muawiya, después de un largo y glorioso reinado, exhaló el último suspiro y fue preciso tributarle los últimos honores.

El emir a quien Muawiya había confiado el mando hasta que Yezid, heredero del trono llegara a Damasco, ordenó que el féretro fuera llevado por los parientes del ilustre difunto; pero cuando en el día de los funerales comenzó a desfilar el cortejo, dijeron los sirios al emir: «Mientras que vivió el Califa hemos tomado parte en todas sus empresas; nuestros han sido sus goces y sus penas. Permitidnos pues, que también ahora reclamemos nuestra parte.» Y cuando el emir accedió a su petición, todos quisieron tocar, aunque no fuera más que con la punta de los dedos la caja en que descansaban los restos mortales de su amado príncipe, tanto, que desgarraron el paño mortuorio.

Desde los primeros pasos Alí pudo convencerse de que los sirios hacían suya la causa de Muawiya. «Cada día, le decían, vienen cien mil hombres a la Mezquita a llorar sobre la túnica ensangrentada de Othman, y todos han jurado vengarle de tí.» Seis meses habían pasado desde el asesinato, cuando Alí, vencedor en la «batalla del camello», intimó la sumisión a Muawiya, por última vez. Este, enseñando la túnica ensangrentada a los árabes reunidos en la mezquita, les pidió su parecer. Mientras habló se le escuchó con un silencio respetuoso y solemne; cuando hubo concluido, uno de los nobles tomando la palabra en nombre de todos le dijo con esa deferencia que viene del corazón. «Príncipe, a tí te toca aconsejar y mandar; a nosotros obedecer y obrar.» En seguida se publicó por todas partes esta orden: «Que todo individuo que se halle en estado de tomar las armas marche sin demora a sus banderas, y el que a los tres días no se presente en su puesto sea castigado con pena capital.» Ninguno faltó al llamamiento. El entusiasmo fue general y era sincero; íbase a combatir por una causa verdaderamente nacional. La Siria sola suministró más soldados a Muawiya, que dieron a Alí todas las otras provincias juntas. Este comparaba con dolor el celo y la lealtad de los sirios a la tibia indiferencia de sus Árabes del Iraq. «Cambiaría de buena gana diez de vosotros por uno de los soldados de Muawiya, les dijo. ¡Por Dios! ha de triunfar el hijo de la comedora de hígado!»

Parecía que la diferencia debía ventilarse con la espada en las llanuras de Ciffin, en la orilla occidental del Éufrates. Sin embargo, desde que los dos ejércitos enemigos se encontraron frente a frente, pasaron muchas semanas en negociaciones infructuosas y en escaramuzas, que, aunque sangrientas, no produjeron resultado alguno. Por ambas partes se evitaba todavía un combate general y decisivo. En fin, cuando fracasó toda tentativa de avenencia, se dio la batalla. Los antiguos compañeros de Mahoma combatieron en esta ocasión con la misma rabia fanática que cuando forzaban a los Beduinos a elegir entre el Mahometismo y la muerte. A sus ojos, los árabes de Siria eran verdaderamente paganos. «Os lo juro, decía Ammar, nonagenario entonces; nada podrá ser más meritorio delante de Dios que combatir a esos impíos. Si sus lanzas me matan moriré mártir de la verdadera fe. ¡Seguidme, compañeros del profeta! ¡Las puertas del cielo se abren para nosotros, las huríes nos esperan!» Y lanzándose en lo más recio de la pelea combatió como un león hasta que espiró acribillado de heridas. Por su parte los árabes de Iraq, viendo que se trataba de su honor combatieron mejor de lo que se hubiera creído, y la caballería de Alí dio una carga tan vigorosa que los sirios perdieron terreno. Viendo la batalla perdida, Muawiya ponía ya el pie sobre el estribo para emprender la fuga, cuando se le acercó Amr hijo de Alí.

—Y bien, le dijo el príncipe, tú que te vanaglorias de saber salir siempre de un apuro, ¿has hallado algún remedio a la desdicha que nos amenaza? Acuérdate que te he prometido el gobierno del Egipto en caso de que triunfara, y dime lo que debo hacer.

—Preciso es, le respondió Amr, que mantenía inteligencia en el ejército de Alí, preciso es ordenar a los soldados que tengan un ejemplar del Corán, que lo aten a la punta de sus lanzas, y vos diréis al mismo tiempo que apeláis a la decisión del libro. El consejo es bueno, yo os respondo de ello.

En la hipótesis de una derrota eventual, Amr había concertado antes esta escena teatral con muchos jefes del ejército enemigo, de los cuales el principal era Achath, el hombre más pérfido de esta época. No tenía motivo para estar demasiado ligado al islamismo ni a sus fundadores; este Achath que cuando era todavía pagano y jefe de la tribu de Rinda llevaba orgullosamente el título de rey, y cuando hubo adjurado el Islam bajo Abu-Bakr, vio a los musulmanes cortar la cabeza a todos los que guarnecían su fortaleza de Nodjair.

Moawia siguió el consejo que le había dado Amr, y ordenó atar los coranes a las lanzas. El santo libro era escaso en aquel ejército de ochenta mil hombres; apenas se hallaron quinientos ejemplares. Pero esto bastó a los ojos de Achath y de sus amigos que, cercando al Califa le dijeron:

—Aceptamos la decisión del libro de Dios, ¡queremos una suspensión de armas!

—Es un ardid, un lazo infame, trémulo de indignación dijo Alí; ¿acaso saben lo que es el Corán esos sirios, que violan sin cesar sus mandamientos?

—Pero puesto que combatimos por el libro de Dios, es fuerza que no le recusemos.

—Nos batimos para obligar a estos hombres a someterse a las leyes de Dios; ellos se han levantado contra el Omnipotente y arrojado lejos de sí su santo libro. ¿Creéis que ese Muawiya, y ese Amr, y ese «hijo del infierno» y todos los que le siguen, creéis que se cuidan ellos de la religión ni del Corán? Yo los conozco mejor que tú, yo los he conocido cuando niños, y los he conocido cuando hombres, y hombres y niños fueron siempre unos malvados.

—No importa, ellos apelan al libro de Dios y vos a la espada.

—¡Ay! bien veo que queréis abandonarme. Id, pues, id a juntar los restos de la coalición formada en otro tiempo para combatir a nuestro Profeta, Idos a reunir con esos hombres que dicen: «Dios y su Profeta impostura y mentira!»

—Enviad inmediatamente a Achtar (el general de caballería) la orden de batirse en retirada, si no os espera la suerte de Othman.

Conociendo que no retrocederían, caso de necesidad, ante la ejecución de esta amenaza, Alí cedió. Dio la orden de retirada al general victorioso, que entretanto perseguía a los enemigos, picándoles la retaguardia.

Pero Achtar rehusó obedecer. Entonces comenzó un nuevo tumulto. Alí reiteró su orden. «¿Mas el Califa no sabe, contestó el bravo Achtar, que la victoria es nuestra? ¿Me obligará a volver atrás en el momento mismo en que el enemigo va a experimentar una completa derrota?

—¿Y de qué serviría tu victoria, le respondió uno de los mensajeros del Iraq, si Alí fuera muerto entretanto?

A despecho suyo, el general mandó tocar retirada.

Este día, el ex-rey de los Rinda pudo saborear las dulzuras de la venganza; él fue el que comenzó la ruina de aquellos piadosos musulmanes que le habían despojado de su reino, y degollado a sus partidarios en Nodjair. Alí lo envió a Muawiya, para preguntar a este cómo entendía que la discordia se había de decidir por el Corán. «Alí y yo, respondió Muawiya, nombraremos un árbitro cada uno. Estos dos árbitros decidirán, según el Corán cuál de nosotros tiene más derecho al califato: «en cuanto a mi, elijo a Amr hijo de Alí.» Cuando Achath hubo trasmitido esta respuesta Alí, éste quiso nombrar a su primo Abdallah hijo de Abbás. No se le permitió: este próximo pariente le dijeron, será demasiado parcial. Después cuando Alí propuso a su bravo general Achtar: ¿Quién sino él lo ha puesto todo en combustión? dijeron. «No queremos, decía el pérfido Achath, no queremos más árbitro que Abu-Muza.

—Pero este hombre me guarda rencor porque le he quitado el gobierno de Cufa, contestó Alí, me ha hecho traición, ha impedido a los Árabes del Iraq seguirme a la guerra, ¡cómo puedo confiarle mis intereses?

—No queremos más que a ése, le contestaron, renovando las amenazas más horribles.

En fin, Alí cansado de la porfía, dio su consentimiento.

Al punto, doce mil soldados abandonaron su causa, después de haber intentado en vano, hacer que declarase nulo el tratado que acababa de concluir, que consideraban un sacrilegio, pues que la decisión de la diferencia no pertenecía a los hombres, sino solo a Dios. Acaso había traidores entre ellos, si es cierto como se asegura que Achath era de aquel número; la mayor parte eran «piadosos lectores del Corán,» muy devotos de la religión, muy ortodoxos, pero que comprendían la ortodoxia de otro modo que Alí y la nobleza medinesa. Indignados hacía mucho tiempo, de la depravación y de la hipocresía de los compañeros de Mahoma, que se servían de la religión como medio para realizar sus proyectos de ambición mundana, estos «no-conformistas,» habían resuelto separarse de la iglesia oficial a la primera ocasión. Republicanos y demócratas en religión como en política, y moralistas austeros pues que asimilaban el pecado grave a la incredulidad, presentaban muchos puntos de contacto con los independientes ingleses del siglo XVII, con el partido de Cromwell.

El árbitro nombrado por Alí fue engañado por su colega, según unos; según otros engañó a su señor. Sea lo que quiera, la guerra volvió a comenzar. Ali experimentó desgracia sobre desgracia, revés sobre revés. Su feliz rival le quitó primero Egipto, luego Arabia. Dueño de Medina, el general sirio dijo desde el púlpito: «¡Ausitas y Kazradjitas! ¿Dónde está ahora el venerable anciano que ocupaba este lugar?

«!Por Dios!, si no temiera la cólera de Muawiya mi señor, ¡no había de perdonar a ninguno de vosotros! Prestad juramento a Muawiya, sin segunda intención y os recibirá en su gracia.» La mayor parte de los Defensores estaban entonces en el ejército de Alí; los demás se dejaron arrancar el juramento.

Poco después Alí pereció víctima de la venganza de una joven no conformista, cuyo padre y hermano había hecho decapitar y que pedida en matrimonio por su primo exigió como precio de su mano la cabeza del Califa. (661)

Su hijo Hasán fue el heredero de sus pretensiones al califato. Era poco a propósito para jefe de un partido: indolente y sensual, prefería una vida dulce, tranquila y opulenta, a la gloria, al poder y a los cuidados del trono. El verdadero jefe del partido fue desde aquí en adelante el Defensor Cais, hijo de Sad, hombre de colosal estatura, de formas atléticas, tipo magnífico de la fuerza material, y que se había distinguido en cien batallas, por su gran valor. Su piedad era ejemplar: en ocasiones cumplía sus deberes religiosos con peligro de su vida. Un día que se inclinaba haciendo oración, vio una gran serpiente en el sitio en que iba a poner la cabeza. Demasiado escrupuloso para interrumpir su plegaria, la continuó, colocando tranquilamente la cabeza al lado del reptil. La serpiente le rodeó el cuello, pero sin hacerle daño. Cuando concluyó su rezo, cogió la serpiente y la arrojó a lo lejos. Este devoto musulmán odiaba a Muawiya, no solo porque lo miraba como el enemigo de sus paisanos en general, y de su familia en particular, sino también porque lo tenía por incrédulo, no habiendo nunca querido convenir en que Muawiya fuese musulmán.

Estos dos hombres se detestaban tanto, que cuando Cais era todavía gobernador de Egipto por Alí, entablaron correspondencia únicamente para tener el gusto de injuriarse. El uno ponía a la cabeza de su carta: «¡Judío, hijo de judío!» y el otro le contestaba: «¡Pagano, hijo de pagano! Has adoptado el islamismo a tu pesar, por miedo, pero lo has abandonado con plena voluntad. Tu fe, si tienes alguna, es de ayer, pero tu hipocresía es ya antigua»

Desde el principio Hasán disimuló muy mal sus intenciones pacíficas. «

—Tended la mano, le dijo Cais, yo os prestaré juramento cuando hayáis jurado antes conformaros al libro de Dios como a leyes dadas por el Profeta y combatir a nuestros enemigos.

—Juro, respondió Hasan, conformarme a lo que es eterno, al libro de Dios y a las leyes del Profeta. Vos os obligareis por vuestra parte a obedecerme, combatiréis a los que yo combata y haréis la paz cuando yo la haga.

Se le prestó juramento, pero sus palabras habían producido muy mal efecto. Se decían «No es este el hombre que necesitamos; no quiere la guerra». Para los Defensores todo estaba perdido si Muawiya triunfaba. No tardaron en realizarse sus temores. Durante muchos meses, aunque Hasan pudo disponer de un ejército bastante considerable, permaneció inactivo en Madaín; probablemente trataba ya con Muawiya. Al fin envió a Cais hacia la frontera de Siria, pero con tan pocas tropas que el bravo defensor fue abrumado por el número. Habiendo llegado los fugitivos a Madaín en el mayor desorden, maltrataron a Hasán que, si no los había entregado al enemigo, jugaba por lo menos un papel ambiguo. Entonces Hasán se apresuró a

concluir la paz con Muawiya, obligándose a no pretender el califato. Muawiya le aseguró una magnífica pensión y prometió la amnistía a sus partidarios.

Todavía Cais contaba bajo sus órdenes cinco mil hombres, que a la muerte de Alí se habían afeitado la cabeza en señal de duelo. Con esta pequeña hueste quería continuar la guerra, pero no conociendo si sus soldados participaban de su ardiente entusiasmo les dijo: «Si queréis seguiremos combatiendo y nos haremos matar hasta el último antes que rendirnos, pero si queréis pedir «el aman» yo os lo procuraré; elegid.»

Los soldados optaron por el *amán*. Cais acompañado de sus principales partidarios, marchó cerca de Muawiya y pidió gracias para él y los suyos, recordándole las palabras del Profeta que en su lecho de muerte había recomendado a los Defensores, a los otros musulmanes diciendo: «Honrad y respetad a estos hombres que han dado asilo al profeta, y preparado el triunfo de su causa.» Al concluir su discurso, dio a entender que los Defensores se creerían dichosos si quería aceptar sus servicios, pues que, a pesar de su devoción, a pesar de su repugnancia a servir a un incrédulo, no podían conformarse con la idea de perder sus puestos elevados y lucrativos.

Muawiya respondió en estos términos: «No concibo, Defensores, qué méritos tenéis a mi bondad. ¡Por Alá! ¿no habéis sido mis más encarnizados enemigos? ¿No sois vosotros los que en la batalla de Ciffin habéis estado a pique de causar mi ruina cuando vuestras refulgentes lanzas llevaban la muerte a las filas de mis soldados? Las sátiras de vuestros poetas han sido para mí otros tantos alfilerazos, y cuando Dios ha afirmado lo que queríais destruir me decís: Respetad la recomendación del Profeta. No, nosotros somos incompatibles.»

Herido en su orgullo Cais cambió de tono: «Nuestro mérito a vuestras bondades es, dijo, el de ser buenos musulmanes, y a los ojos de Dios esto basta; verdad es que los que se coaligaron para combatir al Profeta, tienen otros méritos para vos; no se los envidiamos. Hemos sido vuestros enemigos, es cierto, pero si hubieseis querido, hubierais podido evitar la guerra. Nuestros poetas os han perseguido con sus sátiras, bien está; lo que han dicho de falso será olvidado; lo que han dicho de verdadero, quedará. Vuestro poder se ha afirmado, lo vemos. En la batalla de Ciffin, cuando estuvimos a punto de causar vuestra pérdida, combatíamos bajo la bandera de un hombre que pensaba obrar bien obedeciendo a Dios. En cuanto a la recomendación del Profeta, el que creé en él se conforma a ella, pero pues que decís que hay incompatibilidad entre nosotros, solo Dios podrá impediros ¡oh Muawiya! hacer el mal en adelante.

—¡Retiraos al punto!, le gritó el Califa indignado de tanta audacia.

Los Defensores habían sucumbido. El poder volvía naturalmente a los jeques de tribu, a la nobleza antigua, y sin embargo, los sirios no estaban satisfechos, habían esperado saborear el placer de una venganza completa. La moderación de Muawiya no se lo permitió, pero ya llegará el día en que se comience de nuevo; ellos lo esperan, y cuando llegue, habrá un combate a muerte. En cuanto a los Defensores, el despecho, la cólera y la rabia les devoraban las entrañas. Mientras que viviera Muawiya, el poder de los Omeyas estaba demasiado sólidamente establecido, para que pudiesen intentar nada; pero Muawiya no era inmortal, y lejos de estar desalentado los Medineses se preparaban a nueva lucha.

En este intervalo de forzada inacción, la tarea de los guerreros pasó a los poetas; por ambas partes el odio se exhalaba en sangrientas sátiras. Además, se porfiaba sin cesar, había continuos chismes y vejaciones incesantes; los sirios y los príncipes Onmiadas no perdonaban ocasión de mostrar a los Defensores su odio y su menosprecio, y estos les pagaban en la misma moneda.

CAPÍTULO IV.

Muawiya, antes de su muerte, había recomendado a su hijo Yezid que tuviera constantemente fijos los ojos sobre Hosain, hijo segundo de Alí (Hasán el primogénito había muerto), y sobre el emigrado Abdallah, hijo de aquel Zobair que había disputado el trono al yerno del Profeta. Estos dos hombres eran en efecto, peligrosos. Habiendo Hosain tropezado con Abdallah en Medina, donde ambos vivían, le dijo:

—Tengo motivos fundados para creer que el Califa ha muerto.

—¿Qué vas a hacer en este caso? le preguntó Abdalah.

—Nunca, replicó Hosain, nunca reconoceré a Yezid por soberano; es un borracho, un libertino y tiene una pasión frenética por la caza.

El otro se calló, pero el pensamiento de Hosain era también el suyo.

Yezid no tenía ni la moderación de su padre ni su respeto a las conveniencias, ni su amor al ocio y a las comodidades. Era la fiel imagen de su madre, altiva Beduina, que como ella decía en hermosos versos, prefería el silbido de la tempestad en el Desierto a la mejor música, y un pedazo de pan, bajo la tienda, a los manjares exquisitos que la ofrecían en el soberbio palacio de Damasco. Educado por ella en el Desierto de los Beni-Kelb, Yezid trajo al trono las cualidades de un joven jeque de tribu, más bien que las de un monarca y un soberano pontífice. Menospreciando el fausto y la etiqueta, afable con todo el mundo, jovial, generoso, elocuente, buen poeta, amante de la caza, el vino, el baile y la música, tenía pocas simpatías por la fría y austera religión, de que el azar le había hecho jefe, y contra la que su abuelo había combatido inútilmente.

La devoción, muchas veces falsa, la piedad muchas veces ficticia de los veteranos del islamismo, repugnaba a su franco natural, no disimulaba su predilección por el tiempo que los teólogos llamaban «de la ignorancia», abandonándose sin escrúpulo a placeres prohibidos por el Corán; gustaba de satisfacer todos los caprichos de su espíritu fantástico y veleidoso, y no se reprimía por nadie.

Se le aborrecía, se le execraba en Medina; en la Siria se le adoraba de rodillas. Como de ordinario el partido de los antiguos musulmanes contaba jefes en abundancia, y carecía de soldados. Hosain que, después de haber engañado la vigilancia del demasiado crédulo gobernador de Medina, se había refugiado con Abdalah en el territorio sagrado de la Meca, recibió pues con extraordinaria alegría cartas de los árabes de Cufa, que le instaban vivamente a ponerse a su cabeza, prometiendo reconocerle por Califa y hacer que se declarara en su favor toda la población del Irak. Los mensajeros de Cufa se sucedían rápidamente, el último era portador de una petición monstruosa: las firmas que contenía no llenaban menos de ciento cincuenta fojas.

En vano amigos previsores le suplicaban y le conjuraban que no se lanzara en tan audaz empresa, y que desconfiara de las promesas y del ficticio entusiasmo de unas gentes que

habían engañado y hecho traición a su padre: Hosaín, enseñando con orgullo las innumerables peticiones que había recibido, y que, como él decía, a un camello le costaría trabajo trasportar, prefirió escuchar los consejos de su funesta ambición. Obedeció a su destino, partió para Cufa con gran contento de su pretendido amigo Abdalah que, incapaz de luchar en la opinión pública contra el nieto del Profeta, se regocijaba para sus adentros viéndole caminar voluntariamente a su perdición, y llevar espontáneamente su cabeza al verdugo.

La devoción no entraba para nada en la adhesión que el Irak mostraba a Hosain. Esta provincia se hallaba en una situación excepcional. Muawiya, aunque originario de la Meca, había fundado una monarquía esencialmente siriaca. En su reinado, la Siria llegó a ser la provincia preponderante. Damasco fue desde entonces la capital del Imperio: en el califato de Alí, Cufa había tenido este honor. Heridos en su orgullo los Árabe del Irak, mostraban desde luego un espíritu muy turbulento, muy sedicioso, muy anárquico, en una palabra, muy árabe.

La provincia llegó a ser la cita de todos los tramoyones políticos, y el asilo de los ladrones y de los asesinos. entonces Muawiya confió su gobierno Ziyad su hermano bastardo. Ziyad no contuvo las cabezas alborotadas, las cortó. No saliendo nunca sino rodeado de soldados, de agentes de policía y de verdugos, ahogaba con mano de hierro la menor tentativa de turbar el orden político o social. Pronto la más completa sumisión y la mayor seguridad reinaron en la provincia; pero al mismo tiempo, el más horrible despotismo. He aquí por qué el Irak estuvo pronto a reconocer a Hosain.

Pero ya el miedo dominaba los ánimos, más de lo que los mismos habitantes de la provincia sospechaban. Ziyad no existía, pero había dejado un hijo digno de él, que se llamaba Obaidalah. A este fue a quien Yezid confió la tarea de sofocar la conspiración en Cufa, pues que el gobernador de la cuidad, Noman, hijo de Baxir, daba prueba de una moderación que parecía sospechosa al Califa. Saliendo de Basora a la cabeza de sus tropas Obaidallah, mandó hacer alto a alguna distancia de Cufa. Luego, habiéndose puesto un velo para ocultarse el rostro, entró en la ciudad al anochecer, acompañado de solo diez hombres. A fin de sondear los intentos de sus habitantes, habla apostado en su camino algunas personas que le saludaron como si fuera Hosain. Muchos vecinos, de la nobleza, le ofrecieron al punto hospitalidad, pero el supuesto Hosain desechó sus ofertas, y rodeado de una multitud tumultuosa que gritaba: ¡viva Hosain! se fue derecho al castillo. Noman hizo cerrar las puertas precipitadamente. «Abrid, le dijo Obaidalah, a fin de que pueda entrar el nieto del Profeta. «¡Volveos por donde habéis venido! le respondió Noman; preveo vuestra ruina y no quisiera que se pueda decir: Hosain, el hijo de Alí, ha sido muerto en el castillo de Noman.» Satisfecho con esta respuesta Obaidalad se quitó el velo con que encubría el rostro. Reconociendo su fisonomía, la multitud se dispersó al punto llena de terror y espanto, mientras que Noman vino a saludarlo respetuosamente suplicándole entrase en el Castillo. A la mañana siguiente Obaidalah anunció al pueblo reunido en la mezquita, que sería un padre para los buenos y un verdugo para los malos. Hubo una sedición, pero fue reprimida; desde entonces nadie se atrevió a hablar más de rebelarse.

El desdichado Hosain, supo estas fatales nuevas cerca de Cufa. Apenas llevaba consigo un centenar de hombres, parientes en su mayor parte; sin embargo, continuó su camino, la loca y ciega credulidad, que parece ser como el sino de los pretendientes, no le abandonó: estaba

convencido de que en llegando a las puertas de Cufa sus habitantes se armarían a su favor. Cerca de Qerbala, se encontró frente a frente con las tropas que Obaidallah habla enviado a su encuentro, ordenándoles expresamente que lo trajesen muerto o vivo. Obligado a rendirse parlamentó. El general de las tropas omeyas no cumplió sus órdenes, vacilaba. Era un Coraichita, hijo de uno de los primeros discípulos de Mahoma, y le repugnaba la idea de verter la sangre de un hijo de Fátima. Pidió, pues, nuevas instrucciones a sus jefes haciéndoles saber las proposiciones de Hosain. Habiendo recibido este mensaje, el mismo Obaidallah tuvo un momento de duda. «¡Y qué!, le dijo entonces Chamir, noble de Cufa y general del ejército onmiada, un árabe de los antiguos, como su nieto, al que más tarde hemos de encontrar en España; ¿y qué, la suerte ha puesto al enemigo en vuestras manos y le vais a dejar ir? No, es preciso que se rinda a discreción.»

Obaidalah dio la orden en este sentido al general de sus tropas; Hosain reusó rendirse sin condiciones, y, sin embargo, no se le atacó. Entonces Obaidallah mandó nuevas fuerzas con Chamir, a quien dijo: «Si el coraichita persiste en no querer pelear le cortarás la cabeza y tomarás el mando.» Pero una vez llegado Chamir al campo, no dudó más el coraichita, y dio la señal de ataque. En vano gritaba Hosain a sus enemigos: «Si creéis en la religión fundado por mi abuelo, ¿cómo podréis justificar vuestra conducta el día de la resurrección?»

En vano hizo atar coranes a las lanzas: dada la orden por Chamir, se le cargó espada en mano, y se le mató. Casi todos sus compañeros quedaron en el campo de batalla, después de haber vendido caramente sus vidas. (10 de octubre del 680.)

La posteridad que siempre se conduele de la suerte de los pretendientes desgraciados, octubree ordinario tiene poco en cuenta el derecho, el reposo de los pueblos y las desgracias que produce una guerra civil, si no se sofoca en sus principios, la posteridad ha visto en Hosain la víctima de un crimen abominable. El fanatismo persa hizo lo demás: ha imaginado un santo donde no había más que un aventurero, precipitado a su perdición por una extraña aberración de ideas, y una ambición que rayaba en delirio. La inmensa mayoría de sus contemporáneos lo juzgaba de otro modo: veía en Hosain un perjuro, reo de alta traición puesto que en vida de Moawia había prestado juramento de fidelidad a Yezid, y que no tenía ningún título ni podía ostentar ningún derecho para pretender el califato.

El que ocupó la plaza de pretendiente que la muerte de Hosain acababa de dejar vacante, fue menos temerario, y se creyó más hábil. Era Abdalah, hijo de Zobair, ostensiblemente amigo de Hosain, pero sus verdaderos sentimientos no eran un misterio ni para este ni para sus amigos. «Quédate tranquilo y satisfecho, hijo de Zobair» había dicho Abdalah hijo de Abbas cuando se hubo despedido de Hosain, después de haberle conjurado inútilmente a no emprender el viaje de Cufa, y recitando tres versos muy conocidos entonces, continuó así: «El aire es libre para tí, ¡oh golondrina! Pon tus huevos, gorjea y escarba cuanto quieras; he aquí a Hosain que parte para el Irak y que te abandona el Hidjaz.»

No obstante, aunque tomó secretamente el título de Califa, desde que la marcha de Hosain le dejó el campo libre, el hijo de Zobair fingió un profundo dolor cuando la noticia de la catástrofe de Hosain llegó a la ciudad santa, y se apresuró a pronunciar un discurso muy patético. Retórico por naturaleza, ninguno era más ducho que él en la frase, ninguno poseía

en igual grado el gran arte de disimular sus pensamientos y de fingir sentimientos que no experimentaba; ninguno sabia ocultar mejoría sed de riquezas y de poder que lo devoraban, bajo las nobles palabras de deber, de virtud, de religión y de piedad. En esto consistía el secreto de su fuerza, por esto se imponía al vulgo. Ahora que Hosain no podía hacerle sombra, lo proclamó Califa legítimo, elogió sus virtudes y su piedad, prodigó los epítetos de pérfidos y engañadores a los árabes del Irak, concluyendo su discurso con estas palabras que Yezid podía aplicarse, si lo juzgaba conveniente: «Jamás se vio a este santo varón preferir la música a la lectura del Corán, los cantos afeminados a la compunción producida por el temor de Dios, los desarreglos del vino al ayuno, los placeres de la caza a las conferencias destinadas a piadosas conversaciones... No tardarán esos hombres en recoger el fruto de su conducta perversa»

Preciso le era ganar ante todo a su causa a los jeques más influyentes de los Emigrados; presentía que no podía engañarles tan fácilmente como a la plebe acerca de los verdaderos motivos de su rebelión, previó que encontraría obstáculos, sobre todo en Abdalah, hijo del Califa Omar que era un hombre verdaderamente desinteresado, verdaderamente piadoso y muy perspicaz. Sin embargo, no se desalentó. El hijo del Califa Omar tenía una mujer tan devota como crédula. Era preciso comenzar por ella, demasiado lo sabía el hijo de Zobair. Fue, pues a verla, la habló con su facundia ordinaria de su celo por la causa de los Defensores, de los Emigrados, del Profeta y de Alá, y cuando vio que tan melosas palabras habían hecho en ella una profunda mella, la rogó persuadiese a su marido que lo reconociera por Califa. Ella le prometió hacer todo lo posible, y por la noche mientras servía la cena a su marido le habló de Abdallah, haciéndole los mayores elogios y concluyó diciendo:

—¡Ah! ¡verdaderamente no busca más que la gloria del Eterno!!

—Vistes tú, respondió fríamente su marido, vistes tú el magnífico cortejo que llevaba Muawiya en su peregrinación, sobre todo, aquellas soberbias mulas blancas cubiertas «de gualdrapas de púrpura y montadas por jóvenes que deslumbraban con sus adornos, coronadas de perlas y de diamantes; ¿has visto esto, no es verdad? Pues bien, lo que busca tu santo varón son aquellas mulas. Y continuó su cena sin querer escuchar más.

Ya hacía un año que el hijo de Zobair se hallaba en abierta rebelión contra Yezid, y este, sin embargo, lo dejaba en paz. Era más de lo que tenía derecho a esperar de parte de un Califa que no contaba la paciencia y la mansedumbre entre sus cualidades más acentuadas; pero juzgaba por una parte que Abdalah no era muy peligroso, puesto que más prudente que Hosain no salía de la Meca, y por otra no quiera sin que le obligara una necesidad absoluta, ensangrentar un territorio, que ya durante el paganismo había gozado el privilegio de ser así lo inviolable de hombres y animales. Sabía demasiado que tal sacrilegio había de colmar la irritación de los devotos. Pero su paciencia se agotó al cabo. Por última vez intimó a Abdallah que lo reconociera. Abdalah rehusó. Entonces enfurecido el Califa juró no recibir su juramento de fidelidad, sino cuando tuviera al rebelde en su presencia con el cuello y las manos cargadas de cadenas.

Pasado, sin embargo, el primer ímpetu de cólera, como era bueno en el fondo, se arrepintió de su juramento, y obligado, sin embargo, a mantenerlo, imaginó un expediente para cumplirlo sin humillar demasiado el orgullo de Abdalah. Resolvió, pues, enviarle una

cadena de plata, y con ella una soberbia capa, con la que podría cubrirse, a fin de ocultar la cadena a los ojos de todos.

Diez eran las personas a quienes el Califa designó para llevar estos singulares presentes al hijo de Zobair. A su cabeza iba el Defensor Noman, hijo de Baxir, mediador ordinario entre el partido piadoso y los onmiadas; sus colegas menos conciliadores eran jeques de las diferentes tribus establecidas en la Siria.

Habiendo llegado los diputados al lugar de su destino, Abdalah como era fácil prever rehusó aceptar los regalos del Califa; Noman, lejos de desanimarse por esta negativa trató de atraerlo a la sumisión con prudentes discursos. Estas conversaciones que por lo demás no produjeron ningún resultado, eran frecuentes y como permanecían secretas para los otros diputados, despertaron las sospechas de uno de ellos, de ibn-Idhah, jeque de la tribu de los Acaritas, la más numerosa y la más potente en Tiberíades. «Después de todo, pensaba, este Noman es un Defensor, y bien podrá ser capaz de vender al Califa el que es traidor a su partido y a su tribu.» Y un día que encontró a Abdalah se llegó a él y le dijo:

—Hijo de Zobair, puedo jurarte que ese Defensor no ha recibido del Califa, más instrucciones que las que se nos han comunicado a los demás. Es nuestro jefe, no hay otra cosa. Pero ¡por Dios! preciso es que te lo confiese no sé qué pensar de esas conferencias secretas. Un Defensor y un Emigrado son pájaros de la misma pluma y Dios sabe si se trama algo.

—¿Qué tienes tú que meterte? le respondió Abdalah con un aire de supremo desdén. Mientras que esté aquí haré todo lo que me acomode. Soy aquí tan inviolable como esa paloma que vez protegida por la santidad del lugar: ¿no es verdad que no te atreverías a matarla, porque sería un crimen, un sacrilegio?

—¿Crees tú que me detendría semejante consideración?

Y volviéndose hacia un paje que llevaba sus armas:

—¡Hola! muchacho, le dijo: mi arco y mis flechas.

Luego que el paje cumplió su mandato, cogió el jeque una flecha, la colocó en medio del arco, y comenzó a decir:

—¿Paloma, es dado al vino Yezid, hijo de Muawiya? Si te atreves, dí que sí, y en este caso, por Dios que te atravieso con esta flecha.... ¿Paloma, pretendes tu despojar de la dignidad de califa a Yezid hijo de Mauwiya, separarte del pueblo mahometano y quedar impune, porque te hallas en un territorio inviolable? Di que este es tu pensamiento y te atravieso con este dardo.

—Bien ves que el ave no puede contestarte, le replicó Abdalah con ademan de lástima, pero pretendiendo en vano disimular su turbación.

—Es verdad que el ave no puede responderme, pero tú si puedes, hijo de Zobair. Escúchame bien; yo te juro que has de prestar juramento a Yezid, de grado o por fuerza, o que

verás flotar en este valle la bandera de los Acaritas, y no he de respetar entonces poco ni mucho los privilegios que reclamas para este sitio.

El hijo de Zobair palideció ante esta amenaza. Trabajo le costaba creer tanta impiedad aún en un sirio, y se aventuró a preguntar con voz tímida y temblorosa:

—¿Se atreverá alguno, por ventura, a cometer el sacrilegio de derramar sangre en este sagrado territorio?

—Se atreverá, respondió el jeque sirio con entera calma, y que caiga la responsabilidad sobre el que ha elegido este lugar para conspirar contra el jefe del Estado y de la religión.

Si Abdalah hubiera estado más convencido de que este jeque era el intérprete de los sentimientos que animaban a sus compatriotas, acaso hubiera evitado entonces muchos males al mundo musulmán, y a sí mismo, porque el hijo de Zobair va a sucumbir como había sucumbido el yerno y el nieto del Profeta; como sucumbirán todos los musulmanes de antigua estopa; los hijos de los compañeros y de los amigos de Mahoma: inauditas desgracias, terribles catástrofes, nacidas unas de otras, era lo que a todos esperaba; sin embargo, a él todavía no le había llegado su hora. Estaba decretado por el destino que antes la desgraciada Medina había de expiar con una ruina completa y con el destierro y la muerte de sus hijos el funesto honor de haber ofrecido un asilo al Profeta fugitivo, y da haber dado a luz a los verdaderos fundadores del Islam a esos héroes fanáticos, que, subyugando la Arabia en nombre de una nueva fe, habían dado al Islam tan sangrienta cuna.

CAPÍTULO V.

Año 682. El sol acababa de ocultarse detrás de las montañas que se extienden al Oeste de Tiberíades, cuya antigua grandeza hoy solo las ruinas atestiguan, pero que en la época de que hablamos, era la capital del distrito del Jordán, y la residencia temporal del Califa Yezid. Iluminados por los argentinos rayos de la luna, los minaretes de las mezquitas y las torres de las murallas se reflejaban en las límpidas y trasparentes ondas del lago, de ese mar de Galilea que trae a la memoria del cristiano tantos recuerdos queridos, cuando una pequeña caravana, aprovechando la frescura de la noche, salió de la ciudad dirigiéndose al Sur.

En los nueve viajeros reconocíanse al punto personas de calidad; nada denunciaba en ellos cortesanos del Califa, que por lo común no admitía en su intimidad sino a personas menos maduras, y de caras menos ceñudas y austeras.

Caminaron algún tiempo sin despegar los labios. Al cabo uno de los viajeros rompió el silencio.

—Y bien, hermanos míos, ¿qué pensáis ahora de él? Confesemos al menos que ha sido generoso con nosotros. ¿No son cien mil monedas lo que de él has recibido, hijo de Hanhala?

—Sí, esa suma me ha dado, replicó aquel a quien se dirigía la pregunta; pero bebe vino sin creer que es pecado; toca la guitarra, pasa el día con perros de caza y la noche con salteadores de camino, comete incesto con sus hermanas y con sus hijas, no reza nunca, en fin; ¿no es evidente, que no tiene religión? ¿Qué haremos, hermanos míos? ¿Creéis que nos sea lícito tolerar por más tiempo a semejante hombre? Hemos sufrido quizá más de lo que debíamos, y si continuáramos así temo que han de llover piedras sobre nosotros. ¿Qué piensas de esto, hijo de Sinan?

—Voy a decírtelo, contestó éste. Así que nos hallemos en Medina de vuelta, deberemos declarar solemnemente, que no obedeceremos más a un libertino, hijo de libertino, y enseguida lo acertaremos si prestamos homenaje al hijo de un Emigrado.

Cuando pronunciaba estas palabras, un hombre que venía por el lado opuesto cruzó el camino. El capuchón de su capa echado sobre su rostro hubiera ocultado sus facciones a las miradas de los viajeros, aun cuando la atención de estos no estuviera enteramente absorbida en una conversación que se animaba cada vez más.

En cuanto la caravana cesó de hallarse al alcance de su voz, el hombre del capuchón se detuvo. Su encuentro era de mal agüero, según las ideas de los árabes porque era tuerto: además el odio y la ferocidad, se pintaban en la terrible mirada que, con su único ojo, lanzó a aquellos hombres que se perdían en lontananza, diciendo con una voz lenta y solemne: «Juro que, si alguna vez te encuentro de nuevo y puedo matarte, te mataré hijo de Sinan, ¡por más compañero de Mahoma que seas!»

Ya habrán reconocido nuestros lectores a Medineses en los viajeros. Eran en efecto los hombres más distinguidos de esta ciudad, casi todos Defensores o Emigrados, y he aquí la causa porqué habían venido a la Corte del Califa.

Habían aparecido en Medina síntomas de rebelión; había allí gravísimas cuestiones respecto a las tierras de labor y a las plantaciones de palmeras, que Moawia comprara en otro tiempo a los habitantes de la ciudad, pero que estos revindicaban ahora bajo pretexto de que Moawia reteniendo sus sueldos, los había obligado a venderlas por la centésima parte. El gobernador Othman, lisonjeándose con la esperanza de que el Califa, primo hermano suyo, sabría calmar estas diferencias de un modo o de otro, y que conciliaría a los nobles Medineses, por su amable trato y su reconocida generosidad, propuso a estos nobles hacer el viaje a Tiberíades, en lo que consintieron ellos. Pero animado de las mejores intenciones, cometió una gran imprudencia, una ligereza imperdonable. ¿Ignoraba acaso que los nobles Medineses no deseaban otra cosa que poder hablar como testigos oculares de la impiedad de su primo, a fin de excitar a sus conciudadanos a la rebeldía? En lugar de inducirlos a ir a la Corte del Califa, hubiera debido impedirlo a toda costa.

Lo que se podía prever, aconteció.

Yezid dispensó a los diputados una hospitalidad cordial y llena de consideraciones; estuvo generosísimo, dio al Defensor Abdalah, hijo de Handhala, (es decir, de un noble y valiente guerrero que murió en Ohod combatiendo por Mahoma), cien mil monedas de plata, y veinte o diez mil, según su categoría, a los demás diputados, pero como él no se ataba por nada, y como su corte no fuera un modelo de recato ni de abstinencia, la libertad desús costumbres, junto a su predilección por los Beduinos, quienes, preciso es convenir en ello, tenían algo de salteadores cuando llegaba la ocasión, produjeron un escándalo terrible en aquellos austeros y rígidos ciudadanos enemigos naturales de los hijos del Desierto.

De vuelta en su ciudad natal, no dejaron que se agotase el asunto de la impiedad del Califa. Sus pláticas, quizás algo exageradas, y sus diatribas llenas de una santa indignación, hicieron tanta mella sobre ánimos, ya de suyo dispuestos a creer ciegamente todo lo malo que pudiera decirse de Yezid, que no tardó en pasar una escena extraordinaria en la mezquita. Reunidos allí los Medineses gritó uno de ellos: «Yo desecho a Yezid, como desecho a mi turbante» y lo arrojó: añadiendo luego; «confieso que Yezid me ha colmado de regalos, pero es un ebrio, un enemigo de Dios.»—«Y yo, dijo otro; desecho a Yezid, como desecho mis sandalias;» un tercero: «yo como a mi capa;» el cuarto: «yo como a mi borceguí;» otros los imitaron y pronto; ¡extraño espectáculo! se vio en la mezquita, un montón de turbantes, de capas, de borceguíes y de sandalias.

Declarada así la caída de Yezid, se resolvió expulsar de la ciudad a todos los Omeyas. Se les comunicó que debían abandonar la ciudad sin demora, pero que antes había de jurar de no ayudar a las huestes que vinieran contra la ciudad, rechazarlas si les era posible, y caso de que no lo fuera, no volver con las tropas sirias. En vano intentó el gobernador Otmán persuadir a los rebeldes del peligro a que se exponían. «Pronto, les dijo, un numeroso ejército vendrá a anonadaros, y entonces os alegraríais de poder decir siquiera, que no arrojasteis a vuestro gobernador. Esperad al menos para obligarme a que me vaya, a que hayáis obtenido la victoria.

No os hablo así en mi interés, sino en el vuestro, pues quisiera impedir, que se derramara vuestra sangre.» Lejos de acceder a estos consejos, los Medineses lo llenaron de improperios lo mismo que a Yezid: «vamos a comenzar por tí, le replicaron; no tardarán en seguirte tus parientes.»

Los Omeyas estaban furiosos. «¡Qué asunto más endiablado! ¡Qué religión más infame!» exclamó Merwan, que había sido sucesivamente ministro del Califa Otmán, y gobernador de Medina; pero que ahora no sin trabajo podía encontrar quien quisiera encargarse de su mujer y de sus hijos. Era preciso, sin embargo, doblegarse a las circunstancias. Después de prestar el juramento exigido, los Omeyas se pusieron en camino, perseguido por los silbidos del populacho, que llegó hasta a apedrearlos, mientras que el libertino Horaith, llamado el Saltador, porque, habiéndole hecho cortar un pie uno de los pasados gobernadores, andaba a saltos, aguijaba de continuo las cabalgaduras de estos infelices, arrojados como viles criminales de una ciudad que por tanto tiempo, habían gobernado como señores. Al fin llegaron a Dhu-Khochob, donde los desterrados debían permanecer hasta nueva orden.

Lo primero que hicieron fue despachar correos a Yezid, para imponerle su desgracia y pedirle socorro. Los Medineses lo supieron y enviaron unos cincuenta jinetes para arrojar a los Omeyas de su retiro. No dejó el Saltador de aprovechar esta nueva ocasión de satisfacer su venganza, y él y uno de los miembros de la familia de Beni-Hazm (familia de Defensores, que había facilitado el asesinato del Califa Otmán, poniendo su casa a disposición de los rebeldes,) aguijaban el camello que montaban Merwan, con tanta furia, que obligaron al animal a arrojar a tierra al caballero. Parte por temor, parte por compasión, Merwan bajó de su camello diciendo: «¡Vete y sálvate!»

Cuando llegaron a un lugar llamado Sowaida, Merwan vio acercársele uno de sus clientes que habitaba en aquella aldehuela para convidarle a comer. «No me permitirán detenerme el Saltador y sus dignos compañeros; le contestó Merwan. ¡Quiera Dios que tengamos un día a este hombre en nuestro poder! No será entonces culpa nuestra, si su mano no participado la suerte de su pie». Por último, cuando llegaron a Wadil-corá se permitió a los Omeyas permanecer allí.

Entre tanto la discordia estaba a punto de estallar entre los Medineses. Mientras que solo se trató de expulsar, de injuriar y de maltratar a los Omeyas, la unión más perfecta reinó entre todos, mas no sucedió lo mismo cuando se pensó en elegir Califa. Los Coraichitas no querían un Defensor, y los Defensores no querían un Coraichita. Sin embargo, como se conoció la necesidad de la concordia, se convino en dejar esta grave cuestión en suspenso, eligiendo jefes provisionales y esperando para la elección de nuevo Califa a que Yezid fuera destronado.

Este tenía ya noticia de lo sucedido por el correo enviado por los Omeyas. Al saberlo fue mayor la sorpresa y la indignación que le produjo la conducta pasiva de sus parientes, que su irritación contra los sediciosos.

—¿No podían los Omeyas, preguntó, reunir un millar de hombres juntando sus libertos?

—Seguramente, le respondió el mensajero: tres mil, hubieran podido reunir sin trabajo.

—¿Y con tan considerables fuerzas no han intentado resistir ni siquiera una hora?

—Los rebeldes eran muy numerosos, toda resistencia era imposible.

Si Yezid no hubiese escuchado más que a su justa indignación, contra unos hombres que se habían revelado, después de guardarse sin escrúpulo sus presentes y su dinero, hubiera enviado desde luego un ejército para castigarlos; pero quería evitar si era posible todavía romper para siempre con los devotos; acaso se acordaba de que había dicho el Profeta: «Al que saque su espada contra los Medineses, Dios y los ángeles y los hombres lo maldecirán», y por segunda vez dio pruebas de una moderación tanto más de apreciar, cuanto que no era la más propia de su genio. Queriendo tentar aun la vía de la clemencia, envió a Medina al Defensor Noman, hijo de Baxir, pero en vano. Los Defensores, en verdad, no permanecieron insensibles por completo a los prudentes consejos que les representaba cuán débiles y poco numerosos eran para resistir a los ejércitos de la Siria; pero los Coraichitas no querían más que la guerra, y su jefe Abdallah, hijo de Motí, dijo a Noman: «Márchate tú, que no has venido sino para destruir la concordia que gracias a Dios reina ahora entre nosotros—Sí, tú eres ahora muy bravo y muy atrevido, le respondió Noman; pero bien sé lo que harás cuando el ejército sirio toque a las puertas de Medina; entonces tú huirás a la Meca en el más ligero de tus mulos, y abandonarás a su suerte a estos desdichados, a estos Defensores, que serán degollados en las calles, en las mezquitas, a las mismas puertas de sus casas.» Al cabo conociendo que eran inútiles sus esfuerzos se volvió, y presentándose a Yezid, le dio cuenta del mal éxito de su embajada. «Puesto que es absolutamente preciso, dijo entonces el Califa, voy a hacerlos triturar por los caballos de mis sirios»

El ejército compuesto de diez mil hombres, que iba a marchar al Hidjaz, debía someter no solo a Medina sino también la Meca, la otra ciudad Santa. Más como el general a quien Yezid lo confirma acabase de morir, todos los demás, ardiendo en deseos de anonadar de una vez para siempre a la nueva aristocracia, se diputaban el mando. Yezid no se había decidido aun cuando un hombre envejecido en la guerra, vino a alistarse en las filas.

Era el tuerto que hemos encontrado ya en la carretera de Tiberíades.

Ninguno acaso representaba tan bien los antiguos tiempos y el principio pagano como el tuerto Moslim, hijo de Ocba, de la tribu de Mozena. No había en él ni aun siquiera sombra de la fe mahometana, nada de lo que era sagrado a los ojos de los musulmanes, lo era para él. Muawiya había conocido y apreciado sus sentimientos recomendándolo a su hijo como el más a propósito para reducir a los Medineses, caso de que se sublevasen. Sin embargo, si él no creía en la divina misión de Mahoma, creía firmemente en las supersticiones del paganismo, en los sueños proféticos, y en las misteriosas palabras que salían de los «gharcad» especie de zarzas espinosas, que durante la época pagana pasaban por oráculos en estos lugares de la Arabia; lo que demostró cuando presentándose a Yezid le dijo: «Todo el que envíes a Medina será derrotado. Yo solo puedo vencer.... He visto en sueños un «gharcad» de donde salía esta voz: ¡Por mano de Moslin!... Aproximóme al lugar de donde venía la voz y escuché que decía: ¡Tú eres quien ha de vengar a Othman de sus asesinos los Medineses!»

Convencido de que Moslin era el hombre que necesitaba, Yezid lo nombró general y le comunicó sus órdenes en estos términos: «Antes de atacar a los Medineses, les intimarás la rendición durante tres días; si rehúsan, atácalos, y si obtienes la victoria entrega la ciudad al

saqueo durante otros tres días; todo lo que tus soldados encuentren de plata, de bastimentos o de armas, será suyo. En seguida haz jurar a los Medineses ser mis esclavos y corta la cabeza a quien lo rehúse.»

El ejército en que se hacía notar Ibn-Idhah, jefe de los Acaritas cuya conversación con el hijo de Zobair hemos referido, llegó sin novedad a Wadil-corá, donde se encontraban los Onmiadas expulsados de Medina.

Moslin los consultó separadamente sobre las medidas que debía tomar para apoderarse de la ciudad. Habiéndose negado un hijo del Califa Otmán a violar el juramento que los Medineses le habían exigido, el impetuoso Moslin le dijo: «Si no fueras hijo de Otmán te cortaría la cabeza; pero si te perdono no he de perdonar a ningún otro Coraichita que me rehúse su apoyo y sus consejos.» Tocó la vez a Merwan. Este tenía también escrúpulos de conciencia, pero por una parte temía por su cabeza, pues Moslin hacía seguir de cerca el hecho a la amenaza, y por otra su odio a los Medineses era demasiado profundo para que esquivase la ocasión de satisfacerlo. Por fortuna sabía que pueden hacerse arreglos con el cielo, y que bien puede violarse un juramento, sin que lo parezca. Dió pues sus instrucciones a su hijo Abdelmelic, que no había jurado. «Entra antes que yo, añadió, acaso Moslin no me pregunte nada así que te haya escuchado.» Llevado a presencia del general, Abdelmelic, le aconsejó adelantarse hasta las primeras plantaciones de palmeras donde el ejército debería pasar la noche: y por la mañana temprano ir a Harra al Este de Medina, para que los Medineses que no dejarían de salir a su encuentro, tuvieran al sol de frente. Abdelmelic hizo entrever además a Moslin que su padre no dejaría de ponerse en relación con ciertos Medineses, que, empeñado el combate, acaso harían traición a sus conciudadanos.

Contentísimo con lo que acababa de escuchar, exclamó Moslin con burlona sonrisa: «¡Qué hombre más admirable es tu padre!», y sin obligar a Merwan a decir nada siguió puntualmente los consejos de Abdelmelic; acampó al Oriente de Medina en la carretera de Cuta, e hizo saber a los de Medina que les concedía un plazo de tres días para someterse, pasados los cuales los Medineses respondieron negativamente.

Como Merwan había previsto, los Medineses, lejos de esperar al enemigo dentro de los muros de la ciudad que habían fortificado cuanto les era posible, salieron a su encuentro (26 de agosto del 683), divididos en cuatro cuerpos, según su origen. Los Emigrados llevaban a su frente a Makil, hijo de Sinan compañero de Mahoma, que a la cabeza de su tribu de Achddja asistió a la toma de la Meca, y que debía de gozar gran consideración en Medina, puesto que los Emigrados le habían conferido el mando, aunque no era de su tribu. Los Coraichitas que no se contaban entre los Emigrados, pero que en diversas épocas después de la toma de la Meca se habían establecido en Medina, se dividían en dos compañías, una mandada por Abdallah, hijo de Moti, la otra por un compañero del Profeta. En fin, el cuerpo más considerable, el de los Defensores, tenía por jefe a Abdalah, hijo de Handhala. Guardando profundó y religioso silencio, se adelantaron hacia Harra donde se hallaban los impíos, los paganos que iban a combatir.

El caudillo del ejército sirio se encontraba gravemente enfermo. Hízose llevar sin embargo en una silla delante de las filas; confió su bandera a un valiente paje de origen griego y gritó a

sus soldados: «¡Árabes de la Siria! ¡Mostrad ahora cómo sabéis defender a vuestro general! ¡Carguen!»

Empeñóse el combate. Los sirios atacaron con tanto ímpetu, que tres cuerpos Medineses, el de los Emigrados y los de los Coraichitas volvieron grupas, pero el cuarto, el de los Defensores, obligó a los sirios a cejar y agruparse en torno de su jefe. Peleábase con encarnizamiento por ambas partes, cuando el intrépido Fadhl que combatía al lado de Abdalah, hijo de Handhala, al frente de veinte caballeros, dijo a su jefe: «dadme el mando de toda la caballería: yo trataré de penetrar hasta donde se encuentra Moslin, y uno de los dos perderá la vida.»

Habiendo accedido Abdalah, dio Fadhl una carga tan vigorosa, que los sirios cejaron de nuevo. «Otra carga como esta, queridos y bravos amigos» exclamó entonces, «y por Dios que si encuentro a su general uno de los dos no ha de sobrevivir a este día. ¡Acordaos que la victoria es premio del valor!». Sus soldados atacaron de nuevo con redoblada furia, rompen las filas de la caballería siria y penetran hasta el lugar en que se hallaba Moslin. Quinientos peones lo rodeaban con sus lanzas inclinadas; pero Fadhl abriéndose camino con su espada, dirigió su caballo hacia la bandera de Moslin; asestó al paje que la conducía un golpe que le partió el casco y la cabeza, y escala:

—Por el Señor de la Caaba, que he matado al tirano

—No, te engañas; le respondió Moslin; y cogiendo su bandera, enfermo y todo como estaba, reanimó a los sirios con sus palabras y con su ejemplo. Fadhl murió acribillado de heridas al lado de Moslin.

En el mismo instante en que los Medineses veían el cuerpo de Ibn-Idhah y de otros prontos a lanzarse sobre ellos, oyen resonar en la ciudad alaridos de triunfo; el grito de ¡Dios es grande! Habían sido vendidos. Merwan había cumplido su palabra a Moslin. Seducidos por brillantes promesas los Beni-Haritha, familia que pertenecía a los Defensores, habían introducido secretamente tropas sirias en la ciudad. Esta estaba ya en poder del enemigo; todo estaba perdido; los Medineses iban a encontrarse entre dos fuegos. La mayor parte corren hacia la ciudad para salvar a sus mujeres y a sus hijos; algunos como Abdallah, hijo de Moti, huyen en dirección a la Meca, pero Abdalah, hijo de Handhala, resuelto a no sobrevivir a este día fatal, grita a los suyos: «Nuestros enemigos van a conseguir el triunfo. En menos de una hora todo se habrá decidido. ¡Piadosos musulmanes!, habitantes de una ciudad que dio asilo al Profeta, todos hemos de morir y no hay muerte más hermosa que la del mártir; dejémonos matar hoy, hoy que Dios nos ofrece la ocasión de morir por su santa causa». Ya llovían por todas partes las flechas de los sirios, cuando gritó de nuevo: «Que los que deseen entrar inmediatamente en el paraíso sigan mi bandera!» Todos la siguieron; todos combatieron desesperadamente, resueltos a vender caras sus vidas. Abdalah envió sus hijos a lo más recio de la pelea, y vio el sacrificio de todos ellos. Mientras que Moslin prometía dinero a todo el que le presentara una cabeza enemiga, Abdalah las derribaba a derecha e izquierda, y la convicción de que un castigo más terrible, esperaba a sus víctimas más allá de la tumba, le causaba una feroz alegría. Según la costumbre árabe, recitaba versos combatiendo, que expresaban claramente el pensamiento de un fanático, que se aferra a la fe, a fin de poder odiar a su sabor.

«¡Mueres!, decía a cada una de sus víctimas, ¡mueres, pero tus delitos te sobrevivirán! ¡Dios nos lo ha dicho en su Libro: el infierno espera a los infieles!». Al fin sucumbió. Su hermano uterino, cayó a su lado herido de muerte. «Pues que muero por la espada de estos hombres, estoy más seguro de ir al paraíso que si hubiese sido muerto por los paganos Dallemitas» tales fueron sus últimas palabras. Hubo una horrible carnicería. Entre los que sucumbieron, se encontraban setecientas personas que se sabían de memoria el Corán, ochenta estaban revestidos con el sagrado carácter de compañeros de Mahoma. Ninguno de los venerables ancianos que habían combatido en Bedr, donde el Profeta obtuvo su primera victoria sobre los de la Meca, sobrevivió a esta funesta catástrofe.

Los vencedores irritados entraron en la ciudad, luego que su general les hubo dado permiso para saquearla durante tres días consecutivos. Para desembarazarse de sus caballos corrieron a dejarlos en medio de la mezquita: un solo medinés se encontraba en ella, era Said, hijo de Mosaiyab, el teólogo más sabio de su tiempo. ¡Vio a los sirios entrar en la mezquita, atar sus caballos en el espacio comprendido entre la cátedra del Profeta y su tumba, recinto sagrado que Mahoma llamaba un jardín del Paraíso!... A la vista de tan horrible sacrilegio, creyendo Said que la naturaleza entera estaba amenazada de una terrible catástrofe, se quedó inmóvil de estupor. «Mirad a ese imbécil, a ese doctor» se dijeron los sirios con chacota; pero no le hicieron daño, tenían prisa por saquear.

A nadie se perdonó. Los niños fueron reducidos a esclavitud o degollados, las mujeres violadas, y un millar de desdichadas dieron la vida a otros tantos parias difamados para siempre con el nombre de «Hijos de Harra.»

Entre los prisioneros se hallaba Makil, hijo de Sinan. Abrasábase de sed y se quejaba de ello amargamente. Moslin se lo hizo traer y lo recibió con el semblante más bondadoso que le fue posible.

—¿Tienes sed, hijo de Sinan?, le preguntó.

—Sí, general.

—Dadle de esa bebida que nos ha dado el Califa, dijo Moslin dirigiéndose a uno de sus soldados.

Cuando se cumplió la orden y Makil hubo bebido.

—¿No tienes ya sed?, continuó Moslin.

—No; ya no tengo sed.

—Pues bien, dijo el general cambiando de pronto de tono y de mirada, has bebido por la última vez. Prepárate a morir.

El anciano se puso de hinojos pidiendo perdón.

— ¿Esperas que te perdones? ¿No eras tú quien yo encontré en el camino cerca de Tiberíades, la noche en que volvías a Medina con los otros diputados? ¿no eras tú a quien yo oí llenar de injurias a Yezid? Eres tú a quien yo oí decir: “Cuando nos hallemos de regreso

en Medina deberemos declarar solemnemente, que no obedeceremos más a un libertino hijo de libertino, al hijo de un Emigrado". Pues bien, entonces juraba yo que si te volvía a encontrar y llegaba a tener tu vida entre mis manos te mataría. Por Dios que he de cumplir mi juramento. ¡Que maten a ese hombre!»

La orden fue ejecutada enseguida. Intimóse a los Medineses que aún quedaban en la ciudad, pues la mayor parte habían buscado su salvación en la fuga, que prestaran juramento a Yezid. No era este el juramento ordinario por el cual se obligaban a obedecer al Califa, en tanto que este obedeciera al Corán y a los mandatos de Mahoma; lejos de esto los Medineses debían jurar ser esclavos de Yezid, esclavos que podría manumitir o vender a su voluntad, tal era la fórmula: debían reconocer en él, una autoridad ilimitada sobre todo lo que poseían, sobre sus mujeres, sobre sus hijos y sobre su vida. La muerte esperaba a los que se negasen a prestar este horrible juramento. Dos Coraichitas, sin embargo, declararon con energía, que no prestarían otro juramento que el acostumbrado. Moslin ordenó al punto cortarles la cabeza. Coraichita también Merwan, osó censurar esta orden, pero Moslin, pinchándole con su bastón en la barriga, le dijo secamente: «Por Dios que si tú mismo hubieras dicho lo que ellos han osado decir, estarías muerto.» Todavía, sin embargo, se atrevió a pedir gracia para otro que estaba enlazado con su familia, y rehusaba jurar igualmente. El general sirio no se dejó ablandar. Otra cosa fue, cuando un Coraichita, cuya madre pertenecía a la tribu de Kinda, negóse al juramento, y cuando uno de los jefes del ejército sirio que pertenecía a los Sacun, sub-tribu de Kinda, exclamó: «El hijo de nuestra hermana no prestará semejante juramento.» Moslin lo dispensó.

Los Árabes de la Siria, habían ajustado la cuenta a los hijos de aquellos sectarios fanáticos, que inundaron Arabia con la sangre de sus padres. La antigua nobleza había anonadado a la nueva. Representante de la antigua aristocracia de la Meca, Yezid había vengado la muerte del Califa Otmán, y las derrotas que los Medineses que combatían entonces bajo las banderas de Mahoma, habían hecho experimentar a su abuelo. La reacción del principio pagano contra el principio musulmán había sido cruel, terrible, inexorable. Jamás se repusieron los Defensores de este golpe fatal. Su fuerza quedó quebrantada para siempre. Su ciudad casi desierta, quedó por algún tiempo abandonada a los perros y los cercanos campos a las fieras, pues que la mayor parte de sus habitadores, buscando nueva patria y una suerte menos dura en lejanos climas, se fueron al ejército de África. Demasiado tuvieron los otros que llorar; los Omeyas no perdieron ocasión de abrumarlos con todo el peso de su desdén, de su menosprecio, de su odio implacable y de colmarlos de disgustos y amarguras. Diez años después de la batalla de Harra, Haddjadj, gobernador de la provincia, hizo sufrir "la pena de la marca" a muchos venerables ancianos que había sido compañeros de Mahoma. Para él todo Medinés era un asesino de Otmán, ¡como si este crimen, dado que los Defensores hubiesen sido más culpables que en realidad lo fueron, no se hubiera expiado suficientemente con el degüello de Harra y el saqueo de Medina! Y cuando Haddjadj dejó la ciudad exclamó: «¡Alabado sea Dios, que me permite alejarme de la más impura de las ciudades, de la que ha pagado siempre las bondades del Califa, con la perfidia y la rebelión! ¡Por Dios, si mi soberano no me ordenara en todas sus cartas perdonar a estos infames, yo destruiría la ciudad, y les haría gemir alrededor de la cátedra del Profeta!»

Como refirieran estas palabras a uno de los ancianos, a quienes Haddjadj había hecho marcar dijo este: «¡Un terrible castigo le espera en la otra vida! ¡Lo que ha dicho es digno de Faraón!» Así, la convicción de que sus tiranos habían de ser atormentados con el fuego eterno fue en adelante el único consuelo y la única esperanza de estos infelices. No se escaseaban este consuelo. Predicaciones de los compañeros de Mahoma, profecías del mismo Mahoma, milagros verificados en su favor, todo lo recibían con una credulidad ávida e insaciable. El teólogo Said, que se hallaba en la Mezquita cuando los jinetes sirios fueron a convertirla en caballeriza, contaba a todo el que quería oírlo que, habiéndose quedado en el templo, oyó a la hora de la oración, salir de la tumba del Profeta una voz que profirió las palabras solemnes destinadas a anunciar esta hora. En el terrible Moslin, el hombre de Mozena, veían los Medineses el monstruo más horrible que la tierra había soportado hasta entonces: y que no hallaría émulo sino al fin de los siglos, en otro hombre de su misma tribu; contaban que había dicho el Profeta: «Los últimos que resucitarán serán los hombres de Mozena. Hallarán la tierra deshabitada. Vendrán a Medina donde no encontrarán más que fieras. Entonces dos ángeles bajarán del cielo, los echarán sobre su vientre y los arrastrarán así hasta «el lugar en que se hallen los otros hombres.»

Oprimidos, blancos de todos los ultrajes, tratados a puntapiés, no quedaba a los Medineses más partido que imitar el ejemplo que le dieron aquellos de sus conciudadanos que se habían alistado en el ejército de África, y esto fue lo que hicieron. De África pasaron a España. Casi todos los descendientes de los antiguos Defensores se hallaban en la hueste con que Muza atravesó el Estrecho. En España fue donde se establecieron, especialmente en las provincias del Este y del Oeste, donde su tribu llegó a ser la más numerosa. De Medina desaparecieron. A un viajero que llegó a esta ciudad en el siglo XIII, y se informó por curiosidad de si existían aun descendientes de los Defensores, no le pudieron enseñar más que un hombre y una mujer ambos ancianos. Puede pues, desconfiarse del origen ilustre, de esa docena de pobres familias que habitan hoy los arrabales y que pretenden descender de los Defensores.

Pero ni aun en España estuvieron estos al abrigo del odio de los árabes de la Siria: en las orillas del Guadalquivir hemos de ver renacerla lucha, teniendo España por gobernador un Coraichita, que en la batalla de Harra, combatió en las filas de los Medineses, y que después de la derrota huyó para reunirse al ejército de África.

Lo que ahora debe llamar nuestra atención, es una lucha de diferente naturaleza; pero que se continuó también en la península española. Al referirla tendremos ocasión de volver a hablar de paso de Abdallah, hijo de Zobair y de ver que el destino de este otro representante de los compañeros de Mahoma no fue menos infeliz que el de los Medineses.

CAPÍTULO VI.

Si se exceptúan las luchas originadas por esos principios fundamentales que han estado siempre en cuestión, y que lo estarán eternamente, no hay otras en el Asia ni en Europa, entre los musulmanes ni entre los cristianos que tengan la persistencia de las que proceden de esa antipatía de raza que, perpetuándose a través de los siglos, sobrevive a todas las revoluciones políticas, sociales y religiosas. Ya hemos tenido ocasión de decir, aunque incidentalmente, que la nación arábiga se componía de dos pueblos distintos y enemigos, más este es el lugar de exponer este hecho con más precisión y con el desarrollo necesario.

Según la costumbre oriental, que hace descender toda la nación de un solo hombre, el más antiguo de estos pueblos pretendía ser oriundo de un cierto Catan, personaje que los árabes, cuando conocieron la Biblia identificaron con Yoctan, uno de los descendientes de Sem, según el Génesis. La posteridad de Catan invadió la Arabia Meridional muchos siglos antes de nuestra era, y subyugó la raza de origen incierto, que habitaba este país. Los catanitas llevan ordinariamente el nombre de yemenitas, tomado de la provincia más floreciente de la Arabia Meridional, y así será como los llamaremos en adelante. El otro pueblo, procedente de Adnan, descendiente de Ismael, a lo que se dice, habitaba el Hidjaz, provincia que se extiende desde la Palestina hasta el Yemen, y en donde se encuentran la Meca y Medina; el Nadj, es decir, la mesa extensa sembrada de algunas ondulaciones, que ocupa toda la Arabia central, en una palabra, el norte de Arabia.

Se les denomina Maaditas, Nizaritas, Modharitas o Caisitas, nombres que todos indican el mismo pueblo, o una parte de él, porque Cais desciende de Modhar; este era uno de los hijos de Nizar, y Nizar era hijo de Maad. Nosotros emplearemos el término de *maaditas* para designar esta raza.

Nada hay de parecido en la historia europea al odio, a veces sordo, las más flagrante de estos dos pueblos arábigos, que se mataban bajo el pretexto más fútil. El territorio de Damasco fue teatro, durante dos años de una guerra cruel, porque un maadita cogió un melón en el jardín de un yemenita, y en la provincia de Murcia la sangre corrió a torrentes durante siete años porque un maadita, pasando por casualidad por la tierra de un yemenita, había tronchado sin pensar un pámpano de su viña. Por lo menos en Europa, si la antipatía era fortísima, a los menos era motivada, había habido conquista y servidumbre. En Arabia por el contrario ninguna de las razas había sometido a la otra. Verdad es que antiguamente una parte de los Maadditas, los de Nadjd, reconocían la soberanía del rey del Yemen, y le pagaban tributo; esto era voluntariamente, pues estas hordas anárquicas necesitaban de un Señor que las impidiera destruirse mutuamente, y este Señor no podía elegirse en ninguna de sus familias, pues que bastara esto paraque las otras rehusaran obedecerle. Por eso, si las tribus *maaditas* que habían estado reunidas momentáneamente bajo un jefe por ellas elegido, se emancipaban de su dominio, pronto las guerras civiles las obligaban a volver a él. Teniendo que elegir entre la anarquía y el dominio extranjero; los jeques de las tribus se decían después de una larga lucha intestinal:

«No tenemos más partido que tomar que entregarnos de nuevo al rey del Yemen; le pagaremos tributo en ovejas y camellos, e impedirá que el fuerte anonade al débil». Cuando más tarde el Yemen fue conquistado por los Abisinios, los Maaditas del Nadjd dieron de grado a otro príncipe de origen yemenita, al rey de Hira, la escasa autoridad que habían reconocido hasta entonces en el rey del Yemen. Entre sumisión tan espontánea y la servidumbre extranjera, hay una diferencia enorme.

En Europa, además, la diversidad de costumbres y de idiomas, levantaba una barrera insuperable entre los dos pueblos, que la conquista habla reunido violentamente en el mismo suelo. No sucedía así en el imperio musulmán. Mucho tiempo antes de Mahoma, la lengua yemenita o himyarita; como se le llama, nacida de la mezcla del árabe y del idioma de los vencidos, había cedido su lugar al árabe puro, lengua de los maadditas, que habían conquistado cierta preponderancia intelectual Salvo ligeras diferencias de dialecto, entrambos pueblos hablaban la misma lengua, y nunca se dice que en los ejércitos musulmanes les haya costado trabajo a un maaddita entender a un yemenita. Participaban además de los mismos gustos, de las mismas ideas, de las mismas costumbres, pues que, en ambas partes, la mayoría de la población era nómada. En fin, adoptando ambas el Islam, tenían también la misma religión. En una palabra, la diferencia que entre ellos existía era menos sensible, que la que se encontraba entre los pueblos germánicos que invadieron el imperio romano.

Y, sin embargo, a pesar de que las razones que explican la antipatía de raza en Europa no existía en el Oriente, esta antipatía toma aquí un carácter de tenacidad que no se encuentra entre nosotros. Al cabo de 300 ó 400 años, esta enemiga originaria se ha borrado en Europa; entre los Beduinos cuenta veinte y cinco siglos, se remonta a los primeros tiempos históricos de la nación y está muy lejos de haberse extinguido en nuestros días. «La hostilidad originaria, decía un antiguo poeta, procede de nuestros abuelos y subsistirá mientras tengamos descendientes.» Además, ella no ha tenido nunca en Europa, el carácter atroz que en el Oriente jamás ahogó en nuestros antepasados, los sentimientos más dulces y sagrados de la naturaleza, jamás un hijo ha menospreciado ni odiado a su madre porque perteneciera a otra raza que su padre.

—Rogáis por vuestro padre, le dijo uno a un yemenita, que hacía la procesión solemne alrededor del templo de la Meca, pero ¿por qué no rogáis por vuestra madre?

—¡Por mi madre!, replicó el yemenita con aire desdeñoso, ¿cómo he de rogar por ella? ¡Era de la raza de Maad!

Este odio que se extiende de generación en generación, a despecho de una completa comunidad de idiomas, de derechos, de costumbres, de ideas, de religión y hasta cierto punto de origen, pues que ambos son de raza semítica, este odio que ningún antecedente explica, está en la sangre, esto es todo lo que puede decirse, y probablemente hubieran sido tan incapaces de determinar su verdadera causa, los Árabes del siglo VII como lo son hoy los yemenitas, que vagan por los desiertos de la provincia de Jerusalén, y que cuentan a los viajeros que les preguntan, porque son enemigos jurados de los caisitas (maaditas) de la provincia de Hebrón, que no saben otra más de que este data de tiempo inmemorial.

Lejos de disminuir el Islam esta aversión instintiva, le ha dado un vigor y una vivacidad que antes no tenía. Mirándose siempre con desconfianza se vieron obligados en adelante a combatir bajo las mismas banderas, a vivir en el mismo suelo, a partir los frutos de la conquista, y estas continuas relaciones, esta aproximación diaria, engendraron otras tantas disputas y altercados. Al propio tiempo, esta enemistad adquirió un interés y una importancia que no podía tener cuando estaba circunscrita a un rincón casi ignorado del Asia. En adelante ensangrentó tanto la España y la Sicilia, como los desiertos de Atlas y las riberas del Ganges, y ejerció una considerable influencia, no solo sobre la suerte de los pueblos vencidos, sino hasta sobre el destino de todas las naciones latinas y germánicas, pues que detuvo a los musulmanes en la vía de sus conquistas, cuando amenazaban a Francia y a todo Occidente.

Combatiéronse los dos pueblos en toda la extensión del imperio musulmán, pero era este imperio demasiado vasto, y no había unidad bastante entre las tribus para que la lucha pudiera ser simultánea, y dirigida hacia un fin preconcebido. Cada provincia tuvo su guerra particular, su guerra propia, y los nombres de los dos partidos, tomado de los de las tribus más numerosas en la localidad donde se combatían, difieren casi en todas partes. En el Khorasan, por ejemplo, los yemenitas llevan el nombre de *azdítas* y los maadditas el de *teminitas* porque las tribus de Azd y de Temin eran allí las más considerables. En Siria, provincia de que principalmente vamos a ocuparnos, estaban de una parte los Kelbitas, de otra los Caisitas. Los primeros de origen yemenita constituían la mayoría de la población arábiga, porque cuando muchas tribus yemenitas fueron a establecerse en Siria, en los calificados de Abu-Bakr y Omar los Maaditas prefirieron fijarse en el Irak. Kelbitas y Caisitas eran igualmente adictos a Muawiya, que merced a su prudente y sabia política, supo mantener entre ellos cierto equilibrio y conciliarse el afecto de unos y otros. Mas por bien calculadas que fueran sus medidas, no pudo impedir que el odio recíproco que se profesaban no se manifestara de vez en cuando; bajo su reinado los Kelbitas y los Fezaras, tribu de los Caisitas, llegaron a darse una batalla en Banat-Cain, y cuando quiso hacer reconocer por su sucesor a Yezid, experimentó dificultades por parte de los Caisitas, porque la madre de Yezid era una kelbita, hija de Malic Ibn-Bahdal, el jeque de esta tribu, y para los Caisitas, Yezid, educado en el desierto de Semawa con la familia de su madre, no era un Omeya, sino un Kelbita. Ignórase de qué modo Muawiya supo ganarse sus sufragios, sabiéndose solamente que reconocieron a Yezid por heredero, y que le permanecieron fieles mientras reinó. Pero su reinado no duró más que tres años. Murió en noviembre del 638, dos meses y medio después de la batalla de Harra, contando solo 38 años.

A su muerte, el inmenso imperio se encontró de pronto sin señor. No porque Yezid muriera sin sucesión, dejó muchos hijos, sino porque el califato no era hereditario, sino electivo. Este gran principio no fue establecido por Mahoma, que nada decidió sobre este punto, sino por el Califa Omar que no carecía tan absolutamente como el Profeta de sentido político, y que como legislador gozaba de una autoridad incontestable. Él fue quien en una arenga pronunciada en la mezquita de Medina había dicho: «Si alguno piensa en proclamar a un hombre por soberano sin que hayan deliberado todos los musulmanes, semejante proclamación será nula». Verdad es que hasta entonces se había eludido siempre la aplicación de este principio; el mismo Yezid no fue elegido por la nación, pero su padre tuvo al menos la precaución de hacerlo jurar como sucesor suyo. Descuidada esta precaución por Yezid, a quien

arrebató la muerte en la flor de su edad, su primogénito, llamado Muawiya como su abuelo, no podía alegar ningún derecho al califato. Lo hubieran reconocido si los sirios, los hacedores de Califa en ese tiempo, se hubiesen puesto de acuerdo para sostenerlo. No lo estaban, y aun se dice que el mismo Muawiya no ambicionaba el trono. Un profundo misterio envuelve las intenciones de este joven. A creer a los historiadores musulmanes, Muawiya en nada se parecía a su padre: la buena causa era a sus ojos la que los Medineses defendían, y cuando supo la victoria de Harra, el saqueo de Medina y la muerte de los antiguos compañeros de Mahoma, derramó lágrimas.

Pero estos historiadores, que preocupados por ideas teológicas, han falseado la historia algunas veces, se hallan en oposición con un cronista español casi contemporáneo que escribía, por decirlo así, bajo el dictado de los sirios establecidos en España, que afirma que era Muawiya el trasunto de su padre. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que los Caisitas no querían obedecer a un príncipe que tenía una kelbita por madre y otra kelbita por abuela, ni menos sufrir el mando del kelbita Hasan ibn-Malle ibn-Bahdal, gobernador de la Palestina y de la provincia del Jordán, que había tomado la dirección de los negocios en nombre de su resobrino. Tomaron, pues todas partes una actitud hostil, y uno de sus jefes, Zofar, de la tribu de Kilab, levantó el estandarte de la rebelión en el distrito de Kinnesrina, de donde arrojó al gobernador kelbita Said ibn-Bahdal. Como era preciso oponer otro pretendiente al de los Kelbitas, Zofar se declaró partidario de Abdallah, hijo de Zobair, cuya causa era en el fondo completamente indiferente a los Caisitas. El partido de los piadosos acababa de adquirir un singular aliado. Puesto que se disponía a mantener la causa de los hijos de los compañeros de Mahoma, Zofar se creyó obligado a pronunciar desde el púlpito un sermón edificante. Pero aunque gran orador y excelente poeta a la manera de los árabes paganos, no estaba acostumbrado por desgracia a las fórmulas religiosas y al estilo místico. En la mitad de la primera frase se quedó cortado, y sus hermanos de armas se rieron a carcajadas.

Muawiya II sobrevivió a su padre cuarenta días, dos meses o tres, no se sabe de cierto, ni importa el saberlo gran cosa. La confusión había llegado a su colmo. Cansadas las provincias de ser tratadas por los sirios como país conquistado, sacudieron el yugo. En el Irak, se levantaba cada día un Califa o un Emir que era derribado al siguiente. Ibn-Bahdal no había decidido todavía su plan, ya quería proclamarse Califa, ya convencido de que no sería obedecido más que por sus kelbitas, se manifestaba pronto a obedecer al Omeya que eligiera el pueblo. Pero como había pocas esperanzas de éxito, no era fácil encontrarlo. Walid, nieto de Abu-Sofyan y antiguo gobernador de Medina que lo había aceptado, atacado por la peste cayó muerto, cuando oraba sobre la tumba de Muawiya II. Bien hubiera querido Ibn-Bahdal dar el califato a Kalib, hermano de Muawiya II, pero como no contaba más que diez y seis años, y los árabes no querían obedecer más que a un adulto, no se atrevió. Se lo ofreció pues a Otmán, pero este creía enteramente perdida la causa de su familia rehusó y fue a reunirse al afortunado pretendiente Ibn-Zobair, cuyo partido engrosaba de día en día. En Siria, todos los Caisitas se declararon a su favor. Dueños ya de Kinnesrina, lo fueron bien pronto de la Palestina, y el gobernador de Emesa, Noman, hijo de Baxir el Defensor, se declaró también por Ibn-Zobair.

Ibn-Bahdal por el contrario, no podía contar más que con solo un distrito, el del Jordán, el menos considerable de los cinco en que se dividía la Siria. En él se le había jurado obediencia, pero a condición de que no daría el califato a ninguno de los hijos de Yezid, porque eran demasiado jóvenes. En cuanto al distrito de Damasco, el más importante de todos, su gobernador Dhahhac de la tribu de Fihr, no pertenecía a ningún partido. No estaba de acuerdo ni aun consigo mismo: antiguo jefe de la guardia de Muawiya II, y uno de sus más íntimos confidentes, no le agradaba el pretendiente de la Meca; Maadita, no quería hacer causa común con el jeque de los Kelbitas, de aquí sus dudas y su neutralidad. A fin de sondear sus intenciones y las del pueblo damasceno, Ibn-Bahdal le envió una carta, para que se leyese el viernes en la mezquita. Esta carta estaba llena de alabanzas para los Omeyas, y de invectivas contra Ibn-Zobair; pero como Ibn-Bahdal temiese que Dhahhac reusase leerla públicamente, tuvo buen cuidado de dar una copia a su enviado diciéndole: «Si Dhahhac no lee aquella a los árabes de Damasco, tú les leerás esta.» Sucedió lo previsto. El viernes, cuando Dhahhac subió al púlpito no dijo una palabra respecto a la carta recibida. Entonces se levantó el enviado de Ibn-Bahdal y la leyó al pueblo. Apenas acabada su lectura, se oyeron voces por todas partes. «Es verdad lo que dice Ibn-Bahdal, exclamaban unos; no, mentira; contestaban los otros.» El tumulto era horrible, y en el recinto sagrado que, como en todos los países musulmanes, servía tanto para las ceremonias religiosas, como para las deliberaciones políticas, resonaban las injurias que mutuamente se lanzaban Kelbitas y Caisitas. Al cabo, Dhahhac logró restablecer el silencio, acabó la ceremonia religiosa, y continuó en su indecisión.

Tal era la situación de la Siria, cuando los soldados de Moslin volvieron a su país natal. Pero no era ya Moslin quien los mandaba, y he aquí en pocas palabras lo que había sucedido en este intervalo.

Después de la toma de Medina, Moslin, ya gravemente enfermo cuando la batalla de Harra, se negó a sujetarse al rigoroso régimen que los médicos le habían prescrito. «Ya, decía, moriré contento pues que he castigado a los rebeldes, y como he muerto a los asesinos de Otmán, Dios me perdonará mis pecados.» Habiendo llegado con su ejército a tres jornadas de la Meca, y conociendo que su fin se aproximaba, llamó al general Hozain designado por Yezid para sustituirle en el mando, caso de que muriera. Este Hozain, era de la tribu de Sacun, y por consiguiente Kelbita como Moslin; pero Moslin le menospreciaba porque le creía falto de penetración y firmeza. Apostrofándolo con esa brutal franqueza que constituía el fondo de su carácter y que no nos es permitido disimular le dijo: «Borrico, vas a tomar en mi lugar el mando. No te lo confiaría yo, pero es menester que se cumpla la voluntad del Califa. Escucha ahora mis consejos, pues te conozco y sé que tienes necesidad de ellos. Guárdate de las astucias de los Coraichitas, cierra los oídos a sus almibarados discursos, y acuérdate de que una vez llegado delante de la Meca, no tienes más que tres cosas que hacer: combatir sin cuartel, encadenar los habitantes de la ciudad y volver a Siria.» Dicho esto, expiró.

Portóse Hozain delante de la Meca como si se hubiera propuesto probar que las prevenciones de Moslin respeto a él no eran fundadas. Lejos de carecer de audacia, lejos de amilanarse por escrúpulos religiosos, excedió los mismos sacrilegios de Moslin. Sus ballestas hicieron llover sobre la Caba piedras enormes que derribaron las columnas del templo. Instigado por él, un caballero sirio lanzó de noche una antorcha encendida, sujeta a la

extremidad de su lanza sobre el pabellón de Ibn-Zobair, erigido en el patio de la mezquita. Ardió el pabellón en un momento, y habiéndose comunicado el fuego a los velos que envolvían el templo, la santa Caba, la más reverenciada de las mezquitas musulmanas quedó enteramente consumida... Por su parte los de la Meca secundados por una multitud de no-conformistas, que, olvidando momentáneamente su odio contra la alta iglesia, corrieron llenos de entusiasmo a defender el territorio sagrado, sostenían el asedio con gran valor, cuando la noticia de la muerte de Yezid vino de pronto a cambiar la faz de los negocios. Esta nueva inesperada, causó un gozo indecible al hijo de Zobair; para Hozain fue un rayo. Demasiado conocía este general de espíritu frio, egoísta y calculador, no consagrado en cuerpo y alma, como Moslin al servicio de sus señores, la fermentación de los partidos en la Siria, para no prever que iba destallar una guerra civil, y no haciéndose ilusiones acerca de la debilidad de los Omeyas, vio en la sumisión al Califa de la Meca el único remedio contra la anarquía y la única salvación para su ejército, gravemente comprometido, y para él, que lo estaba más todavía. Citó pues, a Zobair para la noche siguiente, señalando sitio para la conferencia. Llegado aquel, le dijo a Zobair en voz baja, a fin de que los sirios no pudieran oírlo.

—Estoy pronto a reconocerte por Califa, a condición de que te comprometas a conceder una amnistía general, y a abandonar todo propósito de venganza, por la sangre derramada en el sitio de la Meca y en la batalla de Harra.

— No, le respondió Ibn-Zobair en voz alta, no estaré satisfecho aunque mate diez enemigos por cada uno de mis camaradas.

—¡Maldito sea el que te considere en adelante hombre de talento!, replicó entonces Hosain. ¡Hasta ahora había creído en tu prudencia, pero te hablo bajo y me contestas alto, te ofrezco el califato y me amenazas con la muerte!

Ya la reconciliación entre estos dos hombres era imposible. Hosain rompió al punto la conferencia y tomó con su ejército el camino de Siria. En él encontró a Merwan. Vuelto a Medina después de la batalla de Harra, y desterrado de nuevo por orden de Ibn-Zobair se había ido a Damasco. Aquí, hallando casi desesperada la causa de su familia, se había comprometido en una entrevista con Dhahhac a volver a la Meca a fin de anunciar a Ibn-Zobair que los sirios estaban dispuestos a obedecer sus órdenes: creyendo este el medio mejor de conquistar la benevolencia de su antiguo enemigo. Durante este viaje de Damasco a la Meca fue cuando encontró a Hosain.

El general, después de asegurarle que no reconocería al pretendiente de la Meca, le prometió que, si tenía valor para empuñar el estandarte de los Omeyas, podría contar con su ayuda. Habiendo aceptado Merwan esta proposición, resolvieron convocar en Djabia una especie de dieta para tratar de la elección de Califa.

Convocados a ella, concurrieron Ibn-Bahdal y sus Kelbitas. Dhahhac prometió también su asistencia, escusándose por la conducta que hasta entonces había observado. Púsose en efecto en camino con los suyos, pero en medio de él persuadidos los Caisitas de que los Kelbitas no votarían más que al aliado de su tribu, a Khalid, el hermano menor de Moawia II, reusaron continuar. Dhahhac volvió pies atrás y fue a acampar en la pradera de Raita al Oriente de Damasco. Entretanto, comprendieron los Coraichitas que sus querellas

con los Kelbitas iban a ventilarse bien pronto con las armas; pero cuanto más se aproximaba el momento decisivo, más conocían lo monstruoso de su alianza con el jefe del partido de los piadosos, y como tenían más simpatías por Dhahhac hermano de armas de Muawiya I, le dijeron: «¿qué no te proclamas Califa? No vales tú menos que Ibn-Bahdal ni que Ibn-Zobair.» Envanecido con estas palabras, y contento por salir de la difícil posición en que se encontraba, aceptó Dhahhac la proposición de los Caisitas y recibió sus juramentos.

En cuanto a las deliberaciones de los Kelbitas en Djabia, no duraron menos de cuarenta días. Querían Ibn-Bhadal y sus amigos el califato para Khalid—no se engañaban los Caisitas al suponerle este designio y Hosain no pudo hacer aceptar a Merwan su candidato. Bien podía decir: «¡Y qué! cuando nuestros enemigos nos oponen un hombre maduro, ¿le pondremos enfrente un joven, casi un niño?». Pero se le respondía que Merwan era demasiado poderoso. «Si Merwan obtiene el califato, decían, todos seremos sus esclavos; tiene diez hijos, diez hermanos y diez sobrinos». Además, se le consideraba como extranjero. La rama de los Omeyas a que pertenecía Khalid, estaba naturalizada en la Siria, pero Merwan y su familia había residido siempre en Medina. Cedieron al cabo Ibn-Bhadal y sus amigos, aceptaron a Merwan pero haciéndole comprender que, confiándole el califato, le hacían un gran favor que les autorizaba para exigirle condiciones tan duras como humillantes. Merwan tuvo que obligarse solemnemente a confiar a los Kelbitas todos los empleos importantes, a gobernar según sus consejos, y a pagarles anualmente una suma muy considerable. Ibn-Bahdal hizo disponer, además, que el joven Khalid fuera el sucesor de Merwan y que entretanto tuviera el gobierno de Emesa. Así arregladas las cosas, uno de los jeques de la tribu de Sacun, Malic hijo de Hobaira, que se había señalado como celoso partidario de Khalid, dijo a Merwan con aire altivo y amenazador. «No te prestaremos el juramento que se presta a los Califas, a los sucesores del Profeta, porque combatiendo bajo tu bandera, solo tenemos en consideración los bienes de este mundo. Si nos tratas bien como Muawiya y Yezid, te ayudaremos; si no, a tu costa has de experimentar que no tenemos más predilección por tí que por cualquier otro Coraichita.»

Terminada la dieta de Djabia, a fines de Junio da 684 más de siete meses después de la muerte de Yezid, Muawiya acompañado de los Kelb, de los Ghassau, de los Sacsac, de los Sacun y de otras tribus yemenitas, marchó contra Dhahhac, a quien habían enviado refuerzos los tres gobernadores de su partido. Zofar mandaba personalmente los soldados de Kinnesrina, su provincia.

Durante su marcha, Merwan, recibió una nueva tan grata como inesperada: Damasco se había declarado a su favor. Un jeque de la tribu de Ghassan en lugar de ir a Djabia se había quedado oculto en Damasco. Cuando supo la elección de Merwan, reunió a los Yemenitas y se apoderó de la capital por un golpe de mano, y obligó al gobernador puesto por Dahahhac, a buscar su salvación en una fuga tan precipitada, que hubo de abandonar hasta el tesoro público. Apresuróse el audaz Ghassanita a informar a Merwan del éxito de su empresa, y a enviarle dinero, armas y soldados.

Frente a frente los dos ejércitos, o más bien los dos pueblos, en la pradera de Rahita pasaron al principio veinte días en duelos y escaramuzas. Al fin el combate se hizo general. Fue sangriento como ninguno, dice un historiador árabe, y los Caisitas después de

haber perdido ochenta de sus jeques, entre los que se contaba el mismo Dhahhac, sufrieron una completa derrota.

Jamás se olvidó entre Caisitas y Kelbitas esta batalla de la Pradera y setenta y dos años más tarde puede decirse que se continuó en España. Era el asunto que los poetas de ambas facciones rivales trataban con preferencia; estos, con cantos de gozo y de triunfo, aquellos con gritos de dolor y de venganza.

Cuando ya todos huían, Zofar tenía a su lado dos jeques de la tribu de Solem. Su caballo era el único que podía luchar en la carrera con los de los Kelbitas que los perseguían, y viendo sus dos compañeros que los enemigos iban a alcanzarlos le gritaron: «Huye Zofar, huye, van a matarnos.» Aguijando su caballo, Zofar se salvó: sus dos amigos fueron muertos.

"¿Qué dicha?, decía más tarde, ¿qué dicha podré gozar después que abandoné a Ibn-Amr y a Ibn-Man, después que Hammam ha sido muerto? Nadie jamás me conoció cobarde, pero aquella funesta noche cuando nos perseguían, cuando rodeado de enemigos ninguno acudía a socorrerme, esa noche yo abandoné a mis dos amigos, ¡me salvé como un cobarde! ¿Un sólo día de debilidad oscurecerá para siempre todas mis hazañas, todas mis acciones heroicas? ¿Dejaremos descansar a los Kelbitas? ¿No les herirán ya nuestras lanzas? ¿Quedarán sin venganza nuestros hermanos muertos en Rahita? Sin duda la yerba descansará sobre la tierra nuevamente removida que cubre sus huesos, pero nunca los olvidaremos, siempre alimentaremos para nuestros enemigos, un odio implacable. ¡Mujer, dame mis armas! En mi opinión, la guerra debe ser eterna. La batalla de Rahita ha abierto entre Merwan y nosotros un abismo."

Un poeta kelbita, le respondió en un poema de que no nos han quedado más que estos dos versos:

"En verdad, que en la batalla de Rahita, Zofar contrajo una dolencia de que no curará jamás. Jamás cesará de llorar a los Solem, los Amlr y los Dhobyan, muertos en este combate, y engañado en sus esperanzas más queridas, renovará sin descanso con sus poesías el dolor de las viudas y de los huérfanos."

Otro poeta kelbita cantó la victoria de sus compatriotas:

"¡Qué vergüenza para los caisitas, mientras huían a todo correr, abandonaban sus banderas, que caían, semejantes a los pájaros que cuando tienen sed, comienzan por describir muchos círculos en el aire y luego se precipitan en el agua!"

Enumera el poeta uno por uno, a los jeques caisitas, cada tribu llora la pérdida del suyo. ¡Cobardes! habían sido heridos por detrás. Ciertamente hubo en la Pradera, hombres que se estremecían de gozo, eran los que cortaron a los Caisitas, narices, orejas y manos, eran los que los castraron.»

CAPÍTULO VII

Mientras que Merwan, dueño de la Siria a consecuencia del triunfo alcanzado en la Pradera de Rahita, iba a someter el Egipto, Zofar, jefe ya de su partido, se encerró en Carkisia, fortaleza de la Mesopotamia, al Este de Kinnesrina donde el Kabur (Chaboras,) mezcla sus aguas con las del Éufrates. Poco a poco llegó a ser Carkisia el centro de los Caisitas. No siéndoles posible, las grandes empresas militares tuvieron que limitarse a una guerra de emboscadas y de sorpresas nocturnas; pero en cambio la hicieron a sangre y fuego. Mandados por Omar, hijo de Hobab, teniente de Zofar, saqueaban los campos kelbitas del desierto de Semawa, no daba cuartel, llevando su crueldad hasta abrir el vientre a las mujeres, y cuando Zofar los veía volver cargados de botín y cubiertos de sangre:

"Kelbitas, decía, ahora los tiempos se tornan duros para vosotros: nos vengamos, os castigamos. En el desierto de Semawa no encontrareis seguridad; abandonadle pues, llevad con vosotros al hijo de Bahdal, e id a buscar un refugio allí donde viles esclavos cultivan olivos."

Sin embargo, los Caisitas no tuvieron en esta época más que una importancia secundaria. Verdad es que Carkisia era el terror y el azote de los comarcanos, pero después de todo no pasaba de un nido de ladrones que no podía inspirar a Merwan serios temores y como ante todo le importaba conquistar el Irak, tuvo que combatir enemigos muchos más formidables.

El Irak, ofrecía entonces un curioso espectáculo. Las doctrinas más singulares y a veces las más extravagantes, se disputaban la opinión; la herencia y la elección, el despotismo y la libertad, el derecho divino y la soberanía nacional, el fanatismo y la indiferencia luchaban entre sí; las árabes vencedoras y los vencidos persas, los ricos y los pobres, los visionarios y los incrédulos combatían unos contra otros. Había en primer lugar, moderados que no querían ni a los Omeyas ni a Ibn-Zobair. Acaso ningún iraquí simpatizaba ni con el carácter de este ni con los principios que representaba; pero habiendo fracasado lo mismo en Basora que en Cufa, todas las tentativas hechas para constituir un gobierno nacional, los moderados acabaron por reconocerlo, creyéndolo el único capaz de mantener un poco de orden en la provincia. Unos, musulmanes sin repugnancia, pero también sin fervor, vivían naturalmente en una vida pacífica, dulce y perezosa; otros menos cuidadosos da lo futuro, sustituían la duda con el entusiasmo, la negación con la esperanza. No adoraban ni sacrificaban más que a un Dios, y este Dios era el placer sensual. El elegante y espiritual Omar ibn-abi-Rabia, el Anacreonte arábigo, había escrito su liturgia. Ahnaf y Haritha, los nobles más considerados e influyentes de Basora representaban los dos matices de este partido.

El nombre del primero se halla mezclado a todos los acontecimientos de esta época, pero siempre como consejero, nunca como actor. Jeque de los Temin, gozaba de consideración tan ilimitada en su tribu, que Muawiya I tenía costumbre de decir: «Si monta en cólera cien mil teminitas participan de su enojo sin preguntarle la causa.» Por fortuna no era capaz de ello; su longanimidad era proverbial; hasta cuando llamaba su tribu a las armas era sabido que lo hacía por complacer a su amada, la hermosa Zabra, que lo dominaba completamente. «Zabra está hoy de mal humor, murmuraban entonces los soldados.» Como tomaba en todas

las cosas el justo medio, su devoción estaba entre el fervor y la indiferencia. Hacia penitencia de sus pecados, pero esta penitencia no era demasiado dura. En expiación de cada uno, pasaba un dedo por la llama de una bugía, y exclamaba dando un pequeño ¡ay! ¿por qué has cometido tal pecado? Dejarse guiar por un egoísmo prudente y reflexivo, pero que no llegaba a la doblez ni a la bajeza: guardar neutralidad entre los partidos mientras podía; acomodarse con cualquier gobierno por ilegítimo que fuera, sin condenarlo, pero también sin adularlo, ni buscar sus favores, he ahí la línea de conducta que se había trazado desde su juventud, y de la que no se apartó jamás. Carácter sin expansión, sin abnegación, sin grandeza, este representante del justo medio y de la vulgaridad egoísta, este amigo de las contemplaciones y de los términos medios, era tan incapaz de inspirar entusiasmo, como de sentirlo, pero todos le querían por su dulzura, su amabilidad, su genio igual y conciliador.

Magnífico y culto representante de la antigua nobleza pagana, pasaba Háritha por atrevido bebedor y no negaba que lo fuese. El distrito que prefirió cuando tuvo que elegir una provincia, fue el que cosechaba los más excelentes vinos. Sus creencias religiosas no eran tampoco un misterio para sus amigos. ¡Cuán extraño espectáculo, decía un poeta de su familia, es ver a Háritha asistir a la oración pública, él, más incrédulo que un asno!» Pero estaba dotado de una exquisita cortesía, se encomiaba su conversación juntamente alegre e instructiva, y por su bravura se distinguía honrosamente de sus conciudadanos. Porque, preciso es decirlo, los iraquíes mostraban casi siempre una increíble cobardía. Siendo aun Obaidallah gobernador de la provincia, dos mil iraquíes, enviados por él a reducir a unos cuarenta no-conformistas, no se habían atrevido a atacarlos. «Me cuido muy poco de que Obaidallah pronuncie mi elogio fúnebre; prefiero que me riña,» decía su general.

Los dos partidos restantes, el de los no-conformistas, y el de los Chiitas se componían entre ambos de creyentes fervientes y sinceros. Pero estas dos sectas que casi se confundían en el punto de partida, se separaron en su desarrollo cada vez más y concluyeron por comprender la religión y el Estado de una manera diametralmente opuesta.

Eran los no-conformistas, almas nobles y entusiastas que, en un siglo de egoísmo, conservaban la pureza de corazón; que no ponían su ambición en los bienes terrenos, que tenían de Dios una idea demasiada elevada, para servirle maquinalmente y adormecerse en una piedad vulgar y fácil, eran los verdaderos discípulos de Mahoma, pero de Mahoma tal como era en la primera época de su misión, cuando la virtud y la religión llenaban solas su alma entusiasta, mientras que los ortodoxos de Medina, eran más bien los discípulos del otro Mahoma, del impostor, cuya insaciable ambición aspiraba a conquistar el mundo con la espada. En un tiempo en que la guerra civil asolaba las provincias del vasto imperio, cuando cada tribu hacía de la nobleza de su origen, título para el poder, ellos se atenían a estas hermosas palabras del Corán: «Todos los musulmanes son hermanos.» «No nos preguntes decían, si descendemos de Cais o de Temin; todos nosotros somos hijos del islamismo, todos nosotros prestamos homenaje a la unidad divina, y el que Dios prefiere es el que mejor le muestra su gratitud.» Pero si predicaban la Igualdad y la fraternidad, era porque se reclutaban en las clases obreras, más bien que en la nobleza. Justamente indignados de la corrupción de sus contemporáneos que se entregaban sin escrúpulo y sin vergüenza a todas las disoluciones, y a todos los vicios, creyendo que les bastaba para limpiarse de pecado asistir al culto público

y hacer su peregrinación a la Meca; predicaban ellos que es insuficiente la fe sin obras, y que los pecadores serán condenados lo mismo que los incrédulos. En efecto, se tenían entonces las ideas más exageradas acerca del poder absolutorio de la fe. ¿Y qué era esta fe después de todo? La mayoría de las veces un puro deísmo, nada más.

Los espíritus ilustrados de costumbres relajadas, si por casualidad creían en el cielo, pensaban conquistarlo con poco trabajo. «¿Qué tienes preparado para semejante día?» preguntó el piadoso teólogo Hasán de Basora, al poeta Ferazdac «el Perdido,» que concurría con él a un entierro.

«El testimonio que doy hace sesenta años de la unidad de Dios» repuso tranquilamente el poeta. Los no-conformistas, protestaban contra esta teoría.

«Por esa cuenta, el mismo Satanás hubiera escapado a la condenación eterna; ¿no está él convencido también de la unidad de Dios?»

A los ojos de una sociedad ligera, frívola, escéptica, semi pagana, religión tan apasionada, unida a tan austera virtud, era una herejía. Es preciso extirparla se decían, porque sucede a veces, que el escepticismo proscribe la piedad en nombre de la filosofía, como suele la piedad proscribir en nombre de Dios la razón independiente. Por su parte, el gobierno se alarmaba no sin motivo con estos demócratas, con estos niveladores. Los Omeyas hubieran podido consentirlos y hasta aplaudirlos si se hubiesen limitado a declarar, que los jefes del partido ortodoxo los llamados santos del Islam como Talha, Zobair, Alí y Aixa, la viuda del Profeta, no eran sino ambiciosos hipócritas; pero fueron más allá. Sin contar que, a ejemplo de los ortodoxos de Medina, trataban de incrédulos a los Omeyas y disputaban a los Coraichitas el derecho exclusivo al califato, negando atrevidamente, que el Profeta, hubiere dicho que el gobierno espiritual y temporal estaba vinculado en esta tribu, predicaban, que cualquiera podía ser elegido Califa fuera de la condición que fuera, ora perteneciera a la más alta nobleza, ora al rango social más ínfimo, ya fuera Coraichita o esclavo, tema peligroso que minaba por su raíz el derecho público. Había más: soñando en una sociedad perfecta, estas almas cándidas y apasionadas por la libertad, predicaban que el Califa solo era necesario para contener a los malvados, y que los verdaderos creyentes, los hombres virtuosos, podían pasarse sin él. Dándose la mano el gobierno y la aristocracia del Irak, para anonadar por un esfuerzo común a los no-conformistas y a su doctrina, como antes la nobleza siria había secundado a los Omeyas, en su lucha con los compañeros del Profeta, comenzó una persecución cruel y terrible, dirigida por el gobernador Obaidallah. ¡Aquel escéptico, aquel filósofo, aquel que había hecho matar al nieto del Profeta, derramó a torrentes la sangre de esos hombres, que en el fondo de su alma debía mirar como los verdaderos discípulos de Mahoma! No porque fueran temibles por el pronto: vencidos por Alí en dos sangrientas batallas, no predicaban ya en público, se ocultaban, y habían hasta depuesto a su jefe porque desaprobada su inacción y su comercio con los árabes que no eran de su secta, pero eran, y sus enemigos lo sabían muy bien, fuego escondido en la ceniza que sólo necesitaba aire para reanimarse. Propagaban en secreto sus principios con una elocuencia viva, arrebatada, arrastradera, irresistible, porque nacía del corazón. «Es preciso que ahogue en germen, esa herejía respondió Obaidallah, cuando se le dijo que estos sectarios no eran bastante peligrosos para motivar tantas crueldades; esos

hombres son más temibles que pensáis, sus menores palabras encienden los espíritus como la ligera chispa hace arder un montón de juncos.»

Los no-conformistas, sostuvieron esta ruda prueba con una firmeza verdaderamente admirable. Tranquilos y resignados iban al cadalso con paso firme, recitando oraciones o versículos del Corán, y recibían el último golpe glorificando al Señor. Ninguno de ellos faltó jamás a su palabra para salvar su vida amenazada. Un agente de la autoridad arrestó a uno de los sectarios en la calle.

—Permitidme entrar un momento en casa le dijo el no-conformista a fin de que me purifique y en seguida ore.

—¿Quién me responde de que vuelvas?

—Dios, replicó el no-conformista, y volvió.

Otro encerrado en la prisión asombró hasta a su carcelero por su piedad ejemplar y su elocuencia persuasiva.

—Vuestra doctrina me parece hermosa y santa le dijo este y quiero serviros. Os permitiré, pues, ir a ver vuestra familia, durante la noche, si me prometéis volver al romper el alba.

—Os lo prometo, le respondió el no-conformista, y desde entonces le dejó salir el carcelero todas las tardes después de ponerse el sol. Pero una noche que el no-conformista estaba con su familia, vinieron a decirle que el gobernador, irritado porque había asesinado a unos de sus verdugos, había dado orden de decapitar a todos los herejes que se hallaban en la prisión. A pesar de los ruegos de sus amigos, a pesar de las lágrimas de su mujer y de sus dos hijos que le conjuraban no entregarse a una muerte segura, el no-conformista volvió a su prisión diciendo:

—¿Podría presentarme delante de Dios habiendo faltado a mi palabra?

Vuelto a su calabozo y viendo pintada la tristeza en el rostro del buen carcelero:

—Tranquilizaos, le dijo; conocía la orden de vuestro señor.

—La conocíais y habéis vuelto!, exclamó el carcelero lleno de asombro y de admiración.

También las mujeres rivalizaban con los hombres en valor. Advertida la piadosa Baldaj de que Obaidalah habla pronunciado su nombre la víspera, lo que equivalía en su boca a una sentencia de muerte, rehusó esconderse como sus amigos le aconsejaban. «Peor para él si me manda prender, puesto que Dios le castigará, dijo ella, pero no quiero que ninguno de mis hermanos sea molestado por culpa mía.» Serena y resignada esperó a los verdugos, que después de córtale manos y piernas arrojaron el tronco en el mercado.

Tanto heroísmo, tanta grandeza, tanta santidad excitaban el interés y la admiración de las almas justas, e imponían algunas veces respeto hasta a sus verdugos mismos. A la vista de aquellos hombres demacrados gloria y pálidos, que apenas comían ni dormían, y que parecían rodeados de una aureola de, un sano terror detenía el brazo que iba a herirlos. Más adelante, no fue ya el respeto, sino el miedo el que les hizo dudar. La secta perseguida se convirtió en

una sociedad secreta, cuyos miembros eran solidarios. Al día siguiente de cada ejecución se estaba seguro de encontrar asesinado al verdugo. Esto era ya un principio de resistencia armada, pero que no satisfacía a los más exaltados del partido. En efecto, bajo el punto de vista de la secta y aun de los musulmanes en general, la paciente resignación a los suplicios, lejos de ser un mérito, se reputaba debilidad. La iglesia musulmana es esencialmente militante, tomada esta palabra en otro sentido que en la iglesia católica. Así mismo reprochaban los exaltados a los moderados su comercio con los «ladrones, e incrédulos», su inacción, su cobardía, y asociándose a estas censuras, los poetas excitaban á tomar las armas, cuando se supo que el ejército de Moslin iba a asediar las dos ciudades santas.

Este fue el momento decisivo para la secta de que Nafi, hijo de Azrac, era entonces el hombre más eminente. Voló con sus amigos a la defensa del sagrado territorio, y Ibn-Zobair, que decía que para combatir a los árabes de Siria aceptaría socorro hasta de los Dilemitas, de los Turcos, de los paganos y de los bárbaros, los recibió con los brazos abiertos, y aun les aseguró que participaba de sus doctrinas. Durante el sitio de la Meca, hicieron los no-conformistas prodigios de valor; pero no tardaron en apercibirse de que era Imposible toda unión entre ellos, y el jefe de la alta Iglesia. Volvieron, pues, a Basora, y aprovechándose después del universal desorden, se establecieron en la provincia de Ahwas, después de haber expulsado á los empleados del gobierno.

A partir de esta época, los no-conformistas, los de Ahwas al menos, que los Árabes llaman Azrakitas, del nombre del padre de Nafi, no so contentaron con romper todo comercio con los árabes de otras sectas, ni con declarar que era un pecado asociarse con ellos, comer los animales que ellos mataban y contraer matrimonio con sus familias sino que exasperados por muchos años de persecución y sedientos de venganza desplegaron un carácter feroz y cruel, sacaron de sus principios las consecuencias más extremas, y encontraron en el Corán, que interpretaban, como algunas sectas de Inglaterra y Escocia, interpretaron la Biblia en el siglo XVII, argumentos para justificar y santificar su odio implacable. Todos los demás árabes eran a sus ojos incrédulos o pecadores, lo que venía a ser lo mismo, era pues preciso extirparlos si rehusaban aceptar las creencias del pueblo de Dios, pues que Mahoma solo había dejado a los árabes paganos la elección entre el mahometismo y la muerte. A ninguno debía perdonarse, ni aun a las mujeres y niños de pecho, porque Noé decía en el Corán: «Señor, no dejes subsistir sobre la tierra ninguna familia infiel, porque, si la dejaras seducirían a tus siervos, y no procrearían sino impíos é incrédulos.» Se quiso exterminarlos; a su vez ellos querían exterminar a sus perseguidores. De mártires se convirtieron en verdugos.

Pronto, señalando su paso con torrentes de sangre, avanzaron hasta dos jornadas de Basora. Una consternación inexplicable reinaba en la ciudad. Los habitantes, que como es sabido, confesaban de ordinario su cobardía con un cinismo repugnante; no podían contar más que con sus propias fuerzas y valor, pues era precisamente la época en que se habían emancipado de la dominación de los Omeyas y aun reusaban reconocer a Ibn-Zobair. Para colmo de desdichas habían sido lo bastante locos para poner a la cabeza del gobierno al Coraichita Babba, hombre de excesiva corpulencia; pero da una completa nulidad. Sin embargo, como tenían qua defender sus bienes, sus mujeres, sus hijos y su propia vida, la gravedad del peligro les dio un poco de energía y salieron en busca del enemigo con más

presteza y valor de las que mostraban de ordinario, cuando era preciso combatir. Se vino a las manos cerca de Dulab, y se batieron durante un mes. En uno de estos combates pereció Nafi, y los árabes por su parte perdieron los tres generales que se sucedieron en el mando y fatigados al fin de tan larga campaña, descorazonados al ver que tantos combates no producían resultados decisivos, y debilitados por esfuerzos a que estaban poco acostumbrados, conocieron que habían tomado por fuerza su deseo y se volvieron a sus hogares. Hubieran inundado entonces todo el Irak los feroces sectarios, si Haritha no les cerrara el paso al frente de sus aliados los Ghodan. «Vergüenza eterna sobre nosotros; dijo a sus compañeros de armas, si abandonamos a nuestros hermanos de Basora a la rabia feroz de los no-conformistas»; y combatiendo como partidario, sin carácter oficial, preservó al Irak del terrible azote que le amenazaba.

Pero como el peligro era siempre Inminente, como Haritha podía ser vencido a cada instante y entonces nada impediría al enemigo penetrar hasta Basora, los habitantes de esta ciudad no hallaron otro medio de salvación más que coaligarse con Ibn-Zobair y reconocerlo Califa. Esto fue lo que hicieron, e Ibn-Zobair les envió un gobernador que confió el mando de las tropas a un hermano suyo llamado Otmán. Al frente ya del enemigo, y viendo que tenia de su parte, la superioridad numérica, Otmán dijo a Haritha que se había reunido con él:

—¿Y qué, es ese todo su ejército?

—Vos no los conocéis, le respondió Haritha, os darán bastante que hacer, os lo prometo.

—¡Por Dios! replicó Othman con aire desdeñoso, antes de comer he de saber si saben batirse.

—Sabed, general, que una vez formados en batalla no retroceden nunca.

—Sé, que los iraquíes son cobardes. ¿Y qué sabéis de guerra Haritha?... lo que vos sabéis es otra cosa...

Acompañó Otmán estas palabras con un gesto significativo; y furioso Haritha, por haber tenido que sufrir de aquel extranjero, de aquel pietista el doble reproche de cobardía y de embriaguez permaneció inactivo con los suyos, sin tomar parte en el combate.

Víctima de su imprudencia, después de haber visto sus tropas en fuga, pereció Otmán en el campo de batalla. Iban a recoger los no-conformistas el fruto de su victoria, cuando Haritha, levantando del suelo el estandarte y formando a sus aliados en batalla detuvo el empuje de la hueste enemiga. Con razón decía un poeta: «Si Haritha no hubiese estado allí, ningún iraquí hubiese sobrevivido a esta fatal jornada». Cuando se pregunta: «Quién ha salvado la provincia?» Maaditas y yemenitas contestan a una voz: «Él.»

Desgraciadamente los pietistas que Ibn-Zobair envió sucesivamente a gobernar el Irak, no supieron apreciar a este hombre, el único que, en medio de la vileza general, había dado pruebas de valor y de energía. Es, decían, un borracho, un incrédulo, y se obstinaban en reusarle la posición oficial que solicitaba y los refuerzos de que tenía absoluta necesidad para contener los conatos del enemigo. Estrechado cada vez más el valiente guerrero, no pudo

salvar su debilitado ejército, sino por una retirada que parecía una fuga. Perseguido por el enemigo, llega al pequeño Tigris y se mete precipitadamente en los barcos para atravesarlo.

Iban ya estos por la mitad del rio, cuando oyó Haritha los gritos de angustia que profería un bravo teminita, que, habiendo llegado demasiado tarde para embarcarse, estaba a punto de ser alcanzado por el enemigo. Manda en seguida al barquero volver a la ribera. Obedece éste, pero la orilla donde abordó era muy escarpada y el Teminita pesadamente armado se deja caer en la barca; el peso de la caída la hace zozobrar y todos perecen tragados por las olas.

El Irak había perdido su último defensor y el enemigo avanzaba, ya se preparaba a echar un puente sobre el Éufrates. Muchos vecinos abandonaban Basora para buscar en otra parte un asilo, otros se preparaban a seguirlos, y el miedo que inspiraban las terribles «cabezas peladas» era tan grande y universal, que no se encontró quien quisiera encargarse del mando del ejército. Mas entonces, como por una inspiración del cielo, un mismo pensamiento se posesionó de todos los ánimos, una misma palabra salió de todas las bocas: «Solo Mohalad puede salvarnos!»

Y Mohalad los salvó. Era sin disputa un hombre superior, digno por todos conceptos, de la admiración que le profesaba un héroe cristiano, el Cid, cuando en su palacio de Valencia se hacía leer los altos hechos de los antiguos héroes del islam. Como nada escapaba a su penetración, comprendió desde luego que una guerra de esta naturaleza pedía en el general algo más que talentos militares, que, para reducir a estos fanáticos dispuestos a vencer a morir, y que, atravesados de parte a parte por las lanzas enemigas, se abalanzaban sobre sus enemigos gritando: «A tí venimos Señor». Era necesario oponerles soldados no solo aguerridos y disciplinados, sino animados en el mismo grado por el entusiasmo religioso. Y obró el milagro: él supo transformar a los escépticos iraquíes en celosos creyentes, persuadirles de que los no-conformistas, eran los enemigos más encarnizados del Eterno, inspirarles el deseo de obtener la corona del martirio. Cuando el valor vacilaba, atribuía osadamente a Mahoma palabras proféticas que prometían el triunfo a sus soldados, porque por un contraste singular, las artes de la impostura le eran tan naturales como un valor magnánimo. Desde entonces los soldados no dudaban y obtenían la victoria, convencidos de que le había sido prometida por el cielo. Hubo pues, en esta guerra que duró diez y nueve años, una emulación de violencia y de odio fanático, y no se podía decir cuál de los dos partidos se mostró más ardiente, más encarnizado, más apasionadamente implacable. «Si viera venir por una parte a los Dilemitas paganos, y por otra a los no-conformistas, se decía en el ejército de Mohallab, me lanzaría sobre los últimos, porque el que muera, muerto por ellos, gozará en los cielos de una aureola diez veces más resplandecientes que la de los otros mártires.»

Mientras que Basora necesitaba de todas sus fuerzas y de toda su energía para rechazar a los no-conformistas, otra secta, la de los Chiitas inspiraba los más serios temores, tanto a los Omeyas como a Ibn-Zobair.

Si los principios de los no-conformistas, debían conducir necesariamente a la democracia, los de los Chiitas llevaban derechamente al más terrible despotismo. No pudiendo admitir que el Profeta hubiera tenido la imprudencia de abandonar a la multitud la elección de sucesor, se fundaban en algunas expresiones bastantes equívocas de Mahoma para enseñar que este había

designado expresamente a Alí, por su sucesor, y que el Califato era hereditario en la familia del esposo de Fátima. Consideraban, pues, como usurpadores, no solo a los Omeyas, sino también a Abu-Bakr, Omar y Othman, y elevaban al mismo tiempo al Califa al rango de Dios, pues creían que ni pecaba jamás ni participaba de ninguna de las debilidades e imperfecciones de los hombres. De esta deificación del Califa, la secta que dominaba entonces y que había sido fundada por Caisan, liberto de Alí, llegó por una consecuencia lógica es la triste doctrina de que la fe, la religión y la virtud consisten exclusivamente en la sumisión pasiva y en la obediencia ilimitada a las órdenes del hombre-Dios, estrado y monstruoso pensamiento antipático al carácter árabe, pero nacido en el cerebro de los antiguos sectarios de Zoroastro, que, acostumbrados a considerar en sus reyes y sacerdotes descendientes de los dioses de los genios y de las divinidades, trasladaban a los jefes de la nueva religión la veneración que antes concedían a sus soberanos, pues los Chiitas eran una secta esencialmente persa que se reclutaba con preferencia entre los libertos, es decir, entre los Persas. De esto viene también que esta secta diera a sus creencias el aspecto formidable de una guerra ciega y furiosa contra la sociedad: odiando a la nación dominante y envidiándole sus riquezas, estos persas le pedían su parte de bienes terrenos. Sus jefes, sin embargo, eran ordinariamente árabes que explotaban en su provecho la credulidad y el fanatismo de estos sectarios. En esta época se dejaban guiar por Mokhtar, espíritu al par audaz y flexible, violento y trapacero, héroe y malvado, tigre en la cólera, y en la reflexión raposa. Sucesivamente no-conformista, ortodoxo-Zobairita, como se decía entonces, y Chiita, había pasado por todos los partidos, desde el que representaba la democracia hasta el que predicaba el absolutismo, y para justificar sus continuos cambios, muy propios para inspirar dudas acerca de su sinceridad y buena fe, se había creado un Dios a su imagen, un Dios esencialmente mudable, que sabia, que quería y ordenaba mañana lo contrario de lo que habla sabido, querido y ordenado la víspera. Esta singular doctrina tenía además para él otra ventaja: como él se preciaba de predecir lo futuro, ponía con ella sus presentimientos y sus visiones al abrigo de toda crítica, pues si el éxito no las justificaba, decía: «Dios ha cambiado de opinión.» Y sin embargo, a pesar de las contrarias apariencias, ninguno era menos inconsecuente y variable que él. De lo que sí cambiaba era de medios. Todas sus acciones tenían un único móvil: una ambición desenfrenada, todos sus esfuerzos tendían a un solo fin, el poder y el mando. Menospreciaba todo lo que otros temían o veneraban. Su espíritu orgulloso se cernía con desdeñosa indiferencia sobre todos los sistemas políticos y creencias religiosas, que consideraba como otros tantos señuelos, inventados para engañar a la multitud, como otros tantos prejuicios de que un hombre hábil, debe saberse servir para alcanzar sus fines. Pero, aunque él representase todos los papeles con incomparable destreza, el de jefe de los Chiitas, era el que más convenia a su carácter. Ninguna otra secta había más simple y crédula, ninguna tenía ese carácter de obediencia pasiva que cuadraba a su genio imperioso.

Quitó por un atrevido golpe de mano Cufa a Ibn-Zobair, y en seguida hizo marchar sus tropas contra el ejército sirio enviado contra él por el Califa Abdelmelic, que acababa de suceder a su padre Merwan. Solo esperaban estopara levantárselos de Cufa, que sufrían ardiendo en indignación y en ira el yugo del impostor y de los persas «sus esclavos» como ellos los llamaban, pero Mokhtar, supo ganar tiempo embaucándolos con protestas y promesas y lo aprovechó para enviar a su general Ibrahim, la orden de regresar en seguida. Cuando menos

lo esperaban, vieron los rebeldes a Ibrahim y a sus Chiitas caer sobre ellos espada en mano. Así que la revolución fue ahogada en sangre.

Mokhtar hizo prender y decapitar a doscientas cincuenta personas cuya mayor parte habían combatido a Hosain en Qerbalá. Sirvióle de pretexto la muerte de Hosain, pero su intento era quitar a los árabes el deseo de volver a las andadas. Guardáronse de hacerlo; para escapar al despotismo del hacha emigraron en masa.

Ordenando de nuevo a sus tropas que marcharan contra los sirios, nada descuidó Mokhtar para excitar su entusiasmo y su fanatismo. En el momento de partir les enseño una silla vieja que había comprado a un carpintero en el módico precio de dos monedas de plata, que hizo cubrir de seda, y hacía pasar por el trono de Alí. «Este trono, dijo a sus soldados, será para vosotros lo que el arca de la alianza para los hijos de Israel. Colocadla en lo más sangriento de la pelea, y sabed defenderlo.» Después añadió: «Si obtenéis la victoria, será porque Dios os habrá ayudado, pero no os desalentéis si experimentáis un descalabro, pues me ha sido revelado que Dios enviará entonces a vuestro socorro ángeles que veréis volar cerca de las nubes, en forma de pichones blancos». Conviene saber que Mokhtar había confiado a sus más íntimos confidentes, pichones criados en los palomares de Cufa, con orden de soltarlos cuando hubiera que temer mal éxito. Estas aves servirían para avisar a Mokhtar la necesidad de proveer a su seguridad, y excitarían juntamente a los crédulos soldados a emplear todos sus esfuerzos para trocar en triunfo la derrota.

La batalla tuvo lugar en las riberas del Khazir, no lejos de Mosul (agosto del 686). Los Chiitas al principio llevaron lo peor. Entonces se soltaron los pichones. La vista de estas aves reanimó su valor, y cuando en su exaltación fanática se precipitaron sobre el enemigo, con una rabia desenfrenada gritando: «¡Los ángeles! ¡los ángeles!»; otro grito se oyó en el ala izquierda del ejército sirio. Compuesta enteramente de Caisitas, estaba mandada por Omair, antes teniente de Zofar. La noche precedente había tenido una entrevista con el general. Plegando ahora su bandera, exclamó: «¡Venganza! ¡Venganza por la Pradera!» Desde entonces los Caisitas permanecieron como espectadores inmóviles, aunque no indiferentes del combate, y al oscurecer, el ejército sirio después de haber perdido a su general en jefe Obaidallah, estaba en plena derrota.

Mientras Mokhar se embriagaba con su triunfo, los emigrados de Cufa suplicaban a Mozad, hermano de Ibn-Zobair y gobernador de Basora que fuese a combatir al impostor asegurándole que, apenas se presentase, todos los hombres sensatos de Cufa se declararían a su favor. Cediendo a estos ruegos citó Mozab a Mohalab en Basora y juntos marcharon contra los Chiitas, obteniendo sobre ellos dos victorias y sitiando a Mokhtar que se había refugiado en la ciudadela de Cufa. Veía este inevitable la ruina de su partido; pero estaba decidido a no sobrevivirle. «Precipitémonos sobre los sitiadores dijo a sus soldados. Más vale perecer como valientes, que morir aquí de hambre o dejarnos degollar como corderos.» Pero había perdido su prestigio; de seis o siete mil hombres, sólo veinte respondieron a su llamamiento y vendieron caras sus vidas. No aprovechó a los demás su cobardía. Eran, según los Emigrados, bandidos y asesinos, y el despiadado Mozab los entregó todos al verdugo. (687) Pero no gozó largo tiempo de su triunfo. Sin querer, había prestado al rival de su hermano un servicio importante, desembarazándole de los Chiitas, sus más terribles enemigos; y Abdelmelic, no

teniendo ya nada que temer por este lado, hacía los mayores preparativos para atacar a los Zobairitas en el Irak. Para no dejar enemigos tras de sí, comenzó por sitiar a Carkisia, donde Zofar representaba un estrado papel. Ya pretendía combatir en favor de Ibn-Zobair, ya suministraba víveres a los Chiitas y les proponía marchar unidos contra los sirios. Todos los enemigos de los Omeyas, por diversas que fueran sus pretensiones, eran para él aliados y amigos. Asediado por Abdelmelic, que, siguiendo las advertencias da los Kelbitas, mantenía prudentemente a sus guerreros caisitas fuera de combate, defendió su guarida con extrema obstinación; una vez sus soldados llegaron a hacer una salida tan vigorosa, que penetraron hasta la tienda del Califa, y como éste tenía prisa de concluir para poder marchar contra Mozab, entabló negociaciones que rompió cuando la destrucción de cuatro torres le dio esperanzas de tomar la ciudad a viva fuerza y que volvió a reanudar cuando el asalto fue rechazado. A costa de algún dinero que se repartiría entre los soldados del Califa, Zafar, obtuvo las más honrosas condiciones: la amnistía para sus compañeros de armas, y para él el gobierno de Carkisia. Para satisfacer su vanidad, estipuló además que no sería obligado a prestar juramento al Califa omeya hasta la muerte de Ibn-Zobaír. En fin, para sallar su reconciliación, convinieron entre sí que Maslama hijo del Califa, se casaría con una hija de Zofar. Éste, concluida la paz, fue al lado de Abdelmelic, quien le recibió con muchas atenciones y le hizo sentar a su lado en su mismo trono. Era un espectáculo conmovedor ver a estos dos hombres tanto tiempo enemigos darse las mayores seguridades de una amistad fraternal. ¡Apariencia engañosa! Para que la amistad de Abdelmelic a Zofar se trocase en ardiente odio bastaría recordarle un solo verso. Un noble yemenita, Ibn-Dhi-'l-calá, entró en la tienda y contemplando el asiento da honor que ocupaba Zofar comenzó a llorar, y como el Califa le preguntara la causa de su emoción le dijo:

—Príncipe de los creyentes, ¿cómo no derramar amargas lágrimas cuando miro a ese hombre rebelde en otro tiempo contra vos, cuyo alfanje destila aun sangre de mi familia, víctima de su fidelidad en serviros, cuando veo a ese enemigo de los míos sentado con vos en eso trono a cuyos pies estoy?

—Si le hice sentar a mi lado respondió el Califa, no es porque quiera elevarle sobre tí; es solo porque su lengua es la mía y su conversación me agrada.

Informaron al poeta Akhtal, que en aquel momento estaba bebiendo en otra tienda, de la acogida que el Califa dispensaba a Zofar. Él odiaba, él aborrecía al ladrón de Carkisia, que muchas veces estuvo a punto de es terminar toda su tribu de Taghlib. «Voy, dijo, a darle el golpe que no ha podido asestarle Ibn-'l-Dhi-calá.» Y se presentó en seguida al Califa, al que después de haber mirado fijamente, recitó estos versos.

—El licor que llena mi copa tiene los brillantes reflejos del ojo vivo y animado del gallo. Él exalta el espíritu del bebedor. El que bebe tres vasos sin mezclarle agua, siente nacer en sí el deseo de derramar beneficios. Marcha balanceándose muellemente como las encantadoras hijas de Coraix, y deja flotar al capricho de los vientos los pliegues de su vestido.

—¿Con qué propósito vienes a recitarme estos versos?, le dijo el Califa. Sin duda tienes alguna idea en la cabeza.

—Es verdad, ¡oh príncipe de los creyentes! muchas ideas me asaltan en efecto cuando veo sentado cerca de vos, en vuestro mismo trono al hombre que decía ayer: «Sin duda reposará la yerba sobre la tierra nuevamente removida que cubre los huesos de nuestros hermanos, pero nosotros no los olvidaremos jamás y guardaremos siempre para nuestros enemigos un odio implacable.»

A estas palabras saltó Abdelmelic como si le hubiera picado una avispa. Furioso, jadeando de cólera, brillando sus ojos con una rabia feroz pegó a Zofar un violento puntapié en el pecho, y lo lanzó del trono... Zofar confesó después que nunca se había creído tan cerca de su última hora como en aquel instante.

El tiempo da una reconciliación verdadera no había llegado aún, y los Caisitas no tardaron en dar a los Omeyas una nueva prueba de su odio inveterado. Zofar había reforzado el ejército de Abdelmelic, que iba a combatir a Mozab con una división de Caisitas, mandada por su hijo Hodhail, pero luego que estuvieron enfrente los dos ejércitos, los Caisitas se pasaron al enemigo con armas y bagajes. No tuvo sin embargo esta defección las sensibles consecuencias que había tenido la de Omair. Por el contrario la fortuna sonreía a Abdelmelic. Ligeros y móviles los iraquíes habían olvidado ya sus quejas contra los Omeyas: poco dispuestos, como siempre, a combatir por nadie, y no teniendo con más razón ganas de dejarse matar por un pretendiente que menospreciaban, abrieron los oídos a los emisarios de Abdelmelic, que recorrían el país, prodigando el oro y las promesas más seductoras. Mozab estaba pues rodeado de generales vendidos a los Omeyas, y que empeñada la batalla no tardaron en mostrar sus verdaderas intenciones.

—Yo no quiero, le respondió uno cuando le mandó cargar, que mi tribu perezca por una causa que nada le importa.

—¿Qué, me mandáis marchar contra el enemigo?, le dijo otro, mirándolo con aire burlón e insolente: ninguno de mis soldados me seguirá y me pondría en ridículo si cargara solo.»

Para un hombre noble y valiente como Mozab no había más que un partido que seguir. Dirigiéndose a su hijo Isa, le dijo: Marcha a decir a tu tío que los pérfidos iraquíes me han hecho traición y despídete de tu padre a quien ya quedan pocos instantes que vivir.

—No, padre mío, le respondió el joven, no me reprocharán los Coraichitas que os abandoné a la hora del peligro.

Padre e hijo se lanzaron a lo más empeñado de la pelea, y bien pronto sus cabezas fueron presentadas a Abdelmelic. (690)

Todo el Irak juró al Omeya Mohallab que la misma víspera, ignorando todavía la muerte de Mozab, ya conocida por los no-conformistas, había declarado en una conferencia con los jeques de estos secretarios que Mozab era su señor en este mundo y en el otro; que estaba pronto a morir por él, y que el deber de todo musulmán era combatir a Abdelmelic, hijo de un maldito; Mohallab imitó el ejemplo de sus compatriotas, luego que hubo recibido el diploma por el que el Califa omeya le confirmaba en todos sus cargos y dignidades. ¡He aquí de qué manera los iraquíes, aun los mejores, comprendían el honor y la lealtad!

«Decidid ahora vosotros mismos si el error está de vuestra parte o de la nuestra; exclamaron los no conformistas con justa indignación, y tened al menos la franqueza de confesar que esclavos de los bienes de este mundo miserable servís e incensáis a todo poder que os pague, hermanos de Satanás.»

CAPÍTULO VIII

Abdelmelic alcanzaba ya el objeto de sus anhelos. Para reinar sin competidor sobre el mundo musulmán solo le restaba conquistar la Meca, residencia y último asilo de su émulo. Esto era en verdad un sacrilegio, y Abdelmelic se hubiera estremecido de horror ante el solo pensamiento de realizarlo, si conservara todavía los piadosos sentimientos que le habían distinguido en su juventud. ¡Pero no era ya el joven cándido y entusiasta que en un arrebato de santa indignación apellidaba a Yezid el enemigo del Eterno, porque se había atrevido a enviar soldados contra Medina, la ciudad del Profeta! Los años, el trato del mundo y el ejercicio del poder, habían agotado ya su candor juvenil y su fe sencilla, y se cuenta que el día en que su primo Achdac dejó de vivir, ese día en que Abdelmelic se manchó con el doble crimen del perjurio y del asesinato, había cerrado el libro de Dios diciendo con aire helado y sombrío: «Desde ahora ya no hay nada de común entre nosotros». Sus sentimientos religiosos eran bastantes conocidos para que nadie se asombrara al saber que iba a enviar tropas contra la Meca; lo que a todo el mundo sorprendió fue que eligiera por caudillo de esta importante expedición a un hombre salido de la nada, a un cierto Haddjadj, en otro tiempo maestro de escuela de Taif, en la Arabia que se creía feliz si enseñando a leer a los niños «tarde y mañana» llegaba a ganar con que comprar un pedazo de pan seco. Conocido solamente por haber restablecido un poco la disciplina en la guardia de Abdelmelic, por haber mandado una división en el Irak, donde la deserción del enemigo le había quitado los medios de mostrar su bravura o su cobardía, y en fin, por haberse dejado derrotar en el reinado de Merwan por los Zobairitas, debió su nombramiento a una extraña circunstancia. Cuando solicitó el honor de mandar el ejército que iba a asediar a Ibn-Zobair, el Califa le respondió al principio por un «cállate» altivo y desdeñoso; pero por una de esas anomalías normales del corazón humano, Abdelmelic, por lo demás poco creyente, tenía una fe firmísima en los sueños y Haddjadj sabía explotarla. «Yo he soñado, le dijo, que desollaba a Ibn-Zobair,» y en seguida el Califa le confirió el mando que solicitaba.

En cuanto a Ibn-Zobair, habla recibido con gran calma y resignación la nueva de la pérdida del Irak y de la muerte de su hermano. Justo es decir que no dejaban de inquietarles los proyectos de Mozab, que en su sentir gustaba demasiado de darse aires de soberano, y tanto más fácilmente se consoló de esta pérdida, cuanto que le daba ocasión de desplegar sus talentos oratorios, predicando un sermón que acaso nos parecería frío y rebuscado, pero que sin duda él hallaría muy edificante, en que decía sencillamente que la muerte de su hermano le había llenado a la par de tristeza y de alegría: de tristeza porque se veía «privado de un amigo cuya muerte era para él una herida tan penetrante, que no dejaba al hombre sensato otro recurso que la resignación y la paciencia»; de alegría, «porque concediendo Dios a su hermano la palma del martirio, había querido darle un testimonio de su bondad». Mas cuando le fue preciso no predicar sino combatir, cuando vio a la Meca estrechamente cercada y entregada a los horrores del hambre más terrible, vaciló su valor. No porque careciera de ese vulgar esfuerzo que todo soldado, a no ser de extrema cobardía, posee en el campo de batalla,

sino porque carecía de energía moral, así que, acercándose a su madre, mujer de una fortaleza verdaderamente romana, a pesar de sus cien años, le dijo:

—Madre mía, todo el mundo me abandona y el enemigo me ofrece aún condiciones bastante aceptables: ¿qué debo hacer?

—Morir, le contestó.

—Pero temo, la replicó con aire lastimoso, temo que, si sucumbo bajo los golpes de los sirios, sacien su venganza en mi cadáver....

—¿Y qué te se da de eso? La oveja que ha sido degollada, ¿sufre cuando la desuellan?

Estas viriles palabras hicieron asomar el rubor de la vergüenza en la frente de Abdalah; y se apresuró a asegurar a su madre que participaba de sus sentimientos y que no había tenido otro designio que probarla. Poco después armado de pies a cabeza volvió para darla el último adiós. Ella le estrechó contra su corazón. Su mano encontró una cota de malla.

—Cuando se está decidido a morir no se necesita esto, le dijo.

—No me he puesto esta armadura sino para inspiraros alguna esperanza, contestó él algo desconcertado.

—Ya le he dicho adiós a la esperanza; quítatela.

Abdalah obedeció. En seguida, habiendo pasado en la Caaba algunas horas en oración, este héroe sin heroísmo cayó sobre los enemigos, muriendo de una manera más honrosa que habla vivido. Su cabeza fue enviada a Damasco, su cuerpo atado a una horca con los pies para arriba. (692)

Durante los seis u ocho meses que había durado el sitio de la Meca, Haddjadj había desplegado un gran valor, una actividad infatigable, una perseverancia a toda prueba y para decirlo todo, una indiferencia hacia las cosas santas, que los teólogos no le han perdonado nunca, pero que prueba que se había consagrado en cuerpo y alma a la causa de su señor. Nada le había detenido, ni la inviolabilidad inmemorial del templo, ni lo que llamaban las otras señales de la cólera del cielo. Un día en que los sirios se ocupaban en tirar piedras a la Caaba, se levantó una tormenta; doce soldados fueron heridos por el rayo. Poseídos de un terror supersticioso, se detuvieron los sirios, y ni uno solo quiso proseguir; pero Haddjadj, arremangándose al punto la ropa, cogió una piedra, la puso en la ballesta y movió las cuerdas diciendo con tono burlón y desenvuelto: «Esto no es nada, yo conozco este país, pues he nacido en él; aquí son frecuentes las tormentas.»

Tanta adhesión a la causa Omeya merecía una brillante recompensa. Abdelmelic nombró a Haddaj gobernador de la Meca y poco después de todo el Hidjaz. Como era de origen caisita, su promoción hubiera probablemente inspirado sospechas y alarmas a los Kelbitas si hubiera sido de nacimiento más ilustre; pero no era más que un advenedizo, un hombre sin importancia. Además, los Kelbitas podían también hacer valer servicios importantes prestados en el sitio de la Meca; la piedra fatal que había matado a Ibn-Zobair había sido lanzada por Homaid Ibn-Bahdal, uno de los suyos. Lo que acabó de tranquilizarlos fue que el Califa se

complacía en alabar su bravura y fidelidad; que lisonjeaba y acariciaba a sus jeques en prosa y verso, que continuaba dándoles los empleos con exclusión de sus enemigos, y en fin, que tenían en su favor a muchos príncipes, tales como Khalid, hijo de Yezid I, y Abdulaziz, hermano del Califa e hijo de una kelbita.

Tampoco los Caisitas carecían de protectores en la corte. Bichr, sobre todo, hermano del Califa e hijo de una caisita había heredado sus intereses y sus querellas; y como decía a cada paso que superaban a los Kelbitas en bravura, sus fanfarronadas incendiaron de tal modo la cólera de Khalib, que éste dijo un día a los Kelbitas:

—¿Tío, hay alguno entre vosotros que se atreva a hacer una razia en el desierto de los Caisitas? Es preciso que se humille el orgullo de los príncipes que tienen por madres mujeres caisitas, pues que no cesan de pretender que, en todos los encuentros, lo mismo antes que después del Profeta, los Caisitas han llevado la ventaja sobre nosotros.

—Yo me encargo de buena gana, le respondió Homaid Ibn-Bahdal, siempre que me garanticéis que el Sultán no ha de castigarme.

— Os respondo de todo.

—¿Pues qué haréis?

—Nada más sencillo. Sabéis que desde la muerte de Ibn-Zobair, los Caisitas no han pagado el diezmo al Califa. Yo os daré una orden que os autorice a cobrarlo y que se supondrá de Abdelmelic. De esta manera hallareis fácilmente la ocasión de tratarlos como merecen.

Ibn-Bahdal se puso en camino, pero con una comitiva poco numerosa para no despertar sospechas, porque estaba seguro de encontrar soldados donde quiera que hubiese hombres de su tribu. Llegado entre los Bani-Abd-Wadd y los Beni-Olaim, dos sub-tribus de Kelb que moraban en el Desierto, al Sur de Dama y de Khabt, les comunicó el proyecto de Khalid, y habiendo declarado los más bravos y determinados de las dos tribus que no ansiaban otra cosa que seguirle, se internó con ellos en el Desierto después de haberles hecho jurar que no habían de tener piedad para los Caisitas.

Un hombre de Fazara, sub-tribu de Cais, fue su primera víctima. Oriundo de una rica y poderosa familia, su bisabuelo Hodhaifa Iba-Badr había sido el caudillo de los Dhobyan en la célebre guerra de Dahis; pero como la desgracia le hizo tener por madre una esclava, sus orgullosos paisanos le menospreciaban de tal modo, que le habían rehusado darle sus hijas en matrimonio (lo que le había obligado a tomar mujer en una tribu yemenita) y no queriendo admitirlo en su compañía, lo hablan relegado a los confines del campo. Este desventurado paria recitaba en alta voz las oraciones de la mañana, y esto fue lo que lo perdió. Guiados por ella, los Kelbitas cayeron sobre él, lo degollaron y uniendo el robo al asesinato, se apoderaron de sus camellos en número de ciento. Encontrando en seguida cinco familias que descendían también de Hodhaifa, las atacaron. El combate fue encarnizado y se prolongó hasta la noche, pero ya entonces todos los Caisitas yacían en el campo de batalla y sus enemigos los creían cadáveres. No lo estaban; sus heridas, aunque numerosas, no eran mortales, y gracias a la arena que, impelida por un fuerte viento de Oeste, vino a cubrirlos y a contener el derramamiento de sangre, escaparon todos de la muerte.

Continuando su camino durante la noche, los Kelbitas encontraron la mañana siguiente a otro descendiente de Hodhaifa denominado Abdalah. Este anciano iba de viaje con su familia; pero solo llevaba con él en estado de defenderse a su hijo Djab, que desde que vio llegar la banda kelbita cogió sus armas, montó a caballo, y fue a colocarse a alguna distancia. Cuando los Kelbitas echaron pie a tierra, Abdallah les preguntó quiénes eran. Ellos respondieron que diezmeros enviados por Abdelmelic.

—¿Podéis enseñarme la orden que prueba lo que decís? preguntó el anciano.

—Ciertamente, le respondió Ibn-Bahdal: he aquí la orden, y les mostró un diploma con el sello del Califa.

— ¿Y cuál es el tenor de ese escrito?

—Aquí se lee: «De parte da Abdelmelic, hijo de Merwan, a Homaid Ibn-Bahdal. Al dicho Homaid Ibn-Bahdal, se le ordena por la presente ir a cobrar el diezmo a todos los Beduinos que pueda encontrar. El que pague este diezmo y se haga inscribir en el registro, será considerado como súbdito obediente y fiel; el que rehúse hacerlo será tenido por rebelde a Dios, a su Profeta y al jefe de los creyentes.

—Muy bien, estoy pronto a obedecer y a pagaros el diezmo.

—Eso no basta; es preciso otra cosa.

—¿Cuál?

—Queremos que vayáis en busca de todos los individuos de vuestra tribu, a recoger el diezmo de cada uno, y que nos señaléis el lugar a que hemos de venir a recibir el dinero de vuestras manos.

—Eso me es imposible. Los Fazara se hallan dispersos en una gran extensión del Desierto, yo no soy joven y no podría emprender un camino tan largo: no tengo a mi lado más que a uno de mis hijos. Vosotros que venís de tan lejos, y que debéis estar acostumbrados a largos viajes, encontrareis a mis paisanos mucho más fácilmente que yo; cada día habréis de llegar a uno de sus campamentos, porque ellos se detienen donde quiera que encuentren buenos pastos.

—Sí, ya lo conocemos. No es para buscar pastos para lo que se han dispersados en el Desierto; es para evadirse del pago del diezmo. Son rebeldes.

—Os puedo jurar que son súbditos fieles; es solo para buscar pastos....

—Dejemos esto y haced lo que os decimos.

—No puedo; he aquí el diezmo que debo al Califa, tomadlo.

—Vuestra obediencia no es sincera, porque mirad a vuestro hijo que desde lo alto de su caballo nos echa miradas despreciativas.

—Nada tenéis que temer de mi hijo; tomad mi diezmo y marchaos, si sois verdaderamente diezmeros.

—Vuestra conducta muestra demasiado que era verdad lo que nos aseguraban, que vos y vuestros paisanos habéis combatido por Ibn-Zobair.

—No hemos hecho semejante cosa. Le hemos pagado el diezmo, porque nosotros los Beduinos somos extraños a la política, lo pagamos al que es dueño del país.

—Probadme que decís la verdad, haciendo bajar a vuestro hijo de su caballo.

—¿Qué tenéis que ver con mi hijo? Ese joven se asusta viendo caballeros armados.

—Que baje, pues que nada tiene que temer. El anciano se dirigió a su hijo y le mandó que echase pie a tierra.

—Padre mío, le respondió el joven, veo que sus ojos quieren despedazarme. Dadle todo lo que queráis, pero dejadme que me defienda.

Y volviéndose a los Kelbitas, Abdallah les dijo:

—El muchacho teme por su vida. Tomad mi diezmo y dejadnos en paz.

—Nada tomaremos mientras que tu hijo siga a caballo.

—No quiere obedecerme, y además ¿qué falta os hace?

—Bien, os rebeláis. ¡Esclavo, trae avíos de escribir! Ya hemos concluido. Vamos a decir al príncipe de los creyentes que Abdalah, nieto de Oyaina nos ha impedido cumplir nuestra comisión para con los Beni-Fazaras.

—Os suplico que no hagáis semejante cosa, porque yo no he hecho eso.

Pero sin atender a los ruegos del anciano, Ibn-Bahdal escribió una carta, y dándosela a uno de sus jinetes, éste tomó al punto el camino de Damasco.

—No me acuséis injustamente de ese modo! Yo os conjuro en el nombre de Dios que no me presentéis como un rebelde a los ojos del Califa, pues estoy pronto a obedecer sus órdenes.

—Haced que descabalgue vuestro hijo.

—Corren malas noticias de vosotros; pero ¿me prometéis que no le sucederá nada malo?

Los Kelbitas se lo prometieron de la manera más solemne. Abdalah dijo a su hijo:

—Que Dios me maldiga si no te bajas del caballo!

Entonces Djad obedeció, y, arrojando al suelo la lanza, se adelantó pausadamente hacia los Kelbitas diciendo con acento triste:

—Este día nos ha de traer una desgracia, padre mío.

Como el tigre juega con el enemigo que tiene bajo su garra antes de matarlo, los Kelbitas comenzaron a insultar y escarnecer al joven, y luego lo tendieron sobre una roca para degollarlo. Durante su agonía, el desgraciado echó a su padre una última mirada llena a la vez de tristeza, de resignación y de reproche.

Por feroces que fueran los Kelbitas, los blancos cabellos del anciano les impusieron cierto respeto; no atreviéndose a degollarlo, como habían hecho con su hijo, trataron de matarlo a palos, y le dejaron por muerto sobre la arena. Volvió a la vida, pero atormentado por el remordimiento, no cesaba da decir: «Aunque debiera olvidar todas las desgracias que he sufrido, la mirada que me echó mi hijo cuando le hube entregado a sus verdugos, esa jamás se apartará de mi memoria.»

El caballo de Djad, rehusó abandonar el sitio en que se habla verificado el asesinato. Con los ojos siempre fijos en el suelo y escarbando con la mano la arena manchada aun con la sangre de su amo, el fiel animal se dejó morir de hambre.

Otros asesinatos le siguieron. Entre las víctimas se contó Borda, hijo de un ilustre jeque de Halhala, y los sanguinarios Kelbitas no volvieron a Damasco hasta que los Caisitas, enterados de su verdadero objeto, se libraron de su ciego furor internándose en el Desierto.

Todos los Kelbitas estaban ebrios de gozo y de orgullo, y un poeta de Djohaina, tribu que como la de Kelb descendía de Codhaa, expresó estos sentimientos con singular energía y fanática exaltación.

—¿Lo sabéis vosotros hermanos míos, decía, vosotros los aliados de los Kelb? ¿Sabéis vosotros que el intrépido Homaid ibn-Bahdal, ha vuelto a los Kelbitas la salud y la alegría? ¿Sabéis que ha llenado de vergüenza a los Caisitas, que los ha obligado a levantar el campo? Para que lo hicieran deben haber sufrido terribles derrotas... Privadas de sepultura, yacen en el Desierto las víctimas de Homaid ibn-Bahdal; perseguidos por sus vencedores, los Caisitas no han tenido tiempo de enterrarlas, ¡Regocijaos, hermanos míos! Las victorias de los Kelb son nuestras, ellos y nosotros somos las dos manos de un mismo cuerpo: cuando la mano derecha ha sido cortada en el combate es con la izquierda con la que se maneja el sable.

Grande fue también el gozo de los príncipes Omeyas que tenían por madres mujeres kelbitas. Desde que tuvo noticia de lo que había pasado Abdelazis, dijo a su hermano Bichr en presencia del Califa:

—¿Y bien, sabéis ya como mis tíos maternos han tratado a los vuestros?

—¿Qué han hecho?, preguntó Bichr.

—Unos caballeros kelbitas han atacado y exterminado un campamento caisita.

—Imposible, vuestros tíos maternos son demasiado viles y gallinas para ponerse con los míos.

Pero a la mañana siguiente Bichr, adquirió la certeza de que su hermano había dicho la verdad. Halhala, Said y otro jefe de los Fazara, que habían llegado a Damasco sin capa, descalzos y con las ropas desgarradas, se abrazaron a sus rodillas suplicándole que le concediera su protección y tomara su causa en sus manos. Él se lo prometió, y llegándose a su hermano el Califa, le habló con tanto calor en favor de sus protegidos, que Abdelmelic, a pasar de su odio hacia los Caisitas, le prometió tomar del sueldo de los Kelbitas la indemnización

pecuniaria debida a los de Fazara. Pero esta decisión, aunque conforme a la ley, no satisfizo a los últimos. No era dinero lo que querían, era sangre.

Habiendo rehusado el convenio que se les proponía, dijo el Califa: «Pues bien; el tesoro os pagará inmediatamente la mitad de la suma que os es debida, y si continuáis siéndome fieles, lo que dudo mucho, os pagaré también la otra mitad.» Irritados con esta injuriosa sospecha, acaso tanto más cuanto que no podían asegurar que estuviese falta de fundamento, y resueltos además a exigir la pena del talión, estaban a punto de rehusar de nuevo cuando Zofar los llamó a parte y les aconsejó aceptar el dinero que se les ofrecía, a fin de que pudieran emplearlo en comprar armas y caballos. Aprobando este pensamiento, consintieron en recibir el dinero y, habiendo comprado gran cantidad de armas y de caballos, tomaron el camino del Desierto.

Ya de vuelta en su campo convocaron el consejo de la tribu. En esta asamblea Halhala pronunció algunas palabras calurosas para excitar a sus paisanos a vengarse de los Kelbitas. Apoyáronlas sus hijos, pero había entre los miembros del consejo otros que, menos cegados por el odio, juzgaban semejante expedición peligrosa y temeraria.

—Vuestra misma casa, le dijo a Halhala uno de sus contrarios, ha quedado ahora muy debilitada para que podáis tomar parte en la lucha. Los Kelbitas, esas hienas, os han matado la mayor parte de vuestros guerreros, y os han despojado de todas vuestras riquezas. Estoy seguro de que en semejantes circunstancias no podréis acompañarnos.

—Hijo de mi hermano, le respondió Halhala, yo iré con los demás porque tengo ira en el corazón... Ellos me han matado a mi hijo, a mi Borda, a quien yo amaba tanto—, añadió con voz sorda, y habiéndole hecho caer este doloroso recuerdo en uno de esos accesos de ira que le eran habituales desde la muerte de su hijo empezó a lanzar agudos y penetrantes gritos, que más parecían los rugidos de una fiera privada de sus cachorros que los sonidos de voz humana. «¿Quién ha visto a Borda? exclamaba: ¿Dónde está? Devolvédmelo, es mi hijo queridísimo, ¡la esperanza y el orgullo de mi raza!» Luego se puso a enumerar uno a uno y lentamente los nombres de todos los que habían perecido por la espada de los Kelbitas, y a cada nombre exclamaba: «¿Dónde está?... «¿Dónde está?... ¡Venganza! ¡Venganza!»

Todos, inclusos los que un momento antes se habían mostrado más fríos y opuestos al proyecto, se dejaron fascinar y arrastrar por esta elocuencia ruda y salvaje, y habiéndose resuelto hacer una expedición contra los Kelbitas, se pusieron en camino de Banat-Cain, donde había un campo kelbita. A la caída de la noche, los Fazaras cayeron de improviso sobre sus enemigos, gritando: «¡Venganza a Borda! ¡Venganza a Djad! ¡Venganza a nuestros hermanos!» Las represalias fueron tan atroces, como las violencias que las habían provocado. Un solo Kelbita escapó, gracias a la incomparable rapidez de su carrera; todos los demás fueron degollados, y los Fazaras examinaron con cuidado los cadáveres, para, si algún Kelbita respiraba todavía, insultar su agonía y rematarlo.

Desde que hubo recibido la noticia de esta razzia, el príncipe Bichr tomó la revancha. En presencia del Califa dijo a su hermano Abdalazis:

—Y bien, ¿sabéis ya como mis tíos maternos han tratado a los vuestros?

—¡Qué! exclamó Abdalazis: ¿han hecho una razzia después de concluida la paz y de indemnizados por el Califa?

Muy irritado éste de lo que acababa de oír, pero esperando para tomar una resolución, noticias más precisas, les impuso silencio con un tono que no permitía réplica. Poco después, un Kelbita sin capa, sin calzado y que había desgarrado sus vestidos, se llegó a Abdalazis, quien le introdujo enseguida en la estancia del Califa, diciendo:

— ¿Sufriréis oh príncipe de los creyentes, que se ultraje a los que habéis tomado bajo vuestra protección, que se menosprecien vuestras órdenes, que se os saque el dinero para emplearlo contra vos, y que se degüellen a vuestros súbditos?

Entonces contó el Kelbita lo sucedido. Exasperado y furioso el Califa no pensó siquiera en un arreglo. Decidido a hacer caer sobre los Caisitas todo el peso de su resentimiento y de su odio inveterado, envió al punto a Haddjadj, que era entonces gobernador de toda la Arabia, orden para pasar a cuchillo a todos los Fazaras adultos. Aunque esta tribu era aliada de la suya, Haddjadj no vaciló en obedecer. Era muy afecto a su raza, pero lo devoraba la ambición. Había adivinado, por consiguiente, que su partido no tenía más que una actitud que tomar, que un camino que seguir. La sana y severa lógica de que estaba dotado le había enseñado que la oposición no conduciría a nada, que era menester tratar de reconquistar el favor del Califa, y que para conseguirlo, era preciso someterse sin restricciones y sin segunda intención a todas sus órdenes, aunque le mandará la destrucción del santuario más venerado, o el suplicio de su más próximo pariente. Pero el corazón se le partía. «Cuando haya exterminado a los Fazaras, decía en el momento de partir con sus tropas, mi nombre será infamado y maldito como el del Caisita más desnaturalizado de la tierra.» La orden, por otra parte, era muy difícil de ejecutar. Los Ghatafan, aliados de los Fazaras habían jurado socorrerlos, y lo que es más, todas las tribus caisitas habían prestado el mismo juramento. El primer acto de hostilidad iba a ser la señal de una sangrienta guerra civil, cuyo resultado era difícil de proveer. Haddjadj no sabía qué hacer cuando la llegada de Halhala y Said vino a sacarle de su embarazo. Satisfechos los dos jeques con haber saciado su venganza en Banat-Gain, y temblando ante la idea de ver encenderse una guerra civil que podría tener para su tribu las más funestas consecuencias, se sacrificaron con noble desinterés para apartar de los suyos los males que los amenazaban, pues en ellos el amor de su tribu era tan fuerte y persistente como su odio a los Kelbitas. Colocando amistosamente sus manos entre las de Haddjadj: «¿Porqué, le dijeron, porqué queréis eso para los Fazaras? Los verdaderos culpables somos nosotros dos.» Gozoso con este inesperado desenlace, el gobernador los retuvo prisioneros, y escribió inmediatamente al Califa que no se había atrevido a comprometerse en una guerra contra todas las tribus caisitas, rogándole que se contentara con los dos jeques que se habían puesto espontáneamente en sus manos. El Califa aprobó plenamente su conducta, ordenándole que le enviara los prisioneros a Damasco.

Cuando estos fueron introducidos en el salón en que estaba el Califa rodeado de los Kelbitas, los guardias les mandaron saludar. Pero en lugar de obedecer Halhala se puso a recitar con entera y sonora voz estos versos tomados de un poema que había compuesto en otro tiempo: ¡Salud a nuestros aliados, salud a los Adí, a los Mazin, a los Chamkh, salud sobre todo a Abu-Wahb, mi fiel amigo! Pueden condenarme a muerte ya que he apagado la sed de

sangre de Kelbitas que me devoraba. He sido feliz, he degollado a todos los que he encontrado al alcance de mi espada, ¡ahora que han dejado de vivir mi corazón goza de dulce tranquilidad!

A fin de devolver insolencia por insolencia, el Califa al dirigirle la palabra estropeó de propósito su nombre, como si hubiera sido demasiado oscuro para ser pronunciado como debía. En lugar de Halhala le llamó Halhal, pero este interrumpiéndole al punto dijo:

—Es Halhala como me llamo.

—No, Halhal.

—No por cierto, es Halhala. Así me llamaba mi padre, y me parece que debía saberlo mejor que nadie.

—Pues bien Halhala, puesto que hoy has ultrajado a los que yo, el príncipe de los creyentes, había tomado bajo mi protección, has menospreciado mis órdenes y me has robado el dinero.

—No he hecho nada que se le parezca, he cumplido mi voto, satisfecho mi odio y saciado mi venganza.

—Y ahora te entrega Dios a la mano vengadora de la justicia.

—No soy culpable de ningún crimen «hijo de Zarca!» (Era injuriar a Abdelmelic llamarle con este nombre que debía a una abuela de escandalosa memoria.)

El Califa lo entregó al Kelbita Soair, que tenía que vengar en él a su padre muerto en Banat-Cain.

—Dime Halhala, le dijo Soair, ¿cuándo has visto a mi padre la última vez?

—Estaba en Banat-Cain, le respondió el otro con aire burlón: temblaba de pies a cabeza el pobre hombre.

—Por Dios que te he de matar.

—¿Tú? Mientes. Por Dios que eres demasiado vil y cobarde para matar a un hombre como yo. Sé que voy a morir, pero es porque así le place al hijo de Zarca.

Dicho esto, marchó al lugar del suplicio con fría indiferencia e insolente alegría, recitando de vez en cuando algún trozo de la antigua poesía del Desierto, y no necesitando en manera alguna de las palabras que, para animarle, le dirigía el príncipe Bichr que había querido ser testigo de su suplicio, y que se enorgullecía con su firmeza inquebrantable.

Cuando Soair levantó el brazo para cortarle la cabeza: «Trata, le dijo, de que ese golpe sea tan bueno como el que le di a tu padre.»

Su compañero Said, que el Califa había entregada a otro Kelbita, sufrió su suerte con un menosprecio a la vida casi tan grande como el suyo.

CAPÍTULO IX

Mientras que los sirios robaban y asesinaban unos a otros no permanecían más tranquilos los iraquíes, raza incorregible e indomable, y mucho después los turbulentos nobles de Cufa y de Basora recordaban, echándola de menos, aquella época anárquica, aquellos felices tiempos, como ellos los llamaban, en que acompañados de unos cuantos clientes se pavoneaban por las calles, alta la frente y amenazadora la mirada, siempre dispuestos a armar camorra, a poco que otro noble les mostrase la cara seria, seguros de que aunque dejasen tendidos en las calles dos o tres de su enemigos, el gobernador era demasiado bueno para castigarlos. Y no solo los gobernadores toleraban esto, sino que por celos y odio hacia Mohallab, dejaban expuesto el Irak a las incursiones de los no-conformistas, siempre terribles a pesar de sus numerosas derrotas. Motivos tenían en efecto para esta envidia. No solo veía en Mohallab cada uno de los iraquíes el mejor de los generales de su país, sino lo que es más, su propio salvador; ningún nombre había más popular que el suyo, y como hubiera impuesto condiciones para encargarse del mando, llegó a reunir una fortuna colosal que derrochaba con soberbia indiferencia, dando cien mil monedas de plata a uno que vino a recitarle un poema en su alabanza, y otras cien mil al que le dijo el nombre del autor. Eclipsaba, pues, a todos los gobernadores, tanto por su lujo, por su regia opulencia, y su ilimitada generosidad, como por el renombro de su gloria y de su poder. «Los Árabes de esta ciudad no tienen ojos más que para ese hombre», decía tristemente el Omeya Khalid, primer gobernador de Basora, después de la restauración, y llamó a Mohalab del teatro de sus hazañas, condenándolo a la inacción en el gobierno del Ahwas, mientras que confiaba el mando del ejército compuesto de treinta mil hombres a su hermano Abdalazis, joven sin experiencia, pero no sin vanidad, que decía con aire de suficiencia y ademán de triunfo: «Los habitantes de Basora se figuran que solo Mohalab es capaz de concluir esta guerra, pero ya verán.» Pero espió su loca presunción con una terrible y sangrienta derrota. Menospreciando los prudentes consejos de sus capitanes, que le disuadían de perseguir un escuadrón que aparentaba huir cayó en una emboscada donde perdió todos sus generales, gran parte de sus soldados y hasta su joven y hermosa esposa, no escapando él mismo sino por milagro, de las espadas de una treintena de enemigos que le perseguían en su fuga.

Mohalab tenía previsto este desastre, por lo que había encargado a uno de sus confidentes que diariamente le comunicase lo que ocurriera en el ejército. Este hombre vino a buscarle después de la derrota.

—¿Qué novedades?, le preguntó Mohalab luego que lo divisó.

—Os traigo una que ha de satisfaceros; el mozo ha sido batido y su ejército completamente derrotado.

—¡Cómo, desdichado! ¿Crees tú que he de alegrarme por saber que un Coraichita ha sido abatido y derrotado un ejército musulmán?

—Importa poco que os alegre o que os aflija, pero la noticia es cierta.

La irritación contra el gobernador Khalid en toda la provincia era extrema. «He ahí, dicen, lo que sucede por enviar contra el enemigo un joven de dudoso valor, en lugar del noble y leal

Mohallab, el héroe, que, gracias a su gran experiencia, sabe prevenir y salir de todos los peligros.» Se resignaba Khalid a escuchar estos reproches como se había acostumbrado a pensar en la vergüenza de su hermano; pero si era poco susceptible en puntos de honor, le importaba mucho en cambio su destino, y sobre todo, su vida, por lo que esperaba con ansiedad creciente la llegada del correo de Damasco. Sintiendo, como es propio de los débiles, la necesidad de que otro más enérgico le confortase, mandó llamar a Mohalab y le preguntó:

—¿Qué pensáis que Abdalmelic hará conmigo?

— Destituiros, le respondió lacónicamente el general, que le guardaba demasiado rencor para que procurase calmar sus inquietudes.

—¿Y no tendré que temer otra cosa peor, a pesar de ser su pariente?, replicó Khalid.

—Seguramente, repuso Mohalab con indiferencia, porque apenas sepa el Califa que vuestro hermano Abdalazis ha sido vencido por los no-conformistas de la Persia sabrá también que a vuestro hermano Omeya lo han derrotado los de Bahréin.

El tan temido correo llegó al cabo con una carta para Khalid. En ella le reprochaba amargamente Abdalmelic su ridícula y culpable conducta y concluía diciéndole: «A castigaros como mereces, os haría experimentar mi resentimiento de un modo más duro, pero quiero acordarme de nuestro parentesco, y por esta razón me limito a destituiros.»

En reemplazo de Khalid nombró el Califa para el gobierno de Basora a su propio hermano Bichr, ya Gobernador de Cufa, ordenándole que entregase el mando de las tropas a Mohalab y que lo reforzara con ocho mil hombres de Cufa. Era imposible en aquellas circunstancias una elección más infeliz. Caisita exagerado y violento, como se ha visto por lo anteriormente referido, Bichr odiaba igualmente a todas las tribus yemenitas, y detestaba a Mohalab, jefe natural de esta raza en el Irak. Por eso, al recibir la orden del Califa, tuvo un acceso de furor y juró que exterminaría a Mohalab. Su primer ministro Muza-ibn-Nozair, el futuro conquistador de España, tuvo no poco que trabajar para calmarlo, y se apresuró a escribir al general aconsejándole suma prudencia, que se confundiera con la multitud para saludar a Bichr cuando entrara en Basora; pero que no se presentara en la audiencia. Mohallab siguió sus consejos.

Llegado al palacio de Basora, Bichr dio audiencia a los principales de la ciudad, y notando la falta de Mohalab, preguntó la causa. «El general os ha saludado en el camino, confundido con la multitud, le respondieron, pero se siente indispuesto y no ha podido venir a presentaros sus respetos.» Bichr creyó entonces haber hallado en la indisposición del general un excelente pretexto para escusarse de ponerlo al frente de las tropas. Sus aduladores no dejaron de decirle que siendo gobernador a él correspondía el derecho de nombrar general, pero no osando desobedecer la orden terminante del Califa tomó el partido de enviarle algunas personas encargadas de entregarle una carta en que le manifestaba que Mohallab estaba enfermo, pero que había en el Irak otros generales capaces de ocupar su puesto.

Cuando esta delegación llegó a Damasco, Abdalmelic tuvo una entrevista privada con Ibn-Hakim, que era su líder, y le dijo:

—Sé que eres de una gran probidad y de una inteligencia poco común; así que dime francamente quién es, en tu opinión, el general que posee los talentos y las cualidades necesarias para llevar esta guerra a buen término.

Aunque no era yemenita, Ibn-Hakim respondió sin vacilar que era Mohalab.

—Pero está enfermo, dijo el Califa.

—No es su enfermedad, respondió Ibn-Hakim con una sonrisa maligna, lo que le impedirá tomar el mando.

—Ah, comprendo, dijo el Califa; Bichr quiere seguir los pasos de Khalid.

E inmediatamente le escribió para ordenarle, en tono imperioso y absoluto, que pusiera a Mohalab, y a ningún otro, al frente de las tropas.

Bichr obedeció, pero de muy mala gana. Mohalab le entregó la lista de los soldados que deseaba alistar, tachó los nombres de los más valientes; luego, antes de convocar a Ibn-Mikhnaf, general de las tropas auxiliares de Cufa, le dijo: “Sabes que te estimo y que confío en ti. Pues bien, si quieres conservar mi amistad, haz lo que te digo: desobedece todas las órdenes que te dé este bárbaro de Omán y haz que todas sus medidas acaben en un miserable fiasco”. Ibn-Mikhnaf hizo una reverencia, que Bichr tomó como señal de asentimiento; pero se había dirigido a sí mismo equivocadamente. De la misma raza y, lo que, es más, de la misma tribu que Mohallab, Ibn-Mikhnaf no deseaba desempeñar con él el odioso papel que el gobernador le había destinado, y cuando hubo abandonado el palacio: “Seguramente ha perdido la cabeza, *este chiquillo* -dijo a sus amigos-, ya que me cree capaz de traicionar al jefe más ilustre de mi tribu”.

El ejército entró en campaña, y Mohallab, aunque privado de sus mejores oficiales y de sus soldados más valientes, consiguió sin embargo hacer retroceder a los inconformistas primero del Éufrates, luego del Ahwaz y después de Ram-Hormoz; pero entonces la brillante serie de sus victorias se vio bruscamente interrumpida por la noticia de la muerte de Bichr. Su muerte hizo por él lo que había sido incapaz de hacer en vida. Causó un desorden espantoso durante todo el año. Al considerar egoístamente que la guerra sólo concernía a los árabes de Bacra, los soldados de Cufa se rebelaron contra su general Ibn-Mikhnaf y desertaron en masa para regresar a sus hogares. La mayoría de los soldados de Bacra siguieron su ejemplo. Nunca en una guerra tan larga y tenaz el peligro había sido más inminente. Irak estaba sumido en la más completa anarquía; no existía la menor sombra de autoridad o disciplina. El lugarteniente de Bichr en Cufa había amenazado a los desertores con la muerte si no regresaban a sus puestos: lo único que hacían era volver a sus ciudades, y no se trataba de castigarlos. Pronto los inconformistas aplastarían al puñado de valientes que habían permanecido fieles a las banderas de Mohallab, romperían todas las viejas barreras e inundarían Irak. Los desgraciados que habían caído en sus manos durante la derrota de Abdulaziz habían sido encerrados en una bodega subterránea y dejados morir de hambre, y quién sabe si no estaban preparando un destino similar para todos los paganos de la provincia.

Todo dependía del nuevo gobernador. Si la elección del califa era errónea, como lo habían sido todas las suyas hasta entonces, Irak estaba perdido.

Abdalmelic nombró a Haddjadj.

Éste, que se encontraba entonces en Medina, no bien recibió su nombramiento partió hacia Cufa, acompañado por sólo doce personas (diciembre de 694). Cuando llegó allí, se dirigió directamente a la mezquita, donde la gente, ya advertida de su llegada, se había reunido. Entró con la espada al cinto, el arco en la mano, la cabeza semioculta por la ancha línea de musgo de su turbante, subió al púlpito y durante largo rato dirigió su mirada débil e insegura (pues era miope) al público, sin pronunciar palabra. Tomando este prolongado silencio por timidez, los iraquíes se indignaron, y como eran, si no valientes en la acción, al menos muy insolentes en las palabras, sobre todo cuando se trataba de insultar a un gobernador, ya se decían: "¡Que Dios confunda a los Omeyas, ya que han confiado el gobierno de la provincia negra a semejante imbécil!". Uno de los más audaces ya se ofrecía a tirarle una piedra a la cabeza cuando Haddjadj rompió de repente el silencio que tan obstinadamente había mantenido hasta entonces. Audaz innovador tanto en elocuencia como en poesía, no comenzó con las fórmulas habituales en honor de Dios y del Profeta. Levantándose el turbante que le cubría el rostro, empezó a recitar este verso de un poeta antiguo:

—Yo soy el sol naciente. Rompo todos los obstáculos. Para que la gente me conozca, sólo tengo que revelarme.

Luego continuó con voz lenta y solemne:

—Veo muchas cabezas maduras para la cosecha... y el cosechador seré yo... Entre los turbantes y las barbas que cubren los pechos, veo sangre... sangre...

Y, poco a poco, volviendo a la vida:

—Por Dios, iraquíes, dijo, no dejo que las miradas amenazadoras me ahuyenten. No soy como esos camellos a los que hacen galopar panza abajo, asustados por el ruido de un odre vacío y seco. Igual que se examina la boca de un caballo para determinar su edad y si es apto para el trabajo, se examinó la mía y se descubrió que tenía las muelas del juicio.

—El Comandante de los Creyentes sacó las flechas de su carcaj, las extendió ante él y las examinó cuidadosamente, una por una. Cuando las hubo probado todas, juzgó que la más dura y difícil de quebrar era yo. Por eso me envió a ti .... Hace ya mucho tiempo que sigues el camino de la anarquía y de la rebelión; pero te juro que te haré lo que se hace con los arbustos espinosos que se quieren utilizar como leña, y que se enrollan en una cuerda y luego se cortan; te golpearé de la misma manera que los pastores golpean a los camellos que se han quedado en los pastos cuando los demás ya han regresado. Y sabedlo bien: lo que digo, lo hago; los planes que he hecho, los llevo a cabo; una vez que he trazado la forma de una sandalia sobre el cuero, corto con audacia.

—El Comandante de los Creyentes me ha ordenado que te pague tu salario y te envíe al teatro de la guerra, donde lucharás bajo las órdenes de Mohalab. Os daré tres días para hacer los preparativos, y juro por todo lo más sagrado que, cuando expire este plazo, cortaré la cabeza a todos los que no abandonen.

—Y ahora, joven, léeles la carta del comandante de los Creyentes.

El joven leyó estas palabras: “En nombre de Abdelmelic, el Comandante de los Creyentes, a todos los musulmanes de Cufa; ¡saludos a vosotros!”.

Era costumbre que el pueblo respondiera a esta forma de dirigirse con las palabras: “y saludos al comandante de los Creyentes”. Pero esta vez el pueblo guardó un hosco silencio. Aunque instintivamente sentían que habían encontrado un maestro en este orador cuyo discurso era brusco y entrecortado, pero vistoso y nervioso, seguían sin querer ponerse de acuerdo consigo mismos.

“¡Alto!”, dijo Haddjadj al lector. Luego, dirigiéndose de nuevo al pueblo: “¿Cómo es, gritó, que el comandante de los Creyentes os saluda y no le respondéis nada? Por Dios, os daré una lección de cortesía…. Empieza de nuevo, joven”.

Al pronunciar estas sencillas palabras, Haddjadj había puesto en su gesto, en los rasgos de su rostro, en el sonido de su voz, una expresión tan amenazadora y terrible, que, cuando el lector volvió a pronunciar las palabras *salud a todos*, toda la asamblea gritó a una sola voz: “Salud al comandante de los Creyentes”.

Los mismos medios, el mismo éxito en Bacra. Varios habitantes de esta ciudad, informados de lo que había ocurrido en Cufa, ni siquiera esperaron la llegada del nuevo gobernador para ir a unirse al ejército de Mohallab, y este general, gratamente sorprendido por el celo tan inusitado de los iraquíes, exclamó en el arrebato de su alegría: “¡Dios sea alabado! Por fin ha llegado un hombre a Irak”. Pero ¡ay de quien se atreviera a mostrar alguna vacilación o el menor atisbo de resistencia, pues Haddjadj contaba muy poco la vida de un hombre! Dos o tres personas lo demostraron a su costa.

Sin embargo, si Haddjadj pensaba que había ganado la partida, se equivocaba. Un poco recuperados del susto inicial, los iraquíes se sonrojaron por haberse dejado intimidar y aturdir como niños por el maestro de escuela, y justo cuando Haddjadj dirigía una división de tropas hacia Mohallab, una disputa por la paga se convirtió en la señal de un motín que pronto adquirió el formidable aspecto de una revuelta. Los rebeldes exigieron la destitución de Abdalmelic y amenazaron con derrocarlo ellos mismos si se negaba. Abandonado por todos, excepto por sus padres, sus amigos íntimos y los sirvientes de su casa, Haddjadj vio cómo los rebeldes saqueaban a sus esclavos y secuestraban a sus esposas; si no los hubiera contenido el miedo al califa, lo habrían matado. Sin embargo, no vaciló ni un instante. Rechazando con indignación el consejo de sus amigos que querían que entablara negociaciones con los rebeldes, dijo con orgullo y como si controlara la situación: “No lo haré hasta que me entreguen a sus jefes”. Con toda probabilidad, habría pagado con su vida su inflexible obstinación si, en ese momento crítico, los caisitas le hubieran abandonado a su suerte; pero ya habían encontrado en él su esperanza, su apoyo, su líder; habían comprendido que, siguiendo el curso de acción que él les había trazado, se levantarían de su humillación y volverían al poder. Tres jefes caisitas, entre ellos el valiente Cotaiba ibn-Moslim, acudieron en su ayuda; una contribución de Mohalab y un jefe teminita descontento con los rebeldes siguieron su ejemplo, y en cuanto Haddjadj vio a seis mil hombres reunidos a su alrededor, obligó a los rebeldes a aceptar la batalla. Por un momento estuvo a punto de perderla, pero tras conseguir reunir a sus tropas y matar de un flechazo al jefe de los rebeldes, obtuvo la victoria, que hizo completa

y decisiva gracias a su clemencia con los vencidos: Les prohibió ser perseguidos, les concedió la amnistía y se contentó con enviar al campamento de Mohallab las cabezas de diecinueve jefes rebeldes, muertos en la batalla, para que sirvieran de advertencia a aquellos que pudieran sentir en su corazón el deseo de sublevarse. Por primera vez, los caisitas, que solían ser los instigadores de todas las rebeliones, habían apoyado al gobierno, y una vez que emprendieron este camino, lo siguieron con determinación; sabían que era la única manera de rehabilitarse en la mente del califa.

Tras restablecer el orden, a Haddjadj sólo le quedaba un pensamiento: excitar y estimular a Mohallab, de quien sospechaba que prolongaba la guerra en beneficio propio. En su natural impetuosidad, mezclando las malas medidas con las buenas, le escribió carta tras carta, le reprochó duramente lo que él llamaba su lentitud, su inacción y su cobardía, amenazó con hacerlo ejecutar o al menos destituirlo, y envió al campamento un empleado tras otro. Pertenecientes a la raza del gobernador y poseídos de un furor por dar consejos, sobre todo cuando no se los pedían, estos comisarios creaban a veces desorden en el ejército y huían a la batalla. Pero el objetivo estaba cumplido. Aún no habían pasado dos años desde que Haddjadj había sido nombrado para gobernar Irak, cuando los inconformistas depusieron las armas (hacia finales de 696).

Nombrado virrey de todas las provincias orientales, como recompensa por sus fieles y útiles servicios, Haddjadj tenía aún muchas revueltas que sofocar; pero las sofocó todas; y a medida que fortalecía la corona sobre la cabeza de su soberano, levantaba a su raza del estado de abajamiento en que había caído, e intentaba reconciliarla con el califa. Lo consiguió sin demasiadas dificultades. Obligado a confiar en los kelbitas o en los caisitas, la elección del califa no podía ser dudosa. Los reyes suelen tener poco gusto por aquellos que, habiendo contribuido a su encumbramiento, pueden reclamar su gratitud. Los servicios que habían prestado habían inspirado en los kelbitas un orgullo que llegó a ser inoportuno; en cada oportunidad recordaban al califa que, sin ellos, ni él ni su padre habrían ascendido al trono; lo consideraban como su obligado, es decir, como su criatura y su propiedad. Por su parte, los caisitas, deseosos de hacerle olvidar a toda costa que habían sido enemigos de su padre además de los suyos propios, solicitaron sus favores de rodillas y obedecieron ciegamente cada una de sus palabras y gestos. Se impusieron y suplantaron a sus rivales.

Los kelbitas deshonrados gritaron. El poder del Califa estaba entonces demasiado firmemente establecido para que se rebelaran contra él; pero sus poetas le reprocharon amargamente su ingratitud y no le ahorraron las amenazas. Esto es lo que dijo Djauwas, el padre de Sad a quien más tarde veremos perecer en España, víctima del odio de los caisitas:

—¡Abdelmelic! No nos has recompensado, a nosotros que hemos combatido bravamente por tí, y que te hemos procurado el goce de los bienes de este mundo. ¿Te acuerdas de lo que pasó en Djabia en el Djaulan? Si Ibn-Bahdal no hubiera asistido a la reunión que allí se tuvo, tú vivirías ignorado y ninguno de tu familia recitaría en la mezquita las oraciones públicas. Y, sin embargo, así que has obtenido el poder supremo, y te encuentras sin competidor, nos has vuelto las espaldas y poco falta para que nos trates como a enemigos. ¡No se diría que ignoras que los tiempos pueden traer extrañas revoluciones!

Y en otro poema:

—¡La familia de Omeyas nos ha hecho teñir nuestras lanzas en la sangre de sus enemigos, y ahora no quiere que participemos de su fortuna! ¡Familia de los Omeyas! Nosotros hemos combatido con nuestras lanzas y nuestras espadas, de escuadrones innumerables de fieros guerreros que lanzaban un grito de guerra que no era el vuestro, hemos apartado el peligro que os amenazaba. Acaso Dios recompense nuestros servicios y el haber afirmado ese trono; pero ciertamente la familia de los Omeyas no nos recompensará. Extranjeros, vosotros venís del Hidjaz, de un país que el Desierto separa enteramente del nuestro, y la Siria no os conocía a ninguno. Al mismo tiempo los Caisitas marchaban contra vosotros, el odio brillaba en sus pupilas y su bandera flotaba en los vientos....

Otro poeta kelbita, uno de los que habían cantado antes la victoria de la Pradera, dirigió estos versos a los Omeyas:

— En un tiempo en que no tenías trono, arrojamos del trono de Damasco a quienes se habían atrevido a sentarse en él, y te lo dimos. En muchas batallas te hemos dado pruebas de nuestra devoción, y en la de la Pradera sólo debiste tu victoria a nuestra poderosa ayuda. Así que no paguéis nuestros buenos y alegres servicios con ingratitud; antes, fuisteis buenos con nosotros: guardaos de convertiros en tiranos con nosotros. Incluso ante Merwan, cuando los ojos de un emir omeya estaban cubiertos de preocupaciones como con un tupido velo, rasgamos ese velo, de modo que vio la luz; cuando ya estaba a punto de sucumbir y rechinaba los dientes, le salvamos, y todo gozoso gritó entonces: ¡Dios es grande! Cuando el Caisita se jacte, recuérdale la valentía que demostró en el campo de Dhahhac, al este de Djaubar. Allí ningún caisita se comportó como un hombre de buen corazón: ¡todos, montados en sus caballos alazanes, buscaron su salvación en la huida!

Quejas, murmullos, amenazas, nada ayudaba a los kelbitas. La época de su grandeza había pasado, y había pasado para siempre. Es cierto que la política de la corte podía cambiar, y que más tarde cambió, y que los kelbitas siguieron desempeñando un papel importante, especialmente en África y España; pero nunca volvieron a ser lo que habían sido bajo Merwan, la más poderosa de las tribus yemeníes. Este rango pertenecía ahora a los Azd; la familia de Mohalab había suplantado a la de Ibn-Bahdal. Al mismo tiempo, la lucha, sin perder un ápice de su vivacidad, adquirió proporciones más amplias: a partir de entonces, los caisitas tuvieron como enemigos a todos los yemeníes.

El reinado de Walid, que sucedió a su padre Abdelmelic en 705, puso fin al poder de los caisitas. “Hijo mío”, le dijo Abdelmelic en su lecho de muerte, “ten siempre el más profundo respeto por Haddjadj; es a él a quien debes el trono, es tu espada, es tu mano derecha, y le necesitas más que él a ti”. Walid nunca olvidó esta recomendación. “Mi padre solía decir: Haddjadj es la piel de mi frente; pero yo digo: Haddjadj es la piel de mi cara”. Estas palabras resumen todo su reinado, que fue más fértil que ningún otro en conquistas y gloria militar, pues fue entonces cuando el caisita Cotaiba plantó estandartes musulmanes en las murallas de Samarcanda, cuando Mohammed ibn-Casim, primo de Haddjadj, conquistó la India hasta los pies del Himalaya, y en el otro extremo del imperio, los yemenitas, tras completar la conquista del norte de África, anexionaron España al vasto Estado fundado por el Profeta de

La Meca. Pero fue una época desastrosa para los yemeníes, especialmente para los dos hombres más destacados, aunque no los más respetables, de este partido: Yazid, hijo de Mohalab, y Musa, hijo de Nozair. Para su desgracia, Yazid, jefe de su casa desde la muerte de su padre, había proporcionado pretextos muy plausibles para el odio de Haddjadj. Como todos los miembros de su familia, la más liberal de todas bajo el reinado de los Omeyas, al igual que los Barmecidas lo habían sido bajo el de los Abasíes, sembró el dinero tras sus pasos y, deseoso de ser feliz y de que todos lo fueran con él, derrochó su fortuna en placeres, en su amor por las artes y en la imprudente largueza de su munificencia aristocrática. Se cuenta que una vez, cuando iba a peregrinar a La Meca, dio mil monedas de plata a un barbero que acababa de afeitarle. Asombrado por haber recibido una recompensa tan considerable, el barbero exclamó en su alegría: "Me voy ahora mismo a rescatar a mi madre de la esclavitud". Conmovido por su amor filial, Yezid le dio otras mil monedas. "Me condeno a repudiar a mi mujer", dijo enseguida el barbero, "si en mi vida afeito a otra persona". Y Yazid le dio otras dos mil monedas. Se cuentan de él multitud de historias semejantes, todas las cuales demuestran que el oro fluía como el agua entre sus dedos pródigos; pero como no hay fortuna, por enorme que sea, que resista a la prodigalidad llevada hasta la locura, Yazid se había visto obligado, para escapar de la ruina, a usurpar la parte del Califa. Condenado por Haddjadj a devolver seis millones al tesoro, y sólo capaz de pagar la mitad de esa suma, fue arrojado a una mazmorra y cruelmente torturado. Al cabo de cuatro años, logró escapar con dos de sus hermanos que compartían su cautiverio, y mientras Haddjadj, creyendo que habían ido a iniciar una revolución en Jorasán, enviaba cartas a Cotaiba ordenándole que se mantuviera en guardia y sofocara la revuelta en sus inicios. Guiados por un kelbita, atravesaron el desierto de Samawa para implorar la protección de Solimán, hermano del califa, heredero del trono en virtud de los arreglos hechos por Abdelmelic, y líder del partido yemení. Solimán juró que mientras él viviera, los hijos de Mohallab no tendrían nada que temer, se ofreció a pagar al tesoro los tres millones que Yazid no había podido pagar, pidió el perdón de Yazid y sólo lo obtuvo con gran dificultad y mediante una especie de golpe teatral. Desde entonces, Yazid ha permanecido en el palacio de su protector, esperando el momento en que su partido volviera al poder; y cuando le preguntaron por qué no compraba una casa: "¿Qué haré con ella?", respondió; "Pronto tendré una que no abandonaré jamás: un palacio de gobernador si Solimán se convierte en califa, una prisión si no lo hace."

El otro yemenita, el conquistador de España, no era, como se conocía a Yazid, de ilustre linaje. Era un liberto, y si pertenecía a la facción entonces en desgracia, era porque su patrón, el príncipe Abdalazis, hermano del califa Abdelmelic y gobernador de Egipto, estaba calurosamente unido, como hemos visto, a la causa de los kelbitas, porque su madre era de esa tribu. Ya durante el reinado de Abdelmelic, cuando aún era recaudador de impuestos en Bacra, Musa era culpable de malversación de fondos. El califa se percató de ello y ordenó a Haddjadj que lo arrestara. Advertido a tiempo, Musa huyó a Egipto, donde imploró la protección de su mecenas. Éste lo acogió bajo su protección y acudió a los tribunales para zanjar el asunto. El califa exigió cien mil monedas de oro como indemnización, Abdalaziz pagó la mitad de esa suma y, posteriormente, nombró a Musa para el gobierno de África, ya que en aquella época el gobernador de esa provincia era nombrado por el gobernador de Egipto. Una vez conquistada España, Musa, atiborrado de riquezas y en la cima de la gloria y el poder, continuó

usurpando la parte del Califa con la misma audacia que antes. Es cierto que todo el mundo en las finanzas hacía negocios en aquella época; la culpa de Musa era que hacía más negocios que nadie y que no pertenecía al partido dominante. Desde hacía algún tiempo, Walid no perdía de vista sus procedimientos, por lo que le ordenó que acudiera a Siria para dar cuenta de su gestión. Durante todo el tiempo que pudo, Musa eludió esta orden; pero, obligado al fin a obedecerla, abandonó España y, al llegar a la corte, trató de aplacar la cólera del califa ofreciéndole magníficos regalos. Todo fue en vano. El odio, largamente acumulado, de sus compañeros, de Taric, Moghith y otros, se desbordó; le abrumaron con acusaciones que fueron demasiado bien recibidas, y el gobernador infiel fue vergonzosamente expulsado de la sala de audiencias. El Califa no pensó en otra cosa que en condenarlo a muerte; pero, como algunas personas de consideración, que Musa se había ganado a fuerza de dinero, pidieron y obtuvieron que se le permitiera vivir, se contentó con imponerle una multa muy considerable.

Poco después, Walid expiró, dejando el trono a su hermano Solimán. La caída de los Caisitas fue inmediata y terrible. Haddjadj ya no existía. “Alah, concédeme morir ante el comandante de los creyentes, y no me des como gobernante a un príncipe que no me muestre piedad”; tal había sido su plegaria y Dios la había atendido; pero sus clientes, sus criaturas, sus amigos seguían teniendo todos los puestos: fueron depuestos inmediatamente y sustituidos por yemenitas. Yazid ibn-abi-Moslim, liberto y secretario de Haddjadj, perdió el gobierno de Irak y fue arrojado a una mazmorra, de la que no salió hasta cinco años más tarde, al advenimiento del califa caisita Yazid II, para convertirse inmediatamente en gobernador de África, tales eran los rápidos reveses de la fortuna en aquella época. Más desafortunado que él, el intrépido Cotaiba fue decapitado, y el ilustre conquistador de la India, Mohammed ibn-Casim, primo de Haddjadj, murió torturado, mientras que Yazid, hijo de Mohallab, que bajo el reinado anterior había estado a punto de sufrir la misma suerte, disfrutaba de un poder ilimitado como favorito de Solimán.

Sólo Musa no se benefició del triunfo del partido al que pertenecía. Con la vana esperanza de ganarse el favor de Walid, había ofendido gravemente a Solimán. Cuando Musa llegó a Siria, Walid estaba ya tan peligrosamente enfermo que su muerte parecía inminente, y Solimán, que codiciaba él mismo los ricos regalos que Musa iba seguramente a ofrecer a Walid, había pedido al gobernador que retrasara su viaje para que no llegara a Damasco hasta que su hermano hubiera muerto y él mismo hubiera sido instalado en el trono. Como Musa no había accedido a esta petición y, en consecuencia, los hijos de Walid habían heredado los regalos que éste había hecho a su padre, Solimán le guardó rencor; por ello no le pagó la multa a la que había sido condenado y que, además, podía pagar fácilmente con la ayuda de sus numerosos clientes en España y de los miembros de la tribu de Lakhm, a la que pertenecía su esposa. Solimán no llevó su venganza más lejos. Existe, en efecto, un reguero de leyendas sobre el destino de Musa, algunas más conmovedoras que otras, pero fueron inventadas por novelistas en un momento en que la posición de las partes en el siglo VIII había sido completamente olvidada, y cuando ya no se recordaba que Musa gozaba, como atestigua un autor tan antiguo como digno de confianza, de la protección y la amistad de Yazid, hijo de Mohallab, el todopoderoso favorito de Solimán. Ninguna razón, ni siquiera especiosa, puede autorizar estos rumores indignos, que no se basan en ninguna autoridad respetable y que se oponen directamente al relato detallado de un autor contemporáneo.

Por una excepción única en la historia de los Omeyas, el sucesor de Solimán, Omar II, no era un hombre de partido: era un pontífice respetable, un hombre santo que aborrecía los gritos de discordia y de odio, que daba gracias a Dios por no haberle hecho vivir en la época en que los santos del Islam, cuando Alí, Aisha y Muawiya luchaban contra él, y que no quería ni oír hablar de estas luchas desastrosas. Preocupado sólo por los intereses religiosos y la propagación de la fe, recuerda a aquel excelente y venerable pontífice que dijo a los florentinos: "¡No seáis ni gibelinos ni güelfos, sed sólo cristianos y conciudadanos!". Omar II no tuvo más éxito que Gregorio X en la realización de su generoso sueño. Yazid II, que le sucedió y que se había casado con una sobrina de Haddjadj, era caisita. Después subió al trono Hicham. Al principio favoreció a los yemenitas y, habiendo sustituido a varios gobernadores que su predecesor había nombrado por hombres de esta facción, permitió que los que habían ascendido al poder persiguieran cruelmente a los que acababan de perderlo; pero cuando, por razones que explicaremos más adelante, se declaró partidario de la otra parte, los caisitas se vengaron, sobre todo en África y España.

Como la población árabe de estos dos países era casi exclusivamente yemenita, solían ser bastante pacíficos cuando estaban gobernados por hombres de esta facción; pero bajo los gobernadores caisitas, se convirtieron en el escenario de la violencia más atroz. Así sucedió tras la muerte de Bichr el Kelbita, gobernador de África. Antes de exhalar su último suspiro, este Bichr había confiado el gobierno de la provincia a uno de sus colaboradores, quien se lisonjeó, al parecer, de que el califa Hicham le nombraría gobernador de una vez por todas. Sus esperanzas se vieron defraudadas: Hicham nombró gobernador al caisita Obaida, de la tribu de Solaim. El kelbita fue informado de ello; pero se creyó lo bastante poderoso como para poder sostenerse con las armas en la mano.

Era una mañana de viernes de junio o julio del año 728. El kelbita acababa de vestirse y se disponía a ir a la mezquita para dirigir la oración pública, cuando, de repente, sus amigos entraron corriendo en su habitación, gritando: "¡El emir Obaida acaba de entrar en la ciudad!". Aturdido por el golpe, el kelbita, sumido al principio en un estupor mudo, sólo recobró el habla para exclamar:

"¡Sólo Dios es poderoso! La hora del Juicio Final también llegará inesperadamente". Sus piernas se negaron a sostenerle; helado de miedo, cayó al suelo.

Obaida se había dado cuenta de que, si quería que se reconociera su autoridad, tendría que tomar la capital por sorpresa. Por suerte para él, Cairawan no tenía murallas y, caminando con sus caisitas por rutas tortuosas y en el más profundo silencio, había entrado de improviso, mientras los habitantes de la ciudad seguían pensando que estaba en Egipto o en Siria.

Dueño de la capital, reprimió a los kelbitas con una crueldad sin igual. Tras hacerlos encerrar en las mazmorras, los torturó y, para satisfacer la codicia de su soberano, les arrancó sumas inauditas.

Luego llegó el turno de España, país cuyo gobernador era nombrado entonces por el gobernador de África, pero que hasta entonces sólo había obedecido una vez a un Caisita. Tras fracasar en sus primeros intentos, Obaida envió allí en abril de 729 al caisita Haitham, de la tribu de Kilab, amenazando a los árabes de España con los castigos más severos si se atrevían

a oponerse a las órdenes de su nuevo gobernador. Los yemeníes murmuraron, tal vez incluso conspiraron contra el Caisita; al menos éste así lo creyó y, siguiendo instrucciones secretas de Obaida, hizo encarcelar a los líderes de este partido, les arrancó la confesión de un complot mediante horribles torturas e hizo que les cortaran la cabeza. Entre sus víctimas había un kelbita que, por su ilustre origen, su riqueza y su elocuencia, gozaba de gran estima; era Sad, hijo de aquel Djauwas que, en sus versos, había reprochado con tanta energía al califa Abdelmelic su ingratitud hacia los kelbitas, cuya valentía en la batalla de la Pradera había decidido el destino del imperio y procurado el trono a Merwan. El suplicio de Sad hizo estremecerse de indignación a los kelbitas, y algunos de ellos, como Abrach, secretario de Hicham, que no había perdido toda influencia en la corte, lo aprovecharon tan bien que el califa accedió a enviar a España a un tal Mohammed, con órdenes de castigar a Haitham y dar el gobierno de la provincia al yemenita Abderramán al-Ghafiki, que gozaba de una gran popularidad. Cuando Mahoma llegó a Córdoba, no encontró a Abderramán, que se había escondido para huir de las persecuciones del tirano; pero cuando hizo detener a Haitham, mandó que lo golpearan con una correa y le afeitaran la cabeza, lo que equivalía entonces al castigo del destierro; luego, tras hacerlo cargar con hierros y colocarlo en un asno, con la cabeza hacia atrás y las manos atadas a la espalda, ordenó que lo pasearan por la capital. Una vez cumplida esta orden, hizo que lo llevaran a África para que el gobernador de esa provincia decidiera su destino. Pero no se podía esperar que Obaida castigara a su vez a un hombre que sólo había actuado siguiendo las órdenes que él mismo le había dado. Por su parte, el califa creía haber dado suficiente satisfacción a los kelbitas, aunque éstos insistieran aún más en sus exigencias, ya que la muerte de Sad sólo podía expiarse, según las ideas árabes, con la de su asesino. Por ello, Hicham envió a Obaida una orden tan ambigua que pudo interpretarla en beneficio de Haitham. Esto supuso una gran decepción para los kelbitas, pero no se dejaron desanimar, y uno de sus jefes más ilustres, Abul-Jattar, que había sido íntimo amigo de Sad y que, en la prisión donde Obaida lo había arrojado, había acumulado tesoros de odio contra este tirano, y contra los caisitas en general, compuso este poema destinado a ser entregado al Califa:

—Permites que los Caisitas derramen nuestra sangre, hijo de Merwan; pero si persistes en negarte a hacernos justicia, apelaremos al juicio de Dios, que será más justo con nosotros. Parece que has olvidado la batalla de la Pradera y que no sabes quién te dio entonces la victoria; sin embargo, fueron nuestros pechos los que usaste como escudos contra las lanzas enemigas, y entonces sólo nos tenías a nosotros por jinetes y fantasmas. Pero desde que has alcanzado la meta de tus deseos, y gracias a nosotros nadas en delicias, finges no reparar en nosotros; así es como, desde que te conocemos, has actuado constantemente con nosotros. Pero también, cuidado con entregarte a una seguridad engañosa cuando la guerra se reaviva y sientes que tu pie resbala en tu escalera de cuerda; puede ser entonces que las cuerdas que creías sólidamente retorcidas, se desenrosquen.... Esto ha ocurrido muchas veces....

Fue el kelbita Abrach, secretario de Hicham, quien se encargó de recitarle estos versos; y la amenaza de guerra civil tuvo tal efecto en el califa que inmediatamente pronunció la destitución de Obaida, gritando con ira fingida o real: “¡Que Dios maldiga a este hijo de mujer cristiana, que no ha cumplido mis órdenes!”

CAPÍTULO X.

La lucha entre Yemenitas y Caisitas, no dejó de influir en la suerte de los pueblos vencidos, porque respecto a ellos y principalmente en lo que concierne a las contribuciones, cada uno de los bandos profesaba diversos principios, y en esto como en muchas otras cosas, Haddjadj era quien había trazado la ruta a su partido. Se sabe que en virtud de las disposiciones de la ley los cristianos y los judíos que viven bajo la dominación musulmana quedan dispensados una vez que abrazan el islam de pagar al tesoro la capitación impuesta a los que perseveran en la fe de sus antecesores. Gracias a este cebo ofrecido a la avaricia, la religión musulmana recibía en su gremio cada día una porción de conversos, que, sin estar enteramente convencidos de la verdad de la doctrina, se preocupaban ante todo del dinero y de los intereses mundanos. Los teólogos se regocijaban de esta rápida propagación de la fe, pero el tesoro sufría enormemente. La contribución del Egipto, por ejemplo, se elevaba aún bajo el califato de Otmán a doce millones, pero pocos años después bajo el califato de Moawiah, cuando la mayor parte de los Coptos abrazaron el islamismo descendió a cinco. En el de Omar II, bajó más aun, pero el piadoso Califa no se inquietaba por ello, y cuando uno de sus lugartenientes le envió este mensaje: «Si este estado de cosas se prolonga en el Egipto, todos los infieles se harán musulmanes y se perderán así las rentas que producen al tesoro del Estado», le respondió: «Sería feliz si todos los infieles se hicieran musulmanes, pues que Dios ha enviado a su Profeta como apóstol no como colector de impuestos.» Haddjadj pensaba de otro modo. Se interesaba poco por la propagación de la fe, y estaba obligado a llenar el tesoro para conservar la gracia del Califa. No concedió pues a los nuevos musulmanes del Irak la exención del tributo. Los Caisitas imitaban constantemente y donde quiera el ejemplo que se les había dado y trataban además a los vencidos, musulmanes o no, con insolente desdén y con extrema dureza. Los Yemenitas por el contrario si no se conducían con estos desgraciados con más equidad y dulzura cuando se hallaban en el poder, asociaban, por lo menos en la oposición, su voz a la de los oprimidos para condenar el espíritu fiscal que animaba a sus rivales. Por eso los pueblos vencidos, cuando veían subir al poder a los Yemenitas, se prometían días tejidos con seda y oro; pero sus esperanzas fueron burladas muchas veces, que no fueron los Yemenitas los primeros ni los últimos liberales que hayan experimentado que es fácil cuando se está en la oposición gritar contra los impuestos, exigir la reforma del sistema financiero, prometerla para cuando se les llame a la dirección de los negocios y que cuando se ha llegado a ella, es difícil cumplir lo prometido. «Me hallo en una situación dificilísima, decía el jefe de los Yemenitas, Yezid hijo de Mohalab, cuando Solimán le nombró gobernador del Irak; toda la provincia tiene su esperanza en mí, me maldecirá como ha maldecido a Haddjadj si la obligo a pagar los mismos tributos que antes; pero por otra parte descontentaré a Solimán, sino recibe tantas contribuciones como recibía su hermano cuando Haddjadj era el gobernador.» Para salir de este apuro, recurrió a un expediente bastante original. Habiendo declarado al Califa que no podía encargarse de recaudar los impuestos, le hizo tomar la resolución de confiar esta odiosa tarea, a un hombre del partido que acababa de caer.

No puede negarse que hubiera entre los Yemenitas hombres extremadamente flexibles, que transigían sin trabajo con sus principios, y que, para conservar sus destinos, servían a sus

señores yemenitas o caisitas con una adhesión sin igual y una docilidad a toda prueba. El Kelbita Bichr, puede ser considerado como el tipo de esta especie de hombres menos raros, a medida que las costumbres se corrompían y que el amor a la tribu cedía a la ambición y a la sed de riquezas. Nombrado gobernador de África por el Caisita Yezid II, Bichr envió a España a uno de sus recaudadoras llamado Ambeza, que hizo pagar dobles impuestos a los cristianos del país, pero cuando subió al trono el Yemenita Hixem envió otro de sus recaudadores nombrado Yahya, que restituyó a los cristianos todo lo que se les había exigido injustamente. Un autor cristiano del tiempo llegó a decir, que este «terrible gobernador», (así lo apellidaba) recurrió a medidas «crueles» para obligar a los musulmanes a devolver lo que no les pertenecía.

En general, los Yemenitas eran menos duros que sus rivales para los vencidos, y por consiguiente menos odiosos. El pueblo de África sobre todo, esa mezcla, esa aglomeración de poblaciones heterogéneas que los árabes encontraron establecidas desde el Egipto hasta el Atlántico, y que se designa con el nombre de Berberiscos, tenía por ellos una señalada predilección. Raza fiera aguerrida y celosa de su libertad, bajo muchos aspectos, como ya lo había notado Estrabón, los Bereberes se parecían a los árabes. Nómadas en un territorio limitado, como los hijos de Ismael, hacían la guerra del mismo modo, como lo atestigua Muza ibn-Nozair, que tanto contribuyó a someterlos; acostumbrados como ellos a una independencia inmemorial, pues que la dominación romana estuvo de ordinario limitada a la costa, teniendo en fin la misma organización política, la democracia templada por la influencia de las familias nobles, llegaron a ser para los árabes cuando intentaron someterlos, enemigos mucho más temibles que los soldados mercenarios, y los oprimidos súbditos de la Persia y del imperio bizantino. Cada victoria, fue comprada por los agresores con una sangrienta derrota. Cuando ya recorrían en triunfo el país hasta las orillas del Atlántico, se veían envueltos y destrozados por hordas innumerables como las arenas del desierto. «Es imposible conquistar el África, escribía un gobernador al Califa Abdalmelic, apenas una tribu berberisca ha sido exterminada cuando viene otra a ocupar su puesto.» Sin embargo, los árabes a pesar de las dificultades de la empresa y quizá a causa de los mismos obstáculos que encontraban a cada paso, y que el honor les mandaba superar a cualquier precio, se obstinaron en esta conquista con un valor admirable y una tenacidad sin igual. A costa de setenta años de mortífera guerra, se logró la sumisión de los africanos, si por esto se entiende que consintieron en deponer las armas a condición de que no se prevalieran nunca con ellos de los derechos adquiridos, de que se respetara su arrogancia puntillosa, y de que se les tratara, no como vencidos sino como iguales, como hermanos. ¡Infeliz el que tenía la imprudencia de ofenderlos! En su loco orgullo, el Caisita Yezid ibn-abi-Moslín, quiso tratarlos como esclavos; ellos lo asesinaron: y Caisita y todo, el califa Yezid II fue lo bastante prudente para no exigir el castigo de los culpables, y para enviar a un Kelbita a que gobernase la provincia. Menos previsor Hixem, provocó una terrible insurrección que del África se comunicó a España.

Yemenita al principio de su reinado, y por consiguiente bastante popular, había acabado por declararse por los Caisitas, porque los consideraba dispuestos A satisfacer su pasión dominante, la sed de oro. Entregándoles las provincias que ellos sabían escribir tan bien, sacó de ellas más dinero que ninguno de sus antepasados y en cuanto al África, confió su gobierno en el año 734, año y medio después de la destitución de Obaida al Caisita Obaidalah.

Este nieto de un liberto no era un hombre vulgar. Había recibido una educación sólida y brillante, de modo que sabía de memoria los poemas clásicos y el relato de las antiguas guerras. En su adhesión a los Caisitas, había una idea noble y generosa. No habiendo encontrado en Egipto más que dos pequeñas tribus caisitas, hizo traer allí mil trescientas familias pobres de esta raza, y se tomó todo el cuidado posible para hacer prosperar esta colonia. Su respeto para la familia de su patrono, tenía algo de conmovedor: en medio de la grandeza y en el colmo del poder, lejos de avergonzarse de su humilde origen proclamaba públicamente sus obligaciones para con el padre de Ocba, que había liberado de la esclavitud a su abuelo, y cuando siendo el gobernador de África Ocba fue a visitarlo, lo hizo sentar a su lado y le mostró tanto respeto que sus propios hijos, vanos como advenedizos, lo tenían atravesado en la garganta,

—¡Qué!, le dijeron cuando se hallaron a solas con él, hacéis sentar a vuestro lado a ese Beduino en presencia de la nobleza y de los Coraichitas que sin dudase habrán ofendido, ¡y que os exigirán una satisfacción por eso! Tú eres ya viejo y no tendrás que sufrir las consecuencias de esto, porque quizá te arrebate antes la muerte que pueda dañarte la enemistad de alguno, pero tememos que el oprobio caiga sobre nosotros. Además, si lo que ha pasado llega a oídos del Califa ¿no se encolerizará cuando sepa que habéis honrado más a un hombre semejante que a los Coraichitas?

—Tenéis razón, hijos míos, le respondió Obaidalah, no había pensado en ello, y no lo volveré a hacer. A la mañana siguiente hizo venir a Ocba y a los nobles a su palacio. Trató a todos con respeto, pero dio a Ocba el asiento preferente, y sentándose a sus pies hizo venir a sus hijos. Cuando entraron en la sala y se sorprendieron de aquel espectáculo, Obaidallah se levantó, y después de haber glorificado a Dios y a su profeta, refirió a los nobles las palabras que le habían dicho la víspera sus hijos, y continuó en estos términos:

—Tomo a Dios y os tomo a vosotros por testigos, bien que Dios solo basta, de que declaro que ese hombre que veis ahí es Ocba, hijo de Haddjadj, que dio la libertad a mi abuelo, y de que mis hijos han sido seducidos por el demonio, que les ha llenado de soberbia, pero quiero dar a Dios una prueba de que yo al menos no soy culpable de ingratitud, y que sé lo que debo al Eterno y a este hombre. He querido hacer pública esta declaración, porque temo que mis hijos lleguen a renegar los preceptos de Dios desconociendo el derecho de patronato de este hombre y de su padre, lo que haría inevitablemente que fueran malditos de Dios y de los hombres, pues me han contado que dijo el Profeta: “Maldito el que pretende pertenecer a una familia extraña, maldito el que reniega de su patrono”. Y se me ha referido también que Abu-Becr ha dicho: “Desconocer un pariente, aunque sea lejano, o suponerse de una familia a que no se pertenece, es ser ingrato para con Dios”. Hijos míos como yo os quiero tanto como a mí mismo, no he querido exponeros a la maldición de Dios y de los hombres. Me habéis dicho además, que el Califa se irritará conmigo, si sabe lo que he hecho. Tranquilizaos; el Califa, a quien Dios conceda larga vida, es demasiado magnánimo, y sabe demasiado bien lo que se debe a Dios, sabe demasiado bien sus deberes, para que yo tema haber excitado su ira cumpliendo los míos, estoy por el contrario persuadido que ha de aprobar mi conducta.

—¡Bien dicho!, exclamaron por todas partes, ¡viva nuestro gobernador!

Y los hijos de Obaidalah, avergonzados de haber tenido que sufrir tan gran humillación, guardaron un profundo silencio. Luego Obaidalah dirigiéndose a Ocba le dijo:

—Señor, mi deber es obedecer vuestras órdenes. El Califa me ha confiado un vasto país, elegid para vos la provincia que queráis.

Ocba eligió España.

—Me agrada, contestó, la guerra santa y aquel es mi palenque.

Pero a pesar de la elevación de su carácter, y aunque poseía todas las virtudes de su nación, Obaidalah participaba en alto grado del profundo desprecio que aquella tenía a todo lo que no era árabe. A sus ojos Coptos, Bereberes, Españoles y en general los vencidos, que apenas consideraba como hombres, no tenían sobre la tierra otro destino que enriquecer con el sudor de su frente, al gran pueblo que Mahoma llamaba el mejor de todos. Ya en Egipto, donde había estado de perceptor de impuestos, había aumentado en una vigésima el tributo que pagaban los Coptos, y este pueblo de ordinario tan pacífico, que desde que vivía bajo la dominación musulmana, no había apelado ni una sola vez a las armas, se exasperó da tal modo por una medida tan arbitraria, que se levantó en masa. Elevado al gobierno de África, se creyó en la obligación de satisfacer a costa de los Bereberes, los gustos y los caprichos de los grandes señores de Damasco.

Como el vello de los merinos de que se fabricaban vestidos de una esplendente blancura, fuera muy solicitado en la capital, hacía arrebatar a los Bereberes sus carneros, que degollaban todos aunque muchas veces no se hallara un carnero con vello en todo el rebaño, siendo los demás de los que se llamaban rasos o sin vello, y por consiguiente inútiles al gobernador. No contentos con quitar a los Berberiscos sus rebaños, la fuente principal de su fortuna, o más bien, su único medio de subsistencia, les arrebataba también a sus mujeres y sus hijas, que enviaba a poblar los serrallos de la Siria, porque los señores árabes gustaban mucho de las mujeres berberiscas que siempre tuvieron la reputación de exceder a las árabes en hermosura.

Durante más de cinco años los Berberiscos sufrieron en silencio; murmuraban, acumulaban en su pecho tesoros del odio, pero la presencia de un numeroso ejército los contenía aun.

Preparábase una insurrección que tendría tanto carácter religioso como político, dirigida por misioneros, por sacerdotes, porque a pesar de las numerosas y notables semejanzas que existen entre Bereberes y Árabes, hay entre ambos pueblos esta diferencia esencial y profunda, que el uno es piadoso con muchas tendencias a la superstición, y está sobre todo poseído de una ciega veneración para los sacerdotes, mientras que el otro escéptico y burlón no concedía casi ninguna influencia a los ministros del culto. Aun en nuestros días los morabitos africanos, gozan de una influencia ilimitada en los asuntos importantes; ellos solos tienen el derecho de intervenir cuando se enemistan dos tribus; en las elecciones, ellos son los que proponen al pueblo los jeques que les parecen más dignos; cuando circunstancias graves exigen una reunión de tribus, ellos son también los que recogen los diferentes votos, deliberan entre sí y hacen conocer su decisión al pueblo y sus habitaciones comunes, son reparadas y provistas por esto que previene todos sus deseos. Cosa extraña y curiosa; los Berberiscos veneran más a

sus sacerdotes que al mismo Omnipotente. «El nombre de Dios, dice un autor francés que ha estudiado concienzudamente las costumbres de este pueblo, el nombre de Dios invocado por un infeliz a quien se requiere robar no le protege, el de un morabito venerado lo salva». Por eso los Berberiscos no han representado papel importante en la escena del mundo sino cuando han sido impulsado por un sacerdote, por un morabito. Morabitos fueron los que echaron los cimientos de los vastos imperios de los Almorávides y de los Almohades. En su lucha contra los árabes, los Berberiscos de las montañas del Auras, habían sido mandados mucho tiempo por una profetiza que ellos creían dotada de un poder sobrenatural; y entonces el general árabe Ocba-ibn-Nafi, que mejor que nadie había comprendido el carácter del pueblo que combatía, y que conocía que para vencerlo era preciso darle por el flaco y herir su imaginación con milagros, representó audazmente el papel de hechicero, de morabito, ora conjuraba serpientes, ora pretendía oír celestes voces, y por pueriles y ridículos que nos parezcan estos medios, fueron tan fructíferos, que multitud de Bereberes asombrados de los prodigios que obraba este hombre y convencidos de que en vano tratarían de resistirlo, rindieron las armas y se convirtieron al islamismo.

En la época de que hablamos, esta religión dominaba ya en el África. Bajo el cetro del piadoso Omar II, había hecho tan grandes progresos, que un antiguo cronista llega a decir, que bajo Omar no quedó un solo Berberisco que no se hubiera hecho musulmán; aserción que no parecerá demasiado exagerada si se recuerda, que estas conversiones no eran enteramente espontáneas, y que el interés jugaba en ellas un papel importante. Siendo para Omar la propagación de la fe el asunto más importante de su vida apelaba a todos los medios para multiplicar prosélitos, y apenas consentía uno en pronunciar las palabras:

«No hay más que un solo Dios y Mahoma es su profeta», se le eximía de pagar tributo, sin obligarle por eso a cumplir estrictamente los preceptos religiosos. Una vez que el gobernador del Corasán escribió a Omar, lamentándose de que los que aparentemente habían abrazado el islamismo, no se habían propuesto más que escapar al tributo, y que tenía la certeza de que estos hombres no se habían hecho circuncidar, el Califa le respondió: «Dios envió a Mahoma, para llamar a los hombres a la verdadera fe, no para circuncidarlos.» Es que contaba con el porvenir; bajo esta inculta vegetación, suponía una tierra fértil y rica, en que la palabra divina podía germinar y fructificar; presentía que si los nuevos musulmanes merecían aun la tacha de tibios; sus hijos y sus nietos, nacidos y educados en el islamismo, excederían un día en celo y devoción que los que habían dudado de la ortodoxia de sus padres.

El éxito había justificado sus previsiones, sobre todo en lo que concierne a los moradores de África. El islamismo, de antipático, de odioso que les era, llegó a serles, primero soportable, luego querido en alto grado. Pero la religión, tal como ellos la comprendían, no era la religión oficial, triste medio entre el deísmo y la incredulidad que les predicaban misioneros sin unción, que les decían siempre lo que debían al Califa y no lo que el Califa les debía a ellos, era la religión atrevida y apasionada que les predicaban los no-conformistas, que perseguidos en el Oriente como fieras y obligados a tomar diferentes disfraces y nombres supuestos, habían venido a buscar a través de mil peligros un asilo en los abrasadores desiertos del África, donde propagaron desde entonces sus doctrinas con éxito inaudito. En ninguna parte, estos doctores ardientes y fervorosos habían encontrado tanta disposición para abrazar sus creencias: al fin

el calvinismo musulmán, había hallado su Escocia. El mundo árabe, había desechado sus doctrinas no por repugnancia hacia los principios políticos del sistema, que por el contrario respondían bastante al instinto republicano de la nación, sino porque ni quería tomar por lo serio la religión, ni aceptarla intolerante moralidad, porque se distinguían estos sectarios. En cambio, los habitantes de las pobres chozas africanas lo aceptaron todo con indecible entusiasmo. Sencillos e ignorantes nada comprendían sin duda de las especulaciones y de las sutilezas dogmáticas en se complacían espíritus más cultos. Sería pues inútil, indagar a qué secta se inclinaron con preferencia, si eran Haruritas, Zofritas o Ibadhitas, porque los cronistas no están de acuerdo en este punto; pero comprendían lo suficiente de estas doctrinas para abrazar las ideas revolucionarias y demócratas para participar de las romancescas esperanzas de nivelación universal que animaban a sus doctores, y para estar convencidos de que sus opresores eran réprobos, cuyo patrimonio sería el infierno. No habiendo sido todos los Califas desde Othman, más que usurpadores incrédulos, no era un crimen rebelarse contra el tirano que les arrebataba sus bienes y sus mujeres: era un derecho, más aún un deber. Como hasta entonces los árabes los habían tenido alejados del poder, no dejándoles más que lo que no les habían podido quitar, el gobierno de sus tribus, creyeron fácilmente que la doctrina de la soberanía del pueblo, que, en su salvaje independencia, hablan profesado desde tiempo inmemorial era muy musulmana, muy ortodoxa, y que el más ínfimo de los Bereberes podía ser elevado al trono en virtud del sufragio universal. Así, este pueblo cruelmente oprimido, excitado por fanáticos, medio sacerdotes, medio guerreros que tenían también que ajustar antiguas cuentas con los que se apellidaban ortodoxos, iba a sacudir el yugo en nombre de Alla y de su profeta, en nombre de ese libro sagrado sobre el que otros se han apoyado para fundar un terrible despotismo. ¡Qué extraño es siempre el destino de los libros religiosos, de esos arsenales formidables que suministran armas a todos los partidos, que ya justifican a los que queman herejes y predican el absolutismo, ya dan la razón a los que proclaman la libertad de conciencia, decapitan un rey, y fundan una república!

Todos los ánimos estaban pues en fermentación, y no se esperaba más que una ocasión favorable para tomar las armas, cuando en el año 740 Obaidalah envió una parte considerable de sus tropas a hacer una expedición a Sicilia. Habiendo partido el ejército, y cuando bastaba el menor pretexto para hacer estallar la insurrección, el gobernador de la Tingitana, tuvo la imprudencia de elegir precisamente aquel momento para aplicar el sistema caisita, para mandar que los Bereberes de su distrito pagasen doble tributo, como si no fueran musulmanes. Al punto toman las armas, se rapan la cabeza, y poniendo los coranes en la punta de sus lanzas según costumbre de los no-conformistas, dan el mando a uno de los suyos, a Maisara, uno de los sectarios más celosos, al par sacerdote, soldado y demagogo, atacan la ciudad de Tánger de que se apoderan, degollando al gobernador y a los demás árabes que encuentran, y aplicando las doctrinas en todo su inhumano rigor, ni aun a los niños perdonan.

Desde Tánger marcha Maisara hacia la provincia de Sus, gobernada por Ismael hijo del gobernador Obaidalah. Sin esperar su llegada, los Bereberes se sublevan en todas partes y hacen sufrir al gobernador de Sus, la misma suerte que había tenido el de la Tingitana. En vano los árabes pretenden resistir, batidos en todas partes se ven obligados a evacuar el país, y en pocos días todo el Oeste cuya conquista les había costado tantos años de sacrificios queda perdido para ellos. Reúnense los Bereberes para elegir Califa, y tan democrática era esta

revolución que su elección no recae en un noble, sino en un hombre del pueblo, en el bravo Malsara que había sido antes un simple aguador del Mercado de Cairawan.

Obaidalah, cogido descuidado, manda a Ocba gobernador de España, atacar las costas de la Tingitana; Ocba envía tropas, son batidas. Se embarca en persona con fuerzas más considerables, llega a la costa de África, pasa a cuchillo a todos los Bereberes que caen en sus manos, pero no consigue dominar la revuelta.

Al mismo tiempo que daba instrucciones a Ocba, Obaidallah ordenaba al fihirita Habib, jefe de la expedición de Sicilia, volver inmediatamente con sus tropas al África, mientras que la armada española mantendría en calma a los Sicilianos; pero como el peligro iba siempre en aumento porque la insurrección se propagaba con espantosa rapidez, creyó no deber esperar la llegada de este cuerpo, y reuniendo todas las tropas disponibles, confió el mando de ellas al fihirita Khalid, prometiéndole reforzarle con el cuerpo de Habib luego que llegase. Khalid se puso en marcha, encontró a Maisara en las cercanías de Tánger y le dio la batalla. Después de un combate encarnizado, pero no decisivo, Maisara se retiró a Tánger donde le asesinaron sus propios soldados. Sea porque acostumbrados ya a la victoria le exigiesen también el triunfo esta vez, sea porque el demagogo después de su elevación hubiera sido Infiel a las doctrinas democráticas de su secta, como afirman los cronistas árabes, en cuyo caso sus correligionarios no habrían hecho más que usar de su derecho y cumplir con su deber, pues que su doctrina les ordenaba deponer y matar, si era preciso, al jefe o Califa que se apartara de los principios de su secta.

Luego que los Berberiscos hubieron elegido otro jefe, atacaron de nuevo a sus enemigos y en esta ocasión con mayor fortuna: una división mandada por el sucesor de Maisara, cayó en lo más empeñado de la pelea sobre la retaguardia de los árabes, que hallándose entre dos fuegos huyeron en un espantoso desorden, pero Khalid y los nobles que le acompañaban eran demasiado orgullosos para sobrevivir a la ignominia de semejante derrota, y lanzándose contra las filas enemigas se hicieron matar hasta el último, vendiendo caramente sus vidas. Este funesto combate en el que pereció la flor de la nobleza arábiga, recibió el nombre de «combate de los nobles.»

Habib, que por este tiempo había vuelto de Sicilia, y que se había adelantado hasta los alrededores de Tahort, no se atrevió a atacar a los Bereberes cuando supo el desastre de Khalid, y bien pronto pareció el África un bajel encallado que no tiene ya ni vela ni piloto, habiendo sido depuesto Obaidallah por los mismos árabes que le acusaban, no sin razón, de haber atraído sobre sus cabezas tan terribles desgracias. Estremecióse de dolor y de ira el Califa Hixem cuando supo la insurrección de los Bereberes y la derrota de su ejército. «Por Alá, exclamó, yo les haré ver lo que vale la cólera de un árabe de antigua estopa. Enviaré contra ellos un ejército como no han visto otro, cuya cabeza estará ya en su casa cuando la cola no haya salido de la mía.»

Cuatro distritos de la Siria recibieron orden de suministrar cada uno seis mil soldados, el quinto, el de Kinnesrina, tres mil. A estos veinte y siete mil hombres debían juntarse tres mil del ejército de Egipto, y todas las tropas africanas. Hixem confió el mando de este ejército y el gobierno del África a un general caisita, encanecido en el ejercicio de la guerra, a Colthum de

la tribu de Cochair. En el caso de que Colthum muriese, debería reemplazarlo su sobrino Baldj, y si este llegaba también a morir, debía pasar el generalato al jefe de las tropas del Jordán, a Thalaba de la tribu yemenita de Amila. Queriendo imponer un castigo ejemplar á los rebeldes, el Califa autorizó a su general para entregar al saqueo todos los lugares de que se apoderara, y para cortar la cabeza a todos los insurgentes que cayeran en sus manos.

Tomando por guías dos oficiales clientes de los Omeyas, que conocían el país, y se llamaban Harun y Moghith, llegó Colthum al África en el verano del año 741. Los árabes de este país recibieron muy mal a los sirios que los trataban con arrogante aspereza, y en los que miraban invasores más que auxiliares. Los habitantes de las ciudades les cerraban las puertas y cuando Baldj que mandaba la vanguardia, las mandó abrir con tono imperioso, anunciando que tenía intención de establecerse en África con sus soldados, escribieron a Habib, que se hallaba aun acampado cerca de Tahort, para noticiárselo. Habib hizo entregar enseguida una carta a Colthum en la que le decía:

«Vuestro insensato sobrino ha osado decir que ha venido para establecerse en nuestro país con sus soldados, y ha llegado hasta a amenazar a los habitantes de nuestras ciudades. Os declaro pues, que, si vuestro ejército no los deja en paz, contra vos será contra quien volvamos nuestras armas.» Colthum le dio explicaciones, y le anunció al mismo tiempo que vendría a reunírsele cerca de Tahort. Llegó en efecto, pero bien pronto disputaron el sirio y el africano, y Baldj que había apadrinado calorosamente la causa de su tío, exclamó:

—He aquí pues, al que nos amenaza con volver sus armas contra nosotros.

—Pues bien, Baldj, le respondió Abderramán, hijo de Habib; mi padre está pronto a daros una satisfacción si os creéis ofendido.

No tardaron los dos ejércitos en tomar parte en la disputa, y el grito de ¡a las armas! fue dado de una parte por los sirios, y de otra por los africanos a los que se habían unido los soldados del Egipto. No se consiguió sino con gran trabajo impedir la efusión de sangre y restablecer la concordia, que por lo demás no fue más que aparente. El ejército fuerte ahora de setenta mil hombres avanzó hasta un lugar denominado Bacdura o Nafdura, donde el ejército berberisco le disputó el paso. Viendo que los enemigos tenían superioridad numérica, los dos clientes Omeyas que servían de guías a Colthum le aconsejaron hacer un campo fortificado, evitar la batalla y limitarse a saquear con destacamentos de caballería las poblaciones cercanas. Colthum quiso seguir este prudente consejo, pero el fogoso Baldj lo desechó con indignación.

—Guardaos de hacer lo que se os aconseja, dijo a su tío, y no temáis a los Berberiscos a causa de su muchedumbre, porque no tienen armas ni vestidos.

Y Baldj decía verdad en esto; los Bereberes estaban mal armados, por todo vestido llevaban un taparrabos, y además tenían muy pocos caballos; pero Baldj olvidaba que el entusiasmo religioso y el amor a la libertad duplicaban sus fuerzas. Colthum, acostumbrado a dejarse guiar por su sobrino, se adhirió a su opinión, y habiendo resuelto empeñarla batalla le dio el mando de la caballería siria, confió el de las tropas africanas a Harun y a Moghith y se puso él mismo a la cabeza de los infantes sirios.

Baldj comenzó el ataque. Él se vanagloriaba de que aquella desordenada multitud, no se mantendría un momento contra su caballería; pero los enemigos habían encontrado un medio seguro de burlar sus esperanzas. Comenzaron a lanzar a la cabeza de los caballos sacos llenos de chinas, y esta estratagema fue coronada de completo éxito: encabritáronse enfurecidos los caballos de los sirios, lo que obligó a abandonarlos muchos jinetes. Luego lanzaron contra la infantería potros bravos que habían puesto furiosos, atándoles a la cola odres y grandes pedazos de cuero, de manera que causaron gran desorden en las filas. Sin embargo, Baldj que había permanecido a caballo con cerca de siete mil de los suyos, intentó un nuevo ataque. Esta vez, consiguió romper las filas de los Bereberes, y su carga impetuosa le condujo detrás de su ejército; pero enseguida algunos cuerpos berberiscos volvieron cara para cortarle la retirada, y los otros combatieron a Colthum con tanta fortuna, que muertos Habib, Moghith y Harun, los árabes africanos, privados de sus jefes y además mal dispuesto contra los Sirios emprendieron la huida. Quedaba aun Colthum con la infantería siria. Decalvado por un sablazo, dice un testigo ocular, que volvió a colocar la piel en su sitio con admirable sangre fría. Hiriendo a derecha e izquierda recitaba versículos del Corán propios para enardecer el valor de sus compañeros.

—Dios, decía, ha comprado a sus creyentes sus bienes y sus personas para darles en cambio el paraíso; el hombre no muere sino por la voluntad de Dios, según el libro que señala el término de la vida.

Pero cuando los nobles que combatían a su lado murieron uno a uno y él mismo cayó acribillado de heridas, la derrota de los sirios fue tan completa y terrible, y los Bereberes los persiguieron con tal encarnizamiento, que, por confesión de los vencidos, un tercio de este gran ejército quedó muerto y otra tercera parte fue hecha prisionera.

Mientras tanto Baldj, separado con sus siete mil jinetes del grueso del ejército, se defendía valerosamente causando gran estrago en los Bereberes, pero eran estos demasiados numerosos para contar sus muertos y ahora que muchos de los cuerpos que habían conseguido la victoria sobre el ejército de su tío volvían contra él, iba a ser oprimido por una numerosa multitud. No teniendo pues más partido pue la retirada o la muerte se decidió a buscar su salvación en la fuga, pero como los enemigos le cerraban el camino de Cairawan, que habían tomados los fugitivos, fuerza le fue seguir la dirección opuesta. Perseguidos sin descanso por los Bereberes, que cabalgaban sobre los caballos de sus enemigos muertos en el combate, los caballeros sirios llegaron cerca de Tánger extenuados de fatiga. Después de procurar en vano penetrar en la ciudad, tomaron el camino de Ceuta y habiéndose apoderado de la plaza, reunieron algunos víveres, lo que no les fue difícil por la fertilidad del país. Cinco o seis veces vinieron los Bereberes a atacarlos, pero como ignoraban el arte de los sitios y los asediados, se defendían con el valor de la desesperación, comprendieron que no conseguirían quitarles a viva fuerza el último asilo que les quedaba. Resolvieron pues, vencerlos por hambre y asolando los alrededores, los circundaron con un desierto de dos jornadas, viéndose reducidos los Sirios a alimentarse con la carne de sus cabalgaduras; pero bien pronto, aun estas les comenzaron a faltar, y si el gobernador de España continuaba rehusándoles el socorro que reclamaba su deplorable situación, no tenían más que morir de hambre.

CAPÍTULO XI

En ningún caso los árabes establecidos en España hacía treinta años hubieran consentido fácilmente en dar a los sirios encerrados en los muros de Ceuta las embarcaciones que les pedían para pasar a la Península. El insolente despego con que estos pastores habían tratado a los árabes de África y su designio proclamado a voces de establecerse en este país, habían prevenido a los árabes españoles del peligro que tendrían que correr si les dieran medios de pasar el estrecho. Pero si en cualquiera circunstancia tenían los sirios poca probabilidad de obtener lo que deseaban, en las circunstancias presentes no tenían ninguna, pues era el partido medinés el que gobernaba en España.

Después de haber sostenido contra los árabes de Siria, contra los paganos como ellos los llamaban, una lucha tan larga como tenaz, los hijos de los fundadores del islamismo, de los Defensores y de los Emigrados, concluyeron por sucumbir en la sangrienta batalla de Al-Harra; luego cuando vieron su ciudad santa saqueada, su mezquita transformada en caballeriza, sus mujeres violadas, cuando—como si todos estos sacrilegios y todas estas atrocidades que nos recuerdan el saco de Roma por la feroz soldadesca del Condestable, y los furiosos luteranos de Jorge Frundsberg no bastaran—fueron obligados a jurar, que en adelante serían esclavos del Califa, «esclavos que podría manumitir o vender a voluntad,» emigraron en masa como ya hemos tenido ocasión de referir de su ciudad, antes tan reverenciada, refugio ahora de las fieras, y alistándose en el ejército de África, vinieron con Muza a España donde se establecieron. Si su celo religioso al que siempre se mezclaba cierta levadura de hipocresía, de orgullo, de interés mundanal, se había acaso enfriado un poco en el camino, conservaron a lo menos en su alma, y trasmitieron a sus descendientes un odio implacable hacia los sirios y la convicción de que, puesto que tenían el honor de descender de los gloriosos compañeros del Profeta, les pertenecía el poder de pleno derecho. Ya una vez, cuando murió el gobernador de España en la célebre batalla que dio a Carlos Martel cerca de Poitiers, en Octubre de 732, habían elegido para el gobierno de la Península, al hombre más influyente de su partido, a Abdalmelic hijo de Catan, que cuarenta y nueve años antes había combatido en sus filas en la batalla de Harra; pero como este Abdalmelic se hiciera culpable de las mayores injusticias según el testimonio unánime de Árabes y Cristianos, y exprimiera la provincia de un modo extravagante, perdió el poder desde que el África recobró su autoridad legítima sobre España, es decir, desde que Obaidallah fue nombrado gobernador del Oeste.

Obaidalah, como hemos dicho, confió el gobierno de la Península a su patrono Ocba. Este, luego que llegó, hizo aprisionar a Abdalmelic y trasportar al África a los jefes del partido medinés, cuyo espíritu inquieto y turbulento alteraba la paz del país. Sin embargo, los medineses no se dejaron desanimar, y más tarde cuando a consecuencia de la gran insurrección berberisca, el poder del gobernador del África llegó a ser nulo en España y Ocba cayó tan gravemente enfermo que se creyó cercana su muerte, supieron persuadirlo u obligarlo a designar por su sucesor a Abdalmelic. (Enero del 741)

Era pues a Abdalmelic a quien Baldj debía dirigirse para obtener los medios de pasar a España, y nadie seguramente estaba menos dispuesto a acceder a su petición. En vano Baldj intentó conmoverlo, diciéndole en sus cartas, que él y sus compañeros perecían en Ceuta de hambre, y que sin embargo, eran árabes como él; Abdalmelic antiguo jeque medinés lejos de apiadarse de su miseria, daba gracias al cielo que le había permitido gustar aun, a la edad de noventa años, las inefables dulzuras de la venganza. ¡Iban, pues a perecer de inanición los hijos de aquellos bárbaros, de aquellos impíos que en la batalla de Harra habían degollado a sus amigos y sus parientes, y cuyas espadas habían estado a pique de herirle a él mismo, los que habían saqueado Medina y profanado el templo del Profeta! ¡Y los hijos de estos monstruos osaban aun alimentar la loca esperanza de que tuviera piedad de su suerte, como si el genio vengativo de un árabe pudiera perdonar tales ofensas, como si los sufrimientos de un sirio pudieran inspirar compasión a un medinés! Abdalmelic no tuvo más que una sola inquietud, un solo cuidado, un solo pensamiento, impedir a otros menos hostiles que él a los sirios que les enviasen víveres. A pesar de las precauciones que tomó un noble compasivo de la tribu de Lakhm consiguió burlar su vigilancia e introducir en el puerto de Ceuta dos barcos cargados de trigo. Apenas lo supo Abdalmelic, mandó arrestar al generoso lakhmita y darle setecientos azotes. Luego, bajo pretexto de que intentaba suscitar una revuelta, le hizo sacar los ojos y cortarle la cabeza. Su cadáver fue atado a una horca con un perro crucificado a su derecha, a fin de que su muerte fuera la más ignominiosa posible. Los sirios, parecían pues condenados a morir de hambre cuando un acontecimiento imprevisto vino a obligar a Abdalmelic a que cambiase de conducta.

Los Bereberes establecidos en la Península, aunque a lo que parece, no estaban oprimidos en el rigor de la palabra, participaban del odio y de los celos de sus hermanos de África contra los árabes. Ellos habían sido los verdaderos conquistadores del país. Muza y sus árabes no habían hecho más que recoger el fruto de la victoria, conseguida por Taric y sus doce mil Berberiscos sobre el ejército de los Visigodos; cuando aquellos desembarcaron en las costas españolas, todo lo que quedaba por hacer era ocupar algunas ciudades dispuestas a rendirse a la primera intimación. Y cuando se trató de dividir el fruto de la conquista los árabes se atribuyeron la parte del león: ellos se adjudicaron la mayor parte del botín, el gobierno del país y las tierras más fértiles. Guardando para sí la bella y opulenta Andalucía, relegaron a los compañeros de Taric, a las áridas llanuras de la Mancha y de Extremadura y a las ásperas montañas de León, de Galicia y de Asturias, donde era preciso escaramucear sin tregua con los cristianos mal domados. Poco escrupulosos consigo acerca de lo tuyo y de lo mío, se revestían de una severidad inexorable cuando se trataba de los Bereberes. Cuando estos se permitían imponer contribuciones a los cristianos que se habían entregado por capitulación, los árabes después de hacerles sufrir el látigo y la tortura, los dejaban gemir cargados de cadenas, y apenas cubiertos de harapos e hirviendo de miseria en el fondo de húmedos e infectos calabozos.

La suerte de España estaba además demasiado íntimamente ligada a la de África para que lo que pasaba de la otra parte del Estrecho, no se sintiera de rechazo en la de acá. Ya una vez, el fiero y bravo Munuza, uno de los cuatro jeques bereberes principales que habían venido a España con Taric, había levantado el estandarte de la rebelión en la Cerdeña, porque supo que sus hermanos de África, estaban cruelmente oprimidos por los árabes, y fue secundado por

Eudes duque de Aquitania, con cuya hija se había casado. Ahora la insurrección de los Bereberes de África, tuvo en España un eco prodigioso. Los Bereberes de este país, habían acogido con los brazos abiertos los misioneros no-conformistas llegados del África a predicarles y excitarlos a tomar las armas para exterminar a los árabes. Una insurrección, al par política y religiosa como la de África, estalló en Galicia y se comunicó a todo el Norte, excepto al distrito de Zaragoza, único en esta parte del país en que los árabes estuviesen en mayoría. Do quieran fueron batidos y arrojados los árabes; todas las divisiones que Abdelmelic envió sucesivamente contra los rebeldes fueron derrotadas. Luego se reunieron los Bereberes de Galicia, de Mérida, de Coria, de Talavera y de otros lugares, eligieron un jefe, un imán, y se dividieron en tres cuerpos de los cuales uno debía sitiar Toledo, otro atacar Córdoba, y el tercero marchar sobre Algeciras, apoderarse de la armada que estaba en el puerto, pasar el estrecho, exterminar a los sirios en Ceuta y trasportar a España una multitud de Bereberes del África.

La situación de los árabes españoles, era pues demasiado precaria y peligrosa para que Abdelmelic, aunque a pesar suyo, no se viera obligado a solicitar el socorro de aquellos mismos Sirios que hasta entonces, tan despiadadamente habla abandonado a su triste suerte. Sin embargo, tomó sus precauciones; prometióles enviar barcos de trasporte, pero a condición de que se comprometiesen a evacuar España, tan pronto como fuera vencida la rebelión y de que cada división le entregara diez de sus jeques que, custodiados en una isla, le respondieran con sus cabezas de la fiel ejecución de lo tratado. Por su parte estipularon los sirios, que Abdelmelic no había de separarlos cuando los devolviera al África, y que los había de desembarcar en una costa que no estuviese en poder de los Berberiscos.

Aceptadas estas condiciones por una y otra parte, desembarcaron los sirios en Algeciras hambrientos y cubiertos apenas de miserables andrajos. Se les suministraron víveres, y como casi todos hallaron recaudadores en España, estos se encargaron de su equipo, cada cual en la medida de sus fuerzas; tal jeque rico procuraba vestidos a ciento de los recién venidos, tal otro cuya fortuna era menos considerable se encargaba de equipar a diez o a uno solo. Y como ante todo era preciso detener la división berberisca que marchaba sobre Algeciras y que ya había avanzado hasta Medina-Sidonia, los sirios reforzados con algunos cuerpos arábigo-españoles la atacaron, y, combatiendo con su acostumbrado valor, la derrotaron, cogiendo un rico botín. El segundo ejército berberisco, el que marchaba sobre Córdoba, se defendió con más tenacidad e hizo experimentar a las árabes pérdidas bastante graves; sin embargo fue también obligado a retirarse. Quedaba el tercer ejército, el más numeroso de todos, que hacía veintisiete días sitiaba Toledo. Este salió al encuentro del enemigo y la batalla que tuvo lugar en las orillas de Guadalete terminó con su completa derrota. Desde entonces, los vencedores persiguieron a los rebeldes como a fieras en toda la Península, y los sirios ayer mendigos cogieron tan considerable botín que se encontraron de golpe más ricos de lo que hubieran podido imaginar.

Gracias a estos intrépidos soldados, la rebelión que al principio parecía tan formidable había sido sofocada como por encanto, pero Abdelmelic, apenas se vio desembarazado de aquellos enemigos pensó en desembarazarse igualmente de sus auxiliares a quienes temía tanto como odiaba. Apresuróse pues, a recordar a Baldj el tratado que había estipulado con él y a exigirle que abandonase España. Pero Baldj y sus sirios, no tenían ganas de volver a una

tierra en que habían experimentado todo género de reveses y de sufrimientos, y le habían tomado el gusto al magnífico país, teatro de sus últimas hazañas, en que se habían enriquecido. No es pues sorprendente, que se suscitan contestaciones y quejas entre hombres que originariamente enemigos, tenían ahora opuestos designios e intereses. Como el odio es mal consejero, Abdelmelic agravó el mal y revivió las inveteradas llagas, rehusando trasportar de una vez todos los sirios al África, y manifestando que tenían al presente tantos caballos esclavos y bagajes, él no contaba con el suficiente número de buques para cumplir con esta cláusula del tratado. Además, como los sirios deseasen embarcarse en la costa de Elvira (Granada), o de Tadmir (Murcia), declaró que esto era imposible, pues tenía todas sus naves en el puerto de Algeciras y no podía alejarlas de esta parte de la costa por temor a un desembarco de parte de los Bereberes africanos, en fin, sin tomarse el trabajo de disimular sus pérfidos pensamientos, tuvo la imprudencia de ofrecer a los sirios devolverlos a Ceuta. Tal proposición excitó una indignación inexplicable. «Más valdría que nos echaran al mar, que entregarnos a los Bereberes de la Tingitana,» exclamó Baldj echando en cara al gobernador que había faltado poco para dejarles morir de hambre en Ceuta, y que había hecho crucificar del modo más ignominioso al generoso lakmita que les envió víveres. De las palabras pronto se pasó a los hechos. Aprovechando un momento en que Abdelmelic tenía poca guarnición en Córdoba, los sirios lo arrojaron del palacio y proclamaron a Baldj gobernador de España. (20 de setiembre del 741.)

Una vez desencadenadas las pasiones, era de temer que los sirios no quedaran en esto y los acontecimientos no tardaron en justificar este temor.

El primer cuidado de Baldj, fue hacer que pusieran en libertad a los jeques sirios que habían servido de rehenes, y que Abdelmelic hacía custodiar en la pequeña isla de Omm-Hakim frente por frente de Algeciras. Estos jeques llegaron a Córdoba irritados, exasperados. Decían que el gobernador de Algeciras, obrando según las instrucciones de Abdelmelic, los había tenido faltos de alimentos y de agua, que un noble de Damasco de la tribu yemenita de Gazan, había perecido de sed, y exigían la muerte de Abdalmelic en expiación de la del Gazanita. Sus quejas, el relato de sus sufrimientos, la muerte de un jeque respetado, llevaron a su colmo el odio que los sirios profesaban a Abdelmelic; ese pérfido, decían, tiene merecida la muerte. Badj, a quien repugnaba este partido extremo, trató de apaciguarlos diciéndoles que debía atribuirse la muerte del Gazanita a una negligencia involuntaria y no a un designio premeditado. «Respetad la vida de Abimelec, añadió, es un Coraichita y lo que es más, un viejo». Sus palabras no produjeron ningún resultado; los Yemenitas que tenían que vengar a un hombre de su raza, y que suponían que Baldj quería salvar a Abdalmelic porque este era de la raza de Maad a la que Baldj pertenecía también, persistieron en su demanda y Baldj, que como la mayor parte de los nobles no mandaba sino a condición de ceder a los deseos y las pasiones de sus soldados, no pudo resistir a sus clamores y permitió que se sacase a Abdelmelic de la casa que tenía en Córdoba y a la que se había retirado después de su deposición.

Ebrios de furor arrastraron los sirios al suplicio a este viejo nonagenario, cuyos largos y blancos cabellos lo asemejaban (tal es la expresión estrada, pero pintoresca de los cronistas árabes), al pollo de un avestruz. «¡Cobarde, le gritaban, que escapaste a nuestras espadas en

la batalla de Harra, para vengarte de tu derrota, nos has reducido a comer cueros y perros, has querido entregarnos, vendernos a los Berberiscos, a nosotros, soldados del Califa!». Parándose cerca del puente, le azotaron con varas, le clavaron sus espadas en el pecho y pusieron su cadáver en una cruz. A su Izquierda crucificaron a un perro, a su derecha un cochino...

Tan bárbaro asesinato, suplicio tan infamante clamaba venganza. La guerra estaba encendida, las armas decidirán si los árabes de la primera o los de la segunda invasión, si los Medineses o los sirios han de quedar dueños de la Península.

Tenían los Medineses por caudillos a los hijos de Abdalmelic, Omeya y Catan, que habían huido cuando la deposición de su padre a buscar socorro, el uno a Zaragoza, el otro a Mérida. Sus antiguos enemigos los Bereberes, hicieron causa común con ellos; pensaban en verdad, volver más tarde sus armas contra los árabes españoles, pero querían ante todo vengarse de los sirios.

Los Medineses tuvieron además otros auxiliares, estos fueron el lakmita Abderramán, Ibn-Alcama gobernador de Narbona, y el fihrita Abderramán, hijo del general africano Habib que había venido con algunas tropas a buscar en España un refugio después de la terrible derrota en que su padre había perecido, pero antes de la llegada de los sirios a la Península. Enemigo jurado de Baldj, desde que había contendido con él, atizó el odio que tenía a los sirios el viejo Abdelmelic contándole las insolencias que se habían permitido en Africa, fortificóle en su designio de no enviarles las naves que solicitaban, y de dejarles primero morir de hambre. Creíase obligado a vengar el asesinato de Abdelmelic, porque era su vasallo y como de ilustre nacimiento, aspiraba al gobierno de la Península.

Tenían los coaligados sobre sus enemigos la ventaja del número, contando su ejército cuarenta mil hombres según unos, cien mil según otros, mientras que Baldj no había podido reunir más que doce mil soldados, aunque reforzado con gran número de sirios que habían pasado el estrecho después de muchas tentativas inútiles para volver a su patria. Para engrosar su ejército, alistó una multitud de esclavos cristianos que cultivaban las tierras de los árabes y de los Bereberes, y fue a esperar al enemigo en un lugarejo denominado Aqua-Portora.

Habiéndose empeñado el combate (agosto del 742), los sirios se defendieron tan bravamente que rechazaron los ataques de los coaligados. Entonces Abderramán el gobernador de Narbona, que pasaba por el caballero más valiente y cumplido que hubo nunca en España, creyó que la muerte del jefe enemigo decidiría la suerte de la batalla.

—¡Que me enseñen a Baldj!, exclamó, y juro matarlo o morir.

—Héle ahí, le respondió uno, es aquel que monta un caballo blanco y lleva el estandarte.

Abderramán cargó tan vigorosamente con sus caballeros de la frontera que hizo cejar a los sirios. A la segunda tentativa hirió a Baldj en la cabeza, pero atacado al mismo tiempo por la caballería de Kinnesrina y rechazado por ella, arrastró en su precipitada retirada todo el ejército de los coaligados. Su derrota fue completa, perdiendo diez mil hombres y los sirios que no habían perdido más que mil, entraron en Córdoba vencedores.

Las heridas de Baldj eran mortales; pocos días después exhalaba el último suspiro, y como el Califa había ordenado que, si Baldj llegaba a morir, debía sustituirle el yemenita Thalaba, los sirios le proclamaron gobernador de España. Los Medineses no tuvieron que felicitarse por ello. Aunque no lo hubiera conseguido, Baldj intentó al menos poner freno a los apetitos sanguinarios de los sirios; su sucesor no lo intentó siquiera. ¿Quería popularizarse, y sabía que para lograrlo no tenía más que dejar hacer, o reconoció acaso en el graznido de algún ave nocturna, la voz da alguna persona querida que le recordaba que tenía que vengar en los Medineses, la muerte de algún cercano pariente, de su padre tal vez? No lo sabemos, pero lo cierto es que su resolución de no tener piedad con los Medineses, le ganó el corazón de sus soldados y lo hizo más popular que Baldj lo había sido nunca.

Sus principios no fueron felices. Habiendo ido a atacar a los árabes y a los bereberes que se habían reunido en gran número en los alrededores de Mérida, fue batido y obligado a refugiarse en la capital del distrito, donde su situación llegó a ser muy peligrosa. Ya había enviado a su teniente en Córdoba la orden de venir a socorrerlo con todas las tropas que pudiera, cuando lo salvó un feliz accidente. Un día de fiesta en que los sitiadores se hallaban esparcidos por los alrededores sin tomar bastantes precauciones contra una sorpresa, aprovechando su alegría, los atacó de improviso, hizo en ellos gran carnicería y, habiendo cogido mil prisioneros y obligado a los demás a buscar su salvación en una precipitada fuga, redujo a esclavitud a sus mujeres y a sus hijos. Esto era un atentado inaudito, una barbarie que, hasta entonces, ni aun los sirios mismos se habían atrevido a cometer. Mientras que tuvieron por jefe a Baldj, habían respetado la costumbre inmemorial que se ha perpetuado hasta nuestros días entre los Beduinos, de dejar en las guerras intestinas, en libertad a las mugares y a los hijos del enemigo y aun de tratarlos con cierta cortesía. Peor fue todavía, cuando Thalaba volvió a Andalucía, arrastrando tras sí diez mil prisioneros. Haciendo acampar su ejército en Mozara cerca de Córdoba, un jueves de mes de mayo de 743, mandó subastarlos cautivos, entre los que se contaban muchos Medineses. Para abatir su orgullo de una vez para siempre, los sirios burlonamente feroces, convinieron entre sí en venderlos no al alza sino a la baja. Un Medinés, por quien un sirio había ofrecido diez monedas de oro, fue adjudicado al que ofreció un perro, otro fue vendido por un chivo, y así los demás. Nunca hasta entonces, ni aun en el horrible saco de Medina, habían inferido los sirios tantas afrentas, tantas ignominias a los hijos de los fundadores del islamismo.

Duraba aun esta escena escandalosa, cuando un suceso que ni Thalaba, ni los exaltados de su partido parecían haber previsto, vino a ponerla término.

Hombres sensatos y moderados de ambos partidos, afligidos de los males causados por la guerra civil, indignados de los horribles excesos cometidos por una y otra parte, y temerosos de que los cristianos del norte no aprovechasen la discordia de los musulmanes para entender los límites de su imperio, habían entrado en relaciones con el gobernador de África Handhala el Kelbita, suplicándole les enviase un gobernador capaz de restablecer el orden y la tranquilidad. Handhala, envió pues a España al Kelbita Abul-Jattar que llegó con sus tropas a Mozara en el momento mismo en que se vendían árabes por chivos y por perros. Mostró sus órdenes, y como era un noble de Damasco, los sirios no rehusaron reconocerlo.

Los árabes españoles le saludaron como a su salvador, porque su primer cuidado fue devolver la libertad a los diez mil cautivos que se vendían a la baja.

Con prudentes medidas restableció la tranquilidad. Concedió amnistía a los dos hijos de Abdalmelic, Omeya y Catan, y a todos los que habían abrazado su partido, excepto al ambicioso Abderramán-ibn-Habib, que consiguió sin embargo, ganar la costa y pasar al África, donde le esperaba un brillante porvenir, alejó de España a una docena de los jeques más turbulentos, entre los que se contaba Thalaba, diciéndoles que, perturbadores de la tranquilidad en la Península, emplearían mejor su fogoso valor combatiendo contra los Bereberes de África; en fin como le importaba ante todo librar a Córdoba de la presencia de los Sirios que le estorbaban, les dio en feudo tierras del dominio público, ordenando a los siervos que las cultivaban, entregar en adelante a los sirios el tercio de la cosecha que había entregado hasta entonces al Estado. Estableciόse la división de Egipto en los distritos de Ocsonoba, de Beja y de Tadmir (Murcia); la de Emesa en los distritos de Sevilla y Niebla; la de Palestina en los de Sidonia y Algeciras, la del Jordán en el distrito de Regio (Málaga), la de Damasco en el de Elvira (Granada), y por último; la de Kinnesrina en el de Jaén.

Aquí concluye el papel importante, pero desgraciado que los hijos de los Defensores de Mahoma representan en la historia musulmana. Escarmentados con tantos reveses y catástrofes, parece que comprendieron al fin que eran irrealizables sus ambiciosas esperanzas. Abandonado a otros partidos la escena pública, se oscurecieron para vivir retirados en sus dominios y cuando a largos intervalos surge el nombre de un jeque medinés en los anales arábigos, es siempre obrando por intereses puramente personales, o sirviendo la causa de un partido que no es el suyo. Aunque numerosos y ricos, no tuvieron casi ninguna influencia en la suerte del país. Entre los descendientes del gobernador Abdelmelic, unos, los Beni-'i-Djad eran opulentos propietarios en Sevilla, otros los Beni-Casim, poseían vastos dominios cerca de Alpuente en la provincia de Valencia, en donde un pueblo (Benicasim) lleva su nombre todavía, pero ni la una ni la otra rama salieron de su oscuridad relativa. Verdad es que en el siglo XI los Beni-Casim fueron jefes independientes de un pequeño Estado que por lo demás no se extendía, a lo que parece, más que al límite de sus propias tierras; pero era la época en que hundido el Califato de Córdoba, todo propietario territorial se daba aires de soberano. Verdad es que también siglos más tarde los Beni-'i-Ahmar, que descendían del Medinita Sad ibn-Obada, uno de los compañeros más ilustres de Mahoma, y que estuvo a pique de ser su sucesor, subieron al trono de Granada, pero ya entonces las antiguas pretensiones y los antiguos rencores estaban completamente olvidados; nadie se acordaba siquiera de la existencia de un partido medinés, los árabes habían perdido su carácter nacional, y a consecuencia de la influencia berberisca, se habían entregado a la devoción. Además, estos Beni-'i-Ahmar no reinaron sino para ver a los reyes de Castilla quitarles sus fortalezas una a una hasta el día en que "la cruz entró por una puerta de Granada mientras que el Corán salía por la otra", y que resonaba el «Te Deum» allí donde había resonado el «Alah Akbar» como dice el romance español. Viva imagen del destino de los Medineses, la familia de Sad ibn-Obada, cuyo nombre se halla enlazado con los más esclarecidos de la historia en Oriente y Occidente, con los de Mahoma y Abu-Becr, con los de Carlomagno e Isabel la Católica, dejó un indeleble y glorioso recuerdo, y fue casi constantemente perseguida por la desgracia. Comienza con Sad y concluye con Boabdil. Un intervalo de ocho siglos y

medio separa estos dos nombres, y sin embargo, los que los llevaron murieron ambos en el destierro, llorando su grandeza pasada. Intrépido campeón del islamismo en todos los combates que había dado Mahoma a los paganos, Sad «el perfecto» iba a ser elegido Califa por los Defensores, cuando los emigrados de la Meca vinieron a reclamar para sí este derecho. Gracias a la traición de algunos Medineses, gracias sobre todo a la llegada de una tribu enteramente adicta a los Emigrados, estos lo consiguieron en medio de un espantoso tumulto, durante el cual, Sad, que yacía sobre un colchón, presa de una grave enfermedad, fue cruelmente ultrajado por Omar; poco faltó para que fuese aplastado entre el gentío. Jurando que no reconocería a Abu-Becr y no pudiendo soportar la vista del triunfo de sus enemigos, se retiró a la Siria, donde encontró la muerte de una manera misteriosa. En un paraje apartado, dice la tradición popular, fue muerto por los djins, y sus hijos lo supieron por esclavos que vinieron a contarles que habían sido salir de un pozo una voz que decía: «Nosotros hemos matado al jeque de los Khaztadj, Sad-ibn-Obada, nosotros le hemos disparado dos flechas que no han errado su corazón.»

También Boabdil cuando hubo perdido su corona fue a pasar el resto de sus días en una tierra lejana e inhospitalaria, después de haber dirigido desde lo alto de la roca que conserva aun el poético nombre del «Último suspiro del moro,» una prolongada mirada de triste despedida sobre su queridísima Granada, sin par en el mundo.

CAPITULO XII

En los primeros días de su gobierno trató Abul-Jattar a todos los partidos con una equidad laudabilísima, y aunque Kelbita, los mismos Caisitas que se hallaban en gran número entre las tropas que Baldj había conducido a España, no tuvieron de qué quejarse. Mas lejos de perseverar en esta moderación, muy excepcional en un árabe, tornó bien pronto a sus naturales antipatías. Tenía cuentas antiguas que ajustar con los Caisitas; en África él mismo había sido víctima de su tiranía; en España su vasallo Sad, hijo de Djauwas, fue asesinado por ellos, y él le quería tanto, que acostumbraba a decir: «De buena gana me dejaría cortar la mano, con tal de volverle a la vida.» Podía vengarlo al menos y de sobra lo hizo; tanto se enconó contra los Caisitas, que suponía cómplices de la muerte de su amigo, que pudo decir en uno de sus poemas:

"Quisiera que el hijo de Djawas pudiera saber con qué ardor he tomado su casa en mis manos. Para vengarlo he matado noventa personas, que yacen en el suelo como troncos de palmeras desarraigados por el torrente."

Tantos suplicios debían necesariamente encender de nuevo la guerra civil. Sin embargo, los Caisitas menos numerosos en España que los Yemenitas, no se apresuraron a salir por la fuerza de una situación que se había hecho sin embargo intolerante para ellos; el odio acumulado en sus corazones no desbordó hasta que no estuvo comprometido el honor de su jefe, y la ocasión fue esta:

Un hombre de la tribu maaddita, de Kinana, en una disputa con un Kelbita vino a litigar su pleito al tribunal del gobernador. El derecho estaba de su parte, pero el gobernador, con su parcialidad ordinaria le quitó la razón.

Quejóse el Kinanita de este juicio inicuo al jeque caisita Samail, de la tribu de Kilab, quien se presentó enseguida en palacio y reprochó al gobernador su parcialidad hacia sus súbditos, exigiendo que se hiciera justicia a las quejas del Kinanita. El gobernador le respondió agriamente; y como Samail le replicar en el mismo tono, le mandó abofetear y echar de su presencia. Samail soportó sin quejarse estos insultos, con sereno menosprecio. Brutalmente despedido salió de palacio con el tocado descompuesto. Un hombre que estaba en la puerta, le dijo:

—¿Qué le ha pasado a vuestro turbante, Abu-Djauchan?, está completamente descompuesto.

—Si tengo vasallos, contestó el jeque caisita, ellos lo compondrán.

Esta era una declaración de guerra; Abul-Jattar se había proporcionado un enemigo tan peligroso como implacable, que no era un hombre común, ni en el bien ni en el mal. Un genio bueno y otro malo se disputaban con iguales fuerzas el alma naturalmente buena y generosa, pero altiva, apasionada, violenta y vengativa de Samail. Era una organización poderosa, pero

inculta, móvil, sumisa al instinto y guiada por el azar, mezcla extraña de las tendencias más opuestas. De actividad perseverante, cuando se hablan excitado sus pasiones, recaía cuando se había calmado su febril agitación en la pereza y el abandono que le eran más naturales aún. Su generosidad, virtud que sus compatriotas estimaban sobre todas, eran tan grande, tan ilimitada, que por no arruinarlo, su poeta, (pues cada jeque árabe, como los de los clanes escoceses tenía el suyo,) no le visitaba más que dos veces al año, en las dos grandes festividades religiosas, pues Samail había jurado darle todo lo que tuviera encima cada vez que lo viese. Sin embargo, no era instruido. A pesar de su afición por las poesías, sobre todo por aquellas que alagaban su vanidad, y a pesar de que compusiera versos de tiempo en tiempo, no sabía leer, y los mismos árabes le juzgaban muy detrás de su siglo, en cambio sabía tan bien el arte de vivir, que sus propios enemigos se vieron obligados a reconocerlo como un modelo de cortesía. Por sus relajadas costumbres y por su indiferencia religiosa, perpetuaba el tipo de los antiguos aristócratas, de aquellos bebedores desenfrenados que no eran musulmanes más que da nombre. A despecho de la prohibición del Profeta, bebía vino como un árabe pagano, y casi todas las noches se ponía ebrio. El Corán le era casi enteramente ignorado, y se cuidaba muy poco de conocer un libro cuyas tendencias igualitarias lastimaban su orgullo de árabe. Dícese que un día, oyendo a un maestro de escuela que se ocupaba en enseñar a leer a los niños en el Corán pronunciar este versículo:

—Alternamos los reveses y los triunfos entre los hombres. No, es preciso decir: entre los árabes.

—Perdonad, señor, replicó el maestro de escuela, ahí dice entre los hombres.

—¿Es así como ese versículo está escrito?

—Sí, sin duda.

—¡Desgraciados de nosotros! En este caso el poder no nos pertenece exclusivamente; los patanes, los villanos, los esclavos tendrán también su parte.

Por lo demás si era mal musulmán, le venía de casta. Tuvo por abuelo a aquel Chamir de Cufa de que ya hemos hablado, aquel general del ejército Omeya que no tuvo ni un momento de duda cuando se trató de matar al nieto del Profeta, cuando tantos otros, a pesar de ser escépticos, retrocedían ante ese sacrilegio. Y este abuelo que había llevado al Califa Yezid I la cabeza de Hozain, fue también causa indirecta de la venida de Samail a España. El Chiita Mokhtar, le hizo decapitar y arrojar su cadáver a los perros, cuando dueño de Cufa, vengaba la muerte de Hozain con horribles represalias; entonces Hatim, padre de Samail, librándose con la fuga de las iras del partido triunfante, fue a buscar un asilo al distrito de Kinnesrina. Allí se estableció con su familia, y cuando Hixem mandó levantar en Siria el ejército destinado a ir a domar la insurrección berberisca, le tocó a Samail la suerte de ir.

Más adelante pasó el Estrecho con Baldj, y los Caisitas de España le consideraban como su jeque principal.

Ya en su casa de vuelta, convocó para la noche a los Caisitas más influyentes, y cuando los vio reunidos en torno suyo les contó los ultrajes que había sufrido y les pidió consejo sobre su conducta.

—Comunicadnos vuestro plan, le respondieron, que nosotros lo aprobamos anticipadamente, y estamos dispuesto a ejecutarlo.

— Por Dios, replicó entonces Samail, yo tengo la firme intención de arrancar el poder de manos de ese árabe, pero nosotros los Caisitas somos demasiados débiles en este país para que podamos resistir solos a los Yemenitas, y no quiero exponeros a los peligros de una empresa tan temeraria. Sin duda que llamaremos a las armas a todos los que quedaron debajo en la batalla de la Pradera pero haremos también alianza con los Lakhmitas y los Djodhamitas y le daremos el emirato a uno de los suyos:—quiero decir que ellos tendrán la hegemonía en apariencia, pero que nosotros la tendremos en la realidad. Voy pues a dejar Córdoba para verme con los jeques y hacerles tomar las armas. ¿Aprobáis este plan?

—Lo aprobamos, le respondieron, pero guardaos de ver a Abu-Ata, pues que podemos estar seguro de que ha de negaros su concurso.

Este Abu-Ata, que habitaba en Écija, era el jeque de los Ghatafan. La gran influencia que Samail ejercía, neutralizaba la suya y le inspiraba una violenta envidia: no es, pues, extraño, que cuando se llegó a la votación, todos los Caisitas estuvieran unánimes en aprobar el consejo que se le acababa de dar. Uno solo, parece no ser de la opinión común; pero como era demasiado joven y su modestia no le permitiera dar un voto contrario al de sus mayores, no manifestaba su desaprobación sino con su silencio, hasta que Samail le animó, preguntándole por qué no declaraba su parecer como lo habían hecho los demás.

—No tengo que decir más que una palabra, respondió entonces el joven: si no vais a pedir el apoyo de Abu-Ata, estamos perdidos; si lo hacéis, acallará su envidia y su odio para no escuchar más que el amor de su raza, y podéis estar seguro de que os ha de ayudar vigorosamente.

Después de reflexionar un instante, dijo Samail:

—Creo que tienes razón, y saliendo de Córdoba antes de amanecer, fue enseguida en busca de Abu-Ata, que como tal como lo había dicho el joven Ibn-Tofail, prometió secundarle, y cumplió su palabra.

Desde Écija Samail fue a Morón, donde residía Thoaba, el jeque de los Djodhamitas, que había tenido también desavenencias con Yusuf. Ambos jeques concluyeron una alianza, y proclamando a Thoaba, jefe de la coalición, los Caisitas, los Djodhamitas y los Lakhmita se levantaron en armas en el distrito de Sidonia (abril del 745).

Apenas lo supo Abul-Jattar, salió con las tropas que tenía en Córdoba al encuentro de los insurgentes. Pero durante la batalla que tuvo lugar en las orillas del Guadalete, pudo apreciar por sí mismo la prudencia del consejo que Samail había dado a sus hombres, cuando les persuadió a entablar alianza con dos poderosas tribus yemenitas, y a dejar a una de ellas el primer puesto (la hegemonía), en lo que siguió la costumbre observada en el Oriente, donde las tribus que se consideraban demasiado débiles para resistir por sí solas a sus enemigos, se alían ordinariamente a tribus de otra raza. Así en el Korasán y en el Irak, los Yemenitas que estaban en minoría se ligaban con los de Rabia, tribu maaddita, para hacer frente a los otros maadditas, los Teminitas. Esta clase de alianza proporcionaba a las tribus débiles otra

ventaja, además de la de reforzarlas: desarmaban, por decirlo así al enemigo, que repugnaba casi siempre combatir a tribus de su raza, especialmente cuando estas tenían la hegemonía. Así sucedió también en la batalla de Guadalete. Los Yemenitas de Abull-Jattar, después de haber combatido flojamente a los Djodamitas y a los Lakhmitas, con los que mantenían ya inteligencias y que por su parte los excusaban todo lo posible, se dejaron vencer y emprendieron la fuga. Solo con sus Kelbitas en el campo de batalla, Abul-Jatar, fue muy pronto obligado a seguir su ejemplo, después de haber visto matar a muchos de sus hombres, pero cuando huía con tres parientes suyos, fue hecho prisionero por sus enemigos.

En la hueste victoriosa no faltaba quien deseara su muerte; pero triunfó la opinión contraria. Se contentaron, pues, con cargarlo de cadenas, y Thoaba, gobernador de España por el derecho del más fuerte, estableció su residencia en la capital.

Sin embargo, los Kelbitas no se daban por vencidos, y uno de sis jeques, Abderramán Ibn-Noaim, concibió la atrevida resolución de hacer una tentativa para librar a Abul-Jattar de sus cadenas. Acompañado de treinta o cuarenta caballeros y de doscientos peones, aprovechó de la oscuridad de la noche para penetrar en Córdoba, atacó de improviso la guardia de Abul-Jattar, la puso en fuga y llevó al exgobernador con los Kelbitas establecidos en los alrededores de Beja.

Libre Abul-Jattar reunió algunos Yemenitas bajo su bandera, y marchó sobre Córdoba, esperando que esta vez mostraran sus soldados más celo por su causa.

Thoaba y Samail salieron a su encuentro, y ambos ejércitos acamparon frente a frente. Pero a la noche salió un Maadita del campo de Thoaba, y aproximándose al de Abul-Jattar, habló de este modo, alzando la voz todo lo que pudo: «Yemenitas, ¿por qué nos combatís y habéis libertado a Abul-Jattar? ¿Teméis que lo matemos? Hubiéramos podido hacerlo, puesto que lo hemos tenido en nuestro poder, pero le dejamos la vida, y se lo perdonamos todo... Tendríais un pretexto para combatirnos si hubiéramos elegido emir de nuestra propia raza, pero lo hemos elegido de la vuestra. Os conjuramos, pues, que reflexionéis sobre el partido que vais a tomar. No es, por Dios, el temor quien nos hace hablar de esta manera, pero queremos, si es posible, evitar la efusión de sangre.»

Estas palabras, en las cuales es fácil de reconocer las inspiraciones de Samail, hicieron tanta impresión sobre los soldados de Abul-Jattar que arrastrando a su emir a pesar suyo, levantaron el campo aquella misma noche para retirarse a sus hogares y cuando el alba comenzaba a iluminar las cimas que limitaba el horizonte, estaban ya a muchas leguas de distancia. ¡Tan cierto es que en estas guerras civiles los soldados no se batían por intereses individuales, sino por la hegemonía!

La muerte de Thoaba, que ocurrió un año después, sumió a España de nuevo en la anarquía. Dos jeques djodhamitas pretendían el emirato. Amr, hijo de Thoaba, que creía tener derecho a suceder a su padre, e Ibn-Horaíth, hijo de una negra, y descendiente de una familia de antiguo establecida en España. Este último, profesaba a los sirios un odio tan feroz, que no cesaba de decir: «Si la sangre de todos los sirios estuviera reunida en una copa, yo la bebería, la bebería hasta la última gota.» Samail, sirio, no podía consentir que España fuera gobernada por un enemigo tan implacable de su raza, pero no quería tampoco al hijo de Thoaba. Lo que

quería era dar el título de gobernador, que él no ambicionaba, porque veía a los Caisitas demasiado débiles para sustentarlos, a un «testaferro,» y gobernar de hecho. Y había hallado el hombre que le convenía bajo todos aspectos en el Fihirita Yusuf, que juntaba a una inofensiva medianía, títulos personales que le recomendaba a los sufragios de todos los árabes, sin distinción de raza. Bastante anciano para los que aman la gerontocracia, pues que contaba cincuenta y siete años, provenía además de una noble e ilustre familia, pues que descendía de Ocba, aquel célebre general, que había conquistado gran parte de África, y por último era Fihirita, y los Fihiritas, esto es, los Coraichitas del distrito de la Meca eran considerados como la más alta nobleza después de los Coraichitas puros: estábase habituado a verlos al frente de los negocios, y se les consideraba como superiores a todos los partidos. A fuerza de ponderar a todas estas ventajas, consiguió Samail hacer aceptar su candidato, se contentó a Ibn-Horaith, dándole el gobierno de Regio, y en enero del 747 los jeques eligieron a Yusuf gobernador de España.

Desde entonces Samail, cuyas pasiones habían estado contenidas hasta entonces por el contrapeso del poder de Thoaba, era el único señor, y pensaba valerse de Yusuf, a quien manejaba como de cera, para satisfacer su sed de venganza. Sabiendo que podía contar con todos los maadditas, no retrocedería ante la expectativa de una guerra con todos los del Yemen. Para empezar, violó la promesa que había hecho a Ibn-Horaith, y este Djodamita fue separado de su gobierno. Esta fue la señal de la guerra. Furioso Ibn-Horaith, ofreció su alianza a Abul-Jattar, que vivía entre sus parientes, triste y desanimado. Tuvieron una entrevista los dos jeques, y poco faltó para que no fuese infructuosa, pues Abul-Jattar reclamaba el emirato para sí, e Ibn-Horath lo pretendía también, alegando que su tribu era más numerosa en España que la de Kelb. Pero los mismos Kelbitas, que conocían que para vengarse de los Caisitas tenían necesidad del apoyo de toda su raza, obligaron a Abul-Jattar a ceder. Ibn-Horath fue pues reconocido como emir, y de todas partes vinieron los Yemenitas a alistarse bajo sus banderas. Los maadditas se agruparon también en torno de Yusuf y Samail. Do quiera los vecinos de opuesta raza se despedían de la manera cortés y amable que es propia de hombres serenos y valientes, pero al mismo tiempo se prometían unos a otros medir sus fuerzas en tanto que llegasen al campo de batalla. Ni la una ni la otra hueste eran numerosas; limitada al mediodía de España, la lucha que iba a empeñarse era un duelo en gran escala más bien que una guerra; en cambio, los que tomaban parte en ella eran los guerreros más bravos e ilustres de su nación.

El encuentro que tuvo cerca de Secunda, antigua ciudad romana, rodeada de muros sobre la ribera izquierda del Guadalquivir, frente a Córdoba, y que, comprendida más tarde en el recinto de esta capital, llegó a ser uno de sus arrabales. Después de la oración de la mañana, los caballeros se atacaron como en un torneo, y cuando se rompieron las lanzas, y cuando ya el sol calentaba, se gritó por todas partes que era preciso combatir cuerpo a cuerpo. Al punto dejaron todos sus caballos, y habiendo elegido su adversario cada cual, combatieron hasta que se quebraron las espadas. Desde entonces cada uno se sirvió de lo que hallaba más a mano, este de un arco, aquel de un carcax; se arrojaban tierra a los ojos, se daban de puñadas, se arrancaban los cabellos. Habiéndose prolongado la lucha encarnizada, hasta la tarde, sin ningún resultado decisivo, Samail dijo a Yusuf:

—¿Por qué no hacemos venir el ejército que hemos dejado en Córdoba?

—¿Qué ejército?, preguntó Yusuf con sorpresa.

—El pueblo del mercado, le respondió Samail.

Era una idea extraña en un árabe, y sobre todo en un árabe del temple de Samail, hacer intervenir panaderos, tenderos, patanes y villanos, como entonces se decía, en una lucha de este género, y pues que Samail tuvo esta idea, es preciso suponer que previó que su partido pudiese sucumbir de un momento a otro. Sea de esto lo que quiera, Yusuf aprobó como de costumbre el proyecto de su amigo, y despachó dos personas a Córdoba para que viniese este extraño refuerzo. Cerca de cuatrocientos ciudadanos se pusieron en camino, casi sin armas; algunos de ellos habían podido procurarse lanzas y espadas, y otros se habían provisto de sus cuchillos; pero los demás solo tenían palos. Pero como los soldados de Ibn-Horaith estaban ya medio muertos de fatiga, esta improvisada milicia nacional, llegando al campo, decidió la suerte de la batalla, y los maadditas hicieron entonces gran número de prisioneros, entre los que se encontraba Abul-Jattar.

Sabía este jeque la suerte que le esperaba, y no hizo ninguna tentativa para rehuirla, pero quería por lo menos que participase de ella el que se llamaba su aliado, Ibn-Horaith, el implacable enemigo de los sirios, que le había despojado del emirato. Habiéndole visto ocultarse en un molino, indicó a los maadditas el lugar donde se había agazapado, y cuando lo hicieron prisionero y lo condenaron a muerte, le dijo haciendo alusión a la frase sanguinaria que Ibn-Horaith tenía constantemente en los labios: «Hijo de la negra, ¿queda en tu copa alguna gota?». A ambos le cortaron la cabeza.

Los maadditas arrastraron los demás prisioneros hasta la Catedral de Córdoba, que estaba dedicada a S. Vicente. Allí Samail fue juntamente su acusador, su juez y su verdugo; sabía hacer pronta y terrible justicia: cada sentencia que pronunciaba y ejecutaba era una sentencia de muerte. Ya había hecho rodar la cabeza de setenta personas, cuando su aliado Abu-Ata, a quien esta escena horrible causaba mortal desagrado, exclamó levantándose:

—Abu-Djauchan, envainad la espada.

—Sentaos, Abu-Ata, le respondió Samail con feroz exaltación: este día es un día glorioso para vos y para vuestra tribu.

Abu-Ata se sentó, y Samail continuó sus ejecuciones. Pero ya Abu-Ata no aguantó más. Helado de horror a la vista de aquellos torrentes de sangre, de la muerte de tantos desgraciados que eran Yemenitas, pero Yemenitas de la Siria, vio en Samail al enemigo de sus compatriotas al descendiente de aquellos guerreros del Irak, que a las órdenes de Alí habían combatido a los sirios de Muawiya en la batalla de Ciffin. Levantándose por segunda vez le dijo: «Arabe exclamó, si tienes tan bárbaro placer en degollar a los sirios mis compatriotas, es porque te acuerdas de la batalla de Ciffin. Cesa da matar o declaro, vive Dios, que la causa de tus víctimas es la de los sirios.» Entonces, pero sólo entonces, Samail envainó su espada.

Después de la batalla de Secunda, la autoridad de Yusuf no fue ya contestada; pero no teniendo de gobernador más que el título, pues que Samail era el que gobernaba en realidad,

acabó por enojarle, la posición subordinada a que el Caisita le había reducido, y queriendo desembarazarse de él, le ofreció una especie de Virreinato, el gobierno de Zaragoza. Samail no rehusó la oferta y lo que más le decidió a aceptarla fue la consideración de que todo este país estaba habitado por Yemenitas, a los que esperaba oprimir para satisfacer el odio que tenía contra ellos; pero las cosas tomaron un giro que no había previsto. Acompañado de sus clientes, de sus esclavos y de doscientos Coraichitas, llegó a Zaragoza en el año 750, justamente cuando comenzaba España a verse desolada por un hambre que duró cinco años, tan grande, que se interrumpió el servicio de correos, porque casi todos los conductores murieron de necesidad y que los Bereberes establecidos en el Norte, emigraron en masa para volverse a África. La vista de tantas miserias y sufrimientos excitó a tal punto la compasión del gobernador, que, por uno de esos accesos de bondad, que parecían alternar en su carácter con la ferocidad más brutal, olvidó todos sus agravios, todos sus rencores, y sin distinguir entre amigos y enemigos, Maadditas ni Yemenitas, dio a este dinero; a aquel, esclavos; pan a todo el mundo. Nadie podría reconocer en este hombre tan compasivo, tan caritativo, tan generoso, al carnicero que había hecho rodar tantas cabezas sobre las losas de la iglesia de S. Vicente.

Dos o tres años se pasaron así, y si una buena inteligencia entre Caisitas y Yemenitas, hubiera sido posible, si Samail hubiera podido reconciliarse con sus enemigos, a fuerza de beneficios, los árabes españoles hubieran gozado de paz, después de tan sangrientas guerras. Pero hiciera lo que hiciera no podía Samail hacerse perdonar sus despiadadas ejecuciones; se le cree siempre dispuesto a renovarlas cuando la ocasión se presentara, y el odio estaba demasiado arraigado en el corazón de los corifeos de ambos partidos, para que su aparente reconciliación fuese más que una corta tregua. Por otra parte, los Yemenitas, que se figuraban que España les pertenecía de derecho, pues constituían la mayoría de su población árabe, no sufren sino trinando de ira la dominación de los Caisitas, y estaban dispuestos a aprovechar la primera ocasión de reconquistar el poder.

Algunos jeques coraichitas murmuraban también. Perteneciendo s una tribu que desde Mahoma era considerada como la más ilustre, veían con despecho a un Fihirita, a un coraichita del distrito, a quien consideraban muy inferior a ellos, gobernar España.

Era de prever la coalición de estos dos partidos, y no se hizo esperar mucho tiempo. Había entonces en Córdoba un señor coraichita, ambicioso, llamado Amir a quien Yusuf, que le odiaba, había quitado el mando del ejército, que de tiempo en tiempo iba a combatir a los cristianos del Norte. Ardiendo en deseos de vengarse de esta afrenta, y aspirando a la dignidad de Gobernador, Amir alimentaba el designio de explotar en provecho suyo el descontento de los Yemenitas, y de ponerse a su cabeza haciéndoles creer que el Califa abasida, le había nombrado gobernador de España. Comenzó, pues, por edificar una fortaleza en un terreno que poseía al Oeste de Córdoba, pensando cuando la tuviera acabada, atacar a Yusuf, lo que le sería fácil, pues que este no tenía a su disposición más que una guardia de cincuenta caballeros y aun cuando esta empresa se frustrara, tendría siempre el recurso de retirarse a la fortaleza, y esperar allí la llegada de los Yemenitas, con quienes ya mantenía inteligencias. Yusuf, que no ignoraba los designios hostiles del Coraichita, trató de hacerle prender; pero viendo que Amir estaba prevenido, y no osando recurrir a una medida extrema, sin el dictamen de Samail, a quien consultaba en todo a pesar de la distancia que lo separaba de la capital, le escribió

preguntándole lo que debía hacer. Contéstale Samail, instándole a que hiciera asesinar a Amir en seguida. Felizmente para él, este último fue avisado por un espía que tenía en la casa del gobernador, del peligro que le amenazaba, montó a caballo sin perder momento, y juzgando demasiado debilitados a los Yemenitas de la Siria después de la batalla de Secunda, tomó el camino de Zaragoza, cierto de que los Yemenitas del nordeste le prestarían apoyo más eficaz.

Cuando llegó al distrito de Zaragoza, otro Coraichita llamado Hobab había levantado el estandarte de la rebelión. Propúsole Amir que reuniesen sus fuerzas contra Samail, y habiendo tenido ambos jefes una entrevista, resolvieron llamar a las armas a los Yemenitas, y Berberiscos contra Yusuf y Samail, a quienes tachaban de usurpadores, diciendo que el Califa abasida había nombrado a Amir gobernador de España. Y respondiendo en gran número los Yemenitas y los Bereberes a este llamamiento, y habiendo batido las tropas que Samail había enviado contra ellos, fueron a sitiarle en Zaragoza (753-4.)

Después de haber pedido, en vano, socorro a Yusuf, reducido a tal impotencia que le fue imposible reunir tropas, Samail se dirigió a los Caisitas que formaban parte de las divisiones de Kinnesrina y de Damasco, establecidas en los territorios de Jaén y de Elvira, pintándoles el peligro en que se hallaba, y añadiéndoles que en último caso se contentaría con un pequeño refuerzo. Su petición, encontró dificultades. Verdad es que su amigo el kilabita Obaida, que era después de él el jeque más poderoso de los Caisitas, salió a recorrer el territorio habitado por las dos divisiones, advirtiendo de camino a todos aquellos con quienes podía contar, que se armaran y aprestasen para marchar a Zaragoza; verdad es también que los Kilab, los Moharib, los Solaim, los Nazr y los Hawazin, prometieron tomar parte en la empresa, pero los Ghatafan, entonces sin jeque, porque Abu-Ata había muerto y no se le había dado sucesor aun, estaban indecisos y diferían de día en día su respuesta definitiva, y los Cab ibn-Amir con sus tres subtribus de Cochair, de Ocail y de Harech, descontentos de que la hegemonía de cuando mandaba a todos los Sirios de España Baldj el Coraichita, perteneciese ahora a los Kilabitas (porque tanto Samail como Obaid, pertenecían a esta tribu) los Cab ibn-Amir no deseaban nada menos en su mezquina envidia, que ver perecer a Samail falto de socorros. Apremiados por los Obaid, los Ghatafan acabaron por prometer su concurso, y entonces los Cab ibn-Amir se dijeron, que bien pensando era lo mejor ir con los demás. Comprendieron sin duda, que, no haciéndolo así, se atraerían la general animadversión, sin conseguir su objeto, pues que Samail sería de todos modos socorrido, y podría muy bien pasarse sin ellos. Suministraron, pues, guerreros todas las tribus caisitas, pero en escaso número: el de los peones nos es desconocido; pero sabemos que el de los caballeros pasaba poco de trescientos sesenta. Viéndose tan débiles, comenzaban a desmoralizarse, cuando uno de ellos los sacó de sus vacilaciones con algunas palabras entusiastas: «No debemos, dijo, en conclusión, abandonar a un jeque como Samail, aunque debiésemos perecer para salvarlo.» Los ánimos antes tan dudosos, se reanimaron, y se emprendió la marcha hacia Toledo, después de haber conferido el mando de la expedición a Ibn-Chihab, el jeque de los Cab ibn-Amir, por consejo de Obaid que, aunque podía pretender para sí esta dignidad, prefirió como amigo generoso y desinteresado, cederla al jeque de la tribu que se había mostrado más contrario a la empresa, esperando ligarlo así sólidamente a la causa de Samail. Esta marcha tuvo lugar a principios del año 755.

En las orillas del Guadiana, los Caisitas se encontraron a los Becr ibn-Wail, y los Beni-Alí, tribus ambas que, aunque no Caisitas, pertenecían también a la raza de Maad. Habiéndolos comprometido a acompañarlos, engrosaron su hueste con más de cuatrocientos jinetes. Así reforzados, llegaron a Toledo, donde supieron que se apretaba el sitio con tal rigor, que Samail no tardaría en tener que rendirse. Temiendo haber llegado tarde, y queriendo prevenir a los sitiados de su llegada, mandaron los Caisitas a uno de los suyos a Zaragoza, encargándole que se deslizara entre los sitiadores y lanzase por cima de las murallas un papel enrollado a una piedra, en el que se habían escrito estos dos versos:

"Sitiados, alegraos, porque os llega socorro y pronto tendrán que levantar el sitio. Ilustres guerreros Nizaritas vienen en vuestra ayuda sobre bien embridados potros de la casta de Awadj."

El mensajero ejecutó diestramente la orden recibida. El billete fue recogido y llevado a Samail, que se lo hizo leer, y se apresuró a reanimar el valor de sus soldados, comunicándole tan buena como importante noticia. Todo terminó sin tirar un tiro, bastando el rumor de que se aproximaban los Maadditas para hacer levantar el asedio, no queriendo los sitiadores exponerse a encontrarse entre dos fuegos: entraron, pues los Caisitas con sus aliados en la ciudad, y Samail lo recompensó generosamente por el servicio recibido.

Entre los auxiliares, había treinta clientes de la familia de los Omeyas, que pertenecían a la división de Damasco, establecida en la provincia de Elvira. Los Omeyas (según la costumbre arábiga, se daba este nombre lo mismo a los individuos de la familia que a sus clientes), los Omeyas se distinguía de antiguo por su aversión a la causa de los Malditas, en la batalla de Secunda había combatido bravamente en las filas de Yusuf y Samail, y estos dos jefes los consideraban mucho, pero si estos treinta caballeros habían acompañado ahora a los Caisitas que salieron en auxilio de Samail, no era tanto porque le considerasen como aliado, como porque tenían que hablarle de negocios y de intereses de la mayor importancia. Pero para poder comprender de lo que se trataba es preciso que volvamos cinco años atrás.

CAPÍTULO XIII

Cuando en el año de 750, Meruan II, último Califa de la casa de los Omeyas, halló la muerte en el Egipto, adonde había ido a refugiarse, se desató una cruel persecución contra su numerosa familia que los Abasidas usurpadores del trono querían exterminar. A un nieto del Califa Hixem, le cortaron un pie y una mano, y mutilado así lo pasearon montado en un burro por todas las ciudades y lugares de la Siria, acompañado de un heraldo que lo enseñaba como si fuese una fiera, pregonando: «He aquí a Aban, hijo de Muawiya, el que se apellidaba el caballero más cumplido de los Omeyas». Y duró este suplicio hasta que la muerte le puso término. Rehusando la princesa Abda, hija de Hixem, revelar dónde había escondido sus tesoros, la dieron al punto de puñaladas.

Pero la persecución fue tan violenta, que estuvo a punto de malograr su objeto. Muchos Omeyas consiguieron sustraerse a las persecuciones y esconderse entre las tribus beduinas. Viendo los Abasidas que sus víctimas se les escapaban, y que no podrían completar su obra sanguinaria, sino con la astucia y la traición, repartieron una proclama de su Califa Abul-Abbas, en la que, confesando haberse excedido, prometía la amnistía a todos los Omeyas que vivieran aún. Mas de setenta cayeron en el lazo, y fueron asesinados a golpes de barras.

Dos hermanos, nietos ambos del Califa Hixem, Yahya y Abderramán habían escapado de esta horrible matanza. Cuando se dio la proclama del Califa Abasida, Yahya dijo a su hermano: «Esperemos un poco: si todo va bien, siempre tendremos tiempo de reunirnos al ejército de los Abasidas que se encuentra cerca de aquí, porque hasta ahora no tengo gran confianza en la amnistía que se nos ofrece: enviaré pues a su campo alguien que nos diga como tratan a nuestros parientes.»

Después de la matanza, la persona que Yahya envió al campo, volvió apresuradamente a traerle la nueva fatal; pero este hombre era perseguido de cerca por los soldados, que habían recibido la orden de matar a Yahya y Abderramán, y antes que el primero volviera del susto y pensara en los medios de fugarse, fue preso y degollado. Abderramán estaba de caza y esto lo salvó. Avisado por criados fieles de la infeliz suerte de su hermano, aprovechó la oscuridad de la noche para volver a su casa y les dijo a sus hermanas que iba a ponerse en salvo en otra casa que tenía en una aldea no lejos del Éufrates, encargándoles que se reunieran con él lo más pronto posible, con su hermano y con su hijo.

Llegó sin novedad el joven príncipe a la aldea, y no tardó en hallarse rodeado de toda su familia. No pensaba permanecer allí mucho tiempo, decidido como estaba a pasar al África; pero creyendo que sus enemigos no habían de descubrir fácilmente su retiro, esperaba un momento en que, sin mucho peligro, pudiera emprender este largo viaje.

Un día, Abderramán que padecía entonces una enfermedad en la vista, estaba acostado en una habitación oscura, cuando su hijo Solimán, que no tenía más que cuatro años, y que estaba jugando en la puerta de la calle, entró en su habitación, y asustado y llorando se echó contra su pecho.

«Déjame niño, le dijo su padre, ¿no sabes que estoy malo? ¿Pero qué tienes? ¿Por qué ese miedo?»

El niño ocultó de nuevo su cabeza en el seno de su padre, llorando y sollozando.

«¿Qué tendrá? exclamó el príncipe levantándose, y abriendo la puerta vio a lo lejos los estandartes negros... El niño los había visto también, y se acordaba de que el día en que esos estandartes habían aparecido en la antigua casa de su padre había sido degollado su tío... Apenas tuvo tiempo de meter algunas monedas de oro en su bolsillo, y de despedirse de sus hermanas: «Me voy, les dijo: enviadme a mi liberto Badr que me encontrará en tal lugar, y decidle que me lleve lo que necesite, si Dios quiere que consiga salvarme.»

Mientras que la caballería abasida, después de haber cercado el pueblo registraba la casa que servía de refugio a la familia Omeya, sin encontrar más que dos mujeres y un niño, a quienes no hicieron ningún daño, Abderramán, acompañado de su hermano, de trece años, fue a ocultarse a alguna distancia de la aldea, lo que no le fue difícil, porque el país estaba muy cubierto de árboles. Cuando llegó Badr, los hermanos se pusieron en camino y llegaron a las orillas del Éufrates. El príncipe se dirigió a un hombre conocido, le dio dinero y le envió á comprar provisiones y caballos. Este marchó acompañado de Badr, después de haber prometido cumplir su encargo. Pero desgraciadamente un esclavo de este hombre, había oído todo lo que se acababa de decir. Esperando una considerable recompensa, partió el traidor a todo correr a delatar al capitán Abasida el sitio en que los fugitivos se ocultaban. De repente aterrorizó a estos oír un galope de caballos. Apenas tuvieron tiempo de ocultarse en un jardín, pero ya los habían visto los jinetes, que comenzaron a cercarlo; un momento más y los dos hermanos hubieran sido degollados. No les quedaba más partido que arrojarse al Éufrates y tratar de pasarlo a nado. El río era muy ancho, la empresa peligrosa, pero en su desesperación no dudaron intentarla, y se lanzaron precipitadamente al agua.

«Volveos, le gritaban los jinetes que veían escapárseles una presa que ya creían tener en las manos: volveos que no se os hará mal.»

Abderramán, que sabía lo que valían estas palabras, nadó más aprisa. Cuando hubo llegado a la mitad del río, se detuvo un momento para gritar que se apresurase a su hermano que se había quedado atrás. ¡Ay! el joven, peor nadador que Abderramán, había tenido miedo de ahogarse, y, creyendo en las palabras de los soldados, volvía hacia la orilla.

«Ven, ven conmigo, querido hermano, yo te lo ruego, no creas en las promesas que te hacen», gritaba Abderramán, pero en vano.

«El otro se nos escapa» dijeron los soldados, y el más animoso de ellos iba ya a desnudarse para echarse al Éufrates, cuando la anchura del río le hizo cambiar de opinión. Abderramán, no fue pues perseguido, pero desde la otra orilla tuvo la pena de ver como los bárbaros soldados cortaban a su hermano la cabeza.

En Palestina se le reunieron su fiel Badry Selim, liberto de una de sus hermanas, que le traían dinero y pedrerías. En seguida partió con ellos para África, donde la autoridad de los Abasidas no había sido reconocida y donde muchos Omeyas habían encontrado asilo. Llegó allí sin obstáculo, y si hubiese querido, hubiera encontrado tranquilidad y sosiego; pero no era

hombre capaz de resignarse a una existencia modesta y oscura. Sueños ambiciosos cruzaban sin cesar por su cabeza de veinte años. Alto, vigoroso, valiente, habiendo recibido una esmerada educación, y poseyendo talentos poco comunes, su instinto le decía que estaba llamado a brillantes destinos, y su espíritu aventurero y emprendedor se alimentaba con los recuerdos de su infancia, que desde que llevaba una vida pobre y errante, se despertaron con mayor viveza. Era creencia muy extendida entre los árabes, que cada uno lleva escrito su sino en los rasgos de su fisonomía; Abderramán lo creía como todo el mundo tanto más cuanto que una predicción hecha por Molesma, el hermano de su abuelo, que tenía la reputación de hábil fisonomista, respondía a sus más ardientes deseos. A la edad de diez años, muerto ya su padre Muawiya, lo llevaron un día con sus hermanos a la Ruzafa. Era esta una soberbia posesión en el distrito de Kinnesrina, la residencia habitual del Califa Hixem. Estando estos dos niños a la puerta del palacio llegó Molesma, y deteniendo su caballo, preguntó quiénes eran.

«Son los hijos de Muawiya», le contestó su ayo.

«Pobres huérfanos» exclamó entonces Molsema, con los ojos llenos de lágrimas, y se los hizo presentar dos a dos.

Abderramán pareció agradarle más que los otros. Habiéndolo subido sobre el pomo de su silla, lo colmaba de caricias, cuando Hixem, saliendo de su palacio, preguntó a su hermano: «¿Quién es este niño?

—Es un hijo de Muawiya, e inclinándose a su hermano le dijo al oído, pero bastante alto para que Abderramán pudiera oírlo: El gran acontecimiento se aproxima y este niño será el hombre que sabéis.

—¿Estáis bien seguro?, preguntó Hixem.

—Sí, os lo juro, replicó Molesma, he reconocido los signos en su rostro y en su cuello.

Recordaba también Abderramán que desde entonces su abuelo tuvo por él una gran predilección, que muchas veces le enviaba regalos de que no participaban sus hermanos, y que le hacía ir a palacio todos los meses.

¿Qué significaban las misteriosas palabras pronunciadas por Molesma? Es lo que Abderramán no sabía precisamente, pero en la época en que fueron dichas, se habían hecho muchas predicciones del mismo género. El poder de los Omeyas estaba ya muy quebrantado, y en su inquietud, estos príncipes supersticiosos, como todos los orientales lo son, poco más o menos, abrumaban a preguntas a adivinos, astrólogos, fisonomistas, en una palabra, a todos los que de un modo o de otro pretenden levantar el velo que cubre el porvenir.

No queriendo ni quitar toda esperanza a estos hombres que los colmaban de regalos ni arrullarlos con promesas que los sucesos vendrían bien pronto a desmentir, estos adeptos de las ciencias ocultas habían encontrado un término medio, diciendo que se hundiría el trono de las Omeyas, pero que un vástago de esta ilustre familia lo restablecería en alguna parte. Molesma parece haber estado preocupado con la misma idea.

Creíase Abderramán destinado a sentarse en un trono: ¿pero en qué país debería reinar? El Oriente estaba perdido, y allí no había nada que esperar. Quedaban África y España, y cada uno de estos países procuraba asegurarse una dinastía fihirita.

En África, o más bien la parte de esta provincia, que estaba aún bajo la dominación arábiga, pues que el Oeste la había sacudido, reinaba un hombre que ya hemos encontrado en España, donde también había tratado, aunque sin conseguirlo, de declararse emir. Era el Fihirita Abderramán ibn-Habib, pariente de Yusuf, el gobernador de España. No habiendo reconocido a los Abasidas, pensaba ibn-Habib trasmitir el África a sus hijos como principado independiente, y consultaba a adivinos, sobre el porvenir de su raza, con inquieta curiosidad. Algún tiempo antes de la llegada a su corte del joven Abderramán, un judío iniciado en los secretos de las ciencias ocultas por el príncipe Molesma, en cuya corte había vivido, le había predicho que un descendiente de regia familia, que se llamaría Abderramán, y que tendría un rizo de cabellos a cada lado de la frente, sería el fundador de una dinastía que había de reinar en el África. Ibn-Habib le respondió que el que se llamaba Abderramán, y que poseía el África no tendría más que dejarse crecer un rizo de cabello a cada lado de la frente pura que la predilección pudiera aplicársele.

«No, le respondió el judío, no sois vos la persona designada, porque no descendiendo de familia real, no tienes todas las condiciones exigidas.»

Más adelante, cuando Ibn-Habib vio al joven Abderramán, notó que este príncipe tenía los cabellos de la manera indicada, y habiendo hecho llamar al judío, le dijo: «Y bien, este es el que el destino llama a ser el dueño del África pues que tiene todas las condiciones requeridas. No importa, no me quitará mi provincia, porque lo haré asesinar.»

El judío, sinceramente afecto a los Omeyas, sus antiguos señores, se estremeció a la idea de que su predicción fuera causa del asesinato de un joven por quien se interesaba; sin embargo, respondió sin perder su presencia de ánimo.

«Confieso, señor, que este joven tiene todas las cualidades exigidas. Pero puesto que creéis en lo que os he predicho, es preciso una de dos cosas, o que este Abderramán no sea la persona designada, y en este caso podréis matarlo, pero cometeréis un crimen inútil, o bien que sea el destinado a reinar en África, y en este caso hagáis lo que hagáis no conseguiréis quitarle la vida, porque es preciso que su destino se cumpla.»

Comprendiendo la verdad de este razonamiento, Ibn-Habib no atentó por lo pronto contra la vida de Abderramán, sin embargo desconfiando no solo de él, sino de todos los demás Omeyas que habían venido a refugiarse en sus Estados, y en los que veía pretendientes que podrían llegarle a ser peligrosos algún día, espiaba los pasos de todos con creciente. Entre estos príncipes se hallaban dos hijos del Califa Walid II. Dignos hijos de su padre que solo vivió para el placer, que enviaba a sus cortesanos para que presidieran en su lugar las oraciones públicas, y que tirando el arco se servía del Corán a guisa de blanco, llevaban alegre vida en el destierro, y una noche que bebían y platicaban juntos, exclamó uno de ellos: «¡Qué locura! ¿Pues no se imagina ese Ibn-Habib que quedará de emir en este país, y que nosotros hijos de un Califa le dejaremos reinar tranquilamente?» Ibn-Habib que escuchaba tras la puerta oyó estas palabras. Resuelto a desembarazarse, pero secretamente de estos huéspedes peligrosos,

esperaba para hacerlos perecer, una ocasión favorable, para de que se atribuyera su muerte a un accidente o a una venganza personal. No cambió, pues, de conducta respecto a ellos, y cuando venían a visitarlo les mostraba la misma benevolencia que antes. Sin embargo, no calló a sus confidentes que habla espiado a los hijos de Walid, y les había oído palabras indiscretas. Entra estos confidentes había un secreto partidario de los Omeyas, que aconsejó a los dos príncipes se sustrajeran con la fuga al resentimiento del gobernador. Así lo hicieron al punto; pero informado Ibn-Habib de su precipitada fuga, cuya causa ignoraba, y temiendo no hubiesen ido a sublevar alguna tribu árabe o berebere, los hizo perseguir por jinetes que los alcanzaran y se los trajeran. Luego, juzgando que su huida, y los intentos que les había escuchado eran pruebas suficientes de sus proyectos criminales, los hizo decapitar. Desde entonces no pensó más que en desembarazarse igualmente de los demás Omeyas, que advertidos por sus partidarios se apresuraron a buscar un refugio entre las tribus bereberes independientes.

Errante de tribu en tribu, de ciudad en ciudad, recorrió Abderramán el norte de África de punta a cabo. Por algún tiempo estuvo oculto en Barca; luego buscó un asilo en la corte de los Beni-Rostem, reyes de Tahort, más tarde fue a implorar la protección de la tribu berebere de Micnesa. Cinco años pasaron así y nada indica que durante este largo periodo Abderramán hubiera imaginado probar fortuna en España. Era el África la que codiciaba este pretendiente ambicioso, sin dinero y sin amigos; intrigando sin cesar, tratando a toda costa de ganarse partidarios, se vio arrojado de Micnesa y se llegó a la tribu berebere de Nafza, a la que pertenecía su madre, y que moraba en los alrededores de Ceuta.

Convencido al fin de que allí no lograría sus propósitos, dirigió sus ojos al otro lado del mar. Tenía acerca de España algunas noticias por Selim uno de los dos libertos que habían corrido con él las vicisitudes de su vida errante. Selim había estado en España en tiempo de Muza, o poco después, y en las circunstancias presentes hubiera podido prestar al príncipe servicios de suma utilidad, pero ya se había vuelto a Siria. Cansado hacía ya algún tiempo de la vida vagabunda que llevaba en compañía de un aventurero, estaba decidido a aprovechar para dejarla la primera ocasión oportuna, cuando Abderramán se la proporcionó. Una vez que estaba dormido y no oyó que lo llamaba su amo, este le arrojó un vaso de agua en el rostro, y Selim le respondió colérico: «Puesto que me tratáis como a un vil esclavo, os dejo para siempre. No os debo nada porque no sois mi patrono; solo vuestra hermana tiene derechos sobre mí, y con ella me vuelvo.»

Quedábale el otro liberto, el fiel Badr. A este fue a quien Abderramán encargó pasar a España, a fin de concertarse con los clientes Omeyas, que en número de cuatrocientos o quinientos, formaban parte de las dos divisiones de Damasco, y Kinnesrina, establecidas en los territorios de Elvira y de Jaén. Badr debía entregarles una carta de su patrono, en la que este les decía, como hacía cinco años que recorría fugitivo el África a fin de escapar de las persecuciones de Ibn-Habib, que atentaba contra la vida de todos los miembros de la familia de los Omeyas.

«En medio de vosotros, clientes de mi familia, proseguía el príncipe, es donde quiero ir a vivir, porque estoy convencido que series para mí amigos fieles. Mas ¡ay! no me atrevo a ir a España; el emir de ese país me tendería asechanzas como el del África, me consideraría como

un enemigo, como un pretendiente. ¿Y en verdad, no tengo derecho de pretender el emirato yo que soy nieto del Califa Hixem? Pues bien, pues que yo no puedo ir a España como simple particular, iré como pretendiente. No iré sino después de haber recibido de vosotros la seguridad de que hay para mí en ese país algunas probabilidades de éxito, de que vosotros me apoyareis y considerareis mi causa como vuestra.»

Terminaba prometiendo dar a sus clientes los puestos más importantes, si querían secundarlo.

Llegado a España, entregó Badr esta carta a Obaidallah y a Ibn-Khalid jeques de los clientes de la división de Damasco. Enterados de su contenido señalaron rambos jeques el día en que habían de deliberar sobre el asunto, con los otros clientes, y rogaron a Yusuf ibn-Bokht, jeque de los clientes Omeyas, de la división de Kinnesrina que asistiera a la reunión. En el día señalado consultaron a sus clientes sobre el partido que deberían adoptar. Algo difícil pareció la empresa, pero pronto se pusieron de acuerdo en que era preciso intentarla. Tomando esta decisión, cumplían los clientes un verdadero deber, desde el punto de vista arábigo, porque la clientela impone un lazo indisoluble y sagrado, un parentesco de convención, y los descendientes de un liberto están obligados á secundar en todas circunstancias a los herederos del que ha dado la libertad al fundador de su familia. Pero además esta decisión era también dictada por su propio interés. El régimen de las dinastías árabes era el de una familia: los parientes y clientes del príncipe, ocupaban casi exclusivamente las altas dignidades del Estado. Trabajando por la fortuna de Abderramán, sus clientes trabajaban también por su propia grandeza. Pero la dificultad era ponerse acuerdo acerca de los medios de ejecución y se convino consultar a Samail, (sitiado entonces en Zaragoza) antes de emprender nada. Se le creía irritado contra Yusuf, porque no iba a socorrerlo; se le suponía con un resto de afecto hacia los Omeyas, antiguos bienhechores de su familia, y en todo caso se creía poder contar con su discreción, pues se le tenía por demasiado caballero para hacer traición a una confianza que se le hiciera bajo palabra de guardar secreto. Fue pues, principalmente para conferenciar con él, para lo que una treintena de Omeyas, acompañados por Badr se reunieron a los Caisitas que iba en socorro de Samail.

Se ha visto ya que la expedición de los Caisitas fue coronada de completo éxito; podemos, pues volver a tomar el hilo de nuestra narración, que habíamos interrumpido en el momento en que los jefes de los clientes Omeyas pedían a Samail una conferencia reservada.

Habiéndosela concedido el Caisita comenzaron por suplicarle reservara las importantes noticias que le iban a comunicar, y cuando lo hubo prometido, Obaidallah, le contó la venida de Badr, y le leyó la carta de Abderramán, añadiendo luego en tono humilde y sumiso:

—Ordenadnos lo que os parezca; lo que aprobéis eso haremos, lo que desaprobéis, eso dejaremos de hacer.

Muy pensativo les respondió Samail:

—El asunto es grave; no me exijáis una respuesta inmediata; reflexionaré sobre lo que me acabáis de decir, y os comunicaré mi opinión más adelante.

Habiendo sido introducido Badr, a su vez Samail, sin prometerle nada le hizo regalos, como a los demás que habían venido a socorrerle. Después salió para Córdoba. En ella encontró a Yusuf ocupado en reunir tropas destinadas a castigar los rebeldes de Zaragoza.

En mayo del 755, Yusuf en vísperas de ponerse en camino hizo venir a los dos jeques de los clientes Omeyas, a quienes consideraba como clientes suyos desde que sus patronos habían perdido la corona y cuando llegaron, les dijo:

—Id a vuestros clientes y decidles que vengan a acompañarnos.

—Es imposible, señor, le contestó Obaidalah. A consecuencia de tantos años de hambre los desgraciados no tienen fuerzas para marchar. Todos los que podían hacerlo han ido a socorrer a Samail, y este largo viaje, durante el invierno les ha fatigado mucho.

—He aquí con qué restablecer sus fuerzas, replicó Yusuf: enviadle estas mil monedas de oro, y que las empleen en comprar trigo.

—¿Mil monedas de oro para quinientos guerreros inscritos en el registro? Es muy poco, sobre todo, estando tan caras las cosas.

—Haced lo que queráis; pero no os doy más.

—Pues bien, guardaos vuestro dinero; no os acompañaremos.

Sin embargo, cuando dejaron al emir volvieron sobre sí. «Sería mejor, se dijeron, que aceptásemos ese dinero, que podrá servirnos. ¡Bah! sin decir que nuestros clientes no acompañarán a Yusuf, se quedarán en sus casas a fin de estar preparados a todo evento, pero nosotros encontraremos algún pretexto para explicar su falta en el ejército: aceptemos de todos modos el dinero que Yusuf nos ofrece: daremos una parte a nuestros clientes, que gracias a ella podrán comprar trigo, y emplearemos lo demás en facilitar la ejecución de nuestro proyecto.»

Volvieron, pues, a ver al gobernador, y le dijeron que aceptaban las mil monedas de oro que le había ofrecido. Cuando las hubieron recibido, volvieron al distrito de Elvira, cerca de sus clientes; dieron a cada uno de ellos diez monedas de plata de parte de Yusuf, diciendo que esta pequeña suma era para que comprasen trigo. Lo que no les dijeron, era que Yusuf les había dado mucho más, que quería que los clientes lo acompañaran, y que las mil monedas de oro eran su soldada. La moneda de oro equivalía a veinte de plata; se quedaron, pues, los dos jeques con cerca de las tres cuartas partes de lo que Yusuf les había enviado.

Entretanto Yusuf había salido de Córdoba con algunas tropas, y tomando el camino de Toledo, estableció su campo en el distrito de Jaén, en el sitio que llevaba entonces el nombre de «Vado del Fath,» al norte de Menjibar, por donde se pasaba el Guadalquivir cuando se querían atravesar los desfiladeros de Sierra-Morena, y donde se halla ahora un vado, que por los sucesos que precedieron a la batalla de Bailén en 1808, ha adquirido una celebridad europea. Yusuf esperaba allí las tropas, que de todas partes se le reunían, y las distribuía sus sueldos, cuando los dos jefes de los clientes Omeyas, sabiendo que teniendo prisa de marchar

contra los rebeldes de Zaragoza, no se detendría mucho tiempo en Vado del Fath se presentaron a él.

—Y bien, les dijo Yusuf, ¿por qué no vienen nuestros clientes?

—Tranquilizaos, emir, y que Dios os bendiga, le respondió Obaidalah: vuestros clientes no se parecen a ciertas personas que vos y yo conocemos. Por nada del mundo dejarían que combatierais a vuestros enemigos sin ellos. Es lo que ellos me decían el otro día, pero al mismo tiempo me encargaron que os pidiese alguna demora. La recolección de primavera, como sabéis, promete ser abundante, y ellos querrían ante todo hacer la siega; pero piensan reunirse con vos en Toledo.»

No teniendo ninguna razón para sospechar que Obaidalah lo engañaba, Yusuf creyó en sus palabras y dijo: «Pues bien, volved con vuestros clientes y haced que se pongan en camino lo más pronto posible.»

Poco después Yusuf continuó su marcha, Obaidalah y su compañero le acompañaron una parte del camino, y después se despidieron prometiéndole juntársele en seguida con los demás clientes y se volvieron hacia el vado del Fath.

En el camino encontraron a Samail y a su guardia. Después de haber pasado la noche en una de sus habituales orgías el jeque caisita dormía aun cuando Yusuf se puso en camino de manera que no salió sino mucho más tarde. Viendo llegar a los dos clientes, les dijo sorprendido:

—¿Qué, os volvéis? ¿Es para traerme alguna noticia?

—No señor, le respondieron; Yusuf nos ha permitido partir, comprometiéndonos a unirnos a él en Toledo con los demás clientes; pero sí queréis os acompañaremos un trozo de camino.

—Mucho me alegraré de gozar de vuestra compaña.

Y después que hubieron conversado algún tiempo de cosas indiferentes, Obaidalah se aproximó a Samail y le dijo al oído que quería hablarle en secreto. A una señal del jeque, sus compañeros se retiraron a cierta distancia, y Obaidalah continuó:

—Se trata del negocio del hijo de Muawiya, sobre que os consultamos. Su mensajero está aquí todavía.

—No he olvidado ese asunto, replicó Samail, por el contrario, lo he pensado maduramente, y como os prometí, no he hablado de él ni aun a mis amigos más íntimos. He aquí mi respuesta: creo que la persona en cuestión merece reinar y ser apoyado por mí. Podéis escribírselo y ¡quiera Alá prestarnos su ayuda! En cuanto al viejo pelado (así era como «llamaba a Yusuf), es preciso que me deje hacer lo que pienso. Le diré que debe casar a su hija Omm-Muza, que ahora está viuda, con Abderramán, y resignarse a no ser emir de España. Si hace lo que le digo, se lo agradeceremos, si no le romperemos la calva con nuestras espadas y no le haremos más de lo que merece.»

Locos de alegría con tan favorable respuesta, le besaron agradecidos la mano los dos jeques, y después de darle las gracias por la ayuda que prometía a su patrono, lo dejaron para volver al vado de Fath.

Evidentemente Samail que no había tenido tiempo de dormir su mona, se había levantado aquella mañana de muy mal humor contra Yusuf; pero todo lo que había dicho a los clientes provenía de un primer arrebato, falto de reflexión. El hecho es, que con su habitual indolencia no había pensado seriamente en el asunto de Abderramán sino en que lo había olvidado completamente. Solo después de haber dado a los clientes tantas esperanzas fue cuando empezó a considerar el pro y el contra, y entonces una sola preocupación se apoderó de su ánimo.

«¿Qué será de la libertad de las tribus árabes si un príncipe Omeya reinara en España? Establecido el poder monárquico, ¿qué nos quedará de poder a nosotros los jeques de tribu? No, por quejas que tenga contra Yusuf, es menester que las cosas queden como están»; y llamando a uno de sus esclavos, le mandó ir a escape a decir a los clientes que lo esperaran.

Llevaban ya estos una legua de camino, conversando sobre las halagüeñas promesas que les había hecho Samail, y teniendo por seguro el éxito del pretendiente, cuando Obaidallah sintió que lo llamaban por detrás y deteniéndose bien un jinete. Era el esclavo de Samail, que le dijo: «Esperad a mi amo que va a venir y tiene que hablaros.» Atónitos con este mensaje, y de que Samail viniera a buscarles, en lugar de mandarlos a llamar, temieron por un instante que quisiera prenderlos, y entregarlos a Yusuf; sin embargo, volvieron atrás, y no tardaron en divisar a Samail montado sobre Estrella, su mula blanca, que marchaba a galope tendido. Viendo que venía sin soldados recobraron el ánimo, y Samail acercándose a ellos les dijo: «Desde que me trajisteis la carta del hijo de Muawiya y me hiciste conocer a su mensajero, he pensado mucho en este asunto.» (Diciendo esto mentía Samail, o engañaba la memoria; pero no podía confesar que apenas se había ocupado de este asunto tan importante y era muy árabe para que le costara mucho una mentira.) «Aprobé vuestros designios, como os decía ahora mismo; pero después que me dejasteis, he reflexionado de nuevo, y ahora soy de parecer que vuestro Abderramán pertenece a una familia tan poderosa que (aquí Samail usó una frase muy enérgica seguramente, pero que la decencia nos impide traducir.) «En cuanto al otro, es en el fondo un buen muchacho y se deja guiar por nosotros, salvo raras excepciones, con gran docilidad. Además, le debemos grandes obligaciones y no estaría bien que le abandonásemos. Reflexionad bien lo que vais a hacer, y si de vuelta en vuestras casas persistís en vuestros proyectos, creo que no tardareis en volver a verme, pero no como amigo. Tenedlo sabido, pues os juro que la primera espada que salga de la vaina para combatir a vuestro pretendiente, será la mía. Y ahora id en paz, y que Alah os envíe, así como a vuestro patrono prudentes inspiraciones.»

Consternados con estas palabras que frustraban de un golpe todas sus esperanzas, y temiendo irritar a este hombre colérico, los clientes le respondieron humildemente:

—¡Dios os bendiga, señor! Nunca nuestra opinión diferirá de la vuestra.

—En buena hora, dijo Samail, ablandado y conmovido por estas palabras respetuosas; pero como amigo os aconsejo que no intentéis nada para cambiar el estado político del país.

Todo lo que podéis hacer es tratar de asegurar a vuestro patrono una posición honrosa, en España, y si él promete no aspirar al emirato, yo no me atrevo a aseguraros que Yusuf lo acogerá con benevolencia, le dará su hija por esposa, y con ella una fortuna conveniente. ¡Adiós y buen viaje!

Dicho esto, hizo dar media vuelta a Estrella y metiéndole espuelas la hizo tomar un trote decidido.

No teniendo nada que esperar de Samail ni en general de los Maadditas, que no obraban de ordinario sino por las inspiraciones de este jeque, no quedaba a los clientes más partido que echarse en brazos de la otra nación, de los Yemenitas, excitándolos a vengarse de los Maadditas. Queriendo alcanzar sus designios a toda costa, resolvieron hacerlo enseguida, y mientras volvían a sus casas, se dirigieron a todos los jeques yemenitas con quienes creían poder contar, invitándoles a tomarlas armas por Abderramán. Obtuvieron un éxito que excedió a sus esperanzas. Los Yemenitas a quienes la ira desgarraba las entrañas, pensando en la derrota de Secunda, y viéndose condenados a sufrir el yugo de los Moabitas, estaban prontos a levantarse a la primera señal y a formar bajo la bandera de cualquier pretendiente, fuera el que fuera, con tal de tener ocasión de vengarse y degollar a sus enemigos.

Asegurados del apoyo de los Yemenitas, y viendo a Yusuf y Samail ocupados en el norte, los clientes Omeyas juzgaron llegado el momento favorable para la venida de su patrono. Compraron, pues, un barco y entregaron a Tammam, que con once más habían de tripularlo, quinientas monedas oro, de las cuales debería dar al príncipe una parte, y servirse de la otra para contentar la avaricia de los Bereberes a quienes conocían lo bastante para creer que no dejarían partir a su huésped sin rescate. Este dinero era el que Yusuf había dado a los clientes para que lo acompañasen en su campaña contra los rebeldes de Zaragoza; lejos estaba de suponer cuando lo dio que había de servir para traer a España un príncipe que le disputaría el emirato.

CAPÍTULO XIV

Meses hacía que Abderramán, que se había separado de los Nafzas para irse al país de los Moghilas, en las costas del Mediterráneo, arrastraba triste y monótona su existencia, esperando con creciente ansiedad la vuelta de Badr, de quien no había recibido noticia alguna. Su suerte iba a decidirse: si sus grandes proyectos se frustraban, todas sus ilusiones de gloria y de fortuna se disiparían como el humo, y se vería reducido a llevar de nuevo la vida de proscripto y de vagabundo, o a ocultarse en algún ignorado rincón del África, mientras que, si triunfaba en su audaz empresa, España le ofrecería seguro asilo, riquezas y todos los goces del poder.

Columpiado así entre el temor y la esperanza, Abderramán, naturalmente poco devoto, pero fiel observador de las conveniencias, cumplía una tarde con la oración ordenada por la ley, cuando vio aproximarse un bajel a la costa, y a uno de los que lo tripulaban tirarse al mar y nadar hacia la playa. Conoció a este hombre, era el fiel Badr, que impaciente por volver a ver a su señor, no había querido esperar a que se echara el ancla. «Buenas nuevas!» le dijo en cuanto lo vio, y le refirió en breve lo que había pasado, nombró los jeques con quienes podía contar Abderramán y las personas que se hallaban en el bajel destinado a conducirlo a España.

«No os faltará tampoco dinero, añadió: os traemos quinientas monedas de oro.»

Loco de alegría salió Abderramán al encuentro de sus partidarios. El primero que se presentó fue Abu-Ghalib Tamman. Abderramán le preguntó su nombre y su prenombre, y cuando los hubo oído sacó de ellos un presagio feliz. No podía haber en efecto nombres más propios para inspirar grandes esperanzas a quien creyera en presagios, y Abderramán creía mucho en ellos, porque Tamman significaba «cumplimiento» y Ghalib «victorioso.»

«Cumpliremos nuestro designio, exclamó el príncipe, y obtendremos la victoria.»

Apenas se dieron a conocer, cuando se resolvió marchar sin demora. Hacía el príncipe sus preparativos, cuando los Bereberes corrieron en tumulto, amenazando oponerse a la partida, a menos que no se les hicieran regalos. Habiendo sido prevista esta circunstancia, Tamman los gratificó a cada uno, según el rango que ocupaba en su tribu. Hecho esto, ya se recoge el ancla, cuando un Bereber que había sido olvidado en la distribución, se lanzó a la mar y aferrándose a una cuerda del barco, comenzó a gritar que él quería también recibir alguna cosa. Cansado de la desvergüenza de estos mendigos, uno de los clientes sacó su espada y cortó la mano al Bereber, que cayó en el agua, y se ahogó.

Libre de los Berberiscos se empavesó el buque en honor del príncipe, y poco después fondeó en el puerto de Almuñécar. Era setiembre del 755.

Imagínese fácilmente la alegría que experimenta Abderramán cuando puso el pie en el suelo de España, y la de Obaidalah y de Ibn-Khalid, cuando abrazaron a su patrono cuya llegada habían esperado en Almuñécar. Después de haber pasado algunos días en al-Fontin, pueblo de Ibn-Khalid, situado cerca de Loja entre Archidona y Elvira, fue a establecerse el

príncipe en el castillo de Torrox, que pertenecía a Obaidallah, y que estaba algo más al Oeste, entre Iznajar y Loja.

En este entretanto, Yusuf que había llegado a Toledo, comenzaba a inquietarse por la prolongada ausencia de los clientes Omeyas. Por esperarlos difería su partida de día en día. Samail que sospechaba la verdadera causa de su ausencia, pero que fiel a su palabra guardaba secreto sobre sus designios, se impacientaba por la larga detención del ejército. Quería concluir lo más pronto posible con los rebeldes de Zaragoza, y un día que Yusuf se quejaba de nuevo de que los clientes tardaran tanto en venir, Samail le dijo desdeñosamente:

«Un jeque como vos no debe detenerse tanto tiempo por esperar a unos *nadie* como esos. Temo que se nos escape la ocasión de encontrar a nuestros enemigos inferiores en número y en recursos, si permanecemos aquí más.»

Para el débil Yusuf, tales palabras, viniendo de Samail eran una orden. Pusiéronse pues, las tropas en marcha. Cuando estuvieron frente al enemigo, no tuvieron necesidad de combatir, porque luego que conocieron los rebeldes que tenían que habérselas con un ejército muy superior en número, entraron en negociaciones. Yusuf les prometió la amnistía a condición de que le entregaran sus tres jeques coraichitas Amir, su hijo Wahb y Hobac. Los insurrectos, la mayor parte Yemenitas, dudaron tanto menos en aceptar esta condición cuanto que suponían que Yusuf se había de mostrar clemente, con individuos que eran casi clientes suyos. Entregáronle, pues los jeques, y Yusuf convocó a los capitanes de su ejército, a fin de que sentenciaran a estos prisioneros, que entretanto había hecho cargar de cadenas.

Samail que había tomado a estos Coraichitas uno de esos odios que para él no concluían sino con la vida de aquel que había tenido la desgracia de excitarlo, insistió vivamente en que se les cortara la cabeza. Ningún otro Caisita participaba de su opinión, todos juzgaban que no tenían derecho de condenar a muerte a hombres que como ellos pertenecían a la raza de Maad, y temían además atraerse el odio de la poderosa tribu de Coraix, y de sus numerosos aliados. Los dos jeques de la rama de los Cab Ibn-Amir, Chihab y Hosain, sostenían esta opinión con más calor aun que los otros Caisitas. Con la ira en el pecho, y dispuesto a vengarse pronto de los que habían osado contradecirlo, cedió Samail. Yusuf perdonó pues la vida a los tres Coraichitas, pero los retuvo prisioneros.

No tardó Samail en hallar la ocasión que buscaba de desembarazarse de los jeques que en esta circunstancia le habían vencido, y que antes, cuando estaba sitiado en Zaragoza rehusaron por mucho tiempo ir en su ayuda. Habiendo imitado los vascos de Pamplona el ejemplo que les habían dado los gallegos, emancipándose de la dominación árabe, Samail propuso a Yusuf enviar una parte del ejército contra ellos, y confiar el mando de estas tropas a Ibn-Chihab, y a Hozain. Hizo esta proposición con el ánimo de alejar por el momento estos importunos contradictores, y con el secreto designio de que no volviesen de esta expedición, a través de un país agreste y hechizado de ásperas montañas.

Cediendo Yusuf como de costumbre al ascendiente que ejercía su amigo sobre él, hizo lo que este deseaba, y después de haber designado a su mismo hijo Abderramán para el gobierno de la frontera, volvió a tomar el camino de Córdoba.

Había hecho alto en las riberas del Jarama cuando un mensajero vino a traerles la noticia de que las tropas enviadas contra los vascos habían sido completamente derrotadas, Ibn-Chihab muerto, y que Hozain se había retirado a Zaragoza con el escaso número de guerreros que habían escapado del desastre. Ninguna noticia podía ser más grata a Samail, y al amanecer de la mañana siguiente, dijo a Yusuf: «Todo va a pedir de boca. Allah nos ha librado de Ibn-Chihab. Acabemos ahora con los Coraichitas; hacedlos venir y mandad que se les corte la cabeza.» A fuerza de repetirle a menudo que esta ejecución era absolutamente necesaria, había conseguido Samail ganar a su opinión al emir que también esta vez condescendió con su voluntad. Los tres Coraichitas habían dejado de vivir. A la hora acostumbrada, esto es, a las diez de la mañana se trajo el desayuno, y Yusuf y Samail se pusieron a la mesa.

El emir estaba triste y abatido: el triple asesinato que acababa de cometer le causaba remordimientos, reprochábase además el haber enviado a Ibn-Chihab y a tantos valientes guerreros a una muerte segura, conociendo que tanta sangre pedía venganza, un vago presentimiento le decía que su poder tocaba ya a su fin, y lleno de zozobra apenas comía. Samail, por el contrario, brutalmente alegre, mientras almorzaba con excelente apetito, hacía todo lo posible por confortar al débil emir, de que se servía para satisfacer sus rencores personales, y a quien empeñaba en una vía de atroces violencias.

«Desechad esas tristes ideas, le dijo: ¿En qué habéis delinquido? Si Ibn-Chihab ha muerto no es culpa vuestra, ha perecido en un combate, y en la guerra eso puede suceder a cualquiera. Si han sido ejecutados los tres Coraichitas, lo merecían, eran rebeldes y peligrosos antagonistas, y el ejemplo de severidad que habéis dado, servirá a los que quieran imitarlos, para que lo piensen antes. España es ya vuestra y de vuestros nietos, habéis fundado una dinastía que durará hasta la venida del Anticristo. ¿Quién será ahora bastante audaz para disputaros el poder?»

Con tales razones procuraba Samail, pero en vano, disipar la tristeza que consumía a su amigo. Concluido el desayuno se levantó, volvió a su tienda, y se fue a dormir la siesta en el departamento destinado a sus dos hijas. Ya solo Yusuf se echó en el lecho, más por costumbre, que porque tuviera necesidad de dormir, lo que no le permitían sus negros pensamientos. De pronto oyó gritar a sus soldados: «¡Un correo! ¡Un correo de Córdoba! E incorporándose: ¿Qué dicen por ahí? preguntó a los centinelas que estaban delante de su tienda: ¿Un correo de Córdoba?

— Sí, le respondieron, es un esclavo que viene montado en una mula de Omm-Otmán.

—Que entre al momento!, dijo Yusuf que no comprendía porque razón su esposa le enviaba un mensajero, pero que presumía que debía ser para algún asunto grave y apremiante.

Entró el correo y le entregó un billete concebido en estos términos: «Un nieto del Califa Hixem ha llegado a España: se ha establecido en Torrox, en el castillo del infame Obaidalah ibn-Otmán. Los clientes Omeyas se han declarado por él, vuestro lugarteniente en Elvira, que había salido para rechazarlo con las tropas que tenía a su disposición, ha sido derrotado. Sus soldados han sido apaleados; pero ninguno muerto. Haced sin pérdida de tiempo lo que juzguéis más conveniente.

Cuando Yusuf leyó esta carta, mandó llamar a Samail. Yendo para su tienda había visto este llegar el correo, pero indolente como de costumbre, no prestó a ello gran atención, y solo cuando el emir le hizo llamar a hora tan insólita, fue cuando se figuró, si el emisario habría venido para algún negocio importante.

—¿Qué ha ocurrido, emir, dijo entrando en la tienda de Yusuf, que me hacéis llamar a la hora de la siesta? Supongo que nada malo.

—¡Si!, le respondió Yusuf; ¡por Dios! que es un acontecimiento gravísimo, y me temo que Dios quiera castigarnos de haber matado a esos hombres.

—Lo que decís es una locura, le contestó Samail con desdén; creedme, esos hombres eran demasiado viles para que Dios se ocupara de ellos. Pero veamos, ¿qué ha sucedido?

—Acabo de recibir una carta de Omm-Otmán, que Khalib va a leeros.

Khalib, cliente y secretario del emir, leyó entonces el billete. Menos asombrado que Yusuf porque había podido preverlo, Samail no perdió su sangre fría oyendo que Abderramán había llegado a España.

—El asunto es grave, en efecto, dijo, pero he aquí mi opinión: Marchemos al instante contra el pretendiente con los soldados que tenemos. Démosle la batalla, quizá lo mataremos: en todo caso sus fuerzas son ahora tan escasas que las dispersaremos fácilmente, y cuando haya experimentado una derrota, perderá probablemente la gana de repetir.

—Me agrada vuestro parecer, replicó Yusuf, pongámonos en camino sin tardanza.

Pronto supo todo el ejército que un nieto de Hixem estaba en España, y que marchaban a combatirlo. Esta noticia causó entre los soldados una emoción extraordinaria. Indignados ya por el infame complot urdido por sus jefes contra Ibn-Chihab y de que habían sido víctimas gran número de sus clientes, indignados también por la ejecución de los Coraichitas, a despecho de la contraria opinión de los jeques caisitas, no estaban además dispuestos en manera alguna a hacer una campaña para la que no habían sido pagados.

—Se nos quiere obligar, decían, a hacer dos campañas en lugar de una: no la haremos.

A la caída de la tarde comenzó una deserción general: los clientes se llamaban unos a otros, y a bandadas dejaban el campo para volver a sus hogares. Apenas quedaron diez Yemenitas en el campo: eran los portaestandartes que no podían abandonar su puesto sin faltar al honor; pero no reprendieron a los desertores, ni hicieron nada para detenerlos. Quedaban también algunos Caisitas, especialmente ligados a Samail, y algunos guerreros de otras tribus maadditas, pero no se podía contar con ellos, tanto más, cuanto que fatigados con la marcha ardían en deseos de volver a sus casas, y rogaron a Yusuf y Samail que los condujeran a Córdoba diciéndoles que emprender una campaña de invierno con tan escasas fuerzas en la Sierra de Regio, sería por temor de un peligro lanzarse en otro mayor: que la revolución se circunscribiría sin duda a algunos distrito de la costa, y que para atacar a Abderramán era preciso esperar al buen tiempo. Pero una vez que Samail resolvía un plan, se obstinaba de tal modo, que, aunque hubiera algo de verdad en lo que se le decía, persistió en su designio.

Fueron, pues a la Sierra de Regio, pero con ayuda de la mala voluntad de los soldados, hubo de convencerse pronto el mismo Yusuf de que el plan de Samail era impracticable. El invierno había comenzado; las lluvias y los torrentes desbordados ponían intransitables los caminos. A pesar de la oposición de Samail, Yusuf ordenó, pues, la vuelta a Córdoba, y contribuyó a hacerle tomar esta resolución, el que se le dijo que Abderramán no había venido a España para disputarle el emirato, sino solo para buscar asilo y medios de subsistencia.

«Si le ofrecéis una de vuestras hijas en matrimonio y algún dinero, veréis como no pretende nada más.»

Como consecuencia de esto, Yusuf ya en Córdoba, resolvió entablar negociaciones, y envió a Torrox tres de sus amigos. Eran estos Obaid, el jeque más poderoso de los Caisitas después de Samail, y amigo de este, Khalid, secretario de Yusuf e Isa, cliente omeya y pagador del ejército. Debían ofrecer al príncipe ricos vestidos, dos caballos, dos mulos, dos esclavos y mil monedas de oro.

Partieron, pues, con estos presentes, pero cuando hubieron llegado a Orch, en la frontera de la provincia de Regio, Isa que, aunque cliente de la familia Omeya estaba sinceramente unido a Yusuf, dijo a sus compañeros: «Me extraña mucho que hombres como Yusuf, Samail y vosotros puedan obrar con tal ligereza. Sois bastantes simples para creer que, si llegamos con estos presentes a Abderramán, y este rehúsa aceptar las proposiciones de Yusuf, ¿nos dejará volvernos con los regalos a Córdoba?» Esta Observación pareció tan justa y sensata a los otros dos, que resolvieron se quedase Isa en Orch con los presentes, hasta que Abderramán hubiera aceptado las condiciones del tratado.

En Torrox encontraron el pueblo y el castillo atestado de soldados, porque habían acudido allí una turba de clientes Omeyas, de Yemenitas, de la división de Damasco, de la del Jordán y de la de Kinnesrina. Pedida y concedida que les fue una audiencia, los recibió el príncipe rodeado de su pequeña corte, en la que Obaidallah ocupaba el primer lugar, y expusieron el objeto de su comisión, diciendo: que Yusuf, lleno de reconocimiento a los beneficios que su tatarabuelo el ilustre Ocba-ibn-Nafi, había recibido de los Omeyas, no deseaba más que vivir en buena inteligencia con Abderramán, pero a condición de que este no pretendía el emirato, sino solo las tierras que el califa Hixem había poseído en España; que le ofrecía, pues, su hija con un dote considerable, que también le enviaba presentes que estaban aun en Orch, pero que no tardarían en llegar, y que si Abderramán quería ir a Córdoba, podía estar seguro de encontrar la más amistosa acogida.

Estas proposiciones agradaron bastante a los clientes. Su primer ardor se había resfriado un poco desde que habían podido apercibirse de que los Yemenitas, aunque muy dispuestos a combatir a sus rivales, tenían una tibieza desesperante, en lo que tocaba al pretendiente, y bien considerado, todo se inclinaban a un acomodamiento con Yusuf. Respondieron, pues a los mensajeros:

«Lo que proponéis es excelente. Yusuf tiene completa razón al suponer que no es para pretender el emirato, sino para reivindicar las tierras que le pertenecían por derecho hereditario, para lo que nuestro patrono ha venido a España»; en cuanto al príncipe, no participaba sin duda de esta manera de ver, y su ambición no se contentaba con la posición de

rico propietario que se le quería dar, pero no teniendo aun el suelo muy seguro bajo de sus pies, y dependiendo enteramente de sus amigos, se mostraba para con ellos modesto y hasta humilde; no osando condenar lo que aprobaban, guardaba un prudente silencio. Un observador superficial hubiera dicho que su espíritu no había salido aun del estado de crisálida, o por lo menos que el viejo Obaidalah le tenía en tutela.

«He aquí ahora la carta que Yusuf os envía, replicó Khalid, veréis como en ella confirma todo lo que os acabamos de decir».

El príncipe tomó la carta, y habiéndosela dado a Obaidalah, le rogó que la leyese en voz alta. Esta carta, compuesta por Khalid, como secretario de Yusuf, estaba escrita con una notable pureza de lenguaje, y en ella se habían vertido a manos llenas las flores de la retórica arábiga. Cuando Obaidallah hubo concluido su lectura, el príncipe siempre prudente, dejó a su amigo el cuidado de tomar una decisión. «¿Queréis encargaros de contestar a esta carta, puesto que conocéis mi manera de ver?» le dijo.

No podía caber duda sobre el sentido en que había de estar concebida la respuesta. Obaidalah aceptaría pura y simplemente las proposiciones de Yusuf, y el príncipe se había resignado ya al doloroso sacrificio de sus ambiciosos sueños, cuando una chanza inconveniente de Khalib vino a embrollar el asunto y a devolver al príncipe la esperanza.

Kalib no era árabe, pertenecía a la raza vencida, era español. Su padre y su madre eran esclavos y cristianos, para ejemplo de una multitud de sus compatriotas, su padre había abjurado el cristianismo; haciéndose musulmán había recibido el nombre de Zaid y para recompensarle de su conversión, Yusuf su dueño lo había emancipado. Educado en el palacio de su patrono, el joven Khalib, a quien la naturaleza había dotado de una notable inteligencia, y de gran aptitud para los trabajos de ingenio, estudió coa ardor la literatura arábiga, y acabó por conocerla, y escribir el árabe con tal pureza que Yusuf le nombró su secretario. Esto era un gran honor, porque los emires se preciaban de tener por secretarios a los hombres más versados en el conocimiento de la lengua y de los antiguos poemas.

Gracias a su posición, Khalib adquirió bien pronto una gran influencia sobre el débil Yusuf, que, no fiándose nunca de sus propias luces, necesitaba siempre ser guiado por la voluntad de otro, y cuando no estaba Samail era Khalib quien le dictaba sus resoluciones. Envidiado por los Árabes, a causa de su influencia y de su talento, y menospreciado por ellos a causa de su origen, Khalib devolvía a estos rudos guerreros menosprecio por menosprecio, y cuando vio la torpeza con que el viejo Obaidallah, que sabía manejar mejor la espada que el «calam» (la pluma) hacía sus preparativos para contestar a su elegante carta, se indignó su vanidad de literato, de que el príncipe hubiera confiado tan noble tarea a espíritu tan inculto y tan poco familiarizado con las elegancias del lenguaje. Una burlona sonrisa apareció en sus labios y dijo en tono desdeñoso: «Los sobacos te han de sudar Abu-Otmán antes que contestes a una carta como esa!»

Viéndose zumbado de un modo tan grosero por un cualquiera, por un vil español, Obaidallah, cuyo genio era naturalmente violento, se enfureció de una manera espantosa.

«Infame, exclamó, no me sudarán muchos los sobacos, porque no responderé a tu carta.»

Diciendo estas palabras tiró a Khalib brutalmente la carta a la cara, y le asestó en la cabeza un tremendo puñetazo.

«¡Que cojan a ese miserable y que lo encadenen!» prosiguió dirigiéndose a sus soldados, que se apresuraron a ejecutar la orden, y luego dirigiéndose al príncipe le dijo: «He aquí el principio de la victoria, toda la sabiduría de Yusuf reside en ese hombre; sin él no es nada.»

El otro mensajero, Obaid, esperó a que la cólera de Obaidalah se hubiera calmado un poco, y luego dijo:

—Abu-Othmán, ¿queréis recordar que Khalib es un enviado y como tal inviolable?

—No señor, le respondió Obaidalah; el enviado sois vos, así os dejaremos marchar en paz. En cuanto al otro ha sido el agresor y merece ser castigado: es el hijo de una mujer vil o impura: es un «ildje» (cristiano renegado).

A consecuencia de la vanidad de Khalib y del temperamento irascible de Obaidallah quedó rota la negociación, y Abderramán que veía cómo favorecía el acaso pensamiento que no había osado confesar, estaba muy lejos de sentirlo.

Cuando Obaid, en el que respetaba Obaidalah al jefe de una noble y poderosa familia árabe, hubo partido y Khalib arrojado en un calabozo, los clientes recordaron que los mensajeros habían hablado de regalos que estaban en Orch, y resolvieron apropiárselos: eran una presa hecha a Yusuf, con quien ya estaba la guerra declarada. Un centenar de jinetes salieron a rienda suelta hacia Orch, pero Isa, avisado a tiempo, había partido apresuradamente, llevando consigo todas las riquezas que los enviados debían ofrecer al príncipe ommiada, y los jinetes tuvieron que volverse a Torrox sin haber conseguido su objeto; en adelante jamás perdonó del todo Abderramán a su cliente la conducta que tuvo en esta ocasión por más que este cliente tratara de persuadirle que fiel servidor de Yusuf, su señor entonces, no pudo obrar de otro modo que como lo había hecho.

Cuando Obaid, de vuelta en Córdoba, informó a Yusuf y Samail de lo que había pasado en Torrox, exclamó este último: «Ya esperaba que esta negociación había de frustrarse: bien os lo había dicho, emir, debisteis atacar a ese pretendiente durante el invierno.»

Este plan, bueno en sí mismo, pero desgraciadamente impracticable, había llegado a ser para Samail una especie de idea fija.

CAPÍTULO XV

Para comenzar las hostilidades tuvieron ambos partidos que esperar al fin del invierno, que este año fue más rigoroso que de ordinario en Andalucía. Abderramán o más bien Obaidallah, pues este era el que lo dirigía todo, aprovechó esta forzada inacción para escribir a los jeques árabes y bereberes, invitándolos a declararse contra Yusuf. Los Yemenitas respondieron unánimemente que a la primera señal del príncipe tomarían las armas para defender su causa. Los Bereberes estaban divididos; unos se declararon por Yusuf, otros por el pretendiente. En cuanto a los jeques caisitas, seis solamente prometieron apoyar a Abderramán, tres de ellos tenían odios personales contra Samail, y eran Djabir, hijo de aquel Ibn-Chihab que Samail había enviado al país de los vascos para que allí encontrase la muerte; Hosain, el compañero de Ibn-Chihab, de cuyo destino debió participar, y Abu-Becr ib-Hilal el Abdita, que estaba irritado contra Samail porque este le babia pegado un día a su padre. Los otros tres pertenecían a la tribu de Thakit, que desde los tiempos del ilustre thakifita Haddjadj eran ciegos partidarios de la causa de los Omeyas.

Entre ambas naciones rivales, reforzadas por los bereberes, iban pues, a comenzar de nuevo, pero en mayor número y en mayor escala, la batalla de Secunda, dada diez años antes. Las fuerzas de ambos partidos eran menos desiguales de lo que parecían a primera vista. El partido Omeya era superior en número; pero el pretendiente no podía contar mucho con la adhesión de los Yemenitas, que en realidad no se interesaban por su causa, no viendo en esta guerra más que un medio de vengarse de los Maaditas. El partido de Yusuf presentaba por el contrario una masa tan homogénea como es posible entre tribus árabes, siempre celosas las unas de las otras. Todos en este partido querían la misma cosa: el mantenimiento puro y simple de lo que existía. Yusuf bueno y débil anciano, que en nada estorbaba su amor a la independencia y a la anarquía, era precisamente el emir que convenia a los Maadditas, y si le faltaba sagacidad, lo que sucedía con frecuencia, Samail, aunque tuviera enemigos, aun entre los Caisitas, gozaba sin embargo de la estima de la mayoría de sus clientes, estaba siempre allí para aconsejarlo y dirigirlo.

Al comenzar la primavera, sabiéndose en Torrox que Yusuf se preparaba para marchar contra su competidor, resolvieron dirigirse hacia el Oeste, a fin de atraerse durante esta marcha a los Yemenitas, cuyo país se iba a atravesar, y recibir a Yusuf con ventaja. Era preciso pasar primero por la provincia de Regio, habitada por la división del Jordán, y cuya capital era entonces Archidona. El gobernador de este distrito era entonces un Caisita llamado Djidar. Obaidallah le mandó preguntar, si dejaría pasar al príncipe y a su ejército, y Djidar, sea porque tuviese algún motivo de odio contra Samail, sea que conociera la necesidad de ceder al voto de la población, enteramente yemenita del distrito que gobernaba, le mandó esta respuesta: «Traed al príncipe a la Mozalla de Archidona, el día de la ruptura del ayuno y veréis lo que hago. Después del mediodía indicado, que en este año 756 caía el 8 de Marzo, llegaron, pues, los clientes con el príncipe a la «Mozalla», así se llamaba una gran llanura en las afueras de la ciudad, donde debía ser predicado el sermón a que todos los musulmanes de Archidona tenían obligación de asistir. Cuando el predicador o «Khatib» iba a comenzar por la fórmula ordinaria, que consistía en pedir la bendición celeste para el gobernador Yusuf, Djldar se

levantó y le dijo: «No pronunciéis ya el nombre de Yusuf, sustituidle el de Abderramán hijo de Moawia, hijo de Hixem, porque este es nuestro emir, hijo de nuestro emir.»

Luego continuó dirigiéndose a la multitud:

—Pueblo de Regio, ¿qué opináis acerca de lo que acabo de decir?

—Pensamos como vos, gritaron por todas partes.

El predicador suplicó, pues, al Eterno, que concediese su protección al emir Abderramán y acabada la ceremonia religiosa, la población de Archidona prestó juramento de fidelidad y de obediencia al nuevo soberano.

Sin embargo, a pesar de esta prisa por reconocerle, el número de jeques que se reunieron con sus tropas al pretendiente no fue muy considerable. Esto fue compensado por la llegada de cuatrocientos jinetes de la horda berberisca de los Beni-al-Khali, clientes del Califa Yezid II, que habitaban en el distrito de Ronda, (llamado entonces Tá-Corona) y que sabiendo lo que había pasado en Archidona, habían partido aceleradamente para reunirse al ejército.

Pasando de la Provincia de Regio a la de Sidona, habitada por la división de Palestina, atravesó el príncipe, no sin trabajo, y por senderos escarpados que serpean a los lados de rocas holladas, la salvaje y pintoresca serranía de Ronda. Llegando al lugar donde habitaba la tribu maadita, de Kinena, y que lleva todavía el nombre de Ximena, ligera alteración de Kinena, no encontró allí más que mujeres y niños, habiendo partido ya todos los hombres para reunirse con el ejército de Yusuf. Juzgando que no debía comenzar por ejecuciones no les causó molestia alguna.

Reforzado por los Yemenitas de la provincia de Sidonia, que se juntaron a él en gran número, marchó el pretendiente a la provincia de Sevilla, habitada por la división de Emesa. Los dos jeques yemenitas más poderosos de la provincia. Abu-Zabbah de la tribu de Yahcib y Hayat ibn-Molamis, de la tribu de Hadhramaut, salieron a su encuentro, y hacia mediados de marzo hizo su entrada en Sevilla, donde se le juró. Muy poco después, sabiendo que Yusuf se había puesto en movimiento por la ribera derecha del Guadalquivir, para venir a atacarle en Sevilla, abandonó esta ciudad con su ejército y se dirigió sobre Córdoba, siguiendo la ribera opuesta del río, esperando sorprender la capital, que debería estar casi desguarnecida, y donde los clientes Omeyas y los Yemenitas que la habitaban le prestarían auxilio.

Cuando llegaron en el distrito de Tocina, a la villa de Colombera, según unos, a la que se llamaba Villanova de los Bahritas (hoy Brenes), según otros, se notó que cada una de las tres divisiones militares tenía su estandarte, pero que el príncipe no lo tenía. «¡Dios de bondad, se dijeron entonces los jeques, la discordia va a estallar entre nosotros!» Entonces el jeque sevillano Abu-Zabbah se apresuró a atar un turbante a una lanza y presentar al príncipe este estandarte que llegó a ser el estandarte de los Omeyas.

En tanto que Abderramán continuaba su marcha hacia Córdoba, Yusuf que había hecho una corta parada en Almodóvar, proseguía la suya hacia Sevilla y pronto los dos ejércitos se

encontraron frente a frente, separados por el Guadalquivir, cuyas aguas hablan crecido demasiado en esta estación (era el mes de mayo) para que se pudiera vadear.

Observábanse de ambos lados. Yusuf que tenía prisa de atacar a su competidor, antes que este hubiera recibido nuevos refuerzos, contemplaba con impaciencia el momento en que bajara la corriente. Por su parte el pretendiente quería marchar sobre Córdoba, sin que se apercibiera el enemigo. A la entrada de la noche hizo encender los fuegos del vivac, a fin de hacer creer a Yusuf que había plantado su tienda, y luego, aprovechando la oscuridad se puso en camino con el más profundo silencio. Desgraciadamente para él, tenía que andar cuarenta y cinco millas árabes, y apenas había hecho una de camino cuando se apercibió Yusuf de su marcha clandestina. Sin perder un instante, el emir volvió pies atrás para proteger a su capital amenazada. Comenzó entonces una verdadera carrera a «pierde el postre», pero viendo Abderramán que en ella iba Yusuf a ganar el premio, trató de nuevo de engañarlo deteniéndose. Yusuf que desde la otra orilla observaba todos los movimientos del enemigo hizo lo mismo, cuando Abderramán se puso en marcha hizo otro tanto, hasta que se detuvo repentinamente en Mozara, cerca de Córdoba, frente a su competidor, cuyo plan se había frustrado enteramente, con gran descontento de sus soldados, que no teniendo más que garbanzos por alimento, esperaban indemnizarse en la capital de sus privaciones.

El jueves 13 de mayo, día de la fiesta de Arafa, comenzó a decrecer el Guadalquivir, y Abderramán, convocando a los jefes de su ejército, que acababa de reforzarse con la llegada de muchos Cordobeses, les habló en estos términos:

«Es tiempo de tomar una última y breve resolución. Conocéis las proposiciones de Yusuf. Si juzgáis que debo aceptarlas pronto estoy a hacerlo; pero si queréis la guerra yo también la quiero. Decidme, pues, francamente vuestra opinión, cualquiera que ella sea, será la mía.»

Habiendo opinado por la guerra todos los jeques yemenitas, su ejemplo arrastró á los clientes Omeyas, que en lo íntimo de su pensamiento no rechazaban aun la idea de un acomodamiento. Resuelta pues la guerra, el príncipe tomó de nuevo la palabra.

«Pues bien, amigos míos, le dijo: pasemos hoy mismo el río, y hagamos de modo que mañana podamos dar la batalla, porque mañana es un día feliz para mi familia, es viernes y día de fiesta, y precisamente en viernes y en día de fiesta fue cuando mi tatarabuelo dio el Califato á mi familia, obteniendo la victoria en la pradera de Rahita, sobre otro Fihirita que como el que vamos a combatir tenía un Caisita por visir, Entonces como ahora los Caisitas estaban de una parte y los Yemenitas de otra. Esperemos, amigos míos que mañana será para los Yemenitas y los Omeyas una jornada tan gloriosa como la de la Pradera de Rahita.»

Después el príncipe dio sus órdenes y nombró los jefes que habían de mandar los diferentes cuerpos del ejército. Al propio tiempo entabló una artera e insidiosa negociación con Yusuf. Queriendo pasar el río sin combatir, y procurar bastimento a sus hambrientos soldados, le mandó a decir que estaba pronto a aceptar las proposiciones que se le habían hecho en Torrox, y que no habían sido desechadas sino por causa de una impertinencia de Khalib, y que en consecuencia esperaba que Yusuf no se opondría a que pasara con su ejército a la otra ribera, donde más cerca el uno del otro, podría proseguir más fácilmente las

negociaciones, y que estando a punto de restablecerse la buena inteligencia, suplicaba a Yusuf se sirviera enviarle víveres a sus tropas.

Creyendo en la buena fe de su rival y esperando que podría arreglarse los asuntos sin derramamiento de sangre, Yusuf cayó en el lazo. No solo no se opuso al paso de sus tropas, sino que también le envió vacas y carneros. Un singular destino parecía ordenar que el viejo Yusuf secundaria siempre sin saberlo los proyectos de su joven competidor. Ya una vez el dinero que había dado para que se armaran en su defensa los clientes Omeyas habían servido para traer a España a Abderramán; hasta el ganado que le envió sirvió para restaurar las fuerzas de sus enemigos que se morían de hambre.

Solo a la mañana siguiente, viernes 14 de mayo, día de la Cesta de los sacrificios, se apercibió Yusuf de que se había dejado engañar. Vio entonces que el ejército de Abderramán, reforzado con los Yemenitas de Elvira y de Jaén, que habían llegado con el día, se colocaba en orden de batalla. Obligado, pues a aceptarla, dispuso sus tropas para el combate, bien que no hubiese recibido aún los refuerzos que su hijo Abu-Zaid debía traerle de Zaragoza, y que estuvieran demasiado inquietos los Caisitas que habían notado, como Abderramán, la singular semejanza que había entre esta jornada y la de la Pradera.

Trabóse el combate, el pretendiente rodeado de sus clientes, uno de los cuales Obaidalah llevaba su bandera, montaba un magnífico caballo andaluz, al que hacía dar corbetas. No se creía preciso que todos los caballeros, ni aun siquiera los jefes tuviesen caballos; mucho tiempo después eran todavía tan raros en Andalucía, que la caballería ligera iba de ordinario montada en mulos; por eso el caballo de Abderramán, inspiró sospechas y temores a los Yemenitas, que se dijeron:

«Este es muy joven, e ignoramos si es valiente. ¿Quién nos garantiza que sobrecogido por el miedo no se salve por medio de este caballo andaluz, y que arrastrando a sus clientes en la fuga no introduzca el desorden en nuestras filas»?

Estas murmuraciones, cada vez más acentuadas, llegaron a oídos del príncipe, que llamó al punto a Abu-Zabbah, uno de los que mostraban mayor recelo. Llegó el jeque sevillano montado en su mulo viejo, y el príncipe le dijo:

—Mi caballo es demasiado fogoso, y con sus saltos me impide apuntar bien. Yo quisiera tener un mulo y no veo en todo el ejercito ninguno que me convenga tanto como el vuestro; es dócil y a fuerza de encanecer se ha puesto blanco de negro que era. Me viene, pues, a pedir de boca, porque quiero que mis amigos puedan reconocerme por mi cabalgadura; si las cosas van mal, lo que Dios no quiera, no habrá mas que seguir a mi mulo blanco: él mostrará a cada uno el camino del honor. Tomad, pues mi caballo y dadme vuestro mulo.

—¿Pero no valdría más que el emir permaneciera a caballo?, balbuceó Abu-Zabbah, sonrojándose de vergüenza.

—No, por cierto, replicó el príncipe saltando gallardamente a tierra, y cabalgando en el mulo. Tan luego como los Yemenitas lo vieron montado en este viejo y pacífico animal desecharon sus temores.

El éxito del combate no estuvo dudoso mucho tiempo. La caballería del pretendiente arrolló el ala derecha y el centro del ejército enemigo, y Yusuf y Samail después de haber sido testigos cada uno de la muerte de uno de sus hijos, buscaron su salvación en la fuga. Solo el ala derecha compuesta de Caisitas y mandada por Obaid se mantuvo firme hasta el mediodía y no cedió sino cuando casi todos los Caisitas de distinción, y el mismo Obaid hubieron muerto.

Los Yemenitas victoriosos, ante todo se apresuraron a entregarse al saqueo. Unos fueron al abandonado campamento del enemigo, donde encontraron las viandas que Yusuf había hecho preparar para sus soldados, y además un botín considerable; otros al palacio de Yusuf en Córdoba, y dos hombres de esta banda que pertenecían a la tribu yemenita de Tai, pasaron el puente a fin de hacer otro tanto con el de Samail en Secunda. Entre otras riquezas hallaron allí un cofre con diez mil monedas de oro. Samail vio y conoció desde lo alto de una montaña situada en el camino de Jaén, a los dos individuos que se llevaban su cofre, y cómo, aunque derrotado y privado de un hijo muy querido, había conservado todo su orgullo, exhaló al punto su cólera y su deseo de venganza en un poema, del cual han llegado hasta nosotros estos dos versos:

“La tribu de Tai ha tomado mi dinero en depósito, pero día vendrá en que este depósito sea retirado por mí... Si queréis saber lo que pueden mi lanza y mi espada no tienes más que preguntar a los Yemenitas y, si ellos guardan un silencio sombrío, los números campos de batalla que han sido testigos de sus derrotas responderán por ellos y proclamarán mi gloria”.

En el palacio de Yusuf, Abderramán tuvo mucho que trabajar por echar a los saqueadores, y solo lo consiguió dándoles vestidos, de que decían carecer. El harén de Yusuf estuvo también amenazado del mayor peligro, pues los Yemenitas en su odio contra el viejo emir, no tenían intención de respetarlo. La esposa de Yusuf, Omm-Otmán, acompañada de sus dos hijas, vino, pues a reclamar la protección del príncipe.

—Primo, le dijo ella, sed bueno para nosotros, puesto que Dios lo ha sido para vos.

—Yo lo seré, contestó este conmovido por la suerte de estas mujeres, en las cuales veía a miembros de una familia aliada a la suya, y ordenó al punto que se fuera a buscar al «Zahib-az-Zalat» el superior de la mezquita. Cuando el que tenía entonces esta dignidad, que era un cliente de Yusuf hubo llegado, Abderramán le mandó conducir estas mujeres a su morada, especie de santuario, donde estarían al abrigo de la brutalidad de la soldadesca, y les devolvió hasta los objetos preciosos que había podido arrancar a los saqueadores. Para mostrarle su reconocimiento, una de las hijas de Yusuf le hizo el regalo de una joven esclava, llamada Holal, que más adelante dio a luz a Hixem, el segundo emir ommiada de España.

La noble y generosa conducta de Abderramán descontentó extraordinariamente a los Yemenitas. Les impedía saquear, a ellos, que se prometían un rico botín, tomaba bajo su protección mujeres que codiciaban: eran otras tantas usurpaciones de los derechos que creían haber adquirido.

«Es parcial para su familia, se decían los descontentos, y pues que a nosotros es a quien debe su victoria, nos debería mostrar un poco más de reconocimiento.»

Aun los Yemenitas más moderados, no desaprobaban del todo estas murmuraciones, pues bien que dijeran que el príncipe había hecho perfectamente, se veía en la expresión de su fisonomía que no hablaban así sino en descargo de su conciencia, pero en el fondo de su alma daban la razón a los malcontentos. En fin, como no habían prestado ayuda a Abderramán más que para vengarse de los Maadditas, y este objeto se había conseguido, uno de ellos se acaloró hasta decir:

«Hemos concluido con nuestros enemigos los Maadditas. Este hombre y sus clientes pertenecen a la misma raza. Volvamos ahora nuestras armas contra ellos, matémoslos, y en un solo día habremos obtenido dos victorias en lugar de una.»

Esta infame proposición fue debatida con sangre fría, como si se tratara de la cosa más natural: unos la aprobaban, otros la desaprobaban. Entre los últimos se contaba toda la raza de Codhaa, a que pertenecían los Kelbitas. Aun no se había tomado una decisión, cuando Thalaba, noble Djodhamita de la división de Sidonia fue a revelar al príncipe el complot que se tramaba contra él. Un motivo personal le impulsó a ello. A pesar de su noble origen había sido vencido por sus competidores, cuando sus clientes habían elegido jeques, y habiendo opinado en favor de la proposición sus felices rivales, creía haber hallado un excelente medio de vengarse de ellos. Habiendo, pues advertido a Abderramán, le dijo que no podía fiarse mas que de los Codhaas, y que el que había apoyado la proposición más que ninguno, era Abu-Zabbah. El príncipe le dio las gracias con efusión, prometiendo recompensarle más adelante (a lo que no faltó), y tomó sus medidas sin perder momento. Nombró al Kelbita Abderramán ibn-Noaim prefecto de la policía de Córdoba, y se rodeó de todos sus clientes, que organizó como guardias de corps. Cuando los Yemenitas se apercibieron de que se había hecho traición al proyecto que meditaban juzgaron prudente abandonarlo, y dejaron ir a Abderramán a la gran Mezquita, donde se pronunció en calidad de imán la oración del viernes, y arengó al pueblo, prometiéndole reinar como buen príncipe.

Dueño de la capital Abderramán, no lo era todavía de España. Yusuf y Samail, aunque hubiesen experimentado una gran derrota, no desesperaban de restablecer su causa. Según el plan que habían acordado al separarse después de la fuga, Yusuf marchó a buscar socorros a Toledo, mientras que Samail se presentó en la división de Jaén, a que pertenecía, donde llamó todos los Maadditas a las armas. Enseguida Yusuf vino a reunírsele con las tropas de Zaragoza que había encontrado en el camino, y con las de Toledo. Entonces ambos jefes obligaron al gobernador de Jaén a encerrarse en la fortaleza de Mentesa, y al de Elvira a buscar un refugio en las montañas. Al mismo tiempo Yusuf que había sabido que Abderramán se preparaba a marchar contra él, ordenó a su hijo Abu-Zaid llegar a Córdoba por un camino diferente del que seguía Abderramán, y apoderarse de la capital, lo que no le sería difícil, considerando que la ciudad no tenía más que una escasa guarnición. Si se lograba este plan, Abderramán se vería obligado volver pies atrás para recuperar Córdoba, y Yusuf ganaría tiempo para engrosar su ejército. El plan se logró. En efecto, Abderramán se había puesto ya en camino cuando Abu-Zaid atacó de improviso la capital, se hizo dueño de ella, sitió a Obaidallah que, con algunos guerreros se había retirado a la torre de la Gran Mezquita y le obligó a rendirse. Pero habiendo sabido poco tiempo después que Abderramán volvía atrás para atacarle, dejó a Córdoba

llevándose consigo a Obaidallah y dos jóvenes esclavas del príncipe que había hallado en palacio. Los jeques que lo acompañaban le censuraron esto públicamente:

«Vuestra conducta es menos noble que la de Abderramán, le dijeron, porque teniendo en su poder a vuestras hermanas y a las mujeres de nuestro padre, las respetó y las protegió mientras que vos os apropiáis de mujeres que le pertenecen.»

Abu-Zaid conoció que decían la verdad, y cuando estuvo a una milla al norte de Córdoba, mandó levantar una tienda para las dos esclavas que instaló allí después de haberles devuelto sus efectos. Luego fue a juntarse con su padre en Elvira.

Cuando Abderramán supo que Abu-Zaid había dejado Córdoba marchó rápidamente contra Yusuf, pero las cosas se presentaron de otra manera que se esperaba. Conociéndose demasiado débiles para resistir al príncipe a la larga, Yusuf y Samail le enviaron proposiciones declarando que estaban prontos a reconocerlos por emir, siempre que les garantizara todo lo que poseen, y concediera una amnistía general. Abderramán las aceptó, estipulando por su parte que Yusuf le entregaría en rehenes a sus dos hijos, Abu-Zaid y Abul-Aswad, comprometiéndose a tratarlos dignamente, sin imponerles otra obligación que la de no abandonar su palacio, y prometiendo devolverlos a su padre, tan pronto como la tranquilidad estuviera enteramente restablecida. Durante estas negociaciones, el español Khalib, prisionero de Abderramán, fue canjeado por Obaidallah, prisionero de Yusuf. Por un extraño juego de la fortuna, el cliente Omeya fue canjeado por el mismo que había hecho prender.

Reconocido por todos como emir de España Abderramán con Yusuf a su derecha, y Samail a su izquierda, volvió a tomar el camino de Córdoba (Julio 756. Durante todo el viaje, Samail se mostró el hombre más cortés y bien educado del mundo, y Abderramán acostumbraba a decir posteriormente:

«¡Cierto es que Dios concede el gobierno según su voluntad, y no según el mérito de los hombres! Desde Elvira hasta Córdoba Samail estuvo siempre a mi lado, y sin embargo, su rodilla no tocó jamás la mía, nunca la cabeza de su caballería se adelantó a la de la mía, jamás me hizo una pregunta que pudiera parecer indiscreta, y jamás comenzó una conversación sin que yo le hubiese dirigido la palabra.»

El príncipe, añaden los Cronistas, no tuvo motivo para hacer el mismo elogio de Yusuf.

Todo marchó bien durante algún tiempo. Los manejos de los enemigos de Yusuf, que querían ponerle pleito bajo pretexto de que se había apropiado de tierras a las que no tenía derecho, quedaron sin efecto. Él y Samail gozaban de gran favor en la corte, y hasta los consultaba muchas veces Abderramán en graves y difíciles coyunturas. Samail se había resignado con su suerte, y Yusuf incapaz de tomar por sí solo ninguna resolución importante, acaso se hubiera acomodado también a su papel secundario si no hubiese estado rodeado de nobles coraichitas, fihiritas y hachemitas, que habiendo ocupado las más altas y lucrativas dignidades, durante su reinado, y no pudiendo resignarse a la oscura condición a que se veían reducidos, se esforzaban en excitar al emir antiguo contra el nuevo, dando una interpretación torcida a las menores palabras del príncipe. Y consiguieron demasiado sus propósitos. Resuelto a tentar una vez más la suerte de las armas, solicitó Yusuf en vano el apoyo de Samail

y el de los Caisitas, pero consiguió más de los Baladies (así se llamaban los árabes que vinieron a España antes de los sirios) principalmente de los de Lacant, Mérida y Toledo, y en el año 758 recibió Abderramán un día la noticia de que Yusuf había huido en dirección a Mérida. Lanzó al punto escuadrones en su persecución, pero en vano. Entonces hizo traer a Samail y le reprochó duramente haber favorecido la evasión de Yusuf.

—Soy inocente, respondió el Caisita; la prueba es que no le he acompañado, como lo hubiera hecho, si fuera su cómplice.

—Es imposible que Yusuf haya dejado Córdoba sin consultaros, replicó el príncipe, y vuestro deber era advertírmelo. Y lo mandó encerrar en una prisión, como también a los dos hijos de Yusuf que se hallaban en palacio en calidad de rehenes.

Yusuf, después de haber reunido en Mérida sus partidarios árabes y bereberes, tomó con ellos el camino de Lacant, cuyos habitantes se unieron a él, y de aquí marchó sobre Sevilla. Habiendo acudido a su bandera casi todos los Baladíes de esta provincia, y un gran número de sirios, pudo comenzar a la cabeza de veinte mil hombres el sitio de esta ciudad, donde gobernaba un pariente de Abderramán, llamado Abdelmelic, que el año anterior había llegado a España con sus dos hijos. Pero creyendo enseguida que este gobernador que no tenía bajo sus órdenes más que una escasa guarnición, compuesta de árabes y sirios, no se atrevería a emprender nada contra él, resolvió dar sin tardanza un gran golpe, marchando directamente sobre la capital, antes que los árabes sirios del mediodía hubiesen tenido tiempo de llegar a ella. Frustróse este plan, porque mientras que Yusuf estaba todavía en camino, llegaron los sirios a Córdoba y Abderramán salió con ellos al encuentro del enemigo. Por su parte el gobernador de Sevilla recibió presto un refuerzo con la llegada de su hijo Abdallah, que creyendo a su padre sitiado en Sevilla, había venido a su socorro con las tropas de Morón, de cuyo distrito era gobernador, y entonces padre e hijo resolvieron ir a atacar a Yusuf, durante su marcha. Advertido éste de los movimientos del enemigo, y temiendo ser cogido entre dos fuegos, se apresuró a retroceder para aniquilar primero las tropas de Sevilla y de Morón. A su aproximación, Abdelmelic que quería dar tiempo a Abderramán para llegar, se retiraba lentamente; pero Yusuf le obligó a detenerse y aceptar el combate. Como de costumbre comenzó la batalla por un combate singular. Un Berberisco cliente de una familia fihirita, salió de las alas de Yusuf gritando:

—¿Hay alguno que quiera ponerse conmigo?

Como era un hombre de colosal estatura y de prodigiosa fuerza, ninguno de los soldados de Abdelmelic osó aceptar el desafío.

—He aquí un principio muy propio para desanimar a nuestros soldados, dijo entonces Abdelmelic, y dirigiéndose a su hijo Abdalah: Ve hijo mío, le dijo, ve a luchar con ese hombre, y que Dios te ayude.

Ya iba Abdalah a salir de las filas para cumplir la orden de su padre, cuando un Abisinio, cliente de su familia, llegóse a él y le preguntó lo que iba a hacer:

—Combatir a ese Berberisco, le respondió Abdalah.

—Dejadme a mi ese cuidado, dijo entonces el Abisinio, y en el mismo instante salió al encuentro del campeón.

Los dos ejércitos esperaban con ansiedad el resultado del combate. Los dos adversarios eran iguales en estatura, en fuerza y bravura, así que la lucha continuó algún tiempo sin ventaja de uno ni de otro; pero estando el piso húmedo a causa de la lluvia el Berberisco se resbaló y cayó al suelo. Mientras que el Abisinio se lanzaba sobre él y le cortaba las piernas, enardecido el ejército de Abdelmelic con el triunfo de su campeón, lanzó el grito de «Dios es grande» y cayó sobre la hueste de Yusuf, con tanto ímpetu que la puso en fuga. Un solo ataque había decidido, pues, la suerte de la batalla; pero Abdelmelic no tenía bastantes tropas para sacar de su victoria el fruto que hubiera deseado.

Mientras que sus soldados huían en todas direcciones, Yusuf acompañado solamente de un esclavo, y del persa Sabic, cliente de los Temin, atravesó el campo de Calatrava, y ganó la carretera que conducía a Toledo. Corriendo a rienda suelta, pasó delante de un lugarejo situado a diez millas de Toledo, donde fue reconocido, y donde un descendiente de los Medineses dijo a sus amigos:

—Montemos a caballo y matemos a ese hombre; solo su muerte puede dar reposo a su alma, y al mundo, porque mientras viva será un tizón de discordia.

Aprobaron sus compañeros la proposición, montaron a caballo y como los tenían frescos, mientras que los de los fugitivos iban agobiados de fatiga, alcanzaron a los que perseguían a cuatro millas de Toledo y mataron a Yusuf y a Sabic. Solo el esclavo escapó de sus espadas y llevó a Toledo la triste nueva de la muerte del antiguo emir de España.

Cuando Abdalah ibn-Amr vino a ofrecer a Abderramán la cabeza de su infortunado competidor, este príncipe que quería concluir con sus enemigos, hizo también decapitar a Abu-Zaid, uno de los dos hijos de Yusuf, y condenó a Abul-Aswad, el otro, (a quien no perdonó la vida sino en consideración a su extrema juventud) a cautividad perpetua. Solo Samail podía aun hacerle sombra.

Una mañana se esparció el rumor de que había muerto de apoplejía estando ebrio. Los jeques maadditas introducidos en su calabozo, a fin de que pudieran convencerse de que no había fallecido de muerte violenta, encontraron al lado del cadáver vinos, frutas y confites. Ellos no creyeron sin embargo en una muerte natural, y en esto tenían razón; en lo que se equivocaban era en suponer que Abderramán había hecho envenenar a Samail. La verdad era que lo había hecho estrangular.

CAPÍTULO XVI

Abderramán había conseguido sus deseos. El proscripto que, lanzado de un lado a otro durante cinco años por todos los azares de una vida aventurera, había errado de tribu en tribu por los desiertos del África, había llegado al cabo a ser dueño de un gran país, y sus más declarados enemigos habían perdido la vida.

No gozó sin embargo pacíficamente de lo que había alcanzado con la perfidia y el asesinato. Su poder no tenía raíces en España solo lo debía al apoyo de los Yemenitas, y desde el principio había podido convencerse de cuán precario era este apoyo. Ardiendo en deseos de vengarse de la derrota de Secunda, y de recobrar la hegemonía de que habían estado privados tanto tiempo, la causa de Abderramán no era para ellos más que un pretexto: en realidad, mejor hubieran querido elevar al emirato a alguno de los suyos, si sus celos recíprocos se lo hubieran tolerado, y era de prever que volviesen sus armas contra el príncipe en cuanto fuera vencido el enemigo común. En efecto, no dejaron de hacerlo, y durante sus treinta y dos años de reinado vio Abderramán I su autoridad contestada, ya por los Yemenitas, ya por los Bereberes, ya, en fin, por los Fihiritas, que, aunque batidos muchas veces se levantaban después de cada derrota con nuevas fuerzas, como aquel gigante de la fábula a quien Hércules derribaba siempre en vano. Felizmente para él no había nunca unión entre los jeques árabes, que tomaban las armas, ya para vengar agravios personales, ya para satisfacer un simple capricho, conocían confusamente que para vencer al emir era necesaria una confederación de toda la nobleza; pero ellos no tenían el hábito de concertarse y de obrar unidos. Gracias a esta falta de unión de sus enemigos, gracias también a su infatigable actividad y a su política ya pérfida y astuta, ya violenta, pero casi siempre hábil, bien calculada y adaptada a las circunstancias, Abderramán supo sostenerse, aunque solo apoyado por sus clientes, algunos jeques que se le habían adherido, y los soldados bereberes que había hecho venir de África.

Entre las más formidables de las numerosas revueltas intentadas por los Yemenitas es preciso contar la de Allah Ibn-Moghih que estalló el año 763. Dos años antes, el partido fihirita, de que Hixem ibn-Ozra, hijo de un antiguo gobernador de la Península, era jeque entonces, se había sublevado en Toledo, y el emir no había conseguido aun reducir esta ciudad cuando Allah nombrado gobernador de España por el califa abasida Almanzor, desembarcó en la provincia de Beja y enarboló el estandarte negro que le había dado el califa. Ninguno más propio para reunir los diferentes partidos; puesto que no representaba esta ni aquella fracción, sino la universalidad de los musulmanes. Así los fihiritas de esta parte de España se juntaron a los Yemenitas, y la posición de Abderramán, asediado en Carmona, durante dos meses, llegó a ser tan crítica que se decidió a jugar el todo por el todo. Habiendo sabido que gran número de sus enemigos, fatigados por lo largo del sitio, se habían vuelto a sus hogares bajo diversos pretextos, eligió setecientos hombres, los mejores de la guarnición, y haciendo encender una gran hoguera cerca de la Puerta de Sevilla, les dijo: «Amigos míos, es preciso vencer o morir. Echemos en ese fuego las vainas de nuestras espadas, y juremos morir como bravos, si no podemos alcanzar la victoria.» Lanzaron todos a las llamas las vainas de sus espadas, y saliendo de la ciudad se precipitaron sobre los sitiadores, con tal ímpetu, que estos, después de haber perdido, a lo que se asegura, sus jefes y siete mil de los suyos,

emprendieron la fuga en espantoso desorden. El vencedor, irritado, hizo cortar la cabeza al cadáver de Allah y a los de sus principales compañeros, y queriendo quitarle al califa abasida las ganas de disputarle a España, hizo limpiar estas cabezas, llenarlas de sal y de alcanfor, y después de colocar en la oreja de cada una un papel en que se declaraba el nombre y la calidad de aquel a quien había pertenecido, las hizo meter en un saco, juntando a ellas el estandarte negro, el diploma por el que Almanzor nombraba a Allah gobernador de España, y una relación escrita de la derrota de los Insurgentes. Con dádivas comprometió a un comerciante de Córdoba a llevar este saco a Cairawan, donde le llamaban negocios de comercio, y a colocarlo durante la noche en el zoco de esta ciudad. El comerciante cumplió su misión sin ser descubierto, y se dice que Almanzor, noticioso de ello, exclamó aterrorizado: «Doy gracias a Dios que ha puesto un mar entre semejante enemigo y yo.»

La victoria obtenida sobre el partido abasida fue pronto seguida de la rendición de Toledo (764). Cansados de la larga guerra que tenían que sostener los Toledanos, entraron en parlamentos con Badr y Tamman que mandaban el ejército del príncipe, y obtuvieron la amnistía después de haber entregado sus jefes. Cuando los llevaban a Córdoba, el emir envió a su encuentro un barbero, un sastre y un cestero. Según las órdenes que habían recibido el barbero afeitó a los prisioneros la cabeza y la barba; el sastre les hizo túnicas de lana, el cestero canastas y los habitantes de Córdoba vieron llegar un día a la ciudad asnos con canastas, de donde salían cabezas calvas y bustos extrañamente rebosados en estrechas y mezquinas túnicas de lana. Perseguidos por los silbidos del populacho, los infelices Toledanos fueron paseados por la ciudad y crucificados en seguida.

La manera cruel con que Abderramán castigaba a los que habían osado desconocer su autoridad, muestra suficientemente que quería reinar por el terror, pero los Árabes, a juzgar por la rebelión de Matarí que estalló dos años después del suplicio de los nobles toledanos, no se dejaban intimidar fácilmente. Este Matarí era un jeque yemenita de Niebla. Una noche que había hecho libaciones demasiado copiosas, y en que la conversación había recaído sobre la matanza de los Yemenitas que habían combatido bajo el pendón de Allah, cogió su lanza, le ató un trapo, y juró vengar la muerte de sus aliados. Cuando despertó por la mañana había olvidado enteramente lo que había hecho la víspera, y al fijar los ojos en la lanza, transformada en estandarte, preguntó qué significaba aquello. Refirióselo entonces lo que había dicho y hecho la noche precedente, y lleno de terror exclamó: «Quitad al punto ese pañuelo de mi lanza, a fin de que no se divulgue mi indiscreción.» Pero antes que hubieran tenido tiempo de ejecutar esta orden: «No, dijo, dejad ese estandarte. Un hombre como yo no abandona un proyecto, sea el que quiera», y llamó a sus vasallos a las armas. Supo mantenerse algún tiempo, y cuando al fin fue muerto en el campo de batalla, sus compañeros continuaron defendiéndose con tanta tenacidad, que el emir se vio obligado a tratar con ellos y a concederles su gracia.

Llegó su vez a Abu Zabbab. Aunque Abderramán tuviera completa razón para desconfiar de este poderoso yemenita que había querido asesinarlo inmediatamente después de la batalla de Mozara, no juzgó sin embargo prudente romper con él, y le confió el gobierno de Sevilla; pero en el año 766, cuando ya no tuvo insurrectos que combatir, y se creyó bastante fuerte para no tener nada que temer de Abu Zabbah, lo destituyó de su puesto. Furioso Abu Zabbah, llamó a los Yemenitas a las armas. Pronto adquirió Abderramán la certeza de que la influencia

de este jeque era mayor de lo que había creído. Entonces entabló negociaciones insidiosas; hizo proponer una entrevista al Sevillano, y le hizo entregar por Ibn-Khalib un salvoconducto firmado de su puño. Abu Zabbah vino entonces a Córdoba, y, dejando los cuatrocientos caballeros que lo acompañaban a la puerta del palacio, tuvo con el emir una conversación secreta. Tratóle, según dicen, con palabras injuriosas. Entonces Abderramán trató de darle de puñaladas con su propia mano; pero la vigorosa resistencia del jeque sevillano le obligó a llamar a sus guardias y hacerle matar por ellos. Acaso hubo mas premeditación en este homicidio de la que los clientes ommiadas, que han escrito la historia de sus patronos han querido confesar.

Cuando Abu Zabbah expiró, Abderramán hizo echar una manta sobre su cadáver, y borrar cuidadosamente las huellas de su sangre, y habiendo luego mandado venir a sus visires, les dijo que Abu Zabbah estaba prisionero en palacio, y les preguntó si convendría matarlo. Todos le aconsejaron no hacerlo. «Sería muy peligroso, le dijeron, porque los jinetes de Abu Zabbah están a las puertas de palacio y vuestras tropas ausentes.» Uno solo no participó de su opinión; era un pariente del emir que expresó la suya en estos versos:

«Hijo de los califas, os doy un buen consejo, induciéndoos a matar a ese hombre, que os odia, y que arde en deseos de vengarse de vos. Que no se os escape, porque si queda con vida será para nosotros el origen de una gran desgracia. Concluid con él y quedaréis desembarazado de una gran enfermedad. Sepultadle en el pecho una buena hoja damasquina: cuando se trate de semejante hombre, hasta la violencia es generosidad.»

«Sabed, pues, replicó entonces Abderramán, que lo he hecho matar», y sin atender a la sorpresa de sus visires levantó la manta extendida sobre el cadáver.

Los visires que no habían desaprobado la muerte de Abu Zabbah, sino porque temían el efecto que semejante violencia había de producir en sus acompañantes, conocieron muy luego que semejante temor carecía de fundamento, pues cuando un empleado de palacio les anunció que su jeque no existía, y que ellos podían marcharse, se retiraron tranquilamente; circunstancia extraña que hace suponer, si Abderramán, no queriendo obrar sino sobre seguro, los había corrompido de antemano.

Un solo cliente omeya, tuvo sentimientos bastante elevados para condenar esta traición infame de que había sido instrumento sin saberlo; era Ibn-Khalid, el que había remitido al jeque sevillano el salvoconducto del emir. Se retiró a sus tierras y desde entonces rehusó contantemente aceptar ningún empleo.

Poco tiempo después de la muerte de Abu-Zabbah estalló una gran insurrección entre los Bereberes, que hasta entonces habían estado tranquilos. Fue excitada por un maestro de escuela, semi-fanático, semi-impostor, que vivía en el Este de España, y se llamaba Chakya. Pertenecía a la tribu bereber de Miknesa, pero ya sea que su cerebro se hubiera turbado con el estudio del Corán, las tradiciones relativas al Profeta y la historia de los primeros tiempos del islamismo, ya sea que la ambición le llevara a hacerse jefe de partido, creía o pretendía creer que descendía de Alí y de Fátima, la hija del Profeta. Los crédulos Berberiscos aceptaron esta impostura, tanto más fácilmente, cuanto que por una circunstancia fortuita, la madre del maestro de escuela se llamaba también Fátima, y cuando Chakya, o más bien Abdallah, hijo

de Mohammed, porque así era como se hacía llamar, vino a establecerse en el país que se extiende entre el Guadiana y el Tajo, los Bereberes que constituían la mayoría de la población musulmana, y que estaban siempre dispuestos a tomar las armas cuando se lo ordenaba un *marabut*, acudieron en tropel bajo sus estandartes de tal manera, que pudo apoderarse sucesivamente de Sontebria, Mérida, Coria y Medellín. Batió las tropas que envió contra él el gobernador de Toledo; ganó a su causa los Bereberes que servían en la hueste del cliente omeya Obaidallah; atacó a los otros soldados de este general, los derrotó, se apoderó de su campo y supo siempre escapar a las persecuciones de Abderramán, retirándose a las montañas. En fin, después de seis años de guerra, Abderramán buscó y obtuvo el apoyo de un Berberisco que era en aquella época el jeque más poderoso en el Este de España, y que miraba con ojos celosos el poder y los triunfos del pretendido fatimita. Entonces se introdujo la discordia entre los Bereberes, y Chakya se vio obligado a abandonar Sontebria y a retirarse hacia el norte; pero mientras Abderramán marchaba contra él, asolando los campos y las aldeas de los Bereberes que se encontraba en su camino, estalló otra revuelta en el Oeste donde los Yemenitas no esperaban más que una ocasión favorable para vengar la muerte de Abu Zabbah. El alejamiento del emir suministró esta ocasión y ellos marcharon sobre la capital, de que esperaban apoderarse por un golpe de mano, mandados por los parientes de Abu Zabbah que eran gobernadores de Beja y de Niebla y reforzados por los Bereberes del Oeste, trabajados hacía mucho tiempo a lo que parece por los emisarios del Marabut.

Abderramán recibió estas enojosas nuevas, volvió apresuradamente a Córdoba, y rehusando detenerse ni una sola noche en su palacio, como se lo proponían, halló a sus enemigos atrincherados en la ribera del Bembezar. Habiéndose pasado los primeros días en escaramuzas poco importantes, Abderramán se valió de sus clientes bereberes, entre los que se hallaban los Beni-al-Khali, para separar a los Bereberes de su alianza con los Yemenitas. Habiéndose deslizado en el campo enemigo al caer la noche, los clientes hicieron comprender a los Bereberes que si el emir, único que podía defenderlos contra el odio celoso de los árabes, perdía su trono, su expulsión sería la consecuencia inevitable. «Podéis contar, añadieron, con el reconocimiento del príncipe, si queréis abandonar una causa contraria a vuestros intereses y abrazar la suya.» Sus consejos prevalecieron: los Bereberes les prometieron hacer traición a los Yemenitas, cuando el combate, fijado para el día siguiente, se hubiera trabado. Cumplieron su promesa. Antes de la batalla, dijeron a los Yemenitas: «Nosotros no sabemos combatir más que a caballo, mientras que vosotros sabéis muy bien combatir a pie: dadnos todos los caballos que tenéis.» No teniendo ninguna razón para desconfiar de ellos, los Yemenitas consistieron en su demanda. Lugar tuvieron que arrepentirse, pues habiendo comenzado el combate, los Bereberes que habían obtenido caballos, fueron a juntarse a la caballería omeya, y mientras que cargaban vigorosamente a los Yemenitas, huyeron los otros Bereberes. Los Yemenitas fueron rotos por todas partes. Entonces comenzó una horrible carnicería. Los soldados de Abderramán, en su ciego furor herían indistintamente a todos los que encontraban, a despecho de la orden que habían recibido de perdonar a los Bereberes fugitivos. Treinta mil cadáveres cubrieron el campo de batalla, y fueron enterrados en una fosa que todavía se enseñaba en el siglo X.

La revolución de los Bereberes del centro no fue reprimida sino después de diez años de guerra, cuando Chakya fue asesinado por dos de sus compañeros, y duraba aun cuando una

confederación formidable llamó a España a un conquistador extranjero. Los miembros de esta confederación eran el Kelbita al-Arabi gobernador de Barcelona, el Fihirita Abderramen-ibn-Habib, yerno de Yusuf y apellidado el «Eslavo,» porque su cuerpo delgado y alto, su blonda cabellera y sus azules ojos recordaban el tipo de esta raza, de que muchos individuos vivían en España como esclavos, y en fin, Abul-Aswad, hijo de Yusuf, que Abderramán había condenado a cautividad perpetua, pero que había logrado burlar la vigilancia de sus carceleros, fingiéndose ciego. Al principio no se quiso creer en su ceguera. Se le hicieron sufrir las pruebas más difíciles, pero el deseo de libertad le hizo no descuidarse ni un momento, y representó su papel con tanta perseverancia y con tanto talento para engañar, que al cabo todo el mundo lo creyó. Viendo entonces que sus carceleros no hacían mucho caso de él, concertó su plan de evasión con uno de sus clientes que había obtenido permiso de venir de cuando en cuando a visitarlo. Y una mañana que llevaban los presos por un camino subterráneo al río, para que se lavasen, el cliente se apostó con algunos amigos y caballos en la ribera opuesta. Aprovechando un momento de descuido, Abul-Aswad se tiró al rio, lo atravesó a nado, montó a caballo, tomó a galope el camino de Toledo y llegó sin obstáculo a esta ciudad.

Tan profundo era el odio que estos tres jefes profesaban a Abderramán, que resolvieron implorar el auxilio de Carlomagno, a pesar de que este conquistador, que ya llenaba el mundo con la fama de sus hazañas, era el más encarnizado enemigo del islamismo. Fueron, por consiguiente, en el año 777 a Paderborn, donde Carlomagno tenía entonces un Campo de Mayo, y le propusieron una alianza contra el emir de España. Carlomagno no vaciló en aceptar la proposición. Tenía entonces las manos libres, y podía pensar en nuevas conquistas. Los Sajones se habían sometido (así al menos lo creía) a su dominio y al cristianismo. Millares de ellos venían en aquel momento a bautizarse en Paderborn, y Wittekind, el más temible de sus jefes se había visto obligado a dejar el país y a buscar asilo en las tierras de un príncipe danés. Se convino pues, en que Carlomagno, franquearía el Pirineo, con numerosas tropas que al-Arabi y sus aliados del norte del Ebro le reconocieran por soberano, y que el «Eslavo» después de haber reclutado tropas berberiscas en África, las conduciría a la provincia de Todmir, (Murcia), donde secundaría el movimiento del norte, enarbolando el estandarte del califa abasida, aliado de Carlomagno. En cuanto a Abul-Aswad ignoramos la parte de España en que debía operar.

Esta formidable coalición, que no había decidido su plan de campaña, sino después de haberlo deliberado maduramente, amenazaba ser infinitamente más peligrosa para Abderramán que ninguna de las precedentes; afortunadamente para él la ejecución no correspondió a los preparativos. Verdad es que el «Eslavo» desembarcó con un ejército berberisco en la provincia de Todmir; pero llegó demasiado pronto y antes que Carlomagno hubiera pasado el Pirineo, así que cuando pidió socorros a al-Arabi, este le mandó a decir, que según el plan adoptado en Paderborn, su papel era permanecer en el norte para secundar al ejército de Carlomagno. El odio entre Fihiritas y Yemenitas estaba demasiado arraigado para que no se supusiera traición por ambas partes. Creyéndose el «Eslavo» vendido por al-Arabi, volvió sus armas contra él, fue batido, y de vuelta a la provincia de Todmir, asesinado por un Berberisco de Oretum a quien imprudentemente había concedido su confianza, no sospechando que era un emisario de Abderramán.

En el momento, pues, en que el ejército de Carlomagno se aproximaba al Pirineo, uno de los tres jeques árabes con quienes contaba, había dejado de existir. El segundo, Abul-Aswad, lo apoyó tan débilmente que ninguna crónica franca ni árabe nos cuenta lo que hizo. No le quedaba, pues, más que al-Arabi, y sus aliados del norte, tales como Abu-Thor, gobernador de Huesca y el cristiano Galindo, conde de la Cerdaña.

Al-Arabi no había permanecido inactivo. Secundado por Hosain ibn-Yahya, uno de los descendientes de aquel Sad ibn-Obada, que había aspirado el califato después de la muerte del Profeta, se había hecho dueño de Zaragoza. Pero cuando el ejército de Carlomagno llegó delante de las puertas de esta ciudad no pudo vencer la repugnancia que tenían sus correligionarios a admitir al rey de los franceses dentro de sus muros: Hosain ibn-Hahya, no hubiera podido consentirlo sin renegar de los recuerdos de su familia, que le eran tan sagrados. Viendo que no podía persuadir a sus conciudadanos, y no queriendo que Carlomagno supusiera que lo había engañado, al-Arabi se puso en sus manos espontáneamente.

Había debido Carlomagno empezar el sitio de Zaragoza cuando recibió una noticia que trastornó todos sus proyectos: Wittekind había vuelto a Sajonia; a su voz los Sajones habían vuelto a tomar las armas, aprovechando la ausencia del ejército franco, y llevándolo todo a sangre y fuego habían penetrado ya hasta el Rin, apoderándose de Deutz, frente a Colonia.

Obligado a dejar a toda prisa las orillas del Ebro para volver a las del Rin, Carlomagno marcho hacia Roncesvalles. Entre las rocas y las selvas que dominan el fondo septentrional de este valle, se habían emboscado los vascos, llevados por su odio inveterado contra los francos, y ávidos de botín. Desfilaba el ejército franco en estrecha línea delgada y larga, como lo exigía lo angosto del terreno. Los vascos dejaron pasar la vanguardia, pero cuando llegó la retaguardia embarazada con los bagajes, se precipitaron sobre ella y aprovechando la ligereza de sus armas y la ventaja de su posición, la arrojaron al fondo del valle, mataron después de un tenaz combate hasta el último, y entre ellos a Rolando, capitán de la frontera de Bretaña: luego saquearon los bagajes y protegidos por las sombras de la noche, que ya espesaban, se desparramaron por diversos lugares con extrema celeridad.

Tal fue el desastroso fin de esta expedición de Carlomagno, emprendida con felicísimos auspicios. Todos contribuyeron a que se malograse, excepto el emir cordobés contra quien iba dirigida, pero el que se apresuró al menos a aprovecharse de las ventajas que debía a sus rebeldes súbditos de Zaragoza, a los vascos cristianos y a un jefe sajón, cuyo nombre mismo le era acaso desconocido, y marchó contra Zaragoza para obligarle a volver la obediencia. Antes que hubiese llegado al término de su viaje, al-Arabi que había acompañado en su retirada a Carlomagno, y que después había vuelto a Zaragoza, había dejado de existir. El defensor Hosain que lo consideraba como un traidor a su religión, le hizo dar de puñaladas en la mezquita. Asediado ahora por Abderramán, Hosain se sometió. Mas tarde levantó de nuevo el estandarte de la rebelión, pero entonces sus conciudadanos asediados de nuevo, lo entregaron a Abderramán, que después de haberle hecho cortar los pies y manos, lo hizo matar a golpes de maza. Dueño de Zaragoza el emir, atacó a los vascos e hizo tributario al conde de la Cerdaña. Por último, Abul-Awas intentó aun otra revolución, pero en la batalla de Guadalimar le hizo traición el general que mandaba su ala derecha y los cadáveres de cuatro mil de sus compañeros sirvieron de pasto a los lobos y a los buitres.»

Abderramán había pues salido vencedor de todas las guerras que tuvo que sostener contra sus súbditos. Sus triunfos imponían admiración hasta a sus mismos enemigos. Se cuenta, por ejemplo, que el califa abasida Almanzor, preguntó un día a sus cortesanos:

—¿Cual es vuestra opinión el que merece ser llamado el Sacre de Corech?

Creyendo que el Califa ambicionaba este título, los cortesanos contestaron sin vacilar:

—Sois vos, príncipe de los creyentes, que habéis vencido a poderosos príncipes, domado tantas revueltas y puesto término a las discordias civiles

—No soy yo, replicó el califa.

Los cortesanos nombraron entonces a Muawiya I y Abdelmelic.

—Ni uno ni otro, dijo el Califa: en cuanto a Muawiya, Omar y Otmán, le habían allanado el camino, y en cuanto a Abdelmelic, estaba apoyado por un partido poderoso. El Sacre de los de Coraix es Abderramán, hijo de Muawiya, que después de haber recorrido solo los desiertos del Asia y del África tuvo la audacia de aventurarse sin ejército en un país que le era desconocido y situado al otro lado del mar. Sin más apoyo que su habilidad y su perseverancia, ha sabido humillar a sus orgullosos adversarios, matar los rebeldes, mantener seguras sus fronteras contra los ataques de los cristianos, fundar un gran imperio y reunir bajo su cetro un país que parecía ya partido entre diversos jefes. Esto es lo que nadie ha hecho antes de él.

Estas mismas ideas expresaba Abderramán en sus versos con legítimo orgullo:

«Nadie como yo, impulsado por una noble indignación

y desnudando la espada de doble filo,

Cruzó el desierto, surcó el mar y superando olas y estériles campos,

Conquistó un reino, fundó un poder y un mimbar independiente para la oración.

Organizó un ejército que se hallaba aniquilado, y pobló ciudades que se hallaban desiertas,

Y después llamó a su familia toda a paraje donde pudo venir como a su propia casa.

Y vino, acosado del hambre, ahuyentado por las armas, fugitivo de la muerte.

Y obtuvo seguridad y hartura, y riquezas familiares.

¿Por ventura, el derecho de este sobre aquel no es superior al de bienhechor y patrono?

Pero había pagado sus triunfos este tirano, pérfido, cruel, vengativo, despiadado y, si ningún jeque árabe, osaba ponérsele de frente, todos le maldecían en secreto. Ningún hombre de bien quería entrar a su servicio. Habiendo consultado a sus visires sobre la elección de un cadí de Córdoba, sus dos hijos Solimán e Hixem estuvieron de acuerdo (lo que sucedía rara vez) en recomendarle a Mozab, piadoso y virtuoso anciano.

Abderramán lo hizo venir y le ofreció el cadiazgo. Pero persuadido Mozab que, bajo un príncipe que ponía su poder sobre las leyes, no sería sino instrumento de tiranía rehusó

aceptarlo, a pesar de las reiteradas instancias del emir. Irritado con esta repulsa, Abderramán que no podía sufrir la menor contradicción, se retorcía ya el bigote, lo que en él era la señal de una terrible borrasca, y los cortesanos esperaban oír de su boca una sentencia de muerte. «Pero Dios, dice un cronista árabe, le hizo abandonar su culpable designio.» El venerable anciano le imponía involuntario respeto y dominando su ira, o disimulándola al menos se contentó con decirle: «Salde aquí y maldiga Dios a los que te han recomendado.»

Poco a poco vio escapársele hasta el apoyo con que hubiera debido contar en todas ocasiones, muchos de sus clientes lo abandonaron. Algunos de ellos, como Ibn-Khalib rehusaron seguirle en la vía de traiciones y crueldades en que se habla empeñado. Otros excitaron sus sospechas y Obaidallah fue de este número. Se decía que queriendo hacerse necesario al emir, que a lo que pensaba trataba de desembarazarse de él, habla favorecido la defección de su sobrino Wadjih que había abrazado el partido del pretendiente fatimita. Por su parte Abderramán, cuando lo tuvo en su poder lo trató con todo rigor, haciéndole cortar la cabeza, a pesar de las súplicas de Obaidalah. Algún tiempo después, Obaidalah fue acusado sin razón o con ella, de haber tomado parte en un complot urdido por dos parientes del emir; pero Abderramán no tenía en sus manos pruebas suficientes de su complicidad, y por poco escrupuloso que fuera, vacilaba en condenar a muerte, por una simple sospecha, al anciano a quien debía el trono. Fue, pues clemente a su manera. «Yo infligiré a Obaidalah un castigo que le sea más doloroso que la misma muerte;» y desde entonces le trató con una cruel indiferencia.

No hubo ninguno, hasta el fiel Badr, que no cayera en desgracia. Abderramán le confiscó los bienes, le prohibió salir de su casa, y acabó por relegarlo a una ciudad fronteriza; pero conviene decir que Badr se había apartado del respeto que debía a su señor, y le había enojado con sus quejas injustas e insolentes

Desavenido con sus clientes más considerados, Abderramán vio conspirar contra él hasta su propia familia. Desde que llegó a ser dueño de España, hizo venir a su corte a los Omeyas dispersos por el Asia y el África, los colmó de riquezas y honores, y solía decir a menudo: «El mayor beneficio que he recibido de Dios después del poder es el de estar en estado de ofrecer un asilo a mis parientes, y de hacerles bien. Confieso que mi orgullo se muestra halagado cuando ellos admiran la grandeza a que he subido, y que no debo a nadie más que a Dios.» Pero estos Omeyas, movidos por la ambición o no pudiendo sufrir el despotismo quisquilloso del jefe de su familia, se pusieron a conspirar. La primera conspiración fue urdida por dos príncipes de la sangre y tres nobles, que fueron delatados, presos y decapitados. Años después fue tramada otra por Moghira, sobrino de Abderramán, y por Hodhail, que tenía que vengar aun la muerte de su padre Samail, estrangulado en prisión. Fueron delatados también y castigados del mismo modo. Cuando hubieron cesado de vivir, un cliente Omeya, entró donde estaba Abderramán. Le encontró solo, serio y abatido, con los ojos fijos en el suelo, y como perdido en tristes reflexiones. Adivinando lo que pasaba en el alma de su señor, quebrantado segunda vez en su orgullo de jefe de familia, y herido en sus más íntimas afecciones, el cliente se aproximó con precaución sin hablar palabra. «¡Qué parientes los míos! exclamó al fin Abderramán. Cuando procuraba asegurarme un trono, con peligro de mi vida, pensando en ellos tanto como en mí mismo. Habiendo logrado mi proyecto les rogué que vinieran aquí y he

partido con ellos mi opulencia. ¡Y ahora quieren arrancarme lo que Dios me dio! Señor Omnipotente, tú los has castigado por su ingratitud, haciéndome conocer sus infames complots, y si les he quitado la vida ha sido por preservar la mía. Sin embargo, ¡qué triste es mi suerte! ¡Sospecho de todos los miembros de mi familia, y por su parte todos ellos temen que yo atente contra sus vidas! ¿Qué confianza puede ya haber entre nosotros? ¿Qué relaciones pueden existir ya entre yo y mi hermano, el padre de ese desgraciado joven? ¡Cómo podré yo estar tranquilo a su lado, yo, que he condenado a su hijo a muerte! ¡He roto los lazos que nos unían! ¿Cómo podrán mis ojos encontrar los suyos?». Luego dirigiéndose a su cliente prosiguió: «Vete a buscar en este mismo instante a mi hermano, escúsame con él lo mejor que puedas, dale las cinco mil monedas de oro que ves ahí, y dile que se marche a la parte de África que quiera.»

El cliente obedeció en silencio y encontró al infortunado Walid medio muerto de miedo. Lo animó, le entregó la suma que el emir le remitía, y le refirió las palabras que le había oído decir. «¡Ay!, dijo entonces Walid dando un profundo suspiro, el crimen cometido por otro, ¡recae sobre mí! ¡Este hijo rebelde que ha ido en busca de la muerte que merecía, me ha arrastrado en su pérdida, a mí, que no buscaba más que el reposo, y que me habría contentado con un pequeño rinconcito en la tienda de mi hermano! Pero yo obedeceré su orden; ¡es nuestro deber someternos a lo que Dios dispone!». Vuelto cerca de su Señor el cliente, le anunció que Walid hacía ya sus preparativos para dejar España, y le repitió las palabras que le había escuchado. «Mi hermano dice la verdad, exclamó el príncipe sonriéndose con amargura, pero que no espere engañarme con esas palabras y ocultarme su entero pensamiento. Le conozco, y sé que, si pudiera apagar con mi sangre su sed de venganza, no tendría un momento de vacilación.»

Execrado por los jeques árabes y bereberes, desavenido con sus clientes, vendido por su familia, Abderramán se encontró cada vez más aislado. En sus primeros años de reinado, cuando gozaba aun de cierta popularidad, por lo menos en Córdoba, gustaba de recorrer casi solo las calles de la capital y mezclarse con el pueblo, ahora desconfiado y sombrío, se había hecho inaccesible, no salía nunca de su palacio, y cuando lo hacía era rodeado de numerosa guardia. Desde la gran insurrección de los Yemenitas y los Bereberes del Oeste, vio en el aumento de tropas mercenarias el único medio de mantener a sus súbditos en obediencia. Compró, pues, sus esclavos a los nobles para alistarlos, hizo venir de África una infinidad de Bereberes, y elevó así su ejército permanente hasta 40,000 hombres ciegamente adictos a su persona, pero completamente indiferentes a los intereses del país.

Acostumbrar a los árabes y a los bereberes a la obediencia, obligarlos a contraer hábitos de orden y de paz, tal era la constante preocupación de Abderramán. Para realizar este pensamiento empleó todos los medios a que recurrieron los reyes en el siglo XV, para triunfar del feudalismo. Pero era un triste estado aquel a que España se hallaba reducida, por la fatalidad de las circunstancias, un triste papel el que tendrían que representar los sucesores de Abderramán, el camino que les había trazado el fundador de su dinastía, era el despotismo del sable. Es verdad que un monarca no podía gobernar a árabes y bereberes de otro modo: si de una parte estaban la violencia y la tiranía, el desorden y la anarquía estaban de la otra. Las diferentes tribus hubieran podido formar otras tantas repúblicas unidas, acaso por un lazo

federativo, contra el enemigo común, los cristianos del norte: esta hubiera sido una forma de gobierno en armonía con sus instintos y sus recuerdos, pero ni los árabes ni los bereberes estaban hechos para la monarquía.

LIBRO SEGUNDO.

LOS CRISTIANOS Y LOS RENEGADOS.

CAPÍTULO XVII

I

Hasta aquí solo los vencedores han ocupado nuestra atención, ahora les toca el turno a los vencidos. Indicar las circunstancias que facilitaron a los musulmanes la conquista de España, resumir en sus hechos principales la historia de esta conquista, mostrar la situación en que los vencedores pusieron a la población cristiana y la influencia que ejerció su dominio sobre la clase tan desgraciada, como numerosa de los esclavos y los siervos, contar detalladamente la larga y tenaz resistencia, que todas las clases sociales, cristianos y renegados, burgueses y montañeses, ricos propietarios y esclavos libertos, monjes santamente fanáticos, y aun mujeres valerosas e inspiradas, opusieron a los conquistadores cuando una generación más vigorosa sucedió a la enervada de principios del siglo VIII, va a ser el asunto de esta parte de nuestro trabajo. Cuando la Península atrajo las codiciosas miradas de los musulmanes, estaba muy débil, la conquista era muy fácil porque la situación social era deplorable. El mal venía de antiguo. Provincia romana, España ofrecía bajo los últimos Césares, el lamentable espectáculo que las otras partes del imperio. De todo lo que en otro tiempo era, solo le quedaba el nombre, según la frase de un autor del siglo V. Se veía, de un lado, escaso número de ricos que poseían inmensos dominios, «latifundia;» de otro, ciudadanos arruinados, esclavos y siervos. Los privilegiados, los clarísimos, en fin, todos aquellos que ocuparon las principales magistraturas, o meramente habían recibido del príncipe el título honorario de ellas, estaban exentos de las cargas que pesaban sobre la clase media. Vivían en el seno de la molicie, y de un lujo desenfrenado en soberbias granjas situadas a las orillas de hermosos ríos, al pie de risueñas colinas plantadas de viñas y de olivos. Allí dividían su tiempo entre el juego, los baños, la equitación y los banquetes. Allí, en salas cuyas paredes estaban cubiertas de tapicerías, pintadas o recamadas en la Asiria y en la Persia, a la hora de comer, los esclavos cubrían la mesa de los manjares más exquisitos, y de los vinos más sabrosos, mientras que los convidados, tendidos sobre lechos cubiertos de púrpura, improvisaban versos, escuchaban coros de músicos, o miraban a los bailarines.

El espectáculo de tal opulencia solo podía servir para aumentar la miseria del mayor número con un contraste aflictivo. La plebe de las ciudades, el populacho que se amotinaba no tenía en verdad mucho de que quejarse; se le temía, se le cuidaba, se le alimentaba con distribuciones gratuitas, a costa de los otros ciudadanos y se le envilecía con espectáculos groseros y bárbaros, pero la clase media, la de los curiales, pequeños propietarios que habitaban en las ciudades, y que estaban encargados de la administración municipal, había quedado reducida por la fiscalidad romana a la mayor miseria. El régimen municipal, destinado a servir de salvaguardia contra la tiranía, había llegado a ser a la par el instrumento y la víctima de todas las opresiones. Constantino había secado la fuente principal de los ingresos de las ciudades (municipios) apoderándose de sus bienes cuando las expensas municipales aumentaban con el progreso de la miseria pública, y, sin embargo, los miembros de la curia, es decir, todos los vecinos de una ciudad que poseían una propiedad territorial de más de veinte y cinco acres de tierra, y no eran privilegiados, debían suplir con sus haberes la insolvencia de los contribuyentes. Los curiales no podían romper esta solidaridad que era

originaria y hereditaria, estaban en algún modo atados a la gleba, porque no podían enajenar sus tierras sin la autorización del Emperador, que, considerándose como el verdadero propietario de todo el suelo, no veía más que usufructuarios en sus súbditos. A menudo los curiales desesperados abandonaban sus puestos y su ciudad para alistarse en la milicia o para darse en servidumbre, pero el gobierno con sus ojos de lince y sus brazos de hierro dejaba rara vez de descubrirlos, y entonces los volvía por fuerza a la curia, y si no lo conseguía, los reemplazaba por hombres envilecidos, por bastardos, por herejes, por judíos, o por apercibidos por la justicia, pues la dignidad de curial, Antes honrosa y privilegiada, había llegado a ser una desgracia y un castigo.

Lo restante de la población eran colonos o esclavos. La esclavitud agrícola no había desaparecido, pero desde los comienzos del período imperial se había formado el colonato, de una parte, por el empobrecimiento y la profunda miseria de la población libre de los campos, y de otra, por el mejoramiento de la condición de los esclavos agrícolas. Era un estado intermedio entre la libertad y la servidumbre. No habiendo tenido al principio más regla que la costumbre o el contrato, llegó a ser desde Diocleciano una cuestión de orden público, un interés del Estado, un asunto de preocupación constante para el Gobierno, obligado a llevar a toda costa cultivadores a los desiertos campos, y soldados al ejército. Entonces recibió su organización, su policía y sus leyes. Bajo cierto aspecto los colonos que daban al dueño una parte determinada del producto de la tierra que cultivaban, se hallaban en mejor posición que los esclavos; contraían verdaderos matrimonios de lo que estos eran incapaces; podían poseer, como propietarios, y su amo no podía quitarles sus bienes, estándoles solo prohibido enajenar sin su consentimiento. Además, la ley los consideraba de otro modo que a los esclavos; pagaban al Tesoro contribución personal, y estaban sujetos al alistamiento. Sin embargo, se les imponían castigos corporales como a los esclavos, y no existía para ellos la manumisión. Esclavos, no de un hombre, sino de la tierra, estaban ligados a la tierra que cultivaban, por un lazo indisoluble y hereditario: el propietario no podía vender el campo sin los colonos, ni los colonos sin el campo.

Más desgraciada aún era la clase de los esclavos, que se podían vender o donar como un animal o un mueble. Su número, comparado al de los hombres libres era inmenso. «Una vez, dice Séneca, se propuso en el Senado poner a los esclavos un vestido que los distinguiera: esta proposición fue desechada por temor de que los esclavos llegaran a contarnos». En el reinado de Augusto, un liberto, cuya fortuna había sufrido sin embargo grandes pérdidas en las guerras civiles, poseía cuatro mil, y en los últimos tiempos del imperio, su número parecía más bien haber aumentado que disminuido. Un cristiano de la Galia poseía cinco mil; otro ocho mil. Se les trababa con un rigor inhumano: con frecuencia, condenaban los dueños a trescientos latigazos al siervo que las hacía esperar el agua caliente. Y lo que estos infelices tenían que sufrir de sus señores, era nada en comparación de las crueldades de sus compañeros encargados de vigilarlos.

Para sustraerse a la tiranía de los señores de los propietarios y del gobierno, los curiales, los colonos y los esclavos, no tenían más partido que tomar que huir a los bosques y hacerse bandidos. «Bagaudas,» como se les llamaba entonces. Viviendo en las selvas, a la manera de los primeros hombres, hacían expiar a sus opresores lo que habían sufrido, saqueando sus

soberbias granjas, y si un rico, por su desgracia, caía en sus manos, hacían en él pronta y terrible justicia. A veces, muchas de estas bandas se reunían en una sola que no se limitaba entonces a simples latrocinios, sino que amenazaba las ciudades, la sociedad misma. En las Galias llegaron a tomar una actitud tan amenazadora, en tiempo de Diocleciano que fue preciso enviar contra ellos un ejército considerable, mandado por un César. Una sociedad corroída por tantas miserias debía desplomarse al primer choque de una invasión. Al mayor número les importaba poco ser oprimidos, estrujados, azotados más bien por los romanos que por otros. Solo los privilegiados, los ricos, poseedores de la tierra, tenían interés en el mantenimiento de lo existente, pero profundamente corrompidos y gastados por el libertinaje, en su mayor parte había perdido toda energía. Sin embargo, cuando nubes de bárbaros vinieron a descargar sobre las provincias romanas, algunos de ellos hicieron actos de patriotismo, de egoísmo si se quiere. Los nobles de la Tarraconense trataron, aunque sin conseguirlo, de detener los progresos de los Visigodos, y cuando en el reinado de Honorio los Alanos, los Vándalos y los Suevos después de haber pasado el Rin, arrasaban las Galias y amenazaban a España, mientras que la masa de los habitantes del país esperaba su suerte con una fría indiferencia y una tranquilidad imperturbable, sin intentar nada para apartar el peligro: dos hermanos, nobles y ricos, Didimo y Veriniano, hicieron tomar las armas a sus colonos, y atrincherándose con ellos en los desfiladeros del Pirineo, impidieron a los bárbaros penetrar en España: ¡tan fácil era de defender! Pero cuando ambos hermanos fueron presos y decapitados por el anti-César Constantino, que no habían querido reconocer: cuando este Constantino confió la guarda de los Pirineos a los *honorianos*, es decir, a uno de esos cuerpos de bárbaros que Roma había tomado a su servicio, cuando estos *honorianos* se pusieron a saquear el país que debían preservar de la invasión y cuando, a fin de escapar al castigo que merecían por este atentado, abrieron los desfiladeros a los bárbaros que saqueaban las Galias, (409) entonces ninguno pensó ya en la resistencia. A la aproximación de los bárbaros que avanzaban sombríos, irresistibles, inevitables, no hacían más que aturdirse en las orgías y marearse con los delirios de la crápula. Mientras que el enemigo rompía las puertas de la ciudad, los ricos, ebrios y atestados de comida, bailaban y cantaban: sus labios temblorosos besaban los hombros desnudos de hermosas esclavas, el populacho, como para acostumbrarse a la vista de la sangre y embriagarse con los perfumes de la carnicería, aplaudía a los luchadores que se degollaban en el anfiteatro. Ni una ciudad española tuvo el valor de sostener un sitio: sus puertas se abrían a los bárbaros, que entraban en las poblaciones sin combate, saqueaban, incendiaban, pero no tenían necesidad de matar, y si lo hacían era únicamente para saciar sus apetitos sanguinarios.

Era un tiempo horrible. Por más que esta generación inspire una extrema repugnancia por su enervamiento, su cobardía y su corrupción, nos vemos sin embargo obligados a compadecerla a pesar nuestro. El despotismo romano, por insoportable que fuera, no es nada en comparación de la brutalidad de los bárbaros. En la sabia tiranía de los Césares, había al menos un cierto orden y hasta una cierta medida: los germanos en su ciego furor trastornaban y aniquilaban sin discernimiento todo lo que hallaban a su paso.

Una desolación sin término invadió las ciudades y los campos, y a estos trastornos seguían azotes más tristes aun, el hambre y la peste; se vio a madres hambrientas asesinar a sus propios hijos y alimentarse con su carne. Las Baleares, Cartagena y Sevilla, fueron saqueadas por los

vándalos. Afortunadamente para España, pasaron a África con el escaso número de Alanos que habían escapado a la espada de los Visigodos; pero los feroces Suevos que no respiraban más que matanza y destrucción, permanecieron en Galicia y fueron algún tiempo dueños de la Bética y de la Cartaginense. Casi todas las provincias de España fueron sucesivamente teatro de sus rapiñas: la Lusitania, la Cartaginense y la Bética, la Tarraconense y la Vasconia. Un inmenso desorden reinaba en estas últimas provincias; los Bagaudas engrosados con una multitud de colonos y de propietarios arruinados, esparcían el terror por todas partes. Enemigos jurados de Roma, fueron alternativamente enemigos y aliados de los bárbaros. En la Tarraconense, donde tenían a su líder, el audaz e intrépido Basilio, sorprendieron un cuerpo de bárbaros al servicio de Roma, en el momento mismo en que estaban reunidos en la iglesia de Tarazona, y los degollaron a todos sin perdonar al Obispo. Luego, Basilio se unió a los Suevos, con ellos saqueó los alrededores de Zaragoza y sorprendió a Lérida, cuyos habitantes fueron hechos prisioneros. Cinco años después, los Suevos se aliaron a los Romanos para exterminar a los Bagaudas.

Galicia fue todavía más devastada por los Suevos, que las otras provincias: allí tenían el centro de sus dominios, allí sus guaridas, allí robaron y asesinaron durante más de sesenta años. Puestos en el último extremo, los infelices gallegos hicieron al fin lo que debieron haber hecho desde el principio: tomaron las armas y se atrincheraron en los castillos fuertes. A veces eran bastante afortunados para hacer también algunos prisioneros; entonces se reconciliaban y se canjeaban los prisioneros de una y otra parte, dándose recíprocamente rehenes, pero bien pronto los Suevos, rompían la paz y se en regaban de nuevo a sus rapiñas. Los gallegos imploraban sin gran resultado la mediación de los gobernadores de las Galias, o de aquella parte de España que aun había permanecido romana. Por último, otros bárbaros, los Visogodos, vinieron a combatir a los Suevos venciéndolos en una gran batalla dada a las orillas del Orvigo. Para los gallegos esto fue más bien que una liberación un nuevo peligro. Los Visigodos saquearon Braga, y aunque no derramaron sangre, redujeron a esclavitud a una multitud de ciudadanos, convirtieron las profanadas iglesias en caballerizas, y despojaron a los clérigos absolutamente de todo, hasta de su último vestido. Y así como los habitantes de la Tarraconense se habían hecho Bagaudas, los de Braga y sus alrededores se organizaron en partidas de ladrones. En Astorga los Visigodos se mostraron más despiadados todavía. En el momento en que se presentaron delante de las puertas de la ciudad, se encontraba esta en poder de una banda de partidarios que pretendía combatir por Roma. Habiendo pedido y logrado entrar como amigos, hicieron una horrible matanza, se llevaron en calidad de esclavos a una multitud de mujeres, niños y eclesiásticos, entre los cuales se encontraban dos obispos, demolieron los altares, quemaron las casas y devastaron los campos de los alrededores. Patencia tuvo la misma suerte. Luego sitiaron un castillo poco distante de Astorga, pero la desesperación había dado valor y fuerza a los gallegos, y la guarnición de este castillo se defendió tan bien que sostuvieron victoriosamente un largo asedio.

Vueltos los Visigodos a las Galias, comenzaron nuevamente los Suevos sus rapiñas y atrocidades. En Lugo, una de sus partidas penetró súbitamente en la sala en que deliberaba el consejo municipal, que se creía exento de todo peligro por ser Semana Santa: los desdichados miembros del consejo fueron degollados todos. En Coimbra otra partida, violó el tratado que acababa de pactarse, y redujo los habitantes a esclavitud. En fin, los visigodos conquistaron

poco a poco toda España, y aun cuando hubo que darles las dos terceras partes de las tierras, su dominación pareció suave comparada con los males sufridos bajo el efímero yugo de los terribles Suevos.

En medio de estas calamidades sin cuento, de este desconcierto universal, quedaba un grupo de hombres esforzados que habían visto derrumbarse el antiguo mundo sin gran pena, tomando hasta cierto punto partido por los bárbaros contra los Romanos, sus compatriotas. Eran la flor del clero católico, la escuela de S. Agustín. Desde el principio de las invasiones, se habían tomado estos sacerdotes infinito trabajo para paliar las violencias de los conquistadores. Profesaban un optimismo bárbaro en medio de este océano de desdichas. El sacerdote español Pablo Orosio, discípulo del Obispo de Hipona a quien dedicó su obra histórica, y contemporáneo de la invasión de los Alanos, los Suevos y los Vándalos, pretende que estos bárbaros cuando se establecieron en la Península después de habérsela dividido entre sí, trataron a los españoles como aliados y amigos, y que en el tiempo en que escribía (hacia el año 417) existían ya españoles que preferían ser libres y pobres bajo el dominio de los bárbaros a verse oprimidos y agobiados de impuestos bajo el yugo de Roma. Otro sacerdote que escribía veinte o treinta años después, Salviano de Marsella, va mucho más lejos, es mucho más atrevido. Lo que en Orosio es solo el voto de una débil mayoría, es según él, el voto unánime de toda la Nación. Nada hubiera sido más contrario a la naturaleza de las cosas, que semejante disposición de los espíritus, nada es más falso. No, preciso es decirlo en honor de la humanidad, el sentimiento de la dignidad nacional no se extinguió hasta este punto entre los súbditos de Roma que, por lo demás, habían de adquirir la triste y dolorosa experiencia de que hay un azote peor aún que el despotismo mismo. Demasiado débiles o cobardes para sacudir el yugo, habían al menos conservado en su alma el valor suficiente para odiar y detestar a los bárbaros. «Tú no quieres a los bárbaros que se llaman malos, yo no quiero ni aun aquellos que se llaman buenos», escribía Sidonio Apolinar a uno de sus amigos, y al hablar así expresa mucho mejor el sentimiento nacional que los sacerdotes que se esfuerzan por representar la invasión como un beneficio. Mas estos tenían para escribir como lo hacían, excelentes razones: carecían en primer término, de todo sentimiento generoso que se lo impidiera, ignoraban lo que es patriotismo, no tenían patria en la tierra, su patria estaba en el cielo. Ni eran más compasivos; el saqueo y la matanza misma les importaban poco. «Qué importa a un cristiano que aspira a la vida eterna ser arrebatado de este miserable mundo, de esta o de aquella manera, en tal o cual época de la vida?» pregunta Orosio, después de haber confesado, un poco a su pesar, que los Suevos y sus aliados había cometido todo género de crímenes. Los intereses de la Iglesia eran los únicos que los preocupaban; en cada acontecimiento político, solo veían lo que podía aprovecharles o dañarles. Campeones del Cristianismo, tenían que refutar a los paganos, y aun algunos cristianos tibios que imputaban los inauditos desastres sufridos por el Imperio al abandono del antiguo culto, diciendo que el cristianismo había traído la desgracia a la grandeza romana, y que los antiguos dioses la protegían mejor. Los sacerdotes respondían a estos impíos, probándoles como lo había hecho su maestro el célebre autor de la «Ciudad de Dios,» que el mundo romano había sido siempre desdichado, y que los males presentes no eran tan intolerables como se pretendía. Luego, ellos se habían penetrado bien de esta verdad, que á ideas nuevas como eran las cristianas, eran necesario hombres nuevos. «Ellos no habían hecho en los nobles romanos conquista alguna.» Cristianos en la forma, porque el cristianismo

había llegado a ser la religión del Estado, pero demasiado corrompidos para someterse a la austera moral que predicaba, y demasiado escépticos para creer en sus dogmas, los clarísimos solo vivían para los festines, los placeres y los espectáculos, negándolo todo, hasta la inmortalidad del alma. «Prefiérense aquí los espectáculos a las iglesias de Dios, grita Salviano con santa indignación, despréciansе los altares y hónranse los teatros. Todo se ama, todo se respeta; solo Dios parece despreciable y vil.... Casi todo lo que toca a la religión es motivo de escarnio entre nosotros.» Las costumbres de los bárbaros no eran más puras; los sacerdotes se ven obligados a confesar que eran tan injustos, tan ávaros, tan falaces, tan codiciosos, en una palabra, que se hallaban tan corrompidos como los Romanos, porque como se ha dicho con razón, los vicios de la decadencia y los de la barbarie, guardan estrecha analogía. Mas a falta de virtudes, los bárbaros creían al menos todo lo que sus sacerdotes les enseñaban; eran devotos por naturaleza. En el peligro, solo de Dios esperaban auxilio. Antes de la batalla, sus reyes oraban con el cilicio de lo que se hubiera reído un general romano, y si alcanzaban la victoria reconocían en su triunfo la mano del Eterno. En fin, honraban al clero, no solo al suyo, al arriano, sino al clero católico que los Romanos despreciaban y escarnecían llamándose católicos. ¿Cómo admirarse, pues, de que los bárbaros se hayan ganado las simpatías de los sacerdotes? Sin duda que eran heréticos y que habían sido instruidos por «malos doctores,» ¿pero era esto motivo suficiente para que los católicos hubiesen perdido las esperanzas de convertirlos? y una vez convertidos; que brillante porvenir no aguardaba a la Iglesia!

En ninguna provincia se vieron defraudadas las esperanzas de esos hombres perspicaces, mas tampoco en ninguna llegaron a realizarse en tan alto grado como en España, desde que el rey Recaredo y sus visigodos abjuraron la herejía arriana para hacerse católicos (587). Desde entonces el clero se valió de cuantos medios pudo para dulcificar e ilustrar a los Visigodos, casi romanizados ya antes de su llegada a España, por haber vivido medio siglo en las provincias romanas, y no insensibles a los beneficios del orden y de la civilización. Es un espectáculo por demás curioso, ver a los descendientes de los bárbaros que habían habitado las selvas de la Germania palidecer sobre los libros, bajo la dirección de los obispos, y es una curiosa correspondencia la del Rey Recesvinto con Braulio, obispo de Zaragoza: el Rey da gracias al obispo por haberse dignado corregir un manuscrito que le había enviado, quejándose de las faltas, aturdimientos y necedades de los copistas con el aplomo de un Bentley o de un Ruhnkenius. Mas los obispos no se limitaban a formar el corazón y la inteligencia de los reyes; se encargaban también de dar leyes al Estado y gobernarlo: habían sido establecidos por el Señor Jesucristo, para que rigiesen a los pueblos, decían en sus actas. El Rey, rodeado de sus grandes, venía a prosternarse humildemente ante ellos, cuando estaban reunidos en Concilio en Toledo, para suplicarles con lágrimas y suspiros que intercedieran para con Dios, y que diesen sabias leyes al Estado, y tan bien inculcaron los obispos a los reyes que la piedad era la primera de las virtudes, y tan bien por su parte comprendieron los reyes que la piedad era la obediencia a los obispos, que aun los más licenciosos se dejaron guiar dócilmente por los obispos, en los negocios públicos.

Henos aquí con un nuevo poder en el Estado, con un poder que ha absorbido a todos los demás, y que parecía hecho para regenerar las costumbres y las instituciones. De él esperaban los siervos la mitigación de sus males. El clero católico había mostrado hacia ellos, durante el dominio de la herejía arriana, una solicitud paternal: habíales abierto sus hospitales. Masona,

piadoso obispo de Mérida, había dado tanto dinero a los feligreses de su Iglesia, que en Pascua pudieron acompañarle vestidos de seda, y en su lecho de muerte este santo varón emancipó a sus esclavos más fieles, asegurándoles los medios para poder vivir con desahogo. Era convicción general que el clero iba a abolir la esclavitud, contraria sino a la letra, a lo menos al espíritu del Evangelio. Esta doctrina generosa, pensaban la ha proclamado el clero cuando era débil: esta doctrina será la que pondrá en práctica ahora que es todopoderoso.

¡Extraño error! Dueño del poder, el clero reniega de las máximas que había proclamado cuando estaba pobre, despreciado, oprimido y perseguido. Al hallarse en posesión de inmensos terrenos, poblados de siervos, y de soberbios palacios atestados de esclavos, apercíbense los obispos que han andado muy deprisa, y que aún no es tiempo de emancipar, que para llevar a cabo este pensamiento convendrá que trascurran yo no sé cuántos siglos. San Isidoro de Pelusa se admiraba en los desiertos de la Tebaida que existiese un cristiano capaz de tener un esclavo. Otro Isidoro, también santo, el célebre Obispo de Sevilla, que fue durante mucho tiempo el alma de los Concilios de Toledo, y «la gloria de la Iglesia católica» según los PP. del Concilio, VII, no reproduce la doctrina de su homónimo acerca de la esclavitud, sino la de los «Sabios» de la antigüedad, Aristóteles y Cicerón. «La naturaleza, había dicho el filósofo griego, ha creado a los unos para mandar, a los otros para obedecer;» y el filósofo romano: «No hay injusticia en que sirvan aquellos que no saben gobernarse.» Isidoro de Sevilla dice lo mismo, solo que está en contradicción consigo mismo, pues confiesa que ante Dios todos los hombres son iguales, y que el pecado del primer hombre, en que el Santo busca el origen de la servidumbre, ha sido vencido por la Redención. Lejos de nuestro ánimo querer inculpar al clero por no haber dado libertad a los esclavos, o pretender combatir la opinión de los que afirman que el esclavo no era capaz de ser libre: no discutimos aquí, concretándonos únicamente a hacer constar un hecho que tuvo resultados muy importantes, a saber: que el clero con su inconsecuencia, no satisfizo las esperanzas de los siervos, cuya desgraciada suerte, lejos de mejorar empeoró mucho. Los Visigodos, a imitación de lo que habían hecho otros pueblos germánicos, en otras provincias romanas les impusieron servicios personales, *corveas*. Una costumbre digna de mención, y a lo que parece desconocida de los romanos, era que a menudo cada familia de esclavos tenía que prestar un servicio hereditario y determinado: una se encargaba de padres a hijos de cultivar la tierra; otra de la pesca; ésta de la guarda de los ganados, cual del oficio de carpintero, cual del de herrero, y así las demás. Ni el siervo ni el esclavo podían casarse sin el consentimiento de su señor; cuando lo hacían sin este indispensable requisito, el matrimonio era nulo, y los separaban por fuerza de su mujer. Los hijos habidos de estos matrimonios, cuando el marido pertenecía a un señor y la mujer a otro, se repartían por mitad entre ambos señores. La ley visigótica era en este punto menos humana que la del Imperio, porque Constantino había prohibido separar a las mujeres de los maridos, a los hijos de los padres, a los hermanos de las hermanas. En general no puede ponerse en duda que la condición de esta clase fue muy dura bajo la dominación de los Visigodos cuando se examinan sus numerosas y severas leyes contra los siervos y los esclavos fugitivos, y al ver que en el siglo VIII los siervos de Asturias cuya condición había continuado siendo la que era la de todos los siervos de España, se levantaron en masa contra sus señores.

Si los Obispos no mejoraron la condición de los siervos, tampoco hicieron nada por la clase media. Los curiales siguieron siendo lo que eran, propiedad de la tierra; más aun, ningún

ciudadano tenía derecho para vender sus bienes. El espíritu fiscal había pasado con las demás tradiciones de los emperadores a los reyes godos, y a lo que parece, los discípulos aventajaron bien pronto a sus maestros. La clase media quedó pues miserable y arruinada; los concilios no lo niegan.

Subsistían pues, todas las plagas de la época romana: la propiedad condensada en grandes masas, la esclavitud y la servidumbre general, en cuya virtud los cultivadores fueron asignados a la tierra y los propietarios a sus propiedades.

¡Si al menos aquellos que se decían rectores de los pueblos establecidos por Jesucristo, hubiesen dejado las cosas poco más o menos como las habían encontrado! Mas su fanatismo, los inclinó a perseguir con una crueldad inaudita, a una raza entonces muy numerosa en España: así lo exigía la naturaleza misma de las cosas. Un historiador eminente lo ha dicho con razón: «Siempre que en la Edad Media el espíritu humano se acordó de preguntar, como este paraíso ideal de un mundo subyugado a la Iglesia, no había realizado en la tierra más que un infierno, la Iglesia previendo la Objeción, se dio prisa a ahogarla diciendo: «!Es por la ira de Dios, es por el crimen de los judíos! ¡Los asesinos de Nuestro Señor están impunes!» y se arrojaban sobre los judíos. (Michelet.)

Comenzaron las persecuciones en 616, bajo el reinado de Sisebuto. Entonces se mandó a los judíos que se convirtiesen antes de un año, conminándoles conque expirado el plazo, si perseveraban en sus creencias, serian desterrados después de haber recibido cien azotes cada uno, y de confiscarles los bienes. Dícese que, sobrecogidos de espanto, más de noventa mil judíos recibieron entonces el bautismo y que estos eran la menor parte. Tales conversiones apenas es preciso decirlo, no eran más que aparentes, los recién convertidos continuaban en secreto circuncidando a sus hijos y practicando los demás ritos de la religión mosaica; pero no era por otra parte pretender imposibles, querer convertir a viva fuerza a una raza tan numerosa. Así parecen haberlo creído los obispos del concilio IV, si permitieron a los judíos permanecer fieles a la religión de sus padres, ordenaron sin embargo que les quitasen los hijos para educarlos en el cristianismo. Más tarde, arrepintiéndose el clero de esta semi tolerancia, volvió a adoptar medidas extremas, y el sexto concilio de Toledo decretó, que en lo futuro ningún rey electo pudiese entrar en el ejercicio de su cargo sin haber jurado antes, hacer ejecutarlos edictos promulgados contra aquella raza abominable. Sin embargo, a despecho de todas las leyes y de todas las persecuciones, los judíos permanecieron en España, por una extraña anomalía hasta poseyeron tierras, induciendo todo a creer que rara vez se cumplieron con todo rigor las leyes hechas contra ellos. Se quería, pero no se podía.

Durante ochenta años, los judíos sufrieron en silencio; pero cuando se les acabó la paciencia, resolvieron vengarse de sus opresores. En efecto, hacia el año 694 diez y siete años antes de la conquista de España por los musulmanes, proyectaron una insurrección general con sus correligionarios de allende el Estrecho, donde muchas tribus berberiscas profesaban el judaísmo, y donde muchos judíos desterrados de España, habían encontrado asilo. La sublevación debía estallar probablemente en muchos puntos a la vez, en el momento en que los judíos del África desembarcasen en las costas españolas; antes del momento fijado para la ejecución del plan, el gobierno supo el complot. El rey Égica, tomó al punto las medidas que la necesidad ordenaba; en seguida convocó un concilio en Toledo, y allí informó a sus

directores espirituales y temporales de los proyectos de los judíos, rogándoles que castigasen severamente a aquella raza maldita. Después de haber oído las delaciones de algunos israelitas, de las que resultaba que el complot iba encaminado nada menos que a hacer de la España un estado judío, los Obispos temblando de indignación y de cólera, condenaron a todos los judíos a perder la libertad y los bienes. El rey los daría como esclavos a los cristianos, aun a aquellos que antes habían sido esclavos de los judíos, que serían manumitidos por el monarca. Los dueños habían de comprometerse a no consentir que sus esclavos practicasen las ceremonias de la antigua ley, debiendo arrebatarles sus hijos cuando llegasen a la edad de siete años, hacerlos educar en el cristianismo, y no consentir el matrimonio entre judíos, sin que el esclavo judío pudiera casarse más que con una esclava cristiana, ni la esclava judía pudiese tomar por marido más que a un esclavo cristiano.

No puede dudarse que estos decretos se ejecutaran con todo rigor: trataban esta vez, no solo de castigar a infieles, sino a conspiradores peligrosísimos. Cuando los musulmanes conquistaron el Noroeste de África, los judíos gemían bajo un yugo intolerable; pedían con toda su alma que llegase el momento de su libertad, y los conquistadores que mediante un ligero tributo se la devolvieran y les permitieran el libre ejercicio de su culto, debían aparecerles como salvadores enviados por el mismo cielo.

Los judíos, los siervos la clase media empobrecida, eran otros tantos implacables enemigos que aquella sociedad que se grieteaba y estallaba por todas partes, nutría en su seno. Y, sin embargo, las clases privilegiadas solo esclavos cristianos o judíos podían oponer a los invasores. Como ya hemos visto, en los últimos tiempos del imperio romano los colonos servían en los ejércitos. Los Visigodos habían seguido esta costumbre. Mientras conservaron su espíritu marcial no había sido necesario fijar el contingente de siervos con que debía contribuir cada propietario; pero cuando más adelante le tomaron el gusto a enriquecerse con el trabajo de los esclavos y de los siervos, hízose urgente que la ley proveyese al alistamiento del ejército. Así lo conoció el rey Wamba, por lo que, quejándose en uno de sus decretos de que los propietarios, preocupados con el cultivo de sus campos apenas alistaban la vigésima parte de sus siervos cuando eran llamados a las armas, ordenó que, en adelante, cada propietario godo o romano, contribuyese con la décima parte. Mas tarde según parece se les mandó que contribuyesen con la mitad de los siervos que tuviesen. El número de estos en el ejército debía pues sobrepujar con mucho al de los hombres libres lo que equivale a decir, que la defensa del Estado estaba confiada principalmente a aquellos que estaban más dispuestos a hacer causa común con el enemigo, que a combatir en provecho de sus opresores.

II.

Como se ha visto la España visigótica estaba peor gobernada que la romana. Hacía tiempo que llevaba el Estado dentro de sí mismo el germen de su ruina, y su debilidad era tal, que bastó un ejército de doce mil hombres, ayudados por la traición para derribarlo en un cerrar de ojos.

El gobernador de África Muza-ibn-Nosair, había extendido hasta el Océano los límites del imperio árabe. Tan sólo le resistía aun la ciudad de Ceuta perteneciente al imperio bizantino, que había poseído ante todo el litoral africano, pero que como el emperador se hallaba muy

distante para prestarle eficaces socorros, mantenía estrechas relaciones con España. Por eso su gobernador Julián, había enviado su hija a la corte de Toledo, a fin de que allí recibiera una educación adecuada a su nacimiento; pero tuvo la desgracia de agradar al rey D. Rodrigo, que la deshonró. Ciego de cólera Julián, abrió a Muza las puertas de la ciudad después de haber concluido con él un tratado ventajoso, le habló de España, le indujo a intentar su conquista, y puso los buques que tenía a su disposición. Muza escribió al Califa Walid pidiéndole órdenes. El Califa juzgó peligrosísima la empresa. «Explorad España, le contestó, por tropas lijaras, pero guardaos por ahora de exponer un gran ejército a los peligros de una expedición a Ultramar.» Muza envió, pues, a uno de sus clientes llamado Abu-Zara-Tarif, con cuatrocientos hombres y cien caballos, que habiendo pasado el estrecho en cuatro buques que le suministró Julián, saquearon los alrededores de Algeciras, y se volvieron al África. (Julio del 710.)

El año siguiente, Muza aprovechó la ausencia de Rodrigo, ocupado en sujetar una sedición de los vascos, para enviar a España otro de sus clientes, Taric-ibn-Zeyad, su general de vanguardia, con siete mil musulmanes. Eran casi todos berberiscos, y les acompañaba Julián.

Habiendo pasado sucesivamente el Estrecho en las cuatro naves de que Tarif se había servido, pues los musulmanes no tenían otras, los reunió Taric en la montaña que hasta hoy lleva su nombre (Gebal-Taric, Gibraltar), a cuyo pie se encontraba la ciudad de Carteya. Contra ella envió Taric una división mandada por uno de los pocos oficiales árabes que tenía en su ejército Abdelmelic, de la tribu de Moafir, (Carteya cayó en poder de los musulmanes, y Taric se había adelantado ya hasta el lago que lleva el nombre de la Janda, cuando supo que D. Rodrigo marchaba contra él a la cabeza de un numeroso ejército. Difícil le hubiera sido volver a África sus tropas, si tal hubiera sido su propósito, pero ni siquiera pensó en ello; la ambición, la codicia y el fanatismo le empujaban adelante. Pidió refuerzos a Muza, y éste le envió otros cinco mil berberiscos en los buques que había hecho construir después de la partida de su teniente. Poco era esto en comparación del gran ejército de Rodrigo; pero la traición vino en ayuda de los musulmanes.

Rodrigo había usurpado la corona que llevaba. Apoyado por muchos grandes, había destronado y aun muerto, a lo que parece, a su predecesor Witiza. Tenía pues contra sí un partido poderoso, a cuya cabeza se encontraban los hermanos y los hijos del último rey. Él quería ganarse a los jefes de este partido, y a punto de marchar contra Taric los invitó a que vinieran a su lado. La ley los obligaba y vinieron, pero con el corazón lleno de resentimientos, de odio y de desconfianza. Rodrigo trató de apaciguarlos, de darles seguridades, de atraérselos, con tan poco éxito que formaron el proyecto de hacerle traición en cuanto vinieran a manos con el enemigo. No porque tuvieran intención de entregar la patria a los berberiscos, no podían alimentar designio semejante, pues que ambicionaban el poder, esto es, el trono y entregar el país a los africanos, no era el mejor medio de alcanzarlo. El hecho es que a su parecer y en el fondo tenían razón, los bereberes no habían venido para conquistar el reino, sino para hacer una «razia.» «Lo que quieren estos extranjeros, se decían, es botín y cuando lo consigan se volverán a África.» Lo que ellos querían, era, que Rodrigo perdiera con una derrota su fama de capitán valiente y afortunado, a fin de hacer valer con mejor éxito que hasta entonces sus pretensiones a la corona. Podía suceder también que Rodrigo pereciera, y en este caso sus

probabilidades aumentaban. En una palabra, ellos se dejaban guiar por un estrecho egoísmo y carecían de previsión, pero si entregaron su patria a los infieles fue sin saberlo y sin quererlo.

La batalla tuvo lugar en las riberas del Wadi-Becca, (17 de julio de 711.) Las dos alas del ejército español estaban mandadas por dos hijos de Witiza y se componían principalmente de los siervos de estos príncipes que los obedecieron de buena voluntad cuando les mandaron volver la espalda al enemigo. El centro, que estaba a las órdenes del mismo D. Rodrigo, se mantuvo firme durante algún tiempo, pero al cabo perdió pie, y entonces los musulmanes hicieron una gran matanza en los cristianos. Rodrigo fue muerto, a lo que parece; por lo menos no volvió a parecer, y el país se encontró sin rey, en el momento que tenía más necesidad. Taric se aprovechó de esta circunstancia. En lugar de volverse al África, como se pensaba, y como el mismo Muza se lo había ordenado, avanzó atrevidamente. Esto bastó para que se hundiera instantáneamente aquel imperio corroído. Todos los descontentos y todos los oprimidos facilitaron su tarea a los invasores. Los siervos no quisieron moverse por temor de que sus señores se salvaran con ellos; los judíos se levantaron donde quiera, y se pusieron a disposición de los musulmanes. Después de haber obtenido una nueva victoria cerca de Écija, Taric pudo pues marchar sobre Toledo y enviar destacamentos contra Córdoba, Archidona y Elvira. Archidona fue ocupada sin combate, habiéndose refugiado sus habitantes en los montes; Elvira fue tomada a viva fuerza, y confiada a una guarnición compuesta de musulmanes y judíos. Córdoba entregada a los mahometanos por un pastor, por un siervo que les indicó una brecha por la que podían penetrar en la plaza: en Toledo, los judíos hicieron traición a los cristianos. Una indecible confusión reinaba por do quiera; parecía que los patricios y los prelados habían perdido la cabeza. «Dios había llenado de temor los corazones de los infieles,» dice un cronista musulmán, y en efecto, fue un general sálvese quien pueda. En Córdoba no se encontraron patricios, se había ido a Toledo: en Toledo tampoco se encontraron, se habían refugiado en Galicia. El mismo metropolitano había abandonado España, para más seguridad se fue a Roma. Los que no buscaron la salvación en la fuga, pensaron más en pactar que en defenderse. De este número fueron los príncipes de la familia de Witiza. Haciendo valer su traición como un título al reconocimiento de los musulmanes pidieron y obtuvieron los dominios de la corona de que los reyes no habían tenido más que el usufruto, y que se componían de tres mil hectáreas. Además, Oppas, uno de los hermanos de Witiza fue nombrado gobernador de Toledo.

Por una fortuna que nadie hubiera esperado, una simple razia se había convertido en una conquista. Este resultado desconcertó mucho a Muza. Bien hubiera querido que España fuese conquistada, pero no quería que lo fuera por otro; envidiaba a Taric la gloria y las ventajas materiales de la conquista. Felizmente, había todavía algo que hacer en la Península; Taric no había tomado todas las ciudades, ni se había apropiado todas las riquezas. Muza resolvió, pues, marchar a España, y en el mes de junio del 712 pasó el Estrecho con diez y ocho mil árabes. Tomó Medina-Sidonia, y los españoles que se le habían unido se encargaron do entregarle Carmona. Presentándose armados delante de sus puertas y fingiéndose hombres que habían huido a la aproximación del enemigo, pidieron y obtuvieron el permiso de entrar en la ciudad, y luego aprovecharon la oscuridad de la noche para entregársela a los árabes. Sevilla fue más difícil de tomar. Era la mayor de las ciudades de España, y fue preciso sitiarla durante muchos meses antes de que se rindiera.

Mérida opuso también una larga y vigorosa resistencia, pero acabó por capitular (1 de junio del 713). Muza se puso en seguida en camino para Toledo. Taric salió a su encuentro para ofrecerle sus homenajes, y desde que lo divisó echó pie a tierra, pero Muza estaba tan irritado contra él, que le dio de latigazos. «¿Por qué, le dijo, avanzaste sin mi permiso? ¿No te había ordenado hacer solo una razia, y volverte a África enseguida?»

El resto de España, a excepción de algunas provincias del Norte, fue conquistado, sin dificultad. La resistencia no servía para nada; falta de jefe, carecía de plan y dirección, y por otra parte el interés aconsejaba a los españoles someterse cuanto antes: haciéndolo, obtenían tratados bastante ventajosos, mientras que cuando sucumbían después de haber intentado defenderse perdían los bienes.

En general, la conquista no fue más que una gran calamidad. Verdad es que, al principio, como en la invasión de los germanos, hubo un período de anarquía. Los musulmanes saquearon algunos lugares, quemaron algunas ciudades, ahorcaron algunos patricios que no habían tenido tiempo de escapar, y hasta mataron niños a puñaladas; pero el gobierno árabe reprimió pronto estos desórdenes y estas atrocidades, y una vez restablecida la tranquilidad, la generación enervada de este tiempo se sometió a su suerte sin murmurar mucho. Y ciertamente, la dominación arábiga era por lo menos tan tolerable como la de los Visigodos. Los conquistadores, dejaron a los vencidos sus leyes y sus jueces civiles o gobernadores de su nación, eran los encargados de percibir sus impuestos y de regular sus diferencias. Las tierras de los distritos conquistados con las armas y los que hablan pertenecido a la Iglesia, con los patricios que se habían refugiado en el Norte, se dividieron entre los conquistadores; pero dejaron en ellas los siervos que las poblaban.

Esto estaba en la naturaleza de las cosas, y los árabes hicieron lo mismo en todas partes. Solo los indígenas conocían los procedimientos agrícolas, y los conquistadores eran por otra parte demasiado orgullosos para ocuparse de ellos. Impúsose, pues, al siervo la obligación de cultivar la tierra como antes, y de entregar al propietario musulmán las cuatro quintas partes de la cosecha y de otros productos. Los que poblaban los dominios del Estado que debían ser bastante numerosos, pues que este dominio comprendía el quinto de las tierras confiscadas, no debían entregar más que la tercera parte de la cosecha. Al principio la entregaban al tesoro; pero esto se modificó en adelante. Constituyéronse feudos con una parte de estos dominios, que se dieron a los árabes que vinieron a establecerse en España; posteriormente a los que acompañaban a Samh y a los sirios que llegaron con Baldj. Por lo demás, los cultivadores no perdieron nada con esta medida; para ellos no hubo otra diferencia que la de entregar a los feudatarios los que antes entregaban al Estado. En cuanto a los demás cristianos su posesión dependía de los tratados que había podido obtener, y algunos de ellos eran muy ventajosos. Así los habitantes de Mérida, que se hallaban en la ciudad en el momento de la capitulación, conservaron todos sus bienes, no cediendo más que los ornamentos y las propiedades de las iglesias. En la provincia de que Teodomiro era gobernador, y que comprendía entre otras ciudades las de Lorca, Mula, Orihuela y Alicante, los cristianos no cedieron nada, obligándose tan solo a pagar un tributo, parte en dinero, parte en especie.

Puede decirse que por regla general los cristianos conservaron la mayor parte de sus bienes, obteniendo además el derecho de enajenarlos, derecho que no tenían en tiempo de los

Visigodos. A su vez quedaron obligados a pagar al Estado la capitación que era de cuarenta y ocho dirhems para los ricos, de veinte y cuatro para la clase media, y de doce para los que vivían de su trabajo manual, y se pagaba por duodécimas al fin de cada mes lunar; de ella estaban exceptuados, sin embargo, las mujeres, los niños, los monjes, los lisiados, los mendigos y los esclavos. Los propietarios, además tienen que pagar el «Karádj,» impuesto sobre los productos, que se regulaba por la naturaleza de las tierras en cada localidad, pero que se elevaba de ordinario a un veinte por ciento. La capitación cesaba para los que abrazaban el islam; el «Kharádj» por el contrario, continuaba a pesar de la conversión.

En comparación de la que habían tenido, la condición en que los musulmanes dejaron a los cristianos no era demasiado dura. Añádase a esto, que los árabes eran muy tolerantes. En materia de religión no violentaban a nadie, y, lo que es más, el gobierno a no ser que fuera muy piadoso (lo que era la excepción) no deseaba que los cristianos se hicieran musulmanes; el tesoro perdía mucho. Tampoco los cristianos se mostraron ingratos. Contentos con la tolerancia y la equidad de sus conquistadores, preferían su dominación a la de los germanos, a la de los francos por ejemplo, durante todo el siglo VIII las rebeliones fueron muy raras, los cronistas citan tan solo la de los cristianos de Beja, y aun parece que estos no fueron más que los instrumentos de un jeque árabe ambicioso. Aun los sacerdotes, por lo menos al principio no estaban muy descontentos, y eso que ellos tenían más motivos para estarlo. Puede formarse juicio sobre su manera de ver, leyendo la crónica latina escrita en Córdoba, en 752, y que se atribuye sin razón a Isidoro de Beja. Su autor, aunque hombre de Iglesia, es más favorable a los musulmanes que ninguno de los escritores españoles anteriores al siglo XIV, y no porque carezca de patriotismo, por el contrario, él deplora las desgracias de España y la dominación arábiga es para él el imperio de los bárbaros; pero si odia los conquistadores, odia en ellos más bien los hombres de otra raza que los de otra religión. Hechos que harían saltar de indignación a eclesiásticos de otra época, no lo arrancan una palabra de censura. Cuenta, por ejemplo, que la viuda de D. Rodrigo se casó con Abdalasis, hijo de Muza; pero no se escandaliza de este matrimonio, que parece encontrar cosa muy natural.

Bajo cierto respeto, la invasión arábiga fue hasta un bien para España, pues que produjo una importante revolución social que hizo desaparecer gran parte de los males bajo que el país gimió durante siglos.

El poder de las clases privilegiadas, del clero y la nobleza estaba debilitado y casi extinguido, y como las tierras confiscadas se repartieron entre gran número de personas, creció comparativamente por lo menos la pequeña propiedad. Esto fue un gran bien y una de las causas del florecimiento de la agricultura en la España árabe. Por otra parte, la conquista había mejorado la condición de las clases serviles. El islamismo era más favorable a la emancipación de los esclavos que el cristianismo, tal como lo entendían los obispos del reino visigodo. En nombre del Eterno, Mahoma ordenó que se permitiera rescatar a los esclavos. Emanciparlos era una obra de piedad, con la que podían expiarse muchos delitos. Así la esclavitud entre los Árabes no era dura ni larga. Muchas veces el esclavo, después de algunos años de trabajo, era declarado libre, sobre todo, si abrazaba el islamismo. La suerte de los siervos que poblaban las tierras de los musulmanes se mejoró también: llegaron a convertirse en una especie de arrendatarios, y gozaron de una cierta independencia, porque como sus

señores no se dignaban ocuparse de los trabajos agrícolas, tenían libertad para cultivar la tierra como les pareciese. En cuanto a los esclavos y siervos de los cristianos, la conquista les suministró un medio facilísimo de emanciparse. Para esto no tenían más que huirse a la propiedad de un musulmán y pronunciar estas palabras: «No hay más Dios que Dios y Mahoma es su Profeta. Desde entonces eran musulmanes «libertos de Allah,» como decía Mahoma. Gran número de siervos se emanciparon de este modo, y no hay por qué asombrarse de la facilidad con que abandonaban el cristianismo. A pesar del poder ilimitado de que había gozado el clero, en tiempo de los Visigodos, esta religión no había echado en España profundas raíces. Casi enteramente pagana, cuando Constantino hizo del cristianismo la religión del Estado, España permaneció tanto tiempo fiel al antiguo culto, que, hacia la época de la conquista árabe, todavía el cristianismo y el paganismo se disputaban el triunfo, y los obispos se veían obligados a fulminar amenazas y tomar enérgicas medidas contra los adoradores de los falsos dioses. Aun entre los que llamaban cristianos, el cristianismo estaba más en los labios que en el corazón. Los descendientes de los romanos habían conservado algo del escepticismo de sus abuelos, y los de los godos, se interesaban tan poco en las cuestiones religiosas que de arrianos se hicieron católicos, tan pronto como Recaredo les dio el ejemplo.

Distraídos con otros cuidados los ricos prelados del reino Visigodo, que debían refutar a los heterodoxos, discutir dogmas y misterios, gobernar el Estado y perseguir a los judíos, no había tenido tiempo «de hacerse pequeños con los pequeños, de murmurar con ellos las primeras palabras de la verdad, como un padre se complace en balbucear las primeras palabras con su hijo,» como decía S. Agustin, y si habían hecho aceptar el cristianismo, no habían conseguido hacerlo amar. No es pues extraño que los siervos no hubieran podido resistir la tentación cuando los árabes les ofrecieron la libertad a cambio de su conversión al islam. Algunos de estos desgraciados, permanecían paganos todavía; los otros no conocían tampoco el cristianismo, siendo la educación religiosa que habían podido recibir, tan elemental, o por mejor decir, tan nula, que el misterio católico y el musulmán les eran igualmente impenetrables; pero lo que ellos sabían y comprendían demasiado bien, era, que los sacerdotes habían engañado cruelmente las esperanzas de emancipación que les inspiraron un día, y lo que querían a toda costa era sacudir el yugo. Ni fueron los únicos que abandonaron el antiguo culto. Muchos patricios hicieron lo mismo, sea por no verse obligados a pagar la capitación, sea por conservar sus bienes cuando los árabes se aprestaron a violar los pactos, sea porque creyeran con toda sinceridad en el origen divino del Islam.

Hasta aquí no hemos hablado más que de las mejoras que la conquista arábiga produjo en el estado social del país, pero para ser justos debemos añadir que, si esta conquista fue un bien, bajo muchos aspectos, fue un mal bajo otros. Así, el culto era libre, pero la Iglesia estaba sometida a una dura y vergonzosa servidumbre. El derecho de convocar concilios, como el de nombrar y deponer a los obispos, había pasado de los reyes visigodos a los sultanes arábigos, lo mismo que en el Norte pasó a los reyes de Asturias, y este derecho fatal, confiado a un enemigo de la religión cristiana, fue para la Iglesia fuente inagotable de males, oprobios y escándalos. Cuando había Obispos que no querían asistir a un concilio, los sultanes hacían sentar en su lugar judíos y musulmanes. Vendían la dignidad episcopal al mayor postor, de modo que los cristianos tenían que confiar sus más caros y sagrados intereses, a herejes o libertinos que aun durante las fiestas más solemnes de la Iglesia, concurrían a las orgías de los

cortesanos árabes, a incrédulos que negaban públicamente la vida futura o a miserables, que no contentos con venderse, vendían también a su rebaño. Una vez, los empleados del fisco se quejaron de que muchos cristianos de Málaga, lograban sustraerse al pago de la capitación, permaneciendo ocultos; entonces, Hostigesio, obispo de esta diócesis, les prometió proporcionarles una lista completa de los contribuyentes. Y cumplió su palabra. Durante su visita anual, rogó a sus diocesanos les dijeran su nombre y los de sus amigos y parientes para formar con ellos una lista a fin de poder rogar a Dios por cada una de sus ovejas. Los cristianos que no desconfiaban de su pastor, cayeron en el lazo. Desde entonces ninguno pudo sustraerse a la capitación, gracias al registro episcopal los recaudadores conocían a todos los contribuyentes.

Por otra parte, desde que los árabes afirmaron su dominio, observaron los tratados menos escrupulosamente que cuando su poder no estaba aún bien establecido. Así sucedió en Córdoba por ejemplo. En esta ciudad, los cristianos no habían conservado más que la catedral dedicada a S. Vicente, todas las otras iglesias habían sido destruidas; pero la posesión de la Catedral les había sido garantizada por un tratado. Durante muchos años; este pacto fue observado, pero habiendo aumentado la población de Córdoba con la llegada de los árabes de la Siria, y hallándose las mezquitas demasiado pequeñas, los sirios opinaron que debía hacerse en Córdoba lo que en Damasco, en Emesa, y en otras ciudades de su país, esto es, quitar a los cristianos la mitad de sus catedrales, para convertirlas en Mezquitas. Aprobando el gobierno esta manera de ver, los cristianos se vieron obligados a ceder la mitad de su catedral. Más tarde, en el año de 784, Abderramán I, quiso que le vendieran la otra mitad. Ellos rehusaron expresamente diciendo que no les quedaría ningún edificio en que celebrar su culto. Abderramán insistió, y por último se llegó a una transacción: los cristianos cedieron la catedral en la suma de cien mil dineros, luego que obtuvieron el permiso de reedificar las iglesias que habían sido destruidas. Esta vez, Abderramán, había sido equitativo, pero no lo fue siempre pues que violó el tratado que los hijos de Witiza habían hecho con Taric, y que el Califa había ratificado confiscando las posesiones de Ardabasto, uno de estos príncipes tan solo porque las encontraba demasiado extensas para un cristiano. Otros pactos fueron modificados de una manera enteramente arbitraria, de modo que en el siglo IX apenas si se conservaba rastro. Además, como los doctores enseñaban que el gobierno debía manifestar su celo religioso aumentando las contribuciones a los cristianos, tantas extraordinarias se les impusieron, que ya en el siglo IX muchas de sus poblaciones, la de Córdoba entre otras, se encontraban pobres o hambrientas. En otras palabras, sucedió en España lo que en todos los países que los árabes conquistaron, su dominación de dulce y humana que había sido en un principio degeneró en un despotismo intolerable. Desde el siglo IX, los conquistadores de la Península siguieron a la letra el consejo del Califa Omar, que había dicho crudamente: «Nosotros debemos «comernos» a «los cristianos y nuestros descendientes deben comerse a los suyos mientras que dure el islamismo»

Sin embargo, no eran los cristianos los que se quejaban más de la dominación arábiga un siglo después de la conquista. Los más descontentos eran les renegados, los que los árabes llamaban «mowallad,» esto es, los «adoptados.» Estos renegados no pensaban todos del mismo modo. Había entre ellos «cristianos ocultos,» es decir, hombres que se reprochaban duramente su apostasía. Estos eran muy desdichados porque no podían volver al cristianismo.

La ley musulmana es inexorable en este punto: una vez hecha la profesión de fe, acaso en un momento de malhumor, de debilidad, de cobardía, de presión, cuando no se tenía dinero para pagar la capitación, o cuando se temía ser condenado a una pena infamante por el juez cristiano, una vez hecha la profesión, repetimos, el renegado, aunque atormentado continuamente por el grito de su conciencia, era musulmán para siempre, y si apostataba, la ley lo condenaba a muerte. Mas dignos de compasión eran aun sus descendientes, si querían volver al gremio de la Iglesia, pues que tenían que sufrir la falta de sus antepasados. La ley les declaraba musulmanes por haber nacido de un musulmán y por consiguiente, debían también perder la vida si renegaban de Mahoma. La Iglesia musulmana los cogía en la cuna y no los abandonaba hasta la tumba.

Era pues natural, que los musulmanes, arrepentidos murmuraran; pero de estos era el menor número, la mayoría se había adherido sinceramente al islamismo, y sin embargo, estos murmuraban también. A primera vista, debe sorprender este fenómeno. En su mayor parte eran libertos, esto es, hombres cuya condición había mejorado con la conquista; ¿cómo es que no estaban contentos con los árabes? Nada más sencillo. «La historia está llena de parecidos espectáculos. No es siempre yendo de mal en peor como se cae en las revoluciones. Sucede las más veces, que un pueblo que había soportado sin quejarse y como si no las sintiera, las leyes más opresoras las rechaza violentamente en cuanto se aligera su peso»

Júntese a esto, que la posición social de los renegados era intolerable. Los árabes los excluían de ordinario de los empleos lucrativos y de toda participación en el gobierno del Estado; afectaban no creer en la sinceridad de su conversión, los trataban con una insolencia sin límites; viendo aun el sello de la servidumbre sobre la frente de muchos emancipados, les denostaban a todos con los nombres de esclavos o hijos de esclavos, aunque algunos contaran en sus familias los más nobles y los más ricos propietarios del país. Los renegados no se resignaban a semejante trato, tenían el sentimiento de su dignidad y de la fuerza material de que disponían, pues que constituían la mayoría de la población. No querían que el poder fuera patrimonio exclusivo de una casta estrechamente encerrada en su individualismo, no querían permanecer por más tiempo en aquel estado de sujeción y de inferioridad social, ni soportar los insolentes desdenes y la dominación de algunas bandas de soldados extranjeros, acantonadas de trecho en trecho. Tomaron pues, las armas, y empeñaron arrogantemente la batalla.

La rebelión de los renegados, en la que los cristianos tomaron parte en la medida de sus fuerzas, se verificó con la variedad que debía revestir en un tiempo en que todo era vario é individual. Cada provincia y cada una de las grandes ciudades se insurreccionó por su propia cuenta, y en época distinta; pero la lucha fue por eso todavía más larga y sangrienta, como puede verse a continuación.

III

En la Carta del Sultán abundaban los renegados que eran en su mayor parte libertos, que, o cultivaban las tierras que habían adquirido, o trabajaban a jornal en los campos de los árabes. Robustos, laboriosos y económicos, parece que vivían con cierta holgura, pues que habitaban principalmente en el arrabal del Mediodía uno de los barrios más hermosos de la ciudad, pero

los dominaba el espíritu revolucionario, y bajo el reinado de Haquem I, se dejaron arrastrar por faquíes ambiciosos, a una insurrección que terminó con una terrible catástrofe.

Abderramán I había sido demasiado celoso de su poder para permitir a los faquíes, teólogos-jurisconsultos, adquirir una autoridad que le hubiera incomodado para sus medidas despóticas; pero en el reinado de Hixem, su hijo y sucesor, la influencia de aquellos creció considerablemente. Era Hixem un príncipe verdaderamente religioso, un modelo de virtud. Cuando subió al trono, sus súbditos podían preguntarse todavía si teniendo que elegir entre el bien y el mal se decidiría por éste o por aquel, porque en unas circunstancias se había mostrado bueno y generoso, y en otras, atroz y vengativo. Pero pronto cesó toda incertidumbre; habiéndole pronosticado un astrólogo una muerte prematura, se apartó da todos los placeres mundanos para no pensar más que en proporcionarse la salvación con obras de caridad. Vestido con extrema sencillez, recorría solo las calles de la ciudad, se mezclaba con el pueblo, visitaba a los enfermos, entraba en las casucas de los pobres para informarse de sus males y de sus necesidades, con tierna solicitud. Muchas veces, en medio de la noche, cuando llovía a cántaros, salía de su palacio para llevar refrigerios a algún piadoso solitario enfermo, y velar al lado de su jergón. Exactísimo en sus prácticas religiosas, animaba a los demás a seguir su ejemplo. En las noches de tempestad hacía distribuir limosnas a los que iban a las Mezquitas sin acobardarse por el mal tiempo.

Justamente por esta época apareció en el Oriente una nueva secta religiosa que reconocía por jefe el gran doctor medinés Malic-ibn-Anas fundador de una de las cuatro ortodoxas del islamismo. Hixem profesaba una profunda veneración a este doctor, y por su parte Malic, que tenía odio mortal a los Abasidas sus señores, desde que habiéndole acusado de prestar el apoyo de su nombre célebre y reverenciado a un pretendiente alida, lo hicieron azotar y dislocar un brazo, estaba prevenido a favor del sultán español, rival de sus verdugos, aun antes de saber hasta qué punto era este monarca digno de su estima, así que cuando sus discípulos españoles le ponderaron la piedad y las virtudes de Hixem, no tuvieron limites su admiración y su entusiasmo: viendo desde entonces en él el ideal de un príncipe musulmán, le proclamó como el único que era digno de sentarse en el trono de los Califas. Los estudiantes no dejaron a su vuelta de informar a su soberano acerca de la gran estimación que le manifestaba su maestro, e Hixem, halagado en su amor propio, hizo todo lo que pudo para propagar en España la escuela de Malic. Animó a los teólogos a que tomasen el báculo de peregrino para ir a estudiar a Medina, y elegía con preferencia entre los discípulos de Malic sus jueces y sus eclesiásticos.

A la muerte de Hixem (796) la nueva escuela teológica gozaba ya de gran consideración, y contaba en su seno jóvenes hábiles, ambiciosos, y emprendedores tales como el berberisco Yahya-ibn-Yahya. Malic, no había tenido discípulo más asiduo ni más atento. Explicando un día su maestro, pasó un elefante por la calle, todos los oyentes abandonaron la clase para ver de cerca al animal; Yahya solo permaneció en su sitio con gran sorpresa del venerable profesor, que sin enfadarse de que lo dejaran por el mayor de los cuadrúpedos le dijo con dulzura: «¿Por qué no vas con ellos? En España no hay elefantes.»—«Yo he dejado mi patria para oíros y aprovechar vuestras lecciones, no para ver elefantes» le contestó Yahya, y agradó tanto a Malic esta respuesta, que desde entonces le llamó el «ákil» (el hombre inteligente) de España. En Córdoba, Yahya, gozaba de gran reputación, se le tenía por el teólogo más sabio del país; pero

a su gran saber juntaba un orgullo más grande todavía, uniéndose en este hombre extraordinario el ardor de un demagogo moderno a la sed de dominio de un papa de la Edad Media.

El carácter del nuevo monarca repugnaba a Yahya y a los demás doctores malikitas. Haquem no era irreligioso. Educado por un piadoso cliente de su abuelo que había hecho la peregrinación a la Meca, le habían enseñado desde muy niño a honrar la religión y a sus ministros. Gustaba de conversar con los teólogos y tenía una extrema deferencia para sus jefes los cadíes, aun cuando sentenciaban contra sus parientes, contra sus más íntimos amigos, y aun contra él mismo. Pero tenía una naturaleza alegre y expansiva, ricamente organizada para gozar de la vida y no para hacer la de anacoreta que deseaban los faquíes. A pesar de sus continuas exhortaciones, gustaba apasionadamente de la caza, y lo que es peor, no hacía ningún caso de la prohibición del vino. Todo esto se lo hubieran perdonado los teólogos; pero lo que no podían perdonarle es que celoso de su poder, no les concedían en el gobierno toda la influencia que ellos querían. ¿Era que no comprendía o que no quería comprender que los faquíes unidos en estrecha alianza por el nuevo lazo de la doctrina de Malic, eran ya una potencia en el Estado con lo que había que contar?

Burlados en sus esperanzas y llenos de ese orgullo clerical, que por ocultarse bajo apariencias de humildad no es menos inflexible, los faquíes se convirtieron en demagogos. No economizando declamaciones ni calumnias, solo hablaban del monarca con horror, y ordenaban para su conversión oraciones por este estilo: «¡Libertino que perseveras en la iniquidad, que te obstinas en el orgullo, que menosprecias los mandamientos de tu Señor, sal de la embriaguez en que te has sumergido, despierta y sal de tu culpable indolencia!» Dispuestos como estaban los renegados de Córdoba, se prestaron a todo lo que de ellos exigieron los faquíes. Primero rezaron por el pecador endurecido, luego le tiraron piedras un día que pasaba por la calle, pero el monarca secundado por sus guardias se abrió paso con su espada a través de la multitud y el motín fue reprimido. (Año 805)

Entonces Yahya, Isa-ibn-Dianr y otros faquíes, se ligaron con una parte de la aristocracia, y ofrecieron el trono a Ibn Chammas, primo hermano de Haquem, quien les respondió que antes de aceptar sus ofertas, quería conocer los nombres de las personas con quienes podría contar. Los conjurados prometieron darle la lista, y fijaron la noche en que habían de venir a enseñársela; pero en cuanto se fueron, Ibn Chammas fue en secreto al palacio de Haquem, y se lo contó todo. Después de escucharle con aire desconfiado, el monarca indignado le dijo: «Lo que quieres tú es excitar mi cólera contra los hombres más considerados de mi corte: pero ¡por Dios que o pruebas lo que me acabas de decir, o cae tu cabeza bajo el hacha del verdugo!» «Pues bien, consiento en ello, respondió Ibn-Cham; pero enviadme tal noche un hombre de vuestra confianza.» Haquem lo prometió, y a la hora convenida mandó a casa de su primo a su secretario Ibn-al-Khada y a Jacinto su paje favorito, que era español y cristiano. Habiéndolos ocultado detrás de una cortina Ibn-Chammas hizo entrar a los conjurados: «Veamos ahora, les dijo, quiénes son los hombres con que contáis», y a medida que pronunciaban sus nombres, el secretario los inscribía en su lista. Estos nombres eran en parte los de las personas en apariencia más adictas al monarca, y el mismo secretario, temiendo ser nombrado, creyó prudente revelar su presencia haciendo chillar su «calam» sobre el papel. Al

oírlo los conjurados se pusieron de pie con una consternación inexplicable diciendo a Ibn-Chammas. «Tú nos has vendido enemigo de Dios!» Muchos de ellos lograron salvarse abandonando apresuradamente la corte, de este número fueron Isa ibn-Dinar y Yahya que fue a refugiarse a Toledo ciudad que se había emancipado del dominio del sultán. Otros fueron menos felices, y setenta y dos conjurados, entre los que se distinguían, seis de los principales nobles de Córdoba cayeron en manos de los agentes del gobierno y espiraron en la cruz.

El año siguiente (806), había dejado Haquem su corte para ir a someter a Mérida, que se había rebelado; el pueblo de Córdoba aprovechó su ausencia para alborotarse de nuevo, y ya el motín había tomado un carácter muy alarmante, cuando Haquem, volviendo a toda prisa, lo reprimió, e hizo crucificar o decapitar a los demagogos más temibles.

Si tan numerosas ejecuciones no bastaran para intimidar a los cordobeses, la horrible suerte que poco después cupo a los toledanos, les enseñó que Haquem, cuyo carácter naturalmente dulce se agriaba cada día más con el espíritu rebelde de sus súbditos, no se detenía ante la perfidia ni la carnicería, cuando las creía precisas, para reducirá los insurrectos.

Gracias al escaso número de árabes y berberiscos que habitaban dentro de sus muros, porque se habían establecido con preferencia en las haciendas que los emigrados tenían en la campiña, gracias también a su antiguo renombre, al saber de sus sacerdotes y a la influencia de sus metropolitanos la antigua capital de reino visigodo continuaba siendo para los vencidos «la ciudad real» la ciudad más importante, bajo el doble aspecto de la religión y de la política. Soberbios y valientes sus habitantes se distinguían por su amor a la independencia hasta el extremo de que un cronista árabe afirma que jamás los súbditos de ningún monarca tuvieron espíritu tan rebelde y sedicioso. El poeta Gharbid, que pertenecía a una familia de renegados, y que gozaba de una inmensa popularidad mantenía el fuego sagrado con sus discursos y sus versos. El mismo Sultán temía a este hombre. Así que en tanto que vivió, no osó emprender nada contra Toledo; pero a su muerte confió a un renegado de Huesca llamado Amrús, todo lo que tenía en el corazón contra aquel pueblo revoltoso, y le dijo: «Vos solo me podéis ayudar a castigar a esos rebeldes que rehusarían aceptar a un árabe por gobernador, pero que sí aceptarán a un hombre de su raza.» Y luego le expuso su plan, plan horrible, pero que Amrús aprobó enteramente, y prometió llevar a cabo. Devorado por la ambición este hombre, no tenía ni fe ni ley. Necesitando aun del apoyo del Sultán, estaba pronto a sacrificarle sus compatriotas; más tarde seducido por la idea de fundar un principado independiente, con el apoyo de Francia, le hará traición en favor del hijo de Carlomagno.

Nombró pues Haquem a Amrús gobernador de Toledo, (807) y escribió al mismo tiempo una carta a los toledanos, en que les decía: «Por una condescendencia que prueba nuestra extremada solicitud hacia vuestros intereses, en vez de enviaros a uno de nuestros clientes, hemos hecho recaer la elección en uno de vuestros compatriotas»

Amrús, por su parte nada omitió para ganarse el afecto y la confianza de sus gobernados. Fingiéndose muy adicto a la casa nacional, decía de continuo que había jurado odio implacable al Sultán, a los Omeyas y a todos los árabes, y cuando se vio dueño del favor popular, dijo a los vecinos principales: «Conozco la causa de los desastrosos altercados que tenéis continuamente con vuestros gobernadores, los soldados alojados en vuestras casas turban muchas veces la

paz de la familia, y de aquí nacen continuas disputas. Pudierais evitarlas si me permitierais edificar en uno de los extremos de la ciudad un castillo que sirviera de cuartel a las tropas, y de esta manera estaríais a cubierto de sus vejaciones»

Teniendo en su gobernador una firme confianza, no solo consintieron los toledanos en su propuesta, sino que quisieron que el castillo se levantara en el centro, y no en uno de los arrabales de la ciudad.

Cuando la obra estuvo terminada, se instaló en él Amrús con sus tropas, e hizo avisar al monarca que escribiera sin pérdida de tiempo a uno de los generales de la frontera, que pretextando un movimiento del enemigo le pidiera refuerzos. Habiéndolo hecho así, pusiéronse en movimiento las tropas de Córdoba y de otras ciudades, al mando de tres visires y del príncipe real Abderramán, que no tenía entonces más que catorce años. Uno de sus tenientes llevaba una carta que no debía entregar a los visires hasta que estos conferenciaran con Amrús.

Estando ya cerca de Toledo el ejército, recibió la noticia de que se había retirado el enemigo; entonces Amrús convenció a los nobles toledanos que, para no faltar a leyes de la cortesía, debían ir con él a visitar al príncipe. Así lo hicieron, y mientras que el joven príncipe conversaba con ellos, esforzándose por ganar su amistad, con todo género de deferencias, Amrús conferenció secretamente con los visires que acababan de recibir la carta del sultán. En ella se trazaba a cada uno la conducta que debía seguir, y la continuación del relato mostrará suficientemente cuál era su contenido pues todo pasó según Haquem lo había ordenado.

De vuelta, Amrús encontró a sus nobles toledanos entusiasmados con la buena acogida que les había hecho Abderramán. «Me parece, les dijo, que sería un gran honor para nuestra ciudad que el príncipe quisiera honrarnos con su presencia por algunos días. Su estancia entre nosotros contribuiría a consolidar y a estrechar las buenas relaciones que ya existen entre vosotros y él.» Los toledanos aprobaron este pensamiento. En efecto, todo marchaba a las mil maravillas: el sultán les había mandado por gobernador a un español; les dejaba la libertad que habían perdido siempre y las maneras benévolas de Abderramán, les prometían esperar que cuando subiera al trono había de seguir la conducta de su padre. Rogáronle, pues, que tuviera a bien honrar la ciudad con su presencia. Abderramán opuso al principio algunas dificultades, habiéndole recomendado su padre que no mostrara ningún deseo; pero al fin, fingiendo ceder a las repetidas súplicas de los nobles, se dejó llevar por ellos a los muros del castillo, donde mandó preparar un festín para el día siguiente, al que invitó a las personas más distinguidas por su nacimiento o sus riquezas, tanto de la ciudad como de las cercanías.

A la mañana inmediata, multitud de convidados se empujaban a las puertas del castillo. No se les permitía entrar juntos, y mientras que pasaban uno a uno sus cabalgaduras daban la vuelta al palacio, para esperar a sus dueños en la puerta trasera.

Pero en el patio había un foso de donde se había sacado la tierra destinada a la construcción del castillo: a su margen, había verdugos, que a medida que se presentaban los invitados, hacían caer la cuchilla sobre sus cabezas.

Esta horrible carnicería duró muchas horas, y es imposible determinar el número de los infelices que perdieron la vida en esta funesta jornada, conocida con el nombre de «Jornada del foso»; unos historiadores lo elevaban a setecientos, otros a más de cinco mil.

Cuando era ya entrado el día, un médico que no había visto salir a nadie, ni por la puerta trasera ni por la delantera, concibió sospechas, y preguntó a la gente que estaba reunida a la puerta del castillo, qué se había hecho de los convidados que habían llegado temprano.—«Deben haber salido por la otra puerta,» le respondieron.—«Es extraño, replicó el médico; yo he estado en la otra puerta y no he visto salir a nadie.» Luego, mirando con atención el humo que se elevaba por cima de los muros, les dijo: «Infelices, ese vapor que veis, no es, os lo juro, el humo de un festín que se prepara; ¡es la sangre de vuestros hermanos degollados!» Privada Toledo de un golpe de sus vecinos más ricos e influyentes, cayó en un profundo estupor, y nadie se movió para vengar las víctimas de la jornada del foso.

IV

La matanza de la jornada del foso hizo tanta impresión en los renegados de Córdoba, que durante siete años se estuvieron tranquilos; más al cabo de este tiempo, el recuerdo de esta catástrofe se había debilitado tanto más cuanto que Toledo había sacudido de nuevo el yugo. En la capital, los renegados y los faquíes que estrechaban cada día más su alianza y se animaban mutuamente, bregaban y respingaban bajo el látigo de su amo. El Sultán parecía haberse propuesto convencerlos de que toda rebelión se había hecho imposible. Hizo ceñir la ciudad con imponentes fortificaciones, y aumentaba sin cesar el número de sus guardias de caballería, de sus mamelucos, a que llamaban «los mudos» porque eran negros, o esclavos de origen extranjero, que no hablaban el árabe. Pero estas medidas eran más propias para irritar los ánimos que para mantenerlos en la obediencia. El odio de los descontentos se manifestaba cada vez más de palabra y de hecho sobre todo en el arrabal del Mediodía, que contaba nada menos que cuatro mil entre teólogos y estudiantes de Teología. ¡Infelices de los soldados que osaban aventurarse solos o en pequeños grupos en las estrechas y tortuosas calles del arrabal! Se les insultaba, se les golpeaba, se les degollaba sin piedad. Se ultrajaba hasta el monarca mismo. Cuando desde lo alto del minarete el muecín anunciaba la hora de la oración, y Haquem, que debía ir a la mezquita para rezar la oración acostumbrada, se hacía esperar, no faltaban nunca entre las gentes voces que gritaran: «Ven a rezar, borracho, ¡ven a rezar!» Estos gritos se renovaban todos los días, y en vano se cansaban las autoridades en averiguar los que los habían dado; no se les encontraba nunca. Una vez, dentro de la mezquita, un hombre del pueblo llevó su insolencia hasta amenazar al monarca cara a cara, y la gente lo aplaudió con frenesí. Haquem, que se asombraba y se indignaba de que la dignidad real pudiera sufrir afrentas tan groseras hizo crucificar a diez de los principales motores, y restableció el diezmo sobre los consumos que había sido abolido por su padre. Pero la arrogancia y la obstinación de los cordobeses no cedieron ante nada. Sus ordinarios agitadores inflamaban sus pasiones, y además, Yahya, que había vuelto a la corte con sus predicaciones y la fama de su nombre, acrecentó el movimiento y lo dirigió. Se aproximaba la crisis cuando quiso el azar que la rebelión estallara más pronto aun de lo que se había pensado.

Era el mes de Ramadán (mayo 814) y los predicadores aprovechaban la cuaresma para enardecer el odio del pueblo contra el Sultán, cuando un mameluco fue a casa de un armero del arrabal del Mediodía, y le llevó su espada para que se la limpiase.

— ¿Queréis esperar? le dijo el armero, ahora tengo que hacer.

—No tengo tiempo, contestó el soldado; haz en seguida lo que te mando.

—Lo tomas así, replicó el artesano con tono desdeñoso: pues aguardarás lo mismo.

—Lo veremos, dijo el militar; e hiriéndole con la espada lo dejó en el sitio.

Viendo esto la multitud, ebria de furor comenzó a gritar que ya era tiempo de acabar con aquellos insolentes soldados, y con el tirano sensual que los pagaba. Comunicóse en seguida el entusiasmo revolucionario a los otros barrios; una inmensa multitud que se había provisto apresuradamente de todas las armas que encontró a mano; marchó hacia palacio, persiguiendo con sus silbidos a los soldados, a los clientes y a los esclavos del monarca, que no esperando cuartel, si caían en manos de los insurrectos huían ante ellos a buscar un asilo detrás de los muros que defendían la residencia del Sultán.

Cuando desde lo alto de la plataforma Haquem vio venir aquella multitud semejante a las olas del mar, que rujía y lanzaba gritos terribles, se figuró que una salida vigorosa podría disiparla, mandó que la cargara la caballería. Cuál fue su desencanto cuando el pueblo; lejos de huir como esperaba, sostuvo el ataque, rechazó a los jinetes y les obligó s la retirada.

El peligro era extremo. El palacio, aunque fortificado no podía rechazar por mucho tiempo los asaltos que los insurgentes se preparaban a darle. Sus más bravos defensores sabiendo que habían de ser despiadadamente degollados si lo tomaba el pueblo, comenzaban, a desmayar. Solo Haquem, aunque también desesperaba de la resistencia conservó una imperturbable sangre fría. Llamó a Jacinto, su paje cristiano, y le mandó que fuera a pedir a una de sus mujeres que le designó un frasco de algalia. Creyendo haber oído mal el paje con cara asombrada esperó que le repitiera la orden. «Anda hijo de incircunciso le dijo Haquem, impaciente, y haz pronto lo que te he mandado. Jacinto fue, y cuando trajo la botella la cogió el sultán y se puso a verterla sobre su cabeza y sobre su barba con tanta tranquilidad como si se preparara a hacer la corte a una joven beldad del serrallo. No comprendiendo Jacinto esta conducta no pudo impedir una exclamación de sorpresa. «Perdonadme, señor le dijo, pero a fe que elegís una rara ocasión para perfumaros. ¿No conocéis el peligro que nos amenaza?

—Calla! miserable, replicó Haquem, incomodándose de nuevo, y cuando hubo acabado de perfumarse continuó: ¿Cómo podría distinguir el que me va a cortar la cabeza, la mía de las otras, sino fuera por el perfume? Ahora, dile a Hodair que venga.

Era Hodair el encargado de la guardia de guardia de la prisión de la Rotonda, en la que estaban encerrados muchos faquíes que Haquem había hecho prender a consecuencia de las rebeliones precedentes, pero que había conservado hasta entonces. Ahora, viendo que el pueblo y los faquíes iban a arrebatarle el trono y la vida, estaba decidido a que los prisioneros no le sobrevivieran, y cuando Hodair llegó a la plataforma le dijo: «Cuando anochezca, harás salir a esos malvados jeques de la Rotonda, mandarás que les corten la cabeza y que las claven

en postes.» Conociendo Hodair que si el palacio era tomado por asalto había de morir infaliblemente, y que entonces tendría que dar cuenta a Dios de sus acciones, tembló de miedo a la idea del sacrilegio que su soberano le ordenaba. «Señor, le dijo, no deseo que mañana esté cada uno de nosotros encerrado en un calabozo del infierno, por más que diéramos entonces espantosos alaridos, ninguno podría socorrer al otro.» Irritado con este discurso, Haquem, repitió su orden con tono más imperioso, pero viendo que en vano se esforzaba en vencer los escrúpulos de este hombre, le despidió e hizo llamar a Ibn-Nadir su colega, que menos escrupuloso o más servil prometió ejecutar puntualmente lo que se le mandaba.

En seguida Haquem, bajó de la azotea se armó de pies a cabeza, recorrió con tranquilo continente las filas de sus soldados, reanimó su espíritu abatido con calurosas frases, y habiendo llamado a su primo hermano Obaidalah, uno de los más valientes guerreros de esta época, le ordenó que, poniéndose a la cabeza de algunas tropas escogidas, so abriera paso a través de los rebeldes e incendiara el arrabal del sur. Pensaba que, cuando los vecinos de este barrio vieran sus casas ardiendo, abandonarían el sitio para ir a apagarlo, entonces Obaidalah los atacaría de frente mientras que Haquem, saliendo de palacio con las tropas que le quedaban les cargaría por la espalda. Este plan cuyo éxito era casi seguro, es semejante al que hizo ganar a Moslim la batalla de Harra, y esta coincidencia no se ha escapado a los historiadores árabes.

Saliendo Obaidallah, de improviso por la puerta de palacio, rechazó al pueblo sobre el puente, atravesó a paso de carga la calle principal y la Rambla, esguazó el rio y habiendo recogido los soldados de la campiña que habían acudido a las señales que Haquem les hizo al principio de la insurrección, hizo incendiar las casas del arrabal del Mediodía. Como Haquem lo había previsto, apenas los vecinos de este barrio vieron aparecer las llamas, abandonaron sus puestos frente a palacio para ir a salvar a sus mujeres y a sus hijos; pero cuando al par fueron atacados por vanguardia y retaguardia, el miedo se apoderó de estos infelices y desde entonces el combate se convirtió en una carnicería. En vano los cordobeses pedían cuartel tirando las armas, los «mudos,» esos extranjeros que ni siquiera entendían las súplicas del vencido, terribles, inexorables, los degollaban a centenares no perdonando la vida más que a treinta personas de distinción, para hacer con ellas un presente al soberano que las hizo clavar en palos cabeza abajo a todo lo largo de la ribera.

Consultó luego Haquem con sus visires acerca de la conducta que debía seguir con los vencidos; ¿debería perdonar a los que habían escapado de la carnicería, o perseguirlos y exterminarlos hasta el último? Los pareceres se dividieron, pero Haquem se decidió por la opinión de los más moderados, que lo inducían a no llevar más lejos su venganza. Ordenó que fuera destruido el arrabal hasta los cimientos y que sus moradores salieran de España en el término de tres días, bajo la pena de ser crucificados.

Llevando consigo lo poco que habían podido salvar de sus bienes, abandonaron estos desdichados, con sus mujeres y sus hijos, los lugares que los habían visto nacer, y que ellos no volverían a ver jamás. Como marchaban por grupos, no habiendo permitido el monarca que caminaran todos juntos, muchos fueron robados en el camino por cuadrillas de soldados o de salteadores ocultos en los barrancos o detrás de las rocas. Cuando llegaron a las playas del Mediterráneo, se embarcaron, dirigiendo unos su rumbo hacia el Oeste de África, otros al

Egipto. Estos últimos, en número de quince mil, sin contar las mujeres ni los niños, desembarcaron cerca de Alejandría sin que el gobierno pudiera oponerse, porque el Egipto siempre rebelde a los Abasidas, era por entonces presa de una completa anarquía. Los desterrados no tenían, pues, otra cosa que hacer más que entenderse con la tribu árabe, allí más poderosa, y así lo hicieron; pero bien pronto sintiéndose bastante fuertes para poder pasarse sin la protección de estos beduinos, se desavinieron con ellos, y habiendo estallado la guerra, los batieron en campo raso. Luego se apoderaron de Alejandría, donde atacados diferentes veces, supieron mantenerse hasta el año de 826 en que un general del Califa Mamun los obligó a capitular. Entonces se comprometieron a pasar a Creta, de la que una parte pertenecía aun al Imperio Bizantino. Acabaron la conquista, y su jefe Abu-Hafz Omar al-Balluti (oriundo de Fahz-al-ballut, hoy campo de Calatrava) fue el fundador de una dinastía que reinó hasta el año 931 en que los griegos reconquistaron la isla.

La otra banda, que se componía de ocho mil familias, tuvo menos dificultad de encontrar otra patria. Justamente por este tiempo el príncipe Edris hacía construir una nueva capital, que tomó el nombre de Fez, y como sus súbditos nómadas en su mayor parte sentían una invencible repugnancia a convertirse en ciudadanos, se esforzaba en atraer extranjeros a ella. Los desterrados andaluces consiguieron fácilmente el permiso de establecerse, pero fue a costa de su tranquilidad. Una colonia árabe, venida de Cairawan, se había fijado ya en Fez, y estos árabes y los descendientes de los celta-romanos se profesaban una especie de odio instintivo, así que, aunque reunidas en el mismo suelo, se mantuvieron tan obstinadamente separadas estas dos poblaciones, que todavía en el siglo XIV se conocía desde luego por los rasgos de su fisonomía que pertenecían a raza diferente. La oposición de sus gustos, de sus costumbres y de sus ocupaciones, parecía consagrar irrevocablemente esta antipatía de raza. Los árabes eran obreros o comerciantes; los Andaluces, labradores: estos ganaban penosamente su vida, aquellos tenían un buen pasar, y a veces hasta lo superfluo. A los ojos del árabe, que gustaba de los buenos bocados y del lujo y la elegancia en todo, era el andaluz un campesino grosero y miserable, mientras que éste, sea que en realidad estuviese contento con su sobrina y rústica vida, por haberse acostumbrado a ella, sea que ocultara bajo un desdén afectado la envidia que le causaba la riqueza de su vecino, miraba al árabe como un afeminado, que disipaba su fortuna en locos dispendios. Temiendo, con razón, que surgieran cuestiones y disputas entre las dos colonias, el príncipe Edris las había separado, señalando a cada una un barrio que tenía su mezquita, su bazar, su casa de moneda y hasta su muralla; pero a despecho de esta precaución, árabes y andaluces vivieron durante muchos siglos en un estado de hostilidad a veces latente, frecuentemente fragante, y a menudo un terreno neutral que había a lo largo de la ribera que separaba entrambos barrios, fue teatro de sus combates.

Al paso que los Cordobeses, después de haber visto degollar a sus padres, a sus mujeres y a sus hijos, expiaban su rebelión con el destierro, los faquíes más culpables que ellos, obtuvieron gracia. Apenas reprimida la insurrección, ya les dio Haquem pruebas de su clemencia.

Habiéndose dado la orden de arrestar y condenar a muerte a aquellos de quienes se sospechaba que habían excitado a la rebelión por más que no hubiera tomado en ella parte ostensible, los agentes de policía descubrieron la guarida de un faquí que se había escondido

en el serrallo de un cadí que era su pariente. Cuando ya lo iban a matar el cadí, atraído por los gritos de sus mujeres acudió a toda prisa; pero en vano se esforzó en hacer que lo soltaran diciendo que lo habían hecho preso equivocadamente, se le respondió con tono altanero que habían recibido órdenes terminantes y que las ejecutarían. Entonces el cadí fue a palacio, y habiendo obtenido una audiencia dijo al sultán: «Señor, el Profeta fue clemente pues que perdonó y colmó de beneficios a los coraichitas que lo habían combatido. Nadie más que vos en el mundo que sois de su misma familia debe imitarlo.» Luego le refirió lo que acababa de suceder y cuando hubo terminado de hablar, el monarca, conmovido y enternecido, hizo no solo soltar al preso en cuestión, sino que indultó también a los otros faquíes, que en su mayoría se habían refugiado en Toledo, les devolvió sus bienes y les permitió fijarse en la provincia de España que quisieran, excepto Córdoba y sus cercanías. El mismo Yahya que había buscado un asilo en una tribu berberisca fue perdonado, y lo que es más obtuvo permiso para volver a la corte, y el monarca le otorgó de nuevo su favor. Algunos sin embargo fueron excluidos de la amnistía, de este número fue Talut, de la tribu árabe de Moafir. Este discípulo de Malic, que se había señalado como uno de los más atrevidos demagogos, estaba oculto en casa de un judío; poro cansado al año de su voluntaria cautividad, aunque el judío nada había omitido para hacerle agradable su refugio; habló a su huésped en estos términos: «Tengo intención de dejar mañana vuestra casa donde he hallado una hospitalidad que jamás olvidaré para ir a la del visir Abul-Basam, que a lo que he oído decir tiene mucha influencia en la corte, y que me debe algún reconocimiento, pues que ha sido mi discípulo. Acaso quiera interceder por mi con ese hombre.»—«Señor, le contestó el judío, no os fieis de un cortesano que acaso sea capaz de venderos. Si me queréis dejar porque teméis serme gravoso, yo os juro que aunque permanecierais en mi casa toda la vida no me causaríais la menor molestia.» Pero a pesar de las súplicas del judío, Talut persistió en su proyecto, y al día siguiente aprovechó la caída de la tarde para pasar desapercibido al palacio del visir.

Abul-Basam se extraña mucho de ver entrar en su casa aquel proscripto que creía cien leguas de Córdoba. «Seáis bien venido, le dijo, haciéndolo sentar a su lado; ¿pero de dónde venís y donde habéis estado en este tiempo?» Entonces el faquí le contó con cuánto interés le había ocultado el judío y añadió: «He venido a vuestra casa para suplicaros que seáis mi intercesor con ese hombre.» «Estad tranquilo que yo he de hacer todo lo que pueda para que os indulte, lo que por lo demás no será difícil pues el sultán siente haber sido tan severo. Quedad esta noche en casa que mañana yo iré a ver al príncipe»

Completamente tranquilo con estas palabras Talut durmió aquella noche con el sueño del justo. Lejos estaba de suponer que el huésped, que lo había recibido con tanta benevolencia, y le había hecho promesas tan halagüeñas para el porvenir pensara venderlo y entregarlo al príncipe. Esta era sin embargo la intención que alimentaba aquel hombre disimulado y pérfido, cuando se presentó en palacio a la mañana siguiente después de haber tomado las medidas necesarias para impedir la evasión del faquí. «¿Qué os parece, dijo al príncipe con maligna sonrisa, de un carnero cebado que no haya dejado el pesebre en todo el año?» No sospechando segunda intención en lo que el visir acababa de decirle, Haquem le contestó gravemente: «La carne encerrada es pesada; encuentro más ligera y suculenta la del animal que se ha dejado pacer en libertad.

—No es eso lo que os quiero decir, continuó el visir, es que tengo a Talut en mi casa.

— De veras! ¿Y de qué modo ha caído en tu poder?

—Con algunas palabras benévolas.

Entonces Haquem mandó que se le trajera a Talut. Este, al entrar en la sala donde se hallaba el monarca, temblaba de miedo. Y sin embargo éste no tenía el aire irritado, cuando le dijo con un tono de dulce reproche:

—Contesta de buena fe, Talut: si tu padre o tu hermano se hubieran sentado en el trono, ¿te hubieran otorgado tantos honores como yo? Siempre que has pedido mi protección para ti, o para otros ¿no he hecho todo lo posible para contentarle? ¿Durante tu enfermedad no te he visitado en persona muchas veces? Cuando murió tu mujer ¿no fui por tí a la puerta de tu casa? ¿No acompañé a pie su entierro desde el arrabal? Y cuando concluyó, ¿no te llevé otra vez a tu casa? ¿Y cómo me lo has pagado? ¡Has querido mancillar mi honra, profanar mi majestad!, ¡verter mi sangre!

A medida que hablaba el monarca Talut se había serenado, y convencido ahora de que su vida no corría peligro, recobró su audacia y sangre fría habituales. Haquem, había pensado enternecerle, pero Talut poco conmovido, y demasiado orgulloso para confesarse ingrato y culpable, le contestó con altiva sequedad: «Nada mejor puedo hacer que deciros la verdad: al odiaros he obedecido a Dios; desde entonces todos vuestros beneficios no servían de nada»

Al escuchar estas palabras, que parecían un desafío, Haquem no pudo reprimir un movimiento de cólera, pero dominándose en seguida, le contestó con calma. «Cuando te mandé traer, estaba recordando todos los géneros que hay de suplicios para elegir el más cruel para tí, mas ahora te digo: el que tú pretendes que te ha ordenado odiarme, ese me manda a mí que te perdone. ¡Vive, sé libre y que Dios te guarde! Mientras yo viva te juro por el Omnipotente que has de estar como antes rodeado de favores y de homenajes. ¡Ojalá, añadió suspirando, que lo que ha pasado no hubiera pasado!»

¿Era posible hacer comprender al teólogo con más delicadeza y más dulzura, que Dios no ordena jamás el odio? Y sin embargo Talut hizo como que no comprendía la lección que acababa de recibir; acaso el orgullo estaba demasiado arraigado en su alma de bronce, para que pudiera comprenderla. Sin pronunciar una sola palabra de reconocimiento, solo contestó a las últimas del príncipe: «Mejor hubiera sido para vos que lo que ha pasado no hubiera pasado». Esto era tanto como amenazar al monarca con un castigo terrible en la otra vida; aunque Haquem estaba convencido de que la justicia estaba de su parte y no de la de los faquíes, tenía la firme intención de conservar hasta el fin su sangre fría, y haciendo como que no había oído lo que Talut acababa de decirle, preguntó:

—¿Dónde te ha apresado Abul-Basam?

—No es él el que me ha apresado; he sido yo quien se ha puesto en sus manos. Vine a buscarle en nombre de nuestra antigua amistad.

—¿Y en dónde has estado todo el año?

—En casa de un judío de la ciudad.

Entonces, dirigiéndose a Abul-Basam, testigo mudo de esta conversación, le dijo Haquem profundamente indignado:

—¿Y qué?, un judío ha sabido honrar la piedad y la ciencia en un hombre que profesa una religión diferente de la suya, y le ha dado asilo, exponiendo a mi resentimiento su fortuna, su persona y las de su mujer y sus hijos, y tú, tú has querido hacerme caer de nuevo en excesos de que me arrepiento. ¡Vete, vete de ahí, y no vuelvas a manchar mis ojos con tu presencia!

El pérfido visir cayó en desgracia, y Talut por el contrario no dejó de gozar hasta su muerte del favor de Haquem, que se dignó acompañar su entierro.

Así Haquem, despiadado para los labradores del arrabal, como lo había sido antes para los vecinos de Toledo, no lo fue para los faquíes. Es que los unos eran árabes o bereberes y los otros no. Haquem, como verdadero árabe, tiene dos pesos y dos medidas; contra los antiguos habitantes del país a quienes menospreciaba, creía que todo le era permitido, si desconocían su autoridad, pero cuando se trataba de rebeldes de su propia casta, los perdonaba de grado. Verdad es, que los historiadores árabes han explicado de otro modo la clemencia de Haquem, atribuyéndola a remordimientos de conciencia. No pretendemos negar que Haquem, cruel y feroz por intervalos, pero que volvía siempre a sentimientos más humanos, no se haya reprochado como crímenes algunas de las órdenes que había dado en un momento de furor, como cuando hizo degollar a los faquíes presos en la Rotonda pero nos parece sin embargo que los clientes Omeyas, que escribiéndola historia de sus patronos, hacían esfuerzos inauditos para rehabilitar la memoria de un príncipe relegado por el clero a los abismos del infierno, han exagerado su arrepentimiento porque a juzgar por el propio testimonio de Haquem es decir, por los versos que dirigió a su hijo, poco tiempo antes de morir, estaba firmemente convencido de que tenía el derecho de obrar como lo había hecho. Ha aquí estos versos, con los que terminaremos esta narración.

«Como el sastre se sirve de su aguja para coser los pedazos de tela, yo me servido de mi espada para juntar mis provincias desunidas, porque desde que tuve uso de razón nadas me ha repugnado tanto como el desmembramiento del imperio. Pregunta ahora a mis fronteras si algún lugar está en poder del enemigo. Ellas te dirán que no, si te dijeran que sí, yo volaría allí armado de coraza y con la espada en la mano. Pregunta a los cráneos de mis súbditos rebeldes, que semejantes a la coloquíntida, partidas en dos yacen por los suelos y brillan a los rayos del sol, y ellos te dirán si los he herido sin descanso. Embargados por el terror huían los insurrectos para escapar a la muerte, pero yo siempre en mi puesto la menospreciaba. Si no he perdonado a sus mujeres ni a sus hijos es porque ellos habían amenazado a mi familia y a mí, y el que no sabe vengar los ultrajes que se han hecho a su familia carece de honor, y el mundo entero lo desprecia. Cuando concluimos da cambiar estocadas, yo les obligué a beber mi veneno mortal, pero ¿he hecho otra cosa que pagar la deuda que me obligaron a contraer con ellos? En verdad que si han encontrado la muerte es porque este era su destino. Te dejo pacíficas mis provincias, hijo mío. Son un lecho sobre el que puedes dormir tranquilo, porque he tenido cuidado que ningún rebelde pueda turbar tu sueño.

CAPÍTULO XVIII

I

Nunca la corte de los sultanes españoles fue tan brillante como llegó a serlo bajo el reinado de Abderramán II, hijo y sucesor de Haquem. Enamorado de la soberbia prodigalidad de los califas de Bagdad y de su vida de pompa y aparato, este monarca se rodea de una numerosa servidumbre, embellece su capital, hace construir con grandes dispendios puentes, mezquitas y palacios, y planta vastos y magníficos jardines, en los que conducidos por canales corrían los torrentes de las montañas.

Gustaba también de la poesía, y si los versos que hacía pasar por suyos no lo eran siempre, recompensaba por lo menos generosamente a los poetas que lo ayudaban. Por lo demás, era dulce, fácil y bueno hasta rayar en débil. Aun cuando viera con sus mismos ojos que lo robaban sus criados no los castigaba. Durante toda su vida se dejó dominar por un faquí, por un músico, por una mujer y por un eunuco.

El faquí era el Berberisco Yahya, a quien ya conocemos como el principal instigador de la rebelión del arrabal. El mal éxito de esta tentativa le había convencido de que iba por mal camino, que el clero para ser poderoso lejos de mostrarse hostil al príncipe, debía alcanzar su favor con destreza y apoyarse en él. Aunque su natural altivo e impetuoso se doblegara difícilmente al papel que se había propuesto representar, su falta de consideración, su áspera franqueza, y su agreste sequedad, no le perjudicaban mucho en el concepto del devoto monarca, que, aunque había estudiado filosofía, era muy piadoso y tomaba la cólera del altivo doctor, por arrebatos de virtuosa indignación. Toleraba pues, sus palabras atrevidas y hasta sus enojos, se sometía dócilmente a las rudas penitencias que este severo confesor le imponía, bajaba la cabeza ante el poder de este tribuno religioso y le abandonaba el gobierno de la Iglesia y la dirección de la judicatura. Reverenciado por el monarca, sostenido por la mayor parte de los faquíes, por la clase media que lo temía, por el pueblo, bajo, cuya causa desde la rebelión se había identificado con la suya, y hasta por ciertos poetas, espacie de gente cuyo apoyo no era de desdeñar, Yahya gozaba de un poder inmenso. Déspota en el fondo de su alma, aunque antes hubiera escarnecido el despotismo, lo ejercía sin escrúpulo ahora que las circunstancias lo convidaban a ello. Si querían conservar sus puestos, los jueces habían de ser ciegos instrumentos de su voluntad. El sultán que tenía algunas veces la veleidad de querer emanciparse del imperio, que Yahya se había abrogado sobre él, prometía más de lo que podía cumplir, comprometiéndose a sostenerlos Yahya anonadaba a todos los que osaban resistirle, pero por lo común cuando quería deshacerse de un cadí, no tenía más que decirle; «Presenta tu dimisión.

No era menor la influencia de Ziryab el músico, bien que se ejerciese en otra esfera. Era de Bagdad, persa de origen, a lo que parece, y cliente de los Califas Abasidas. Había aprendido la música con el célebre cantor Ishac Maucili, cuando un día Harum-ar-Rachid preguntó a este último si no tenía otro nuevo cantor que presentarle.

—Tengo un discípulo que canta bastante bien, gracias a mis lecciones; le respondió Ishac, y tengo motivos para creer que ha de honrarme algún día.

—Dile, pues que venga a verme, le respondió el Califa. Presentado al monarca, se ganó desde luego su estimación, por lo distinguido de sus maneras, y por lo ameno de su conversación: luego, preguntado por sus conocimientos músicos, contestó:

—Sé lo que los otros saben, pero además sé lo que los otros no saben. Mi estilo propio no es sino para un inteligente tan práctico como vuestra señoría. Si queréis, voy a cantar lo que jamás se ha oído.

Habiendo consentido el Califa, se le entregó el laúd de su maestro; pero él rehusó servirse de él, y pidió otro que él mismo había construido.

—¿Por qué rehúsas el laúd de Ishac?, le preguntó el Califa.

—Si vuestra señoría desea que le cante alguna cosa por el método de mi maestro, le respondió Ziryab, me acompañaré con su laúd, pero si queréis conocer el que yo he inventado, es de todo punto necesario que use el mío.

Acerca de lo cual, explicó el modo con que había construido su laúd, y se puso a cantar una canción que había compuesto. Era una oda en alabanza de Harum, y entusiasmó a tal punto a este monarca, que reprochó duramente a Ishac el no haberle presentado antes este maravilloso cantor. Ishac se escusó diciendo lo que era verdad, que Ziryab le había ocultado cuidadosamente, que cantaba de invención; pero luego que se encontró a solas con su discípulo, le dijo:

—Me has engañado indignamente ocultándome toda la extensión de tu talento: voy a ser franco contigo: estoy celoso de ti, como lo están siempre artistas iguales que cultivan el mismo arte. Además, has agradado al Califa, y sé que pronto vas a suplantarme en su favor. Esto no se lo perdonaría ni a mi propio hijo, y si no fuera porque te conservo un resto del cariño de maestro, no tendría el menor escrúpulo en matarte, suceda lo que quiera. Elije, pues, entre estos dos partidos: o ve a establecerte lejos, jurándome que nunca volveré a oír hablar de tí, y entonces te daré para tus gastos lo que quieras, o quédate contra mi voluntad; te prevengo que entonces todo lo arriesgaré para perderte. ¡Elije pues!»

Ziryab no dudó acerca del partido que debía de tomar: dejó Bagdad después de haber tomado el dinero que Ishac le ofrecía. Algún tiempo después, el Califa ordenó de nuevo a Ishac que le llevara su discípulo:

—Siento no poder complaceros, le respondió el músico. Este joven está poseído, cree que los genios le hablan y le inspiran los aires que compone, y está tan orgulloso de su talento, que se cree sin igual en el mundo. No habiendo sido recompensado, ni vuelto a llamar por vos, ha creído que no apreciáis su talento y se ha marchado furioso. Ignoro dónde está ahora, pero dad gracias a Dios de que se haya marchado, porque tenía accesos de locura, y entonces daba miedo de verlo»

El Califa, aunque sintiendo la partida del joven músico, que le inspiraba tan grandes esperanzas, se contentó con las razones Ishac. Y había algo de verdad en las palabras del antiguo maestro: durante su sueño, Ziryab creía realmente oír cantar a los genios; entonces se desvelaba sobresaltado, saltaba del lecho, llamaba a Ghazlan y Honaida, dos de las muchachas de su serrallo, les hacía tomar sus laudes, les enseñaba el aire que en sueños había escuchado, y él mismo les escribía la letra. Esto, bien lo sabía Ishac, no era locura; después de todo, que verdadero artista, crea en los genios o no crea, ¿no ha conocido alguno de esos momentos en que se está bajo el imperio de una emoción dificilísima de definir, pero que parece tener algo de sobrehumano?

Ziryab fue a buscar fortuna al Occidente. Desde África escribió al Sultán español Haquem, diciéndole que deseaba establecerse en su corte, y el príncipe quedó tan contento de esta carta, que le respondió instándole a que viniera a Córdoba en seguida, y ofreciéndole un sueldo considerable. Pasó, pues Ziryab el Estrecho, con sus mujeres y sus hijos; pero apenas había desembarcado en Algeciras, cuando supo que Haquem acababa de morir. Descorazonado con esta nueva, se proponía ya volver al África, cuando el músico judío Manzur, que Haquem había enviado a esperarle, le hizo abandonar este proyecto, diciéndole que Abderramán II no gustaba manos de la música que su padre, y que no recompensaría sin duda a los artistas con menor generosidad. Los hechos mostraron que no se había engañado. Sabedor de la llegada de Ziryab, Abderramán II le escribió, invitándole a venir a su Corte, ordenó a los gobernadores que le tratasen con las mayores consideraciones y mandó a uno de sus principales eunucos a ofrecerle caballerías y otros presentes. En Córdoba, Ziryab fue alojado en una casa soberbia. El Sultán le concedió tres días para descansar de las fatigas del viaje, pasados los cuales le invitó a palacio. Comenzó la conversación haciéndole saber las condiciones con que quería retenerlo en Córdoba. Eran magníficas: Ziryab tendría una pensión fija de doscientas monedas de oro al mes y cuatro gratificaciones anuales, a saber: mil monedas de oro en cada una de las dos grandes festividades musulmanas; quinientas en la de S. Juan, y otras quinientas el día de año nuevo, y además recibiría anualmente doscientos sextarios de cebada y ciento de trigo: concedióle por último el usufruto de un cierto número de casas de campo y jardines, que juntos representaban un capital de cuarenta mil monedas de oro. Solo después de haberle asegurado tan hermosa fortuna, fue cuando Abderramán rogó a Ziryab que cantar, y cuando este hubo satisfecho su deseo, quedó el monarca tan prendado de su talento, que en adelante no quiso escuchar a otro alguno. Vivía con él en la mayor intimidad, y gustaba de conversar acerca de historia, de poesía y de todas las ciencias y artes, porque este músico extraordinario, tenía los conocimientos más extensos y variados; sin contar con que era excelente poeta y sabía de memoria la letra y la música de diez mil canciones; había estudiado también astronomía y geografía, y nada había más instructivo que oírle discurrir sobre los diferentes países y las costumbres desús habitantes. Pero más que por su inmenso saber, por lo que más llamaba la atención era por su ingenio, por su gusto, por la extremada distinción de sus modales. Ninguno más ducho en las gracias de la conversación; ninguno poseía en igual grado el instinto de lo bello y el sentimiento del arte en todas las cosas; ninguno se vestía con tanta gracia y elegancia, ninguno sabía disponer tan bien una fiesta ni una comida: se le consideraba como un hombre superior, como un modelo del buen tono: respecto a lo que llegó a ser, el legislador de la España Árabe. Sus innovaciones fueron atrevidas e innumerables; hizo una completa

revolución en las costumbres. Antes se llevaban los cabellos largos y divididos en la frente, y se ponían en la mesa vasos de oro o de plata, y manteles de hilo; ahora se llevaban los cabellos al rape, los vasos eran de cristal y los manteles de cuero. Así lo había querido Ziryab. Determinaba las diversas clases de vestidos que se habían de llevar en cada estación; enseñó a los árabes españoles que los espárragos son un manjar delicioso, en lo que ellos no habían pensado antes; muchos de los platos que inventó conservaron su nombre; en fin, se tomaba por modelo hasta para las menores bagatelas de la vida elegante, y con una fortuna acaso única en los anales del mundo, el nombre de este hechicero epicúreo ha permanecido célebre hasta los últimos tiempos de la dominación musulmana en España, como el de los sabios ilustres, el de los grandes poetas, el de los grandes generales, el de los grandes ministros y el de los grandes príncipes.

Por lo demás, aunque Ziryab hubiera logrado tal ascendiente en el ánimo de Abderramán, que el pueblo se dirigía con preferencia a él, cuando quería hacer saber al monarca sus deseos, no parece que se mezclara mucho en la política. Conocía demasiado bien la vida para no encontrar que eran cosas de mal tono discutir los negocios del Estado, tramar complot o seguir negociaciones en medio de los placeres de una fiesta, y dejaba estas cosas a la Sultana Tarub y al eunuco Nazr. Era Tarub un alma egoísta y seca, hecha para la intriga y devorada por la sed de oro. Vendía, no su amor, estas mujeres no lo tienen, sino su posesión ya por un collar de precio fabuloso, ya por sacos de plata, que su marido hacía colocar en su puerta cuando rehusaba abrirla. Dura, ávida y política, estaba ligada con un hombre enteramente parecido el pérfido y cruel Nazr. Hijo de un español que ni siquiera hablaba árabe, este eunuco odiaba a los cristianos verdaderamente piadosos, con todo el odio de un apóstata.

He aquí lo que era la corte en esta época. En cuanto al país estaba lejos de estar tranquilo. En la provincia de Murcia hubo una guerra que duró siete años entre yemenitas y maadditas. Mérida estaba casi siempre en revolución: los cristianos de esta ciudad estaban en correspondencia con Ludovico Pío y se concertaban con él. Toledo se rebeló también, y en los alrededores de esta ciudad hubo una verdadera «jaquería.»

Pocos años después de la jornada del foso, los toledanos habían recobrado su independencia, y destruido el castillo de Amrú. Para resarcirse de esta presa, Haquem, había apelado de nuevo a la astucia. Saliendo de Córdoba bajo protesta de hacer una razia en Cataluña, estableció su campo en el distrito de Murcia, y cuando sus espías le confirmaron que los toledanos se creían tan poco en peligro, que ni aun cuidaban de cerrar las puertas de la ciudad durante la noche, llegó de repente delante de una de ellas y encontrándola abierta se hizo dueño de la plaza sin combate. Entonces mandó quemar todas las casas situadas en la parte alta de la ciudad. Entre ellas se hallan la de un joven renegado llamado Hachim, que llegó encueros a Córdoba y que para ganarse la vida tuvo que meterse a herrero. Ardiendo en deseos de vengar sus propias injurias y las de sus conciudadanos, fraguó un complot con los obreros de Toledo y dejó Córdoba para volver de nuevo a su ciudad natal, donde se puso a la cabeza del populacho que arrojó a los soldados y a los partidarios de Abderramán II (año 829) Enseguida comenzó a recorrer el país con su partida, robando y quemando las ciudades habitadas por árabes y bereberes. Esta partida se hacía cada vez más formidable, de todas partes acudían a ella obreros, campesinos, esclavos y aventureros de toda clase. Por orden de

Abderramán, Mohamed Ibn-Wasin, gobernador de la frontera, envió tropas contra estos bandidos, pero se vieron obligadas a retirarse, y durante un año entero el herrero pudo continuar impunemente sus devastaciones. Al fin, el gobernador que había recibido refuerzos y que había sido duramente reprendido por su inacción, volvió a tomar la ofensiva y con mejor éxito esta vez, pues después de un combate que duró muchos días, la partida que perdió su jefe fue dispersada. Sin embargo, Toledo estaba libre todavía. El año 834, Abderramán, mandó sitiarla al príncipe Omeya, pero los toledanos rechazaron victoriosamente los ataques, de suerte que Omeya después de haber devastado los campos circundantes, tuvo que levantar el sitio y volverse a Córdoba. Cuando vieron los toledanos alejarse el ejército enemigo resolvieron hostigarle en la retirada, pero Omeya, había dejado en Calatrava un cuerpo de tropas mandado por el renegado Maisara, que noticioso del designio de los toledanos, les preparó una emboscada. Estos, atacados de improviso sufrieron una terrible derrota. Según costumbre, los soldados de Maisara presentaron a su capitán las cabezas de los enemigos muertos en la pelea, pero el amor Patrio no se había extinguido en el corazón del renegado. A la vista de aquellas cabezas mutiladas, se despertaron enérgicamente sus sentimientos patrióticos, se reprochó con amargura su adhesión a los opresores de su país y a los pocos días expiró de vergüenza y de dolor.

Aunque el sultán pudo causar de tiempo en tiempo pérdidas a Toledo, no pudo sujetarla mientras reinó en ella la concordia. Desgraciadamente esta concordia desapareció. Ignoramos lo que ocurrió en la ciudad; lo que después sucedió en el 873 nos hace suponer que estalló la discordia entre cristianos y renegados. Un jefe toledano que, se llamaba Ibn-Mohadjir, y que era al parecer un renegado, abandonó con sus partidarios Toledo y vino a ofrecer sus servicios al gobernador de Calatrava (836), que se apresuró a aceptar sus proposiciones. Siguiendo los consejos de los emigrados se resolvió envestir la ciudad y privarla de subsistencias, y el príncipe Walid, hermano del monarca fue el encargado de la dirección del sitio. Ya duraba este un año, durante el que el hambre hacía estragos en la ciudad, cuando un parlamentario enviado por el general árabe vino a aconsejar a los toledanos la rendición, visto que pronto se verían obligados a entregarse y que valía más aprovechasen el momento en que todavía podían obtener algunas condiciones. Rehusaron los toledanos, pero desgraciadamente para ellos el parlamentario que había sido testigo de su valor, lo fue también de su debilidad y de vuelta aconsejó al general dar un asalto vigoroso. Así lo hizo Walid, y Toledo fue tomada (16 de junio 837,) después de haber gozado cerca de ocho años de una completa independencia. Los anales no nos cuentan cómo trató el sultán a sus habitantes, sólo dicen que Abderramán, les tomó rehenes y que hizo reconstruir el castillo de Amrú.

En los últimos años del reinado de Abderramán, los cristianos de Córdoba intentaron una rebelión de un género enteramente excepcional. Sobre ella llamamos ahora la atención de nuestros lectores. Los escritores latinos del siglo IX nos suministran multitud de datos, no sólo sobre esta rebelión sino sobre la manera de ser, los sentimientos y las ideas de los cristianos cordobeses, y nosotros trataremos de reproducir fielmente los detalles llenos de interés que nos suministran.

II.

Una gran parte, y por cierto la más ilustrada de los cristianos de Córdoba, no se quejaba de su suerte: no se los perseguía, se les permitía el libre ejercicio de su religión, y con esto estaban satisfechos. Muchos de ellos servían en el ejército, otros tenían empleos lucrativos en la Corte o en los palacios de los grandes señores árabes. Ellos imitaban todo lo que veían hacer a sus amos; unos mantenían un harén, otros se entregaban a un vicio abominable, desgraciadamente frecuente en los países orientales. Fascinados por el brillo de la literatura arábiga, los hombres de gusto menospreciaban la latina, y no escribían sino en la lengua de los vencedores. Un autor de la época, más patriota que la mayoría de sus conciudadanos, se queja de ello amargamente. «Mis correligionarios, dice, se complacen en leer las poesías y las novelas de los árabes: estudian los escritos de los filósofos y teólogos musulmanes, no para refutarlos, sino para formarse una dicción arábiga correcta y elegante. ¿Dónde se encuentra ya un lego que lea los comentarios latinos de las santas Escrituras? ¿Cuál de ellos estudia los Evangelios, los profetas y los apóstoles? ¡Ay! todos los jóvenes cristianos que se distinguen por su talento no conocen más que la lengua y la literatura de los árabes, reúnen con grandes desembolsos inmensas bibliotecas, y publican donde quiera que aquella literatura es admirable. Habladles, por el contrario, de libros cristianos, y os responderán con menosprecio que son indignos de su atención. ¡Qué dolor! Los cristianos han olvidado hasta su lengua, y apenas entre mil de nosotros se encontraría uno que sepa escribir como corresponde una carta latina a un amigo, pero si se trata de escribir en árabe, encontrarás multitud de personas que se expresan en esta lengua, con la mayor elegancia, y que componen poemas preferibles, bajo el punto de vista artístico, a los de los mismos árabes.

Por lo demás, esta predilección por la literatura arábiga no tiene nada de notable. No se poseían en Córdoba las obras de los grandes poetas de la antigüedad, los libros de Teología no tenían gran atractivo para las gentes de mundo, y la literatura contemporánea llevaba el sello de una extrema decadencia. Se escribían aun versos latinos, pero como se había olvidado las reglas de la poesía, eran versos rimados llamados «rítmicos» en los que no se atendía más que al acento, y que además estaban escritos en un estilo al par pretencioso y descuidado.

Más que semi arabizados, los cristianos de Córdoba se acomodaban muy bien a la dominación extranjera. Pero esta regla tenía sus excepciones. El sentimiento de dignidad nacional y el respeto de sí mismo no se habían extinguido en todos los ánimos. Algunos espíritus generosos, que desdeñaban introducirse e instalarse a fuerza de impudencia o de habilidad, en los palacios de los grandes, bramaban de indignación, pensando que su ciudad natal, que llevaba aun con orgullo su antiguo título de patricia, era ahora la residencia de un Sultán, y envidiaban la suerte de los pequeños estados del norte de la Península, que si es verdad que tenían que sostener una guerra continua, al menos, libres del yugo árabe, estaban gobernados por príncipes cristianos. A estos patrióticos sinsabores, se juntaban a veces agravios bien reales. Los sultanes daban de tiempo en tiempo órdenes que deben herir profundamente la vanidad y las convicciones religiosas de los cristianos; por ejemplo: habían declarado la circuncisión igualmente obligatoria para ellos que para los musulmanes. Pero los que sobre todo estaban descontentos eran los sacerdotes. Profesaban a los musulmanes un odio instintivo tanto más fuerte, cuanto que tenían ideas equivocadas acerca de Mahoma y sus doctrinas. Nada les hubiera sido más fácil, viviendo entre los árabes, que enterarse de esto, pero rehusando obstinadamente beber en las fuentes que se hallaban a su alcance, se

complacían en creer y repetir todas las fábulas absurdas que se habían esparcido fuera, acerca del Profeta de la Meca. No es en los escritos arábigos donde Eulogio, uno de los sacerdotes más ilustrados de esta época, y bastante familiarizado con el árabe para poder leer sus obras históricas en esta lengua, va a buscar datos para la vida de Mahoma, sino en un manuscrito que la casualidad pone en sus manos en un convento de Pamplona. Allí entre otras cosas se leía que sintiendo Mahoma aproximarse su fin, predijo que a los tres días de muerto vendrían los ángeles a resucitarlo. Por consiguiente, cuando el alma de Mahoma hubo descendido a los infiernos, sus discípulos velaron asiduamente el cadáver, esperando el milagro; pero al fin del tercer día no viendo venir a los ángeles, y creyendo que lo impedía su presencia al lado del cadáver, que ya exhalaba un olor fétido, se marcharon. Entonces en lugar de ángeles acudieron perros, que comenzaron a devorarlo. Lo que quedaba fue sepultado por los musulmanes, que para vengarse de los perros resolvieron matar todos los años gran número de estos animales. «He aquí, exclama Eulogio; he aquí los milagros del Profeta de los musulmanes.» No se conocían mejor las doctrinas de Mahoma. Que los sacerdotes, nutridos con ideas ascéticas, y a quienes estaba prohibido el amor de la mujer se ofendieran porque Mahoma había autorizado la poligamia, y, sobre todo, por sus ideas acerca del Paraíso celeste, con sus hermosas vírgenes, nada más natural; pero lo singular es que imaginaban que había predicado precisamente lo contrario que el Cristo. Este enemigo de nuestro Salvador, dice Álvaro, ha consagrado el sexto día de la semana, que por causa de la Pasión de nuestro Señor debe ser un día de duelo y de ayuno, a la gula y a la lujuria. El Cristo ha predicado la castidad a sus discípulos: él ha predicado a los suyos los deleites groseros, los placeres inmundos, el incesto. El Cristo ha predicado el matrimonio, él, el divorcio. El Cristo ha recomendado la sobriedad y el ayuno, él los festines y los placeres de la mesa. El Cristo, dice Álvaro enseguida, y sería muy difícil hallar en el Nuevo Testamento las palabras que pone aquí en boca del Señor, el Cristo ordena «que durante los días de ayuno el esposo se abstenga de su esposa legítima; él ha consagrado especialmente estos días a los placeres de la carne.» Por poco al corriente que hubiera estado Álvaro de lo que pasaba entonces en la corte, debía saber que Yahya había impuesto una dura penitencia a Abderramán II, cuando este monarca faltó a los mandamientos de Mahoma, acerca de la abstinencia de mujeres durante el mes de ayuno. Así se formaban los sacerdotes una idea completamente equivocada de la religión mahometana. En vano les decían aquellos de sus correligionarios que la conocían mejor, que Mahoma había predicado una moral pura; trabajo perdido: las gentes de iglesia continuaban poniendo al islamismo en la misma línea que al paganismo romano, considerándolo como una idolatría inventada por el diablo.

Mas no es en la religión musulmana donde debe buscarse el motivo principal de su aversión, sino en el carácter de los árabes. Este pueblo que juntaba a una viva y franca alegría una sensualidad refinada, debía inspirar a los sacerdotes que gustaban de los retiros eternos y escondidos, de los grandes sacrificios y de las terribles expiaciones, una extrema e invencible repugnancia.

Los sacerdotes además estaban abrumados con vejaciones continuas. Si los musulmanes de las clases elevadas eran demasiado ilustrados y buenos políticos para insultar a los cristianos por su religión, el populacho era intolerante como en todas partes.

Cuando encontraba a un clérigo en la calle, le gritaban: «mira el loco;» y le cantaba una canción cuya letra era un elogio irónico de la cruz, mientras que los chiquillos le tiraban a la cabeza piedras y tiestos. En los entierros, les sacerdotes oían decir: «¡Alá, no tengas piedad de ellos!» y la basura y los guijarros llovían al mismo tiempo sobre el acompañamiento. Cuando las campanas de las iglesias tocaban las horas canónicas, los musulmanes decían moviendo la cabeza. «Pueblo simple y desdichado, que se deja engañar por sus sacerdotes! ¡Maldiga Alá a esos impostores!» Para muchos musulmanes los cristianos, o por lo menos sus sacerdotes eran objeto de repugnancia; cuando tenían que hablarles, se mantenían a distancia, para que no les tocaran sus vestidos. Y sin embargo, estos infelices que causaban horror, a quienes se consideraban como impuros, de los que se huía como de apestados, que veían cumplida la profecía de Jesús que había dicho a sus discípulos: «Vosotros seréis odiados de todos a causa de mi nombre:» se acordaban muy bien que cuando el cristianismo dominaba en el país en donde admirables iglesias se elevaban donde quiera su orden había sido el más poderoso del Estado.

Heridos en su orgullo, exasperados por los ultrajes que recibían, e impelidos por una necesidad febril de actividad, los sacerdotes, los monjes y el escaso número de legos, que como ellos pensaban, no se resignaron a sufrir en silencio, a hacer estériles votos, a dejar que la cólera les royera las entrañas. En las ciudades bastantes apartadas del centro del poder musulmán, para poder levantar con éxito la bandera de la rebelión, estos hombres apasionados y ardientes habrían sido soldados, en las montañas hubieran llevado la vida independiente del partidario y del bandido, y soldados en Toledo, o guerrilleros en la Serranía de Málaga, habrían sostenido contra los musulmanes una guerra a muerte. En la residencia del Sultán, donde toda la rebelión a mano armada era imposible, se hicieron mártires.

Para sustraerse a los insultos del populacho, los clérigos, no salían de su casa sino en caso de absoluta necesidad. Muchas veces se fingían enfermos, y se quedaban en cama todo el día, a fin de librarse de pagar la capitación que el fisco exigía a fin de cada mes. Condenándose así a largas reclusiones, y a una vida solitaria y contemplativa, siempre replegada sobre sí misma, atesoraban en silencio y con una especie de voluptuosidad, tesoros de odio; se felicitaban de odiar más cada día, y de cargar su memoria con nuevos agravios. Levantábanse después de puesto el sol y en el silencio solemne y misterioso de la noche, al débil e indeciso resplandor de una lámpara se ponían a leer alguna parte de la Biblia, sobre todo, el capítulo décimo de San Mateo, los Padres de la Iglesia y la Vida de los Santos, que eran casi los únicos libros que conocían. Leían que Cristo había dicho: «Id y enseñad a todas las naciones: lo que os digo en las tinieblas, decidlo a la luz. Lo que os digo al oído, predicadlo en las casas. Os envío como corderos en medio de lobos. Seréis llevados delante de los gobernadores y delante de los reyes, a causa de mí, para que deis testimonio de mí. No temáis a los que matan el cuerpo, pero que no pueden matar el alma: temed más bien al que puede perder el alma y al cuerpo arrojándolos a la gehenna.» Leían además en grandes Doctores, que aquellos gozarán especialmente de la felicidad de los elegidos, que cuando se oculta no es un crimen, se ofrecen al martirio voluntariamente. Mas lo que inflamaba principalmente la enferma imaginación de los sacerdotes, era el ejemplo de aquellos santos varones que habían sido probados por la persecución de los paganos, y que los de evitar el martirio estaban ávidos esta muerte sagrada. Ocupados en la asidua admiración de estos mártires de la fe, sentían arder en su alma la

necesidad imperiosa de imitarlos. Sentían no ser perseguidos y pedían a voces la ocasión de hacer un gran acto de fe que tantos otros siervos fieles de Dios habían hallado en los primeros tiempos de la Iglesia.

Este partido exaltado y fanático obedecía al impulso de dos hombres notables: el sacerdote Eulogio y el lego Álvaro.

Eulogio pertenecía a una antigua familia cordobesa, que se distinguía tanto por su adhesión al cristianismo como por su odio a los musulmanes. Su abuelo que se llamaba también Eulogio, cuando oía a los muecines anunciar desde la alto de los minaretes la hora de la oración, tenía la costumbre de hacer la señal de la cruz y entonar estas palabras del salmista: ¡Oh, Dios! no guardes silencio y no te calles! ¡Porque he aquí que tus enemigos zumban y los que te odian han levantado la cabeza! «Sin embargo, por grande que fuera la aversión de esta familia a los musulmanes, José el más joven de los tres hermanos de Eulogio, entró de empleado en las oficinas de la administración. Sus otros dos hermanos, se dedicaron al comercio. Una de sus hermanas llamada Anulona tomó el velo: Eulogio fue destinado a la Iglesia desde muy temprano. Educado entre los sacerdotes de la Iglesia de S. Zoilo, estudió noche y día con tanta aplicación, que excedió bien pronto, no solo a sus condiscípulos, sino a sus maestros. entonces, ardiendo en deseos de aprender lo que estos no podían enseñarle, pero temiendo ofenderles si les manifestaba su secreto deseo, no les dijo nada, pero saliendo a escondidas, iba a asistir a las lecciones de los más famosos doctores de Córdoba, y sobre todo a las del elocuente abad Spera in-Deo, autor de una refutación de las doctrinas musulmanas y de la narración del martirio de dos decapitados al principio del reinado de Abderramán II.

Este celoso doctor ejerció el mayor influjo sobre el espíritu del joven Eulogio, él fue quien le inspiró un odio sombrío y feroz contra los musulmanes que le distinguió toda su vida. También en el auditorio de Spera in-Deo fue donde hizo conocimiento con Álvaro, joven y rico cordobés que, aunque no se dedicaba a la Iglesia, seguía asiduamente los cursos del célebre abad de cuyas ideas participaba. Eulogio y Álvaro, estaban hechos para comprenderse y estimarse, pronto se estableció entre ellos una estrecha amistad, y escribiendo ya en una edad ya muy avanzada la biografía de su amigo, Álvaro se detiene con complacencia en el tiempo en que él y su condiscípulo se juraban una eterna amistad, en que estaban pendientes de los labios del gran doctor con que se envanecía la Bética y en que su más dulce ocupación era escribir cartas y versos; volúmenes que destruirían más tarde a pesar de los encantadores recuerdos que despertaban por miedo de que la posteridad no los juzgara por estas imperfectas producciones, de una musa entusiasta.

Hecho primero diácono, luego sacerdote de la Iglesia de S. Zoilo, Eulogio se concilió por sus virtudes la benevolencia de todos los que le conocían. Gustaba de frecuentar los claustros en los que ejerció bien pronto gran influencia, y llevando su piedad a una singular exaltación maceraba su cuerpo con ayunos y vigilias, pidiendo a Dios como favor, que libertándole de una vida que para él era una carga, le hiciera entrar en la beatitud de los elegidos.

Sin embargo, esta vida tan austera, fue iluminada por un dulce rayo de amor; pero este amor era tan casto y puro en su santa sencillez, que Eulogio mismo no se daba cuenta de él, y que sin pensar en ello lo confiesa con un candor hechicero.

Había entonces en Córdoba, una bellísima joven llamada Flora, cuyo carácter tenía con el de Eulogio misteriosas afinidades. Hija de un matrimonio mixto pasaba por musulmana, pero como era huérfana de padre desde su más tierna infancia, su madre la había educado en el cristianismo. Esta mujer piadosa, había desarrollado en ella un vivo amor a las cosas santas, pero su hermano como celoso musulmán que era espiaba todos sus pasos de modo que por día ir rara vez a misa. Esta sujeción le pesaba y se preguntaba sino era pecado hacerse pasar por musulmana cuando leía en su amadísima Biblia: «Al que me confiese delante de los hombres yo le confesaré también delante de mi Padre que está en los cielos; ¡el que me niegue delante de los hombres yo le negaré también delante de mi Padre que está en los cielos!» Fuerte y valerosa, fiera e intrépida, era un ser organizado para una resistencia indomable, un carácter enérgico, emprendedor y amante de los partidos extremos. Tomó bien pronto su resolución. A hurtadillas de su hermano, abandonó la casa, acompañada de su hermana Baldegotona, que participaba de su opinión. En vano la buscaba su hermano en todos los conventos; en vano hacía prender a todos los sacerdotes que suponía tenerlas ocultas, cuando Flora, que no quería que los cristianos fuesen perseguidos por su causa, volvió espontáneamente a su casa, y presentándose a su hermano, le dijo: «Tú me buscas, persigues al pueblo de Dios por causa mía; pues bien, heme aquí. Me presento a tí y te digo altamente, porque estoy orgullosa de ello: sí, tus sospechas son fundadas; sí, yo soy cristiana. Ensaya si te atreves a separarme de Cristo con los suplicios: yo sabré soportarlo todo.

—¡Desgraciada! dijo su hermano: ¿no sabes que nuestra ley castiga al apóstata con pena de muerte?

—Sí, respondió Flora, pero sobre el cadalso diré con la misma firmeza: ¡Jesús, mi Señor, mi Dios, llena de amor por tí muero dichosa!

Furioso con esta obstinación el musulmán, tuvo la crueldad de pegar a su hermana, pero Flora tenía una de esas organizaciones excepcionales en que el dolor físico parecía no hacer mella, y viendo su hermano que su brutalidad no le servía de nada, ensayó persuadirla con dulzura. No consiguió más. Entonces la llevó delante del Cadí: «Juez, le dijo, he aquí a mi hermana que había siempre honrado y practicado conmigo nuestra santa religión, hasta que los cristianos la han pervertido, la han inspirado menosprecio a nuestro Santo Profeta, y la han hecho creer que Jesús es Dios.

—¿Es verdad lo que dice nuestro hermano? le preguntó el Cadí.

—¿Y qué, respondió ella, llamáis mi hermano a ese impío? ¡No lo es, yo no lo reconozco! Lo que acaba de decir es falso, yo no he sido nunca musulmana. A quien ha conocido, a quien ha adorado desde mi más infancia es a Cristo. Ese es mi Dios y jamás tendré más esposo que él.

El Cadí hubiera podido condenarla a muerte, pero movido acaso por la juventud y la belleza de Flora y creyendo sin duda que un castigo corporal sería suficiente para volver al redil esta oveja descarriada mandó a dos agentes de policía que extendieron los brazos de la joven, y le desgarró la nuca a latigazos. Después, entregándosela a su hermano, más muerta que viva, le dijo: «Instruidla en nuestra ley, y si no se convierte, traédmela.»

De vuelta en su casa, el musulmán hizo cuidar a su hermana por las mujeres de su harén.

Por miedo de que se escapara segunda vez, tuvo gran cuidado de tener cerradas todas las puertas, pero como una pared muy alta rodeaba todos los departamentos de que se componía la casa, juzgó inútil tomar otras precauciones. Olvidaba que una mujer tan valerosa como Flora, no se detenía por ningún obstáculo. A los pocos días, apenas cerradas sus llagas, se creyó lo bastante fuerte para intentar escaparse. A favor de la noche se encaramó en un departamento que daba sobre el corral; de allí escaló ligeramente la muralla y dejándose caer al suelo, llegó hasta la calle sin tropiezo. Caminando al azar en las tinieblas, tuvo la suerte de llegar a casa de un cristiano conocido. Allí estuvo oculta por algún tiempo; allí conoció a Eulogio por primera vez. La belleza de Flora, la irresistible seducción de sus palabras y de sus maneras, su firmeza inquebrantable en los sufrimientos, su firme piedad y su exaltación mística, todo ejerció un poder verdaderamente magnético sobre la imaginación del joven sacerdote, por habituada que estuviera a temerse y reprimirse. Concibió por Flora una amistad exaltada, una especie de amor intelectual, un amor como debe sentirse en la mansión de los ángeles, allí donde solo las almas arden en santos deseos. Seis años después, se acordaba aun hasta de las menores circunstancias de esta primera entrevista. Lejos de haberse debilitado su recuerdo, parece haberse aumentado con la edad y más vivo, testigo estas palabras apasionadas que escribía entonces a Flora: «Tú te has dignado santa mujer, hace mucho tiempo enseñarme tu nuca desgarrada por las varas, y privada de la bella y abundante cabellera que antes la cubría. Es que tú me considerabas como tu padre espiritual, y que me creías puro y casto como tú misma. Suavemente puse mis manos sobre tus llagas; hubiera querido curarlas oprimiéndolas con mis labios, mas no me atreví... Al dejarte, me quedé pensativo, y suspiraba sin cesar.

Temiendo ser descubierta en Córdoba, Flora acompañada de su hermana Baldegotona, fue a esconderse en otra parte. Luego diremos dónde; como Eulogio la volvió a encontrar.

III.

Mientras que los cristianos celosos de Córdoba se hallaban entregados a los penosos sueños de una ambición alimentada en las sombras, y agriada con la inacción, ocurrió un suceso que duplicó si era posible sus Dios y su fanatismo.

Un sacerdote de la Iglesia de S. Asisclo, llamado Perfecto, había salido un día a sus negocios particulares, cuando se le acercaron unos musulmanes, porque hablaba el árabe bastante bien. No tardó en recaer la conversación sobre materias religiosas, y los musulmanes le preguntaron lo que opinaba de Mahoma y de Jesús. «En cuanto a Cristo, les respondió, es mi Dios; pero en cuanto a vuestro Profeta no me atrevo a decir lo que nosotros los cristianos pensamos de él, porque si os lo dijera os ofenderíais y me entregaríais al Cadí, que me condenaría á muerte. Pero si me aseguráis que nada tengo que temer, os diré en confianza lo que sobre esto se lee en el Evangelio, y la fama de que goza entre los cristianos.

—Fíate de nosotros, le contestaron os musulmanes, y dínos sin temor lo que vuestros correligionarios piensan de nuestro Profeta, que nosotros te juramos no hacerte traición.

—Pues bien, dijo entonces Perfecto; en el Evangelio se lee: Se levantarán falsos Profetas, que harán prodigios y milagros capaces de seducir a los mismos elegidos, si esto fuera posible. El mayor de estos falsos Profetas es Mahoma. Una vez disparado Perfecto fue más lejos de lo que hubiera querido y prorrumpió en injurias contra Mahoma, a quien llamó siervo de Satanás.

Los musulmanes le dejaron que se marchara en paz, pero le guardaron rencor y viéndolo venir algún tiempo después, y no creyéndose ya obligados por el juramento, gritaron a la gente: «Ese insolente que veis ahí ha proferido en nuestra presencia tales blasfemias contra nuestro Profeta, que el más pacífico de vosotros no se hubiera podido contener.» Al punto, como si hubiera irritado a una colmena, dice Eulogio, se vio rodeado de una multitud furiosa, que, precipitándose sobre él, lo arrastró ante el tribunal del Cadí, con tal violencia que sus pies apenas tocaban el suelo. «El clérigo que veis, le dijeron al juez, ha blasfemado de nuestro Profeta. Mejor sabes que nosotros el castigo que merece semejante crimen.»

Habiendo examinado a los testigos el Cadí, preguntó a Perfecto lo que tenía que responder. Al pobre cura que no era de los que estaban preparados a hacer el papel de mártires, y que temblaba de miedo, no se le ocurrió cosa mejor que negar las palabras que se le atribuían. Poro no le sirvió de nada; el crimen estaba suficientemente probado, y el Cadí, aplicándole los términos de la ley musulmana, lo condenó a muerte como blasfemo. Cargáronlo de cadenas y lo metieron en la cárcel, donde debía esperar el día que Nazr fijara para la ejecución.

No había ya esperanza para el pobre sacerdote, víctima de la traición de algunos musulmanes, a juramentos, en que él había tenido la imprudencia de confiar. Pero la certidumbre de su próxima muerte le devolvió el valor que le había faltado delante del Cadí. Exasperado por aquella falta de fe que iba a costarle la vida, y cierto de que ya nada podría salvarlo ni agravar su pena, confesaba en alta voz que había injuriado a Mahoma; se gloriaba de haberlo hecho, maldecía sin cesar al falso Profeta, a su doctrina y su secta, y se preparaba a morir como mártir. Oraba, ayunaba y rara vez el sueño lograba cerrar sus ojos. Dos meses pasaron así. Parecía que Nazr lo había olvidado o que intentaba prolongar su lenta agonía. El hecho es que, por un refinamiento de crueldad, había resuelto que el suplicio de Perfecto se ejecutara durante la fiesta que celebran los musulmanes después del ayuno del mes de Ramadán, al primer día de la luna de Chauwal.

En este año (850), el primer Chauwal, era en un día de primavera, (18 de abril.) Desde el amanecer, las calles de Córdoba que durante las mañanas de los treinta días de cuaresma habían estado desiertas y silenciosas, ofrecían un espectáculo animado y un si es no es grotesco. Apenas bastaban a contener la inmensa multitud que se precipitaba en las mezquitas: los ricos estrenaban magníficos vestidos, los esclavos se habían puesto lo que sus amos acababan de darles, los chicos se pavoneaban en los de sus padres, todas las caballerías habían sido alquiladas y cada una llevaba encima a todos los que podía. En todas las caras se pintaba la alegría, los amigos cuando se encontraban se felicitaban y se abrazaban. Acabada la ceremonia religiosa comenzaron las visitas, las viandas más exquisitas y los mejores vinos esperaban en todas partes a los visitantes, y las puertas de los ricos estaban atestadas de pobres que se lanzaban como hambrientas aves de rapiña sobre las migajas de los festines. Aun para las mujeres encerradas el resto del año bajo triples cerrojos, era este un día de fiesta y libertad.

Mientras que sus padres y maridos bebían y se embriagaban, ellas recorrían las calles con palmas en las manos y distribuyendo tortas a los pobres para ir a los cementerios, donde bajo pretexto de llorar a los difuntos anudaban hartas intrigas.

Después de medio día, cuando innumerables embarcaciones llenas de musulmanes semi ebrio cubren el Guadalquivir, y cuando los cordobeses se reunían en una gran esplanada al otro lado del rio en apariencia para oír un sermón, pero en realidad para entregarse a nuevos regocijos, se fue á anunciar a Perfecto por orden de Nazr que su suplicio se iba a ejecutar al instante. Perfecto sabía que las ejecuciones se verificaban en aquella misma esplanada en que la alegre multitud se reunía en aquel momento. Estaba preparado a subir al cadalso, paro la idea de subir en medio del gozo y de la alegría general, la idea de que su suplicio sería para la multitud una diversión, un nuevo pasatiempo, le llenaron de rabia y de dolor. «Yo os lo predigo exclamó inflamado de una justa cólera, ese Nazr, ese orgulloso delante del que se inclinan los jefes de las familias más antiguas y nobles, ese hombre que ejerce en España un poder soberano, no verá el aniversario de la fiesta para lo que ha tenido la crueldad de señalar mi suplicio.»

Perfecto no dio el menor signo de flaqueza. Mientras que lo conducían al cadalso gritaba: «Sí, yo he maldecido a vuestro profeta y yo le maldigo. Yo maldigo a ese impostor, a ese adúltero, a ese endemoniado. Vuestra religión es la de Satanás. A todos os espera el infierno». Repitiendo estas palabras sin cesar subió con paso firme al cadalso al rededor del cual se apiñaba la multitud tan fanática como curiosa, muy contenta de ver decapitar a un cristiano que había blasfemado de Mahoma.

Para los cristianos, Perfecto era un santo. Con el obispo de Córdoba a la cabeza bajaron con gran pompa su féretro al foso en que reposaban los huesos de S. Asisclo. Además publicaron por todas partes que Dios se había encargado de vengar al santo varón. La tarde de su ejecución había volcado una embarcación, y de los ocho musulmanes que llevaba se habían ahogado dos. «Dios, decía S. Eulogio, ha vengado la muerte de su soldado. Nuestros crueles perseguidores han enviado a Perfecto al cielo, el río se ha tragado dos de ellos para entregarlos al infierno». Los cristianos tuvieron otra satisfacción aun, la predicción de Perfecto se cumplió antes del año; Nazr pereció de una manera tan súbita como terrible.

El poderoso eunuco fue víctima de su propia perfidia. Deseaba la sultana Tarub asegurar a su hijo Abdala, la sucesión a la corona en perjuicio de Mohamed, habido en otra mujer llamada Bohair y que era el mayor de los cuarenta y cinco que había tenido Abderramán; pero por grande que fuera la influencia que ejercía sobre su esposo, no había podido conseguirlo. Entonces recurrió a Nazr, cuyo odio contra Mohamed le era conocido, pidiéndole que le desembarazase de su esposo y del hijo de Bohair. El eunuco le prometió que quedaría contenta, y queriendo comenzar por el padre se dirigió al médico Hairani, que venido de Oriente había adquirido en Córdoba gran reputación y fortuna, gracias á un remedio muy eficaz y de que él poseía el secreto contra los males del vientre, que vendía al exorbitante precio de cincuenta monedas de oro cada botella. Nazr, le preguntó si estimaba en algo su favor, y habiéndole contestado el médico que todos sus deseos eran obtenerlo, le dio mil monedas de oro mandándole preparar un veneno muy mortífero conocido con el nombre de «basun al-moluc.»

Hairani había adivinado el proyecto del eunuco, e indeciso entre el temor de envenenar al monarca y el de atraerse el enojo del poderoso camarero, preparó el veneno y lo envió a Nazr; pero al mismo tiempo avisó secretamente a una mujer del harén que aconsejase al sultán no tomar la bebida que Nazr le iba a ofrecer.

Habiendo venido este a ver a su señor, y oyéndole quejarse de su salud, le recomendó un remedio excelente que le había proporcionado un célebre facultativo. «Mañana os lo traeré, le dijo, porque es preciso tomarlo en ayunas.» Pero cuando a la mañana siguiente el eunuco le trajo el veneno, el monarca después de haber examinado la botella, le dijo: «Esto puede ser dañoso, tómalo tú primero.» Estupefacto, pero no osando desobedecer por temor de vender su intención, y esperando por otra parte que Hairani sabría neutralizar los efectos del veneno, el eunuco lo bebió y en cuanto pudo sin excitar sospechas corrió a su palacio, mandó llamar al médico, le contó lo sucedido en dos palabras y le pidió un antídoto.

Hairani Le propuso leche de cabras, mas ya era tarde, el veneno le había abrasado las entrañas y Nazr murió de una violenta diarrea.

Los sacerdotes cristianos ignoraban lo que había pasado en la corte. Sabían sí, que Nazr había muerto de repente, y aun corrió entre ellos el rumor de que había sido emponzoñado, pero nada más. A lo que parece la corte trató de ocultar este complot abortado a que habían ayudado elevadas personas, y nosotros no lo conoceríamos si no fuera por las curiosas revelaciones de uno de los clientes de los Omeyas que escribía en un tiempo en que ya se podía hablar con libertad, porque todos los conspiradores habían muerto. Pero bastaba a los sacerdotes lo que había llegado a su noticia; para ellos lo esencial era, que la predicción de Perfecto, conocida de gran número de cristianos y de musulmanes presos con él en la misma cárcel, se había cumplido del modo más evidente.

Algún tiempo después, el excesivo e injusto rigor con que trataron los musulmanes a un mercader cristiano irritó a los exaltados más todavía.

Juan, el mercader en cuestión era un hombre completamente inofensivo, y jamás le hubiera pasado por la cabeza que su sino era sufrir por la causa de Cristo. No pensando más que en su tráfico hacía buenos negocios, y como sabía que el nombre de cristiano no era la mejor recomendación para los musulmanes que venían a comprar en su tienda, había tomado la costumbre para encarecer su mercancía de jurar por Mahoma.

—Por Mahoma, esto es excelente. Por el Profeta, (Dios le sea propicio) que no encontraréis en ningún parte cosas mejores que aquí. …

Estas y otras frases parecidas le eran habituales, y durante mucho tiempo no tuvo por qué arrepentirse. Pero sus émulos, menos favorecidos de parroquianos, se enrabiaban viendo su prosperidad siempre en aumento, y lo buscaban camorra, por lo que un día que le oyeron jurar de nuevo por Mahoma, le dijeron:

—Tú tienes siempre en la boca el nombre de nuestro Profeta para que te tomen por musulmán, y además ¿no es insufrible oírte jurar por Mahoma cada vez qué sueltas una mentira? Juan protestó al príncipe que si él lo usaba, no era con ánimo de ofender a los musulmanes, pero habiéndose acalorado la disputa, acabó por decir:

—Pues bien, no volveré a pronunciar el nombre de vuestro Profeta, y maldito sea el que lo pronuncie. Apenas hubo dicho estas palabras, cuando lo cogieron, gritando que había proferido una blasfemia, y lo llevaron delante del Cadí. Interrogado por éste, Juan contestó que él no había tenido intención de injuriar a nadie, y que si lo acusaban era por celos del oficio. El Cadí que debía absolverlo si lo encontraba inocente, y condenarlo a muerte si lo creía culpable, no hizo ni lo uno ni lo otro, sino que, tomando un término medio, le sentenció a cuatrocientos azotes, con gran disgusto del populacho, que decía que merecía la muerte. El pobre sufrió su pena, y después le montaron sobre un asno, mirando hacia la cola y así lo pasearon por las calles de la ciudad mientras que el pregonero iba delante gritando: «He aquí cómo se castiga al que se atreve a burlarse del Profeta.» Enseguida lo encadenaron y lo encerraron en la cárcel; cuando Eulogio lo encontró allí meses después todavía se le conocían los verdugones que el látigo había levantado en su cuerpo.

A los pocos días, los exaltados que hacía mucho tiempo so reprochaban su inacción, entraron en la palestra. El objeto de todos sus anhelos era morir a manos de los infieles. Para conseguirlo no tenían más que injuriar a Mahoma y así lo hicieron. El monje Isaac les dio el ejemplo.

Nacido en Córdoba, de ricos y nobles padres, había recibido una educación esmerada. Sabía perfectamente el árabe y muy joven todavía, había sido nombrado por Abderramán II «*catib*» (esto es empleado en la administración.) Pero a los veinte y cuatro años experimentando de pronto escrúpulos de conciencia, abandonó la corte y la brillante carrera que le esperaba, para ir a encerrarse en el monasterio de Tábanos que su tío Jeremías había hecho levantar a sus expensas al norte Córdoba. Situado entre altas montañas y espesas selvas, este monasterio en que la disciplina era más rigurosa que en los demás, pasaba con razón como el foco del fanatismo. Isaac se encontró allí con su tío, con su tía Isabel y otros parientes que habían llevado a su colmo el genio sombrío del ascetismo. Su ejemplo, la soledad, la vista de una naturaleza triste y salvaje, los ayunos, las vigilias, las maceraciones, la lectura de las vidas de los santos, todo había desarrollado en el alma de este joven un fanatismo que rayaba en delirio, cuando se creyó llamado por Cristo a morir por él. Partió pues, para Córdoba, y presentándose al Cadí:

—Quisiera le dijo, convertirme a vuestra fe si quisierais enseñármela.

—De muy buena gana, le contestó éste, que contento por poder hacer un prosélito comenzó a explicarle las doctrinas del Islam, pero Isaac le interrumpió en medio de su discurso exclamando:

—Vuestro profeta ha mentido y os ha engañado a todos. ¡Maldito sea ese infame manchado con todos los crímenes, que ha arrastrado consigo tantos infelices a las profundidades del infierno! ¿Por qué vos que sois un hombre de juicio no abjuráis de esa doctrina pestilencial? ¿Por ventura podéis creer en las imposturas de Mahoma? Abrazar el cristianismo, en esto está la salvación.

Fuera de sí por la inaudita audacia del monte el Cadí abrió los labios, pero sin poder articular palabra, lloró de ira, y dio a Isaac una bofetada.

—Te atreves, exclamó el monje a abofetear a una imagen de Dios. Día llegará en que tengas que darle cuenta.

—Calmaos, Cadí, le dijeron a su vez los consejeros asesores; no os olvidéis de vuestra dignidad, y acordaos que nuestra ley prohíbe ultrajar ni aun al condenado a muerte.

—Infeliz, dijo entonces el Cadí dirigiéndose al monje: ¿estás borracho o te has vuelto loco? ¿Ignoras acaso que la ley inmutable del que tan inconsideradamente acabas de ultrajar castiga con la muerte a los que se atreven a hablar como tú lo has hecho?

—Cadí, replicó el monje tranquilamente, ni estoy loco ni bebido. Abrasado de amor por la verdad, he querido decírtela a tí y a los que te rodean. Condéname a muerte, no lo temo, lo deseo, porque yo sé que el Señor ha dicho: «Bienaventurados los perseguidos por la verdad, porque de ellos es el reino de los Cielos»

Entonces le dio lástima al Cadí de este monje fanático, y habiéndolo enviado á la cárcel fue a pedir permiso al monarca para rebajar la pena a este hombre evidentemente enajenado; pero exasperado Abderramán contra los cristianos, por las honras que habían hecho al cuerpo de Perfecto, le mandó aplicar todo el rigor de la ley, y queriendo impedir que los cristianos enterrasen con pompa el cuerpo de Isaac, le ordenó que cuidase de que su cadáver permaneciese durante algunos días colgado de una horca, cabeza abajo, y que luego le quemase, y sus cenizas fueran arrojadas al rio. Estas órdenes se ejecutaron (3 de junio del 851) pero si el monarca privó de este modo al monasterio de Tábanos de preciosas reliquias, los monjes se desquitaron colocando a Isaac en el número de los santos, y contando los milagros que había hecho, no solo desde su infancia, sino aun antes de venir al mundo.

Ya estaba abierto el camino. Dos días después del suplicio de Isaac, el francés Sancho, que servía en la guardia del Sultán, y que había asistido a las lecciones de Eulogio, blasfemó de Mahoma, y fue decapitado. Al domingo siguiente, (7 de junio) seis monjes, entre los que se distinguía Jeremías (el tío de Isaac) y un cierto Habentio, que vivía siempre recluido en su celda, se presentaron al Cadí, gritando: «Nosotros también decimos lo que han dicho nuestros santos hermanos Isaac y Sancho». Y después de haber blasfemado de Mahoma, añadieron: «Venga ahora a tu Profeta! Trátanos con la mayor crueldad» Y se les cortó la cabeza. Luego, Sisenando, clérigo de la iglesia de S. Asisclo, que había sido amigo de dos de estos monjes, creyó verlos bajar del cielo para invitarle a sufrir también el martirio. Hizo lo que ellos, y fue también decapitado. Antes de subir al patíbulo, había exhortado al diácono Pablo a seguir su ejemplo, y cuatro días después, (20 de julio) le cortaron la cabeza. En seguida un joven monje de Carmona, llamado Teodomiro, sufrió la misma suerte.

Once mártires en menos de dos meses eran para el partido exaltado un triunfo de que se ufanaba mucho; pero los otros cristianos que no querían más que los dejaran en paz comenzaron a inquietarse, con razón, de este raro fanatismo, que acaso daría por resultado que los musulmanes desconfiaran de todos los cristianos, y los persiguieran. «El Sultán, decían a los exaltados, nos permite el libre ejercicio de nuestro culto y no nos oprime: ¿a qué viene, pues ese celo fanático? Los que llamáis mártires, no son sino suicidas, y quien le ha sugerido lo que han hecho, es el orgullo, fuente de todos los pecados. Si hubieran leído el Evangelio allí hubieran encontrado: «Amad a vuestros enemigos y haced bien a los que os aborrecen.» En

vez de prorrumpir en injurias contra Mahoma, deberían saber, que según las palabras del apóstol, los maldicientes no heredarán el reino de Dios. Los musulmanes nos dicen: Si Dios hubiera inspirado a estos fanáticos la resolución que han tomado, queriendo manifestar que Mahoma no es un Profeta, hubiera obrado milagros que nos convirtieran a vuestra fé; pero lejos de esto ha tolerado que los cuerpos de estos supuestos mártires fueran quemados, y sus cenizas arrojadas al río. Vuestra secta no saca ninguna ventaja de estos suplicios, y la nuestra no sufre de ninguna manera; ¿no es una locura suicidarse de este modo? Qué debemos responder a estas objeciones que no nos parecen sino muy fundadas»

Tal era el lenguaje que usaban, no soto los legos, sino la mayor parte de los sacerdotes. Eulogio se encargó de responderles, y se puso a componer su Memorial de los Santos, cuyo primer libro es una amarga y violenta diatriba contra los que «con su boca sacrílega osan injuriar y blasfemar de los mártires.» Para refutar a los que ponderaban la tolerancia de los infieles pinta Eulogio con los más vivos colores el cuadro de las vejaciones que abrumaban a los cristianos, y sobre todo, a los sacerdotes. «¡Ay!, exclama, si la Iglesia subsiste en España como lirio entre espinas, si brilla como una antorcha en medio de un pueblo corrompido y perezoso, no hay que atribuirlo a favor de la nación impía a que estamos sometidos en castigo de nuestras culpas, sino solo a Dios, el que ha dicho a sus discípulos: «Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.» Luego acumula citas sacadas de la Biblia, y de las leyendas, a fin de probar que no solo es lícito ofrecerse espontáneamente al martirio, sino que es una obra piadosa y meritoria recomendada por el mismo Dios. «¡Sabed, les dice a sus adversarios, sabed impuros que no teméis rebajar la gloria de los santos, sabed que el día del Juicio seréis careados con ellos, y entonces tendréis que responder a Dios de vuestras blasfemias!»

Por su parte el gobierno árabe se alarmó también de esta nueva especie de rebelión porque el fanatismo de los exaltados no era más que una faz de su modo de ser, mezclándose con el ardor guerrero, y deseos casi feroces de venganza política. ¿Pero cómo impedir a estos insensatos entregar al verdugo sus propias cabezas? Si blasfemaban de Mahoma era preciso condenarlos a muerte: la ley era inexorable en este punto. No había más que un medio que pudiera ser eficaz: convocar un Concilio y hacerle dar una orden que prohibiera a los cristianos buscar lo que se llamaba el martirio, y esto fue lo que hizo Abderramán II. Convocó a los obispos, y no pudiendo asistir en persona a sus sesiones, se hizo representar por un cristiano empleado en la administración.

Eulogio y Álvaro solo hablan con horror de este «catib,» de este «exceptor,» de este hombre inicuo, orgulloso, cruel, tan rico en vicios como en dinero, que no era cristiano más que de nombre, y que había sido desde el principio detractor y enemigo encarnizado de los mártires. A tal punto le odian y lo execran, que evitan siempre cuidadosamente hasta el pronunciar su nombre. Solo por los autores arábigos sabemos que se llamaba «Gómez» hijo de Antonino, hijo de Julián. Dotado de espíritu flexible y penetrante, Gómez, que, por unánime confesión de cristianos y musulmanes, hablaba y escribía con notable pureza y elegancia la lengua árabe, se había ganado el favor, primero de su jefe Abdalá ibn-Omeya, y luego del monarca; de modo que la época de que hablamos tenía gran influjo en la Corte. Profesando suma indiferencia en materias religiosas, menospreciaba soberanamente al fanatismo; pero a

lo que parece se hubiera limitado a lanzar epigramas y sarcasmos contra los pobres locos que se hacían cortar la cabeza, sin ton ni son, si no hubiese temido que aquella locura pudiera traer para él mismo las más pesadas consecuencias. Creía ya notar que los musulmanes comenzaban a tratar a los cristianos con una frialdad cercana a la desconfianza, y se preguntaba con inquietud si no acabarían por confundir a los sensatos con los fanáticos, y si en este caso él y los demás empleados cristianos no perderían sus lucrativos puestos, y aun las riquezas que habían atesorado. Gómez, pues, no era solamente en el Concilio el intérprete de la voluntad del Monarca; su propio interés estaba en juego, y le obligaba a oponerse con vigor al torrente que amenazaba tragárselo. ...

IV

Abriéronse las sesiones del Concilio bajo la presidencia de Recafredo, metropolitano de Sevilla. Gómez, expuso el estado de las cosas, pintando las funestas consecuencias que podía tener el intempestivo celo de los que insultaban a Mahoma, que los, decían, de ser santos, merecían ser excomulgados puesto que exponían a todos sus correligionarios a una terrible persecución, por lo cual rogaba a los obispos, que dieran un decreto desaprobando la conducta de los llamados mártires, y prohibiera a los fieles imitarlos; pero como según todas las probabilidades esto no bastaría, como los jefes del partido (entre los que Gómez señalaba al presbítero Eulogio,) podrían tener el atrevimiento de censurar los actos del concilio, y de excitar a despecho del decreto a los simples y crédulos para que de nuevo se presentaran delante del cadí a injuriar a Mahoma—lo que convenía evitar a toda costa,—rogó además a los obispos, que se encargasen de meter en la cárcel las personas que juzgasen peligrosas.

Entonces Saúl, obispo de Córdoba, tomó la defensa de los mártires. Habíase colocado en el partido de los exaltados, menos por convicción que por hacer olvidar sus antecedentes que no eran muy puros. Elegido obispo por el clero de Córdoba, pero no pudiendo obtener la aprobación del Monarca, prometió si se la alcanzaban cuatrocientas monedas de oro a los eunucos de palacio, y exigiendo estas garantías les había entregado un acta escrita en árabe, en la que se obligaba a pagarles dicha suma con las rentas de los bienes del obispado en perjuicio del clero, que era el único que tenía derecho a disfrutarlos. Consiguieron los eunucos vencer la resistencia del Monarca que aprobó la elección del clero, pero desde entonces, queriendo rehabilitarse en la opinión de los cristianos rigurosos y austeros que le reprochaban sin cesar este mercado infame, abrazó con calor las doctrinas de los entusiastas. Ya cuando los ostentosos funerales de Perfecto, que habían causado al gobierno tantos recelos, se atrevió a presentarse a la cabeza del clero, ahora expuso los argumentos que la Biblia y las vidas de los santos suministraban a los exaltados para justificar su opinión. Mas los otros obispos, lejos de participar de sus opiniones, se hallaban muy dispuestos a pronunciarse en el sentido que Gómez les había indicado. Sin embargo, se hallaban en una posición bastante embarazosa: habiendo sido admitido y canonizado el suicidio por la Iglesia, no era posible reprobar la conducta de los llamados mártires sin condenar al mismo tiempo la de los santos de la Iglesia primitiva. No osando pues reprobar en principio esta especie de suicidio, ni aun siquiera desaprobar la conducta de los que habían buscado el martirio en los últimos tiempos, resolvieron prohibir que los cristianos aspiraran en adelante a esta muerte sagrada. Gómez

que comprendía sus escrúpulos, se contentó con esta decisión, cuanto más que el metropolitano lo había prometido tomar contra los agitadores enérgicas y severas medidas.

Apenas se hubo publicado el decreto del Concilio, cuando Eulogio y sus amigos se apoderaron de él para volverlo contra sus mismos autores. «Este decreto decían, no condena a los mártires de este año, ni en él se lee que no habrá otros en adelante. ¿Qué significa pues esta prohibición de aspirar a la corona del martirio? Comparado con el resto del decreto, no es más que una singular inconsecuencia que no puede explicar sino suponiéndola dictada por el miedo. Evidentemente, el Concilio aprueba el martirio, pero no se atreve abiertamente a declararlo.»

Así estos espíritus impetuosos y turbulentos desafiaban la autoridad de los obispos. Pero, o no habían calculado todas las consecuencias de su audacia, o se imaginaban con más firmeza y valor de los que tenían realmente, porque cuando el metropolitano Recafredo, fiel a sus promesas y secundado por el gobierno, ordenó prender a sus jefes, sin exceptuar al obispo de Córdoba esta orden produjo entre ellos una indecible consternación. En vano asegura Eulogio que, si él y sus amigos se ocultaban, cambiaban a cada instante de domicilio o se pegaban con diversos disfraces, era porque no se creían aun dignos de morir como mártires; el hecho es que ellos se apegaban más a la vida de lo que juzgaban conveniente confesar. El desaliento tan grande entre los maestros—«una olla que cayera nos hacía temblar,» dice Eulogio— era completo en los discípulos. Veíanse legos y sacerdotes, que antes habían prodigado sus alabanzas a los mártires, cambiar de opinión con asombrosa rapidez; hubo hasta muchos que abjuraron el cristianismo y se hicieron musulmanes.

A pesar de las precauciones que habían tomado, el obispo de Córdoba y muchos clérigos de su partido, fueron descubiertos y presos. Eulogio tuvo la misma suerte. Trabajaba en su Memorial de los Santos cuando los agentes de policía invadieron su morada, lo prendieron en medio de su familia consternada, y lo llevaron a la cárcel. Allí volvió a encontrar a Flora, y he aquí de qué manera había ido

Había en un convento cerca de Córdoba una joven religiosa llamada María. Era hermana de uno de los seis monjes que se habían presentado juntos delante del Cadí para injuriar a Mahoma, y habían sido decapitados. Desde la muerte de su querido hermano había caído en una es trema melancolía; pero otra religiosa le contó que este mártir se le había aparecido para dirigirle estas palabras: «Di a mi hermana María que cese de llorar por mi muerte, porque pronto estará conmigo en el cielo.» Desde este momento María cesó de llorar, había tomado su partido; quería morir como había muerto su hermano. Encaminándose a Córdoba, entró a rezar en la Iglesia de S. Asisclo, que se hallaba de camino, y se arrodilló al lado de una joven que oraba fervorosamente. Era Flora, que en su exaltación había abandonado su asilo, y se preparaba también a morir mártir. Contenta María, por haber encontrado una compañera: la enteró de su propósito, y las dos jóvenes juraron, abrazándose, no separarse y morir unidas. «Voy a reunirme con mi hermano, exclamó la una,—y yo, dijo la otra, voy a ser dichosa con Jesús!» Llenas de entusiasmo vuelven a ponerse en camino y se presentan al Cadí. «Hija de padre pagano, le dijo Flora, yo he sido maltratada por vos del modo más cruel, hace tiempo, porque rehusaba renegar de Cristo; desde entonces he tenido la debilidad de esconderme, pero hoy llena de confianza en mi Dios, no tengo miedo de presentarme para declarar, con la misma

firmeza que antes, que Cristo es Dios, y que vuestro supuesto Profeta es un adúltero, un impostor, y un malvado.» «¡Y yo, oh juez, dijo a su vez María, yo, cuyo hermano era uno de los seis magnánimos varones que perecieron en el patíbulo porque se habían burlado de vuestro falso Profeta, yo digo con la misma audacia, que Cristo es Dios, y que vuestra religión ha sido inventada por el diablo!»

Aunque entrambas hubiesen merecido la muerte, el Cadí, conmovido acaso por su juventud y su belleza, se apiadó de ellas. Trató de hacer que se retiraran, y cuando vio que no podía conseguirlo, se contentó con mandarlas prender. ...

En la cárcel se mostraron al principio firmes y valerosas; oraban, ayunaban, cantaban los himnos de la Iglesia, y se entregaban a meditaciones ascéticas; pero poco a poco se habían dejado ablandar por el tedio de un largo cautiverio, por los ruegos de los que querían salvarlas, y sobre todo, por las amenazas del juez, que, conociendo que las asustaba más la deshonra que la muerte, les había anunciado que si no se retractaban las entregaría a la prostitución. Eulogio llegó a tiempo para ayudarlas. Su situación era penosísima; tenía una ruda prueba que soportar. Animar a la que amaba sin confesárselo a subir al patíbulo, era para hacer retroceder al más desinteresado, y sin embargo, lejos de procurar contener a Flora, de hacerla titubear en su entusiasmo, da apartarla de su proyecto, empleó toda su retórica en fortalecer el ánimo vacilante de la joven. Condénese o compadézcase si se quiere su ciego fanatismo; ¡pero que nadie se apresure a acusarlo de frialdad ni de indiferencia! A pesar de la aparente serenidad bajo que encubría sus violentas emociones, el corazón le rebozaba de tristeza y de amargura. Cerca de Flora, sentía que se reanimaban las impetuosas aspiraciones de un alma ardiente e impresionable, y el amor, si es dado dar este nombre al lazo inmaterial que le ligaba con ella, el amor luchaba con el temor de faltar a su conciencia; pero capaz de sacrificarlo todo a la causa de que se había declarado campeón, trataba de acallar los movimientos de su corazón, y no queriendo confesarse cuánto se había engañado a sí mismo acerca de sus fuerzas, procuraba acallar su dolor, entregándose a una febril actividad. Compuso un tratado para persuadir a Flora y a su compañera que nada hay más meritorio que sufrir el martirio; acabó su Memorias de los Santos que envió a Álvaro, suplicándole que lo revisara y corrigiera; escribió una larga carta a su amigo Wiliesindo, obispo de Pamplona, y encontró todavía bastante calma y tranquilidad para componer un tratado de métrica. Quería con él despertar el adormecido patriotismo de sus conciudadanos, inspirándoles el gusto de la literatura antigua, que para la ciudad que había visto nacer a Séneca y a Lucano debía ser una literatura nacional. En lugar de creer como los sacerdotes visigodos que no les era permitido coger ni aspirar flores que no hubiese regado el agua del bautismo, creyó Eulogio haber hallado en la literatura romana un poderoso contrapeso a la de los árabes, en que tan engolfados estaban los cordobeses. Ya había tenido antes la dicha de poder traerles copias de los manuscritos latinos de Virgilio, Horacio y Juvenal, que había logrado proporcionarse en Navarra, y ahora herido por el menosprecio que profesaban los hombres de gusto a los versos rítmicos, quería enseñar a sus conciudadanos las sabias reglas de la prosodia latina, para que compusiesen, versos calcados en los del siglo de Augusto.

Entretanto, su elocuencia había producido sus frutos. Gracias a ella, Flora y María mostraban ahora una firmeza y un entusiasmo que asombraba al mismo Eulogio tan

habituado a la exaltación mística. Siempre ávido de divinizar lo que admiraba, no veía ya en Flora más que una santa rodeada de una aureola luminosa. El Cadí había mandado llamarla a ruegos de su hermano, y había intentado para salvarla un último esfuerzo, tan infructuoso como los demás. Cuando volvió a la cárcel, Eulogio fue a visitarla. «Creía, dice, ver un ángel, una claridad celestial la rodeaba, su rostro resplandecía de gozo; parecía gustar ya las alegrías de la celeste patria, y con la sonrisa en los labios me contó lo que el Cadí le había preguntado, y lo que le había respondido. Cuando hube escuchado este relato, de aquella boca tan dulce como la miel, procuré confirmarla en su resolución, mostrándole la corona que le esperaba. Yo la adoré, yo me prosterné delante de este ángel, me encomendé a sus oraciones, y reanimado por sus palabras, volví menos triste a mi oscuro calabozo.» El día en que Flora y María murieron en el patíbulo (24 de noviembre del 815) fue para Eulogio un día de gloria. «Hermano mío, escribía a Álvaro: el Señor me ha concedido una grande gracia, y nosotros tenemos una gran alegría. Nuestras vírgenes, instruidas por nosotros entre lágrimas en la palabra de la vida, acaban de obtener la palma del martirio.» Después de haber vencido al príncipe de las tinieblas, y menospreciado todos los afectos terrenales, han ido a juntarse alegremente con el esposo que reina sobre los cielos. Invitadas a las bodas por Cristo, han entrado en la mansión de los bienaventurados, cantando un nuevo cántico, y diciendo: «Honra y gloria a tí, Señor, Dios nuestro, porque nos has arrancado al poder del infierno, porque nos has hecho dignas de la felicidad de que gozan tus santos, porque nos has llamado a tu eterno reino.» Toda la Iglesia está gozosa con la victoria que acaban de alcanzar, pero nadie mas que yo tiene el derecho de regocijarse, yo que las he fortalecido en su propósito en el momento mismo en que iban á renunciar a él.»

Cinco días después, Eulogio, Saúl y los demás presos fueron puestos en libertad; lo que el primero no dejó de atribuir a la intercesión de las dos santas, que antes de salir de la prisión para ir al cadalso, les habían prometido que en cuanto llegaran a la presencia de Cristo le pedirían la libertad de los Sacerdotes. Saúl se mostraba ya dócil a las órdenes de Recafredo; pero Eulogio por el contrario redobló su actividad, a fin de aumentar el número de los mártires, y lo consiguió con exceso. Estimulados por él, sacerdotes, monjes, «cristianos ocultos» y mujeres, injuriaron a Mahoma, y perecieron en el cadalso. Los exaltados llevaron su audacia hasta el punto de que un monje viejo y un joven entraron gritando en la mezquita principal: «¡Ha llegado para los fieles el reino de los cielos, y a vosotros, infieles, el infierno va a tragaros!» Poco faltó para que los despedazara el pueblo enfurecido; pero el Cadí interpuso su autoridad, los envió a la cárcel, y les hizo cortar primero las manos y los pies, y después la cabeza (16 de setiembre del 852.) .....

Seis días después, Abderramán, murió repentinamente. Según el relato de Eulogio, el anciano Monarca estaba en el terrado de palacio, cuando su mirada tropezó con las horcas de que pendían los cadáveres mutilados de los últimos mártires, y dio la orden de quemarlos; mas apenas lo hubo ordenado cuando le acometió un ataque de apoplejía, de que espiró aquella misma noche. Como Abderramán no había decidido entre sus hijos Mohamed y Abdalá, que aspiraban a sucederle, y estos dos príncipes ignoraran aun la muerte de su padre, todo iba a depender de la elección que hicieran los eunucos de palacio. Los que habían presenciado los últimos momentos de Abderramán hicieron cerrar cuidadosamente las puertas del castillo, a fin de impedir que se propalara la muerte del Sultán, y habiendo reunido luego a todos sus

compañeros, uno de los eunucos más considerados, tomó la palabra y les dijo: «Camaradas, acaba de suceder una cosa de la mayor importancia para todos nosotros... Nuestro señor ha dejado de existir». Y como todos comenzasen a llorar y a gemir... «No lloréis ahora, les dijo, luego llorareis. Los momentos son preciosos. Cuidemos de nuestros intereses y de los de todos los musulmanes. ¿A quién destináis el trono?»

—A nuestro señor, al hijo de nuestra sultana, de nuestra bienhechora, exclamaron todos.

Las intrigas de Tarub iban a dar su fruto. A fuerza de dinero y de promesas se había ganado los eunucos, y gracias a ellos, su hijo Abdalá iba a subir al trono. Pero, ¿aprobaría la nación la elección de los eunucos? Era dudoso, porque Abdalá solo se había hecho notar por sus relajadas costumbres; su ortodoxia era más que problemática, y el pueblo le aborrecía. Así pensaba el eunuco Abul-Mofrih, piadoso musulmán, que había hecho la peregrinación a la Meca. «La opinión que acaba de emitirse, preguntó: ¿es la de todos?»

—Sí, sí, respondieron de todas partes. ...

—Pues bien, también es la mía. Yo tengo más motivo que vosotros para mostrarme reconocido con la Sultana, porque ella me ha prodigado mas que a vosotros sus beneficios. Sin embargo, este es un negocio que hay que pensar maduramente: porque si elegimos a Abdalá, nuestro poder en España ha concluido. Cuando salgamos a la calle nos dirán todos: «¡Malditos sean esos eunucos que cuando disponían del trono y se lo podían dar al príncipe mejor, se lo han dado al más indigno!» he ahí lo que se dirá camaradas! Vosotros conocéis a Abdalá y a los que le rodean, si sube al trono ¡qué peligrosas innovaciones no tienen que temer los musulmanes! ¿Qué será de la religión? Y sabedlo bien, no solo los hombres sino Dios mismo os pedirá cuenta de vuestra elección»

Estas palabras cuya verdad ninguno se atrevió a contradecir hicieron profunda impresión en los eunucos. Ya medio convencidos preguntaron a Abul-Mofrih cuál era el candidato que les proponía. «Os propongo a Mohamed, les respondió, que es un varón piadoso y de costumbres intachables. Conforme, dijeron los eunucos, pero es severo y avaro.

—Le llamáis avaro, pero ¿cómo puede mostrarse generoso quien nada tiene que dar? Cuando reine y disponga del tesoro público no dudéis que habrá de recompensaros bien.

Habiendo prevalecido el consejo de Abul-Mofrih, juraron todos sobre el Corán que reconocerían a Mohamed, y los dos eunucos Sadum y Casim, que por agradar a Tarub habían sido hasta entonces los más ardientes defensores de la candidatura de Abdalá, no pensaron desde entonces más que en hacer las paces con su rival. Casim rogó a sus camaradas que impetraran el perdón para él, lo que estos le prometieron Sadun pidió y obtuvo que se le encargara de anunciar a Mohamed su elevación al trono.

Como era todavía de noche y estaban cerradas las puertas de la ciudad, Sadun se llevó las llaves de la puerta del puente, pues el palacio de Mohamed se hallaba en la otra parte del río. Para llegar al puente era preciso pasar por el palacio de Abdalá donde todo el mundo estaba levantado porque había fiesta como de costumbre; pero como nadie sabía nada, Sadun no encontró dificultad en hacerse abrir las puertas, y pasando el puente llegó al palacio de

Mohamed. Este se había levantado ya y estaba en el baño, cuando se le anunció que Sadun quería hablarle.

—¿Qué es lo que te trae tan temprano Sadun? le preguntó.

—Vengo a anunciaros que nosotros, los eunucos de palacio, os hemos elegido por sucesor de vuestro padre que acaba de morir. ¡Dios tenga piedad de su alma! He aquí su anillo.

Mohamed no podía creer lo que decía Sadun, se figuraba que su hermano estaba ya en el trono, y que había enviado a Sadun para matarlo. No pensando más que en salvar su vida exclamó: «Sadun temed a Dios y perdonadme! Sé que sois mi enemigo, pero ¿por qué queréis derramar mi sangre? Yo estoy pronto a irme de España si es preciso, la tierra es bastante grande para que yo pueda vivir lejos de aquí sin hacer sombra a mi hermano.» Sadun tuvo que tomarse infinito trabajo para serenarlo y persuadirlo de que era verdad todo lo que le acababa de decir. Logrólo al fin a fuerza de protestas y juramentos y añadió: «Os admira que sea yo el que os traiga esta noticia, pero se lo he rogado así a mis compañeros esperando que me habías de perdonar mi conducta pasada.

—Que Dios os perdone como yo os perdono! exclamó Mohamed, pero esperad un instante a que venga mi mayordomo Mohamed ibn-Muza, y convendremos con él las medidas que hay que tomar.»

Lo que más importaba a Mohamed en aquellas circunstancias era hacerse dueño de palacio. Hecho esto, su hermano no se atrevería a disputarle sus derechos al trono y todo el mundo le reconocería. ¿Pero cómo harían para pasar por el Palacio de Abdalá sin estar sospechas? Esta era la dificultad. Si los centinelas del palacio de Abdalá veían llegar a Mohamed tan temprano, se figurarían acaso lo sucedido, y no lo dejarían pasar. Consultado por su amo, el mayordomo le propuso pedir auxilio al prefecto Yusuf ibn-Basil, que tenía trescientos agentes a sus órdenes; pero este enterado del caso se negó a poner sus agentes a disposición de Mohamed. «Se disputa el trono, y yo no me meto en nada: nosotros los clientes obedeceremos al que sea dueño de palacio»

El mayordomo comunicó al príncipe la respuesta de Yusuf, añadiendo luego: «Quien nada arriesga nada logra; he aquí pues lo que propongo: sabéis señor que vuestro padre enviaba a menudo buscar a vuestra hija, y que yo la conducía a palacio. Vestíos de mujer, os haremos pasar por vuestra hija, y con ayuda de Dios conseguiremos nuestro propósito.» Adoptado este consejo, montaron a caballo; Sadun delante, detrás el mayordomo y Mohamed vestido de mujer. Llegaron así al palacio de Abdalá, en donde se oía un concierto de voces e instrumentos, y Mohamed recitó en voz baja este verso de un antiguo poeta: «Conseguid lo que buscáis, y que nosotros consigamos también lo que buscamos.»

Los guardias, que estaban en la habitación inmediata a la puerta, bebían y charlaban cuando sintieron la cabalgata. Uno de ellos, abrió la puerta y preguntó: «¿Quién es?»

—Cállate indiscreto, le contestó Sadun y respeta a las mujeres.

El guardia no sospechó nada, cerró la puerta y volviéndose dijo a sus camaradas: «Acaba de pasar la hija de Mohamed con Sadun y el mayordomo de su padre.»

Creyendo vencida la mayor dificultad dijo Mohamed a su mayordomo: «Quédate ahí, en seguida te enviaré fuerzas, y, cuando vengan, cuidarás de que no salga nadie;» y continuó su camino con Sadun. Este fue a llamar a la puerta del palacio donde el anciano monarca acababa de expirar. El portero vino a abrirle. «¿Esta mujer es hija de Mohamed?» preguntó con aire incrédulo.

—Sí, le respondió Sadun.

—Es extraño, yo la he visto muchas veces, cuando venía a palacio, y me ha parecido siempre más baja. Tú quieres engañarme, Sadun; pero yo te juro que no ha de pasar por esa puerta persona que no conozca. Que ésa se levante el velo, o que se vaya.

—¡Qué!, exclamó Sadun, ¿no respetáis a las princesas?

—Yo no sé si esa lo es, y os lo repito, a menos que no le vea, no entra.

Viendo que el portero era inquebrantable, Mohamed se levantó el velo que le cubría la cara.

—Soy yo le dijo al portero, yo que he venido, porque mi padre ha muerto.

Entonces dijo el portero:

—El caso es todavía más grave de lo que yo pensaba; no pasaréis, señor por esa puerta hasta que yo esté seguro de si vuestro padre es vivo o muerto.

—Venid conmigo, le dijo Sadun, y os convenceréis enseguida.

El portero cerró su puerta, y dejando fuera a Mohamed, acompañó a Sadun, que lo llevó donde estaba el cadáver de Abderramán II. A su vista, el portero prorrumpió en llanto, y volviendo a Sadun le dijo:

—Habéis dicho la verdad y estoy dispuesto a obedeceros.

Después fue a abrir la puerta, y después de haber besado a Mohamed la mano, le dijo:

—Entrad príncipe mío. ¡Dios os haga feliz, y que vos los hagáis a los musulmanes!

Mohamed se hizo prestar juramento por los altos dignatarios del Estado: tomó las medidas necesarias para hacer imposible cualquier oposición por parte de su hermano, y cuando los primeros rayos de la aurora comenzaban a blanquear las cimas de Sierra Morena, supo la capital que había cambiado de Señor.

CAPÍTULO XIX

I

El nuevo monarca tenía un espíritu frío, limitado y egoísta. Hemos visto que no había manifestado sentimiento alguno al saber la muerte de su padre, la verdad es, que lejos de afligirse se había alegrado. Ni se tomaba siquiera el trabajo de disimularlo. Una tarde, después de un día de broma en la Rusafa, deliciosa casa de campo que poseía en las cercanías de Córdoba, volvía a la capital acompañado de su favorito Hachim. Acalorados por el vino, hablaban de mil cosas cuando una idea siniestra cruzó por la cabeza de Hachim.

—¡Hijo de los Califas, dijo, ¡qué hermoso sería el mundo si no existiera la muerte!

—¡Qué absurdo! le respondió Mohamed, si no hubiera muerte no reinaría yo.

—La muerte es una cosa buena, mi antecesor ha muerto; por eso reino.

Los eunucos que se opusieron al principio al pensamiento de elevarlo al trono porque lo creían avaro, no se equivocaban. (1) Mohammed comenzó disminuyendo los salarios de los empleados y el sueldo de los soldados. (2) Despidió a los antiguos ministros de su padre, y confirió sus puestos a jóvenes sin experiencia a condición de que partieran con él sus emolumentos. (3) Todo lo perteneciente a la hacienda lo resolvía por sí con una exactitud minuciosa y hasta pueril. Una vez examinando una cuenta que ascendía a cien mil monedas de oro, la reparó a sus empleados por cinco sueldos. (4) Todo el mundo le odiaba o le despreciaba a causa de su avaricia; (5) únicamente le apoyaban los faquíes exasperados hasta lo sumo con la audacia de los últimos mártires que habían osado blasfemar del Profeta hasta en la mezquita principal, porque lo creían enemigo acérrimo de los cristianos.

Mohamed realizó enteramente lo que de él esperaban. El mismo día que empezó a reinar despidió a todos los soldados y empleados cristianos a excepción de Gómez, cuya indiferencia religiosa conocía y cuyo talento apreciaba. Mientras que sus tolerantes predecesores cerraban los ojos cuando los cristianos ensanchaban las iglesias existentes o edificaban otras, Mohamed, queriendo aplicar todo el rigor de la legislación musulmana, mandó derribar todo lo construido desde la conquista. Por complacer a su señor y ganarse sus favores traspasando en el exceso de su celo sus mándalos, los ministros hicieron demoler hasta templos que contaban tres siglos de existencia, y persiguieron cruelmente a los cristianos. Entonces muchos de estos, la mayor parte si hemos de creer a Eulogio y Alvaro, abjuraron el cristianismo. Gómez les había dado ejemplo. Encargado de la cancillería a consecuencia de la larga enfermedad del canciller Abdallah ibn-Omeya supo que a la muerde de este había dicho el sultán: «Si Gómez fuera de nuestra religión de buena gana lo nombraba canciller», se hizo musulmán y obtuvo la dignidad que ambicionaba. Mientras que fue cristiano casi nunca fue a la iglesia, pero ahora era tan exacto a todas las prácticas de devoción que los faquíes lo proponían como modelo de piedad y le llamaban la «paloma de la mezquita.»

La intolerancia del sultán producía en Toledo muy diferente resultado. Tres o cuatro años antes, volviendo de un viaje a Navarra, Eulogio se había detenido muchos días en aquella

ciudad en casa del piadoso metropolitano Wistemiro. Todo inclina a creer que aprovechó esta ocasión para excitar el odio de los Toledanos contra el gobierno árabe, trazando un cuadro sombrío de la desdichada condición de los cristianos de Córdoba; lo que al menos es seguro es que Eulogio era muy estimado por los toledanos, y que los mártires de la capital les inspiraban vivo interés. Desde que supieron que Mohamed había comenzado a perseguir a sus correligionarios, tomaron las armas, dieron el mando a uno de los suyos llamado Sindola, y temiendo por la vida de sus rehenes en Córdoba, aseguraron la persona del gobernador árabe y enviaron a decir a Mohamed, que, si estimaba en algo la vida de aquél les devolviera inmediatamente a sus conciudadanos. Así lo hizo el sultán, y los Toledanos por su parte pusieron en libertad al gobernador, pero la guerra estaba declarada y era tan grande el temor que inspiraban los Toledanos, que la guarnición de Calatrava se apresuró a evacuar esta fortaleza, donde ya no se creía segura. Los Toledanos desmantelaron esta plaza, pero poco después el sultán envió tropas, e hizo reedificar los muros (853). Después mandó a dos de sus generales que marcharan sobre Toledo, pero los Toledanos después de haber pasado los desfiladeros de Sierra Morena, para salir al encuentro del enemigo, lo atacaron de improviso cerca de Andújar, lo pusieron en fuga y se apoderaron de su campamento.

Puesto que los Toledanos se atrevían a avanzar hasta Andújar, la misma capital se hallaba amenazada. Mohamed que conocía que para salir del peligro era preciso apelar a medidas enérgicas, reunió todas las tropas de que podía disponer y las condujo él mismo contra Toledo (junio 854). Por su parte Sindola, no confiando en sus fuerzas buscó aliados. Dirigióse al rey de León Ordoño I, quien le envió inmediatamente un ejército numeroso al mando de Gaton conde del Bierzo.

El gran número de combatientes reunidos en la ciudad parece que quitó a Mohamed la esperanza de reducirla, pero logró hacer sufrir a sus enemigos un terrible descalabro. Emboscando el grueso de sus tropas detrás de las rocas por las que corre el Guadalete, marchó contra la ciudad a la cabeza de un cuerpo poco numeroso, e hizo dirigir contra los muros sus máquinas de guerra. Viendo que un cuerpo tan reducido parecía querer intentar el asalto, los Toledanos, admirados de la audacia del enemigo, indujeron al conde Gaton a hacer una salida vigorosa. Gaton aprovechó diligentemente la ocasión de distinguirse que se le ofrecía. A la cabeza de sus tropas y de los Toledanos atacó a los soldados de Mohamed, pero estos huyeron en seguida llevándolos a la emboscada. De pronto los Toledanos y los leoneses, que los perseguían vivamente, se vieron cercados y atacados por una nube de enemigos. Casi todos fueron muertos.

«El hijo de Julio, cantó un posta de la corte, decía a Muza que marchaba delante de él: veo la muerte donde quiera, delante de mí, detrás de mí, alrededor de mí... las rocas del Guadalete lloran, lanzando profundos gemidos, esa multitud de esclavos (renegados), y de incircuncisos.»

Los bárbaros vencedores cortaron ocho mil cabezas, con las que hicieron un montón, sobre el que se subieron haciendo resonar el aire con sus aullidos. Más adelante, Mohamed hizo colocar estas cabezas en las murallas de Córdoba y de otras ciudades, y aun envió algunas a los príncipes africanos.

Contento con el triunfo que había obtenido, y seguro ya de que los toledanos que, según su propia cuenta habían perdido veinte mil hombres, no irían ya a inquietarle a Córdoba, Mohamed regresó a esta capital cuidando de que hostigasen a los Toledanos tan pronto los gobernadores de Calatrava y Talavera, como su hijo Mondhir. Él seguía entre tanto oprimiendo a los cristianos de Córdoba. Hizo demoler el convento de Tábanos, que pasaba con razón por ser el foco del fanatismo, y habiendo arrendado la percepción de los tributos impuestos a los cristianos, estos tuvieron que pagar mucho más que antes. El ardor de los exaltados no se entibió, y mientras que los que se apellidaban mártires continuaban entregando espontáneamente sus cabezas al verdugo, Alvaro y Eulogio continuaban defendiéndolos contra los moderados. El primero escribió con este objeto su «Indiculus luminosus,» el segundo su Apología de los mártires. Semejantes alegaciones eran necesarias en Córdoba, allí sumisos y pacientes los cristianos, atribuían sus sufrimientos más bien a la conducta insensata de los exaltados que a la intolerancia del sultán. Por el contrario en Toledo y en las ciudades cercanas, los cristianos tenían tanta simpatía por ellos y principalmente por Eulogio, que teniendo los obispos de esta provincia que elegir metropolitano por muerte de Wistremiro, eligieron a Eulogio por unanimidad, y como el sultán le negara su licencia para ir a Toledo, los obispos persistiendo en su resolución y esperando que se allanaran un día los obstáculos que se oponían a la ida de Eulogio, prohibieron elegir otro metropolitano mientras viviera.

A las palabras denigrantes de sus conciudadanos, los exaltados podían oponer el testimonio de afecto y de consideración que les daban los de Toledo. Bien pronto pudieron prevalerse de la autoridad de dos monjes franceses, que mostraron de un modo inequívoco, que colocaban a los mártires de este tiempo al mismo nivel que a los de los primeros siglos de la Iglesia.

Estos dos monjes que se llamaban Usuardo y Odilardo, y que pertenecían a la Abadía de San Germán de los Prados, llegaron a Córdoba el año 858. Su Abad, Hilduino, los había enviado a Valencia para que buscaran el cuerpo de S. Vicente, pero informados en el camino de que el cuerpo de este mártir había sido trasportado a Benevento, temían verse obligados a volver sin reliquias, cuando supieron en Barcelona que había habido recientemente mártires en Córdoba. «Lo difícil es llegar allá, les dijeron, pero si lo conseguís, estad seguros de que os han de dar algunas reliquias.»

Viajar por España en esta época era exponerse a todo género de azares y de peligros. Muchas veces era imposible del todo. Como los caminos estaban infestados de ladrones los que querían ir de un lugar a otro tenían que reunirse y formar una caravana, pero las comunicaciones eran tan pocos frecuentes, y la ocasión de hacerlo se presentaba tan rara vez, que cuando los monjes, resueltos a desafiar todos los peligros por conseguir reliquias, llegaron a Zaragoza, hacía ocho años que había salido para Córdoba la última caravana de esta ciudad: felizmente para ellos quiso la ventura que por entonces se preparaba a salir una caravana, y se unieron a ella. Los cristianos de la ciudad, persuadidos de que todos iban a perecer asesinados en alguna angostura, lloraban al despedirlos; pero nada justificó sus temores, y sin más que las fatigas y las molestias del camino, llegaron sanos y salvos a la capital del imperio musulmán, donde les dio hospitalidad un diácono de la iglesia de S. Cipriano. Por mucho

tiempo quedaron infructuosos todos los esfuerzos que hicieron para obtener reliquias. Un personaje influyente que se tomó por ellos mucho interés, llamado Leovigildo, por sobrenombre Abadsolomos, solicitó para ellos las de Aurelio y Jorge, que se hallaban en el convento de Pinna-Mellaria, pero los monjes de este convento las apreciaban tanto que, sin respeto a las órdenes terminantes del obispo Saúl se negaron a entregarlas a los franceses: fue preciso que fuera a obligarlos en persona, y aun entonces sostuvieron que no tenía derecho a privarlos de sus reliquias.

Después de haber pasado cerca de dos meses en Córdoba, Usuardo y Odilardo se pusieron en camino para volver a su patria, llevando consigo un enorme paquete dirigido al rey Carlos el Calvo, porque se quería hacer creer a los musulmanes que este paquete, en que iban los cuerpos de Aurelio y Jorge, no contenían sino presentes destinados al rey de Francia. Esta vez el viaje fue menos difícil y peligroso. El Sultán iba a llevar un ejército contra Toledo, y como todos los cuerpos, excepto los que hablan de quedar de guarnición en la capital, habían recibido orden de ponerse en camino, pudieron los franceses agregarse fácilmente a uno de estos cuerpos. En el campamento volvieron a encontrar a Leovigildo, que los condujo a Toledo. De allí hasta Alcalá de Henares, el camino estaba seguro, porque los señores semi guerrilleros, semi bandidos que de ordinario desbalijaban a los caminantes, habían abandonado sus castillos a la aproximación del ejército buscando un refugio tras los muros de Toledo. Ya de vuelta en Francia, los dos monjes depositaron las reliquias que, ya durante el camino habían hecho muchos milagros, en la iglesia de Esmant, lugar que pertenecía a la Abadía de San Germán y donde se habían refugiado la mayor parte de los monjes, porque los normandos habían quemado su convento. Trasladadas más tarde estas reliquias a S. Germán, fueron expuestas a la veneración de los fieles de París, e inspiraron tanto interés a Carlos el Calvo, que encargó a un tal Mancio de ir a Córdoba a recoger noticias exactas de Aurelio y Jorge.

La expedición contra Toledo que había a los monjes francesas la ocasión de volver a su patria, tuvo el resultado que deseaba el Sultán. Este recurrió de nuevo a la estratagema. Habiendo hecho ocupar el puente por sus tropas, hizo que sus ingenieros minasen los pilares sin que los toledanos se apercibieran, y cuando la obra estuvo casi acabada, hizo retirar sus tropas, atrayendo al puente a los toledanos. El puente se hundió de pronto y los soldados enemigos hallaron la muerte entre las ondas del Tajo.

Si algo pudo igualar el dolor que este desastre causó a los toledanos fue la alegría que produjo en la corte donde se acostumbraban a exagerar triunfos que no tenían nada de decisivo.

«El Eterno, decía un poeta cortesano, no podía dejar subsistir un puente destinado a soportar escuadrones de infieles. Privada de sus ciudadanos ha quedado Toledo, triste y desierta como una tumba.»

Poco tiempo después encontró también Mohamed la ocasión de desembarazarse en Córdoba, de su enemigo mortal.

Había entonces en la capital una joven llamada Leocricia. Hija de padres musulmanes, pero instruida secretamente en los misterios del cristianismo por una religiosa de su familia, acabó por confesar a sus padres que se había hecho administrar el bautismo. Los padres

indignados, después de haber tratado en vano de volverla con la dulzura a las banderas del islamismo, comenzaron a maltratarla. Maltratada noche y día, y temiendo además ser denunciada públicamente como apóstata, pidió un asilo a Eulogio y a su hermana Anulona. Eulogio que acaso sentía despertarse en su corazón el recuerdo de Flora a la que Leocricia se parecía bajo muchos aspectos, le mandó a decir que la ocultaría en cuanto consiguiera escaparse. Esta era la dificultad, pero Leocricia supo vencerla a fuerza de astucia. Fingió haber renegado de la religión cristiana, y vencido su disgusto por los placeres mundanos, y cuando vio a sus padres seguros y tranquilos, salió un día ricamente ataviada diciendo que iba a una boda, pero en vez de irse a la boda se fue en busca de Eulogio y Anulona que le indicaron como refugio la casa de uno de sus amigos.

Aunque sus padres ayudados por la policía la buscaron por todas partes, Leocricia consiguió al principio escapar a sus persecuciones; pero una vez que había pasado el día con Anulona a quien ella quería mucho, hizo la casualidad que el criado encargado de acompañarla por la noche no llegara hasta el amanecer, por lo que temiendo que la conociesen determinó quedarse en casa de Anulona hasta la noche inmediata. Esto fue lo que la perdió. Avisado el Cadí por una espía o por un traidor de que la joven que buscaba se hallaba en casa de la hermana de Eulogio, la cercaron los soldados, cumpliendo sus órdenes arrestaron a Leocracia y a Eulogio que estaba con ella y los llevaron ante el Cadí. Éste preguntó a Eulogio, por qué había ocultado a aquella joven y Eulogio le respondió:

«Se nos ha ordenado predicar y explicar nuestra religión a aquellos que se dirigen a nosotros. Esta joven ha querido que yo la instruyera y lo he hecho lo mejor que he podido, lo mismo haría con vos si lo solicitaseis.»

Como el proselitismo de que Eulogio se confesaba culpable no era un crimen capital, el Cadí se contentó con condenarlo a azotes. Eulogio tomó desde este momento su partido. Acaso había más orgullo que valor en su resolución, pero creyó que, para un hombre como él, era cien veces preferible sellar con su sangre los principios que siempre había profesado a sufrir un castigo ignominioso.

«Prepara y afila tu cuchilla, gritó al Cadí, haz que devuelva el alma a mi creador, pero no creas que he de dejar desgarrar mi cuerpo con el azote,» y enseguida vomitó un torrente de injurias contra Mahoma. Él creía que sería inmediatamente condenado a muerte, pero el Cadí que respetaba en él al primado electo de España no quiso tomar sobre sí tan gran responsabilidad y lo mandó conducir a su palacio, a fin de que los visires decidiesen de su suerte.

Introducido Eulogio en la sala del Consejo, uno de los grandes dignatarios del Estado, que lo conocía mucho, y que quería salvarlo, le dirigió estas palabras:

«No me admira Eulogio de que maniáticos e idiotas vayan a entregar sin necesidad la cabeza al verdugo, ¿pero es posible que vos, un hombre sensato, y que goza de la estimación general vayáis a seguir su ejemplo? ¿Qué demencia os arrastra, y qué es lo que os lleva a odiarla vida hasta ese punto? Escuchadme, os lo suplico; ceded en este momento a la necesidad, pronunciad una sola palabra y nosotros os prometemos, mis colegas y yo, que no tendréis nada que temer.»

El sentimiento que expresaban estas palabras era el de todos los musulmanes ilustrados que más bien compadecían que odiaban a esos fanáticos, y que sentían verse obligados para cumplir con la ley a enviar al cadalso a infelices que consideraban como locos. Acaso Eulogio, que hasta entonces no había experimentado la sed del martirio, por más que hubiera inducido a buscarlo a otros y que a todo tirar era más bien un jefe de partido ambicioso que un fanático, conocía en aquel momento que los musulmanes eran menos bárbaros de lo que había creído, pero conocía también que no podía desdecirse sin exponerse al justo menosprecio de su partido. Respondió, pues, como habían respondido sus discípulos, los otros mártires, en circunstancias análogas, y aunque a pesar suyo tuvieron los visires que condenarlo a muerte en el mismo instante. Eulogio mostró una gran resignación. Habiéndole abofeteado un eunuco, el sacerdote, tomando a la letra el tan conocido precepto del Evangelio, le presentó la otra mejilla diciéndole: «Pega también aquí,» lo que el eunuco no se hizo repetir dos veces. En seguida subió al cadalso con gran firmeza, se arrodilló, hizo la señal de la cruz, pronunció en voz baja una breve oración, puso la cabeza sobre el tajo y recibió el golpe fatal (11 de marzo del 859.) Cuatro días después, Leocricia, convencida de apostasía, murió también en el patíbulo.

El suplicio del primado electo, causó una sensación profunda, no solo en Córdoba, donde se refirieron en seguida multitud de milagros hechos por las reliquias del Santo, sino en toda España. Muchas crónicas del norte de la Península, que no dicen casi nada de lo que sucedía en Córdoba, indican con la mayor precisión el año y hasta el día del suplicio de Eulogio, y veinte y cuatro años más tarde, Alfonso, rey de León, pactando una tregua con el Sultán Mohamed, estipuló entre otras cláusulas, que se le entregaran los cuerpos de S. Eulogio y de Santa Leocricia.

Privados de su jefe los exaltados, continuaron por algún tiempo blasfemando de Mahoma, a fin de morir en el patíbulo, pero poco a poco, como al cabo todo se gasta, el singular entusiasmo que durante tantos años había reinado en Córdoba, sufrió la ley común, y pasado algún tiempo, ya no quedaba de él más que la memoria. Además, se entraba en un nuevo período. Los renegados y los cristianos de las montañas de Regio se insurreccionaron. Esta rebelión, ya muy formidable, por sí misma, fue acompañada o seguida de la de toda la península, y proporcionó a los cristianos de Córdoba la ocasión de demostrar de otra manera su odio al nombre musulmán.

II

El viajero que para ir de Córdoba a Málaga prefiere soportar estoicamente las fatigas y las privaciones de una excursión poética en un país bello pero salvaje, al traqueteo de un carruaje en monótonas y aburridas carreteras, atraviesa primero un terreno onduloso y bien cultivado que se extiende hasta el Genil, luego una comarca enteramente llana y unida hasta Campillos. Aquí es donde comienzan las Serranías de Ronda y de Málaga, la parte más romántica de Andalucía. Ya, salvaje y grandiosa, inspira esta cadena de montañas una especie de terror poético con sus majestuosos bosques de encinas, de alcornoques y de castaños, sus sombríos y profundos barrancos, sus torrentes que se precipitan con estruendo de precipicio en precipicio, sus antiguos castillos medio arruinados y sus lugares suspendidos en la pared de rocas cortadas a pico, cuyas cimas están desnudas de vegetación y cuyos costados parecen ennegrecidos y carcomidos por el rayo; ya riente y suave, toma un aire de fiesta con sus viñas,

sus prados, sus bosquecillos de almendros, de cerezos, de limoneros, de naranjos, de higueras y de granados, sus florestas de adelfas en que se cuentan más flores que hojas, sus riachuelos vadeables que serpentean con encantadora coquetería, sus huertos que suministran a casi todo el Mediodía de la Península peros y manzanas, sus sembrados de lino, de cáñamo, y sobre todo de trigo, cuyas espigas dan pan que pasa por ser el más blanco y más exquisito del mundo.

El pueblo que habita esta serranía es alegre, decidor, hermoso, ligero e ingenioso, gusta de reír, de cantar, de bailar al son de las castañuelas, de tocar la guitarra o la bandurria, pero es al mismo tiempo orgulloso, quimerista, al par valiente y fanfarrón y de un genio tan violento, que casi siempre el golpe mortal sigue a la oblicua mirada de su cólera, y no se da fiesta sin que resulten dos o tres heridos. Las mujeres, aunque de notable belleza, tienen algo de viril, altas y robustas no se asustan de los trabajos más penosos, transportan con facilidad pesados fardos y se les ha visto pelear entre sí.

En tiempo de paz, se ocupan estos montañeses en el contrabando, trayendo mercancías inglesas de Gibraltar y burlando con maravillosa destreza los numerosos empleados de las aduanas. A veces se reúnen en número suficiente bajo sus jefes más famosos y descienden al llano para vender sus mercancías y resisten vigorosamente a las tropas enviadas en su persecución. En tiempo de turbulencias y de discordias civiles, muchos se hacen bandidos y entonces son o «ladrones» o «rateros.» Sin ser bandidos de profesión, estos últimos que se reclutan entre pastores, labriegos sin trabajo, jornaleros perezosos, segadores nómadas, posaderos sin parroquianos, y hasta aperadores, roban por afición y sólo cuando los pasajeros van desprevenidos; cuando los encuentran bien armados y acompañados, «el ratero» esconde su retaco, tema sus herramientas y hace como que trabaja. Repartidos por todas partes estos ladrones de baja estofa, están siempre dispuestos a ayudar, ya a los verdaderos ladrones, ya a la policía según las circunstancias, porque como prudentes auxiliares solo ayudan al vencedor. Los verdaderos ladrones que, alistados como los soldados, no van sino a caballo y en cuadrilla son más reputados.

Así como los «rateros» por miedo de ser descubiertos asesinan muchas veces a los que roban, los «ladrones» no matan más que al que se defiende; urbanos y respetuosos, sobre todo con las señoras, despojan al viajero con todo miramiento. Lejos de ser menospreciados gozan de gran consideración entre la multitud. Se alzan contra las leyes, se declaran en rebeldía contra la sociedad, aterrorizan los lugares que explotan, pero gozan de cierto prestigio, tienen cierta grandeza; su audacia, su genio aventurero, su galantería, agradan a las mujeres más asustadizas; y si caen en manos de la justicia y los ahorcan, su suplicio inspira interés, simpatía, compasión. En nuestros días se ha hecho famoso José María como capitán de ladrones, y su memoria vivirá mucho tiempo en la memoria de los andaluces como el ladrón modelo. Una casualidad lo llevó a esta vía. Habiendo hecho una muerte en un momento de coraje, huyó a la sierra para escapar a la justicia, y no quedándole más recurso que vivir de su escopeta, organizó su partida, adquirió caballos y empezó a robar a los caminantes. Bravo, activo, inteligente y perfecto conocedor del país, supo salir bien en todas sus empresas y escapar a las persecuciones de la justicia. En todas partes tenía juramentados, y cuando le hacía falta un hombre para completar la partida, tenía siempre más de cuarenta entre quienes elegir, tanto se ambicionaba el honor de servir a sus órdenes. Mantenía inteligencia con los

mismos magistrados, tanto que, en una proclama del Capitán General, las autoridades de cuatro distritos fueron señaladas como sus cómplices. Su poder era tan grande que dominaba todas las carreteras del Mediodía, y la Dirección de Correos para obtener libre paso, le pagaba ordinariamente el tributo de una onza por carruaje. Gobernaba a su cuadrilla más arbitrariamente que ningún soberano a sus súbditos, y sus decisiones estaban inspiradas por un espíritu de justicia salvaje.

En tiempo de guerra, estos contrabandistas y estos bandidos acostumbrados a lucha sin tregua con una naturaleza salvaje, son enemigos muy temibles. Cierto es que son vencidos en los ataques que exigen alguna combinación; verdad también que en el llano no pueden resistir a las sabias maniobras de las tropas regulares, pero en los senderos escarpados, estrechos y tortuosos de sus montañas, su agilidad y su conocimiento del terreno les dan sobre los soldados una inmensa ventaja. Las tropas francesas tuvieron ocasión de hacer la prueba cuando el fantasma del rey colocado por Napoleón en el trono de España intentó someter estos intrépidos montañeses a su detestada autoridad. Cuando los húsares franceses lograban acarrearlos a la llanura, los acuchillaban a centenares, pero en los senderos en Zig-zag, suspendidos al borde de espantosos precipicios, donde sus caballos los embarazaban lejos de serles de alguna utilidad, caían en emboscadas a cada paso. Cuando menos lo esperaban se veían envueltos por una nube de enemigos que tiroteaban sus flancos, y, que sin cesar de hacer fuego, ganaban en seguida la cima de rocas a donde no se les podían perseguir; de modo, que huyendo siempre acababan por destruir columnas enteras, sin que los franceses pudieran tomar venganza. A pesar de los horrores de la guerra no dejaron los serranos de manifestar de cuando en cuando el carácter chancero y burlón que le es natural. En Olvera, donde los húsares habían pedido un becerro, les trajeron un borrico hecho cuartos. Los húsares hallaron que este buey como ellos lo llamaban tenía el gusto un poco soso, y en adelante, los serranos, cuando se tiroteaban con ellos les decían.

"¡Vosotros fuisteis los que os comisteis el asno en Olbera!"

En su opinión era la injuria más sangrienta que se puede hacer a un cristiano.

En el siglo nueve esta provincia que llevaba el nombre de Raya, o antes el de Regio (Regio montana, según toda probabilidad) y cuya capital era Archidona, tenía una población casi exclusivamente española enteramente parecida a la actual, con el mismo carácter y los mismos gustos, los mismos vicios y las mismas virtudes. Algunos de estos montañeses, eran cristianos, otros, el mayor número, musulmanes, pero todos se reconocían españoles, todos tenían un odio implacable a los opresores de su patria, y apasionados de su independencia, no queriendo que la tiranía extranjera engordara más tiempo con sus despojos, acechaban todo el momento de sacudirse el yugo. Este momento, impacientemente esperado, no podía estar lejos. Los triunfos que diariamente obtenían sus compatriotas en otras provincias, demostraban a los serranos que con valor y audacia no les sería difícil conseguir sus deseos. Ya Toledo estaba libre. Durante veinte años, el Sultán había tratado, en vano, de someterla a su poder. Los cristianos, que habían conservado su preponderancia en la ciudad, se habían puesto bajo la protección del rey de León y aunque vendidos por los renegados habían obligado al Sultán en el año 873 a otorgarles un tratado en que se les garantía el mantenimiento del gobierno

republicano que ellos habían establecido, y una existencia política casi independiente, pues el tratado no los obligaba más que a un tributo anual.

Otro estado independiente se había fundado en Aragón, provincia que entre los árabes llevaba el nombre de la Frontera superior, por una antigua familia visigoda, la de los Ben-Casi. Esta casa se había elevado a tan alto grado de poder, hacia la mitad del siglo IX, gracias a los talentos de Musa II, que estaba al nivel de las casas reales. Cuando Mohamed subió al trono, Muza era dueño de Zaragoza, de Tudela, de Huesca; de toda la Frontera superior. Toledo había hecho alianza con él y su hijo Lope era un cónsul de esta ciudad. Guerrero intrépido e infatigable, ya volvía sus armas contra el Conde de Barcelona o el de Álava, ya contra el de Castilla o el rey de Francia. Llegado al colmo de la gloria y del poder, respetado y agasajado por todos sus vecinos, aun por el rey de Francia Carlos el Calvo, que le enviaban magníficos presentes, Muza se daba aires de soberano, sin que nadie se atreviera a contestárselo, y, en fin, queriendo serlo de nombre como lo era de hecho, tomó atrevidamente el título de «tercer rey de España. «Después de la muerte de este hombre extraordinario (862) es verdad que el Sultán recobró Tudela y Zaragoza, pero no le duró mucho su alegría. Diez años después, los hijos de Muza, ayudados por los habitantes de la provincia, que se habían acostumbrado a no tener más señores que los Beni-Casi, arrojaron las tropas del Sultán. Este trató entonces de reducirlos, pero los Beni-Casi secundados por el Rey de León, Alfonso III, que había hecho con ellos tan estrecha alianza, que les había confiado la educación de su hijo Ordoño, rechazaron victoriosamente sus ataques.

Así el Norte estaba libre y aliado contra el Sultán. Por la misma época un audaz renegado de Mérida, Ibn-Merwan fundaba un principado independiente en el Oeste. Entregado al Sultán, después de la sumisión de Mérida, en cuya insurrección había sido uno de los jefes, era capitán de guardias de Corps, cuando en el año de 855 el primer ministro Hachim que tenía no sé qué queja de él le dijo un día delante de los visires: «vales menos que un perro,» y para colmo de ignominia le hizo dar de bofetadas. Jurando en su furor exponerse a todo antes que volver a sufrir semejantes tratamientos, Ibn-Merwan reúne a sus amigos, huye con ellos y se apodera del castillo de Alange (al Sur de Mérida), y se pone en defensa. Asediado en esta fortaleza por las tropas del Sultán, y no teniendo víveres, tanto que él y sus compañeros tuvieron que alimentarse con la carne de sus caballos, capituló al cabo de tres meses, cuando le falló el agua; pero dada la posición desesperada en que se encontraba, obtuvo condiciones que pudieran pasar por ventajosas, pues se les permitió retirarse a Badajoz que en esta época no era todavía una ciudad amurallada, y establecerse allí. Habiendo escapado de este modo de las garras del Sultán, Ibn-Merwan llegó a ser para él un enemigo tan peligroso como implacable. Habiendo reunido su banda con otra compuesta también de renegados y mandada por uno llamado Sadun, llamó a las armas a los renegados de Mérida y de otros lugares, predicó a sus compatriotas una nueva religión, que era un término medio entre el Islamismo y el Cristianismo, hizo una alianza con Alfonso III, aliado natural de todos los que se rebelaban contra el Sultán, y esparciendo el terror por los campos, pero sin maltratar ni imponer tributos más que a los enemigos del país, los árabes y los bereberes, vengó de un modo sangriento sus injurias y las de su patria.

Queriendo reprimir sus fechorías, el Sultán mandó contra él un ejército bajo el mando de su ministro Hachim y de su hijo Mondhir. En lugar de esperar al enemigo, Ibn-Merwan le salió al encuentro y enviando a Sadun a pedir auxilios al rey de León se metió en Caracue. Hachim estableció su campamento en las cercanías de esta fortaleza, de que se ven aun grandes ruinas, e hizo ocupar la de Monte-Salud por uno de sus tenientes. Poco tiempo después, este teniente le avisó de que Sadun se aproximaba a Monte-Salud con tropas leonesas auxiliares, pero que, siendo poco numerosas, era fácil sorprenderlas. El teniente se engañaba; las fuerzas de Sadun eran bastante considerables, pero queriendo atraer a los enemigos a una celada, el astuto capitán había hecho extender el rumor de que su ejército era débil. Logró su designio a maravilla. Engañado por las noticias de su teniente, Hachim salió con algunos escuadrones al encuentro de Sadun, éste informado de todo por sus espías le dejó internarse en la montaña. Puesto al asecho le esperaba en un desfiladero, ocultó a los suyos detrás de las rocas cercanas, cayó sobre los enemigos en un momento en que estos no lo esperaban, e hizo en ellos gran carnicería. El mismo Hachim, herido muchas veces, fue hecho prisionero, después de haber visto caer a su lado cincuenta de sus tenientes principales. Se le llevó a Ibn-Merwan. Su vida estaba ahora en manos de aquel a quien había ofendido tan cruelmente, pero Ibn-Merwan tuvo la generosidad de no hacerle ningún reproche, lo trató con todas las consideraciones debidas a su rango y lo envió a su aliado el rey de León.

Cuando supo el Sultán lo que había pasado, se puso furioso, sin duda le afligía la cautividad de su favorito; pero lo que le afligía mucho más y lo que no podía rehusar sin deshonrarse, era rescatarlo de manos del rey de León ¡y Alfonso exigía cien mil ducados! Esto era poner a dura prueba al avaro Sultán. Así que hallaba mil razones para dispensarse de pagar una suma tan enorme. «Si Hachim ha sido hecho prisionero, decía, él se tiene la culpa, ¿por qué es siempre tan temerario? No es más que un aturdido que no sabe lo que se hace, y que no atiende nunca consejos prudentes.» En fin, después de haberlo dejado gemir en la cárcel dos años, consintió pagar una parte del rescate. Por su parte Hachim prometió al rey de León pagarle el resto más adelante: le dejó sus hermanos, su hijo y su sobrino en rehenes, y volvió a Córdoba, ardiendo en deseos de vengarse de Ibn-Merwan. Durante el intervalo éste había asolado los distritos de Sevilla y Niebla, y el Sultán que no podía hacer nada contra él, le rogó que él mismo dictase las condiciones con las que se obligaba a suspender las irrupciones que arruinaban al país.

La respuesta de Ibn-Merwan fue altiva y amenazadora.

«Suspenderé mis irrupciones y hasta ordenaré que se nombre el Sultán en las oraciones públicas, a condición de que me ceda Badajoz, que me permita fortificar este distrito y que me dispense de pagar contribuciones y de obedecerle en todo y si no, no.»

Por humillantes que fuesen estas condiciones el Sultán las aceptó. Hachim trató ahora de persuadir a su señor, de que en aquellas circunstancias no le sería difícil reducir a este orgulloso rebelde.

«Antes decía, era imposible coger a Ibn-Merwan, porque no teniendo morada fija, él y sus jinetes sabían siempre ocultarse de nuestras persecuciones; pero ahora que está encerrado en una ciudad ya es nuestro. Podemos sitiarlo, y sabremos obligarlo a rendirse.»

Consiguió que el monarca aprobase su plan, y habiendo obtenido su autorización para salir con el ejército, se había adelantado ya hasta Niebla, cuando Ibn-Merwan hizo llegar al sultán un mensaje concebido en estos términos:

«He sabido que Hachim marcha hacia el Oeste. Demasiado comprendo que creyendo poderme encerrar en una ciudad, cree haber encontrado la ocasión de vengarse de mí; pero os juro que si pasa de Niebla quemaré Badajoz, y volveré a tomar la vida que he llevado otras veces.»

El sultán se asustó tanto con esta amenaza, que envió al punto a su ministro la orden de volverse a Córdoba con el ejército, y en adelante, no tuvo más la veleidad de reducir a tan terrible enemigo.

Así, mientras que los insurrectos se mostraban fuertes y valerosos, el gobierno se mostraba débil y cobarde. A cada concesión que hacía a los rebeldes, con cada tratado que les otorgaba, perdía algo del prestigio del que tenía tanta necesidad para inspirar respeto a una población mal sometida, irritada y mucho más numerosa que sus señores. Los montañeses de Regio enardecidos con las noticias que les llegaban del norte y el oeste, comenzaron a agitarse á su vez. En el año 879 hubo motines e insurrecciones en muchos lugares de la provincia. El gobierno que no desconocía los peligros que le amenazaban por esta parte se alarmó mucho con los avisos que recibía. Diéronse órdenes rápidas y severas. Se echó mano al jefe de una banda temible y se le envió a Córdoba. Se construyeron apresuradamente fortalezas en las alturas que más convenía conservar. Todas estas medidas irritaban a los Serranos sin amedrentarlos. Sin embargo, había todavía poca cohesión en sus movimientos, les faltaba un jefe de carácter superior, capaz de dirigir hacia un objeto preconcebido sus vagos arranques de patriotismo. Si tal hombre se presentara no tendría más que hacer una seña para conmover la población de la montaña y la montaña marcharía con él.

III

Por el tiempo en que los montañeses andaluces comenzaban a agitarse, había en un lugarejo cerca de Hizn-Aute (hoy Iznate) un hidalgo campesino llamado Hafz. Procedía de ilustre familia, pues su quinto abuelo, el visigodo Alfonso, había llevado el título de Conde, pero acomodándose a las vicisitudes políticas y religiosas, ya por estoicismo, ya por apatía, el abuelo de Hafz que bajo el reinado de Haquem I había dejado Ronda para venir a establecerse cerca de Hizn-Aute, se había hecho musulmán y sus descendientes pasaban por tales aunque en el fondo de su corazón guardasen un piadoso recuerdo de la religión desús antepasados.

Gracias a su actividad y a su economía, Hafz había reunido una hermosa fortuna. Sus convecinos, menos ricos que él, lo respetaban y lo honraban hasta el punto de llamarle, no Hafz sino Hafzun, cuya terminación equivalía a un título de nobleza, y nada, según todas las probabilidades, hubiera turbado su pacifica existencia, si la mala conducta de su hijo Omar no le causara continuas inquietudes y profundos sinsabores. Vano, altanero, arrogante, de genio turbulento y pendenciero, no mostraba este joven impetuoso más que el lado malo del carácter andaluz. La menor ofensa bastaba para encenderlo en ira; una palabra, un gesto, una mirada, la intención sola; en más de una ocasión lo llevaron a la granja magullado, con el rostro cubierto de sangre, lleno de contusiones y de heridas. Con semejante carácter debía acabar por

matar o ser muerto. Y en efecto, un día que tuvo una cuestión con uno de sus vecinos sin motivo le dejó en el sitio. Para librarlo de la horca, su padre desesperado dejó con él la granja, que había habitado su familia tres cuartos de siglo, y fue a establecerse en la Serranía de Ronda, al pie de la montaña de Bobastro. Allí, en medio de aquella naturaleza salvaje, el joven Omar, que gustaba de perderse en lo más espeso de las selvas y en las gargantas menos frecuentadas, acabó por tomar el oficio de bandido, de ratero, como diríamos ahora. Cayó en manos de la justicia, y el gobernador le hizo dar azotes. Quiso volver a la casa de su padre, y éste lo echó como a un pillo incorregible. Entonces, no sabiendo qué hacer en España para ganarse la vida, se fue a la costa, se embarcó en un buque que iba a África, y después de haber llevado durante algún tiempo una existencia aventurera, llegó al fin a Tahor, donde entró como aprendiz en la tienda de un sastre que era del distrito de Regio, a quien conocía algo.

Trabajando un día con su amo, entró en la tienda un viejo que no había visto nunca; pero que era también andaluz, y entregó al sastre un pedazo de tela para que le cortara un vestido. El sastre se levantó al punto, le ofreció una silla y entabló con él una conversación, en la que el aprendiz se mezcló insensiblemente. El viejo preguntó al sastre quién era este joven.

—Es uno de mis antiguos vecinos de Regio, que ha venido aquí para aprender mi oficio.

—¿Hace mucho que dejaste Regio? le preguntó el viejo a Omar.

—Cuarenta días.

—¿Conoces la montaña de Bobastro en ese distrito?

—Como que vivía al pie de ella.

—¡De veras! Es que allí hay una rebelión.

—Os aseguro que no.

—Pues bien, antes de poco habrá una.

Cayóse el viejo por unos instantes, y luego continuó:

—¿Conoces por aquellos alrededores a un tal Omar, hijo de Hafzun?

Al oír su nombre, Omar palideció, bajó los ojos y se calló. El viejo lo miró entonces atentamente, y notó que tenía un colmillo roto. Este viejo era uno de esos españoles que creían firmemente en la resurrección de su raza. Habiendo oído hablar muchas veces de Omar, había creído reconocer en él una de esas naturalezas superiores que pueden hacer mucho bien o mucho mal según la dirección que se les dé, y presentía que en ese joven indomable, en ese gran quimerista, en ese bandido de la montaña, había materia para hacer un jefe de partido. El silencio de Omar, su aire confuso, el colmillo que le faltaba, (el viejo había oído decir que Omar había perdido uno en una riña) le habían dado la seguridad de que era a Omar a quien hablaba, y queriendo ofrecer un noble objeto a la necesidad de actividad que devoraba al fogoso joven, exclamó:

«¿Piensas desgraciado que manejando la aguja vas a escapar de la miseria? ¡Vuelve a tu país y toma la espada! Tú llegarás a ser un terrible enemigo de los Omeyas y reinarás sobre un gran pueblo.»

Estas palabras verdaderamente proféticas sirvieron sin duda más adelante para estimular la ambición de Omar; pero por lo pronto produjeron en él un efecto muy distinto. Temeroso de ser reconocido por personas menos benévolas, y entregado al gobernador español por el príncipe de Tahor, que en todo se dejaba guiar por el gobierno de Córdoba, abandonó en seguida la ciudad, llevando por todo equipaje dos panes que acababa de comprar, y que ocultó en las mangas.

Vuelto a España, como no se atrevía a presentarse delante de su padre, fue a buscar a su tío y le contó lo que le había dicho el hombre de Tahor. Este tío en quien se unían una gran credulidad a un espíritu emprendedor, tuvo fe en la predicción del viejo. Aconsejó a su sobrino seguir su sino e intentar una rebelión, prometiéndole ayudarle con todo lo que pudiera. No necesitó trabajar mucho para convencerlo, y habiendo reunido unos cuarenta mozos del cortijo, les propuso formar una partida a las órdenes de su sobrino. Aceptaron todos y Omar los organizó y se estableció con ellos en la montaña de Bobastro. (880 ó 881), donde se hallaban las ruinas de una fortaleza romana del *Municipium Singiliense Barbastrense*, que los del país llaman hoy «el Castillon. Estas ruinas eran fáciles de reparar y Omar lo hizo. Ningún lugar podía encontrarse tan bien situado para servir de asilo a una cuadrilla de ladrones o de partidarios. La roca en que la fortaleza se asentaba, es muy alta, muy escarpada e inaccesible por el Este y por el Sur, de modo que el castillo era casi inexpugnable. Únase a esto, su proximidad a la gran vega que extiende desde Campillos hasta Córdoba. En ella, la partida de Omar podía fácilmente hacer correrías, llevarse ganados e imponer contribuciones ilegales a los cortijos aislados. A esto se limitaron la primeras hazañas de Omar, pero pronto juzgó que el oficio de ladrón de camino real no era digno de él, y en cuanto su cuadrilla, engrosada con todos los que tenían interés en retirarse de la sociedad y ponerse en salvo detrás de buenas murallas sobre la cima de una roca, llegó a ser bastante considerable, para hacerse respetar de la pequeña guarnición del cantón, comenzó a hacer atrevidas expediciones hasta las puertas mismas de las ciudades, y a señalarse por golpes de imano tan audaces como brillantes. Justamente alarmado el gobernador de Regio, se decidió al fin a atacar a este cuerpo de partidarios con todas las tropas de la provincia, pero fue derrotado, abandonando en su fuga hasta su tienda a los insurrectos. El sultán que atribuía este desastre a la impericia del gobernador, nombró otro en su lugar pero éste no tuvo más acierto, pues de tal modo le asustó la resistencia de la guarnición de Bobastro que hizo una tregua con Omar. La tregua no fue de larga duración, y Omar, aunque atacado en diversas ocasiones, supo mantenerse dos ó tres años en su sierra, pero al cabo de este tiempo, el primer ministro Hachim, le obligó a rendirse y lo llevó a Córdoba con su partida. El sultán que veía en Omar un oficial excelente y en los suyos buenos soldados, lo recibió bondadosamente y le propuso entrar en el ejército. Convencidos de que por el pronto no podían hacer otra cosa aceptaron la proposición.

Poco tiempo después, cuando en el verano del año 833 Hachim fue a combatir a Mohamed, hijo de Lope, jefe entonces de los Beni-Casi, y a Alfonso rey de León, Omar que lo acompañaba halló ocasión de distinguirse en muchos encuentros y especialmente en la acción

de Pancorbo. Sereno y frío cuando era menester y ardiente cuando convenía obrar, fácilmente se concilió la estimación y el favor del general en jefe; pero cuando volvió a Córdoba no tardó en tener motivos de queja del Prefecto de la ciudad Ibn-Ghanim, que, a causa de su odio a Hachim, tenía el gusto de vejar y de atormentar a los oficiales, que como Omar, gozaban del favor del ministro. A cada instante les hacía mudar de alojamiento, y el trigo que les suministraba era de la peor calidad. Omar, de genio poco sufrido, no pudo ocultar su resentimiento, y un día enseñó al Prefecto un pedazo de pan negro y le dijo:

—¡Que Dios tenga piedad de vos! ¿Se puede comer esto?

—¿Quién eres tú, pobre diablo, le respondió el Prefecto, para atreverte a dirigirme una pregunta tan impertinente?»

Profundamente indignado volvía Omar a su casa cuando se encontró a Hachim que iba a palacio, y se lo contó todo.

«Ignoran aquí lo que tú vales, y tienes que enseñárselo», le respondió el ministro y siguió su camino.

Disgustado así del servicio del sultán, propuso a sus compañeros volverse a sus montañas a la vida aventurera y libre que habían llevado juntos tanto tiempo. No deseaban otra cosa, así que antes de ponerse el sol se hallaban en camino de Bobastro (884).

El primer cuidado de Omar fue el de apoderarse de nuevo del castillo. Era difícil, porque Hachim que conocía la importancia de esta fortaleza, había confiado su custodia a una numerosa guarnición, haciéndola flanquear, además con tantas torres y bastiones, que podía considerársele inexpugnable. Pero Omar, lleno de confianza en su buena estrella, no se dejó desanimar. Secundado por su tío, juntó primero algunos hombres resueltos a su tropa, que le parecía demasiado débil, y luego sin dar a los soldados que había en el castillo lugar de organizar la resistencia, lo atacó atrevidamente y los hizo huir con tanta precipitación, que no les dio siquiera tiempo de llevarse consigo a la joven amante de su capitán, la que agradó tanto a Omar, que la tomó por mujer o por querida.

A partir desde este instante Omar, ese José María del siglo IX, que fue mejor ayudado por las circunstancias, no era ya un capitán de bandoleros, sino el jefe de toda la raza española del Mediodía. Él se dirigía a todos sus compatriotas cristianos o musulmanes y les decía: «Demasiado tiempo habéis soportado ya el yugo de ese sultán que os arrebata vuestros bienes y os aniquila con forzosas contribuciones. ¿Os dejaréis pisotear por los árabes que os miran como sus esclavos?... No creáis que la ambición es lo que me hace hablar así, no tengo otra más que la de vengaros y libertaros de la servidumbre.» Cada vez que Ibn-Hafzun hablaba así, dice un historiador árabe, los que lo escuchaban le daban las gracias y se declaraban prontos a obedecerlo. También enemigos suyos, los únicos que han escrito su historia, son los que dicen que desde que se hizo jefe de partido se enmendó de sus antiguos defectos. En lugar de ser como antes orgulloso y quimerista; era afable y cortés hasta con el último de sus soldados, así, que los que servían bajo sus órdenes le tenían tanto afecto que rayaba en idolatría, le obedecían con una disciplina y una puntualidad cuasi fanáticas, por grande que fuera el peligro, todos marchaban a la primera señal, por él se hubieran arrojado al fuego. Siempre a

su cabeza y siempre en lo más empeñado de la pelea, Hafzun se batía como un simple soldado; manejaba la lanza y la espada como el más hábil de los suyos; atacaba a los más valientes campeones, y no abandonaba la partida hasta que estaba ganada. No es posible portarse con más bizarría ni dar ejemplo de una manera más brillante. Recompensaba generosamente los servicios que le prestaban, concediendo amplísima parte a los de los que más se habían distinguido, y honraba el valor hasta en los enemigos, pues que muchas veces devolvía la libertad a los que habían caído en su poder después de batirse valerosamente. Castigaba por otra parte a los malhechores rigorosamente. Un espíritu de salvaje justicia presidía a sus decisiones; no exigía ni pruebas ni testigos; le bastaba la convicción de que la acusación era fundada. Por eso, aunque el bandolerismo está en la sangre de este pueblo; gracias a la buena y pronta justicia de su jefe, las serranos gozaron bien pronto de una completa seguridad. Los árabes aseguran que en este tiempo una mujer cargada de dinero podía caminar sola sin que nada tuviese que temer.

Cerca de dos años pasaron sin que el Sultán nada serio emprendiera contra este temible campeón de una nacionalidad mucho tiempo oprimida; pero a principios de junio del 886, Mondhir, presunto heredero del trono, fue a atacar al señor de Alhama, aliado de Omar y renegado como él. Omar corrió al socorro de su amigo y se encerró en Alhama. Después de sostener un sitio de dos meses, los renegados que comenzaban a escasear de víveres, resolvieron abrirse paso a través de los enemigos; pero la salida no fue feliz. Omar recibió muchas heridas, le mutilaron una mano, y después de haber perdido muchos soldados, se vio obligado a volverse a la fortaleza. Felizmente para los renegados, Mondhir recibió después una noticia que le obligó a levantar el sitio, y volver a Córdoba: su padre acababa de morir (4 de agosto del 886). Omar se aprovechó de este acontecimiento para extender sus dominios. Dirigióse a los castellanos de gran número de fortalezas, invitándoles a hacer causa común, y todos le reconocieron por soberano. Desde entonces fue el verdadero rey del Sur.

Sin embargo, había encontrado en el Sultán que acababa de subir al trono, un adversario digno de él. Era un príncipe activo, prudente y bravo; los clientes Omeyas creen que, si hubiera reinado un año más, hubiera obligado a todos los rebeldes del Mediodía a deponer las armas. Opuso a los rebeldes una enérgica resistencia. Los distritos de Cabra, de Elvira y de Jaén fueron teatro de una lucha encarnizada, en que alternaron los triunfos y los reveses. En la primavera del año de 888, Mondhir marchó en persona contra los insurrectos, se apoderó por el camino de algunas fortalezas, asoló los alrededores de, Bobastro, y fue a sitiar Archidona. El renegado Aichun, que mandaba allí, no estaba exento de esa fanfarronería, que se reprocha aun a los andaluces. Seguro de su valor, de que nadie dudaba, repetía a cada paso: «Si me dejo atrapar por el Sultán, le permito que me crucifique con un cerdo a mi derecha y un perro a mi izquierda.» Olvidaba que el Sultán tenía para cogerlo un medio más seguro que la fuerza de las armas. Algunos vecinos de la ciudad se dejaron ganar, prometiendo a Mondhir entregarle vivo a su jefe, y un día que Aichun entró sin armas en casa de uno de estos traidores, lo sujetaron de improviso, lo cargaron de cadenas, y fue entregado al Sultán y crucificado del mismo modo que él había dicho. Archidona se rindió poco después. Luego el Sultán hizo prisioneros á los tres Beni-Matruh, que poseían castillos en la Sierra de Priego, y habiéndolos hecho crucificar con diez y nueve de sus tenientes principales fue a poner sitio a Bobastro.

Seguro de que su roca era inconquistable, Ibn-Hafzun se inquietaba tan poco con este sitio, que no pensaba más que enjugarle una picardigüela al Sultán. La broma y la alegría eran propias de su carácter. Envió, pues, proposiciones de paz a Mondhir. «Iré a habitar a Córdoba con mi familia, le mandó a decir, seré uno de vuestros generales, y mis hijos serán vuestros clientes.» Mondhir, cayó en el lazo. Hizo venir de Córdoba al Cadí y a los principales teólogos, y les hizo redactar un tratado de paz en los términos propuestos por Ibn-Hafzun. Este se presentó entonces al Sultán que había establecido su cuartel general en un castillo cercano, y le dijo: «Os ruego que me hagáis el favor de enviar un centenar de mulas a Bobastro para trasportar mis equipajes.» El Sultán se lo prometió, y poco después, cuando ya el ejército se había alejado de Bobastro, fueron enviados los mulos pedidos con una escolta de diez centuriones y ciento cincuenta caballos. Poco vigilado, porque creían poder fiarse de él, Ibn-Hafzun aprovechó la noche para escaparse, volvió a Bobastro lo más ligero que pudo, mandó que lo siguieran algunos soldados, atacó la escolta, les quitó los mulos, y los puso en seguridad detrás de las excelentes murallas de su castillo.

Furioso por haberse dejado engañar, juró Mondhir, en su cólera, poner de nuevo sitio a Bobastro, y no levantarlo hasta que se entregara el pérfido renegado. La muerte le dispensó de su juramento. Su hermano Abdallah, que tenía exactamente su misma edad, y que ambicionaba el trono, pero que tenía perdida la esperanza, si Mondhir no moría antes que sus hijos estuvieran en edad de su cederle, ganó al cirujano de Mondhir, que le sangró con una lanceta envenenada, y el 20 de junio del 888 Mondhir exhaló el último suspiro, después de un reinado de cerca de dos años.

Avisado por los eunucos, Abdallah que se hallaba todavía en Córdoba, llegó al campamento a toda prisa, comunicó a los visires la muerte de su hermano, y se hizo prestar juramento, primero por ellos, luego por los coraichitas, los clientes Omeyas, los empleados de la administración, y los jefes del ejército. Como los soldados murmuraban mucho de la resolución que había tomado el Sultán, porque estaban convencidos de que Bobastro era inexpugnable, era de temer que se desbandaran en cuanto supieran que Mondhir había muerto. Un oficial llamó la atención de Abdallah sobre esta disposición de ánimo, y le aconsejó mantener oculta la muerte de su hermano, y mandarle enterrar en las cercanías. Pero Abdalah rechazó este consejo con una indignación muy bien representada.

«¡Y qué! exclamó; ¿he de abandonar el cuerpo de mi hermano a merced de gentes que tocan campanas y que adoran cruces? ¡Jamás, aunque tuviera que morir en su defensa, lo llevaría a Córdoba!»

Anunciόse, pues, la muerte de Mondhir a los soldados, para los que fue la mejor noticia que hubieran podido recibir. Sin esperar las órdenes del nuevo Sultán, se prepararon para irse enseguida a sus casas, y mientras que Abdallah volvía á Córdoba, disminuía a cada instante el número de sus soldados.

Ibn-Hafzun, que no supo la muerte de Mondhir hasta que ya el ejército iba de camino, se apresuró a aprovecharse del desorden que caracterizaba a esta precipitada retirada. Ya se había apoderado de muchos rezagados y de un botín considerable cuando Abdalah le envió su paje Fortunio, para rogarles que no molestasen una marcha que era un entierro, y asegurarle

que no quería más que vivir en paz con él. Sea generosidad, sea cálculo, el jefe español abandonó la persecución enseguida. Cuando Abdalah llegó a Córdoba, apenas llevaba consigo cuarenta caballos; todos los otros soldados le habían abandonado.

IV

Abdalah tomaba el poder en fatales condiciones. Minado el Estado mucho tiempo hacía por antipatías de raza, parecía caminar rápidamente a su descomposición y a su ruina. Si el sultán no hubiera tenido que hacer frente más que a Ibn-Haiyan y a sus serranos, menos mal; pero la aristocracia árabe aprovechándose del general desorden comenzaba también a levantar la cabeza y aspiraba también a la independencia. Y era todavía más temible para el poder monárquico que los mismos españoles. Así lo creía al menos Abdalah. Y como le era preciso transigir con los españoles o con los nobles para no quedarse enteramente aislado, quiso mejor transigir con los primeros. Ya antes había dado pruebas de benevolencia a algunos de ellos; había tenido intima amistad con Ibn-Merwan, el gallego, cuando éste servía aun en la guardia del sultán Mohamed. Ahora ofreció a ibn-Hafzun el gobierno de Regio, a condición de que le reconociera por soberano. Al principio, el éxito pareció justificar esta nueva política. Ibn-Hafzun le prestó homenaje y le dio una prueba de confianza, enviando a la corte a su hijo Hafz, y a algunos de sus capitanes y por su parte el Sultán hizo todo lo que pudo para consolidar la alianza; trató a sus huéspedes de la manera más afectuosa y los colmó de regalos. Pero al cabo de algunos meses, cuando Hafz y sus compañeros volvieron a Bobastro, dejó que sus soldados saquearan las aldeas y los lugares hasta las mismas puertas de Osuna, de Écija y aun de Córdoba, y luego cuando fueron batidas las tropas que el Sultán envió contra ellos, rompió abiertamente con él y echó a sus empleados.

A la postre, Abdalah no habla conseguido ganarse a los españoles, pero al ensayarlo se había desavenido enteramente con su propia raza. Era natural que en provincias en que la autoridad real estaba ya bastante debilitada, no quisieran los árabes obedecer a un monarca que se aliaba con sus enemigos.

Veamos primero lo que pasó en la provincia de Elvira.

Si los piadosos recuerdos tienen algún imperio sobre las almas, ninguna provincia debía estar tan ligada a la Religión cristiana. Ella había sido la cuna del cristianismo español; allí se había escuchado la predicación de los siete apostólicos, que, según una tradición antiquísima, habían sido en Roma discípulos de los Apóstoles, cuando todo el resto de la península estaba sumido aun en las tinieblas de la idolatría. Más adelante, hacia el año 300, la capital de la provincia había sido la sede de un célebre concilio. Por eso los españoles de Elvira habían permanecido fieles mucho tiempo a la religión de sus abuelos. Se había echado en la capital los cimientos de una gran mezquita poco tiempo después de la conquista, por Hanach Zanain, uno de los más piadosos compañeros de Muza, pero había tan pocos musulmanes en la ciudad que durante siglo y medio permaneció este edificio en el mismo estado en que Hanach lo dejara. Las iglesias por el contrario eran numerosas y ricas. Aun en Granada y eso que gran parte de la ciudad pertenecía a los judíos, había cuatro por lo menos, y la que estaba fuera de la puerta de Elvira que había sido edificada á principios del siglo VII, por un señor godo llamado Gudila, era de incomparable magnificencia.

Sin embargo, poco a poco bajo el reinado de Abderramán II, y el de Mohamed, comenzaron a ser frecuentes las apostasías. En la provincia de Elvira, no se estaba más a prueba de interés que en las otras provincias, y además los vergonzosos desórdenes y la manifiesta impiedad del tío materno de Hostigesio, Samuel, Obispo de Elvira, habían inspirado a muchos cristianos una aversión muy natural hacia un culto que tenía tan indignos ministros. La persecución hizo lo demás. El infame Samuel la dirigió. Depuesto en fin a causa de su vida escandalosa, dióse prisa a ir a Córdoba para declararse musulmán; desde entonces se había enconado de la manera más cruel contra sus antiguos diocesanos que el gobierno dejó entregados a su ciega cólera, y muchos de estos infelices no hallaron más medio que la apostasía para salvar sus bienes y su vida.

Por esta causa los renegados habían llegado a ser tan numerosos en Elvira, que el gobierno comprendió que era necesario procurarles una gran mezquita que se acabó en el año 864, en el reinado de Mohamed.

En cuanto a los árabes de la provincia, procedentes en su mayor parte de los soldados de Damasco, no queriendo encerrarse en las murallas de una ciudad, se habían establecido en la campiña donde sus descendientes habitaban aún. Estos árabes constituían, respecto de los españoles, una aristocracia extremadamente orgullosa y exclusiva. Tenían pocas relaciones con los habitantes de la ciudad; la estancia en Elvira, triste lugar situado en medio de rocas estériles, monótonas y volcánicas, que no llevan ninguna flor en verano, ni un copo de nieve en invierno, no tenía para ellos ningún atractivo; pero los viernes cuando iban, en apariencia para asistir a los oficios; pero en realidad para hacer ostentación de sus soberbios caballos ricamente equipados, no dejaban nunca de abrumar a los españoles con su menosprecio y sus intencionados desdenes. Casi nunca la vanidad aristocrática, se ha mostrado más francamente odiosa en hombres, que, por otra parte en sus relaciones mutuas eran modelo de perfecta cortesía. Para ellos, los españoles cristianos o musulmanes eran la «vil canalla,» tal era el término consagrado. Habían, pues, hecho agravios imperdonables, así que las colisiones entre las dos razas eran frecuentes. Unos treinta años antes de la época de que vamos a ocuparnos, ya los españoles habían sitiado a los árabes en la Alhambra, donde éstos habían buscado un refugio.

Al principio del reinado de Abdalá, encontramos a los españoles empeñados en una guerra mortífera contra los señores árabes. Estos que habían roto enteramente con el sultán, habían elegido por jefe un valiente guerrero de la tribu de Cais, llamado Yahya-ibn-Zocala. Arrojados por sus adversarios de sus aldeas, se fortificaron en un castillo situado al noroeste de Granada, cerca de Guadafortuna. Desde este castillo que llevaba antiguamente el nombre español de «Monte-Sacro,» pero que por la pronunciación arábiga llegó a decirse Montexicar, infestaban las cercanías. Entonces los renegados y los cristianos mandados por Nabil, fueron a sitiarlos, mataron gran número y tomaron la fortaleza. Yahya-ibn-Zocala, se salvó por la fuga, pero su tropa había quedado tan debilitada que tuvo que dejar las armas y hacer un tratado con los españoles. Desde esta época, pasaba muchas veces días enteros en la capital. Acaso trataba de intrigar allí, pero culpable o no, es lo cierto que en la primavera de 887 los españoles lo atacaron de improviso, lo degollaron con sus compañeros, echaron sus cadáveres en un pozo, y comenzaron a ojear a los árabes como si fueran fieras.

El entusiasmo de los españoles fue inmenso. «¡Ya se han roto las lanzas de nuestros enemigos, decía su poeta Ablí! ¡Ya hemos abatido su orgullo! ¡Los que ellos llamaban «vil canalla» han minado los fundamentos de su poder! ¡Cuánto tiempo hace que los muertos que hemos echado en el pozo esperan en vano un vengador!»

La situación de los árabes era tanto más peligrosa, cuanto que se encontraban desunidos. La anarquía reinante, daba nuevo vigor a la funesta rivalidad entre Maadditas y Yemenitas; en muchos distritos como el de Sidona, estas dos razas se combatían a muerte. En la provincia de Elvira, cuando se trató de dar sucesor a Yahya, los Yemenitas, que parece tenían la superioridad del número, disputaban a los Maadditas sus derechos a la hegemonía. Disputar en un momento tan crítico era exponerse a una ruina completa. Felizmente los Yemenitas lo comprendieron a tiempo, cedieron y de concierto con sus rivales dieron el mando a Sauwar. Este intrépido jefe, fue el salvador de su pueblo, y más adelante se repetía con frecuencia: «Si Alá no hubiera dado a Sauwar a los árabes, hubieran sido exterminados hasta el último.»

Caisita, lo mismo que Yhaya, Sauwar debía tener empeño en vengar la muerte de su pariente, pero tenía además que tomar una revancha; en la toma de Monte-Sacro, había visto a los españoles matar a su primogénito. Desde este momento la sed de venganza lo devoraba: según su propio testimonio era ya viejo: «las mujeres no quieren mi amor desde que han blanqueado mis cabellos,» decía en uno de sus poemas, y ciertamente llevaba a la tarea sangrienta que iba a cumplir una obstinación y una firmeza que se explicarían difícilmente en un joven, pero que se conciben en un viejo que dominado por una sola y última pasión, ha cerrado su alma a toda piedad y a todo sentimiento humano. Se podría pensar que se figuraba ser el ángel exterminador, y que ahogó sus más dulces afectos, si es que los tenía, ante la conciencia de su misión providencial.

Después de haber reunido bajo su bandera todos los árabes que pudo, fue a recobrar Monte-Sacro. Llevaba en esto un doble objeto; quería poseer una fortaleza que le sirviera de base para sus operaciones ulteriores, y saciar su sed de venganza en la sangre de los que habían matado a su hijo. Aunque Monte-Sacro tenía una numerosa guarnición, los árabes la tomaron por asalto. La venganza de Sauwar fue terrible; pasó a cuchillo todos los soldados de la guarnición, en número de seis mil. En seguida atacó y tomó otros castillos, y cada uno de estos triunfos llevaba consigo una horrible carnicería; jamás en ninguna circunstancia este hombre terrible dio cuartel a los españoles; familias enteras fueron exterminadas hasta su último individuo, y multitud de herencias quedaron sin herederos.

En su apuro los españoles de Elvira suplicaron a Djad, gobernador de la provincia, que los ayudara, prometiendo obedecerle en adelante. Djad consintió, y a la cabeza de sus tropas y de los españoles fue a atacar a Sauwar.

El jeque árabe lo esperaba a pie firme. El combate fue vivo por ambas partes, pero los árabes obtuvieron la victoria, persiguieron a sus enemigos hasta las puertas de Elvira, y les mataron más de siete mil hombres. El mismo Djad cayó en manos de los vencedores.

El feliz éxito de esta batalla conocida con el nombre de «Batalla de Dajd,» colmó a los árabes de un indescriptible gozo; limitados hasta entonces a atacar castillos, habían vencido por primera vez a sus enemigos en campo raso, y habían inmolado muchas víctimas a los

manes de Yhaya. He aquí los términos en que uno de sus jeques más valientes, que era al mismo tiempo uno de sus mejores poetas, Said-ibn-Djudí expresaba sus sentimientos:

«Apóstatas e incrédulos, que hasta la última hora declaráis falsa la verdadera religión. Os hemos muerto, porque teníamos que vengar a nuestro Yhaya. Os hemos muerto: ¡Dios lo ha querido! Hijos de esclavas, habéis imprudentemente irritado a bravos que no han olvidado nunca vengar a los suyos. Acostumbraos a sufrir su furia y a recibir en vuestras espaldas sus espadas flamígeras. A la cabeza de sus guerreros que no sufren insulto, valientes como leones, ha marchado contra vosotros un jeque ilustre. Su fama excede la de todos, ha heredado la generosidad de incomparables abuelos. Es un león nacido de la más pura sangre de Nizar, es el sostén de su tribu cual ninguno. Iba a vengar a sus paisanos, esos hombres magnánimos que habían creído poderse fiar de reiterados juramentos. ¡Y los ha vengado! ha pasado a cuchillo los hijos de las blancas, y los que de ellos viven todavía, gimen en las cadenas con que los ha cargado. Millares de vosotros hemos matado, pero la muerte de multitud de esclavos no equivale a la de un solo noble. ¡Ay sí, han asesinado nuestro Yahya cuando era su huésped! Asesinarlo era una acción insensata. Lo han degollado esos esclavos malvados y despreciables, todo lo que hacen los esclavos es villano. ¡No, cometiendo su crimen no han hecho una acción sensata, su suerte infeliz ha debido convencerlos que habían sido mal inspirados. ¡Vosotros lo habéis asesinado como traidores, como infames después de tantos tratados, después de tantos juramentos!»

Después del brillante triunfo que habían conseguido Sauwar, que acababa de hacer alianza con los árabes de Regio, de Jaén y de Calatrava, comenzó de nuevo sus depravaciones y sus matanzas. Los españoles enteramente desanimados, no encontraron otra vía de salvación que echarse en los brazos del Sultán e imploraron su ayuda. De buena gana se la hubiera concedido éste, si se hubiera hallado en estado de hacerlo. Todo lo que podía en aquellas circunstancias era prometer su amigable intervención. Mandó pues, a decir Sauwar, que estaba dispuesto a concederle una gran intervención en la dirección de los negocios de la provincia, pero que, en cambio, esperaba de él que lo obedeciera y le permitiera dejar a los españoles en paz. Sauwar aceptó estas condiciones, él y los españoles juraron la paz solemnemente y se restableció el orden material en la península. Por desgracia, esta no era más que una calma engañosa, las disensiones y la pasión latían en el fondo de todas las almas. No teniendo enemigo que combatir a su alrededor, atacó Sauwar a los vasallos y a los aliados de Ibn-Hafzun. La fama de sus empresas y de sus crueldades, el grito de angustia de sus compatriotas, despertó repentinamente el sentimiento nacional entre los habitantes de Elvira. Con general entusiasmo volvieron a tomar las armas; siguiendo su ejemplo se insurreccionó toda la provincia, el grito de guerra resonó en todas las familias, y los árabes atacados donde quiera y donde quiera batidos, fueron a buscar apresuradamente un refugio en la Alhambra.

Tomada por los españoles y recobrada por los árabes, la Alhambra, no era ya más que una ruina majestuosa que casi no se hallaba en estado de defensa. Y sin embargo, era el solo refugio que a los árabes les quedaba; si se la dejaban tomar, podían estar ciertos de que no había de escapar ninguno. Así estaban firmemente resueltos a defenderla a todo trance. Durante el día rechazaban vigorosamente los incesantes ataques de los españoles, que con la ira en el pecho pensaban acabar esta vez con los que habían sido por tanto tiempo sus crueles opresores.

Cuando llegaba la noche, componían a la luz de las antorchas los muros y los bastiones de la fortaleza, pero las fatigas, las veladas, la perspectiva de una muerte segura, si tenían un instante de debilidad, los había puesto en un estado de sobrexcitación febril que los disponía mucho a dejarse impresionar por terrores supersticiosos, de que se hubieran avergonzado en otras circunstancias. Una noche que trabajaban en las fortificaciones, sucedió que una piedra pasó por cima de los muros y vino á caer a sus pies. Un árabe la recogió y encontró que llevaba atado un pedazo de papel, en el cual había escritos estos tres versos que leyó en alta voz, mientras que sus compañeros lo escuchaban con profundo silencio.

"Sus moradas están desiertas, sus campos eriales, los huracanes arremolinan en ellos las arenas. Encerrados en la Alhambra meditan al presente nuevos crímenes, pero también allí tendrán que sufrir derrotas continuas y lo mismo que sus padres serán siempre el blanco de nuestras lanzas y de nuestras espadas."

Oyendo leer estos versos a la luz incierta, pálida y lúgubre de las antorchas, cuya trémula claridad formaba en medio de las opacas sombras de la noche una móvil iluminación del efecto más extraño, los árabes que desesperaban ya de su triunfo, se entregaron a los más siniestros presentimientos. «Estos versos, decía más adelante uno de ellos, nos parecían un aviso del cielo, oyéndolos leer fuimos presa de un terror tan grande, que aunque todos los ejércitos de la tierra hubieran venido a sitiarnos no lo hubieran podido aumentar.» Algunos menos impresionables, trataron de reanimar a sus aterrados camaradas, diciéndoles que la piedra y el billete no habían caído del cielo, sino que habían sido lanzados por mano enemiga y que los versos eran probablemente del poeta Ablí. Habiendo prevalecido poco a poco esta idea, rogaron todos a su poeta Asadí que respondiera en el mismo metro y en la misma rima al desafío del poeta enemigo. No era nueva para Asadí semejante empresa. Muchas veces había empeñado, con Ablí duelos poéticos del mismo género, pero de temperamento nervioso, de imaginación extraordinariamente impresionable, conmovido y turbado esta vez más que todos los demás, tardó mucho tiempo en encontrar estos dos versos que muestran demasiado, que no estaba de vena:

"Nuestras moradas están habitadas, nuestros campos no están eriales. Nuestro castillo nos protege contra todo insulto, en él encontraremos la gloria, en él se preparan para nosotros triunfos, y para vosotros derrotas."

Para completar la respuesta, hacía falta un verso que Asadí que había caído bajo el imperio de su emoción, no pudo encontrar. Rojo de vergüenza, con los ojos fijos en el suelo, permaneció cortado y mudo como si no hubiera compuesto versos en su vida. No era esta circunstancia la más propia para reanimar el ánimo abatido de los árabes. Ya medio serenos estaban dispuestos a no ver nada de sobrenatural en lo sucedido, pero cuando se apercibieron que contra lo que esperaban la inspiración faltaba a la palabra a su poeta, sus temores supersticiosos se despertaron de nuevo. Avergonzado Asadí, se había vuelto a su habitación cuando, de pronto oyó una voz que pronunciaba este verso:

"En verdad que bien pronto, cuando nosotros salgamos de él, habréis de sufrir una derrota tan terrible, que hará blanquear en un momento los cabellos de vuestras mujeres y de vuestros hijos."

Era el tercer verso que en vano había buscado. Miró a su alrededor y no vio a nadie. Firmemente convencido entonces de que había sido pronunciado por un espíritu invisible, corrió a buscar al jeque Adhha, su amigo íntimo, le contó lo que acababa de suceder, y le repitió el verso que había oído. «¡Alegrémonos! exclamó Adhha. Seguramente, soy enteramente de tu opinión, es un espíritu quien ha recitado estos versos y podemos estar seguros que su predicción se ha de cumplir. Y no puede ser de otra manera; esa raza impura debe perecer, porque Dios ha dicho: «Al que habiendo ejercido represalias en relación con un ultraje recibido, Dios mismo lo asistirá.»

Convencidos de aquí en adelante de que el Eterno los había tomado bajo su protección, los árabes enrollaron el billete que contenía los versos de su poeta en una piedra, y se la tiraron a sus enemigos.

Siete días después vieron al ejército español, compuesto de veinte mil hombres, se prepara a atacarlos por el lado del Este y colocar en una colina sus máquinas de guerra. En lugar de exponer sus bravos a ser asesinados en una fortaleza arruinada, Sauwar quiso mejor llevarlos al encuentro del enemigo. Empeñado el combate, dejó de pronto el campo de batalla con una tropa escogida, sin que su marcha fuera notada por sus adversarios; dio un rodeo y se precipitó sobra la división situada en la colina con tal ímpetu que lo puso en derrota. La vista de lo que pasaba en la altura inspiró un terror pánico a los españoles que combatían en el llano, porque se imaginaban que los árabes habían recibido refuerzos. Entonces comenzó una terrible carnicería; persiguiendo a sus enemigos fugitivos hasta las puertas de Elvira, los árabes mataron doce mil, según unos, según otros diez y siete mil.

He aquí como Said-ibn-Djudí cantó esta segunda batalla conocida con el nombre de «Batalla de la ciudad.»

“Los hijos de las blancas habían dicho: «Cuando nuestro ejército vuele sobre vosotros, caerá sobre vosotros como un huracán. ¡No podréis resistirlo, temblaréis de miedo, y ni el más fuerte castillo os servirá de asilo!» Pues bien, nosotros hemos ahuyentado ese ejército cuando voló sobre nosotros, como se ahuyentan a las moscas que revolotean alrededor de la sopa, o como se hace salir de su establo a un rebaño de camellos. Ciertamente que el huracán ha sido terrible, la lluvia caía a goterones, el trueno retumbaba y el relámpago surcaba las nubes; pero no era sobre nosotros, sino sobre vosotros, sobre los que descargaba la tormenta. Vuestros batallones caían ante nuestras cortadoras espadas, como caen las espigas bajo la hoz del segador. Cuando nos vieron venir a galope, nuestras espadas les causaron un terror tan grande que volvieron las espaldas y se echaron a correr, pero nosotros caímos sobre ellos, hiriéndolos con nuestras lanzas. Unos, hechos prisioneros, fueron cargados de cadenas; otros, presas de angustia mortal, corrieron a todo correr, y hallaban la tierra demasiado estrecha. Habéis encontrado en nosotros una tropa escogida que sabe a las mil maravillas lo que es preciso hacer para quemar las cabezas de sus enemigos, cuando la lluvia de que hablabais cae a torrentes. Se compone de hijos de Adán, que a todos aventajan en las incursiones, y de hijos de Cahtan, que caen como buitres sobre su presa. Su jeque, un gran guerrero, un verdadero león a quien en todas partes admiran, pertenece a la mejor rama de Cais; hace muchos años que los más generosos y los más bravos lo reconocen superior en valor y en generosidad. Es un hombre leal, nacido de una raza de héroes, cuya sangre no se ha mezclado jamás con la raza

extranjera, ataca impetuosamente a sus enemigos, como conviene a un árabe, y sobre todo a un Caisita y defiende la verdadera religión contra todo infiel. En verdad que Sauwar blandía aquel día una excelente espada, con la que cortaba cabezas, como no se las corta sino con hojas de buen temple. Alá se servía de su brazo para matar a los sectarios de una falsa religión que se habían reunido contra nosotros. Cuando llegó el momento fatal para los hijos de las blancas, nuestro jeque estaba a la cabeza de fieros guerreros, cuya firmeza no se conmueve más que una montaña, y cuyo número era tan grande que la tierra parecía estrecha para ellos. Todos estos bravos corrían a rienda suelta, mientras que relinchaban sus corceles. ¡Vosotros quisisteis la guerra, la guerra ha sido funesta para vosotros y os ha hecho perecer repentinamente!"

En la crítica posición en que se hallaron los españoles después de esta batalla desastrosa, no tenían más que un partido que elegir; implorar el apoyo y reconocer la autoridad del jefe de su raza Omar-Ibn-Habfzun. Así lo hicieron, y bien pronto éste, que se encontraba en las cercanías, entró con su ejército en Elvira: reorganizó las milicias de la ciudad, reunió bajo sus banderas parte de la guarnición de los castillos vecinos, y marchó contra Sauwar.

Había aprovechado este jeque este intervalo para llevarse consigo los árabes de Jaén y de Regio, y su ejército era ahora bastante numeroso para esperar combatir a Ibn-Habfzun con ventajas. No se engañó en sus esperanzas. Después de perder muchos de sus mejores guerreros, y de haber prodigado su propia sangre, Ibn-Habfzun se vio obligado a retirarse. Acostumbrado a vencer, este fracaso le irritó mucho, imputándoselo a los habitantes de Elvira, les echó en cara que se habían conducido cobardemente en la pelea, y colérico les impuso una enorme contribución, diciendo que ellos debían pagar los gastos de una guerra que él solo había emprendido en su provecho. Luego se volvió a Bobastro con el grueso del ejército, después de haber confiado la defensa de Elvira a su teniente Hajz-ibn-el-Moro.

Entre los prisioneros que llevó consigo se contaba el bravo Said-ibn-Djudí; he aquí un trozo de los versos que este excelente poeta compuso en su cautividad.

"Valor, esperanza, amigos míos! Estad seguros de que la alegría sucederá a la tristeza, y que cambiándose en dicha la desgracia, vosotros saldréis de aquí. ¡Otros antes que vosotros han pasado años en este calabozo, y corren por los campos, a estas horas, en pleno día! ¡Ay! si estamos prisioneros, no es porque nos hayamos rendido, sino porque nos hemos dejado sorprender. Si yo hubiera tenido el menor presentimiento de lo que nos iba a suceder, la punta de mi lanza me hubiera protegido, porque ya saben los caballeros mi audacia y mi bravura en la hora del peligro. Y tú, viajero, ve a llevar mi saludo a mi noble padre y a mi tierna madre, que te escucharán enajenados cuando les digas me has visto. Saluda también a mi querida esposa y repítele estas palabras: «siempre pensaré en tí, hasta en el día del juicio final me presentaré delante del Creador con el pecho lleno de tu imagen. En verdad la tristeza que ahora experimentas me aflige mucho más que la prisión y la perspectiva de la muerte. Acaso me harán perecer aquí y después me enterrarán un bravo como yo desea mejor caer con gloria en el campo de batalla y servir de pasto a los buitres"

Después de la partida de Ibn-Hafzun, Sauwar que se había dejado coger en una emboscada, fue muerto por los habitantes de Elvira. Cuando se llevó su cadáver a la ciudad

resonaron los aires con grito de júbilo. Sedientas de venganza, las mujeres echaban miradas de fiera sobre el cuerpo del que les había arrebatado sus hermanos, sus esposos y sus hijos, y rugiendo de furor le hicieron pedazos y se los comieron.

Los árabes, confiaron el mando a Said-ibn-Djudi al que Ibn-Hafzun acaba de volver la libertad (890.) Aunque Said hubiera sido el amigo de Sauwar y el cantor de sus hazañas, en nada se le parecía. De ilustre nacimiento, pues su abuelo había sido sucesivamente Cadí de Elvira y prefecto de policía de Córdoba en el reinado de Haquem I, era además el modelo del caballero Árabe y sus contemporáneos, le atribuían las diez cualidades que todo perfecto caballero debe poseer: la generosidad, la bravura, el entero conocimiento de las reglas de equitación, la belleza corporal, el talento poético, la fuerza física, el arte de manejar la lanza, el de construir armas, y la habilidad en el tiro del arco. Era el único árabe que Ibn-Hafzun temía encontrar en el campo de batalla. Un día, antes de comenzar el combate, Said lo desafió, pero Ibn-Hafzun, a pesar de lo bravo que era, no se atrevió a aceptar. Otra vez, durante la pelea, Said se encontró por acaso frente a Hafzun. Este quiso evitarlo, pero Said le cogió a brazo partido, lo arrojó al suelo, y lo hubiera matado si los soldados de Hafzun echándolo sobre él no lo hubieran obligado a soltar la presa.

El más valiente de los caballeros era también el más tierno y el más galante. Ninguno se enamoraba con tanta facilidad de una voz o de unos cabellos, ninguno apreciaba mejor el poder seductor de una hermosa mano. Habiendo ido un día a Córdoba cuando reinaba todavía el sultán Mohamed, pasaba por delante del palacio del príncipe Abdallah, cuando hirió su oído el armonioso canto de una mujer. Este canto salía de una habitación del piso principal cuya ventana daba a la calle y la cantadora era la hermosa Djehane. En aquel momento estaba con el príncipe su señor y ora le servía de beber, ora cantaba. Atraído por un encanto irresistible, Said, fue a colocarse en una rinconada donde podía escuchar a su gusto sin llamar la atención de los transeúntes. Clavados los ojos en la ventana, estático, escuchaba muerto por ver a la bella cantadora. Después de haber atisbado mucho tiempo, apercibió al fin su pequeña y blanca mano cuando presentaba al príncipe la copa. No novia más, pero aquella mano de una incomparable elegancia y luego aquella voz tan suave y expresiva, era lo bastante para hacer latir violentamente su corazón de poeta y enloquecer su cabeza.

Mas ¡ay! una barrera infranqueable le separaba del objeto de su amor. Desesperado de lograrla, ensayó distraer su pasión; compró en una enorme suma la esclava más hermosa que pudo encontrar y la puso el nombre de Djehane. Mas a pesar de los esfuerzos que esta joven hizo para agradar al hermoso caballero, no consiguió hacerle olvidar a su homónima.

“El dulce canto que he escuchado, decía, elevando mi alma me ha dejado una tristeza que me consume lentamente. Es a Djehane, de la que yo guardaré un eterno recuerdo, a quien yo he dado mi corazón, y sin embargo, nunca nos hemos visto… ¡Oh Djehane, objeto de todos mis anhelos, sé buena y compasiva para esa alma que me ha dejado por volar a tí! Yo invoco tu nombre querido con los ojos bañados en lágrimas, con la devoción y el fervor del monje que invoca el de un santo, ¡arrodillado ante su imagen!”

Said no guardó mucho tiempo su recuerdo de la bella Djehane. Versátil e inconstante, errando sin descanso de deseo en deseo, las grandes pasiones y los sueños platónicos no

estaban en su carácter, testigos estos versos compuestos por él, que los escritores árabes no citan sino añadiendo las palabras: «¡Que Dios le perdone!»

"El momento más dichoso de la vida es cuando se bebe en ronda, o más bien, cuando después de una desavenencia uno se reconcilia con su amada, o mejor aun, cuando el amante y la amada se lanzan miradas embriagadoras, es en fin aquel en que enlaza en sus brazos a la que se adora.

Yo recorro el círculo de los placeres con el ardor de un caballo que ha cogido el bocado con los dientes; suceda lo que quiera yo satisfago todos mis deseos. Inquebrantable el día del combate, cuando el ángel de la muerte se cierne sobre mi cabeza, yo me dejo siempre quebrantar por unos bellos ojos."

Ya había olvidado, pues, a Djehane, cuando le trajeron de Córdoba una nueva hermosura; cuando ella entró en su habitación el pudor la hizo bajar los ojos; entonces Said improvisó estos versos: "Qué, hermosa amiga, ¿separas de mí tus ojos para fijarlos en el suelo? ¿Es que yo te inspiro repulsión? Por Dios que no es este el sentimiento que yo inspiro de ordinario a las mujeres, y me atrevo a asegurarte que más que el suelo merece mi cara tus miradas."

Said era seguramente la figura más brillante de la aristocracia, pero no tenía las cualidades sólidas de Sauwar. La muerte de este gran jeque, fue pues, una pérdida que Said no pudo reparar. Gracias a los cuidados de Sauwar, que había hecho reedificar muchas fortalezas romanas, semi-arruinadas, tales como Menteza, Basti (Baza), los árabes se encontraron en estado de mantenerse bajo su sucesor, pues aun cuando ya no tuvieran que combatir al Sultán, pues este había reconocido a Said, no consiguieron notables ventajas sobre los españoles. Los cronistas musulmanes, que por lo demás no dicen casi nada sobre las expediciones de Said, lo que prueba que en general no fueron felices, nos refieren solamente que hubo un momento en que Elvira se sometió a su autoridad. Cuando hizo en la ciudad su entrada, se presentó a él el poeta español Ablí, y le recitó unos versos que había compuesto en su alabanza. Said lo recompensó generosamente; pero cuando se fue el poeta, un árabe exclamó:

«Qué, Emir, ¿dais dinero a ese hombre? Habéis olvidado pues, que era en otro tiempo el gran agitador de su nación, y que se atrevió a decir: ¡Cuánto tiempo hace que sus muertos, que nosotros hemos echado en este pozo, esperan en vano un vengador!» Abrióse al punto en Said una llaga mal cerrada, y con los ojos brillantes de cólera: «Ve a coger a ese hombre, le dijo a un pariente de Yhaya ibn-Zocala; ¡mátalo y echa su cadáver en un pozo!» Esta orden fue inmediatamente ejecutada.

V

Mientras que los españoles de Elvira combatían contra la nobleza árabe, ocurrían también en Sevilla muy graves acontecimientos.

En ninguna parte el partido nacional era tan poderoso. Desde el tiempo de los visigodos, había sido la sede de la ciencia y la civilización romana y la residencia de las familias más nobles y opulentas. La conquista árabe no había traído casi ningún cambio en el orden social. Pocos árabes se habían establecido en la ciudad, habiéndose fijado con preferencia en las campiñas. Los descendientes de los romanos y de los godos constituían, pues, todavía, la

mayor parte de sus habitantes. Gracias a la agricultura y al comercio, eran muy ricos; numerosas embarcaciones de Ultramar iban a buscar a Sevilla que pasaba por uno de los mejores puertos de España, cargamentos de algodón, de aceitunas y de higos, que la tierra en abundancia producía. La mayor parte de los sevillanos, habían abjurado del Cristianismo, y muy pronto, porque ya bajo el reinado de Abderramen II, había habido que edificar para ellos una gran mezquita, pero sus costumbres, sus usos, su carácter, hasta sus apellidos, como «Beni-Angelino, Beni-Sabarico,» recuerdan aun su origen español.

En general, estos renegados eran pacíficos y nada hostiles al Sultán, a quien, por el contrario, consideraban como el sostenedor natural del orden, pero temían a los árabes, no a los de la ciudad, porque estos acostumbrados a los beneficios de la civilización, no se interesaban ya en las rivalidades de tribu ni de raza, sino a los de la campiña, que habían conservado intactas sus costumbres agrestes, sus antiguas preocupaciones nacionales, su aversión a toda otra raza que la suya, y su adhesión a las antiguas familias a que habían obedecido de padres a hijos desde tiempo inmemorial.

Llenos de un odio celoso contra los ricos españoles, se hallaban prontos a ir a robarlos y a degollarlos en cuanto las circunstancias se lo permitieran o sus nobles los convidaran a ello. Eran muy temibles los del Ajarafe sobre todo, así que los españoles que conservaban una antigua predicción, según la que, la ciudad había de ser quemada por fuego que había de venir del Ajarafe, habían tomado sus medidas para que no los cogieran desprevenidos los hijos de los ladrones del desierto. Se habían organizado en doce cuerpos cada uno con su jefe, su bandera y su arsenal, y habían contraído alianza con los árabes maadditas de la provincia de Sevilla y con los Bereberes-Botr de Morón.

Entre las principales familias árabes de la provincia había dos que sobresalían entre las demás, la de los Beni-Haddjadj y la de los Beni-Khaldun. La primera, aunque muy árabe en sus ideas, descendía sin embargo por hembra de Witiza, el penúltimo rey de los godos. Una nieta suya, llamada Sara, se había casado en segundas nupcias con un tal Omaid de la tribu yemenita de Lakhm. De este matrimonio nacieron cuatro hijos que dieron origen a cuatro grandes familias, de las cuales la de Beni-Hadjadj era la más rica. De Sara procedían las grandes propiedades territoriales que tenía en el Sened, porque un historiador árabe, descendiente también de Witiza por Sara, nota que Ibn-Omaid había tenido hijos de otras mujeres, pero que los descendientes de éstas no podían rivalizar con los de Sara. La otra familia, la de los Beni-Khaldun era también de origen yemenita, pertenecía a la tribu de Hadhramaut y tenía sus propiedades en el Ajarafe. Agricultores y soldados, los miembros de estas dos grandes casas eran también comerciantes y armadores. De ordinario vivían en el campo, en sus castillos, en sus «bordj,» pero de tiempo en tiempo, residían en la ciudad donde tenían palacios.

Al principio del reinado de Abdalá, Coreb era el jefe de los Khaldum. Era un hombre disimulado y pérfido, pero que tenía todas las cualidades de un jefe de partido. Fiel a las tradiciones de su raza, detestaba la monarquía y deseaba que su casta recobrara el poder que le habían arrancado los Omeyas. Primero ensayó promover una insurrección en la misma ciudad. Se dirigió pues a los árabes que la habitaban y trató de reanimar en ellos el deseo de independencia. No lo consiguió. Estos árabes, en su mayor parte Coraichitas o clientes de la

familia reinante, eran realistas, o por mejor decir, no eran de ningún partido, sino es, del que en nuestros días se llama partido del orden. Vivir en paz con todo el mundo, y no ser molestados en sus negocios ni en sus placeres, era todo lo que pedían. No tenían, pues, ninguna simpatía por Coreb; su genio aventurero y su ambición desarreglada solo les inspiraba una profunda aversión mezclada de terror. Cuando les hablaba de independencia, le respondían que odiaban el desorden y la anarquía, que no querían ser instrumentos de la ambición de otro, y que no tenían nada que hacer con sus malos consejos y con sus malas ideas.

Viendo que perdía el tiempo en la ciudad Coreb volvió al Aljarafe, donde nada tuvo que hacer para enardecer los corazones de sus paisanos, que casi todos le prometieron tomar las armas a la primera señal. En seguida formó una liga, en que entraron Haddjadj, dos jeques yemenitas, (el uno de Niebla, y el otro de Sidona) y el jeque de los Bereberes-Bornos, de Carmena, cuyo objeto era quitar Sevilla al Sultán y saquear a los españoles.

Los patricios sevillanos, que por razón de la distancia no podían espiar a Coreb como cuando estaba entre ellos, ignoraban el complot que se tramaba; verdad es que de tiempo llegaban a sus oídos vagos rumores, pero no sabían nada de fijo, y no desconfiaban todavía lo bastante del peligroso conspirador.

Queriendo vengarse primero de los que no habían querido atenderlo, y mostrarles al mismo tiempo que el soberano era incapaz de protegerlos, hizo saber secretamente a los Bereberes de Mérida y de Medellin, que la provincia de Sevilla estaba casi desguarnecida, y que si querían podrían hacer fácilmente en ella rica presa. Siempre inclinados a la rapiña, se pusieron al instante en camino, y se apoderaron de Talyata, saquearon este pueblo, asesinaron a los hombres, y redujeron a esclavitud a las mujeres y a los niños. El gobernador de Sevilla llamó a las armas a todos los que estaban en estado de llevarlas, y salió al encuentro de los Bereberes. Habiendo sabido en el camino que se habían apoderado de Talyata, estableció su campo en una altura que se llamaba la Montaña de los Olivos. Tres millas solamente lo separaban del enemigo, y por ambas partes se aprestaban a combatir al día siguiente, cuando Coreb que había traído su contingente, como los otros señores, aprovechó la noche para mandar a decir a los Bereberes, que una vez empeñado el combate, les facilitaría la victoria huyendo con su regimiento. Cumplió su promesa, y huyendo, arrastró tras sí todo el ejército. Perseguido por los Bereberes el gobernador no hizo alto hasta Huevar (a cinco leguas de Sevilla,) donde se atrincheró. Los Bereberes, sin hacer el menor esfuerzo para forzarlo en esta posición, volvieron a Talyata, donde permanecieron tres días, en los que llevaron a sangre y fuego todos los lugares cercanos. Con sus enormes sacos henchidos de botín, se volvieron a su casa.

Ya había dejado arruinados esta terrible razia a gran número de propietarios, cuando vino a afligir a los sevillanos un nuevo azote. Esta vez el pérfido Coreb no tenía de qué acusarse; un jeque de la raza enemiga, Ibn-Merwan, señor de Badajoz, vino espontáneamente a secundar sus proyectos. Viendo venir a sus vecinos de Mérida, cargados de ricos despojos, dedujo que no tenía más que presentarse para tomar su parte en la torta. Y no se engañó. Habiéndose adelantado hasta tres parasangas de Sevilla, lo saqueó todo a la redonda durante muchos días consecutivos y cuando volvió a Badajoz no tenía nada que envidiar a los bereberes de Mérida.

La conducta de su gobernador que había permanecido inactivo mientras que hordas salvajes asolaban sus tierras, había exasperado a los sevillanos contra él y contra el sultán. Verdad es que éste, cediendo a sus quejas, depuso al inhábil gobernador, pero el que mandó a sucederle, bien que fuera de una reputación inmaculada carecía igualmente de la necesaria energía para mantener el orden en la provincia y reprimir la audacia de los bandoleros que se multiplicaban de un modo aterrador. El más temible de todos era uno de los Bereberes-Bornos de Carmona, llamado Tamachecca, que robaba a los viajeros en el camino real de Sevilla a Córdoba. El gobernador de Sevilla no se atrevía a hacer nada contra él, cuando un bravo renegado de Écija, llamado Mohamed-ibn-Galib, prometió al sultán concluir con estos latrocinios si le permitía levantar una fortaleza cerca del lugar de Siete Torres, en los límites de las provincias de Sevilla y Écija. El Sultán aceptó su ofrecimiento, la fortaleza fue edificada, Ibn-Galib se instaló en ella con gran número de renegados, de clientes omeyas y de bereberes-Botr y los ladrones no tardaron en conocer, que tenían que habérselas con un enemigo más temible que el gobernador de Sevilla.

Comenzaba ya a restablecerse la seguridad, cuando una mañana temprano se esparció en Sevilla la noticia de que durante la noche había tenido lugar un encuentro entre la guarnición del castillo de Ibn-Galib y los Khaldun y los Haddjadj, que uno de estos últimos había sido muerto, que sus amigos habían llegado con su cadáver a la ciudad y habían ido directamente al gobernador a pedirle justicia y que éste les había contestado que no se atrevía a tomar sobre sí la responsabilidad de decidir semejante asunto, y que por consiguiente debían dirigirse al soberano.

Mientras que se entretenían en Sevilla con estos sucesos, los querellantes estaban camino de Córdoba, seguidos de cerca por algunos sevillanos que informados por Ibn-Galib, de lo que había pasado, iban a defender su causa. A su cabeza iba uno de los hombres más considerados de la ciudad, Mohamed, cuyo abuelo era el primero de su familia que había abrazado el Islam; su bisabuelo se llamaba Angelino, y el apellido de Beni-Angelino había sido conservado por esta casa.

Cuando los querellantes fueron introducidos cerca del Sultán, uno de ellos tomó Ia palabra y expuso su querella en estos términos: «He aquí, emir, lo que ha sucedido: íbamos pacíficamente por la carretera cuando de pronto nos acomete Ibn-Galib. Procuramos defendernos, y uno de los nuestros ha sido muerto. Estamos dispuestos a jurar que las cosas han ocurrido de este modo y exigimos por consiguiente que castiguéis a ese Ibn-Galib. Permitidnos, emir, añadir a esto, que los que os han inducido a otorgar vuestra confianza a ese renegado, os han aconsejado mal. Tomad informes acerca de los hombres que sirven con él y sabréis que son vagos y malhechores. Creed que ese hombre os hace traición, ahora finge seros fiel, pero tenemos el íntimo convencimiento que mantiene secretas inteligencias con Ibn—Hafzun y que el mejor día le entregará toda la provincia.»

Cuando hubieron concluido de hablar, Mohamed-ibn-Angelino y sus compañeros fueron introducidos a su vez.

«Emir, he aquí de qué manera han pasado las cosas, dijo el patricio. Los Khaldum y los Had-djadj habían formado el proyecto de sorprender el castillo durante la noche, pero, contra

lo que esperaban, Ibn-Galib estaba alerta y viendo atacado su castillo rechazó la fuerza con la fuerza. No es culpa suya si uno de los acometedores ha muerto; no hizo más que defenderse, estaba pues en su derecho. Os suplicamos pues, que no crean las mentiras de esos árabes revoltosos. Ibn-Galib merece además que le hagáis justicia, es uno de vuestros servidores más leales y decididos y os hace un gran servicio purgando de ladrones el país.»

Ya sea que el Sultán juzgara realmente dudoso el asunto; ya que temiera descontentar a uno de los partidos dando la razón al otro, declaró que queriendo tomar más amplios informes, enviaría a su hijo Mohamed a Sevilla a fin de que entendiera en la causa.

No tardó el joven príncipe, presunto heredero del trono, en llegar a Sevilla. Mandó llamar a Ibn-Galib y lo interrogó, hizo lo mismo con los Haddjadj, pero como los dos partidos persistieran en inculparse recíprocamente y no se encontraron testigos imparciales, el príncipe no sabía a quien dar la razón. Mientras que dudaba las pasiones se acaloraban cada vez más y la efervescencia que reinaba entre los patricios se comunicó al pueblo. Al fin decidió que no encontrándose el asunto bastantemente esclarecido, no decidiría por entonces, pero que por el pronto permitía a Ibn-Galib volver a su castillo.

Los rebelados se atribuyeron el triunfo. Decían que el príncipe daba evidentemente la razón a su amigo, y que, si no se declaraba abiertamente, era por no malquistarse con los árabes. Por su parte los Khaldun y los Haddjadj, interpretaban del mismo modo la conducta del príncipe; y estaban resentidos hasta lo vivo. Resueltos a vengarse y a levantar el estandarte de la rebelión, abandonaron la ciudad, y mientras Coreb hacía tomar las armas a sus Hadhramitas del Ajarafe, el jeque de los Haddjad Abdalah, reunía bajo sus banderas los Lakmitas del Sened. Los dos jeques combinaron en seguida su plan de conducta; cada uno de ellos debía dar un golpe de mano. Abdallah se apoderaría de Carmona, y Coreb haría sorprender la fortaleza de Coria, (en la frontera oriental del Ajarafe), después de apoderarse de los ganados pertenecientes a un tío del Sultán, que pastaban en una de las dos islas que forma el Guadalquivir a su desembocadura.

Coreb, que era demasiado gran señor para ejecutar por sí mismo una empresa de este género, la confió a su primo Mahdi, un calavera cuyos excesos tenían escandalizada a toda Sevilla. Mahdi fue primero a la fortaleza de Lebrija, frente a frente de la isla donde Solimán, señor de esta fortaleza y aliado de Coreb, le esperaba. En seguida abordó a la isla. Doscientas vacas y un centenar de caballos, guardados por un hombre solo, pacían allí. Los Árabes mataron a este infeliz, y apoderándose de las bestias se encaminaron a Coria, sorprendieron esta fortaleza, y pusieron en ella su botín en seguridad.

Por su parte Abdalah-ibn-Haddjadj, secundado por el «Berber-Bornos-Djonaid», atacó Carmona de improviso, y se apoderó de ella después de haber echado al gobernador, que fue a refugiarse en Sevilla. La osadía de los árabes, y la prontitud con que habían realizado sus designios, esparcieron la alarma en la ciudad. Así que el príncipe Mohamed se apresuró a escribir a su padre para pedirle órdenes, y sobre todo refuerzos.

El Sultán en cuanto recibió la carta de su hijo, reunió el concejo. Las opiniones estaban divididas. Entonces un visir rogó al Sultán que le concediera una conferencia secreta, y una vez obtenida, le aconsejó reconciliarse con los árabes, haciendo matar a Ibn-Galib. «Cuando

haya muerto ese renegado, le dijo, los árabes se darán por satisfechos, os devolverán Carmona y Coria, restituirán a vuestro tío lo que le han quitado, y volverán a la obediencia.»

Sacrificar a los árabes un servidor leal y malquistarse con los renegados, sin tener la certeza de ganarse a sus adversarios, era seguramente una política, no solo pérfida, sino inhábil. Sin embargo, el Sultán creyó deber seguir el consejo que se le daba, y habiendo mandado a su cliente Djad (a quien Sauwar acababa de devolver la libertad) marchar hacia Carmona con tropas, le dijo: «Darás la razón a los acusadores de Ibn-Galib, y lo mandarás matar; luego harás todo lo que puedas para atraer por la buena a los árabes a la obediencia, y no los atacarás, sino cuando hayas agotado todos los medios de persuasión.»

Púsose Djad en camino, pero aunque se mantuvo secreto el objeto de la expedición, corrió el ruido de que no era contra los Khaldun, sino contra Ibn-Galib, contra quien se dirigía. Así que el renegado se mantenía sobre aviso, y ya se había puesto bajo la protección de Ibn-Hafzun cuando recibió una carta de Djad. «Tranquilizaos, le escribía este general, el objeto de mi marcha no es el que os figuráis. Tengo intención de castigar a los árabes que se han entregado a tan grandes excesos, y como sé que los odiáis, espero contar con vuestra cooperación.» Ibn-Galib se dejó engañar por esta pérfida carta, y cuando Djad se acercó al castillo, se unió a él con parte de sus soldados. Entonces Djad fingió ir a sitiar Carmona, pero en cuanto llegó delante de esta ciudad, hizo enviar en secreto otra carta al jefe de los Haddjadj, en que le comunicaba que estaba pronto a hacer perecer a Ibn-Galib, siempre que por su parte Ibn-Haddjadj volviera a la obediencia. Pronto se hizo el trato; Djad hizo cortar la cabeza a Ibn-Galib e Ibn-Haddjad, evacuó Carmona.

Cuando los renegados de Sevilla supieron la negra traición de que había sido víctima su aliado, toda su furia se volvió contra el Sultán. Tuvieron consejo acerca de lo que debían hacer. Algunos propusieron vengar la muerte de Ibn-Galib en Omeya, hermano de Djad, y uno de los más valientes guerreros de la época, que era entonces gobernador de Sevilla. Esta proposición fue aceptada, pero como no podía hacerse nada mientras no fuesen dueños de la ciudad, Ibn-Angelino se comprometió a ir a hablar con el príncipe, y hacer de modo que este confiara su defensa a los renegados. Además, resolvieron los patricios enviar propios a sus aliados los árabes maadditas de la provincia de Sevilla, y los Bereberes-Botr de Moron, rogándoles que vinieran a auxiliarlos.

Cuando estos propios estaban ya en camino, Ibn-Angelino, acompañado de algunos amigos fue a ver al príncipe Mohamed.

«Señor, le dijo: es posible que nos hayan calumniado en la corte, y acusado de un crimen del que somos inocentes, es muy posible que un proyecto funesto se haya formado contra nosotros en el consejo del Sultán, puede, en fin, que Djad, ese traidor infame nos ataque de improviso con fuerzas tan numerosas que nos sea imposible resistir. Si queréis, pues, salvarnos del peligro que nos amenaza, y ligarnos a vos con los lazos de la gratitud, es preciso que nos confiéis las llaves de la ciudad, y el cuidado de velar por su defensa, hasta que se aclaren las cosas. No es porque desconfiemos de vos, pero demasiado sabéis que, si las tropas entran en la ciudad, ya no estaréis en estado de protegernos.»

De buena o mala gana, Mohamed, que ya se había malquistado con los árabes, y que no podía disponer más que de una escasa guarnición, tuvo que conceder lo que le pedían los renegados.

Estos, dueños de la ciudad, esperaron la llegada de los Maadditas y de los Bereberes-Botr, que tuvo lugar en la mañana del martes, nueve de Setiembre del 889. Entonces una compacta multitud se abalanzó sobre el palacio de Omeya. La insurrección fue tan rápida, que el gobernador no tuvo siquiera tiempo de ponerse las botas. Se tiró sobre el caballo, y se fue a escape al palacio del príncipe. Engañados los insurgentes, saquearon su palacio y se dirigieron luego hacia el del príncipe, que rodearon, lanzando gritos feroces. De minuto en minuto aumentaba la multitud, con tenderos, obreros y artesanos. No sabiendo qué hacerse, el príncipe envió a toda prisa mensajeros a Ibn-Angelino, Ibn-Sabárico y otros patricios, para rogarles que vinieran a concertar con él los medios de hacer cesar el tumulto.

Estos patricios que hasta entonces se habían mantenido a la capa, deliberaron entre sí lo que debían hacer. Grande era su embarazo, si aceptaban la invitación del príncipe temían caer en una celada, pero temían si la rehusaban ser acusados de connivencia con los amotinados, y esto era lo que ellos no querían. Bien considerado todo, resolvieron ir a ver al príncipe, tomando sus precauciones; pusiéronse corazas debajo de los vestidos y antes de entrar en palacio colocaron sevillanos bien armados y soldados de Morón cerca de la puerta. «Si no hemos vuelto, les dijeron, cuando el muecín anuncie la oración del medio día asaltaréis el palacio e iréis a liberarnos.» Dicho esto, fueron a ver al príncipe que los acogió de la manera más amable. Pero mientras que hablaban todavía con él, los hombres colocados en la puerta perdieron la paciencia, entraron en sospechas y comenzaron a romper la puerta. Precipitándose primero en las caballerizas se apoderaron de los caballos y las mulas, corrieron luego hacia la puerta del «fácil,» (antemuro) que se hallaba al otro extremo del patio frente a la puerta de entrada, pero allí encontraron una resistencia que no esperaban. Allí estaba Omeya.

Desde que este valiente guerrero oyó los gritos de los insurrectos en las caballerizas, hizo arrestar a Ibn-Angelino y a sus compañeros, apostó a sus propios sirvientes y a los del príncipe sobre la plataforma de la puerta del «fácil», donde había hecho llevar un montón de proyectiles, y cuando los renegados y sus aliados se aproximaron a esta puerta cayó sobre ellos una granizada de dardos, de piedras y de muebles. Aun cuando tuvieran la ventaja del número sus adversarios tenían la de la posición. Excitados por Omeya que con la cabeza y el pecho ensangrentados con numerosas heridas los animaba con su actitud, con su mirada y con su ejemplo, los defensores de palacio estaban resueltos a vender cara sus vidas, y la desesperación parecía prestarles fuerzas sobrehumanas.

El combate duró desde el medio día hasta la puesta del sol. Cuando llegó la noche, los sitiadores vivaquearon en el patio y por la mañana volvieron al ataque.

¿Qué hacían entre tanto los realistas y todos aquellos amigos del orden que a lo que parece hubieran debido volar al socorro del gobernador? Fieles a su divisa «cada uno para sí» y sufriendo el inevitable ascendiente que ejerce sobre la debilidad una resolución vigorosa esperaban, y habiéndose fortificado en Sus palacios, dejaban que el gobernador saliera del

aprieto como pudiera. Ellos lo querían sin duda, hacían votos por él, pero eso de arriesgar la vida por salvarlo... su adhesión no llegaba hasta ese extremo.

Algo habían hecho. En cuanto comenzó el tumulto enviaron un correo a Djad para prevenirlo del peligro en que se hallaban su hermano y el príncipe. Verdad es, que esto no les costaba mucho y ahora se trataba de saber: primero, si Djad llegaría a tiempo, luego, si lograría dominar la insurrección.

Apenas se informó Djad de lo que pasaba en Sevilla, se puso en camino con todos los caballeros que pudo reunir a toda prisa. Habiendo vuelto a comenzar el combate en la mañana del 10 de Setiembre en el patio de palacio, llegó por el lado del Mediodía. Un puesto de renegados quiso defenderle el paso, él pasó sobre ellos y penetró en el arrabal donde habitaba el Coraichita Abdallah-ibn-Achath. Este realista le informó del estado de las cosas. «A escape» gritó el general, y espada en mano cayó sobre la multitud. Los sevillanos se mantuvieron firmes. El caballo de Djad, cayó herido mortalmente, sus jinetes retrocedieron. Trató de volverlos a la carga, llamó a cada uno por su nombre y le suplicó que se mantuviera firme. Los más valientes se reunieron, volvieron a la carga atacando con preferencia a los jefes. El mismo general se precipitó sobre uno de los más valientes sevillanos y lo mató. El desorden se introdujo en la multitud. Retroceden, se empujan, se oprimen, los caballeros redoblan su energía y los sevillanos no tardan en huir por toda parte.

Lleno de gozo, Djad se lanza a palacio, estrecha a su hermano sobre su corazón y besa respetuosamente la mano del príncipe.

—Gracias a Dios, exclama, que aun he podido salvaros.

—Ya era tiempo, le respondió su hermano, media hora más y estamos perdidos.

—Sí, añadió el príncipe, ya no esperábamos más que la muerte, ¡pero no pensemos ahora más que en la venganza! ¡Que se castiguen a esos rebeldes poniendo sus casas a saco: que se saque a Ibn-Angelino y a sus cómplices de la prisión, ¡que el verdugo les corte la cabeza y que sus bienes sean confiscados!

Mientras que estos dos infelices marchaban al suplicio, Sevilla presentaba un horrible espectáculo. Sedientos de carnicería y ávidos de botín, los caballeros de Djad degollaban a los fugitivos y saqueaban sus casas. Felizmente para los renegados había entre ellos y los clientes omeyas de Sevilla, lo que se llamaba una alianza de vecindad. En consideración a esta alianza, los clientes pidieron y obtuvieron gracia para sus conciudadanos, y poco después el Sultán mismo concedió una amnistía general. No era más que un respiro; los renegados tocaban ya su ruina.

Cuando el príncipe Mohamed volvió a Córdoba con Djad y sus tropas, llegaron mensajeros de Ibn-Hafzun, (que estaba entonces en paz con el Sultán) para pedirle la cabeza de Djad, porque este general había hecho perecer a Ibn-Galib aliado de su señor.

El poder de Ibn-Hafzun y el temor que inspiraba al Sultán, eran entonces tan grandes, que Djad, aunque no había hecho más que obedecer a su señor, temía, no sin motivo, ser sacrificado al jefe de los renegados. No encontrando para sustraerse al peligro que le

amenazaba otra cosa que una pronta fuga, abandonó la capital de noche y en secreto para buscar un refugio al lado de su hermano el gobernador de Sevilla. Iba acompañado de sus dos hermanos Hachim y Abd-el-ghafir, de algunos amigos, entre los que se encontraban dos coraichitas, de sus pajes y de sus esclavos. Costeando el Guadalquivir llegaron al amanecer al castillo de Siete Filla. Pidieron y obtuvieron permiso de detenerse allí algunos instantes para descansar y refrescarse. Desgraciadamente para ellos, la banda de berberiscos Tamachecca andaba entonces por aquellos alrededores, y los hermanos de Ibn-Galib que entonces servían en ella, habían notado la llegada de los caballeros al castillo. Habiendo reconocido a Djad y ardiendo en deseos de vengar en él la muerte de su hermano, avisaron a su jefe y le dijeron que podría fácilmente apoderarse de las monturas que estos caballeros se habían dejado fuera del castillo. Tamachecca se puso enseguida en camino con sus bandidos, y ya había echado mano a los caballos, cuando Djad y sus amigos, atraídos por los gritos de sus esclavos, cayeron sobre ellos espada en mano.

Lejos de huir, los ladrones se defendieron vigorosamente y como tenían la superioridad numérica mataron a Djad, a sus dos hermanos y a un coraichita.

Este acontecimiento tuvo las más funestas consecuencias para los españoles de Sevilla. Fue sobre ellos sobre los que Omeya, impotente para castigar a los verdaderos culpables, quiso vengar la muerte de sus tres hermanos. Los entregó pues, a los Khaldum y a los Haddjadj, que había llamado ya a la ciudad y a los que dio pleno poder para saquear y exterminar a todos los españoles, cristianos o musulmanes donde quiera que los encontraran, en Sevilla, en Carmona o en el campo. Entonces comenzó una horrible carnicería. Ciegos de furor, los Yemenitas degollaron españoles a millares. Por las calles corrían arroyos de sangre. Los que se arrojaron al Guadalquivir para escapar al cuchillo casi todos perecieron en las olas. Pocos españoles sobrevivieron a esta horrible catástrofe. Opulentos antes ahora se encontraron sumidos en la miseria.

Los Yemenitas conservaron mucho tiempo el recuerdo de esta sangrienta jornada; el rencor sobrevivió entre ellos a la ruina de sus adversarios. En los castillos señoriales y en los lugares del Ajarafe y del Sened en las nocturnas veladas, los improvisadores tomaban muchas veces por tema de sus cantos el triste drama que acabamos de referir, y entonces los Yemenitas con la vista inflamada por un odio sombrío y feroz, escuchaban versos tales como estos:

“Con la espada en la mano, hemos exterminado a esos hijos de esclavas. Veinte mil de sus cadáveres yacían en el suelo, las grandes olas del río llevaban otros. Su número otras veces prodigioso, nosotros lo hemos hecho mínimo. Nosotros hijos de Cahtan contamos entre nuestros abuelos los príncipes que reinaban antes en el Yemen: ellos esclavos no tienen más que esclavos por abuelos. ¡Infames! ¡perros! con su loca audacia osaron venir a desafiar a los leones en su gruta... Nosotros nos hemos enriquecido con sus despojos y los hemos precipitado en las llamas eternas donde han ido a reunirse a los Temuditas.”

CAPÍTULO XX

I

No fue al Sultán a quien aprovechó la ruina de los renegados de Sevilla, sino a la aristocracia Mora. Desde entonces los Khaldum y los Haddjadj, fueron los amos de la provincia; el partido realista era demasiado débil, y sobre todo demasiado cobarde para disputarle el poder, y ni lo intentó siquiera. Únicamente Omeya, procuró hacerles frente. Hizo todo lo posible para sembrar la discordia entre el Berberisco Djonaid y Abdalah-ibn-Haddjadj, que se habían repartido Carmona; trató de malquistar a Coreb con su propio partido, y de ganárselo con las más brillantes promesas; hasta llegó a tomar medidas para desembarazarse de una vez de todos estos turbulentos yemenitas. Nada consiguió. Verdad es que hizo asesinar a Abdalá por Djonaid; pero en vez de ganar perdió en el cambio, porque a la muerte de Abdallah los Haddjadj eligieron por jeque a su hermano Ibrahim, hombre de gran talento, que se hizo mucho más temible que Abdalá. Coreb aunque fingía dar oídos a las proposiciones que le hacían, era demasiado astuto para dejarse engañar, y el gran proyecto que Omeya había formado para exterminar a los yemenitas se frustró completamente. Había mandado para ello cercar con una muralla la parte de la ciudad en que estaba el palacio, y la gran mezquita, y anunció que este recinto quedaría reservado exclusivamente para la guarnición. Los Moros comprendieron que el mejor día, cuando entraran o salieran de la mezquita, serian degollados por los satélites del gobernador. Representaron. Omeya no hizo caso. Entonces recurrieron a la fuerza, impidiendo a los albañiles continuar sus trabajos. Omeya reprimió a los sediciosos y los obligó a entregarle rehenes que respondieran con su cabeza de la sumisión de sus familias; pero con esto no adelantó más. Los Yemenitas sabían que el miedo de atraerse una terrible «vendetta» sobre él y sobre su familia le había de impedir el matar a sus rehenes, y un día, cuando la mayor parte de los soldados habían salido por víveres, asaltaron el palacio. Omeya se subió a toda priesa al terrado, con los pocos soldados que le quedaban mandó arrojar proyectiles a los sitiadores, e hizo colocar los rehenes a su vista, amenazando mandar cortarles la cabeza. Los revoltosos se burlaron de él y le dijeron: «que pues que todas las provincias se habían sacudido el yugo del Sultán, era natural que no quisieran que la suya se quedara atrás. Por lo demás, añadieron con amarga ironía; nosotros somos muy tratables, y nos comprometemos s ser el modelo de los súbditos, en cuanto una sola de las provincias insurrectas vuelva a la obediencia.» En cuanto al mismo Omeya no tiene, se dijeron, más que un partido que tomar, que es el de irse, y que si se resolvía a hacerlo, no le harían daño alguno.

Omeya cedió a las circunstancias a pesar de su carácter orgulloso y testarudo. Prometió abandonar la ciudad a condición de que juraran los rebeldes no atentar contra su vida. Entonces Coreb, Ibrahim y otros tres jeques subieron al terrado de la puerta oriental de la mezquita, y cada uno juró cincuenta veces no hacer a Omeya ningún mal y conducirlo a lugar seguro. Hecho esto, Omeya, que desde el terrado en que se hallaba, podía verlos y oírlos, les devolvió sus rehenes. Pero no se apresuró a marcharse avergonzado de su debilidad, y creyendo ya pasado el peligro, trató, por el contrario, de recobrar el poder. Apenas se

percibieron de ello los Moros, comenzaron de nuevo las hostilidades, y no queriendo Omeya ceder por segunda vez, tomó una resolución desesperada. Hizo matar a sus mujeres, cortar los jarretes a sus caballos, y quemar todo lo bueno que poseían, y luego, saliendo de palacio se precipitó sobre sus enemigos, peleando sin retroceder, hasta que sucumbió.

Ya omnipotentes, pero juzgando que el momento de sacudir enteramente el yugo del Sultán no había llegado todavía, le escribieron que habían matado a Omeya, porque este había manifestado intenciones de rebelarse, y no pudiendo castigarlos el Sultán, aceptó estas explicaciones, y les envió otro gobernador. Este pobre hombre, no fue más que un guiñol, del que Coreb e Ibrahim movían los hilos. Dejábase manejar como si fuera de cera, y sin embargo, sus tiranos le atormentaban y le vejaban de todos modos. Economizaban los menores objetos de su despensa y apenas si le daban su ración de pan y carne. Creyendo sin razón que ganaría algo, reemplazó este gobernador por otro, enviando al mismo tiempo a su tío Hixem a Sevilla. Pero como no les envió ejército, el poder de los yemenitas quedó tan ilimitado como antes. Demasiado lo experimentaron el gobernador e Hixem. Tenía este último un hijo llamado Motarrif, y este joven libertino tenía relaciones con una querida de Mahdi. Súpolo éste, acechó a su rival una noche, y le dio de puñaladas. Habiendo recibido Hixem esta triste noticia, esperó sin embargo hasta el amanecer para ir al lugar donde yacía el cadáver de su hijo; tanto temía ser asesinado él mismo, si se aventuraba a salir de su palacio estando oscuro. En cuanto a castigar al asesino, ni siquiera se pensó en ello. Algún tiempo después interceptaron los Khaldum una carta que el gobernador había dirigido al Sultán, excitándolo a vengar la muerte de Motarrif, y a poner término a la anarquía. Le enseñaron esta carta le abrumaron de acusaciones y de amenazas, y para colmo de ignominia lo pusieron arrestado algunos días.

Tal era la situación de Sevilla el año 891, cuarto del reinado de Abdalá. En esta época, casi todo el resto de la España musulmana se había emancipado de la obediencia; cada señor árabe, berberisco o español, se había apropiado una parte de la herencia de los Omeyas. La de los Moros había sido la menor. No eran poderosos más que en Sevilla; en todas los demás se mantenían trabajosamente contra las otras dos razas. Muchos de ellos, como Ibn-Ataff, señor de Mentesa, Ibn-Salim, señor de Medina, Beni-Salin, en el distrito de Sidona, Ibn-Waddhah, señor de Lorca y Al-Ancar, gobernador de Zaragoza, no ejecutaban las órdenes del Sultán más que cuando les convenía, pero no habían roto abiertamente con él porque teniendo la conciencia de su debilidad se habían reservado la posibilidad de una reconciliación.

Los Berberiscos, que habían vuelto a su gobierno primitivo, el de los jeques de tribu, eran más poderosos e intratables. Mallahi, simple soldado, se había apoderado de la ciudadela de Jaén. En el distrito de Elvira, los dos hermanos Khalil y Said, que pertenecían a una familia muy antigua, poseían dos castillos. Las provincias que llevan ahora los nombres de Extremadura y de Alentejo, estaban enteramente casi en poder de los Bereberes. Los Beni-Feranic, reinaban sobre la tribu de Nafza, establecida en los alrededores de Trujillo. Otro Berberisco, Ibn-Takit, de la tribu de Mazmuda, que ya se había sublevado en Extremadura, en el reinado de Mohamed, y que se había apoderado de Mérida, de donde había echado a los Moros y a los Berberiscos de la tribu de Retama, se hallaba casi constantemente en guerra con el señor de Badajoz Ibn-Merwan, a quien no le perdonaba haber ayudado a las tropas del Sultán cuando asediaron Mérida. Pero la más poderosa familia berberisca era la de los Ben-

Dhu-n-zun. Su jefe era Muza, un solemne bribón, un gran malvado. Siempre alerta y yendo siempre a su negocio, paseaba por todas partes la espada y la tea. Sus tres hijos se le parecían en fuerzas y en brutalidad. Eran Yahya el más pérfido y cruel de su raza; Fath, señor de Uclés, y Motarif señor de Huete, algo mejor que sus hermanos. Cada uno tenía su banda, con la que saqueaban y robaban.

Más poderosos aun que los Berberiscos, los renegados eran también más humanos; muchos de sus jefes eran amigos del orden y de la civilización, pero el carácter de esta civilización era enteramente árabe; aun combatiendo contra los conquistadores reconocían su superioridad intelectual. En la provincia de Oczonoba (que hoy se llama Algarbe, y que es la más meridional del reino de Portugal) reinaba Becr, biznieto de un cristiano llamado Zadulfo. Su padre Yahya, se había declarado independiente hacia el fin del reinado de Mohamed. Primero se hizo dueño de Santa María, luego de toda la provincia. El mismo Becr que residía en Silves, desplegaba una pompa enteramente regia. Tenía su consejo, su cancillería y tropas numerosas bien armadas y disciplinadas. Se admiraban las ingeniosas fortificaciones de Santa María, sus magníficas puertas de hierro, y su soberbia iglesia, que no cedía en reputación sino a la llamada «del Cuervo», a la que se hacía una famosa peregrinación. Lejos de considerar a los viajeros y mercaderes como su presa, Becr había ordenado por el contrario a sus súbditos que los protegieran y les dieran hospitalidad. Sus órdenes habían sido cumplidas: en la provincia de Ocsonoba, se decía, el viajero halla amigos y parientes donde quiera. Fuerte con las alianzas que habían contado con Ibn-Hafzum, Ibn-Merwan de Badajoz, y otros jeques de su raza, Becr era pacífico sin embargo. Habiéndole ofrecido el Sultán reconocerlo como gobernador de la provincia, él aceptó este ofrecimiento, que en el fondo a nada le obligaba. Su vecino y su aliado al norte, era Abdelmelic-ibn-abi-l-Djawad, que contaba Beja y Mértola entre sus ciudades principales. Más al este, entre las montañas de Priego, reinaba el valiente Ibn-Mastana, el más activo aliado de Ibn-Hafzun. Sus numerosos castillos, entre los que se encontraba Carcabulia (hoy Carbuey) pasaban por inexpugnables. Los señores de la provincia de Jaén eran todos aliados o vasallos de Ibn-Hafzum, y eran: Khair-ibn-Chakir, señor de Jodar, que poco antes de esta época había combatido con Sawar el jeque de los Moros de Elvira, y le había quitado gran número de castillos; Said-ibn-Hadhail señor de Monteleón; los Beni-Habil, cuatro hermanos que poseían muchas fortalezas, tales como la Margarita y S. Esteban; e Ibn-Chalia, que poseía, entre otros castillos, el de Ibn-Omar y el de Cazlona. Este último, que había reunido inmensas riquezas, recompensaba generosamente a los poetas, y vivía suntuosamente.

«Los palacios de nuestro príncipe decía el poeta Obaidis, su secretario, que había abandonado la corte del Sultán, para ir a ponerse a su servicio; los palacios de nuestro príncipe están edificados por el modelo de los del Paraíso, y allí se goza de todas las delicias. Allí se ven salas que no descansan en columnas, salas en las que el mármol está bordado de oro.» Otro jeque, Daisam-Ibn-Ishac, señor de Murcia, de Lorca y de casi toda la provincia de Todmir, gustaba también de la poesía, y disponía de un ejército en que se contaban cinco mil caballos. Por su generosidad y su dulzura se había conciliado el amor de todos sus súbditos. Pero el adversario más temible del Sultán era siempre Ibn-Hafzum, y en los dos últimos años había obtenido grandes ventajas. Verdad que el Sultán se puso en camino en la primavera de 889 para atacarle en Bobastro. De paso le había tomado algunas plazas insignificantes y destruido

algunos sembrados, pero este paseo militar que duró cuarenta días no produjo resultados serios, y cuando apenas el sultán estaba en Córdoba de vuelta, Ibn-Hafzum tomó Estepa y Osuna, y entonces los habitantes de Écija se apresuraron a reconocerle por soberano, rogándole que viniera con sus tropas a la ciudad.

«Écija es una ciudad maldita donde reinan la iniquidad y la infamia, decían en Córdoba; los buenos la han abandonado, y no quedan allí más que los malos».

Asustado con los rápidos triunfos de su adversario, el Sultán había ya hecho marchar contra él todas las tropas disponibles, cuando Ibn-Hafzum, contento con las ventajas obtenidas, y creyendo que era bueno contemporizar aun, le propuso un acomodamiento. Prometióle dejarle en paz a condición de que le confiriera de nuevo el gobierno del territorio que poseía. Feliz por verse libre a tan poca costa, el Sultán consintió en su demanda.

Pero Ibn-Hafzum entendía la paz a su manera. Poco después de haberla concluido atacó al Bereber-Bornos Abu-Harb, uno de los más leales servidores del Sultán, que residía en una fortaleza de la provincia de Algeciras. Habiendo sido muerto Abu-Harb en un combate, capitularon sus soldados entregando su fortaleza al renegado.

El sultán no tenía por qué congratularse mucho por las disposiciones pacíficas de Ibn-Hafzun, pero por otra parte, los más ardientes partidarios de éste se quejaban de lo que llamaban su debilidad y su inacción. No les tenía en cuenta porque para subsistir necesitaban precisamente de razias y de botín. Así que Ibn-Mastana, uno de ellos prefirió a permanecer ocioso hacer una alianza con los Moros vecinos que acababan de fortificarse en Cala-Yahcib (Alcalá la Real) y tomar parte en las expediciones que hacían para saquear a las personas honradas que no habían querido sublevarse. Éstas reclamaron el auxilio del Sultán. Muy embarazado, porque ni podía dejar abandonados a sus súbditos, ni tenía bastantes soldados que enviarles, tomó Abdalá el partido de escribir a Ibn-Hafzun para suplicarle que se uniera con sus tropas a las que iba a enviar contra Ibn-Mastana y sus aliados Moros. Ibn-Hafzun que ya tenía su plan y que estaba algo intranquilo con la alianza que Ibn-Mastana acababa de hacer con los enemigos de su raza, accedió a la demanda del sultán con mayor diligencia de la que éste se hubiera atrevido a esperar; pero en cuanto se unió a la división del general omeya Ibrahim-ibn-Khamir, hizo llegar secretamente a Ibn-Mastana, una carta en que le afeaba su alianza con los Moros.

«Sin embargo, añadía, cuento con vos como uno de los más fieles campeones de la causa nacional. Por lo pronto no tenéis más que hacer que perseverar en la rebelión. No temáis nada que el ejército en que estoy no os hará ningún daño.»

Atribuyéndose un poder ilimitado en el ejército, Ibn-Hafzun nada exageraba. Había eclipsado de tal modo al general omeya, que trataba a los soldados del Sultán como mejor le parecía, los arrestaba bajo diversos pretextos, les quitaba sus caballos para dárselos a los suyos, y cuando Ibrahim-ibn-Khamir le hacía alguna observación, sabía siempre refutársela de la manera más plausible. Su marcha a través del país enemigo, no fue más que un paseo militar, como se lo había prometido a Ibn-Mastana; pero aprovechó la ocasión para entablar inteligencias con todos los Españoles que halló a su paso, y para ir a socorrer a los habitantes de Elvira que acababan de perder contra Sauwar la batalla «de la ciudad.» Como ya hemos

dicho antes fue menos feliz en esta expedición de lo que acostumbraba, pero el ligero contratiempo que sufrió no le desanimó de manera alguna. Fuerte con las alianzas que acababa de contraer y apercibiéndose acaso de que sus partidarios se impacientaban con sus contemporizaciones y su conducta ambigua, creyó llegado el caso de quitarse la máscara, y después de haber puesto preso a Ibraim-ibn-Khamir y a otros muchos oficiales del ejército omeya, se declaró abiertamente contra el Sultán.

Apenas hizo esta declaración cuando encontró aliados muy útiles en los cristianos cordobeses. No se encontraban ya éstos en aquel tiempo en que para manifestar su odio a los conquistadores y su celo religioso no hallaban otro medio que buscar el martirio. En medio del trastorno general creían poder contribuir a la liberación de la patria tomando las armas. Los mismos que poco tiempo antes eran instrumentos de los Omeyas, eran ahora sus más encarnizados enemigos. De este número era el conde Servando. Hijo de un siervo de la Iglesia no había retrocedido en otro tiempo ante ningún género de bajezas por agradar al monarca. Conociendo que para llegar a este fin el mejor medio era llenar el Fisco, abrumaba con impuestos a sus correligionarios obligándolos así a abjurar de su fe. No contento con matar a los vivos ni siquiera respetaba a los muertos, porque para aumentar el odio que los musulmanes tenían a los cristianos, hacía exhumar los cuerpos de los mártires de debajo de los altares y los enseñaba a los ministros del Sultán, quejándose de la audacia de los fanáticos que se habían atrevido a dar tan honrosa sepultura a víctimas de la justicia musulmana. Por entonces los cristianos le detestaban sobre toda ponderación. Los clérigos agotaban el diccionario para encontrar términos injuriosos que aplicarle. Le llamaban insensato, insolente, orgulloso, avaro, rapaz, cruel, testarudo, presuntuoso, decían que tenía la audacia de oponerse a la voluntad del Eterno, y que era un hijo del demonio. Tenían excelentes razones para odiarle como le odiaban. Servando, habiendo puesto a contribución todas las iglesias de la capital, obligó a estas que no podían pagar a sus sacerdotes a aceptar como tales los hombres cobardes y rapaces que Servando quería darles y que eran pagados por el Estado. Además, era el enemigo mortal de los llamados mártires y de sus protectores, a los que tendía lazos con una destreza y una astucia verdaderamente diabólicas. En cierta ocasión había acusado al abad Samson y a Valencio obispo de Córdoba, de haber inducido a uno de sus discípulos a blasfemar de Mahoma, y entonces dijo al Sultán: «Haga llamar vuestra alteza a Valencio y a Samson y que se les pregunte, si piensan que lo que ha dicho ese blasfemador es cierto. Si dicen que sí, deben ser castigados como blasfemos; si por el contrario el miedo les hace decir que no, mándeles vuestra alteza dar puñaladas, y ordéneles que maten a ese hombre. Si rehúsan ya tenéis la prueba de que ese hombre ha sido su instrumento. Que me den a mí entonces una espada y yo los mato a los tres»

Pero habían trascurrido veinte años desde que habló de esta manera. Desde entonces los tiempos habían cambiado mucho y los hombres del temple de Servando, cambian con ellos. Dotado de gran previsión se halló de pronto lleno de un odio violento contra el Sultán que caía, y de una viva simpatía para el jefe del partido nacional que imaginaba iba a subir. Entonces acarició a sus correligionarios que antes había perseguido, se conchabó con ellos e hizo todo lo posible para promover una sedición. La corte descubrió alguna cosa de estos manejos e hizo prender a su hermano; pero avisado a tiempo pudo salvarse con los otros cómplices. Una vez fuera de la capital ya estaba seguro, porque el poder del Sultán no se extendía más allá. No

teniendo pues nada que temer, formó el proyecto de apoderarse de la importante fortaleza de Polei (hoy Aguilar), a una jornada al Sur de Córdoba. Como no estaba mejor guardada que las demás fortalezas del Sultán, logró su propósito, y habiéndose instalado en Polei propuso una alianza a Ibn-Hafzun. Este aceptó gozosamente su oferta, le envió algunos escuadrones y le recomendó que hiciera razias incesantes en la campiña cordobesa. Ninguno podía dirigirlas mejor que Servando que conocía palmo a palmo aquella tierra y que, según convienen los historiadores árabes, era un intrépido caballero. Llegada la noche salía de su castillo adonde volvía al amanecer, y casas destruidas, lugares incendiados y cadáveres insepultos señalaban su camino. Él mismo fue muerto en un encuentro, pero sus compañeros prosiguieron la sangrienta obra que había comenzado.

Ibn-Hafzum, que acababa de tomar Baena, se hallaba ya en posesión de las fortalezas más importantes que se encontraban al sur del Guadalquivir. Casi toda Andalucía le prestaba obediencia; tan convencido de ello estaba el Sultán, que ya no condecoraba a nadie con los vanos títulos de gobernador de Elvira, ni de Jaén. Orgulloso con su poder presente, el jefe de los renegados quiso también hacerlo duradero. Convencido de que bien pronto Córdoba había de caer en sus manos, y que entonces sería dueño de España, conocía también que, si permanecía siendo lo que hasta entonces, tendría que luchar contra los Moros que, de seguro, no habían de someterse a su autoridad si se presentaba como el jefe de los españoles. Obtener otro título del Califa de Bagdad, ser nombrado por este el gobernador de España, tal era su ambición, tal era su proyecto.

Su poder nada padecería, porque los Califas no ejercían más que una autoridad nominal sobre las provincias alejadas del centro del imperio, y si conseguía que el Califa le enviara un diploma de gobernador, podía esperar que los árabes no rehusaran obedecerlo, pues que entonces no sería ya para ellos un español, sino el representante de una dinastía que respetaban como la primera de todas.

Decidido su proyecto, entabló una negociación con Ibn-Aghlab gobernador de África por el califa de Bagdad, y para ganárselo le ofreció al mismo tiempo presentes magníficos. Ibn-Aghlab recibió muy bien sus insinuaciones, le envió presentes a su vez, le animó a persistir en su proyecto y le prometió que haría de modo que el Califa le enviase el diploma solicitado.

Esperando, pues, el momento de levantar la bandera abasida, Ibn-Hafzun se aproximó a Córdoba y estableció en Écija su cuartel general. Desde allí iba de cuando en cuando a Polei para apresurar la terminación de las fortificaciones que había mandado construir y que debían hacer aquella plaza inexpugnable, para llevar refuerzos a los soldados de la guarnición y para estimular su valor cuando había necesidad. Dentro de algunos meses, quizás dentro de algunos días, entraría vencedor en la capital.

Esta era presa de una profunda tristeza. Sin estar sitiada todavía, sufría ya todos los males de un asedio. «Córdoba, dicen los historiadores árabes, estaba en la posición de una villa fronteriza que está expuesta a cada instante a los ataques del enemigo.» En diversas ocasiones sus habitantes se despertaban sobresaltados en medio de la noche, con los angustiosos gritos de los infelices campesinos del otro lado del río que degollaban los caballeros de Polei. Una

vez llevó su audacia uno de estos caballeros hasta avanzar al puente y lanzar un dardo contra la estatua que se hallaba encima de la puerta.

«El Estado está amenazado de una completa disolución, escribía un contemporáneo, las calamidades se suceden sin descanso, se roba y se saquea, nuestras mujeres y nuestros hijos son arrastrados a la esclavitud.»

Todo el mundo se quejaba de la inacción del Sultán, de su debilidad y de su cobardía. Los soldados murmuraban porque no se les pagaba. Las provincias habían dejado de enviar sus contribuciones y el tesoro se hallaba vacío. El Sultán había hecho empréstitos, pero empleaba el poco dinero que había recogido en pagar a los Moros en las provincias que aún se mantenían por él. Los mercados desiertos atestiguaban demasiado la ruina del comercio. El pan estaba a un precio exorbitante. Nadie esperaba en lo porvenir, el miedo se había apoderado de todos los ánimos.

«Pronto, escribía el contemporáneo que hemos citado ya, pronto el villano será poderoso y el noble se arrastrará en la abyección.»

Se refería con terror que los Omeyas habían perdido su *paladium*, el estandarte de Abderramán I. Los faquíes que miraban todas las calamidades públicas como castigo de Dios y que llamaban a Ibn-Hafzun el azote de la cólera celeste, alborotaban la ciudad con sus predicciones lamentables.

«¡Desgraciada de tí, oh Córdoba, decían, desgraciada de tí, vil cortesana, cloaca de impureza y disolución, morada de calamidades y de angustias, desgraciada de tí, que no tienes ni amigos, ni aliados! Cuando el capitán de la gran nariz y de la fisonomía siniestra cuya vanguardia se compone de musulmanes y la retaguardia de politeístas llegue delante de tus puertas se cumplirá tu fatal destino. ¡Tus habitantes irán a buscar asilo en Carmona, pero será un asilo maldito!».

En los púlpitos se tronaba contra la casa de la iniquidad, como llamaban al palacio, y se anunciaba con gran precisión la época en que Córdoba había de caer en poder de los infieles. «¡Infame Córdoba, decía un predicador, Alá te ha tomado odio desde que has llegado a ser la cita de los extranjeros, de los malhechores y de las prostitutas; él te hará experimentar su terrible cólera! Ya veis oyentes míos, que la guerra civil asola toda la Andalucía. Pensad, pues, ¡en otra cosa que en las vanidades mundanas! El golpe mortal ha de venir de ese lado en que veis las dos montañas, la montaña parda y la montaña negra. Comenzará en el mes siguiente el de Ramadhan, después pasará un mes, después otro y entonces ocurrirá una gran catástrofe en la gran plaza del palacio de la iniquidad. ¡Habitantes de Córdoba, ocultad bien entonces a vuestras mujeres y a vuestros hijos! Haced de modo que ninguno de los que os sean queridos se halle cerca de la plaza del palacio de la iniquidad, ni en la de la gran mezquita, porque ese día no se perdonará ni a las mujeres ni a los niños. Esta catástrofe tendrá lugar un viernes entre las doce y las cuatro y durará hasta ponerse el sol. El sitio más seguro, será entonces la colina de Abu-Abda, donde antes estaba la iglesia».

El Sultán era el que estaba acaso más desanimado de todos. Su trono, aquel trono tan ardientemente ambicionado y que no debía más que a un fratricidio, se había convertido para

él en lecho de espinas. Ya no tenía medios. Había ensayado una política que creía hábil y prudente, y se había frustrado. ¿Qué hacer ahora? ¿volver a la vigorosa política de su hermano? Aunque quisiera no podía, ni tenía ejército, ni dinero. Además, la guerra le repugnaba.

Abdalá era un príncipe poltrón y devoto que hacía una ruin figura en un campo de batalla. Le fue pues forzoso perseverar en su política de paz, a riesgo de ser engañado de nuevo por el astuto renegado que le había engañado tantas veces. Pero Ibn-Hafzun, seguro de la victoria, no quería ya acomodos. En vano Abdalá le suplicaba que le concediera la paz; en vano le ofrecía las más ventajosas condiciones, Ibn-Hafzun rechazaba todas sus ofertas con desdén. Cada vez que sufría una repulsa, el Sultán, no esperando ya nada de los hombres se volvía a Dios. Se encerraba en su gabinete como un ermita, o componía versos tristes como estos:

"Todas las cosas de este mundo son transitorias, nada es durable aquí abajo. Apresúrate pues, oh pecador a despedirte de todas las vanidades mundanas y conviértete. Dentro de poco estarás en la caja y echarán tierra húmeda sobre ese rostro antes tan hermoso. ¡Conságrate únicamente a tus deberes religiosos, entrégate a la devoción y trata de hacerte propicio al señor de los cielos!".

Una vez cobró ánimo, y esto fue cuando hacia el 890, vinieron a ofrecerle de parte de Ibn-Hafzun, la cabeza de Khair-ibn-Chakir, señor de Jodar. Vio en este acto un rayo de esperanza. Se figuraba que su terrible adversario iba por fin a concederle la paz que tanto tiempo solicitaba; la cabeza de Khair, era para él la prenda de una próxima reconciliación; Ibn-Hafzun pensaba, se muestra reconocido a los consejos que le había dado, pues que le había avisado de que Khair jugaba con dos barajas, y que al lado de Hafzun reconocía también por soberano a Daisam príncipe de Todmir. Extremadamente celoso de su autoridad, Ibn-Hafzun había hecho pronta y terrible justicia. Habiéndole pedido Khair un refuerzo, se lo había enviado; pero dándole orden al mismo tiempo a su teniente que se llamaba en español el Rogol y al-Ohamir en árabe (el Rogillo), la orden secreta de cortarle la cabeza al traidor. Por lo demás, Ibn Hafzun sacó bien pronto al Sultán de sus ilusiones En lugar de negociar fue a sitiar las fortalezas de la provincia de Cabra que aún se mantenían por el Sultán. La situación no podía empeorar. Abdalá comprendió al fin que era preciso jugar el todo por el todo, y anunció a sus visires que había resuelto ir a atacar al enemigo. Los visires estupefactos le representaron los peligros a que iba a exponerse. «Las tropas de Ibn-Hafzun, le decían, son mucho más numerosas que las vuestras y tenemos que habérnosla con enemigos que no dan cuartel.» No persistió por eso menos en su proyecto, y en verdad que por poco que tuviera el sentimiento de su nacimiento y su dignidad, debía preferir a su actual ignominia una muerte honrosa en el campo de batalla.

II

Ibn-Hafzun supo con mezcla de asombro y de alegría la atrevida resolución que había tomado el Sultán. «Ya es nuestra esa manada de bueyes! dijo en español a Ibn-Mastana. ¡Que venga ese Sultán! ¡Quinientos ducados al primero que me anuncie que se ha puesto en camino!» Poco después recibió en Écija la noticia de que la gran tienda del Sultán acababa de ser llevada a la esplanada de Secunda. Enseguida formó el proyecto de ir a quemarla. Si este golpe de mano le salía bien, iba a poner en ridículo al Sultán. Ibn-Hafzun, con algunos escuadrones, llega al amanecer a la esplanada de Secunda. Cae de repente sobre los esclavos y

los arqueros que estaban de guardia en el pabellón, pero estos, aunque pocos en número, se defienden bravamente y atraídos por sus gritos los soldados de la ciudad corren a ayudarlos. Como no se trataba en el fondo más que hacer una jugarreta al Sultán, apenas vio Ibn-Hafzun que iba a acabar mal la empresa, ordenó a sus caballeros volver grupas y marchar a escape a Polei. La caballería del Sultán los persiguió matando algunos.

Por insignificante que hubiera sido este encuentro nocturno, tomó gigantescas proporciones a los ojos de los cordobeses. Cuando al amanecer toda la población de la capital salió al encuentro de la caballería del Sultán, que volvía de su persecución, con algunos caballos cogidos y algunas cabezas cortadas, no dejó de admirar estos trofeos, y se refería con alegría y con orgullo, que Ibn-Hafzun, huyendo, se había salido del camino real, y que cuando llegó a Polei no llevaba consigo más que un solo caballero.

Pronto iba a empeñarse un combate más serio, y como se sabía que tendrían que batirse uno contra dos, no confiaban en el éxito en manera alguna. El ejército del Sultán no se componía más que de catorce mil hombres, de los cuales solo cuatro mil eran de tropas regulares; Ibn- Hafzun, por el contrario, tenía treinta mil hombres. Sin embargo, el Sultán dio la orden de ponerse en marcha y de tomar el camino de Polei.

El jueves 15 de abril del 891, llegó el ejército cerca del riachuelo que corre a media legua del castillo, y según costumbre se convino por ambas partes en que el combate tendría lugar al día siguiente.

Este día, que era para los cristianos Viernes Santo, el ejército del Sultán se puso en marcha al amanecer, mientras que Ibn-Hafzum formaba sus soldados en batalla al pie de la colina, sobre que estaba el castillo. Estaban llenos de entusiasmo, y en su ardor guerrero se creían seguros de la victoria. No sucedía lo mismo en el campo de Abdalá. Este ejército era su último recurso; con él iba toda la fortuna de los Omeyas; si perecía en un gran desastre, todo estaba perdido. Para colmo de desdichas estaba mal mandado, y poco faltó para que su general en jefe Aldelmelic-ibn-Omeya no lo entregara al enemigo por una inhábil maniobra. Ya lo había hecho avanzar cuando desaprobando luego la posición que había tomado lo ordenó retroceder hasta una montaña que se hallaba al norte de la fortaleza. Comenzaba a ejecutar esta orden cuando el general de vanguardia, un bravo cliente omeya llamado Obaidallah, de la familia de los Beni-Abú-Abú-Abdá, corre hacia el Sultán gritando: «Dios mío! ¡Dios mío! ¡ten piedad de nosotros! ¿Adónde os llevan, Emir? ¿Estamos enfrente del enemigo y vamos a volverle la espalda? ¡Entonces creerá que le tenemos miedo, y vendrá a destrozarnos!» Y decía bien: Ibn-Hafzun se había apercibido de la falta de su contrario y se disponía a aprovecharse de ella. Así que el Sultán no disputó sobre la exactitud de la observación de Obaidalah preguntándole solo lo que había que hacer.

—Ir adelante, le contestó el general, atacar con vigor al enemigo, y que se haga la voluntad de Dios.

—Haz lo que quieras, le replicó el Sultán.

Sin perder un momento, Obaidalah volvió enseguida a su división, y la ordenó caer sobre el enemigo. Las tropas se movieron, pero casi desesperando del suceso.

—¿Qué pensáis del éxito de esta batalla? preguntó un oficial al teólogo Abu-Merwan, hijo del célebre Yhaya-ibn-Yhaya, y tan afamado él mismo por su saber y su piedad, que se llamaba «el Chaikh de los musulmanes».

—¿Qué os he de contestar, primo mío? replicó el doctor: no puedo daros otra respuesta que estas palabras del Omnipotente: «Si Dios viene en nuestra ayuda quién podrá vencernos? y si nos abandona, ¿quién nos podrá socorrer?»

El resto del ejército no tenía más confianza que la vanguardia. Los soldados habían recibido orden de depositar su bagaje, de levantar tiendas y formar en batalla; pero en el momento en que se hallaban ocupados en extender un pabellón para el Sultán, se rompió un puntal destinado a sostenerlo de modo que el pabellón cayó por tierra. «Mala señal,» murmuraron todos. «Tranquilizaos, dijo entonces un oficial superior, eso no anuncia nada malo, porque lo mismo sucedió cuando iba a darse otra batalla, y sin embargo, se alcanzó entonces una brillante victoria:» Y diciendo esto, levantó el pabellón con otro puntal que había cogido en los bagajes.

También en la vanguardia, donde ya había comenzado el combate, era preciso que los oficiales y los doctores de la religión, borraran el efecto producido por muchos malos presagios. Dotados de feliz memoria, y acaso de rica imaginación, no dejaban de citar precedentes siempre que era preciso. En la primera fila combatía Rahici, valiente guerrero que había envejecido bajo la armadura, y al mismo tiempo poeta distinguido. Cada vez que hería con la lanza o con la espada, improvisaba versos. De pronto cayó herido mortalmente.

—¡Mal presagio, gritan los soldados consternados; el primero que cae es uno de nosotros!

—No, responden los doctores, es por el contrario un presagio felicísimo, porque en la batalla de Guadalete, en que batimos a los toledanos, el primero que cayó fue también uno de los nuestros.

Pronto se hizo general el combate en toda la línea. Era un zipizape horrible; al ruido de los bélicos instrumentes se mezclaba la voz de los doctores musulmanes y de los sacerdotes cristianos, que recitaban oraciones o pasajes del Corán y de la Biblia. Contra toda esperanza, los realistas del ala izquierda obtenían cada vez más ventajas sobre el ala derecha de Ibn-Hafzun. Después de haberla hecho retroceder, cortaban cabezas a porfía, y se las llevaban al Sultán, que había prometido una recompensa a cada soldado que le presentase una. Él, por sí, no tomaba parte en el combate. Sentado bajo su pabellón, miraba a los otros combatir por él, y con su hipocresía ordinaria, recitaba versos como estos:

«Que otros pongan su confianza en el gran número de sus soldados, en sus máquinas de guerra y en su valor: yo no pongo la mía más que en Dios, único y eterno»

Habiendo sido completamente derrotada el ala derecha de los andaluces, todo el ejército realista cargó sobre el ala izquierda que mandaba Ibn-Hafzum en persona. Pero a pesar de sus esfuerzos, y aunque según costumbre dio pruebas de gran valor, no logró mantener sus soldados en su puesto. Más ardientes que firmes, tan fáciles a la desanimación como al entusiasmo, desesperaron demasiado pronto del suceso, y cediendo el campo, volvieron la espalda al enemigo. Unos huyeron en dirección de Écija, perseguidos por la caballería realista

que los acuchillaba a centenares; otros, entre los que se encontraba el mismo Ibn-Hafzun, fueron a refugiarse al castillo, pero como los fugitivos del ala derecha estorbaban la entrada, los recién venidos trataban en vano de abrirse paso, y para salvar a su jefe, los soldados que estaban en las murallas tuvieron que tomarle en brazos y sacarle del caballo para introducirle en el recinto. Mientras que la multitud se oprimía en la puerta del castillo, los soldados del Sultán saqueaban el campamento enemigo. Llenos de un gozo tanto mayor cuanto que era más inesperado se divertían en lanzar invectivas contra sus adversarios, todos cristianos a sus ojos, que acababan de perder una batalla tan importante, justamente en la antevíspera de Pascuas.

—El juego era muy divertido, decía un soldado; ¡hermosa fiesta para ellos. La mayor parte no verán el día de Pascua; ¡qué lástima!

—Magnífica fiesta en verdad, replicó otro, con muchas víctimas; toda fiesta religiosa debe tenerlas.

—Ved para lo que sirve una buena estocada, añadió un tercero; ellos habían bebido en la comunión a pote, y si nosotros no le hubiéramos quitado la borrachera, estarían durmiendo la mona todavía.

—Sabéis, observó otro que tenía alguna tintura de historia, ¿sabéis que esta batalla se parece exactamente a la de la Pradera de Rahita? También tuvo lugar en un viernes que era fiesta, y nuestra victoria no ha sido menos brillante que la que los Omeyas obtuvieron entonces. ¡Mirad esos guerreros, cómo yacen hecho cuartos al pie de la colina! En verdad que compadezco al suelo condenado a llevar sus cadáveres; ¡si pudiera quejarse no dejaría de hacerlo!

Más adelante, el poeta de la corte, Ibn-Abd-rabbihi, reproducía estas groseras y brutales chanzas, esas palabrotas de cuartel, en un largo poema de mal gusto y lleno de juegos de palabras pero que tiene el mérito por lo menos de expresar vigorosamente todo el odio y el desprecio que los realistas tenían a los andaluces.

Los soldados del Sultán tenían más de que alegrarse. Ibn-Hafzun quería permanecer en el castillo y sostener un sitio, pero los soldados de Écija le declararon que el deber los llamaba a su ciudad, que según todas las probabilidades, iba a ser sitiada por el Sultán. Ibn-Hafzun se opuso enérgicamente a su partida, quiso hasta detenerlos a la fuerza en el castillo, pero ellos rompieron la muralla por el lado del norte y huyeron a su ciudad natal. Abandonados así, los otros soldados pretendieron que no eran número suficiente para defender el castillo y que por consiguiente era preciso evacuarlo. Después de larga resistencia, Ibn-Hafzun accedió finalmente a sus deseos. A medianoche salieron de la fortaleza, pero esto no fue una retirada, sino una fuga precipitada, un sálvese quien pueda general. En medio del horrible desorden y de la oscuridad, el mismo Ibn-Hafzun tardó mucho en encontrar una montura; al fin topó con un miserable jamelgo que pertenecía a un caballero cristiano y habiendo cabalgado en él, no cesaba de aguijarle tratando de hacer trotar a esta maldita bestia que hacía muchos años había tomado la costumbre de no marchar más que al paso. Preciso era aligerar en efecto. Habiéndose apercibido de la fuga de sus enemigos, los realistas empezaron a perseguirlos.

—Y bien, le dijo entonces Ibn-Mastana que galopaba al lado de Ibn-Hafzun, y que a pesar de la inminencia del peligro conservaba entero su buen humor, su frescura verdaderamente andaluza, tú habías prometido quinientos ducados al que viniera a traerte la noticia de que el Sultán se había puesto en campaña. Me parece que Dios te ha devuelto esta suma con usura. No es cosa tan fácil vencer a los Omeyas; ¿qué dices tú?

—Lo que yo digo, le respondió Ibn-Hafzun, a quien la ira había quitado la gana de bromas, lo que yo digo es, que de la desgracia que nos ha acontecido tiene la culpa tu cobardía y la de los que te se parecen. ¡Vosotros no sois hombres, vosotros!

Al amanecer del quinto día, Ibn-Hafzun llegó a la villa de Archidona, pero no se detuvo allí más que un momento y habiendo mandado a sus habitantes ir a Bobastro lo más pronto posible, continuó su camino hacia esta fortaleza. Por su parte el Sultán, después de haber tomado posesión del castillo Polei, donde encontró gran cantidad de dinero, de provisiones y de máquinas de guerra, mandó que le dieran el registro donde estaban escritos los nombres de todos sus súbditos musulmanes. Enseguida hizo traer los prisioneros y les anunció que a todos los que estaban inscritos como musulmanes les perdonaba la vida siempre que jurasen que todavía lo eran, pero que todos los cristianos serían ajusticiados a menos que no abrazasen el Islamismo. Todos los cristianos que eran cerca de cinco mil prefirieron la muerte a la apostasía. Uno solo desmayó cuando ya iba a herirlo el verdugo y salvó la vida pronunciando la profesión de té musulmana. Los demás sufrieron la muerte con verdadero heroísmo y acaso juzgue alguno que estos oscuros soldados merecieron mejor el título de mártires que los fanáticos de Córdoba a quienes había decorado cuarenta años antes.

Habiendo dejado suficientemente guarnecido a Polei, el Sultán fue a sitiar Écija. Como esta ciudad tenía una guarnición muy considerable, gracias al gran número de fugitivos que se habían refugiado en ella, hizo una tenaz resistencia. Desgraciadamente no encerraba víveres suficientes para alimentar a todos sus defensores, así que, al cabo de algunas semanas se hizo sentir el hambre, y como aumentaba de día en día, fue preciso pensar en la capitulación. Los andaluces entraron en parlamento, pero el Sultán exigía que se rindieran a discreción. Ellos se negaron aunque el hambre hacía en la ciudad terribles estragos, de modo que los habitantes desesperados enseñaban desde lo alto de la muralla a los sitiadores sus mujeres y sus hijos hambrientos implorando piedad a grandes voces. Al fin, el Sultán se dejó ablandar. Concedió a los sitiados una amnistía general y cuando recibió sus rehenes les nombró gobernador, tomó el camino de Bobastro y estableció su campamento cerca de esta fortaleza.

Pero en Bobastro, en una tierra donde conocía todas las colinas, todos los valles y todos los desfiladeros, Ibn-Hafzum era verdaderamente invencible. Demasiado lo sabían los soldados cordobeses. Así que en seguida comenzaron a murmurar. Decían que ya la campaña se había prolongado bastante, que no querían gastar las pocas fuerzas que les quedaban en una operación sin objeto, y que sus adversarios saldrían más bien pujantes que abatidos de una lucha en la que, cuando se trataba de mantenerse a la defensiva, su superioridad había sido demostrada más de una vez. Obligado a acceder a sus deseos, el Sultán dio la orden de retirada dirigiéndose a Archidona. Antes de llegar, los cordobeses tuvieron que pasar un desfiladero muy estrecho donde fueron atacados por Ibn-Hafzun, pero gracias al talento de

Obaidallah, salieron de este encuentro con honor. Habiendo ido luego a Elvira, cuyos habitantes le dieron rehenes, el Sultán volvió a Córdoba con su ejército.

III

La victoria obtenida en Polei, salvó al Sultán en el momento mismo que parecía perdido. Polei, Écija y Archidona, centinelas avanzados del partido nacional estaban tomadas, Elvira había vuelto a la obediencia y Jaén de donde Ibn-Hafzun había retirado sus tropas, había seguido el ejemplo de Elvira. Eran en verdad hermosos triunfos que hicieron tanta mayor impresión en la opinión pública, cuanto más imprevistos eran. Ibn-Hafzun había perdido mucho de su prestigio, demasiado lo conocía él. Sus embajadores antes tan acariciados por Ibn-Aghlab, fueron desde entonces fríamente recibidos, les decía que él también tenía rebeliones que sujetar y que por consiguiente no tenía comodidad para mezclarse en los asuntos de España. Naturalmente, no se cuidaban en Africa de apoyar un pretendiente que se dejaba vencer y no se volvió a hablar más de su nombramiento de gobernador de España por el Califa de Bagdad. Por el contrario, el Sultán se había rehabilitado en el ánimo de muchos. Los ciudadanos pacíficos que cansados del desorden y anarquía veían en el restablecimiento del poder real la única tabla de salvación, tomaban actitud más firme y decidida. Pero si no se pueden desconocer las ventajas que el Sultán había obtenido, es preciso no exagerarlas. El poder de Ibn-Hafzun había sufrido un rudo contratiempo, pero estaba lejos de haberse aniquilado; así que no desesperaba de restablecerlo. Por el pronto tenía necesidad de paz y la pidió. El Sultán se declaró propicio a concedérsela siempre que le entregase uno de sus hijos en rehenes. Ibn-Hafzun lo prometió, pero como tenía intención de volver a comenzar las hostilidades, en cuanto le conviniera, engañó al Sultán mandándole no uno de sus hijos, sino el de uno de sus tesoreros que él había adoptado. El fraude no fue descubierto de pronto, pero luego se tuvieron sospechas, se informaron y habiendo sido descubierta la verdad, el Sultán le censuró su mala fé y le exigió por rehenes un hijo verdadero, y como Ibn-Hafzun no quisiera satisfacer esta demanda la guerra comenzó de nuevo.

El jefe andaluz recobró con sorprendente rapidez el terreno que había perdido. Sabiendo que podía contar con los habitantes de Archidona, envió a esta ciudad hombres de su devoción que lo hicieron tan bien, que el pueblo se insurreccionó. Los empleados a quien el Sultán había confiado el gobierno de la ciudad, fueron presos durante la noche y entregados a Ibn-Hafzum cuando éste entró con sus tropas en la ciudad (892.) Poco después, vinieron diputados de Elvira a comunicarle que aquella ciudad había sacudido también el yugo y que contaban con su apoyo; fue allá y puso una guarnición en la ciudadela. Pero el partido realista que era muy numeroso en Elvira, no se dio por vencido. Secundado por el gobernador de Úbeda tomó las armas, echó a los soldados de Ibn-Hafzun, eligió un Ayuntamiento y trajo a la ciudad al gobernador que el Sultán había nombrado. Los partidarios de la independencia, intimidados por la proximidad del ejército del Sultán que sitiaba entonces Carabuey, una de las fortalezas de Ibn-Mastana, no se habían opuesto a esta resolución, pero en cuanto el ejército volvió a Córdoba, levantaron la cabeza y poniéndose en relaciones con Ibn-Hafzun a escondidas del Consejo, aprovecharon la oscuridad de la noche para introducir algunos de sus soldados en la ciudadela, y advertido Ibn-Hafzun del éxito de la empresa por las hogueras que sus partidarios

habían encendido, entró también con el grueso de sus tropas, mientras que los realistas despertados de improviso por los gritos de júbilo de sus adversarios, quedaron tan estupefactos que no pensaron siquiera resistir. Fueron castigados severamente, todos sus bienes les fueron confiscados. Al gobernador nombrado por el Sultán le cortaron la cabeza.

Dueño de Elvira, Ibn-Hafzum volvió sus armas contra Ibn-Djudi, y los Moros granadinos. Conociendo que la batalla que se iba a dar sería decisiva, Ibn-Djudi había llamado en su ayuda a todos sus aliados. No dejó por eso de experimentar una terrible derrota y como había tenido la imprudencia de alejarse de Granada, su base de operaciones, sus soldados que tenían que recorrer toda la Vega, antes de llegar a la fortaleza, fueron acuchillados en gran número. En opinión de los habitantes de Elvira, esta victoria fue una amplia compensación de todas las derrotas que habían sufrido antes. En efecto, los Moros habían sido tan bien batidos, que no pudieron levantar más la cabeza.

Orgulloso con su triunfo, Ibn-Hafzum marchó contra Jaén. Allí fue tan feliz como lo había sido en Elvira. Se apoderó de la ciudad, nombró un gobernador y dejó tropas. Hecho esto se volvió a Bobastro.

A excepción de Polei y de Écija, el año 892 le había devuelto lo que el precedente le había quitado. Durante cinco años su poder permaneció poco más o menos, salvo que perdió Elvira. Había sorprendido a los realistas de esta ciudad, pero no los había vencido, y su conducta los había exasperado contra él; así que aprovecharon la primera ocasión para sacudir el yugo. Esta se presentó en 893, cuando el ejército del Sultán, después de haber hecho una razzia en los alrededores de Bobastro, apareció ante las puertas de la ciudad. El príncipe Motarrif que lo mandaba, ofreció entonces una amnistía general a los vecinos, siempre que le entregaran al teniente y a los soldados de Ibn-Hafzum. La influencia de los realistas fue tan grande que los habitantes consintieron en ello y desde entonces Elvira permaneció sujeta. El patriotismo y el amor a la libertad se habían enfriado; además se había combatido más bien contra los Moros de Granada que contra el Sultán; era contra los Moros contra los que había sido llamado Ibn-Hafzum, y desde que habían perdido la batalla de Granada, los Moros habían dejado de ser temibles. Muy debilitados por la derrota, lo quedaron mucho más por la discordia que estalló entre ellos. Ahora estaban divididos en dos facciones, una adicta a Said-Ibn-Djudi; la otra a Mohamed-ibn-Adhha, el poderoso señor de Alhama, contra el que Said alimentaba un odio tan violento, que había puesto a tasa su cabeza. La imprudencia de Said y la ligereza de su conducta agravaban la situación. Con su orgullo, su fatuidad y sus numerosas galanterías se había atraído el odio de muchos jeques, y al fin uno de ellos, cuya felicidad doméstica había destruido, Abu-Omar Othman resolvió lavar su deshonra con la sangre del seductor. Avisado de que su mujer había dado una cita al emir en casa de una judía, fue a ocultarse allí con uno de sus amigos, y cuando llegó Said se tiró sobre él y lo mató. (Diciembre del 897)

Este asesinato llevó a su colmo la discordia. El asesino y sus amigos, tuvieron tiempo de ir a ponerse en seguridad en la fortaleza de Novalejo, al norte de Granada, donde proclamaron emir a Ibn-Adhha. No queriendo malquistarse con el Sultán, le suplicaron que confirmase su elección, y trataron de persuadirlo también, de que si habían matado a Said había sido en interés del Estado, diciéndole que trataba de sublevarse, y que había compuesto estos versos: «Ve, mensajero mío, ve a decir a Abdallah que solo una pronta fuga puede salvarlo, porque un

guerrero temible ha levantado el estandarte de la rebelión en la ribera del rio de las cañas. ¡Hijo de Merwan, devuélvenos el poder; es a nosotros, ¡a los hijos de los beduinos a quien pertenece de derecho! ¡Pronto, que se me traiga mi alazán con su mantilla bordada de oro, porque mi estrella brilla más que la suya!»

Acaso estos versos eran realmente de Said, por lo menos no son indignos de él. Sea de esto lo que quiera, el Sultán que se complacía de que estos Moros hubieran condescendido de presentarle una justificación de su conducta, dio su sanción a todo lo que habían hecho. Pero los antiguos amigos de Said no reconocieron a Ibn-Adhha. El asesinato de su jefe los había llenado de indignación y de cólera. Inconsolables con su pérdida, olvidaban todas sus faltas, y todos los agravios que les habían hecho, para no acordarse más que de sus virtudes. Uno de ellos, Micdam-Ibn-Moafa, a quien Said había hecho azotar, sin que hubiera merecido este castigo, le compuso sin embargo este poema:

—¿Quién alimentará y vestirá a los pobres, ahora que yace en la tumba el que era la generosidad misma? Que los prados no se cubran de verdura, que los árboles estén sin hojas, que el sol no salga, porque ha muerto Ibn-Djudi, y ni hombres ni genios verán otro semejante.

—¿Qué, exclamó un Moro cuando oyó recitar estos versos; elogiáis al que os ha mandado dar azotes?

—Por Dios, respondió Micdam, que me ha hecho un bien aun con esa sentencia inicua; porque el recuerdo del castigo que me hizo sufrir me ha apartado de una multitud de pecados que cometía antes. ¿No le debo por esto, reconocimiento? Además, desde que me hizo azotar he sido siempre injusto con él; creéis que he de continuar siéndolo ahora que ya no existe.

Otros, que habían sido amigos íntimos de Said, estaban sedientos de venganza. «El vino, decía Azadí en un largo poema: el vino que el escanciador me sirve no recobrará ya su gusto para mí hasta que mi alma obtenga lo que desea, ¡hasta que vea a los caballeros correr a rienda suelta a vengar al que era antes su orgullo y su alegría!»

Said fue vengado en efecto por sus amigos, pero los Moros continuaron peleando sin tregua. El Sultán y los Andaluces no tenían, pues, otra cosa que hacer que dejar que se degollaran mutuamente.

La sumisión de Elvira fue para el Sultán una gran ventaja. Obtuvo otras además; persuadido de que no ganarían nada con hacer la guerra a ibn-Hafzun, volvía sus armas con preferencia contra otros rebeldes menos poderosos. Su intención no era reducirlos, no intentaba quitarles sus ciudades, ni sus castillos, quería únicamente obligarles a pagar tributo. Para esto hacía que su ejército hiciera una o dos expediciones al año. Se le destruían los sembrados, se le quemaban lugares, se le sitiaban fortalezas, y cuando el rebelde consentía en pagar tributo y dar rehenes, se le dejaba en paz para atacar a otro. Este género de expediciones no podía producir resultados prontos, decisivos, ni brillantes; pero traía al menos resultados muy ventajosos. El Tesoro estaba vacío, y el gobierno comprendía demasiado bien, que para hacer la guerra en grande, era preciso proveerse del nervio de la guerra, es decir, de dinero, y con estas razias se lo procuraba. La de 895 fue muy feliz. Se dirigió contra Sevilla. Esta ciudad seguía siempre en la misma situación: el Sultán tenía un gobernador; su tío Hicham residía

allí también, pero los Khaldum y los Haddjadj reinaban de hecho. Estos jeques estaban muy contentos de su posición, que le proporcionaba todas las ventajas de la independencia sin sus peligros; hacían todo lo que querían, no pagaban tributo, y, sin embargo, no estaban en guerra con el monarca. Creían, pues, que nada podían hacer mejor en su provecho que perpetuar este estado de cosas, así que cuando en el año 895 vino un empleado del Sultán a convocar la nobleza para la guerra, Ibrahin-ibn-Hadd-jadj y Khaleb-ibn-Khaldun, hermano de Coreb, se apresuraron a responder al llamamiento e ir a Córdoba con sus contingentes. Su aliado Solimán de Sidona y su hermano Maslama siguieron su ejemplo.

Todo el mundo estaba en la idea de que se iba a hacer una expedición contra los renegados de Todmir. ¡Cuál no sería el asombro y el espanto de Coreb cuando supo que en lugar de marchar el ejército a levante, iba a marchar contra Sevilla, que Solimán había hallado medio de escaparse, pero que los otros oficiales y soldados de Sevilla y de Sidona habían sido presos por orden del Príncipe Motarrif!

Era preciso tomar medidas prontas y decisivas. Coreb las tomó. Habiendo hecho ocupar por los suyos todas las puertas de palacio, corrió a la sala donde se encontraba el Príncipe Hicham. «¡Buena noticia! le dijo con los ojos inflamados de cólera; acabo de saber que Motarrif ha puesto preso a mi hermano y a los demás parientes míos que estaban en el ejército; pues bien, yo le juro por lo más sagrado, que si el Príncipe se atreve a atentar contra la vida de uno solo, te corto la cabeza. Veremos hasta dónde lleva su audacia; entretanto tú y todos los tuyos, seréis mis prisioneros. Ninguno de tus criados saldrá de palacio bajo ningún pretexto, ni siquiera para comprar víveres. Yo sé que no los hay aquí pero eso no me importa. Decide tú mismo, si te acomoda ver suspendida sobre tu cabeza la espada mortal, y si te agrada la perspectiva de morir de hambre. No tienes mas que un medio de salvar la vida, escribe al Príncipe, dile que tu cabeza me responde de la vida de mis parientes, y haz de modo que me los vuelva.»

Conociendo que Coreb no era hombre de pararse en amenazas, Hicham se apresuró a obedecerle, pero la carta que escribió a Motarrif no tuvo el resultado que se había prometido: el Príncipe, en lugar de devolver la libertad a sus prisioneros, continuó su marcha hacia Sevilla, e intimó a Coreb que le abriera las puertas. Temiendo por la vida de sus parientes, y no queriendo emprender nada, antes que las tropas auxiliares de Niebla y de Sidona que esperaba, hubiesen llegado, Coreb juzgó prudente mostrarse moderado y tratable. Permitió, pues, a los soldados del Sultán entrar en la ciudad por pelotones y comprar víveres; además prometió pagar el tributo y volvió la libertad al Príncipe Hicham, que se apresuró a marchar de la ciudad.

Volviendo entonces sus armas contra el Maadita-Talib-ibn-Maulud, atacó Motarrif sus dos fortalezas, Montefique (sobre el Guadaira) y Monteagudo. Después de haberse defendido vigorosamente Talib prometió pagar tributo, y entregó rehenes. Medina-ibn-as-Salim y Véjer siguieron su ejemplo. Lebrija fue tomada por asalto, y Motarrif puso allí una guarnición; pero Solimán, a quien pertenecía esta fortaleza, y que estaba entonces en Arcos, atacó al ejército del Sultán antes que llegara a Mairena y le causó gran pérdida. Motarrif furioso con este contratiempo se vengó haciendo cortar la cabeza a tres parientes o amigos de Solimán que se hallaban entre los prisioneros.

A fines de Agosto, el ejército se hallaba de nuevo delante de Sevilla. Motarrif creía que Coreb se mostraría tan sumiso como la primera vez, pero se engañaba. Coreb se había aprovechado del respiro que le habían dejado para ponerse en estado de defensa, y habiendo llegado sus aliados a la ciudad, estaba dispuesto a no ceder. Motarrif se encontró, pues, con las puertas cerradas. Entonces hizo cargar de cadenas a Khaled-ibn-Khaldun, Ibrahim-ibn-Haddjadj y a otros prisioneros; pero esto no le sirvió de nada. Lejos de dejarse intimidar, Coreb salió de la ciudad y atacó bruscamente a la vanguardia. Hubo un momento en que se temió un desastre; pero habiendo conseguido los oficiales rehacer a sus soldados, fueron rechazados los Sevillanos. Entonces Motarrif mandó torturar a Khaled e Ibrahim y atacó Sevilla durante tres días consecutivos. No consiguió nada, pero queriendo vengarse cuanto le fuera posible de los Khaldum y de los Haddjadj, se apoderó de un castillo situado sobre el Guadalquivir, que pertenecía a Ibrahim, y habiendo quemado los bajeles que halló en la rada, mandó arrasar el edificio, y dando un hacha a Ibrahim, le obligó a trabajar, encadenado de pies y manos, en la destrucción de su propia fortaleza. Habiendo demolido enseguida otro castillo que pertenecía a Coreb, tomó de nuevo el camino de Córdoba-

Habiendo vuelto el ejército a la capital y habiendo llegado el tributo de Sevilla, un visir aconsejó a su señor que, si bien había ensayado ganarse a Ibn-Hafzun, no había hecho hasta entonces ninguna tentativa para reconciliarse con la aristocracia árabe, volver la libertad a los prisioneros obligándolos con juramento a obedecerle en adelante. «Si tenéis estos nobles, prisioneros, le dijo, serviréis los intereses de Ibn-Hafzun que no dejará de apoderarse de sus castillos. Ensayad más bien a atraéroslos por el lazo de la gratitud y os ayudarán entonces a combatir al jefe de los renegados.» Dejóse persuadir el Sultán e hizo saber a los prisioneros que los pondría en libertad a condición de que le dieran rehenes y que juraran cincuenta veces en la gran mezquita permanecerle leales. Prestaron los juramentos exigidos y dieron los rehenes entre los que se encontraba el primogénito de Ibrahim, llamado Abderramán; pero apenas volvieron a Sevilla, violaron sus juramentos, rehusaron el tributo y se pusieron en abierta rebelión. Ibrahim y Coreb, dividieron la provincia entre sí, de modo que, cada uno de ellos tomó la mitad.

Las cosas permanecieron en ese estado hasta el año 899, pero la discordia debía estallar inevitablemente entre los dos jefes: eran demasiado iguales en poder para que pudieran permanecer amigos. Así que no tardaron en querellarse y entonces el Sultán atizó el fuego todo lo posible. Refería a Coreb los términos injuriosos con que Ibrahim hablaba de él y avisaba a Ibrahim de los malos propósitos que Coreb tenía en contra suya. Un día, que había recibido de Khaled una carta muy ofensiva para Ibrahim y que había escrito debajo su respuesta, la dio entre otras a uno de sus criados encargándole que la mandase. El criado tuvo el descuido de dejarla caer. Un eunuco la encontró, la leyó y esperando una buena recompensa se la dio a un enviado de Ibrahim, rogándole que la entregase a su señor. Cuando Ibrahim echó los ojos sobre este escrito no dudó ya de que los Khaldum no atentaran a su poder, a su libertad y acaso a su vida; pero comprendiendo al propio tiempo que para vengarse de ellos debía recurrir a la astucia, se mostró muy amable, y los convidó a comer. Acudieron a su invitación y durante la comida les mostró la carta de Khaled y los abrumó de reproches. Entonces Khaled se levantó, y sacando un puñal de la manga hirió a Ibrahim en la cabeza, le desgarró el turbante y le hizo una herida en la cara, pero Ibrahim llamó a sus soldados que se precipitaron sobre los dos

Khaldum y los asesinaron. Ibrahim hizo cortarles las cabezas, y habiéndolas arrojado al patio, atacó a sus guardias que estaban allí, mató a algunos y dispersó a los demás.

Desde entonces era el único señor de la provincia, pero conociendo que le era preciso justificar su conducta ante el monarca que aún conservaba su hijo en su poder, le escribió diciéndole que no había podido obrar de otra manera, que los Khaldum lo habían incitado siempre a la rebeldía, pero que, en el fondo de su alma, no había participado jamás de su manera de pensar, y que si el Sultán quería nombrarle gobernador, él proveería a todos los gastos del servicio y le daría además siete mil ducados anuales. El Sultán aceptó su ofrecimiento, pero envió al mismo tiempo a Sevilla un tal Casim a fin de que gobernara la provincia juntamente con él. Ibrahim no se cuidaba de que tenía un colega, así que al cabo de algunos meses indicó a Casim que podía muy bien pasarse sin él.

Habiéndose desembarazado tan caballerescamente de Casim, quiso también que el Sultán le devolviera a su hijo. Pidióselo en diversas ocasiones, pero siempre en vano; el Sultán rehusaba tenazmente desprenderse de este rehén. Esperando entonces que lograría intimidar al monarca, le negó el tributo y propuso una alianza a Ibn-Haf-zun (año 900)

Esta oferta agradó extremadamente al jefe andaluz, que tres años antes se había vuelto a posesionar de Écija. El año anterior había al fin pasado la meta, después de haber vacilado mucho, había abrazado el cristianismo con toda su familia. En el fondo de su alma hacía mucho tiempo que era cristiano. Solo el temor de perder sus aliados musulmanes le había impuesto hasta entonces cierto género de violencia y le había impedido seguir el ejemplo de su padre que había vuelto al gremio de la Iglesia muchos años antes. Los sucesos habían mostrado que sus aprensiones no eran completamente infundadas. Yhaya hijo de Anatolio y uno de sus tenientes más distinguidos le había abandonado, quiso servir al musulmán Ibn-Hafzun, pero su conciencia le vedaba seguir bajo las órdenes del cristiano Samuel, (tal era el nombre que Omar se hizo dar cuando recibió el bautismo). Ibn-al-Khali, señor berberisco de Cañete, que hasta entonces había sido su aliado, le había declarado la guerra y trataba de acercarse al Sultán. El paso que había dado había producido una sensación profunda donde quiera. Los musulmanes se decían con horror que en los dominios del «maldito» las más altas dignidades estaban servidas por cristianos, que los verdaderos creyentes no tenían allí nada que esperar y que se les trataba con una desconfianza marcadísima. Secundada por los faquíes, la corte explotaba hábilmente estos rumores, más o menos fundados, y trataba de persuadir a los fieles que su salvación eterna estaba en peligro si no se levantaban como un solo hombre para aplastar al «infame».

En tales circunstancias, nada podía ser más grato a Ibn-Hafzun, que las proposiciones que recibió de parte del señor de Sevilla. Él buscaba aliados por todas partes, había entrado en negociaciones con Ibrahim ibn-Casim, señor de Acila (en África,) con los Beni-Casi, y con el rey de León, pero una alianza con Ibn-Haddjadj era de fijo preferible para él, porque lo rehabilitaría, así al menos lo esperaba, en el ánimo de los musulmanes. Apresuróse, pues, a concluirla y habiéndole enviado Ibrahim dinero y caballería, su poder llegó a ser más formidable que nunca.

El Sultán jugaba con desgracia; hiciera lo que quisiera, su política se volvía siempre en contra suya. La tentativa que había hecho para reconciliarse con el más poderoso de los señores árabes, había fracasado lo mismo que los esfuerzos intentados antes para ganarse al jefe del partido español. Su posición era ahora deplorable.

Para ponerse en estado de resistir a la liga que se había formado contra él, tenía que oponerle todas sus tropas y renunciar, por consiguiente, a las expediciones que mandaba hacer todos los años, a fin de obligar a los otros rebeldes a pagarle tributo; corría pues el riesgo de sucumbir por falta de dinero. Era evidente que no podía elegir, no le quedaba más que un partido que tomar; humillarse delante de Ibn-Hafzun, y hacerle proposiciones de paz bastante ventajosas para que él quisiera aceptarlas. Ignoramos las que le hizo; solo sabemos que las negociaciones fueron largas, que se pactó la paz en 991 y que Ibn-Hafzun envió a Córdoba cuatro rehenes, entre los que se contaban uno de sus tesoreros llamado Khalaf, e Ibn-Mastana.

Pero esta paz fue de corta duración. Sea que a Ibn-Hafzum no le tuviera cuenta, sea que el Sultán no cumpliera las cláusulas del tratado, ello es que la guerra comenzó de nuevo en 902. En este año, Ibn-Hafzun tuvo una entrevista con Ibn-Haddjadj, en Carmona. «Enviadme, le dijo, vuestros mejores jinetes, al mando del «noble árabe» (quería designar con este nombre a Tadjil-ibn-abi-Moslim, general de la caballería sevillana), porque tengo intención de probar mis fuerzas en mis fronteras con Ibn-abi-Abda. Espero batirle, y al día siguiente saquearemos Córdoba». Tadjil, que se hallaba en esta conversación, y que como verdadero Moro tenía más simpatías por la causa del Sultán que por la de los españoles, se sintió herido del tono seguro y desdeñoso con que Ibn-Hafzum había pronunciado estas palabras.

—Abu-Hafz, le dijo, no despreciéis el ejército de Ibn-abi-Abda. Es a la vez pequeño y grande, y aun cuando toda España se reuniera contra él, no volvería las espaldas.

—Noble señor, le respondió Ibn-Hafzum, en vano intentáis hacerme cambiar de opinión. ¿Qué puede ese Ibn-abi-Abda? ¿Cuántos soldados tiene? En cuanto a mí, tengo mil seiscientos caballos; añadid a estos los quinientos de Ibn-Mastana, y los vuestros, que acaso sean otros quinientos. Cuando todas estas tropas estén reunidas, nos merendaremos al ejército de Córdoba.

—Puede uno ser rechazado, replicó Tadjil; puede uno ser batido. Por lo demás, no podéis quererme mal, porque no os anime en vuestro proyecto, pues que conocéis los soldados de Ibn-abi-Abda, tan bien como yo.

A pesar de la oposición de Tadjil, Ibn-Haddjadj aprobó el plan de su aliado y mandó a su general que se reuniera con él. Informado Ibn-Hafzun por sus espías de que el general omeya acababa de dejar el Genil y había establecido su campo en el distrito de Estepa fue a atacarlo. Y aun cuando no tenía aún más que su caballería, consiguió un brillante triunfo matando más de quinientos hombres al enemigo. Por la tarde llegó al campamento su infantería, compuesta de quince mil hombres. Sin dejarla tiempo para descansar, le dio orden de estar pronta para ponerse en camino, y entrando en la tienda de Tadjil:

—Vamos ¡noble señor, le dijo, salgamos a campaña!

—¿Contra quién? le preguntó Tadjil.

—Contra Ibn-abi-Abda.

—¡Abu-Hafz, querer obtener dos victorias en un mismo día sería tentar a Dios; sería mostrarnos ingratos para con él! Habéis llenado de vergüenza al general enemigo, le habéis dado un golpe tan terrible que tardará mucho tiempo en reponerse. En diez años no podrá devolvéroslo. Guardaos ahora de obligarlo a tomar una resolución desesperada.

—Vamos a abrumarlo con fuerzas tan superiores, que tendrá que dar gracias a Dios si tiene tiempo de montar a caballo y buscar su salvación en la fuga.

Tadjil se levantó entonces y mandó traer sus armas, pero mientras que se abrochaba la coraza, exclamaba: «Dios es testigo de que no tengo parte en este proyecto temerario!».

Mientras que los coaligados, esperando sorprender al enemigo se ponían en marcha, guardando el más profundo silencio, Ibn-abi-Abda, avergonzado todavía de su derrota, se hallaba a la mesa con sus oficiales. De pronto llamó su atención una nube de polvo que se veía a lo lejos. Uno de sus mejores oficiales, Abd-al-wahlid Ruti salió en seguida de la tienda a ver lo que era. «Amigos míos, dijo cuando volvió: la oscuridad me impide distinguir bien los objetos, pero me parece que Ibn-Hafzum viene sobre nosotros con su caballería y su infantería, y que piensa sorprendernos.» En un cerrar de ojos todos los oficiales tomaron las armas, corrieron a sus caballos, saltaron encima, y llevaron a los suyos al encuentro del enemigo. Cuando se encontraron en presencia de éste, muchos oficiales se pusieron a gritar: «Tirad las lanzas y combatid al arma blanca!» Esta orden fué ejecutada inmediatamente, y entonces los realistas atacaron a sus adversarios con tanto ímpetu que les mataron mil quinientos hombres y los obligaron a refugiarse en su campamento.

A la mañana siguiente recibió el Sultán la noticia de que el ejército había sufrido primero una derrota, y enseguida había conseguido una victoria. Irritadísimo contra los coaligados dio la orden de matar sus rehenes. Cortaron la cabeza a tres de los rehenes de Ibn-Hafzun y el cuarto que era Ibn-Mastana, salvó su vida, prometiendo ser fiel al Sultán en adelante. Tocábale el turno a Abderramán hijo de Ibn-Haddjadj, pero su padre no había escaseado dinero ni promesas para procurarse amigos en la corte, y no cesaba de decir que, en cuanto el Sultán le devolviera su hijo, él volvería a la obediencia. Uno de sus amigos era el Eslavo Badr, y este Badr so animó a tomar la palabra en el mismo instante en que iban a cortarle la cabeza a Abderramán. «Señor, dijo al Sultán; perdonad mi audacia y dignaos escucharme: los rehenes de Ibn-Hafzun han perdido la vida, pero si hacéis ahora matar también al hijo de Ibn-Haddjadj, haréis así que estos dos hombres permanezcan unidos contra vos hasta su última hora. Es imposible ganarse a Ibn-Hafzun, porque es español, pero no es imposible ganarse a Ibn-Haddjadj porque es musulmán.

El Sultán mandó llamar a sus visires, y les pidió consejo. Todos aprobaron el que Badr acababa de dar. Cuando se fueron, Badr habló al Sultán de nuevo, y le aseguró que si devolvía la libertad al hijo de Ibn-Haddjadj, podría contar para lo futuro con la fidelidad del jeque sevillano. Luego, viendo que el monarca dudaba aun, fué a rogar a uno de sus amigos más influyentes, el tesorero Todjibi, que dirigiera al Sultán una memoria en que le indujese a seguir el consejo que Vadr le había dado. La lectura de este escrito venció las vacilaciones de Adhalah, quien encargó a Todjibi de entregar Abderramán en manos de su padre.

Renunciamos a describir el gozo que experimentó Ibn-Haddjadj cuando pudo al fin estrechar contra su corazón al hijo querido que había pedido en vano durante seis largos años. Esta vez supo mostrarse más reconocido que antes. Cuando decía en la carta que había dirigido al Sultán, después de la muerte de los Khaldum, que éstos lo habían inducido a la rebelión, parece que decía la verdad. Coreb había sido su ángel malo, y desde que este hombre pérfido y ambicioso no existía, se condujo de otro modo. Sin romper con Ibn-Hafzun, al que continuó enviando regalos, dejó sin embargo de ser su aliado, y en lugar de mostrarse hostil al Sultán, le envió regularmente su tributo y su contingente de tropas. Su posición respecto al Soberano, era la de un príncipe tributario, pero en sus dominios ejercía un poder absoluto. Tenía su propio ejército que pagaba, como el Sultán pagaba el suyo; nombraba todos los empleados de Sevilla, desde el Cadí y el Prefecto de policía hasta el último portero y alguacil. No carecía de nada de lo que constituye la regia pompa; tenía un consejo áulico, una guardia de quinientos caballeros, y un manto de brocado, sobre el que estaban bordados sus hombres y sus títulos con letras de oro. Por lo demás ejercía noblemente el poder. Justo, pero severo, era inflexible para los malhechores, y mantenía el orden con la mayor firmeza. Príncipe y mercader, hombre de letras y amigo de las artes, recibía por los mismos bajeles los presentes de los príncipes de Ultramar, los tejidos de las ciudades manufactureras de Egipto, los sabios de la Arabia y las cantadoras de Bagdad. La bella Camar, cuyas prendas había oído alabar tanto, que la hizo comprar por una suma enorme, y el beduino Abu-Mohammed Odhrí, filólogo de Hidjaz, eran los más bellos ornatos de su corte. Este último, que cada vez que oía una frase incorrecta o una palabra impropia, tenía costumbre de exclamar: “Ah ciudadanos, ¡qué habéis hecho de la lengua!”, era un oráculo cuando se trataba de la pureza del lenguaje o de la delicadeza de la expresión. La ingeniosa Camar unía a su talento músico, natural elocuencia, genio poético y noble orgullo. Un día que unos tontos infatuados con su nacimiento, habían denigrado su origen y su pasado, compuso estos versos:

“Ellos se dijeron: Cuando Camar llegó aquí estaba encueros; hasta entonces su oficio había sido conquistar corazones a fuerza de lánguidas miradas; caminaba metida en el lodo de los caminos; iba errante de ciudad en ciudad; es de baja extracción; su lugar no es entre los nobles, y su único mérito consiste en saber escribir cartas y versos. ¡Ah! si no fueran unos rústicos no hablarían así de la extranjera! ¡Qué hombres Dios mío, esos que menosprecian la verdadera, la única nobleza, la que da el talento! ¿Quién me librará de ignorantes y de estúpidos? ¡Ah! la ignorancia es la cosa más vergonzosa del mundo, y si fuera preciso que una mujer lo fuera para entrar en el paraíso preferiría que el Criador me mandara a los infiernos”.

En general me parece que hacía gran caso de los Moros españoles. Acostumbrada a la exquisita cortesía que reinaba en Bagdad, se hallaba fuera de su sitio en un país que había conservado demasiados restos de la rudeza antigua. Solo el Príncipe halló gracia a sus ojos y en su alabanza compuso estos versos:

“En todo el Oeste, no hay más hombre verdaderamente generoso que Ibrahim, que es la generosidad misma. Nada más grato que vivir a su lado, y cuando se ha tenido esa felicidad sería un suplicio vivir en otra parte”.

Cuando condenaba así la generosidad de Ibrahim no exageraba. En este punto todo el mundo era de su opinión; así que los poetas de Córdoba a quienes el avaro Sultán dejaba casi

morir de hambre, corrían en masa a su corte con el poeta laureado Ibn-Abd-rabbíhi a la cabeza. Ibrahim los recompensaba siempre con una munificencia verdaderamente regía. Solo una vez no dio nada y esto fue cuando Calfat, satírico muy mordaz, le recitó un poema lleno de amargos sarcasmos contra los ministros y cortesanos de Córdoba. Aunque tuviera acaso quejas de algunos de estos personajes, Ibn-Haddjadj no hizo ningún signo de aprobación y cuando el poeta hubo concluido le dijo fríamente: «Te has engañado si has creído que un hombre como yo puede gustar de oír tan innobles injurias.» Calfat volvió a Córdoba con las manos vacías. Contrariado y furioso comenzó a vomitar su hiel:

«No me riñas decía, no me riñas esposa mía, si no dejo de llorar desde el viaje que acabo de hacer. Este viaje me ha causado un dolor del que no podré consolarme nunca. ¡Esperaba encontrar allí un hombre generoso y no he encontrado más que un estúpido búho!».

Ibn-Haddjadj no era hombre que aguantara semejantes groserías. Desde que supo el modo con que el poeta se vengaba le mandó a decir: «¡Si no dejas de difamarme te juro por lo más sagrado que te haré cortar la cabeza en Córdoba, en tu misma cama!». Desde entonces Calfat no hizo ya más sátiras contra el señor de Sevilla.

IV

La reconciliación del Sultán con Ibn-Had-djadj fue el principio de una nueva era, la del restablecimiento del poder real. Sevilla había sido el punto de apoyo de la rebelión en todo el Oeste, en cuanto este punto de apoyo llegó a faltarles, todos los demás distritos desde Algeciras a Niebla, volvieron a la obediencia. Durante los nueve últimos años del reinado de Abdalá, pagaron el tributo con tanta exactitud que no fue preciso enviar tropas por esta parte. El Sultán podía, pues, dirigir todas sus fuerzas contra el Mediodía. Tan feliz resultado había sido debido a los prudentes consejos de Bard; así, que el Sultán le estaba muy agradecido y le dio las pruebas más visibles de su reconocimiento. Confióle el título de visir, lo admitió en su intimidad y le concedió una confianza tan grande que, aunque Bard no tuviera el título de primer ministro lo era sin embargo de hecho.

En el Mediodía fueron además las armas del Sultán casi siempre felices. Su ejército tomó Jaén en 903, en 905 ganó la batalla de Guadalbollón contra Ibn-Hafzun e Ibn-Mastana; en 906 quitó Cañete a los Beni-al-Khalí; en 907 obligó a Archidona a pagar tributo; en 909 arrancó Luque a Ibn-Mastana; en 910 tomó Baeza, y al año siguiente, los habitantes de Iznajar se sublevaron contra su señor Fadhl-ibn-Salama, yerno de Ibn-Mastana, y enviaron su cabeza al Sultán. Aun en el Norte hubo una notable mejoría. Hubo un momento en el año de 898 en que se temió que el más poderoso español del Norte y el más poderoso español del Mediodía llegaran a aliarse. Mohamed ibn-Lope de la familia de los Beni-Casi había prometido ir a la provincia de Jaén para conferenciar con Ibn-Hafzun. La guerra que tenía que sostener contra el gobernador de Zaragoza al-Ancar le impidió venir en persona, pero en su lugar envió a su hijo Lope. Ya había llegado este a la provincia de Jaén donde esperaba a Ibn-Hafzun, cuando recibió la noticia de que su padre había muerto en el sitio de Zaragoza (octubre, 898), y entonces se volvió a su patria sin esperar la llegada de Ibn-Hafzun. No volvió a hablarse más de este proyecto de alianza que había inspirado a la corte muy serios temores, y Lope lejos de mostrarse hostil al Sultán solicitó con empeños su favor, así que éste lo nombró gobernador

de Tudela y de Tarazona. Lope gastó sus fuerzas en guerras continuas contra sus vecinos, tales como el señor de Huesca, el rey de León, el conde de Barcelona, el de Payares y el rey de Navarra hasta que fue muerto en una batalla que dio a este último (907). Su hermano Abdalá que le sucedió, volvió también sus armas no contra el Sultán, sino contra el rey de Navarra. Los Beni-Casi habían dejado pues de ser terribles para los Omeyas.

Evidentemente las cosas tomaban en todas partes un aspecto más tranquilizador. En Córdoba se miraba ya el porvenir con más confianza. Los poetas hacían oír cantos de victoria que no se habían oído hacía muchos años. Sin embargo, el poder real no había hecho todavía más que progresos muy lentos cuando Abdalah murió el 15 de octubre de 912 a la edad de sesenta y ocho años y veinte y cuatro de reinado.

El presunto heredero de la corona se llamaba Abderramán. Era hijo del primogénito de Abdalá, del infortunado Mahamed que había sido asesinado por su hermano Motarrif, por orden de su padre. Huérfano desde su más tierna infancia había sido educado por su abuelo, quien, atormentado sin cesar por los remordimientos de su conciencia, parece haber concentrado en este niño todo el cariño de que era capaz, y al que hacía mucho tiempo había designado para sucederle. Pero Abderramán no contaba todavía veintidós años, y podía temerse que sus tíos o los hermanos de su abuelo le disputaran la corona, porque no había ley de sucesión, y cuando el trono estaba vacante subía a él de ordinario el mayor o el más capaz de la familia. Contra todo lo que era de esperar nadie se opuso a la elevación de Abderramán, y lo que es más, todos, príncipes y cortesanos, saludaron con alegría este suceso, en el que vieron la prenda de un porvenir de prosperidad y de gloria. Era que el joven príncipe había sabido ya hacerse amar y había inspirado a todos los que lo conocían una alta idea de su talento.

Abderramán III al proseguir la obra comenzada por su abuelo, siguió un camino enteramente contrario. A la política circunspecta y tortuosa de Abdalá, sustituyó una política franca, atrevida, audaz, enemigo de términos medios anunció arrogantemente a los insurrectos españoles, árabes y berberiscos, que lo que quería de ellos no era un tributo, sino sus castillos y sus ciudades. Prometía a los que se sometieran amplio y entero perdón y amenazaba a los otros con un castigo ejemplar.

Parece a primera vista que semejantes pretensiones debían reunir contra él a toda España. No sucedió así, su firmeza no indisponía, dominaba; y la línea de conducta que siguió, lejos de ser insensata era la que claramente indicaba el estado de las cosas y de los espíritus.

Era que todo lo había cambiado poco a poco. La aristocracia árabe no era ya lo que fue al principio del reinado de Abdalah. Habían perdido sus jefes más ilustres, Said-ibn-Djudi y Coreb-ibn-Khaldun, habían muerto, Ibrahim-ibn-Haddjadj acababa también de morir, y no había ninguno con suficiente talento ni consideración para ocupar el puesto que la muerte de estos hombres superiores había dejado vacío. Quedaba el partido español; este conservaba aun la mayor parte de sus jefes, y no parecía haber perdido mucho de su poder. Pero estos jefes se iban haciendo viejos y el partido mismo no era ya lo que treinta años antes, cuando lleno de amor y de entusiasmo se había levantado de común impulso a la voz de Ibn-Hafzuri, para sacudir el yugo de la dominación extranjera. Este primer ardor se había calmado y enfriado. A

la ardiente y vigorosa generación de 884 había sucedido otra nueva, que no tenía ni los agravios, ni la arrogancia, ni la fiereza, ni las pasiones, ni la energía de la que le había precedido. No habiendo sido oprimida por el poder real, no tenía motivos para odiarlo. Se quejaba, es verdad, se sentía grandemente desgraciada, pero los males que deploraba no eran los del despotismo sino los de la anarquía y la guerra civil. Veía cada día a las tropas del Sultán, o las de los insurrectos, asolar campos que prometían una abundante cosecha; cortar olivos en flor y naranjos cargados de fruto; incendiar cortijos y lugares; pero lo que no veía, lo que siempre esperaba en vano era el triunfo de la causa nacional. Cierto que el trono del Sultán vacilaba a veces, pero un momento después estaba de nuevo firme como una roca. Esto era poco animador. Acaso no formulaban su pensamiento íntimo, pero sentían instintivamente, a no dudarlo, que cuando una insurrección nacional no consigue su objeto al primer ímpetu, no lo alcanza jamás. Tal había sido la impresión general cuando los sucesos alternaban para los dos partidos. Mucho peor debía ser cuando los insurrectos no hacían más que sufrir reveses, y en lugar de adelantar atrasaban. Comenzóse entonces a preguntar de qué había servido la muerte y la ruina de tantos bravos y si valía la pena de dejarse robar o matar por una causa que el cielo no quería favorecer. La población de las grandes ciudades, es decir, la que estaba más deseosa de reposo y bienestar, había sido la primera en hacerse esta pregunta, y no hallando respuesta satisfactoria, se había dicho, que bien considerado todo, valía más una paz a toda costa con industria y esperanza de enriquecerse que la guerra patriótica con desorden y anarquía. Elvira se había sometido espontáneamente, Jaén se había dejado tomar y Archidona había consentido en pagar tributo. En la Serranía, cuna de la insurrección, el entusiasmo había tardado más en enfriarse, pero también allí se comenzaban a manifestar síntomas de cansancio y de desanimación. Ya no se apresuraban los serranos a afiliarse en la bandera nacional, de modo que Ibn-Hafzun se había visto obligado a seguir el ejemplo del Sultán, tomando a sueldo mercenarios de Tánger. Desde entonces la guerra perdió mucho de su carácter primitivo. Se hizo más ruinosa, porque el objeto que se proponían ambas partes era impedir que el enemigo pudiera pagar a sus tropas africanas; pero ya no tenía la salvaje energía de otras veces, ya había dejado de ser sangrienta. Los berberiscos de Tánger, siempre prontos a pasarse a las banderas enemigas por el menor aumento de sueldo, no consideraban la guerra más que como un juego lucrativo y corrían bien con sus enemigos, porque sus enemigos habían sido la víspera sus camaradas, y acaso lo volverían a ser al día siguiente. En muchos de estos combates no había más que dos o tres muertos y hasta hubo algunos en que no murió nadie. Cuando habían sido heridos algunos hombres y cortados los jarretes a algunos caballos, se creía haber hecho lo suficiente. Pretender conquistar la independencia con semejantes soldados, cuando el levantamiento en masa de una población entusiasta e irritada no había sido bastante para lograrlo, era, demasiado lo conocían, un proyecto quimérico. El mismo Ibn-Hafzun parece que estaba convencido de ello, porque el año 909 reconoció por soberano a Obaidallah-el-Chiita que acababa de quitar el Norte de África a los Aglabitas. Esta singular alianza no produjo ningún fruto, pero prueba que Ib-Hafzun empezaba a no contar con sus compatriotas.

Añádanse a estas causas de decaimiento general de las convicciones y de los ánimos, la profunda desmoralización de los castellanos, sobre todo en las provincias de Jaén y Elvira. Estos señores habían olvidado por completo que habían tomado las armas por un motivo

patriótico. En sus torres, que se elevaban hasta las nubes, se habían convertido en salteadores sin fé ni ley, que desde lo alto de sus almenas acechaban a los caminantes y caían sobre ellos con la rapidez de aves de rapiña, sin distinguir de amigos ni de enemigos. En todos los lugares y en todas las ciudades, se maldecía a estos tiranos, y el que rompiera sus colosales torres y derribara las murallas de sus detestados castillos, podría contar seguramente con la gratitud de las poblaciones cercanas. ¿Quién lo había de hacer si el Sultán no lo hacía? ¿No era natural que las esperanzas del pobre pueblo se dirigieran a él?

Preciso es notar que la lucha había perdido el carácter nacional y por decirlo así universal, que había tenido en su origen para convertirse en meramente religiosa. Hasta entonces, Ibn-Hafzun no había hecho distinción entre musulmanes y cristianos, no preguntaba a nadie la religión que profesaba, le bastaba que fuera español, que quisiera combatir por la buena causa y que supiera manejar una espada. Pero desde que él e Ibn-Mastana, su más poderoso aliado habían abrazado abiertamente el cristianismo, desde que devolviendo a la religión su antigua pompa habían hecho edificar por todas partes soberbias iglesias, no sucedía otro tanto. Ahora, Ibn-Hafzun o Samuel, como él se hacía llamar, no concedía su confianza más que a los cristianos y solo eran para ellos los puestos lucrativos y las altas dignidades. Bobastro se había hecho el foco de un fanatismo tan austero y sombrío como el que sesenta años antes había animado a los monjes cordobeses. La misma hija de Ibn-Hafzun, la entusiasta y valerosa Argentea daba ejemplo. Resistiendo a las instancias de su padre, que cuando perdió a su mujer Colomba, quiso encargarla de los cuidados domésticos, había fundado, en el palacio mismo, una especie de convento y desesperando como tantos otros del triunfo de los Andaluces, se dejaba devorar por la sed del martirio, habiéndole predicho un monje que estaba destinada a morir por Cristo. Este celo por la religión cristiana y este desdén hacia los musulmanes, no agradaban del todo a una parte de los que hasta allí habían combatido por la independencia de la patria. Muchos de ellos a pesar del odio que profesaban a los Moros, eran sincera y fervientemente adictos a la religión que les habían enseñado, pues es sabido que el español es siempre un creyente exaltado cualquiera que sea la religión que adopte. Otros, los que antes eran siervos y sus descendientes, querían impedir a toda costa, que el cristianismo llegara a ser de nuevo la religión dominante, porque si llegaba a serlo, no dejarían de resucitarse antiguas pretensiones de que serían víctimas. La religión había llegado a ser, por consiguiente, el tizón de la discordia. Los españoles musulmanes y los españoles cristianos se miraban con ojos celosos y desconfiados; en algunos distritos llegaron a hacerse una guerra mortífera. En la provincia de Jaén, el renegado Ibn-az-Chalia cuando volvió a tomar Cazlona, fortaleza que le habían quitado los cristianos, pasó toda la guarnición a cuchillo (898).

De modo que este partido era mucho menos fuerte que parecía. No tenía ya aquel fuego sagrado que únicamente puede hacer realizar acciones grandes y heroicas, estaba desunido, no subsistía más que pagando mercenarios africanos, estaba cansado de desórdenes y contaba en su seno multitud de personas que no repugnaban la idea de una reconciliación con el Sultán defensor natural de la ortodoxia, siempre que este Sultán no fuera Abdalah. Reconciliarse con ese tirano misántropo e hipócrita que había envenenado a dos de sus hermanos y hecho ejecutar a otro, que había mandado matar dos de sus hijos por simples sospechas sin formación de causa; reconciliarse con semejante monstruo era imposible. Pero ya había muerto y su sucesor no se le parecía en nada. Este príncipe tenía todo lo que es menester para

atraerse la confianza y las simpatías del pueblo, todo lo que agrada, deslumbra y subyuga. Tenía ese exterior que no reciben en vano los representantes del poder; a la gracia que seduce, juntaba la majestad que impone. Todos los que se le acercaban alababan sus talentos, su clemencia y la bondad de que ya había dado pruebas, ordenando la reducción de impuestos. Interesaba además a las almas sensibles por la triste suerte de su padre asesinado en la flor de su edad y no se había olvidado de que hubo un día en que este mismo padre buscó asilo en Bobastro, afiliándose entonces bajo el estandarte nacional.

Subía, pues, al trono el joven monarca, bajo muy favorables auspicios. Las grandes ciudades no deseaban otra cosa que abrirles las puertas. Écija les dio ejemplo. Dos meses y medio después de la muerte de Abdalá (el 31 de diciembre del 912) se entregó a Badr que la sitiaba, y que acababa de recibir el título de «Hadjib» (primer ministro.) Pero Abderramán quería coger él mismo laureles en el campo de batalla. Desde la Primavera (en abril de 913) tomó el mando del ejército para reducir a los castellanos de Jaén. Hacía muchos años que las tropas no habían visto un Sultán a la cabeza; desde su campaña de Carabuey, en 892, Abdalá no se había presentado en el campo, y la ausencia del Soberano había ejercido sin duda una perniciosa influencia en la moral de los soldados. Así, que ahora, saludaron con entusiasmo al joven y esclarecido monarca, que quería participar, no solo de su gloria, sino de sus fatigas y sus peligros.

Cuando llegó a la provincia de Jaén, supo Abderramán que Ibn-Hafzun había tramado inteligencias con el partido revolucionario de Archidona, y que esperaba hacerse dueño de esa ciudad. Destacó en seguida una brigada, y ordenó al general que la mandaba ir a Archidona a toda prisa. El general lo hizo tan bien que frustró las esperanzas de Hafzun.

El Sultán por su parte fue a poner sitio a Monteleón. El señor de este castillo Said-ibn-Hodhail, uno de los más antiguos aliados de ibn-Hafzun, quiso mejor negociar que combatir. El domingo envistieron la fortaleza, el martes se rindió. Ibn-as-Chalia, Ishac-ibn-Ibrahin, el señor de Mentesa y otros siete castellanos esperaron apenas a que el Sultán llegara delante de las puertas de sus casas señoriales para someterse y pedir el «aman.» Abderramán se lo concedió, los envió a Córdoba bajo buena escolta con sus mujeres y sus hijos, e instaló a sus tenientes en las fortalezas que acababan de abandonar. En la provincia de Elvira todo pasó de la misma manera, y el Sultán no encontró resistencia hasta llegar a Fiñana. Aquí los partidarios de Ibn-Hafzun tenían el poder, y habían persuadido a los otros vecinos que la ciudad era inexpugnable. La resistencia no fue larga. Habiendo visto arder las casas situadas en la pendiente de la montaña en cuya cima estaba la ciudad, los tibios comenzaron a negociar y consintieron en entregarse a los exaltados, como el Sultán pedía. Luego se aventuró Abderramán en los senderos casi inaccesibles de Sierra Nevada. Allí también se rindieron todos los castellanos, sin excepción alguna. Entonces supo que Ibn-Hafzun amenazaba a Elvira. Sin perder un momento el Sultán envió tropas en su socorro, y en cuanto recibió este refuerzo, la milicia de Elvira, que se picaba de celosa, se puso en marcha para rechazar al enemigo, lo encontró cerca de Granada, lo puso en fuga e hizo prisionero a un nieto de Ibn-Hafzun.

Entretanto Abderramán sitiaba Juviles, donde los cristianos de otros castillos habían buscado refugio. El sitio duró quince días, al cabo de los cuales los andaluces musulmanes

imploraron la clemencia del Soberano y prometieron entregarla a los cristianos que estaban con ellos. Cumplieron su promesa y todos los cristianos fueron descabezados. Luego, pasando por Salobreña y tomando el camino de Granada, el Sultán atacó y tomó San Esteban y Peña Forata, dos nidos de buitres que eran el terror de los habitantes de Elvira y de Granada.

Desde entonces las provincias de Elvira y de Jaén quedaron purgadas de bandidos y pacificadas. Una campaña de tres meses bastó para obtener tan importante resultado.

Tocóle entonces el turno a la aristocracia Sevillana.

A la muerte de Ibrahin-ibn-Haddjadj, su hijo mayor Abderramán, le había sucedido en Sevilla, y el segundo, Mohamed, en Carmona; pero habiendo muerto Abderramán, en 913, Mohamed (ídolo de los poetas a quienes colmaba de dones como su padre) quiso también hacerse proclamar n Sevilla. No lo consiguió. Había dado ya pasos para acercarse al monarca, y en Sevilla querían permanecer independientes; se le acusaba además de haber hecho envenenar a su hermano, lo que acaso no era más que una calumnia. Eligieron, pues, en perjuicio suyo a su primo hermano, Ahmed-ibn-Maslama, un valiente guerrero. Mohamed quedó profundamente resentido y como el Sultán, que no había querido reconocer al nuevo señor, enviara un ejército contra Sevilla, aquel vino a la corte a ofrecer sus servicios, que el Sultán aceptó.

El sitio fue llevado con tanto vigor que Ahamed ibn-Maslama se vio muy pronto obligado a buscar un aliado. Dirigióse a Ibn-Hafzun que vino una vez más al socorro de la aristocracia mora amenazada. Pero la fortuna le había vuelto las espaldas. Habiendo salido de Sevilla con sus aliados para atacar las tropas del Sultán, que habían establecido su cuartel general en la ribera derecha del Guadalquivir, experimentó una derrota tan terrible que dejando a los sevillanos componérselas como pudieran, se volvió a toda prisa a Bobastro.

Ahamed ibn-Maslama y los demás nobles sevillanos, comprendieron que era inútil prolongar la resistencia. Abrieron negociaciones con Bard, que acababa de llegar al campamento, y cuando obtuvieron la promesa de que el gobierno conservaría los usos y costumbres que habían tenido bajo los Haddjadj, abrieron las puertas de la ciudad, (20 de diciembre del 913.)

Mohamed ibn-Haddjadj, que se había figurado que si se tomaba Sevilla sería en provecho suyo y a quien habían ocultado cuidadosamente la negociación entablada, quedó sorprendido cuando recibió una carta de parte de Badr en que le decía que la ciudad se había rendido y que por tanto podía retirarse. Retiróse en efecto, pero con el corazón lleno de ira y jurando venganza. Al volver a Carmona se apoderó de un ganado que encontró y que pertenecía a unos vecinos de Córdoba. Luego se encerró en su fortaleza y se puso a desafiar al Sultán. Este no se enfadó con él. Le envió un empleado de su corte, que le dio a entender de una manera a la vez firme y política, que ya habían pasado los tiempos de que los nobles podían apoderarse impunemente de los bienes ajenos y que por consiguiente había que entregar el ganado robado. Mohamed se dejó persuadir y restituyó el ganado; pero a pesar de su singular talento desconocía aun la nueva faz que habían tomado los tiempos. Habiendo sabido que el gobernador hacía arrasar las murallas de Sevilla, quiso aprovecharse de la ocasión para apoderarse de la ciudad por un golpe de mano, y el día menos pensado fue a atacarla. Fracasó

su temeraria empresa y el Sultán tuvo una vez más la dignidad de enviarle uno que le pusiera al corriente de las nuevas ideas. El prefecto de policía Casim ibn-Walid-el-Kelbita, fue el encargado de esta misión. No podía hacerse elección más acertada; Casim, que bajo el reinado de Abdalá había sido durante algunos meses, el colega de Ibrahim-ibn-Haddjdadj, era el amigo íntimo de Mohamed y todavía recientemente en el sitio de Sevilla, se les había visto siempre juntos. Así que el Sultán no se engañó en sus esperanzas Casim cumplió su misión con tanto tacto e inteligencia, habló tan bien y con tanto atractivo que Mohamed acabó por prometer que iría a la corte, siempre que se le permitiera dejar su teniente en Carmona y habiendo consentido en ello el Sultán, fue a Córdoba con numeroso séquito (abril de 914.) El monarca lo recibió con las mayores consideraciones, le hizo grandes regalos como también a sus hombres de armas, le confió el título de visir y le indujo a acompañarle en la nueva expedición que iba a emprender.

Esta vez, el Sultán tenía intención de atacar a la insurrección en su punto central, en la Serranía de Regio. No podían esperarse aquí, en verdad, tan rápidas y tan brillantes ventajas, como las que se habían obtenido el año precedente en las provinciasde Jaén y de Elvira. En la Serranía de donde el islamismo había sido desterrado casi por completo, había que habérselas con cristianos y Abderramán había experimentado ya que los españoles cristianos se defendían con mayor tenacidad que los españoles musulmanes. El creía que aun entre los cristianos habría algunos que, persuadidos no solo de su firmeza, sino también de su lealtad, se someterían espontáneamente. Y en efecto, el gobierno, preciso es decirlo en su abono, obraba con la mayor rectitud con los cristianos que habían capitulado. Había ocurrido recientemente, que la querida de un señor cristiano, que se había rendido un año antes, y que residía entonces en Córdoba, se había dirigido al Cadí diciéndole, que, siendo musulmana y de condición libre, deseaba salir de la dependencia en que estaba, puesto que no era permitido a un cristiano tener a una musulmana por concubina. Pero apenas supo el ministro Badr que se había presentado esta demanda, cuando envió uno al Cadí a que le dijera en su nombre: «El cristiano de que se trata no se ha rendido sino en virtud de una capitulación. No es lícito violarla, y vos sabéis mejor que nadie que los tratados deben ser observados escrupulosamente. No tratéis pues, de quitar esa esclava a su señor.» El Cadí un poco sorprendido con este mensaje, se figuró que el ministro usurpaba sus atribuciones. «¿Es verdad que el hadjib es quien os envía?» preguntó al mensajero, y cuando este le hubo respondido afirmativamente dijo: «Pues bien, id a decir a vuestro señor que mi deber es respetar todos los juramentos y que no puedo exceptuar el que yo mismo he prestado. Voy a ocuparme, dejándolo todo, del negocio de esa señora que es musulmana y libre, notadlo bien.» Guando hubo recibido esta respuesta, no pudo dudar el ministro de la disposición en que se encontraba el Cadí. Sin embargo, todavía le mandó decir: «No es mi intención impedir el curso de la justicia y nunca me permitiría exigir de vos una sentencia inicua. Todo lo que os pido es que, toméis en consideración los derechos que ha adquirido ese señor cristiano haciendo un tratado con nosotros. Sabéis que tenemos el deber de tratar a estos cristianos con equidad y con las mayores consideraciones. Ahora, decidid vos mismo lo que debéis de hacer.»

¿Se dejó persuadir el Cadí o creyó por el contrario que la ley estaba por encima de los tratados? Se ignora; pero la conducta de Badr en esta circunstancia, prueba en todo caso la sinceridad del gobierno y el espíritu de conciliación que le animaba. Era una política noble y

hermosa, añadamos a esto que era propia del carácter de Abderramán, Era este monarca tan poco exclusivo, que quiso una vez dar el empleo más elevado de la magistratura, el de Cadí de Córdoba, a un renegado cuyos padres eran cristianos todavía y costó mucho trabajo a los faquíes hacerle abandonar este proyecto.

No se engañó Abderramán en sus esperanzas respecto a los castellanos cristianos de la Serranía. Muchos de ellos pidieron y obtuvieron indulto, pero Tolox, cuya guarnición animaba Ibn-Hafzun con su presencia, se defendió con tanta tenacidad, que el Sultán no pudo tomarlo. Una vez la guarnición hizo una salida y hubo entonces un combate muy sangriento. Otro castillo hizo también tanta resistencia que, colérico Abderramán, juró no beber vino, ni asistir a ninguna fiesta hasta que la hubiera tomado. Pronto se halló desligado de su juramento, porque no solo tomó este castillo sino también otro. Hacia la misma época, su armada le hizo un gran servicio, apoderándose de muchos bajeles que traían víveres a Ibn-Hafzun; a tal estrechez estaba ya reducido este jefe que tenía que aprovisionarse en África.

Volviendo a su capital, pasó el Sultán por Algeciras, y luego por las provincias de Sidona y de Morón, quería ir a Carmena y el 28 de junio de 914, llegó ante las puertas de la ciudad.

Habib, teniente de Mohamed, había levantado el estandarte de la rebelión. ¿Lo había hecho *de motu propio*? Parecía dudoso; se decía que había sido por inspiración de su señor y Abderramán que creía la acusación fundada, quitó a Mohamed la dignidad de visir y lo metió en la cárcel. Después sitió a Carmena. Habib no se defendió más que veinte días, al cabo de los cuales pidió y obtuvo el *aman*. En cuanto a Mohamed, como ya no era temible, lo pusieron pronto en libertad, pero no gozó mucho de esta gracia porque murió en Abril de 915. Fue el último de los Haddjadj que hizo papel en la historia.

En 915, una terrible hambre ocasionada por una gran sequía no permitió emprender la campaña. Los habitantes de Córdoba morían a millares y faltaban brazos para enterrar los muertos. El Sultán y su ministro hicieron todo lo posible para aliviar la miseria, pero les costó mucho trabajo contener a los insurgentes que acosados por el hambre, salían de sus montañas para apoderarse de los pocos víveres que quedaban aun en las vegas. El año siguiente fueron conquistadas Orihuela y Niebla, y ya el Sultán había restablecido de tal modo su poder, que pudo hacer razias contra los cristianos del Norte, cuando la muerte vino a librarlo de su enemigo más temible, pues el año 917 expiró Ibn-Hafzun. Este suceso causó gran alegría en Córdoba, pues nadie dudó ya de que la insurrección había de ser bien pronto sofocada.

El héroe español que durante más de treinta años había desafiado a los invasores de su patria, y que tantas veces había hecho temblar a los Omeyas en su trono, debía bendecir la Providencia, que le hacía morir en aquella hora, librándolo así de ver el triste espectáculo de la ruina de su partido. Murió indómito, en aquellas circunstancias era todo lo que le era lícito esperar. No le fue dado librar a su patria y fundar una dinastía, pero es preciso reconocer en él un héroe verdaderamente extraordinario, y tal como España no lo había producido desde que Viriato juró libertar a su país de la dominación romana.

CAPÍTULO XXI

La guerra en la Serranía duró dos años aún. Omar-ibn-Hafzun había dejado cuatro hijos; Djafar, Solimán, Abderramán y Hafz, que casi con una sola excepción habían heredado, si no los talentos, por lo menos el valor de su padre. Solimán se vio obligado a rendirse (en Marzo de 918), a alistarse en el ejército del Sultán y tomar parte en las campañas contra los reyes de León y de Navarra. Abderramán que gobernaba en Tolox, y para el que los libros tenían más atractivo que las armas, se rindió también y habiendo sido llevado a Córdoba, pasó el resto de su vida en copiar manuscritos. Pero el poder de Djafar era todavía formidable, por lo menos el Sultán lo creía así, porque, cuando sitiaba a Bobastro en 919, no rehusó entrar en tratos con él, y cuando Djafar le ofreció rehenes, y un tributo anual aceptó la proposición. Sin embargo, poco después Djafar, cometió una falta muy grave, que debió serle fatal. En su opinión, su padre se había equivocado al declararse cristiano con toda su familia, y hasta cierto punto tenía razón, pues es incontestable que Ibn-Hafzun se había enajenado el corazón de los Andaluces musulmanes, con su cambio religioso, solo que una vez hecho, ni ibn-Hafzun ni su hijo podían ya retractarse; desde entonces debían apoyarse únicamente en los cristianos, y triunfar o sucumbir con ellos. Los cristianos eran los únicos que habían conservado entusiasmo y energía, mientras que los musulmanes hacían traición en todas partes. Prueba de ello lo que había pasado poco antes en la fortaleza de Balda, estando sitiada por el Sultán; la parte musulmana de la guarnición se había pasado toda entera al enemigo, mientras que los cristianos se dejaron matar hasta el último antes de rendirse. Sin embargo, Djafar, que no se daba entera cuenta de la situación en que se encontraba, creía aun en la posibilidad de reconciliarse con los musulmanes andaluces, y queriendo ganárselos, manifestó claramente su intención de volver al islamismo. Esto fue lo que le perdió. Horrorizados con la idea de tener por jefe a un infiel, sus soldados cristianos tramaron un complot, y habiéndose entendido con su hermano Solimán, lo asesinaron (920) y proclamaron a este que se apresuró a presentarse entre ellos.

El reinado de Solimán no fue dichoso; Bobastro era presa de las más furiosas discordias. Estalló una insurrección; Solimán fue echado, sus prisioneros puestos en libertad y saqueado su palacio. Pero poco después sus partidarios lograron introducirse en la ciudad; él mismo entró disfrazado, y habiéndose ganado el populacho, prometiéndole el pillaje, lo llamó a las armas. Quedó por él dueño, e inexorable en su venganza, hizo cortar la cabeza a la mayor parte de sus adversarios.

«Alá, dice un historiador de Córdoba, dejaba que los infieles se degollaran mutuamente, porque quería extirpar de raíz hasta sus últimos vestigios.»

Solimán no sobrevivió mucho tiempo a su restablecimiento. Habiendo sido desmontado en una escaramuza (el 6 de febrero de 927) fue muerto por los realistas, que saciaron su ira en su cadáver, al que cortaron la cabeza, las manos y pies.

Sucedióle su hermano Hafz, pero iba a sonar la última hora. En el mes de junio del año 927, el Sultán fue a sitiar Bobastro decidido a no levantar el sitio hasta que no fuera tomada la ciudad. Habiendo ordenado levantar por todas partes obras formidables y reconstruir una antigua fortaleza romana semi arruinada, que había en las cercanías, cercó la plaza por todas partes y le cortó los víveres. Durante seis meses Hafz resistió los esfuerzos del enemigo, pero se rindió al fin, y el viernes 21 de Junio del 928, las tropas del Sultán tomaron posesión de la ciudad. Hafz fue trasladado a Córdoba con todos los demás habitantes y más adelante sirvió en el ejército de su vencedor. Su hermana Argentea se retiró a un convento, donde probablemente la hubieran dejado en paz, si hubiera consentido en vivir ignorada; pero entusiasta, fanática, y aspirando desde mucho tiempo antes a la palma del martirio, irritó a la autoridad, declarando que era cristiana, y como a los ojos de la ley era musulmana, por serlo su padre en la época en que nació, fue condenada a muerte como culpable de apostasía. Ella sufrió la sentencia con un valor heroico, mostrándose así digna hija del indomable Omar-ibn-Hafzun (931.)

Dos meses después de la rendición de Bobastro, el Sultán visitó en persona esta ciudad. Quería ver con sus propios ojos aquella orgullosa fortaleza que durante medio siglo había desafiado los ataques incesantes de cuatro Sultanes. Cuando estuvo allí, cuando desde lo alto de las murallas dirigió su vista a sus almenados bastiones, y a sus colosales torres, cuando midió con sus ojos la altura de la montaña cortada a pico, en que se asentaba, y la profundidad de los precipicios que la rodeaban, entonces exclamó, que no había otra semejante en el mundo; y lleno de gratitud hacia Dios que se la había entregado, se deshizo en acciones de gracia, y mientras permaneció en ella observó un ayuno rigoroso. Desgraciadamente para su gloria, tuvo la debilidad de dejarse arrancar una concesión a que no hubiera debido acceder; queriendo ver también la temible ciudad que había sido el baluarte de una religión que odiaban, habían ido en su seguimiento los faquíes, y en Bobastro no le dejaron descansar, hasta que les permitió abrir las tumbas de Omar-ibn-Hafzun y de Djafar su hijo. Luego, viéndolos enterrado a la manera cristiana, no se avergonzaron de turbar el descanso de los que ya dormían el sueño eterno, y habiendo sacado sus cuerpos de la sepultura, los enviaron a Córdoba, con orden de clavarlos en postes. «Estos cuerpos, exclama un cronista de la época, con bárbara alegría, estos cuerpos fueron así advertencia saludable para las gentes mal intencionadas, y dulce espectáculo para los ojos de los verdaderos creyentes.»

Las plazas que se hallaban en poder de los cristianos, no tardaron en entregarse. El Sultán las hizo arrasar todas, a excepción de algunas que juzgó conveniente conservar para mantener al país en la obediencia, e hizo trasladar a Córdoba a los hombres más influyentes y peligrosos.

Estaba pues, pacificada la Serranía, mas antes que lo estuviera, el Sultán había vencido la insurrección en muchos otros lugares. En las montañas de Priego, los hijos de Ibn-Mastana habían tenido que cederle sus castillos; en la provincia de Elvira, los Bereberes de la familia de los Beni-Mohallab se habían visto obligados a deponer las armas. Monte-Rubio en las fronteras de Jaén y Elvira había sido tomado. Edificado en una montaña colosal y escarpadísima, había inspirado por mucho tiempo al gobierno serios temores. Allí se habían albergado gran número de cristianos que bajaban a cada instante de su nido, para saquear los cortijos próximos o para robar y asesinar a los caminantes. En 992, había sido sitiada esta

madriguera, sin resultado por el Sultán durante todo un mes, no siendo tomada sino cuatro años más tarde. En 924, fueron obligados a someterse muchos rebeldes del país valenciano. En el mismo año, el Sultán fue a quitar la frontera superior a todos los Beni-Casi que se habían debilitado con las guerras que habían sostenido entre sí y con las que habían tenido que mantener contra el rey de Navarra y los obligó a alistarse en su ejército. Dos años después, el general Abd-al-hamid-ibn-Basil, hizo una campaña felicísima contra los Beni-Dhi-'n-nun.

No teniendo ya nada que temer por la parte del Mediodía, el Sultán se halló en disposición de dirigir todas sus fuerzas contra los rebeldes de las demás provincias, y obtuvo triunfos tan rápidos como decisivos. En 928 envió tropas contra el jeque Aslamí, señor de Alicante y Callosa, en la provincia de Todmir. Este Árabe, que era un bandido y un perdido del peor género, había afectado siempre una gran devoción; cuando empezó a hacerse viejo abdicó en su hijo Abderramán, no queriendo, según decía, ocuparse ya más que de su salvación; y en efecto, asistía con la mayor exactitud a todos los sermones y a todas las oraciones públicas, pero esta aparente piedad no le impedía ir de tiempo en tiempo a merodear en las tierras de sus vecinos, y habiendo muerto su hijo peleando con los realistas, tomó de nuevo el mando. No lo conservó mucho; el general Ahmed-ibn-Ishac tomó una en pos de otra sus fortalezas, y habiéndole obligado a someterse, lo hizo llevar a Córdoba con toda su familia. Hacia la misma época se rindieron Mérida y Santarém, sin que las tropas que el Sultán había enviado contra ellas tuvieran necesidad de desenvainar la espada. Al año siguiente Beja volvió también a la obediencia, después de haber hecho durante quince días una valerosa resistencia. Luego volvió sus armas el Sultán contra Khalaf-ibn-Becr, príncipe de Ocsonoba; pero este renegado le envió a decir que estaba pronto a pagar tributo, y que, si no lo había hecho antes, lo distante de la provincia debía servirle de excusa. Era este Príncipe muy amado de sus súbditos, para los que él y sus predecesores habían sido siempre muy buenos, y el monarca comprendió que, si persistía en su designio de reducirlo, obligaría a los habitantes del Algarbe a tomar una resolución desesperada. Así que, contra su costumbre, hizo una transacción. Consintió en que Khalaf-ibn-Becr, fuera no su súbdito, sino un vasallo tributario, debiendo solo comprometerse el Príncipe de Ocsonoba a pagar un tributo anual y a no dar asilo a los insurrectos.

La reducción de Badajoz, donde aún reinaba un descendiente de Ibn-Merwan, el Gallego, exigió mayores esfuerzos. La ciudad no se rindió sino después de haber sostenido un sitio durante todo un año (930.)

Para ser dueño de toda la herencia de sus abuelos no le restaba a Abderramán más que reducir Toledo.

Comenzó por enviar allá una diputación de faquíes, encargados de hacer presente a los vecinos que, habiéndose sometido todo el reino, sería una locura de su parte continuar dándose aire de república. Esta tentativa fue inútil. Llenos de amor a la libertad de que habían gozado durante ochenta años, ya bajo la protección de los Beni-Casis, ya bajo la de los reyes de León, los Toledanos dieron una respuesta, si no altanera, por lo menos evasiva. Viéndose, pues, obligados a apelar a los medios extremos, el monarca tomó sus medidas con la presteza y energía que le caracterizaban. Desde el mes de Mayo del 930, y antes que se acabara de reunir el gran ejército que pensaba oponer a los rebeldes, envió contra Toledo a uno de sus generales, al visir Said-ibn-Mondhir, ordenándole que comenzara el sitio. En el mes de Junio marchó él

mismo contra la ciudad con todo el grueso de sus fuerzas, y habiendo establecido sus reales en las orillas del Algodor, cerca del castillo de Mora, intimidó al renegado toledano que allí mandaba, que lo evacuase. Bastó esta simple intimación. Conociendo la imposibilidad de defenderse contra el numeroso ejército del Sultán, se apresuró el renegado a evacuar la fortaleza. Abderramán puso en ella una guarnición y fue a establecer su campo cerca de Toledo, en una montaña que llevaba entonces el nombre de Djarancas. Dejando vagar sus miradas sobre los jardines y las viñas, encontró que el cementerio que estaba cerca de la puerta era el lugar que mejor convenía para cuartel general. Hizo, pues, avanzar sus tropas hacia el cementerio; mandó segar los trigos, cortar los árboles frutales de los alrededores e incendiar las aldeas, y atacó a los Toledanos con el mayor vigor. El sitio duró a pesar de esto más de dos años. Pero el Sultán, a quien nada desanimaba, hizo edificar una ciudad en el monte de Djarancas y la ciudad de al-Tath (la Victoria) levantada en algunos días, mostró a los Toledanos que el sitio no sería levantado nunca. Contaban aun, con el auxilio del rey de León, pero su ejército fue rechazado por los realistas. En fin, apremiados por el hambre tuvieron que abrir las puertas. El gozo que experimenta Abderramán, cuando tomó posesión de la ciudad, casi igualó al que había sentido cuando se hizo dueño de Bobastro, mostrándolo con las fervientes acciones de gracias que dirigió al Omnipotente.

Árabes, Españoles, Berberiscos, todos habían sido vencidos; todos se habían visto obligados a doblar la rodilla ante el poder real, y el principio de la monarquía ilimitada fue proclamado más rudamente que nunca, en medio de un silencio universal. Pero las pérdidas sufridas por los diferentes partidos en esta prolongada lucha no eran iguales. El más maltratado era incontestablemente el que representaba la independencia individual, como la representaban los Germanos en Francia y en Italia, es decir, la aristocracia árabe. Obligada a sufrir un gobierno más absoluto y mucho más fuerte que el que había tratado de echar abajo, un gobierno que le era hostil por naturaleza, y que se dedicaba sistemáticamente a quitarle toda influencia en los negocios, estaba condenada a abatir el rumbo dulcemente, perdiendo en cada reinado algo de su brillo y su fortuna. Y he aquí, justamente lo que era un consuelo para los Españoles y los que ellos miraban como una especie de victoria. Habiendo tomado las armas, menos por odio al Sultán, que por odio a la nobleza, podían decir hasta cierto punto que habían triunfado, pues a falta de otra satisfacción, tenían al menos la de hallarse en adelante al abrigo de sus desdenes, de sus insultos y de su opresión. Ya no formarían un pueblo aparte, un pueblo de parias desterrado de la sociedad. El objeto que Abderramán III se había propuesto conseguir, y que por cierto plazo en efecto consiguió, era la fusión de todas las razas de la península en una nación verdaderamente una. Habían, pues, desaparecido las antiguas distinciones, o por lo menos tendían a desaparecer cada vez más, para hacer lugar a las de rangos, clases y estados. Cierto es que esta igualdad, no era más que la igualdad en la sujeción, pero a los ojos de los Españoles era un bien inmenso, y por lo pronto apenas pedían otra cosa. En el fondo, sus ideas acerca de la libertad, eran todavía muy vagas; la monarquía absoluta y el despotismo administrativo no les eran antipáticos; al contrario, esta forma de gobierno era para ellos una antigua tradición; no habían conocido otra, ni bajo el dominio de los reyes visigodos, ni bajo el de los emperadores romanos, y la prueba de que ni imaginaban todavía otra mejor, es que ni aun durante la guerra que habían sostenido para reconquistar su independencia, habían hecho en general más que débiles esfuerzos para fundar la libertad.

LIBRO TERCERO
EL CALIFATO.

ABDERRAMÁN III

CAPITULO XXII

No queriendo Interrumpir la historia de la insurrección de Andalucía, llegamos en el libro precedente al año 932; pero como ahora va a ocuparnos la guerra extranjera es preciso que el lector retroceda al principio del reinado de Abderramán III.

La insurrección de los Españoles y de la aristocracia árabe no era entonces el único peligro que amenazaba la existencia del Estado; dos potencias vecinas, una reciente y otra ya antigua, la ponían igualmente en peligro: el reino de León y el califato africano que una secta chiita la de los Ismaelitas acababa de fundar.

De acuerdo en los principios capitales, reconociendo todo el Imanato, es decir, que el gobierno temporal y espiritual de todos los musulmanes pertenecía a la posteridad de Alí, y que el imán es impecable, los Chiitas o partidarios del derecho divino formaron muchas sectas, y lo que las dividía sobre todo era la cuestión de saber cuál de los descendientes del sexto imán, Djafar el Verídico, tenía derecho al Imanato. Este Djafar había tenido muchos hijos de los que el mayor se llamaba Ismael y el segundo Muza; pero como el mayor pereció en vida de su padre, el año 762, después de la muerte de Djafar la mayor parte de los Chiitas reconocieron por imán a Muza. La minoría por el contrario no quiso sometérsele. Diciendo que Dios mismo había designado por boca de Djafar a Ismael por sucesor de este último, y que el Ser Supremo no puede revocar la resolución que ha tomado una vez, los Ismaelitas (así los llamaban) no reconocían por imanes más que a Ismael y a sus descendientes. Pero estos no eran ambiciosos. Desanimados por el mal éxito de todas las empresas de los Chiitas y no queriendo participar de la suerte de sus antepasados, muertos casi todos prematuramente por el hierro o por el veneno, renunciaron a los peligrosos y comprometedores homenajes de sus partidarios y fueron a esconderse en el fondo de Khorasan y de Kandahar.

Así abandonada de sus jefes naturales parecía destinada a extinguirse oscuramente la secta de los Ismaelitas cuando un persa audaz y hábil vino a darle dirección y vida nuevas.

En la patria de este hombre el islamismo había hecho poco más o menos los mismos progresos que en España. Había recibido bajo sus enseñas un número considerable de prosélitos; pero no había extirpado las otras religiones y el antiguo culto de los magos florecía a su lado. Si los musulmanes hubieran cumplido rigorosamente la ley de Mahoma no hubieran dejado a los Guebres más que la elección entre el islamismo o la espada; pues que no poseyendo este libro sagrado revelado por el profeta que aquellos reconocieran como tal, los adoradores del fuego no tenían derecho a ser tolerados. Pero la ley de Mahoma era inaplicable en aquellas circunstancias. Los Guebres eran muy numerosos, y afectos en cuerpo y alma a su religión, rechazaban todo otro culto con inflexible tenacidad ¿había que degollar a todas estas buenas gentes tan solo porque pretendían buscar su salvación a su manera? Esto era muy cruel y además muy peligroso, pues que hubiera provocado una insurrección universal. Parte por humanidad parte por cálculo, los musulmanes pasaron por encima de la ley y una vez admitido el principio de tolerancia, permitieron en todas partes a los Guebres el ejercicio público de su

culto, de modo que cada ciudad y hasta cada lugar tuvo su templo. Es más, el gobierno protegía a los Guebres hasta contra el clero musulmán y hacía azotar a los imanes y muecines que intentaban trocar en mezquita los templos del fuego.

Pero si el gobierno era tolerante con los sectarios declarados del antiguo culto, ciudadanos pacíficos que no turbaban la paz del Estado, no lo era ni podía serlo con los falsos musulmanes, que se decían convertidos, y que siendo aun paganos en el fondo de su corazón, trataban de minar sordamente el islamismo, ingiriendo en él sus propias doctrinas. En Persia como en España habían sido numerosas las conversiones aparentes, cuyo verdadero móvil había sido el interés mundano, y estos falsos musulmanes eran generalmente los hombres más inquietos y ambiciosos de la sociedad. Rechazados por la aristocracia árabe que se mostraba demasiado exclusiva en todas partes, soñaban con la resurrección de una nacionalidad y de un imperio persas. El gobierno los maltrataba sin piedad; para contenerlos y castigarlos creó el Califa Mahdi hasta un tribunal de Inquisición que continuó existiendo hasta fines del reinado de Harun-ar-Rachid. Como de ordinario, la persecución engendró la revuelta. Babec, jefe de la secta de los «khoramia o libertinos,» como sus enemigos los apellidaban, se levantó en el Adherbaidjan. Durante veinte años (817-837) este Ibn-Hafzun de la Persia, tuvo en jaque a los numerosos ejércitos del Califa, que no llegaron a apoderarse de él sino después de haber sacrificado doscientos cincuenta mil hombres. Pero mucho más difícil aún que domar rebeliones a mano armada, era descubrir y desarraigar las sociedades secretas que la persecución había hecho nacer y que propagaban en la oscuridad, ora las antiguas doctrinas persas, ora ideas filosóficas más peligrosas todavía, pues en Oriente el choque de muchas religiones había dado por resultado que una multitud de gente, las repudiaran y las menospreciaran todas.

«Todos esos pretendidos deberes religiosos, decían, son buenos a lo sumo para el pueblo, pero no son obligatorios en manera alguna para las personas cultas. Todos los profetas no eran sino impostores que aspiraban a la preeminencia sobre los demás hombres.»

Del seno de estas sociedades secretas, salió en el siglo IX el renovador de la secta de los Ismaelitas. Oriundo de una familia persa que profesaba las doctrinas de los sectarios de Bardasanes, que admitían dos dioses, de los que el uno ha creado la luz y el otro las tinieblas, e hijo de un oculista «espíritu fuerte» que, para escapar de las garras de la Inquisición, de la que habían sido víctimas setenta de sus amigos, buscó un asilo en Jerusalén donde enseñaba las ciencias secretas, aunque afectando piedad y un gran celo por las pretensiones de los Chiitas. Abdallah-ibn-Maimun llegó a ser bajo la dirección de su padre no solo un hábil prestidigitador y un gran ocultista, sino también un gran conocedor de todos los sistemas teológicos y filosóficos. Con ayuda de sus prestigios trató primero de hacerse pasar por profeta; pero habiendo tenido mal éxito en esta tentativa concibió poco a poco un proyecto más vasto.

Juntar en un mismo haz a vencidos y a conquistadores; reunir en una misma sociedad secreta en la que hubiera muchos grados de iniciación a los librepensadores, que no veían en la religión más que un freno para el pueblo, a los santurrones de todas las sectas, servirse de los creyentes para hacer reinar a los incrédulos y de los conquistadores para destruir el imperio que habían fundado, formarse en fin un partido numeroso, compacto y ejercitado en la obediencia, que en el momento oportuno colocara en el trono, si no a él, a alguno de sus

descendientes; tal fue el pensamiento dominante de Abdallah-ibn-Maimun, pensamiento extraño y audaz, pero que realizó con asombroso tacto, incomparable destreza y profundo conocimiento del corazón humano.

Los medios que empleó estaban calculados con diabólica picardía. En apariencia era Ismaelita. Como esta secta parecía condenada a desaparecer por falta de jefe, le dio nueva vida prometiéndole uno.

«Nunca, decía, el mundo ha estado ni estará privado de imán. Si uno es imán, su padre y su abuelo lo han sido antes de él, y así de seguida, remontándose hasta Adán; el hijo del imán es también imán, y su nieto, y así de seguida hasta la consumación de los siglos. No es posible que el imán muera sino después que le haya nacido un hijo, que será imán después de él. Pero el imán no es siempre visible. Unas veces se manifiesta, otras permanece oculto, como el día y la noche que se siguen el uno a la otra. En la época en que se manifiesta el imán, su doctrina permanece oculta; cuando por el contrario él permanece oculto su doctrina se revela y sus misioneros se muestran en medio de los mortales.»

En apoyo de esta doctrina citaba Abdallah pasajes del Corán. Ella le servía para mantener despiertas las esperanzas de los Ismaelitas, que aceptaran la teoría de que el imán se ocultaba, pero que pronto aparecería para hacer reinar el orden y la justicia sobre la tierra. Con todo, Abdallah en lo profundo de su pensamiento menospreciaba a esta secta, y su pretendida devoción a la familia de Alí no era más que un medio de realizar sus proyectos. Persa en el fondo de su corazón incluía a Alí, a sus descendientes y a los árabes en general en el mismo anatema. Conocía muy bien, y en esto no se equivocaba, que, si algún descendiente de Alí conseguía fundar un imperio en la Persia, como los Persas lo hubieran deseado, estos no habrían ganado nada en ello, y recomendaba a sus afiliados matar a todos los descendientes de Alí, que cayeran en sus manos. Así no era entre los Chiitas entre los que buscaba sus verdaderos mantenedores, sino entre los Guebres, los Maniqueos, los paganos de Harran y los partidarios de la filosofía griega; a estos solamente se les podía decir poco a poco la última palabra del misterio, revelándoles que los imanes, las religiones y la moral no eran más que una pura farsa. Los otros hombres, «los asnos,» como los llamaba Abdalá, no eran capaces de comprender semejantes doctrinas. Sin embargo, para llegar al objeto que se proponía, no desdeñaba en manera alguna su concurso, por el contrario, lo solicitaba, pero teniendo cuidado de no iniciar a las almas creyentes y tímidas sino en los primeros grados de su secta. Sus misioneros, a quienes había inculcado que su primer deber era disimular sus verdaderos sentimientos y acomodarse a las de ideas de aquellos a quienes se dirigían, se presentaban bajo mil formas diferentes, y hablaban, por decirlo así a cada uno en diversa lengua. Cautivaban a las masas ignorantes y groseras, por juegos de prestidigitación que hacían pasar por milagros, o por discursos enigmáticos, que excitaban su curiosidad. Con los devotos, se revestían con máscara de virtud y de devoción. Místicos con los místicos, les explicaba el sentido interno de las cosas exteriores, las alegorías y el sentido alegórico de las alegorías mismas. Explicando las calamidades de los tiempos y las vagas esperanzas de un porvenir mejor que todas las sectas alimentaban, prometían a los musulmanes la próxima venida del Mahdi, anunciado por Mahoma, a los Judíos la del Mesías, a los cristianos la del Paracleto. Ellos se dirigían hasta a los árabes ortodoxos o sunnitas, los más difíciles de conquistar, porque

su religión era la dominante, pero de los que tenían necesidad para ponerse al abrigo de las sospechas y de las persecuciones de la autoridad, y de cuyas riquezas deseaban servirse. Se halagaba primero el orgullo nacional del Árabe, diciéndole que todos los bienes de la tierra pertenecían a su nación, no habiendo nacido los Persas más que para la esclavitud, y se trataba de ganar su confianza, haciendo ostentación de un profundo menosprecio de las riquezas y de una gran piedad; luego, cuando ya la habían obtenido, se les domaba sobrecargándoles de oraciones hasta que llegaban a ser «perinde ac cadáver;» después de lo cual fácilmente los persuadían a que se debía sostener la secta con donativos pecuniarios, y dejarla en sus testamentos todo lo que poseían.

Así multitud de gentes de diversas creencias, trabajaban juntas en una obra cuyo fin solo era conocido de muy pocos. Esta obra avanzaba, pero con lentitud. Abdalá sabía que él no vería su perfección, pero recomendó continuarla a su hijo Ahmed, que le sucedió como gran maestre. Bajo este y sus sucesores la secta se propagó con rapidez y lo que sobre todo contribuyó a ello fue que a ella se unieron gran número de individuos de la otra rama de los Chiitas. Esta rama como hemos dicho reconocía por imanes a los descendientes de Muza, hijo segundo de Djafar el Verídico, pero cuando el duodécimo, Mohamed, hubo desaparecido, a la edad de doce años, en un subterráneo donde había entrado con su madre (879) y sus partidarios los Duodecimanos, como se les llamaba, dejaron de esperar su reaparición, fácilmente se afiliaron entre los Ismaelitas que tenían sobre ellos la ventaja de tener un jefe vivo, pronto a darse a conocer cuando las circunstancias lo permitieran.

En 884, un misionero ismaelita Ibn-Hauchab, que antes había sido Duodecimano comenzó a predicar públicamente en el Yemen. Hízose dueño de Zaná y envió misioneros a casi todas las provincias del imperio. Desde ellos fueron a «trabajar;» según la expresión de los Chiitas, el país de los ketamianos en la provincia actual de Constantina y cuando murieron, Ibn-Hauchab los reemplazó con uno de sus discípulos llamado Ibn-Abdalá.

Activo, atrevido, elocuente, lleno de sutileza y astucia, sabiéndose además acomodarse a la inteligencia limitada de los Berberiscos, era enteramente a propósito para la misión que iba a llenar, bien que todo lleve a creer que no conocía más que les grados inferiores de la secta, pues aún los misioneros ignoraban a veces su verdadero objeto. Se puso primero a enseñar a los niños de los ketamianos dedicándose a ganarse la confianza de sus huéspedes y cuando se creyó seguro de su obra tiró la máscara, se declaró Chiita y precursor de Mahdi, prometiendo a los ketamianos los bienes de este mundo y del otro, si querían tomar las armas por la santa causa. Seducidos por los discursos místicos del misionero y acaso más aun por el cebo del pillaje, los ketamianos se dejaron persuadir fácilmente, y como su tribu era entonces la más numerosa y prepotente y la que había sabido conservar mejor su antigua independencia y espíritu marcial, fueron rapidísimos sus triunfos. Después de quitarle todas las ciudades al último Príncipe de la dinastía de los Aglabitas que había reinado más de un siglo, le obligaron a huir de su residencia con tal precipitación, que no tuvo ni tiempo para llevarse a su querida. Entonces, Abdalá, colocó al Mahdi en el trono (909) Era el gran maestre de la secta Said, descendiente de Abdalá el oculista, pero que se daba por descendiente de Alí, y se hacía llamar Obaidallah. Hecho Califa el fundador de la dinastía de los Fatimitas, ocultó cuidadosamente sus verdaderas ideas. Acaso hubiera tenido más francos procederes si otro país, la Persia por

ejemplo, hubiera sido el teatro de su triunfo, pero como debía el trono a una horda semi bárbara que no entendía de especulaciones filosóficas, fuerza le fue no sólo de disimular, sino contener a los miembros más avanzados de la secta que comprometían el porvenir con arrojos intempestivos.

Por eso el verdadero carácter de esta secta, no se manifestó a la luz del día, hasta principio del siglo XI, en que el poder de los Fatimitas, estaba tan sólidamente establecido que no tenían ya nada que temer y que, gracias a sus numerosos ejércitos y a sus inmensas riquezas, podían dar al traste aun con sus pretendidos derechos de nacimiento.

El califa Moizz, preguntado por las pruebas de su parentesco con el yerno del profeta, respondió con arrogancia, sacando a medias la espada de la vaina: «Esta es mi genealogía.» Luego, derramando a manos llenas monedas de oro sobre los concurrentes, añadió: «Estas son mis pruebas.» Todos protestaron que esta demostración les parecía incontestable.

Al contrario, en su origen los Ismaelitas no se distinguieron de las otras sectas musulmanas más que por su intolerancia y su crueldad. Piadosos y sabios faquíes, fueron azotados, mutilados o crucificados, porque habían hablado con respeto de los tres primeros califas, olvidado una fórmula chiita, o pronunciado un fetva según el código de Malic. Se exigía del convertido una sumisión a toda prueba. Bajo pena de ser degollado como incrédulo, el marido debía sufrir que se deshonrara a su mujer en presencia suya, y después de esto estaba obligado a dejarse abofetear y escupir en la cara. Obaidallah, preciso es decirlo en su honor, trató muchas veces de reprimir la cólera brutal de sus soldados, pero rara vez lo conseguía. Sus sectarios, que no querían, según decían, un Dios invisible, lo deificaban de buen grado, conforme a las ideas de los persas, que enseñaban la encarnación de la divinidad en la persona del monarca; pero era a condición de que les permitiera hacer todo lo que se les antojara. Nada iguala a las crueldades que cometieron estos bárbaros en las ciudades conquistadas. En Barca, su general hizo partir a pedazos y asar a algunos de los habitantes de la ciudad, luego obligó a otros a comer de esta carne, y, por último, hizo echar a estos últimos en el fuego. Sumidos en un mudo estupor, y no creyendo en una providencia que ordenara los humanos destinos, los infelices africanos no ponían sus esperanzas sino más allá de la tumba.

«Pues que Dios tolera todo esto, dice un folicular de la época, es claro que a sus ojos este bajo mundo, es demasiado despreciable para que se digne ocuparse de él. ¡Pero llegará el último día y Dios juzgará!»

Por sus pretensiones a la monarquía universal, los Fatimitas eran peligrosos para todos los estados musulmanes, pero lo eran especialmente para España. Desde temprano habían echado el anzuelo a este rico y bello país. Posesionado apenas de los estados de los Aglabitas, Obaidalah había ya entablado una negociación con Ibn-Hafzun que le reconoció por soberano. Esta estrecha alianza no condujo a nada, pero los Fatimitas no se dejaron desanimar. Sus espías recorrían la península en todas direcciones, bajo pretexto de comerciar y puede formarse una idea de lo que contarían a sus amos leyendo lo que uno de ellos, Ibn-Haucal, escribía en la relación de sus viajes. Apenas comienza a hablar de España, se expresa de esta manera:

«Lo que más asombra a los extranjeros que llegan a la provincia es que pertenezca todavía al soberano que reina en ella, porque sus habitantes son gentes sin dignidad y sin talento; son cobardes, montan muy mal a caballo, e incapaces enteramente de defenderse contra buenos soldados, mientras que por otra parte nuestros señores, a quienes Dios bendiga, saben muy bien lo que vale este país, lo que produce de contribuciones, sus bellezas y sus delicias. Si los Fatimitas conseguían poner el pie en el territorio andaluz, seguros estaban de encontrar parciales. La idea de la próxima aparición del Mahdi, se había extendido por España como por todo el resto del mundo musulmán. Ya en 901, como más adelante referiremos, un príncipe de la casa de los Omeyas se había atribuido el papel del Mahdi esperado; y en un libro escrito veinte años antes de la fundación del califato Fatimita, se halla una predicción del célebre teólogo Abdelmelic ibn-Habid (853) según la cual un descendiente de Fatima había de venir a reinar en España, conquistaría Constantinopla, (ciudad que se consideraba aun como la metrópoli del cristianismo) mataría a todos los cristianos varones de Córdoba y de las provincias vecinas y vendería a sus mujeres y a sus hijos de manera que se podría comprar un muchacho por un látigo y una muchacha por una espuela. Como sucede de ordinario, era la gente de la clase baja quien más creía en esta clase de profecías; pero aun en las clases bien educadas y especialmente entre los librepensadores hubieran quizás encontrado adictos los Fatimitas. La filosofía había penetrado en España en el reinado de Mohamed, quinto Sultán omeya, más intolerantes, que en el Asia se miraban aquí con malos ojos a los filósofos y los teólogos andaluces que habían hecho el viaje de Oriente, no hablaban sino con santo horror de la tolerancia de los Abasidas y sobre todo de aquellas reuniones de sabios de todas religiones y de todas sectas, donde se disputaba sobre cuestiones metafísicas, echando de lado toda revelación y en donde los mismos musulmanes ponían a veces en ridículo al Corán. El pueblo detestaba a los filósofos, que trataba de impíos y los quemaba o los apedreaba de buena gana. Los librepensadores tenían, pues, que disimular sus ideas y naturalmente le pesaba esta sujeción. ¿No habían de estar dispuestos a apoyar una dinastía cuyos principios eran conformes a los suyos? Lícito es creerlo así y los Fatimitas, a lo que parece, no lo juzgaban de otro modo y hasta creemos que, trataron de fundar una logia en España, a cuyo fin se sirvieron del filósofo Ibn-Masarra.

Este Ibn-Masarra, era un panteísta de Córdoba que había estudiado principalmente las traducciones de ciertos libros griegos, que los árabes atribuían a Empédocles. Obligado a dejar su patria, porque se le había acusado de impiedad, se fue a recorrer el Oriente, donde se había familiarizado con las doctrinas de las diferentes sectas y donde parece haberse afiliado a la sociedad secreta de los Ismaelitas. Lo que nos inclina a suponerlo fue su manera de conducirse después de su vuelta a España, pues en lugar de exponer abiertamente sus opiniones, como lo había hecho en su juventud, las ocultaba y ostentaba una grande devoción y una austeridad extrema; habiéndole enseñado los jefes de a sociedad secreta, nosotros por lo menos así lo creemos, que era preciso atraer y seducir a las gentes con las exterioridades de la ortodoxia y de la piedad. Gracias a la máscara que había tomado y también a su arrebatadora elocuencia, supo engañar al vulgo y atraer a sus lecciones gran número de discípulos, que llevaba lentamente y paso a paso de la fe a la duda y de la duda a la incredulidad. Pero no consiguió engañar al clero que justamente alarmado hizo quemar, no al filósofo mismo, (Abderramán III, no lo hubiera permitido) sino sus libros.

Por lo demás, que Ibn-Masarra fuera o no emisario de los Ismaelitas (porque no existe testimonio positivo sobre este punto) no es menos cierto que los Fatimitas no descuidaban medio alguno para formarse un partido en España y que lo consiguieron hasta cierto punto. Su dominación hubiera sido sin duda, benéfica para los librepensadores, pero al mismo tiempo un terrible azote para las masas, y especialmente para los cristianos. Una frase, fríamente bárbara, del viajero Ibn-Hocal, muestra lo que estos últimos tenían que esperar de los fanáticos ketamianos. Después de haber notado que los cristianos, que halló establecidos a millares en gran número de lugares, habían causado muchas veces dificultades al gobierno con sus insurrecciones, Ibn-Hocal, propone un medio muy expeditivo, para evitarlos en adelante, exterminarlos hasta el último hombre. Semejante medida era a los ojos excelente, y la única objeción que se le ocurre es que se necesitaría mucho tiempo para ejecutarla. ¡No era después de todo más que una cuestión de tiempo! Como se ve, los ketamianos hubieran realizado al pie de la letra, la predicción de Abdelmelic ibn-Habib.

He aquí el peligro que amenazaba a España por parte del Sur, al que se hallaba expuesta por parte del Norte, en donde el reino de León crecía de día en día, era más grave aún.

Nada más humilde que el origen de este reino. En el siglo VIII, cuando la provincia que habitaban se había sometido ya a los musulmanes, trescientos hombres mandados por el bravo Pelayo, habían encontrado un refugio en las altas montañas del Este de Asturias. Una gran caverna (la de Covadonga) les servía de morada. Muy elevada sobre el suelo (se sube hoy todavía a ella por medio de una especie de escalera de noventa gradas;) está en una enorme roca en el fondo de un valle tortuoso, profundamente surcado por un torrente, y tan estrechamente encerrada entre dos cadenas de rocas escarpadísimas, que apenas un hombre a caballo puede penetrar. Un puñado de bravos podían defenderse fácilmente allí aun contra fuerzas muy superiores, y esto fue lo que hicieron los Asturianos. Pero su existencia era muy miserable, y habiéndose rendido algunos de sus compañeros y muerto otros por falta de víveres, hubo un momento en que Pelayo no tuvo consigo más que cuarenta personas, entre las que se contaban diez mujeres que no tenían por alimento más que la miel que las abejas depositaban en las hendiduras de la roca. Entonces los musulmanes lo dejaron en paz, diciéndose, que después de todo, una treintena de hombres no era de temer, y que sería trabajo perdido aventurarse por eso en aquel peligroso valle, en que tantos bravos habían encontrado ya una muerte sin gloria. Gracias a este respiro pudo Pelayo reforzar su banda, y habiéndosele unido muchos fugitivos volvió a tomar la ofensiva, haciendo incursiones en las tierras de los musulmanes. Para poner término a estas depredaciones el berberisco Munuza, gobernador entonces de Asturias, envió contra él uno de sus tenientes llamado Alcama. Pero la expedición de Alcama fue desgraciadísima; sus soldados experimentaron una terrible derrota, y él mismo cayó muerto. El triunfo obtenido por la banda de Pelayo enardeció a los demás Asturianos, que se insurreccionaron, y Munuza, que no tenía tropas suficientes para reprimir esta rebelión, y que temía que le cortaran la retirada, abandonó Gijon, su residencia, tomando el camino de León, pero apenas había andado siete leguas, fue atacado de improviso, y cuando llegó a León, después de haber sufrido una pérdida muy considerable, enteramente desanimados sus soldados, rehusaron volver a las ásperas montañas que habían sido testigos de sus infortunios.

Habiendo sacudido así el yugo de la dominación extranjera, los asturianos vieron poco después acrecentarse su poder. Hacia el Este confinaba su provincia con el Ducado de Cantabria, que no había sido sometido por los musulmanes, y cuando Alfonso, que reinaba allí, y que se había casado con la hija de Pelayo, ascendió al trono de Asturias, las fuerzas cristianas se hallaron casi duplicadas. Entonces pensaron naturalmente en rechazar a los conquistadores más al Mediodía. Las circunstancias vinieron en su ayuda. Los Berberiscos, que constituían la mayor parte de la población musulmana en casi todo el Norte, abrazaron las doctrinas no-conformistas; se insurreccionaron contra los árabes y los echaron; pero habiendo ido al sur, fueron batidos a su vez y ojeados como fieras. Diezmados ya por la espada, lo fueron mucho más por la terrible hambre, que a partir del 750 asoló España durante cinco años consecutivos. La mayor parte resolvió entonces abandonar España para ir a juntarse con sus compatriotas que moraban en la costa de África. Aprovechando esta emigración los Gallegos se insurreccionaron en masa contra sus opresores, desde el año 751 reconocieron por rey a Alfonso. Secundados por él, mataron gran número de enemigos, y obligaron a los demás á retirarse a Astorga. El año 753 los Berberiscos tuvieron que retirarse todavía más al Mediodía. Evacuaron Braga, Porto y Viseo, de modo que toda la costa hasta más allá de la embocadura del Duero, se encontró libre del yugo. Retrocediendo siempre y no pudiendo mantenerse ni en Astorga, ni en León, ni en Zamora, ni en Salamanca, se replegaron a Coria o quizás a Mérida. Más al Este abandonaron Saldada, Simancas, Segovia, Avila, Oca, Miranda del Ebro, Cenicero y Alesanco (ambas en la Rioja). Las principales ciudades fronterizas de los musulmanes, fueron desde entonces de Oeste a Este, Coimbra, sobre el Mondejo, Coria, Talavera y Toledo sobre el Tajo; Guadalajara, Tudela y Pamplona.

Así la guerra civil y la terrible hambre de 750, libertaron gran parte de España del dominio musulmán, que no duró allí más que unos cuarenta años. Pero Alfonso se aprovechó poco de las ventajas que había obtenido. Recorrió el país abandonado y pasó a cuchillo a los musulmanes, poco numerosos sin duda, que encontró allí; pero no teniendo ni bastantes siervos para cultivar un país tan extenso, ni bastante dinero para reedificar las fortalezas que los musulmanes habían desmantelado o destruido antes de su partida, no pudo pensar en apoderarse de ellas, y se llevó consigo a los indígenas cuando volvió a sus Estados, no ocupando más que los distritos más cercanos a sus antiguos dominios. Eran estos la Liébana (es decir, el S. O. de la provincia de Santander), Castilla la Vieja, (llamada entonces Bardulia), la costa de Galicia, y acaso la ciudad de León. Todo lo demás, no fue durante mucho tiempo más que un desierto que formaba una barrera natural entre los cristianos del Norte y los musulmanes del Mediodía.

Pero lo que Alfonso I no había podido hacer lo hicieron sus sucesores. Casi siempre en guerra con los Moros pusieron su capital en León y reedificaron poco a poco las ciudades y fortalezas más importantes. En la segunda mitad del siglo IX, cuando casi todo el Mediodía se había levantado contra el Sultán, adelantaron los límites de su nación hasta el Duero, donde edificaron cuatro plazas fuertes, Zamora, Simancas, San Esteban de Gormaz y Osma, que formaban una barrera casi infranqueable a los musulmanes, mientras que el vasto pero triste y estéril país que se extiende entre el Duero y Guadiana no pertenecía ni a los Leoneses ni a los Moros, se lo disputaban aun. Por el lado de Poniente, los Leoneses estaban más próximos a sus enemigos naturales, porque sus fronteras se extendían más allá del Mondego. Pero

pasaban algunas veces estas fronteras. Aprovechando la debilidad del Sultán, hacían atrevidas expediciones hasta más allá del Tajo y del Guadiana, y las tribus, en su mayor parte berberiscas, que moraban entre estos dos ríos, podían oponerles tanta menos resistencia cuanto que las más veces se hallaban en guerra entre si. Entonces, era fuerza humillarse ante los cristianes y rescatarse del saqueo.

Pero la hora de la venganza parecía, en fin, haber sonado para ellos. El año 901 un príncipe de la casa Omeya, Ahmed-ibn-Muawiya, que se entregaba al estudio de las ciencias ocultas, y aspiraba al trono se presentó a los bereberes con el Mahdi, los incitó a alistarse bajo sus banderas para marchar contra Zamora, ciudad que Alfonso III había hecho reedificar en 893 por los cristianos de Toledo, sus aliados, y que desde entonces era el terror de los Moros, pues desde allí venían los Cristianos a saquearlos, y allí era también donde ponían en salvo su botín, tras siete fosos y siete murallas. El llamamiento de Ahmed tuvo un inmenso éxito. Ignorantes y crédulos y ardiendo además en deseos de tomar la revancha, los Bereberes se alistaron en masa con un príncipe que hacía milagros, por lo demás, poco complicados, y que les decía que los muros de todas las ciudades caerían a su vista. En pocos meses reunió el impostor un ejército de sesenta mil hombres. Condújolos al Duero, y habiendo llegado cerca de Zamora, envió al rey Alfonso III, que se hallaba en esta ciudad, una carta fulminante en que le amenazaba con su cólera, si él y sus súbditos no abrazaban inmediatamente el islamismo. Habiendo escuchado la lectura de esta carta, trémulos de indignación y de ira Alfonso y sus grandes, y queriendo castigar al punto al que la había escrito, montaron a caballo y fueron a atacarlo. La caballería berberisca salió a su encuentro, y como había poca agua en el Duero (era verano, mes de junio) el combate tuvo lugar en el lecho del río. La suerte de las armas no favoreció a los Leoneses. Los Bereberes los derrotaron, y cortándoles la entrada de la ciudad, los empujaron al interior del país.

Sin embargo, el término de la expedición fue muy diverso del que podía presagiarse por este primer combate. El pretendido Mahdi había adquirido un inmenso dominio sobre sus soldados; creyendo indigno de él dar órdenes de viva voz, las daban por signos y obedecían a sus menores gestos con la mayor docilidad; pero cuanto más respeto imponía a los simples soldados, más excitaba contra él la envidia de los jefes, que presentían que si se lograba la expedición serían suplantados por el supuesto profeta, en cuya misión no creían mucho. Así que ya habían buscado una ocasión para asesinarlo, y no la habían encontrado; pero mientras que perseguían al enemigo, el más poderoso de ellos, Zalal-ibn-Yaich, jeque de la tribu de Nefza, declaró a sus amigos que habían cometido un gran yerro, batiendo a los Leoneses, y que era preciso enmendarlo antes que fuera demasiado tarde. No le costó trabajo hacerlos de su opinión, y todos resolvieron embrollar los asuntos del Mahdi. Mandaron, pues, tocar retirada y cuando llegaron a la avanzada, en la ribera derecha del Duero, tomaron los objetos que les pertenecían, diciendo que habían sido batidos, y que el enemigo venía a sus alcances. Hallaron fe sus palabras, tanto más cuanto que no traían consigo más que una parte de sus tropas, no habiendo obedecido las demás sus órdenes o no habiéndolas entendido. El terror y el pánico se apoderó de los ánimos. Buscando su salvación en una pronta fuga, gran número de soldados corrieron hacia el Duero, y viendo esto, la guarnición de Zamora, hizo una salida y acuchilló muchos de ellos, cuando trataban de pasar el rio. Sin embargo, los Leoneses detenidos por el grueso del ejército enemigo, que se hallaba aun en la orilla izquierda, no se hallaron este día

ni el siguiente, en estado de hacer decisiva la ventaja, que acababan de obtener. Pero la deserción que se hacía cada vez más general en las tropas del Mahdi, vino en su ayuda. En vano el Mahdi decía, que Dios le había prometido la victoria, no lo creían, y al tercer día, cuando se vio abandonado de casi todos sus soldados, él mismo perdió toda esperanza, y no queriendo sobrevivir a su deshonra, metió espuelas al caballo, se lanzó en medio de los enemigos, y encontró la muerte que buscaba. Su cabeza fue clavada en una puerta de Zamora.

El éxito de esta campaña aumentó naturalmente la audacia de los Leoneses. Contando con el apoyo de Toledo, y sobre todo con la cooperación del rey de Navarra, Sancho el Grande, que acababa de dar a su país una importancia que no había tenido hasta entonces, miraban, cada vez más la España musulmana como una presa que no se les podía escapar. Todos los impulsaba al Sur. Pobres, hasta el extremo de que faltos de numerario, permutaban las cosas unas por otras, y enseñados por sus sacerdotes, a los que eran ciegamente adictos, y a quienes colmaban de regalos, a mirar la guerra contra los infieles como el medio más seguro de conquistar el cielo, buscaban en la opulenta Andalucía los bienes de este mundo, y los del otro. ¿Escaparía Andalucía a su dominio? Si sucumbía, la suerte de los musulmanes iba a ser terrible. Fanáticos y crueles, los Leoneses rara vez daban cuartel; por lo común cuando tomaban una ciudad pasaban a cuchillo a todos sus habitantes. En cuanto a una tolerancia semejante a la que los musulmanes concedían a los Cristianos, no había que esperarla de ellos. ¿Qué sería además de la brillante civilización arábiga que se desarrollaba cada vez más bajo el dominio de aquellos bárbaros, que no sabían leer, que cuando querían medir sus tierras tenían que servirse de sarracenos, y que cuando hablaban de una «biblioteca,» entendían por esto la Sagrada Escritura?

Como se ve, la tarea que esperaba a Abderramán III, al principio de su reinado, era hermosa y grande, pues consistía en salvar su patria y la civilización misma; pero era también extremadamente difícil. El Príncipe tenía que conquistar sus propios súbditos y rechazar por una parte a los bárbaros del Norte, cuya insolencia había crecido al paso que se debilitaba el imperio musulmán, y por otra, a los bárbaros del Sue, que en un cerrar de ojos se habían apoderado de un vasto Estado, y que querían hacerse de los Andaluces a poca costa. Abderramán comprendió su misión. Ya hemos visto de qué manera conquistó y pacificó su propio reino; ahora vamos á ver cómo hizo frente a los enemigos exteriores.

II.

Aunque Abderramán III no hubiera tenido intención de volver sus armas contra los Leoneses, estos le hubieran obligado a ello, porque en el año 914, su rey, el intrépido Ordoño II, comenzó las hostilidades llevando a sangre y fuego el territorio de Mérida. Habiéndose apoderado de la fortaleza de Alanje, pasó a cuchillo a todos los defensores de la plaza, y redujo a esclavitud a sus mujeres y a sus hijos. Entonces, espantados los habitantes de Badajoz, y temerosos de compartir la suerte de sus vecinos, reunieron multitud de objetos preciosos, y con el Príncipe a su cabeza fueron a suplicarle al rey cristiano que se dignara aceptarlos. Ordoño aceptó, y triunfante y harto de botín, repasó el Tajo y el Duero, y cuando estuvo en León de vuelta, dio a la Virgen una prueba de su gratitud, edificándole una iglesia.

Como los habitantes de los territorios que Ordoño había saqueado, no se le habían sometido aun, Abderramán si hubiera querido hubiera podido cerrar los ojos sobre lo que había pasado. Pero no era esta su manera de pensar. Comprendiendo perfectamente que era preciso ganarse los corazones de sus súbditos rebeldes, mostrando que se hallaban en estado de defenderlos, decidió castigar al rey de León. A este fin, envió contra él en Julio de 916 un ejército considerable, mandado por ibn-abi-Abda, el antiguo general de su abuelo. La expedición de ibn-abi-Abda, la primera después de la que el pretendido Mahdi había emprendido quince años antes no fue, a decir verdad, más que una razzia, pero razzia en que los musulmanes cogieron gran botín.

El año siguiente, Abderramán, instado vivamente por los habitantes de las fronteras, que se quejaban de que los leoneses habían quemado todos los arrabales de Talavera (sobre el Tajo) dio orden a ibn-Abí-Abda, de salir otra vez a campaña, y sitiar la importante fortaleza de S. Esteban (de Gormaz) que se llamaba también Castro-Moro. El ejército era numeroso, y se componía en parte de mercenarios africanos, que Abderramán había hecho venir de Tánger. Así que la expedición prometía ser feliz. Estrechamente bloqueada, la guarnición de S. Esteban se vio bien pronto reducida a la última extremidad, y estaba ya a punto de rendirse, cuando Ordoño acudió en su ayuda. Atacó a Ibn-Abdí-Abda. Desgraciadamente para este, su ejército se componía no solo de soldados de Tánger, sino también de gran número de habitantes de las fronteras, y no se podía contar ni con la fidelidad ni con la bravura de estos hombres, medio berberiscos, medio españoles, que gritaban mucho cuando los leoneses iban a saquearlos, pretendiendo entonces que el Sultán debía protegerlos, pero que no querían ni defenderse por sí, ni obedecer al monarca. Esta vez todavía se dejaron batir, y su precipitada retirada produjo un espantoso desorden en todas las filas del ejército. Viendo la batalla perdida, el bravo Ibn-Abí-Abda prefirió morir en su puesto a buscar la salvación en la fuga; muchos de sus soldados que pensaban como él se pusieron a su lado, y todos sucumbieron sin retroceder a los golpes de los cristianos.

Al decir de los historiadores árabes, el resto del ejército logró rehacerse y llegó en bastante buen orden a territorio musulmán; pero los cronistas cristianos cuentan, por el contrario, que fue tan completa la derrota de los Moros, que, desde el Duero hasta Atienza, las colinas, los bosques y los campos estaban cubiertos de cadáveres.

Sin dejarse desanimar, tomó enseguida Abderramán sus medidas para reparar este desastre; pero mientras que hacía preparativos para la nueva campaña, que debía ser al año siguiente, llamaron su atención los asuntos de África.

Aunque no estuviera aun en guerra contra los Fatimitas, y aunque estos ocupados en la conquista de la Mauritania no le hubieran dado motivo de queja, preveía sin embargo que una vez terminada esta guerra volverían en seguida sus armas contra España. Miraba, pues, como un deber, socorrer a la Mauritania cuanto le fuera posible, y hacer de modo que este país quedara por decirlo así, como el baluarte de España contra los Fatimitas. Por otra parte, tenía que evitar ponerse en guerra abierta contra esta dinastía antes de tiempo, porque mientras no hubiese domado la insurrección en su propio reino, y obligado a los Cristianos del Norte a pedir la paz, arriesgaba mucho si se exponía a un desembarco de Fatimitas en las costas

andaluzas. Todo lo que podía hacer en aquellas circunstancias era animar y ayudar bajo cuerda a los príncipes que quisieran defenderse contra los invasores de su país.

Ya tuvo ocasión de hacerlo en el año 917, cuando los Fatimitas atacaron al Príncipe de Necur (ciudad del Rif marroquí, a cinco leguas del mar). La familia de origen árabe, había reinado sobre Necur y su territorio desde la conquista, se había distinguido siempre por su piedad, y desde que dos de sus princesas, hechas prisioneras por los piratas normandos, fueron rescatadas por el Sultán Mohamed, no había dejado nunca de mantener las relaciones más amistosas con España. Hasta un segundón de esta familia, que como piadoso faquí que era, había hecho cuatro veces la peregrinación a la Meca, vino a España en el reinado de Abdallah para tomar parte en la guerra santa. Atacado por Ibn-Hafzun después de su desembarco, llegó solo al campo del Sultán, habiendo caídos muertos todos los de su escolta, y él lo fue a su vez, combatiendo contra Daizan, el jeque de la provincia de Todmir (Murcia).

El Príncipe que reinaba sobre Necur, cuando los Fatimitas llevaron sus armas a la Mauritania, se llamaba Said II. Intimado para que se sometiera, rehusó hacerlo; pero él, o más bien, un español que era su poeta laureado, tuvo la imprudencia de juntar el ultraje a la negativa. Conviene saber que, al pie de su intimación, el Califa había hecho escribir algunos versos, cuyo sentido era, que si los habitantes de Necur no querían someterse los exterminaría, pero que si obedecían haría reinar la justicia en su país. El poeta laureado, Ahmas de Toledo, respondió aquellos versos por estos otros:

"¡Tú has mentido, te lo juro por el templo de la Meca! No, tú no sabes practicar la justicia, y jamás el Eterno ha oído de tus labios palabra sincera ni piadosa. Tú no eres más que un hipócrita, un incrédulo, predicando a rústicos la Sunna, que debe ser la regla de todas nuestras acciones. Nosotros ponemos nuestra ambición en las cosas grandes y nobles, entre las que la religión de Mahoma ocupa el primer lugar, tú, por el contrario, pones la tuya en las cosas viles y bajas."

Herido en lo vivo, el Califa Obaidallah, envió al punto a Mezzala, gobernador de Tahort, la orden de atacar Necur. No teniendo ciudadela donde refugiarse, el viejo Said II salió al encuentro del enemigo y lo detuvo tres días, pero vendido por uno de sus capitanes murió al fin con casi todos los suyos en el campo de batalla (917.) Entonces Mezzala se apoderó de Necur, donde pasó los hombres a cuchillo, reduciendo a servidumbre las mujeres y los niños.

Avisados por su padre, tres hijos de Said habían tenido tiempo de embarcarse haciendo vela hacia Málaga. En cuanto llegaron a este puerto Abderramán dio las órdenes necesarias para que se les hiciera la más honrosa acogida y al mismo tiempo les mandó a decir que si querían ir a Córdoba tendría mucho gusto en ello, pero que no quería contrariarlos en nada y por consiguiente, que podían permanecer en Málaga, si tal era su voluntad. Los príncipes le respondieron que preferían permanecer lo más cerca posible del teatro de los acontecimientos, porque esperaban volver muy pronto a su patria. Esta esperanza no era engañosa. Habiendo vuelto a tomar el camino de Tahort, después de pasar seis meses en Necur, Mezzala, confió el gobierno de esta ciudad, a un oficial ketamiano, llamado Dhalul. Este fue abandonado por la mayor parte de sus soldados y entonces los príncipes, a quienes sus partidarios tenían al corriente de todo lo que pasaba, equiparon barcos y partieron para Necur, después de haber

convenido entre sí que pertenecería la corona al primero que llegara. Zalih, el más joven de los tres, se adelantó a sus hermanos. Los Bereberes de la costa lo recibieron con entusiasmo, y habiéndole proclamado emir, marcharon contra Necur, donde mataron a Dhalul y a sus soldados. Dueños del país, el príncipe Zalih III, se apresuró a escribir a Abderramán, para darle gracias por su acogida y anunciarle su victoria. Al propio tiempo, hizo proclamar la soberanía de este monarca en toda la extensión de sus dominios y por su parte Abderramán le envió tiendas, banderas y armas.

Si los negocios de Necur hubieran podido hacer olvidar a Abderramán que tenía que vengar la derrota de su ejército y la muerte del intrépido Ibn-abi-Abda, cuya cabeza había hecho clavar Ordoño en la muralla de S. Esteban al lado de una cabeza de jabalí, los cristianos se tomaron el trabajo de recordarle su deber, porque en la Primavera del 918, Ordoño y su aliado Sancho de Navarra, asolaron las cercanías de Nájera y Tudela, después de lo cual, Sancho, tomó el arrabal de Valtierra y quemó la mezquita mayor de esta fortaleza. Abderramán confió ahora el mando de su ejército al hadjib Badr y envió a los habitantes de las fronteras orden de reunirse a sus banderas, excitándolos a aprovechar esta ocasión de lavar la deshonra de que se habían cubierto el año precedente. Salieron de Córdoba el 7 de Julio, y cuando llegaron al territorio leonés, atacaron audazmente al ejército enemigo que se había atrincherado en las montañas. Por dos veces, el 13 y el 15 de Agosto, se batalló cerca de un lugar que se llamaba Mutonia, y por dos veces obtuvieron los Moros una brillante victoria. Los leoneses, como lo atestiguan sus propios cronistas, hubieron de consolarse diciendo con David, que es varia la suerte de las armas.

Habiendo reparado así Abderramán, el deshonor de su derrota, pero no creyendo suficientemente aún humillados a los leoneses y ardiendo además en deseos de obtener una parte de los laureles, que en la guerra contra los infieles sus generales recogían, tomó el mando de su ejército a principios de junio del 920. Una astucia le hizo dueño de Osma. El señor que mandaba en esta plaza le había hecho las mayores promesas si quería dejarlo en paz y llevar sus armas a otra parte. Abderramán se aprovechó de la cobardía de este hombre. Fingiendo dar oídos a sus proposiciones, se dirigió hacia el Ebro por el camino de Medinaceli; paro girando de pronto a la izquierda y encaminándose hacia el Duero envió delante un cuerpo de caballería con orden de saquear y asolar los alrededores de Osma. Sorprendida con la súbita aparición del enemigo la guarnición de esta ciudad se apresuró a refugiarse en los bosques y en las sierras, de modo que los Moros entraron en la fortaleza sin combate. Habiéndola quemado, fueron a atacar San Esteban de Gormaz. Allí tampoco encontraron resistencia, habiendo huido la guarnición en cuanto se acercaron. La fortaleza fue destruida, como también el castillo de Alcubilla que se hallaba en sus cercanías. Hecho esto, marcharon los Moros contra Clunia, ciudad muy antigua y de que no quedan más que ruinas, pero que era importante entonces. Parecía que los leoneses habían corrido la voz para no resistir en ninguna parte, porque los musulmanes hallaron Clunia abandonada y destruyeron allí gran parte de las casas y de las iglesias.

Cediendo a las peticiones de los musulmanes de Tudela, resolvió entonces Abderramán volver sus armas contra Sancho de Navarra. Caminando despacio, a fin de no fatigar mucho a sus tropas, empleó cinco días en ir de Clunia a Tudela, y habiendo puesto luego un cuerpo de

caballería a las órdenes del Gobernador de Tudela Mohamed-ibn-Lope, le ordenó que fuera a atacar la fortaleza de Carear, que Sancho había levantado para contener y vejar a los habitantes de Tudela. Los musulmanes la encontraron abandonada, lo mismo que Calahorra, de donde el mismo Sancho huyó precipitadamente para meterse en Arnedo; pero cuando pasaron el Ebro, Sancho vino a atacar su vanguardia. Empeñado el combate, mostraron los musulmanes que servían para algo más que para tomar, saquear y quemar fortalezas indefensas, pues pusieron al enemigo en plena derrota, y lo obligaron a refugiarse en la montaña.

La vanguardia bastó para obtener este feliz resultado. Abderramán que se hallaba en el centro de sus ejércitos ignoraba que la vanguardia estaba a palos con el enemigo; las cabezas cortadas de los Cristianos que le presentaron le dieron la noticia. Batido, y no hallándose en estado de resistir a sus enemigos por sí solo, Sancho pidió y obtuvo la cooperación de Ordoño. Ambos reyes resolvieron entonces atacar ya la vanguardia, ya la retaguardia del enemigo, según las circunstancias lo permitieran. Entretanto los Cristianos, que no abandonaban la montaña, se mantenían a los flancos de las columnas musulmanas que atravesaban los desfiladeros y los valles. Queriendo aterrar a sus adversarios, daban de vez en cuando grandes alaridos, y aprovechando la ventaja del terreno, mataban a veces algunos. El ejército musulmán se encontraba evidentemente en una situación peligrosa; tenía que habérselas con montañeses ágiles e intrépidos que se acordaban muy bien del desastre que sus antepasados habían causado al gran ejército de Carlo- Magno, en el valle de Roncesvalles, y que asechaban la ocasión de tratar a Abderramán de la misma manera. El Sultán no se hace ilusiones sobre el peligro que corría, y cuando hubo llegado al valle, que a causa de sus juncos se llamaba la Junquera, dio orden de hacer alto, y desplegar las tiendas. Entonces los Cristianos cometieron una inmensa falta; en lugar de permanecer en las sierras, bajaron al llano y aceptaron audazmente el combate que los musulmanes les ofrecían. Pagaron su temeridad con una terrible derrota. Los musulmanes los persiguieron hasta que las sombras de la noche los ocultaron a su vista e hicieron prisioneros muchos de sus jefes, entre los que se contaban dos obispos, Hermogio de Tuy, y Dulcidio de Salamanca, que según la costumbre de la época se habían ceñido los arneses de la guerra.

Más de mil cristianos hallaron asilo en la fortaleza de Muez; Abderramán la cercó, la tomó e hizo cortar la cabeza a todos sus defensores. Destruyendo fortalezas, y no hallando resistencia en ninguna parte recorrieron los musulmanes triunfantes la Navarra, y podían vanagloriarse de haberlo quemado todo en el espacio de diez millas cuadradas. El botín que recogieron, sobre todo de víveres, era prodigioso; el trigo se vendía en su campo casi por nada, y no pudiendo llevarse todas las provisiones, se vieron obligados a quemar gran parte. Triunfante y cubierto de gloria, Abderramán emprendió su retirada el 8 de setiembre. Llegados a Atienza, licenció a los soldados de la frontera que se habían portado muy bien en la batalla de Val de la Junquera, a los que hizo donativos, y se encamino a Córdoba, a donde llegó el 24 de Setiembre, después de una ausencia de tres meses.

Abderramán podía lisonjearse con la esperanza de que esta gloriosa campaña quitaría, por mucho tiempo a los cristianos la gana de hacer excursiones a territorio musulmán, pero tenía que habérselas con enemigos que no se desanimaban fácilmente. Desde el año 921 Ordoño hizo una nueva razzia, y si hemos de creer a los cronistas cristianos, que acaso

exageran los triunfos obtenidos por sus compatriotas, el rey de León llegó hasta una jornada de Córdoba.

Dos años después, Ordoño reconquistó Nájera, mientras que su aliado se hacía dueño de Viguera, de lo que estaba tan orgulloso, que exclamó con el Profeta: «Los he dispersado y los he obligado a refugiarse en reinos lejanos y desconocidos.» La toma de Viguera causó gran consternación en la España musulmana, pues se refería que todos los defensores de la plaza, entre los que había muchos que pertenecían a las principales familias, habían muerto; de modo, que aunque Abderramán no hubiera querido, la opinión pública le hubiera obligado a temar venganza de este desastre. Pero no tenía necesidad de tales excitaciones. Exasperado y furioso no quiso ni esperar el tiempo en que comenzaban de ordinario las operaciones y el mes de Abril de 924, salió de Córdoba a la cabeza de su ejército, «para ir a vengar a Dios y a la religión, de la raza impura de los infieles,» como se expresa un cronista árabe.

El diez de Julio llegó a territorio navarro, pero era tan grande el terror que inspiraba su nombre que a su aproximación los enemigos abandonaban sus fortalezas en todas partes. Pasó por Carear, Peralta, Falces y Carcastillo, saqueando y quemando todo lo que hallaba a su paso y se internó en el país, dirigiéndose hacia la capital. Sancho intentó detenerlo en los desfiladeros, pero fue rechazado cada vez que lo intentó y Abderramán llegó sin obstáculo a Pamplona, donde los habitantes no se atrevieron a esperarlo. Hizo destruir muchas casas de la ciudad, como también la catedral, que atraía todos los años gran número de peregrinos. Luego ordenó demoler otra iglesia que Sancho había hecho edificar, con grandes dispendios, en una montaña cercana y por la que tenía gran veneración, así que hizo esfuerzos inauditos pero inútiles para salvarla. Ni fue más feliz en adelante. Habiendo recibido refuerzos de Castilla, atacó dos veces al ejército musulmán que había vuelto a ponerse en marcha, y por dos veces fue rechazado con pérdidas. Los Moros, por el contrario, perdieron muy pocos soldados en esta gloriosa campaña, que ellos llamaron la de Pamplona.

El rey de Navarra, antes tan orgulloso, estaba ahora humillado y reducido por mucho tiempo a la impotencia. Del lado de León, Abderramán no tenía tampoco, por el pronto, nada que temer. El bravo Ordoño II, había muerto antes de que principiase la campaña de Pamplona. Su hermano Fruela II, que le sucedió, no reinó más que un año, en el cual nada hizo contra los musulmanes, si no es que suministró algunos refuerzos a Sancho de Navarra. A su muerte, (925) Sancho y Alfonso, hijos de Ordoño II, se disputaron la corona. Sostenido por Sancho de Navarra, con cuya hija se había casado, Alfonso cuarto de este nombre, lo consiguió. Pero Sancho, sin desanimarse, reunió un nuevo ejército, y habiéndose hecho coronar en Santiago de Compostela, sitió León, la tomó y quitó el trono a su hermano (926.) Mas adelante, en 928, Alfonso reconquistó la capital con ayuda de los navarros, pero Sancho supo mantenerse en Galicia.

Abderramán no se mezcló en esta larga guerra civil, dejando destruirse a los cristianos entre sí, pues que tal era su voluntad, se aprovechó del respiro que le daban para aniquilar casi en todas partes la insurrección de sus propios Estados, y ahora que ya había alcanzado el objeto de sus deseos creyó le convenía tomar otro título. Los Omeyas de España se habían contentado hasta aquí con los del Sultán, emir o hijo de los Califas. Creyendo que este nombre de Califa no pertenecía más que al monarca que tuviera en su poder las dos ciudades santas de

la Meca y de Medina, se lo habían dejado a los Abasidas, aunque los consideraran siempre como enemigos. Pero ahora que los Abasidas estaban bajo la tutela de sus mayordomos de palacio, los emires al-omera, y que su autoridad no se extendía más que sobre Bagdad y su territorio, habiéndose hecho independientes los gobernadores de las provincias, no había razón para que los Omeyas no tomaran un calificativo, que necesitaban para imponer respeto a sus súbditos, y sobre todo a las colonias africanas. Abderramán ordenó en el año 929 que desde el viernes 16 de enero se le dieran en las oraciones y actos públicos, los títulos de Califa, de Príncipe de los Creyentes, y defensor de la fe,

Al mismo tiempo fijó toda su atención en África. Entabló una negociación con Mohamed ibn-Khazar, jeque de la tribu berebere de Maghalawa, que ya había puesto en fuga a las tropas de los Fatimitas, y matado a su general Mezzala con su propia mano. Hecha la alianza, Mohamed ibn-Khazer, expulsó a los Fatimitas del Magreb central (las actuales provincias de Argel y de Orán) e hizo reconocer en este país la soberanía del monarca español. Este consiguió separar también del partido de los Fatimitas al valiente jefe de los Micnesa Ibn-abí-'l-Afia, que había sido su más sólido apoyo hasta entonces, y conociendo le era necesaria tener una fortaleza en la costa africana, se hizo ceder Ceuta. (931.)

Los cristianos del Norte parecían haberse propuesto dejar al Califa el tiempo necesario para que pudiera consagrarse por entero a los negocios de África. Habiendo concluido la primera guerra civil, con la muerte de Sancho en 929, comenzaron otra en 931. En este año, Alfonso IV, afligido por la muerte de su esposa, abdicó la corona en su hermano Ramiro II, y tomó el hábito en el monasterio de Sahagún, pero poco después, conociendo que no había sido hecho para la monotonía de la vida monástica, abandonó el claustro y se hizo proclamar rey en Simancas. Esto era a los ojos de los sacerdotes un escándalo inaudito; así que le amenazaron con los tormentos del infierno si no volvía a tomar el hábito monástico. Hízolo al fin, pero de carácter débil y tornadizo, se arrepintió de nuevo y ahorcó los hábitos por segunda vez. Aprovechándose de la ausencia de Ramiro II, que había ido a socorrer a Toledo, embestida entonces por las tropas del Califa, se presentó frente a León y se apoderó de la ciudad. Vuelve Ramiro a toda prisa, asalta León a su vez y se apodera de ella; y queriendo poner a su hermano en estado de que en adelante no pudiera disputarle la corona, le hizo sacar los ojos, así como a sus tres primos hermanos, los hijos de Fruela II, que habían tomado parte en esta rebelión (932.)

Todo cambió de aspecto para Abderramán. Ya había pasado el tiempo en que no tenía que preocuparse del reino de León. Tan belicoso como valiente, Ramiro profesaba a los musulmanes un odio feroz e implacable. Su primer cuidado fue socorrer a Toledo, altiva república, única en la España musulmana que desafiaba aun las armas del Califa y que había sido hasta entonces fiel aliada y escudo del reino de León. Salió pues, a campaña y como Madrid se hallaba de camino, atacó a esta ciudad y la tomó. Sin embargo, no consiguió salvar a Toledo. Habiendo salido a su encuentro una parte del ejército que sitiaba esta ciudad, se vio obligado a volver pies atrás, y abandonar Toledo a su suerte. Perdida así su última esperanza, la ciudad, como ya hemos visto, en el libro precedente, no tardó en rendirse. Más feliz fue Ramiro en el siguiente año (933.) Informado por el conde de Castilla, Fernán González de que el ejército musulmán amenazaba a Osma, salió al encuentro del enemigo y lo derrotó.

Abderramán tomó la revancha en 934. Hubiera querido que los llanos de Osma, que antes fueron testigos de su derrota, lo fueran ahora de su victoria, pero en vano trató de hacer salir a Ramiro de la fortaleza; el rey de León no juzgó prudente aceptar la batalla que los musulmanes le ofrecían. Habiendo dejado entonces, un cuerpo delante de Osma, continuó Abderramán su marcha hacia el Norte. Por el camino cometieron algunas crueldades, sobre todo los regimientos africanos, que en país enemigo nada respetaban. Cerca de Burgos degollaron a todos los monjes de San Pedro de Cardeña en número de doscientos. Burgos, la capital de Castilla fue destruida y gran número de fortalezas tuvieron la misma suerte.

Sin embargo, algún tiempo después, tomaron los asuntos del Norte un aspecto amenazador. Formóse una liga formidable contra el Califa, de la que fue el más ardiente promovedor, el gobernador de Zaragoza Mohamed ibn-Hachim el Todjibita.

Los Beni-Hachim que habitaban en Aragón desde el tiempo de la conquista, habían hecho útiles servicios al sultán Mohamed, cuando los Beni-Casi eran todavía omnipotentes en la provincia y hacía cuarenta años que la dignidad de gobernador o virrey de la frontera superior era hereditaria en su familia. Era casi la única a quien Abderramán, que había quitado toda la influencia a la nobleza árabe, dejó su lustre y alta posición.

Sin embargo, Mohamed-ibn-Hachim no estaba satisfecho del Califa, y sea que tuviera empeño de vengar las injurias de su casta, sea que no viera en la benevolencia de Abderramán para con él, sino un cálculo dictado por el miedo, sea en fin que soñaba un trono para él y sus hijos, se puso a negociar con el rey de León, y le prometió reconocerlo por señor, si le ayudaba contra el Califa. Ramiro dio oídos a sus proposiciones y durante la campaña de 934, Mohamed se declaró en abierta rebelión, rehusando unirse al ejército musulmán. Tres años más tarde reconoció el señorío de Ramiro. Algunos generales rehusaron seguirle en la vía de la traición y rompieron con él; pero Ramiro llegó entonces con tropas, sitió y tomó las fortalezas que aun se mantenían por el Califa y se las entregó a Mohamed. Hecho esto, Ramiro y Mohamed hicieron alianza con Navarra donde reinaba entonces García, bajo la tutela de su madre Tota, viuda de Sancho el Grande.

Así todo el Norte estaba aliado contra el Califa. El peligro que antes parecía conjurado, renacía; pero el Califa le hizo frente con su energía habitual.

Habiéndose puesto a la cabeza del ejército en el año 937, marchó contra Calatayud, donde gobernaba Motarrif, pariente de Mohamed, y cuya guarnición se componía en parte de cristianos de Álava, enviados por Ramiro. Motarrif cayó muerto en la primera escaramuza. Sucedióle su hermano Haquem, pero habiéndose visto obligado a evacuar la ciudad y refugiarse en la ciudadela, abrió tratos y, estipulando una amnistía para él y para sus soldados musulmanes, la entregó al Califa. Los alaveses que no estaban comprendidos en la capitulación fueron pasados a cuchillo.

Después de este primer triunfo, Abderramán se apoderó de unos treinta castillos y volvió sus armas, ya contra Navarra, ya contra Zaragoza. Hizo sitiar esta ciudad por un príncipe de la sangre, el general en jefe de la caballería Ahmed ibn-Ishac, a quien acababa de conferir el título de gobernador de la frontera superior, pero no tardó en darle este general graves motivos de queja.

Aunque hubieran llevado en Sevilla una vida pobre y oscura, hubieran contraído alianzas desiguales y no hubiera entre ellos más que un lejano parentesco, no se había avergonzado Abderramán de reconocer a los Beni-Ishac como miembros de su familia, colmándolos de favores. Sin embargo, no estaban todavía contentos con su posición. Su ambición no tenía límites; Ahmed, jefe de la familia, pretendía nada menos que ser nombrado heredero presunto de la corona y mientras que conducía el sitio de Zaragoza, con una cobardía y una lentitud que indignaban e irritaban al Califa, tuvo la audacia de escribirle presentándole esta petición. De tal modo incomodó al Califa esta insolencia, que le respondió colérico en estos términos:

«No queriendo más que darte gusto, te hemos tratado hasta aquí con extrema benevolencia, pero acabamos de convencernos de que es imposible cambiar tu carácter. Lo que te conviene es la pobreza, porque no habiendo conocido antes la riqueza, te has llenado de un orgullo insoportable. ¿No era tu padre uno de los últimos caballeros de Ibn-Haddjadj y has olvidado ya que tú mismo no eras en Sevilla sino un tratante en asnos? Nosotros hemos tomado bajo nuestra protección a tu familia desde que la imploró, la hemos socorrido, la hemos hecho rica y poderosa, conferimos a tu difunto padre la dignidad de visir, y a tí mismo la de general de nuestra caballería y gobernador de la mayor de nuestras provincias fronterizas. Y tú has despreciado nuestras órdenes, y no has tomado a pecho nuestros intereses y para colmar la medida, pides ahora que te nombremos nuestro heredero, ¿qué méritos, ni qué títulos de nobleza tienes, cuando a tí y a tu familia se pueden aplicar estos conocidos versos?:

"Vosotros sois hombres salidos de la nada, y el lino no puede compararse con la seda. Si sois Coraichitas como decís, tomad vuestras mujeres en esta ilustre tribu, pero si no sois más que Coptos, vuestras pretensiones son ridículas."

«Tu madre no era la hechicera Hamduna? ¿Tu padre no era un soldado raso, raso? ¿Tu abuelo no era portero en casa de Hanthara ibn-Abbas? ¿No hacía sogas y manteca en el pórtico de su señor?.... ¡Malditos sean, tú y todos los que me han engañado aconsejándome que te tomara a mi servicio! ¡Infame, leproso, hijo de un perro y de una perra, ven a humillarte a nuestros pies»

Habiendo sido depuesto de la manera más infamante, Ahmed, secundado por su hermano Omeya se puso a conspirar. El Califa descubrió sus intrigas, y lo desterró. Entonces Omeya se apoderó de Santarém, donde levantó el estandarte de la rebelión, y se puso en relaciones con el rey de León, al que hizo importantes servicios, indicándole, los lugares por donde el imperio musulmán podía ser más fácilmente atacado; mas habiendo salido un día de la ciudad, uno de sus oficiales restableció allí la autoridad del soberano. Omeya se fue entonces con Ramiro. Su hermano continuó intrigando y conspirando con infatigable ardor, había formado el proyecto de entregar España a los Fatimitas y se había puesto en relaciones con su corte. Abderramán lo descubrió, lo mandó prender como Chiita y ejecutar. Entretanto, el Califa triunfaba en el Norte. Mohamed, sitiado en Zaragoza, capituló y como era, después del monarca, el hombre más poderoso y considerado del Estado, Abderramán juzgó prudente perdonarlo y dejarlo en su puesto. Por su parte, la reina Tota, después de haber sufrido revés sobre revés, fue a pedir gracia al Califa y le reconoció como Señor de Navarra, de suerte que excepto el reino de León y una parte de Cataluña, toda España se había humillado delante de Abderramán III.

III.

Los veintisiete primeros años del reinado de Abderramán III no habían sido sino una serie continua de triunfos, pero la fortuna es caprichosa y ya había llegado el tiempo de los reveses.

Un importante cambio se había verificado en el reino. La nobleza que antes lo era todo, ya no era nada; el poder real la había anonadado. Abderramán la detestaba; no comprendía que un monarca pudiera dejar una cierta influencia y cierto poder a los grandes. «Convengo de buena gana, dijo un día al embajador que Otón I le había enviado, en que vuestro rey es un príncipe prudente y hábil, pero hay en su política una cosa que no me agrada; en lugar de concentrar en sus manos toda la autoridad, deja una parte a sus vasallos. Hasta les abandona sus provincias, creyendo así hacerlos adictos. Es una gran falta. La condescendencia con los grandes no conduce más que a alimentar su orgullo y sus inclinaciones a la rebeldía.»

No cayó el Califa seguramente en la falta que censuraba al rey de Alemania, pero cayó en otra no menos grave: no cuidó bastante de la susceptibilidad de los grandes. Gobernando por sí mismo, (desde 632 no tuvo más *hadjib,* o primer ministro) dio casi todos los empleos a hombres de baja extracción, a libertos, a extranjeros, a esclavos, en fin, a hombres que dependían enteramente de él, y que eran instrumentos dóciles y flexibles en sus manos. Estos, a quienes se daba el nombre de eslavos, gozaban enteramente de su confianza, y en su reinado comienza la influencia de este cuerpo, destinado a representar un papel importante en la España musulmana, y acerca del que debemos dar aquí algunos detalles.

Al principio, el nombre de eslavos se aplicaba a los prisioneros que los pueblos germánicos hacían en sus guerras, contra las naciones así llamadas, y que vendían a los sarracenos españoles; pero con el trascurso del tiempo, cuando se comenzaron a comprender bajo el nombre de eslavos una multitud de pueblos que pertenecían a otras razas, se dio este nombre a todos los extranjeros que servían en el harén o en el ejército, cualquiera que fuese su origen. Según el preciso testimonio de un viajero árabe del siglo X, los eslavos que tenía a su servicio el Califa español, eran gallegos, francos, (franceses y alemanes), lombardos, calabreses y procedentes de la costa septentrional del Mar Negro. Algunos habían sido hechos prisioneros por los piratas andaluces, otros habían sido comprados en los pueblos de Italia, porque los judíos, especulando con la miseria de los pueblos, compraban niños de uno y otro sexo y los llevaban a los puertos de mar, donde naves griegas y venecianas iban a buscarlos, para llevárselos a los sarracenos. Otros, esto es, los eunucos destinados al servicio del harén, llegaban de Francia, donde había grandes manufacturas de eunucos, dirigidas por judíos. Era muy famosa la de Verdun y había otras en el Mediodía.

Como la mayor parte de estos cautivos eran todavía pequeños cuando llegaban a España, adoptaban fácilmente la religión, la lengua y las costumbres de sus señores. Muchos de ellos recibían una educación esmerada, de suerte, que más adelante gustaban de reunir bibliotecas y componer versos. Tan numerosos eran estos eslavos literatos que uno de ellos, un tal Habib, pudo consagrar un libro entero a sus poesías y a sus aventuras.

Siempre habían sido numerosos los eslavos en la corte y en el ejército de los emires de Córdoba, pero nunca lo fueron tanto como en tiempo de Abderramán III. Su número se elevaba entonces a 3750, según unos, a 6087 según otros, y hay quien lo hace subir a 13750.

Acaso se refieren estas cifras á épocas distintas del reinado de Abderramán, pues se sabe que este Príncipe aumentaba sin cesar el número de sus eslavos. Esclavos ellos, tenían sin embargo otros esclavos a su servicio, y poseían tierras muy extensas. Abderramán, los invistió con las más importantes funciones militares y civiles, y, en su odio hacia la aristocracia, obligó a las gentes de alta alcurnia, que contaban entre sus ascendientes los héroes del desierto, a humillarse ante estos advenedizos a quienes despreciaban soberanamente.

Estaban, pues, los nobles muy descontentos del Califa, cuando este concibió el proyecto de hacer contra el rey de León una expedición mucho más importante que las anteriores. Hizo para este fin inmensos gastos, llamó a sus banderas cien mil hombres, y como estaba seguro de obtener una victoria famosa y decisiva dio de antemano a la expedición el nombre de «campaña del poder supremo.» Desgraciadamente para él, nombró a Nadjda, un eslavo, general en jefe del ejército. Esta elección puso el colmo a la irritación de los oficiales árabes, que juraron en su ira, que el Califa había de expiar con una vergonzosa derrota su menosprecio de la antigua nobleza. En el año 939 salió a campaña el ejército tomando el camino de Simancas. Ramiro II, y Tota, la regente de Navarra, su aliada, vinieron a su encuentro, y el 5 de agosto, se empeñó el combate. Los oficiales árabes se dejaron vencer y se retiraron, pero aconteció lo que probablemente no habían previsto. Los leoneses persiguieron a los musulmanes. Llegados estos cerca de la ciudad de Alhandega, en las orillas del Tormes, al Sur de Salamanca, se rehicieron e hicieron frente al enemigo, pero fueron completamente derrotados, y el mismo Califa a duras penas pudo escapar de la espada de los cristianos. Desde Alhandega ya no fueron en retirada, sino en derrota. Sin orden, sin disciplina, se abandonaban las filas, se gritaba «¡sálvese quien pueda!» Peones y caballeros iban mezclados; soldados y oficiales sembraban el camino; regimientos enteros desaparecían.

La completa y brillante victoria obtenida por Ramiro tuvo eco en todas partes. Se habló de ella en el interior de Alemania y en los países más apartados del Oriente, pero con muy diferentes sentimientos. Aquí, se regocijaban; allí, se afligían; unos veían en ella prenda segura del triunfo de su fe; otros una causa de serios temores.

El mismo Califa estaba muy abatido. Su general Nadjda había caído muerto; el virrey de Zaragoza, que había sido hecho prisionero en la primera batalla, la de Simancas, gemía en un calabozo de León; su ejército había sido aniquilado, y en fin, él mismo no había escapado de milagro a la cautividad o a la muerte, y durante su fuga no tenía a su alrededor más que cuarenta y nueve hombres. Todo esto hizo tal impresión en su ánimo, que no volvió a acompañar más a su ejército en campaña.

Felizmente para el Califa, una guerra civil estalló entre los cristianos, impidiendo a Ramiro aprovecharse de la ventaja conseguida.

Castilla aspiraba a separarse del reino de León. Ya en el reinado de Ordoño II, padre de Ramiro, se puso en abierta rebeldía. El rey dijo entonces que para terminar amigablemente las diferencias celebraría una junta en Tejiara o Teliara en las orillas del Carrión, río que separaba a León de Castilla, e invitó a los cuatro condes. Fueron, pero el rey los hizo prender y decapitar. Los leoneses, aunque confesando, que era algo irregular esta manera de administrar justicia, admiraban la prudencia del rey, pero los Castellanos pensaban de otro modo. Privados de sus

jefes, quedaron por el momento reducidos a la impotencia, pero deseaban con toda su alma tener a su cabeza un hombre que los vengara de los pérfidos leoneses.

Esta hora tan impacientemente esperada iba A sonar. Castilla iba a encontrar un vengador en el conde Fernán González, que ha llegado a ser uno de los héroes favoritos de los poetas de la Edad Media y cuyo nombre pronuncian todavía hoy los Castellanos con profundo respeto.

Mientras que los terribles ejércitos de Abderramán III quemaban sus monasterios, sus fortalezas y hasta su capital, Fernando, el «excelente conde» como lo apellidaban, no había podido pensar en libertar a su patria, pero ahora que ya no había nada que temer por parte de los Moros, creyó llegado el momento de cumplir una empresa que consideraba como suya. Declaró la guerra al rey. De ella se aprovechó el Califa para reorganizar su ejército y en el mes de noviembre del año 949, estuvo ya en estado de hacer asolar las fronteras de León por el gobernador de Badajoz, Ahmed ibn-Yila.

Hacia la misma época, la fortuna parecía querer indemnizarle en África del desastre de España.

Hasta allí, Abderramán había logrado sin duda felices sucesos en África, pero la medalla también había tenido su reverso. De tiempo en tiempo, sus vasallos se habían dejado batir, y las tentativas que habían hecho para unificar sus operaciones no habían sido siempre venturosas; en fin, algunas veces no había logrado siquiera impedir que pelearan entre sí, pero por lo menos había conseguido entretener a los Fatimitas en África impidiéndoles desembarcar en las costas españolas y esto era en último término todo lo que deseaba, pero ahora se hallaba a punto de obtener mucho más.

Un enemigo más temible que todos sus adversarios juntos, había levantado contra los Fatimitas, el estandarte de la rebelión. Era Abu-Yezid, de la tribu berberisca de Iforen. Hijo de un mercader había tratado mucho en su juventud, a Doctores de la secta de los no-conformistas, que contaba en Africa un número inmenso de partidarios. Más adelante, habiéndolo reducido la muerte su padre a la miseria, había ganado su vida enseñando a leer a los niños. De maestro de escuela pasó a misionero a ejemplo del fundador del imperio de los Fatimitas, sublevó a los berberiscos en nombre de la verdadera religión y de la libertad, y les prometió un gobierno republicano en cuanto se apoderasen de la capital, Cairawan. Sus triunfos fueron tan portentosos, como lo habían sido los de sus enemigos algunos años antes. Los ejércitos de los Fatimitas se derretían como la nieve en la primavera ante este hombre pequeño, feo, vestido de sayal y montado en un asno pardo. Los Sunnitas, grandemente lastimados con las blasfemias y la intolerancia de los Fatimitas, corrían en masa a sus banderas, hasta sus faquíes y sus eremitas, tomaban las armas para hacer triunfar al jefe de los no-conformistas. Este parecía haberse empeñado en justificar las esperanzas que se tenían de su tolerancia. Cuando el año 944 hizo su entrada en la capital, pidió al cielo bendiciones sobre los dos primeros Califas que los Fatimitas habían hecho maldecir, e invitó a los habitantes de la ciudad a conformarse con el rito de Malic que los Fatimitas habían proscrito. Los Sunnitas respiraban al fin. Podían hacer de nuevo procesiones con estandartes y tambores, gusto de que hablan estado privados muchos años, y Abu-Yezid, que en estas solemnes ocasiones los dirigía por sí mismo, les dio todavía una prueba más de su tolerancia: hizo

alianza con el Califa español, y, habiéndole enviado una embajada, lo reconoció, si no como jefe temporal, sí como jefe espiritual de los vastos dominios que había conquistado.

Los Fatimitas parecían perdidos. Mientras que su Califa Cayim, hijo y sucesor de Obaidallah se hallaba estrechamente bloqueado en Mahdia, por el formidable Abu-Yezid, el Califa español le quitaba por medio de sus vasallos africanos, casi todo el N. O. y le suscitaba enemigos donde quiera. Concluyó una alianza con el rey de Italia, Hugo de Provenza que tenía que vengar el desastre de Génova, ciudad que había saqueado un almirante fatimita, y otra con el emperador de Constantinopla, que ardía en deseos de quitar la Sicilia a Cayim.

En un cerrar de ojos todo cambió de aspecto. Embriagado con sus triunfos Abu-Yezid tuvo una ráfaga de orgullo: no contento con la realidad del poder y olvidando los medios a que lo debía, quiso también sus apariencias, y su vana pompa: cambió su capa de sayal por un vestido de seda, y su asno gris por un soberbio caballo. Esta imprudencia lo perdió. Heridos en sus convicciones igualitarias y republicanas, le abandonaron la mayor parte de sus partidarios, unos para volverse a su casa, otros, para pasarse al enemigo. Enseñado por la experiencia, renunció Abu-Yezid a los hábitos de lujo que había contraído, y volvió a tomar con el vestido de sayal la vida simple y ruda de antes. Pero era muy tarde, el prestigio que lo rodeaba otras veces había desaparecido. Acaso hubiera podido contar todavía con los Sunnitas, si en un momento de feroz fanatismo, no los hubiera desengañado acerca de su fingida tolerancia. La víspera de un combate había ordenado a sus guerreros que abandonaran a los soldados de Caraiwan, sus hermanos de armas, al furor de los soldados fatimitas. Esta orden pérfida, fue demasiado bien obedecida. Desde entonces los Sunnitas le cobraron horror. Tirano por tirano, y heresiarca por heresiarca, preferían al Califa fatimita, tanto más, cuanto Almanzor, que acababa de suceder a su padre, era algo mejor que sus predecesores. Obligado a levantar el sitio de Mahdia, llegó Abu-Yezid a Cairawan, donde no sin trabajo escapó a un complot que los habitantes habían urdido contra él. Perseguido mucho tiempo por los soldados fatimitas, cayó al fin en sus manos, acribillado de heridas, lo metieron en una caja de hierro, y cuando murió (947), llenaron su pellejo de paja, y lo pasearon por las calles de Cairawan y lo colgaron en las murallas de Mahdia, donde permaneció hasta que los vientos dispersaron sus pedazos.

La ruina de los no-conformitas fue para Abderramán III un descalabro casi tan grave como lo habían sido las derrotas de Simancas y Alhandega. En el Oeste, los Fatimitas reconquistaron rápidamente el terreno que habían perdido, y obligaron a los vasallos de Abderramán a pedir asilo en la corte de Córdoba.

En el Norte, por el contrario, todo iba a medida de los deseos de Abderramán, lo que equivale a decir que el país era continua presa de una violenta discordia. La guerra, como hemos visto, había estallado entre Ramiro II y Fernán González. La fortuna favoreció al primero. Habiendo sorprendido a su enemigo, lo encerró en un calabozo de León y dio el Condado de Castilla primero al leonés Azur Fernández, conde de Monzón; en seguida, a su propio hijo Sancho, habiéndose apropiado él mismo los bienes alodiales de Fernando. Verdad es que no los guardó todos para sí, sino que queriendo hacerse popular, donó algunos a los caballeros y eclesiásticos más influyentes de la provincia. Sin embargo, no consiguió su objeto. Aunque se aprovecharon de las liberalidades del rey, los Castellanos permanecieron adictos en cuerpo y alma a su antiguo conde. El que el rey les había dado no era a sus ojos otra cosa

que un intruso. En las escrituras de venta, de donación, etc., donde se ponía después de la fecha el nombre del rey y el del conde, nombraban algunas veces al que el rey les había impuesto, pero solo cuando no tenían otro remedio, es decir, cuando la autoridad los vigilaba; por lo común citaban a Fernán González. Todavía mostraron da otro modo el amor que le profesaban. Habiendo hecho una estatua a su imagen, prestaron homenaje a este pedazo de piedra. Luego, cuando comenzaron a impacientarse por la larga cautividad de Fernando, tomaron una atrevida resolución, paro conviene aquí dejar hablar a un bello y antiguo romance:

Juramento llevan hecho,

Todos juntos a una voz,

De no volver a Castilla

Sin el Conde, su señor.

La imagen suya de piedra

Llevan en un carretón,

Resueltos, si atrás no vuelve.

De no volver ellos, non,

Y el que paso atrás volviera

Que quedase por traidor.

Alzaron todos las manos,

En señal que se juró.

Acabado el homenaje,

Pusiéronle su pendón,

Y besáronle la mano

Desde el chico hasta el mayor.

Y como buenos vasallos

Caminan para Arlanzón

Al paso que andan los bueyes

Y a las vueltas que da el sol.

Desierta dejan a Burgos,

Y pueblos alrededor.

Solas quedan las mujeres

Y aquellos que niños son:

Tratando van del concierto

Del caballo y del azor.

Si ha de hacer libre a Castilla

Del feudo que da a León;

Y antes de entrar en Navarra,

Toparon junto al mojón

Al conde Fernán González,

En cuya demanda son,

Con su esposa Doña Sancha,

Que con astucia y valor

Le sacó del Castroviejo

Con el engaño que usó.

Con sus hierros y prisiones

Venían juntos los dos

En la mula que tomaron

A aquel preste cazador.

Al estruendo de las armas

El conde se alborotó;

Mas conociendo a los suyos

De esta manera habló:

—¿Dó venís, mis castellanos? Decídmelo, por Dios: ¿Cómo dejas mis castillos a peligro de Almanzor?

—Allí habló Ñuño Lainez:

—Íbamos, señor, por vos,

A quedar presos o muertos,

O sacaros de prisión.

Intimidado por la aproximación de los castellanos, el rey cedió al fin, y devolvía la libertad a Fernando, pero no sin haberle impuesto condiciones muy duras y humillantes. Fernán González fue obligado a jurarle fidelidad y obediencia, debía renunciar a todos sus bienes y dar en matrimonio a su hija Doña Urraca a Ordoño, primogénito del rey. A este precio quedó libre, pero era natural que no quisiera prestar en adelante el apoyo de su brazo a un rey que le había hecho firmar tratado semejante. Los Castellanos que no habían conseguido hacer reintegrar en la posesión del condado, al que continuaban mirando como su señor, no se encontraban mejor dispuestos. Había, pues, perdido Ramiro II el apoyo de su más valiente capitán y la cooperación de sus súbditos más bravos. De ahí su impotencia. Dejó hacer a los musulmanes una razia en 944 y otras dos en 947, y no les impidió reedificar y fortificar la ciudad de Medinaceli, que fue desde entonces el antemural del imperio árabe contra Castilla. El vencedor de Simancas y Alhandega, se mantenía a lo sumo a la defensiva. Solo en el año 950 invadió de nuevo el territorio musulmán y obtuvo una victoria cerca de Talavera, pero este fue su último triunfo, pues ya había dejado de existir en el mes de enero del año siguiente

Después de su muerte estalló una guerra de sucesión. Casado dos veces, Ramiro había tenido de su primera mujer, que era gallega, un hijo llamado Ordoño, y de la segunda, Urraca, hermana del rey de Navarra, otro llamado Sancho. En su calidad de primogénito Ordoño pretendía naturalmente el trono; pero Sancho, que contaba, con razón, con el apoyo de los navarros, lo pretendía también, y trató de atraer a su partido a Fernán González y a los Castellanos. En aquellas circunstancias la elección entre estos dos competidores, no era difícil para Fernando. Verdad es que Ordoño era su yerno, pero ¿cómo había llegado a serlo? Por una odiosa violencia. No podían ser muy vivas sus simpatías por Ordoño. Todo, por el contrario, lo inclinaba a Sancho; los lazos de sangre y su interés. Sancho era su sobrino, contaba con Tota de Navarra la suegra de Fernando y si todavía hubiera podido vacilar, las brillantes ofertas de Sancho, hubieran vencido su indecisión, pues este príncipe prometía devolverle sus bienes confiscados y el condado de Castilla. Fernán González se declaró pues, por él, llamó sus gentes a las armas y acompañado de Sancho y de un ejército navarro marchó contra la ciudad de León para quitar la corona a Ordoño III.

«El Eterno, dice un cronista árabe, había hecho nacer esta guerra civil a fin de dar a los musulmanes la ocasión de conseguir victorias.»

En efecto, mientras que los cristianos se mataban bajo los muros de León, los generales de Abderramán, triunfaban en todas las fronteras. Cada mensajero que llegaba del Norte traía a Córdoba la noticia de una razzia feliz o de una importante victoria. El Califa podía enseñar al pueblo multitud de campanas, de cruces y de cabezas cortadas; una vez, en el año 955, estas fueron en número de cinco mil y se decía que, otros tantos Castellanos (pues estos eran los que habían sido derrotados) habían perecido en la batalla que se dio. Verdad es que, Fernán González consiguió una victoria cerca de San Esteban de Gormaz; verdad es también, que Ordoño III, cuando hubo rechazado, al fin, a su hermano y obligado a los Gallegos, que también se habían rebelado a reconocerle saqueó en represalias Lisboa; pero esto era una débil compensación del mal que los musulmanes hablan hecho a los Cristianos, y Ordoño que temía nuevas revueltas, deseaba vivamente la paz. El año 955, envió un embajador a Córdoba para pedirla. Abderramán que también la deseaba, pues tenía intenciones de volver sus armas a

otra parte, dio oído a las proposiciones de Ordoño y el año siguiente envió de embajadores a León, a Mohamed-ibn-Hosain y al sabio judío Hasdai-ibn-Chabrut, director general de aduanas. No fueran largas las negociaciones. Habiendo declarado Ordoño, que estaba pronto a hacer concesiones, (prometería probablemente entregar o arrasar algunas fortalezas) se acordaron las bases de un tratado y los embajadores volvieron a Córdoba para que el Califa lo ratificara. Aunque el tratado fuera honroso y ventajoso, Abderramán creyó que no lo era bastante, pero como ya no podía contar con el porvenir, pues era septuagenario, pensó que este negocio concernía más bien a su hijo que a él. Consultóle, y lo dejó a su decisión. Haquem, que era pacífico, declaró que en su opinión debía ser ratificado y entonces lo firmó el Califa. Poco tiempo después concluyó otro con el conde Fernán González, de modo que los musulmanes no tenían ya en España más enemigos que los Navarros.

Si Abderramán había sido esta vez más tratable que de ordinario era porque quería volver sus armas contra los Fatimitas. El poder de estos príncipes crecía de día en día. Ardiendo en deseos de vengarse de los soberanos de Europa, que se habían regocijado de su pérdida creyéndola segura, habían hecho sentir primero el peso de su venganza al Emperador de Constantinopla, devastando la Calabria. Entonces le tocó el turno a Abderramán. En 955 cuando ya, según toda apariencia, Moezz, cuarto Califa fatimita, meditaba ya un desembarco en España, sucedió que una gran nave que Abderramán había enviado con mercancías a Alejandría, encontró en el mar un barco que venía de Sicilia, y en el que iba un correo que el gobernador de esta isla había expedido a su soberano Moezz. Esta última circunstancia, no parece haber sido desconocida al capitán del bajel andaluz, y aún es posible que Abderramán tuviera sospechas de que los despachos, de que el correo era portador, contenían un plan de ataque contra España, y que diera al capitán la orden de interceptarlos. Sea de esto lo que quiera, el capitán atacó al buque siciliano, lo tomó, lo saqueó y se apoderó de los despachos.

Moezz tomó represalias enseguida. Por su mandato el gobernador de Sicilia se presentó con una armada en Almería, y apresó o quemó las naves que se hallaban en el puerto. Se apoderó también de la que había suministrado un especioso pretexto para esta expedición, y que había venido justamente, da vuelta de Alejandría, de donde traía cantadoras para el Califa, y preciosas mercancías. Luego desembarcaron las tropas del Gobernador para saquear los alrededores de Almería, y hecho esto se hicieron a la mar.

Abderramán respondió de una manera enérgica a este ataque. Ordenó primero maldecir todos los días a los Fatimitas en las oraciones públicas, y luego encargó a su almirante Ghalib, ir a saquear las costas de Ifrikia. Esta expedición, sin embargo, no tuvo todo el resultado que el Califa se había prometido. Bien que los Andaluces, consiguieran algunas ventajas, al cabo fueron rechazados por las tropas que guarnecían la provincia y obligados a reembarcarse.

He aquí el estado en que Abderramán tenía la guerra contra los Fatimitas en el momento en que las negociaciones con el rey de León se hallaban en juego. Deseando dirigir todas las fuerzas y todos los recursos del imperio contra el África, debía naturalmente querer la paz con los Cristianos del Norte, y por esta razón no se había mostrado demasiado exigente en sus condiciones.

Una vez concluida concentró todos sus pensamientos en África. Preparábase una gran expedición. Los obreros de los arsenales no tenían un momento de reposo; de todas partes se dirigían tropas hacia los puertos, y se alistaban millares de marineros, cuando la muerte de Ordoño III, que aconteció en la primavera de 957, vino de pronto a entorpecer los proyectos del Califa.

Hemos visto antes, que Ordoño no había obtenido la paz, sino haciendo concesiones entre las que, la entrega o la demolición de ciertas fortalezas, tenía a no dudarlo el primer término. Pues Sancho, el antiguo competidor de su hermano, que le había sucedido ahora sin obstáculos, rehusó cumplir esta cláusula del tratado. Abderraman se vio, pues, obligado a emplear contra el reino de León las fuerzas que hubiera querido enviar a África y dio sus órdenes en este sentido al bravo Admed ibn-Yila, gobernador de Toledo. Este general salió en campaña y en el mes de Julio consiguió una gran victoria contra el rey de León. Este triunfo fue sin duda un consuelo para el Califa que no había deseado esta nueva guerra en manera alguna y que la hubiera evitado de buena gana, si el honor se lo hubiera permitido. Él va a tener otro más dulce todavía, va a ver a sus enemigos a sus pies.

IV.

«El rey Sancho, dice un autor arábigo, era vano y orgulloso». Esta frase está sin duda tomada de un escritor leonés de la época y en boca de estos escritores significa que Sancho procuraba quebrantar el poder de la nobleza y aspiraba a restaurar la autoridad absoluta que habían disfrutado sus abuelos. De ahí el odio que le profesaban los grandes. Al odio se juntaba el menosprecio. Sancho había perdido las cualidades que había tenido otras veces y que eran las que apreciaban más sus súbditos. El pobre príncipe había engordado con exceso; de modo que no podía montar a caballo y que aun para andar tenía que apoyarse en alguien. Había llegado pues a ser un objeto de burla y poco a poco se comenzó a decir que era preciso deponer a este rey ridículo, a este rey inválido. Fernán González que aspiraba al título de hacedor de reyes y que había intentado una vez, aunque con mal éxito hacer uno, fomentó el descontento de los leoneses y lo dirigió. Tramóse una conspiración en el ejército y un día de la primavera del año 958, echaron a Sancho del reino.

Mientras que el rey destronado se encaminaba tristemente a Pamplona, residencia de su tío García, Fernán González y los otros grandes se reunieron para elegir otro rey. Recayó su elección sobro Ordoño, cuarto de este nombre, hijo de Alfonso IV y por consiguiente primo hermano de Sancho. Nada excepto su nacimiento lo recomendaba al sufragio de los electores. A una deformidad corporal (era jorobado) unía un carácter adulador, vil y perverso, de modo que en adelante, se le llamó Ordoño el Malo; pero como no había entonces ningún otro adulto en la familia real, fue preciso elegirlo y el conde de Castilla, lo casó con su hija Urraca, viuda de Ordoño III, que vino a ser por segunda vez reina de León.

En los momentos mismos en que así le nombraban sucesor la vieja y ambiciosa Tota, que gobernaba todavía en Navarra en nombre de su hijo, aunque este hacía mucho tiempo que se hallaba en edad de reinar por sí, tomó calurosamente su partido y juró restablecerlo a toda costa. Esto no era fácil, porque de una parte Sancho no tenía en su antiguo reino ningún amigo influyente; y de otra, Navarra era demasiado débil para atacar por sí sola a León y Castilla.

Tota tenía que buscar un aliado y un aliado muy poderoso. Además, para que Sancho pudiera sostenerse sobre el trono una vez reconquistado, era absolutamente preciso que dejara de ser un objeto de burlas por su malhadada obesidad. Esta obesidad no era natural, provenía de una disposición enfermiza, que un hábil médico podría sin duda hacer desaparecer; pero sólo en Córdoba, ciudad que era entonces foco de toda luz, podía esperarse encontrar semejante médico. También fue en Córdoba donde Tota buscó el aliado que necesitaba. Resolvió pues, pedir al Califa un médico para curar a su nieto y un ejército para restablecerlo en el trono. Mucho costaba sin duda, a su orgullo hacer semejante petición, penoso le era verse obligada a implorar el auxilio de un infiel con el cual había estado en guerra durante más de treinta años y que apenas hacía uno que había hecho asolar sus valles y quemar sus pueblos, pero el amor de su nieto, el ardiente deseo que tenía de verlo reinar y la rabia que le produjo su vergonzosa derrota, fueron más fuertes que su legítima repugnancia y envió embajadores a Córdoba.

Habiendo éstos expuesto al Califa, el motivo de su venida, les contestó, que enviaría de buena gana un médico a Sancho y que bajo ciertas condiciones que expondría uno de sus ministros, que enviaría a Pamplona, prestaría el apoyo de sus armas al rey destronado.

Cuando lo dejaron los embajadores navarros, Abderramán hizo venir al judío Hasdai y habiéndole dado instrucciones le dio el encargo de ir a la corte de Navarra. No hubiera podido hacerse mejor elección. Hasdai reunía en sí todas las cualidades necesarias para una misión semejante; hablaba muy bien la lengua de los cristianos, era a la vez médico y hombre de Estado, todo el mundo alababa su ingenio, su talento, sus conocimientos, su gran capacidad y poco tiempo antes, un embajador venido del centro de Alemania, había declarado que no había visto nunca un hombre de tanto arte.

En cuanto hubo llegado a Pamplona, el judío se ganó la confianza de Sancho, encargándose de medicinarle, y prometiéndole una pronta curación. Le dijo que en cambio del servicio que el Califa estaba pronto a prestarle exigía la cesión de diez fortalezas, y Sancho prometió entregárselas en cuanto estuviera restablecido en el trono. Mas esto no era todo, Hazdai tenía también el encargo de arreglárselas de modo que Tota fuera a Córdoba acompañada de su hijo y de su nieto. El Califa, que quería satisfacer su vanidad, y dar a su pueblo el espectáculo, hasta entonces sin ejemplo de una reina y dos reyes cristianos, que venían humildemente a postrarse a sus pies, para implorar el apoyo de sus armas, había insistido particularmente sobre este punto, pero podía preverse que la orgullosa Tota se opondría enérgicamente a semejante exigencia. En efecto, hacer un viaje a Córdoba, era para ella un paso más humillante todavía que al que se había resignado cuando entró en amistosas relaciones con su antiguo enemigo. Esta parte de la misión de Hazdai era la más delicada y la más espinosa; para hacer semejante proposición, y sobre todo para hacerla aceptar era preciso un tacto y una habilidad de todo punto extraordinarios.

Pero Hazdai tenía reputación de ser el hombre más diestro de su tiempo, y la justificó. La orgullosa navarra se dejó vencer «por el encanto de sus palabras, por la fuerza de su sabiduría, por el poder de sus astucias, y de sus numerosos artificios», para hablar como un poeta judío de la época, y creyendo que el restablecimiento de su nieto no podía obtenerse más que a ese precio, hizo un gran esfuerzo sobre sí misma y dio al fin su consentimiento al viaje propuesto por el judío.

La España musulmana vio entonces un espectáculo singular. Seguida de multitud de grandes y de sacerdotes, la reina de Navarra se encaminó lentamente a Córdoba con García, y el desdichado Sancho, cuya salud no estaba aún bastante mejorada, marchaba apoyándose en Hazdai. Si este espectáculo era grato para la vanidad nacional de los Moros, lo era también y acaso más todavía para el amor propio de los judíos, porque aquel a quien era debido, era un hombre de su religión. Así que sus poetas celebraron a porfía su regreso.

«¡Saludad montañas al jefe de Judá! cantaba uno de ellos, ¡que la risa aparezca en todos los labios! ¡Que las áridas tierras y las florestas canten! ¡Que se regocije el desierto! ¡Que florezca y produzca frutos, porque viene el jefe de la Academia, porque viene con gozo y cantos! Mientras que no estaba aquí, la ciudad célebre que se dibuja con gracia, estaba silenciosa y triste; los pobres que no veían su rostro que brilla como las estrellas, estaban desolados; los soberbios dominaban sobre nosotros, nos vendían y nos compraban como esclavos, sacaban sus lenguas para engullir nuestras riquezas, rugían como leoncillos, y todos nosotros estábamos espantados, porque nuestro defensor no estaba aquí. Dios nos lo ha dado por jefe; él le ha dado favor con el rey que Jo ha nombrado príncipe, y lo ha elevado por encima de sus otros dignatarios. Cuando pasa, nadie se atreve a abrir la boca. Sin flechas y sin espadas, con su sola elocuencia ha quitado a los abominables comedores de puerco, fortalezas y ciudades.»

Cuando la reina y los dos reyes llegaron al fin a Córdoba, el Califa les dio en su palacio de Zahara una de esas pomposas audiencias que imponían a los extranjeros y que eran muy propias para dar una alta idea de su poder y de su riqueza. Era indudablemente momento gratísimo para Abderramán, aquel en que veía a sus plantas al hijo de su terrible enemigo Ramiro II, al hijo del ilustre vencedor de Simancas y de Alhandega, y a la reina tan valiente como orgullosa, que en sus memorables batallas había mandado por sí misma sus triunfadoras tropas, pero cualquiera que fueran sus íntimos sentimientos, supo disimularlos exteriormente, y recibió a sus huéspedes con exquisita cortesía. Sancho le repitió lo que ya había dicho a Hazdai, a saber, que cedería las diez fortalezas que el Califa demandaba, y se resolvió, que mientras que el ejército árabe atacaba el reino de León, los Navarros invadirían Castilla, a fin de llamar la atención de las fuerzas de Fernán González por esta parte.

Entretanto Abderramán no había perdido de vista el África. Por el contrario, había dado impulso a sus armamentos con gran actividad, y el mismo año en que la reina de Navarra llegó a Córdoba, un numeroso ejército, mandado por Ahmed-ibn-Fila, se embarcó en setenta naves. Esta expedición fue feliz, porque los Andaluces incendiaron Morsa-al-kharez, y desbarataron los alrededores de Susa y de Tabarca.

Algún tiempo después marchó el ejército musulmán contra el reino de León. Sancho lo acompañaba. Gracias a los remedios de Hazdai se había desembarazado de su obesidad y se hallaba ahora tan ágil y listo como antes. Primero fue tomada Zamora, y ya en el mes de Abril del año 959 la autoridad de Sancho era reconocida en gran parte del reino. La capital, sin embargo, se mantenía aun por Ordoño IV, pero habiendo ido este Príncipe a refugiarse en Asturias, se rindió aquella a Sancho en la segunda mitad del año 960. Habiendo recobrado así su reino, envió Sancho una embajada al Califa para darle gracias por su socorro, y escribió al mismo tiempo a sus vecinos, anunciándoles su restablecimiento en el trono. En estas cartas condenaba en los términos más enérgicos la deslealtad del Conde de Castilla. Acaso este último

le inspiraba todavía algunos temores, pero si es así pronto desaparecieron, pues según lo convenido los navarros, habían invadido Castilla, y en el mismo año 960 dieron al Conde una batalla en que tuvieron la fortuna de hacerlo prisionero. Desde entonces la causa de Ordoño estuvo perdida. Odiado y despreciado por todo el mundo, no había podido sostenerse hasta entonces sino por la influencia de Fernán González, de quien era hechura. Los Asturianos, lo arrojaron ahora de la provincia, y se sometieron a Sancho. Ordoño fue a buscar un asilo en Burgos, y ya veremos más tarde lo que se hizo de él.

Mientras esto acontecía en el Norte, el Califa, que había tenido la imprudencia de exponerse al crudo viento de marzo, estaba ya enfermo y se temía por su vida. Sin embargo, por esta vez los médicos lograron conjurar el peligro, y a principios de Julio Abderramán había recobrado su salud y pudo dar audiencia a los más altos dignatarios. Pero esta curación no era más que aparente. Sufrió una recaída y el 16 de octubre del 961 expiró a la edad de setenta años, y cuarenta y nueve de reinado.

Entre los príncipes Omeyas que reinaron en España, a Abderramán III pertenece incontestablemente el primer lugar. Encontró el imperio preso de la anarquía y de la guerra civil, desgarrado por las facciones, dividido entre una multitud de señores de diferentes razas, expuesto a las continuas razias y en vísperas de ser absorbido por los leoneses o por los africanos. A despecho de innumerables obstáculos, salvó la Andalucía de sí misma y del dominio extranjero, la hizo renacer más grande y fuerte que lo había sido nunca, y le procuró orden y prosperidad en el interior; fuera, consideración y respeto. El tesoro público que encontró en un estado deplorable, estaba en una situación excelente. Un tercio de los ingresos del imperio, que se elevaban cada año a seis millones, 245.000 monedas de oro bastaban para los gastos ordinarios; otro tercio quedaba de reserva, y el tercero lo destinaba Abderramán a su escuadra. Se calculaba que el año 951 tenía en sus cofres la enorme suma de veinte millones de monedas de oro, así que, un viajero hacendista asegura que Abderramán y el Hamdamita, que reinaba entonces en la Mesopotamia, eran los príncipes más ricos de esta época. El estado del país estaba en armonía con la próspera situación del tesoro público. Agricultura, Industria, Comercio, Artes, Ciencias, todo florecía. El extranjero admiraba en todas partes campos bien cultivados y ese sistema hidráulico ordenado con tan profunda ciencia que hacía fértiles las tierras en apariencia más ingratas. Maravillábale el orden perfecto que gracias a una vigilante policía reinaba hasta en los distritos menos accesibles. Se asombraba del bajo precio de los géneros (los más deliciosos frutos estaban casi de balde), de la limpieza de los vestidos y, sobre todo, de aquel bienestar general que permitía a todo el mundo ir a caballo, en lugar de ir a pie. Numerosas y diversas industrias enriquecieron a Córdoba, Almería y otras ciudades. El comercio había adquirido tal desarrollo que, según la relación del director general de aduanas, los derechos de importación y exportación constituían la parte principal de los ingresos del Estado. Córdoba con su medio millón de habitantes, sus tres mil mezquitas, sus soberbios palacios, sus ciento trece mil casas, sus trecientos baños y sus veintiocho arrabales no cedía en extensión ni en riqueza más que a Bagdad, ciudad con la cual sus habitantes gustaban de compararla. Su fama llegaba hasta el fondo de la Germania: la religiosa sajona Hroswitha, que se hizo célebre en la primera mitad del siglo X por sus poemas y sus dramas latinos, la llamaban ornamento del mundo. No menos admirable la rival que Abderramán la dió. Habiéndole legado una gran fortuna una de sus concubinas, el monarca quiso emplear este

dinero para rescatar prisioneros de guerra, pero habiendo recorrido sus empleados los reinos de León y Navarra sin encontrar ninguno, le dijo su favorita Zahra: «Emplead ese dinero en edificar una ciudad y ponedla mi nombre.» Esta idea agradó al Califa que, como casi todos los grandes príncipes, era aficionado a edificar y en el mes de Noviembre del año 936, hizo echar a una legua al Norte de Córdoba los cimientos de una ciudad que había de llevar el nombre de Zahra. Nada se perdonó para hacerla todo lo más magnífica posible. Durante veinticinco años, diez mil obreros que disponían de mil quinientas bestias de carga, se habían ocupado en edificarla y sin embargo, aún no estaba concluida a la muerte de su fundador. Una prima de cuatrocientos dirhems que el Califa había prometido a todo el que viniera a establecerse allí atrajo multitud de habitantes. El palacio califal, donde se hallaban reunidas todas las maravillas de Oriente y Occidente, era de colosal extensión; baste decir que en el harem había seis mil mujeres.

El poder de Abderramán fue formidable. Una soberbia flota le permitía disputar a los Fatimitas el imperio del Mediterráneo y le garantizaba la posesión de Ceuta, llave de la Mauritania. Un ejército numeroso y bien disciplinado, acaso el mejor del mundo, le daba preponderancia sobre los Cristianos del Norte. Los monarcas más altivos solicitaban su alianza. El emperador de Constantinopla, los reyes de Alemania, de Italia y de Francia le enviaban embajadores. Eran ciertamente grandes resultados, pero lo que escita la admiración y el asombro cuando se estudia este glorioso reinado, no es tanto la obra como el obrero; es el poder de esa inteligencia universal a que nada se le escapaba y que se mostraba no menos admirable en los menores detalles que en las más altas concepciones. Este hombre delicado y sagaz que centraliza, funda la unidad de la nación y la del poder, que con sus alianzas establece una especie de equilibrio político, y que con amplia tolerancia llama a sus consejos hombres de otra religión, es más bien un rey de los tiempos modernos que un califa de la edad media.

CAPÍTULO XXIII

HAQUEN III

V

A pesar de los grandes servicios que Abderramán III les había hecho, las cortes de León y de Pamplona no se afligieron por su muerte; por el contrario, vieron en ella el medio de eludir los tratados y de librarse de la protección musulmana de que comenzaban a cansarse, desde que ya no necesitaban. Y en efecto, la ocasión parecía propicia para no cumplir lo que se habían visto obligados a prometer. El sucesor de Abderramán, Haquem II, pasaba por pacífico; acaso se pensaba que no insistiría mucho en la ejecución de un tratado concluido por su padre, y en todo caso era preciso ver si eran tan dichoso en la guerra como aquel lo había sido.

Haquem pudo bien pronto apercibirse de las intenciones de sus vecinos. Sancho, a quien había requerido para que entregara al fin las fortalezas estipuladas en el tratado, hallaba toda especie de razones para dejar este asunto para más adelante. García, a quien había pedido que le entregara su prisionero Fernán González, rehusaba acceder a esta demanda, y lo que es más, le devolvió la libertad, después de haberle hecho prometer que rompería con su yerno Ordoño IV. Fernán González cumplió su promesa. Por su orden, Ordoño, que se encontraba todavía en Burgos, fue separado violentamente de su mujer y de sus dos hijas, y trasladado bajo buena escolta a territorio musulmán. Después, Fernán González, que no estaba ligado por ningún tratado como el rey de Navarra y el de León, comenzó de nuevo las hostilidades contra los árabes de modo, que en el mes de febrero del 962, Haquem se vio obligado a escribir a sus generales y a sus gobernadores que se dispusieran a entrar en campaña.

En este entretanto, Ordoño el Malo había llegado a Medinaceli acompañado de veinte señores, únicos que le habían permanecido leales; vio en esta ciudad los preparativos que se hacían para la expedición, y esta circunstancia reanimó sus esperanzas en lo porvenir. Lo mismo que su primo había recobrado el trono, gracias al apoyo de Abderramán, esperaba recobrarlo a su vez con el socorro de Haquem. Así que declaró a Ghalib, gobernador de Medinaceli, su deseo de ir a Córdoba a fin de implorar la protección del monarca. Ghalib consultó a Haquem sobre lo que debería responderle. El Califa, a quien no le parecía mal tener en su mano un pretendiente, pero que no quería comprometerse definitivamente todavía, mandó responderle que podía llevar a Ordoño a Córdoba, pero que no debía hacerle promesa alguna. Partió, pues, Galib para Córdoba acompañado de Ordoño y su comitiva. En el camino se encontró un destacamento de caballería que Haquem había enviado al encuentro de sus huéspedes y en los alrededores de la capital, otro más numeroso aún. Ordoño no desperdició nada para ganarse el favor de los oficiales de la escolta. Prodigó las adulaciones y cuando entró en Córdoba les preguntó dónde estaba la tumba de Abderramán III. Cuando se la enseñaron se quitó respetuosamente su gorra, se arrodilló volviendo la cabeza hacia el lugar indicado, e hizo oración por aquel que antes lo había echado del trono. Su esperanza de recobrar el cetro

le hacía olvidar todo lo demás; para conseguir este objeto estaba decidido a no retroceder ante bajeza alguna.

Después de pasar dos días en un palacio soberbiamente amueblado, que se le asignó por habitación, recibió Ordoño el permiso de ir a Zahara donde el Califa lo recibiría en audiencia. Vistióse entonces una ropilla y una capa de seda blancas, (era probablemente un nuevo homenaje que hacía a los Omeyas, pues el blanco era el color de esta casa) y se cubrió con una gorra adornada de piedras preciosas. Los principales Cristianos de Andalucía, tales como Walid-ibn-Khaizoran, juez de los cristianos de Córdoba y Obaidallah-ibn-Casim, metropolitano do Toledo, vinieron a buscarlo para conducirlo a Zahra e instruirlo en las reglas de la etiqueta, en las que la corte era muy quisquillosa.

Al pasar por las filas de los soldados que llenaban la entrada de Zahra, Ordoño y sus compañeros leoneses, fingieron admirarse y aun asustarse de aquel aparato militar; bajaron los ojos e hicieron la señal de la cruz. Cuando llegaron a la primera puerta de palacio echaron todos pie a tierra, menos Ordoño y sus leoneses. A la puerta llamada de «as-soda,» estos últimos tuvieron que hacer otro tanto, pero Ordoño y el general Ibn-Tomlos, encargado de presentarlo al Califa, continuaron a caballo hasta que llegaron a un pórtico donde habían puesto sillas para Ordoño y sus compañeros y que era el mismo en que Sancho había esperado también el momento de ser presentado al monarca cuando vino a implorar su socorro. Algún tiempo después recibieron los leoneses permiso para entrar en la sala de Audiencia. Ordoño se quitó en la puerta su gorra y su capa en señal de respeto y cuando se le dijo que entrase y se halló frente al trono en que estaba el Califa, rodeado de sus hermanos, de sus sobrinos, de los visires, del Cadí y de los faquíes, se arrodilló muchas veces, adelantando algunos pasos a cada genuflexión y llegó, en fin, a donde estaba el Califa. Este le dio a besar su mano y Ordoño se retiró, teniendo cuidado de no volver la espalda al Califa, para sentarse en el sofá de brocado que se le había destinado y que se encontraba a quince pies del trono. Entonces se aproximaron al Califa los señores leoneses, guardando la misma ceremonia y, besándole la mano, fueron a colocarse detrás de su señor, donde se mantenía también Walid ibn-Khaizoran que debía servir de intérprete en la conferencia.

El Califa guardó algunos momentos de silencio, para dejar al exrey tiempo de reponerse de la emoción que la vista de esta augusta asamblea no podía menos de haber producido en su ánimo y luego le habló en estos términos: «Congratulaos de haber venido y esperad mucho de nuestra bondad, pues tenemos intención de concederos más de lo que os atrevéis a imaginar.»

Cuando explicó el intérprete a Ordoño la significación de estas benignas palabras, se pintó en su cara la alegría, se levantó y besando el tapiz que cubría las gradas del trono: «Soy, dijo, esclavo del jefe de los creyentes. Confío en su magnanimidad; en su alta virtud busco mi apoyo, le doy pleno poder sobre mí y los míos, iré donde me ordenare y le serviré fiel y lealmente.

—Nosotros os creemos dignos de nuestras bondades, le respondió el Califa; quedareis satisfecho cuando veáis hasta qué punto os preferimos a todos vuestros correligionarios y os alegrareis de haberos guarecido a la sombra de nuestro poder.

Habiendo hablado el Califa de este modo, Ordoño se arrodilló de nuevo y habiendo pedido la bendición de Dios para el Califa, expuso su petición en estos términos: «En otro tiempo vino

aquí mi primo Sancho a demandar ayuda contra mí al Califa difunto. Consiguió su demanda y fue socorrido como no se puede serlo sino por los mayores soberanos del universo. Yo también vengo a pedir socorro, pero entre mi primo y yo hay una gran diferencia. Si él vino aquí fue obligado por la necesidad, sus súbditos censuraban su conducta y lo odiaban y me habían elegido en su lugar, sin que yo, Dios me es testigo, hubiera ambicionado este honor. A fuerza de súplica obtuvo del difunto Califa un ejército que lo restableció, pero no se ha mostrado reconocido por este servicio, y no ha cumplido ni a su bienhechor ni a vos, ¡oh emir de los creyentes, mi señor! aquello a que se había obligado; yo he dejado mi reino por mi propia voluntad, y he venido al emir de los creyentes para poner a su disposición mi persona, mis gentes y mis fortalezas. Tengo, pues, motivo para decir que hay gran diferencia entre mi primo y yo, y me atrevo a añadir que he dado pruebas de más confianza y generosidad.

—Hemos escuchado vuestro discurso, y hemos comprendido vuestro pensamiento, dijo entonces al Califa. Ya veréis de qué modo recompensamos vuestras buenas intenciones. De una vez había de recibir tantos beneficios de nosotros, como recibió vuestro competidor de nuestro padre de feliz memoria, y aunque vuestro adversario tenga el mérito de haber sido el primero que ha implorado nuestra protección, no es motivo para que os estimemos menos, ni para que os rehusemos daros lo que le dimos antes. Os volveremos a vuestro país, os llenamos de júbilo, afirmaremos las bases de vuestro poder real, os haremos reinar sobre todos los que quieran reconoceros por rey y os enviamos un tratado, en el que fijaremos los límites de vuestro reino y los del de vuestro primo. Además, impediremos que este último os inquiete en el territorio que tenga que cederos. En una palabra, los beneficios que habréis de recibir de nosotros han de exceder a vuestras esperanzas; Dios sabe que lo que decimos es lo que pensamos.

Cuando el Califa hablaba de este modo, Ordoño se arrodilló de nuevo, y habiéndose desecho en acciones de gracias, se levantó y salió de la sala andando hacia atrás. Habiendo llegado a otra sala dijo a los eunucos que lo seguían, que estaba asombrado y estupefacto del majestuoso espectáculo de que habían sido testigo y viendo una silla en la que el Califa tenía costumbre de sentarse, se arrodilló ante ella. En seguida lo llevaron ante Djafar, *hadjib* o primer ministro. Desde que lo vio a lo lejos, le hizo una profunda reverencia, quiso también besarle la mano, pero el *hajib* se lo impidió, lo abrazó y haciéndole sentar a su lado, le aseguró que el Califa le cumpliría las promesas que le había hecho. Luego le mandó dar los vestidos de honor que el Califa le había destinado, y sus compañeros los recibieron también, cada uno según su rango, y habiendo saludado al *hajib* con el más profundo respeto, volvieron con su rey al pórtico, donde Ordoño encontró un soberbio caballo ricamente enjaezado de las caballerizas del Califa. Cabalgó en él y con el corazón lleno de esperanza, volvió con sus leoneses y el general Ibn-Tomlos al palacio que habitaba.

Poco tiempo después se le envió para que lo firmara un tratado en que se comprometía a vivir siempre en paz con el Califa, a entregarle su hijo García en rehenes y a no aliarse con Fernán González. Lo firmó y Haquem puso entonces a su disposición un cuerpo de ejército mandado por Ghalib. Diéronle además por consejeros a Walid, juez de los cristianos de Córdoba, Az-bag ibn-Abdalah ibn-Nabil obispo de esta ciudad y Obaidalah ibn-Casim, metropolitano de Toledo, después de haber ordenado a estos personajes, a los que debía ser

entregado García, que hicieran todos los esfuerzos posibles para volver los leoneses a la obediencia de Ordoño.

Se hizo gran ruido con estos preparativos porque esperaban que Sancho se había de intimidar. Este cálculo no era engañoso. Sancho conocía que su posición era todavía precaria y mal segura. Galicia rehusaba reconocerle y era de proveer que si volvía Ordoño con un ejército musulmán podría contar con el apoyo de esta provincia. En cuanto a las demás del reino, que habían sufrido a Sancho, pero que no lo quieren, todo inclinaba a creer que lo echarían por segunda vez, antes de exponerse a una invasión. Sancho tomó pues, bien pronto su partido. En el mes de mayo envió a Córdoba condes y obispos que dijeran al Califa en su nombre que estaba pronto a ejecutar todas las cláusulas del tratado. Desde entonces, Haquem que había obtenido todo lo que quería, no pensó más en cumplir las promesas que había hecho a Ordoño, de modo, que este desgraciado pretendiente se abatió sin provecho alguno a las más vergonzosas adulaciones. Parece que no sobrevivió mucho tiempo a la pérdida de sus esperanzas, la historia por lo menos no habla más de él, refiriendo tan solo que murió en Córdoba, y todo inclina a creer que había muerto antes de fines del 965.

Su muerte disipó los temores que Sancho había concebido. Contando con el apoyo de sus aliados el conde de Castilla, el rey de Navarra y los condes catalanes Borrel y Mirón, tomó de nuevo un tono más atrevido y no cumplió mejor que antes las cláusulas del tratado. Vióse pues obligado Haquem a declarar la guerra a los Cristianos. Dirigió primero sus armas contra Castilla, tomó San Esteban de Gormaz (963) y obligó a Fernán González a pedir la paz, que fue rota casi antes que concluida. En seguida Ghalib ganó la batalla de Atienza. Yhaya ibn-Mohamed Todjibi gobernador de Zaragoza venció a García, que perdió además la ciudad importante de Calahorra, la que Haquem hizo rodear de nuevas fortificaciones, al mismo tiempo que hacía reedificar en Castilla la arruinada fortaleza de Gormaz. En una palabra, aunque no era amante de la guerra y la hizo contra su voluntad, la hizo tan bien, que obligó a sus enemigos a pedir la paz. Sancho de León, la solicitó en el 966. Los condes Borrel y Mirón, que habían sufrido también muchos descalabros, siguieron su ejemplo, comprometiéndose a desmantelar las fortalezas que tenían más próximas a las fronteras musulmanas. García de Navarra envió también condes y obispos a Córdoba y el poderoso conde gallego Rodrigo Velazquez, hizo pedir la paz por medio de su madre, a quien Haquem recibió con las mayores deferencias y a quien hizo soberbios regalos.

La paz que el Califa había concluido con casi todos sus vecinos fue duradera. Haquem era demasiado pacífico para romperla y los Cristianos se vieron poco después sumidos en tal anarquía, que no pudieron pensar en volver de nuevo sus armas contra los musulmanes. Mientras que aun negociaba con el Califa, Sancho atacó a Galicia que hasta entonces le había permanecido rebelde y ya había logrado someter todo el país que se halla al Norte del Duero, cuando el conde Gonzalvo, que había reunido contra él un gran ejército al Sur de este rio, le pidió una entrevista. Tuvo lugar, pero el pérfido Gonsalvo hizo servir al rey un fruto envenenado, que apenas probó éste, cuando se sintió desfallecer. El veneno le atacó al corazón, pero sin matarlo inmediatamente. Parte por gestos, parte por palabras entrecortadas, manifestó Sancho el deseo de que lo llevaran al punto a León, pero al tercer día murió en el camino.

Sucedióle su hijo Ramiro, tercero de este nombre, que no contaba aún más que cinco años, bajo la tutela de su tía Elvira, monja en el convento de S. Salvador de León; pero los grandes del reino, que no querían obedecer a una mujer y a un niño, se apresuraron a declararse independientes. El Estado se halló pues, dividido entre una multitud de pequeños príncipes y reducido a una completa impotencia. Un ejército de ocho mil daneses, que habían servido antes bajo Ricardo I de Normandía y que este duque envió a España, cuando ya no los necesitó, devastaron impunemente Galicia durante tres años. La regente Elvira, no podía pensar pues en renovar la guerra contra los árabes.

Las razias contra Castilla, continuaron por algún tiempo, (pero la muerte de Fernán González en 970, procuró al Califa la paz con este condado. Desde entonces pudo entregarse enteramente a su afición a las letras y al desarrollo de la prosperidad pública.

Nunca había reinado en España príncipe tan sabio, y aunque todos sus predecesores habían sido hombres cultos, aficionados a enriquecer sus bibliotecas, ninguno buscó con tal ansia libros preciosos y raros. En el Cairo en Bagdad, en Damasco y en Alejandría, tenía agentes encargados de copiarle o de comprarle a cualquier precio libros antiguos y modernos. Su palacio estaba lleno, era un taller donde no se encontraban más que copistas, encuadernadores y miniaturistas. Solo el catálogo de su biblioteca se componía de cuarenta y cuatro cuadernos, de veinte hojas, según unos, de cincuenta según otros, y no contenía más que el título de los libros, y no su descripción. Cuentan algunos escritores, que el número de volúmenes subía a cuatrocientos mil. Y Haquem los había leído todos, y, lo que es más, había anotado la mayor parte. Escribía al principio o al fin de cada libro, el nombre, el sobrenombre, el nombre patronímico del autor, su familia, su tribu, el año de su nacimiento y de su muerte y las anécdotas que corrían acerca de él. Estas noticias eran preciosas. Haquem conocía mejor que nadie la historia literaria, así, que sus notas han hecho siempre autoridad entre los sabios andaluces. Libros compuestos en Persia y en Siria, le eran conocidos muchas veces antes que nadie los hubiera leído en el Oriente. Sabiendo que un sabio del Iraq, Abul-Faradj Isfahani se ocupaba en reunir noticias de los poetas y cantores árabes, le envió mil monedas de oro, suplicándole que le mandara un ejemplar de su obra en cuanto la hubiera terminado. Lleno de reconocimiento se apresuró Abul-Faradj a satisfacer su deseo. Antes de publicar su magnífica colección, que es todavía la admiración de los sabios, envió al Califa español un ejemplar corregido, acompañado de un poema con su alabanza, y de una obra sobre la genealogía de los Omeyas. Un nuevo presente lo recompensa. En general la liberalidad de Haquem para con los sabios españoles, y extranjeros, no conocía límites: así afluían ellos a su corte. El monarca los alentaba y protegía a todos, hasta a los filósofos, que pudieron al fin entregarse a sus estudios sin temor de que los mataran los beatos….

Todos los ramos de la enseñanza debían florecer bajo príncipe tan esclarecido. Las escuelas primarias eran ya buenas y numerosas. En Andalucía casi todo el mundo sabía leer y escribir, mientras que en la Europa cristiana a menos que no perteneciera al clero no sabían. También se enseñaba en las escuelas, Gramática y Retórica. Y, sin embargo, Haquem opinó que la instrucción no estaba bastante extendida aun, y en su benévola solicitud por las clases pobres, fundó en la capital veinticinco escuelas, cuyos maestros eran pagados por él, para que los hijos de padres desvalidos recibieran educación gratuita. La universidad de Córdoba era

entonces una de las más famosas del mundo. En la mezquita principal (pues aquí era donde se daban las lecciones,) Abu-Becr-ibn-Moawia, el Coraichita, explicaba las tradiciones relativas a Mahoma. Abu-Alí-Kalí de Bagdad, alistaba una grande y hermosa compilación, que contenía una inmensa suma de curiosas noticias, acerca de los antiguos árabes, sus proverbios, su lengua y su poesía, compilación que publicó más adelante con el título de «Amali» o «Dictados.» La Gramática era enseñada por Ibn-Alcutia, que a juicio de Abu-Alí-Khalib, era el gramático más sabio de España. Otras ciencias tenían representantes no menos ilustres, así es que los estudiantes que seguían sus cursos se contaban a millares. La mayor parte de ellos estudiaban lo que se llamaba «el fikh,» es decir, la Teología y el Derecho, porque esta ciencia llevaba entonces a los puestos más lucrativos.

Del seno de esta juventud universitaria salió un hombre cuya fama ha de llenar bien pronto, no solo a España, sino al mundo entero, y que debemos ahora dar a conocer a nuestros lectores.

VI

En uno de los primeros años del reinado de Haquem II, comían cinco estudiantes en un jardín de las cercanías de Córdoba. A los postres reinaba gran alegría entre los convidados, uno solo estaba silencioso y pensativo. Este joven era alto y bien formado, la expresión de su fisonomía era noble, digna, casi altiva, y su actitud anunciaba un hombre nacido para el poder. Saliendo al fin de su meditación dijo de pronto:

—No lo dudéis, yo seré un día el señor del país.

Sus amigos se echaron a reír de esta exclamación; pero él prosiguió sin desconcertarse.

—Decidme cada uno de vosotros el puesto que desea, que yo se lo daré cuando reine.

—Pues bien, dijo entonces uno de los estudiantes; yo encuentro estos buñuelos deliciosos, y pues quo os es igual desearía ser nombrado inspector del mercado, porque entonces yo tendría buñuelos a pasto, sin que me costara nada.

—Yo, dijo otro, soy muy aficionado a estos higos que vienen de Málaga, mi país natal, nombradme Cadí de esta provincia.

—La vista de estos soberbios jardines me agrada en extremo, dijo el tercero, quisiera ser nombrado prefecto de la capital.

Pero el cuarto, guardaba silencio, indignado de los presuntuosos pensamientos de su condiscípulo.

—A tu vez, le dijo este último, pide lo que quieras.

Y aquel a quien había dirigido la palabra, le contestó tirándole de la barba:

—Cuando gobiernes España, miserable fanfarrón, manda que después de haberme frotado con miel, a fin de que las moscas y las abejas vengan a picarme, me monten sobre un asno mirando hacia la cola, y que así me paseen por las calles de Córdoba.

Lanzóle el otro una mirada furiosa, pero tratando de dominar su cólera, dijo:

—Pues bien; cada uno de vosotros será tratado como desea. Algún día me acordaré de lo que me habéis dicho.

Concluida la comida se separaron, y el estudiante de los singulares y extravagantes pensamientos, volvió a casa de uno de sus parientes por parte de madre, donde habitaba. Su huésped le condujo a su cuartito que estaba en el último piso, y trató de trabar conversación con él, pero el joven, absorto en sus reflexiones, no le respondió más que por monosílabos. Viendo que no había medio de sacarle nada, le dejó dándole las buenas noches. A la mañana siguiente, viendo que no parecía al desayuno, y creyendo que estaría todavía dormido, subió a su cuarto para despertarlo, pero con gran sorpresa suya encontró la cama intacta, y al estudiante sentado en el sofá con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Parece que no te has acostado esta noche, le dijo.

—Es verdad, le respondió el estudiante.

—¿Y por qué has velado?

—Tenía una idea rara.

—¿En qué pensabas?

—En quién había de nombrar cadi, cuando gobierne España y haya muerto el que tenemos ahora. He pasado revista con mi pensamiento a toda España y no conozco más que un hombre solo que merezca tener este empleo.

—¿Es acaso a Mohamed-ibn-as-Salim a quien tenías presente?

—Si ¡Dios mío! ese es, ¿veis cómo convenimos?

Como se ve, este joven tenía una idea fija en que soñaba de día y que no le permitía dormir de noche. ¿Quién era pues, este, que perdido en la multitud que llena una capital sentía fermentar en sí tan grandes esperanzas, y a quien sin ninguna relación con la corte se le había puesto en la cabeza que llegaría a ser ministro? Se llamaba Abu-Amir-Mohamed. Su familia, la de los Beni-Abí-Amir, que pertenecía a la tribu yemenita de Moafir, era noble, pero no ilustre. Su séptimo abuelo Abdelmelic, uno de los pocos árabes que había en el ejército berberisco con que Taric desembarcó en España, se había distinguido, mandando la división que tomó Carteya, primera ciudad española que cayó en poder de los musulmanes. En premio de sus servicios recibió el castillo de Torrox, situado a orillas del Guadiaro, en la provincia de Algeciras, con las tierras que le pertenecían. Sus descendientes, sin embargo, no lo habitaron sino a raros intervalos. Por lo común pasaban su juventud en Córdoba, para buscar empleos en la corte o en la magistratura. Esto fue lo que hicieron, por ejemplo, Abu-Amir-Mohamed-ibn-al-Walid, biznieto de Abdelmelic y su hijo Amir. Este último, que desempeñó muchos empleos, era favorito del Sultán Mohamed a punto que este hizo inscribir su nombre en las monedas y en los estandartes. Abdallah, padre de nuestro estudiante, fue un teólogo-jurisconsulto, distinguido y muy piadoso que había hecho la peregrinación a la Meca. Además, en todo tiempo, esta familia pudo aspirar a ilustres alianzas: el abuelo de Mohamed, se casó

con la hija del renegado Yahya, hijo del cristiano Isaac, que después de haber sido módico de Abderramán III, fue nombrado visir y gobernador de Badajoz y su misma madre Boraiba era hija del magistrado Ibn-Bartal de la tribu de Temim. Pero aunque antigua y respetable la familia de Beni-Abi-Anizr, no pertenecía a la alta nobleza, era, si se nos permite la palabra, una buena nobleza de toga, pero no, una nobleza de espada. Ningún Amirita, si se exceptúa al compañero de Taric, Abdelmelic, había seguido la carrera de las armas, la más noble entonces; todos habían sido magistrados o empleados en la corte. Mohamed había sido también destinado a la judicatura, y el mejor día se despidió de las carcomidas torres, de su casa hereditaria, para ir a estudiar en la capital, donde ahora seguía los cursos de Abu-Becr ibn-Moawia el Coraichita, de Abu-Alí-Cali y de Inb-al-Cutia. En cuanto a su carácter, era un joven de inteligencia y de corazón, pero de natural exaltado, de imaginación ardiente, de fogoso temperamento, dominado por una pasión única, pero de violencia singular. Los libros que leía con preferencia eran las antiguas crónicas nacionales, y lo que más le cautivaba en sus polvorientas páginas, eran las aventuras de los que saliendo de condición inferior a la suya, se habían elevado sucesivamente a las primeras dignidades del Estado. A estos era a los que tomaba por modelos y como no ocultaba sus ambiciosos pensamientos, sus camaradas lo miraban muchas veces como una cabeza dislocada. No lo era, sin embargo. Cierto es, que una idea única parecía absorber todas las facultades de su inteligencia, pero esto no era una especie de enajenación mental, sino la adivinación del genio. Dotado de gran talento, fecundo en recursos, firme y audaz cuando convenía, flexible, prudente y mañero cuando lo exigían las circunstancias, poco escrupuloso por lo demás sobre los medios que podían llevarlo a un glorioso fin, podía sin presunción aspirar a todo. Ninguno tenía energía en el mismo grado, ni la acción lenta y continua de la idea fija; una vez determinado el objeto, su voluntad se erguía, se afirmaba y marchaba derecha a él.

Sin embargo, sus principios no fueron brillantes. Acabados sus estudios se vio obligado para ganar su vida, a abrir un bufete cerca de la puerta de palacio, para escribir las exposiciones de los que tenían algo que pedir al califa. Más adelante, obtuvo un empleo subalterno en el Tribunal de Córdoba, pero no supo conciliarse el favor de su jefe el Cadí. El que ocupaba entonces este cargo, era sin embargo aquel Ibn-as-Salim que Mohamed estimaba tanto, y no sin motivo, pues era un hombre muy sabio y honrado, uno de los mejores cadís que hubo en Córdoba, pero era al mismo tiempo un espíritu frío, positivo, y que tenía una antipatía innata para todos aquellos, cuyo carácter no se asemejaba al suyo. Las ideas singulares del joven empleado, y sus habituales distracciones, le disgustaban en el más alto grado; nada deseaba más que verse libre de él, y por una singular coincidencia la aversión del Cadí contra Mohamed, procuró a este lo que más anhelaba, un empleo en la corte. El cadí se había quejado de él al visir Mozafí, suplicándole que le diera otro empleo. Mozafí le prometió buscárselo, y poco después, buscando Haquem II un intendente capaz de administrar les bienes de su primogénito Abderramán, que tenía entonces cinco años, le recomendó a Mohamed ibn-Abí-Amir. Sin embargo, la elección da este intendente no dependía del Califa solo, dependía sobre todo de la Sultana favorita Aurora, vascongada de nacimiento, que tenía gran imperio en el ánimo da su esposo. Muchos le fueron presentados, pero Ibn-Abí-Amir le encantó por su buena presencia y la distinción de sus maneras. Fue preferido a todos sus competidores, y el

sábado 23 de Febrero del 976 fue nombrado intendente de los bienes de Abderramán, con un sueldo de quince monedas de oro mensuales. Tenía entonces veintiséis años.

Él no excusó nada para insinuarse todavía más en el favor de Aurora y lo logró tan completamente que, ella le nombró también intendente de sus bienes propios y siete meses después de su entrada en la corte fue nombrado inspector de moneda. Gracias a este último empleo, tenía siempre sumas considerables a su disposición que aprovechó para procurarse amigos entre los grandes. Siempre que cualquiera de ellos, se hallaba escaso de recursos (lo que con el tren que gastaban no podía dejar de sucederle con frecuencia) se hallaba dispuesto a sacarlos del apuro. Se refiere por ejemplo que Mohamed ibn-Aflah, cliente del Califa y empleado en la corte que estaba lleno de deudas, por los enormes dispendios que había hecho con ocasión del matrimonio de su hija, le llevó a la casa de la moneda una brida adornada de pedrería, suplicándole le prestara algún dinero sobre esta prenda que, según decía, era lo único de valor que le quedaba. Apenas acabó de hablar, cuando Ibn-Abi-Amir, mandó a uno de sus empleados que pesara la brida y dieran a Ibn-Aflah su peso en monedas de oro. Asombrado de semejante generosidad, (por que el hierro y el cuero de la brida tenían mucho peso) apenas quería creer a sus oídos cuando oyó al inspector dar esta orden, pero debió rendirse a la evidencia, cuando al cabo de pocos instantes le dijeron que pusiera su capa en la cual vertieron un verdadero rio de monedas de plata, de modo que no solo pudo pagar sus deudas, sino que le quedó todavía una suma considerable. Así que tenía costumbre de decir: «Yo quiero a Ibn-Alí-Amir con toda mi alma y aunque me ordenara rebelarme contra mi soberano, no vacilaría en obedecerle»

De esta manera Ibn-Alí-Amir, se creó un partido ligado a sus intereses, pero lo que consideraba como su principal deber era satisfacer los caprichos de la Sultana y colmarla de regalos tales como jamás los había recibido. Sus invenciones eran muchas veces ingeniosas. Por ejemplo, una vez mandó fabricar con gran coste un pequeño palacio de plata, y cuando se acabó este magnífico juguete, hizo que lo llevaran sus esclavos al palacio del Califa con gran admiración de los habitantes de la capital, que no habían visto jamás obra tan soberbia de platería. Era un regalo para Aurora. Ella no dejó de admirarlo y desde entonces no desperdició ocasión de alabar el mérito de su protegido y de adelantarlo en su fortuna. La intimidad que reinaba entre ambos llegó a ser tal, que dio que murmurar a los maldicientes. Las demás damas del harem recibían también regalos de Ibn-Abí-Amir. Todas se enajenaban con su generosidad, la dulzura de su lenguaje y la suprema distinción de sus maneras. El viejo Califa, no comprendía nada. «Yo no sé, decía un día a uno de sus más íntimos amigos, qué medios emplea ese joven para reinar en el corazón de las damas de mi harén. Yo les doy todo lo que pueden desear, pero nada les agrada si no proviene de él. Yo no sé si debo mirarlo solamente, como un servidor de singular inteligencia o como un gran mago. Así es que no estoy sin recelo por el dinero público que está en sus manos»

En efecto, el joven inspector corrida gran peligro por esta parte. Había sido muy generoso con sus amigos, pero lo había sido a expensas del tesoro y como su rápida fortuna, no había dejado de crearle envidiosos, llegó un día en que sus enemigos le acusaron al Califa de malversación. Obligado a ir sin dilación a palacio, a fin de presentar sus cuentas y el dinero que le había sido confiado, prometió hacerlo, pero se apresuró a buscar a su amigo el visir ibn-

Hodair y habiéndole expuesto francamente, la difícil y peligrosa situación en que se encontraba, le pidió que le prestara el dinero que le faltaba para llenar el déficit. Ibn-Hodair le dio al momento la suma pedida. Entonces Ibn- Abí-Amir, se presentó al Califa y presentándole sus cuentas, así como el dinero que debía tener, confundió a sus acusadores. Estos, creyendo hacerlo caer en desgracia, le proporcionaron, por el contrario, un brillante triunfo. El Califa los trató de calumniadores y se deshizo en elogios de la capacidad y probidad del inspector de moneda. Colmóle de nuevas dignidades. A principios de diciembre del 969, le dio el cargo de curador de sucesiones vacantes y once meses después el de Cadí de Sevilla y Niebla; luego, habiendo muerto el joven Abderramán, lo nombró intendente de los bienes de Hixem, que era desde entonces el presunto heredero de la corona, (Julio del 970.) Ni acabó aquí. En febrero del 972 fue nombrado Ibn-Abí-Amir, comandante del segundo regimiento del cuerpo que llevaba el nombre de «Chorta» y que estaba encargado de la policía de la capital. A le edad de treinta y un años, acumulaba pues, cinco o seis destinos importantes y muy lucrativos. Así, que vivía con un lujo fastuoso y casi regio. El palacio que había hecho edificar en la Ruzafa era de incomparable magnificencia. Un ejército de secretarios y de otros empleados, elegidos en las clases más elevadas de la sociedad, hacían circular allí el movimiento y la vida. Había mesa franca, la puerta estaba siempre llena de pretendientes. Por lo demás, Ibn-Abí-Amir, aprovechaba todas las ocasiones de hacerse popular y lo lograba completamente. Todo el mundo alababa su agrado, su cortesía, su generosidad; no había sobre esto más que una opinión.

El estudiante de Torrox había llegado ya a una elevada fortuna, pero quería subir más y para alcanzar este objeto, pensaba que le era preciso sobre todo hacerse amigos entre los generales. Los asuntos de la Mauritania le suministraron los medios. Aquí, la guerra entre los Fatimitas y los Omeyas, no había cesado un sólo instante, pero había tomado un carácter nuevo. Abderramán III había combatido a los Fatimitas para preservar su patria de la invasión extranjera. En la época de que nos ocupamos este peligro había dejado de existir. Los Fatimitas habían vuelto sus armas contra Egipto. En el año 966 lo conquistaron y tres años después, su Califa Moezz, abandonó Manzuria, capital de su imperio, para fijar su residencia en las orillas del Nilo, después de haber confiado el Virreinato de Ifrikia y de la Mauritania, al príncipe Cinhedjita Abul-Fotuh Yusuf ibn-Ziri. Desde entonces España no tenía nada que temer de los pretendidos descendientes de Alí y como las posesiones africanas le costaban mucho más de lo que producían, quizá Haquem hubiera obrado prudentemente abandonándolas. Pero haciéndolo, hubiera creído deshonrarse, así que, en lugar de renunciar a estos dominios, trataba por el contrario de adelantar sus fronteras. Hacía pues, una guerra de conquista contra los príncipes de la dinastía de Edris que estaban por los Fatimitas.

Hasan ibn-Kennun que reinaba en Tánger, Arcilla y otras ciudades del litoral era uno de estos. Él, se había declarado unas veces por los Omeyas, otras por los Fatimitas, según que unos u otros eran más poderosos, pero tenía más inclinación a estos últimos que le parecían menos de temer que los Omeyas, cuyas posesiones tocaban a las suyas. Así que fue el primero que se declaró en favor de Abul-Fotuh cuando este virrey llegó a Mauritania, que recorrió triunfante. Haquem le guardaba rencor por su defección y a la partida de Abul-Fotuh, ordenó al general Ibn-Tomlos ir a castigar a Ibn-Kennun y reducirlo a la obediencia. A principios de Agosto del 972, Ibn-Tomlos se embarcó con un numeroso ejército y habiéndose llevado

consigo gran parte de la guarnición de Ceuta, marchó contra Tánger. Ibn-Kennun, que estaba en esta ciudad, salió a su encuentro, pero sufrió tan completa derrota que no pudo ni siquiera pensar en volver a Tánger. Abandonada así esta ciudad así misma, pronto se vio obligada a capitular con el almirante Omeya que bloqueaba el puerto, y el ejército por su parte se apoderó de Delúl y Arcilla.

Hasta aquí las tropas omeyas habían ido triunfantes, pero la fortuna les volvió la espalda. Habiendo llenado sus filas con nuevas levas, Ibn-Kennun tomó de nuevo la ofensiva y marchó sobre Tánger, batiendo a Ibn-Tomlos que había salido a su encuentro y que encontró la muerte en el campo de batalla. Entonces todos los otros príncipes Edrisitas levantaron el estandarte de la rebelión y los capitanes de Haquem, que se habían retirado a Tánger, le escribieron, que si no recibían inmediatos refuerzos había acabado la dominación omeya en Mauritania.

Conociendo la gravedad del peligro, Haquem, resolvió enviar a África a sus mejores tropas y a su mejor general, al valiente Galib. Habiéndole hecho venir a Córdoba, le dijo: «Parte, Galib, cuida de no volver sino vencedor, y sabe que me podrás hacerte perdonar una derrota, sino muriendo en el campo de batalla. No economices dinero, repártelo a manos llenas entre los partidarios de los rebeldes. Destrona a todos los Edrisitas y envíalos a España.»

Galib atravesó el estrecho con lo mejor de las tropas españolas. Desembarcó en Cázar-Mazmuda entre Ceuta y Tánger, y marchó en seguida hacia adelante. Ibn-Khennun trató de detenerlo; sin embargo, no hubo batalla propiamente dicha, sino escaramuzas que duraron muchos días, durante los que Galib trató de corromper a los jefes del ejército enemigo. Y lo consiguió. Seducidos por el oro que les ofrecía, así como por los soberbios vestidos y las espadas llenas de pedrería, que se hacían brillar ante sus ojos, casi todos los oficiales de Ibn-Kennun se pasaron a la bandera omeya. El Edrisita no tuvo más remedio que meterse en una fortaleza que se hallaba en la cresta de una montaña y que llevaba el nombre bien elegido de «Roca de las águilas.»

El Califa recibió con mucha alegría la noticia de este primer triunfo; pero cuando supo cuánto dinero había gastado Galib para comprar a los jeques berberiscos, le pareció que este general, había tomado demasiado a la letra, la recomendación que le había hecho. En efecto, ya sea que se derrocharan en la Mauritania los tesoros del Estado, sea que los robaran, los gastos cuya cuenta se presentó al Califa se pasaban de la raya. Para poner término a estas prodigalidades o a estos latrocinios, resolvió Haquem enviar a Mauritania como interventor general de hacienda a un hombre de reconocida probidad. La elección recayó en Ibn-abi-Amir, que fue nombrado cadí supremo de Mauritania con orden de intervenir todos los hechos de los generales, y especialmente sus operaciones financieras. Y al mismo tiempo se mandó a los empleados militares y civiles, la orden de no hacer nada sin consultarlo previamente con Ibn-Abí-Amir y obtener su consentimiento.

Por primera vez de su vida se encontró Ibn-Abí-Amir en contacto con el ejército y sus caudillos. Era precisamente lo que deseaba, aunque sin duda hubiera preferido que hubiese tenido lugar en otras circunstancias y condiciones. La tarea que se le había impuesto era sumamente difícil y delicada. Su interés le aconsejaba atraerse a los generales, y, sin embargo, había sido enviado al campamento para ejercer sobre ellos una vigilancia siempre odiosa.

Gracias a la singular destreza, cuyo secreto él solo poseía, supo salir del apuro y conciliar su interés con su deber. Cumplió su misión a la entera satisfacción del Califa, pero lo hizo con tantas consideraciones para con los oficiales, que estos en lugar de tomarle odio, como hubiera podido temerse, no le regateaban sus elogios. Al mismo tiempo se concilió la amistad de los príncipes africanos y de los jeques de las tribus berberiscas, que le fue muy útil en adelante. Acostumbróse también a la vida del campamento, y se ganó el afecto de los soldados, a quienes acaso un instinto secreto decía que en ese cadí había la madera de un guerrero. Entretanto Galib, después de haber sometido a los demás Edrisitas había ido a sitiar a Ibn-Khennun en su Roca de las Águilas, y como este castillo era, si no inexpugnable, por lo menos muy difícil de tomar, el Califa envió a Mauritania nuevas tropas, sacadas de las guarniciones que defendían las fronteras septentrionales del imperio, mandadas por el Visir Yahya-ibn-Mohamed Todjibi, virrey de la Frontera superior. Habiendo llegado este refuerzo en octubre de 973, se estrechó el sitio con tal vigor, que Ibn-Khennun tuvo que capitular (fin de febrero del 974.) Pidió y obtuvo para él, su familia y sus soldados libertad de vidas y haciendas, pero se obligó a entregar la fortaleza e ir a Córdoba.

Pacificada la Mauritania, Galib repasó el Estrecho acompañado de todos los príncipes Edrisitas. El Califa y las personas notables de Córdoba salieron al encuentro del vencedor, cuya entrada triunfal fue una de las más notables que presenciara nunca la capital de los Omeyas (21 de setiembre del 974.) Por lo demás, el Califa se mostró generosísimo con los vencidos, y sobre todo, con Ibn-Kennun a quien prodigó regalos de toda especie, y como sus soldados, que eran setecientos, fueran famosos por su bravura, los tomó a su servicio haciéndolos inscribir en el registro del ejército.

La entrada de Galib en la capital fue el último día bueno de la vida del Califa. Poco tiempo después, hacia el mes de diciembre, tuvo un grave ataque de apoplejía. Conociendo él mismo que su fin se aproximaba, ya no se ocupó más que de buenas obras. Emancipó un centenar de esclavos, rebajó en una sexta parte las contribuciones reales en las provincias españolas, y mandó que el arrendamiento de las tiendas de los guarnicioneros de Córdoba, fuera entregado periódicamente y a perpetuidad a los maestros encargados de la instrucción de los niños pobres. En cuanto a los negocios del Estado de que no podía ocuparse sino a raros intervalos, abandonó su dirección al visir Mozhafí, y pronto pudo conocerse que otra mano dirigía el timón. Más económico que su amo, Mozhafí observó que la administración de las provincias africanas y la manutención de los príncipes Edrisitas costaba demasiado al erario. Por consiguiente, después de haber hecho que estos se comprometieran a no volver a Mauritania, los hizo marchar a Túnez, de donde se fueron a Alejandría y habiendo llamado a España al visir Yahya-ibn-Mohamed-el-Todjibita, que desde la venida de Galib era virrey de las posesiones africanas, confió el gobierno de estas a dos príncipes indígenas Djafar y Yahya hijos de Al-ibn-Hamdun. Esta última medida le había sido dictada no solo por una prudente economía, sino por el temor que le inspiraban los cristianos del Norte. Enardecidos con las enfermedades del Califa y con la ausencia de sus mejores tropas, estos habían vuelto a comenzar las hostilidades en la primavera del 975 y ayudados por Abul-Ahwaz Man, de la familia de los Todjibitas de Zaragoza, habían puesto sitio a muchas fortalezas musulmanas. Mozhafí juzgó con razón que en aquellas circunstancias, debía proveer ante todo a la defensa

del país y en cuanto estuvo de vuelta el bravo Yahya ibn-Mohamed se apresuró a nombrarlo de nuevo virrey de la Frontera superior.

En cuanto al Califa solo un pensamiento le ocupaba en los últimos meses de su vida, el de asegurar el trono a su hijo, niño todavía. Antes de su advenimiento al trono, no había visto realizarse su mayor deseo, el de tener hijos, y como era ya de edad bastante avanzada casi desesperaba de lo porvenir, cuando en el año 972, Aurora le dio uno que recibió el nombre de Abderramán y tres años más tarde otro, Hixem. Inmensa fue la alegría que el nacimiento de estos dos hijos produjo al Califa y desde esta época databa la influencia casi ilimitada que Aurora ejercía en el ánimo de su esposo. Pero nublóse pronto su alegría. Su primogénito, la esperanza de su vejez, murió pequeño. No le quedaba ya más que Hixem y se preguntaba con ansiedad si sus súbditos en vez de reconocer a este niño por soberano no darían más bien la corona a uno de sus tíos. Esta inquietud era muy natural. Nunca se había sentado hasta entonces un menor en el trono de Córdoba y la idea de una regencia repugnaba a los árabes en extremo. Y sin embargo, Haquem no quería por nada en el mundo que le sucediera nadie más que su hijo, y, además, había una antigua profecía que decía que la dinastía omeya había de caer, en cuanto saliera la sucesión de la línea recta.

Para asegurar el trono a su hijo, el Califa no veía más medio que hacerlo jurar lo antes posible. Por consiguiente, convocó a los grandes del reino a una sesión solemne, que debía tener lugar el 5 de febrero del 976. En el día prefijado declaró su intención a la asamblea invitando a todos los que la componían a firmar un acta en la que Hixem era declarado heredero del trono. Ninguno se atrevió a negarse y entonces el Califa encargó a Ibn-Abí-Amir y al secretario de Estado Maisur liberto de Aurora de mandar sacar muchas copias de esta acta, de enviarlas a las provincias españolas y africanas y de invitar, no solo a los notables sino hasta los hombres del pueblo, a que la firmasen. Esta orden fue ejecutada inmediatamente y como se temía demasiado al Califa, para atreverse a desobedecerlo, no faltaron las firmas en ninguna parte. Además, el nombre de Hixem fue pronunciado desde entonces en las oraciones públicas, y cuando Haquem murió, (1 de octubre del 976, llevaba a la tumba la firme convicción de que su hijo había de sucederle y que en caso de necesidad Mozhafí e Ibti-abi-Amir, que acababa de ser nombrado mayordomo, sabrían hacer respetar a los Andaluces el juramento que habían prestado.

CAPITULO XXIV

HIXEM II

VII

Haquem había expirado en los brazos de sus dos principales eunucos Fayic y Djaudhar. Excepto ellos, todo el mundo ignoraba todavía que hubiera muerto. Ellos resolvieron tenerlo secreto, y trataron sobre el partido que habían de tomar.

Aunque esclavos, estos dos eunucos, de los que uno tenía el título de maestro guardarropas y el otro el de gran halconero, eran grandes señores, hombres poderosos. Tenían a su servicio multitud de servidores armados que pagaban, y que no eran ni eunucos, ni esclavos. Tenían además a sus órdenes un cuerpo de mil eunucos eslavos, todos esclavos del Califa, pero al mismo tiempo muy ricos, pues tenían grandes posesiones y palacios. Este cuerpo que pasaba por ser el mejor ornato de la corte, gozaba de enormes privilegios. Sus individuos oprimían y maltrataban a los Cordobeses de todas maneras y el Califa a pesar de su amor a la justicia, había cerrado siempre los ojos sobre sus delitos y hasta sobre sus crímenes. A los que llamaban su atención sobre las violencias que cometían contestaba invariablemente: «Estos hombres, son los guardas de mi harén, tienen toda su confianza, y me es imposible estarlos reprendiendo continuamente; pero estoy convencido de que si mis súbditos, como debían, los trataran con amabilidad y con respeto, no tendrían de qué quejarse.» Tal exceso de bondad había hecho a los eslavos vanos y orgullosos. Se consideraban como el cuerpo más poderoso del Estado, y sus jefes, Tayic y Djaudhar, imaginaban que de ellos solo dependía la elección del nuevo Califa.

Pero ni uno ni otro querían a Hixem. Si este niño subía al trono, el ministro Mozhafí, a quien ellos no querían, reinaría de hecho, y su influencia sería casi nula. Verdad es que la nación había jurado ya a Hixem, pero los dos eunucos apreciaban en lo que vale un juramento político, y sabían que la mayor parte de los que habían jurado, lo habían hecho a regañadientes. Tampoco ignoraban que la opinión pública rechazaba la idea de una regencia, y que pocos deseaban ver subir al trono un jefe temporal y espiritual, que todavía no tenía doce años. Por otra parte, esperaban volver a ganarse fácilmente su popularidad que tenían muy comprometida, si respondiendo al voto general daban la corona a un príncipe de edad más madura. Únase a esto que el príncipe que les debiera su elevación, estaría ligado a ellos por los lazos de la gratitud y que podían lisonjearse con la esperanza de gobernar en su nombre el Estado.

Resolvieron, pues, en seguida dejar a Hixem A un lado, y también se pusieron de acuerdo en dar la corona a su tío Moghira que contaba entonces veintisiete años, a condición de que este había de nombrar por sucesor a su sobrino, pues no querían que pareciera que olvidaban de todo punto la última voluntad de su antiguo amo. Convenidos estos puntos, dijo Djandhar:

«Ahora es preciso hacer venir a Mozhafí, le cortamos la cabeza, y después podemos ejecutar nuestros proyectos.» Mas la idea de este asesinato hizo temblar a Fayic, que menos previsor que su colega, era en cambio más humano. «¡Dios mío! exclamó: qué, hermano mío, ¿queréis matar al secretario de nuestro señor, sin que haya hecho nada porque merezca la muerte? Guardémonos de principiar derramando sangre inocente. En mi opinión, Mozhafí, no es peligroso, y creo que no ha de estorbar nuestros proyectos.» No era Djaudhar de esta opinión, pero como Fayic era su superior, tuvo que ceder. Resolvióse, pues, ganar a Mozhafí por la buena, y se le mandó venir a palacio. Cuando llegó le informaron los dos eunucos de la muerte del Califa, y habiéndole comunicado su proyecto, le pidieron su ayuda.

El plan de los eunucos repugnaba en extremo al ministro, pero como los conocía y sabía de lo que eran capaces, fingió que lo aprobaba. «Vuestro proyecto, les dijo, es sin duda el mejor que puede imaginarse. Ejecutadlo; yo y mis amigos os ayudaremos con todas nuestras fuerzas. Sin embargo, haríais bien en aseguraros del asentimiento de los grandes del reino, pues sería el medio mejor de evitar una revuelta. En cuanto a mí, la línea de mi conducta está trazada; defenderé la puerta de palacio y esperaré vuestras órdenes»

Habiendo logrado de este modo inspirar a los eunucos una falsa seguridad, Mozhafí convocó a sus amigos, a saber, a su sobrino Hixem, a Ibri-Abí-Amir, a Ziyad ibn-Aflah (cliente de Haquem II,) a Casim ibn-Mohamed, (hijo del general Ibn-Tomlos que había muerto en África contra ibn-Kennun) y a algunos otros hombres influyentes. Hizo venir también a los capitanes de las tropas españolas y a los jefes del regimiento africano de los Beni-Birzer, que era con el que más contaba. Y habiendo reunido a todos sus partidarios les comunicó la muerte del Califa, y el proyecto de los eunucos, y continuó en estos términos: «Si Hixem subo al trono nada tendremos que temer, y podemos hacer lo que queramos; pero si Moghira triunfa perderemos nuestros empleos, y quizá la vida, pues ese príncipe nos odia»

Toda la asamblea fue de su opinión, y le aconsejaron hacer abortar el proyecto de los eunucos, haciendo matar a Moghira, antes que este supiera la muerte de su hermano. Mozhafí aprobó este proyecto, pero cuando preguntó quién se encarga de ejecutarlo, no recibió respuesta. Ninguno quería mancharse con semejante asesinato.

Ibn-Abí-Amir tomó entonces la palabra: «Temo, dijo, que nuestro negocio concluya mal. Somos los amigos del jefe que está presente: lo que mande es preciso hacerlo, y pues que ninguno de vosotros quiere encargarse de esta empresa, yo me encargo; siempre sin embargo que nuestro jefe lo apruebe. Nada temáis, y tened confianza en mí.» Estas palabras produjeron una sorpresa general. No se esperaba que un empleado civil se presentara a cometer un asesinato, que guerreros acostumbrados a escenas de sangre y de carnicería, no osaban cometer. Aceptóse sin embargo, su oferta sin tardanza, y le dijeron: «Después de todo tenéis razón en encargaros de la ejecución de este proyecto. Como teníais el honor de ser admitido en la intimidad del Califa Hixem y gozáis también de la estimación de muchos otros miembros de la familia real, nadie como vos puede cumplir una comisión tan delicada»

Ibn-Abí-Amir montó a caballo, y acompañado del general Bedr (pariente de Abderramán III), de cien guardias de corps y de algunos escuadrones españoles, se dirigió al palacio de Moghira. Cuando llegó, apostó los guardias de corps en la puerta, hizo cercar el palacio por las

otras tropas y penetrando solo en el salón donde se hallaba el príncipe, le dijo que el Califa había dejado de existir y que Hixem le había sucedido. «Sin embargo, añadió: los visires temen que estéis descontento de estas disposiciones, y me han enviado a vos para preguntaros lo que pensáis»

El príncipe palideció al escuchar estas palabras. Demasiado comprendía lo que significaban, y viendo ya la espada suspendida sobre su cuello, contestó con voz trémula: «La muerte de mi hermano me aflige mucho más de lo que pudiera explicar, pero veo con satisfacción que le haya sucedido mi sobrino. ¡Ojalá que su reinado sea largo y feliz! Decid a los que os han enviado, que los obedeceré en todo, y que cumpliré el juramento que tengo prestado a Hixem. Exigid de mí todas las garantías que queráis, pero si habéis venido para otra cosa, os suplico que tengáis piedad de mí. ¡Por Dios os pido que me perdonéis la vida, y penséis maduramente lo que vais a hacer!»

Ibn-Abi-Amir tuvo lástima de la poca edad del príncipe y dejándose ganar por su aire cándido, creyó en la sinceridad de sus protestas. No se había detenido ante la idea de un asesinato que juzgaba provechoso al bien del Estado y de sus propios intereses; pero no quería manchar sus manos con sangre de un hombre que no le parecía temible. Escribió pues, a Mozhafí diciéndole que había encontrado al príncipe en las mejores disposiciones, que por su parte no había nada que temer y que por consiguiente le pedía autorización para dejarle la vida y encargó a un soldado de llevar esta carta al ministro. Poco después el soldado vino con la respuesta de Mozhafí concebida en estos términos: «Tú lo estás echando a perder todo con tus escrúpulos y comienzo a creer que nos has engañado. Cumple tu deber o enviaremos otro en tu lugar»

Ibn-Abi-Amir, enseñó al príncipe la carta que contenía su sentencia de muerte y luego, no queriendo ser testigo del hecho horrible que iba a ejecutarse, salió de la sala y mandó que entraran a los soldados. Estos sabiendo ya lo que tenían que hacer estrangularon al príncipe y habiendo colgado su cadáver en un gabinete contiguo, dijeron a los criados que el príncipe se había ahorcado cuando querían obligarlo a ir a prestar homenaje a su sobrino. Poco después, recibieron de Ibn-Abí-Amir la orden de enterrar el cadáver en la sala y de tapiar las puertas.

Cumplida su comisión, Ibn-Abí-Amir volvió en busca del ministro y le dijo que estaban ejecutadas sus órdenes. Mozhafí le dio las gracias con efusión y para mostrarle su reconocimiento le hizo sentar a su lado.

Fayic y Djaudhar no tardaron en saber que Mozhafí los había engañado y había desbaratado su proyecto. Uno y otro, pero Djaudhar sobre todo, estaban furiosos. «Veis ahora, dijo a su colega, como tenía razón cuando decía que ante todo era preciso desembarazarnos de Mozhafí; pero no quisisteis creerme.» Sin embargo, se vieron obligados a poner buena cara a mal juego y yendo a buscar a Mozhafí se excusaron diciendo, que habían tenido una mala idea y que su plan era mucho mejor que el de ellos. El ministro que los odiaba tanto como ellos lo odiaban a él, pero que por el momento no podía pensar en castigarlos, pareció aceptar sus explicaciones, de modo que al menos en apariencia se restableció la paz entre unos y otros.

A la mañana siguiente (lunes 2 de octubre) los habitantes de Córdoba recibieron la orden de ir a palacio. Cuando llegaron encontraron al joven Califa en la sala del trono y cerca de él a

Mozhafí que tenía a Fayic a su derecha y Djaudhar a su izquierda, ocupando también los demás dignatarios sus respectivos puestos. El Cadí Ibn-as-Salim hizo que prestaran juramento al monarca, primero sus tíos y sus primos, luego los visires, los empleados de la corte, los principales Coraichitas y los notables de la capital. Hecho esto, Ibn-Abí-Amir quedó encargado de hacérselo prestar al resto de la asamblea. La cosa no era fácil, porque había refractarios, pero gracias a su elocuencia y a su talento persuasivo, Ibn-Abí-Amir consiguió llevarla a buen término; de modo que apenas quedaron dos o tres personas que persistieran en su negativa. Todo el mundo convino pues en alabar el tacto y la habilidad de que el inspector de moneda había dado pruebas en esta ocasión.

Hasta aquí todo había salido bien a Mozhafí y a sus partidarios, y el porvenir parecía sereno. El pueblo, a juzgar por su actitud tranquila y resignada, se había acostumbrado a la idea de una regencia, que antes le inspiraba tanto miedo y aversión. Pero estas apariencias eran engañosas; el fuego se ocultaba bajo las cenizas. Maldecíase en secreto a los grandes señores, ávidos y ambiciosos que se habían apoderado del poder y que habían inaugurado su reinado con el asesinato del infeliz Moghira. Los eunucos eslavos tuvieron buen cuidado de fomentar el descontento de la capital, y en poco tiempo llegó a ser tal, que de un momento a otro podía convertirse en rebelión. Ibn-Abí-Amir que no se hacía ilusiones sobre el estado de los ánimos, aconsejó entonces a Mozhafí intimidar al pueblo con un paseo militar, despertar el amor que siempre había tenido a sus monarcas, enseñándole al joven Califa y contentarlo con la abolición de algún impuesto. Habiendo aprobado el ministro estas proposiciones, se resolvió que el Califa se presentara al pueblo el sábado 7 de octubre. En la mañana de este día, Mozhafí, que hasta entonces no había llevado más que el título de visir, fue nombrado, o más bien, se nombró a sí mismo *hadjib* o primer ministro, mientras que Ibn-Abí-Amir por voluntad expresa de Aurora fue promovido a la dignidad de visir con encargo de gobernar juntamente el Estado con Mozhafí. En seguida Hixem II recorrió a caballo las calles de la capital, rodeado de un número inmenso de soldados, y acompañado de Ibn-Abí-Amir. Al mismo tiempo se publicó un decreto por el cual fue abolido el impuesto sobre el aceite, uno de los más odiosos, y que pesaba principalmente sobre las clases inferiores. Estas medidas, y sobre todo la última, produjeron el efecto que se habían propuesto, y como Ibn-Abí-Amir, tuvo buen cuidado de que se supiera por sus amigos que él era quien había aconsejado la abolición del impuesto sobre el aceite; el pueblo de las calles le proclamó un verdadero amigo de los pobres.

Todavía, sin embargo, los eunucos continuaron urdiendo complots, y Mozhafí fue informado por sus espías de que personas muy sospechosas y que parecían servir de intermediarias entre los eunucos y sus amigos de fuera, entraban y salían sin cesar por la puerta de Hierro. A fin de hacer más fácil la vigilancia, el primer ministro hizo tapiar esta puerta, de modo que ya no se podía entrar en palacio más que por la de la Sodda. Además suplicó a Ibn-Abí- Amir, que hiciera todos los esfuerzos posibles para quitar a Fayic y a Djauhar todos sus servidores armados que no eran ni eunucos ni esclavos. Ibn-Abí-Amir se lo prometió, y lo cumplió tan bien, que a fuerza de dinero y de promesas, quinientos hombres dejaron el servicio de los eunucos por el suyo. Como podía contar además con el apoyo del regimiento africano, de los Beni-Birzer, su poder era mucho mayor que el de sus adversarios. Djauhar lo conoció, y muy descontento de lo que sabía, presentó su dimisión de gran halconero, y pidió permiso para retirarse del palacio del Califa. Esto no era más que una

astucia. Creyendo que no podían pasarse sin sus servicios, estaba seguro de que su dimisión no sería aceptada, y que entonces tendría ocasión de dictar a sus adversarios las condiciones con que consentía permanecer en su puesto. Pero se engañó. Contra lo que esperaba, le aceptaron la dimisión. Sus partidarios se exasperaron atrozmente, y se deshicieron en invectivas y en amenazas contra Mozhafí, e Ibn-Abí- Amir. Dorrí, mayordomo segundo, uno de sus jefes, se señaló sobre todos por la violencia de sus discursos. entonces Mozhafí encargó a Ibn-Abí-Amir que buscara un medio cualquiera para deshacerse de este hombre. El medio no era difícil de encontrar. Dorrí era señor de Baeza, y los habitantes de este distrito tenían mucho que sufrir con la tiranía y la rapacidad de los intendentes de su amo. Ibn-Abí-Amir, se aprovechó de esta circunstancia. Mandó decir secretamente a los habitantes de Baeza que si querían presentar querella contra su señor y sus empleados, podían estar seguros de que el gobierno les daría la razón. No dejaron de hacerlo, y Dorrí fue requerido por orden del Califa de ir al visirato, a fin de carearlo con sus súbditos. Obedeció, pero habiendo llegado a la casa, y viendo que se había desplegado grande aparato militar quiso retroceder, pero Ibn-Abí-Amir lo impidió cogiéndolo por el cuello. Siguióse una lucha, en la que Dorrí cogió a su adversario por la barba. Entonces Ibn-Abí-Amir, llamó a los soldados en su auxilio. Sus tropas españolas no se movieron, porque respetaban demasiado a Dorrí para atreverse a poner las manos sobre él, pero los Beni-Birzel, que no tenían estos escrúpulos, acudieron en seguida, arrestaron a Dorrí y comenzaron a maltratarlo. Un sablazo de plano lo dejó sin sentido, y así lo llevaron a su casa, donde lo acabaron durante la noche.

Conociendo que con este asesinato se habían malquistado irreparablemente con los eslavos, ambos ministros tomaron al punto una medida decisiva. Fayic y sus amigos recibieron orden del Califa para salir en seguida de palacio; luego se les formó causa por malversación y fueron condenados a multas muy considerables, que empobreciéndolos los dejaron en estado de no poder dañar a los ministros. Respecto de Fayic, que se creyó el más peligroso de todos, se procedió todavía con más rigor: fue desterrado a una de las Baleares, donde murió poco después. En cuanto a los eunucos menos comprometidos, se les dejaron sus empleos, y Socr, uno de ellos, fue nombrado jefe de palacio y de los guardias de corps.

Estas medidas, aunque tomadas por los dumviros en su propio interés, los hacían sin embargo populares. El odio que los Cordobeses profesaban a los Eslavos, de quien tanto habían tenido que sufrir, era inmenso y se regocijaron mucho de su ruina.

Por otra parte, se murmuraba mucho del gobierno por su inacción con los Cristianos del Norte. Estos que, como ya hemos dicho, habían vuelto a comenzar sus hostilidades cuando Haquem II cayó enfermo, se hacían cada día más audaces, y llevaban sus atrevidas expediciones hasta las mismas puertas de Córdoba. Mozhafí no carecía para rechazarlos ni de dinero, ni de tropas, pero no entendiendo nada de guerra, no hacía casi nada en defensa del país. La sultana Aurora se alarmaba con razón, tanto de los progresos de los Cristianos, como del descontento de los Andaluces, que era su consecuencia. Comunicó sus temores a Ibn-Abí-Amir a quien hacía mucho tiempo que indignaban la debilidad y la incapacidad de su colega, pero que tranquilizó a la Sultana diciéndole que, si conseguía obtener dinero y el mando del ejército estaba seguro de vencer al enemigo. Después de esta conversación, dijo expresamente a su colega que, si persistía en su inactividad pronto se les escaparía el poder y que no solo era

su deber sino también su interés tomar sin demoras medidas enérgicas. Mozhafí, que conocía tenía razón, reunió entonces a los visires y les propuso enviar un ejército contra los Cristianos. Esta proposición combatida por alguno, fue aprobada por la mayoría y se trataba solo de saber quién mandaría el ejército, pero la responsabilidad en aquellas circunstancias parecía tan grande a los visires, que ninguno de ellos quiso tomarla sobre sí. «Yo me encargo de mandar las tropas, dijo entonces Ibn-Abí-Amir, pero a condición de que he de tener libertad de elegirlas por mí mismo y de que se me ha de dar un subsidio de cien mil monedas de oro.» Esta suma pareció exorbitante a un visir y lo dijo. «Pues bien, exclamó entonces Ibn-Abí-Amir, tomad vos doscientas mil y poneos a la cabeza del ejército si os atrevéis» El otro no se atrevió y se resolvió confiar el mando a Ibn-Abí-Amir y darle el dinero que pedía.

Habiendo elegido para acompañarle las mejores tropas del Imperio, el visir salió a campaña hacia fines de febrero del 977. Pasó la frontera y puso sitio delante de la fortaleza de los Baños, una de las que Ramiro II, había hecho reedificar después de la gloriosa victoria de Simanca. Habiéndose hecho dueño del arrabal, recogió un considerable botín y hacia mediados de abril volvió a Córdoba con gran número de prisioneros.

El resultado de esta campaña, bien que en el fondo poco importante causó sin embargo gran alegría en la capital, lo que era muy natural en aquellas circunstancias. Por primera vez desde el principio de la guerra, el ejército musulmán había vuelto a tomar la ofensiva y dado una lección al enemigo, lección de que este se acordó tanto, que en adelante no se atrevió ya a venir a turbar el sueño de los Cordobeses. Esto era mucho a los ojos de estos últimos y por el pronto no pedían más, pero si acaso exageraban los triunfos obtenidos, es imposible desconocer la gran importancia de esta campaña para el mismo Ibn-Abí-Amir. Queriendo ganarse el afecto del ejército, que acaso tenía aun cierta desconfianza de este ex-cadí, transformado en general, prodigó el oro que había recibido a título de subsidio y durante toda la duración de la campaña tuvo mesa franca. Consiguió plenamente su proyecto. Oficiales y soldados se extasiaban con la afabilidad del visir, con su liberalidad y hasta con los talentos de sus cocineros. En adelante podía contar con su adhesión; siempre que continuara recompensando con largueza sus servicios, eran suyos en cuerpo y alma.

VIII

A medida que aumentaba el poder de Ibn-Abí-Amir, Mozhafí perdía su influencia. Era hombre de escaso mérito y de humilde cuna, pero como su padre, berberisco valenciano, había sido el preceptor de Haquem, pronto este príncipe trasladó al hijo el afecto y la estimación que había tenido para el padre. Mozhafí tenía por otra parte las prendas que Haquem más estimaba; era literato y poeta. Su fortuna había sido maravillosa. De secretarlo íntimo de Haquem había llegado a ser sucesivamente coronel del segundo regimiento de la «Chorta», gobernador de Mallorca, y primer secretario de Estado. Pero no había sabido hacerse amigos. Tenía toda la vanidad de un advenedizo, y su insoportable orgullo mortificaba a los nobles, que lo menospreciaban a causa de su baja extracción. Cuando llegó a primer ministro, parece que quiso al principio corregirse de este defecto, pero no tardó en volver a tomar su modo altanero. Su probidad era más que sospechosa. Verdad es que pocos funcionarios estaban entonces al abrigo de esta censura, así es que acaso se le hubieran perdonado sus manifiestas concusiones, si hubiera consentido en partirlas con otros, pero él lo guardaba todo para sí, y

esto era lo que no le perdonaban. Se le acusaba además de nepotismo; casi todos los empleos importantes estaban en manos de sus hijos y de sus sobrinos. De los talentos que se requieren en un hombre de Estado no poseía ninguno. En cualquier circunstancia que salía de lo ordinario, no sabía nunca qué decir, ni qué hacer; necesitaba de otras personas que pensaran y obraran por él, y por lo común era a Ibn-Abí-Amir a quien se dirigía. Pero ¿se contentaría mucho tiempo con el papel de confidente y consejero que Mozhafí le hacía representar? Los espíritus previsores dudaban de ello; creían que no estaba lejano el momento en que Ibn-Abí-Amir querría ser primer ministro de nombre, como lo era de hecho.

Y no se engañaban. Ibn-Abí-Amir, había resuelto ya derribar a Mozhafí y trabajaba en ello activa, pero sordamente. En nada cambió su conducta con respecto a su colega; continuó tratándolo con el mismo respeto que antes, pero secretamente lo contrariaba en todo y no perdía ocasión de llamar la atención de Aurora sobre su incapacidad y las faltas que cometía.

Mozhafí no se apercibía de nada; no era a Ibn-Abí-Amir a quien temía, lo creía por el contrario su mejor amigo, a quien temía era a Galib, gobernador de la Frontera inferior que tenía sobre las tropas una influencia ilimitada. En efecto, Galib odiaba y despreciaba a Mozhafí y no hacía de ello un secreto. Justamente orgulloso con los laureles que había recogido en no sé cuántos campos de batalla, se indignaba de que un hombre salido del polvo y que no había sacado nunca la espada, fuera primer ministro. Decía a voces, que le pertenecía este puesto. En apariencia obedecía todavía a Mozhafí, pero su conducta, al menos ambigua, mostraba suficientemente que el gobierno no podía contar con él. Desde la muerte de Haquem, hacía la guerra a los Cristianos con una desidia que formaba extraño contraste con la conocida energía de su carácter. Él no era todavía traidor, ni se había puesto todavía en abierta rebelión, aún no había llamado a los Cristianos en su ayuda, pero su conducta daba a entender que haría todo esto antes de poco y si lo hacía, la caída del primer ministro era inevitable. ¿Cómo hubiera este de resistir al mejor general y a los mejores soldados del imperio secundados por Leoneses y Castellanos? Por otra parte, al menor descalabro que experimentara, sus numerosos enemigos cogerían la ocasión por los cabellos, para hacerle perder su puesto, sus riquezas y su cabeza quizá.

Mozhafí era bastante perspicaz para no desconocer el peligro que le amenazaba y en su apuro pidió consejo a sus visires y sobre todo a Ibn-Abí-Amir. Le respondieron que debía procurarse la amistad de Galib a toda costa y entonces Ibn-Abí-Amir se ofreció como mediador. La campaña que se iba a abrir le ofrecería ocasión de abocarse con el gobernador de la Frontera inferior y cuando esto sucediera, él se prometía lograr la reconciliación que Mozhafí deseaba. Tales eran sus palabras, pero meditaba un objeto muy distinto. Esperando llegar a un brillante resultado no repugnaban a su ambición las vías tortuosas y en vez de tratar de conciliar a ambos rivales, pensaba por el contrario en el medio de malquistarlos más. Así lo hizo. Asegurando siempre a Mozhafí de su entera adhesión a sus intereses, alababa a Aurora el gran talento de Galib, repetía a cada instante que no podía pasarse sin los grandes servicios de este general y que era preciso atraérselo, dándole un título más elevado que el que tenía. Sus manejos produjeron fruto. Gracias a la influencia de Aurora, Galib fue promovido a la dignidad de Dzhul-vizaratain, (jefe de la administración militar y civil) y generalísimo de todo el ejército de la Frontera; pero Mozhafí no se había opuesto a esta medida; antes, por el

contrario, había convenido en ella porque Ibn Abí-Amir le había dicho que sería el primer paso hacia la reconciliación.

El 23 de mayo, un mes solo después de su vuelta a Córdoba, Ibn-Abí-Amir, que acababa de ser nombrado generalísimo del ejército de la capital, emprendió su segunda expedición. En Madrid tuvo una entrevista con Galib. Se mostró hacia él lleno de consideraciones y deferencias y se ganó su efecto diciéndole que consideraba a Mozhafí enteramente indigno del elevado puesto que ocupaba. Pronto se trabó una estrecha alianza entre los dos generales que convinieron en trabajar de concierto en la caída de Mozhafí. Luego habiendo pasado la Frontera, tomaron la fortaleza de Mola, donde recogieron mucho botín y prisioneros. Concluida la campaña se despidieron uno de otro, pero en el momento de separarse Galib dijo a su nuevo amigo. «Esta expedición ha tenido pleno éxito; ella os procurará gran fama y la corte ha de regocijarse tanto que no pensará en investigar vuestras intenciones ulteriores. Aprovechad esta circunstancia y no salgáis de palacio sin haber sido nombrado prefecto de la capital en lugar del hijo de Mozhafí.» Habiendo prometido Ibn-Abí-Amir no olvidarse de este consejo, volvió a tomar el camino de Córdoba mientras que Galib se volvía a su gobierno.

A decir verdad, el honor de la campaña correspondía a Galib. Él era quien todo lo había dirigido y ordenado, e Ibn-Abí-Amir, que estaba haciendo aun su aprendizaje en expediciones militares, se había guardado muy bien de contradecir en nada a este general experimentado y envejecido en el ejercicio de las armas. Pero el mismo Galib que quería elevar a su joven aliado, presentó las cosas bajo otro punto de vista. Apresuróse a escribir al Califa que Ibn-Abí-Amir había hecho maravillas, que a él solo se le debían los triunfos obtenidos y que era acreedor a una brillante recompensa. Esta carta que la corte había recibido antes de la vuelta de Ibn-Abí-Amir, la había dispuesto en su favor, así que obtuvo sin gran trabajo el ser nombrado prefecto de la capital en reemplazo del hijo de Mozhafí. ¿Cómo había de rehusarse nada a un general que venía triunfante por segunda vez y del que el mayor guerrero de la época alababa la pericia y el valor? Y luego se salía a poca costa del hijo de Mozhafí que no debía su elevación más que a la influencia de su padre y que lejos de justificarla con su conducta, se había mostrado completamente indigno de ella. En efecto, su avidez era tal que por poco dinero que le dieran cerraba los ojos aun sobre los crímenes más abominables. Se decía con razón, que ya no había policía en Córdoba, que los ladrones de alta y baja estofa campaban por sus respetos, que era preciso velar toda la noche para no ser robado o muerto en su misma casa, en una palabra, que los habitantes de una ciudad fronteriza estaban más seguros que los que moraban en la residencia del Califa. Provisto da su diploma de prefecto, y vestido con la pelliza de honor con que se le había remunerado, Ibn-Abí-Amir fue al punto al palacio de la Prefectura. Mohamed-Mozhafí estaba allí sentado con toda la pompa propia de su rango. Su sucesor le enseñó la orden del Califa y le dijo que podía retirarse. Él obedeció suspirando.

Instalado apenas en su nuevo empleo, tomó Ibn-Abí-Amir las medidas más enérgicas para restablecer la seguridad en la capital, Dijo a los agentes de la policía, que tenía la firme intención de castigar severamente a todos los malhechores, sin acepción de personas, y los amenazó con las más graves penas, si se dejaban sobornar. Intimidados por su firmeza, y sabiendo además que ejercía sobre ellos la más exquisita vigilancia, los agentes cumplieron desde entonces con su deber. Pronto se conoció en la capital. Los robos y asesinatos eran más

raros cada día; el orden y la seguridad renacían; las gentes honradas podían dormir tranquilas; la policía estaba allí y velaba. Por lo demás, el prefecto mostró con un notable ejemplo, que hablaba seriamente, cuando dijo que a nadie había de perdonar. Habiendo cometido su propio hijo una fechoría, y habiendo caído en manos de la policía, le mandó dar tantos correazos, que el joven expiró poco después de sufrir el castigo.

Sin embargo, Mozhafí, había abierto al fin los ojos. La destitución de su hijo resuelta en su ausencia, y a escondidas suyas, no le permitía dudar de la duplicidad de Ibn-Abí-Amir. ¿Pero qué podía contra él? Su rival era ya mucho más potente. Se apoyaba en la Sultana, de quien se creía el amante, y en las principales familias, que ligadas a los Omeyas por el lazo de la clientela se trasmitían de padres a hijos los empleos de la corte, y que preferían ver al frente de los negocios un sujeto de buena casa como Ibn-Abí-Amir, a un advenedizo que los había mortificado con un orgullo ridículo que nada justificaba. Podía contar además con el ejército, que cada día le era más adicto, y con la población de la capital que le estaba profundamente reconocida a causa de la seguridad que le había devuelto. ¿Qué podía oponer Mozhafí a todo esto? Nada, si no es el apoyo de algunos individuos aislados, que le debían su fortuna, pero con cuya gratitud no había mucho que contar. En esta lucha de la medianía contra el genio, las fuerzas eran demasiado desiguales. Mozhafí lo comprendió, conoció que no le quedaba más que un medio de salvación, y resolvió ganarse a Galib a cualquiera costa.

Escribióle haciéndole las promesas más brillantes y seductoras, y para sellar su alianza le pidió la mano de su hija Asma para su hijo Otmán. El general se dejó alucinar, y olvidando su odio, respondió al ministro que aceptaba sus ofertas, y consentía en el matrimonio propuesto. Mozhafí se apresuró a cogerle la palabra, y ya estaba el contrato de matrimonio redactado y firmado, cuando Ibn-Abí-Amir se olió estos manejos que contrariaban todos sus proyectos. Sin perder momento hizo jugar, para desbaratar los planes de su colega, todos los resortes que podía mover. A petición suya escribieron a Galib los personajes más influyentes de la corte, y él también le escribió para decirle que Mozhafí le tendía un lazo, para recordarle todas las quejas que tenía contra el ministro, y para conjurarle que permaneciera fiel a las promesas que le había hecho durante la última campaña. En cuanto al matrimonio proyectado, le decía, que si Galib deseaba para su hija una ilustre alianza, no debía entregarla al hijo de un advenedizo, sino a él, a Ibn-Abí-Amir.

Galib se dejó persuadir de que se había equivocado. Mandó decir a Mozhafí que el matrimonio de que se había hablado no podía verificarse, y en el mes de agosto o setiembre se redactó y firmó un nuevo contrato, en virtud del cual Asma debía ser esposa de Ibn-Abí-Amir.

Poco después, el 18 de setiembre salió este último de nuevo de campaña. Tomó el camino de Toledo, y habiendo reunido sus fuerzas a las de su futuro suegro, quitó a los Cristianos dos castillos, así como también los arrabales de Salamanca. A su vuelta, recibió el título de Dhul-vizaratain con un sueldo de ochenta monedas de oro mensuales. El mismo hadjib no tenía más.

Entretanto se aproximaba el tiempo fijado para el matrimonio, y el Califa, o más bien su madre, la que si realmente era querida de Ibn-Abí-Amir no era celosa, invitó a Galib a venir a Córdoba con su hija. Cuando llegó fue colmado de honores; se le dio el título de *hadjib*, y como

ya era Dhul-vizaratain y Mozhafí no lo era, fue desde entonces el primer dignatario del imperio, y por tanto, ocupaba el primer lugar en las sesiones solemnes, teniendo entonces a Mozhafí a la derecha y a Ibn-Abí-Amir a la izquierda.

El matrimonio de este último con Asma, fue celebrado el primer día del año, fiesta cristiana, pero en la que también los musulmanes tomaban parte. Habiéndose encargado el Califa de todos los gastos, los festines fueron de incomparable magnificencia, y los Cordobeses no se acordaban de haber visto jamás una comitiva tan soberbia como la que rodeaba a Asma cuando salió del palacio del Califa para ir al de su prometido.

Añadamos que, aunque este matrimonio se hizo por interés, fue sin embargo dichoso. Asma juntaba un espíritu muy cultivado a una belleza atractiva, y supo cautivar el corazón de su esposo, que le dio siempre la preferencia sobre sus demás mujeres.

En cuanto a Mozhafí, desde que Galib rechazó su alianza, se consideró perdido. Sus hechuras le abandonaban para incensar a su rival. Antes, cuando iba a palacio, se disputaban el honor de acompañarle; ahora iba solo. Su poder era nulo. Las medidas más importantes se tomaban sin su conocimiento. El infortunado viejo veía aproximarse la tormenta, y la esperaba con melancólica resignación. La horrible catástrofe llegó antes aun de lo que creyera. El lunes 26 de marzo del 978 él, sus hijos y sus sobrinos quedaron destituidos de todas sus funciones y dignidades, y se dio la orden de prenderlos y secuestrar sus bienes hasta que se les reconocieran inocentes del crimen de malversación de que se le acusaba.

Aunque semejante suceso no pudiera sorprenderlo, conmovió profundamente a Mozhafí. Su conciencia no estaba tranquila. Alguna injusticia que había cometido durante su larga carrera, se presentaba a su conciencia y la remordía. Cuando se despidió de su familia, la dijo: «No volveréis a verme vivo; la terrible oración ha sido escuchada; hace cuarenta años que espero esto.» Preguntado por el sentido de estas palabras enigmáticas, dijo: «Cuando todavía reinaba Abderramán, fui encargado de informar contra un acusado, y de juzgarlo. Yo lo encontré inocente, pero tenía mis razones para decir que no lo era, de modo que tuvo que sufrir una pena infamante; perdió sus bienes y estuvo en la cárcel mucho tiempo. Una noche que dormía, oí una voz que me gritaba: ¡Devuelve la libertad a ese hombre! Su oración ha sido escuchada, y llegará un día en que la suerte que le ha herido te hiera a tí también.» En efecto, me levanté sobresaltado y lleno de terror. Mandé llamar a aquel hombre, y le rogué que me perdonara. No quiso. Entonces le supliqué que al menos me dijera si había dirigido a Dios una plegaria que me concernía.

—Sí, me respondió; he pedido a Dios que te haga morir en un calabozo tan estrecho como aquel en que tú me has hecho gemir por tanto tiempo. Entonces me arrepentí de mi injusticia y devolví la libertad al que había sido víctima de ella. Pero el arrepentimiento venía demasiado tarde.

Los acusados fueron llevados a Azahara donde estaba la prisión de Estado. El general Hixem-Mozhafí, sobrino del ministro, que había ofendido a Ibn-Abí-Amir, atribuyéndose la gloria de los triunfos obtenidos en la última campaña, fue la primera víctima del resentimiento de este hombre poderoso. Apenas hubo llegado a la prisión, cuando lo ejecutaron.

El consejo de Estado fue el encargado de instruir la causa de Mozhafí. Duró mucho tiempo. No faltaban pruebas para declarar que durante su ministerio Mozhafí se había hecho reo de malversación, y por consiguiente, sus bienes fueron en parte confiscados, y su magnífico palacio, del barrio de la Ruzafa, vendido en subasta pública. Pero nuevas acusaciones surgían sin cesar contra él, y los visires que querían complacer a Ibn-Abí-Amir, se apresuraban a acogerlas. Condenado así, en diferentes ocasiones, y por diversos delitos Mozhafí fue despojado poco a poco de todo lo que poseía, y sin embargo los visires que creían que le quedaba todavía algo que pudieran arrebatarle, continuaban vejándolo y ultrajándolo. La última vez que fue citado a comparecer delante de sus jueces, estaba tan debilitado por la edad, la cautividad y la pena, que le costaba trabajo hacer el largo trayecto desde Azahara al palacio del visirato, y su implacable guardián no cesaba de repetirle con tono áspero que era preciso andar más de prisa y no hacer esperar al Consejo. «Poco a poco, hijo mío, le dijo entonces el anciano; deseas que muera y conseguirás tu deseo. ¡Ay, si yo pudiera comprar la muerte, pero Dios le ha puesto un precio tan grande!» Luego improvisó estos versos.

«No te fíes jamás de la fortuna porque es mudable ¡Antes, hasta los leones me temían, ahora tiemblo a la vista de un zorro! ¡Ay, qué vergüenza para un hombre de corazón, verse obligado a implorar la clemencia de un malvado!»

Cuando llegó ante la presencia de sus jueces, se sentó en un rincón de la sala sin saludar a nadie, y, viendo esto, el visir Ibn-jabir, un adulador de Ibn-Abí-Amir, le gritó:

—¿Has tenido tan mala educación, que ignoras hasta las leyes más elementales de la urbanidad?

Mozhafí guardó silencio; pero como Ibn-Djabir continuara dirigiéndole injurias, le dijo al fin.

—Tú, sí que faltas a consideraciones que me debes; pagas mis beneficios con ingratitud y todavía te atreves a decirme que falto a las leyes de la urbanidad.»

Un poco desconcertado con estas palabras, pero recobrando al punto su audacia, le contestó Ibn-Djabir:

—¡Mientes! ¿Yo deberte beneficios? Muy por el contrario» y se puso a enumerar las quejas que tenía contra él.

Cuando hubo concluido:

—No es por eso por lo que te exijo reconocimiento, le replicó Mozhafí, pero no es menos cierto que cuando te apropiaste las sumas que te habían confiado y que el difunto Califa (Dios tenga su alma) quería hacerte cortar la mano derecha, yo pedí y obtuvo tu perdón.

Ibn-Djabir negó el hecho y juró que era una calumnia infame.

—Yo conjuro a todos los que saben algo de esto, exclamó entonces el anciano indignado, que declaren si yo he dicho la verdad o no.

—Sí, hay algo de verdad en lo que decís, le replicó el visir Ibn-Iyach; sin embargo, en las circunstancias en que os encontráis, hubieras hecho mejor en no referir esa antigua historia.

—Acaso tengáis razón, le respondió Mozhafí, pero ese hombre me ha hecho perder la paciencia y he tenido que decir lo que sentía mi corazón.

El visir Ibn-Djahwar, había escuchado esta discusión con creciente repugnancia. Aunque no quisiera a Mozhafí y hubiera contribuido a su caída, sabía que se deben consideraciones hasta a los enemigos y, sobre todo, a los enemigos vencidos. Tomando entonces la palabra, dijo a Ibn-Djabir con un tono de autoridad que justificaban largos servicios y un apellido tan antiguo y casi tan ilustre como el de la misma dinastía. «¿No sabéis Ibn-Djabir, que el que ha tenido la desdicha de incurrir en la desgracia del monarca, no debe saludar a los grandes dignatarios del Estado? La razón es evidente; si esos dignatarios le devuelven su saludo, faltan a sus deberes para con el Sultán; si no se los devuelven faltan a sus deberes para con Dios. Un hombre que ha caído en desgracia, no debe pues saludar y Mozhafí lo sabe»

Completamente avergonzado con la lección que acababa de recibir, Ibn-Djabir guardó silencio, mientras que un fugitivo rayo de alegría brilló en los ojos casi apagados del desdichado viejo.

Procedióse en seguida al interrogatorio. Como se producían contra Mozhafí nuevos cargos a fin de sacarle dinero una vez más:

—Juro por lo más sagrado, exclamó, ¡que ya no tengo nada! Aunque me hagan pedazos no podría daros un solo dirhem.

Lo creyeron y dieron la orden de volverlo a la cárcel.

A partir de esta época estuvo unas veces libre, otras preso pero siempre miserable. Ibn-Abí-Amir, parecía tener un bárbaro placer en atormentarlo y difícilmente se explica el odio implacable que profesaba a esta medianía que no se hallaba en estado de perjudicarle. Todo lo que puede conjeturarse sobre esto es, que no podía perdonarle el crimen inútil que le había obligado a cometer, cuando le obligó a matar a Moghira. Sea de esto lo que quiera, él lo llevaba tras sí donde quiera que iba, sin suministrarle siquiera con qué proveer a sus necesidades. Un secretario del ministro cuenta que, durante una campaña, vio una noche a Mozhafí al lado de la tienda de su señor, mientras que su hijo Othman le daba de beber, falto de otra cosa mejor, una mala mezcla de agua y harina. La pena y la desesperación lo consumían y lo gastaban y exhalaba su dolor en poemas tan armoniosos como conmovedores. Mas, aunque hubiera dicho un día a su guarda que deseaba la muerte, se agarraba a la vida con extraña tenacidad; y lo mismo que le faltaron perspicacia y energía cuando estaba en el poder careció también de dignidad en la desgracia. Para ablandar al «zorro» descendía a las peticiones más humillantes. Una vez le suplicó que le confiriera la educación de sus hijos. Ibn-Abí-Amir que no concebía que se pudiera perder hasta este punto la propia dignidad, no vio más que una astucia en esta súplica. «Quiere quitarme la reputación y hacerme pasar por un badulaque, dijo. Muchos me han visto en otro tiempo a la puerta de su palacio y para recordárselo quiere que se le vea ahora en el patio del mío.

Durante cinco años, Mozhafí arrastró de este modo su triste y penosa existencia y como parecía obstinarse en no morirse a despecho de su mucha edad y de los numerosos disgustos, de que lo hartaban, le quitaron al fin la vida ya sea estrangulándolo, ya emponzoñándolo que en esto no están de acuerdo los autores árabes. Cuando supo que su antiguo rival había dejado de vivir, encargó Ibn-Abí-Amir dos de sus empleados para que cuidaran de su inhumación. Uno de ellos, el secretario Mohamed ibn-Ismael, refiere así la escena de que había sido testigo: «Encontré que el cadáver no presentaba señal alguna de violencia. Estaba cubierto solamente con una capa vieja que pertenecía a un llavero. Un fregón, que mi colega Mohamed ibn-Maslama había hecho venir, lavó el cuerpo (no exagero nada) sobre la hoja de tina puerta vieja que había sido arrancada de sus goznes. En seguida llevamos la camilla a la tumba acompañados solamente del imán de la mezquita, a quien habíamos encargado de recitar las oraciones de los muertos. Ninguno de los que pasaban se atrevió a fijar los ojos en el cadáver. Fue para mí una elocuente lección. Me figuraba que, en la época en que Mozhafí era todavía omnipotente, tenía que entregarle una exposición destinada a él solo. Me había colocado a su paso, pero su séquito era tan numeroso y las calles además estaban tan llenas de gente, que deseaba verlo y saludarlo, que me fue imposible aproximarme a él por más esfuerzos que hice y me vi obligado a confiar mi memorial a uno de los secretarios que cabalgaban al lado de la escolta y que eran los encargados de recibir este género de escritos. Yo comparaba esta escena a aquella de que acababa de ser testigo, reflexionando en la inconstancia de la fortuna sentía algo que me oprimía y que me impedía respirar.»

CAPITULO XXV

ALMANZOR

IX

En el mismo día en que Mozhafí había sido destituido y arrestado, Ibn-Abí-Amir fue promovido a la dignidad de *hadjib*. En adelante, partía pues, con su suegro la autoridad soberana, y su poder era tan grande que debía parecer temerario resistirle. Sin embargo, se atrevieron. El partido que quiso dar la corona a otro que al joven hijo de Haquem II, y cuya alma era el eunuco Djauhar, existía aun; demasiado lo atestiguan los versos satíricos que se cantaban por las calles de Córdoba, a despecho de la policía. Ibn-Abí-Amir no toleraba la menor alusión a las relaciones, acaso demasiado estrechas que había entre él y la Sultana, y llegó a condenar a muerte a una cantadora a quien su dueño que quería venderla al ministro, había enseñado un canto de Amor acerca de Aurora; y sin embargo, se cantaban por las calles versos tales como estos:

"Este es el fin del mundo, porque pasan las peores cosas. El Califa está en la escuela, y su madre preñada de sus dos amantes."

Mientras que se limitaron a hacer coplas a la corte, no era muy grande el peligro, pero Djauhar se atrevió a más. De concierto con el Presidente del tribunal de alzada, Abdelmelic ibn-Mondhir, urdió una conspiración, cuyo objeto era asesinar al joven Califa y colocar en el trono a otro nieto de Abderramán III, a saber, Abderramán Ibn-Obaidallah. Una multitud de cadíes, de faquíes y de literatos, entre los que se hacía notar el ingenioso poeta Ramadí, estaban complicados en esta conspiración. Ramadí tenía a Ibn-Abí-Amir un odio mortal. Había sido amigo de Mozhafí, y era del escaso número de los que le permanecieron fieles, cuando la fortuna le había vuelto las espaldas. Ardía ahora en deseos de vengarlo, y había compuesto contra Ibn-Abí-Amir sátiras virulentas.

Los conjurados estaban tanto más seguros del éxito de su empresa, cuanto que el visir Ziyad ibn-Aflah, que era entonces prefecto de la capital, estaba en el ajo. Habían convenido con él el día y la hora en que habían de ejecutar su designio. Djauhar, que no estaba ya en la corte, pero que, gracias al empleo que había tenido, podía acercarse todavía fácilmente al soberano, se encargaría de asesinarlo, inmediatamente después de lo cual sus cómplices proclamarían a Abderramán IV.

En el día prefijado, cuando el prefecto hubo salido del palacio del Califa para volverse a su casa, que estaba situada al extremo de la ciudad, llevándose consigo todos sus agentes, Djauhar pidió y obtuvo una audiencia. Puesto en presencia del Califa trató de darle de puñaladas, pero un tal Ibn-Aruz que se encontraba en el salón se echó sobre él antes que hubiera podido realizar su proyecto. Empeñóse una lucha en la que se desgarraron los vestidos de Djauhar, pero habiendo llamado Ibn-Aruz en su auxilio a la guardia, esta arrestó al eunuco. Poco después Ziyad-ibn-Aflah que había oído decir que el complot había fracasado, se presentó

en palacio a toda prisa. Ibn-Aruz le censuró su negligencia, dándole claramente a entender que lo creía cómplice del crimen que Djauhar había intentado, pero el prefecto se excusó lo mejor que pudo, protestó de su lealtad al monarca, y queriendo desmentir con su celo las sospechas que pesaban sobre él, hizo prender inmediatamente a les sospechosos, mandando conducirlos con Djauhar a la prisión de Zahra.

Instruyóse enseguida el proceso a los conspiradores, y la sentencia no se hizo esperar. El presidente del tribunal de alzada fue declarado culpable del crimen de alta traición, pero sus jueces no indicaron de una manera precisa la pena que debía sufrir, declarándolo solamente incurso en los términos de este versículo del Corán: «He aquí cuál será la recompensa de los que combatan a Dios y a su profeta, y de los que emplean todas sus fuerzas en producir desórdenes sobre la tierra: los condenaréis a muerte o les haréis sufrir el suplicio de la cruz: les cortaréis las manos y los pies alternados; serán arrojados del país.» Como se ve, en este versículo la enunciación de las penas es muy vaga, así que el tribunal dejó al Califa la elección de la que debía aplicarse. En aquellas circunstancias, debía, pues decidir el consejo de Estado, y en esta asamblea, a que pertenecía Ziyad-ibn-Aflah que se esforzaba por reconquistar el favor de Ibn-Abí-Amir, fue el primero que opinó porque se aplicara la pena más grave. Prevaleció su opinión, y Abdelmelic-ibn-Mondhir fue crucificado. El pretendiente Abderramán fue también condenado a muerte. En cuanto a Djauhar, ignoramos lo que se decidió respecto a él, pero todo inclina a creer que fue también crucificado. La suerte de Ramadí, aunque tampoco envidiable, fue menos dura. Ibn-Abí-Amir, que quería desterrarlo, se dejó ablandar por las súplicas de los amigos del poeta, pero permitiéndole permanecer en Córdoba, puso a esta gracia una restricción cruel; hizo proclamar por los heraldos que sería severamente castigado el que le dirigiera la palabra. Condenado así a un mutismo perpetuo, el pobre poeta erraba «en adelante como un muerto,» (tal es la expresión de un autor arábigo) en medio de la multitud que llenaba las calles de la capital.

Esta conspiración había demostrado al ministro que sus más encarnizados enemigos se encontraban precisamente entre los que habían estudiado a su lado Bellas letras, Teología y Derecho. ¿Era envidia? En parte sí; Ibn-Abí-Amir su igual y su condiscípulo en otro tiempo, se había elevado demasiado para que los faquíes y los hombres de ley no le tuvieran envidia. Pero no era este el único ni el principal motivo de la aversión que les inspiraba: lo odiaban sobre todo a causa de las opiniones religiosas que le atribuían. Si se exceptúan algunos atrevidos pensadores y algunos poetas descreídos, los hombres educados en la escuela de los profesores de Córdoba, eran muy adictos al islamismo. Mas Ibn-Abí-Amir, pasaba con razón o sin ella por musulmán muy tibio. No se le podía censurar el que pregonara ideas liberales en materia de fe, pero se decía que era aficionado a la Filosofía y que en secreto cultivaba mucho esta ciencia. Esto era en este tiempo una acusación terrible. Ibn-Abí-Amir lo conocía. Filósofo o no, era ante todo hombre de Estado, y queriendo quitar a sus enemigos el arma terrible de que se servían contra él, resolvió mostrar por un acto notorio de ortodoxia, que era buen musulmán. Habiendo mandado venir a los ulemas más considerados, tales como Acili, Ibn-Dhacwan y Zobaidi, los llevó a la gran biblioteca de Haquem II, donde les dijo, que teniendo el propósito de acabar con los libros que trataban de Filosofía, de Astronomía y demás ciencias prohibidas por la religión, les suplicaba que ellos mismos hicieran el apartado. Pusieron enseguida manos a la obra, y cuando concluyeron la operación, el ministro mandó arrojar los

libros condenados a una gran hoguera, y a fin de demostrar su celo por la fe, quemó algunos con sus propias manos.

Esto era seguramente un acto de vandalismo. Ibn-Abí-Amir, era demasiado ilustrado para no juzgarlo así también; pero no por eso produjo menos buen efecto entre los ulemas y el pueblo bajo, tanto más cuanto que el ministro se mostró desde entonces el enemigo de los filósofos, la columna de la religión. Rodeaba a los ulemas de consideraciones y de homenajes, los colmaba de favores y escuchaba sus piadosas exhortaciones, por largas que fueran a veces, con una atención y una paciencia de todo punto edificantes. Hizo más: se puso a copiar el Corán con sus propias manos, y desde entonces, cuando se ponía en camino, llevaba siempre consigo esta copia.

Habiéndose formado así una reputación de ortodoxia, que pronto nadie se atrevió a disputarle, tan bien establecida estaba, dirigió su atención al Califa, que a medida que avanzaba en años, se hacía más temible para él.

Según el testimonio de su preceptor, Zobaidi, Hixem II anunciaba en su infancia las más felices disposiciones; aprendía con asombrosa facilidad todo lo que se le enseñaba, y tenía un juicio más sólido que la mayor parte de los niños de su tiempo. Pero cuando, muy joven aún, hubo subido al trono, su madre e Ibn-Abí-Amir se dedicaron a deprimir sistemáticamente sus facultades. No nos atreveríamos a afirmar que ellos le hicieran gustar prematuramente los goces del harem, pues si bien la circunstancia de que Hixem no tuvo nunca hijos, da cierto grado de verosimilitud a esta sospecha, no se apoya sin embargo en ningún testimonio; pero lo que sí es cierto es que se esforzaron en oscurecer su inteligencia sobrecargándolo con ejercicios de devoción, y que trataron de persuadirle de que si reinaba por sí mismo los negocios le distraerían de la contemplación de las cosas divinas y le impedirían trabajar en su salvación eterna. Hasta cierto punto habían conseguido su designio: Hixem hacía buenas obras, leía asiduamente el Corán, oraba y ayunaba; sin embargo, su inteligencia no estaba suficientemente cegada para que Ibn-Abí-Amir estuviera completamente tranquilo acerca de él, y lo que más temía era que más tarde o más temprano otras personas se apoderaran del ánimo del joven monarca y le abrieran los ojos sobre su verdadera situación. Mientras que los negocios de Estado se trataran en el palacio del Califa semejante peligro era de temer; en las idas y venidas de tantos generales y empleados una simple casualidad podía poner al Califa en relación con alguno de ellos y por poco ambicioso y diestro que fuera podía hacer caer al ministro en un cerrar de ojos. Era preciso prevenir este peligro, y para esto, Ibn-Abí-Amir, resolvió que los negocios de Estado se trataran en otra parte, a cuyo fin hizo edificar al E. de Córdoba y a orillas del Guadalquivir una nueva ciudad con un soberbio palacio para sí y otros para los altos dignatarios. En dos años quedó concluida la ciudad que recibió el nombre de Zahira, y entonces el ministro hizo trasladar allí las oficinas del gobierno. No tardó Zahira en albergar una numerosísima población. Las altas clases sociales dejaron Córdoba y Zahra para acercarse a la fuente de donde manaban todos favores; afluyeron también los comerciantes, y a poco fue tal la extensión de Zahara, que sus arrabales tocaban los de Córdoba.

Desde entonces fue fácil vigilar al Califa, y excluirle de toda participación en los negocios; sin embargo, el ministro no desdeñó nada para que su aislamiento fuera lo más completo posible. No contento con rodearlo de guardias y de espías, hizo cercar el palacio califal con un

muro y un foso, y hacía castigar de la manera más severa a cualquiera que osaba aproximarse. Hixem estaba realmente prisionero: no se le permitía salir de palacio, no podía pronunciar una palabra ni hacer un movimiento sin que el ministro no lo supiera inmediatamente, y no sabía de los negocios de Estado más que lo que este quería decirle. Mientras que tuvo todavía algunos miramientos que guardar, Ibn-Abí-Amir pretendía que el joven monarca le había abandonado la dirección de los negocios, a fin de poder entregarse enteramente a sus ejercicios espirituales; pero cuando ya se creyó seguro, no volvió a cuidarse más de él, y hasta prohibió pronunciar su nombre.

A todas estas medidas, quiso Ibn-Abí- Aimr unir otra no menos importante: reorganizar el ejército. Dos motivos le impulsaban a ello, uno patriótico y otro enteramente personal: quería hacer de España una de las primeras potencias de Europa, y desembarazarse de su colega Galib. El ejército, tal como estaba constituido, es decir, compuesto en su mayoría de árabes españoles, no parecía adecuado para ninguno de los dos proyectos. La organización militar era sin duda defectuosa. Dejaba demasiado poder a los jefes de los «djond,» y ponía pocos soldados a disposición del soberano. Verdad es que este podía servirse no solo de las tropas sacadas de los «djond» sino también de las de las fronteras, que parecen haber sido las mejores; sin embargo, la costumbre hacía que estas no fueran llamadas a las armas sino en caso de necesidad, y no formaban parte del ejército permanente. En cuanto a este último, era poco numeroso. No contaba más que cinco mil caballos, aunque la caballería fuera entonces el arma más importante, y la de que dependía la suerte de las batallas. Además estas tropas dejaban bastante que desear. El viajero Ibn-Haucal atestigua, por lo menos, que los jinetes andaluces tenían muy poca gracia, pues que no atreviéndose, o no pudiendo usar estribos, dejaban caer y flotar las piernas, y añade, que en general, el ejército español debía la mayor parte de sus triunfos no a la bravura sino a la astucia. Verdad es que el testimonio de este viajero es algo sospechoso. Como deseaba que su soberano el Califa fatimita emprendiera la conquista de la península, acaso denigró demasiado a las tropas del país; algo de verdad hay en sus críticas, y es incontestable que los árabes enmollecidos por el lujo y por la dulzura del clima habían ido perdiendo poco a poco su espíritu marcial. Ibn-Abi-Amir no podía esperar hacer con semejante ejército brillantes conquistas. Además que no tenía confianza en él en caso de que tuviera que combatir contra Galib. Y preveía, sin embargo, que la lucha con su colega era inevitable. Verdad es que este le había servido de mucho para hacer caer a Mozhafí, pero ya no podía servirle de nada, y lo que es peor, le incomodaba. Galib no aprobaba siempre las medidas que él juzgaba convenientes, y lo contrariaba sobre todo respecto a la reclusión del Califa. Cliente de Abderramán III, y realista ardiente, se afligía y se indignaba viendo al nieto de su patrono guardado y encerrado como un cautivo, o como un criminal. Ibn-Abí-Amir, poco amigo de contradicciones, estaba muy decidido a desembarazarse de su suegro, pero ¿cómo? Galib no era hombre como Mozhafí, que se pudiera echar abajo por una intriga cortesana: era un general ilustre, que si llegaba a manifestar que quería sustraer al soberano de la tiranía de su ministro, tendría de su parte casi todo el ejército, cuyo ídolo era. Ibn-Abí-Amir no se hacía ilusiones en este punto; conocía que para alcanzar su objeto, necesitaba de otras tropas, de tropas que le fueran exclusivamente adictas. En otros términos, tenía necesidad de soldados extranjeros: la Mauritania y la España cristiana se los suministraron.

Hasta entonces se había ocupado poco de la Mauritania. Por la estancia que había hecho allí en calidad de Cadí supremo, se había convencido de que la posesión de aquellas tierras lejanas, y pobres era para España, más gravosa que útil, y conformándose en esto a la política de Mozhafí, se había limitado a mantener completa la guarnición de Ceuta. Respecto a lo demás del país, había confiado su administración a los príncipes indígenas, cuidando sin embargo de mantenerlos adictos con liberalidades de toda especie. Desde el punto de vista español, esta política era sin duda buena y sensata, pero para la Mauritania tuvo funestas consecuencias. Viendo el país abandonado a sus propias fuerzas, Bologguin, virrey de Ifrikia, lo invadió en 779. Consiguió triunfo sobre triunfo, y arrojando ante sí a los príncipes que reconocían por señor al Califa omeya, los obligó a refugiarse tras de las murallas de Ceuta. Los triunfos de Bologguin, lejos de ser obstáculo a los designios de Ibn-Abí-Amir los favorecían, por el contrario. Los berberiscos amontonados en Ceuta se encontraban en gran estrechez, y como el vencedor les había quitado casi todo lo que poseían, no sabían de qué vivir. Esta era para el ministro español una ocasión excelente de proporcionarse de una vez gran número de excelentes jinetes, así, que no la dejó escapar. Escribió a los berberiscos, diciéndoles que, si querían servir en España, podían estar seguros de no carecer de nada, y de recibir un elevado sueldo. Ellos respondieron en masa a su llamamiento. Un príncipe del Zab, un tal Djfar, a quien sus aventuras hacía tiempo que habían hecho famoso, se dejó ganar también por las brillantes promesas del ministro, y vino a España con un cuerpo de seiscientos caballos. Los berberiscos no tuvieron por qué arrepentirse de su resolución. Nada pudo igualar la generosidad de Ibn-Abí-Amir respecto a ellos. «Cuando llegaron a España estos africanos, dice un historiador arábigo, sus vestidos estaban llenos de andrajos, y ninguno de ellos tenían más que un mal jamelgo; pero poco después se los vio caracolear por las calles, vestidos con las más ricas telas y montados en los más hermosos caballos, mientras que habitaban palacios que no habían imaginado ni aun ensueños.» Eran muy ávidos, pero, si ellos no dejaban de pedir, Ibn-Abí-Amir no les dejaba de dar, y era muy sensible al reconocimiento que le manifestaban. Los protegía con todos y contra todos, y no permitía que se les ofendiera, ni aun que se burlasen de la jerga que hablaban, cuando querían expresarse en árabe, porque de ordinario hablaban su lengua materna, de la que los árabes no entendían una palabra. Un día que pasaba revista a sus soldados, se le aproximó un oficial berberisco, llamado Wanzemar, y estropeando el árabe de una manera horrible, le dijo:

—Señor, os suplico que me deis una habitación, porque tengo que acostarme al raso.

—¿Pues qué, Wanzemar, le respondió el ministro, no tienes ya la casa grande que te di?

—Señor, vos me habéis echado por las bondades de que me colmasteis. Me habéis dado tantas tierras que todas las habitaciones están llenas de grano y no queda sitio para mí. Acaso me diréis que, si me estorba el grano, no tengo más que tirarlo por la ventana; pero, señor, dignaos recordar que yo soy un berberisco, es decir, un hombre que antes de ahora, se ha visto obligado a sufrir la miseria, y que ha estado a veces a punto de morir de hambre, y ya conocéis que un hombre semejante lo piense dos veces antes de tirar el grano por la ventana.

—No digo que tú seas un elocuente orador, replicó el ministro sonriendo, y sin embargo, tu estilo me parece más diserto y conmovedor que los discursos mejor hechos de mis sabios académicos. Y luego, dirigiéndose a los andaluces que lo rodeaban y que se ahogaban de risa

en tanto que hablaba el berberisco: «He aquí, les dijo, el verdadero modo de mostrar y obtener nuevos favores. Este hombre de que os reís, vale más que vosotros, decidores, no olvida los beneficios que ha recibido y no pretende que se le ha dado poco como vosotros lo hacéis todos los días.» Y mandó dar enseguida a Wanzamar un soberbio palacio.

La España cristiana le suministró también excelentes soldados. Pobres, ávidos y malos patriotas los Leoneses, los Castellanos y los Navarros se dejaron fácilmente seducir por la buena paga que el árabe les ofrecía y cuando servían una vez bajo sus banderas, su bondad su generosidad y el espíritu de justicia que presidía sus decisiones hacían tanto más querido cuanto que en su patria no estaban acostumbrados a tanta equidad. Ibn-Abí-Amir tenía para ellos infinitas consideraciones. En su ejército, el domingo era día de descanso para todos sus soldados, cualquiera que fuese su religión, y si se suscitaba alguna disputa entre un cristiano y un musulmán, siempre favorecía al cristiano. No debe pues admirarnos que los cristianos le fueran tan adictos como los bereberes. Unos y otros creían por decirlo así su propiedad. Habían renegado y olvidado su patria y la Andalucía no había llegado a ser para ellos una patria nueva; apenas entendían el idioma. Su patria era el campamento y aunque pagados por el erario público no estaban al servicio del Estado, sino al de Ibn-Abí-Amir. A él era a quien debían su fortuna; de él dependían y de él se dejaban emplear contra cualquiera.

Al mismo tiempo que daba así a los extranjeros preponderancia en el ejército, cambiaba el hábil ministro la organización de las tropas españolas, que en otro tiempo constituía su fuerza frente al gobierno. Desde tiempo inmemorial las tribus con sus divisiones y subdivisiones formaban los regimientos, las compañías y las escuadras. Ibn-Abí-Amir abolió esta costumbre e incorporó a los árabes en los diferentes regimientos sin consideración a la tribu a que pertenecían. Un siglo antes cuando los árabes estaban todavía animados del espíritu de corporación, semejante medida que implicaba un cambio radical en la ley de alistamiento y que quitaba a la nobleza los últimos restos de su poder, hubiera provocado sin duda violentas murmuraciones y acaso hubiera sido motivo de un levantamiento general; ahora se ejecutó sin obstáculo; tanto habían cambiado los tiempos. La antigua división en tribus no quedaba ya más que como recuerdo. Muchos árabes ignoraban la tribu a que pertenecían y reinaba en este punto una confusión que desesperaba a los genealogistas. Verdad es, que Haquem II, que amaba y que admiraba lo pasado, que conocía tan bien, había intentado hacer renacer esta reminiscencia de otra edad; hizo examinar por sabios las genealogías y quiso que cada árabe volviera a colocarse en su tribu, pero sus esfuerzos, contrarios a la sana política, se había estrellado contra el espíritu del siglo que tendía en todas partes y salvo raras excepciones, a la unidad y a la fusión de razas. Dando el último golpe a la antigua división en tribus, Ibn-Abí-Amir, no hizo más que acabar el trabajo de asimilación que Abderramán III, había emprendido y que el sentimiento nacional aprobaba.

Mientras que así se preparaba para la guerra, Ibn-Abí-Amir parecía vivir en buena inteligencia con su suegro. Pero este tenía sobrada penetración para equivocarse sobre el objeto de los grandes cambios que hacía su yerno en el ejército y estaba decidido a romper con él. Un día que se encontraban juntos en lo alto de la torre de un castillo fronterizo comenzó a abrumarlo de recriminaciones. Ibn-Abí-Amir le respondió con no menos vivacidad y su altercado tomó tal carácter de violencia que Galib furioso le gritó: «¡Perro! ¡Abrogándote la

autoridad suprema lo que tú preparas es la caída de la dinastía!» Y sacando la espada se precipitó sobre él echando espumarajos de cólera. Algunos oficiales trataron de contenerle, pero no lo consiguieron más que a medias; Galib hirió a Ibn-Abí-Amir y este aterrorizado se tiró desde lo alto de la torre. Afortunadamente para él se quedó enganchado de algún pico y esto fue lo que lo salvó.

Después de esta escena la guerra era inevitable, y no tardó en estallar. Galib se declaró campeón de los derechos del Califa; parte de las tropas siguieron sus banderas y consiguió además la ayuda de los leoneses. Diéronse muchos combates en los que algunos de los personajes más notables de la corte perdieron la vida. La última vez que vinieron a las manos estaba ya a punto de ser derrotado le ejército de Ibn-Abí-Amir, cuando Galib que cargaba a la cabeza de su caballería tuvo la desgracia de pegar con la cabeza contra el arzón de la silla. Gravemente herido cayó enseguida del caballo y no viéndolo sus soldados y sus aliados cristianos emprendieron la fuga, de modo que Ibn-Abí-Amir consiguió una brillante victoria. Entre los cadáveres se encontró el de Galib (d.C. 981).

Pero Ibn-Abí-Amir no se contentó con este tiempo por grande que hubiera sido. Quería al par castigar a los leoneses por el apoyo que habían prestado a su rival, y mostrar a sus compatriotas que si había formado un soberbio ejército no era solo por su interés, sino también por el de su patria, invadió pues el reino de León y le hizo sufrir un tremendo castigo. Su vanguardia mandada por un príncipe de la familia real, llamado Abdalah, más conocido con el nombre de «Piedra seca,» tomó y saqueó Zamora (julio del 981.) Verdad es que los musulmanes no pudieron obligar a que se rindiera la ciudadela, pero se vengaron talando a sangre y fuego toda la comarca. Pasaron a cuchillo tres mil cristianos, hicieron otros tantos prisioneros, y en un solo distrito destruyeron un centenar de lugares o de aldeas, casi todos bien poblados y llenos de iglesias y de conventos. Ramiro III que apenas tenía entonces veinte años se alió con Garci-Fernández, conde de Castilla y con el rey de Navarra. Marcharon juntos los tres príncipes contra Ibn-Abí-Amir y le presentaron la batalla en Rueda, al S. O. de Simancas, pero fueron batidos y la importante plaza de Simancas, cayó en poder de los musulmanes. Estos, hicieron pocos prisioneros, la mayor parte de los habitantes y de los soldados fueron muertos. Aunque la estación estaba ya muy adelantada, Ibn-Abí-Amir marchó contra León. Ramiro salió a su encuentro y trató de detenerlo. La fortuna pareció favorecer su audacia; rechazó a los enemigos y los obligó a retirarse a su campamento. Pero allí estaba Ibn-Abí-Amir. Sentado sobre una especie de trono bastante elevado, miraba la batalla y daba sus órdenes. La fuga de sus soldados le hizo estremecerse de indignación y de ira, y tirándose de su asiento, se quitó su casco de oro, y se sentó en el suelo. Sus soldados sabían lo que significaba esto. Su general no lo hacía sino cuando quería manifestarles su descontento, porque peleaban cobardemente. Así que la vista de aquella cabeza descubierta les produjo un efecto extraordinario, avergonzados de su derrota pensaron que era preciso repararla a toda costa, y dando gritos salvajes se precipitaron sobre el enemigo con tal ímpetu, que le hicieron volver grupas yéndole tan encima que entraron con él por las puertas de León, y hubieran tomado la ciudad, si una tormenta de nieve y granizo que descargó de pronto, no les obligara a suspender el combate. Cuando Ibn-Abí-Amir volvió a Córdoba (porque la proximidad del invierno le había obligado a retirarse) tomó uno de esos sobrenombres que hasta entonces no habían sido llevados sino por los Califas, y por el cual hemos de designarle en adelante, el de

Almanzor. Quiso también que se le tributaran todos los honores reales. Exigió, por ejemplo, que todo el que llegara a su presencia, sin exceptuar a los visires ni a los príncipes de la sangre, le besara la mano, como se hacía con el monarca. Se le obedeció, y era tanto el deseo que había de agradarlo, que se la besaron también a sus hijos, hasta a aquellos que apenas habían salido de la cuna.

Parecía pues omnipotente y nadie hubiera dicho que tenía rival. Él no lo juzgaba así. En su opinión había todavía un hombre que, si no era peligroso, podía serlo, y este hombre era el general Djafar, príncipe del Zab. Djafar le había hecho grandes servicios en la guerra contra Galib, pero el doble brillo de su nacimiento y de su fama, habían despertado los celos del ministro y de la nobleza de la corte. Almanzor tomó respecto a él una resolución que echa una mancha indeleble sobre su gloria. Habiendo dado órdenes secretas a los dos Todjibitas Abul-Ahwaz y Abderramán ibn-Motarrif, invitó a Djafar a un convite. Djafar aceptó la invitación. La fiesta fue magnífica y gracias a los vinos generosos estaban ya todos alegres cuando el escanciador presentó una copa al ministro. «Llévasela, dijo a este, al que más estimo.» El copero permaneció suspenso, no sabiendo a cuál de aquellos nobles convidados era al que su señor quería designar. «¡Maldito copero! exclamó entonces Almanzor, ¡llévasela al visir Djafar!» Este, lisonjeado con semejante testimonio de estimación se levantó enseguida, y cogiendo la copa la vació toda de un trago, y olvidando toda etiqueta se puso a bailar. Los demás convidados, arrastrados por su loca alegría siguieron su ejemplo.

La fiesta se prolongó hasta bien entrada la noche, y cuando se separaron, Djafar estaba ya completamente ebrio. Volvía a su casa acompañado solo de algunos pajes, cuando de pronto se vio asaltado por los soldados de los Todjibitas, y antes que tuviera tiempo de defenderse, había dejado de existir (22 de enero del 983).

Su cabeza y su mano derecha fueron enviadas secretamente a Almanzor, que fingió no conocer los autores de este asesinato, y que manifestó una profunda tristeza.

X

Si el pueblo conoció o sospechó la verdad respecto a la muerte de Djafar, pronto olvidó este crimen para no ocuparse más que de las nuevas victorias del ministro. Los asuntos del reino de León, habían tomado para éste un giro favorabilísimo. Los desastres que experimentó Ramiro III en la campaña de 981, le fueron fatales. Los grandes no querían ya a un príncipe que parecía perseguido por la desgracia, y que además lastimaba su orgullo con sus pretensiones a la autoridad absoluta. Estalló una rebelión en Galicia. Los nobles de esta provincia resolvieron dar el trono a Bermudo, primo hermano de Ramiro, y el 15 de octubre de 982 lo consagraron en la iglesia de Santiago de Compostela. Ramiro marchó al punto contra él, y se dio una batalla en Portilla de Arenas, fronterizo entre León y Galicia, pero aunque encarnizada quedó indecisa. En adelante, la fortuna favoreció cada vez más las armas de Bermudo II, y en marzo del año 984 quitó la ciudad de León a su competidor. Para no sucumbir por completo, Ramiro, que se había refugiado en las cercanías de Astorga, se vio obligado a implorar la ayuda de Almanzor, reconociéndose su vasallo. Poco después murió, (26 de junio del 984). Su madre pretendió reinar en su lugar apoyándose en los musulmanes; pero pronto se vio privada de sus auxilios.

Bermudo había comprendido que, si no se humillaba a pedir lo que había pedido Ramiro, le sería difícil sujetar a los grandes, que se negaban a reconocerlo. Dirigióse, pues a Almanzor, y las promesas que le hizo debieron ser mayores que la de su enemigo, puesto que aquel se declaró por él, poniendo a su disposición un gran ejército de musulmanes. Gracias a esta ayuda, Bermudo consiguió someter todo el reino a su autoridad, pero fue desde entonces también un lugarteniente de Almanzor, gran parte de cuyas tropas permaneció en el país tanto para vigilarlo como para ayudarlo.

Habiendo hecho así del reino de León una provincia tributaria resolvió Almanzor volver sus armas contra Cataluña. Como esta era un feudo del rey de Francia, los Califas la habían respetado hasta entonces, temiendo que si la atacaban tendrían también que combatir con los franceses. Pero Almanzor no participaba de estos temores; sabía que Francia era presa de la monarquía feudal y que los condes catalanes no podían esperar auxilio alguno por esta parte. Habiendo reunido pues, gran número de tropas salió de Córdoba el 5 de mayo del 985, llevando consigo unos cuarenta poetas asalariados para que cantaran sus victorias. Pasando por Elvira, Baza y Lorca, llegó a Murcia donde fue a vivir en casa de Ibn-Khattab. Este era un simple particular que no tenía ningún empleo, pero cuyas propiedades eran grandísimas y sus rentas enormes. Cliente de los Omeyas procedía probablemente de origen visigodo y acaso descendía de aquel Teodomiro que cuando la conquista, había hecho con los musulmanes una capitulación tan ventajosa, que él y su hijo Atanagildo reinaron como príncipes casi independientes en la provincia de Murcia. Sea de esto lo quiera, Ibn-Khattab era tan generoso como rico. Durante trece días consecutivos, no solo costeó a Almanzor con su comitiva, sino a todo el ejército desde los visires hasta el último soldado. Cuidó de que la mesa del ministro estuviera siempre suntuosamente servida; jamás le presentó por segunda vez manjares que ya hubiera comido, ni vajilla que ya hubiera usado, y llevó su prodigalidad hasta ofrecerle un baño preparado con agua de rosas. Por acostumbrado al lujo que estuviera Almanzor quedó asombrado del que desplegaba su huésped. No cesaba de elogiarlo y queriendo darle una prueba de su reconocimiento lo declaró exento de una parte de la contribución territorial, ordenando además a los magistrados encargados de la administración de la provincia que le tuvieran las mayores consideraciones y que se conformaran en todo lo posible a sus deseos.

Dejando Murcia, Almanzor continuó su marcha a Cataluña y después de haber batido al conde Borrel, llegó el miércoles, primero de Julio, delante de Barcelona, y el lunes siguiente la tomó por asalto. La mayor parte de los soldados y de los habitantes fueron pasados a cuchillo, los demás reducidos a servidumbre; la ciudad, saqueada y quemada.

Apenas de vuelta de esta campaña la vigésimo tercera que había hecho Almanzor, siempre infatigable y siempre ávido de nuevas conquistas, fijó su atención en la Mauritania. Durante muchos años había estado este país en poder de Bologguin, virrey de Ifrikia, pero desde los últimos años del reinado de este príncipe, y sobre todo después de su muerte (acaecida en mayo de 984) el partido omeya había comenzado a levantar la cabeza. Muchas ciudades, tales como Fez y Sidjilmesa, habían sacudido ya el yugo de los Fatimitas, cuando un príncipe africano que estaba ya casi olvidado, reapareció en la escena, el Edrisita Ibn-Kennum. En tiempos de Haquem II, Ibn-Kennum, como ya hemos referido, tuvo que entregarse a Galib, y habiéndolo traído a Córdoba, permaneció allí hasta que Mozhafí lo envió a Túnez, después de

haberle hecho prometer no volver a la Mauritania. Pero Ibn-Kennum no tenía intención de cumplir su promesa. Habiéndose presentado en la corte del Califa Fatimita asedió a este príncipe durante diez años, suplicándole que lo restableciera. Y habiendo obtenido al fin tropa y dinero, había vuelto a su país natal, y como había comprado el apoyo de muchos jeques berberiscos, se hallaba ahora en camino de enseñorearse de él. Esto es lo que quería impedir Almanzor, y para lo que tomó al efecto las medidas necesarias. Envió a Mauritania gran número de tropas bajo el mando de su primo hermano Askeledja. La guerra no fue de larga duración: demasiado débil para resistir a sus enemigos, Ibn-Kennum se entregó después de haber obtenido de Askeledja la promesa de que sería respetada su vida, y de que podría habitar en Córdoba como antes.

Semejante promesa hecha a un hombre muy ambicioso y pérfido era seguramente una imprudencia, y puede preguntarse si Askeledja estaba autorizado a hacerla. Los cronistas árabes nos dejan en duda respecto a este particular, pero la conducta de Almanzor nos inclina a creer que Askeledja había traspasado sus poderes. El ministro declaró que el tratado era nulo, y haciendo traer a Ibn-Kennum a España, lo hizo decapitar de noche en el camino que va de Algeciras a Córdoba, (setiembre-octubre del 985).

Aunque Ibn-Khennum hubiera sido un tirano cruel que tenía el bárbaro placer de precipitar sus prisioneros desde lo alto de la Roca de las Águilas, el modo con que fue muerto excitó sin embargo en su favor una simpatía que parece haber sido bastante general. Añádase a esto, que era un cherif, un descendiente del yerno del profeta. Atentar contra la vida de un hombre semejante era un sacrilegio a los ojos de las masas ignorantes y supersticiosas. Aun los rudos soldados, que obedeciendo las órdenes recibidas lo habían muerto, lo juzgaron así, y una tormenta que sobrevino de pronto y que los tiró a tierra, les pareció un milagro, un castigo del cielo. Unos decían que Almanzor había cometido una impiedad, otros, que había hecho una perfidia, puesto que hubiera debido respetar como suya la palabra dada por su teniente. Esto se decía en voz alta a pesar del temor que inspiraba el ministro y el descontento se manifestó de un modo tan palpable, que Almanzor no podía engañarse sobre la disposición de los ánimos, y comenzó a alarmarse seriamente. Juzgúese cuál sería su cólera, cuando supo que Askeledja estaba más indignado que nadie y que hasta delante de sus tropas se había atrevido a llamar pérfido a su primo. Audacia semejante exigía un castigo ejemplar. Así, que Almanzor se apresuró a enviar a su primo la orden de venir inmediatamente a España, le formó causa, y habiéndolo hecho condenar como reo de malversación y de alta traición lo mandó matar (octubre o noviembre del 985).

Entonces se redoblaron los clamores. Ahora se compadecían, no solo de la suerte del desgraciado cherif, sino de la de Askeledja, y se preguntaban, si no había dado Almanzor una nueva prueba de su atroz política y de su menosprecio de todos los lazos, aun de los de la sangre, haciendo decapitar a su propio primo. Los parientes de Ibn-Kennum, engañados en las esperanzas que habían concebido cuando este príncipe parecía estar a punto de conquistar toda la Mauritania, fomentaban el descontento todo lo que podían. Instruido de sus manejos, Almanzor los sentenció a todos al destierro. Entonces dejaron España y la Mauritania, pero Ibrahin-ibn-Edris, uno de ellos, lanzó todavía antes de partir, un dardo contra el ministro, componiendo un largo poema que tuvo mucha boga y en el que se encontraban estos versos:

—¡El destierro, he aquí siempre mi triste suerte! La desgracia me persigue sin cesar; es mi acreedor, el mismo día del vencimiento se me presenta. Lo que acaba de suceder me llena de estupor, nuestro infortunio es inmenso y casi imposible de remediar. Apenas puedo creer a mis ojos y casi estoy tentado do decir que me engaño. ¡Qué, existe todavía la familia de Omeya, y sin embargo un jorobado gobierna este vasto imperio! ¡He ahí soldados que marchaban alrededor de un palanquín donde va un mono rojo! Hijos de Omeya, vosotros que brillabais antes como estrellas en medio de la noche ¿cómo es que ahora ya no se os ve? Antes erais leones, pero habéis dejado de serlo y he ahí por qué ese zorro se ha hecho amo del poder.

Zorro o no,—y como se ve, el apodo que antes encontramos en un verso de Mozhafí, se quedó,—estaba convencido Almanzor de la necesidad de hacer algo que en la opinión lo rehabilitara. Resolvió por consiguiente, agrandar la mezquita, que era demasiado pequeña para contener los habitantes de la capital y los innumerables soldados venidos de África. Debía comenzarse por expropiar a los dueños de las casas que ocupaban el terreno sobre que se iba a edificar y esta era una medida que para no hacerse odiosa pedía mucho tacto y delicadeza, pero Almanzor tenía para estas cosas una admirable habilidad. Mandaba presentársele a cada propietario (lo que ya era un gran honor) y le decía: «Amigo mío, tengo el proyecto de agrandar la mezquita, santo lugar en que dirigimos nuestras oraciones al cielo y quisiera comprar tu casa en interés de la comunidad musulmana y a costa del tesoro que está bien provisto, gracias a las riquezas que he arrebatado a los infieles; dime pues, lo que quieres por ella, no te quedes corto, dime francamente lo que quieres.» Y cuando su interlocutor decía una suma que creía exorbitante, exclamaba el ministro: «Eso es muy poco, tienes demasiada conciencia. Toma, yo te doy ahora, tanto.» Y no solo le ponía el dinero en la mano, sino que mandaba que le compraran otra. Topó sin embargo con una señora que rehusó durante mucho tiempo venderle la suya. Había en su jardín una hermosa palmera por la que tenía capricho y cuando ella consintió al fin en deshacerse de su casa, fue con la condición de que se le había de comprar otra que tuviera también una palmera en el jardín. Esto era difícil de encontrar, pero en cuanto el ministro se informó de la petición de la señora, exclamó: «Pues bien le compraremos lo que desea, aunque tengamos que vaciar todas las arcas del Erario.» Después de mucho trabajo se encontró al fin una casa tal como se deseaba y se compró a un precio exorbitante.

Tanta generosidad de su fruto. Por quejas que se tuvieran contra el ministro no podía negarse que hacía las cosas grande y noblemente y por otra parte, las personas devotas se veían obligados a confesar que el ensanche de la mezquita era una obra muy meritoria. Y todavía fue otra cosa, cuando habiendo comenzado los trabajos se vio sacar los escombros a una multitud de prisioneros cristianos con grillos en los pies. Entonces se dijo que jamás había brillado tanto el islamismo y que nunca los infieles habían sido humillados a tal extremo. ¡Y luego, cuando se vio al mismo Almanzor, el señor omnipotente, el general más grande del siglo, manejar para agradar a Dios, la espiocha, el palustre y la sierra como si hubiera sido un simple trabajador! Ante semejante espectáculo enmudecieron todos los odios.

Mientras que todavía se trabajaba en el ensanche de la mezquita, se renovó la guerra contra León. Las tropas musulmanas que habían quedado en el reino lo trataban como país conquistado y cuando Bermudo II se quejaba, no recibía de Almanzor más que respuestas altivas y desdeñosas. Perdió al cabo la paciencia y tomando una atrevida resolución echó a los

musulmanes. Almanzor se vio pues, obligado de hacerle conocer una vez más la superioridad de sus armas, y en el fondo no le disgustó esta nueva guerra, porque con ella los vecinos de la capital, en lugar de hablar de cosas que en su opinión no eran de su competencia, preferirían entretenerse de nuevo con sus batallas, sus victorias y sus conquistas. Y tuvo buen cuidado de suministrarles materia para sus conversaciones. Habiéndose apoderado de Coimbra en junio de 987, arruinó la ciudad de tal modo que estuvo desierta siete años. Al siguiente atravesó el Duero y entonces el ejército musulmán se lanzó como un torrente en el reino de León, matando y destruyendo todo lo que encontraba al paso. Ciudades, castillos, conventos, iglesias, lugares, aldeas, nada se perdonó. Bermudo se había metido en Zamora, probablemente porque creía que esta ciudad sería la primera atacada, pero Almanzor le dejó de lado y se fue derecho a León. Ya una vez había estado a punto de tomarla, pero gracias a su buena ciudadela, a sus fuertes torres, a sus cuatro puertas de mármol y a sus murallas romanas que tenían más de veinte pies de espesor, era muy fuerte y resistió por mucho tiempo los esfuerzos del enemigo. Al fin logró abrir una brecha cerca de la puerta occidental, cuando el gobernador de la plaza, el conde gallego Gonzalvo González, se encontraba en cama a consecuencia de una grave dolencia. El peligro era extremo, así que el conde, enfermo y todo como estaba se hizo poner la armadura y llevar en litera a la brecha. Con su presencia y sus palabras reanimó el valor abatido de sus soldados que durante tres días consiguieron todavía rechazar a los enemigos, pero al cuarto los musulmanes penetraban en la ciudad por la puerta meridional. Entonces comenzó una horrible carnicería. El mismo conde, cuyo heroísmo hubiera debido inspirar respeto, fue muerto en su litera. Después de matar, destruyeron. No se dejó piedra sobre piedra. Puertas, torres, murallas, ciudadela, todo fue destruido hasta los cimientos. No se dejó de pie más que una sola torre que se hallaba cerca de la puerta septentrional, y que era poco más ó menos de la misma altura que las otras. Almanzor había mandado perdonarla, quería que mostrara a las futuras generaciones, cuán fuerte había sido aquella ciudad que había hecho desaparecer de la faz de la tierra.

Los musulmanes regresaron enseguida hacia Zamora, y después de haber quemado los soberbios conventos de San Pedro de Eslonza y de Sahagún, que se hallaban en su camino, pusieron sitio a esta ciudad. Bermudo se mostró menos valeroso que su teniente de León. Escapó furtivamente, y cuando hubo partido, los habitantes rindieron la plaza, que Almanzor mandó saquear. Casi todos los condes lo reconocieron entonces por soberano, y Bermudo no conservó más que los distritos de la costa. De vuelta a Azahara después de esta gloriosa campaña, tuvo Almanzor que ocuparse de asuntos gravísimos: descubrió que los grandes conspiraban contra él, y que su propio hijo Abdalah, joven de veintidós años, era de los conjurados.

Bravo y distinguido caballero, no era sin embargo querido de su padre. Este tenía sus razones para creer que no era hijo suyo, pero esto lo ignoraba el joven, y como se veía siempre postergado a su hermano Abdelmelic, que tenía seis años menos que él, y al que se creía muy superior en talento y en bravura, estaba ya grandemente descontento de su padre cuando llegó a Zaragoza, residencia del virrey de la Frontera superior, Abderramán-ibn-Motarrif el Todjibita. El aire de esta corte le fue fatal. Su huésped era el jefe de una ilustre familia, en la cual había sido el Virreinato hereditario durante un siglo, y como Almanzor había derribado sucesivamente a los hombres más poderosos del imperio, temía con razón que siendo el último

de los nobles que quedaba en pie, no cayera también a su vez, víctima de la ambición del ministro. Tenía, pues, intenciones de adelantarse, y solo esperaba para sublevarse ocasión oportuna. Ahora creyó haberla encontrado; el joven Abdallah le pareció un instrumento muy a propósito para realizar sus proyectos. Fomentó su disgusto, y poco a poco le inspiró la idea de rebelarse contra su padre. Resolvieron pues, levantarse en armas, en cuanto las circunstancias se lo permitieran, conviniendo entre sí, que, si salían en la lucha vencedores, se dividirían España, reinando Abdallah en el Mediodía y Abderramán en el Norte. Muchos altos funcionarios, tanto militares como civiles, entraron en esta conjuración, y entre otros, el príncipe real Abdalah Piedra Seca, que era entonces gobernador de Toledo. Era un complot formidable, pero cuyas ramificaciones se extendían demasiado para que pudiera quedar oculto mucho tiempo al ojo vigilante del primer ministro. Rumores vagos, al principio, pero que poco a poco tomaron consistencia, llegaron a sus oídos, y enseguida tomó medidas eficaces para desbaratar los proyectos de sus contrarios. Hizo venir a su hijo y le inspiró una pérfida confianza, colmándolo de consideraciones y de pruebas de cariño. Llamó también a Abdalah Piedra Seca, y le quitó el gobierno de Toledo, pero lo hizo bajo un pretexto muy plausible, y de una manera cortés, de modo que al principio el príncipe no sospechó nada. Sin embargo, poco después Almanzor le quitó su título de visir y le prohibió salir de su casa.

Habiendo reducido así a dos de los principales conspiradores a la impotencia, el ministro salió de campaña contra los castellanos, después de enviar a los generales de la Frontera orden de reunirse con él. Abderramán obedeció lo mismo que los demás. Entonces Almanzor excitó bajo cuerda a los soldados de Zaragoza a que se querellaran de él. Así lo hicieron, y habiéndolo acusado de haber retenido sus sueldos para apropiárselos Almanzor lo destituyó (8 de junio de 989.) Sin embargo, como no quería malquistarse con toda la familia de los Beni-Hachim, nombró para el gobierno de la Frontera superior, al hijo de Abderramán, Yahya-Siemdja. Pocos días después hizo prender a Abderramán, pero sin dejar conocer que sabía el complot, pues mandó solamente que se procediera a una información acerca del uso que Abderramán había hecho de las sumas que se le habían entregado para pagar las tropas.

Algún tiempo después, Abdalah se reunió al ejército, cumpliendo la orden que había recibido. Almanzor trató de reconquistar su cariño a fuerza de bondad, pero fueron vanos todos sus esfuerzos. Abdalah había decidido romper definitivamente con su padre, y durante el sitio de San Esteban de Gormaz, abandonó en secreto el campamento, acompañado tan solo de seis de sus pajes, para buscar asilo cerca de Garci-Fernández, conde de Castilla. Este le prometió su protección, y a pesar de las amenazas de Almanzor cumplió su palabra durante más de un año. Pero en este intervalo sufrió derrota tras derrota; fue batido en campo raso; en agosto de 989 perdió Osma, ciudad en la que Almanzor puso guarnición musulmana; en octubre le quitaron también Alcoba y al final se vio obligado a implorar la paz y entregar a Abdalah.

Una escolta castellana condujo al rebelde al campo de su padre. Iba montado en una mula magníficamente enjaezada que le había regalado el conde, y como estaba convencido de que su padre le perdonaría estaba tranquilo sobre su suerte. En el camino encontró un destacamento musulmán mandado por Sad, quien después de haberle besado la mano le dijo que no tenía nada que temer, porque su padre consideraba lo que había hecho como una

calaverada que era preciso perdonar a un muchacho. Habló así mientras que los castellanos estuvieron, pero en cuanto se alejaron y llegó la cabalgata a las orillas del Duero, Sad se quedó atrás y los soldados dijeron a Abdalah que echara pie a tierra y se preparase a morir. Por inesperadas que fueran estas palabras, no alteraron al valiente Amirida. Saltó prontamente de su mula, y con rostro sereno presentó sin pestañear la cabeza al golpe mortal, (9 de setiembre de 990.) Antes que él había dejado de existir su cómplice Abderramán. Condenado por malversación había sido decapitado en Zahira. Abdalah Piedra Seca, consiguió evadirse y se puso bajo la protección de Bermudo.

Almanzor no se contentó con haber deshecho este complot. No había perdonado al conde de Castilla el apoyo que había dado a Abdalah y en represalias indujo a Sancho, hijo del conde, a rebelarse a su vez contra su padre. Apoyado por la mayor parte de los grandes Sancho tomó las armas en el 994, y Almanzor que también se declaró por él se apoderó de las fortalezas de San Esteban y de Clunia. Pero tenía prisa de acabar esta guerra. Su comitiva acostumbrada a pensar como él o por lo menos a hacer que pensaba, participaba de su impaciencia y la mejor manera de agradarle era decirle que según toda probabilidad García no tardaría en sucumbir. El poeta Zaid, le presentó un día, un siervo atado de una cuerda y le recitó un poema bastante mediano, en que había estos versos:

“Vuestro esclavo que habéis arrancado a la miseria, os trae este siervo. Le he puesto García y os lo traigo con una cuerda al cuello, esperando que mi pronóstico sea verdadero”.

Por una singular casualidad, lo era: herido de lanza García había sido hecho prisionero a orillas del Duero entre Alcocer y Langa, el mismo día en que el poeta había presentado el siervo a su señor (lunes 25 de mayo de 995.) Cinco días después expiró el conde a consecuencia de su herida y desde entonces no fue disputada la autoridad de Sancho, pero tuvo que pagar a los musulmanes un tributo anual.

En el otoño del mismo año Almanzor marchó contra Bermudo, para castigarlo por haber albergado a otro conspirador. Este rey se hallaba en una situación deplorable. Había perdido hasta la sombra de autoridad. Los señores se apropiaban de sus tierras y sus siervos; sus ganados los echaban a suerte entre sí, y cuando se los reclamaba se burlaban de él. Simples hidalgos a quienes había confiado un castillo se rebelaban. A veces le hacían pasar por muerto, y en verdad que importaba poco que lo estuviera o no. Gran atrevimiento había sido el suyo cuando se atrevió a echar plantas contra Almanzor. ¿Qué podía contra el poderoso capitán? Nada absolutamente; así que bien pronto se arrepintió de su imprudencia. Habiendo perdido Astorga, donde había establecido su capital después de la destrucción de León, pero que abandonó prudentemente al acercarse el enemigo, tomó el partido más sensato: pidió la paz. Obtúvola a condición de entregar a Abdallah Piedra Seca, y de pagar un tributo anual.

Después de haber quitado su capital a los Gómez, condes de Carrión, que a lo que parece habían desconocido su autoridad, Almanzor se retiró llevando consigo al desventurado Abdallah, que le había sido entregado en el mes de noviembre. Como era de esperar, castigó cruelmente a este príncipe. Habiéndolo hecho poner cargado de cadenas en un camello, mandó pasearlo ignominiosamente por las calles de la capital, mientras que gritaba un pregonero que iba delante: «He aquí Abdallah, hijo de Abdalazis, ¡que abandonó a los

musulmanes para hacer causa común con los enemigos de la religión!» Cuando oyó por primera vez estas palabras, el príncipe se indignó tanto, que exclamó: «¡Mientes, di más bien, he aquí un hombre que ha huido impulsado por el miedo; ha ambicionado el imperio, ¡pero no es un politeísta ni un apóstata!» Pero no tenía fuerza moral, no había comprendido que antes de conspirar es preciso armarse de valor. Puesto en prisión y temiendo no tardar en ser conducido al cadalso, mostró una cobardía indigna de su alto nacimiento y que forma singular contraste con la firmeza de que había dado pruebas su cómplice el hijo de Almanzor. En los versos que enviaba de continuo al ministro, confesaba que había hecho mal en huir, procuraba apaciguar su furia a fuerza de adulaciones, y le llamaba el más generoso de los hombres. «Nunca, decía, un desgraciado imploró en vano tu piedad: tus bondades y tus beneficios son innumerables como las gotas de la lluvia.»

Esta bajeza no le sirvió de nada. Almanzor perdonó su vida, porque lo despreciaba demasiado para hacerlo morir, pero lo dejó en la cárcel, y Abdallah, no recobró su libertad sino después de la muerte del ministro.

XI

Reinando de hecho hacía veinte años Almanzor quería también reinar de derecho. Era preciso estar ciego para no conocerlo, pues se le veía marchar hacia su fin, lenta, prudentemente, con paso mesurado, pero con una obstinación que saltaba a la vista. En el 991 hizo dimisión de su título de *hadjib* o primer ministro, en favor de su hijo Abdelmelic que apenas contaba entonces diez y ocho años, y se hizo que desde entonces se le llamara Almanzor a secas. Al año siguiente ordenó que se pusiera a los documentos de cancillería su propio sello en lugar del del monarca, y tomó el sobrenombre de Muawiya, que también llevaba el Califa. En el año 996 declaró que la denominación de «Seyid», solo debía dársele a él, y tomó al mismo tiempo el título de «melic carim» (noble rey.) Era ya rey, pero no era todavía Califa. ¿Qué era lo que le impedía serlo? Seguramente que no era Hixem II a quien temer. Aunque este príncipe estuviera entonces en la flor de su edad, no había mostrado nunca la más mínima energía, ni había tenido el menor asomo de querer sustraerse al yugo que le habían impuesto. No eran más de temer los príncipes de la dinastía: Almanzor había hecho perecer a los más peligrosos, había desterrado a los que no lo eran tanto y reducido a los demás a un estado muy cercano a la miseria. ¿Creía que el ejército se había de oponer a sus designios? De ningún modo; compuesto en su mayoría de berberiscos, de cristianos del Norte, de soldados que habían sido hechos prisioneros en su infancia, en una palabra, de aventureros de todo género; el ejército era suyo; hiciera lo que hiciera, había de obedecerlo ciegamente. ¿Qué temía pues?

Temía a la nación. Ella no conocía apenas a Hixem II; en la misma capital pocos lo habían vislumbrado, porque cuando salía de su dorada cárcel para ir a alguna de sus casas de campo, (lo que además sucedía raras veces) iba rodeado de las mujeres de su serrallo y como ellas, enteramente cubierto con su gran albornoz, de modo, que no podía distinguírsele de los demás y las calles porque tenía que pasar estaban siempre cubiertas de una hilera de soldados, por orden expresa del ministro; y sin embargo lo amaban. ¿No era hijo del bueno y virtuoso Haquem II, nieto del glorioso Abderramán III y, sobre todo, no era el monarca legítimo? Esta idea de la legitimidad había arraigado en todos los ánimos y era aún mucho más viva en el pueblo que en la nobleza. Los nobles, en su mayor parte de origen árabe, acaso hubieran

llegado a convencerse de que era útil y necesario un cambio de dinastía, pero el pueblo que era de origen español pensaba de otro modo. Como el sentimiento religioso, el amor a la dinastía formaba parte de su ser. Aunque Almanzor hubiera dado a su país una gloria y una prosperidad hasta entonces desconocidas, el pueblo no le perdonaba haber hecho del Califa una especie de prisionero de Estado y estaba pronto a levantarse en masa si el ministro se atrevía a intentar sentarse en el trono. Esto no lo ignoraba Almanzor, de ahí su prudencia, de ahí su vacilación; pero creía que la opinión pública se modificaría poco a poco, se lisonjeaba en la esperanza de que se acabaría por olvidar enteramente al Califa para no pensar más que en él y entonces el cambio de dinastía podría realizarse sin convulsión.

¡Bien hizo en haber dilatado su gran proyecto! Bien pronto pudo convencerse de que su elevada posición no pendía más que de un hilo. A despecho de todas sus conquistas y de toda su gloria, una mujer llegó casi a derribarlo. Esta mujer era Aurora.

Ella lo había amado, pero la edad de los tiernos sentimientos había pasado para ambos; se habían desavenido, y como sucede muchas veces, el amor se había trocado en sus corazones, no en indiferencia, sino en odio. Y Aurora no hacía nada a medias: rendida en el amor, era implacable en el resentimiento. Resolvió hacer caer a Almanzor, y para conseguirlo puso en conmoción todo el serrallo, hombres y mujeres. Habló a su hijo, le dijo que el honor le ordenaba mostrarse hombre, y romper al fin el yugo que un ministro tiránico había osado imponerle. Hizo un verdadero milagro: inspiró al más débil de los hombres una apariencia de voluntad y de energía. Pronto lo experimentó Almanzor. El Califa le trató, primero, con frialdad, luego se enardeció hasta dirigirle censuras. Queriendo conjurar la tormenta el ministro, alejó del serrallo a muchas personas peligrosas, pero como no podía hacer salir a la que era el alma del complot, esta medida no sirvió más que para irritar más a su enemiga. Y la navarra era infatigable, ella mostró que tenía también como su antiguo amante, una voluntad de hierro. Sus emisarios propalaban en todas partes que el Califa quería al fin reinar por sí mismo, y en los mismos instantes en que se formaban en Córdoba corrillos sediciosos; el virrey de Mauritania Zirí-Ibn-Atia, desplegó el estandarte de la rebelión, declarando que no podía sufrir por más tiempo que el soberano legítimo permaneciera cautivo de un ministro omnipotente.

Zirí era el único hombre que Almanzor temía, o más bien, el único a quien temió en su vida, pues de ordinario despreciaba demasiado a sus enemigos para temerlos. Este jeque semi-bárbaro, había conservado en los desiertos africanos el vigor, la espontaneidad y el orgullo de raza, que parecían propios de otra era, y Almanzor a pesar suyo, había sufrido el ascendiente de este espíritu, a la par impetuoso, penetrante y cáustico. Algunos años antes había recibido una visita suya, y en esta ocasión le había prodigado todas las señas de estimación: le había conferido el título de visir, con el sueldo anejo a esta dignidad; había hecho inscribir a todos los de su comitiva en la nómina de las oficinas militares, y en fin, no le dejó ir sino después de haberle indemnizado ampliamente de sus gastos de viaje y de sus regalos. Pero nada de esto había conmovido a Ziri. De vuelta en la ribera africana, se puso la mano en la cabeza diciendo: «Solo ahora sé que tú me perteneces todavía!»

Y habiéndole llamado uno de los suyos «señor visir». «Señor visir, exclamó, ¡vete al diablo con tu señor visir! ¡Emir, hijo de emir, este es mi título! ¡Bien tacaño ha sido para mí Ibn-Abí-

Amir! En lugar de darme buena monedas contantes y sonantes me ha cargado con un título que me degrada. ¡Vive Dios que no estaría ahora donde está si en España hubiera algo más que cobardes e imbéciles! Gracias a Dios que estoy ya de vuelta, que no miente el proverbio que dice «que vale más oír hablar del diablo que verlo.» Habiendo llegado a oídos de Almanzor estas palabras, que a cualquier otro hubieran costado la cabeza, este fingió no escucharlas, y más adelante llegó a nombrar a Zirí virrey de toda la Mauritania. Le temía, lo odiaba acaso, pero lo creía sincero y leal. Los sucesos mostraron que se había equivocado: bajo una ruda y franca corteza, Ziri ocultaba mucha astucia y ambición. Dejóse tentar fácilmente por el dinero que Aurora le prometía y por el papel caballeresco que le destinaba. Iba a libertar a su soberano del yugo de Almanzor.

No ignoraba Aurora que era preciso empezar por pagarle, pero gracias a su astucia de mujer, ella sabía lo que tenía que hacer para proporcionarse dinero y para hacerlo llegar a su aliado. El tesoro encerraba cerca de seis millones en oro y estaba en el palacio califal. Ella tomó de allí ochenta mil monedas de oro y las metió en un centenar de cántaros y encima echó miel, ajenjos y otros licores de uso y habiéndole puesto una etiqueta á cada cántaro, encargó a algunos esclavos que los llevaran fuera de la ciudad a un lugar que ella designó. La astucia le salió bien. El prefecto no cayó en sospecha y dejó pasar a los esclavos con su carga. Así, que, cuando Almanzor llegó a informarse de un modo o de otro de lo que había pasado, el dinero iba ya camino de Mauritania. Almanzor estaba muy alarmado. Acaso lo hubiera estado menos si hubiera tenido certeza de que Aurora había sustraído el dinero de su señor, pero todo le inclinaba a creer que ella había sido autorizada por el Califa y si era así, era dificilísima la coyuntura. Sin embargo, era preciso tomar un partido. Almanzor tomó el de reunir los visires, los magistrados, los ulemas y otros personajes notables de la corte y de la ciudad. Habiendo informado a esta reunión de que las damas del serrallo se permitían apoderarse de los fondos de la caja pública, sin que el Califa, enteramente entregado a sus ejercicios de devoción, lo impidiera, pidió autorización para traspasar el tesoro a sitio más seguro. La obtuvo, pero nada adelantó con esto, porque cuando los empleados se presentaron en palacio para llevarse la caja, Aurora se opuso declarando que el Califa había prohibido tocarla.

¿Qué hacer entonces? ¿Emplear la violencia? Pero habría que emplearla contra el monarca mismo y si Almanzor se atrevía hasta esto, la capital se levantaría en un cerrar de ojos; estaba dispuesta, no esperaba más que una señal. La situación era pues harto peligrosa, sin embargo, no era desesperada; para que lo fuera hubiera sido preciso, primero: que Zirí estuviera ya en España con su ejército, después que el Califa fuera hombre capaz de persistir en una resolución atrevida. Pero Zirí, estaba todavía en África y el Califa era un espíritu inconstante. Almanzor no perdió el ánimo. Jugando el todo por el todo, se proporcionó a escondidas de Aurora una entrevista con el monarca. Le habló y gracias al ascendiente que los espíritus superiores tienen sobre las almas débiles, volvió a encontrarse soberano después de unos minutos de conversación. El Califa confesó que no era capaz de gobernar por sí y autorizó al ministro a trasladar el tesoro. Pero el ministro quería más aún. Dijo que, para quitar todo pretexto a los mal intencionados, necesitaba una declaración escrita, una declaración solemne. El Califa le prometió firmar todo lo que quisiera y entonces Almanzor, sin levantar mano, hizo redactar un acta por la cual Hixem le abandonaba como antes la dirección de los negocios. El Califa puso en ella su firma en presencia de muchos notables que la firmaron también como

testigos (Febrero o Marzo de 997) y Almanzor tuvo buen cuidado de dar a este documento importante la mayor publicidad.

Desde entonces, no era ya de temer una rebelión en la capital. ¿Cómo se había de pretender libertar a un cautivo que no quería la libertad? El ministro comprendió que era preciso hacer alguna cosa para contentar al pueblo. Como gritaban de continuo que querían ver al monarca, resolvió enseñárselo. Lo hizo montar a caballo, e Hixem paseó las calles de la capital con el cetro en la mano y cubierto con un gorro alto, que solo los Califas tenían derecho de llevar. Lo acompañaban Almanzor y toda la corte. Compacta e innumerable era la multitud que se agolpó a su paso, pero ni por un momento se turbó el orden, ni se escuchó un solo grito sedicioso.

Aurora se declaró vencida. Humillada, agolada, destrozada, fue a buscar en la devoción el olvido de lo pasado, y una compensación a la pérdida de sus esperanzas.

Quedaba Ziri. Este se había hecho menos temible desde que no podía contar ni con el apoyo del Califa, ni con los subsidios de Aurora. Así que Almanzor no guardó ninguna consideración con él. Lo declaró fuera de la ley y encargó a su liberto Wadhih de ir a combatirlo al frente de un excelente ejército que puso a sus órdenes.

Hubiérase podido creerse que Almanzor no emprendería ninguna otra guerra hasta que hubiera terminado la de la Mauritania. Pero no lo hizo así. El ministro tenía ya concertada con los condes leoneses, que eran vasallos suyos, una gran expedición contra Bermudo, que contando, acaso demasiado, con la diversión que la rebelión de Zirí había de hacer en favor suyo, se había atrevido a rehusar el tributo, y aunque habían cambiado las circunstancias no había renunciado a su proyecto. Acaso, quería mostrar a Zirí, a Bermudo y a todos sus enemigos declarados o encubiertos, que era bastante poderoso para emprender dos guerras a la par, y si tal fue su intención no había presumido demasiado de sus fuerzas, pues ha querido el destino que la campaña que iba a hacer, la de Santiago de Compostela, haya quedado como la más célebre de todas las que hizo en su larga carrera de conquistador.

A excepción de la ciudad eterna, no había en toda Europa, lugar tan famoso por su santidad, como Santiago de Galicia. Y, sin embargo, su reputación no era muy antigua, no databa más que de los tiempos de Carlomagno. En esta época, se dice que muchas personas piadosas informaron a Teodomiro, obispo de Iria (hoy el Padrón) que habían visto durante la noche luces extrañas en un bosquecillo y que también habían oído una música deliciosa que nada tenía de humana. Creyendo enseguida en un milagro, el obispo se preparó a justificarlo, ayunando y orando durante tres días, y habiendo ido después al bosquecillo encontró allí una tumba de mármol. Inspirado por la sabiduría divina, declaró que era el del apóstol Santiago, hijo de Zebedeo, que según la tradición había predicado en España el Evangelio y añadió que, cuando este apóstol fue decapitado en Jerusalén, sus discípulos trajeron su cuerpo a Galicia, donde lo enterraron. En otro tiempo semejantes aserciones acaso hubieran sido disputadas, pero en esta época de fe sencilla nadie tenía el atrevimiento de suscitar dudas irrespetuosas cuando hablaba el clero, y aun dado caso que hubiera habido incrédulos, la autoridad del Papa León III, que declaró solemnemente que el sepulcro en cuestión era de Santiago, hubiera hecho enmudecer todas las objeciones. La opinión de Teodomiro fue pues acatada y todos en

Galicia se regocijaron de que su país poseyera las reliquias de un apóstol. Alfonso II quiso que el obispo de Iria residiese en adelante en el lugar en que había sido descubierto el sepulcro y sobre él hizo construir una Iglesia. Más adelante Alfonso III hizo edificar otra más grande y hermosa que pronto adquirió gran fama por los numerosos milagros que se verificaban en ella; de modo que al fin del siglo X Santiago de Compostela era el lugar de una peregrinación famosísima a donde acudían de todas partes; de Francia, de Italia, de Alemania y hasta de los países más apartados del Oriente.

También en Andalucía tenía todo el mundo noticias de Santiago y de su soberbia Iglesia, que para servirnos de las expresiones de un autor arábigo, era para los Cristianos lo que para los Musulmanes la Cava de la Meca, pero no se conocía este santo lugar más que por su reputación; para haberlo visto, era preciso haber estado cautivo entre los Gallegos, pues a ningún príncipe árabe se le había ocurrido todavía la idea de penetrar con un ejército en este país lejano y de difícil acceso. Pero lo que nadie había intentado, Almanzor resolvió hacerlo; quería demostrar que lo que era imposible para otros no lo era para él y tenía la ambición de destruir el santuario más venerado de los enemigos del islamismo, el santuario del apóstol que según la creencia de los leoneses, había combatido algunas veces en sus filas. El sábado 3 de julio del año 997, salió de Córdoba a la cabeza de la caballería. Se dirigió primero a Coria, luego a Viseo donde se le reunieron gran número de condes sometidos a su autoridad y después a Oporto, donde le esperaba una flota que había salido del puerto de Cazr-Abi-Danis, (hoy Alcacer do Sal en Portugal.) En esta flota venía la infantería a la que el ministro había querido excusar tan larga jornada y que venía cargada también de armas y provisiones. Sus bajeles colocados en fila sirvieron además de puente al ejército para pasar el Duero.

Como el país situado entre este rio y el Miño pertenecía a los condes aliados, los musulmanes pudieron atravesarlo sin tener que vencer más obstáculos que los que les oponía el terreno. Entre estos había una montaña muy elevada y de difícil acceso, pero Almanzor hizo abrir un camino por sus minadores.

Después de haber pasado el Miño se encontró en un país enemigo. Desde entonces era preciso mantenerse alerta, tanto más cuanto que los leoneses que iban en el ejército, no parecían muy bien dispuestos. Su conciencia, por tanto tiempo adormecido se despertó de pronto a la idea de que iban a cometer un gran sacrilegio, y acaso hubieran conseguido malograr la expedición si Almanzor, que se olió sus proyectos, no los hubiera desbaratado a tiempo. He aquí lo que se cuenta sobre este asunto:

Érase una noche fría y lluviosa, cuando Almanzor mandó llamar a un caballero musulmán en quien tenía confianza: «Es preciso, le dijo, que vayas en seguida al desfiladero de Taliares. Ponte allí de centinela, y tráeme al primero que veas.» El caballero se puso en seguida en camino, pero habiendo llegado al desfiladero, esperó toda la noche, maldiciendo el mal tiempo, sin que apareciera alma viviente, y ya apuntaba la aurora, cuando vio al fin llegar por el camino del campamento un viejo montado en un burro, que parecía un leñador, porque traía las herramientas de su oficio. El caballero le preguntó a dónde iba. «Voy a cortar leña en el monte,» le respondió él. El soldado no sabía qué hacer. ¿Sería ese el hombre que tenía que llevar al general? No era probable, porque ¿para qué podía querer el general a un pobre viejo que parecía tener que ganarse la vida con tanta fatiga? Así, que el soldado le dejó seguir su

camino; pero un momento después volvió sobre si. Almanzor le había dado una orden precisa y creyó peligroso desobedecerle. Poniendo espuelas al caballo, alcanzó al viejo, y le dijo:

—Es preciso que te lleve ante mi señor Almanzor.

—¿Qué tiene que decir Almanzor a un hombre como yo? le replicó el otro. Dejadme ganar el pan.

—No, le respondió el soldado; has de acompañarme, quieras o no.

El otro tuvo que obedecer, y juntos emprendieron el camino del campamento.

El ministro, que no se había acostado todavía, no manifestó ninguna sorpresa a la vista del viejo, y dirigiéndose a sus sirvientes eslavos, les dijo: «Registrad a ese hombre.» Los eslavos ejecutaron esta orden, pero sin que encontraran nada que pudiera parecer sospechoso. «Registrad ahora el aparejo del burro» continuó Almanzor. Y esta vez sus sospechas no eran infundadas, porque se encontró en el aparejo una carta que algunos de los leoneses del ejército musulmán escribían a sus compatriotas, dándoles noticias de que cierta parte del campamento estaba mal guardada, de modo que podrían atacarla con buen éxito.

Habiendo descubierto por este mensaje el nombre de los traidores, Almanzor hizo en seguida cortarles las cabezas, como también al supuesto leñador, que los había servido de intermediario. Esta medida enérgica produjo sus resultados. Intimidados con la severidad del general, los demás leoneses no se atrevieron a mantener inteligencias con el enemigo.

Habiéndose vuelto a poner el ejército en camino, se precipitó como un torrente en el llano. El monasterio de San Cosme y San Damian fue saqueado; la fortaleza de San Payo, tomada por asalto. Como gran número de habitantes del país se hubieran refugiado en la mayor de las dos islas, o más bien, de las dos rocas poco elevadas que hay en la bahía de Vigo, los musulmanes que habían descubierto un vado pasaron a esta isla y los despojaron de todo lo que habían llevado consigo. Pasaron enseguida el Ulla, saquearon y destruyeron Iria (el Padrón) que era también un famoso lugar de peregrinación, lo mismo que Santiago de Compostela, y el 11 de agosto, llegaron por fin a esta última ciudad. Halláronla desierta de habitantes, habiendo huido todo el mundo a la aproximación del enemigo. Tan solo un anciano monje, había quedado al lado del sepulcro del Apóstol. «¿Qué haces ahí?» le preguntó Almanzor. «Rezo a Santiago,» le contestó el viejo. «Reza todo lo que quieras,» le dijo entonces el ministro, y prohibió que le hicieran daño.

Almanzor puso una guardia a la tumba de modo que quedó al abrigo del furor de los soldados, pero toda la ciudad fue destruida, lo mismo las murallas y las casas que la iglesia, la que dice un autor arábigo «fue arrasada de modo, que nadie hubiera sospechado que existía la víspera.» Los alrededores fueron devastados por tropas ligeras que llegaron hasta San Cosme de Mayanca, (cerca de la Coruña).

Habiendo pasado una semana en Santiago, Almanzor ordenó la retirada, dirigiéndose a Lamego. Cuando llegó a esta ciudad, se despidió de los condes aliados, después de haberles hecho grandes regalos, que consistían principalmente telas preciosas. También fue desde Lamego, desde donde dirigió a la corte una relación detallada de esta campaña, de cuya

relación los autores arábigos nos han conservado la sustancia, quizá las palabras mismas. Hizo enseguida su entrada en Córdoba, acompañado de multitud de prisioneros cristianos, que llevaban acuestas las puertas de la ciudad de Santiago y las campanas de su iglesia. Las puertas fueron colocadas en el techo de la mezquita, que aún no estaba acabada, y las campanas fueron colgadas en el mismo edificio para servir de lámparas. ¡Quién había de decir entonces que había de llegar un día en que un rey cristiano las hiciera devolver a Galicia a hombros de cautivos musulmanes!

En Mauritania las armas de Almanzor habían sido menos felices. Verdad es que Wadhih había conseguido al pronto algunas ventajas: habiéndose apoderado de Arcilla y de Necur, logró sorprender de noche el campo de Zirí, y matarle mucha gente; pero pronto le volvió la espalda la fortuna y batido a su vez, se había visto obligado a refugiarse en Tánger, desde donde escribió al ministro pidiéndole socorros.

No tardó en recibirlos. Desde que tuvo carta de su teniente, Almanzor envió orden a gran número de cuerpos de dirigirse a Algeciras a donde él mismo fue en persona para apresurar su embarque. Luego, su hijo Abdelmelic-Mudhaffar, a quien había confiado el mando de la expedición, pasó el Estrecho con un ejército escogido. Desembarcó en Ceuta, y la noticia de su llegada produjo un efecto excelente, pues la mayor parte de los príncipes berberiscos, que hasta entonces habían sostenido a Zirí, se apresuraron a alistarse en sus banderas. Habiéndose unido con Wadhid, se puso en marcha, y no tardó en descubrir el ejército de Zirí que venía a su encuentro. Dióse la batalla en el mes de octubre del 998; duró desde el amanecer hasta el anochecer, y fue extraordinariamente encarnizada. Hubo un momento en que los soldados de Mudhaffar comenzaban a temer una derrota, pero en este mismo momento, Zirí recibió tres puñaladas de un negro, a cuyo hermano mató, y que corrió enseguida a rienda suelta a dar esta noticia a Mudhaffar. Como el estandarte de Zirí estaba todavía enhiesto, el príncipe trató al principio al tránsfuga de embustero, pero cuando supo la verdad de lo sucedido, cargó al enemigo y lo puso en completa derrota.

Desde entonces concluyó el poder de Zirí. Sus estados volvieron todos a poder de los Andaluces, y poco después, en el año de 1001, murió a consecuencia de las heridas que el negro le había hecho, y que se le volvieron a abrir.

XII

La carrera de Almanzor tocaba a su fin. En la primavera del año 1002 hizo su última expedición. Él había deseado siempre morir en campaña y estaba tan convencido de que se cumplirían sus votos, que llevaba siempre consigo la mortaja. Esta había sido cosida por sus hijas, y para comprarla no había empleado más dinero que el que procedía de las tierras de su antiguo castillo de Torrox, pues que lo quería puro de toda mancha y según su propia opinión, el que le producían sus numerosos empleos no lo estaba. A medida que envejecía se iba haciendo más devoto y como el Corán dice que Dios preservará del fuego a aquellos cuyos pies se hayan cubierto de polvo en el camino del Señor (en la guerra Santa), había tomado la costumbre de hacer sacudir con cuidado, cada vez que llegaba al alojamiento, el polvo que llevaban sus vestidos y de guardarlo en una caja hecha expresamente, y quería que cuando lanzara su último aliento, se cubriera su tumba con este polvo, estando persuadido de que las

fatigas, que había sufrido en la guerra Santa serían su mejor justificación ante el tribunal supremo.

Su última expedición, dirigida contra Castilla, fue tan feliz como todas las precedentes. Penetró hasta Canales y destruyó el monasterio de San Millán, patrono de Castilla; como había destruido cinco años antes la iglesia del patrono de Galicia. A la vuelta conoció que se agravaba su enfermedad. Desconfiando de los médicos que no estaban de acuerdo sobre su naturaleza, ni sobre el plan de curación que debía seguirse, rehusó obstinadamente los auxilios del arte y estaba plenamente convencido de que no se podía curar. No pudiendo ya tenerse a caballo, se hacía llevar en una litera. Padecía horriblemente.

«Veinte mil soldados, decía, están inscritos en mis banderas, pero ninguno entre ellos es tan miserable como yo.»

Llevado así a hombros durante catorce días llegó por fin a Medinaceli. Un solo pensamiento le ocupaba. Habiendo estado siempre su autoridad disputada y vacilante a despecho de sus numerosas victorias y de su gran fama, temía que después de su muerte estallara la revolución y quitara el poder a su familia. Atormentado sin descanso por esta idea, que emponzoñaba sus últimos días, mandó venir a su primogénito Abdelmelic al lado de la cama y dándole sus últimas instrucciones, le recomendó confiara el mando del ejército a su hermano Abderramán y se volviera sin tardanza a la capital, donde debería tomar las riendas del poder y estar pronto a reprimir inmediatamente toda tentativa de insurrección. Prometióle Abdelmelic seguir sus consejos, pero tal era la inquietud de Almanzor que volvía a llamar a su hijo cada vez que éste, creyendo que su padre había acabado de hablar iba a retirarse; el moribundo temía siempre haber olvidado algo y siempre hallaba un nuevo consejo que añadir a los que le había dado ya. Lloraba el joven, pero el padre le reprendía su sentimiento como signo de debilidad. Cuando Abdelmelic se marchó se encontró Almanzor un poco mejor y mandó venir a sus capitanes. Estos, apenas le conocieron; estaba tan delgado y pálido que parecía un espectro y había perdido casi enteramente el uso de la palabra. Parte por gestos, parte por frases entrecortadas se despidió de ellos y poco tiempo después, en la noche del 10 de Agosto exhaló su último aliento. Fue enterrado en Medinaceli y grabaron sobra su tumba estos dos versos:

“Las huellas que ha dejado en la tierra te enseñarán su historia como si lo vieras con tus mismos ojos. Por Alá que jamás los tiempos traerán otro que se le parezca, ni que como él defienda nuestras fronteras”.

El epitafio que un monje cristiano le puso en su crónica no es menos característico. «En el año de 1002, dice, murió Almanzor y fue enterrado en los infiernos.» Estas sencillas palabras arrancadas por el odio a un enemigo aterrado, dicen más que los elogios más pomposos.

En efecto, nunca los cristianos del Norte de la península, habían tenido que combatir un adversario semejante. Almanzor había hecho contra ellos más de cincuenta campañas, (por lo común, hacía dos anualmente, una en la primavera y otra en el otoño) de las que siempre salió con gloria. Sin contar una multitud de ciudades, entre las que se contaban tres capitales León, Pamplona y Barcelona, destruyó el santuario del patrón de Galicia y el del patrón de Castilla.

«En este tiempo, dice un cronista cristiano, el culto divino estaba anonadado en España; la gloria de los servidores de Cristo, completamente abatida; los tesoros de la Iglesia acumulados durante tantos siglos, fueron robados.» Así que los cristianos temblaban al oír su nombre. El miedo que les inspiraba lo sacó muchas veces de los peligros en que lo había precipitado su audacia y hasta, cuando por decirlo así, lo tenían en su poder, no se atrevían a aprovecharse de sus ventajas. Por ejemplo; una vez se había metido en país enemigo después de haber atravesado un desfiladero encerrado entre dos altos montes. Mientras que sus tropas saqueaban y destruían a diestro y siniestro, los Cristianos no se atrevieron a hacer nada contra ellas, pero al volver sobre sus pasos, vio Almanzor que los enemigos habían tomado posesión del desfiladero. Como no había modo de forzarlo la situación de los musulmanes era peligrosa, pero su general tomó al punto una atrevida resolución. Habiendo buscado y encontrado un lugar conveniente hizo construir barracas y chozas y mandando cortar la cabeza a muchos cautivos amontonar sus cadáveres a guisa de murallas. Luego, como su caballería recorriera el país sin encontrar víveres, reunió instrumentos de labranza e indujo a sus soldados a que cultivasen la tierra. Los enemigos se inquietaban mucho con estos preparativos, que parecían indicar que los musulmanes no pensaban dejar el país. Les ofrecieron pues, la paz a condición de que les entregaran el botín. Almanzor rechazó esta proposición. «Mis soldados, les contestó, desean quedarse donde están porque piensan que apenas tendrían tiempo de volver a sus casas, debiendo comenzarse dentro de poco la próxima campaña.» Después de muchas negociaciones, los Cristianos consintieron al cabo, en que Almanzor se llevara su botín, comprometiéndose, además, tan grande era el miedo que les inspiraba, a prestarle sus caballerías para transportarlo, a suministrarle víveres hasta que llegara a la frontera musulmana y a quitar ellos mismos los cadáveres que obstruían el camino.

En otra campaña, un abanderado había abandonado en el momento de la retirada su estandarte, que había clavado en el suelo, en la cumbre de una montaña, vecina a una ciudad cristiana. El estandarte permaneció allí muchos días sin que los Cristianos se atrevieran a venir a ver si los musulmanes se habían marchado o no. Cuéntase también que un mensajero de Almanzor que había ido a la corte de García de Navarra, donde fue colmado de honores, halló en una iglesia una vieja musulmana que le refirió, que habiendo sido hecha prisionera en su juventud, estaba desde entonces de esclava en esta iglesia, suplicándole llamara sobre ella la atención de Almanzor. Prometióselo él, y volvió cerca del ministro, y le dio cuenta de su misión. Cuando acabó de hablar, Almanzor le preguntó si no había visto en Navarra nada que le hubiera disgustado. El otro le habló entonces de la esclava musulmana: «¡Vive Dios! exclamó Almanzor, ¡que por ahí es por donde debieras haber comenzado!» y poniéndose en seguida en campaña, se dirigió a la frontera de Navarra. Asustadísimo García, le escribió enseguida para preguntarle qué delito había cometido, pues a él no le remordía la conciencia de haber hecho nada que pudiera provocar su cólera. «¡Qué!, dijo entonces el ministro a los mensajeros que le traían esta carta; ¿no me juró que no quedaba en su país ningún prisionero de uno ni otro sexo? Pues bien, mintió; porque yo tengo seguridad de que hay todavía una musulmana en tal iglesia, y no he de abandonar Navarra antes que la pongas en mis manos.» Habiendo recibido esta respuesta, García se apresuró a enviar al ministro la mujer que reclamaba, así como otras dos que había descubierto, a fuerza de pesquisas. Al mismo tiempo

le juró que nunca había visto ni oído hablar de estas mujeres, añadiendo que ya había mandado destruir la iglesia de que Almanzor hablaba.

Almanzor era el terror de sus enemigos, pero era también el ídolo de sus soldados, porque para ellos era un padre que se ocupaba con constante solicitud de satisfacer todas sus necesidades. Sin embargo, mostraba una excesiva severidad en todo lo concerniente a la disciplina militar. Un día que revistaba tropas, vio brillar extemporáneamente una espada al final de la línea. Enseguida hizo traer ante sí al culpable.

—¡Qué!, le dijo con los ojos inflamados de cólera, ¿te atreves a sacar la espada sin que te se mande?

—Quería enseñarla a mis compañeros, balbuceó el soldado: no tenía intención de sacarla de la vaina, se ha salido por casualidad.

—¡Excusas!, dijo Almanzor, y dirigiéndose a su escolta prosiguió: ¡Que le corten la cabeza a ese hombre con su propia espada y que la paseen a través de las filas a fin de que todos aprendan a respetar la disciplina!

Tales ejemplos, difundían entre los soldados un terror saludable. Así que cuando se pasaba revista se guardaba un silencio solemne. Hasta los caballos, dice un autor arábigo, parecían entender sus deberes, pues era muy raro que se les oyera relinchar.

Gracias a este ejército que había creado y acostumbrado a la obediencia, Almanzor había dado a la España musulmana un poder que no tuvo nunca, ni aun en tiempo de Abderramán III. Pero no era este su único mérito; su patria le debe otras obligaciones, y la civilización también. Amaba y animaba la cultura de la Inteligencia, y aunque obligado por consideraciones políticas a no tolerar los filósofos, se complacía sin embargo en protegerlos hasta donde podía, sin herir la susceptibilidad del clero. Sucedió, por ejemplo, que un tal Ibn-az-Sonbosí fue detenido y puesto en prisión como sospechoso de incredulidad. Habiendo atestiguado contra él muchas personas, los faquíes declararon que merecía el último suplicio. Esta sentencia estaba ya a punto de ser ejecutada, cuando un faquí muy considerado, Ibn-al-Maewa, que había rehusado mucho tiempo formar parte de la asamblea, llegó a toda prisa. A fuerza de sofismas, muy raros, pero que honran, si no a su lógica, a su buen corazón al menos, consiguió hacer revocar la sentencia que condenaba al acusado, a pesar de la vehemente oposición del Cadí que presidía el tribunal. Desde entonces la cólera del ministro se tornó contra este último. Contento de hallar por fin ocasión de poner freno al feroz fanatismo de los mojigatos, dijo: «Nosotros debemos mantener la religión y todos los verdaderos creyentes tienen derecho a que los protejamos. Ibn-az-Sonbosí, pertenece a este número, así lo ha declarado el tribunal. Sin embargo, el Cadí ha hecho esfuerzos inauditos para hacer que lo condenen; es pues, un hombre sanguinario, y no podemos dejar vivir a un hombre semejante.» Esto no era más que una amenaza; el Cadí pagó con algunos días de prisión, pero es de presumir que en adelante fuera algo menos rigoroso con los pobres pensadores que se atrevían a emanciparse de los dogmas recibidos.

Los literatos hallaban en Almanzor la más honrosa acogida, tenía en su corte una multitud de poetas pensionados y que a veces le acompañaban en sus expediciones. Entre ellos, Zaid de

Bagdad era no el más ilustre, pero sí el más notable y divertido. No se puede negar—aunque los Andaluces siempre extremadamente celosos de los extranjeros se complazcan en hacerlo—no se puede negar, que fuera un poeta de talento, un buen novelista, un hábil improvisador, pero era al mismo tiempo el hombre que tenía menos respeto a la verdad, el impostor más atrevido que puede imaginarse. Una vez lanzado nada le detenía, inventaba tantas cosas que era maravilla. Cuando se le pedía que explicara una palabra que no había existido nunca, siempre tenía una interpretación que dar y un verso de un antiguo poeta que citar. De creerle, no había libro que no hubiera leído. Queriendo desenmascararlo, los literatos le enseñaron un día a Almanzor un libro en blanco en cuya primera hoja habían escrito: Libro sobre los pensamientos ingeniosos, por Abul-Ghauth Zanani. No había habido nunca ni semejante obra, ni semejante autor, sin embargo, desde que echó una ojeada al título: «¡Ah! yo he leído este libro» exclamó, besándolo con respeto, nombró a la ciudad donde lo había leído y el profesor que se lo había explicado. «En este caso, le dijo entonces el ministro, que se apresuró a quitarle el libro de la mano por miedo de que lo abriera, tú debes saber lo que contiene. Seguramente que lo sé. Verdad es que hace mucho tiempo que leí esta obra y que no sé nada de memoria, pero me acuerdo muy bien que solo contiene observaciones filológicas y que no trae ningún verso, ni ninguna historia.» Todos se echaron a reír a carcajadas. Otra vez, Almanzor había recibido de un gobernador que se llamaba Mabraman Ibn-Yezid; una carta en que se trataba de «Calb» y de «Tazbil,» es decir de la cultura y del abono. Y dirigiéndose a Zaid, le dijo:

—¿Has visto un libro escrito por Mabraman Ibn-Yezid que lleva por título de «al-cawa-lib wa-z-zawalib?

—Ah, ¡sí por Dios! le respondió Zaid; he visto este libro en Bagdad, en una copia que había sido hecha, por el célebre Ibn-Doraid y en cuyas márgenes había rasgos como patas de hormigas.

—¡Embustero! el nombre que he dicho no es el de un escritor, sino el de uno de mis gobernadores que en una carta que me ha enviado me hablaba del cultivo y del abono.

—Muy bien, pero no creáis por eso que yo he inventado algo, yo no invento nunca nada. El libro y el autor que habéis nombrado existen, palabra de honor, y si vuestro gobernador tiene el mismo nombre que el autor, eso no es más que una curiosa coincidencia. Otra vez, le enseñó Almanzor la colección que el célebre Calí había compuesto.

—Si queréis, le respondió Zaid, yo dictaré a vuestro secretario un libro mejor que ese; en el que contaré historias que no se hallan en el libro de Calí.

—Hazlo, le respondió Almanzor, que no deseaba otra cosa que verse dedicar un libro superior al que Calí había dedicado al difunto Califa, pues si él había hecho venir a Zaid a España, era precisamente porque esperaba que ha de eclipsar la gloria de Calí, que había ilustrado los reinados de Abderramán III y Haquem II.

Zaid puso en seguida manos a la obra, y en la Mezquita de Zahara dictó sus «Engarces de anillo.» Cuando acabó el libro, lo examinaron los literatos de la época. Con gran sorpresa, pero con secreta satisfacción, vieron que de cabo a rabo no contenía más que embustes. Explicaciones filológicas, anécdotas, versos, proverbios, todo era invención del autor. Ellos por

lo menos, así lo declararon, y Almanzor lo creyó. Esta vez se enfadó de veras con Zaid, y mandó tirar el libro al río. Sin embargo, no le retiró su favor. Desde que Zaid le predijo que el conde de Castilla, García, había de ser hecho prisionero (predicción que como hemos visto se cumplió) concibió por él un gran afecto, o más bien un respeto supersticioso. Y además el poeta le manifestaba su gratitud de mil maneras, a las que Almanzor era muy sensible. Por ejemplo, una vez tuvo la idea de reunir todas las bolsas que Almanzor le había enviado llenas de dinero, y hacer con ellas un vestido para su esclavo negro Cafur; fue a palacio, y habiendo conseguido poner al ministro de buen humor, le dijo:

—Señor, tengo una súplica que haceros.

—¿Qué quieres?

—Que entre aquí mi esclavo Cafur.

—¡Extraña petición!

—Concedédmela.

—Pues bien, que entre si quiere.

Cafur, un hombre más alto que una palmera, entró entonces vestido con una ropa de diversos colores, que parecía el vestido remendado de un mendigo.

—¡Pobre hombre, exclamó el ministro, que mal ataviado está! ¿Por qué le pones esos andrajos?

—He aquí el objeto: Sabed, señor, que me habéis dado ya tanto dinero, que las bolsas que lo contenían han bastado para vestir un hombre de la talla de Cafur.

Una sonrisa de satisfacción apareció en los labios de Almanzor.

—Tienes un tacto admirable para mostrarme tu gratitud, estoy satisfecho de ti.

Y en el mismo instante le mandó nuevos regalos, entre los que iba un hermoso traje para Cafur. En fin, preciso es decirlo; si hombres como Zaid gozaban el favor del ministro, es porque respecto a literatura, este no tenía la delicadeza de gusto que poseyeron la mayoría de los Omeyas. Se creía obligado a pensionar poetas, pero los consideraba más bien como objetos de lujo, que tenía que mantener por su alta posición, y no tenía un gusto bastante exquisito para distinguir las piedras preciosas de las falsas. En desquite, si no tenía comprensión literaria, la tenía eminentemente práctica. Los intereses materiales del país, tenían en él un inteligente protector. La mejora de los medios de comunicación le preocupaba sin cesar. Hizo abrir multitud de caminos. En Écija hizo echar un puente sobre el Genil y otro sobre el Guadalquivir en Córdoba, que costó ciento cuarenta mil monedas de oro.

En todos los asuntos, grandes o chicos, tenía el golpe de vista del genio. Cuando quería emprender un negocio importante, consultaba por lo común a los grandes dignatarios, pero seguía sus consejos raras veces. Estos hombres, no salían jamás del carril acostumbrado. Esclavos de la rutina, sabían lo que Abderramán III o Haquem II habían hecho en análogas circunstancias, y no comprendían que pudiera hacerse de otro modo. Y cuando veían a

Almanzor seguir su propio pensamiento, gritaban que todo se había echado a perder, hasta que los hechos desmentían evidentemente sus predicciones.

En cuanto a su carácter, verdad es, que para llegar y para mantenerse en el poder, había cometido actos que la moral condena y hasta crímenes, que en manera alguna hemos tratado de atenuar, pero la justicia nos ordena añadir aquí, que siempre que no se ponía en juego su ambición, era leal, generoso y justo. La firmeza, como hemos tenido ocasión de decirlo, constituía el fondo de su carácter. Una vez tomado un partido, nada podía hacerlo variar. Cuando quería soportaba los dolores físicos con la misma impasibilidad que los morales. Un día que tenía un pie malo, se lo hizo cauterizar durante una sesión del consejo. Hablaba como si no le pasara nada y los miembros del consejo no se hubieran apercibido de la operación, si no les hubiera llamado la atención el olor de la carne quemada. Todo revelaba en él una voluntad y una perseverancia extraordinarias, lo mismo persistía en sus amistades que en sus odios; jamás olvidaba un servicio, pero tampoco nunca perdonaba una ofensa. Así lo experimentaron aquellos condiscípulos, a quienes joven aun, dio a elegir los empleos que habían de ocupar cuando fuera primer ministro. Los tres estudiantes que en aquella ocasión habían parecido tomar su proposición en serio y que dijeron los empleos que ambicionaban, los obtuvieron en efecto, cuando fue ministro, mientras que el cuarto que había hablado de una manera inconveniente, expió su imprudencia con la pérdida de sus bienes. Sin embargo, algunas veces, cuando se había equivocado y lo conocía, conseguía vencer la terquedad de su carácter. Un día en que se trataba de conceder una amnistía, leía la lista de los presos, cuando se fijaron sus ojos en el nombre de uno de sus servidores contra el que había concebido un odio violento y que estaba en la cárcel hacía mucho tiempo, sin que mereciera ser tratado de este modo. «Este, escribió al margen, permanecerá donde está, hasta que el infierno venga a reclamarlo.» Pero llegó la noche, en vano buscó el descanso, le atormentaba la conciencia y en ese estado intermedio que no es ni sueño ni vela, figuróse ver un hombre de una fealdad asquerosa y de unas fuerzas sobre humanas, que le decía: «Devuelve la libertad a ese hombre o serás castigado por tu injusticia.» Trató entonces de desechar estas negras visiones y no pudiendo lograrlo, mandó traer a su cama avíos de escribir y dio la orden de poner al preso en libertad, pero añadiendo estas palabras: «Este hombre debe su libertad a Dios y Almanzor no ha consentido en ella sino a su despecho.»

En otra ocasión bebía con el visir Abul-Moghira ibn-Hazm, en uno de sus soberbios jardines de Zahara, porque, a pesar del respeto que manifestaba a la religión, bebió vino toda su vida a excepción de los dos años que precedieron a su muerte. Era la tarde, una de esas hermosas tardes que no hay más que en los países privilegiados del Mediodía. Una hermosa cantadora a quien Almanzor amaba, pero que había concebido una gran pasión por el huésped del ministro, cantó estos versos:

“Huye el día, y la luna muestra ya la mitad de su disco. El sol que se oculta parece una mejilla, y las tinieblas que se acercan el bello que la cubre, el cristal de las copas agua helada, y el vino fuego líquido. Mis miradas me han hecho cometer pecados que nada puede escusar. Ay, gentes de mi familia, yo amo a un joven que no está al alcance de mi amor, aunque se halla cerca de mí. ¡Ah! que yo no pudiera arrojarme a él y estrecharlo contra mi corazón”.

Abul-Moghira comprendió demasiado bien la intención de estos versos y tuvo la imprudencia de responder enseguida con estos otros:

"¡El medio, el medio de aproximarme a esa belleza que está rodeada de un vallado de espadas y de lanzas! ¡Ah! si yo tuviera la convicción de que es sincero tu amor, yo arriesgaría de buena gana mi vida por poseerte. Un hombre generoso cuando quiere alcanzar su fin no teme ningún peligro".

Almanzor no aguantó más. Bramando de cólera sacó su espada, y dirigiéndose a la cantadora:

—Dime la verdad, le gritó con voz de trueno; ¿es al visir a quien se dirige tu canto?

—Una mentira podría salvarme, le respondió la valiente joven, pero no mentiré. Sí, su mirada me ha traspasado el corazón, el amor me lo ha hecho decir, me ha hecho decir lo que yo quería callar. Podéis castigarme, señor, pero sois tan bueno, sois tan amigo de perdonar cuando se confiesan las faltas... Y diciendo esto se deshizo en lágrimas.

Almanzor la había perdonado ya a medias, pero ahora se tornó su cólera contra Abul-Moghira y le abrumó con un torrente de reprensiones. El visir lo escuchó sin decir palabra, y cuando acabó de hablar, le dijo: «Señor, convengo en que he cometido una gran falta, convengo en ello, pero ¿qué podía hacer? Cada uno es esclavo de su destino, ninguno lo elige, todos lo sufren, y el mío ha querido que yo amara a la que no debo amar.

Almanzor guardó silencio por algunos instantes.

—Pues bien! dijo al fin, a ambos os perdono. ¡Abul-Moghira! la que amas es tuya; yo soy quien te la da.

Su amor a la justicia había pasado en proverbio. Quería que se ejerciera sin acepción de personas, y el favor que dispensaba a algunos individuos, no los colocaba nunca por cima de las leyes. Un hombre del pueblo se presentó un día en la audiencia.

—Defensor de la justicia, le dijo, tengo que quejarme del hombre que se encuentra detrás de vos, y señaló con el dedo al Eslavo que tenía el empleo de porta escudo y del que Almanzor hacía mucho caso.—Lo he citado delante del juez prosiguió, pero no ha querido ir.

—¿De veras?, dijo entonces el ministro. ¿No ha querido ir y el juez no lo ha obligado? Yo creía que Abderramán ibn-Fotais (este era el nombre del juez) tenía más energía. Y bien, amigo mío, ¿de qué te quejas?

El otro le contó entonces que había hecho un contrato con el Eslavo y que este lo había roto. Cuando acabó de hablar, dijo Almanzor: «Mucho nos dan que hacer estos servidores de nuestra casa,» y dirigiéndose al Eslavo, que temblaba de miedo: «Entrega el escudo al que está a tu lado, le dijo, y ve humildemente a responder delante del tribunal a fin de que se haga justicia. Y vos, continuó dirigiéndose al prefecto de policía, conducid a ambos ante el juez y decidle que si mi Eslavo ha contravenido al contrato, yo deseo que se le aplique la pena más grave, la prisión o cualquier otra.

Y habiendo dado la razón el juez al hombre del pueblo, este, volvió a presentarse a Almanzor para darle las gracias. «Nada de gracias, le dijo el ministro, tú has ganado tu pleito, está bien y debes estar contento, pero yo lo estoy aún, yo tengo también que castigar al bribón que no se ha avergonzado de cometer una bajeza estando a mi servicio.» Y lo despidió.

Otra vez, su mayordomo tenía un pleito con un mercader y fue requerido por el juez, para que prestara juramento: pero creyendo que el empleo elevado que ocupaba le ponía al abrigo del procedimiento, se negó a ello. Pero un día que Almanzor llegó a la mezquita acompañado de su mayordomo, se le acercó el mercader y le contó lo que había pasado. El ministro hizo arrestar al mayordomo en el mismo instante, mandando que lo condujeran delante del juez y cuando supo que había perdido el pleito lo destituyó.

En resumen, si los medios que Almanzor empleó para apoderarse del poder deben ser condenados, es preciso sin embargo confesar que una vez que lo obtuvo lo ejerció noblemente. Si el destino lo hubiera hecho nacer en las gradas del trono, acaso hubiera habido poco que censurarle, quizás entonces, hubiera sido uno de los príncipes más grandes que recuerda la historia, pero habiendo visto el día en un antiguo castillejo de provincia, se vió obligado para alcanzar el objeto de su ambición a abrirse camino a través de mil obstáculos y debe sentirse que tratando de vencerlos se preocupara rara vez de la legitimidad de los medios. Era, bajo muchos respectos, un gran hombre, y sin embargo por poco que se consideren los eternos principios de la moral, es imposible amarlo y hasta se hace difícil admirarlo.

CAPÍTULO XXVI

EL MADHI

Cuando Mudhaffar estuvo de vuelta en Córdoba, después de la muerte de su padre, hubo un motín. El pueblo exigía a gritos que se presentara el soberano y que gobernara por sí mismo. En vano Hixem II mandó a decir a la multitud que quería continuar llevando una vida libre de cuidados: ella persistió en su demanda y Mudhaffar se vio obligado a dispersarla a mano armada. Sin embargo, el orden desde entonces no volvió a turbarse. Verdad es que un nieto de Abderramán III, llamado Hixem, conspiró contra Mudhaffar, pero este advertido a tiempo, lo previno, haciéndolo matar (diciembre del 1006). Este gobernó el Estado como su padre. Consiguió muchas victorias contra los Cristianos, y durante su reinado la prosperidad fue siempre creciendo. Fue una edad de oro, se dijo más adelante.

Sin embargo, un cambio muy importante se había verificado. La antigua sociedad árabe, con sus virtudes y sus prejuicios, había desaparecido. Abderramán III y Almanzor se habían propuesto conseguir la unidad nacional y lo habían logrado. La antigua nobleza árabe había quedado anonadada en la lucha que había sostenido contra el poder real; vencida y destrozada, estaba ya empobrecida y arruinada y los antiguos nombres se extinguían de día en día. La nobleza cortesana, que estaba ligada a los Omeyas por los lazos de la clientela, se había sostenido mejor. Los Abu-Abda, los Chohaid, los Djahwar y los Fotais, eran todavía casas ricas y envidiadas. Pero los hombres más poderosos de entonces eran los generales berberiscos y eslavos que debían su fortuna a Almanzor. Como eran advenedizos y extranjeros, inspiraban poco respeto. Considerábanlos además como bárbaros, y se quejaban de sus vejaciones. Por otra parte, los hombres de la clase media se habían enriquecido con el comercio y la industria. Ya bajo el reinado tan turbado, sin embargo, del Sultán Abdallah, se habían visto negociantes e industriales que habían reunido rápidamente grandes fortunas, sin más capital que el que le habían prestado sus amigos, y ahora que el país gozaba de una completa tranquilidad, se hacían tan fácil y tan frecuentemente estas fortunas, que ya nadie se admiraba. Sin embargo, esta sociedad tan floreciente en apariencia, llevaba en sí misma el germen de su destrucción. Si la lucha de razas había cesado, iba a aparecer bajo la forma de lucha de clases. El obrero, detestaba a su patrón; el ciudadano envidiaba al noble, y todos convenían en maldecir a los generales, a los berberiscos, sobre todo. En el seno de una inexperiencia universal, había una vana aspiración a novedades. La religión estaba expuesta a rudos ataques. Las medidas que había tomado Almanzor contra los filósofos, no habían dado los frutos que el clero se había prometido. Multiplicábanse por el contrario los «espíritus fuertes» y el escepticismo, que constituye el fondo del espíritu árabe, revestía cada día formas más científicas. Los discípulos de Ibn-Masarra, los Masarria como se los llamaba, formaban una secta numerosa. Otras sectas propagaban también doctrinas muy atrevidas. Una de ellas, parece haber salido del seno del

mismo clero. Sus partidarios, habían estudiado por lo menos, las tradiciones relativas al Profeta pero sus estudios, si hemos de creer a un teólogo ortodoxo, habían sido superficiales y se habían dirigido con preferencia sobre libros apócrifos, compuestos por materialistas que tenían intención de minar los fundamentos del islamismo. De ahí la singular idea que se formaban del universo. La tierra, decían, descansa sobre un pescado, este pascado está sostenido en el cuerno de un toro, este toro se halla en una roca que un ángel lleva sobre su cuello, debajo de este ángel están las tinieblas y por bajo de las tinieblas, hay un agua que no tiene fin. Bajo estas extrañas y oscuras fórmulas, que acaso no eran más que símbolos, los teólogos encontraban una herejía gravísima; la secta creía que el universo era ilimitado. Enseñaba además, que bien se podía imponer una religión por fraude o por violencia, pero que no puede probársela con argumentos racionales. Sin embargo, al mismo tiempo, era hostil a las obras filosóficas de Grecia, en las que por el contrario, otra secta se apoyaba.

El estudio de las Matemáticas los había llevado al de la Astronomía. Para creer en la religión pedían pruebas matemáticas y no encontrándolas la declaraban absurda. Menospreciaban todos los mandamientos, la oración, el ayuno, la limosna, la peregrinación, todo esto no era a sus ojos más que un delirio. Los faquíes no dejaban de dirigirles las censuras que los teólogos de todos tiempos han solido dirigir a los que se han separado de las doctrinas recibidas; los acusaban de no proponerse a otro fin en su vida más que el de enriquecerse a fin de poder entregarse a placeres de toda especie, sin respeto a las leyes de la moral.

Sin embargo, las sectas que atacaban abiertamente al islamismo, no eran las más peligrosas; otras que querían vivir en paz con él y que se reclutaban no solo entre los musulmanes, sino también entre Cristianos y Judíos, lo eran mucho más, porque bajo el nombre de religión universal predicaban el indiferentismo, y los teólogos musulmanes no ignoraban que si las religiones perecen, no es nunca por los ataques directos, sino siempre por la indiferencia. Los que habían adoptado estas doctrinas, diferían en algunos puntos y unos iban más lejos que otros, pero todos profesaban un supremo desdén a la dialéctica. «El mundo, dicen, está lleno de religiones, de sectas y de escuelas filosóficas que mutuamente se odian y se execran. ¡Ved a los Cristianos! El Melquita, no puede sufrir al Nestoriano, el Nestoriano detesta al Jacobita, y cada uno condena al otro. Entre los musulmanes el Motazelita declara que todos los que no piensan como él son incrédulos, el No-conformista, se cree obligado a matar a todos los que pertenecen a otra secta, y el Sunnita no quiere tener nada de común, ni con el uno ni con el otro. Entre los judíos sucede lo mismo. Los filósofos se condenan un poco menos pero no se encuentran más de acuerdo. Y cuando uno se pregunta, cuál entre esta infinidad de sistemas filosóficos y teológicos es el verdadero, es preciso decir que tanto vale uno como otro. Los argumentos de cada campeón tienen la misma fuerza, o si se quiere la misma debilidad, solo que uno sabe mejor que otro manejar las armas de la dialéctica. ¿Queréis la prueba? Id a esas reuniones en que disputan hombres de opiniones diferentes. ¿Qué veréis allí? Que el vencedor de ayer es el vencido de mañana, y que en estas doctas asambleas la fortuna de las armas es tan variable, como en los verdaderos campos de batalla. El hecho es que allí cada uno habla de cosas de que nada sabe, y de que nada puede saber.»

Algunos de estos escépticos aceptaban un pequeño número de pruebas. Había quienes creían en la existencia de Dios, creador de todas las cosas y en la misión de Mahoma; todo lo

demás, decían, puede ser verdadero o no; no lo afirmamos ni lo negamos, lo ignoramos; pero nuestra conciencia no nos permite aceptar doctrinas cuya verdad no nos ha sido demostrada. Estos eran los moderados. Otros aceptaban solamente la existencia de un creador, y los más avanzados no profesaban creencia alguna. Decían que la existencia de Dios, la creación del mundo, etc., no habían sido probadas, pero que tampoco lo había sido, que Dios no existiera, o que el mundo hubiera existido de toda eternidad. Algunos enseñaban que es preciso conservar por lo menos en apariencia la religión en que se ha nacido; otros sostenían que la religión universal es la única cosa necesaria, y entendían bajo este nombre los principios morales que toda religión predica, y que la razón aprueba.

Los innovadores en materias religiosas tenían una gran ventaja sobre los innovadores en materias de gobierno: sabían lo que querían. En política, por el contrario, nadie tenía ideas bastante fijas. Estaban descontentos de lo que había y se figuraban que por la marcha progresiva de la situación, la sociedad iba derecha a una revolución. Almanzor había previsto esta revolución. Un día que contemplaba su soberbio palacio de Zahara, y los magníficos jardines que lo rodeaban, se echó a llorar de pronto, exclamando: «¡Desdichada Zahara! ¡Quisiera conocer al que dentro de poco te ha de destruir!» Y cuando el amigo que le acompañaba le manifestó su sorpresa por esta exclamación, le dijo: «Tú mismo has de ser testigo de esta catástrofe. ¡Ya veo saqueado y arruinado este hermoso palacio, ya veo a mi patria devorada por el fuego de la guerra civil!» Pero si esta revolución se verificaba ¿cuál sería su fin y por qué medios se realizaría? Esto es de lo que nadie se daba cuenta; había al menos una cosa en que todo el mundo estaba de acuerdo, en que se quitara el poder a la familia de Almanzor. Este deseo no tiene nada de extraño. Los pueblos monárquicos no quieren que el poder sea ejercido por nadie más que por el monarca. Así que todos los ministros que, por decirlo así, han sustituido al soberano, han sido siempre objeto de un odio violento e implacable, cualesquiera que hayan sido sus aptitudes y sus merecimientos. Esta consideración bastaría en rigor para explicar la aversión que inspiraban los Amiridas, pero conviene no olvidar tampoco, que habían lastimado legítimos sentimientos y afecciones. Si se habían contentado hasta aquí con ejercer el poder en nombre de un príncipe onmiada, había dejado sin embargo conocer, que ponían más alta la mira, que ambicionaban el trono. Esta ambición había exasperado contra ellos, no solo a los príncipes de la dinastía, que eran muchos, sino también al clero que era muy adicto al principio de legitimidad y a la nación en masa que era muy afecta a la dinastía o que por lo menos creía serlo. Únase a esto, que la nobleza cortesana deseaba la caída de los Amiridas, porque se prometía de cualquier cambio un aumento de poder y que el pueblo bajo de la capital aplaudía anticipadamente toda revolución que le permitiera saquear a los ricos y saciar el odio que les tenían.

Esta última circunstancia, parece que hubiera debido servir para hacer a las clases acomodadas más prudentes. Córdoba había llegado a ser una ciudad manufacturera, que encerraba millares de obreros; el más pequeño motín podía tomar en un instante un carácter sumamente alarmante; de él podía resultar una guerra terrible entre pobres y ricos. Mas tal era la inexperiencia que nadie parecía haber notado la inminencia de este peligro.

Las clases acomodadas, no veían todavía en los obreros, más que auxiliares y creían que todo entraría en caja desde el momento en que se librasen de los Amiridas.

La caída de los Amiridas era pues, un deseo casi universal, cuando Modhaffar murió en la flor de sus años (Octubre del 1008). Sucedióle su hermano Abderramán. Los sacerdotes odiaban a este joven. A sus ojos su origen era ya una mancha imborrable, porque su madre era hija de un Sancho, ya sea del conde de Castilla, ya sea del rey de Navarra. Así, que no se le llamaba más que Sanchol, «Sanchuelo», y con este apodo es conocido en la historia. Su conducta era poco apropósito para hacer olvidar su nacimiento. Amando los placeres con pasión no tenía escrúpulo de beber vino públicamente, y se refería con profunda indignación que, un día que odia al muecín gritar desde lo alto de un minarete: «¡Corred a la oración!» había dicho: «Mejor haría en decir, corred a la copa.» Se le acusaba, además, de haber envenenado a su hermano Mudhaffar, y se refería a este propósito, que, habiendo cortado una manzana con un cuchillo untado por un lado de veneno, se había comido la mitad, después de haberle dado la otra a su hermano.

Estas inculpaciones eran acaso aventuradas, pero lo que es cierto es que Sanchol no tenía el talento ni la habilidad de Almanzor ni de Mudhaffar. Y, sin embargo, se atrevió a hacer lo que ni uno ni otro se habían atrevido. Reyes de hecho, habían dejado, sin embargo, a un Omeya el título de monarca, y no habían sido Califas a pesar de la mucha gana que tenían de serlo. Sanchol concibió el temerario proyecto de conseguirlo haciéndose declarar presunto heredero de la corona. Habló de este designio a algunos hombres influyentes, entre los cuales los principales eran el Cadí Ibn-Dhacwan y el secretario de Estado Ibn-Bord, y cuando estuvo seguro de su concurso, dirigió su petición a Hixem II. A pesar de su nulidad, parece que el Califa retrocedió un instante ante tan grave demanda, tanto más cuanto que según la común opinión Mahoma había dicho que el poder no pertenecía más que a la raza Maadita. Consultó a algunos teólogos, pero aquellos a quienes se dirigió, obedecían a las inspiraciones de Ibn-Dhacwan. Así, que le aconsejaron consentir en la demanda de Sanchol, y para vencer sus escrúpulos le citaron las palabras del Profeta, que había dicho: «No llegará el último día hasta que tenga el cetro un hombre de la raza de Cahtan.» El Califa se dejó persuadir, y un mes después de la muerte de su hermano, Sanchol fue declarado heredero del trono, en virtud de una ordenanza redactada por Ibn-Bord.

Esta ordenanza puso el colmo al descontento de los Cordobeses. Todo el mundo repetía estos versos, que un poeta acababa de componer: «Ibn-Dhacwan e Ibn-Bord han ofendido la religión de una manera inaudita. Se han rebelado contra el Dios de verdad, pues han declarado al nieto de Sancho heredero del trono.» Se refería con gran satisfacción que, pasando por delante del palacio de Zahara, un santo varón había exclamado: «¡Palacio que te has enriquecido con los despojos de tantas casas, quiera Dios que pronto todas las casas se enriquezcan con los tuyos!» En una palabra, el odio y la mala voluntad, se manifestaban donde quiera. Sin embargo, la rebelión a mano armada no se manifestaba todavía; el pueblo se dejaba aun intimidar y contener por la presencia del ejército. Pero este se iba a marchar. Engañado por la aparente tranquilidad que en la ciudad reinaba, Sanchol había anunciado que iba a hacer una campaña contra el reino de León, y el viernes 14 de enero de 1009, salió de la capital al frente de sus tropas. Había tenido la idea de ponerse un turbante, que en España no era llevado sino por los legistas y los teólogos, y mandó que sus soldados hicieran otro tanto. Los Cordobeses vieron en este capricho un nuevo ultraje a la religión y a sus ministros.

Habiendo pasado la frontera, en vano Intentó Sanchol obligar a Alfonso V a bajar de las montañas en que se había hecho fuerte, y habiendo puesto la nieve impracticable los caminos, se vio forzado a emprender la retirada; apenas hubo llegado a Toledo, supo que había estallado una revolución en la capital.

Un príncipe de la casa de Omeya, llamado Mohamed, se había puesto al frente del movimiento. Hijo de aquel Hixem que Mudhaffar había hecho decapitar, y por consiguiente biznieto de Abderramán III, se había mantenido oculto en Córdoba para escapar a la suerte de su padre, y en este período había hecho conocimiento con muchos hombres del pueblo. Gracias al oro que no economizaba, gracias también al apoyo de un faquí fanático, llamado Hasan-Ibn-Yahya, y el concurso de muchos Omeyas, reunió bien pronto una partida de cuatrocientos hombres intrépidos y resueltos. El rumor de una conspiración llegó a oídos del Amirida Ibn-Ascaledja, a quien Sanchol había confiado durante su ausencia el gobierno de Córdoba; este rumor era tan vago, que Ibn-Ascaledja, aunque hizo registrar muchas casas sospechosas, nada descubrió. Habiendo fijado para el martes 15 de febrero la ejecución de su proyecto, Mohamed eligió entre los suyos treinta de los más determinados, a quienes ordenó que fueran por la tarde al terraplén que había cerca de palacio, llevándose armas ocultas bajo los vestidos. «Yo iré a reunirme con vosotros una hora antes de ponerse el sol, les dijo; pero cuidado con que hagáis nada antes de que os dé la señal.»

Los treinta hombres fueron a su puesto y no despertaron sospecha alguna, porque el terraplén de palacio, que daba vista al arrecife y al rio, era un paseo muy frecuentado. Mohamed hizo tomar las armas a los demás partidarios, mandándoles que estuvieran listos. Luego se montó en su mula, y habiendo llegado al terraplén, dio a sus treinta hombres la señal de precipitarse sobre la guardia de la puerta de palacio. Atacados los soldados de improviso, fueron fácilmente desarmados, y Mohamed fue corriendo al departamento de Ibn-Ascaledja, que en aquel momento charlaba y bebía con dos muchachas de su harem. Antes que hubiera tenido tiempo de defenderse, había dejado de existir.

A los pocos instantes los demás conjurados, a quienes su jefe había hecho avisar, empezaron a recorrer las calles gritando: ¡A las armas! El éxito excedió a sus esperanzas. El pueblo, que no esperaba más que una ocasión, una señal, para sublevarse, los siguió dando gritos de alegría, y atraídos por el ruido, los campesinos de los alrededores vinieron a reunirse a la multitud. Fueron a la prisión dorada de Hixem II, e hicieron dos brechas en la muralla. El desdichado monarca esperaba que alguien viniera a socorrerlo. Los altos dignatarios estaban en Zahara, donde podían disponer de algunos regimientos de eslavos y de otras procedencias, pero al recibir la noticia de que había estallado un motín, creyeron al principio que Ibn-Ascaledja lo sujetaría fácilmente, y cuando luego supieron que la cosa era más seria de lo que se habían figurado, se quedaron helados de miedo. Parecía que todo el mundo había perdido la cabeza y nada se hizo para liberar al monarca. Este que temía a cada momento ver el palacio invadido por la multitud, tomó al fin el partido de enviar un emisario a Mohamed, para que le dijera que si le perdonaba la vida abdicaría en su favor. «¡Pues qué! respondió Mohamed, ¿piensa el Califa que he tomado las armas para matarlo? No, las he tomado porque he visto con dolor que quería quitar el poder a nuestra familia. Es libre de hacer lo que quiera, pero si es su voluntad cederme la corona, se lo agradeceré mucho y podrá pedirme lo que guste.»

Luego mandó venir teólogos y algunos notables a quienes ordenó que redactaran un acta de abdicación, y habiendo sido firmada por Hixem, él pasó en palacio el resto de la noche. A la mañana siguiente, nombró a uno de sus parientes primer ministro, confirió a otro Omeya el gobierno de la capital y los encargó de alistar en el ejército a los que quisieran. Fue tan grande y general el entusiasmo, que todo el mundo corría a hacerse soldado; hombres del pueblo, ricos negociantes, labradores de las cercanías, imanes de las mezquitas y piadosos ermitaños todos querían adelantarse a los demás, todos querían derramar su sangre en pro de la dinastía legítima y en contra del libertino que había querido usurpar el trono.

Mohamed ordenó enseguida a su primer ministro, que fuera a apoderarse de Zahara. Los dignatarios que allí había, no pensaron siquiera en defenderse, sino que se apresuraron a someterse y a pedir perdón al nuevo Califa. Este se lo concedió, no sin haberles censurado duramente su connivencia en los proyectos ambiciosos de Sanchol.

Así se hundió en menos de veinticuatro horas el poder de los Amiridas; nadie se hubiera figurado tan buena y tan rápida fortuna. En Córdoba era universal el contento, pero en nadie era más vivo que en las clases inferiores. El pueblo, que camina siempre de prisa, tanto en su alegría como en su cólera, veía abrirse ante sus ojos un feliz porvenir; pero si la clase media hubiera presentido las grandes y dolorosas consecuencias de esta revolución, se hubiera guardado mucho de tomar parte en ella y hubiera pensado probablemente que el despotismo ilustrado de los Amiridas, que había dado al país prosperidad envidiable y gloria militar, valía más que la anarquía y el régimen arbitrario de la soldadesca que iban a pesar sobre ella.

No faltaron desde el primer momento los excesos que de ordinario acompañan a toda revolución hecha por el pueblo. Mohamed, que podía mandar que saquearan, no tenía bastante autoridad para prohibirlo. Previendo lo que iba a suceder, había dado orden de trasportar a Córdoba los objetos preciosos que se encontraban en Zahara, pero los pillos habían puesto ya manos a la obra. Se llevaron de palacio hasta las puertas y las ensambladuras y muchas casas que pertenecían a las hechuras de Almanzor, fueron también saqueadas. Durante cuatro días, Mohamed no pudo o no se atrevió a hacer nada contra estos ladrones. Consiguió al fin reprimir su audacia y eran tantas las riquezas amontonadas en Zahara, que sin contar lo que el pueblo se había llevado, se encontraron allí millón y medio de monedas de oro y dos millones y cien mil monedas de plata. Algún tiempo después se descubrieron además cajitas en que había doscientas mil monedas de oro. Cuando el palacio quedó enteramente vacío, le pegaron fuego y pronto esta magnífica residencia no fue más que un montón de ruinas.

Mientras tanto dos actas oficiales habían sido comunicadas después de los oficios del viernes (18 de febrero) al pueblo reunido en la mezquita. La primera contenía la enumeración de los delitos de Sanchol y la orden de maldecirlo en las oraciones públicas, y en virtud de la segunda, muchos nuevos impuestos fueron abolidos. Ocho días después, Mohamed anunció al pueblo que había tomado el sobrenombre de Madhi, con que lo designaremos en adelante, y cuando se bajó de la cátedra, se leyó un llamamiento a la guerra contra Sanchol. Esta última proclama tuvo un éxito prodigioso. El entusiasmo de la capital se había comunicado a las provincias, de modo, que al poco tiempo se vio Madhi al frente de un ejército numeroso. Pero como el pueblo que había hecho la revolución no quería dejarse mandar por los antiguos

generales que todos habían sido del partido de Almanzor, este ejército tuvo por jefes hombres del pueblo o de la clase media, médicos, tejedores, carniceros y guarnicioneros. Por primera vez se había democratizado la España musulmana; el poder se había escapado, no solo a los Amiridas, sino a los nobles en general.

Entretanto, Sanchol, cuando recibió en Toledo la noticia de la insurrección de la capital, se dirigió a Calatrava. Tenía intención de reprimir la rebelión con la fuerza, pero durante su marcha muchos soldados le abandonaron, y cuando quiso que los que quedaban le prestasen juramento de fidelidad, estos rehusaron diciendo que ya habían jurado una vez. Lo mismo respondieron los Berberiscos a quien los Amiridas habían enriquecido, y con quienes Sanchol creía que podía contar. Ignoraba que el reconocimiento y la adhesión no entraban en el número de sus virtudes. Considerando perdida la causa de sus bienhechores, no pensaban más que en conservar sus riquezas con una pronta sumisión al nuevo Califa, y ni siquiera se tomaban el trabajo de ocultar sus intenciones, porque cuando Sanchol llamó a Mohamed ibn-Yila, uno de sus generales, y le preguntó su parecer acerca de las disposiciones de sus soldados respecto a él, le respondió:

—No quiero engañaros, ni sobre mis propias opiniones, ni sobre las del ejército, así que os diré francamente que nadie se batirá por vos.

—¿Cómo nadie?, le preguntó Sanchol, aunque ya desengañado de la fidelidad de una parte de sus tropas no esperaba confesión semejante; ¿y de qué modo podría convencerme de que es fundada vuestra opinión?

—Haced que tomen vuestras gentes el camino de Toledo, y decidles que vais a seguirles y veréis entonces si hay soldados que os acompañen.

—Acaso tengáis razón, dijo Sanchol tristemente, y no se atrevió a arriesgarse a hacer la prueba que el berberisco le proponía.

En medio de la defección general, solo le quedó un amigo sincero y adicto, era uno de sus aliados leoneses, un conde de Carrión de la familia de los Gómez.

—Veníos conmigo, le dijo este caballero; mi castillo os dará asilo, y yo verteré hasta la última gota de sangre, si es preciso, para defenderos.

—Gracias por vuestra oferta, mi buen amigo, le replicó Sanchol, pero no puedo aceptarla. Es preciso que vaya a Córdoba, donde me esperan mis amigos, que se levantarán como un solo hombre en mi favor, desde que sepan que estoy en los alrededores. Espero además, estoy seguro de ello, que en cuanto llegue, muchos de los que parecen estar ahora por Mohamed, abandonarán a ese hombre para venirse conmigo.

—Príncipe, replicó el conde, no os entreguéis a vanas y quiméricas esperanzas; creedme, todo está perdido, y así como el ejército se ha declarado en contra vuestra, tampoco encontraréis en Córdoba quien os ayude.

—Lo veremos, replicó el Amirida, pero he resuelto ir a Córdoba, e iré.

—No apruebo vuestro designio, le dijo entonces el conde; y estoy persuadido de que os dejáis guiar por una ilusión que ha de seros fatal, pero suceda lo que quiera no os abandonaré.

Habiendo dado la orden de continuar la marcha a la capital, llegó Sanchol a una posada que se llamaba Manzil-Hani. Allí se detuvo, pero los Berberiscos aprovechándose de la oscuridad de la noche, desertaron en masa, y a la mañana siguiente, no tenía a su lado más que los criados de su casa y a los soldados del conde. Este le suplicó por última vez que aceptara la oferta que le habían hecho, pero fue inútil; el joven corría desatentadamente a su pérdida. «He enviado ya a Córdoba al cadí, dijo; pedirá mi perdón, y estoy seguro de obtenerlo.»

La tarde del jueves 4 de marzo, llegó al convento de Chauch. Algunos jinetes que Mahdi había enviado a su encuentro, lo hallaron allí al día siguiente.

—¿Qué me queréis?, le dijo Sanchol, dejadme en paz, pues que ya me he sometido al nuevo gobierno.

—En este caso, le respondió el jefe del escuadrón, venid a Córdoba conmigo.

Sanchol tuvo que obedecer esta orden a pesar suyo, y habiéndose puesto en camino, encontró después de medio día al primer ministro de Mahdi, acompañado de un destacamento más considerable. Se hizo alto y mientras enviaban a Córdoba el harem de Sanchol, que se componía de setenta mujeres, se le llevó ante él ministro. Sanchol besó muchas veces el suelo delante de este Omeya, pero se le gritó: «Besa también el casco de su caballo!» Lo hizo así, mientras el conde de Carrión miraba en silencio la profunda humillación de aquel ante quien había temblado un imperio poderoso. Luego, cuando lo montaron en un caballo distinto del suyo, gritó el ministro: «¡Que le quiten el gorro!» y ejecutada esta orden se pusieron en camino.

Al oscurecer, cuando llegaron a la posada, los soldados recibieron orden de atar a Sanchol las manos y los pies. Mientras que cumplían brutalmente esta orden, «Me estáis lastimando, les dijo: dadme un momento de respiro y dejadme una mano libre.» Habiendo conseguido su demanda, sacó en un abrir y cerrar de ojos un puñal de su botina, pero los soldados se lo quitaron antes de que tuviera tiempo de herirse. «Yo te ahorraré ese trabajo,» gritó el ministro, y tirándolo al suelo, lo mató y luego le cortó la cabeza. El conde fue muerto también.

Al día siguiente, cuando los jinetes entraron en Córdoba, presentaron al Califa los restos de Sanchol. Habiendo hecho embalsamar su cadáver, Mahdí lo pisoteó con su caballo, y luego lo hizo clavar, vestido con una túnica y un pantalón, en una cruz colocada cerca de la puerta de palacio, y al lado de la cabeza que estaba en la punta de una pica. Al lado de estos horribles restos, había un hombre que gritaba sin cesar: «¡He aquí el felicísimo Sanchol! ¡Que Dios lo maldiga y a mí también» Era el comandante de la guardia de Sanchol, que no había obtenido su perdón sino a condición de expiar de esta manera la fidelidad que había mostrado a su amo

XIV

Todo parecía ir, al principio, a medida del deseo de Mahdi. El pueblo de Córdoba lo había elevado al trono, los Berberiscos lo habían reconocido y no habían pasado cinco días desde la muerte del Amirida, cuando recibió una carta en que Wadhid el más poderoso de los Eslavos

y gobernador de la Frontera inferior, le aseguraba su obediencia, diciéndole que la noticia de la ejecución del usurpador, le había causado gran alegría. Como Wadhih debía su fortuna a Almanzor, Mahdi no esperaba de su parte una sumisión tan pronta, así, que se apresuró a darle pruebas de su reconocimiento; le envió mucho dinero, un vestido de honor, un caballo ricamente enjaezado y el diploma de gobernador de todas las fronteras.

Todos los partidos se habían pues, agrupado al rededor del gobierno. Esta era por lo menos la apariencia, el movimiento espontáneo de primera hora, pero esta unanimidad era menos real y estaba menos arraigada de lo que parecía. La revolución se había verificado bajo el imperio de una especie de fiebre general que no había dado tiempo a que se manifestara el buen sentido, pero cuando vino la reflexión, se comenzó a conocer que con la caída de los Amiridas no estaba todo terminado, todo restablecido, ni todo reparado; que podía haber aun, algo que condenar y de que quejarse bajo otro régimen. Madhi, no tenía ni talento, ni virtud. Era un hombre disoluto, cruel, sanguinario y tan torpe que se enajenó sucesivamente todos los partidos. Comenzó por licenciar siete mil obreros que se habían alistado. Como no podían dejar a Córdoba a merced de las clases bajas, esta medida era sin duda necesaria, pero descontentó al pueblo, que orgulloso con haber hecho la revolución, se encontraba muy bien recibiendo un gran sueldo sin hacer nada. En seguida, desterró de la capital a gran número de eslavos Amiridas y quitó el empleo a otros eslavos que servían en palacio. Esto era lanzarlos al partido de la oposición, mientras que con un poco de tacto acaso se los pudiera haber ganado. Al mismo tiempo irritó a los devotos. Como no salía de palacio, no pensaba más que en distraerse, y los piadosos musulmanes referían con horror, que daba festines en que tocaban un centenar de laudes y otro de flautas. «Hace lo mismo que Sanchol» decían. Se le llamaba el «bebedor,» se le acusaba de turbar la paz de muchas familias y le sacaban coplas como antes se las habían sacado a su rival. Su crueldad, acabó de perderlo en la opinión pública. Wahih le había enviado las cabezas de muchos habitantes de las fronteras que se habían negado a reconocerlo, y él mandó plantar en ellas flores y colocarlas a la orilla del rio, frente a palacio. Gustaba de contemplar este estrado «jardín» e inducía a sus poetas entre los cuales se distinguía Zaid, que, después de haber adulado a los Amiridas, adulaba ahora a su enemigo, a componer versos sobre este asunto.

Ya, malquistado con el pueblo, con los Eslavos, con los devotos y en general con todas las gentes honradas, Mahdi, no hizo nada para atraerse a los Berberiscos, que sin embargo, se habían entregado a él por su propia voluntad. Verdad es, que estos rudos pastores eran muy odiados en la capital. El pueblo no les perdonaba haber sido los autores y el apoyo del despotismo de los Amiridas y si Mahdi los hubiera tomado abiertamente bajo su protección, hubiera perdido la poca popularidad que le quedaba. Sin embargo, como no podía volverlos a África, hubiera debido contemplarlos. No lo hizo. A cada instante les manifestaba su odio y su menosprecio. Les prohibió hasta montar a caballo, llevar armas y entrar en palacio. Esto era una gran imprudencia. Acostumbrados a ser respetados honrados y mimados por la corte, los Berberiscos tenían el sentimiento de su dignidad y de su fuerza. Así, que, no se resignaron a no ser nada en el Estado y un día en que muchos de sus palacios habían sido saqueados por el populacho sin que se hubiera opuesto la policía, Zawi y otros dos jefes suyos, se fueron a buscar al Califa y exigieron imperiosamente el castigo de los culpables. Intimado por su actitud firme y resuelta, Mahdi se escusó lo mejor que pudo y para apaciguarlos mandó cortar la cabeza a

los instigadores del desorden. Pero pronto se repuso de su terror y comenzó a vejar de nuevo a los Berberiscos.

Sin embargo, por aturdido que fuera no se le ocultaba enteramente el peligro de su posición, y lo que temía, sobre todo, era que el nombre de Hixem II, no llegara a ser un día la enseña de unión de todos los partidos a quienes había ofendido. Resolvió, pues, no matar a su augusto prisionero, sino hacerlo pasar por muerto. Justamente acababa de morir (Abril de 1009) un cristiano que se parecía mucho a Hixem.

Madhi, hizo llevar a palacio secretamente su cadáver, y lo enseñó a algunas personas que habían conocido a Hixem. Sea que realmente fuera muy parecido, sea que las personas en cuestión estuvieran ganadas, ello es que declararon que este cadáver era el del último califa. Mahdi hizo venir entonces ministros de la religión, notables y hombres del pueblo y habiendo sido recitadas las oraciones mortuorias, el cristiano fue enterrado en el cementerio musulmán con todos los honores reales. Al verdadero Hixem, Mahdi lo hizo encerrar en el palacio de uno de sus visires.

Asegurado por esta parte, el imprudente Califa creyó que ya todo se lo podía permitir. En el mes de mayo hizo poner en prisión, no se sabe por qué, a un hijo de Abderramán III que se llamaba Solimán y a quien poco antes había nombrado heredero del trono. Además dejó penetrar su intención de hacer morir a diez jefes berberiscos. No era preciso tanto para hacer que los africanos tomasen las armas y por su parte Hixem hijo de Solimán, trabajó activamente para formarse un partido. Lo consiguió sin dificultad; los siete mil obreros licenciados por Mahdi, eran un ejército siempre dispuesto a toda sedición. El 2 de junio se reunieron estos hombres ante el palacio de Hixem, lo proclamaron Califa, este los llevó entonces a llano fuera de la ciudad y habiéndose reunido a él los Berberiscos marchó contra el palacio de Mahdi. Arrancado bruscamente a sus placeres, el Califa mandó preguntar a la multitud lo que quería. «Tú has puesto a mi padre en prisión, le mandó responder Hixem, e ignoro lo que ha sido de él.» Mahdi puso entonces en libertad a Solimán, pero, si creyó que con esto bastaba para hacer que la multitud se dispersara, se engañó, pues Hixem, le envió a decir que debía también cederle la corona. Queriendo ganar tiempo, fingió Mahdi entrar en pláticas con él, pero como la negociación iba larga, los obreros y los Berberiscos que se fastidiaban con su inacción fueron a saquear e incendiar las tiendas del mercado de los guarnicioneros. Entonces los Cordobeses tomaron las armas, no para sostener a Mahdi, sino para preservar sus casas del saqueo y pronto vinieron en su ayuda, los soldados que el Califa había tenido tiempo de reunir. El combate duró todo un día y una noche, pero en la mañana del viernes 3 de junio, los Berberiscos se vieron obligados a tomar la fuga en el mayor desorden. Parte de los Cordobeses los persiguió hasta las orillas del Guadalmeyalo; otros saquearon sus casas y se apoderaron de sus mujeres y se prometió una prima a todo el que trajera la cabeza de un berberisco. El anti-Califa Hixem, y su padre fueron hechos prisioneros y Mahdi los mandó decapitar.

En cuanto los Berberiscos se rehicieron, juraron vengarse de una manera ruidosa, pero tenían poca habilidad y no sabían cómo componérselas. Felizmente para ellos tenían a Zawi. Oriundo de la dinastía cinhedjita, que reinaba en la parte de Africa de que era capital Cairawan, era más civilizado e inteligente que la mayor parte de sus hermanos de armas y comprendió que ante todo era preciso oponer un competidor a Mahdi. Tenía en la mano un Omeya,

Solimán, sobrino de Hixem, que después de haber tomado parte en la barrabasada de su tío, había seguido a los Berberiscos en su fuga. Zawi propuso a sus camaradas que lo reconociesen por Califa. Algunos se negaron diciendo, que Solimán era un buen hombre, pero que no tenía ni bastante energía para ser jefe de un partido, ni bastante experiencia para mandar un ejército. Otros no querían ningún jefe árabe. Para hacer adoptar su resolución, recurrió entonces Zawí a un medio que nuevo sin duda para los Berberiscos, no lo hubiera sido sin embargo para nosotros. Tomó cinco lanzas y habiendo hecho con ellas un haz, se las dio al soldado que pasaba por tener más fuerza, diciéndole: «Procura romperlo!» No habiendo podido hacerlo el soldado continuó diciendo: «Desata ahora la cuerda y rómpelas una a una.» En un instante el berberisco las rompió todas.

—Que esto os sirva de ejemplo, Berberiscos, dijo entonces Zawí, unidos sois invencibles, desunidos vais a perecer, porque estáis rodeados de enemigos implacables. Pensad pues en el peligro y decidme pronto lo que pensáis.

—Prontos estamos a seguir tus prudentes consejos, gritaron por todas partes y si hemos de sucumbir, que no sea al menos por culpa nuestra.

—¡Pues bien! continuó Zawí tomando a Solimán de la mano, jurad pues, ser fieles a este Coraichita. Nadie podrá acusaros de aspirar al gobierno del país y como es árabe, muchos de su nación se declararán por él y por vosotros.

Cuando se hubo prestado juramento a Solimán, y este príncipe declaró que tomaba el sobrenombre de Mostain, Zawí habló de nuevo: «Las circunstancias, dijo, son graves, y ante todo es preciso que ninguno trate de satisfacer su ambición, arrogándose un poder a que no tenga derecho. Que cada tribu elija pues un jeque, y que este responda con su cabeza al Califa de la fidelidad de su regimiento.»

Así se hizo y, naturalmente Zawi fue elegido por su tribu de Cinhedja. Desde el principio, pues, Solimán no tuvo autoridad alguna sobre los Berberiscos que habían elegido sus capitanes sin consultarlo; no era más que un testaferro, y nunca fue otra cosa.

Los africanos marcharon a Guadalajara, y habiéndose apoderado de la ciudad, propusieron a Wadhih que hiciera causa común con ellos, pidiéndole les abriera las puertas de Medinaceli. Pero Wadhih, no escuchó sus proposiciones y habiendo recibido refuerzos de Mahdi, los atacó. Fue batido, pero los Berberiscos no tuvieron porqué felicitarse de su victoria, pues Wadhih les cortó los víveres, de modo, que durante quince días, no tuvieron más que yerbas por alimento. Para salir de este apuro enviaron algunos de los suyos a Sancho, conde de Castilla, para que solicitasen su intervención, y le propusieran una alianza, en el caso en que Madhi y Wadhih, no quisieran hacer la paz.

Cuando llegaron a la residencia del conde, los africanos se encontraron con una embajada de Madhi, que había traído a Sancho, caballos, mulas y otros presentes, y le había prometido muchas ciudades y fortalezas, si quería socorrer al Califa de Córdoba. ¡Cuánto había cambiado todo en pocos meses! Ya no eran los musulmanes los que dictaban la ley a los príncipes cristianos, era, por el contrario, el conde de Castilla el que iba a decidir de la suerte de la España árabe.

Bien informado del estado de los negocios de sus vecinos, y sabiendo que el poder de Mahdi pendía de un hilo, el Conde prometió a los Berberiscos declararse en su favor si se comprometían a cederle las fortalezas que le habían prometido los mensajeros de Madhi, y cuando convinieron despidió a los otros embajadores, y envió al campo Berberisco mil bueyes, cinco mil carneros, y mil carros cargados de víveres. Los berberiscos se encontraron pronto en disposición de ponerse en campaña, y habiéndoseles reunido el conde con sus tropas, tomaron el camino de Medinaceli.

Cuando llegaron cerca de esta ciudad, hicieron nuevas tentativas para ganarse a Wadhih a su partido. No lo consiguieron más que antes, y creyendo con razón que no debían perder tiempo, marcharon directamente sobre Córdoba (julio de 1009). Siguiólos Wadhih con su caballería y los atacó, pero después de haber perdido muchos de los suyos, se vio obligado a tomar la fuga, y llegó a Córdoba con cuatrocientos caballos, donde se le reunió uno de sus tenientes con otros doscientos que habían tenido también la fortuna de escapar a la matanza.

Noticioso de que los Berberiscos marchaban contra la capital, Madhi, después de haber puesto sobre las armas a todos los que se hallaban en estado de llevarlas, se había atrincherado en una llanada al E. de Córdoba. Pero en vez de esperar al enemigo, tuvo la imprudencia de salir en su busca. Los dos ejércitos se encontraron en Cantich (5 de noviembre de 1009) y un escuadrón de treinta berberiscos bastó para introducir el desorden en las filas de la indisciplinada masa de sus contrarios. En su fuga precipitada ciudadanos, burgueses, obreros y faquíes se derribaban unos a otros. Los Berberiscos y los Castellanos los acuchillaban a centenares y hubo muchos que hallaron la muerte en las aguas del Guadalquivir. Se calculan en diez mil los que perecieron en esta horrible matanza. Wadhih conoció bien pronto que todo estaba perdido y acompañado de sus seiscientos caballos, tomó a escape el camino del Norte. Mahdi por su parte, se refugió en su palacio, donde no tardó en verse sitiado por les Berberiscos. Creyó salvarse devolviendo el trono a Hixem II, y haciéndolo sacar de la prisión, lo situó de modo que lo pudieran ver los Berberiscos a quienes envió al Cadí Ibn-Dhacwan, para decirles que Hixem vivía todavía, que lo miraba como su señor y que él no era más que su primer ministro. Los Berberiscos se rieron de este mensaje. «Ayer, le respondieron al Cadí, Hixem estaba muerto y tú y tu emir recitabais sobre su cadáver las oraciones fúnebres, ¿cómo ha de vivir hoy? Por lo demás, si es verdad lo que dices, nos alegramos de que viva Hixem, pero no lo necesitamos para nada, porque no queremos más Califa que Solimán.» En vano trató el Cadí de excusar a su señor y todavía estaba hablando, cuando los Cordobeses que temblaban al aspecto del príncipe que amenazaba sus muros, salieron a su encuentro y lo reconocieron por soberano.

Mientras que Solimán verificaba su entrada en la capital, donde Berberiscos y Castellanos cometieron todo género de escudos, Mahdi se ocultó en la casa de un cierto Mohamed de Toledo, que le suministró los medios de ganar esta ciudad, porque todas las fronteras desde Tortosa hasta Lisboa, estaban todavía por él. Así, que cuando Sancho recordó a Solimán su promesa, éste se vio obligado a responderle que no podía satisfacerle por de pronto, pues que no poseía todavía las ciudades de que se trataba, pero se comprometió por segunda vez a entregarle, en cuanto estuvieran en su poder y entonces Sancho abandonó Córdoba con sus

tropas que se habían enriquecido a expensas de los habitantes de la ciudad (14 de noviembre de 1009.)

La suerte de Hixem no cambió. Solimán después de haberlo obligado a abdicar en favor suyo, lo hizo encerrar de nuevo, pero cediendo al deseo de los antiguos servidores de los Amiridas, hizo enterrar con las ceremonias acostumbradas el cuerpo de Sanchol.

Entretanto, Mahdi había llegado a Toledo, cuyos habitantes le hicieron excelente acogida. Solimán marchó a atacarlo y envió sacerdotes a los Toledanos, para que los amenazaran con su cólera, si continuaban en su rebelión. Pero estas amenazas no produjeron efecto y no queriendo emprender el sitio de una plaza tan fuerte como Toledo y esperando, por otra parte, que se había de someter espontáneamente en cuanto lo hiciera el resto de España, se a Medinaceli. Durante su marcha, muchos eslavos vinieron a engrosar su ejército y se apoderó de Medinaceli sin combate porque Wadhih había evacuado esta ciudad, retirándose a Tortosa. Desde allí escribió a Solimán, diciéndole que lo reconocía siempre que le permitiera quedarse donde estaba.

Él no obraba de este modo sino para escapar a la persecución de Solimán y ganar tiempo. Aprovechóle su astucia, Solimán cayó en el lazo y dejó a Wadhih el gobierno de todas las fronteras.

Teniendo ya las manos libres, Wadhih se apresuró a hacer alianza con dos condes catalanes, Raimundo de Barcelona y Armengol de Urgel, a quienes prometió todo lo que quisieron y marchó a Toledo, acompañado de un ejército Catalan y del suyo, donde se unió con las tropas de Mahdi. Solimán intimó entonces a los Cordobeses que tomasen las armas, pero como no obedecían a los africanos más que a regañadientes, se excusaron diciendo que no estaban en estado de combatir. Por lo demás en Cantich lo habían demostrado y los Berberiscos que preferían no tener en el ejército soldados de aquel temple, le rogaron a Solimán, que les dejara a ellos solos el cuidado de la victoria. Solimán se dejó persuadir y habiéndose adelantado hasta Aca-ba-al-bacar, lugar que se hallaba cerca de cuatro leguas de Córdoba, encontró al ejército de su adversario, que se componía de treinta mil musulmanes y nueve mil cristianos (en la primera mitad de junio de 1010.) Sus generales lo colocaron a retaguardia, aconsejándole que no abandonara su puesto, aunque los enemigos le pisaran los pies y atacaron a las tropas catalanas, pero conforme a las reglas de la estrategia oriental, volvieron enseguida la espalda al enemigo, para volver impetuosamente a la carga. Desgraciadamente, Solimán que recibía órdenes de sus capitanes, no comprendía su táctica y viendo la vanguardia volverse atrás, no dudó que había sido batida y creyendo que todo estaba perdido, echó a huir a todo escape, siguiendo su ejemplo los caballeros que lo acompañaban. Los Berberiscos, sin embargo, volvían a la carga y atacaron al enemigo con tanta furia que mataron sesenta jefes catalanes, entre los que se encontraba el conde Armengol de Urgel; pero cuando vieron que Solimán había abandonado su puesto, se retiraron a Azahara, de modo, que los catalanes quedaron dueños del campo. Así es como Solimán perdió, por su ignorancia y su cobardía, la batalla de Acaba-al-Bacar de que acaso hubiera salido vencedor, si hubiera comprendido la táctica de sus capitanes o se hubiera prestado a obedecer sus órdenes. Por lo demás, el triunfo fue obtenido por los catalanes, porque las tropas de Mahdi y de Wadhih no parecen haber tomado parte muy activa en el combate.

Mahdi entró en Córdoba, y esta desdichada ciudad que había sido saqueada seis meses antes por los Castellanos y los Berberiscos, ahora lo fue de nuevo por los catalanes. Madhi salió en persecución de los Bereberes que marchaban hacia Algeciras, matando a todos los que encontraban, y saqueando las aldeas, pero que volvieron sobre sus pasos en cuanto supieron que sus adversarios los buscaban. El 21 de junio vinieron a las manos los dos ejércitos, donde el Guadaira desemboca en el Guadalquivir. Esta vez los africanos obtuvieron una completa venganza del descalabro que hablan sufrido en Acaba-al-basar. El ejército de Madhi fue derrotado; muchos capitanes de eslavos, y más de tres mil catalanes quedaron en el campo de batalla, además del gran número de soldados que hallaron la muerte en las aguas del Guadalquivir.

Dos días después entraron los vencidos en Córdoba, y los catalanes, furiosos con su derrota, se condujeron con una crueldad inaudita. Mataron especialmente a todos los que tenían algún parecido con los Berberiscos, pero cuando Madhi les rogó que marcharan de nuevo contra el enemigo, se negaron, diciendo que las pérdidas que habían sufrido no se lo permitían. Dejaron, pues, a Córdoba (8 de julio,) y a pesar de todo el mal que habían hecho, los habitantes los vieron partir con sentimiento, porque las hordas berberiscas, contra las que hubieran podido defenderlos, les inspiraban más miedo todavía. «Después de la partida de los catalanes, dice un autor arábigo; cuando los Cordobeses se encontraban en la calle, se daban el pésame, como se da a los que han perdido su fortuna y su familia.»

Entretanto Madhi, que había impuesto a la ciudad una contribución extraordinaria para poder pagar sus tropas, se puso en marcha contra el enemigo. Pero después de la partida de los catalanes, su ejército había perdido el valor, y apenas había andado siete leguas, cuando un terror pánico, la idea sola de que dentro de poco tendrían que combatir contra los terribles Berberiscos, le hizo volver a Córdoba. Madhi, tuvo pues que resignarse a esperar los enemigos en la capital, que hizo cercar con un foso y una muralla; pero quería el destino que en lugar de caer por los Berberiscos, cayera por los Eslavos.

Algunos de estos, entre los que Wadhih ocupaba el primer lugar, servían bajo las banderas de Madhi, pero otros, como Khairan y Anbar, seguían el partido opuesto. Todos conocieron al fin que para alcanzar el objeto de su ambición, es decir, el poder, su unión era necesaria, y resolvieron volver a colocar en el trono a Hixem II. Decidido este plan, Wadhih tuvo buen cuidado de fomentar el descontento de los habitantes de Córdoba. Hizo extender los rumores más exagerados sobre la vida desarreglada del «bebedor,» y aunque reprobaba en público los desórdenes que sus soldados se permitían, los favorecía en secreto. Y cuando estos manejos acabaron de quitar al Califa la poca popularidad que le quedaba, Khairam, Anbar y otros generales eslavos del ejército de Solimán ofrecieron sus servicios a Mahdi. Apresuróse este a aceptar su oferta, pero apenas entraron en Córdoba estos pretendidos auxiliares, no tardó en apercibirse de que maquinaban su pérdida, y como no se encontraba en estado de resistirles, resolvió por segunda vez refugiarse en Toledo. Los Eslavos se le adelantaron. El Domingo 23 de Julio de 1010, recorrieron a caballo las calles gritando: «¡Viva Hixem II!» y habiendo sacado a este príncipe de su prisión, lo colocaron en el trono adornado con regias vestiduras.

En este momento Madhi se encontraba en el baño. Informado de lo que pasaba, vuela al salón y va a sentarse al lado de Hixem, pero Anbar lo coje violentamente del brazo, y lo obliga

a sentarse enfrente de Hixem, que le reprende en los términos más amargos, los males que le ha hecho sufrir. En seguida Anbar lo coje de nuevo del brazo, lo arrastra a la plataforma y saca la espada para cortarle la cabeza. Madhi lo coje a brazo partido, pero al punto caen sobre él las espadas de los otros Eslavos. Poco tiempo después, su cadáver yacía en el mismo sitio donde había hecho caer diez y siete meses antes, el de Ibn-Ascaledja. Elevado al trono por una conspiración, otra conspiración le había privado del trono y de la vida.

XV

Con un soberano tan débil como era Hixem II, los Eslavos eran omnipotentes. Así Wadhid que quedó de primer ministro, pretendió gobernar España como su patrono Almanzor, pero desgraciadamente para él, las circunstancias habían cambiado mucho, y Wadhih no era Almanzor. Verdad es, que al principio no encontró oposición en la capital. La cabeza de Mahdi fue paseada por las calles, sin que se oyera un solo murmullo, porque nadie echaba de menos a aquel tirano; pero Wadhih se había lisonjeado con la esperanza de que los Berberiscos reconocieran también al monarca, a quien había devuelto la corona, y pronto pudo convencerse de cuán quimérica era esta esperanza, pues, cuando les envió la cabeza de Madhi, rogándoles que se sometieran a Hixem, fue tan grande su indignación, que si no se hubiera interpuesto Solimán para salvar la vida de los que llevaban este mensaje, los hubieran muerto. El mismo Solimán derramó lágrimas al ver la cabeza de su pariente, la hizo limpiar y la envió a Obaidallah, hijo de Madhi, que se encontraba en Toledo.

Desengañado por lo que toca a los Berberiscos, Wadhih, vio poco después que tenía enemigos en la misma ciudad. Algunos Omeyas, que no querían la dominación eslava y creían trabajar en su propio interés, sirviendo el de Solimán, le avisaron secretamente que viniera el 12 de agosto hasta las puertas de la capital, y que ellos se la entregarían. Solimán prometió venir, pero Wadhih informado del complot, por Khairan y Anbar, hizo prender á los conspiradores, y cuando Solimán se presentó bajo los muros de la ciudad el día prefijado, fue atacado bruscamente, y obligado a una precipitada retirada.

Esperando que este descalabro había hecho más tratables a los Berberiscos. Wadhih entabló nuevas negociaciones con ellos, pero sin resultado, y entre tanto Solimán, pidió ayuda a su antiguo aliado Sancho de Castilla, ofreciendo cederle las fortalezas que Almanzor había conquistado. No sé si eran las mismas que le había prometido antes, pero lo cierto es que el Conde encontró ahora el modo de extender su territorio, sin tomarse el trabajo de hacer una expedición a Andalucía. Como las fortalezas en cuestión no se hallaban en poder de Solimán, sino en el de Wadhih, mandó a decir a este último que, si no se las cedía, marcharía con sus Castellanos en socorro de los Berberiscos. El asunto pareció tan importante a Wadhih, que no se atrevió a tomar sobre sí la responsabilidad de su resolución. Convocó pues a los notables, y habiéndoles comunicado el mensaje de Sancho, les preguntó su parecer. El temor de ver a los Berberiscos reforzados por los Castellanos, hizo callar en los notables el sentimiento del honor nacional y respondieron que, en su opinión debía ser otorgada la demanda. En el mes de agosto o de setiembre de 1010, Wadhih concluyó, pues, un tratado con Sancho, y le entregó, al decir de los escritores árabes, más de doscientas fortalezas, entre las que los cronistas cristianos citan San Esteban, Coruña del Conde, Gormaz y Osma. Semejante ejemplo era contagioso. Viendo que para obtener plazas fuertes bastaba con algunas amenazas y palabras mayores,

otro conde mandó a pedirlas a su vez, diciendo que si no se las daban iría al punto a reunirse con Solimán. No se atrevieron a negárselas. Así el imperio musulmán, presa de la guerra civil, y reducido a la más completa impotencia, se caía a pedazos. ¿Se felicitarían todavía los Cordobeses de la caída de los Amiridas como en el día fatal en que con irreflexivo entusiasmo saludaron el rápido triunfo de la revolución? Lícito es dudarlo, pero pensaran lo que quisieran en este período, ya no podían volver atrás. En aquellas circunstancias, tenían que resignarse a bajar la cabeza ante los enemigos de su religión, a sufrir el amo que los Eslavos o los Berberiscos quisieran imponerles, a ser maltratados y saqueados ya por unos, ya por otros, a aceptar, en una palabra, todas las consecuencias a que se exponen los pueblos que, sin ir a un objeto claramente definido, sin tener una grande y sana idea política o religiosa que realizar, se lanzan aturdidamente en el torbellino de las revoluciones.

Por lo pronto no fueron ellos los que más sufrieron la ferocidad de los Berberiscos. Después de haber asediado Córdoba, durante mes y medio, se había dirigido contra Zahara, de que se hicieron dueños después de un sitio de solo tres días gracias a la traición de un oficial que le entregó una de las puertas de la ciudad (4 de noviembre de 1010.) Enseguida comenzó la carnicería, y si los Cordobeses hubieran tenido duda sobre la suerte que los Berberiscos les reservaban, las cosas que pasaron en Zahara, les hubieran dado bastante luz sobre este asunto. Casi todos los soldados de la guarnición fueron degollados. Los habitantes se refugiaron en la Mezquita, pero la santidad del lugar no impuso a los Berberiscos. Hombres, mujeres y niños, todos fueron degollados, sin distinción. Después de haber saqueado la ciudad, la incendiaron, y desde entonces esta residencia, una de las más magníficas de Europa, se convirtió en lo que Zahara, antes su rival en hermosura, en un montón de escombros.

Durante todo el Invierno parte del ejército africano saqueó los alrededores de Córdoba, e impidió que entraran víveres en la capital. Despojados de todo lo que poseían, los habitantes de las campiñas afluían a ella en masa, y su número excedió bien pronto al de los vecinos; pero como todos los géneros estaban carísimos, era imposible mantenerlos, y la mayor parte morían de hambre. El gobierno mismo estaba en la última extremidad, y para procurarse un poco de dinero, Wadhih tuvo que vender la mayor parte de la biblioteca de Haquem II. Otras bandas recorrían al mismo tiempo las provincias. Las ciudades más importantes cayeron en sus manos, y por lo común sufrieron sus habitantes la misma suerte que los de Zahara. España presentaba el espectáculo más aflictivo. Los pueblos estaban desiertos y se podían recorrer durante días enteros los caminos antes más frecuentados, sin encontrar alma viviente.

En el verano de 1011 la miseria de España en general, y especialmente la de Córdoba, no hizo más que aumentarse. Esta desventurada ciudad, asolada por la peste, parecía complacerse en agravar sus males con la discordia. Los soldados atribuían a Wadhid las calamidades que sufrían, y el general eslavo Ibn-Abi-Wadaa, enemigo personal del ministro fomentaba su descontento. Ultrajado en público, y conociendo que era insostenible su posición, Wadhih encargó a un tal Ibn-Becr de que fuera a hacer proposiciones de paz a Solimán. Este paso excitó la más viva indignación. Cuando Ibn-Becr, que había tenido una conferencia con el anti-Califa, estuvo de vuelta y se presentó en la sala del Concejo, los soldados se precipitaron sobre él, y sin darle tiempo a comunicar la respuesta que había recibido, lo asesinaron en presencia del Califa y de Wadhih. Este resolvió entonces refugiarse

entre los Berberiscos, pero Ibn-abí-Wadaa que se había apercibido de este proyecto, le impidió ejecutarlo. Reuniendo a sus soldados, penetró con ellos en el palacio del ministro, y le gritó: ¡Miserable, tú has derrochado el dinero de que tenemos tanta necesidad, y has querido vendernos y entregarnos a los Berberiscos!, y le hirió con su espada; sus soldados hicieron otro tanto, y a los pocos momentos paseaban su cabeza por las calles, y saqueaban las casas de sus partidarios, mientras que su cadáver yacía donde yacieron los de Madhi e Inb-Ascaledja, (16 de Octubre de 1011.)

Todavía pasaron año y medio antes que los enemigos vinieran a quitar a los Eslavos y a los Cordobeses el trabajo de asesinarse mutuamente. En este intervalo Ibn-abí-Wadaa gobernó la ciudad con firme mano y severidad inexorable. Secundábale activamente el clero, que proclamó guerra santa, la guerra contra los Berberiscos. Alguna vez, los de dentro conseguían ventajas. En el mes de Mayo de 1012 cayó en sus manos un ilustre guerrero berberisco. Era Hobasa, sobrino de Zawí. Hiriendo a diestro y siniestro, se había metido en lo más recio de la pelea, cuando se aflojó la cincha de su caballo, y cuando se bajaba para apretársela, un eslavo cristiano lo desmontó de un lanzazo vigoroso. Otros eslavos lo remataron. Su hermano Habbuz, trató entonces de disputar su cadáver a los enemigos, pero estos lo rechazaron después de un combate encarnizado. Los Eslavos llevaron en triunfo a palacio la cabeza de Hobasa, y abandonaron su cuerpo a los insultos del populacho, que después de haberle mutilado y arrastrado por las calles, lo entregó a las llamas. Los Berberiscos se pusieron furiosos. «Vengaremos a nuestro capitán, gritaron, y no tendremos bastante con derramar la sangre de todos los Cordobeses. Redoblaron, pues, sus esfuerzos, pero la desesperación había prestado a los Cordobeses fuerzas sobre humanas, e Ibn-abí-Wadaa, hizo una salida tan vigorosa, que obligó a los enemigos a levantar el sitio. Supo también rechazarlos de Sevilla, pero no pudo evitar que tomaran Calatrava, y no tardaron en volver ante los muros de la capital. A pesar de la resistencia desesperada de los Cordobeses, lograron cegar el foso, lo que los puso en estado de apoderarse de la parte oriental de la ciudad. Una vez más pareció que la fortuna quería favorecer a los Cordobeses, pues que obligaron a sus enemigos a evacuar el barrio de que se habían hecho dueños. Pero este fue su último triunfo. Et Domingo 19 de Abril de 1013, los Bereberes entraron en la ciudad por la puerta del arrabal de Secunda, que un oficial que se había vendido, les entregó.

Córdoba pagó su larga resistencia con torrentes de sangre. Habiéndose retirado los Eslavos cuando se perdió toda esperanza, los Berberiscos se pusieron a recorrer las calles lanzando gritos feroces. Aquí saqueaban, allá violaban, asesinaban en todas partes. Los hombres más inofensivos eran víctimas de su ciega furia. Aquí, el anciano Said ibn-Mondhir, que había sido prior de la mezquita principal desde los tiempos de Haquem II, famoso por su religiosidad y su virtud; allí, el desdichado Merwan, de la noble familia de los Beni-Hodair, que había perdido la razón a consecuencia de un amor desgraciado. Mas allá, yacía el cuerpo del sabio Ibn-al-Faradhi, autor de un precioso diccionario biográfico y que había sido Cadí de Valencia en el reinado de Mahdi. El voto que había hecho en un momento de entusiasmo religioso se había cumplido, había obtenido la palma del martirio. Las víctimas, fueron tan numerosas que ni siquiera se trató de contarlas. Pronto el incendio vino a alumbrar con su luz siniestra estas escenas horribles. Los más hermosos palacios, fueron presa de las llamas. «Al fin he sabido, escribía más adelante Ibn-Hazm, lo que se ha hecho de mi soberbio palacio de

Bilat-Moghit. Un hombre que vino de Córdoba me lo ha contado: me ha dicho que no quedan de él sino ruinas. También ¡ay! sé lo que ha sido de mis mujeres, unas están enterradas, otras llevan una vida errante en lejanos países.»

Dos días después de la toma de la ciudad, Solimán fue a tomar posesión del palacio del Califa. Todos los Cordobeses que por una casualidad cualquiera habían escapado a la espada de los Berberiscos, vinieron a colocarse a su paso. Asustados y malheridos hasta el fondo del corazón, por los horribles espectáculos que habían pasado a su vista, se forzaban sin embargo en gritar: ¡viva el Califa! Solimán supo apreciar en su justo valor este entusiasmo fingido. «Me desean larga vida, dijo, valiéndose de las palabras de un antiguo poeta, paro me matarían si me tuvieran en su poder.»

Cuando llegó a palacio mandó venir a Hixem II.

—Traidor, le dijo, ¿no habías abdicado en mi favor y me habías prometido no pretender el trono? ¿Por qué has faltado a tu palabra?

—¡Ay! le respondió el pobre hombre juntando las manos; bien sabéis que no tengo voluntad y que no hago más que lo que me mandan. Pero perdonadme, os lo suplico, porque os declaro de nuevo que abdico y que os nombro mi sucesor.

Los Berberiscos se establecieron al principio en Secunda, pero tres meses después, todos los habitantes de Córdoba a excepción de los que vivían en arrabal oriental y en el barrio que se llamaba de la Ciudad, fueron sentenciados a destierro y confiscados sus bienes en provecho de los vencedores que ocuparon entonces las casas que habían escapado del incendio.

XVI

Desde el principio de la guerra civil, muchos gobernadores se habían declarado independientes; la toma de Córdoba por los Berberiscos, dio el último golpe a la unidad del imperio. Los generales eslavos se apoderaron de las grandes ciudades del Este; los jeques Berberiscos, a quienes los Amiridas habían dado feudos o provincias que gobernar, gozaban también de una completa independencia, y las pocas familias árabes que eran todavía bastante poderosas para hacerse valer, no obedecían tampoco al nuevo Califa, de modo que la autoridad de este no se extendía más que a cinco ciudades considerables, Córdoba, Sevilla, Niebla, Oczonoba y Béjar.

Y había pocas esperanzas de que cambiara este estado de cosas. Los Berberiscos se habían apresurado a gozar las riquezas adquiridas en el saqueo de la capital y de muchas otras ciudades, y el mismo Solimán, aunque forzado a hacer la guerra durante cuatro años, no era belicoso en manera alguna. Por un raro contraste, este jefe de las hordas feroces que habitan devastado todo el imperio, era un hombre recto, dulce y generoso. Amaba las letras, hacía buenos versos, y tenía en el amor una ternura, una sumisión y una galantería enteramente caballerescas. Todo lo que deseaba era contribuir en todo lo que estuviera de su parte, a que siguiera un poco de calma a la tempestad. Pero desgraciadamente para él, las crueldades de sus tropas, de que había sido testigo sin poderlas impedir, (pues que no las mandaba sino a condición de ejecutar lo que ellas querían) lo habían hecho sumamente impopular. Para los Andaluces era un hombre sin fe ni ley; un impío, un descreído, un usurpador que había sido

colocado en el trono por los Berberiscos, y los cristianos del Norte, es decir, por dos pueblos a quienes odiaban; y cuando tuvo la imprudencia de enviar a las diferentes ciudades cartas en que les decía que las trataría como había tratado a Córdoba si se negaban a reconocerlo, se elevó contra él un concierto de maldiciones. «Que Dios no tenga piedad de vuestro Solimán, pues que ha hecho todo lo contrario de aquel de que habla la Escritura. El uno encadenaba a los demonios, el otro los ha soltado, y se han repartido en su nombre por nuestro país, para saquear nuestras casas y para asesinarnos.» «He jurado, añadía, hundir mi espada en el pecho de los tiranos, y devolver a la religión el esplendor perdido. ¡Qué extraño espectáculo! ¡He aquí a un descendiente de Abd-Chams que se ha hecho Berberisco, y que ha sido coronado a despecho de la nobleza! ¡Pues bien! puesto que puedo elegir, no quiero obedecer a monstruos. Me entrego a la decisión de la espada: si sucumben, la vida tendrá nuevos encantos para mí, y si quiere el destino que yo sea el que perezca, tendré al menos la satisfacción de no ser testigo de sus maldades»

Tal era la opinión de los Andaluces, y también la de los Eslavos, que en las oraciones públicas continuaban nombrando a Hixem II, aunque Solimán les hubiere suplicado alguna vez que le sustituyeran el suyo, asegurándoles que se contentaría con esta especie de homenaje, sin exigirles más. Y, sin embargo, no estaban seguros de que Hixem viniera todavía. Acerca de la suerte de este monarca corrían los rumores más contradictorios. Unos decían que Solimán lo había hecho matar, otros que lo habían encerrado en un calabozo de palacio. Esta última aserción era la que tenía más crédito, porque cuando un usurpador hacía morir a aquel a quien arrebataba el trono, acostumbraba de ordinario a enseñar su cadáver al pueblo y Solimán no había enseñado el de Hixem a nadie. Los Eslavos continuaban pues combatiendo en nombre de este soberano. El más poderoso de ellos, era Khairan. Cliente de Almanzor que lo había nombrado gobernador de Almería, emprendió la fuga cuando los Berberiscos entraron en Córdoba, pero perseguido por ellos, tuvo que aceptar el combate. Abandonado de sus tropas que huyeron y acribillado de heridas, quedó por muerto en el campo de batalla; pero habiendo recobrado bastantes fuerzas para poder andar, volvió a Córdoba donde un amigo que tenía entre los vencedores le dio hospitalidad y lo proveyó de dinero después de su curación, de modo que Khairan pudo volverse al Este. Entonces muchos Eslavos andaluces vinieron a alistarse en sus banderas y después de un sitio de veinte días se apoderó de Almería. Encontró además un poderoso aliado en uno de los generales de Solimán.

Este general se llamaba Alí-ibn-Hammud, Descendía del yerno del Profeta, pero como su familia bacía dos siglos que se había establecido en África, se había berberizado, de modo que, él mismo hablaba el árabe bastante mal. Gobernador de Ceuta y de Tánger, mientras que Casim, su hermano mayor, lo era de Algeciras, era casi independiente en su provincia; su ambición no estaba satisfecha, pues era tal que solo podía contentarse con el trono. Para alcanzarlo no había más medio que aliarse con los Eslavos y para esto se dirigió a Khairan. Para ganárselo inventó un cuento muy singular. Pretendía que Hixem II había leído en un libro de profecías que después de la caída de los Omeyas, reinaría en España un Alida, cuyo nombre había de comenzar con la letra «ain» y añadía: «Hixem oyó pues, hablar de mí después de la toma de Córdoba y desde su prisión me envió uno que me dijera:—"Tengo el presentimiento de que el usurpador ha de quitarme la vida, os nombro mi sucesor y os dejo el encargo de vengarme". Muy contento por tener tal auxiliar y persuadido de que Hixem vivía todavía,

aceptó Khairan esta versión sin discutirla y como le prometía Alí, que si volvía a encontrarse a Hixem sería puesto de nuevo en el trono, se comprometió por su parte a reconocer a Alí en el caso en que se probara que Hixem había muerto.

Convenidas estas condiciones, Alí atravesó el Estrecho y rogó a Amir-ibn-Fotuh, gobernador de Málaga que le entregara la ciudad. Cliente de un cliente Omeya y por consiguiente muy inclinado a hacer causa común con los Eslavos, Amir tenía, además, agravios personales que vengar contra los Berberiscos porque uno de sus jeques le había quitado la ciudad de Ronda. Consintió pues en la demanda de Alí, el cual se dirigió enseguida a Almuñécar, donde se unió con Khairan y juntos marcharon a Córdoba.

Alí, no contaba solo con los Eslavos, sino también con gran parte de los Berberiscos. En general estos hacían poco caso de Solimán. Lo habían proclamado Califa porque por de pronto necesitaban de un pretendiente y habían encontrado a este por casualidad, pero como á su entender era demasiado blando y no poseía talentos militares, únicos que ellos podían apreciar, lo despreciaban. Alí por el contrario les inspiraba respeto por su bravura y lo miraban como su compatriota. Juntóse a esto que Zawi, el más poderoso de sus jeques que era entonces gobernador de Granada y el que había colocado a Solimán en el trono, profesaba a los Omeyas un odio inveterado, porque la cabeza de su padre Zirí que había perecido en África en un combate que dio a los partidarios de aquella dinastía, había sido clavada en los muros del alcázar de Córdoba, donde estuvo hasta que él y los suyos tomaron y saquearon la capital. Este era un insulto que jamás había perdonado a los Omeyas. Así que se declaró por Alí desde que este hubo levantado el estandarte de la rebelión. Su ejemplo influyó mucho en la conducta de los demás Berberiscos. Los que Solimán envió contra su competidor se dejaron vencer. «Emir, le dijo entonces un general berberisco, si queréis conseguir la victoria es preciso que os pongáis a nuestra cabeza.» Consintió, pero cuando llegaron cerca del campo enemigo cogieron su mula de la brida y lo entregaron a sus adversarios.

El Domingo 1º de Julio del año 1016, Alí y sus aliados, hicieron su entrada en la capital. El primer cuidado de Khairan y de los otros eslavos, fue el de encontrar a Hixem II, pero con gran satisfacción de Alí, sus pesquisas fueron inútiles. Alí preguntó entonces a Solimán, en presencia de los visires y de los ministros de la religión, qué había sido de Hixem. «Ha muerto,» respondió Solimán sin dar a lo que parece más detalles. «En este caso, replicó Alí, dime donde está su sepulcro.» Solimán le indicó uno, y cuando lo abrieron desenterraron un cadáver que Alí enseñó á un criado de Hixem, preguntándole si era el de su amo. Este criado, que, a lo que se asegura, sabía que Hixem vivía aun, pero que había sido intimidado por Alí, hizo notar como prueba, un cliente negro, asegurando que Hixem había tenido uno igual. Su testimonio fue confirmado por otras personas que, o querían insinuarse en el favor de Alí, o que temían desagradarle, de modo que los Eslavos se vieron obligados á admitir que el soberano legitimo había muerto, y s reconocer a Alí por sucesor. Por lo que toca s Solimán, Alí dio la orden de matarlo, lo mismo que a su hermano y a su padre; pero cuando llevaban a este último al suplicio, le dijo Alí:

—Vosotros habéis dado muerte a Hixem, ¿no es así?

—No, le respondió este piadoso septuagenario, que absorto en sus ejercicios espirituales no había tomado ninguna parte en los acontecimientos políticos; tan cierto como Dios me oye, no hemos matado a Hixem. Vive todavía.

Sin dejarle tiempo de decir más, Alí que temía que hiciera acaso revelaciones peligrosas, hizo señal al verdugo de cortarle la cabeza. Después hizo enterrar de nuevo y con todos los honores reales, el cadáver que pasaba por ser el de Hixem II.

¿Había muerto en efecto este monarca? El espíritu de partido ha echado un velo espeso y casi impenetrable sobre esta cuestión. Cierto es que Hixem no volvió a aparecer, y que el personaje que más adelante se presentó como tal, era un impostor. Por otra parte, nunca se ha probado suficientemente ni que Hixem fuera muerto por Solimán, ni de muerte natural en el reinado de este príncipe, y los clientes omeyas que le habían conocido afirman que el cadáver desenterrado por orden de Alí no era el suyo. Verdad es, que el mismo Solimán declaró en presencia de los hombres más considerados de Córdoba, que Hixem había cesado de existir, pero su testimonio nos parece sospechoso, y puede que Alí le hubiera prometido que si hacía esta declaración le dejaría la vida. Además, Solimán no era sanguinario, y no es de presumir que hubiera cometido un crimen ante el que había retrocedido hasta el feroz Mahdi. Debe notarse también que, si Hixem hubiera muerto en su reinado, hubiera enseñado a los Cordobeses el cadáver de este monarca, como lo exigía la costumbre y su propio interés. Pretenden los clientes omeyas que menospreciaba demasiado a los Cordobeses para hacerlo, pero olvidan que no menospreciaba a los Eslavos, que hacía todos los esfuerzos posibles para que lo reconocieran, y el mejor medio para conseguirlos hubiera sido convencerlos de la muerte de Hixem. Tenemos, en fin, el testimonio del anciano padre de Solimán, que, a pesar de la afirmación contraria de su hijo, tomaba a Dios por testigo de que Hixem vivía todavía. ¿Mentiría este piadoso anciano en el momento de ir a comparecer ante el tribunal supremo? No lo creemos.

Todas estas razones nos inclinan a que hay algo de verdad en los relatos de las mujeres y de los eunucos del serrallo. Estos decían que Hixem había conseguido evadirse de palacio en el reinado de Solimán, y que después de haber estado escondido en Córdoba, donde se había ganado la vida como un jornalero, se había ido al Asia. ¿Había favorecido Solimán su evasión, después de haberle hecho jurar que no le inquietaría? ¿Quedó en relaciones con él, y sabía dónde estaba? Cuestiones son estas que sugieren las palabras del padre de Solimán, a las que no podemos dar respuesta positiva. Sin embargo, no nos parece improbable que Hixem, cansado de ver servir su nombre de grito de guerra a ambiciosos que no lo dejaban ni una sombra de poder, fuera a ocultarse en un oscuro rincón de Asia, y que terminara allí desconocido y sosegado, una vida llena de tormentos y de dolores.

Sea de esto lo que quiera, Alí reinaba ahora, y parecía que una era más feliz iba a comenzar. Aunque medio berberisco, el fundador de la dinastía Hammudita, se declaró desde luego por los Andaluces. Prestaba atento oído a los cantos de sus poetas que apenas comprendía, daba audiencia a todos los que querían hablarle, y se oponía con la mayor firmeza a las extorsiones de los Berberiscos. Castigaba con inexorable rigor los menores delitos contra la propiedad. Un día, por ejemplo, encontró a uno que llevaba una cesta llena de racimos sobre la silla. Le detuvo y le preguntó quién le había dado aquella fruta. Un poco aturdido con la pregunta, el jinete le

respondió de buenas a primeras: «La encontré a mi disposición y la he cogido.» Pagó su latrocinio con la cabeza. Alí meditaba una gran medida: quería devolver a los Cordobeses lo que los Berberiscos le habían quitado durante la guerra civil. Desgraciadamente para los habitantes de la capital, la ambición de Khairan lo obligó a cambiar de repente de conducta.

Al principio Khairan le sirvió con celo. En su provincia hizo detener y castigar a los que intrigaban en favor de los Omeyas y si hubiera persistido en sostener la causa de Alí, no hubiera tardado en renacer la calma. Pero aspiraba a representar el papel de Almanzor y como conocía que Alí no era hombre para contenerse con el de Hixem II, concibió el proyecto de restablecer la antigua dinastía, salvo sin embargo reinar en su nombre. Buscó pues, un pretendiente y por el mes de marzo de 1017 lo encontró en la persona de un biznieto de Abderramán II que tenía el mismo nombre que su bisabuelo y que habitaba en Valencia. Muchos Andaluces le prometieron su apoyo, de cuyo número fue Mondhir, gobernador de Zaragoza, de la familia de los Beni-Hachim, que marchó en efecto al Mediodía acompañado de su aliado Raimundo, conde de Barcelona. Vendido así, por el partido que favorecía y conociendo que el pueblo de la capital deseaba también el restablecimiento de los Omeyas, Alí se creyó obligado a tratar con rigor a los que había protegido hasta entonces y a echarse en brazos de los Berberiscos a quienes había perseguido. Les dejó, pues, de nuevo en libertad de tratar Córdoba como país conquistado y él mismo les dio ejemplo. Para procurarse dinero, impuso contribuciones extraordinarias y haciendo detener a gran número de notables, entre los que se contaba Ibn-Djahwar, uno de los miembros más considerados del consejo de Estado, no los puso en libertad hasta que les sacó sumas enormes. A la injusticia juntó el ultraje, porque cuando estos notables salieron de la prisión y sus criados les trajeron sus cabalgaduras, dijo: «Ellos pueden muy bien volver a su casa a pie, que se lleven esas bestias a mis caballerizas.» Ni siquiera fueron respetados los bienes de las mezquitas que provenían de legados piadosos. Valiéndose para ello de la mediación de un faquí de alma vil, que se llamaba Ibn-al-Djauhar, Alí obligó a los guardadores a entregárselos. Un terror sombrío reinaba en Córdoba. La ciudad era un hormiguero de agentes de policía, de espías y de delatores. No había justicia. Mientras que Alí había protegido a los Andaluces, los jueces habían mostrado por ellos gran parcialidad, pero era tanta su complacencia para con el poder que ahora no hacían ningún caso de las quejas que se les dirigían contra los Berberiscos por justas que fueran. Muchas otras personas se habían vendido igualmente al monarca. «La mitad de los vecinos, dice un historiador contemporáneo, vigilaba a la otra mitad.» Las calles estaban desiertas, apenas pasaban por ellas más que infelices tenidos por sospechosos que llevaban a la cárcel; los que no habían sido presos, se ocultaban en subterráneos y esperaban la noche, para comprar la despensa. En su odio contra los Andaluces, Alí llegó a jurar destruir Córdoba después de echar o de exterminar a sus habitantes. La muerte le dispensó de cumplir su juramento. Por el mes de Noviembre de 1017, había Ido hasta Guadix a combatir a los insurrectos, pero las lluvias le habían obligado a volverse atrás. Se estaba ya en abril de 1018 y como había sabido que los aliados habían avanzado hasta Jaén, anunció una gran revista para el 17, terminada la cual saldría de campaña, pero en vano lo esperaron los soldados el día prefijado y cuando los oficiales fueron a palacio, para informarse de la causa de su ausencia, se lo encontraron asesinado en el baño.

Este crimen había sido cometido por tres eslavos de palacio que habían estado antes al servicio de los Omeyas. No tenían ninguna queja personal contra el monarca, pues gozaban de su favor y confianza, y no parece tampoco que fueran seducidos por Khairan o por los Cordobeses. Por lo menos, cuando más adelante fueron presos y condenados al último suplicio, ellos negaron constantemente que su proyecto les hubiera sido sugerido por nadie. Todo inclina, pues a creer que cuando resolvieron matar a su amo, querían librar al país de un déspota cuya tiranía se había hecho insoportable.

Sea de ello lo que quiera, la muerte de Alí causó gran alegría en la capital. Sin embargo, no tuvo por consecuencia la caída de los Hammuditas. Alí había dejado dos hijos, de los que el mayor que se llamaba Yahya, era gobernador de Ceuta y también un hermano, Casim, que era gobernador de Sevilla. Algunos Berberiscos querían dar el trono a Yahya, pero otros les hicieron observar que era mejor dárselo a Casim, que estaba más cerca. Prevaleció su opinión y seis días después de la muerte de su hermano, Casim hizo su entrada en la capital, donde se le prestó juramento.

Por su parte Khairan y Mondhir habían convocado para el 30 de abril a todos los jeques con quienes creían poder contar. La reunión, que fue numerosa, y de la que formaban parte muchos eclesiásticos, resolvió que el califato fuera electivo y ratificó la elección de Abderramán IV, que tomó el título de Mortadha. Hecho esto, marcharon contra Granada. Cuando llegó frente a esta ciudad, Mortadha escribió a Zawí en términos muy políticos intimándole que lo reconociera por Califa. Pero Zawí, habiendo escuchado la lectura de esta carta, mandó a su secretario que escribiera sobre el reverso la sura 109 del Corán, concebida en estos términos:

«¡Oh infieles! Yo no adoraré lo que adoráis y vosotros no adorareis lo que yo adoro; yo no adoro lo que vosotros adoráis y vosotros no adoráis lo que yo adoro. Vosotros tenéis vuestra religión y yo la mía.»

Cuando hubo recibido esta respuesta Mortadha, dirigió a Zawí una segunda carta llena de amenazas en que decía entre otras cosas: «Marcho contra tí, acompañado de una multitud de cristianos y de lodos los bravos de Andalucía. ¿Qué has de hacer?» Y terminaba con estos versos:

Si estáis con nosotros vuestra suerte será feliz, pero si estáis contra nosotros será deplorable.

Zawí respondió citando la sura 102, concebida así:

«El deseo de aumentar el número de los vuestros os preocupa y visitáis hasta los cementerios para contar los muertos; dejad de hacerlo, más tarde conoceréis vuestra locura. Por última vez dejad de hacerlo, más tarde conoceréis vuestra locura. Dejad de hacerlo, si tuvieras la verdadera sabiduría no obraríais así. Ciertamente que habéis de ver el infierno; por última vez, lo habéis de ver con vuestros propios ojos. Entonces se os pedirá cuenta de los placeres de este mundo.»

Exasperado con esta respuesta Mortadha, resolvió tentar la suerte de las armas.

Sin embargo, Khairan y Mondhir se habían apercibido de que este Califa no era el que les hacía falta, ellos se preocupaban muy poco de los derechos de la familia Onmiada y si combatían por un Omeya era a condición de que se dejara gobernar por ellos. Mortadha era demasiado altivo para resignarse a semejante papel, no se contentaba con una sombra de autoridad y en lugar de conformarse a la voluntad de sus generales quería imponerles la suya. Estos resolvieron hacerle traición y habían prometido a Zawí que lo abandonarían una vez empeñado el combate.

No lo hicieron, y se batieron durante muchos días consecutivos. Al fin Zawí pidió a Khairan que cumpliera su promesa. «Hemos tardado en hacerlo, le respondió éste, a fin de daros idea de nuestra fuerza y de nuestro valor, y si Mortadha hubiera sabido conquistarnos ya la victoria estaría declarada por él. Pero mañana, cuando presentéis vuestras tropas en batalla, le abandonaremos.»

Á la mañana siguiente, Khairan y Mondhir volvieron, en efecto la espalda al enemigo. No todos sus oficiales aprobaron su conducta, antes, por el contrario, muchos estaban grandemente indignados. De estos eran Soloman-Ibn-Hud, que mandaba las tropas cristianas en el ejército de Mondhir, y que, sin dejarse arrastrar por los fugitivos, presentó sus tropas en batalla. Pasando cerca de él, le gritó Mondhir: «¡Sálvate miserable! ¿Crees que tengo tiempo de esperarte?»

—¡Ah!, exclamó entonces Solimán, tú nos has traído una horrible desgracia y cubres a tu partido de ignominia.

Pero convencido, sin embargo, de la imposibilidad de resistir, siguió a su señor.

Abandonado por la mayor parte de los soldados, Mortadha se defendió con el valor de la desesperación, y poco faltó para que cayera en manos de sus enemigos. Escapó, sin embargo, y ya había llegado a Guadix, fuera de los límites del territorio granadino, cuando fue asesinado por emisarios de Khairan.

Khairan expió con la ruina de su propio partido su cobarde e infame traición: los Eslavos no volvieron a encontrarse en estado de reunir un ejército, y sus enemigos los Berberiscos fueron desde entonces los dueños de Andalucía. Córdoba, sin embargo, hubiera podido ser todavía feliz tanto por lo menos como puede serlo un pueblo que es dominado por otro pueblo. El régimen militar había casi concluido, y un gobierno menos arbitrario y duro, tendía a consolidarse. Casim amaba la paz y el reposo, y no agravaba las desdichas de los Cordobeses con nuevas opresiones. Queriendo hacer olvidar las antiguas diferencias, hizo venir a Khairan, se reconcilió con él y dio a Zohair, señor de Murcia, otro eslavo, los feudos de Jaén de Calatrava y de Baeza. Su ortodoxia era un poco sospechosa; se le creía afiliado a las doctrinas chiitas; sin embargo, cualesquiera que fueran sus opiniones, no solo no se las impuso a nadie, sino que ni siquiera hablaba de ellas, y nada cambió en lo respectivo a la Iglesia. Gracias a su moderación, la dinastía Hammudita tenía esperanzas de estabilidad. Verdad es que el pueblo de la capital no la quería, pero a la larga se hubiera probablemente consolado de la pérdida de sus antiguos señores, si circunstancias independientes de su voluntad no hubieran hecho renacer casi ya muertas esperanzas.

Desconfiando de los Berberiscos, Casim buscó su apoyo en otra parte. Los Berberiscos tenían a su servicio muchos esclavos negros. Casim se los compró, formó con ellos regimientos y confió a sus jefes los empleos más importantes. Con esto irrito a los Berberiscos y su sobrino Yahya supo aprovechar su descontento. Les escribió una carta en que les decía entre otras cosas: «Mi tío me ha privado de mí herencia y con vosotros ha cometido una gran sin razón dando a vuestros esclavos negros los empleos que os pertenecen. Pues bien, si queréis darme el trono de mi padre, yo me comprometo a mi vez a devolveros vuestras dignidades y a poner de nuevo a los negros en el que les corresponde.» Como era fácil prever los Berberiscos le prometieron su apoyo.

Yahya pasó pues, el Estrecho con sus tropas y desembarcó en Málaga, donde su hermano Idris, que hacía casa común con él, era gobernador. Allí recibió una carta de Khairan, que, pronto siempre a sostener a todo nuevo pretendiente, a reserva de volverse contra él cuando triunfaba, le recordaba lo que había hecho por su padre y le ofrecía sus servicios. Idris le aconsejó que no aceptara esta oferta. Khairan, le dijo, es un hombre pérfido y quiere engañaros.

—Así lo creo, respondió Yahya, pero dejémonos engañar, puesto que no perdemos nada en ello, y escribió al señor de Almería para decirle que aceptaba sus servicios, hecho lo cual, se preparó a marchar sobre Córdoba.

Su tío juzgó prudente no esperarlo. En la noche del 11 al 12 de agosto de 1021, huyó a Sevilla acompañado solo de cinco caballeros y al mes su sobrino hizo su entrada en la capital. Su reinado fue de corta duración. Los negros no tardaron en unirse a Casim, muchos capitanes andaluces siguieron su ejemplo, y en fin, Yahya se vio abandonado por gran parte de los Berberiscos a quienes indignaba su orgullo. Su posición llegó a ser tan peligrosa que a cada instante temía ser preso en su propia casa. Resolvió ponerse en seguridad y dejando a Córdoba entregada a su suerte salió de noche para Málaga. Casim volvió entonces y el 12 de febrero de 1023 fue proclamado Califa por segunda vez, pero su poder no descansaba sobre ninguna base sólida y disminuía cada vez más. En Africa Idris, que era entonces gobernador de Ceuta, le quitó la ciudad de Tánger que había hecho fortificar con esmero y á donde esperaba retirarse en caso de que no pudiera mantenerse de este lado del Estrecho, y en España, Yahya le quitó Algeciras donde estaban su esposa y sus tesoros. En la misma capital no podía contar más que con los negros. Envalentonados por este estado de cosas, los Cordobeses que habían visto con frialdad la lucha entre el tío y el sobrino, comenzaron a removerse. La idea de liberarse del yugo de los Berberiscos latía en el fondo de todos los pechos y se esparció el rumor de que no tardaría en presentarse un miembro de la familia de Omeya a posesionarse del trono. Casim se alarmó con esto y, como ningún Omeya hubiera sido designado, dio orden de prender a todos los que se encontraran. Ellos se ocultaron entonces ya entre gente baja ya en las provincias; pero las medidas de Casim no impidieron que estallara la revolución.

Puestos en la última extremidad por las vejaciones de los Berberiscos, los Cordobeses tomaron las armas el 31 de Julio de 1023. Después de un combate encarnizado, ambos partidos concluyeron una especie de paz o más bien de tregua, prometiendo respetarse mutuamente. Esta tregua fue de corta duración, aunque Casim trató de prolongarla por una condescendencia simulada con el pueblo. El viernes 6 de Setiembre después de los oficios

divinos el grito de: ¡A las armas! ¡A las armas!, se oyó por todas partes y los Cordobeses arrojaron a Casim y a sus Berberiscos, si no de los arrabales, al menos de la ciudad. Casim se estableció al Oeste y asedió a los Cordobeses durante más de cincuenta días. Estos se defendieron con gran tenacidad, pero cuando comenzaron a carecer de víveres, pidieron permiso a los sitiadores para salir de la ciudad con sus mujeres y con sus hijos. Esta proposición fue denegada y entonces tomaron los Cordobeses una resolución que solo la desesperación pudo dictarles. Demoliendo una puerta salieron todos de la ciudad el jueves 31 de octubre y cayeron con tanta furia sobre sus enemigos que estos huyeron en el mayor desorden. Los capitanes se retiraron a sus feudos, el mismo Casim esperaba encontrar un refugio en Sevilla, pero esta animada con el ejemplo de Córdoba, le cerró las puertas y se constituyó en República. Se metió entonces en Jerez, pero Yahya, vino a sitiarlo y lo obligó a rendirse. Entonces concluyó el papel que había desempeñado en la escena política. Yahya que lo había llevado a Málaga cargado de cadenas, había jurado matarlo, pero sus escrúpulos le impidieron por mucho tiempo cumplir su juramento. Se figuraba ver a su padre en sueños, que le decía: «No mates a mi hermano, yo te lo ruego. Cuando yo era niño me hizo mucho bien y, aunque era mayor que yo, no me ha disputado el trono.» Sin embargo, algunas veces, cuando estaba borracho, quería matarlo, pero siempre cedía a los consejos de sus convidados que le hacían presente, que estando preso Casim no podía perjudicarle. Casim permaneció pues, encerrado durante trece años en un castillo de la provincia de Málaga, pero en el año 1037, Yahya oyó decir que había tratado de ganar la guarnición y de inducirla a la rebeldía. «¡Qué! exclamó entonces ¿todavía este viejo tiene ambición? En este caso es preciso acabar con él», y dio la orden de estrangularlo.

Habiendo recobrado los Cordobeses su independencia, resolvieron, no tumultuariamente sino con orden y con regularidad, volver a colocar a los Omeyas en el trono. En noviembre de 1023 quedaron constituidas las juntas y comenzaron las deliberaciones. Los visires resolvieron proponer a la elección de sus conciudadanos tres personas, a saber: Solimán, hijo de Abderramán IV, Mortadha; Abderramán, hermano de Mahdi, y Mohamed ibn-al-Iraki. Estaban tan convencidos de que Solimán cuyo nombre habían puesto a la cabeza de la lista, obtendría mayoría de votos que, el secretario de Estado Ahmed-ibn-Bord, había hecho ya redactar el acta de investidura a nombre de este candidato.

Su influencia menor de lo que se imaginaban y se habían equivocado grandemente figurándose que el partido del segundo candidato no era de temer. Este Abderramán, joven de veintidós años que había sido desterrado por los Hammuditas, había vuelto secretamente a la capital poco antes. Testigo de la rebelión de los Cordobeses contra los Berberiscos, trató en esta ocasión de formarse un partido y de proclamarse Califa. Este proyecto se había frustrado. Los visires que dirigían la insurrección y que no lo querían, habían hecho meter a sus emisarios en la cárcel donde estaban todavía, cuando tuvo lugar la elección y hasta habían tratado de arrestar al mismo Abderramán. Sin embargo, cuando formaron la lista de candidatos, creyeron que debían colocarlo en ella, temiendo si no lo hacían, descontentar a algunos de sus conciudadanos, pero tan lejos estaban de pensar que este príncipe había de ser para Solimán un temible competidor que lo colocaban poco más o menos en la misma línea que a Mohamed ibn-al-Iraki, que no gozaba de ninguna popularidad.

Creyéndose, pues, seguros del triunfo, los visires invitaron a los nobles, a los soldados y al pueblo, a reunirse en la Mezquita mayor el 1° de Diciembre, a fin de elegir Califa. En el día prefijado, el primero que se presentó fue Solimán acompañado del visir Abdallah ibn-Mokhamis. Iba vestido con magnificencia y rebozaba en su semblante la alegría, porque estaba convencido de que en él iba a recaer la elección del pueblo. Sus amigos le salieron al encuentro, y le rogaron que se sentara en un estrado muy elevado, que estaba preparado para él. Algún tiempo después, Abderramán entró en la Mezquita por otra puerta. Venía rodeado de muchos obreros y soldados, y en cuanto aquella multitud pasó el umbral de la puerta, le proclamó Califa, en medio de atronadoras aclamaciones. Los visires, que no esperaban semejante cosa, quedaron sumidos en un estupor que los dejó mudos, aparte de que hubiera sido imposible hacerse oír en aquel tumulto. Se resignaron pues, a aceptar Abderramán como Califa, y Solimán más asombrado y turbado todavía que ellos tuvo que darles ejemplo. Lo arrastraron ante Abderramán, a quien besó la mano, y que lo hizo sentar a su lado. El tercer candidato, Mohamed-ibn-al Iraki, prestó también juramento, y entonces el Secretario de Estado borró con un raspador el nombre de Solimán del acta de Investidura, y sustituyó el de Abderramán V, que tomó el título de Mostadhir.

CAPÍTULO XXVII

ABDERRAMÁN V. MOHAMED II. HIXEM III.

Cuando se refiere la historia de un período desastroso, desgarrado por guerras civiles, se experimenta a veces la necesidad de apartar los ojos de las luchas de los partidos, de las convulsiones sociales, de la sangre vertida, y distraer la imaginación hacia un ideal de calma, de inocencia y de ilusiones. Detengámonos, pues un instante para fijar la atención en los poemas que un amor puro y cándido inspiró al joven Abderramen V y a su visir Ibn-Hazm. Se exhala de ellos como un perfume de juventud, de sencillez y de dicha, y tienen un atractivo tanto más irresistible, cuanto menos se esperan oír estos acentos dulces y tranquilos en medio del trastorno universal, este canto de ruiseñor en medio de la borrasca.

Casi niño todavía, Abderramán amaba perdidamente a su prima Habiba (Amada) hija del Califa Solimán. Pero suspiraba en vano. La viuda de Solimán se oponía al matrimonio, y le daba a entender que por nada cedería. Entonces él compuso estos versos, donde el sentimiento de la dignidad herida, se manifiesta al lado de un amor profundo:

"¡Siempre pretextos para no concederme mi demanda, pretextos contra los cuales se rebela mi dignidad! Su ciega familia quiere obligarla a que se me niegue, ¿pero puede la luna negarse al sol? ¿Cómo la madre de Habiba que conoce mi mérito, puede no quererme por yerno?

Yo amo mucho, sin embargo, a esta joven hermosa y cándida de la familia de Abd-Chamz, que lleva una vida tan retirada en el harén de sus padres; yo la he prometido servirla como esclavo toda mi vida, y le he ofrecido mi corazón por dote.

Como el gavilán cae sobre la paloma que despliega sus alas, yo me he lanzado desde que la vi, sobre esta paloma de los Abd-Chamz; yo que soy de su misma ilustre familia.

¡Cuán bella es! Las pléyades la envidian la blancura de sus manos, y la Aurora está celosa del brillo de su cuello.

Tú has impuesto a mi amor un ayuno muy largo ¡oh amada mía! ¿qué te había de suceder si me permitieras romperlo?

En tu casa busco remedio a mis males: en tu casa, sobre la cual quiera Dios repartir sus bendiciones. Allí es donde mi corazón hallaría alivio a mis penas; allí es donde se extinguiría el fuego que me devora.

Si me rechazas, prima mía, te juro que rechazas a un hombre que es tu igual por su nacimiento, y que por el amor que le has inspirado, tiene un velo delante de sus ojos.

Pero no desespero de poseerla un día y llegar así al colmo de mi gloria, porque sé manejar la lanza cuando los caballos negros parecen rojos a fuerza de sangre; honro y respeto al extranjero que se ha abrigado bajo mi techo, y colmo de beneficios al desdichado que apela a mi generosidad. Ninguno en su familia merece poseerla más que yo, porque ninguno me iguala en reputación ni en gloria. Tengo todo lo que es menester para agradarla: juventud, urbanidad, dulzura y elocuencia."

Se ignora cuáles eran los sentimientos de Habiba, respecto al joven, los escritores árabes nos han dejado en la incertidumbre y en la vaguedad, acerca de esta bella y fugitiva aparición, de que la fantasía desearía diseñar los rasgos. Ella, sin embargo, no parece haber sido insensible a los homenajes de Abderramán. Habiéndole encontrado un día, sus ojos se bajaron ante las miradas de fuego del príncipe, se ruborizó, y en su turbación se olvidó de devolverle su saludo. Abderramán interpretó equivocadamente esta falta aparente de urbanidad, que en realidad no era más que púdica timidez y compuso este poema:

"Salud a la que no se ha dignado dirigirme ni una sola palabra; salud a la graciosa gacela cuyas miradas son otras tantas flechas que me traspasan el corazón. Jamás ¡ay! me envía ella su imagen para calmar la agitación de mis sueños. ¿No sabes tú, cuyo nombre es tan dulce de pronunciar, que te amo sobre todo encarecimiento, y que sería para tí el amante más fiel del mundo?"

No parece que obtuvo nunca la mano de Habiba y en general no fue feliz en sus amores. Verdad es que otra hermosa no fue esquiva para él; pero más adelante le faltó a la fe prometida; testigo estos versos que le dirigió:

"¡Ay! ¡Cuan largas son las noches desde que prefieres a mi rival! ¡Oh hermosa gacela, tú que has faltado a tus juramentos y que me has hecho traición, ¿has olvidado aquellas noches que hemos pasado juntos en un lecho de rosas? El mismo chal ceñía entonces nuestras espaldas, nos entrelazábamos como se entrelazan las perlas de un collar, nos abrazábamos como se abrazan las ramas de los árboles, nuestros dos cuerpos no formaban más que uno, mientras que las estrellas parecían puntos de oro que brillaban en campo azul."

El joven Abderramán tenía un amigo que se le parecía en muchas cosas y a quien hizo su primer ministro; Alí-ibn-Hazm. Sus abuelos que habitaron en el término de Niebla fueron cristianos hasta que su bisabuelo (Hazm) abrazó el islamismo; pero él avergonzado de su origen y queriendo borrar la huella, renegaba de sus abuelos. Lo mismo que su padre (Ahmed) que había sido visir en tiempo de los Amiridas, pretendía descender de un persa emancipado por Yezid, hermano del primer Califa Omeya Muawiya, y para la religión de sus padres no tenía más que un soberano desdén. «Nunca debemos admirarnos de la superstición de los hombres, dice en algún lugar de su *Tratado sobre las Religiones*. Los pueblos más numerosos y civilizados están sujetos a ella. ¡Ved los cristianos! Son tan numerosos, que solo su Creador puede contarlos; hay entre ellos sabios ilustres, y príncipes de rara sagacidad, y, sin embargo, creen que uno es tres y tres son uno; que uno de los tres es el padre, el otro el hijo, y el tercero el espíritu; que el padre es el hijo y que no es el hijo; que un hombre es Dios y que no es Dios; que el Mesías es Dios enteramente, y que, sin embargo, no es el mismo que Dios; que el que ha existido de toda eternidad ha sido creado. La secta que se llama de los Jacobitas, y que

comprende centenas de millares, cree también que el Creador ha sido azotado, abofeteado, crucificado y muerto; en fin, ¡que el universo ha estado privado duramente tres días de aquel que lo gobierna!»

Estos sarcasmos, por lo demás, no son de un escéptico, sino de un musulmán muy celoso. Ibn-Hazm, sostenía en religión el sistema de los Dhahiritas, secta que se atenía estrictamente a los textos, y que llamaba la decisión por analogía, es decir, a la intervención de la inteligencia humana en las cuestiones de derecho canónico, una invención del diablo. En política estaba por la dinastía legítima, de la que había llegado a ser cliente, gracias a una falsa genealogía, y los Omeyas no tenían servidor más leal, más adicto, ni más entusiasta.

Cuando su casa parecía perdida irrevocablemente, cuando Alí-Ibn-Hammud ocupaba el trono, y hasta el mismo Khairan, jefe del partido eslavo, lo había reconocido, fue de los pocos que no perdieron el ánimo. Cercado de enemigos y de espías, continuó intrigando y conspirando, porque como es propio de los espíritus entusiastas, la prudencia le parecía cobardía. Khairan descubrió sus manejos, y haciéndole expiar su celo intempestivo con muchos meses de prisión, lo condenó al destierro.

Ibn-Hazm se fue entonces con el gobernador del castillo de Aznalcázar, no lejos de Sevilla, y allí estaba todavía cuando supo que el Omeya Abderramán IV, Mortadha, había sido proclamado Califa en Valencia. Embarcóse al punto para ir a ofrecerle sus servicios y combatió heroicamente en la batalla que Mortadha perdió por la traición de sus pretendidos amigos; pero habiendo caído en manos de los Berberiscos vencedores, no recobró la libertad, sino muy tarde.

Tiempo llegará en que Ibn-Hazm llegue a ser el sabio más grande de su época, y el escritor más fecundo que España haya producido nunca. Pero por lo pronto era ante todo poeta, y uno de los poetas más graciosos que tuvo la España árabe. Estaba todavía en la edad feliz de las ilusiones, pues no tenía más que ocho años más que su joven soberano. Había tenido también su novela de amor; novela muy sencilla por lo demás, pero que cuenta con tanto candor, delicadeza y gracia, que no podemos resistir a la tentación de reproducirla con sus propias palabras.

Nos vemos, sin embargo, obligados a suprimir algunas metáforas atrevidas, algunos adornos, algunas lantejuelas que en la opinión de un árabe, dan al discurso inimitable gracia, pero que toleraría difícilmente la sobriedad de nuestro gusto.

«En el palacio de mi padre, dice Ibn-Hazm, había una joven que recibía allí su educación. Tenía diez y seis años y no había mujer que la igualara en belleza, en inteligencia, en pudor, en recato, en modestia y en amabilidad. Las chanzas y los galanteos la enfadaban y hablaba poco. Nadie se atrevía a elevar sus deseos hasta ella, y sin embargo su belleza conquistaba todos los corazones; porque, aunque altiva y avara de sus favores, era más seductora que la coqueta más refinada. Era seria y no gustaba de las diversiones frívolas, pero tocaba el laúd de un modo admirable.

Yo era entonces muy joven y no pensaba más que en ella. La oía hablar algunas veces, pero siempre en presencia de otras personas, y durante dos años había buscado, en vano, la ocasión

de hablarla sin testigos. Un día, había en nuestra casa una de esas fiestas que son frecuentes en los palacios de los grandes, y a la que habían sido invitadas las mujeres de la casa, las de la de mi hermano, y en fin las de nuestros clientes y servidores más considerados. Después de haber pasado parte del día en palacio, las señoras fueron al berveder, desde donde se disfrutaba una magnífica vista de Córdoba y de sus alrededores, y se colocaron donde los árboles de nuestro jardín no quitaban la vista. Yo estaba con ellas y me aproximé al alféizar donde «ella» se encontraba; pero en cuanto me vio a su lado, corrió con graciosa rapidez hacia otro alféizar. La sigo, y se me escapa de nuevo. Ella conocía muy bien mis sentimientos respecto a su persona, porque las mujeres tienen más sutileza para adivinar el amor que les profesan, que el Beduino que viaja de noche por el desierto, para reconocer las trazas del camino; pero felizmente, las otras damas no se apercibieron de nada, porque ocupadas en buscar el mejor punto de vista, no fijaban su atención en mí.

Habiendo luego bajado las damas al jardín, rogaron a la señora de mis pensamientos que cantara alguna cosa, y yo apoyé su demanda. Ella tomó entonces su laúd y se puso a templarlo, con un pudor que doblaba sus gracias a mis ojos, y luego cantó estos versos de Abbas, hijo de Almaf:

"Yo no pienso más que en mi sol, en la joven ligera y flexible que he visto desaparecer tras las sombrías murallas de palacio. ¿Es una criatura humana? ¿Es un genio? Es más que una criatura humana, pero si tiene toda la belleza de un genio, no tiene su malicia. Su cara es una perla, su talle es un narciso, su aliento un perfume, y toda ella una emanación de luz. Cuando se la ve vestida con su ropa amarilla, marchar con ligereza inconcebible, se diría que puede poner los pies sobre las cosas más frágiles, sin romperlas.

Mientras que ella cantaba, no eran las cuerdas del laúd las que hería con el plectro, sino mi corazón. Jamás este delicioso día se borrará de mi memoria, y hasta en mi lecho de muerte yo lo recordaré. Pero desde entonces yo no he escuchado su dulce voz, ni siquiera la he visto.

No la censuro, decía yo en mis versos, si me evita y me huye no son censuras lo que merece. Bella es como la gacela y como la luna, pero la gacela es tímida, y no es dado a un mortal alcanzar la luna.

Me privas de la dicha de escuchar tu suave voz, decía yo también, y no quieres que mis ojos contemplen tu belleza. Absorta en tus piadosas meditaciones, entregada a Dios, no piensas en los mortales. ¡Cuán feliz Abbas, cuyos versos has cantado! Y si te hubiera oído, estaría triste el gran poeta, envidia te tendría como a su vencedor, porque, cantando sus versos, les has dado un sentimiento de que nunca tuvo idea."

Tres días después que Mahdi fue declarado Califa, dejamos nuestro nuevo palacio, que estaba en el barrio oriental de Córdoba, esto es, en el arrabal llamado de Zahara, para establecernos en nuestro antiguo palacio situado en el barrio occidental, en el Balat-Moghith, pero por razones que es excusado poner aquí, la joven no se vino con nosotros. Habiendo vuelto luego a subir al trono Hixem II, los que estaban entonces en el poder nos hicieron caer en desgracia, nos sacaron sumas enormes, nos pusieron en prisión, y cuando recobramos la libertad tuvimos que escondernos. Vino la guerra civil. Todo el mundo tuvo que padecer, pero nuestra familia más que ninguna otra. Mi padre murió entretanto, el sábado 21 de junio de

1012 y nuestra suerte no se mejoró. Pero un día en que yo asistía a los funerales de uno de mis parientes, conocí a la joven entre las plañideras. Yo tenía muchos motivos de tristeza aquel día, todas las desgracias, parecían llover sobre mí, y sin embargo, cuando la volví a ver, me figuraba que el presente con sus miserias desaparecería como por encanto: ella me recordaba lo pasado, mi amor de joven, mis hermosos días marchitos, y por un momento me encontró joven y feliz como otras veces. Pero ¡ay! este instante fue muy corto, y vuelto de nuevo a la triste y sombría realidad, mi dolor agravado con el sufrimiento que me causaba un amor sin esperanza se hizo más penetrante y agudo.

Ella llora a un muerto, a quien todo el mundo honraba y respetaba, decía yo en unos versos compuestos en esta ocasión, pero el que vive todavía tiene más derecho a sus lágrimas. ¡Cosa admirable! Ella se duele del que ha muerto natural y dulcemente, y no tiene piedad para el que hace morir de desesperación.

Poco tiempo después, cuando las tropas berberiscas se apoderaron de la capital, fuimos sentenciados al destierro y yo dejé Córdoba a mediados de Julio de 1013. Pasaron cinco años, durante los que no volví a ver a la joven. En fin, cuando volví a Córdoba, febrero de 1018, fui a parar a casa de una de mis parientas y la encontré allí. Pero estaba tan cambiada, que apenas hubiera podido reconocerla, si no me hubieran dicho que era ella. Aquella flor que antes contemplaba con enajenamiento y que todos hubieran querido coger, si el respeto no los hubiera detenido, estaba ya marchita, apenas quedaban en ella algunos rasgos que atestiguaran que había sido bella. Es que durante aquellos tiempos desastrosos no había podido cuidar de sí. Educada bajo nuestro techo, en medio del lujo, se había visto obligada repentinamente a ganarse su vida con un trabajo continuo. ¡Ay! las mujeres son flores muy frágiles; cuando no se las cuida, se marchitan. Su belleza no resiste, como la de los hombres, a los ardores del sol, al simún, a la intemperie de las estaciones, a la falta de comodidades. Sin embargo, tal como era me hubiera hecho todavía el más feliz de los mortales si hubiera querido dirigirme una palabra tierna, pero permaneció indiferente y fría, como lo había sido siempre para mí. Poco a poco esta frialdad comenzó a apartarme de ella; la pérdida de su belleza acabó de hacerlo.

Nunca le he censurado nada, ni hoy se lo censuro. No tengo derecho a ello. ¿De qué me puedo quejar? Yo podría quejarme si ella me hubiera entretenido con alguna esperanza engañadora, pero jamás me dio la menor esperanza, nunca me prometió nada."

En el relato que acaba de leerse, se habrán notado sin duda rasgos de una sensibilidad exquisita y poco común entre los Árabes que prefieren generalmente las gracias que atraen, los ojos que agasajan, la sonrisa que anima. El amor que sueña Ibn-Hazm, tiene una mezcla de atractivo físico sin duda. El objeto deseado cuando ya no es lo que era, hace que el sentimiento sea menos cruel, pero hay también inclinación moral, delicada galantería, estimación, entusiasmo y lo que le encanta es una belleza tranquila, modesta, llena de dulce dignidad. Pero conviene no olvidar que este poeta, el más casto y estoy tentado por decir el más cristiano entre los poetas musulmanes, no era árabe de pura sangre. Biznieto de un español cristiano, no había perdido enteramente la manera de pensar y de sentir propia de su raza. Podían estos españoles arabizados, renegar de su origen, invocar a Mahoma en lugar de

Cristo y perseguir con sarcasmos a sus antiguos correligionarios, pero quedaba siempre en el fondo de su alma algo de puro, de delicado y de espiritual que no era árabe.

XVIII

Apenas habían pasado siete semanas desde que los Cordobeses habían elegido a Abderramán V y que este había nombrado primer ministro a Ibn-Hazm, cuando ya el uno había dejado de vivir y el otro despidiéndose para siempre de la política y de las grandezas mundanas, buscaba el consuelo y el olvido de lo pasado en el estudio, en el silencio y en la oración. Y no porque se les puede censurar de que trajeran a los necios serios la vanidad y los caprichos que el público cree privilegio de los poetas; por el contrario, se les reconocía de buen grado gran aptitud para el gobierno. Educados en la ruda escuela del infortunio y del destierro habían aprendido bien pronto a conocer a los hombres y a comprender y a juzgar los hechos, pero estaban rodeados de todo género de peligros. Abderramán no se apoyaba más que en la joven nobleza. Además de Alí ibn-Hazm, un primo de este llamado Abd-al-wahhab ibn-Hazm, y Abu-Amir ibn-Chohaid eran sus habituales consejeros. Eran hombres de ingenio y de talento, pero que chocaban a los musulmanes rígidos por la libertad de sus opiniones religiosas. En cuanto a los patricios de más edad, habían querido votar a Solimán y habiendo sido desechado este candidato por la mayoría, habían intrigado tan abiertamente en su favor que Abderramán se había visto obligado a prenderlos. Las personas sensatas aprobaban esta medida, porque la creían necesaria, pero la aristocracia estaba descontenta. Se le censuraba además al monarca que retuviera prisioneros a sus dos competidores. Los trataba amigablemente, es verdad, pero no les permitía salir de palacio. Por otra parte, como las desgracias públicas habían agotado casi todas las fuentes del trabajo, había una multitud de obreros sin ocupación que estaban siempre prontos a echar abajo con su hacha todo el edificio de la antigua sociedad. Y desgraciadamente estas cohortes de destrucción tenían un jefe. Era un Omeya que se llamaba Mohamed. Cuando se constituyeron las juntas para elegir monarca había esperado que la elección cayera en él. Sin embargo, su nombre no fue siquiera pronunciado, lo que no tiene nada de extraño pues que era un hombre sin instrucción, sin talento, sin cultura y que no conocía más placeres que los de la mesa y los del libertinaje. Pero él no se juzgaba así y cuando supo que nadie se había acordado de él y que se había dado el trono a un hombre muy joven, su furor no tuvo límites. Se sirvió entonces de la influencia que tenía sobre los obreros, que tomaban su grosería por bondad y con los que vivía en una intimidad tan estrecha que, un tejedor llamado Ahmed ibn-Khalid era su mejor amigo. Fuerte y hábilmente secundado por este hombre, Mohamed estimuló en los obreros la pasión del robo y de la rebeldía y lo preparó todo para una insurrección formidable.

Una coalición del populacho con los patricios que habían sido presos, no parecía al principio de temer, puesto que cada uno tenía un candidato diferente; pero habiendo muerto Solimán, los patricios consintieron en aliarse con los demagogos. Uno de aquellos, Ibn-Imran, les sirvió de intermediario. En su imprevisora bondad le había devuelto la libertad Abderramán V, aunque uno de sus amigos se hubiera opuesto a ello diciéndole: «Si este Ibn-Imran da un paso fuera de la prisión, acortará todo un año vuestra vida.» En efecto, era un hombre muy peligroso. Trató de ganarse a los jefes de la guardia y lo consiguió tanto más fácilmente cuanto que la guardia estaba descontenta del Califa. Dos días antes había llegado a

Córdoba un escuadrón berberisco para ofrecer sus servicios al monarca y este que veía que, rodeado de peligros de toda especie, tenía necesidad de soldados, había aceptado su oferta. Esto fue lo que excitó los celos de la guardia que estimulada por Ibn-Imran, se dirigió entonces al pueblo. «Nosotros somos los que hemos vencido a los Berberiscos, decían los soldados, nosotros los que los hemos echado y ahora este hombre que nosotros hemos colocado en el trono, trata de traerlos de nuevo a la ciudad y someternos otra vez a su detestable yugo.» El pueblo que no esperaba más que una ocasión para insurreccionarse se dejó fácilmente seducir con estas instigaciones y cuando Abderramán no se había apercibido todavía de nada ya la multitud había invadido su palacio y libertado a los nobles que había hecho prender. El infeliz monarca comprendió al punto que era su vida lo que querían. Pidió consejo a sus visires, pero estos que temían por su propia existencia, deliberaban aun acerca del partido que debía tomarse, cuando les gritaron los guardias que nada tenían que temer siempre que dejasen abandonado a Abderramán a su suerte. Entonces triunfó el egoísmo en la mayor parte y abandonaron furtivamente al monarca uno tras otro. Pronto conocieron que eran falaces las promesas de los guardias, porque muchos de ellos, como el prefecto de la ciudad, fueron muertos cuando salían de palacio por la puerta de la sala del baño.

También Abderramán, que había montado a caballo, quiso salir por esta misma puerta, pero se lo impidieron los guardias presentándole la punta de sus lanzas y llenándolo de injurias. Volvió entonces pie atrás y habiéndose bajado del caballo entró en la sala del baño, donde se quitó sus vestidos á excepción de su túnica y se ocultó en la estufa.

Mientras tanto el pueblo y los guardias ojeaban a los Berberiscos como si fueran fieras. Estos infelices fueron asesinados donde quiera que buscasen refugio, en palacio, en la sala del baño y en la mezquita. Las mujeres del serrallo de Abderramán cayeron en suerte a los guardias que se las llevaron a sus casas.

Mohamed triunfaba. Proclamado Califa en la sala en que el Califa destronado estaba oculto, fue al salón y se sentó sobre el trono, rodeado de los guardias y del populacho. Sin embargo, su posición era precaria mientras que viniera su predecesor. Mandó pues, que lo buscaran por todas partes y cuando lo encontraron lo hizo matar, (18 de enero de 1024)

Mohamed, tomó el título de Mostacfi y trató de hacerse popular repartiendo dinero y títulos a todos los que los pedían; pero la cólera de la clase media y de la nobleza, llegó al extremo cuando nombró primer ministro a su amigo el tejedor. Por lo demás, su reinado no fue de larga duración. Como se comprende gobernó mal. Sabiendo que se conspiraba contra él, hizo meter en la cárcel a muchos individuos de su familia y hasta mandó estrangular a uno de ellos, lo que causó gran indignación en Córdoba. Hizo también prender a los principales consejeros de su predecesor tales, como los dos Ibn-Hazm, y a fin de no participar de la misma suerte, Abu-Abu-Amir ibn-Chohaid y muchos otros abandonaron la capital y se fueron a Málaga con el Hammudita Yahya, a quien excitaron a poner término a la anarquía que reinaba en Córdoba. Las tentativas que hicieron con este fin no fueron enteramente infructuosas. Se supo por lo menos en Córdoba que Yahya se preparaba a venir a atacar la ciudad, y estalló un motín (mayo, 1025). El visir de Mohamed II, el antiguo tejedor, fue asesinado a puñaladas por el pueblo, que en su ira brutal no dejó da herirlo hasta que su cadáver estuvo enteramente frío. En cuanto a Mohamed II, su palacio fue cercado y los guardias vinieron a decirle: «Bien sabe

Dios que hemos hecho todo lo que podíamos por mantener vuestro poder, pero ahora vemos que hemos intentado lo imposible. Tenemos que salir a combatir a Yahya que nos amenaza y tememos no os pase algo malo en cuanto nos hayamos ido. Os aconsejamos, pues, que salgáis en secreto de la ciudad.» Viendo que todo estaba perdido para él, Mohamed resolvió seguir sus consejos, y poniéndose el traje de una cantadora, y cubriéndose el rostro con un velo, salió de palacio y de la ciudad, acompañado de dos mujeres, yendo a ocultar su vergüenza a un oscuro lugar de la frontera, donde fue envenenado por un oficial demasiado comprometido para no haberse visto obligado a seguirlo, pero a quien fastidiaba estar encadenado a un proscripto.

Durante seis meses, no hubo monarca en Córdoba. La ciudad fue gobernada mal que bien, por el consejo de Estado, pero semejante situación no podía prolongarse mucho tiempo. Un día será preciso llegar ahí, pero el momento no había llegado todavía; lo antiguo se hundía, pero lo nuevo no estaba más que en ensayo. A los hombres sensatos les parecía aún la monarquía la única forma de gobierno que fuera compatible con el orden, ¿pero en quién restablecerla? ¿En un Omeya? Se quiso, se intentó, se eligió el mejor príncipe que había en esta casa, cuando se dio el trono a Abderramán V, y sin embargo, la empresa se había frustrado por completo. Para mantener el orden, para contener al populacho, siempre inquieto, siempre agitado, y pronto siempre a la sedición, al pillaje y al asesinato, era preciso un príncipe que dispusiera de tropas extranjeras, y los Omeyas no las tenía. Entonces se pensó en volver el trono al Hammudita Yahya, del que no tenían mucho de qué quejarse, y esta idea no la tuvieron, a nuestro parecer algunas personas mal intencionadas, como da a entender un autor arábigo, sino todo el partido de orden que no veía otro medio de salvación. Se entró en negociaciones con Yahya, que residía en Málaga. Este aceptó la oferta de los Cordobeses, sin entusiasmo, casi con indiferencia y desconfiando de la movilidad habitual de los que la hacían, y sabiendo además que para ellos no era más que una mala andanza, se quedó donde estaba y se limitó a enviar a Córdoba a un general berberisco con algunas tropas. (noviembre, 1025).

Los sucesos mostraron que había obrado con prudencia. Los habitantes de la capital no tardaron en disgustarse de la dominación africana, y prestaron atento oído a los emisarios de los señores Eslavos del Este, Khairan de Almería, y Modjehid de Denia, que les decían que, si querían emanciparse de ella, sus señores les ayudarían. No fue vana esta promesa. En el mes de mayo del año 1026, cuando los ánimos les parecieron estar suficientemente preparados, marcharon ambos príncipes hacia la capital con numerosas tropas, y los Cordobeses se insurreccionaron, echando al gobernador que Yahya les había puesto, después de matarle gran número de soldados. Hecho esto, abrieron las puertas a Khairan y Modjehid, pero cuando se trató de constituir gobierno, los príncipes se desavinieron y como Khairan temía que su aliado le hiciera traición, se apresuró a volverse a Almería (12 de junio). Modjehid se quedó todavía algún tiempo en la capital, pero también la abandonó sin haber restablecido la monarquía. Después de su partida, los del consejo de Estado resolvieron hacerlo, aunque una triste experiencia debió haberles enseñado que iban a intentar un imposible. Un príncipe Omeya, lanzado sin el apoyo de tropas extranjeras en medio de dos clases irreconciliables, estaba condenado de antemano a sucumbir, ya por una insurrección popular, ya por una conspiración de los patricios. Para restablecer un gobierno estable, el llamamiento de los Omeyas no era, pues, más que un medio engañoso, pero era el único que los más hábiles sabían imaginar.

Abul-Hazm ibn-Djahwar que era entonces el más influyente en el consejo, acariciaba sobre todo esta idea. Concertóse pues, con los jefes de las fronteras que pasaban por pertenecer al partido Omeya o Eslavo, pero que a decir verdad no tenían entre sí de común más que un odio profundo a los Berberiscos, y después de largas negociaciones, algunos de estos señores dieron al fin su asentimiento al proyecto, probablemente porque estaban convencidos de que no había ninguna probabilidad de que se lograra, y se resolvió dar el trono a Hixem, el hermano primogénito de Abderramán IV, Mortadha. Este príncipe vivía en Alpuente, donde se había refugiado después de la muerte de su hermano. En abril del 1027 los habitantes de Córdoba le prestaron juramento, pero todavía se pasaron cerca de tres años antes que se allanaran todas las dificultades, durante cuyo tiempo Hixem III, apellidado Motadí, andaba errante de ciudad en ciudad, porque muchos jefes se oponían a que entrara en Córdoba. Los Cordobeses supieron al fin que iba a llegar. Los miembros del consejo de Estado hicieron enseguida los preparativos necesarios para recibirlo con pompa, pero antes de que se hubieran acabado se tuvo noticia (18 de diciembre de 1029) de que Hixem iba a entrar en la ciudad.

Las tropas salieron a su encuentro y por toda la ciudad resonaron gritos de alegría. La multitud llenaba las calles por que el príncipe iba a pasar, y se esperaba verle desplegar un aparato magnifico y verdaderamente regio. Esta esperanza se desvaneció: Hixem venía montado en un mal caballo pobremente equipado, y traía sencillos vestidos, poco en armonía con la dignidad califal. No tuvo, pues, ningún prestigio; sin embargo, el pueblo le saludó con ardientes aclamaciones de júbilo, porque se esperaba que ya se habían acabado los desórdenes y que iba a renacer un gobierno equitativo y vigoroso.

Hixem III no había sido hecho para realizar tales esperanzas. Bueno y dulce, era al mismo tiempo débil, irresoluto, indolente, y no sabía apreciar más que los placeres de la mesa. Desde el día siguiente, pudieron convencerse los patricios de que no habían hecho una feliz elección. Hubo entonces una gran audiencia en la sala del trono, y todos los empleados fueron presentados al Califa, pero no acostumbrado a las recepciones, ni a las arengas, apenas pudo este anciano balbucear algunas palabras y uno de los grandes dignatarios tuvo que contestar en su nombre. Luego cuando los poetas recitaron las odas que habían compuesto con ocasión de su advenimiento al trono, no supo dirigirles ninguna frase gratulatoria y hasta pareció que no entendía lo que se le recitaba.

El estreno del Califa había ya disipado toda ilusión, pero todavía fue peor cuando poco después nombró a Haquem ibn-Said su primer ministro.

Cliente de los Amiridas, Haquem había trabajado primero en el oficio de tejedor, en la capital, y esta fue la causa de haber hecho conocimiento con Hixem, porque los príncipes Omeyas entablaban muchas veces relaciones con las clases bajas, cuyo apoyo buscaban. Más tarde, durante la guerra civil, Haquem se había hecho soldado, y como no parece que carecía de bravura ni de talentos militares, había subido rápidamente en graduación, y se había ganado el afecto de los señores de las fronteras con quienes servía. Habiendo sido Hixem proclamado Califa, fue a verlo y recordándole su antigua amistad, supo insinuarse tan bien que no tardó en dominarlo enteramente. Nombrado primer ministro, tuvo buen cuidado de que la mesa del monarca tuviera todos los días los manjares más exquisitos y los mejores vinos; lo rodeó de cantadoras y de bailarines; trató en una palabra de hacerle la vida lo más dulce

posible, y al débil Hixem, indiferente a todo lo demás, y hasta considerándose dichoso con no tener que mezclarse en negocios que le fastidiaban, le abandonaba de buen grado el gobierno del Estado.

Haquem se encontró el tesoro vacío. Para subvenir a los gastos, era preciso hallar ingresos más considerables y más pronto que los que la ley le otorgaba, ¿pero de donde sacarlos? No había que pensar en pedir nuevas contribuciones, hubiera sido el medio más seguro de hacerse impopular. El ministro tuvo que recurrir a diversos expedientes, pocos honrosos en verdad, pero que la necesidad exigía. Habiendo descubierto algunos objetos preciosos que los hijos de Mudhaffar el Amirita, habían depositado en casa de sus amigos, se apoderó de ellos y obligó a los principales negociantes a tomarlos a un precio elevadísimo. Forzóles también a comprar el plomo y el hierro que provenía de los palacios reales, demolidos durante la guerra civil. Pero el dinero adquirido de este modo no bastaba y concedió su confianza a un faquí odiado y desacreditado llamado Ibn-al-Djaijar que ya antes había indicado al Califa Alí ibn-Hammud medios eficaces, pero vergonzosos, para llenar el tesoro. Todavía esta vez supo proporcionar a Haquem ingresos considerables a expensas de las mezquitas. Este hecho fraudulento no permaneció oculto y los Cordobeses y sobre todo los faquíes murmuraron. No hacía mucho tiempo que los faquíes que tenían asiento en el tribunal, habían dejado que les aumentaran los sueldos, aunque no ignoraban que el dinero que se les daba provenía de contribuciones ilegales y que por consiguiente no les era licito aceptarlo. Así, que Haquem se indignó de la hipocresía de los faquíes y les respondió lanzándoles un manifiesto fulminante. Abu-Amir ibn-Chohaid que lo había compuesto lo leyó en público primero en palacio y en seguida en la mezquita (junio, 1030.) Vivamente ofendidos trataron los faquíes de hacer participante de su cólera al pueblo, pero como las masas no parece que tuvieran graves motivos de queja no lo consiguieron. Por su parte el gobierno redobló el rigor. Un visir que había entrado en un complot fue ejecutado, e Ibn-Chohaid quería que se tratara sin misericordia a los «grandes bonetes» como los llamaba. «No prestéis atención a las declamaciones de esa gavilla de avaros que bien merecen que se les robe, decía en una composición en verso dirigida al Califa, y dejad a mi lengua de basilisco el cuidado de decirles lo que son.»

Si Haquem no hubiera tenido contra sí más que los teólogos, se hubiera mantenido en el poder, porque en este tiempo tenían poco crédito para perjudicarle, pero tenía enemigos mucho más poderosos: casi toda la nobleza le era hostil. Lo bajo de su nacimiento era a los ojos de los patricios una mancha indeleble. Ellos veían en él no un soldado de fortuna, sino un tejedor y lo colocaban casi en la misma línea que al primer ministro de Mohamed II, aun cuando hubiera gran diferencia entre ambos, no habiendo sido nunca el uno más que un obrero y habiendo pasado el otro los mejores años de su vida en los campamentos o en la corte de los príncipes de la frontera. Poco escrupulosos en los medios de llenar el tesoro, fácilmente hubieran perdonado a un hombre de su casta, las operaciones financieras a que el ministro se había visto obligado a recurrir, pero como era un plebeyo quien las había hecho, las denunciaron al pueblo y las explotaron en provecho de su odio. Este odio por lo demás dañaba a sus propios intereses. Haquem, al principio no había sentido repugnancia para ellos y no los había excluido intencionadamente; prueba, que había hecho del patricio Ibn-Chohaid su amigo y su confidente, pero como veía que no correspondían a estos preliminares más que con el desdén y con el desprecio, como no encontraba entre ellos más que mala voluntad, repulsión

y hostilidad abierta, su susceptibilidad fue herida y buscó sus empleados entre los plebeyos. Aquellos a quienes confiaba los empleos, tenían anticipadamente la reprobación de la nobleza que no dejaba de decir que el ministro no colocaba sino a jóvenes tejedores sin experiencia, a libertinos sin religión, que no se ocupaban más que de vino, de flores y de trajes, que lucían sus agudezas a expensas de las gentes más respetables y se burlaban de los infelices que venían a pedirles justicia.» A Haquem lo declaraban un intrigante sin capacidad, un capitán sin valor, un buen jinete y nada más. Acaso los cegaba el odio, pero lo cierto es, que para hacer caer al que odiaban recurrieron a los medios más odiosos.

Trataron primero de lanzar al pueblo a la rebelión diciéndole que la paralización del comercio (cuya verdadera causa eran las calamidades públicas,) no debía ser imputada más que a los derechos que el ministro había impuesto sobre muchas mercancías. Estos discursos produjeron sus frutos y algunos hombres del pueblo prometieron a los nobles ir a atacar la casa del ministro, pero este avisado a tiempo por uno de sus amigos, dejó su palacio y, habiéndose instalado en el del Califa abolló los impuestos de que se quejaban y dirigió al pueblo un largo manifiesto en el que le decía que no había establecido estos derechos sino para satisfacer necesidades apremiantes del tesoro, pero que adelante trataría de componerse sin ellos. Habiendo cesado el pueblo de murmurar, recurrieron los nobles a otro medio. Como Haquem tenía poca confianza en los soldados andaluces, que estaban a devoción de los patricios, trató de formar compañías berberiscas.

Los Andaluces murmuraron y los nobles no dejaron de fomentar su descontento, pero apercibiéndose Haquem de lo que se tramaba contra él, tomó medidas eficaces para mantener a los soldados en la obediencia y castigó a los cizañeros reteniéndoles la paga. Entonces intentaron los patricios hacerlo caer en desgracia de Hixem.

Tampoco lo consiguieron: Haquem tenía más influencia que ellos en el ánimo del débil monarca y les fue prohibida la entrada en palacio. Solo el presidente del consejo de Estado, Ibn-Djahwar, conservaba cierta influencia sobre el Califa, que le miraba con un sentimiento de respeto mezclado de gratitud, pues, a él era a quien debía su trono o más bien su dorada ociosidad. Todos los esfuerzos de Haquem para hacer destituir a Ibn-Djahwar fueron inútiles; sin embargo, el ministro no se desanimaba, insistía sin cesar y se prometía vencer al fin los escrúpulos del monarca. Ibn-Djahwar lo sabía, acaso se apercibía de que iba perdiendo terreno y desde entonces tomó su partido: era preciso acabar no solo con el ministro, sino también con la monarquía y entonces el consejo de Estado reinaría solo. No necesitó trabajar mucho para convencer a sus colegas de este proyecto. ¿Pero qué hacer para ganarse partidarios? Ahí estaba la dificultad; había muchos dispuestos a hacer todo lo necesario para destronar a Hixem III, pero en cuanto a sustituir una oligarquía al gobierno de uno solo, nadie, excepto los miembros del consejo parecen haberlo imaginado siquiera, tan monárquicas eran aun las ideas y los sentimientos. Los consejeros creyeron, pues, prudente ocultar su juego y fingiendo querer solamente sustituir otro monarca a Hixem, entraron en negociaciones con un pariente del Califa, que se llamaba Omeya. Era este un joven temerario y ambicioso, pero poco discreto. Los consejeros le dieron a entender que, si quería ponerse a la cabeza de la insurrección, podría conquistar el trono. Sin sospechar que no era para ellos más que un instrumento que tirarían en cuanto se hubieran servido de él, el joven príncipe acogió ávidamente sus insinuaciones y

como no economizaba el dinero, se ganó fácilmente a los soldados a quienes el ministro había retenido la paga.

En diciembre de 1031 estos hombres se emboscaron y cayendo sobre Haquem cuando salía de palacio, lo tiraron al suelo y lo asesinaron antes que hubiera tenido tiempo de sacar la espada; luego le cortaron la cabeza y habiéndola lavado en el colador de la pescadería, porque la sangre y el barro la habían puesto desconocida, la pasearon clavada en la punta de una pica. Omeya vino entonces a dirigir el movimiento de los soldados y de la multitud que se había unido a ellos, mientras que Hixem aterrorizado por los horribles gritos que oía alrededor de su estancia, se subía a una alta torre acompañado de las mujeres de su harem y de cuatro esclavos.

—¿Qué me queréis?, gritó a los insurrectos que se apoderaban ya de palacio; yo no os hecho nada, si tenéis algo de que quejaros, id a mi visir y os hará justicia.

—¿A tu visir?, respondieron de abajo, vamos a enseñártelo.

Y entonces Hixem vio en la punta de una lanza una cabeza horriblemente mutilada.

—¡Mira la cabeza de tu visir, le gritaron, de ese infame a quien tú has entregado el pueblo, miserable holgazán!

Mientras que Hixem trataba aún de apaciguar a estos hombres feroces que no le respondían sino con injurias y ultrajes, otra banda penetró hasta los departamentos de las mujeres, donde cogieron todo lo que valía la pena y donde se encontraron unas cadenas acabadas de hacer que se decía que Haquem había hecho fabricar para los nobles. Omeya estimulaba a los saqueadores con el ademán y la palabra. «Tomad, amigos míos, les decía, todas esas riquezas son vuestras; pero tratad también de subir a la torre y matad a ese infame.» Intentaron escalarla, pero en vano, porque la torre era muy alta. Hixem llamaba en su auxilio a los habitantes de la ciudad que no habían tomado parte en el saqueo, pero ninguno respondió a su llamamiento.

Entretanto, convencido Omeya de que los visires iban a reconocerlo por Califa, se había situado en el salón. Sentado en el sofá de Hixem, y rodeado de los principales de aquellos bribones, a quienes ya había conferido empleos, les daba sus órdenes, como si fuera ya Califa. «Tememos que os maten, le dijo uno de los que estaban allí, porque la fortuna parece haber abandonado a vuestra familia.

—No importa, le respondió Omeya, que me presten hoy juramento, y que me maten mañana.

El joven ambicioso, no sabía lo que pasaba entonces en casa de Ibn-Djahwar.

Desde el principio de la sedición, el presidente del consejo había estado deliberando con sus colegas, a quienes había convocado a su casa, sobre las medidas que convenía tomar, y habiéndolo arreglado todo entre ellos, fueron a palacio, los consejeros, acompañados de sus clientes y de sus criados, todos bien armados. “¡Que cese el saqueo! gritaron: Hixem abdicará, nosotros os respondemos.”

Sea que la presencia de estos altos dignatarios impusiera a la muchedumbre, sea que temiera venir a las manos con su escolta, o sea por último que no hubiera ya gran cosa que robar, el orden se restableció poco a poco. «Rendíos y bajad de la torre, gritaron entonces los visires a Hixem; abdicaréis, pero se os perdonará la vida.» A pesar suyo, Hixem tuvo que ponerse en sus manos, porque en la torre carecía de víveres. Bajó pues, los visires lo hicieron llevar con sus mujeres a una especie de pasadizo que formaba parte de la mezquita mayor. «Mejor quisiera ser arrojado al mar que pasar por tantas tribulaciones; exclamó durante el trayecto. Haced de mí lo que queráis, pero os suplico que perdonéis a mis mujeres.»

A la caída de la noche, convocaron los visires a los principales habitantes de Córdoba, y consultaron con ellos lo que había de hacerse con Hixem. Resolvieron hacerlo encerrar en una fortaleza que designaron y hacerlo partir sin demora. Algunos quedaron encargados de ir a comunicar esta decisión al prisionero.

Cuando llegaron al corredor, un triste espectáculo apareció a sus ojos. Encontraron a Hixem sentado en las losas y rodeado de sus mujeres que lloraban con los cabellos sueltos y casi desnudas. Con mirada triste y sombría trataba de abrigar en su seno a su hija única a quien amaba apasionadamente hasta el delirio. La pobre niña, demasiado joven aun para comprender la terrible desgracia que había caído sobre su padre, tiritaba en aquel sitio mal oreado y húmedo, que el penetrante frío de la noche hacía más glacial todavía, y se moría de hambre, porque ya por olvido, ya por un refinamiento de crueldad, nadie se había cuidado de traer ningún alimento á esta desdichada familia.

Uno de los caciques tomó la palabra y dijo:

—Venimos a comunicaros, señor, que los visires y los notables reunidos en la Mezquita han decidido que vos...

—Bueno, bueno, le interrumpió Hixem; yo me someto a su decisión, cualquiera que ella sea, pero os suplico que mandéis dar un pedazo de pan a esta pobre niña, que se está muriendo de hambre.

Profundamente conmovidos los caciques no pudieron contener sus lágrimas. Hicieron traer pan, y entonces el que llevaba la palabra continuó en estos términos:

—Señor, se ha decidido que al apuntar el día seáis trasportado a una fortaleza, donde quedareis preso.

—Sea, respondió Hixem con aire triste, pero resignado. No tengo más que una gracia que pediros; dadnos una luz porque la oscuridad que reina en este triste sitio nos da miedo.

A la mañana siguiente, en cuanto Hixem hubo salido de la ciudad, los visires anunciaron en un manifiesto a los Cordobeses que el Califato quedaba abolido para siempre, y que el Concejo de Estado había tomado en sus manos las riendas del gobierno, y enseguida fueron a palacio. Allí estaba Omeya todavía, que había creído firmemente hasta entonces en las promesas secretas de los visires, y que había convocado ya a los empleados para que les prestaran juramento. Iba a quedar desengañado. Los visires reprendieron a jefes y a soldados la precipitación con que iban a reconocer a un aventurero sin haber esperado la decisión de

los notables. «Los notables, prosiguió Ibn-Djahwar, han abolido la monarquía, y esta medida ha sido aplaudida por el pueblo. Guardaos, pues, ¡oh soldados! de encender la guerra civil, acordaos de los beneficios que os hemos hecho, y esperadlos mayores si os mostráis dispuestos a obedecer.» Y luego dirigiéndose a los oficiales, les dijo: «Os mando que prendáis a Omeya, y que lo saquéis primero de palacio, luego fuera del término de la ciudad.»

Esta orden fue ejecutada al punto; Omeya, en el colmo de su furor pedía venganza contra los pérfidos visires, que después de haberlo mecido con esperanzas engañosas, lo arrojaban como un vil criminal, y trataba de interesar en su causa a los capitanes. Pero como estos estaban acostumbrados á obedecer a los individuos del Concejo, tan vanas fueron las promesas que les prodigó, como sus amenazas y sus injurias. No se sabe de cierto cuál fue su suerte. Pasó algún tiempo sin que se oyera hablar de él. Mas tarde trató de volver a Córdoba, y hay quien dice que en esta ocasión lo hicieron asesinar secretamente los patricios.

En cuanto al desdichado Hixem, huyó del castillo en que lo habían encerrado, y se fue a la ciudad de Lérida, que estaba entonces en poder de Solimán ibn-Hud. Ya sea por olvido, ya por desdén, dice un autor contemporáneo, que el Senado, porque ya podemos dar en adelante este nombre al Concejo de Estado, no le hizo nunca firmar un acta de abdicación; nunca le hizo declarar en presencia de testigos que era incapaz de reinar, y que el pueblo quedaba desligado de su juramento, como se hacía de ordinario cuando se destronaba a un príncipe. Nadie se ocupó más de él, quedó olvidado, y cuando murió cinco años después, (en Diciembre de 1036) su muerte apenas fue notada en Córdoba; el resto de España se cuidó de ella menos aún.

LIBRO IV.
LOS REYES DE TAIFAS.

CAPITULO XXVIII

I.

Hacía muchos años que las provincias de la España musulmana se hallaban sin querer abandonadas a sí mismas. El pueblo en general lo sentía, no pensaba sino con miedo en el porvenir, y echaba de menos lo pasado. Los capitanes extranjeros eran los únicos que se habían aprovechado de la descomposición total de la península. Los generales berberiscos se dividían el Mediodía, los Eslavos reinaban en el Este, el resto tocó en suerte, ya a advenedizos, ya al pequeño número de familias nobles que por un accidente cualquiera habían resistido a los golpes que Abderramán III y Almanzor habían dado a la aristocracia. Por último, las dos ciudades más importantes, Córdoba y Sevilla se habían constituido en repúblicas.

Los Hammuditas eran, aunque solo de nombre, los jefes del partido berberisco. Pretendían tener derecho a toda la parte árabe de la península, pero en realidad no poseían más que la ciudad de Málaga y su territorio. Sus vasallos más poderosos eran los príncipes de Granada, Zawí que elevó esta ciudad al rango de la capital, y su sobrino Abbuz que le sucedió. Había además príncipes berberiscos en Carmona, en Morón y en Ronda. Los Aftasidas que reinaban en Badajoz, pertenecían a la mima raza, pero completamente arabizados, se suponían de origen árabe y ocupaban una posición bastante aislada.

Los hombres más notables del partido opuesto eran Khairan, príncipe de Almería, Zohair, que le sucedió en 1028 y Modjehid, príncipe de las Baleares y de Denia. Este último, el pirata más grande de su tiempo, se hizo famoso por las expediciones que hizo a Cerdeña, y a las costas de Italia, como también por la protección que dispensó a los literatos. Otros Eslavos reinaron al principio en Valencia, pero en el año de 1021, fue proclamado rey Abdalaziz, nieto del célebre Almanzor. En Zaragoza una noble familia árabe, la de los Beni-Hud, obtuvo el poder después de la muerte de Mondhir, acaecida en 1039.

En fin, sin contar un gran número de pequeños Estados, había aun otro reino en Toledo. Aquí reinó un tal Yaich, hasta el año de 1036, en que los Beni-Dhinnun se apoderaron de él. Era esta una antigua familia Berberisca que había tomado parte en la conquista de España en el siglo VIII.

En Córdoba, así que fue abolido el Califato, se reunieron los vecinos principales, y resolvieron confiar el poder ejecutivo a lbn-Djahwar, cuya capacidad era universalmente reconocida. Este rehusó al principio aceptar la dignidad que le ofrecen y cuando cedió al fin a las instancias de la asamblea, fue bajo condición de que habían de darle por colegas dos miembros del Senado, pertenecientes a su familia, a saber, Mohamed-Ibn-Abbas y Abdalaziz ibn-Hasan. La asamblea consintió en ello, pero estipulando que estas dos personas solo tendrían voto consultivo.

El primer cónsul, gobernó la república de una manera prudente y equitativa. Gracias a él los Cordobeses no tuvieron que quejarse de la brutalidad de los Berberiscos. Su primer cuidado

había sido licenciarlos; retuvo solo los Beni-Iforen, con cuya obediencia podía contar, y reemplazó a los otros con una milicia cívica. En apariencia dejó subsistir las instituciones republicanas. Cuando se le pedía un favor, respondía: «Eso no me toca a mí, sino al Senado; yo no soy sino que el ejecutor de sus órdenes.» Cuando recibía una comunicación oficial, que venía dirigida a él solo, rehusaba tomar conocimiento de ella, diciendo que la dirigieran a los visires. Antes de tomar cualquier decisión, consultaba siempre al Senado. Nunca se dio tono de príncipe, y en lugar de irse a vivir al palacio Califal, permaneció en la modesta casa que siempre había ocupado. En realidad, su poder era ilimitado, porque nunca al Senado se le ocurría contradecirlo. Su probidad era rígida y escrupulosa; no quiso que el Tesoro público estuviera en su casa, y confió su custodia a los hombres más respetables de la ciudad. Amaba el dinero, es verdad, pero nunca el interés le hizo hacer nada indecoroso. Económico y parsimonioso, por no decir avaro, duplicó su fortuna de modo que llegó a ser el hombre más rico de Córdoba, pero al mismo tiempo hacía laudables esfuerzos para restablecer la prosperidad pública. Se esforzaba en mantener amistosas relaciones con todos los Estados vecinos, y lo logró tan bien, que el comercio y la industria gozaron al poco tiempo de la seguridad de que tanto necesitaban. Con esto bajaron los precios de los géneros, y Córdoba recibió en su seno multitud de nuevos habitadores, que reedificaron algunos de los barrios que los Berberiscos habían demolido o quemado cuando el saco de la ciudad. Mas a pesar de esto, la antigua capital del Califato no recobró su preponderancia política. El primer papel pertenece en adelante a Sevilla, y es de la historia de esta ciudad de la que principalmente vamos a ocuparnos.

La suerte de Sevilla había estado por mucho tiempo ligada a la de Córdoba. Lo mismo que la capital, había obedecido sucesivamente a soberanos de la familia Omeya y de la de Hammud; pero la revolución de Córdoba de 1023 tuvo sus resultados en Sevilla. Habiéndose insurreccionado los Cordobeses contra Casim el Hammudita echándole de su territorio, resolvió este príncipe ir a refugiarse a Sevilla donde estaban dos hijos suyos con una guarnición berberisca, mandada por Mohamed ibn-Zirí de la tribu de Iforen y en consecuencia envió a los Sevillanos la orden de evacuar mil casas, que habían de ser ocupadas por las tropas. Esta orden produjo un descontento tanto más pronunciado, cuanto que los soldados de Casim, los más pobres de su raza, tenían la mala fama de ser muy pillos. «Córdoba acababa de mostrar a los Sevillanos la posibilidad de libertarse del yugo y estos estaban tentados de seguir el ejemplo que les había dado la capital. Les detenía aún el miedo a la guarnición berberisca, pero el Cadí de la ciudad, Abul-Casim Mohamed, de la familia de los Beni-Abbad, consiguió ganarse al jefe de la guarnición. Le dijo que le sería fácil hacerse señor de Sevilla y desde entonces Mohamed ibn-Zirí se declaró pronto a secundarlo. El Cadí se alió enseguida con el comandante berberisco de Carmona y los Sevillanos, secundados por la guarnición, tomaron las armas contra los hijos de Casim, cuyo palacio cercaron.

Cuando llegó ante las puertas de Sevilla, que encontró cerradas, Casim trató de ganarse a los habitantes con promesas, pero no lo consiguió y como sus hijos estaban en una situación muy peligrosa, se comprometió por último a evacuar el territorio sevillano, siempre que le devolvieran sus hijos y sus bienes. Los Sevillanos convinieron en ello y habiéndose retirado Casim, aprovecharon la primera ocasión que se les presentó para echar a la guarnición berberisca.

Habiendo quedado así libre la ciudad, se reunieron los patricios para constituir gobierno. Sin embargo, ellos no estaban tranquilos acerca de las consecuencias de su rebelión: temían ver volver muy pronto a los Hammuditas irritados, que no dejarían en este caso de castigar a los culpables; así, que ninguno se atrevió a tomar sobre sí la responsabilidad de lo que había pasado, estando todos de acuerdo en hacerla pesar únicamente sobre el Cadí a quien envidiaban sus riquezas, y ya preveían con secreto placer el momento en que fueran confiscadas. Se le ofreció al Cadí la autoridad soberana, pero cualquiera que fuera su ambición, era demasiado prudente para aceptarla en aquel momento. Su origen no era ilustre. Era muy rico, pues que poseía la tercera parte del término de Sevilla y gozaba de gran consideración a causa de saber y de su talento: pero su familia no pertenecía sino desde poco antes a la alta nobleza y sabía que a menos que no tuviera soldados a su disposición—y todavía no los tenía—la altiva y exclusiva aristocracia de Sevilla no tardaría en sublevarse contra un advenedizo. Y ciertamente no era otra cosa. Verdad es, que más adelante, cuando los Abbaditas estuvieron a punto de restablecer en provecho suyo el trono de los califas, pretendieron descender de los antiguos reyes lakhmitas que, antes de Mahoma habían reinado en Hira, y que los famélicos poetas de su corte, aprovechaban todas las ocasiones para celebrar tan ilustre origen; pero nada justifica semejante pretensión; los Abbaditas y sus aduladores nunca la pudieron demostrar. Todo lo que esta familia tenía de común con los antiguos reyes de Hira, es que pertenecía como ellos a la tribu yemenita de Lakhm, pero la rama de esta tribu de donde provenían los Abbaditas, no parece haber habitado nunca en Hira, sino que moraba en Arich en las fronteras del Egipto y la Siria en el distrito de Emesa, y los Abbaditas, lejos de poder enlazar su genealogía a la de los reyes de Hira, nunca pudieron hacerla remontar más allá de Noaim, padre de Itaf. Este Itaf, capitán de una división de las tropas de Emesa, había llegado a España con Baldj y habiendo recibido los soldados de Emesa tierras cerca de Sevilla, se estableció en el lugarejo de Yamin que estaba en el distrito de Tocina a orillas del Guadalquivir. Siete generaciones de gentes honradas, económicas y laboriosas hicieron salir lenta y penosamente a la familia de su oscuridad. Ismael, padre de nuestro Cadí, fue el primero que la ilustró, el que por decirlo así hizo inscribir en el «libro de oro» de la nobleza sevillana el nombre de los Beni-Abbad o Abbaditas. Al par teólogo, jurisconsulto y militar, había mandado un regimiento de la guardia de Hixem II, y luego había sido imán de la gran mezquita de Córdoba y Cadí de Sevilla. Famoso por sus luces, por su sagacidad, por la prudencia de sus consejos y su firmeza de carácter, no lo era menos por su probidad, pues a despecho de la general corrupción no había aceptado nunca ningún donativo del Sultán, ni de sus ministros. Su liberalidad era ilimitada y los Cordobeses desterrados, encontraban en él una generosa hospitalidad. Todas estas cualidades le valieron el título del hombre más noble de Occidente. Había muerto en el año 1919, poco tiempo antes del periodo de que nos ocupamos. Su hijo Abul-Casim-Mohamed, le igualó acaso en saber, pero no en virtud. Egoísta y ambicioso, su primer acto había sido un acto de ingratitud. Cuando su padre murió y esperaba sucederle como Cadi, fue preferido otro. Entonces se dirigió a Casim-ibn-Hammud y gracias a la intervención de este príncipe obtuvo el empleo que deseaba. Ya hemos visto de qué manera recompensó más tarde este favor.

Los patricios sevillanos le ofrecían ahora el poder, pero él, adivinando el motivo les respondió que no podía aceptar su oferta por honrosa que fuera, sino a condición de que se le

dieran por adjuntas algunas personas que designaría. Estas personas, añadió, habían de ser sus visires y sus colegas, y no tomaría resolución sin consultarles. A pesar suyo, los Sevillanos tuvieron que aceptar esta proposición, porque el Cadí rehusaba con firmeza gobernar solo. Rogáronle entonces que designara a sus colegas, y designó a los jefes de algunas familias patricias, tales como los Hauzaníes y los Ibn-Haddjadj, y personas que se consideraban como hechuras suyas o al menos de sus partidarios, tales como Mohamed Ibn-Yarim, de la tribu de Alhan y Abu- Becr Zobaidí, aquel célebre gramático que había sido preceptor de Hixem II. Hecho esto, su primer cuidado fue procurarse tropas. Gracias a la buena paga que les ofrecía, atrajo a sus banderas muchos soldados árabes y de otras partes, y compró además muchos esclavos que hizo instruir en el ejercicio de las armas. Una expedición que hizo al Norte, probablemente con otros príncipes, le suministró el medio de engrosar este pie de ejército. Sitió en esta ocasión dos castillos al Norte de Viseo, que estaban edificados uno frente a otro, sobre dos rocas separadas por un barranco, y que llevan el nombre de «al-akhawén» o de «al-akowén, los dos hermanos», nombre que se ha conservado en la denominación actual de «Alafoenz.» Estaban habitados por Españoles cristianos, cuyos antecesores habían hecho un tratado con Muza ibn-Nozair, cuando este general conquistó Viseo, pero en la época de que nos ocupamos, no parece que estaban sometidos ni al rey de León, ni a ningún príncipe musulmán. El Cadí se hizo dueño de estos dos castillos, obligando a trescientos de sus defensores a entrar a su servicio y de este modo pudo disponer desde entonces de quinientos caballos. Tenía, pues, bastantes soldados para hacer razias en las tierras de sus vecinos pero no se hallaba aun en estado de defender Sevilla contra un ataque formal. Así lo experimentó en 1027, en que el Califa Hammudita, Yahya ibn-Alí y el señor berberisco de Carmona Mohamed ibn-Abdallah, la sitiaron. Demasiado débiles los Sevillanos para oponer una larga resistencia, entraron en negociaciones con Yahya, se declararon prontos a reconocer su soberanía a condición de que los Berberiscos no entraran en la ciudad. Yahya consintió en ello, pero exigió que le dieran en rehenes algunos jóvenes patricios que le respondieran con su cabeza de la fidelidad de los Sevillanos. Esta demanda llenó de consternación a la ciudad, pues ningún patricio quería entregar su hijo a los Berberiscos, que podrían matarlo a la menor sospecha. Solo el Cadí no vaciló; ofreció a Yahya su hijo Abbad, y como el Califa sabía que el Cadí gozaba de gran influencia, se contentó con este solo rehén. Gracias a este sacrificio, el Cadí vio acrecentarse su popularidad, y no teniendo ya nada que temer, ni de los nobles ni del Califa, pues que reconocía su soberanía, en apariencia, creyó llegado el momento de reinar solo. Habiendo descartado del Concejo a los patricios, como Ibn-Haddadj y Hauzani, no tenía ya más que dos colegas Zobaidí ibn-Yarin. Los despidió, y Zobaidí fue desterrado. Un plebeyo de cerca de Sevilla, que se llamaba Habib, fue nombrado primer ministro. Era hombre sin principios, pero inteligente, activo y completamente adicto a los intereses de su señor.

El Cadí quiso en seguida extender su territorio, apoderándose de Béjar. En los últimos tiempos, esta ciudad que ya había sufrido mucho por la guerra entre árabes y renegados, fue saqueada y en parte destruida por los Berberiscos, que habían recorrido el país saqueando y quemando todo lo que encontraban a su paso. El Cadí tenía intención de reedificarla, pero informado de su proyecto el príncipe de Badajoz, Abdallah ibn-al-Aftas, envió tropas mandadas por su hijo Mohamed (que más tarde le sucedió con el nombre de Mudhaffar) las que ya habían tomado posesión de Bejar, cuando Ismael, hijo del Cadí se presentó ante sus

puertas con el ejército de Sevilla, y el del señor de Carmona, aliado de su padre. Comenzó en seguida sitio e hizo saquear con su caballería los pueblos que había entre Évora y el mar. A pesar del refuerzo que recibió del señor de Mertola, Ibn-Taifur, Mohamed el Aftasida fue desdichadísimo. Después de perder sus mejores guerreros cayó en manos de sus enemigos, y fue enviado a Carmona.

Animados con el triunfo conseguido, el Cadí y su aliado, hicieron incursiones, no solo en el territorio de Badajoz, sino también en el de Córdoba, de modo que el gobierno de esta ciudad tuvo que tomar a su servicio Berberiscos de la provincia de Sidona. Sin embargo, algo después, hicieron la paz, o por lo menos un armisticio con el Aftasida, y entonces Mohamed salió libre de su prisión con consentimiento del Cadí (marzo, 1030). Al anunciarle que quedaba libre, el señor de Carmona le recomendó que se pasara por Sevilla y diera las gracias al Cadí; pero Mohamed le tenía tanta aversión que respondió al Berberisco: «Prefiero quedar vuestro prisionero a tener nada que agradecer a ese hombre. Si no es a vos solo a quien soy deudor de mi libertad, si tengo que agradecerla al Cadí de Sevilla me quedaré donde estoy.» El señor de Carmona respetó sus sentimientos y sin insistir más le hizo volver a Badajoz con todos los honores debidos a su rango.

Cuatro años después, en 1034, Abdallah el Aftasida se vengó, pero de un modo poco noble de los reveses que había sufrido. Había concedido paso al Cadí para su ejército, que a las órdenes de Ismael iba a hacer una razia en el reino de León. Pero cuando llegó a un desfiladero cerca de la frontera leonesa, los atacó de improviso. Muchos de los soldados sevillanos murieron, otros fueron asesinados en su fuga por la caballería de León. El mismo Ismael escapó de la carnicería con un puñado de guerreros, pero mientras se dirigía a Lisboa, ciudad fronteriza de los Estados de su padre, al N.O, él y los suyos tuvieron que sufrir las mayores privaciones.

Desde entonces el Cadí se hizo enemigo mortal del príncipe de Badajoz; pero no poseemos detalles sobre las batallas que se dieron más adelante, y es indudable que esta guerra no tuvo para la España musulmana consecuencias tan importantes como un suceso de otro orden de que ahora vamos a ocuparnos.

Como ya hemos dicho, el Cadí había reconocido la soberanía del Califa Hammudita, Yahya ibn-Alí. Esto había sido por mucho tiempo una cosa sin importancia; el Cadí reinaba a sus anchas en Sevilla, pues Yahya era demasiado débil para poder hacer valer sus derechos. Pero poco a poco este estado de cosas cambió. Yhaya consiguió atraer sucesivamente a su causa a casi todos los jeques berberiscos, llegó a ser en realidad lo que antes no había sido más que de nombre, el jefe de todo el partido africano, y como había establecido su cuartel general en Carmona, de donde había echado a Mohamed ibn-Abdallah amenazaba a la vez a Córdoba y a Sevilla.

La gravedad del peligro inspiró entonces al Cadí un pensamiento que hubiera sido grande y patriótico, si no le hubiera sido sugerido en parte por la ambición. Para impedir a los Berberiscos, unidos ahora, reconquistar el terreno perdido, era precisa la unión de árabes y eslavos bajo un solo jefe; este era el único medio de preservar al país da volver a sufrir los males que había sufrido. El Cadí lo conocía, y deseaba que se formara una gran liga en que

entraran todos los enemigos de los africanos, pero al mismo tiempo quería ser su jefe. No se le ocultaban los obstáculos que tendría que vencer, sabía que los príncipes Eslavos, los señores árabes y los Senadores de Córdoba se creerían heridos en su desconfiado orgullo si trataba de dominarlos; pero no se dejó desanimar por este orden de consideraciones, y como las circunstancias le prestaban poderoso apoyo, logró hasta cierto punto realizar su proyecto. Vamos a ver de qué manera se condujo.

Hemos dicho antes que el desdichado Califa Hixem II se había evadido de palacio en el reinado de Solimán, y que según toda probabilidad había muerto en Asia, desconocido e ignorado. Sin embargo, el pueblo, muy adicto todavía a la dinastía Omeya, que le había dado prosperidad y gloria, rehusaba creer en la muerte de este monarca, y acogía ávidamente los extraños rumores que sobre él corrían. Había quien se preciaba de dar los detalles más precisos sobre su estancia en Asia. Primero, decían, había ido a la Meca, provisto de una bolsa llena de dinero y piedras preciosas, pero habiéndosela quitado los negros de la guardia del emir, pasó dos días y dos noches sin comer, hasta que compadecido un alfarero le preguntó si sabía amasar barro: a la ventura Hixem respondió que sí.

—¡Pues bien!, le dijo entonces el alfarero; si quieres entrar a mi servicio, yo te daré un dirhem y un pan diario.

—Acepto con mucho gusto vuestro ofrecimiento, le respondió Hixem, pero os suplico que me deis en seguida un pan, porque hace dos días que estoy sin comer.

Por algún tiempo, Hixem, aunque era un obrero muy perezoso, ganó su vida en casa del alfarero, pero disgustado al cabo de su tarea, se escapó y se unió a una caravana que iba a salir para Palestina, y llegó a Jerusalén en la más completa desnudez. Un día que se paseaba por el mercado, se detuvo delante de la tienda en que trabajaba un esterero.

—¿Por qué me miras con tanta atención?, le preguntó éste; ¿sabes acaso mi oficio?

—No, le respondió tristemente Hixem, y lo siento, porque no tengo que comer.

—Pues quédate conmigo, repuso el esterero, podrás servirme trayéndome juncos, y te lo pagaré.

Hixem aceptó con júbilo esta proposición y poco a poco aprendió a hacer esteras. Muchos años pasaron así, pero en 1033 volvió a España. Después da haberse dejado ver en Málaga, pasó a Almería, adonde llegó en 1035, pero habiéndole expulsado poco después el príncipe Zohair de sus Estados, fue a establecerse en Calatrava.

Este relato que el pueblo aceptaba con cierta credulidad no parece merecer ninguna confianza. El hecho es que en la época en que Yahya amenazaba a Sevilla y a Córdoba había en Calatrava un esterero llamado Khalaf que se parecía mucho a Hixem, pero nada prueba que este hombre fuera el ex-Califa, y clientes Omeyas, tales como los historiadores Ibn-Haiyan e Ibn-Hazm, han protestado siempre del modo más enérgico contra esto que, llamaban una grosera impostura. Khalaf, sin embargo, era ambicioso. Habiendo oído decir que se parecía mucha a Hixem II, se supuso este monarca y como no había nacido en Calatrava, sus convecinos lo creyeron y lo que es más, le reconocieron por soberano y se rebelaron contra su

señor Ismael ibn-Dhinnun, príncipe de Toledo, Este, fue entonces a sitiarlos y no fue larga la resistencia, pues habiendo hecho salir de la ciudad al pretendido Hixem, se sometieron de nuevo a su antiguo señor.

Sin embargo, el papel de Khalaf no había concluido, no hacía más que comenzar. En cuanto el Cadí de Sevilla supo la reaparición de Hixem II, comprendió inmediatamente el partido que podía sacar de este hombre si le hacía venir. Poco le importaba que fuera Hixem o no; lo esencial era que, la semejanza fuera bastante grande para poder pretender sin comprometerse mucho, que era Hixem, porque entonces podría organizarse a su nombre una liga contra los Berberiscos, liga de la que el Cadí, como primer ministro del Califa, sería el jefe y el amo. Hizo pues, invitar al pretendiente a ir a Sevilla, prometiéndole su apoyo en caso de que se probara su identidad. El esterero no se hizo de rogar y vino a Sevilla, donde el Cadí lo presentó a las mujeres del serrallo de Hixem. Sabiendo lo que tenían que decir, declararon casi todas que aquel hombre era realmente el ex-Califa y el Cadí apoyándose en su testimonio, escribió al senado de Córdoba, como también a los señores árabes y eslavos, anunciándoles que Hixem II, estaba con él, e invitándoles a tomar las armas en su favor. Este paso tuvo magnífico éxito. La soberanía de Hixem fue reconocida por Mohamed ibn-Abdallah, el príncipe destronado de Carmona, que se había refugiado en Sevilla; por Abdalaziz príncipe de Valencia; por Modjehid, príncipe de Denia y de las Baleares; y por el señor de Tortosa. En Córdoba, el pueblo supo con entusiasmo que vivía aún. Menos crédulo y más celoso de su poder, el presidente de la república Abul-Hazm ibn-Djahwar, no fue engañado con esta impostura, pero conocía que le sería imposible resistir a la voluntad del pueblo, comprendía la necesidad de la unión de árabes y eslavos bajo un solo jefe y temía ver a Córdoba atacada por los Berberiscos; así, que no se opuso a los deseos de sus conciudadanos, y permitió que se prestara de nuevo juramento a Hixem II (noviembre de 1035).

En este entretanto, y mientras que el partido árabe-eslavo se armaba contra él, Yahya sitiaba Sevilla, asolaba su territorio, dispuesto a vengarse de una manera que fuera sonada del astuto Cadí. Pero estaba rodeado de traidores. Los Berberiscos de Carmona, a quienes había obligado a alistarse en sus banderas, eran muy adictos a su antiguo señor, mantenían inteligencias con él, y en octubre de 1035 algunos de ellos fueron secretamente a Sevilla, y cuando llegaron dijeron al Cadí y a Mohamed ibn-Abdallah que les sería muy fácil sorprender a Yhaya pues que este príncipe estaba casi siempre ebrio. El Cadí y su aliado, resolvieron aprovechar inmediatamente este aviso. Ismael, hijo del Cadí, marchó a la cabeza del ejército sevillano, acompañado de Mohamed ibn-Abdalah. Cuando anocheció se emboscó con el grueso de sus fuerzas y envió un escuadrón contra Carmona esperando sacar a Yahya fuera de la plaza. Logró su objetivo. Yahya estaba entretenido en beber cuando le informaron de la aproximación de los Sevillanos. Y levantándose de su sofá exclamó: «¡Qué felicidad! ¡Ibn-Abbá viene a devolverme la visita! ¡Que se armen sin perder momento! ¡A caballo!» Sus órdenes fueron ejecutadas y poco después salió de la ciudad al frente de trescientos caballos. Caliente con el vino se precipitó sobre los enemigos sin tomarse tiempo de formar sus tropas en batalla, y aunque la oscuridad casi le impedía distinguir los objetos. Aunque algo desconcertados al principio por este brusco ataque, los Sevillanos respondieron con vigor a él y cuando al fin fueron obligados a la retirada, retrocedieron al sitio donde se encontraba Ismael. Desde entonces Yahya estaba perdido. Ismael cayó sobre los enemigos a la cabeza de sus cristianos

de Alafoens y los puso en derrota. El mismo Yahya cayó muerto y acaso la mayoría de sus soldados hubieran participado de su suerte, si no lo hubiera impedido Mohamed-ibn-Abdalah, quien rogó a Ismael que perdonara a esos infelices. «Casi todos, le dijo, son Berberiscos de Carmona que han sido obligados muy contra su voluntad a servir a un usurpador a quien detestan.» Ismael cedió a sus instancias y mandó que cesara la persecución. Apenas se hubo dado esta orden, cuando Mohamed corrió a Carmona para volver a apoderarse de su principado. Los negros de Yahya, que se habían hecho dueños de las puertas de la ciudad quisieron impedirle la entrada, pero Mohamed secundado por la población, penetró por una brecha, fue al palacio de Yahya, entregó las mujeres de este príncipe a su hijo y se apropió de todos sus tesoros. (noviembre de 1035)

La nueva de la muerte de Yahya causó una alegría indecible lo mismo en Sevilla que en Córdoba. El Cadí cuando la recibió se puso de rodillas para dar gracias a Dios y todos los que lo rodeaban lo imitaron. Por lo pronto no había ya nada que temer de los Hammuditas. Idris, hermano de Yahya, habla sido proclamado califa en Málaga, pero necesitaba tiempo para ganarse a fuerza de promesas y concesiones a los jeques berberiscos, y ni aun se hallaba en estado de reducir Algeciras, donde su primo Mohamed había sido proclamado califa por los negros. Viendo, pues, que las circunstancias le eran propicias, quiso el Cadí instalarse con el pretendido Hixem II en el palacio califal de Córdoba. Pero Ibn-Djahwar no tenía gana de abdicar del consulado. Logró convencer a sus conciudadanos de que el pretendido califa no era más que un impostor, se quitó su nombre de las oraciones públicas; y cuando el Cadi llegó ante las puertas de la ciudad se las encontró cerradas y no siendo bastante fuerte para reducir a mano armada ciudad tan considerable, se vio obligado a volverse por donde había venido.

Entonces resolvió volver sus armas contra el único príncipe eslavo que había rehusado reconocer a Hixem II, que era Zohair de Almería. Desde que el califa Casim, que quiso conciliarse la amistad de los Amiridas, le dio muchos feudos, Zohair había hecho de ordinario causa común con los Hammuditas y cuando Idris fue proclamado Califa, se había apresurado a reconocerlo. Amenazado ahora por el Cadí, se alió con Habbus de Granada y cuando se puso en marcha el ejército sevillano, le salió al encuentro con sus tropas y las de su aliado y le obligó a retirarse.

Era evidente que el Cadí había presumido demasiado de sus fuerzas y podía temer que llegara el momento en que los ejércitos de Almería y de Granada, tomando a su vez la ofensiva, invadieran el territorio sevillano. Felizmente para él, la casualidad que le servía casi siempre a pedir de boca, quiso que uno de sus enemigos lo desembarazara del otro.

II.

En la época de que hablamos, dos hombres igualmente notables, pero que se tenían odio mortal, dirigían los negocios en Granada y en Almería: el árabe Ibn-Abbas y el judío Samuel.

El Rabí Samuel ha-Leví a quien llamaban ordinariamente Bed-Naghdela, había nacido en Córdoba donde había estudiado el Talmud con el Rabí Hanokh jefe espiritual de la comunión judía. Se había aplicado también con mucho provecho al estudio de la literatura árabe y al de casi todas las ciencias que entonces se cultivaban. Por lo demás, no había sido durante mucho tiempo sino un simple droguero, primero en Córdoba, luego en Málaga, donde se había

establecido después de la toma de la capital por los Berberiscos de Solimán, hasta que un feliz accidente vino a sacarlo de su humilde condición.

Estaba su tienda cerca de un castillo que pertenecía a Abul-Casim ibn-al-Arif, visir de Habbus rey de Granada. Como la gente de este castillo tenía muchas veces que escribir a su señor y eran iliteratos, hacían redactar sus cartas por Samuel. Estas cartas causaron la admiración del visir, porque estaban escritas con la mayor elegancia y artísticamente sembradas de las más hermosas flores de la retórica árabe. Así, que cuando tuvo ocasión de ir a Málaga, se apresuró a informarse de la persona que las había escrito y haciendo llamar al judío le dijo: «No es digno de tí estar en una tienda. Mereces brillar en la corte y si quieres serás mi secretario.» Acompañó pues, Samuel al visir cuando este volvió a Granada y la estimación que Ibn-al-Arif ya le tenía se acrecentó cuando en sus conversaciones sobre negocios de Estado, descubrió en él un conocimiento de los hombres y de las cosas y un golpe de vista verdaderamente maravilloso. «Todos los consejos que daba Samuel, dice un historiador judío, eran como si alguno interrogare a la palabra de Dios.» Así que el visir los siguió desde entonces, de lo que no tuvo que arrepentirse. Habiendo caído luego malo y conociendo que su fin se aproximaba, le dijo al rey que había venido a visitarlo y que no sabía cómo reemplazar al fiel servidor que iba a perder: «Señor, en estos últimos tiempos nada os he aconsejado por mí mismo, sino por inspiración de mi secretario el judío Samuel. Fijad en él vuestra atención, que sea para vos un padre y un ministro, haced todo lo que os aconseje y Dios os ayudará.» El rey Habbus siguió el consejo. Llevó a Samuel a palacio y el judío llegó a ser su secretario y su consejero.

Acaso en ningún otro Estado musulmán halla gobernado un judío con el título de visir y canciller. Verdad es que muchas veces ha habido judíos que han gozado de cierta consideración de los soberanos musulmanes que solían sobre todo confiarles la administración de la hacienda, pero la tolerancia musulmana no llegaba de ordinario hasta sufrir pacientemente que fuera un judío primer ministro. Pero también, si la cosa era posible en alguna parte no lo era más que en Granada. Allí los judíos eran tan numerosos que se la llamaba la «ciudad de los judíos y como eran poderosos y ricos se entrometían con bastante frecuencia en los negocios del Estado. En una palabra, allí era donde habían encontrado, si no la tierra prometida, por lo menos el maná del desierto y la roca de Horeb. También se explica de otro modo la elevación de Samuel. No le era fácil al rey de Granada encontrar un primer ministro porque, a decir verdad, no podía confiar este importante puesto ni a un Berberisco, ni a un árabe. En este tiempo, se deseaba que un primer ministro fuera muy literato, que fuera capaz de componer las cartas que se enviaban a otros príncipes y que se escribían en prosa rimada y en un estilo sumamente rebuscado. El rey de Granada, sobre todo, gustaba de esta especie de talento. Se parecía a un advenedizo que trata de darse aire de gran señor: semi bárbaro, se tomaba un trabajo infinito para no parecerlo. Se preciaba de algo literato y hasta pretendía, que la nación de que era oriundo, la de Cinhedja, no era por su origen berberisca, sino árabe. Necesitaba pues, a toda costa, un ministro que en nada fuera inferior a los de sus vecinos. ¿Pero dónde encontrarlo? Sus Berberiscos sabían muy bien batirse, tomar ciudades, saquearlas y quemarlas, pero eran incapaces de escribir correctamente ni un renglón en la lengua del Corán. En cuanto a los árabes, que no sufrían el yugo, sino trémulos de ira y de vergüenza, no se podía fiar de ellos; se hubieran creído felices engañándolo y vendiéndolo. En

tales circunstancias, un judío como Samuel que, según el testimonio de los mismos sabios árabes, habían profundizado todas las delicadezas de su lengua y que por celoso que fuera por su religión, no tenía escrúpulo cuando escribía a musulmanes de emplear las fórmulas religiosas que eran de estilo, debía ser para él un verdadero tesoro. Y no tuvo que avergonzarse de haberlo elevado al rango de primer ministro, pues su elección fue aprobada hasta por los árabes. Estos a pesar de su intolerancia y de sus prejuicios contra los hijos de Israel, se veían obligados a confesar que Samuel era un genio superior. Y en efecto su saber era extenso y profundo. Era matemático, lógico, astrónomo y sabia lo menos siete lenguas. Júntese a esto que era muy generoso con los poetas y los literatos en general. Así pues, aquellos a quienes había colmado de favores, no le regateaban sus elogios y el poeta Monfatil llegó a dirigirlo estos versos que los escritores musulmanes no citan sin un santo horror.

"Oh tú que has reunido en tu persona todas las buenas cualidades que los demás, solo poseen en parte, tú que has devuelto la libertad a la generosidad cautiva, tú eres tan superior a los hombres más generosos de Oriente y de Occidente, como el oro es superior al cobre. Ah, si los hombres pudieran distinguir lo verdadero de lo falso no pondrían su boca sino en tus dedos. En lugar de tratar de agradar a Dios besando en la Meca la piedra negra, besaran tus manos porque ellas son las que disponen de la felicidad. Gracias a ti yo he obtenido aquí abajo lo que deseaba, y espero gracias a tí obtener allá arriba lo que deseo. Cuando me encuentro cerca de tí y de los tuyos, profeso abiertamente la religión que prescribe observar el sábado y cuando me encuentro cerca de mi mismo pueblo la profeso en secreto"

Pero lo que los árabes no podían estimar en su justo valor, eran los servicios que Samuel hacía a la literatura hebraica. Y eran muy considerables. Publicó un hebreo una Introducción al Talmud y veintidós obras relativas a la Gramática, de las que la más extensa y notable era el «Libro de la riqueza,» que un juez muy competente, un correligionario de Samuel que vivía en el Siglo XII, coloca por encima de todas las demás que tratan de gramática. Era también poeta: hizo imitaciones de los Salmos, de los Proverbios y del Eclesiastés. Llenas de alusiones, de proverbios árabes, de sentencias tomadas de los filósofos y de expresiones raras sacadas de los poetas sagrados, estas poesías eran muy difíciles de entender; hasta los judíos más sabios no podían comprender su sentido sin la ayuda de un comentario, pero como lo afectado y lo rebuscado fueran entonces cosas comunes, lo mismo en la literatura hebraica que en la árabe que le servía de modelo, la oscuridad se tenía entonces más bien por mérito que por defecto. Además, él velaba con solicitud paternal por los jóvenes estudiantes judíos y proveía generosamente a sus necesidades cuando eran pobres. Tenía a su servicio escribientes que copiaban la Michná y el Talmud y regalaba estas copias a los discípulos que no podían comprarlas. Ni se limitaban sus beneficios a sus correligionarios españoles. En Africa, en Sicilia, en Jerusalén, en Bagdad, en una palabra, en todas partes podrán contar los judíos con su apoyo y con su liberalidad. Por eso los judíos del principado granadino, queriendo darle una prueba de su afecto y de su gratitud, le habían discernido en el año de 1027 el título de «naghid», esto es, de jefe o príncipe de los judíos de Granada.

Como hombre de Estado juntaba a un espíritu vivo y penetrante, un carácter firme y una prudencia consumada. De ordinario, cualidad preciosa en un diplomático, hablaba poco y pensaba mucho. Aprovechaba las circunstancias con arte maravilloso, conocía el carácter y las

pasiones de los hombres y los medios de dominarlos por sus vicios. Además, era hombre de mundo. En los magníficos salones de la Alhambra, se encontraba tan a sus anchas que se le hubiese creído nacido en el seno de la riqueza. Nadie hablaba con más elegancia ni destreza, ni manejaba mejor la adulación, ni con tanta arte sabia ser cariñoso o familiar en el discurso, de más vivaracho numen, ni más persuasivo por sus argumentos. Y, sin embargo, —cosa rara entre aquellos a quienes la rueda de la fortuna eleva a una súbita opulencia y a una alta dignidad— no tenía ni la altanería de su advenedizo, ni la insolente y tonta infatuación propia de los enriquecidos. Bondadoso y amable con todo el mundo, poseía aquella verdadera dignidad que resulta de la naturalidad y de la falta absoluta de pretensiones. Lejos de avergonzarse de su antigua condición y de procurar ocultarla, se gloriaba de ella y se imponía por su sencillez a sus detractores.

También Zohair, visir de Almería, era un hombre muy notable. Se decía de él que no tenía igual en cuatro cosas: el estilo epistolar, la riqueza, la avaricia y la vanidad. En efecto su riqueza era casi fabulosa: se estimaba su fortuna en más de quinientos mil ducados. Su palacio estaba amueblado con magnificencia y atestado de sirvientes; tenía quinientas cantadoras todas de extrema belleza; pero lo que admiraba sobre todo era su inmensa biblioteca, que sin contar innumerables cuadernos sueltos contaba cuatrocientos mil volúmenes. Nada parecía pues, que faltaba a la felicidad de este favorito de la fortuna. Era hermoso y joven todavía, pues que contaba apenas treinta años; su origen era muy noble pues, que pertenecía a la antigua tribu de los defensores de Mahoma, nadaba en riqueza, y como era de respuesta pronta y se expresaba con mucha elegancia y corrección gozaba de gran reputación literaria. Desgraciadamente se había apoderado de él una especie de vértigo: su presunción no tenía límites y se había creado innumerables enemigos. Los Cordobeses especialmente estaban furiosos con él; porque una vez que fue a aquella ciudad con Zoahir, trató con el mayor desdén a los hombres más distinguidos por su origen y su talento y al salir había dicho: «No he visto aquí más que «sail y djahil» (mendigos e ignorantes).» El hecho es, que su presunción rayaba casi en delirio. «Aunque todos los hombres fueren mis esclavos, decía en sus versos, mi alma no estaría satisfecha todavía. Querría subir a un lugar más elevado que las más altas estrellas y una vez llegado allí querría subir más todavía.» Había compuesto un verso, que repetía en todas ocasiones, pero especialmente cuando jugaba al ajedrez:

«Cuando se trata de mí, la desgracia duerme siempre y tiene prohibición expresa de herirme».

Este desafío hecho al destino excitó en Almería la indignación general y un atrevido poeta haciéndose intérprete de la opinión pública, sustituyó a la segunda mitad del verso estas palabras que eran una verdadera profecía:

«Mas ya llegará el tiempo en que el destino que nunca duerme te despierte (a la desgracia.)»

Árabe puro, Ibn-Abbas odiaba a los Berberiscos y despreciaba a los judíos. Quizás no quisiera precisamente que su señor se uniera a la liga arábigo-eslava; porque entonces Zohair hubiera quedado oscurecido por su jefe el Cadí de Sevilla; pero por lo menos estaba indignado de verlo unido a un berberisco que tenía por ministro a un judío a quien detestaba y de quien

sabía que era odiado. De concierto con Ibn-Bacanna, visir de los Hammuditas de Málaga, trató primero de derribar a Samuel. Para lograrlo inventó innumerables calumnias, pero no lo consiguió. Entonces trató de enfrentar a su señor con el rey de Granada, comprometiéndolo a prestar su apoyo a Mohamed de Carmona enemigo de Habbus, y este plan le salió bien.

Poco tiempo después, en junio de 1038 murió Habbus dejando dos hijos de los que el mayor se llamaba Badís y el menor Bologguin. Los Berberiscos y algunos judíos querían dar el trono a este último, otros judíos y entre ellos Samuel se inclinaban a Badís los mismo que los árabes. Hubiera estallado una guerra civil, si Bologguin no hubiera renunciado espontáneamente a la corona y cuando prestó juramento a su hermano, sus partidarios tuvieron a su pesar que seguir su ejemplo.

El nuevo príncipe hizo todo lo que pudo por reanudar la alianza con el señor de Almería y este declaró al cabo que todo quedaría arreglado en una entrevista. Acompañado de un numeroso y magnífico cortejo se puso, pues, en camino y llegó inopinadamente a las puertas de Granada sin pedir permiso para pasar la frontera. Badís quedó grandemente lastimado por este paso inconveniente; sin embargo, recibió al príncipe de Almería con muchas consideraciones, trató suntuosamente a la gente de su séquito y la colmó de regalos. La negociación sin embargo no condujo a nada, ni los príncipes, ni sus ministros (Samuel había conservado su puesto) pudieron entenderse. Únase a esto que, Zohair, que se dejaba influir por Ibn-Abbas, tomaba respecto a Badís un tono muy ofensivo para su dignidad. Así, que el rey de Granada pensaba ya en castigar al príncipe de Almería por su insolencia, cuando uno de sus capitanes, que se llamaba Bologguin, se encargó de hacer una última tentativa, para procurar una reconciliación. Fue a ver por la noche a Ibn-Abbas y le dijo: «Temed el castigo de Dios. Vos sois quien impide llegar a un acomodamiento, porque nuestro señor se deja guiar por vos. Sin embargo, sabéis lo mismo que nosotros que, cuando obramos de concierto salíamos bien de todas nuestras empresas, de modo que todos nos envidiaban. ¡Pues bien, restablezcamos nuestra alianza! El punto en que no hemos podido entendernos hasta ahora, es el apoyo que prestáis a Mohamed de Carmona. Abandonad a este príncipe a su suerte y todo lo demás se arreglará por sí mismo.» Ibn-Abbas le respondió en un tono semi protector, semi desdeñoso, y cuando el berberisco intentó mover su corazón abrazándolo y vertiendo lágrimas, le dijo: «Guárdate esas demostraciones y esas palabrotas, que no me hacen ningún efecto. Lo que te dije ayer te digo hoy: si tú y los tuyos no hacéis lo que queremos, yo haré de modo que os arrepintáis.» Exasperado con estas palabras: «¿Es esa la respuesta que debo llevar al consejo?» preguntó Bologguin. «La misma, le respondió Ibn-Abbas y si quieres atribuirme términos todavía más fuertes también te lo permito.»

Llorando de indignación y de ira, Bologguin volvió a presencia de Badís y de su consejo, y cuando hubo contado la conferencia que había tenido con el visir exclamó: «¿Chinhedjitas, exclamó, la arrogancia de este hombre es insoportable, preparaos todos a bajársela, porque si no, no seréis dueños ni de vuestras casas!» Los granadinos participaron de su enojo y el otro Bologguin, el hermano de Badís, fue el que se mostró más indignado que todos y requirió a su hermano para que tomara en el mismo instante las medidas necesarias para castigar a los Almerienses; Badís se lo prometió.

Para volver a sus Estados, Zohair tenía que pasar muchos desfiladeros y un puente que daba a un lugar cercano; su nombre de Alpuente. Badís mandó cortarlo y envió soldados a que ocuparan los desfiladeros. Sin embargo, como estaba menos exasperado que su hermano contra Zohair y no desesperaba todavía de traer al amigo de su padre a mejor acuerdo, resolvió advertirle secretamente del peligro que le amenazaba y se valió para esto de un oficial berberisco que servía en el ejército de Almería. Este oficial fue a buscar a Zohair durante la noche y le habló en estos términos:

—Creedme, señor, cuando os digo, que será difícil pasar mañana los desfiladeros que hay en el camino. Os aconsejo pues, que salgáis al instante y acaso de este modo podáis pasarlos antes que los granadinos los hayan ocupado y entonces, si os persiguen podréis presentarles batalla en el llano en poneros a salvo en algunas de vuestras fortalezas.

Este consejo pareció no desagradar a Zohair, pero Ibn-Abbas que asistía a esta conversación, exclamó:

—El miedo es lo que te hace hablar así.

—¿De mí es de quien decís eso?, contestó el oficial. ¿De mí que he tomado parte en veinte batallas mientras que vos no habéis visto ni una? ¡Pues bien, ya veremos a quien el tiempo da la razón!, y salió indignado.

Los enemigos de Ibn Abbas (y ya hemos dicho que tenía muchos) pretenden que había rechazado el consejo del oficial berberisco, no porque lo creyera malo, sino porque deseaba que fuera muerto Zohair. Ibn-Abbas, dicen, tenía ambición de reinar en Almeria y quería que Zohair muriera combatiendo contra los granadinos, pues esperaba poder salvarse por la fuga y hacerse proclamar soberano en aquella ciudad. Acaso haya algo de verdad en esta acusación; hemos de ver por lo menos más adelante que Ibn-Abbas se alabó con Badís de haber metido a Zohair en un lazo.

Sea de esto lo que quiera, a la mañana siguiente (3 de agosto de 1038), Zohair se encontró cercado por las tropas de Granada. Sus soldados quedaron consternados, pero él no perdió su presencia de ánimo. Puso en batalla su infantería negra que eran quinientos y sus Andaluces y ordenó a su teniente Hodhail que cayera sobre los enemigos al frente de la caballería eslava. Hodhail obedeció, pero apenas empeñado el combate, quedó desmontado ya sea de un lanzazo, ya sea porque tropezara su caballo, y sus jinetes huyeron en el mayor desorden. En el mismo instante, Zohair fue abandonado por los negros, en quien tenía sin embargo gran confianza. Los negros se pasaron al enemigo después de haberse apoderado del depósito de armas. No quedaban pues sino los Andaluces, pero estos que eran en general muy malos soldados, no pensaron más que en huir y quieras que no Zohair tuvo que hacer otro tanto. Como estaba cortado el puente de Alpuente y los desfiladeros ocupados por los enemigos; los fugitivos tuvieron que refugiarse en la sierra. La mayor parte fueron acuchillados por los granadinos que no daban cuartel, y otros hallaron la muerte en horribles precipicios, entre los que se contó el mismo Zohair.

Todos los empleados civiles entre los que se contaba Ibn-Abbas, habían sido hechos prisioneros, habiendo mandado Badís que se les perdonara la vida. Ibn-Abbas creía no tener

nada que temer y no se inquietaba más que por sus libros. «¡Dios mío, Dios mío!, gritaba, ¡que será de mis paquetes!» Y dirigiéndose a los soldados que lo conducían ante Badís, les dijo; «Id a decir a vuestro señor que tenga mucho cuidado de mis paquetes, para que no se rompa algo, pues que contienen libros de inestimable precio.» Y cuando hubo llegado a presencia de Badís le dijo sonriendo: «No os he servido bien, ¿puesto que os he entregado estos perros?» y señaló con la mano a los prisioneros eslavos. «Hacedme un servicio a vuestra vez, continuó, mandad que se respeten mis libros; que es lo que más me interesa.» Mientras que hablaba así, los prisioneros almerienses le echaban furiosas miradas y uno de ellos, el capitán Ibn-Chabib, dirigiéndose a Badís exclamó: «¡Señor os conjuro por aquel que os ha dado la victoria que no dejéis escapar a ese infame que ha perdido a nuestro señor! ¡Él es quien tiene la culpa de todo lo que ha sucedido y por ver su suplicio me dejaría de buena gana cortar enseguida la cabeza!» A estas palabras sonrió Badis de una manera benévola y mandó poner en libertad al capitán, que fue el único que salvó su vida, de los militares, pues todos los demás fueron entregados sucesivamente al verdugo. Por el contrario, Ibn-Abbas, fue el único de los empleados civiles que no fue puesto en libertad. El orgulloso visir conoció al fin la desgracia que con loca audacia había desafiado y veía cumplirse la predicción del poeta almeriense. Fue encerrado en un calabozo de la Alhambra y lo cargaron de cadenas, que no pesaban menos de cuarenta kilos. Sabía que Badís estaba muy irritado contra él y que Samuel deseaba su muerte. Sin embargo, conservaba todavía alguna esperanza; Badís, a quien había hecho ofrecer treinta mil ducados como precio de su libertad, mandó responderle que ya tomaría su demanda en consideración y había dejado pasar cerca de dos meses sin decidir nada. Durante este tiempo luchaban contrarias influencias en la corte granadina: por una parte, el embajador cordobés solicitaba la libertad de los prisioneros y principalmente la de Ibn-Abbas; de otra, el embajador y cuñado del Amirida, Abdalaziz de Valencia, Abul-Ahwaz, Man ibn-Zomadih insistía con Badis para que hiciera matar todos los prisioneros y sobre todo a Ibn-Abbas. Abdalaziz se había apresurado a apoderarse del principado de Almería, bajo pretexto de que le tocaba por derecho de devolución, habiendo sido Zohair cliente de su familia, y temía que si Ibn-Abbas y los otros prisioneros recobraban la libertad, le disputaran el poder. El mismo Badis, no sabía que partido tomar: la avaricia y la venganza luchaban en su corazón; pero una tarde que paseaba a caballo con su hermano Bologguin, le habló de la proposición de Ibn-Abbas y le pidió su parecer. «Si aceptáis su dinero y recobra la libertad, os suscitará una guerra que os costará doble. Soy pues, de parecer que lo mandéis matar enseguida.»

Concluido el paseo mandó que le trajeran el prisionero y le reprendió sus faltas con las palabras más duras. Ibn-Abbas esperó con resignación el fin de esta larga invectiva y cuando el rey acabó de hablar, exclamó:

—Señor, os suplico que tengáis piedad de mí; ¡libradme de mis penas!

—Hoy mismo quedareis libre, le respondió el príncipe; y como viera brillar un rayo de esperanza en la pálida y triste fisonomía de su prisionero, se calló por unos instantes. Después continuó, con una sonrisa feroz: Irás a donde sufras mucho más.

Enseguida le dijo a Bologguin algunas palabras en berberisco, lengua que Ibn-Abbas no comprendía; pero las últimas palabras que le había dirigido Badís, su terrible sonrisa, su aire feroz y amenazador, todo le decía con sobrada claridad que iba a sonar su última hora.

«¡Príncipe, príncipe, exclamó cayendo de rodillas, perdonadme la vida, os lo suplico! ¡Tened piedad de mis mujeres y de mis pequeñuelos! ¡No son treinta mil ducados, sino sesenta mil los que os ofrezco, pero dejadme la vida por el amor de Dios!»

Badís lo escuchó sin contestar palabra, y luego blandiendo su espada se la sepultó en el pecho. Su hermano Bologguin y su camarero Alí ibn-al-Carawi hicieron otro tanto, pero Ibn-Abbas, que no dejaba de implorar la clemencia de sus verdugos, no cayó, sino a la décima séptima herida. (24 de setiembre de 1038).

No tardó en saberse en Granada que el rico y orgulloso Ibn-Abbas, había dejado de vivir. Los africanos se alegraron, pero ninguno recibió esta noticia con tanta satisfacción como Samuel. Ya no le quedaba más que un enemigo terrible, Ibn-Bacannia y un secreto presentimiento le decía que también iba pronto a perecer. Los judíos creían entonces, lo mismo que los árabes, que muchas veces se oían en sueños espíritus que predecían el porvenir en verso, y una noche oyó Samuel mientras dormía una voz que la recitaban tres versos hebraicos, cuyo sentido es este:

"¡Ya ha perecido Ibn-Abbas, así como sus amigos y confidentes; a Dios alabanza y santificación! Y el otro ministro, el que conspiraba con él, será también pronto abatido y molido como la algarroba. ¡Qué se han hecho sus murmuraciones, sus maldades y su poder! ¡Que sea santificado el nombre del Señor!"

Pocos años más tarde, como tendremos que referir, Samuel vio cumplirse esta predicción; tan cierto es que el odio y el amor dan una singular presciencia de lo futuro.

III.

Muy a pesar suyo, Badís había hecho a los coaligados que reconocían por Califa al pretendido Hixem, un importante servicio, cuando hizo acometer y matar a Zohair. Verdad es, que el Amirida Abdulaziz de Valencia, que como ya hemos dicho había tomado posesión del principado de Almería, no estaba en estado de socorrer a su aliado el Cadí de Sevilla, porque no tardó él mismo en tener que defenderse contra Modjebid de Denia que veía con malos ojos el engrandecimiento de los Estados de su vecino; pero por lo menos, el Cadí no tenía ya que temer una guerra contra Almería y enteramente seguro por esta parte, no pensó más que en tomar la ofensiva contra los Berberiscos, comenzando por Mohamed de Carmona con quien se habla malquistado. Al mismo tiempo, mantenía inteligencias con una facción en Granada y trataba de hacer que allí estallara una revolución.

Había en Granada muchos que estaban descontentos con Badís. Al principio de su reinado daba este príncipe algunas esperanzas, pero desde entonces se había mostrado cada vez más cruel, pérfido, sanguinario y entregado a la embriaguez más vergonzosa. Primero se quejaron, luego murmuraron y al cabo conspiraron.

El alma del complot era, un aventurero que se llamaba Abul-Fotuh. Nacido muy lejos de España, de una familia árabe establecida en el Djordjan, la antigua Hircania, había estudiado Bellas Letras, Filosofía y Astronomía con los más famosos profesores de Bagdad. Pero no era solo un sabio: gran jinete e intrépido guerrero, apreciaba un noble corcel o una espada bien templada, tanto como un hermoso poema o un profundo tratado científico. Habiendo llegado

a España en el año de 1015, probablemente para buscar fortuna, pasó algún tiempo en la corte de Modjehid de Denia. Allí se ocupaba ya en literatura con este sabio príncipe o trabajando en su comentario sobre el tratado gramatical que lleva el título de Djomal, ya combatiendo al lado del príncipe en Cerdeña; a veces meditaba también, sobre las cuestiones filosóficas más abstractas o trataba de adivinarlo porvenir observando el curso de los astros. Habiendo ido luego a Zaragoza, residencia de Mondhir; este príncipe le cobró amistad al principio y le confió la educación de su hijo, pero como según la observación tan justa como repetida del arábigo historiador a quien seguimos los tiempos cambian y los hombres con ellos, Mondhir le hizo saber un día que ya no tenía necesidad de sus servicios, y que le daba licencia para irse de Zaragoza y Abul-Fotuh, fue entonces a establecerse en Granada, donde abrió un curso acerca de las antiguas poesías y especialmente sobre la colección conocida con el nombre de «Hamasa»; pero además hizo otra cosa: sabiendo que Badís tenía muchos enemigos, estimuló la ambición de Yazir, primo hermano del rey, asegurándole que había leído en las estrellas que Badís perdería el trono y que su primo reinaría treinta años. Consiguió así formar una conspiración, pero habiéndola descubierto Badís antes del tiempo fijado para su realización Abul-Fotuh, Jazir y los demás apenas tuvieron tiempo de sustraerse con la fuga a su venganza. Fueron a refugiarse al lado del Cadí de Sevilla, cómplice suyo sin duda, aunque sea imposible decir hasta qué punto lo fuera.

En este entretanto, el Cadí había atacado a Mohamed de Carmona y su ejército, mandado como de ordinario por su hijo Ismael, había obtenido ya brillantes ventajas. Osuna y Écija se habían visto obligadas a rendirse y la misma Carmona estaba sitiada. Reducido a la última extremidad, Mohamed pidió socorro a Idris de Málaga y a Badís. Uno y otro respondieron a su llamamiento: Idris que estaba enfermo, envió tropas a las órdenes de su ministro Ibn-Bacanna, y Badís vino en persona con las suyas. Reunidos estos dos ejércitos, Ismael, lleno de confianza en el número y en la bravura de sus soldados, les presentó batalla, pero Badís e Ibn-Bacanna, viendo que el enemigo tenía superioridad numérica o creyéndolo al menos, no se atrevieron a aceptar y sin cuidarse del señor de Carmona, le abandonaron a su suerte y tomaron el uno el camino de Granada y el otro el de Málaga. Ismael se puso enseguida en persecución de los granadinos. Felizmente para Badís, apenas hacia una hora que Ibn-Bacanna se había separado de él, le envió a toda prisa un mensaje rogándole que viniera en su socorro, pues si no iba a ser hecho polvo por los Sevillanos. Ibn-Bacanna se le juntó enseguida y habiendo verificado esta unión los dos ejércitos en las cercanías de Écija, esperaron al enemigo.

Los sevillanos que creían tener que habérselas con un ejército en retirada, quedaron desagradablemente sorprendidos, cuando vieron que tenían que pelear contra dos ejércitos perfectamente preparados para recibirlos, y desmoralizados por esta circunstancia imprevista, bastó el primer choque para desordenar sus filas. En vano trató Ismael de rehacerlos y de llevarlos de nuevo al combate; víctima de su bravura, cayó muerto el primero de todos. Desde entonces los Sevillanos no pensaron más que en salvarse.

Hecho dueño del campo de batalla, con tan fácil victoria, y habiendo establecido un campamento a las puertas de Écija, Badís se quedó admirado, viendo venir a Abul-Fotuh a echarse a sus pies. Lo que lo traía era el amor de familia. Con tanta precipitación había tenido

que salir de Granada que tuvo que dejar abandonados a su suerte a su mujer y a sus hijos. Sabía que Badís los había hecho detener por medio del negro Codam, su gran preboste, su Tristán el Ermitaño, y que Codam los había hecho encerrar en Almuñécar. Pero él amaba apasionadamente a su mujer, joven y bella andaluza, y la ternura que profesaba a sus hijos era extremada. No pudiendo resolverse a vivir sin ellos y temiendo sobre todo que Badís se vengara de su crimen en aquellas cabezas queridas, venía a implorar ahora su perdón y aunque conocía el genio implacable y sanguinario del tirano, esperaba sin embargo que esta vez no sería inflexible, puesto que, había ya perdonado a su tío Abu-Bich que estaba igualmente complicado en el complot.

Arrodillándose pues, delante del príncipe:

—¡Señor, le dijo, tened piedad de mí! Os aseguro que soy inocente.

—¡Qué¡, exclamó Badís con los ojos inflamados de ira, ¿te atreves a presentarte delante de mí? ¿Has sembrado la discordia en mi familia y ahora vienes a decirme que no eres culpable! ¿Crees qué soy tan fácil de engañar?

—¡Señor, sed clemente por el amor de Dios! Acordaos de que un día me tomasteis bajo vuestra protección y que condenado a vivir lejos de los lugares que me vieron nacer, soy ya bastante desgraciado. No me imputéis el crimen cometido por vuestro primo, en él no he tenido parte alguna. Verdad es que lo acompañé en su huida, pero lo hice por que como vos sabíais que tenía relaciones con él, temí que me castigarais como a su cómplice. Pero heme aquí delante de vos; si absolutamente lo queréis, pronto estoy a confesarme culpable de un crimen del que soy inocente, siempre que pueda de este modo obtener vuestro perdón. Tratadme como es propio de un gran rey, de un monarca que está demasiado elevado para guardar rencor a un pobre hombre como yo y devolvedme a mi familia.

—Yo te trataré seguramente como mereces, si Dios quiere. Vuelve a Granada donde encontrarás a tu familia y cuando yo vaya arreglaré tus asuntos.

Tranquilizado con estas palabras, cuya ambigüedad no notó al principio, Abul-Fotuh, tomó el camino de Granada bajo la escolta de dos caballeros. Pero cuando llegó cerca de la ciudad, el negro Codam ejecutó las órdenes que acababa de recibir de su señor. Hizo prender a Abul-Fotuh por sus satélites, que después de haberle afeitado la cabeza lo montaron en un camello. Un negro de una fuerza hercúlea montó detrás de él y se puso a abofetearlo sin parar. De este modo fue paseado por las calles, y luego lo metieron en un calabozo muy estrecho que tuvo que dividir con uno de sus cómplices, un soldado berberisco que había sido hecho prisionero en la batalla de Écija.

Pasaron muchos días. Badís estaba ya de vuelta y sin embargo nada habla decidido aún respecto de Abul-Fotuh. Esta vez, al contrario de la anterior, cuando se trataba de Ibn-Abbas, era Bologguin, quien le impedía pronunciar la fatal sentencia. Bologguin se interesaba por el doctor, no se sabe por qué; trataba de probar su inocencia y lo defendía con tal calor que Badís temiendo descontentarlo vacilaba en tomar una resolución. Pero un día que Bologguin se achispaba en una orgía—lo que le sucedía frecuentemente, lo mismo que a su hermano—Badís se hizo traer a Abul-Fotuh y a su compañero. Desde que vio al doctor comenzó a vomitar contra

él un torrente de injurias y continuó en estos términos: «¡De nada te han servido tus estrellas, embustero! ¿No le habías prometido a tu emir, a ese pobre tonto que te servía de juguete, que no tardaría en tenerme en su poder y que reinaría treinta años en mis Estados? ¿Por qué no has levantado más bien, tu propio horóscopo y hubiera podido preservarte entonces de una gran desgracia? ¡Ahora, miserable, tu vida está en mis manos!»

Abul-Fotuh no le respondió nada. Cuando esperaba volver a ver una esposa y a unos hijos adorados, se había humillado hasta el ruego y la mentira, pero ahora, plenamente convencido de que nada podría ablandar a este pérfido y feroz tirano, recobró todo su orgullo, toda la fuerza de su alma, toda la energía de su carácter. Con los ojos fijos en el suelo y la sonrisa de desprecio en los labios guardó un silencio lleno de dignidad. Esta actitud noble y serena puso el colmo a la irritación de Badís. Echando espumarajos de ira, saltó de su asiento y sacando la espada la hundió en el corazón de su víctima. Abul-Fotuh recibió el golpe fatal sin pestañear, sin que un quejido se escapara de su pecho y su valor arrancó al mismo Badís un grito involuntario de admiración. Ahora, dijo dirigiéndose a Barhun, uno de sus esclavos, «corta la cabeza a ese cadáver y clávala en un poste. En cuanto al cuerpo, entiérralo al lado del de Ibn-Abbas. Conviene que mis dos enemigos descansen el uno al lado del otro hasta el día del Juicio... Y ahora te toca a tí. ¡Acércate soldado!»

El berberisco a quien se dirigían estas palabras era presa de una indecible angustia y temblaba como un azogado. Cayendo de rodillas trató de excusarse lo mejor que pudo y suplicó al príncipe que le perdonara la vida. «Miserable, le dijo entonces Badís: ¿has perdido por completo la vergüenza? El doctor, en quien hubiera podido ser excusable un poco de miedo, ha sufrido la muerte con un valor heroico, como lo acabas de ver; no se ha dignado dirigirme ni una palabra ¿y tú viejo soldado, tú que te contabas entre los más valientes, muestras tanta cobardía? ¡Que Dios no tenga piedad de ti, miserable!» Y le cortó la cabeza— (20 de Octubre de 1039).

Como lo había ordenado Badís, Abul-Fotuh fue enterrado al lado de Ibn-Abbas. El dolor de la parte inteligente y literata de la población granadina lo siguió a la tumba y muchas veces, pasando cerca del lugar que encerraba sus restos mortales, el árabe condenado a sufrir en silencio el yugo de un extranjero y de un bárbaro, murmuraba en voz baja: «¡Ah que incomparables sabios eran esos cuyos huesos descansan aquí!... ¡Dios solo es inmortal; glorificado y santificado sea su nombre!»

IV.

El sanguinario tirano de Granada iba siendo cada día más el jefe de su partido. Verdad es que reconocía aún el señorío de los Hammuditas de Málaga, pero esto no era más que pura fórmula. Estos príncipes eran muy débiles, se dejaban dominar por sus ministros, se exterminaban unos a otros con el hierro o con el veneno y lejos de poder pensar en fiscalizar a sus poderosos vasallos se creían felices, si conseguían reinar con alguna apariencia de tranquilidad en Málaga, Tánger y Ceuta.

Había, además, una gran diferencia entre las dos cortes. En la de Granada no había sino berberiscos o hombres que como el judío Samuel obraban constantemente en interés suyo; reinaba allí por consiguiente una notable unidad de planes y de aspiraciones. Por el contrario,

en la corte de Málaga había también eslavos y más o menos pronto, habían de aparecer los celos, las rivalidades y los odios que tanto habían contribuido a hacer caer a los Omeyas.

El Califa Idris I, ya enfermo cuando envió sus tropas contra los Sevillanos, expiró dos días después de recibir la cabeza de Ismael, que había sido muerto en la batalla de Écija. Al punto se empeñó la lucha entre Ibn-Bacanna el ministro berberisco y Nadja el ministro eslavo. El primero quiso dar el trono a Yahya, primogénito de Idris, plenamente convencido de que en este caso le pertenecía el poder. El eslavo se opuso a ello. Primer ministro en las posesiones africanas proclamó allí por califa a Hasan ibn-Yahya, primo hermano del otro pretendiente, y lo dispuso todo para pasar el Estrecho. De carácter menos firme y audaz el ministro berberisco se dejó intimidar por la actitud amenazadora del eslavo. No sabiendo qué resolución tomar, ya quería persistir en su proyecto, ya a renunciar a él. En su indecisión se descuidó en tornar las medidas necesarias. De pronto vio fondear a la armada africana en el puerto de Málaga. Huyó a toda prisa y se retiró a Comares con su pretendiente. Hasan, dueño de la capital, le mandó a decir que lo perdonaba y que le permitía volver. El berberisco confió en su palabra, pero le cortaron la cabeza. La predicción que el judío Samuel había creído ver en sueños se había cumplido.

Poco después el competidor de Hasan fue muerto también. Acaso Nadja fue el único culpable de este crimen, como lo dan a entender algunos historiadores, pero Hasan tuvo que sufrir el castigo, pues fue emponzoñado por su mujer, hermana del desventurado Yahya.

Entontes Nadja, creyó poder pasarse sin testaferro. Quería poseer no solo la autoridad, sino también el título de soberano. Habiendo muerto al hijo de Hasan que era todavía muy niño y puesto en prisión a su hermano Idris, se presentó atrevidamente a los Berberiscos como soberano y trató de ganarlos con las promesas más brillantes. Aunque profundamente indignados de su increíble audacia y de su ambición sacrílega—pues tenían una veneración casi supersticiosa a los descendientes del Profeta—creyeron sin embargo los Berberiscos que debían esperar un momento más favorable para castigarlo y le respondieron que le obedecerían y le prestaron juramento.

Nadja les anunció su intento de ir a quitar Algeciras al Hammudita Mohamed que reinaba allí. Salió de campaña; pero desde los primeros encuentros con el enemigo, pudo notar el Eslavo que los Berberiscos se batían flojamente y que no podía contar con ellos. Creyó pues prudente dar la orden de retirada. Había formado el proyecto de desterrar a los Berberiscos más sospechosos en cuanto llegara a la capital, ganarse a los otros a fuerza de dinero y rodearse de todos los Eslavos que le fuera posible. Pero sus más encarnizados enemigos, supieron o adivinaron su plan y al pasar su ejército por un estrecho desfiladero cayeron sobre el usurpador y lo mataron, (5 de febrero de 1043)

Mientras que reinaba la mayor confusión entre las tropas, dando gritos de alegría los Berberiscos y huyendo los Eslavos porque temían participar de la suerte de su jefe, corrieron a rienda suelta a Málaga dos de los asesinos y al llegar a la ciudad, gritaron: «¡Buena noticia, buena noticia, el usurpador ha muerto!»; se precipitaron sobre el lugarteniente de Nadja, y lo asesinaron. Idriz, el hermano de Hasan fue sacado de la prisión y proclamado Califa.

Desde entonces concluyó en Málaga el papel de los Eslavos, pero la tranquilidad restablecida por un momento, no fue de larga duración.

Idris II no era seguramente un espíritu superior, pero era bueno, caritativo, y se ocupaba casi exclusivamente en hacer beneficios. Si hubiera sido por él, no hubiera habido ningún desgraciado. Llamó a los desterrados de todos los partidos y les devolvió sus bienes: nunca quiso dar oídos a los delatores y hacia distribuir a los pobres quinientos ducados diarios. Su simpatía para con los hombres del pueblo, con los que gustaba conversar, contrastaban singularmente con el fausto, la ostentación y la escrupulosa etiqueta de su corte. Por su cualidad de descendiente del yerno de Profeta, los Hammuditas eran a los ojos de sus súbditos una especie de semidioses. Para mantener una ilusión tan favorable a su autoridad, se presentaban rara vez en público y se rodeaban de una especie de misterio. El mismo Idris, a pesar de la sencillez de sus aficiones, no se separó del ceremonial establecido por sus predecesores: una cortina lo ocultaba a la vista de los que le hablaban, solo que, como era la bondad misma, olvidaba algunas veces su papel. Un día, por ejemplo, un poeta de Lisboa le recitó una Oda en que alababa su caridad y glorificaba así su noble origen: «Mientras que los demás mortales han sido hechos de agua y polvo, decía en su extraño lenguaje, los descendientes del Profeta han sido hechos del agua más pura, del agua de la justicia y de la piedad. El don de profecía ha descendido sobre su abuelo y el ángel Gabriel, invisible para nosotros, se cierne sobre su cabeza. El rostro de Idris príncipe de los creyentes, se asemeja al sol naciente que deslumbra con sus rayos los ojos de los que le miran, y, sin embargo, oh príncipe, nosotros querríamos veros a fin de poder aprovechar vuestra luz, emanación de la que rodea al señor del universo.» «¡Levanta la cortina!» dijo entonces el califa a su camarero, porque nunca se negaba a una súplica. Más feliz que aquella pobre enamorada de Júpiter que pereció víctima de su fatal curiosidad, el poeta pudo contemplar a sus anchas la figura de su Júpiter, la que si no derramaba una luz flamígera tenía a lo menos el sello de la benevolencia y de la bondad. Acaso le agradó más tal como era, que si hubiera estado rodeada de aquellos rayos deslumbradores de que había hallado en sus versos. Lo que es cierto por lo menos, es que, habiendo recibido un buen regalo se fue muy contento.

Desgraciadamente para la dignidad y la seguridad del Estado, Idris juntaba a una gran bondad de corazón una extremada debilidad de carácter. No sabía o no se atrevía a negar nada. Si Badis o cualquiera otro le pedía un castillo o cualquiera otra cosa accedía siempre a su petición. Un día le requirió Badís para que le entregara a su visir, que había tenido la desgracia de desagradarlo.

—¡Ay! amigo mío, dijo entonces Idris a su ministro, aquí tienes una carta del Rey de Granada en que me pide que os entregue en sus manos. Yo estoy afligidísimo; pero a la verdad no me atrevo a negarme.

—Haced lo que quiere, le respondió este hombre excelente, antiguo servidor de su familia. Dios me dará fuerzas y ya verás como sé sufrir mi suerte con valor y resignación.

Habiendo llegado a Granada le cortaron la cabeza.

Tanta debilidad irritó a los Berberiscos; ya incómodo por las simpatías que Idris mostraba por el pueblo, por sus tendencias socialistas, como se diría hoy, pero exasperó sobre todo a los

negros. Acostumbrados al régimen del castigo, del sable, y de la horca, menospreciaban a un amo que no dictaba nunca una sentencia de muerte. Había pues ya mucho descontento, cuando el gobernador del castillo de Airos, dio la señal de la rebelión. Carcelero de dos primos de Idris, los puso en libertad y proclamó califa a Mohamed, el mayor. Entonces los negros que guarnecían el castillo de Málaga, se insurreccionaron e invitaron a Mohamed a presentarse entre ellos. Sin embargo, el pueblo de Málaga lleno de amor hacia el príncipe, que había sido su bienhechor, no le abandonó en la hora del peligro. Estas honradas gentes corrieron en masa a su lado y le pidieron a gritos armas, asegurándole que en cuanto las tuvieran no estarían los negros ni una hora en el castillo. Idris les dio las gracias por su adhesión, pero reusó su oferta diciéndoles: «Volveos a vuestras casas que yo no quiero que perezca un solo hombre por mi causa.» Mohamed pudo pues, hacer su entrada en la capital e Idris, fue a reemplazarlo en la prisión de Airos. Habían cambiado sus papeles (1046-1047)

El nuevo Califa no se parecía a su predecesor sino a su madre, valiente amazona a quien gustaba vivir en los campamentos, vigilar los preparativos de una batalla o los trabajos de un sitio y estimular el valor de sus soldados con sus palabras o con su oro. Bravo hasta la temeridad, pero de una severidad inexorable, si Idris era falto de energía, Mohamed (tal fue por lo menos el parecer de los autores de la revolución) la tenía de sobra. Era la fábula de las ranas pidiendo rey. A ejemplo de la «gente pantanosa» como dice el bueno de La Fontaine, Berberiscos y negros tuvieron bien pronto que maldecir a la terrible grulla y echar de menos al pacífico leño. Se armó un complot, los conjurados entraron en negociaciones con el gobernador de Airos, que se dejó ganar fácilmente por ellos y que puso en libertad a Idris II, después de haberlo reconocido por califa. Idris no retrocedió esta vez ante la idea de la guerra civil, su monótona mansión en un calabozo había vencido sus escrúpulos; pero Mohamed sostenido por su madre combatió a sus adversarios con tanto vigor que los obligó a deponer las armas. Sin embargo, no le entregaron a Idris; antes de someterse lo hicieron pasar a África en donde mandaban dos libertos berberiscos, a saber, Sacot, que era gobernador de Ceuta y Rizc-Alah que lo era de Tánger. Sacot y Rizc-Allah lo recibieron con muchas consideraciones y mandaron que se hicieran en su nombre las oraciones públicas; pero por lo demás no le concedieron ninguna autoridad efectiva; celosos de su propio poder, lo custodiaron estrechamente, le impidieron mostrarse en público y no permitían que nadie se acercara a él. Algunos señores berberiscos, enemigos secretos de los dos gobernadores, encontraron, sin embargo, medio de hablarle y le dijeron: «Esos dos esclavos os tratan como a cautivo y os impiden gobernar por vos mismo. Dadnos vuestros plenos poderes y os libertaremos de ellos,» Pero Idris, siempre dulce y manso rehusó su oferta y en su candidez contó a los dos gobernadores todo lo que había pasado. Los señores en cuestión fueron sentenciados enseguida a destierro, pero como acaso había que temer que Idris diera oídas en otra ocasión a las insinuaciones de los descontentos, Sacot y Rizc-Alah, lo devolvieron a España sin dejar, sin embargo, de reconocerle como Califa en las oraciones públicas. Idris fue a refugiarse con el jefe berberisco de Ronda.

Entretanto los descontentos de Málaga habían implorado el socorro de Badís. Este declaró al principio la guerra a Mohamed, pero poco después se reconcilió con él. Entonces proclamaron al príncipe de Algeciras, que llevaba también el nombre de Mohamed y que a su vez tomó el título de califa. Había pues, en esta época cuatro califas desde Sevilla a Ceuta: el

pretendido Hixem II, en Sevilla, Mohamed, en Málaga, otro Mohamed en Algeciras y por último Idris II. Dos de ellos, no tenían en realidad poder alguno, los otros dos eran príncipes de escasa importancia, reyezuelos, y este abuso del título de califa era tanto más ridículo cuanto que en su verdadera acepción indica al soberano de todo el mundo musulmán.

El príncipe de Algeciras salió mal de su tentativa. Abandonado por los que lo habían llamado, se volvió precipitadamente a su país donde murió pocos días después de pena y de vergüenza (1048-9).

Cuatro o cinco años después Mohamed de Málaga exhaló también el último aliento. Uno de sus sobrinos (Idris III) aspiró al trono, pero con mal éxito; esta vez restablecieron al bueno de Idris II y habiéndose, en fin, cansado de perseguirlo el destino reinó pacíficamente hasta que pagó también su tributo a la naturaleza (1055). Otro Hammudita, creyó poder reinar en su lugar, pero Badís desvaneció sus esperanzas. Verdadero jefe del partido berberisco, el rey de Granada no quería más que un califa y había resuelto concluir con los Hammuditas e incorporar el principado de Málaga a sus Estados. Ejecutó su proyecto sin grandes obstáculos. Verdad es que los árabes no se sometieron a él más que a regañadientes, pero habiéndose ganado a los influyentes entre ellos, tales como el visir-Cadí Abu-Abdallah-Djodhamí, se cuidó muy poco de las murmuraciones de los demás y en cuanto a los Berberiscos, como estaban convencidos de las debilidad de sus príncipes y de la necesidad de unirse estrechamente con sus hermanos de Granada, si querían mantenerse contra el partido árabe, que cada día ganaba terreno en el S. O., favorecieron más bien que contrariaron los proyectos de Badís. El rey de Granada se hizo pues, dueño de Málaga y todos los Hammuditas fueron desterrados. Todavía representaron papel en África, pero el que habían hecho en España había concluido.

CAPITULO XIX

I.

A fin de no interrumpir nuestro rápido bosquejo de la historia del principado de Málaga, hemos acaso anticipado un poco los sucesos y como ahora tenemos que echar una ojeada sobre los progresos que en este intervalo habían hecho el partido árabe, tenemos que volver algunos años atrás.

Habiendo muerto el Cadí de Sevilla, Abul-Casim Mohamed, a fines de enero de 1042, le sucedió su hijo Abbad, que tenía entonces veintiséis años, con el título de *hadjib* o primer ministro del supuesto Hixem II. Es conocido en la historia con el nombre de Motadhid y aun cuando no tomo este título sino más adelante, lo llamaremos así desde ahora para evitar la confusión que puede producir el cambio de nombre.

El nuevo jefe del partido árabe en el S.O., tenía una de las fisonomías más acentuadas que haya producido la verde vez de una sociedad. Era en todo el digno rival de Badís jefe de la facción opuesta. Suspicaz, vengativo, pérfido, tiránico, cruel y sanguinario como él, y como él dado a la embriaguez, le excedía en lujuria. Naturaleza móvil y voluptuosa, si las hubo, sus apetitos eran insaciables e incesantes. Ningún príncipe de entonces tuvo un serrallo tan numeroso como el suyo: se asegura que entraron sucesivamente en él, ochocientas jóvenes.

Pero a pesar de esta semejanza general, los dos príncipes no tenían el mismo carácter; sus gustos y sus costumbres diferían en mucho. Badís era un bárbaro o poco menos, desdeñaba los buenos modales, la cultura, la civilización. No había poetas en los salones de la Alhambra; Badís que hablaba de ordinario berberisco, apenas hubiera podido entender sus cantos. Al contrario, Motadhid había recibido una esmerada educación y, si no podía pretender, en verdad, el título de sabio pues no había hecho extensos estudios, como estaba dotado de un gusto delicado y penetrante y de una gran memoria, sabía más de lo que sabe de ordinario un hombre culto. Los poemas que compuso y que, aparte de su valor literario, no dejan de tener interés para conocerle a fondo, le valieron de sus contemporáneos la reputación de buen poeta. Era amigo de las letras y de las artes. Por un poco de incienso colmaba de regalos a los poetas, gustaba de edificar magníficos palacios y hasta su tiranía tenía cierta especie de erudición, pues había tomado por modelo al Califa de Bagdad, cuyo título había adoptado, mientras que Badís ignoraba probablemente hasta en que época había vivido aquel Califa. Bebedores ambos, Badís se emborrachaba brutal, groseramente, sin vergüenza y sin recato, como un patán o como un pastor. Motadhid siempre hombre de mundo, siempre gran señor, no hacía nada sin gracia, tenía hasta en sus orgías cierto buen gusto y cierta distinción y, aun cuando bebían de una manera inmoderada él y sus compañeros de libertinaje improvisaban báquicas canciones que se distinguían por un gusto maravilloso y una gran delicadeza de expresión. Su organización poderosa se prestaba igualmente al placer y al trabajo; bebedor desenfrenado y trabajador prodigioso, pasaba de la fiebre de las pasiones a la de los negocios. Gustaba de entregarse todo entero a sus ocupaciones de príncipe, pero después de los esfuerzos

sobrehumanos que hacía para recobrar el tiempo dado a los placeres, necesitaba la embriaguez de nuevo desórdenes para restaurar sus fuerzas. Y ¡cosa extrañai, este tirano cuya terrible mirada hacía temblar a las numerosas bellezas de su serrallo, compuso para algunas de ellas, versos de una exquisita galantería y de una encantadora dulzura.

Había pues, entre Badís y Motadhid, la distancia que separa al malvado bárbaro del malvado culto; pero, en suma, el bárbaro era el menos profundamente depravado de los dos. Badís tenía cierta franqueza brutal hasta en el crimen, Motadhid era impenetrable hasta para sus confidentes. Mientras que su escrutadora mirada espiaba de continuo los pensamientos más secretos de los demás y los adivinaba, nadie sorprendía nunca un movimiento en su fisonomía, ni un acento de su palabra. El príncipe granadino exponía su persona en los campos de batalla, el de Sevilla, aunque estuvo casi constantemente en guerra y no estaba falto de valor, no mandó sus tropas más que una o dos veces en toda su vida, y de ordinario, trazaba desde el fondo de su cubil, como dice un historiador arábigo, los planes de campaña a sus generales. Las astucias de Badís eran groseras y fáciles de desbaratar, las de Motadhid bien calculadas y sutiles fallaban rara vez. Ese era su fuerte; y se cuenta a este propósito una historia que merece ser referida.

Estando en guerra contra Carmona, Motadhid mantuvo correspondencia secreta con un vecino árabe de esta ciudad que le informaba de los movimientos y de los designios de los Berberiscos. Necesitaban naturalmente gran circunspección para que sus cartas no fueran interceptadas y para que nadie sospechara sus intrigas. Así, que Motadhid, según un plan que había concertado con su espía, hizo venir a su palacio a un palurdo de las cercanías, hombre sencillo y sin malicia, si los hubo, y le dijo:

—Quítate esa casaca que no vale nada y ponte esta *djobba* (chilaba). Es muy hermosa como ves y te la regalo, si haces lo que te voy a decir.» Lleno de alegría, el palurdo se puso la *djobba*, sin sospechar que en sus costuras se ocultaba una carta que Motadhid quería enviar a su espía, y prometió ejecutar fielmente lo que el príncipe le mandara. «Pues bien, le dijo Motadhid, toma el camino de Carmona y cuando llegues cerca de la ciudad, coge leña y haces un haz: entra en la ciudad y ponte donde se ponen de ordinario los leñadores, pero no vendas tu haz, sino al que te ofrezca cinco dirhems.

Aunque el palurdo no adivinaba en manera alguna el motivo de estas órdenes tan singulares se apresuró a obedecer. Salió, pues, de Sevilla y cuando llegó cerca de Carmona se puso a hacer haces, pero como no tenía costumbre y hay haces y haces, según dice el proverbio, entró en la ciudad con un hacecillo de ramas muy chico y ruin y fue a situarse en el mercado.

—¿Cuánto vale ese haz?, le preguntó uno.

—Cinco dirhems; si lo quiere lo toma y si no lo deja, respondió el palurdo.

El otro se echó a reír en sus barbas.

—¡Dios mío! ¿Es ébano?

—No, dijo otro, es bambú.

Y cada uno dijo su chiste, burlándose del palurdo.

Ya declinaba el día, cuando un hombre, que no era otro que el espía de Motadhid, se acercó al palurdo y habiéndole preguntado el precio de su haz, se lo compró y le dijo:

— Cárgate esa leña y llévala a mi casa. Voy a enseñarte el camino.

Cuando llegaron a la casa, el palurdo dejó la leña y habiendo recibido sus cinco dirhems, iba a irse.

—¿Dónde vas tan tarde?, le preguntó el amo de la casa.

—Voy a salir de la ciudad, le respondió el palurdo.

—¿Piensas en eso? ¿No sabes que hay ladrones en el camino? Quédate ahí, te daré de cenar y una cama, y mañana temprano podrás ponerte en camino.

El palurdo aceptó esta oferta con reconocimiento; pronto una buena cena le hizo olvidar las burletas de que había sido objeto, y cuando hubo comido con excelente apetito, le dijo su huésped:

—Ahora dime de dónde vienes.

—De los alrededores de Sevilla donde vivo.

—Entonces, hermano, debes ser muy valiente y temerario para haberte atrevido a venir aquí, pues debes conocer la crueldad y la ferocidad de los Berberiscos y saber, que matan a un hombre en menos que canta un gallo. Sin duda que te trae alguna cosa importante.

—Nada; pero es preciso ganarse la vida y a nadie se le ha de ocurrir maltratar a un pobre palurdo, inofensivo, como yo.

Hablaron hasta que el palurdo empezó a dormirse. Entonces su huésped lo condujo al aposento que le destinaba. El otro quiso acostarse sin desnudarse, pero el de Carmona le dijo:

—Quítate tu *djobba*, dormirás mejor y te levantarás más fresco, porque esta noche hace calor.

Hízolo el palurdo y al poco dormía profundamente. Entonces el espía cogió la *djobba*, descosió la costura, cogió la carta de Moladhid, la leyó, la contestó enseguida, puso su carta en lugar de la del príncipe, recosió la costura sin que se conociera, y volvió a poner la djobba en el sitio donde el palurdo la tenía. Éste, habiéndose levantado temprano al día siguiente, se la puso y después de haber dado las gracias al de Carmona por su hospitalidad, volvió a tomar el camino de Sevilla.

Cuando estuvo de vuelta, se presentó a Motadhid y le contó sus aventuras.

—Estoy satisfecho de tí, le dijo el príncipe con aire bondadoso y mereces una recompensa: Quítate la djobba, déjala ahí y toma un vestido completo que te regalo.

Loco de alegría, el palurdo cogió los hermosos vestidos que el príncipe le ofrecía y fue a contar con cierta vanidad a sus amigos, a sus vecinos y a sus conocidos todos, que el príncipe

le había dado vestidos de honor, como si hubiera sido un hombre importante, un alto funcionario o una alteza. Pero que había servido de correo extraordinario, de conductor de despachos tan importantes que le hubieran costado la vida, si los Berberiscos se los hubieran encontrado; de eso no tuvo nunca ni la menor sospecha.

El príncipe de Sevilla era astutísimo, fertilísimo en expedientes, en estratagemas, en artificios de todo género; tenía a su disposición todo un arsenal de trampas y ¡desgraciado de aquel que provocara su cólera! Aunque se fuera a otro país, aunque se fuera a ocultar al fin del mundo, la venganza del príncipe lo alcanzaba infaliblemente. Cuéntase, que un ciego había sido privado por Motadhid de la mayor parte de sus bienes, que había derrochado el resto y completamente arruinado se había ido como peregrino mendicante a la Meca donde maldecía sin cesar y públicamente al tirano que lo había reducido a la mendicidad. Lo supo Motadhid y llamando a uno de sus súbditos que iba a hacer la peregrinación a la Meca, le entregó una cajita con monedas de oro bañadas con un veneno mortal.

—Cuando llegues a la Meca, le dijo, entrega esta cajita a nuestro conciudadano ciego, y le dirás que es un regalo que yo le hago, saludándolo de mi parte; pero ten cuidado de no abrir la cajita.

Prometió el otro ejecutar sus órdenes, se puso en camino y cuando llegó a la Meca encontró al ciego:

—He aquí una cajita que Motadhid te envía, le dijo,

—¡Dios mío! ¡Aquí suena a metal, exclamó él; aquí dentro hay oro! ¿Pero cómo es posible que Motadhid que está en Sevilla y me redujo a la miseria me enriquezca en la Arabia?

—Los príncipes tienen caprichos muy raros, replicó el otro. Puede ser también que a Motadhid, convencido a estas horas de la injusticia que te ha hecho, le remuerda la conciencia. En fin, yo no sé nada de esto y nada me importa; no hago más que cumplir mi comisión. Toma este regalo que es para tí una fortuna inesperada.

— Ya lo creo, respondió el ciego; muchas gracias por tú trabajo y manifiéstale al príncipe mi agradecimiento.

Con su tesoro bajo el brazo, corrió el pobre hombre a su miserable cuchitril con toda la ligereza que su ceguera le permitía, y después de haber cerrado la puerta con cuidado se apresuró a abrir la cajita.

Dicen que no hay nada más embriagador para un desgraciado que ha luchado mucho tiempo contra la miseria y que la casualidad enriquece de pronto, que clavar los ojos en un montón de oro y dejarse deslumbrar por el brillo de relucientes monedas. Ciego, el Sevillano no podría proporcionarse tal placer, en el tacto y el oído debían remplazar a la vista, y fuera de sí, sumido en un delicioso éxtasis, tocaba, palpaba, manoseaba sus queridas monedas, las hacía sonar, las contaba, se las metía en la boca, se las comía por decirlo así. El veneno produjo su efecto; antes que llegara la noche el infeliz era cadáver.

Badís y Motadhid eran ambos crueles, pero con diferencias muy visibles. Mientras que el primero en sus accesos de ciego furor mataba él mismo a sus víctimas con sus propias manos, Motadhid usurpaba raras veces las atribuciones del verdugo; aunque no gustara mancharse de sangre sus manos aristocráticas, el odio era en él más implacable y tenaz que en su rival. Muerto su enemigo, la venganza de Badís estaba satisfecha y saciado su coraje; mandaba clavar la cabeza del cadáver a un poste porque esa era la costumbre, pero no iba más allá. Por el contrario, el odio del príncipe de Sevilla no se saciaba nunca; perseguía a sus víctimas más allá de la tumba, quería que el aspecto de sus restos mutilados estimulase de continuo sus pasiones feroces. A ejemplo del Califa Mahdi, hizo plantar flores en los cráneos de sus enemigos y los colocó en el patio de su palacio. Un pedazo de papel atado a la oreja de cada cráneo llevaba el nombre de aquel a quien había pertenecido. Muchas veces se extasiaba delante de este «jardín» como él lo llamaba. Y sin embargo no contenía las cabezas más preciosas a sus ojos, las de los príncipes que había vencido. Estas las guardaba con el mayor cuidado dentro de su palacio en una cajita.

Añadamos, que este monstruo de crueldad era a sus propios ojos el mejor de los príncipes, un Tito, hecho expresamente para la felicidad del género humano. «Si deseas, Dios mío, decía en sus versos, que los mortales sean felices, hazme reinar sobre todos los árabes y sobre todos los bárbaros; porque yo nunca me he desviado del buen camino, nunca he tratado a mis súbditos, sino como es propio de un hombre generoso y magnánimo; siempre los protejo contra sus agresores, siempre aparto las calamidades de su cabeza»

II.

Habiendo hecho primero matar a Habib, visir confidente de su padre, volvió Motadhid sus armas contra los Berberiscos y principalmente contra sus vecinos los de Carmona. Tenía un motivo especialísimo para odiar a los Berberiscos, pues creía que si no lo evitaba, le habían de quitar el trono a él o a sus descendientes, habiéndole predicho sus astrólogos que su dinastía sería derribada por hombres nacidos fuera de la Península. Todo lo puso pues, en obra para extirparlos. La guerra fue de larga duración. Mohamed, príncipe de Carmona, habiendo caído en una emboscada fue muerto (1042-3); pero sucedido por su hijo Ishac continuaron las hostilidades.

Al mismo tiempo, Motadhid ensanchaba sus límites por el Poniente. En 1044 quitó Mertola a Ibn-Taifur, después atacó a Ibn-Yahya, señor de Niebla. Este no era un Berberisco, sino un árabe, pero cuando se trataba de redondear su territorio, Motadhid no reparaba tanto. Reducido al último extremo, Ibn-Yahya se echó en brazos de los Berberiscos. Mudhaffar de Badajoz, vino en su ayuda, rechazó a Motadhid quien trató de formar contra él una liga formidable en que entraron Badís, Mohamed de Málaga y Mohamed de Algeciras. Abul-Walid ibn-Djahwar que, en el año 1043, había sucedido a su padre, como presidente de la república de Córdoba, hizo todo lo que pudo para reconciliar a ambos partidos, pero en vano: nadie dio oídos a sus embajadores.

Los Berberiscos habían formado el proyecto de marchar contra Sevilla, luego que hubieran dispuesto sus tropas y verificado su unión. Motadhid se les adelantó. Aprovechándose de la ausencia de Mudhaffar, que no había provisto suficientemente a la

defensa de sus propios Estados, hizo primero asolar el territorio de Badajoz y luego, poniéndose, contra su costumbre, en persona al frente de su ejército, marchó contra Niebla, atacó a los enemigos en una especie de desfiladero cerca de las puertas de la ciudad y los precipitó en parte en el Tinto. Pero Mudhaffar consiguió rehacer sus tropas, las llevó de nuevo a la carga y obligó a Motadhid a retirarse.

Reunióse en seguida Mudhaffar con sus aliados, pero mientras que devastaba con ellos el territorio sevillano, Ibn-Yahya se apartó de su partido, habiéndole obligado Motadhid a hacer alianza con él. Mudhaffar lo castigó apropiándose el dinero que le había confiado y haciendo saquear la campiña de Niebla. Entonces Ibn-Yahya imploró el socorro de Motadhid que hizo atacar las tropas de Badajoz, las llevó a una emboscada y las puso en derrota, y no contento con este triunfo, hizo devastar los alrededores de Evora por su hijo Ismael. A fin de rechazar este ataque, el rey de Badajoz hizo tomar las armas a todos los que estaban en estado de llevarlas y habiendo recibido un refuerzo de su aliado Ishac de Carmona, salió al encuentro del enemigo. En vano los Berberiscos de Carmona le exhortaban a que no lo hiciera. «Ignoráis, le decían, que el ejército sevillano es numerosísimo; pero nosotros lo sabemos porque tenemos noticias de Sevilla y, lo que es más, porque hemos visto las tropas de Motadhid.» El ardiente Mudhaffar no quiso creerlos, pero su audacia le costó cara, pues sufrió una terrible derrota en la que perdió tres mil hombres. Entre los muertos estaba el príncipe de Carmona, que mandaba las tropas de su padre. Su cabeza fue llevada a Motadhid, que la colocó en una cajita al lado de la del abuelo del joven príncipe.

Badajoz presentó por mucho tiempo un triste espectáculo. Las tiendas estaban cerradas, los mercados desiertos habiendo perecido la flor de la población en esta batalla fatal. Para colmo de males, los Sevillanos continuaban destruyendo las cosechas, de modo que el hambre asolaba el reino. Mudhaffar nada podía hacer. Abandonado por sus aliados, en vano los llamaba en su ayuda, se hallaba condenado a permanecer inmóvil e Inactivo en Badajoz, donde la ira le abrazaba las entrañas. Sin embargo, no se doblegó su orgullo. No quería ni oír hablar de acomodos, aunque su victorioso enemigo, no rehusara positivamente la mediación de Ibn-Djahwar. Fingía no cuidarse de sus pérdidas, hasta el punto de que envió a comprar cantadoras a Córdoba. Entonces había pocas, y no sin trabajo se encontraron dos que no eran una gran cosa. Al principio causó admiración el capricho del rey de Badajoz. Se le tenía por hombre grave, estudioso y que no hacía caso de cantarinas. No se comprendió que hubiera elegido para mandar comprarlas, el momento en que sus Estados presentaban el espectáculo de una horrible devastación. Pero cesó el asombro cuando se descubrió el móvil de su conducta. Mudhaffar había sabido que en la testamentaria de un visir cordobés que acababa de morir, Motadhid se había procurado una famosa cantadora y para manifestar que él podía también ocuparse de cantadoras con tanta tranquilidad como su adversario, las había mandado comprar.

Entre tanto Ibn-Djahwar, continuaba esforzándose en reconciliarlos y en el mes de junio del 1051 lo consiguió al fin, pues en esta época por su intercesión, Mudhaffar y Motadhid hicieron la paz, después de largas negociaciones.

Motadhid volvió entonces todas sus fuerzas contra Ibn-Yahya de Niebla, reducido ya a sus propios recursos. Esta expedición no fue más que un paseo militar. Convencido de su

debilidad, Ibn-Yahya, no intentó siquiera defenderse. Tomó el camino de Córdoba con intención de pasar allí el resto de sus días y Motadhid tuvo la cortesía de enviarle un escuadrón a guisa de escolta.

El príncipe que reinaba en Huelva y en la pequeña isla de Saltes, Abdalaziz el Becrita, comprendió entonces que le había llegado su vez; sin embargo, esperaba todavía salvar alguna cosa del naufragio. Se apresuró a escribir a Motadhid, felicitándole por su reciente conquista, le recordó las relaciones amistosas que había habido siempre entre su familia y la de los Abbaditas, se declaró su vasallo y le ofreció Huelva a condición de que le dejara en Saltes. Motadhid aceptó la oferta y fingiendo querer abocarse con él, tomó el camino de Huelva. Abdalaziz, juzgó prudente no esperarlo y se fue con sus tesoros a Saltes. Habiendo tomado posesión de Huelva, Motadhid se volvió a Sevilla: pero dejando en Huelva uno de sus capitanes encargado de Impedir que Abdalaziz saliera de su isla y de que nadie se fuera con él. Informado de estas medidas, Abdalaziz tomó el partido más prudente: entró en negociaciones con el capitán de Motadhid, vendió al príncipe de Sevilla sus bajeles y sus municiones de guerra en precio de diez mil ducados y obtuvo permiso para irse a Córdoba. Durante el viaje, el pérfido Motadhid quiso hacerlo caer en un lazo y apoderarse de sus riquezas, pero Abdalaziz penetró sus designios y gracias a una escolta que pidió al príncipe de Carmona, llegó a Córdoba sin tropiezo.

Enseguida atacó Motadhid al pequeño principado de Silves, donde también reinaban árabes, los Beni-Mozaín cuyos abuelos poseían extensas propiedades en esta parte de la península y habían ocupados con frecuencia desde el tiempo de los Omeyas puestos importantes.

Resuelto a morir antes que a rendirse el príncipe de Silves se defendió con el valor de la desesperación. Pero el ejército sevillano, cuyo general era Mohamed (Motamid) hijo de Motadhid, aunque solo de nombre pues en esta época tenía apenas trece años, llevó el sitio con no menos vigor y al fin Silves fue tomado por asalto. Ibn-Mozain, en vano buscó la muerte en lo más recio de la pelea; se le perdonó la vida y Motadhid se contentó con desterrarlo. Luego, habiendo dado el gobierno de Silves a su hijo Mohamed, hizo marchar su ejército contra la ciudad de Santa María, situada cerca del cabo que lleva todavía este nombre. El Califa Solimán, la había dado en feudo a un tal Said ibn-Harut de Mérida, cuya genealogía no se conoce y que acaso no era ni árabe ni berberisco, pues los hombres cuyo origen desconocían los cronistas árabes, eran generalmente españoles. Después de la muerte de Solimán se había declarado independiente y a su muerte le sucedió su hijo Mohamed. Atacado este por los Sevillanos no opuso más que una corta resistencia. Motadhid reunió el distrito de Santa María al de Silves y quiso que su hijo Mohamed los gobernara juntamente.

Gracias a estas rápidas conquistas, el principado de Sevilla se había extendido mucho hacia Poniente; pero se extendía todavía muy poco por el Mediodía donde dominaban los príncipes berberiscos. La mayor parte de ellos estaban entonces en paz con Motadhid y hasta habían reconocido su soberanía, o más bien, la del pretendido Hixem II. Motadhid, sin embargo, no se contentaba con tan poco: su intención era matar estos príncipes y apoderarse de sus Estados, pero procediendo con moderación y prudencia no quería aventurarse a tan atrevida tentativa, antes que sus maniobras subterráneas no le hubieran asegurado el triunfo.

Después da la conquista de Silves, fue pues, a devolver la visita, acompañado solo de dos sirvientes, a dos de sus vasallos, Ibn-Nuh señor de Morón e Ibn-abí-Corra, señor de Ronda, sin haberlos prevenido de su intento. Cuando se piensa en el odio que estos Berberiscos le tenían, se admira con razón, que tuviera la imprudencia de ponerse así en sus manos, pero el hecho es, que no carecía de audacia, y que, a pesar de su perfidia con todo el mundo, se fiaba de la buena fe de los demás. En Morón fue acogido de la manera más espléndida. Ibn-Nuh le manifestó su alegría por esta visita inesperada, le festejó con una suntuosa hospitalidad y le aseguró de nuevo que le seria siempre vasallo fiel. Pero Motadhid no había venido a oír cumplimientos, ni a recibir testimonios de afecto, su objeto era enteramente otro. Quería sondear el terreno y ganarse, si le era posible, algunos personajes influyentes. Conoció fácilmente que la población árabe ardía en deseos de sacudir el yugo berberisco y que, llegada la ocasión, podría contar con un apoyo. Gracias a las piedras preciosas y al dinero que llevaban sus dos acompañantes, corrompió hasta a algunos oficiales berberiscos sin que Ibn-Nuh tuviera la menor sospecha de estas intrigas.

Muy contento del resultado de su visita, Motadhid continuó su viaje, tomando el camino de Ronda. Allí fue recibido con la misma benevolencia y sus trabajos secretos le salieron tan bien o acaso mejor, porque los árabes de Ronda estaban todavía más impacientes que los de Moron de la dominación berberisca, pues, a lo que parece los Beni-abí-Corras eran señores más duros que los Ibn-Nuh. Motadhid llegó pues, a urdir una terrible conspiración que había de estallar a la primera señal.

En poco estuvo, sin embargo, que no pagara con su vida su audaz empresa. En una ocasión, hacia el fin de una comida en que no se había escaseado el vino, se sintió acometido de sueño.

—Me siento cansado y tengo ganas de dormir, le dijo a su huésped; pero no dejéis por eso la conversación ni las copas; un sueñecito me repondrá dentro de poco y entonces volveré a ocupar mi lugar en la mesa.

—Haced lo que queráis, señor, le respondió Ibn-abí-Corras, llevándolo a un sofá.

Al cabo de cerca de media hora, cuando Motadhid parecía dormir con profundo sueño, un oficial berberisco rogó a los otros que le escucharan un momento, pues tenía una cosa importante que decirles. Habiendo conseguido el silencio, les dijo en voz baja: «Me parece que tenemos aquí un carnero cebón que ha venido a ofrecerse espontáneamente al cuchillo. Esta es una fortuna que estábamos lejos de esperar. De nada nos hubiera servido dar todo el oro de Andalucía por tener aquí a este hombre y he aquí que él mismo viene.... Todos sabéis que es el mismo demonio y cuando haya dejado de existir, nadie nos disputará ya la posesión de esta tierra.....

Todos quedaron en silencio, pero se miraron y la idea de asesinar al que todos odiaban y termina y cuyos caminos tortuosos les eran conocidos, sonreía a aquellos hombres endurecidos desde su infancia en toda especie de crímenes, sus atezados rostros no expresaron sorpresa ni repugnancia. Solo uno, más leal que los demás, sintió encendérsele la sangre a la idea de tan infame traición. Era un pariente del señor de Ronda, llamado Moadh-ibn-abí-Corras. Con los ojos encendidos en generosa indignación, se levantó y tomando la palabra:

«¡Por Dios, no hagamos eso! dijo a media voz, pero con tono firme. Este hombre al venir aquí ha contado con nuestra lealtad, su conducta prueba que nos cree incapaces de hacerle traición, y nuestro honor exige que justifiquemos su confianza. ¿Qué dirían nuestros hermanos de las otras tribus si supieran que hemos violado los sagrados derechos de la hospitalidad y que hemos asesinado a nuestro huésped? ¡Maldiga Dios al que se atreva a cometer semejante crimen!» Los Berberiscos se conmovieron con estas nobles palabras. Recordándoles de un modo tan enérgico los deberes de la hospitalidad, Moadh había hecho vibrar en sus corazones una cuerda que rara vez se toca en vano en los pueblos africanos y asiáticos.

Entre tanto Motadhid, aunque se hacia el dormido, estaba completamente despierto. Presa de una angustia inexplicable, había escuchado todo lo que decían. Tranquilizado por el efecto que habían producido las palabras de Moadh, fingió despertarse y volvió a la mesa; todos los convidados se levantaron al punto, lo abrazaron y lo besaron respetuosamente en la frente. Le acariciaron con tanta más efusión, cuanto que su conciencia no estaba del todo tranquila y se reprochaban en secreto de haber tenido por un momento la idea de enviar a su huésped al otro mundo.

—Amigos míos, les dijo entonces el príncipe, tengo que volverme inmediatamente a Sevilla, pero en vísperas de dejaros no os puedo explicar cuán satisfecho estoy de vuestra acogida. Quisiera daros alguna pequeña muestra de mi reconocimiento, pero por desgracia la provisión de regalillos que traían mis servidores está ya casi agotada. Dadme, pues, papel y tinta, que cada uno me dicte su nombre y que me diga lo que quiere mejor, vestidos de honor, dinero, muchachas, esclavos o cualquiera otra cosa y que envíe a la capital cuando yo esté de vuelta uno encargado de recibir el regalo de destino.

Todos se apresuraron a obedecer al príncipe, y cuando este volvió a Sevilla, se presentó una multitud de criados de los Berberiscos que se llevaron a Ronda magníficos regalos.

Parecían, pues, existir las mejores relaciones entre Motadhid y los Berberiscos, los antiguos odios olvidados para dejar lugar a las mejores relaciones, a la amistad más íntima y cordial, cuando seis meses después de su visita, Motadhid invitó a los señores de Ronda y de Moron a un gran festín que quería ofrecerles según decía, para manifestarles su reconocimiento por su buena acogida. Invitó también a Ibn-Khazrun señor de Arcos y de Jerez y no tardaron los tres en llegar a Sevilla (1053). Motadhid les hizo una recepción magnífica y según costumbre les ofreció un baño como también a los principales personajes de su comitiva, pero bajo un pretexto cualquiera, detuvo a su lado al joven Moadh.

Cerca de sesenta Berberiscos fueron al edificio que el príncipe les había indicado. Después de desnudarse en la primera sala, entraron en la segunda la verdadera sala del baño. Como se ve hoy todavía en los países musulmanes, este era de piedra, revestido de mármol y coronado por una cúpula llena de agujeros en forma de estrellas, cubiertos por vidrios raspados. De techo en techo había tinas de mármol y tubos colocados en el espesor de los muros que partían de una caldera y mantenían un grado de calor muy elevado.

Saboreando las delicias y placeres que procura el baño, si bien los Berberiscos oyeron un ruido ligero, como si estuvieran trabajando albañiles, al principio no hicieron caso; sin embargo, al cabo de algún tiempo como el calor iba siendo cada vez más sofocante, quisieron

abrir la puerta ¡pero cual no sería su espanto! La puerta estaba tapiada y todos los ventiladores tapados.... Todos se ahogaron.

Entre tanto el joven Moadh, después de esperar mucho tiempo el regreso de sus compañeros, acabó por ponerse en cuidado y se atrevió a preguntar a Motadhid porqué tardaban tanto en volver. El príncipe no vaciló en decírselo y como viera en su semblante un profundo terror, le dijo:

—Tú no tienes nada que temer, tus parientes y tus amigos merecían la muerte; tuvieron por un momento la idea de asesinarme. Yo no dormía cuando se hizo esta propuesta, pero también oí las nobles palabras que pronunciaste en aquella ocasión y no olvidaré nunca que si vivo es a tí a quien se lo debo. Ahora tú puedes elegir, si quieres quedarte aquí, pronto estoy a partir contigo todas mis riquezas, pero si prefieres volver a Ronda, yo te haré volver lleno de regalos.

—¡Ay señor!, le respondió Moadh, (con profunda tristeza) ¿Cómo he de volver a Ronda, donde todo me ha de recordar a los que he perdido?

—Pues bien, quédate en Sevilla y no tendrás por qué quejarte de mí.

Y dirigiéndose a uno de sus servidores:

—Cuida, le dijo, de que se habilite inmediatamente un hermoso palacio a fin de que Moadh vaya a vivirlo. Lleva allí mil monedas de oro, treinta muchachas y diez esclavos.

—Te señalo además continuó, dirigiéndose a Moadh, un sueldo anual de doce mil ducados.

Moadh, permaneció pues, en Sevilla, donde vivió con regia opulencia. Diariamente le enviaba Motadhid regalos de mucho valor o de singular elegancia; le dio un mando en el ejército y siempre que consultaba a sus visires sobre los negocios de Estado, reservaba el asiento de honor al que le había salvado la vida.

Habiendo depositado las cabezas de los señores berberiscos en aquella horrible cajita que tanto gustaba de contemplar, Motadhid envió tropas que se posesionaran de Morón, de Arcos, de Jerez, de Ronda y de otras plazas. Ayudadas por la población árabe y por los traidores que se habían vendido a Motadhid, lo consiguieron sin gran trabajo. La toma de Ronda, donde Abu-Nazr había sucedido a su padre, parecía que debía costarles más, porque edificada sobre una montaña muy elevada y rodeada de precipicios, pasaba por inexpugnable. Pero los árabes se levantaron en masa contra los Berberiscos y se pusieron a asesinarlos con ciego furor. El mismo Abu-Nazr trató inútilmente de salvarse por la fuga; cuando trataba de escalar la muralla se resbaló y su cadáver cayó en el precipicio.

Sobre todo, la toma de Ronda causó al príncipe de Sevilla un gozo inexplicable. Se apresuró a fortificar todavía más esta ciudad y cuando se concluyeron los trabajos fue a inspeccionarlos y loco de contento compuso estos versos:

“Mejor fortificada que nunca, eres ahora la mejor alhaja de mi corona ¡oh Ronda! Las lanzas y las cortadoras espadas de mis valientes guerreros, me han procurado la ventaja de

poseerte; tus habitantes ahora me llaman su señor y serán el más firme apoyo para mí. ¡Ah, que dure mi vida y yo sabré abreviar la de mis enemigos! ¡Mientras me quede aliento no he de cesar nunca de combatirlos! He pasado a cuchillo batallones y batallones y las cabezas de mis enemigos ensartadas como perlas, forman un collar en la puerta de mi palacio."

III

Mientras que Motadhid, infatuado con sus triunfos se entregaba a los transportes de un gozo inmoderado, Badís era presa de una creciente ansiedad. Cuando recibió la noticia de la terrible suerte que había cabido a los señores berberiscos, desgarró sus vestidos, dando alaridos de dolor y de ira; y cuando luego supo que por un movimiento de patriótica indignación toda la población árabe de Ronda se había levantado como un solo hombre para aniquilar a sus opresores, presentimientos negros vinieron a apoderarse y a atormentar su espíritu desconfiado. ¿Quién le respondía de que sus súbditos árabes no se hubieren concertado también con el Abbadita y de que no conspiraran contra su trono y su vida? Esta idea le perseguía sin descanso noche y día; se hubiera dicho que tenía raptos de locura. Ya enajenado de furia gritaba, juraba y se enfadaba con todo el mundo, ya turbado por el miedo y llena su alma de negra melancolía guardaba triste silencio y se consumía como árbol herido por el rayo. Cosa extraña y de mal agüero: Badís no bebía ya.

Maduraba en secreto un proyecto terrible. Mientras que hubiera árabes en sus Estados no estaba tranquilo; la prudencia le mandaba exterminarlos o iba a hacerlo el viernes próximo cuando estuvieran reunidos todos en la mezquita. Como no hacía nada sin consultar a su visir, el judío Samuel, lo informó de su plan, pero añadiendo que estaba firmemente resuelto a ejecutarlo lo aprobara o no. El judío creyó malo este plan y trató de apartar al príncipe de él. «Supongamos le dijo, que todo suceda a medida de vuestro deseo, supongamos que conseguís exterminar a los árabes, y no contemos para nada el peligro de semejante empresa, ¿creéis que los árabes de los otros Estados olvidarán la desgracia de sus compatriotas?, ¿creéis qué permanecerán tranquilos en sus casas? No, por cierto; ya me parece verlos correr furiosos, ya veo a enemigos tan innumerables como las olas del mar, caer sobre nosotros blandiendo sus cimitarras sobre nuestras cabezas» .... Por sensatas que fueran estas palabras no produjeron ningún efecto sobre Badís. Hizo prometer a Samuel guardar secreto y dio las órdenes necesarias para que todo estuviese dispuesto para el viernes. En aquel día deben reunirse los soldados, armados de todas armas, bajo pretexto de una revista.

Samuel, sin embargo, no estuvo ocioso: envió secretamente a los árabes principales algunas mujeres conocidas, que les aconsejaran no ir a la Mezquita el viernes inmediato sino por el contrario que se escondieran. Avisados así, los árabes se mantuvieron alerta y en el día prefijado no fueron a la mezquita sino algunos hombres del pueblo bajo. Furioso de ver frustrado su plan, Badís hizo ir a Samuel y le reprendió por haber divulgado el secreto. El visir lo negó, y luego añadió: «Se explica fácilmente que los árabes no hayan ido a la mezquita. Viendo que habíais reunido las tropas sin motivo alguno, puesto que estáis en paz con nuestros vecinos, han sospechado naturalmente que era contra ellos. En lugar de enfadaros debéis dar gracias a Dios, porque, adivinando vuestras intenciones, hubieran podido sublevarse, y ni han chistado. Considerad, señor, el asunto a sangre fría y día llegará en que veáis que tengo razón.» Acaso Badís en su ceguedad se hubiera negado a convencerse, pero habiendo asentido un jeque

berberisco a lo que decía Samuel, acabó por confesar que se había equivocado. Ya no pensó más en exterminar a los súbditos árabes Pero instado por los fugitivos de Morón, de Arcos, de Jerez y de Ronda que habían venido a refugiarse en Granada, resolvió castigar al pérfido enemigo de su raza e invadió el territorio sevillano al frente de los emigrados y de tropas propias. No tenemos detalles de esta guerra, pero todo inclina a creer que debió ser sangrienta, porque, de una parte, los Berberiscos iban inflamados con el deseo de vengar a sus compatriotas, y, por otra, los árabes odiaban a los granadinos mucho más que a los otros Berberiscos, pues los miraban como infieles, incrédulos y enemigos de la religión musulmana pues, tenían por visir un judío. «Tu espada ha castigado un pueblo que no ha creído nunca más que en el judaísmo aun cuando se da el nombre de Berberisco: decían los poetas sevillanos cuando contaban las victorias de Motadhid. A los ojos de los Sevillanos la guerra contra los granadinos era una guerra santa; así que los combatieron con tanto vigor que los obligaron a retirarse. Los emigrados tuvieron entonces mucho que sentir. No permitiéndoles Motadhid volver a sus casas y no queriendo Badís que permanecieran en Granada, pues tenía que proveer a su subsistencia, tuvieron que pasar el Estrecho. Desembarcaron cerca de Ceuta, pero Sacot, señor de esta plaza, no los querían tampoco. Rechazados así por todo el mundo, cuando la miseria asolaba el África, casi todos murieron de hambre.

Motadhid dirigió enseguida sus armas contra el Hammudita Casim, señor de Algeciras. Era el más débil de los príncipes Berberiscos, así que pronto tuvo que pedir merced. Motadhid le permitió irse a vivir a Córdoba 1058.

Terminada esta nueva conquista creyó Motadhid que ya era tiempo de concluir la comedia que a ejemplo de su padre venía representando y declarar que el pretendido Hixem II había muerto. Las razones que había tenido su padre para guarecerse con el nombre de este monarca ya no existían. Todo el mundo estaba convencido además de que era imposible volver al pasado, de que el Califato había caído para no volver a levantarse; la experiencia había disipado en este punto todas las ilusiones. El esterero de Calatrava había llegado a ser un personaje inútil. Puede que este hombre, que nunca se mostraba ni al pueblo, ni a los cortesanos, hubiera muerto hacía muchos años, puede también que Motadhid harto de él lo hiciera matar, como algunos cronistas aseguran. No nos atreveríamos a afirmar nada en este punto, porque el príncipe de Sevilla sabía, cuando quería, rodear sus hechos de un misterio impenetrable. Ello es que en el año de 1059 reunió a los principales habitantes de la capital para decirles que el Califa Hixem había sucumbido algún tiempo antes de un ataque de perlesía. Mientras que había habido guerra que mantener, añadió, la prudencia le había impedido dar publicidad a este suceso, pero ya que estaba en paz con todos sus vecinos podrá hacerlo sin peligro. Luego, hizo enterrar los restos mortales del esterero de Calatrava con todos los honores regios y en su cualidad de «hadjib» o primer ministro, acompañó al cortejo a pie y sin «*tailesan*» (una especie de velo que se lleva sobre la cabeza y sobre las espaldas). Participó también la muerte del Califa a sus aliados del Este, exhortándolos a hacer nueva elección. Naturalmente nadie pensó en ello. Entonces se dice que pretendió que el Califa lo había nombrado en su testamento emir de toda España. Lo que por lo menos es cierto es que trataba de serlo; todos sus esfuerzos tendían a ese fin y ahora quería apoderarse de la capital de la monarquía. El destino sin embargo le preparaba un terrible desengaño.

Ya habían hecho sus tropas muchas razias en el territorio de Córdoba, cuando en el año de 1063 dio orden a Ismael, su hijo mayor y general de su ejército, de ir a tomar la ciudad medio arruinada de Zahara. Ismael puso dificultades, hizo objeciones. Ya había algún tiempo que estaba descontento de su padre. Quejábase de su dureza, de su genio tiránico y le acusaba de exponerlo con frecuencia a graves peligros, rehusando darle suficientes soldados cuando había que dar una batalla o que tomar una plaza. Un ambicioso aventurero fomentaba su descontento, Abu-Abdallah-Bizilyani que había emigrado de Málaga durante la toma de esta ciudad por Badís. Queriendo a toda costa llegar a ser primer ministro, sin importarle de quien, ni de donde, había tratado este intrigante de hacer nacer en el ánimo de Ismael el pensamiento de revelarse contra su padre y de fundar en cualquier parte, en Algeciras por ejemplo, un principado independiente, y había logrado demasiado su propósito, pues, cuando Ismael recibió la orden de marchar contra Zahara faltaba poco para poner el colmo a su irritación, y desgraciadamente su padre rehusó de nuevo darles todas las fuerzas que le pedía. En vano le manifestó Ismael que con los pocos soldados con que contaba, le sería imposible atacar a un Estado como Córdoba y que, si venia Badís en ayuda de los Cordobeses como lo haría de fijo, pues era su aliado, se encontraría entre dos fuegos. Motadhid no quiso escuchar nada, se enfadó y en su ira, llamó a su hijo cobarde, lo llenó de amenazas y faltó poco para que de las palabras no se pasara a los hechos. «¡Si tardas en obedecernos le escribió, te hago cortar la cabeza!»

Herido en su dignidad y lleno de cólera, Ismael se puso en camino, pero consultó a Bizilyani y este tuvo poco que trabajar para persuadirlo de que había llegado el momento de ejecutar el proyecto de que habían hablado. A dos jornadas de Sevilla, Ismael dijo a sus capitanes que había recibido una carta de su padre en la que le mandaba volver a su lado, porque tenía que comunicarle cosas de importancia. Luego, acompañado de Bizilyani y unos treinta guardias de caballería volvió a Sevilla a toda prisa. Motadhid no estaba allí, pues residía en el castillo de Zahir al otro lado del rio. Ismael halló la ciudadela de Sevilla mal custodiada. Se apoderó de ella durante la noche, cargó les tesoros de su padre en mulas, y para que nadie pudiese atravesar el rio y llevar a Zahir la noticia de lo que acababa de pasar, hizo echar a pique los barcos anclados delante de la ciudadela. Y llevándose a su madre y a las otras mujeres del serrallo tomó el camino de Algeciras.

Paro a pesar del cuidado que se había tomado para que su empresa no llegara a oídos de su padre, este fue informado por un caballero de la escolta de su hijo que desaprobando su culpable conducta pasó a nado el Guadalquivir. En el mismo instante Motadhid mandó dar una batida en toda la campiña a secciones de Caballería y envió mensajes a los gobernadores de las fortalezas. Llegaron a tiempo, e Ismael encontró cerradas todas las puertas de los castillos que encontró en su tránsito. Temiendo entonces que los castellanos se reunieran para atacarlo, imploró la protección de Hazzadí, gobernador de un castillo situado en la cima de una colina en los confines del distrito de Sidona. Hazzadí accedió a su petición, pero estipulando que había de quedarse al pie de la colina. Luego, fue a verle, acompañado de sus soldados: le aconsejó que se reconciliara con su padre y le ofreció su mediación. Viendo que su plan se había frustrado por completo, Ismael consintió en todo lo que se le propuso. Entonces Hazzadí le permitió entrar en el castillo donde lo trató con todas las consideraciones debidas a su rango y se apresuró a escribir a Motadhid. Le decía en su carta que Ismael se

arrepentía de su calaverada y suplicaba al príncipe que lo perdonara. No se hizo esperar la respuesta de Motadhid. Esta respuesta era consoladora, pues el príncipe declaraba que perdonaba a su hijo.

Ismael volvió a Sevilla. Su padre le dejó todos sus bienes, pero al mismo tiempo lo hizo vigilar estrechamente y mandó que cortaran la cabeza a Bizilyani y a sus cómplices. Súpolo Ismael y, como conocía demasiado bien la doblez de su padre, no vio más que un lazo en el perdón que había obtenido. Desde entonces su partido estaba tomado. Habiendo ganado a fuerza de oro a sus guardas y a algunos esclavos, los reunió de noche, los armó, les dio de beber para animarlos y escaló con ellos un sitio de palacio que creía fácil de sorprender. Esperaba encontrar a su padre dormido y esta vez estaba resuelto a quitarle la vida. Pero de pronto se presenta Motadhid a la cabeza de sus soldados. Al verlo los conspiradores huyen precipitadamente. Ismael consigue pasar las murallas de la ciudad, pero, soldados enviados en su persecución, lo alcanzan y se lo llevan prisionero.

Su padre en el colmo de su furor le hace arrastrar al interior de palacio y habiendo alejado a todos los testigos lo mata con sus propias manos. Castiga también cruelmente a sus cómplices, sus amigos, sus servidores y hasta a las mujeres de su serrallo. Hubo manos, narices y pies cortados, ejecuciones públicas y secretas.

Apaciguada su cólera, el tirano quedó presa de una tristeza sombría y de desgarradores remordimientos. Aquel hijo que se había revelado contra él, que había atentado contra su vida, que le había quitado sus tesoros y hasta sus mujeres, era sin duda muy culpable, pero si este podía decírselo y repetírselo a cada momento, tampoco podía olvidar que lo había amado de veras, porque a pesar da la dureza de su carácter, tenía una tierna afección a su familia. En este hijo prudente y sabio en el consejo, intrépido y valiente en el campo de batalla, había visto el apoyo de su prematura vejez y el continuador de su obra, ¡Y él había destruido con sus propias manos sus esperanzas más queridas!

«Al tercer día después de esta sangrienta catástrofe, cuenta un visir sevillano, entré con mis colegas en la sala del consejo. La cara de Motadhid era terrible; nosotros temblábamos de miedo y al saludarle apenas pudimos balbucear algunas palabras. El príncipe nos echó una mirada escrutadora desde los pies a la cabeza y luego rugiendo como un león: «¡Miserables, exclamó, a que viene ese silencio! Vosotros os regocijáis en secreto de mi infortunio; ¡salid de aquí!»

Acaso por primera vez, aquella salvaje energía, aquella voluntad de hierro, se sintió doblegada; aquel corazón en apariencia invulnerable había recibido una herida que el tiempo podría curar poco a poco, pero que le dejaría siempre una profunda cicatriz. Por lo pronto dejando en paz a la república de Córdoba, tan gozosa como admirada de este respiro, no pensó ya en sus vastos proyectos; pero insensiblemente volvió a ellos y fue Málaga la que despertó su ambición.

Agobiados hacía muchos años bajo el yugo de Badís, los árabes de Málaga maldecían a cada instante su tiranía y esperaban su libertad del príncipe de Sevilla. Bien sabían que también era un tirano, pero tirano por tirano preferían al que pertenecía a su misma raza. Entendiéronse, pues, con Motadhid y tramaron una conspiración. Badís mismo favoreció sus

proyectos con su negligencia, porque sumido en una embriaguez casi continua, no se ocupaba de negocios sino a raros intervalos. En el día prefijado un levantamiento general e irresistible estalló en la capital y en veinte y cinco fortalezas; al mismo tiempo que tropas sevillanas mandadas por Motamid hijo de Motadhid, pasaron la frontera para venir en socorro de los insurrectos. Cogidos de improviso los Berberiscos fueron pasado a cuchillo y los que consiguieron escaparse no debieron su salvación más que a una pronta huida, de modo que en menos de una semana estuvo todo el principado en poder del príncipe de Sevilla. El castillo de Málaga, donde había una guarnición de negros, era el único que no se había rendido. Bien fortificado y situado en la cúspide de una montaña, podía sostenerse mucho tiempo y era de temer que Badís se aprovechara de este intervalo para venir en socorro de los sitiados. Tal era por lo menos la opinión de los jefes de la insurrección que aconsejaron a Motamid que estrechara el sitio del castillo, se mantuviera alerta y no se fiara mucho de los Berberiscos que en gran número servían en su ejército. Eran estos prudentes consejos, pero Motamid no los escuchó. Indolente por naturaleza y poco desconfiado se dejaba festejar por la población, que estaba encantada con sus amables maneras y daba demasiado oído a los oficiales berberiscos que, impulsados por una secreta simpatía hacia Badís, lo vendían y le aseguraban que el castillo no tardaría en rendirse espontáneamente. En cuanto a sus otros soldados, creyendo también que nada tenían que temer, vivían descuidados y se entregaban a los placeres.

Esta indolencia fue fatal para todos. Habiendo encontrado medios los negros del castillo de informar a Badís de que le sería fácil sorprender al ejército sevillano, se pusieron en camino las tropas granadinas y atravesaron la sierra con tanta presteza y precaución que entraron en Málaga sin que Motamid tuviera un momento antes la menor sospecha de que llegaban. No tuvieron pues, que combatir, todo lo que tuvieron que hacer era degollar soldados inermes y semi ebrios la mayor parte. Motamid se escapó retirándose a Ronda, pero todo el principado tuvo que someterse de nuevo a la dominación de Badis.

Imagínese la rabia de Motadhid cuando supo que por la culpable negligencia de su hijo había perdido un ejército y un soberbio principado. Comenzó por mandar que Motamid quedara preso en Ronda, luego olvidando los remordimientos que le había causado la muerte de su primogénito, quiso que el segundo pagara con su cabeza la falta que había cometido.

Ignorando hasta qué punto estaba irritado su padre Motamid le envió poemas llenos de hábiles adulaciones. En ellos hacia el elogio de su generosidad y de su clemencia y trataba de consolarlo recordándole sus antiguos tiempos. «¡Qué de brillantes victorias no habéis conseguido! decía, victorias de que siempre se hablará en los siglos futuros; las caravanas han llevado su fama a los países más lejanos y cuando los árabes del Desierto se reúnen a la claridad de la luna, para contar las hazañas de los héroes, no hablan más que de las vuestras». Intentaban excusarse echando toda la culpa a los pérfidos Berberiscos y pintaban con los más vivos colores la tristeza que le causaba su desgracia. «Mi alma tiembla, decía, mi voz y mis ojos están apagados. Las rosas han desaparecido de mis mejillas y sin embargo no estoy enfermo; mis cabellos han blanqueado y soy joven todavía. Nada me agrada ya; la copa y la guitarra han perdido sus atractivos para mí; las muchachas, ya sean provocativas ya tímidas han perdido el imperio que tenían sobre mí alma. Y no es porque yo me haya entregado a la devoción, ni a la santurronería, ¡no por Dios!, yo siento todavía hervir en mis venas la sangre fogosa de la

juventud, pero lo único que ahora me agradaría seria obtener vuestro perdón y atravesar con mi lanza los cuerpos de vuestros enemigos.»

Motadhid se dejó ablandar poco a poco, parte por los poemas de su hijo, pues era muy sensible a los hermosos versos, parte por las súplicas de un piadoso ermitaño de Ronda. Permitió pues, a Motadhid volver a Sevilla y se reconcilió con él, pero el principado de Málaga estaba irrevocablemente perdido; Badís estaba ya demasiado alerta para que Motadhid pudiera intentar segunda vez parecido golpe de mano. Es también de presumir que el rey de Granada siempre inexorable en sus venganzas y que siempre iba rodeado de verdugos, castigara con el fuego, con el hierro y con el hoyo a los infelices que habían tenido la insolencia de rebelarse contra él y que de este modo quitara a los descontentos las ganas de reincidir.

En medio de sus males tuvieron sin embargo el consuelo—y lo era porque a su odio a la opresión se juntaba un tanto de fanatismo religioso —tuvieron, repetimos, el consuelo de saber que había concluido la influencia de los judíos en la corte granadina.

Samuel había muerto, pero le había sucedido su hijo José. Este era también un hombre hábil o instruido, pero no sabía, como su padre, hacerse perdonar a fuerza de modestia la alta dignidad que ocupaba. Ostentaba el fausto de un príncipe, y cuando iba a caballo al lado de Badís, no se notaba diferencia alguna entre el traje del príncipe y el del ministro. Y en verdad era más monarca que el monarca. Dominaba completamente a Badís que estaba sumido en una embriaguez casi continua y, a fin de que el príncipe no intentara sustraerse a su dominio, le había rodeado de espías que le referían hasta sus menores palabras. Por lo demás, no era judío más que nombre. Se decía al menos que no creía más en la religión de sus antepasados que en las otras y que las despreciaba todas. No parece haber atacado abiertamente la de Moisés, pero en cuanto a la de Mahoma manifestó en público que sus dogmas eran absurdos y puso en ridículo muchos versículos del Corán.

Por su altanería, su orgullo y su poco respeto a la justicia, José había ofendido a los árabes, a los Berberiscos y hasta a los judíos. Muchos delitos le fueron imputados y se acarreó una multitud de enemigos entre los que ocupaba el primer lugar un faquí árabe Abu-Ishac de Elvira. La juventud de este había sido borrascosa; más tarde habla pretendido en la corte un cargo al que parecía darle derechos su nacimiento, pero no lo había conseguido; José había frustrado sus esperanzas y lo había enviado al destierro. Entonces se hizo devoto; paro llano de odio contra José, compuso contra él y sus correligionarios el violento poema que va a leerse:

“Ve, mensajero mío, ve a llevar a todos los Chinhedjitas, las lunas llenas y los leones de nuestro tiempo, estas palabras de un hombre que los ama que los compadece y que creería faltar a sus deberes religiosos sí no les diera consejos saludables:

Vuestro señor ha cometido una falta de que sus enemigos se regocijan: pudiendo elegir su secretario entre los creyentes, lo ha tomado entre los infieles. Gracias a este secretario los judíos antes despreciados se han hecho grandes señores y ya no tienen límites su orgullo y su arrogancia. De pronto y sin esperarlo han llegado a todo lo que podían desear, a la cúspide de los honres de modo que el mico más vil de los infieles, cuenta hoy entre sus criados multitud de piadosos y devotos musulmanes. ¡Y todo esto no lo deben a sus propios esfuerzos, quien tan alto los ha elevado es un hombre de nuestra religión! ¡Ah! ¿por qué este hombre no sigue

para con ellos el ejemplo que le han dejado los príncipes buenos y devotos de otros tiempos? ¿Por qué no los deja en su sitio, por qué no los hace los más viles de los mortales? Entonces, marchando en cuadrillas, llevarían en medio de nosotros una vida errante, blanco de nuestro desde y de nuestro menosprecio; entonces no tratarían a nuestros nobles con altivez y a nuestros santos con arrogancia; no se sentarían a nuestro lado esos hombres de raza impura y no cabalgarían al par de los grandes señores de la corte.

¡Oh Badís! Vos sois un hombre de gran sagacidad; vuestras conjeturas equivalen a la certeza: ¿cómo no veis, pues, el daño que hacen esos diablos cuyos cuernos se muestran en vuestros dominios? ¿Cómo podéis tener afecto a esos bastardos que os han hecho odioso al género humano? ¿Con qué derecho esperáis afirmar vuestro poder, cuando esas gentes destruyen lo que vos edificáis? ¿Cómo podéis conceder a un malvado tan ciega confianza haciendo de él vuestro amigo íntimo? ¿Habéis olvidado que el Omnipotente dice en la Escritura que es preciso no tratarse con malvados? ¡No tomes esos hombres por ministros, abandónalos a las maldiciones, porque toda la tierra grita contra ellos; pronto temblará y entonces pereceremos todos! Dirigid vuestras miradas a otros países y veréis que donde quiera se trata a los judíos como a perros y que se les tiene apartados. ¿Por qué vos solo habéis de obrar de otra manera, vos que sois un príncipe querido de vuestros pueblos, vos que procedéis de una ilustre familia de reyes, vos que sobresalís sobre nuestros contemporáneos como vuestros abuelos sobresalieron entre los suyos?

Cuando llegué a Granada, vi que los judíos reinaban allí. Se habían dividido entre ellos la capital y las provincias; donde quiera mandaba uno de esos malditos. Percibían las contribuciones, tenían buena mesa y estaban magníficamente vestidos, mientras que nuestras ropas estaban viejas y destrozadas. Todos los secretos del Estado les eran conocidos ¡qué imprudencia confiarlos a traidores! Los creyentes hacían una mala comida a «dirhem» por cabeza, pero ellos comían suntuosamente en palacio. Ellos os han suplantado en el favor de vuestro señor, oh musulmanes, ¡y vosotros no se lo impedís y los dejáis! Sus oraciones resuenan como las vuestras, ¿no lo oís, no lo veis? Matan bueyes y carneros en nuestros mercados ¡y coméis sin escrúpulo la carne de los animales muertos por ellos! El jefe de esos micos ha enriquecido su Alcázar con incrustaciones de mármol; ha hecho construir fuentes por donde corre el agua más pura, y mientras que nos hace esperar a su puerta, se burla de nosotros y de nuestra religión. ¡Qué desgracia, Dios mío! Si yo dijera que es tan rico como vos, monarca mío, diría la verdad. ¡Ah! ¡degolladlo pronto y ofrecedlo en holocausto; sacrificadlo que es un carnero cebón! No perdonéis tampoco a sus parientes, ni a sus amigos; ellos han acumulado también inmensos tesoros. Tomad su dinero, vosotros tenéis a él más derecho que ellos. No creáis que sea una perfidia matarlos; no, la verdadera perfidia sería dejarlos reinar. Ellos han roto el pacto que habían hecho con nosotros ¿quién se atrevería a condenaros si castigáis a los perjuros? ¿Cómo hemos de aspirar a señalarnos cuando vivimos en la oscuridad y los judíos nos deslumbran con el brillo de sus grandezas? ¡Comparados con ellos, nosotros somos despreciables y se diría en verdad, que nosotros somos los malvados y que ellos son los buenos! No permitáis más que nos traten, como lo han hecho hasta ahora, porque vos nos respondéis de su conducta. ¡Acordaos también de que ha de llegar un día en que tengáis que dar cuenta al Eterno de la manera con la que habéis tratado al pueblo por él elegido para gozar de la felicidad eterna!”

Este poema hizo poco efecto en Badís que tenía a José una confianza ilimitada, pero produjo una sensación profunda entre los Berberiscos que, juraron la pérdida del judío y los jefes del complot esparcieron el rumor de que José se había vendido al rey de Almería, Motacim, con quien estaban entonces en guerra. Y como los menos crédulos y los que estaban menos cegados por la pasión les preguntaran qué interés podía tener José en hacer traición a un príncipe a quien manejaba a su arbitrio, le respondían que cuando el judío hubiera hecho perecer a Badís y hubiera entregado sus Estados a Motacim, haría también morir a este último y entonces se sentaría en el trono. Es casi excusado decir que todo esto no era más que pura calumnia. El hecho es, que los Berberiscos buscaban un pretexto para derribar a José y para robar a los judíos cuyas riquezas envidiaban. Creyendo al fin, haberlo encontrado, se amotinaron y asaltaron el palacio real, donde José se había refugiado. Para escapar a su ciego furor, el judío se metió en una carbonera, donde se tiznó la cara a fin de que no lo conocieran, pero fue descubierto, reconocido, muerto y atado a una cruz. Los granadinos enseguida comenzaron a asesinar a los otros judíos y a saquear sus casas; cerca de cuatro mil personas fueron víctimas de su odio fanático (30 de diciembre de 1066).

IV.

No estaba más tranquilo que el Mediodía el resto de la España musulmana; en todas partes se disputaban con encarnizamiento los restos del califato, y entretanto, se veía engrosar en el Norte un torrente que amenazaba tragarse todos los Estados musulmanes de la Península.

Durante medio siglo, los reyes cristianos habían tenido bastante que hacer en su casa, para meterse a conquistadores; pero en el año de 1055 cambiaron las cosas. En esta época Fernando I, rey de Castilla y de León, se halló al cabo en disposición de dirigir todas sus fuerzas contra los Sarracenos. Era de prever que estos últimos no se hallaban en estado de resistirlo. En efecto, todas las ventajas estaban departe de los cristianos; tenían lo que sus enemigos no tenían, espíritu marcial y entusiasmo religioso. Así que las conquistas de Fernando fueron rápidas y brillantes. Quitó a Mudhaffar de Badajoz, Viseo y Lamego (1057), al rey de Zaragoza, las fortalezas al Sur del Duero; hizo una terrible razzia en los Estados de Mamun de Toledo y avanzó hasta Alcalá de Henares. Los vecinos de esta ciudad mandaron a decir a su soberano que, si no se apresuraba a socorrerlos, tendrían que rendirse enseguida. Mamun, demasiado débil para rechazar al enemigo, tomó el partido más prudente; vino en persona a ofrecer a Fernando una inmensa cantidad de oro, plata y piedras preciosas y se declaró su vasallo y tributario, como ya lo habían hecho los reyes de Badajoz y Zaragoza.

Le tocó el turno a Motadhid. En el año de 1063 vino Fernando a quemar los pueblos del territorio sevillano y era tal la debilidad de los Estados musulmanes que Motadhid, aunque era sin disputa el monarca más poderoso de Andalucía, creyó prudente imitar el ejemplo que le habla dado Mamun. Se presentó en el campamento cristiano, ofreció ricos presentes a Fernando y le suplicó que perdonara a su reino. Fernando no parece que conoció la bellaquería, ni la crueldad de este hombre, a quien las canas y una frente surcada de arrugas, daban la apariencia imponente y venerable de un anciano; pues, aunque no contaba aún más que cuarenta y siete años los cuidados de la ambición, el trabajo, los excesos y acaso los remordimientos lo habían envejecido ante de tiempo. No es pues, de admirar que el rey de

Castilla se conmoviera con sus súplicas; pero creyendo que debía consultar a los grandes y a los obispos de su reino, los convocó para preguntarles qué condiciones había de imponer a Motadhid. La asamblea decidió que el rey de Sevilla quedaría obligado a pagar un tributo anual y a entregar a los embajadores que Fernando le enviara el cuerpo de Santa Justa virgen y mártir del tiempo de la persecución romana. Y habiendo aceptado Motadhid estas condiciones, Fernando se volvió con su ejército y, cuando llegó a León, envió a Sevilla a Alvito, obispo de la capital y a Ordoño obispo de Astorga.

Los dos prelados tenían que cumplir una doble tarea: tenían que transportar a León el cuerpo de la santa y arreglar el asunto del tributo. Desgraciadamente, las pesquisas que se hicieron para descubrir las reliquias de Santa Justa fueron inútiles. «Ya lo veis, hermanos míos, dijo Alvito a sus compañeros; a menos que nos preste su ayuda la misericordia divina, nos volveremos engañados en las esperanzas que nos han hecho hacer este penoso viaje. Creo pues, necesario que pidamos a Dios con tres días de ayunos y oraciones que se digne descubrirnos el oculto tesoro que buscamos.» En consecuencia, les cristianos oraron y ayunaron durante tres días, de lo que la salud de Alvito ya quebrantada cuando llegó a Sevilla sufrió mucho. En la mañana del cuarto día reunió de nuevo este obispo a sus compañeros y le dijo: «Debemos, queridos hermanos, dar gracias a Dios de todo corazón pues, en su misericordia, se ha dignado disponer que no quede nuestro viaje sin recompensa. Verdad es que un mandato del cielo nos prohíbe sacar de aquí las reliquias la bienaventurada Justa, pero llevareis a nuestra patria un don no menos precioso, a saber, el cuerpo del bienaventurado Isidoro que tuvo en esta ciudad la mitra episcopal y que por sus obras y su palabra fue ornamento de la España entera. Yo había querido, hermanos míos, orar y velar toda la noche, pero habiéndome sentado un momento abrumado de cansancio, fui vencido por el sueño. Entonces se nos apareció un anciano vestido con hábitos episcopales.

—Ya sé, nos dijo, a lo que habéis venido tú y tus compañeros, pero como no es la voluntad divina que esta ciudad quede apenada con la salida de Santa Justa y Dios en su inagotable misericordia no quiere tampoco que tú y tus compañeros os marchéis con las manos vacías, os da mi cuerpo.

—¿Y quién sois vos que me dais estas órdenes?, le pregunté yo.

—Soy, me respondió, el doctor de las Españas y antes fui el jefe de los sacerdotes de esta ciudad; soy Isidoro.

Habiendo dicho esto desapareció y habiendo yo despertado supliqué a Dios que si esta visión provenía de él, se dignara repetirla por segunda y tercera vez.

Repitióse en efecto otras dos veces y en cada una el anciano me dirigió las mismas palabras, más a la tercera añadió mostrándome el lugar en que su cuerpo estaba enterrado y tocándolo tres veces con una varilla que tenía en la mano:

—Aquí, aquí, aquí, hallarás mi cuerpo y a fin de que no imagines que soy un fantasma que te engaña, reconocerás la verdad de lo que te digo por esta señal: en cuanto mi cuerpo sea desenterrado te entrará una enfermedad incurable y dejando ese cuerpo mortal vendrás a nosotros con la corona de los justos.

Dicho esto, la visión desapareció.

Alvito se presentó enseguida con sus compañeros en el palacio de Motadhid, le repitió su visión y le pidió permiso para llevarse el cuerpo de Isidoro en lugar del de Santa Justa.

El relato del obispo debió producir sobre Motadhid una impresión singular. Escéptico y burlón menospreciaba igualmente todas las religiones y no creía sino en la astrología y en el vino. Escuchó al obispo con imperturbable seriedad y cuando hubo concluido su larga arenga: «¡Ay!, exclamó con un tono de profunda tristeza, ¿si os doy a Isidoro qué me resta? Mas si tal es la voluntad de Dios, ¡que se cumpla! Vos sois un hombre demasiado venerable para que os pueda negar nada. Buscad el cuerpo de Isidoro y llevároslo aun cuando sea a pesar mío.» El árabe como verdadero zorro que era, comprendió el partido que podía sacar de la piedad de los cristianos, piedad de la que se reía bajo capa. Teniendo que pagar un tributo calculaba que, si fingía atribuir gran precio a las reliquias, si, por decirlo así, no se las dejaba arrancar sino defendiéndolas cuerpo a cuerpo, podrían llegar a serle muy útiles. Pensaba hacer como el deudor que, apremiado a pagar su deuda, hace entrar en la cuenta alguna antigualla que hace aceptar a su acreedor como un objeto de una antigüedad, de una rareza y de un precio extremados. Así, que representó su papel hasta el fin, pues, en el momento en que el obispo de Astorga (su colega Alvito acababa de morir) iba a salir de Sevilla con los restos de Isidoro, fue al encuentro del cortejo, echó sobre el féretro un manto de brocado lleno de arabescos de maravilloso trabajo y dando un gran suspiro: «¡Ya te vas de aquí Isidro, hombre venerable!, exclamó; ¡tú sabes cuán estrecha amistad nos une!»

El año siguiente (1064) fue extremadamente desastroso para los musulmanes. Coimbra tuvo que rendirse a Fernando, después de haber sostenido un sitio de seis meses. En virtud de la capitulación, más de cinco mil de los defensores de la plaza fueron entregados al vencedor y los demás abandonaron sus moradas sin llevar consigo más que el dinero necesario para el viaje. Más aún, todos los musulmanes que habitaban el Duero y el Mondego recibieron orden de salir del país. Fernando volvió sus armas contra el reino de Valencia, donde reinaba el débil e insolente Abdelmelic-Mudhaffar que había sucedido a su padre Abdalaziz en 1061. Sitiaron la capital, pero, viendo que era difícil de tomar, recurrieron los Castellanos a una estratagema para privarla de sus defensores. Fingieron retirarse y los valencianos salieron entonces para perseguirlos vestidos de gala, tan fácil suponían el triunfo. Pero su audacia le costó cara. Cerca de Paterna, a la izquierda del camino que va de Valencia a Murcia, fueron atacados de improviso por los Castellanos. La mayor parle fueron muertos y su rey debió su salvación a la ligereza de su caballo. La toma de la fortaleza de Barbastro, una de las más importantes del N. E., fue también una gran calamidad. Cayó en poder de un ejército de Normandos mandados por Guillermo de Montreuil, entonces general en jefe de las tropas pontificias y que en los romances caballerescos es conocido con el nombre de Guillermo el Chato. Horrible fue la suerte de los vencidos. Habíanse rendido los soldados de la guarnición bajo condición de que se les perdonase la vida; pero en cuanto salieron de la ciudad fueron casi todos asesinados. No fueron mejor tratados los vecinos. También ellos habían obtenido el «aman» y se preparaban a abandonar la ciudad, cuando Guillermo de Montreuil a quien su número causaban inquietud, ordenó a sus soldados que aclararan sus filas, y no cesó la carnicería sino después que perdieron la vida seis mil personas, después se ordenó a todos los que tenían casa que

entraran en la ciudad con sus mujeres, y con sus hijos. Obedecieron y los Normandos lo dividieron todo entre sí. «Cada caballero que recibía en suerte una casa, dice un autor árabe de esta época, recibía además todo lo que había dentro, mujeres, hijos, dinero etc. y podía hacer del amo de la casa todo lo que quisiera: así; que tomaba todo lo que el amo le enseñaba y le obligaba con todo género de torturas a entregarle lo que pretendía ocultar. A veces, el musulmán entregaba el alma en medio de estos tormentos, lo que era realmente una suerte para él, porque si sobrevivía tenía que experimentar dolores más amargos, pues los infelices, por un refinamiento de crueldad, tenían el placer de violar las mujeres y las hijas de sus prisioneros ante los ojos de estos. Cargados de cadenas tenían estos infieles que asistir a estas escenas horribles, partido el corazón y llenos de lágrimas los ojos.» Felizmente para los musulmanes, Guillermo y sus compañeros no tardaron en abandonar España, para ir a gozar en su patria de las riquezas que habían adquirido. No quedó en Barbastro más que una guarnición muy escasa y Moctadir de Zaragoza que había recibido de Motadhid un refuerzo de quinientos caballeros, aprovechó esta circunstancia para recobrar la ciudad en la Primavera del año siguiente (1065).

Fernando entretanto continuaba sus trabajos para apoderarse de Valencia y aunque el rey de esta ciudad había recibido refuerzos da su suegro Mamun de Toledo, se encontraba en una posición muy peligrosa cuando Fernando cayó enfermo, lo que le obligó a volver a León. Abdelmelic no tuvo mucho tiempo de felicitarse por ello, pues en noviembre fue destronado y encerrado en la fortaleza de Cuenca por su suegro que incorporó el reino de Valencia a sus Estados.

Al poco vino la muerte a librar a los musulmanes de su más terrible adversario. Por su bravura, por su piedad y la pureza de sus costumbres Fernando había sido modelo de reyes: una muerte hermosa y santa coronó dignamente una vida hermosa y santa también. En cuanto llegó a León, el sábado 24 de diciembre, se apresuró a ir a orar a la iglesia que había dedicado a San Isidoro, convencido de que se aproximaba el momento en que su cuerpo iba a descansar para siempre. Luego descansó algunas horas en su palacio, pero por la noche volvió a la iglesia, donde los sacerdotes celebraban con solemnes cánticos la fiesta de la Natividad del Señor, y cuando entonaron, según el rito toledano entonces en uso, el último nocturno de los maitines, el «Advenit nobis», mezcló a las suyas su voz debilitada. Al clarear el alba les suplicó que dijeran misa, y habiendo recibido la Eucaristía, se hizo volver a su lecho caminando trabajosamente apoyado en los servidores de su casa. A la mañana del día siguiente, se hizo poner sus vestidos reales y volver a llevar a la iglesia, donde arrodillándose delante del altar y quitándose el regio manto y la corona, dijo con una voz clara todavía: «Tuyo es el poder y tuyo el reino, Señor, tú estás sobre todos los reyes, a tu imperio están sometidos todos los reinos celestes y terrestres; recibe pues, el reino que de tí he recibido y que he regido mientras plugo a tu divina voluntad: ruégote solamente que recibas en tu misericordia mi alma, arrancada al remolino de este mundo.» Después prosternado en el suelo e implorando el perdón de sus pecados, recibió la Extremaunción de manos de un obispo y vestido con un silicio y con la cabeza cubierta de ceniza esperó la muerte con los ojos llenos de fe y resignación. El martes siguiente, a la hora sexta, entregó su alma a Dios, o más bien, se quedó dormido, tan tranquilo y sonriente estaba su rostro.

Otra muerte, de fijo menos santa, siguió a esta muy de cerca; Motadhid de Sevilla espiró el sábado 20 de febrero del año 1069. Dos años antes había incorporado Carmona a su reino, y poco más tarde se había manchado con un nuevo asesinato, dando de puñaladas con su misma mano al patricio de Sevilla Abu-Hafz-Mauzaní. Por lo demás, su ánimo estaba asediado en los últimos años de su vida por negros presentimientos. No temía ver sucumbir a los ataques de los Castellanos el trono que había fundado a fuerza de astucia, de traiciones y de perfidias; la predicción de sus astrólogos de que ya hemos hablado, y que decía que su dinastía seria derrocada por hombres nacidos fuera de la Península daba otra dirección a sus temores. Había pensado, durante mucho tiempo, que esos extranjeros eran los Berberiscos que habitaban a su lado; pero cuando ya los había exterminado y creía haber vencido el decreto de los cielos comenzó a pensar que se había engañado. Al otro lado del Estrecho una nube de bárbaros que una especie de profeta había arrancado de sus desiertos, caminaban a la conquista del Africa, con la rapidez y el entusiasmo de los primeros musulmanes. En estos sectarios que se daban el nombra de Almorávides, veía Motadhid los futuros conquistadores de España y ningún argumento podía disipar el temor que le inspiraban. Un día que leía y releía una carta que había recibido de Sacot, príncipe de Ceuta, en que decía que los Almorávides acababan de establecer un campamento en el llano de Marruecos, uno de sus visires exclamó:

—¿Cómo es posible señor, que os dé cuidado esa noticia? ¡Por cierto que es una hermosa residencia ese pobre llano de Marruecos, sobre todo cuando se le compara a la hermosa, a la magnífica Sevilla! ¿Qué os importa que esos bárbaros hallan llegado allí? Entre ellos y nosotros hay desiertos, ejércitos numerosos y las olas del Océano.

—Estoy convencido de que un día llegarán aquí, le contestó Motadhid, acaso lo verás tú mismo. Escribe enseguida al gobernador de Algeciras; mándale que fortifique todavía más Gibraltar, díle que esté alerta y que espíe con la mayor atención todo lo que pase más allá del Estrecho.

Luego fijando la mirada sobre sus hijos:

—¡Ojalá pudiera yo saber, dijo, sobre cuál de vosotros ha de descargar la desgracia que nos amenaza! ¿Será sobre vosotros o sobre mí?

—¡Que Dios os perdone a mi costa, padre mío, exclamó Motamid y que me envíe todas las desgracias que os destinaba, cualquiera que ellas sean!

Cinco días antes de su muerte, sintiendo ya cierto malestar, cierta pesadez de cuerpo y de espíritu, Motadhid hizo venir a uno de sus cantores, a un siciliano, y le mandó que le cantara cualquier cosa. Estaba resuelto a mirar como presagio las palabras de la canción que el cantador eligiera. Éste se puso a cantar una de esas canciones a la vez dulces y tristes que tanto abundan en la literatura árabe que comenzaba así:

¡Gocemos de la vida, pues sabemos que bien pronto ha de concluir! ¡Mezcla, pues, vino con el agua de las nubes, oh amada mía, y dánoslo!

Cantó cinco versos de esta canción de modo que, por una coincidencia singular, pero que parece bien averiguada, el número de los versos correspondía justamente al de los diez que a

Motadhid le quedaban de vida. Dos días después, el jueves 26 de febrero, su amor paternal—porque ya hemos dicho que a pesar da su crueldad tenía realmente un gran cariño a sus hijos—recibió un golpe extremadamente doloroso con la muerte de una hija que adoraba. En la tarde del viernes asistió a los funerales con el corazón lleno de tristeza, y acabada la ceremonia se quejó de un fuerte dolor de cabeza. Cuando vino el médico tuvo una hemorragia que faltó poco para que lo ahogara. El médico quiso sangrarlo, pero Motadhid que era un enfermo poco sumiso, mandó esperar hasta el día siguiente y esto fue lo que aseguró su muerte, porque al día siguiente, sábado volvió a comenzar la hemorragia. Esta fue más violenta todavía que la primera vez y habiendo perdido Motadhid el uso de la palabra exhaló el último suspiro.

Su hijo Motamid a quien trataremos de dar a conocer, le sucedió.

V

Nacido en 1040, Motamid, cuando solo tenía once o doce años, había sido nombrado por su padre para el gobierno de Huelva y poco tiempo después había mandado el ejército sevillano que asediaba a Silves. En esta ocasión fue cuando hizo conocimiento con un aventurero que no contaba más que nueve años más que él y que estaba llamado a jugar gran papel en su destino.

Se llamaba Ibn-Ammar. Nacido en un lugarejo de las cercanías de Silves de padres árabes, pero pobres y oscuros había comenzado a estudiar bellas letras en Silves y en Córdoba y luego se había dedicado a recorrer España a fin de ganar el pan cotidiano componiendo panegíricos a todos los que podían pagárselos, porque mientras los poetas de fama hubieran creído rebajarse, si hubieran compuesto poemas para otros que no fueran príncipes o visires, este pobre joven, oscuro y mal vestido que excitaba la risa de los unos y la piedad de los otros con su larga pelliza y su pequeña gorra, se creía dichoso cuando algún advenedizo enriquecido se dignaba arrojarle las migajas de su mesa en cambio de sus versos que, sin embargo, no carecían de mérito. Un día llegó a Silves apurado en extremo, no teniendo más que su mula y no sabiendo qué hacer para alimentar a la pobre compañera de sus miserias. Felizmente se acordó de un hombre muy apropósito para ayudarlo, si quería, de un rico negociante de la ciudad que, a falta de conocimientos literarios tenía a lo menos bastante vanidad para que le agradara tener una vida compuesto en su alabanza. El pobre poeta le escribió una, haciéndole conocer su miseria. Alagado en su amor propio, el negociante le envió un saco de cebada. Al recibir este presente bastante mezquino, Ibn-Ammar, se decía con razón que bien podía el mercader haberle enviado también un saco de trigo, paro no por eso se puso menos alegre, y ya veremos cómo más adelante supo mostrarse reconocido a su bienhechor.

El talento poético de Ibn-Ammar no tardó en darse a conocer y le valió la honra de ser presentado a Motamid. Agradóle en extremo y como ambos amaban los placeres, toda clase de aventuras y sobre todo los buenos versos no tardó en haber entre ellos una íntima amistad. Por eso en cuanto se tomó Silves Motamid fue nombrado su gobernador, este se apresuró a crear un visirato para su amigo y le abandonó el gobierno de la provincia.

Los felices días pasados en Silves, mansión encantadora donde todo el mundo era entonces poeta y que todavía se llama hoy el paraíso de Portugal, no se borraron nunca de la memoria de Motamid. Su corazón no se había abierto todavía al amor, algunos ligeros

caprichos se hablan apoderado de su imaginación, pero se habían desvanecido sin dejar huellas. Estaba en la época de la amistad entusiasta y se abandonaba a este sentimiento sin segunda intención con todo el fuego de su edad. En cuanto a Ibn-Ammar que no había sido criado como el príncipe en el seno de la opulencia, del lujo y del regalo, que, por el contrario, había conocido desde la alborada de su vida las luchas, los desalientos y las crueles decepciones de la indigencia, tenía una imaginación menos fresca, menos risueña, menos joven; no podía librarse de una cierta ironía, era ya escéptico en muchas cosas... Un viernes iban los dos amigos a la mezquita, cuando oyendo Molamid anunciar al muecín la hora de la oración, improvisó este verso, suplicando a Ibn-Ammar que le añadiese otro con el mismo metro y con la misma rima:

—He aquí el muecín que anuncia la hora de la plegaria

—Al hacerlo espera que Dios le ha de perdonar sus numerosos pecados, repitió Ibn-Ammar.

—Que sea feliz puesto que da testimonio de la verdad, continuó el príncipe.

—Siempre que crea en su interior lo que dice su lengua, replicó sonriendo el visir.

Cosa extraña, pero que se explica cuando se piensa que había aprendido muy pronto a conocer a los hombres y a desconfiar de ellos: Ibn-Ammar dudaba hasta de la amistad tan tierna y tan ilimitada que le profesaba el joven príncipe; por más que hacía no podía apartar los negros presentimientos que a veces venían a asediar su espíritu sobre todo durante los festines, porque tenía el vino triste. Refiérese sobre esto una aventura ciertamente singular y rara, paro que sin embargo parece verdadera, pues que descansa sobre los testimonios de las personas más abonadas en este caso, de Motamid y de Ibn-Ammar. Dicen, que una tarde Motamid había invitado a Ibn-Ammar a una cena. Lo había distinguido aún más que de costumbre y, cuando se retiraron los otros convidados, le rogó que se quedara y que se acostara con él. El visir cedió a sus instancias, pero apenas se hubo dormido, oyó una voz que le decía: «¡Desdichado, ese te ha de matar!» Lleno de susto, Ibn-Ammar se despertó sobresaltado, pero tratando de alejar de su imaginación estas negras ideas que atribuía a los vapores del vino, consiguió por fin volverse a dormir. Escuchó estas siniestras palabras por segunda y por tercera vez. No resistiéndose más y convencido de que era un aviso del cielo, se levantó sin hacer ruido y liándose al cuerpo una estera, fue a agazaparse en un rincón del pórtico, resuelto a escapar en cuanto se abrieran las puertas de palacio, pues quería ganar un puerto de mar y embarcarse para África.

Entre tanto Motamid, habiéndose despertado a su vez y no hallando a su amigo a su lado, dio un grito de alarma que despertó a todos sus servidores. Empezó a registrar y a escudriñar el palacio en todos sentidos, y el mismo Motamid dirigía las pesquisas. Queriendo ver si habían abierto la puerta, llegó al pórtico donde Ibn-Ammar estaba escondido. Este se descubrió por un movimiento involuntario, a punto que las miradas del príncipe se fijaban en la estera donde estaba envuelto. «¿Qué es lo que se mueve dentro de esa estera?» exclamó Motamid, y, corriendo los servidores a registrarla, apareció Ibn-Ammar en el más lamentable estado del mundo, en ropas menores, temblando como un azogado y tan avergonzado que no se atrevió a levantar los ojos. A su vista Motamid se echó a llorar. «Oh Abu-Becr, exclamó, ¿qué te ha

dado para hacer eso?» Y, viendo que su amigo continuaba temblando lo llevó suavemente a su cuarto y trató de arrancarle el secreto de su extraña conducta. Mucho tiempo estuvo sin conseguirlo. Presa de un violento paroxismo nervioso, oscilando entre el miedo y lo ridículo de su posición Ibn-Ammar lloraba y reía a la vez. Al cabo habiéndose serenado, lo confesó todo. Motamid, se echó a reír de su confesión y estrechándole afectuosamente la mano le dijo:

—Querido amigo, los vapores del vino te han trastornado la cabeza y tienes una pesadilla. ¿Crees que te podré yo matar nunca a ti, que eres mi alma, a ti, qué eres mi vida? ¡Esto sería cometer un suicidio! Trata de olvidar esos malditos sueños y no se hable de eso más.»

Ibn-Ammar, dice un historiador árabe, trató en efecto de olvidar esta aventura, pero al cabo de cierto número de días le sucedió lo que referiremos más adelante.

Cuando los dos amigos no estaban en Silves, iban a Sevilla, donde se entregaban a todos los placeres que ofrecía esta brillante y deliciosa capital. Muchas veces se presentaban con cualquier disfraz en la «Pradera de plata», orillas del Guadalquivir, donde todo el pueblo, hombres y mujeres, iban a divertirse. Allí fue donde Motamid tropezó por primera vez con la que estaba destinaba a ser la compañera de su vida. Paseándose una tarde con su amigo por esta pradera, aconteció que la brisa rizó el agua del río y habiendo Motamid improvisado este verso, rogando a Ibn-Ammar le añadiera otro:

“La brisa ha convertido el agua en coraza”

Y no encontrándolo pronto Ibn-Ammar, una muchacha del pueblo que había cerca lo hizo de este modo:

“Coraza magnifica en efecto para un día de combate, siempre que el agua estuviera helada.”

Admirado de oír a una muchacha improvisar con más prontitud que a Ibn-Ammar, que era sin embargo en esto famosísimo, Motamid la miró con atención. Quedó encantado de su belleza y llamando enseguida a un eunuco que lo seguía a alguna distancia, le mandó llevar la improvisadora a su palacio al que se apresuró a volver.

Cuando le presentaron a la joven le preguntó quién era y en que se ocupaba.

—Me llamo Itmad, le contestó ella, pero comúnmente me llaman Romaiquia, porque soy esclava de Romaic y mi profesión es muletera.

—Dime, ¿estás casada?

—No, señor.

—Tanto mejor, porque voy a comprarte a tu amo y a casarme contigo.

Motamid amó a Romaiquia durante toda su vida con un amor inalterable. Ella tenía todo lo que era preciso para agradarle. Se la comparó alguna vez a Wallada de Córdoba, la Sifo de esta época. Esta comparación, exacta bajo algunos aspectos, no lo era bajo otros. No habiendo recibido una educación esmerada, no podía rivalizar en saber con Wallada, pero no le era inferior en las gracias de la conversación, en los buenos dichos, en las salidas felices y naturales

y en las réplicas vivas e ingeniosas, excediéndola acaso por sus gracias naturales y casi de niña, su jovialidad y su travesura. Sus caprichos y sus antojos hacían la dicha y la desesperación de su esposo, obligado a satisfacérselos a toda costa, porque una vez que se le metía una idea en la cabeza nadie se la podía sacar. Un día, en el mes de febrero, vio desde una ventana del palacio de Córdoba caer copos de nieve, espectáculo muy raro en un país donde apenas se conoce el invierno. De pronto sus echó a llorar,

—¿Qué tienes querida amiga?, le preguntó su marido.

—¿Qué tengo?, le respondió ella sollozando; ¡lo que tengo es que tú eres un bárbaro, un tirano un monstruo! Mira qué linda es la nieve, qué hermosa, qué magnífica; que graciosamente se pegan a las ramas de los árboles esos blandos copos; y tú ingrato no piensas siquiera en proporcionarme este soberbio espectáculo todos los inviernos, ni te se ha ocurrido nunca llevarme a algún país donde nieve siempre.

—No te desesperes así, vida mía, bien mío, le respondió el príncipe, enjugando las lágrimas que corrían por sus mejillas; tendrás nieve todos los inviernos y aquí mismo, te lo prometo.

Y mandó plantar almendros en toda la sierra de Córdoba, a fin de que las blancas flores de estos hermosos árboles que florecen en cuanto han pasado las heladas, reemplazaran para Romaiquia a los copos de nieve que tanto le habían gustado.

Otra vez vio unas mujeres del pueblo que amasaban con los pies desnudos barro para hacer ladrillos, y se echó a llorar y habiéndole preguntado su marido la causa de su pena:

—¡Ay! ¡yo soy desgraciadísima desde el día en que arrancándome a la vida alegre y libre que tenía en mi casuca me has encerrado en este triste palacio atándome con las pesadas cadenas de la etiqueta! Mira esas mujeres, ahí bajo, a orillas del rio, yo quisiera amasar barro como ellas con los pies desnudos, mas ¡ay! condenada por ti a ser rica y sultana no lo puedo hacer!

—Sí, que podrás, le respondió el príncipe riendo.

Y en el mismo instante bajó al corral de palacio, hizo traer una enorme cantidad de azúcar, de canela, de jengibre y de perfumes de toda especie y habiendo cubierto luego todo el suelo del corral de estos preciosos ingredientes, los hizo mojar en agua de rosa y amasar a brazo tan bien que formaban una especie de barro.

Hecho esto:

—Baja al corral con tus criadas, le dijo el príncipe a Romaiquia, el barro te espera.

La sultana fue y descalzándose lo mismo que sus criadas, se pusieron todas a hundir sus pies con loca alegría en aquel barro aromático.

Era un antojo muy caro, así, que Motadhid sabía recordárselo cuando era preciso a su caprichosa esposa, cuyos deseos no tenían limite. Habiéndole pedido un día una cosa que el príncipe no le podía dar:

—¡Cuán digna soy de compasión!, dijo. Seguramente que soy la más desgraciada de las mujeres, porque, juro a Dios, que nunca has hecho nada por agradarme.

—¿Ni tampoco el día del barro?, le preguntó Motadhid, con tierna y dulce voz

Romaiquia se ruborizó y no insistió más.

Fuerza nos es añadir, que los ministros de la religión no pronunciaban nunca, sino con un santo horror el nombre de esta traviesa sultana. La consideraban como el mayor obstáculo para la conversión de su marido, a quien decían arrastraba sin cesar en un torbellino de placeres y de goces, y cuando las mezquitas estaban desiertas los viernes, a ella le echaban la culpa. Romaiquia se reía de sus clamaros; descuidada y aturdida no sospechaba la pobrecilla que un día esos hombres llegarían a ser terribles.

Por lo demás, a pesar de su amor, Motadhid, dejaba a Ibn-Ammar un gran lugar en su corazón. Una vez estando lejos de Romaiquia con su amigo, le escribió una carta en la que puso estos seis versos acrósticos:

"... invisible a mis ojos, siempre estás presente a mi corazón.

Tu felicidad sea infinita, como lo son mis cuidados, mis lágrimas y mis desvelos.

impaciente al yugo cuando otras mujeres quieran imponérmelo, me someto dócilmente a tus deseos.

Mi anhelo en cada instante es estar a tu lado. Ojalá pueda cumplirlo pronto

Amiga de mi corazón, piensa en mí y no me olvides por larga que sea la ausencia.

¡Dulce nombre es el tuyo! Acabo de escribirlo, acabo de trazar estas amadas letras: «Itimad»."

Y terminó su carta con estas palabras: «Pronto irá a verte, siempre que quieran Alá e Ib-Ammar.»

Habiendo tenido conocimiento de esta frase, Ibn-Ammar dirigió a su amigo estos versos:

"¡Ay! príncipe mío, nunca he tenido otro deseo que hacer vuestra voluntad, me dejo guiar por vos como el viajero nocturno por los relámpagos deslumbradores. Si queréis volver cerca de la que amáis embarcaos en un velero bajel y yo os seguiré, o montad a caballo y os seguiré también. Luego, cuando gracias a Dios, hayamos llegado a la puerta de vuestro palacio, me dejareis volver solo a mi casa y sin dejar siquiera la espada iréis a echaros a los pies de la hermosa de la cintura de oro y recobrando el tiempo perdido la abrazareis, la estrechareis contra vuestro corazón, mientras que vuestra boca y las suya murmuran dulces palabras como los pájaros se responden con cantos melodiosos al rayar la aurora."

Dividiendo así su corazón entre la amistad y el amor, llevaba el joven príncipe una vida deliciosa, pero fue aguada de pronto; su padre desterró a Ibn-Ammar. Esto fue como un rayo para los dos amigos, pero ¿qué hacer? Las resoluciones de Motadhid eran inquebrantables. Ibu-Ammar pasó pues en el Norte los tristes años de su destierro, hasta que Motamid que

contaba entonces veinte y nueve años, sucedió a su padre. El príncipe se apresuró a traer a su lado al amigo de su adolescencia y le dejó que eligiera el empleo que quisiese. Ibn-Ammar se decidió por el gobierno de la provincia en que había nacido. Aunque lo vio con disgusto apartarse de su lado, Motamid acudió sin embargo a su demanda, pero en el momento en que su amigo se despedía, los encantados recuerdos de su estancia en Silves y todas aquellas primeras emociones que no dejen ninguna amargura en el corazón revivieron en él e improvisó estos versos:

"Saluda en Silves los lugares queridos que ya sabes, oh Abu-Ber, y pregúntales si se acuerdan de mí. Saluda sobre todo al Charadjib, a aquel soberbio palacio cuyas salas están llenas de leones y de blancas bellezas, de modo que ya se creería estar en una cueva, ya en un serrallo, y diles que hay aquí un joven caballero que arde en deseos de volverlo a ver. ¡Cuántas noches no he pasado allí al lado de una hermosa joven de anchas caderas y de delgada cintura! ¡Cuántas veces, hermosas jóvenes blancas y morenas no me han herido en el corazón con sus dulces miradas, como si sus ojos fueran espadas o lanzas! ¡Cuántas noches no he pasado también en el valle al lado del rio, con una bella cantadora, cuyo brazalete se parecía a la luna creciente! Ella me embriagaba de todos modos, con sus miradas, con el vino que me ofrecía y con sus besos. Y cuando tocaba en su guitarra una canción guerrera creía oír el choque de las espadas y me sentía lleno de ardor marcial. ¡Delicioso momento, sobre todo, aquel en que quitándose la túnica me aparecía esbelta y flexible como una rama de sauce! «La flor, me decía yo entonces, ha salido de su capullo."

Ibn-Ammar hizo su entrada en Silves rodeado de una soberbia comitiva y con tal ostentación que el mismo Motamid cuando era gobernador de la provincia, nunca la había desplegado semejante, pero se hizo perdonar esta bocanada de orgullo con mi noble acto de reconocimiento, pues habiendo sabido que el negociante que le socorrió en su miseria, cuando él no era más que un pobre poeta ambulante, vivía todavía, le envió un saco lleno de monedas de plata. Este saco era el mismo que el negociante le había dado lleno de cebada y que Ibn-Ammar había conservado cuidadosamente. No disimuló, sin embargo, a su antiguo bienhechor que le había parecido su regalo algo mezquino, pues le mandó decir estas palabras: «Si antes me hubiera enviado ese saco lleno de trigo, te lo hubiéramos devuelto lleno de oro.»

No estuvo mucho tiempo en Silves. No pudiendo vivir sin él, Motamid lo llamó a la corte después de haberlo nombrado su primer ministro.

VI.

Como Motamid y su ministro amaban sobre todo la poesía, la corte de Sevilla llegó a ser la cita de los mejores poetas de la época. Los poetastros no tenían ninguna probabilidad de hacer fortuna, por que Motamid era un crítico severo que examinaba con gran cuidado todos los poemas que se le presentaban y pesaba cada palabra y cada sílaba, pero cuando se trataba de poetas de talento su generosidad no tenía límites. Un día oyó recitar estos dos versos:

La fidelidad en cumplir sus promesas es hoy cosa rarísima. No encontrareis a nadie que practique esta virtud, ni aún siquiera que piense en ello. Es algo de fabuloso, como el grifo, o como ese cuento que dice, que un poeta recibió un día un presente de mil ducados.

—¿De quién son esos versos? preguntó.

—De Abd-al-djalíl, le respondieron.

—¡Y qué! exclamó entonces, ¿uno de mis servidores, un buen poeta, mira un presente de mil ducados como cosa fabulosa?

Y mandó enviar enseguida mil ducados a Abd-al-djalil.

Mientras conversaba con unos de los poetas sicilianos que habían venido a su corte, cuando su patria fue conquistada por Rogerio el Normando, le trajeron unas monedas de oro que acababan de acuñar. Dió dos bolsas de ellas al siciliano, pero este no contento con el regalo, por magnífico que fuera, miraba con ojos ansiosos una figurita de ámbar incrustada de perlas que había en la sala y que representaba un camello. «Señor, dijo al fin, vuestro presente es magnífico, pero es muy pesado y creo que me hace falta un camello para trasportarlo a casa.

— Toma el camello, le respondió sonriendo Motamid.

En general, todo el que tenía talento estaba seguro de agradar a Motamid, fuera poeta o cualquiera otra cosa y aun cuando fuese salteador de caminos, testigo la historia del «Halcón gris.» El Halcón gris—no se le designaba más que por este apodo— había sido por mucho tiempo el ladrón más famoso de la época, espanto y azote de los habitantes de las campiñas; pero habiendo caído al fin en manos de la justicia, fue condenado a ser crucificado en la carretera a fin de que los labriegos pudieran ser testigos de su suplicio. Sin embargo, como hacía un calor sofocante el día en que fue ejecutada la sentencia, la carretera estaba poco frecuentada. Al pie de la cruz, en que habían clavado al ladrón, estaban su mujer y sus hijas que lloraban sin consuelo. «Ay! decían ellas, ¡cuando tú mueras nos moriremos de hambre!» El Halcón gris era un hombre muy compasivo, un corazón de oro y el pensamiento de que su familia iba a quedar sumida en la miseria le partía el alma. Justamente vio llegar a un trajinante, montado en una mula cargada de piezas de tela y otras mercancías que iba a vender en los pueblos comarcanos.

—Señor, le gritó, me encuentro aquí como lo veis en una posición bastante desagradable, pero podéis hacerme un gran servicio de que sacareis gran utilidad.

—¿Cómo?, preguntó el otro.

— ¿Veis ese pozo ahí abajo?

— Sí, que lo veo.

—¡Muy bien! Pues sabed que, cuando hice la tontería de dejarme prender por esos malditos civiles, eché diez ducados a ese pozo que está seco. Si quisierais hacerme el favor de sacarlos, os daría la mitad. Mi mujer y mis hijas que veis aquí os guardarán vuestra mula hasta que acabéis.

Seducido con la esperanza del lucro, el trajinante cogió enseguida una cuerda, ató un cabo a la orilla del pozo y se dejó ir á fondo.

—¡Ahora alerta! dijo entonces el Halcón gris a su mujer, ¡corta la cuerda, coge la mula y echa a escape con esos niños!

Todo esto se hizo en un cerrar de ojos, el trajinante bramaba como un toro, pero como la campiña estaba casi desierta, pasó mucho tiempo antes que viniera un pasajero en su socorro y no teniendo este bastantes fuerzas para sacarlo, tuvo que esperar a que viniera otro que le ayudase.

Arrancado en fin a su prisión subterránea, el trajinante tuvo que responder a sus libertadores que le preguntaban qué era lo que había ido a hacer a aquel pozo. Contóles, pues, su desventura con grandes imprecaciones contra el ladrón que tan indignamente lo había engañado. Pronto fue conocida en toda la ciudad y hasta llegó a oídos de Motamid que mandó desenclavar al Halcón gris de la cruz y traérselo. Cuando estuvo en su presencia le dijo:

—Seguramente tú eres el mayor bribón que hay en el mundo, pues que ni la perspectiva de la muerte ha bastado para hacerte renunciar a tus truhanerías.

—¡Ay! señor príncipe, le respondió el ladrón, si supierais, como yo, lo apetitoso que es robar, tiraríais al infierno vuestro manto real y no haríais otra cosa.

—Bribón maldito; exclamó el príncipe riéndose a carcajadas. ¡Pero vamos, hablemos seriamente! Si yo te perdonara la vida, te devolviera la libertad, te pusiera en estado de ganarte honrosamente la vida y te señalara un sueldo que bastara para satisfacer tus necesidades ¿te enmendarías y abandonarías tu maldito oficio?

—Mucho se hace por salvar la vida, señor, hasta se enmienda uno. Confiad, quedareis contento de mí.

El Halcón gris cumplió su palabra. Nombrado brigadier de civiles, inspiró tanto terror a sus antiguos cofrades como había inspirada antes a los pasajeros.

Por lo demás, Motamid llevaba una alegre vida sin ocuparse mucho de los negocios del Estado. «En mi opinión, decía en uno de sus poemas, ser prudente es no serlo.» Los festines absorbían gran parte de su tiempo y puesto que él quería mostrarse galante, fuerza es que consagrara todo lo demás a las hermosas jóvenes de su serrallo. No había dejado de amar a Romaiquia, por el contrario, la continuaba amando con pasión, pero como según el código singular que gobierna el amor en los países musulmanes, se pueden permitir algunos caprichos sin ser infiel por eso, dirigía de tiempo en tiempo sus homenajes a otras damas sin que Romaiquia, segura de reinar como soberana en el corazón de su esposo, tuviera nada que decir. La hermosa Amada, era encantadora y cuando bebía a su salud, el príncipe encontraba más aroma al vino que de ordinario. La Luna le hacía compañía cuando estudiaba los versos de los antiguos poetas o escribía los suyos, y si al sol se le ocurría lanzar una mirada indiscreta en el gabinete de estudio, allí estaba Luna para interceptarlo, porque ella sabía, decía el príncipe, que solo la luna puede edificar al sol.» Mas gazmoña y más áspera, La Perla tenía algunas veces caprichos y montaba en cólera: entonces era preciso que Motamid trabajarse mucho para apaciguarla. Una vez que había provocado su enojo; le escribió para disculparse. Ella le respondió bien, pero sin poner su nombre al principio de la carta, como era costumbre.

—¡Ay! ella no me ha perdonado todavía, dijo entonces el príncipe, por eso no ha puesto su nombre al frente de su carta. Sabe que yo adoro su nombre, pero está tan enfadada conmigo que no quiere escribirlo. «Cuando lo vea, se habrá dicho, va a besarlo, pues por Dios que no lo ha de ver.»

¡Qué linda enfermera La Hada! El príncipe pedía a Alá que le concediere como favor el estar enfermo, a condición de que no dejara de ver constantemente a su cabecera a aquella graciosa gacela de purpurinos labios.

Se engañaría, sin embargo, el que se imaginara que Motamid descuidaba por completo continuar la obra de su padre y de su abuelo. Aunque menos ambicioso que ellos, hizo sin embargo lo que estos habían intentado en vano; desde el segundo año de su reinado unió Córdoba a su reino.

Verdad es, que su padre le había abierto el camino y las circunstancias lo secundaron admirablemente. Dos años antes, en 1046, el anciano presidente de la república Abu-Wahid Ibn-Djahwar, hizo dimisión de sus funciones en favor de sus dos hijos Abderramán y Abdelmelic. Confió al mayor todo lo concerniente a la hacienda y a la administración, y al menor, a quien prefería mucho, el mando militar. El menor eclipsó bien pronto al primogénito; pero, sin embargo, todo iba bien, mientras que duró la influencia del hábil visir Ibn-as-Sacca. Este hombre de Estado inspiraba respeto a todos los enemigos declarados o encubiertos de la república y hasta al mismo Motamid. Así que este último comprendió que para lograr sus fines debía comenzar por derribarlo. Trató pues, de hacerlo sospechoso a Abdelmelic ibn-Djahwar y lo consiguió. Ibn-as-Sacca fue condenado a muerte y este acontecimiento tuvo para la república las más desastrosas consecuencias. Los oficiales y los soldados que eran muy adictos al visir presentaron su dimisión en su mayoría, mientras que Abdelmelic se hacía odioso a sus conciudadanos por su dureza y su indolencia. Parece además haber ido cercenando, poco a poco todo lo que quedaba en pie de las instituciones republicanas.

Ya vacilaba, pues, el poder de Abdelmelic cuando Manum de Toledo vino a sitiar Córdoba en el otoño de 1070. Casi sin ejército (pues su caballería estaba reducida a doscientos hombres y estos muy mal) tuvo que retirarse; pero Abdelmelic no ganó nada en ello, por el contrario, los jefes del ejército sevillano, obrando según las órdenes secretas de su señor, se entendieron con los Cordobeses para quitarle el poder a Abdelmelic y dárselo al rey de Sevilla. Este complot fue tramado con el mayor misterio de modo que Abdelmelic no se apercibió de nada. En la madrugada del séptimo día después de la partida de Manum y a punto de salir para despedir a los Sevillanos que habían anunciado que este día se iban a volver, llegaron a su oído gritos sediciosos. Mira y ve su palacio cercado por sus pretendidos auxiliares y por el pueblo. Casi en el mismo instante los prenden lo mismo que a su padre y al resto de su familia.

Motamid fue proclamado señor de Córdoba y los Beni-Djahwar elevados presto a la isla de Saltes, pero el anciano, Abul-Wahid no sobrevivió más que cuarenta días a su infortunio.

El rey poeta habla de esta conquista como si hubiera sido la de una hermosa algo altanera.

He obtenido de rondón, decía, la mano de la hermosa Córdoba, de esa valiente amazona que, con la espada y la lanza en la mano, rechazaba a todos los que la pretendían en

matrimonio. Ahora celebramos los dos nuestras bodas en su palacio, mientras que los otros reyes, mis rivales, desanimados, lloran de rabia y tiemblan de miedo. ¡Temblad y con razón, viles enemigos! porque bien pronto el león caerá sobre vosotros.

Sin embargo, Mamun no se daba por vencido, al contrario, estaba dispuesto a hacerse dueño de Córdoba, costara lo que costara. Acompañado de su aliado Alfonso VI, vino a devastar los alrededores de la ciudad, pero fue rechazado por su joven gobernador Abbad, hijo de Motamid y de Romaiquia. Mas entonces Ibn-Ocacha se comprometió a ponerlo en posesión de la ciudad que ambicionaba. Era este un hombre feroz y sanguinario, un antiguo salteador de la sierra, pero que no carecía de talento y que conocía bien Córdoba, donde había representado algún papel. Nombrado gobernador de una fortaleza se puso a formar intrigas y cábalas en Córdoba, lo que no le era difícil porque había muchos ciudadanos descontentos de la dirección de los negocios. Verdad es, que el príncipe Abbad daba buenas esperanzas, pero como era aún demasiado joven para gobernar por sí mismo, el poder estaba en manos del jefe de la guarnición, Mohamed, hijo de Martin, de origen cristiano, a lo que parece. Pero este hombre, bastante buen soldado, por otra parte, era cruel, sanguinario y libertino. Así, que los Cordobeses lo detestaban, y muchos de ellos no tuvieron escrúpulo en entrar en relaciones con Ibn-Ocacha. Este último, sin embargo, no logró tener enteramente secretos sus manejos. Un oficial se apercibió de que el ex salteador venia muchas noches a las puertas de la ciudad y tenía conversaciones muy sospechosas con los soldados de la guarnición. Refirióle esto a Abbad, pero éste no hizo gran caso del aviso y envió al que se lo daba a Mohamed hijo de Martin, quien lo envió a su vez a oficiales subalternos. En una palabra, cada uno descargó en otro el cuidado de las medidas que habían de tomarse y ninguno cumplió con su deber.

Entretanto, Ibn-Ocacha estaba de continuo en acecho y en enero de 1075, aprovechó para introducirse con los suyos en la ciudad una noche tempestuosa y oscurísima, marchando derechamente al palacio Abbad. No había allí guardia, y ya estaba a punto de forzar las puertas, cuando el príncipe, despertado por el portero vino a cerrarles el paso con un puñado de esclavos y de soldados. A pesar de su extrema juventud se defendió como un león y ya había obligado a los asaltantes a evacuar el vestíbulo, cuando resbaló. Uno de los hombres de la partida cayó sobre él y le dio la muerte. Quedó su cadáver en la calle, casi desnudo, porque despertado de pronto Abbad no había tenido tiempo de vestirse.

Enseguida llevó Ibn-Ocacha a los suyos a casa del gobernador. Tan lejos estaba éste de esperar ser atacado, que en el mismo instante en que entraban en su casa, estaba viendo bailar a sus concubinas. Menos valiente que Abbad, se ocultó cuando oyó el ruido de las espadas en el patio, pero habiendo sido descubierto su escondite, fue preso y luego muerto.

Al apuntar del alba, mientras que Ibn-Ocacha iba de casa en casa a persuadir a los nobles que hicieran causa común con él, un imán que iba a la mezquita, pasó por delante del palacio da Abbad. Le llamó la atención un cuerpo que yacía allí desnudo y sin vida. Reconociendo, no sin trabajo, en este cadáver manchado de lodo, el del joven príncipe, le hizo un piadoso y último honor cubriéndolo con su capa, poro apenas se había marchado cuando llegó Ibn-Ocacha, rodeado de esa turba que en las grandes ciudades lanza gritos de alegría en toda revolución. Por su orden la cabeza de Abbad fue separada del cadáver y paseada per las calles en la punta de una pica. Al verla los soldados de la guarnición tiraron las armas y trataron de

salvarse por una precipitada fuga. Entonces Ibn-Ocacha reunió a los Cordobeses en la gran mezquita y los intimó a que prestaran juramento a Mamun. Aunque había muchos que eran sinceramente adictos a Motamid, el miedo fue tan grande y general que todos se apresuraron a obedecer. A los pocos días llegó Mamun en persona. En apariencia estaba reconocidísimo hacia Ibn-Ocacha, le colmó de honores y le dijo que le concedía una confianza ilimitada; en realidad odiaba y temía a este antiguo bandido endurecido en el crimen, que era hombre capaz de asesinarlo, si fuera preciso, con la misma sangre fría conque había hecho degollar al joven Abbad. Así que buscaba ávidamente un pretexto, una ocasión cualquiera para alejarlo sin ruido y sin escándalo de su reino. No ocultó siempre este designio a sus cortesanos y un día que Ibn-Ocacha acaba de dejarlo dio un profundo suspiro y con los ojos inflamados de cólera murmuró algunas palabras en su favor: «¡Déjate de tonterías! le contestó Mamun, el que no respeta la vida de los príncipes, no está hecho para servirlos.»

Un mes después (junio de 1075) y el sexto de su estancia en Córdoba, murió Mamun envenenado... Uno de sus cortesanos fue acusado de haber cometido este crimen, pero ¿qué extraño a él Ibn-Ocacha? Trabajo cuesta el creerlo.

Trasladémosnos ahora a la carta de Sevilla y figurémosnos la pena de Motamid, cuando recibió la noticia, doblemente fatal, de la pérdida de Córdoba y de la muerte de su hijo primogénito que amaba con idolatría. Y, sin embargo, hubo en aquel, noble corazón un sentimiento que habló más alto que la pena y que el deseo de venganza: el da profunda gratitud hacia aquel imán que había tenido la delicadeza de cubrir con su capa el cadáver de Abbad. Dolíase de no poder recompensarlo, porque ni siquiera sabía su nombre, pero, apropiándose un verso que un antiguo poeta había compuesto en ocasión semejante exclamaba: «¡Ay! ignoro quien es el que ha cubierto a mi hijo con su capa, pero sé que es un hombre noble y generoso.»

Durante tres años fueron inútiles los esfuerzos que hizo para reconquistar Córdoba y vengar en Ibn-Ocacha la muerte de su hijo, hasta que al fin la tomó por asalto el martes 4 de Setiembre de 1078. Mientras que entraba por una puerta, Ibn-Ocacha salía por otra, pero Motamid lanzó en su persecución algunos caballeros que lograron alcanzarlo. Sabiendo que no tenía que esperar perdón de un padre a cuyo hijo había hecho degollar, el antiguo bandido quiso a lo menos vender cara su vida y se lanzó sobre sus enemigos como un toro furioso; pero sucumbió al número. Motamid hizo clavar su cadáver en una cruz con un perro al lado, y la conquista da Córdoba fue seguida de la de todo el país toledano que se extendía entre el Guadalquivir y el Guadiana.

Felices sucesos eran estos, pero la medalla tenía su reverso. En comparación de los otros reyes andaluces, Motamid era un príncipe poderoso, pero no era más independiente, también era tributario. Primero lo había sido de García, tercer hijo de Fernando y rey de Galicia, y ahora lo era de Alfonso VI, desde que este se había apoderado de los reinos de sus dos hermanos, Sancho y García. Pero Alfonso era un soberano muy molesto: no contentándose con un tributo anual, amenazaba de cuando en cuando apropiarse los Estados de sus vasallos árabes. Una vez, entre otras, vino a invadir, al frente de un numeroso ejército, el territorio sevillano. Una inexplicable consternación reinaba entre los musulmanes, demasiados débiles para poderse defender. Solo Ibn-Ammar, el primer ministro, no desesperaba. No contaba con el ejército sevillano: tratar de vencer con él a las huestes cristianas era una quimera, pero conocía a

Alfonso, porque había estado muchas veces en su corte; sabía que era ambicioso, pero también que estaba medio arabizado, es decir, que era fácil de conquistar siempre que se conocieran sus gustos, sus caprichos, sus antojos. Con esto era con lo que contaba y sin perder tiempo en organizar una resistencia armada, mandó fabricar un juego de ajedrez tan magnífico que ningún rey tenía otro semejante. Las piezas eran de ébano y de sándalo incrustados en oro. Provisto de este ajedrez se presentó, bajo un pretexto cualquiera, en el campo de Alfonso, quien lo recibió muy honoríficamente, porque Ibn-Ammar era del escaso número de musulmanes a quienes estimaba.

Un día, Ibn-Ammar enseñó su ajedrez a un noble castellano que gozaba gran favor con Alfonso. Este noble, habló de él al rey, quien dijo a Ibn-Ammar:

—¿Qué tal jugáis al ajedrez?

—Mis amigos opinan que juego bastante bien, respondió Ibn-Ammar.

—Me han dicho que poseéis un juego soberbio.

—Es verdad, señor.

—¿Podría yo verlo?

— Sin duda, pero con una condición: jugaremos juntos, si pierdo, el ajedrez será vuestro, pero si gano yo podré pedir lo que quiera.

—Acepto.

Se trajo el ajedrez y Alfonso estupefacto de la hermosura y de la delicadeza del trabajo, exclamó santiguándose:

—¡Dios mío! nunca hubiera creído que se hubiera podido hacer un ajedrez con tanto arte!

Y, cuando acabó de admirarlo, replicó:

—¿Qué es lo que decíais antes: cuáles eran vuestras condiciones?

Y habiéndoselas repetido Ibn-Ammar.

— ¡No por Dios! yo no juego cuando la puesta me es desconocida, podríais pedirme una cosa que yo no os pudiera dar.

—Como queráis, señor, respondió fríamente Ibn-Ammar, y mandó a sus criados que se llevaran el ajedrez a su tienda.

Se separaron, pero Ibn-Ammar no era hombre que se desanimara tan fácilmente. Confió a algunos nobles castellanos, bajo palabra de guardar secreto, lo que había de exigir de Alfonso en el caso en que le ganara la partida y les prometió sumas considerables si querían ayudarlo. Seducidos con el cebo del oro y bastante tranquilos acerca de las intenciones del árabe; se comprometieron estos nobles a servirlo, y cuando Alfonso, que, por su parte, ardía en deseos de poseer el magnífico ajedrez, les consultó sobre lo que debía hacer le dijeron: «Si ganáis, señor, poseeréis el magnífico ajedrez, que todos los reyes os envidiarán y si perdéis ¿qué podrá

pediros ese árabe? Si hace una petición indirecta, ¿no estamos aquí nosotros que sabremos traerlo a la razón?

Tan bien hablaron que Alfonso se dejó vencer. Mandó pues avisar a Ibn-Ammar de que lo esperaba con su ajedrez y cuando llegó el visir le dijo.

—Acepto vuestras condiciones ¡vamos a jugar!

—Con mucho gusto! respondió Ibn-Ammar, pero hagamos la cosa en regla; permitid que tal y tal—y nombró a muchos nobles castellanos—nos sirvan de testigos.

El rey consistió y, cuando llegaron los nobles que Ibn-Ammar había designado, comenzó el juego.

Alfonso perdió la partida.

—¿Puedo yo pedir ahora, lo que quiera, según hemos convenido?, preguntó entonces Ibn-Ammar.

—Sin duda, replicó el rey, veamos ¿qué es lo que exigís?

—Que os volváis a vuestros Estados con vuestro ejército.

Alfonso se puso pálido. Presa de una febril exaltación, recorría la sala a largos pasos, se sentaba y se ponía de nuevo a pasear.

—Me han cogido, dijo en fin a sus nobles y vosotros tenéis la culpa. Ya me temía yo una petición de esta especie de parte de ese hombre, pero vosotros me tranquilizaseis, me dijisteis que podía confiar y ahora recojo el fruto de vuestros malditos consejos,

Y después de algunos momentos de silencio, exclamó:

—¿Qué me importa su condición después de todo?, no hago caso de ella para nada y voy a continuar mi camino.

—Señor, le dijeron entonces los Castellanos, eso sería delinquir contra el honor, sería faltar a la palabra y vos, el más grande de los reyes de la cristiandad, sois incapaz de hacer semejante cosa.

Al fin, cuando Alfonso se hubo calmado un poco:

—Pues bien, replicó, pero en compensación de esta expedición frustrada necesito a lo menos doble tributo este año.

—Lo tendréis, señor, dijo entonces Ibn-Ammar, y se apresuró a que remitieran a Alfonso el dinero que pedía, de modo que por esta vez, el reino de Sevilla, amenazado de una terrible invasión, se libró del susto gracias a la habilidad del primer ministro.

VII.

No contento con haber salvado el reino de Sevilla, quiso también Ibn-Ammar extender sus límites. Lo que principalmente tentaba su ambición era el principado de Murcia. Primero,

había formado parte de los Estados de Zohair, luego, del reino de Valencia, pero en la época que nos ocupa era independiente. El príncipe que reinaba allí Abu-Abderramán Ibn-Tahir, era un árabe de la tribu Cais. Inmensamente rico, pues poseía la mitad del territorio, era al propio tiempo un espíritu muy culto, pero tenía pocas tropas, de modo que su principado era fácil de conquistar. Ibn-Ammar, lo conoció cuando en el año de 1078 pasó por Murcia para ir a ver, no se sabe con qué motivo, al conde de Barcelona Ramon Berenguer II, apellidado Cabeza de estopa a causa de su abundante cabellera, y aprovechó la ocasión para trabar amistad con algunos nobles murcianos que estaban descontentos, de Ibn-Tahir, o que por lo menos estaban dispuestos a venderlo por dinero. Y cuando se presentó a Ramón, le ofreció diez mil ducados, si quería ayudarlo a conquistar Murcia. El conde aceptó esta proposición y en garantía de la ejecución del tratado envió a su sobrino a Ibn-Ammicar quien por su parte le prometió que si el dinero no iba en el tiempo prefijado, Rachid, hijo de Motamid, que había de mandar el ejército sevillano, serviría de rehén; pero Motamid ignoraba esta cláusula de tratado y como Ibn-Ammar estaba convenido de que el dinero había de llegar a tiempo, creía que no había de llegar el caso de aplicarla:

Salieron a campaña las tropas de Sevilla, unidas con las de Ramón y atacaron el principado de Murcia; pero como Motamid con su indolencia ordinaria dejara pasar el término estipulado, el conde se creyó engañado por Ibn-Ammar y, colérico, lo hizo prender lo mismo que a Rachid. Los soldados sevillanos bien trataron de libertarlos, pero fueron batidos y obligados a retirarse. Motamid se hallaba en esta época de camino para Murcia, llevando consigo al sobrino del conde, pero como caminaba despacio, no estaba todavía más que a orillas del Guadiana menor, que no podía pasar a causa de la crecida, cuando los fugitivos de su ejército aparecieron en la otra orilla. Venían entre ellos dos caballeros a quienes Ibn-Ammar había dado sus instrucciones. Echáronse con sus caballos al rio y, habiéndolo atravesado, contaron a Motamid los deplorables sucesos que habían ocurrido, añadiendo, sin embargo, que Ibn-Ammar esperaba recobrar enseguida la libertad y suplicando al príncipe en su nombre que permanecería donde estaba. No lo hizo Motamid. Consternado con la noticia que acababa de recibir y muy inquieto por la suerte de su hijo, retrocedió hasta Jaén, después de haber hecho encadenar al sobrino del conde. Diez días después Ibn-Ammar que había sido soltado, llegó cerca de Jaén, pero no atreviéndose a presentarse a la vista de Motamid, cuya cólera temía, le envió estos versos:

¿Debo yo creer a mis presentimientos o dar oído a les consejos de mis compañeros? ¿Ejecutaré mi designio o permaneceré aquí con mi escolta? Cuando obedezco los impulsos de mi corazón avanzo seguro de ver los brazos del amigo abiertos para recibirme: pero cuando reflexiono me vuelvo atrás. ¡La amistad me arrastra hacia adelante, pero el recuerdo de la falta que he cometido me hace retroceder! ¡Cuán extraños son los decretos del destino! ¿Quién me hubiera predicho que había de llegar un día en que me fuera más grato estar lejos que cerca de vos? Os temo, porque tenéis el derecho de quitarme la vida; espero, porque os amo con todo mi corazón. Tened piedad de aquél cuya adhesión inquebrantable conocéis, del que no tiene más mérito que amaros sinceramente. Nada he hecho que pueda suministrar armas contra mí a los envidiosos, nada que pruebe de mi parte negligencia ni presunción, pero vos mismo me habéis expuesto a una terrible calamidad, habéis enmohecido mi espada. Es verdad que si me acordara de vuestros numerosos beneficies que han sido para mí lo que la lluvia para las ramas

de los árboles, no me dejaría consumir así por horribles tormentos y no diría que lo que ha sucedido, ha sucedido por mi culpa. De rodillas imploro vuestra clemencia, os suplico que me perdonéis, pero aunque tuviera que experimentar cerca de vos el áspero viento del Norte, exclamaría, sin embargo: ¡Oh brisa dulce a mi corazón!

Motamid, que debía conocer que también él era culpable, no resistió al llamamiento que Ibn-Ammar hacia a su amistad y le respondió con estos versos:

> "¡Ven a ocupar tu lugar a mi lado! Ven sin temor, porque te esperan bondades y no reprensiones.
>
> Estáte convencido de que te amo demasiado para poder afligirte; bien sabes que nada me es más grato que verte alegre y contento.
>
> Cuando vengas aquí, me encontrarás como siempre, pronto a perdonar al pecador, clemente con mis amigos.
>
> Te trataré con bondad como antes y te perdonaré tu falta, si ha habido falta;
>
> porque el Eterno no me ha dado un corazón duro y no acostumbro a olvidar una amistad antigua y sagrada."

Tranquilo con esta respuesta, Ibn-Ammar voló a los pies de su soberano. Convinieron entre sí, en ofrecer al conde la libertad de su sobrino y los diez mil ducados a que tenía derecho siempre que soltara a Rachid. Pero Ramón no se contentó con la suma estipulada, en lugar de los diez mil ducados, pidió treinta mil y como Motamid no los tenía hizo acuñarlos con una liga muy considerable. Felizmente para él, el conde no se apercibió del fraude hasta después de haber devuelto la libertad a Rachid.

A pesar del mal éxito de la primera tentativa, Ibn-Ammar no dejaba de codiciar a Murcia. Pretendía haber recibido de algunos nobles murcianos, cartas que le daban grandes esperanzas y trabajó tan bien, que Motamid le permitió al cabo ir a sitiar Murcia con el ejército sevillano.

Habiendo llegado a Córdoba, se detuvo allí veinticuatro horas para reunir a sus tropas la caballería que había en la ciudad. Pasó toda la noche en compañía del gobernador Fath y quedó tan encantado de su conversación ingeniosa y picante, que cuando vino un eunuco a anunciarle que comenzaba a rayar la aurora, improvisó este verso:

"¡Vete imbécil! toda esta noche ha sido una aurora para mí. ¿Ni cómo podría ser de otro modo, si Fath me ha hecho compañía?"

Continuando sus jornadas, llegó cerca de un castillo que llevaba todavía el nombre de Baldj, jefe de los árabes sirios en el siglo octavo, y del que era gobernador otro árabe que pertenecía a la tribu de Baldj, es decir, a la de Cochair. Este árabe que se llamaba Ibn-Rachic, salió a su encuentro suplicándole que descansara en el castillo. Ibn-Ammar aceptó la invitación. El castellano le trató magníficamente no descuidando nada para insinuarse en su gracia y lo consiguió demasiado bien. Ibn Ammar no tardó en concederle su confianza, pero nunca le había colocado tan mal.

Acompañado de su nuevo amigo, fue a poner sitio a Murcia y poco después se le rindió Mula. Esta era para los murcianos una gravísima pérdida, porque los víveres les iban por aquel lado, por lo que Ibn-Ammar no dudó de que la ciudad no tardaría en rendirse, y habiendo confiado Mula a la custodia de Ibn-Rachic a quien dejó una parte de su caballería, se volvió a Sevilla con el resto del ejército. Cuando llegó, recibió carta de su teniente en que le decía que Murcia estaba acosada por el hambre y que algunos ciudadanos influyentes a quienes había prometido puestos lucrativos, se habían comprometido a secundar a los sitiadores. «Mañana o pasado, dijo entonces Ibn-Ammar, sabremos que se ha tomado Murcia.» Cumplióse su predicción. Algunos traidores abrieron a Ibn-Rachic las puertas de la ciudad, Ibn-Tahir fue preso y todos los habitantes prestaron juramento a Motamid.

Luego que Ibn-Ammar, ebrio de gozo recibió estas noticias, pidió permiso a Motamid, para ir a la ciudad conquistada. Este se la concedió sin vacilar. Entonces el visir que quería recompensar noblemente a los murcianos, se hizo dar gran cantidad de caballos y de mulos pertenecientes a las caballerizas reales, pidió prestados otros a sus amigos y cuando tuvo cerca de doscientos los hizo cargar de telas preciosas y se puso en marcha a tambor batiente y con banderas desplegadas. En todas las ciudades porque pasaba, se hacía entregar las cajas del Estado. Su entrada en Murcia fue un verdadero triunfo. Al día siguiente de audiencia, pero afectando aires de soberano, porque se había cubierto con un gorro muy alto, tal como su señor tenía costumbre de llevarlo en ocasiones solemnes, y cuando se le presentaban peticiones, escribía al pie: «Que así sea si Dios quiere» sin nombrar a Motamid.

Esta conducta presuntuosa se parecía mucho a una rebelión. Motamid, al menos, lo juzgaba así. Sin embargo, no se encolerizó: un sentimiento de tristeza y de desaliento se apoderó de él; veía desvanecerse de pronto el sueño que había acariciado durante veinticinco años. ¿Le habría engañado el instinto de su corazón? ¿La amistad de Ibn-Ammar, sus protestas de desinterés y de adhesión inquebrantable, no habría sido más que hipocresía y mentira? Sin embargo, acaso era menos culpable de lo que parecía a los ojos de su soberano. Tenía, cierto es, una vanidad excesiva y absurda, pero no es seguro que hubiera tenido el culpable pensamiento de rebelarse contra su bienhechor. De carácter menos ardiente e impresionable, acaso no tuvo nunca a Motamid la amistad entusiasta y apasionada que este le profesó; pero tenía, sin embargo un afecto verdadero a su rey, testigos estos versos, que dirigió en respuesta a las reprensiones de Motamid:

“No, vos os engañáis cuando decís, ¡que me han cambiado las vicisitudes de la fortuna! El amor que tengo a Chams, mi anciana madre, es menos fuerte que el que siento por vos. ¡Querido amigo! ¿cómo es posible que vuestra bondad no me alumbre con sus rayos, como el relámpago alumbra las tinieblas de la noche? ¿Cómo es posible que ni una tierna palabra venga a consolarme, como dulce brisa? ¡Oh! yo sospecho que algunos infames que conozco han querido destruir nuestra tierna amistad! Así me retiráis vuestra mano, después de una amistad de veinticinco años de cumplida felicidad, pasados sin que hayáis tenido la menor queja de mí, sin que me haya hecho culpable de ninguna mala acción, ¿me retiráis así vuestra mano dejándome presa de las garras del destino? ¿Soy yo otra cosa para vos que un esclavo obediente y sumiso? Reflexionad un momento, no os precipitéis, el que se precipita demasiado, cae; mientras que el que camina con circunspección, llega al término de su viaje. ¡Ah! ya os

acordareis de mí cuando se rompan los lazos de amistad que nos unían y no os queden más que amigos interesados y falsos. Ya me buscareis cuando ninguno de los que os rodean pueda daros un buen consejo y yo no estaré allí, yo que sabía aguzar el ingenio de los demás."

¿Quién sabe si una hora de conversación y de expansión no hubiera disipado las prevenciones de Motamid y reconciliado aquellas dos almas tan bien forjadas para entenderse? Mas ¡ay! el príncipe y el visir se hallaban lejos uno de otro y este tenía en Sevilla una multitud de envidiosos y de enemigos que se gozaban en calumniarlo y en denigrarlo a los ojos del monarca; en interpretar malignamente sus menores hechos y sus palabras más sencillas. Estaban tan apoderados del ánimo del príncipe aquellos «infames» de que Ibn-Ammar habla en su poema y entre los que se distinguía el visir Abu-Ber ibn-Zaidun, el hombre más influyente entonces en la corte, que Motamid había concebido ya sospechas de la fidelidad de Ibn-Ammar, cuando este le pidió licencia para ir a Murcia. Únase a esto que Ibn-Ammar encontró un enemigo no menos peligroso en Ibn-Abdalaziz, príncipe de Valencia y amigo de Ibn-Tahir.

Al llegar a Murcia, Ibn-Ammar tenía intenciones de tratar a Ibn-Tahir de una manera honorífica; así que le hizo presentar muchos vestidos de honor para que eligiera uno de su gusto, pero Ibn-Tahir cuyo genio naturalmente cáustico se había agriado con la pérdida de su principado, respondió al mensajero de Ibn-Ammar: «Ve a decir a tu señor que no quiero otra cosa suya más que su larga pelliza y su pequeña cachucha.» Al recibir esta respuesta, en medio de sus cortesanos, Ibn-Ammar se mordió los labios de despecho. «Comprendo el sentido de sus palabras, dijo al fin; sí, ese era el traje que yo llevaba cuando pobre y oscuro vine a recitarle mis versos.» Pero no perdonó a Ibn-Tahir este rudo golpe asestado a su vanidad. Cambiando de intenciones respecto a él, lo hizo encerrar en la fortaleza de Monteagudo. Cediendo a las instancias de Ibn-Abdalaziz, Motamid envió a su visir la orden de poner en libertad a Ibn-Tahir, pero Ibn-Ammar no lo hizo. Entretanto Ibn-Tahir consiguió evadirse, gracias a la ayuda que le prestó Ibn-Abdalaziz, y fue a establecerse en Valencia. Ibn-Ammar se puso furioso y compuso con esta ocasión un poema en el que excitaba a los valencianos a rebelarse contra su señor. He aquí algunos versos:

"Habitantes de Valencia, sublevaos todos contra los Beni-Abdalaziz, proclamad vuestras justas quejas y elegid otro rey, un rey que sepa defenderos contra vuestros enemigos. Ya sea Mohamed o Ahamed, siempre será mejor que ese visir que ha entregado vuestra ciudad al oprobio, como un marido sin vergüenza que prostituye a su propia mujer. Ha ofrecido asilo al que había sido abandonado por sus propios súbditos. Haciéndolo, os ha llevado un pájaro de mal agüero, os ha dado por conciudadano un hombre vil e infame. ¡Ay! es preciso lavarme la cara en la que una muchacha sin brazalete, una vil esclava me ha dado un bofetón. ¿Crees escapar Ibn-Abdalaziz a la continua venganza de un hombre que marcha siempre en persecución de su enemigo y que continua su ruta, aunque no le alumbra ninguna estrella? ¿Con qué astucia puede sustraerte a las manos vengadoras de un bravo guerrero de los Beni-Ammar que lleva tras sí un bosque de lanzas? ¡Esperad verlo llegar enseguida, rodeado de un innumerable ejército! ¡Valencianos, os doy un buen consejo; marchad como un solo hombre contra ese palacio que encubre tantas infamias tras de sus muros, ¡apoderaos do los tesoros

que encierran sus cuevas, derribadlo hasta los cimientos de modo que solo las ruinas atestigüen que existió un día!"

Cuando Motamid tuvo conocimiento de esta composición, estaba ya tan irritado contra Ibn-Ammar, que la parodió de este modo:

«Con qué astucia podrá sustraerse a las manos vengadoras de un bravo guerrero de los Beni-Ammar; de esos hombres que se prosternaban antes con inaudita bajeza a los pies de todos los señores, de todos los príncipes, de todas las testas coronadas, que se creían dichosos cuando recibían de sus amos una parte algo mayor que los demás criados, que, despreciables verdugos, cortaban las cabezas a los criminales y que se han elevado de la condición más ínfima a las dignidades más altas."

Estos versos causaron a Ibn-Abdalaziz un gozo inexplicable, pero Ibn-Ammar se ahogaba de cólera y en su furia compuso contra Motamid, contra Romaiquia y contra los Abbaditas en general una sátira mucho más sangrienta todavía. Él, aventurero nacido bajo la paja, él, a quien la bondad de Motamid había sacado de la nada, se atrevió a echar en cara a los Abbaditas, no ser, después de todo, más que oscuros labriegos de la aldea de Jaumin, «esa capital del universo», como decía con amarga ironía. «Tú has elegido entre las hijas del populacho, proseguía, esa esclava que Romaic, su amo hubiera cambiado de buena gana por un camello de un año. Ella ha echado al mundo hijos libertinos, hombrecillos rechonchos que la avergüenzan. Motamid, yo mancillaré tu honor, yo desgarraré los velos que cubren tus torpezas, yo los haré caer a pedazos. Si, émulo de los antiguos héroes, sí, tú has defendido tus aldeas, pero sabías que tus mujeres te engañaban y se lo consentías»

Por un resto de pudor, Ibn-Ammar no enseñó estos versos, escritos en un acceso atroz de rabia más que a sus amigos más íntimos; pero había entra ellos un rico judío de Oriente a quien había concedido su confianza sin sospechar que era un emisario de Ibn-Abdalaziz. Este judío consiguió sin gran trabajo procurarse una copia de la sátira escrita por mano de Ibn-Ammar y la envió al príncipe de Valencia. Este escribió enseguida a Motamid y por medio de una paloma le envió su carta y la sátira en un mismo pliego.

Desde entonces toda reconciliación se hizo imposible. Ni Motamid, ni Romaiquia, ni sus hijos, podían perdonar a Ibn-Ammar sus innobles injurias. Pero el rey de Sevilla no tuvo necesidad de castigar a su visir, otros se tomaron ese cuidado. Abandonándose a los placeres con una completa indolencia, no se apercibió Ibn-Ammar de que Ibn-Rachic, secundado por el pueblo de Valencia le hacía traición, y cuando llegó a abrir los ojos ya era tarde: excitados por Ibn-Rachic los soldados pidieron a gritos sus pagas atrasadas y, como Ibn-Ammar no podía satisfacerlos, lo amenazaron con entregarlo a Motamid. Esta amenaza lo hizo temblar y se salvó huyendo precipitadamente.

Fue a buscar asilo cerca de Alfonso, lisonjeándose con la esperanza de que este monarca lo ayudaría a reconquistar Murcia; pero se engañaba: Alfonso había sido ganado por los magníficos presentes que le había hecho Ibn-Rachic y dijo a Ibn-Ammar: «Todo eso no es más que una historia de ladrones: el primer ladrón ha sido robado por otro y este lo ha sido por un tercero.» Viendo pues que no tenía nada que esperar en León, Ibn- Ammar fue a Zaragoza donde entró al servicio de Moctadir. Pero esta corte, mucho menos brillante que la de Sevilla,

le desagradó mucho. Fue pues a Lérida, donde reinaba Mudhaffar, hermano de Moctadir. Allí encontró excelente acogida, pero, como Lérida le parecía más monótona aún que Zaragoza, se volvió a esta última ciudad, donde Mutamin había sucedido a su padre Moctadir. El fastidio, ese mal horrible, se había apoderado de él y se extendía como negra nube sobre su presente y su porvenir; así que se felicitaba de encontrar ocasión de salir de su ociosidad. Un castellano a quien conocía se había revelado; él dio palabra a Mutamin de reducirlo y se puso en camino con una pequeña escolta. Habiendo llegado al pie de la montaña en que se encontraba el castillo, pidió permiso al rebelde para ir a hacerle una visita acompañado solo de dos hombres. El castellano, que desconfiaba de él, no vaciló en acceder a su demanda. «Cuando me veáis ir al lado del gobernador y estrecharle la mano, dijo Ibn-Ammar a sus dos servidores Djabir y Hadi, le hundiréis vuestras espadas en el pecho.» El castellano fue muerto, sus soldados pidieron y obtuvieron el perdón y Mutamin quedó muy contento del servicio que Ibn-Ammar le había prestado. Poco después creyó éste hallar nueva ocasión para satisfacer la necesidad de actividad febril que le devoraba. Quiso procurar a Mutamin la posesión de Segura. Encaramada en la última cresta de un pico casi inaccesible, había logrado esta fortaleza conservarse independiente cuando Moctadir se apoderó de los Estados de Alí, príncipe de Denia, y un hijo de este llamado Sirad-al-daula, la había poseído por algún tiempo; pero como acababa de morir los Beni-Sohail que eran tutores de sus hijos, querían vender Segura a cualquier príncipe vecino, e Ibn-Ammar prometió a Mutamin entregársela del mismo modo que le había entregado el otro castillo. Partió pues, con algunas tropas y mandó a pedir a los Beni-Sohail que le concedieran una conferencia. Consintieron, pero en lugar de caer en sus redes, Ibn-Ammar que los había ofendido, cuando reinaba en Murcia, fue el que cayó en el lazo. Las entradas de la fortaleza estaban defendidas por una pendiente tan escarpada que para entrar en ella era preciso dejarse izar a fuerza de brazos. Cuando llegó a este lugar peligroso, acompañado de Djabir y Hadí, compañeros obligados en toda empresa aventurera, Ibn-Ammar se hizo subir el primero; pero en cuanto puso los pies en el suelo, lo cogieron los soldados de la guarnición que gritaron a sus acólitos, que echaran a correr si no querían ser muertos a flechazos. No tuvieron necesidad de repetirles el aviso y ellos corriendo cuesta abajo fueron a anunciar a los soldados de Zaragoza que Ibn-Ammar había sido hecho prisionero. Estos, persuadidos de que era inútil toda tentativa para salvarlo, se volvieron por donde habían venido.

Después de haber metido a Ibn-Ammar en un calabozo, los Beni-Sohail resolvieron venderlo al mejor postor. El que lo compró fue Motamid, lo mismo que el castillo de Segura, y encargó a su hijo Radhí que condujera el prisionero a Córdoba. El infortunado visir entró en esta ciudad cargado de cadenas y montado en una mula de carga entre dos sacos de paja. Motamid lo abrumó de reprensiones y le mostró la terrible sátira, preguntándole si conocía la letra. El prisionero que apenas podía tenerse en pie, tan pesadas eran sus cadenas, le escuchó en silencio con los ojos clavados en el suelo y cuando el príncipe hubo terminado su larga invectiva, le dijo:

—Nada niego señor de lo que acabáis de decirme. ¿De qué me serviría negarlo si hasta las piedras hablarían para atestiguar la verdad de vuestras palabras? He faltado, os he ofendido gravemente, ¡pero perdonadme!

— Lo que tú has hecho no se perdona, le respondió Motamid.

Las damas a quienes había ultrajado en su sátira se vengaron encarneciéndolo con burlas mordaces. En Sevilla tuvo que sufrir de nuevo los insultos de la multitud. Sin embargo, su cautividad se prolongaba y esto le daba alguna esperanza. Sabía que muchos personajes elevados, entre otros el príncipe Rachid hablaban o escribían en su favor. Así, que no cesaba de estimular su celo con sus versos, pero Motamid estaba ya tan fatigado de las multiplicadas súplicas que le dirigían que había prohibido dar al prisionero avíos de escribir cuando este le suplicó que le dieran por última vez papel, tinta y un «cálamo.» Habiendo obtenido su demanda dirigió a Motamid un largo poema que se entregó al sultán por la noche en un festín. Cuando se marcharon los convidados, Motamid lo leyó, se conmovió e hizo venir a Ibn-Ammar a su cámara donde le reprendió de nuevo su ingratitud. Al principio Ibn-Ammar, sofocado por las lágrimas, no pudo responderle nada, pero serenándose poco a poco, supo recordarle con tal elocuencia la dicha que antes habían gozado juntos que Motamid conmovido, enternecido, medio vencido acaso, le dirigió algunas palabras animadoras, aunque sin concederle formalmente el perdón. Desgraciadamente—porque el peor de los males es el que nos viene cercado de esperanzas—desgraciadamente Ibn-Ammar, se engañó mucho sobre los sentimientos de Motamid respecto de él. A las alternativas de cólera y de enternecimiento de que había sido testigo, les dio un sentido que no tenían. Motamid le había conservado un resto de cariño, pero de eso al perdón, había todavía mucho que hablar, y esto fue lo que Ibn-Ammar no comprendió. Habiendo vuelto a su prisión creyó en un próximo cambio de fortuna y no pudiendo contener el gozo en que desbordaba su corazón, escribió a Rachid una carta anunciándole el feliz éxito de su conversación con el monarca. Rachid estaba con otros cuando le fue entregada y mientras que la leía, su visir Isa echó una mirada furtiva y rápida, pero que le bastó para convencerlo que era. Sea charlatanería, sea que no me quiera Ibn-Ammar, no divulgó la cosa y pronto llegó a oídos de Abu-Berc ibn-Zaidun llena de exageraciones que nos son desconocidas, pero que debían haber sido muy infames, porque un historiador árabe dice que las pasa en silencio porque no quiere con ellos manchar un libro. Ibn-Zaidun pasó la noche en una terrible ansiedad: la rehabilitación de Ibn-Ammar era su desgracia, acaso su sentencia de muerte. A la mañana siguiente no sabiendo aun a qué atenerse se quedó en casa a la hora en que de ordinario iba a palacio. Motamid le mandó a buscar y lo recibió tan afectuosamente como da costumbre, de modo que Ibn-Zaidum adquirió la seguridad de que su situación era menos peligrosa de lo que había temido. Así, cuando el sultán le preguntó que porqué se había hecho esperar tanto, le respondió, que creía haber caído en desgracia y le hizo saber al mismo tiempo que su conversación con Ibn-Ammar era conocida de toda la carta que se esperaba ver de nuevo en el poder al ex-visir, que su amigo y compatriota Ibn-Salam le tenía ya prefecto de la ciudad, preparadas las mejores habitaciones de su casa para alojarlo mientras que le devolvieran sus palacios y no hay que decir que no dejó de contar las calumnias que se habían divulgado.

Motamid no sentía ya más que ira. Aun cuando lo que hubiera pasado entre él y su prisionero no hubiera sido desnaturalizado por el odio, le hubiera indignado la loca presunción de Ibn-Ammar que, de algunas buenas palabras, había deducido al punto que iban a ponerlo en libertad y a volver al poder. «Ve a preguntar a Ibn-Ammar, dijo Motamid dirigiéndose a un eunuco esclavo, como ha podido divulgar la conversación que tuve con él ayer noche.»

El eunuco volvió enseguida diciendo:

—Ibn-Ammar niega haber dicho nada a nadie.

—Pero puede haber escrito, replicó Motamid. Yo le hice dardos hojas de papel: sobre la una ha escrito el poema que me ha enviado, pero ¿qué ha hecho de la otra? Ve y pregúntaselo.

El eunuco volvió y dijo:

—Ibn-Ammar pretende que la otra hoja le ha servido para escribir el borrador del poema.

—Entonces que te dé el borrador, replicó Motamid.

Ibn-Ammar no pudo negar la verdad por más tiempo.

—He escrito a Rachid, dijo tristemente, para anunciarle lo que el príncipe me había prometido.

A esta confesión la sangre de su terrible padre, de aquel buitre pronto siempre a caer sobre su presa para despedazarla y saciar su ira en sus entrañas, se despertó en las venas de Motamid y se las abrazó. Cogiendo la primera arma que encontró a mano, que era una magnífica hacha que había recibido de Alfonso, bajó en dos saltos los tramos de escalera que iban a la habitación donde Ibn-Ammar estaba encerrado. Al encontrar la mirada de fuego del monarca, Ibn-Ammar se quedó muerto. Presentía que iba a sonar su última hora... Arrastrando sus cadenas fue a echarse a los pies de Motamid que humedeció con sus besos y sus lágrimas; pero el sultán inexorable levantó el hacha y lo hirió diferentes veces hasta que quedó muerto, hasta que su cadáver estuvo frío...

Tal fue el fin trágico de Ibn-Ammar que excitó en la España árabe una vivísima emoción aunque no muy larga, porque los graves sucesos que ocurrieron en Toledo y los progresos de las armas castellanas no tardaron en dar otra dirección a las ideas.

CAPÍTULO XXX

I.

El emperador Alfonso VI, rey de León, de Castilla, de Galicia y de Navarra, tenía decidida intención de conquistar toda la Península y era lo bastante poderoso para hacerlo. Sin embargo, no quería realizarlo de pronto. Nada le obligaba a apresurarse, tenía tiempo de esperar. Ante todo, reunir dinero, nervio de la guerra y el medio más seguro de lograr el objeto que se proponía su ambición. En consecuencia, ponía en prensa a los príncipes musulmanes y como de una prensa manan la sidra y el vino, de estos reyezuelos estrujados manaba el oro.

El más débil de sus tributarios era acaso Cadir, rey de Toledo. Educado en la molicie del serrallo, era esto príncipe el juguete de sus eunucos y la burla de sus vecinos que lo despojaban a porfía. Solo Alfonso parecía protegerlo. Así, que se dirigió a él cuando ya no pudo contener a sus súbditos hartos de su tiranía. Alfonso prometió enviarle tropas, pero exigió en recompensa una suma enorme. Cadir se la pidió a los principales ciudadanos a quienes había hecho ir a su presencia. Ellos se negaron a dársela. «Os juro exclamó entonces que si no me la dais al momento, entrego a vuestros hijos en manos de Alfonso.

—Antes te echaremos, le respondieron.

En efecto, los Toledanos se entregaron a Motawakkil de Badajoz y Cadir tuvo que escaparse durante la noche. Entonces imploró de nuevo el socorro de Alfonso. «Iremos a sitiar Toledo, le dijo el emperador, y serás restablecido en tu trono; pero para eso es preciso que me des todo el dinero que has traído de Toledo, todavía me hará falta más en adelante y me dejarás algunas fortalezas en prenda.» Cadir consintió en todo y comenzaron las hostilidades contra Toledo (1030).

Ya habían durado dos años, cuando el emperador envió según costumbre una embajada a Motamid para pedirle el tributo anual. Esta embajada se componía de muchos caballeros, pero el encargado de recibir el dinero era un judío, llamado Ben-Chalib, porque en esta época los judíos servían por lo común de intermediarios entre cristianos y musulmanes.

Habiendo levantado los embajadores sus tiendas fuera de la ciudad, Motamid mandó algunos de sus grandes, entre los que se encontraba el primer ministro Abu-Ber ibn-Zaidun, a que llevaran lo que tenía que pagar. Pero parte de la moneda era de baja ley, no habiendo podido reunir Motamid lo bastante, aunque había impuesto a sus súbditos una contribución extraordinaria. Así, que el judío exclamó al verla: «¿Me creéis lo bastante tonto para tomar esta moneda falsa? Yo no tomo más que oro puro y el año que viene necesitaré ciudades.»

Cuando refirieron estas palabras a Motamid, se encolerizó en gran manera. «¡Que me traigan a ese judío y a sus compañeros!» gritó a sus soldados. Ejecutóse la orden y cuando llegaron los embajadores a palacio, dijo Motamid:

—Que metan a esos cristianos en la cárcel y que se crucifique a ese maldito judío.

—Perdón, perdón gritó el judío que, antes tan orgulloso, temblaba ahora como un azogado; y os daré de oro lo que peso.

—¡Por Dios! Aunque me dieras la Mauritania y la España por tu rescate, no te las tomaría.

El judío fue crucificado.

Al saber lo que había ocurrido, Alfonso juró por la Trinidad y por todos los santos del paraíso que había de tomar una venganza sonada, terrible. «Iré, dijo, a devastar el reino de ese infiel con guerreros tan innumerables como los cabellos de mi cabeza y no he de detenerme hasta llegar al estrecho de Gibraltar.» Pero no pudiendo abandonar a su suerte a los caballeros cristianos que gemían en los calabozos de Sevilla, mandó a preguntar a Motamid con qué condiciones consentiría en soltarlos. El sultán exigió la restitución de Almodovar, y habiéndole sido entregada esta ciudad, puso en libertad a los caballeros, pero apenas estuvieron en su patria de vuelta, Alfonso ejecutó sus amenazas. Saqueó y quemó los pueblos del Axarafe, mató o se llevó como esclavos a todos los musulmanes que no tuvieron tiempo de meterse en una plaza fuerte, asedió Sevilla durante tres días y habiendo llegado a las playas de Tarifa metió su caballo en las olas exclamando: «¡Esta tierra es la última da España y la he pisado!» Cumplido su juramento y satisfecha su vanidad, llevó su ejército al reino de Toledo.

Aqui también sus armas fueron victoriosas y habiendo tenido Motawakkil que evacuar el país, los habitantes de la capital abrieron las puertas a Cadir a pesar suyo (1084). Cadir les sacó enormes sumas, que ofreció a Alfonso. «Eso no es bastante», le dijo fríamente el Emperador. Entonces Cadir le ofreció además los tesoros de su padre y de su abuelo.

—Todavía eso no es suficiente, dijo Alfonso.

—Os daré más, pero concededme un plazo.

—Te lo concedo, siempre que me des de nuevo fortalezas en prenda.

Cadir consintió.... Su herencia se caía a pedazos, todos sus recursos se agotaban, pero ¿qué podía hacer? Sabía que la espada del terrible Alfonso estaba suspendida sobre su cabeza y que a la menor señal de desobediencia caería sobre ella. Daba, pues, oro y más oro, fortalezas y más fortalezas; para contentar al emperador estrujaba a sus súbditos y despoblaba su reino; porque no pudiendo hacer otra cosa los Toledanos emigraban en masa para establecerse en los Estados del rey de Zaragoza. Y, sin embargo, todo esto no le servía de nada; cuanto más daba, más exigente se hacía Alfonso, y cuando juraba que ya nada tenía que dar, el emperador venía a asolar los alrededores de Toledo. Por algún tiempo se asió todavía a su trono apolillado, pero al fin tuvo que tomar soleta. Fue pues, adonde Alfonso lo esperaba y se declaró pronto a cederle a Toledo, pero puso ciertas condiciones, de las que las principales eran estas:

Alfonso tomaría bajo su salvaguardia la vida y los bienes de los Toledanos y estos podrían irse o quedarse a su voluntad.

No les exigiría más que una capitación señalada de antemano.

Les dejaría la mezquita mayor, y se comprometería a poner a Cadir en posesión de Valencia.

El emperador aceptó estas condiciones y el 25 de mayo de 1085 hizo su entrada en la antigua capital del reino visigodo.

Desde entonces nada igualó a su orgullo, si no es la bajeza de los príncipes musulmanes. Casi todos se apresuraron a enviarle embajadores para cumplimentarlo, le ofrecieron presentes y le declararon que se consideraban como sus recaudadores de contribuciones. Alfonso, «el soberano de los hombres de las dos religiones», como se intitulaba en sus cartas, no se tomaba siquiera el trabajo de disimular el desprecio que le inspiraban. Hosam-addaula, señor de Albarracin, había venido en persona a ofrecerle un soberbio regalo. Justamente un mono divertía con sus saltos al emperador. «Toma ese animal en cambio de tu presente» le dijo Alfonso con acento de supremo desdén. Y el musulmán lejos de resentirse de la injuria, vio en este mono una prenda de amistad, una prueba de que Alfonso no tenía intención de quitarle sus Estados.

Después de la toma de Toledo, le tocó el turno a Valencia. Dos hijos de Ibn-Abdalaziz se disputaban allí el poder, otro partido quería entregar Valencia al rey de Zaragoza y otro todavía a Cadir. Este último triunfó, Cadir tenía en efecto los mejores títulos que hacer valer; llevaba tras sí un ejército castellano mandado por el gran capitán Alvar Fañez. Solo que los valencianos tenían que costear la mantención de estas tropas y ellas les habían de costar seiscientas monedas de oro cada día. Por más que le dijeron a Cadir, que no tenía necesidad de este ejército, pues que ellos le habían de servir lealmente, este no hizo la simpleza de creer en sus promesas y sabiendo que lo detestaban y que los antiguos partidos no habían perdido la esperanza, retuvo a los Castellanos. A fin de poder pagarlos gravó a la ciudad y a su territorio con un impuesto extraordinario y sacó a la nobleza sumas enormes. Pero a pesar de los actos más despóticos, apremiado por Alvar Fañez para que pagara los alcances de su sueldo, se halló, al fin, un día sin recursos. Entonces propuso a los Castellanos que se fijaran en su reino, ofreciéndoles extensas posesiones. Ellos consintieron, pero, haciendo cultivar sus vastos dominios por siervos, continuaban enriqueciéndose, haciéndose razias en las cercanías. Su tropa se había aumentado con la hez de la población arábiga. Una multitud de esclavos, de viciosos y de presidarios se habían alistado en sus banderas y pronto adquirieron estas bandas por sus crueldades inauditas una triste celebridad. Asesinaban a los hombres, violaban a las mujeres y cambiaban muchas veces un prisionero musulmán por un pan, por un jarro de vino o por una libra de pescado. Cuando un prisionero no quería o no podía pagar rescate, le cortaban la lengua, le sacaban los ojos y hacían que sus perros lo despedazaran.

Valencia estaba, pues, en realidad en poder de Alfonso. Cadir llevaba todavía el título de rey, pero gran parte del territorio pertenecía a los Castellanos y para incorporar esta ciudad a sus Estados no tenía Alfonso más que pronunciar una palabra. Zaragoza también parecía perdida. El emperador la sitiaba y había jurado que la había de tomar. Al otro extremo de España un capitán de Alfonso, García Giménez, que se había metido con una tropa de caballeros en el castillo de Aledo, no lejos de Lorca, hacía sin cesar excursiones contra reino de Almería. Ni estaba más libre el de Granada, la prueba es que en la primavera de 1085 los Castellanos avanzaron hasta el pueblo de Nibar a una legua E. de Granada y allí dieron una batalla a los musulmanes. Doquiera en fin el peligro era extremo y el desánimo también. No se atrevían a luchar con los cristianos, ni aun siendo cinco contra uno. Recientemente un

cuerpo de cuatrocientos Almerienses (y era un cuerpo escogido) había huido delante de ochenta Castellanos. Era pues evidente que, si los árabes españoles seguían abandonados a sí mismos, tendrían que elegir entre someterse al emperador o emigrar en masa. Muchos de ellos, en efecto, opinaban que era preciso abandonar el país. «Poneos en camino, oh Andaluces, cantaba un poeta, porque quedarse aquí sería una locura.» La emigración, sin embargo, era un partido extremo y difícilmente se resolvían a tomarlo. Además, no estaba todo enteramente perdido, podían recibirse socorros de Africa. De allí era, en efecto, de donde los menos desalentados esperaban su salvación. Se había hecho la proposición de dirigirse a Beduinos de Ifrikia, pero se había objetado que aquella gente era tan famosa por su ferocidad como por su valor y que era de temer que, cuando vinieran a España se entretuvieran en saquear a los musulmanes en lugar de combatir a los cristianos. Entonces se pensó en los Almorávides. Eran estos los Berberiscos del Sahara que representaban por primera vez un papel en la escena del mundo. Convertidos recientemente al islamismo por un misionero de Sidgilmesa, habían hecho rápidas conquistas y, en la época de que nos ocupamos se extendía su vasto imperio desde el Senegal hasta Argel. La idea de llamarlos a España agradaba principalmente a los ministros de la religión. Los príncipes vacilaron por mucho tiempo. Algunos de ellos, tales como Motamid y Motawakkil, mantenían relaciones con Ynsuf ibn-Techufin, rey de los Almorávides y hasta le habían pedido en diferentes ocasiones que los ayudara contra los cristianos; pero en general los príncipes andaluces sin exceptuar a Motamid y a Motawakkil, tenían pocas simpatías por el jefe de los rudos y fanáticos guerreros del Sahara y veían en él un rival peligroso, más que un auxiliar. Sin embargo, como el peligro se acrecentaba de día en día, era preciso acogerse al único medio de salvación que quedaba. Motamid por lo menos así lo creía y cuando su primogénito Rachid le representó el peligro a que estaba expuesto si traía a los Almorávides a España:

—Todo eso es verdad, le respondió, pero no quiero que pueda censurarme la posteridad de haber sido causa de que Andalucía sea presa de los infieles, no quiero que mi nombre sea maldecido en todas las cátedras musulmanas y si tengo que elegir, prefiero mejor ser camellero en Africa que porquero en Castilla.

Habiendo decidido su plan, lo comunicó a sus vecinos Motawakkil de Badajoz y Abdallah de Granada, (rogándoles que se asociaran a él y enviaran sus cadíes a Sevilla. Así lo hicieron; Motawakkil envió a Sevilla al cadí de Badajoz, Abu-Ishac ibn-Mocana y Abdallah al cadí de Granada Abu-Djafar Colaií. Juntóse a ellos el cadí de Córdoba Ibn-Hadam y el visir Abu-Becr ibn-Zildun. Estos cuatro personajes se embarcaron en Algeciras y fueron a presentarse a Yusuf. Estaban encargados de invitarle, en nombre de sus soberanos, a venir a España con un ejército, pero debían ponerle ciertas condiciones, que por lo demás nos son desconocidas, sabiendo solamente que Yusuf debía jurar no quitar sus Estados a los príncipes andaluces y que prestó este juramento. Entonces hubo que fijar el lugar del desembarco de Yusuf; Ibn-Zaidun propuso Gibraltar, pero Yusuf dio a entender que prefería Algeciras y hasta que debían cederle esta plaza. El visir de Motamid le respondió, que no estaba autorizado para concedérselo y desde entonces Yusuf trató a los embajadores con bastante frialdad, no dándoles más que respuestas ambiguas y evasivas, de modo que al dejarlo no sabían por qué partido se iba a decidir; no les había prometido venir, pero tampoco les había dicho que no vendría.

Los príncipes andaluces estaban, pues, en la incertidumbre, pero fueron sacados de ella de un modo bastante desagradable y que probaba que no eran infundadas sus sospechas. Yusuf que no hacía nada de ordinario sin haber consultado a sus faquíes, les preguntó lo que debía hacer, y los faquíes declararon, primero, que estaba obligado a combatir a los castellanos y luego que si tenía necesidad de Algeciras y que si no se la querían ceder tenía el derecho de tomarla. Provisto de este fetva, Yusuf había dado a muchos cuerpos de ejército la orden de embarcarse en Ceuta en un centenar de naves y de hacer vela a Algeciras, de modo, que esta ciudad se vio de pronto rodeada de un gran ejército que exigía que se le entregaran víveres y la plaza misma. Rachid que la gobernaba, se encontró en una gran perplejidad, no estando el caso previsto. No se negó a suministrar víveres a los Almorávides, paro al mismo tiempo, se puso en estado de rechazar, si era preciso, la fuerza con la fuerza. Escribió además a su padre, pidiéndole órdenes, y atando su carta al ala de una paloma, la dejó ir a Sevilla. No se hizo esperar la respuesta de Motamid. Se decidió pronto, porque, por chocante que le pareciera la conducta de Yusuf, conocía que había ido demasiado lejos para retroceder y que le era preciso poner buena cara al mal tiempo. Mandó pues a su hijo evacuar Algeciras y retirarse a Ronda. Embarcáronse entonces para Algeciras nuevas tropas y al fin llegó el mismo Yusuf. Su primer cuidado fue poner en buen estado las fortificaciones de la ciudad, proveerla de municiones de y guerra y dotarla de una guarnición suficiente. Enseguida se dirigió a Sevilla con el grueso de sus fuerzas. Salióle al encuentro Motamid rodeado de los principales dignatarios de su reino, y cuando llegó a su presencia quiso besarle la mano, pero Yusuf se lo impidió abrazándolo de la manera más afectuosa. No se olvidaron los presentes acostumbrados: Motamid ofreció tantos al Almorávide que este pudo dar alguna cosa a cada uno de los soldados de su ejército, lo que le hizo concebir una elevada idea de las riquezas que España atesoraba. Cerca de Sevilla se detuvo y allí vinieron a unírsele los dos nietos de Badís, Abdallah de Granada y Temim de Málaga con trescientos caballos el primero, y el segundo con doscientos. Motacim de Almería, le envió un regimiento de caballería mandado por uno de sus hijos, manifestándole su sentimiento porque la amenazadora vecindad de los cristianos de Aledo no le dejara venir en persona. Ocho días después tomó el ejército el camino de Badajoz donde se unió con Motawakkil y sus tropas. Luego marcharon sobre Toledo, pero no habían andado mucho, cuando encontraron al enemigo.

Cuando supo que los Almorávides habían desembarcado en España, Alfonso estaba sitiando todavía Zaragoza y, creyendo que su rey ignoraba la llegada de los africanos, mandó a decir a su rey que si le daba mucho dinero levantaría el sitio; pero Mostain que había recibido la gran noticia lo mismo que él, le mandó contestar que no le daría ni un dirhem. Alfonso se volvió entonces a Toledo, después de haber enviado a Alvar Fañez, así como a sus otros lugartenientes, la orden de venir a unírsele con sus tropas. Cuando su ejército, en el que iban muchos caballeros franceses, se reunió, se puso en marcha porque quería llevar la guerra a territorio enemigo. Encontró a los Almorávides y a sus aliados no lejos de Badajoz en un lugar que los musulmanes llamaban Zallaca y los cristianos Sacralias, y no había acabado aún de fijar sus tiendas cuando recibió una carta de Yusuf, en la que este monarca le invitaba a abrazar el islamismo o a pagar un tributo, amenazándole con la guerra, si no quería hacer una cosa ni otra. Alfonso se indignó mucho con este mensaje y encargó a uno de sus empleados árabes de responderle, que habiendo sido sus tributarios los musulmanes durante muchos años, no

esperaba proposiciones tan ofensivas, pero que tenía un gran ejército con el que sabría castigar la jactancia de sus enemigos. Habiendo llegado esta carta a la cancillería musulmana, un andaluz la contestó enseguida, pero cuando enseñó su composición a Yusuf, este la encontró demasiado larga y se limitó a escribir al reverso estas sencillas palabras: «Lo que sucederá ya lo verás» y se la devolvió.

Tratóse entonces de señalar el día de la batalla, como en esta época lo exigía la costumbre. Erase el jueves 22 de octubre de 1086, y Alfonso envió este mensaje a los musulmanes: «Mañana viernes es vuestra fiesta y el domingo es la nuestra, propongo pues, que la batalla se dé pasado mañana sábado.» Plació a Yusuf esta proposición, paro Motamid no vio en ella más que una estratagema y, como en el caso de ataque, él tenía que sostener el primer choque del enemigo (pues las tropas andaluzas formaban la vanguardia, mientras que los Almorávides se mantenían a retaguardia, ocultos por la sierra) tomó precauciones para no ser sorprendido e hizo observar los movimientos del enemigo por tropas ligeras. Su ánimo no estaba tranquilo y consultaba sin cesar a su astrólogo. Se estaba en efecto, en un momento crítico y decisivo. La suerte de España dependía del éxito de esta batalla y los Castellanos tenían la superioridad numérica, pues sus fuerzas, por lo menos así lo creían los musulmanes, se elevaban a cincuenta o sesenta mil hombres, mientras que sus adversarios no tenían más que veinte mil.

Al rayar la aurora, Motamid vio realizados sus temores, avisado por sus centinelas de que se aproximaba el ejército cristiano. Su posición era muy crítica, pues corría el peligro de ser aniquilado antes que los Almorávides llegasen al campo de batalla, por loque envió a decir a Yusuf que viniera prontamente en su auxilio con todas sus tropas o que le enviara por lo menos un refuerzo considerable; pero Yusuf no se apresuró a satisfacer esta demanda. Tenía formado un plan del que no quería apartarse y le inquietaba tan poco la suerte de los andaluces que exclamó: «¿Qué tengo yo con que esas gentes sean degolladas? Todos son enemigos.» Abandonados así a sus propias fuerzas, los Andaluces emprendieron la fuga; solo los Sevillanos estimulados por el ejemplo de su rey que, aunque herido en la cara y en la mano, daba pruebas de extraordinario valor, resistieron vigorosamente el choque del enemigo, hasta que al fin vino en su ayuda una división almorávide. Desde entonces el combate fue menos desigual, pero, sin embargo, los Sevillanos se quedaron admirados, cuando vieron que de pronto los enemigos se batían en retirada, pues el refuerzo que habían recibido no era bastante considerable para que pudieran lisonjearse de haber obtenido la victoria. No era por eso, porque he aquí lo que había sucedido. Viendo al ejército castellano empeñado contra los Andaluces, Yusuf se había propuesto tomarle la retaguardia. Envió pues, a Motamid el refuerzo que necesitaba para impedir que lo anonadaran los enemigos, y dando un rodeo cayó con el grueso de sus fuerzas sobre el campamento de Alfonso. Allí había hecho una horrible carnicería en los soldados encargados de custodiarle y, habiéndolo incendiado, venia sobre la espalda de los Castellanos, llevando ante sí una multitud de fugitivos. Alfonso se hallaba pues, entre dos fuegos y como el ejército que acababa de tomar la retaguardia era más numeroso que el que tenía enfrente, tuvo que volver contra él su fuerza principal. El combate fue muy encarnizado, el campamento fue tomado y vuelto a tomar muchas veces, mientras que Yusuf recorría las filas de sus soldados gritando: «¡Valor musulmanes! ¡Tenéis enfrente a los enemigos de Dios! ¡El paraíso espera a los que sucumban de vosotros!»

Entre tanto, los Andaluces que habían tomado la fuga, habían llegado a rehacerse y volvieron al campo de batalla para sostener a Motamid y, por otra parte, Yusuf lanzó sobre los Castellanos su guardia negra que tenia de reserva y que hizo maravillas. Un negro llegó hasta a aproximarse a Alfonso y darle una puñalada en un muslo. Al caer la noche, la victoria, calurosamente disputada, se declaró por los musulmanes; la mayor parte de los cristianos yacían muertos o heridos en el campo, otros habían tomado la fuga, y el mismo Alfonso, rodeado solamente de quinientos caballeros, logró salvarse con mucho trabajo (23 Octubre de 1086.)

No se recogió, sin embargo, de esta gran victoria todo el fruto que podía esperarse, pues, aunque Yusuf tenía intención de penetrar en el territorio enemigo, renunció a ello cuando tuvo noticia de la muerte de su primogénito que había dejado malo en Ceuta. Se contentó con dejar una división de tres mil hombres a las órdenes de Motamid y se volvió a África con el resto de sus tropas.

II.

A consecuencia de la llegada de los Almorávides, los Castellanos habían tenido que evacuar al reino de Valencia y levantar el sitio de Zaragoza. La derrota que habían experimentado en Zallaca los había privado de muchos de sus mejores guerreros, pues dicen los musulmanes que perdieron en esta ocasión diez mil y hasta veinticuatro mil hombres. Además, los príncipes andaluces se habían libertado de la vergonzosa obligación de pagar a Alfonso un tributo anual y el Oeste, cuyas fortalezas estaban ahora defendidas por los soldados que Yusuf había dejado a Motamid, no tenía nada que temer de los ataques del emperador. Eran en efecto buenos resultados de que se regocijaban con razón los Andaluces. Así, que en todo el país resonaban gritos de júbilo, el nombre de Yusuf estaba en todas las bocas, se alababan su piedad, su bravura y sus talentos militares, se le proclamaba el salvador de Andalucía y de la religión musulmana, y se le llamaba el primer capitán del siglo. El clero sobre todo no le regateaba sus elogios. Para ellos, Yusuf era más que un gran hombre, era el hombre bendecido por Dios, el elegido del Señor.

Sin embargo, los triunfos obtenidos, por grandes y gloriosos que fueran, no eran decisivos en manera alguna. Los Castellanos, por lo menos, lo creían así. A pesar de las pérdidas que habían experimentado no desesperaban de restablecer sus negocios. Sabían demasiado bien que se arriesgarían mucho si dirigían sus ataques hacia Badajoz y Sevilla, pero no ignoraban tampoco que el Este de Andalucía les ofrecía aun algunas probabilidades de éxito y que le sería fácil devastarlo y acaso conquistarlo. En efecto, los pequeños principados del Este, Valencia, Murcia, Lorca y Almería eran los más débiles, de toda la Península, y los Castellanos ocupaban en medio de ellos una posición muy fuerte que dejaba a su merced todo el país. Era esta la fortaleza de Aledo, cuyas ruinas subsisten todavía y que se hallaba entre Murcia y Lorca. Situada en una montaña escarpadísima y capaz de doce o trece mil hombres de guarnición podía pasar por inexpugnable. De ellas salían los Castellanos para hacer razias en los alrededores, llegando hasta sitiar a Almería. Lorca y Murcia, y pareciendo todo presagiar que si no se tomaba alguna providencia acabarían estas ciudades por caer en sus manos.

Conocía Motamid la gravedad del peligro que amenazaba por esta parte a Andalucía, y además se trataba de sus propios intereses. Suyas eran las dos ciudades más expuestas a los ataques del enemigo, Murcia y Lorca; la primera de derecho, la segunda de hecho, porque su señor Ibn-al-Yasa que se conocía demasiado débil para resistir a los Castellanos de Aledo, lo había reconocido por soberano, con la esperanza de que lo ayudara. En cuanto a Murcia, Rachid reinaba allí todavía y Motamid ardía en deseos de castigar a este rebelde. Habiendo resuelto pues, hacer una expedición a Levante, con la doble intención de poner término a las invasiones de los cristianos y de reducir a Ibn-Rachid a la obediencia, reunió sus tropas a las que Yusuf le había confiado y tomó el camino de Lorca.

Cuando llegó a esta ciudad, lo informaron de que había en las cercanías un escuadrón de trescientos Castellanos. Así que ordenó a su hijo Radhí que fuera a atacarlo con tres mil jinetes de Sevilla. Rhadí que amaba las letras mucho más que la guerra, se excusó, protestando una indisposición. Irritadísimo con esta negativa confió entonces el mando a otro de sus hijos que se llamaba Motamid. Pero la superioridad de los Castellanos sobre los Andaluces debía mostrarse una vez más. Aunque eran diez contra uno, los Sevillanos sufrieron la más vergonzosa derrota.

No fueron más felices las tentativas de Motamid para reducir a Murcia. Ibn-Rachic supo interesar en su favor a los Almorávides que iban en el ejército sevillano y Motamid tuvo que volverse a su capital sin haber conseguido nada.

Se había hecho pues, evidente que, lo mismo después que antes de la batalla de Zallaca los Andaluces no se hallaban en estado de defenderse y que a menos de que Yusuf no viniera segunda vez en su auxilio, acabarían por sucumbir. Así, que el palacio de Yusuf estaba asediado de continuo por los faquíes y los notables de Valencia, de Murcia, de Lorca y de Baza. Los Valencianos se quejaban de Rodrigo el Campeador (el Cid) que se había erigido en protector de Cadir, después de haberle obligado a pagar un tributo mensual de diez mil ducados y que devastaba el reino bajo pretexto de someter a los rebeldes a la autoridad del rey; los habitantes de los otros distritos no se mordían tampoco la lengua acerca de las vejaciones con que los abrumaban los Castellanos de Aledo y todos estaban unánimes en declarar que si Yusuf no venía en su ayuda Andalucía caería inevitablemente en poder de los cristianos. Sus súplicas, sin embargo, parecían producir poco efecto en el ánimo del monarca. Yusuf prometía, es verdad, pasar el Estrecho cuando la estación lo permitiera, pero no hacia preparativos muy formales, y si no lo decía, dejaba por lo menos adivinar que esperaba una petición directa de parte de los príncipes. Motamid se decidió entonces a hacérsela. Las sospechas que había tenido sobre las intenciones secretas de Yusuf, se habían disipado o por lo menos debilitado poco a poco. Salvo la ocupación de Algeciras, el monarca africano no había hecho nada que pudiera herir la susceptibilidad de los príncipes andaluces, o justificar sus aprensiones, antes por el contrario, había dicho algunas veces que antes de haber visto a Andalucía tenía una gran idea de la belleza y de la riqueza del país, pero que había sufrido un desengaño. Motamid estaba pues casi tranquilo y como el peligro que avanzaba a su patria era efectivamente muy grande, tomó la resolución de ir en persona a ver a Yusuf.

El Almorávide le hizo la acogida más honorífica y cordial. «No teníais necesidad, le dijo, de haber venido en persona, bastaba que me hubierais escrito y yo me hubiera apresurado a satisfacer vuestros deseos.

—He venido, le respondió Motamid, para deciros que nos encontramos en un peligro espantoso. Aledo se halla en el corazón de nuestro país y no podemos quitárselo a los cristianos; si vos pudierais hacerlo haríais a la religión un inmenso servicio. Ya que nos habéis salvado una vez, salvadnos otra.

—Sorprenderé al menos, le respondió Yusuf, y cuando Motamid se volvió a Sevilla, activó mucho sus armamentos y acabados sus preparativos, pasó el Estrecho con sus tropas, desembarcó en Algeciras en la primavera de 1090 y habiéndose reunido con Motamid, invitó a los príncipes andaluces a que se le juntaran para sitiar Aledo. Temim de Málaga, Abdalah de Granada, Motacim de Almería, Ibn-Rachic de Murcia y algunos otros señores de menos importancia, respondieron a su llamamiento y comenzó el sitio. Las máquinas de guerra fueron construidas por carpinteros y albañiles de Murcia y se convino en que los emires atacaran la fortaleza alternativamente un día cada uno. Sin embargo, no se adelantaba mucho; los defensores de Aledo que eran en número de tres mil, de ellos mil de caballería, rechazaron vigorosamente los asaltos que les daban, y la plaza era tan fuerte, que los musulmanes, después de haber intentado en vano apoderarse de ella por fuerza, tuvieron que resolverse a tomarla por hambre.

Los sitiadores, por la demás, se ocupaban mucho menos del sitio que de sus intereses personales. El campamento era un foco de intrigas. Por muchas partes se estimulaba la ambición de Yusuf. Cuando dijo que España no había correspondido a sus esperanzas, no había sido sincero. La verdad es, que el país le había agradado a no poder más, y ya por amor a las conquistas, ya por motivos más nobles (porque los intereses de la religión estaban muy asidos a su corazón) deseaba enseñorearse de él. Y este deseo no era difícil de realizar. En Andalucía mucha gente era de opinión de que su patria no podía salvarse sino reuniéndose al imperio de los Almorávides. No era esta, en verdad, la idea de las altas clases sociales. Para la gente bien educada, Yusuf que sabía muy poco árabe, era un rústico, un bárbaro y él había dado, por cierto, bastantes pruebas de su ignorancia y de su falta de educación. Así, cuando Motamid le preguntó si comprendía los versos que acababan de recitarle los poetas de Sevilla: «Todo lo que comprendo de esto, respondió, es que piden pan.» Y cuando, después de su vuelta al Africa, recibió una carta de Motamid en que iban estos dos versos, tomados de un célebre poema que Abul-Walid ibn-Zaidum, el Título de Andalucía, había dirigido a su amada Walada:—«Desde que estás lejos de mí el deseo de verte consume mi corazón y me hace lanzar torrentes de lágrimas. Mis días son ahora negros y antes gracias a tí mis noches eran blancas,»—él dijo: «Parece que me pide muchachas blancas y negras.» Y después que le explicaron que en el lenguaje poético «negro» significa «oscuro» y «blanco, apacible»: «Es muy bello, dijo, pues bien, respondedle que a mí me duele la cabeza desde que no le veo.» En un país tan literato como Andalucía no se perdonaban semejantes cosas. Júntese a esto que los hombres de letras estaban muy contentos con su posición y no tenían el menor deseo de que cambiara. Las pequeñas cortes eran otras tantas academias y los literatos los niños mimados de los príncipes que les daban magníficos sueldos. Los representantes del libre

pensamiento no tenían más razón para quejarse. Gracias a la protección de la mayor parte de los príncipes, podían, por primera vez, decir y escribir lo que pensaban, sin temor de ser quemados ni apedreados. Deseaban pues, menos que nadie, la dominación de los Almorávides, que había de traer infaliblemente la del clero.

Pero si Yusuf contaba pocos partidarios en las clases superiores e ilustradas, tenía muchos en el pueblo. Este, por lo general, estaba muy descontento y tenía razón. Cada ciudad un poco considerable tenía su corte propia, corte que era preciso mantener y que costaba mucho, porque la mayor parte de los príncipes eran excesivamente pródigos. ¡Y si a fuerza de pagar hubiera podido comprar siquiera la seguridad y la tranquilidad! Pero no era así, los príncipes eran por lo común demasiado débiles para proteger a sus súbditos contra sus vecinos musulmanes y mucho menos contra los cristianos. No había un momento de tranquilidad, ninguno estaba seguro ni de su vida, ni de su hacienda. Esta era, preciso es convenir en ello, una situación insoportable y era natural que las clases laboriosas ansiaran que tuviera termino. Antes, no había ningún medio de salir de ella, cierto es que había habido conatos de rebelión y se habían escuchado con gusto estos versos de un poeta de Granada, Somaisir:

"Reyes, ¿qué es lo que hacéis? Entregáis el islamismo a sus enemigos y no hacéis nada para salvarlo. Revelarse contra vosotros es un deber, puesto que hacéis causa común con los cristianos. Sustraerse a vuestro cetro no es un crimen, puesto que vosotros os habéis sustraído al cetro del Profeta."

Pero como una rebelión no hubiera servido más que para empeorar la situación, era preciso esperar y armarse de paciencia, como el mismo poeta dice en estos versos:

"Esperábamos en vosotros, oh reyes, pero habéis frustrado nuestras esperanzas. Esperamos de vosotros nuestra libertad, pero hemos sufrido un desengaño. Pues bien, tengamos paciencia que el tiempo trae muchas mudanzas. ¡Al buen entendedor con media palabra basta!"

Por el contrario, ahora ya era posible la insurrección, puesto que había en España un monarca justo, potente, glorioso, que había obtenido ya sobre los cristianos una gran victoria, que conseguiría otras sin duda y que parecía enviado por la Providencia para devolver a Andalucía su grandeza y su prosperidad. Por consiguiente, lo mejor era someterse a su dominio y haciéndolo se libertarían al mismo tiempo de una multitud de impuestos vejatorios, porque Yusuf había abolido en sus Estados todos los que no estaban prescritos por el Corán y se tenía la convicción de que había de obrar en España del mismo modo.

Esto era lo que pensaba el pueblo y bajo muchos aspectos tenía razón; olvidaba tan solo que el gobierno no podría pasarse a la larga sin los impuestos que aboliera; que ligando Andalucía su suerte a la de Marruecos se expondría a sentir de rechazo las revoluciones que podrían estallar en aquel reino, que el dominio almorávide sería un dominio extranjero, el dominio de un pueblo sobre otro, y que, en fin, los soldados de Yusuf pertenecían a una raza que España había detestado siempre y que, como eran bastante indisciplinados, podrían llegar a hacerse huéspedes muy molestos. Por lo demás, el deseo de un cambio era mucho más acentuado en unos Estados que en otros. En Granada era el voto unánime de toda la población arábiga y andaluza que no había cesado de maldecir a sus tiranos berberiscos. En los Estados

de Motamid también había muchos descontentos, pero no los había en Almería, porque el príncipe que allí reinaba era muy popular; piadoso, justo, clemente, trataba a su pueblo con una bondad enteramente paternal, era en una palabra el modelo más cumplido de las más atractivas virtudes.

Yusuf tenía sin embargo en su favor, casi en todas partes, los doctores, los faquíes, los cadíes, los ministros de la religión y de la ley. Estos eran sus auxiliares más adictos y diligentes, porque eran los que tenían más que perder, si triunfaban los cristianos y por otra parte no podían estar satisfecho de príncipes que, ocupados en estudios profanos o entregados a los placeres, apenas escuchaban sus sermones, no hacían ningún caso de ellos y protegían decididamente a los filósofos. Por el contrario, Yusuf, que era un modelo de devoción, que no dejaba nunca de consultar al clero en los negocios del Estado y que seguía los consejos que de ellos recibía, tenía todas sus simpatías y todo su cariño. Sabían o al menos adivinaban que tenía una gran tentación de destronar a los príncipes andaluces en provecho suyo y desde entonces no pensaron más que en estimular sus deseos, haciéndole creer que la misma religión lo sancionaba.

Uno de los más activos era el cadí de Granada, Abu-Djafar Colaií. Era de origen árabe, lo que equivale a decir que detestaba a los berberiscos opresores de su patria. Trataba, es verdad, de disimular sus sentimientos, pero no lo conseguía. Por un instinto secreto, Badís lo había entrevisto como el autor probable de la caída de su dinastía y algunas veces tuvo la intención de hacerlo matar: «pero Dios, para servirme de las mismas expresiones de un historiador arábigo, había encadenado las manos del tirano a fin de que se cumplieran los decretos del destino.» Este cadí formaba parte del ejército que sitiaba a Aledo y tuvo muchas conferencias secretas con Yusuf, a quien ya conocía, pues, se recordará que había sido uno de los embajadores que habían sido encargados cuatro años antes de invitar a los Almorávides a socorrer a los Andaluces. El objeto que se proponía en estas entrevistas, fácilmente se deja adivinar: Yusuf tenía escrúpulos de conciencia y el cadí procuraba vencerlos. Le hizo presente que los faquires andaluces podían desligarlo de su juramento, que le sería fácil obtener de ellos un fetva donde se enumeran todas las faltas y todos los atentados de los príncipes y que de aquí se deduciría la conclusión de que habían perdido el derecho al trono que ocupaba.

Los razonamientos de este cadí uno de los más famosos por su saber y su piedad, hicieron gran impresión en el ánimo de Yusuf y por otra parte, los discursos de Motacim, rey de Almería, le inspiraron profunda aversión al más poderoso de los príncipes andaluces.

Motacim, ya lo hemos dicho, era un príncipe excelente, pero por, bueno y bondadoso que fuera de ordinario, odiaba, sin embargo, a alguien y esto alguien era Motamid. Este odio parece que tuvo origen en unos mezquinos celos, más que en verdaderos y serios agravios, pero era muy fuerte, y aunque, en apariencia, Motacim se había reconciliado con el rey de Sevilla, se dedicaba a perderlo en el ánimo del monarca africano, cuyo favor se había ganado por medios que frisaban en bajezas. Motamid no se apercibía de nada: cuando se hallaba solo con Motacim le hablaba con franqueza y un día que el príncipe de Almería le manifestó sus temores por la estancia prolongada de Yusuf en Andalucía:

"Sin duda, le respondió él, con un tono de fanfarronería, enteramente meridional, sin duda que ese hombre se está demasiado en nuestro país, pero en cuanto me harte, no tengo más que levantar mano y al día siguiente se marcharán él y sus soldados. Parecéis temer que nos jueguen alguna mala partida, pero ¿qué es ese príncipe miserable y qué son sus soldados? En su patria eran mendigos que se morían de hambre; queriendo hacer una buena obra los hemos llamado a España para darles de comer un sueldo, pero cuando se hayan saciado, los enviaron de nuevo al sitio de donde vinieron."

Estos discursos llegaron a ser en manos de Motacim, armas terribles. Cuando se los refirió a Yusuf le entró a este una violenta cólera y lo que hasta entonces no había sido más que un proyecto vago, llegó a ser en él una resolución decidida, irrevocable. Motacim triunfaba, pero no había previsto lo que iba a suceder; «no había previsto, dice muy apropósito un historiador árabe, que él también caería en el pozo que había abierto para el que odiaba y que sería herido a su vez por la espada que había hecho desenvainar.»

La situación de los sitiadores se había hecho pues, muy penosa y amenaza serlo más todavía, puesto que estaba cerca el invierno, cuando se supo que Alfonso venia en socorro de la plaza con un ejército de diez y ocho mil hombres. Yusuf tuvo al principio la intención de esperarlo en la sierra de Tiriza (al O. de Totana) y de presentarle batalla; pero pronto renunció a este proyecto y se retiró a Lorca. Temía, decía, que los Andaluces no huyeran de nuevo como lo habían hecho en la batalla de Zallaca, además estaba convencido de que Aledo no se hallaba en estado de defenderse, de modo que los Castellanos se verían obligados a evacuarlo. Este juicio era exacto como lo probó el tiempo. Hallando las fortificaciones casi enteramente demolidas y la guarnición reducida a un centenar de hombres. Alfonso incendió la fortaleza y se llevó a sus defensoras a Castilla.

El objeto de la campaña se había alcanzado, aunque a la verdad de un modo poco brillante, porque Yusuf había sitiado Aledo durante cuatro meses sin conseguir tomarlo y su retirada, a la aproximación de Alfonso, se parecía bastante a una fuga. Los faquíes tuvieron buen cuidado de que su reputación no padeciera. Decían que, si esta vez no había obtenido el Almorávide tan feliz resultado como cuatro años antes, la culpa la tenían los príncipes andaluces que, con sus intrigas, sus celos y sus eternas discordias, impedían al gran monarca hacer todo el bien que pudiera si el solo fuera el amo. En general los faquíes trabajaban más que nunca y debían hacerlo, porque, habiéndose apercibido los príncipes de sus manejos, comenzaban a correr grandes peligros. Bien lo experimentó a expensas suyas el Cadí de Granada Abu-Djafar Colaií. Ya en el campamento, su soberano cuya tienda estaba pegada a la suya, se había olido sus entrevistas secretas con Yusuf y había adivinado el objeto. Sin embargo, como la presencia de este último le intimidaba, no se había atrevido a tomar contra el conspirador medidas rigorosas; pero apenas estuvo de vuelta en Granada, lo hizo venir a su presencia, le echó en cara el haberlo vendido y el haber tramado su pérdida, y en su cólera llegó a dar orden a sus guardias de darle muerte. Felizmente para Abu-Djafar la madre de Abdallah se abrazó a las rodillas de su hijo suplicándole que perdonara a un hombre tan piadoso y como Abdallah se dejaba ordinariamente dominar por ella, revocó la orden que había dado, contentándose con poner preso al Cadí en una de las habitaciones del Castillo. En ella el Cadí que sabía que estaba rodeado de personas muy supersticiosas, se puso a recitar oraciones y versículos del Corán. Su

voz clara, sonora y muy fuerte resonaba de un extremo al otro de palacio. Todo el mundo prestaba oídos a sus piadosas jaculatorias, se callaban para no distraerlo, temían hacer ruido y al mismo tiempo no cesaban de repetir al príncipe que Dios lo castigaría de un nodo espantoso si no se apresuraba a soltar a aquel modelo de piedad y devoción. La madre de Abdallah se mostraba todavía más celosa que los demás y entre súplicas y amenazas persuadió al fin a su hijo a poner en libertad al prisionero. Pero después de haber recibido semejante lección, el Cadí se guardó muy bien de quedarse en Granada. Aprovechó la oscuridad de la noche para ganar Alcalá, y de allí se fue a Córdoba. Ya no tenía nada que temer. Pero ardía en deseos devengarse. Escribió pues, a Yusuf, le pintó con los más vivos colores el mal trato que había sufrido, y le suplicó que no difiriera por más tiempo la ejecución del proyecto que tanto habían discutido. Al mismo tiempo se dirigió a los otros cadíes y faquíes andaluces, pidiéndoles un fetva contra los príncipes en general y contra los dos nietos de Badís en particular. Los cadíes y los faquíes no vacilaron en decretar que los príncipes de Granada y de Málaga habían perdido sus derechos por sus muchos atentados y especialmente por la manera brutal con que el mayor de ellos había tratado a su cadí; pero, no atreviéndose todavía a declarar que los otros príncipes habían perdido también los suyos, se contentaron con presentar a Yusuf una súplica en que le decían que era obligación suya intimar a todos los príncipes andaluces a volver a la legalidad, y no exigir más contribuciones que las que el Corán había establecido.

En virtud de estos dos fetvas, Yusuf ordenó a los príncipes Andaluces abolir los impuestos, corvés etc. con que vejaban a sus súbditos y marchó sobre Granada con una división de su ejército después de haber ordenado a otras tres hacer lo mismo. Sin embargo, no declaró la guerra a Abdallah, de modo que este príncipe adivinaba más bien que conocía sus intenciones. Su terror era extremado. No se parecía en nada a su abuelo, el ignorante, pero enérgico Badís. Tenía alguna tintura literaria, se expresaba bastante bien en árabe, hacia hasta versos y tenía tan buena mano que se conservó por mucho tiempo en Granada un Corán de su letra, pero era al mismo tiempo un hombre pusilánime, enervado, indolente, incapaz, uno de esos hombres para los que las mujeres no tienen atractivos, que tiemblan a la vista de una espada y que no sabiendo nunca que partido tomar, piden consejo a todo el mundo. Esta vez, habiendo reunido su consejo, pidió primero su opinión al viejo Moammil que había hecho muy buenos servicios a su abuelo. Moammil trató de tranquilizarlo, diciéndole que Yusuf no traía intenciones hostiles y le aconsejó que diera a este monarca una prueba de confianza, saliéndole al encuentro. Y viendo que este consejo no agradaba a Abdallah y que pensaba más bien ponerse en estado de defensa, se esforzó en demostrarle que le era imposible resistir a los Almorávides. En este punto tenía razón, porque Abdallah tenía muy pocas tropas y como desconfiaba de su mejor general Mocatil, el Royo (el Rojo) lo había alegado. También todos los antiguos consejeros de la corte se adhirieron a la opinión de Moammil, pero Abdallah tenía sospechas sobre su lealtad, y faltaba poco para que lo considerara como cómplice de Abu-Djafar, el pérfido cadí queso arrepentía de haber dejado escapar. Sus sospechas por lo demás no eran enteramente infundadas. Ignoramos, si Moammil se había comprometido en efecto a sostener los intereses de los Yusuf, pero lo cierto es, que este monarca cuyo favor se había ganado, y que apreciaba sus talentos, contaba con su apoyo. Abdallah no vio, pues, más que un lazo en los consejos de Moammil, y como sus jóvenes favoritos le aseguraran que Yusuf

tenía seguramente malas intenciones, anunció que estaba decidido a rechazar la fuerza con la fuerza y abrumó a Moammil y a sus enemigos con sus reprensiones y amenazas. Esto era una imprudencia, porque de este modo se los enajenaba de fijo, y casi los obligaba a declararse por Yusuf. Fue lo que hicieron en efecto. Habiendo salido de Granada durante la noche, se fueron a Loja y, habiéndose apoderado de esta ciudad, proclamaron la soberanía del rey de los Almorávides. Tropas que Abdallah envió contra ellos los obligaron a entregarse, y los trajeron a Granada, donde fueron paseados por las calles como viles malhechores. Gracias a la intervención de Yusuf recobraron su libertad. El monarca africano ordenó perentoriamente al príncipe de Granada, que los soltara, y como este último no sabía positivamente las intenciones que tenía Yusuf respecto a él, no se atrevió a desobedecerlo. Pero mientras que todavía trataba de prevenir una ruptura abierta, se preparaba activamente a la guerra. Despachó correo tras correo a Alfonso suplicándole que viniera en su ayuda, y derramando el oro a manos llenas, alistó gran número de tenderos, de tejedores y de obreros de toda especie. Todo esto no le sirvió de nada. Alfonso no respondió a su llamamiento y los granadinos, indispuestos con él esperaban con impaciencia la llegada de los Almorávides, y una multitud salía todos los días de la ciudad para juntarse con ellos. En este estado de cosas la resistencia era imposible. Abdallah lo conoció y el domingo 10 de noviembre de 1090, cuando Yusuf había llegado a dos parasangas de Granada, reunió de nuevo el consejo para preguntarle lo que debía hacer. Habiendo declarado este que no podía pensarse en la defensa, la madre de Abdallah que asistía a las deliberaciones y que, a lo que se asegura, había concebido la loca esperanza de casarse con Yusuf, tomó la palabra y dijo: «Hijo mío, no te queda más que un partido que tomar. Ve a saludar al Almorávide, él es tu primo y te tratará honoríficamente.» Abdalah se puso pues en camino, acompañado de su madre y de un magnífico cortejo. Abría la marcha la guardia eslava y la cristiana rodeaba la persona del príncipe. Todos los soldados llevaban turbantes de tela de algodón muy fina e iban montados en soberbios caballos cubiertos con mantillas de brocado. Luego que hubo llegado en presencia de Yusuf, Abdallah se bajó del caballo y le dijo que si había tenido la desgracia de desagradarlo, le suplicaba que le perdonase. Yusuf le aseguró con mucha afabilidad, que si había tenido quejas de él, ya las había olvidado, y le rogó que fuera a una tienda que le indicó, donde sería tratado con todos los honores debidos a su rango. Abdallah lo hizo así, pero apenas puso el pie dentro de la tienda lo cargaron de cadenas.

Poco después llegaron al campamento los principales habitantes de la ciudad. Yusuf les hizo una excelente acogida, asegurándoles que, por su parte, nada tenían que temer y que solo podían ganar con el cambio de dinastía que iba ocurrir. Y en efecto, en cuanto hubo recibido su juramento, publicó un edicto en que se declaraban abolidos todos los impuestos no prescritos por el Corán. Hizo enseguida su entrada en la ciudad en medio de las ardientes aclamaciones del pueblo y fue a palacio a fin de ver las riquezas que encerraba, acumuladas por Badís, Estas eran inmensas, prodigiosas, innumerables; las cámaras estaban adornadas con esteras, tapices y cortinajes de un inmenso valor; por doquiera, esmeraldas, rubíes, diamantes, perlas, vasos de cristal, de plata y de oro deslumbraban la vista. Había especialmente una capillita compuesta de cuatrocientas perlas, cada una de las cuales fue valuada en cien ducados. El Almorávide quedó maravillado de todos estos tesoros; antes de entrar en Granada había declarado que le pertenecían, pero como tenía más ambición que

avaricia quiso echarla de generoso y los repartió entre sus oficiales, sin guardar nada para sí. Sin embargo, se sabía que lo que estaba expuesto a la vista no era todo, y que la madre de Abdallah había escondido muchos objetos preciosos. Se la obligó a indicar los sitios que la habían servido de escondite, pero como se suponía que no había dicho la verdad en sus declaraciones, Yusuf ordenó a Moammil, a quien nombró intendente de palacio y de los dominios de la corona, hacer registrar hasta los cimientos, y los albañales del edificio.

Bien excusable hubiera sido después de lo que acababa de pasar que los príncipes andaluces hubieran roto en el acto con Yusuf. Sin embargo, no lo hicieron y antes por el contrario Motamid y Motawakkil, fueron a Granada a felicitar al Almorávide y Motacim envió en su lugar a su hijo Obaidallah. ¡Cosa extraña! Tal era la ceguedad de Motamid que se lisonjeaba con la esperanza de que Yusuf cedería Granada a su hijo Radhí en compensación de Algeciras que le había quitado. ¡Poco conocía al africano, cuando le suponía capaz de ceder un reino! Por lo demás Yusuf le sacó bien pronto de su error. Trató a los emires con una frialdad glacial, no respondió nada a la insinuación de Motamid a propósito de Granada y puso preso al hijo de Motacim. Semejante conducta debía abrir los ojos a los príncipes. Así que Motamid concibió vivísimas inquietudes. «Hemos cometido una falta gravísima llamando a ese hombre a nuestro país, dijo a Motawakkil, él nos dará a beber el cáliz que Abdallah se ha tenido que tragar.» Luego, pretextando haber recibido aviso de que los Castellanos amenazaban de nuevo las fronteras, pidieron ambos príncipes a Yusuf licencia para dejarlo y, habiéndola obtenido, se apresuraron a volverse a sus Estados; después de lo cual propusieron a los otros emires que reinaban en España, tomar de concierto las medidas necesarias para poder defenderse del Almorávide, cuyos proyectos no eran ya un secreto para nadie. Este paso obtuvo el mejor resultado. Los emires se comprometieron a porfía a no suministrar a los Almorávides tropas, ni provisiones, resolviendo hacer alianza con Alfonso.

Yusuf por su parte se fue a Algeciras, porque tenía intenciones de reembarcarse y de dejar a sus generales la odiosa tarea de destronar a los príncipes andaluces. De camino quitó el pequeño principado de Málaga a Temim, hermano de Abdallah, príncipe completamente insignificante, e hizo avisar a los faquíes de que ya había llegado el momento decisivo y que necesitaba un fetva muy explícito. Estos se apresuraron a satisfacer su deseo. Declararon pues, que los príncipes andaluces eran unos libertinos viciosos e impíos, que con su mal ejemplo habían corrompido a los pueblos, haciéndoles indiferentes a las cosas sagradas, como lo atestiguaba el poco interés que se ponía en asistir al servicio divino, que habían echado contribuciones ilegales y que las habían mantenido a pesar de que Yusuf les había exigido abolirlas; que para poner el colmo a sus atentados acababan de hacer una alianza con el rey de Castilla, es decir, con el enemigo más implacable de la verdadera religión y que por consiguiente, se habían hecho indignos de reinar por más tiempo sobre los musulmanes; que Yusuf quedaba desligado de todos los pactos que pudiera haber hecho con ellos y que tenía no solo el derecho, sino la Obligación de destronarlos, sin tardanza. «Nosotros tomamos sobre nuestra conciencia, decían, para concluir, responder ante Dios de este hecho. Si nos equivocamos, consentimos en sufrir en la vida futura la pena debida por nuestra conducta y declaramos que vos, emir de los musulmanes, no sois responsable de ella, pero creemos firmemente que si dejáis en paz a los príncipes andaluces, entregaran nuestro país a los infieles y en este caso tendréis que dar cuenta a Dios por vuestra inacción.»

Tal era el sentido general de este memorable fetva que contenía además acusaciones dirigidas contra algunos príncipes en particular. Todos, hasta Romaiquia, tenían allí supuesto; a ésta se le acusaba de haber arrastrado a su esposo en un torbellino de placeres, y de ser la causa principal de la decadencia del culto.

Este fetva era precioso para Yusuf, pero creyendo darle todavía mayor autoridad, lo hizo aprobar por sus faquíes africanos, y lo envió enseguida a los más célebres doctores de Egipto y de Asia, para que confirmasen la opinión de los doctores de Occidente con la suya. Parecía natural que se hubiesen declarado incompetentes, puesto que se trataba de asuntos que no conocían, pero se guardaron muy bien de hacerlo; la idea de que había en alguna parte un país en que los hombres de su profesión disponían de los tronos, halagaba grandemente a su orgullo y los más famosos de ellos y a su frente el gran Ghazzalí, no vacilaron en declarar que, aprobaban en todos sus puntos el decreto de los faquíes andaluces. Dirigieron además a Yusuf cartas llenas de consejos, comprometiéndolo estrechamente a gobernar con justicia y a no desviarse nunca de la buena vía, lo que quería decir, que debía atenerse constantemente a la opinión del clero.

III

Podía preverse el carácter de la guerra que iba a comenzar; iba a ser una guerra de sitio y no de batallas. Así, que entrambas partes se prepararon una a atacar las plazas fuertes, otra a defenderlas; y el ejército almorávide, cuyo general en jefe era Sir ibn-abi-Becr, pariente de Yusuf, se dividió en muchos cuerpos, de los que uno fue á sitiar a Almería, mientras que los otros se dirigieron contra las fortalezas de Motamid. De estas últimas, Tarifa sucumbió en el mes de diciembre de 1070. Poco después, tan rápidos fueron sus progresos, los soldados de Yusuf había comenzado ya el sitio de Córdoba, donde gobernaba un hijo de Motamid, Fath, por sobrenombre Mamun. La antigua capital del califato no opuso larga resistencia, sus mismos habitantes la entregaron a los Almorávides. Fath intentó entonces abrirse camino con su espada a través de los enemigos y de los traidores, pero sucumbió al número. Se le cortó la cabeza, que pusieron en la punta de una pica y pasearon en triunfo (26 de marzo de 1091). Carmona fue tomada el 10 de mayo, y entonces pudo comenzar el sitio de Sevilla. Dos ejércitos marcharon contra ella, uno se estableció a Levante, otro a Poniente. El Guadalquivir separaba a este último de la ciudad que por este lado estaba defendida por la armada.

La posición de Motamid había llegado, pues, a ser muy crítica. Tan solo le quedaba una esperanza: contaba con el socorro de Alfonso, a quien había hecho las más brillantes promesas, si quería ayudarlo. Alfonso se había comprometido a hacerlo y cumplió su palabra: envió a Alvar Fañez a Andalucía con un gran ejército. Desgraciadamente para Motamid, Alvar Fañez fue batido cerca de Almodovar por las tropas que Sir había enviado a su encuentro. Sin embargo, no desesperaba aún, lo que le sostenía, lo que le prestaba fuerzas eran las predicciones, los sueños de su astrólogo. Mientras que los pronósticos fueron favorables creía salvarse por no sé qué milagro; pero cuando fueron malos, cuando hablaron de un fin que se aproximaban de un león que cogía su presa cayó en un sombrío abatimiento y abandonó el cuidado de la defensa a su hijo Rachid.

Entretanto los descontentos que querían entregar la plaza al enemigo se agitaban, conspiraban y se esforzaban por hacer estallar una sedición. Motamid los conocía y si hubiera querido, hubiera podido hacerlos matar, como le aconsejaban, pero repugnándole la idea de terminar su reinado con un acto tan rigoroso, se contentó con hacerlo espiar. Parece, sin embargo, que la vigilancia que se ejercía sobre ellos, no era lo bastante eficaz, pues hallaron medios de comunicar con los sitiadores, los ayudaron a hacer una brecha, por la que el martes 2 de Setiembre penetraron algunos Almorávides en la ciudad. Apenas tuvo noticia de lo que pasaba, cogió Motamid un sable y sin detenerse a tomar un escudo ni una coraza, montó a caballo y se precipitó sobre los agresores rodeado de algunos soldados adictos. Un capitán almorávide le tiró un dardo. Pasó el arma bajo el brazo y le rozó la túnica. Cogiendo entonces el sable con las dos manos parte al caballero en dos pedazos, rechaza a los otros enemigos y los obliga a buscar su salvación en una fuga precipitada. La brecha fue compuesta al momento, pero el peligro desviado por un instante no tardó en reaparecer. Después de medio día, los Almorávides consiguieron quemar la flota, lo que causó gran consternación entre los sitiados, porque sabían que destruidos los buques la ciudad no podía mantenerse ni tampoco ignoraban que para asaltarla no esperaban los sitiadores más que la llegada de Sir que había ido a traer refuerzos. Así es que el terror qué tal, que los habitantes no pensaron más que en salvar sus vidas. Algunos se echaron al rio, tratando de pasarlo a nado, otros se tiraron desde lo alto de las murallas y hasta hubo algunos que se deslizaron por las cloacas. Entretanto, llegó Sir y el domingo 7 de Setiembre mandó dar el asalto. Los soldados que estaban en las murallas se defendieron con bravura, pero fueron abrumados por el número, y entonces los Almorávides penetraron en la ciudad saqueándola y cometiendo todo género de excesos. Su rapacidad fue tal que quitaron a los sevillanos hasta su último vestido.

Motamid estaba todavía en el castillo. Las mujeres lloraban, sus amigos le suplicaban que se rindiera. Él no quiso, porque entreveía con horror, no la muerte, estaba demasiado habituado a desafiarla para que la temiera, sino el suplicio infame, y lo que pensaba en esta ocasión, lo ha expresado en estos versos:

“Cuando mis lágrimas dejaron al fin de correr, y se calmó un poco mi corazón desgarrado: Rendíos, me dijeron, es el partido más prudente. ¡Ay!, respondí, ¡un veneno me parecería más dulce de tragar que vergüenza semejante! Que los bárbaros me quiten mi reino y que mis soldados me abandonaran: mi valor y mi dignidad no me abandonan. El día en que caí sobre los enemigos no quise coraza, salí a su encuentro sin más vestidos que una túnica y esperando encontrar la muerte me lancé en lo más fuerte de la pelea, mas ¡ay! no había llegado mi hora.”

Resuelto a buscar una vez más la muerte que parecía huirle, se lanzó como un desesperado sobre un batallón almorávide que había penetrado en el patio del castillo, lo rechazó y lo precipitó en el rio. Su hijo Malic perdió la vida en esta ocasión, pero él ni siquiera recibió una herida. Vuelto al castillo, tuvo por un momento la idea de darse la muerte, pero creyendo que esto era ofender a Dios, renunció a su proyecto y se decidió al fin a rendirse. Cuando llegó la noche envió pues a su hijo Rachid cerca de Sir porque esperaba todavía obtener condiciones. Esta esperanza se desvaneció. Rachid pidió en vano una audiencia y se le dio a entender que su padre tenía que entregarse a discreción. No pudiendo tomar otro partido, Motamid se resignó a tomar el último que le quedaba. Se despidió de su familia y de sus compañeros de

armas, que lloraban y gemían y se puso con Rachid en manos de los Almorávides. El castillo fue saqueado como lo había sido la ciudad y le dijo a Motamid que no le perdonaría la vida a él ni a su familia, sino a condición de enviar a sus dos hijos Radhi y Motamid, que mandaban el uno en Mertola y el otro en Ronda, la orden de rendirse inmediatamente a los cuerpos almorávides que lo sitiaban. Motamid consistió en hacerlo y, como sabía que sus hijos tenían el alma tan altiva como él, les suplicó en los términos más sentidos que obedecieran a su voluntad, pues solo a ese precio podían salvarse las vidas de su madre, de sus hermanos y de sus hermanas. Romaiquia unió también sus súplicas a las suyas, pues también temía que sus hijos rehusaran someterse y este temor era fundado. Sobre todo a Radhi, por mucho que sintiera la suerte que esperaba a su familia en el caso de continuar defendiéndosele costó mucho trabajo resolverse a obedecer, porque Ronda podía sostenerse todavía mucho tiempo. El general Guerur encargado de sitiarla se mantenía a distancia, no se atrevía a aproximarse a aquel nido de águilas, colgado en la cima de una montaña escarpada y no tenía esperanza alguna de apoderarse de ella por la fuerza de las armas. Sin embargo, al fin triunfó en su corazón el sentimiento filial, consintió en entrar en tratos y habiendo obtenido una capitulación honrosa, abrió a los Almorávides las puertas de su fortaleza.

Pero Guerur tuvo la infamia de faltar a su palabra y para castigar a Radhí de haber dudado tanto tiempo lo hizo asesinar. Motadid que se había decidido más pronto tuvo menos dura suerte; sin embargo también la capitulación que hizo fue violada, pues le quitaron todos sus bienes, aunque se habían comprometido a dejárselos.

La toma de Sevilla apresuró la rendición de Almería. En su lecho de muerte, Motacim había aconsejado a su primogénito Izzad-daula que se fuera a refugiar a la corte de los señores de Bugía, en cuanto supiera que Sevilla había tenido que rendirse. Habiendo sucedido esto, Izzad-daula obedeció la última voluntad de su padre y los Almorávides entraron en Almería a tambor batiente y banderas desplegadas. Poco después tomaron Murcia, Denia y Játiva, y luego volvieron sus armas contra Badajoz. Durante el sitio de Sevilla, Motawakkil creyó poder escapar a su reino aliándose con los Almorávides y hasta se dice que los había ayudado a apoderarse de la capital de Motamid; pero más adelante, cuando sus pretendidos aliados comenzaron a devastar sus fronteras, se había echado en brazos de Alfonso, cuya protección había comprado cediéndole Lisboa, Ceuta y Santander. Este paso descontentó a sus súbditos y ellos fueron los que llamaron a los Almorávides. En consecuencia, Sir, que había sido nombrado gobernador de Sevilla, envió un ejército contra Motawakkil a principios del año 1094 que conquistó el país sin exceptuar la capital, con tanta facilidad y rapidez que Alfonso no tuvo tiempo de socorrer a su aliado. Habiendo sido tomada por asalto la ciudadela de Badajoz, donde Motawakkil se había refugiado con su familia, este cayó en poder de sus enemigos. A fuerza de torturas, Sir le obligó a declarar los sitios en que había ocultado sus tesoros y le dijo que lo iba a mandar a Sevilla con sus dos hijos Fadhl y Abbás. No era esta su intención, por el contrario, había resuelto concluir con estos príncipes, pero como temía que su ejecución en la capital produjera mal efecto, dio orden al capitán que mandaba la escolta de matarlos en cuanto la perdieran de vista. En cuanto estuvieron a alguna distancia de Badajoz, el capitán anunció a Motawakkil que él y sus hijos debían prepararse a morir. El desdichado príncipe no trató de ablandar a sus verdugos, pues sabía que esto sería inútil; sólo les rogó que comenzaran por sus hijos, porque según las ideas musulmanas se pueden rescatar con

sufrimientos los pecados cometidos. Se accedió a su ruego y cuando vio caer las cabezas de sus dos hijos, se arrodilló para hacer la última plegaria. Los soldados no se la dejaron concluir. Lo mataron a lanzazos.

En 1102, los Almorávides ganaron Valencia, ciudad de que el Cid se había apoderado ocho años antes. Mientras que vivió los Almorávides trataron en vano de quitársela y después de su muerte (1099) su viuda Jimena se mantuvo allí más de dos años, pero Alfonso, a quien ella había llamado en su auxilio y que creía a Valencia demasiado apartada de sus Estados para poder disputársela por mucho tiempo a los Sarracenos la indujo a abandonarla. Así se hizo, pero no queriendo dejar a los Almorávides más que escombros, los Castellanos incendiaron la ciudad a su partida.

No quedaban pues, en la España musulmana, más que dos Estados que no hubiesen sido incorporadas todavía al imperio de los Almorávides; Zaragoza donde reinaba Mostain, de la familia de los Beni-Hud y la Sahla que pertenecía a los Beni-Razin. Estos últimos, habían reconocido la soberanía de Yusuf, pero fueron depuestos. Más feliz Mostain, que había sabido ganarse el favor de los Almorávides con los ricos presentes que les enviaba, conservó el trono durante su vida, pero a su muerte cambiaron de faz las cosas. Le sucedió su hijo Imad-addaula, pero los habitantes de Zaragoza no quisieron reconocerle sino a condición de que se comprometiera a licenciar los soldados cristianos que servían en el ejército. Condición era esta muy dura de cumplir, pues hacia un siglo que eran los cristianos los mejores soldados del ejército de Zaragoza y el más seguro apoyo del trono, y si Imad-addaula los licenciaba, era evidente que no tardaría en sucumbir, pues sus súbditos no deseaban más que entregarse a los Almorávides. A pesar de esto, el príncipe consintió en hacer la promesa que se le exigía, pero apenas la hubo cumplido se apresuraron sus súbditos a ponerse en relaciones con Alí, hijo de Yusuf que reinaba entonces, pues su padre había muerto tres años antes, y a decirle que habiendo sido echados los cristianos, le sería fácil apoderarse del reino. Informado Imad-addaula de sus tramas, alistó cristianos de nuevo. Esta medida puso el colmo al descontento de sus súbditos, que informaron a Alí de lo que había pasado, suplicándole que los socorriera. Alí preguntó a los faquíes de Marruecos, si tenía derecho a acceder a sus súplicas y habiendo recibido una respuesta afirmativa, envió al gobernador de Valencia la orden de tomar posesión de Zaragoza. Esta orden se ejecutó sin obstáculo, porque Imad-addaula, que no se creía seguro en su capital, la había evacuado para meterse en la fortaleza de Rueda. Antes de su partida había escrito, sin embargo, a Alí, una carta muy sentida, en que le rogaba por la amistad que había habido entre sus padres que le dejase sus Estados, puesto que no había hecho nada que pudiera motivar pasos hostiles de parte de Alí. La carta hizo mucha impresión sobre este y tanto más cuanto que su padre le había recomendado en su lecho de muerte que viviera en paz con los Beni-Hud; así que envió contraorden al gobernador de Valencia, pero la contraorden llegó demasiado tarde, pues los Almorávides habían ya entrado en Zaragoza.

Toda la España musulmana estaba ya reunida bajo el cetro del rey de Marruecos; lo que el pueblo y los faquíes deseaban se había efectuado, y los faquíes por lo menos no tuvieron por qué arrepentirse de haber cooperado del modo más eficaz al éxito de la revolución. Sería preciso remontarse hasta el tiempo de los Visigodos para hallar otro ejemplo de un clero tan poderoso como lo fue el musulmán en el reinado de los Almorávides. Los tres príncipes de esta

casa que reinaron sucesivamente en Andalucía, Yusuf, Alí (1106-1143) y Techufin (1143-1145) fueron todos extremadamente devotos, dispensaron a todos los faquíes respetos y homenajes y no hacían nada sin su aprobación. Sin embargo, es a Alí a quien es preciso conceder la palma. La casualidad se había equivocado haciéndolo nacer en las gradas de su trono; la naturaleza lo había destinado para una vida de sosiego y de piadosa meditación, para el claustro, para una ermita en el desierto. Durante su vida no hizo más que rezar y ayunar. Naturalmente los faquíes no tuvieron de que quejarse, manejaban al monarca como querían, gobernaban el Estado, disponían de todos los emplees y de todos los favores, acumulaban inmensas riquezas, en una palabra, recogían el fruto que se habían prometido de la dominación almorávide y acaso la cosecha excedía a sus esperanzas. Pero si los sucesos las habían justificado, también justificaron los temores de los que no querían ni el dominio del clero, ni el de los soldados del Sahara y de Marruecos.

Los literatos, los poetas y los filósofos tenían muchos motivos de queja. Verdad es que muchos literatos que habían servido en las cancillerías de los príncipes andaluces, habían obtenido empleos en las del nuevo dueño, pero se hallaban fuera de su sitio y poco a sus anchas en medio de sacerdotes fanáticos y rudos capitanes; la comitiva de los príncipes andaluces era muy diferente. Aun en aquellos que para ganar el pan cuotidiano adulaban a los señores almorávides, y les dedicaban libros, se nota cierta tristeza mezclada a gran admiración hacia los príncipes literatos que antes habían reinado en Andalucía. Hubo también quien experimentó a veces la necesidad imperiosa de desahogar su bilis, como aquel secretario que habiendo recibido orden de dirigir en del monarca una reprimenda al ejército valenciano que se había dejado batir por el rey de Aragón, cedió a su antipatía hasta el extremo deponer en su carta frases como esta: «Cobardes, infames, ¿huis todos a la vista de un solo caballero? En lugar de caballos que montar, debíamos daros ovejas que ordeñar. Ya es tiempo de que os castiguemos severamente, que purguemos de vosotros a la Península y que volvamos al Sahara.» Semejante lenguaje, no hay para que decirlo, no agradó al monarca y el secretario fue destituido. En cuanto a los poetas, no hallando ya Mecenas, deploraban la decadencia del gusto y maldecía la barbarie que habla invadido su país. Algunos de ellos subsistían trabajosamente, componiendo odas en honor de los faquíes, porque por devotos que fueran, no estaban exactos de vanidad y su jefe Ibn-Hamdin tenía mucha. Pretendía pertenecer a la nobleza árabe, se la daba de príncipe y entre otros versos se hizo componer los siguientes; «Que no se hable del esplendor de Bagdad, ni de la hermosura de la China y de la Persia: —no hay en toda la tierra ciudad como Córdoba, ni hombre que pueda compararse con Ibn-Hamdin.» Pero los faquíes sin exceptuar a Ibn-Hamdin que era el hombre más rico de Córdoba, pagaban muy mal y además los poetas que se respetaban a sí y a su arte, no querían cantarlos. La pobreza era pues su destino. Ibn-Baki, gracioso poeta, uno de los mejores que ha tenido Andalucía, erraba como un vagabundo falto de pan. «A vuestro lado, compatriotas, decía en uno de sus poemas, me encuentro en la pobreza y en la miseria y si mereciera el nombre de hombre libre y digno, ya no estaría aquí. Vuestro jardín no produce frutos, vuestro cielo no da ni una gota de agua. Yo tengo sin embargo mérito y, si Andalucía no me quiere, el Iraq me recibirá con los brazos abiertos. Aquí sería una locura querer subsistir con el talento, pues aquí no hay más que estúpidos y avaros advenedizos.» Un solo consuelo quedaba á los poetas, podían silbar a los poderosos del día, escribir sátiras llenas de hiel contra los faquíes, «esos

lobos que se arrastran en las tinieblas y que devoran piadosamente todos los bienes de aquí abajo;» pero era, peligroso exhalar su cólera de este modo, porque los faquíes sabían castigar a los audaces que se burlaban de ellos. La Filosofía, apenas hay que decirlo, era ciencia prohibida. Malic ibn-Wohaib de Sevilla, tuvo la imprudencia de ocuparse de ella, pero viendo que exponía su vida, la abandonó para entregarse enteramente al estudio de la Teología y al derecho canónico. No tuvo por qué arrepentirse, pues llegó a ser el amigo y el confidente del monarca, sin embargo nunca se le perdonó enteramente la falta que había cometido en su juventud, y uno de sus enemigos compuso contra él estos versos: «La corte de Alí estaría libre de toda mancha, si el demonio no hubiera hallado medio de meter en ella a Malic Ibn-Wohaib». La intolerancia de los faquíes no tenía límites y sus conocimientos eran muy limitados. Poco versados en el estudio del Corán y de las tradiciones relativas al Profeta, no conocían más que los escritos de los discípulos de Malic que miraban como autoridades infalibles de las qua no era permitido apartarse. Su teología, a decir verdad, no era más que un conocimiento minucioso del derecho canónico. En vano, teólogos un poco más ilustrados, se oponían a su gusto exclusivo para cuestiones y libros en realidad secundarios, se les respondía con persecuciones y se les trataba de heterodoxos, cismáticos e impíos. El libro que el célebre Ghazzalí había publicado en Oriente con el título de «Vivificación de las ciencias religiosas», causó en Andalucía gran escándalo. No era, sin embargo, un libro heterodoxo. Ghazzalí, a quien no había satisfecho ningún sistema filosófico, había caído primero en el escepticismo y no habiendo podido seguir en él, se había precipitado en el ascetismo y se había hecho enemigo declarado de la filosofía. Así, que afirma, en la Vivificación de las ciencias religiosas, que la metafísica no debe servir más que para defender la religión revelada contra los novadores y la declara superflua en tiempos de fe verdadera y viva; y en cuanto al estudio de la naturaleza, quiere que se abstengan absolutamente de él, si se aperciben que pueda quebrantarla fe. Pero predicaba una religión intima, ferviente, apasionada, una religión del corazón y censuraba enérgicamente a los teólogos de su tiempo que se detenían en la corteza, no ocupándose más que de cuestiones de derecho, útiles solamente para terminar las insignificantes querellas del vil populacho. Esto era atacar a los faquíes andaluces en su flaco, así que se llenaron de indignación. El cadí de Córdoba Ibn-Hamdin, declaró que todos los que habían leído el libro de Ghazzalí eran impíos y condenados, y redactó un fetva en que se decía que todos los ejemplares debían ser entregados al fuego. Este fetva firmada por los faquíes de Córdoba, fue presentado al rey Alí que lo aprobó. Por consiguiente, el libro de Ghazzalí fue quemado en Córdoba y en las demás ciudades del imperio y se prohibió a todos bajo pena de muerte y de confiscación de bienes tener un ejemplar.

Se comprende que baje semejante régimen la suerte da los que vivían fuera de la religión musulmana debía ser intolerable. He aquí, por ejemplo, lo que aconteció a los judíos. Un faquí de Córdoba creyó haber hallado un medio excelente para obligarlos a abrazar el islamismo. Pretendió haber encontrado entre los papeles de Ibn-Masarra una tradición, que decía que los judíos se habían comprometido con Mahoma a hacerse musulmanes al fin del siglo V de la Hegira, si el Mesías que esperaban no había parecido en este intervalo. Evidentemente este faquí no era muy fuerte en la historia literaria, si lo hubiera sido, se hubiera guardado muy bien de decir que había hallado esta tradición en los papeles de Ibn-Masarra, puesto que se sabe que la ortodoxia de este sabio era más que sospechosa. Pero no se miraba tanto y el rey

Yusuf que estaba entonces en España, fue á Lucena (ciudad exclusivamente judía, porque ningún musulmán podía habitar allí) a fin de obligar a los hebreos a cumplir la promesa hecha por sus antepasados. Gran consternación entre los judíos de Lucena, pero afortunadamente les quedaba todavía un medio para salir del apuro. En realidad, no eran ni su conciencia, ni su fe lo que se quería, sino su dinero. Pasaban por los judíos más ricos del mundo musulmán y el gobierno contaba con ellos para salvar el déficit, creado en el tesoro por la abolición de las contribuciones ilegales. Ellos no lo ignoraban y, en su consecuencia, se dirigieron al cadí de Córdoba Ibn-Hamdin, suplicándole que intercediera por ellos con su soberano. El cadí no se mostró inexorable, les prometió hablar en su favor y lo hizo. No nos atreveríamos a afirmar que lo hiciera de valde, pero el caso es, que persuadió al rey a contentarse con una suma de dinero. Cierto es que esta suma era enorme, pero en aquellas circunstancias los judíos debieron felicitarse de verse libres por un sacrificio pecuniario.

Los cristianos, los mozárabes como los llamaban, tuvieron que sufrir mucho más; el odio que los faquíes y el populacho alimentaban contra ellos, era más fuerte y envenenado. En muchos lugares no forma más que una pequeña comunidad, pero todavía eran muy numerosos en la provincia de Granada y, muy cerca de la capital, poseían una hermosa iglesia, que había sido edificada en el año 600 por un señor godo, llamado Gudila. Esta iglesia hacía sombra a los faquíes. Fundándose probablemente en la autoridad del califa Omar II, que quiso que no se dejaran en pie en ninguna parte iglesias, ni capillas nuevas ni viejas, dieron un fetva que mandaba destruirla; y habiendo recibido este fetva la aprobación de Yusuf, el sagrado edificio fue demolido hasta los cimientos (1099). Según toda apariencia, otras iglesias tuvieron la misma suerte; lo cierto es que los faquíes vejaron de tal manera a los mozárabes que estos suplicaron, al fin, al rey de Aragón, Alfonso el Batallador que viniera a librarlos del yugo intolerable que sobre ellos pesaba. En Setiembre de 1125 se puso en camino con cuatro mil caballeros, seguidos de sus gentes de armas, que habían jurado todos sobre el Evangelio no abandonarse unos a otros. Su expedición no tuvo, sin embargo, el resultado que se habían prometido. Verdad es que devastó la Andalucía durante más de un año, que llegó hasta las puertas de Córdoba y que consiguió una gran victoria en Arnisol, cerca de Lucena; pero había venido a tomar Granada y no lo consiguió. En cuanto se marchó el ejército aragonés los musulmanes castigaron del modo más cruel a los mozárabes. Diez mil de ellos se habían sustraído ya a su furor; conociendo la suerte que le esperaba habían obtenido, de Alfonso, permiso para establecerse en sus Estados, pero todavía quedaban muchos y estos fueron privados de sus bienes, maltratados de todas suertes, presos o muertos. Sin embargo, la mayor parte fueron trasladados al Africa, expuestos a insoportables sufrimientos y se los estableció en las cercanías de Salé y de Mequinés (1126). Todo esto se hizo en virtud de un decreto de Alí que el cadi Ibn-Rochd (abuelo del célebre filósofo Averroes) había provocado. Once años más tarde tuvo lugar una segunda deportación de Mozárabes, de mod que en Andalucía quedaron muy pocos.

Para muchas gentes, este gobierno era pues, muy duro y tiránico. Sin embargo, los cristianos, los judíos, los teólogos musulmanes de la escuela liberal, los filósofos, los poetas y los literatos no formaban todos juntos más que una minoría. Era, sin contradicción, una minoría muy considerable y de la que era imposible desentenderse, pues formaban parte de ella casi todos los hombres de talento, pero al fin, no era la masa de la población. Lo que esta

esperaba del nuevo gobierno, podía formularse de este modo: orden en el interior, protección contra el enemigo fuera, disminución de impuestos y acrecentamiento de la prosperidad pública. ¿Se realizaron estos deseos? Puede decirse que lo fueron durante el reinado de Yusuf y en los primeros años del de su sucesor. Durante este tiempo no se rompió el orden, los caminos estaban seguros, los Castellanos fueron tan tenidos a raya que no pensaron ya en venir a devastar el interior de Andalucía y, por lo menos al principio, no se echaron contribuciones ilícitas; eran los judíos, como hemos visto, los que debían pagar por los musulmanes, cuando el tesoro se encontraba exhausto. Sin embargo, no nos atreveríamos a afirmar, como lo hace un cronista, que no hubiera habido ninguna contribución extraordinaria, pues se sabe que, una vez al menos Yusuf trató de echar una contribución de guerra, una «mauna» (ayuda) como se la llamaba. Los Almerienses que no habían mostrado nunca gran parcialidad para los Almorávides, reusaron pagarla y el cadí de esta ciudad Abu-Abdallah ibn al-Farra, respondió en estos términos a las reprimendas de Yusuf. «Vos me reprendéis, señor, porque no he querido obligar a mis conciudadanos a pagar la «manua» y decís que debe pagarse, puesto que todos los faquíes y cadíes de Marruecos y de Andalucía lo han decretado así, fundándose en el ejemplo de Omar, el compañero del Profeta, que han sido enterrado a su lado y cuya justicia jamás se ha puesto en duda. He aquí mi respuesta, oh emir de los musulmanes: Vos no sois compañero del Profeta, ni seréis enterrado en su lado, ni yo sé que vuestra justicia haya dejado de ponerse en duda y si los cadíes y faquíes os ponen en la misma línea que a Omar, ellos tendrán que responder a Dios de esa opinión temeraria. Omar, por otra parte, no pidió la contribución de que se trata, sino después de haber jurado en la mezquita, que no le quedaba ni un solo dirhem en el tesoro; si vos podéis hacer lo mismo, tendréis derecho de pedir una contribución extraordinaria; si no, no, Salud.» ¿Este altivo lenguaje, dio por resultado que Yusuf renunciara a su designio o bien persistió en él? No podríamos decirlo, pero nos sentimos inclinados a creer que en el reinado de Alí fueron restablecidas, al menos en parte, las contribuciones ilegales, pues hablando de los Rum (cristianos) a quienes este príncipe dio empleos, dice un cronista, que fueron también encargados de percibir los «magharam» y ordinariamente se designan con esta palabra los impuestos que no han sido prescritos por el Corán. Sin embargo, la población contribuyó menos que bajo los príncipes andaluces y es natural que, gracias a esta circunstancia y al sosiego de que se gozaba, se acrecentase la prosperidad. Esta fue en efecto muy grande, la prueba es que el pan se vendía muy barato y que podían comprarse legumbres casi de balde.

En general, el pueblo no se engañó, solo se equivocó, si había creído que los Almorávides obtendrían victorias decisivas sobre los cristianos y devolverían a la España musulmana la grandeza y el poder que había tenido en los tiempos de Abderramán III, de Haquem II y de Almanzor. Las circunstancias eran sin embargo favorables, porque después de la muerte de Alfonso VI (1109), la España cristiana fue por mucho tiempo presa de la discordia y de la guerra civil, pero los Almorávides no supieron aprovecharlas. Todos sus esfuerzos para reconquistar Toledo fueron inútiles, y si bien es cierto que se apoderaron de algunas ciudades menos importantes, los triunfos que obtuvieron quedaron contrabalanceados con la pérdida de Zaragoza (1118).

El pueblo por lo demás no tuvo mucho tiempo de felicitarse por la revolución efectuada: gobierno, generales y soldados todo se corrompió con una asombrosa rapidez.

Los generales de Yusuf, cuando llegaron a España, eran iliteratos, es verdad, pero también piadosos, bravos, probos y acostumbrados a la vida sencilla y frugal del desierto. Enriquecidos con los tesoros de los príncipes andaluces que Yusuf les había prodigado, perdieron bien pronto sus virtudes y no pensaron en adelante más que en gozar tranquilamente de los bienes que habían adquirido. La civilización de Andalucía fue para ellos un espectáculo enteramente nuevo; avergonzados de su barbarie, quisieron iniciarse en ella, tomando por modelos a los príncipes destronado. Desgraciadamente tenían la piel demasiado dura para poder apropiarse la delicadeza, el tacto y el primor de los Andaluces. Todo llevaba en ellos el sello de una imitación servil y mal hecha. Protegieron a los literatos, se hicieron recitar poemas y dedicar libros, pero todo esto lo hacían torpemente, sin gracia y sin gusto, hicieran lo que hicieran, siempre quedaron semisalvajes y no tomaron de la civilización andaluza más que su lado malo. El cuñado del rey Alí, Abu-Becr ibn-Ibrahim, que fue por algún tiempo gobernador de Zaragoza después de haberlo sido de Granada, fue por decirlo así, el tipo de esos generales que ensayaron sin gran éxito «andaluzizarse», si nos es lícito expresarnos así. Nacido en el Sahara, había sido criado en los principios rígidos y austeros de su nación, pero en Zaragoza los olvidó para tomar en todo por modelos a los Beni-Hud, antiguos reyes del país. Estos habían sido gente alegre y él quiso serlo también; en consecuencia se rodeó de vividores y cuando bebía con ellos se ponía una corona y un manto real; luego como los Beni-Hud habían sido los protectores de la filosofía y hasta dos de ellos Moctadir y Mutamin habían escrito sobre esta ciencia, quiso al serlo a su vez, y sin cuidarse de lo que dijeran su cuñado y los faquíes, eligió por amigo, por confidente y por primer ministro a un hombre cuyo nombre no pronunciaban los fieles sino con horror, que no creía en el Corán y que negaba toda revelación, al célebre filósofo Avempace en una palabra. Sus soldados se indignaron tanto que gran número de ellos lo abandonó. Sin embargo, los soldados aunque más ortodoxos, no valían más que sus jefes. Los que los caracterizaba era su insolencia con los andaluces y su cobardía ante el enemigo. En efecto, su cobardía era tan grande que el rey Alí se vio obligado a vencer su aversión hacia los cristianos y alistar los que su almirante Ibn-Maimun que hacía una verdadera caza de hombres, le traía de las costas da Galicia, de Cataluña, de Italia y del imperio bizantino; y en cuanto a la insolencia no conocían límites. Trataban a Andalucía como país conquistado y tomaban todo lo que se les antojaba: dinero, bienes y mujeres. El gobierno lo toleraba, porque no podía hacer nada. Su debilidad daba lástima. Los faquíes habían tenido que ceder el poder a las mujeres o por lo menos dividirlo con ellas. El rey Alí se dejaba gobernar por su esposa Camar, otras damas gobernaban a su antojo a los altos dignatarios, y por poco que se satisficiera su codicia, podía hacerse todo lo que se quisiera. Hasta los bandidos tenían derecho de contar con la impunidad, si tenían medios de comprar la protección de estas damas. Ellas eran las que daban los empleos y por lo común los concedían a hombres completamente incapaces. En una palabra, el gobierno llegó a ser despreciable y ridículo. Ejército y pueblo se burlaban de él, porque revocaba al día siguiente las órdenes que había dado la víspera; los grandes señores aspiraban al trono y se les oía decir que ellos gobernarían mucho mejor que el débil Alí que no sabía más que rezar y ayunar.

Para colmo de desdichas, estalló en África una terrible rebelión (1121). Fanatizados por un pretendido reformador, que se supone el Mahdi anunciado por Mahoma, los salvajes habitantes de la cadena del Atlas marroquí, los Almohades (unitarios), como ellos se llamaban,

tomaron las armas contra los Almorávides. Para una dinastía ya tan débil y vacilante, semejante golpe debía ser mortal. A excepción de los cristianos, los soldados de que disponía eran tan malos que, por lo común, la vista de un solo enemigo bastaba para ponerlos en derrota. Así que el gobierno en su último apuro no sabía que hacer; para prolongar algunos minutos su triste existencia desguarnecía a Andalucía, retirando de ella soldados, armas municiones y víveres. Los cristianos no tardaron en apercibirse de ello y en aprovecharlo. En 1125, cuatro años después del comienzo de la rebelión de los Almohades, Alfonso el Batallador, rey de Aragón, devastó la Andalucía, como ya hemos visto, durante más de un año. En 1133, Alfonso VII de Castilla que llevaba el título de emperador lo mismo que su abuelo Alfonso VI, llevó a sangre y fuego los alrededores de Córdoba, de Sevilla y de Carmona, tomó Jerez, que saqueó y quemó y penetró hasta lo que se llamaba entonces la vuelta de Cádiz, es decir, hasta las columnas de Hércules. No había hecho más su abuelo en tiempo de Motamid. Cinco años más tarde volvió para devastar los alrededores de Jaén, de Baeza, de Úbeda y de Andujar. En 1143, hizo de nuevo la vuelta de Sevilla y de Carmona. Al año siguiente toda Andalucía fue saqueada y quemada desde Calatrava hasta Almería.

Después de haber gozado de algunos años prósperos, el pueblo andaluz había ganado en la revolución que saludó con tanto entusiasmo: un gobierno impotente y corrompido, una soldadesca cobarde, indisciplinada y brutal, una pésima policía, porque en las ciudades pululaban los rateros y las campiñas estaban infestadas de ladrones, la paralización casi completa del comercio y de la industria, la carestía de los víveres, por no decir el hambre, en fin, invasiones más frecuentes que lo habían sido nunca y que tendían desgraciadamente a multiplicarse aun. Todas las esperanzas habían salido fallidas y ahora maldecían a aquellos Almorávides en quienes habían visto antes los salvadores del país y de la religión. En el año 1121 se sublevaron los Cordobeses contra la soldadesca que estaba de guarnición en la ciudad y que se entregaba a todo género de excesos sin que el gobierno lo impidiera. Estos bárbaros fueron expulsados y sus casas saqueadas. Entonces el rey Alí llegó a Andalucía con una nube de africanos; jamás ejército tan considerable había desembarcado en España. Pero los Cordobeses, puestos contra la espada y la pared, resolvieron defenderse con el valor que da la desesperación. Cerraron las puertas, hicieron barricadas en las calles. El combate hubiera sido demasiado desigual, y los faquíes se interpusieron para evitar la efusión de sangre. Esta vez, a pesar de su habitual servilismo, tomaron partido por sus conciudadanos contra el poder. Declararon en un fetva que la rebeldía de los Cordobeses era justa y legítima, puesto que no habían tomado las armas más que para defender sus bienes, sus mujeres y su vida. Alí cedió como de costumbre a los faquíes y, después de algunos parlamentos los Cordobeses se comprometieron a pagar una multa en indemnización de lo que habían saqueado y destruido. En otras ciudades el descontento crecía de continuo y aunque el pasado no hubiera sido brillante, se le echaba de menos y se deseaba volver a él, tan sombrío e insoportable era el presente. Podemos convencernos de esto, leyendo el mensaje que los Sevillanos enviaron en 1133 a Saif-addaula hijo del último rey de Zaragoza que se encontraba en el ejército de Alfonso VI cuando este estaba antes las puertas de la ciudad. «Dirigíos al rey de los cristianos, le mandaron a decir, arreglaos con él y haced de modo que quedemos libres del yugo de los Almorávides. Una vez que lo seamos, pagaremos al rey de Castilla un tributo más considerable que el que nuestros padres pagaban a los suyos y vos y vuestros hijos reinarais sobre nosotros.»

Once años después la medida se había colmado y desplomándose el imperio por todas partes se decía en las calles y en las mezquitas: «Los Almorávides nos sacan hasta la médula de los huesos; nos quitan nuestros bienes, nuestro dinero, nuestras mujeres y nuestros hijos, ¡sublevémonos contra ellos, echémoslos, matémoslos!

Y otros decían:

—Primero debemos hacer alianza con el emperador de León, le pagaremos un tributo como hacían nuestros padres.

—Sí, sí, gritaban por todas partes, todos los medios son buenos siempre que quedemos libres de los Almorávides.

Y se pedía la bendición de Dios sobre los proyectos que se habían formado y toda Andalucía se levantaba como un solo hombre para aniquilar a sus opresores, con los cadíes y los faquíes a la cabeza, pues es sabido que el clero ha contado rara vez el reconocimiento en el número de sus virtudes.

No vamos a referir ni la historia de esta revolución, ni la conquista de España por los Almohades que habían derrotado a los Almorávides en Marruecos. La tarea que nos hablamos impuesto era diseñar la Historia de la Andalucía independiente y si, al echar una rápida ojeada sobre el período en que este país no fue más que una provincia de otro imperio, hemos excedido los límites de nuestro asunto, es porque hemos creído de nuestro deber mostrar que Andalucía cuando se entregó a los Almorávides estuvo muy lejos de ser dichosa y que llegó hasta echar de menos a sus príncipes indígenas a quien ella había calumniado tanto y a quien había abandonado y vendido en la hora del peligro.

Un solo deber nos resta para concluir, contar la historia de Motamid durante su cautividad.

IV.

Sean las que quieran las virtudes de Yusuf—los faquíes afirmaban que había tenido muchas—no se contaba entre ellas la magnanimidad hacia los vencidos. Su conducta con los príncipes andaluces que había hecho prisionero fue odiosa y cruel. Verdad es, que los dos nietos de Badís fueron tratados de una manera conveniente: recobraron la libertad a condición de no salir de Marruecos y recibieron un sueldo bastante considerable de modo que Abdalad pudo dejar una buena fortuna a sus hijos. Es que Yusuf tenía para estos príncipes que eran de su nación, una debilidad, y eran además hombres incapaces, de los que no tenía nada que temer y que lo adulaban. En cuanto a los otros príncipes ya hemos visto cual fue la suerte de Motawakkil, de Fadhl y de Abbas; la de Motamid aunque no le quitaron la vida, no fue menos deplorable.

Después de la toma de Sevilla, se dio orden de llevarlo a Tánger. En el momento de embarcarse con sus mujeres y con sus hijos, una multitud inmensa cubría las riberas del Guadalquivir para darles el último adiós. El poeta Ibn-al-labbana en una de su elegía ha descrito esta escena en estos términos:

"Vencidos después de una valerosa resistencia, los príncipes fueron metidos en un navío. La multitud llenaba las riberas del rio, las mujeres estaban sin velos, y en su dolor se arañaban el rostro. ¡Qué de gritos, qué de lágrimas! ¿Qué nos queda ya? ¡Vete de aquí extranjero! recoge tus bagajes y haz tus provisiones, porque la casa de la generosidad ya se ha quedado desierta. Tú que tenías intención de establecerte en este valle, sabe que la familia que tú buscabas ya no está allí, y que la sequía ha destruido nuestra cosecha. Y tú caballero del soberbio séquito, depón tus armas que no te servirían de nada, porque el león ha abierto ya su boca para devorarte."

Cuando Motamid llegó a Tánger, donde permaneció algunos días, el poeta Hozri que habitaba allí y que había pasado algún tiempo en la corte de Sevilla, le envió poemas compuestos en su honor; de ellos uno solo era nuevo, y en este Hozri pedía un regalo, aunque debía saber que no estaba en estado de hacerlo. En efecto, el ex-rey de Sevilla no había conservado de todas sus riquezas más que treinta y seis ducados que había escondido en su bota y que sus pies habían manchado de sangre: pero tal era su generosidad que no vaciló en sacrificar este último recurso; enrolló los ducados en un pedazo de papel y añadiéndoles una poesía en la que se escusaba por la exigüidad del regalo los envió a Hozri. Este mendigo sin vergüenza no tuvo siquiera la atención de darle las gracias, y cuando los otros poetastros de Tánger y de sus cercanías supieron que Motamid hacia todavía regalos, acudieron en gran número a presentarle sus versos. Pero ¡ay! ya no tenía nada que dar, y con esta ocasión dijo:

"Los poetas de Tánger, los de la Mauritania entera, se esfuerzan en hacer versos y quisieran recibir alguna cosa del cautivo. Mas bien seria él quien debiera pedirles una limosna; ¡qué maravilla, qué maravilla! Si el pudor que hay en el fondo de su alma, si la altivez que le legaron sus abuelos no se lo impidiera, él rivalizaría con ellos, él mendigaría también, él, que antes, cuando se acudía a su generosidad, repartía el oro a manos llenas."

De Tánger se le condujo a Mequinez. En el camino se encontró una procesión que hacía rogativa por la lluvia y con esta ocasión compuso estos versos:

Viendo a esas gentes que iban a implorar la lluvia:

—Mis lágrimas, les dijo, la sustituirán.

—Tienes razón, le respondieron, tus lágrimas son bastante abundantes para ello; pero están mezcladas de sangre.

En Mequinez permaneció muchos meses, hasta que Yusuf mandó trasladarlo a la ciudad de Aghmat, no lejos de Marruecos. Mientras que se le hacía andar este trayecto, su hijo Rachid a quien se había negado a ver, porque, por un motivo que ignoramos, estaba enfadado con él, le dirigió para apaciguarlo estos versos:

"Escudo de la lluvia protectora, señor de la generosidad, protector de los hombres, el mayor favor que pudierais concederme sería permitirme contemplar un instante tu noble rostro que alegre y brillante podría servirnos, la noche de antorcha, el día de sol."

Motamid le respondió con estos:

"Yo era el émulo de la lluvia bienhechora, el señor de la generosidad, el protector de los hombres cuando mi mano derecha prodigaba los dones en el día de la distribución de los regalos, o quitaba la vida a los enemigos en el día del combate, y cuando mi izquierda tenía la brida que sujetaba el corcel, asustado con el ruido de las lanzas. Pero ahora yo me hallo en poder de la cautividad y de la miseria, me asemejo a una cosa sagrada que ha sido profanada, a un ave a quien se han cortado las alas. Ya no puedo responder al ruego del oprimido, ni del pobre. La alegría de mi rostro a que estabas acostumbrado se ha cambiado en sombría tristeza; los pesares no me permiten pensar en alegrías; hoy todas las miradas se apartan de mí, cuando antes todas me buscaban."

En Aghmat llevó en la prisión una existencia triste y dolorosa. El gobierno se ocupaba de él para mandar, ya que se le pusieran cadenas, ya que se las quitaran, pero no se tomaba el mismo cuidado de su subsistencia. Así, que vivía con su familia en la última miseria. Para subvenir a sus necesidades su mujer y sus hijas se vieron obligadas a hilar. Él buscaba consuelo en la poesía. Así que cuando vio, desde la estrecha ventana de su calabozo, una bandada de esas ligeras aves a quienes los árabes dan el nombre de «catá» y que son una especie de perdices, dijo:

"Yo lloraba viendo pasar cerca de mí una turbada «catás,» ellos eran libres, ellos no conocían ni la prisión, ni la cadena. No era por envidia por lo que lloraba, sino porque yo hubiera querido hacer lo que ellos, porque entonces yo hubiera podido ir a donde quisiera; mi dicha no se hubiera desvanecido, mi corazón no estaría lleno de dolor, yo no lloraría por la pérdida de mis hijos. ¡Cuán felices son! no están separados uno de otro, ninguno experimenta el dolor de estar lejos de su familia, no pasan como yo la noche en horribles angustias, cuando oigo rechinar en la puerta de la prisión los cerrojos o la cerradura. ¡Ay! ¡Dios les conserve a sus hijuelos, los míos carecen de agua y de sombra!"

Ya eran versos acerca de su pasada grandeza, sobre los magníficos palacios, testigos antes de su felicidad, sobre los hijos que le habían muerto y con ocasión de la fiesta de la ruptura del ayuno, esto:

"Otras veces las fiestas te ponen alegre, pero la fiesta que te halla cautivo en Aghmat te pone triste. Tú ves a tus hijas cubiertas de harapos y muertas de hambre; hilan para los que las pagan, porque no poseen ya nada en el mundo. Vienen a abrazarte fatigadas, destrozadas por el trabajo y con los ojos bajos. Caminan descalzas por el lodo de las calles, como si no hubieran marchado otras veces sobre almizcle y alcanfor. Sus hundidas mejillas atestiguan la miseria y las lágrimas las han surcado... Lo mismo que con ocasión de esta triste fiesta ¡Dios quiera que no vuelva para tí! Tú has roto el ayuno, tu corazón también ha roto el suyo; tu dolor mucho tiempo contenido ha estallado al fin. Antes cuando tú mandabas, todos te obedecían; ahora tú mismo estás reducido a recibir órdenes. Los reyes que se complacen en su poder se dejan engañar por un sueño."

La infeliz Romaiquia no estaba hecha para una vida tan dura y cayó peligrosamente enferma. Motamid se entristeció mucho y tanto más, cuanto que no había en Aghmat nadie a quien se atreviera a confiar el cuidado de curarla. Felizmente el célebre Abul-Alá Avenzoar que en los últimos años de su reinado habla sido médico de su corte y a quien había devuelto los

bienes de su abuelo, que Motadhid había confiscado, se hallaba entonces en Marruecos. Escribióle suplicándole que se encargara de la curación de la enfermedad de Romaiquia. Avenzoar le prometió venir, pero como en su carta habla deseado a Motamid una larga vida, le envió estos versos dándoles las gracias:

"Me deseas una larga vida, pero ¿cómo puede desearla un preso? ¿No es preferible la muerte a una vida que trae sin cesar nuevos tormentos? Otros pueden tener este deseo, porque tienen esperanza de encontrar la dicha, el único deseo que yo puedo tener es encontrar la muerte. ¿He de querer vivir para ver a mis hijas sin vestidos y sin zapatos? Ellas son ahora las siervas de la hija de un hombre cuyo empleo era anunciar mi venida cuando me presentaba en público, apartar las gentes que se oprimían a mi paso, contenerlas cuando atestaban el patio de mi palacio, galopar a derecha y a izquierda cuando pasaba revista a mis tropas y tener cuidado de que ningún soldado saliese de sus filas. Sin embargo, la súplica que has hecho tiene una buena intención y me ha hecho mucho bien. ¡Dios te lo pague Abul-Alá, tú eres un hombre de corazón! Ignoro cuando será cumplido el voto que yo hago; pero me consuelo con la idea que, todo tiene término en este mundo."

Lo que algunas veces le proporcionaba un consuelo momentáneo eran las cartas y las visitas de los poetas a quienes en otro tiempo había colmado de beneficios. Muchos de ellos hicieron el viaje a Aghmat; entre otros Abu-Mohamed Hidjarí, que por un solo poema habían recibido de él tanto dinero que pudo abrir una casa de comercio y gozar de un honrado bienestar mientras vivió. Motamid le confesó que se había equivocado en llamar a Yusuf a Andalucía. «Al hacerlo, dijo, cavé mi propia fosa.» Cuando el poeta vino a despedirse para volverse a Almería donde habitaba, Motamid quiso todavía hacerle un regalo a pesar de la exigüidad de sus medios, pero Hidjarí tuvo la delicadeza de rehusarlo e improvisó estos dos versos:

"Os juro que no aceptaré nada de vos, ahora que el destino os ha herido de un modo tan cruel e injusto. Lo que me disteis otras veces es muy suficiente, aunque vos misma lo hayáis olvidado."

Pero el más leal y el más asiduo de estos amigos era Ibn-al-labbana, y una vez que fue a Aghmat trajo buenas noticias de Andalucía. Los ánimos, decía, están conmovidos. Los patricios, que nunca quisieran la dominación de Yusuf se agitaban y conspiraban para volver a poner a Motamid en el trono. Decía bien, el descontento era muy grande en las clases ilustradas y el gobierno no tardó en tener las pruebas. Así que tomó medidas de precauciones hizo prender a muchas personas sospechas, especialmente en Málaga pero los conjurados de esta ciudad, cuyo gafe era Ibn-Khalaf, patricio muy considerado, se aprovecharon de la oscuridad de la noche para escaparse de la cárcel y se hicieron dueños de Montemayor. No tardó Abd-al-djabbar, hijo de Motamid que se había quedado en Andalucía con su madre y a quien el pueblo tomaba por Radhí, (el que había sido asesinado en Ronda) en presentarse a ellos que lo hicieron su jefe, y todo parecía marchar a medida de sus deseos. Un navío de guerra que se perdió en las cercanías del castillo les suministró víveres, municiones y armas. Algeciras se declaró por ellos lo mismo que Arcos y habiendo ido a esta última ciudad, en 1095, Abd-al-djabbar, comenzó a hacer razias que llegaban hasta las mismas puertas de la antigua capital del reino de sus abuelos.

La primera noticia de la rebelión de su hijo causó a Motamid profundo dolor. Le asustaba la temeridad de la empresa y temía para Abd-al-djabbar un destino tan cruel como había sido el de mucho de sus hijos; pero no tardaron estos sentimientos en dejar lugar a la esperanza; entreveía la posibilidad de volver a su país y de reconquistar su trono y no lo ocultaba a sus amigos. Escribiendo, por ejemplo, al poeta Ibn-Hamdis que se habla vuelto a Mahdia después de haberlo visitado, le envió un poema, que comenzaba de este modo:

«La cátedra en la mezquita y el trono en el palacio, lloran al cautivo que el destino ha arrojado a las playas africanas»

y en la cual decía:

«¡Oh! yo quisiera saber, si volveré a ver mi jardín y mi lago en aquel noble país donde crecen los olivos, donde arrullan las palomas, donde los pájaros hacen oír sus dulces gorjeos.»

Ibn-al-labbana alimentaba sus esperanzas. La víspera de volverse a Andalucía había recibido de Motamid veinte ducados y dos piezas de tela: le devolvió este regalo y entre los versos que le envió con esta ocasión se encuentran estos:

¡Todavía un poco de paciencia! Pronto me llenarás de felicidad, porque volverás a subir al trono. El día en que vuelvas a tu palacio me elevarás a las más altas dignidades. Tú superarás entonces al hijo de Merwan en generosidad y yo superaré a Djarir en talento. Prepárate a lucir de nuevo: un eclipse de luna no es nunca de mucha duración.

Cargado de cadenas — porque Yusuf había ordenado volvérselas a poner, «había rugido el leoncillo y se temía el bote del león»—Motamid vivía así de esperanzas, no enteramente infundadas: el partido de Abd-al-djabbar era numeroso e inspiraba al gobierno graves inquietudes; supo mantenerse durante más de dos años y no estaba domado aun, cuando Motamid murió después de una larga enfermedad (1095) a la edad de cincuenta y cuatro años.

El ex-rey de Sevilla fue enterrado en el cementerio de Aghmat. Algún tiempo después con ocasión de la fiesta de la cesación del ayuno, el poeta andaluz Ibn-Abd-azzamad dió siete veces la vuelta alrededor de su tumba a ejemplo de los peregrinos quedan la vuelta a la Caba; luego se arrodilló, besó la tierra que cubría los restos mortales da su bienhechor y recitó una elegía. Conmovida por su ejemplo, la multitud dio también la vuelta a la tumba a la manera de los peregrinos, lanzando gemidos prolongados.

«Todo el mundo ama a Motamid, dice un historiador del siglo XIII, todo el mundo tiene piedad de él y hoy se le llora todavía». En efecto, llegó a ser el más popular de todos los príncipes andaluces. Su generosidad, su bravura, su espíritu caballeresco le hicieron amar de los hombres cultos de las generaciones subsiguientes; las almas sensibles se sentían interesadas por su inmenso infortunio; al vulgo le entretenían sus aventuras romancescas y, como poeta, fue admirado hasta por los Beduinos que, respeto al lenguaje y a la poesía, pasaban por jueces más severos y competentes que los habitantes de las ciudades. He aquí por ejemplo lo que se refiere sobre este asunto:

En uno de los primeros años del siglo XII, un sevillano que viajaba por el desierto llegó a un campamento de Beduinos Lakhmitas. Habiéndose aproximado a una tienda y pedido

hospitalidad a su dueño, éste, gozoso de poder practicar una virtud que su nación aprecia infinito, le acogió con gran cordialidad. Ya había pasado el viajero dos o tres días con su huésped, cuando una noche después de haber intentado en vano conciliar el sueño, salió de la tienda a respirar el aliento de los céfiros. Hacía una noche serena y admirable, dulces y regaladas brisas templaban el calor. En un cielo sembrado de estrellas, se adelantaba la luna, lenta, majestuosa, iluminando con su luz al desierto augusto que hacía resplandecer como un espejo y que ofrecía la imagen más acabada del silencio y del reposo. Este espectáculo recordó al sevillano un poema que su antiguo soberano había compuesto y comenzó a recitarlo. El poema era este:

"Habiendo es tendido la noche las tinieblas a guisa de un inmenso velo, yo bebía a la luz de las antorchas el vino que centelleaba en la copa, cuando de pronto se mostró la luna acompañada de Orión. Se la hubiera creído una reina soberbia y magnifica que quería gozar de las bellezas de la naturaleza y que se servía de Orion como de un dosel. Poco a poco venían a rodearla a porfía otras brillantes estrellas; la luz aumentaba al instante y en la comitiva las Pléyades parecía el estandarte de la reina. Lo que ella es allá arriba, yo lo soy aquí abajo, rodeado de mis nobles caballeros y de las hermosas jóvenes de mi serrallo cuya negra cabellera se parece a la oscuridad de la noche, mientras que sus copas resplandecientes son estrellas para mí. Bebamos amigos míos, bebamos el jugo de la viña, mientras que estas hermosas acompañándose con la guitarra, van a cantarnos sus melodiosas coplas."

Luego recitó el Sevillano un largo poema que Motamid había compuesto para apaciguar el enojo de su padre irritado por el desastre que había sufrido en Málaga su ejército a consecuencia de la negligencia de su hijo que lo mandaba.

Apenas hubo concluido, cuando la tela de la tienda, ante que se hallaba por casualidad, se levantó, y un hombre que se hubiera reconocido desde luego por el jeque de la tribu, nada más que en su aspecto venerable, apareció a su vista y le dijo con esa elegancia de dicción y esa pureza de acento, porque siempre han sido famosos los Beduinos y de las que están orgullosos en extremo:

—Dime, ciudadano, a quien Dios bendiga, ¿de quién son esos poemas límpidos como un arroyo, frescos como la yerbecilla que la lluvia acaba de regar, ya tiernos y suave como la voz de una joven de collar de oro, ya vigorosos y sonoros como el grito de un joven camello?

—Son de un rey que ha reinado en Andalucia y se llamaba Ibn-Abbad, respondió el extranjero.

—Supongo, replicó el jeque, que ese rey reinaría en un pequeño rincón de tierra y podría por consiguiente consagrar todo su tiempo a la poesía; porque cuando se tiene otras ocupaciones no se tiene tiempo para componer versos como esos.

—Perdonadme, este rey reinaba sobre un gran país.

—¿Y podríais decirme a que tribu pertenecía?

—Seguramente; era de la tribu de Lakhm.

—¿Qué decís, era de Lakhm? ¡Entonces era de mi tribu!

Y entusiasmado con haber encontrado una nueva ilustración para su tribu, el jeque, en un rapto de entusiasmo, comenzó a gritar con voz de trueno:

—Arriba, arriba; gentes de mi tribu. ¡Alerta, alerta!

Y en un abrir y cerrar de ojos todos estuvieron en pie y vinieron a rodear a su jeque, que, viéndolos reunidos, les dijo:

—Escuchad lo que acabo de oír y retened bien lo que acabo de grabar en mi memoria; porque es un título de gloria que se os ofrece a todos vosotros, un honor de que tenéis el derecho de estar orgullosos. Ciudadano, recitadnos una vez más, yo os suplico, los poemas de nuestro primo.

Cuando el Sevillano hubo satisfecho este deseo y todos los Beduinos admirado los versos con el mismo entusiasmo que su jeque, éste les refirió lo que había oído decir al extranjero, respecto al origen de los Beni-Abbad, sus aliados y sus parientes, puesto que descendían también de una tribu lakhmita que recorría en otro tiempo el Desierto con sus camellos y levantaba sus tiendas donde las arenas separan el Egipto de la Siria, y luego les habló de Motamid, poeta unas veces gracioso, otras sublime, el heroico caballero, el poderoso monarca de Sevilla. Cuando hubo concluido, todos los Beduinos ebrios de gozo y de orgullo, montaron a caballo para entregarse a una brillante «fantasía» que duró hasta los primeros albores de la aurora. Enseguida el jeque eligió veinte de sus mejores camellos y se los dio de regalo al extranjero. Todos siguieron su ejemplo en la medida de sus facultades y antes que el sol hubiera aparecido del todo, el Sevillano se encontró dueño de un centenar de camellos. Después de haberlo acariciado, cuidado, festejado y honrado de todos modos, apenas consentían en dejarle marchar aquellos generosos hijos del Desierto, cuando llegó el momento de ponerse en camino, tan querido se había hecho para ellos el que sabía recitar los versos del rey poeta a quien llamaban primo suyo.

Cerca de dos siglos y medio después, cuando la España musulmana antes tan escéptica, hacía mucho tiempo que se había hecho devota, un peregrino con su bordón y su rosario recorría el territorio de Marruecos a fin de conversar con los piadosos cronistas y visitar los santos lugares. Este peregrino era el célebre Ibn-al-Khatib, primer ministro del rey de Granada. Habiendo llegado a la pequeña ciudad de Aghmat, se dirigió al cementerio donde reposaban Motamid y su esposa bajo un otero cubierto de loto. A la vista de estas dos tumbas destrozadas por la vejez y el abandono, el visir granadino no pudo contener sus lágrimas e improvisó estos versos:

“He venido a Agamat para cumplir un piadoso deber, para arrodillarme sobre tu tumba, ¡Ah! ¿por qué no me ha sido dado conocerte vivo y cantar tu gloria, a tí, que excedías a todos los reyes en generosidad, a tí, que brillabas como una antorcha en las tinieblas de la noche? Séame lícito al menos saludar respetuosamente tu tumba. La elevación del terreno la distingue de las del vulgo: habiendo sobresalido entre los demás durante tu vida, sobresales también entre los que duermen a tus pies el sueño eterno. ¡Oh sultán entre los vivos y sultán entre los

muertos! nunca vieron los siglos pasados otro igual a tí, ni creo que han de ver los siglos futuros rey que te se parezca."

Motamid no fue ciertamente un gran monarca. Reinando sobre un pueblo enervado por el lujo y que no vivía más que para el placer, lo hubiera sido difícilmente, aun cuando su natural indolencia y ese amor a las cosas exteriores que son la dicha y la enfermedad de los artistas no se lo hubiesen impedido. Pero ninguno atesoró en su alma tanta sensibilidad, tanta poesía. El menor suceso de su vida, la menor alegría o el menor pesar tomaban al punto en él formas poéticas y se podría escribir su biografía o al menos su vida íntima nada más que con sus versos, revelaciones del corazón en que se reflejan esas alegrías y esas tristezas que el sol o las nubes de cada día traen o se llevan consigo. Luego tuvo la fortuna de ser el último rey indígena que representara digna, brillantemente, una nacionalidad y una cultura intelectual que sucumbieron o poco menos bajo la dominación de los bárbaros que habían invadido el país. Túvose por él una especie de predilección como por el más joven, como por el Benjamín de esa numerosa familia de príncipes poetas que habían reinado en Andalucía. Se le echaban de menos más que a todos los demás, casi con exclusión de todos los demás, lo mismo que la última rosa de la primavera, los últimos días hermosos del otoño, los últimos rayos del sol que se pone, son los que inspiran el más vivo sentimiento.

FIN DE LA HISTORIA DE LOS MUSULMANES ESPAÑOLES HASTA LA CONQUISTA DE ANDALUCÍA POR LOS ALMORAVIDES.(711-1110.)